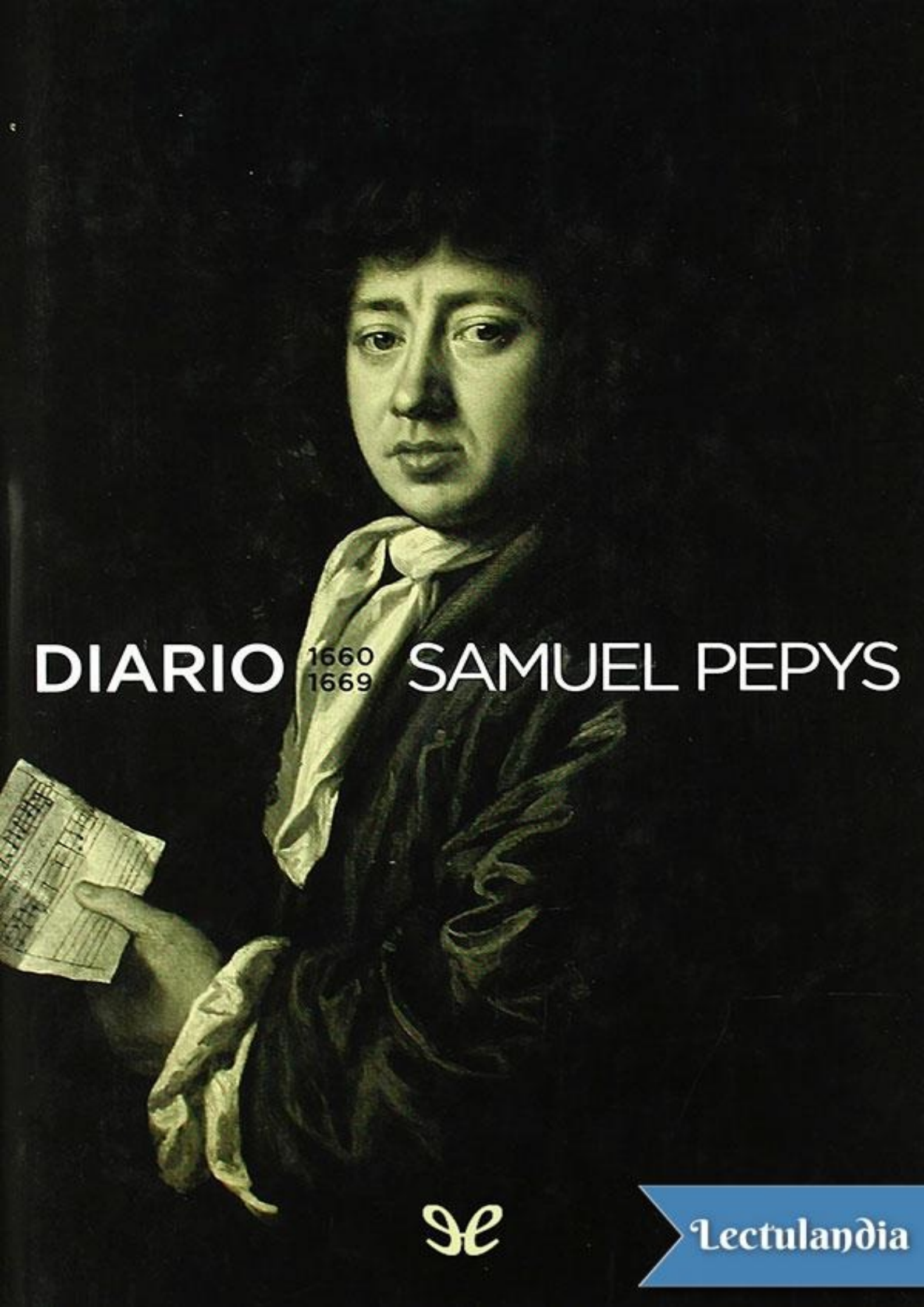

DIARIO 1660 1669 SAMUEL PEPYS
Lectulandia

El Diario recoge las anotaciones comprendidas entre el 1 de enero de 1660, cuando Samuel Pepys lo inició siendo un modesto oficinista, hasta el 31 de mayo de 1669, cuando lo tuvo que dejar, convertido en un muy respetado y opulento alto cargo de la Armada con aspiraciones de convertirse en parlamentario. En el período reseñado, y gracias a su posición profesional y a ser vecino de Londres, pudo observar movimientos políticos tan importantes en la historia de Inglaterra como la Restauración monárquica de Carlos II; fenómenos sociales y culturales como la fundación de la Royal Society, la reapertura de los teatros tras la época puritana, incidentes militares como la segunda de las guerras con Holanda (1665-1667) y célebres catástrofes públicas como la gran plaga (1665) y el incendio de Londres (1666).

Lectulandia

Samuel Pepys

Diario: 1660-1669

ePub r1.0
Titivillus 09.04.2019

Título original: *Diary*
Samuel Pepys, 1825
Traducción: Joaquín Martínez Lorente

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Diario: 1660-1669

INTRODUCCIÓN LO ÚNICO Y LO NORMAL
[1]
[2]
[3]
[4]
[5]
[6]

1660

1661

1662

1663

1664

1665

1666

1667

1668

1669

Sobre el autor

Notas

INTRODUCCIÓN
LO ÚNICO Y LO NORMAL

Es decir, la posibilidad de hablar de un hombre único que en un momento único produjo un documento único, aunque el documento en cuestión no deje de ser, después de todo, un sistemático resumen de actividades cotidianas, con más rutinas que novedades, nada excepcional.

Y quizá lo segundo no contradice ni combate, sino apoya y alimenta a lo primero. Robert Louis Stevenson, brillante crítico además de escritor de éxito, explotó esa línea paradójica al concentrar su atención en la «incomparable» extrañeza de la existencia de este libro y en el peculiar logro de quien lo escribió: convertirse en una «figura sin paralelo en los anales de la humanidad[1]». A él, como a muchos, admiró que Samuel Pepys obtuviera, sin proponérsela, una perdurable notoriedad literaria, cuando tantos otros no la hallaron tras perseguirla toda la vida. ¿Pero cómo se logra tanto siendo una persona sin un talento especial, volcada en trabajos de oficina, que elabora un tipo de documento por definición alejado de la espectacularidad y el artificio[2]? Podríamos apuntar una fórmula breve, la del triunfo de la autenticidad sobre la invención, pero es quizá más sensato desglosar y distinguir, lo que en este caso significa aludir, la confluencia infrecuente de tres (y si afinamos, cuatro) rasgos, la conjunción de los cuales produce un deslumbrante efecto.

Los dos primeros rasgos aluden a cualidades personales proyectadas en el texto, como la sinceridad y la dedicación. Sobre la sinceridad trataré con más detalle en el primer apartado de esta Introducción. El segundo rasgo se concreta en la admirable energía y determinación, tanto en lo intenso como en lo extenso, que se requieren para llevar a cabo una obra así: tan asombrosa es la voluntad de Samuel Pepys de gastar tantas fuerzas en la madrugada escribiendo, tras jornadas típicamente extenuantes, como la regularidad en esa entrega, pues apenas deja pasar unos pocos días sin anotar en tantos años de vida. En los tremendos recorridos diarios registrados se mezclan y confunden asuntos públicos y negocios particulares, diversiones de tres o cuatro tipos distintos, gestiones domésticas y relaciones sociales cuya contemplación puede producir agotamiento a más de un lector[3]. Sin embargo, pese al tremendo ritmo de su vida, casi todas las noches encontraba tiempo para anotar lo del día, aunque a veces reconoce haber glosado hasta una semana ya pasada de un tirón. El impresionante total llega a cerca de 3100 páginas, con un total aproximado de 1 250 000 palabras en un sistema taquigráfico inventado por Thomas Shelton que aprendió en la Universidad. Respecto a la constancia, es notable que del total de 3439 días que discurrieron entre el uno de enero de 1660 y el 31 de mayo de 1669, solo quedaran sin anotar once días de 1668 (del 30 de septiembre al 10 de octubre, ambos inclusive)[4].

Para el tercer y cuarto rasgo cabe usar una etiqueta común, la de imprevista oportunidad, aunque dos formas son distinguibles: la cercanía al poder y la ocasión de asistir a determinados hechos históricos de legendario calado. Samuel Pepys adoptó la «absurda» pero afortunada decisión de poner toda su vida por escrito, sin explicar por qué o para qué, un día de Año Nuevo de 1660. En aquellos momentos era un empleado del Tesoro Público de la tambaleante República parlamentaria inglesa, tenía casi veintisiete años y nada hacía presagiar su impresionante ascenso, la inclusión de su nombre en la historia, consecuencia de una feliz coincidencia de factores propicios ajenos y de enchufe personal. Tampoco era previsible el cúmulo de movimientos políticos (la Restauración monárquica, la consolidación de la política de facciones y partidos); fenómenos sociales y culturales (la fundación de la Royal Society, la reapertura de los teatros, la aparición de ámbitos modernos de relación social, como los cafés, el surgimiento de hábitos de consumo como el té y el chocolate); incidentes militares (guerras con Holanda) y catástrofes públicas (la plaga y el incendio de Londres) y privadas (sus infidelidades descubiertas y sus problemas de salud) que seguirían, y que vería con sus propios ojos.

Y como vino, se fue: convertido en un muy respetado y opulento alto cargo de la Armada con aspiraciones de convertirse en parlamentario, decidió abandonar el *Diario* por las dificultades que le provocaba el esfuerzo en su mala visión y su temor a quedarse ciego si persistía, privándonos del espectáculo de forma tan sorpresiva como se nos había concedido la posibilidad de contemplarlo al principio. «Solo» eso es «todo» lo que contiene el *Diario*: un retrato de una persona y un tiempo que supera en capacidad descriptiva, riqueza y autenticidad a las mejores novelas e historias (y, por supuesto, a las novelas históricas).

[1]

… no consigo dominar mi naturaleza, que valora el placer por encima de todas las cosas…

Empecemos especulando sobre los motivos que se tienen para escribir un diario como este, que es tanto como hablar de la actitud ante la vida del autor. Cuando Samuel Pepys anota la confesión anterior (9/3/1666), está pensando en los remordimientos que le produce haber pasado una velada cantando con una buena (y atractiva) amiga después de una tarde completa esquivando el trabajo, para admitir a continuación: «Ante la música y las mujeres no puedo hacer otra cosa que ceder». Aunque estas dos ocupaciones placenteras son importantes en su vida, un necesario ejercicio de abstracción nos posibilita entenderlas como manifestaciones superficiales o parciales (al igual que el teatro, la lectura, la conversación, la ciencia) de otra fascinación que nos permite comprender mejor algo tan extraño como el *Diario*. La pista la ofrece de nuevo un apunte de Robert Louis Stevenson: «Para él, él era más interesante que Moisés o Alejandro». Esta fascinación o curiosidad por todas las cosas que desfilaban ante él y se añadían a su vida explica tanto la existencia del *Diario* como su factura: solo alguien con un invencible sentido de la excepcionalidad de su propia existencia, del valor insuperable de cada momento vivido, es capaz de acometer un esfuerzo documental así. Parte del secreto del *Diario* puede radicar en esa voluntad que se adivina al escribirlo, en el tremendo, superior placer de repetirse en el texto como protagonista de su propia vida[5]. El éxito de un libro como este será quizá posible únicamente si se mantiene una actitud de admiración y curiosidad ante el mundo que solemos considerar «impropia» en casos como el suyo, porque la asociamos

con la infancia: un espectador aburrido o rutinario produce un documento aburrido, pero a este espectador no le aburre ni su vida ni el contarla, e incurre en el disfrute de los placeres, de las experiencias placenteras con el mismo deleite con el que afronta su relato diario.

A este ingrediente de fascinación se añade otro que convierte al *Diario* en un acto curioso de placer personal: la sinceridad. Sin embargo, no debemos limitar nuestra concepción de esta cualidad a que «lo cuente todo», sobre todo lo escabroso o humillante. La sinceridad de Samuel Pepys en el *Diario* consiste en algo más: en la absoluta falta de condicionamiento del escritor por la figura del lector, en la aparente ausencia de orientación a un público lector, lo que le distingue de diarios como los de su contemporáneo John Evelyn y el bastante posterior de James Boswell, más deliberadamente escritos para ser leídos por terceras personas. Samuel Pepys no parece mostrar consideración alguna hacia lectores que no imagina al escribir. Por ejemplo, ante un hecho vergonzante, ante alguna falta en su vida, no percibimos esfuerzo alguno por adoptar una pose o dibujar una justificación ética, esa clase de retórica de cara a la galería que deja un poco menos al descubierto la imagen propia: observamos como mucho cierta sensación de remordimiento o lamento, y estamos predispuestos a creerle sincero precisamente porque no se excede, porque no es demasiado celoso en la formulación del reproche a sí mismo o de su arrepentimiento. Solo desde esa tranquilidad de la falta de testigos se entiende un pensamiento tan «indecente» o «irresponsable» como «Me pregunto qué pasará con la moda de las pelucas cuando acabe la plaga» (3/9/1665), sin esfuerzo por justificarse por la trivialidad del tema en el marco de la tragedia[6].

He imaginado un profundo motivo estético y vital en Samuel Pepys para la escritura de este *Diario*. Al final de esta introducción incluiré un comentario sobre qué se puede o debe tener en cuenta a la hora de leerlo y editarlo, sobre todo en relación con otros géneros que cuentan o imitan vidas, pero entre medias intentaré llamar la atención sobre algunos contenidos del *Diario* y sobre contextos que nos lo pueden hacer entender mejor.

[2]

… nuestra familia nunca fue importante…

Una de las muchas facetas de la figura de Samuel Pepys que animan al lector a evaluarle éticamente concierne a su relación con la familia, sobre todo a raíz del tremendo ascenso social que el *Diario* atestigua y que se convierte con justicia en una de las tramas fundamentales del texto. Sin embargo, dicho ejercicio sería demasiado incompleto sin conocer ciertos detalles de los antecedentes familiares y la historia personal de Samuel Pepys antes del *Diario*.

Ciertamente, parece más llamativa respecto a su familia la relativa extrañeza de su apellido (tanto su incierta ortografía en la época como las aclaraciones que requiere su forma de pronunciarlo: «pips») que su lustre social o fortuna económica: que su padre fuera un sastre no muy exitoso invita a pensar bien poco, y comentarios como el que titula este epígrafe (10/2/1662) sugieren que Samuel Pepys tenía bien asumidas las escasas aspiraciones sociales con que partía. No obstante, alguna matización es posible si recordamos también que el comentario lo provoca el resentimiento o simple desilusión de Samuel Pepys al no encontrar el apellido familiar en el registro de familias honorables de Inglaterra que publicó el doctor Fuller, pese a constarle que el autor de este libro, al que conocía personalmente y trataba con cierta asiduidad, estaba al tanto de sus aceptables antecedentes familiares (22/1/1661).

¿Quiénes eran los Pepys? Desde la Edad Media, los Pepys habían contado únicamente como típica clase media rural (pequeños propietarios, o *yeomen*) en Cottenham, en el condado de Cambridgeshire, aunque alguna leyenda familiar los hacía proceder de Escocia. No en vano el «primo» Roger Pepys (parlamentario por Cambridge desde 1661) le muestra a Samuel Pepys un documento con «veintiséis hombres con nuestro apellido, todos propietarios, en la villa de Cottenham» (26/6/1667). Hasta la época de dicho documento, la de Isabel I, no se observan cambios de ocupación, fortuna o movilidad en los miembros de la familia. Las novedades socioeconómicas de esta se registran a partir de la figura de John Pepys, fallecido en 1589, cuyo acierto financiero en un segundo matrimonio abrió nuevas posibilidades de desarrollo: aparte de la adquisición de tierras en Impington, su hija Paulina se unió en matrimonio con *sir* Sidney Mountagu (elevándose al escalón superior de la aristocracia terrateniente, o *gentry*), y su hijo Talbot inició una tradición familiar de dedicación a las leyes que reportó beneficios y favoreció el asentamiento en Londres de parte de la muy nutrida familia[7].

Por desgracia para Samuel Pepys, la suya no era la rama de Talbot Pepys, sino la de un hermano suyo menos próspero llamado Thomas, y para más

desgracia, el padre de Samuel Pepys, llamado John (nacido en 1601), tampoco fue el de más éxito de los tres hijos varones de este Thomas: John Pepys se instaló en Londres como aprendiz de sastre a los catorce años, y cuando en 1661 dejó el negocio familiar a Tom, hermano de Samuel, no parecía haberse lucrado en exceso, ya que prácticamente carecía de patrimonio y estaba muy cerca de depender de sus hijos. De hecho, su retiro y su mantenimiento, precario pero con suficiencia, se lograron gracias a que heredó las rentas de las propiedades que su hermano Robert Pepys le legó en Brampton a Samuel Pepys[8]. Menos prometedora todavía era la situación familiar si se atiende a la condición social de la madre de Samuel Pepys, pues los orígenes de Margaret Kite eran aún más humildes: había sido lavandera de joven y se mantuvo poco cultivada durante toda su vida. Para terminar de comprometer el futuro del joven Samuel, la muy prolífica familia de John y Margaret Pepys tenía cierta penosa tendencia a fallecer pronto: Samuel Pepys fue el quinto de los once hijos del matrimonio (seis varones y cinco mujeres), de los que siete murieron en la infancia; cuando se inicia la época del *Diario* solo cuatro de ellos sobrevivían, siendo Samuel el mayor; durante el *Diario* falleció uno de ellos (Tom, treinta años), y antes de Samuel murieron sus hermanos John (treinta y seis años) y Paulina (Pall, cuarenta y nueve años).

Los datos anteriores permiten comprender el alcance relativo del orgullo de Pepys sobre la importancia de su familia (o mejor, de su apellido), que podríamos describir como floreciente pero también reciente, así como su posición personal poco favorable en ese marco. Sin embargo, también nos sitúan en dos importantes conexiones familiares que condicionaron a favor la juventud de Samuel Pepys: entre 1642 y 1644, el tío Robert de Brampton, que actuaba como administrador de la suntuosa propiedad de sus parientes, los Mountagu de Hinchingbrooke, acogió a Samuel Pepys, que rondaba los diez años, poniéndole en contacto con dicha familia, y entre ellos con Edward Mountagu, hijo de su tía abuela Paulina. Pasados esos dos años Samuel Pepys regresó a Londres, estudió con tanto éxito en el Colegio de San Pablo que obtuvo becas para la Universidad de Cambridge (Magdalene College) y allí consiguió su título en 1654, con veinte años recién cumplidos. Poco tardó su primo lejano Edward Mountagu, unos siete años mayor que él, en contratarle como secretario suyo en Londres[9]. Casi tan poco tardó Samuel Pepys en contraer un matrimonio bastante poco favorecedor en términos económicos con Elizabeth St. Michel, una bella chica de quince años y origen francés que no aportó nada económica ni socialmente al matrimonio[10]. Muy poco más tardó Mountagu en proporcionarle una segunda pero también modesta fuente

de ingresos: cincuenta libras anuales como empleado (también privado, aunque con actividad pública) de George Downing, uno de los cajeros del Tesoro.

Otros dos hechos de la vida privada de Samuel Pepys en esos años (1656-1659) tuvieron cierta repercusión en el periodo que abarca el *Diario*. En primer lugar, muy poco después de la boda y durante un tiempo sin determinar, Elizabeth Pepys abandonó el hogar familiar[11] y se fue a vivir con unos amigos: este acontecimiento doloroso volvía a surgir con facilidad cuando se producía una crisis en el matrimonio, y son bastantes y violentas las reflejadas en el *Diario*. En segundo lugar, Samuel Pepys consiguió superar una muy delicada operación de extirpación de un enorme cálculo en la vejiga, que le practicó el doctor Hollier (26/3/1668). El sufrimiento y el peligro de estas intervenciones son difíciles de concebir hoy día, pero baste como demostración de sus efectos traumáticos que Samuel Pepys decidió celebrar banquetes extraordinarios con un número selecto de invitados y familiares para conmemorar el aniversario del mismo[12].

Desde esta situación de partida, antes del *Diario*, hasta el momento en que se permite comentar con orgullo que en su familia «no hay ninguno que haya llegado más lejos que yo» (10/2/1667) se produce una extraordinaria demostración de buen aprovechamiento personal de los amigos y los ríos revueltos de la política.

[3]

… subiremos juntos…

Es decir, la Restauración, el regreso de la monarquía a Inglaterra tras los agitados años de la República. Las muy expresivas palabras de Edward Mountagu que encabezan este comentario, pronunciadas a principios de junio de 1660, resultaron verdaderamente proféticas, pues el *Diario* muestra que de la mano de su señor (Samuel Pepys le llama sistemáticamente «milord») se sucedieron con ritmo vertiginoso los ofrecimientos de cargos y la adquisición de un nivel social y profesional inimaginables por Samuel Pepys unos meses antes, justo al comienzo del *Diario*.

No obstante, en los primeros días, tan oportunamente escogidos por Samuel Pepys, se observa con claridad la inminencia de cambios profundos en la estructura del Estado: el tráfico de rumores sobre actitudes personales de

destacados militares revolucionarios, y la evidencia de la incapacidad del *Rump*, es decir, el «Resto» del Parlamento para imponerse a ellos no es más que el punto final de un proceso de deterioro que se había iniciado en septiembre de 1658 con la muerte de Oliver Cromwell. Desde su desaparición, la incertidumbre se había precipitado sobre el país: Richard Cromwell, su hijo y sucesor, no fue capaz de mantenerse como lord Protector hasta más allá de abril de 1659, y el *Rump*, formado por no más de cincuenta parlamentarios radicales, tomó el mando hasta octubre, cuando los generales lo disolvieron. Sin embargo, su acción no tomó un curso definido y pese a los desórdenes ciudadanos del mes de diciembre, que Samuel Pepys resume en la primera página de su texto, el *Rump* volvió a reunirse. Estos acontecimientos provocaron declaraciones de los regimientos de Londres y del Concejo en las que se reclamaba un Parlamento libre: en otras palabras, un paso que a todas luces conduciría al regreso de la monarquía. Ese proceso de declive del Parlamento es uno de los temas protagonistas de los primeros meses del *Diario*.

Queda, sin embargo, por anotar el curioso papel desempeñado por Edward Mountagu en todo este proceso: hombre hábil, afortunado y prudente, supo estar en los sitios y momentos que le podían reportar beneficios, y en cambio ausentarse oportunamente cuando el curso de los acontecimientos podía comprometerle. Por partes: aunque procedía de una familia monárquica, a los dieciocho años empezó su carrera militar en el bando parlamentario, y tuvo el acierto de ponerse al lado de su amigo Oliver Cromwell (frente a su propio primo, el conde de Manchester) cuando Oliver inició el camino hacia el liderazgo revolucionario y el mantenimiento de la guerra contra la monarquía. Sin embargo, los años cruciales de la segunda guerra civil y la ejecución de Carlos I los pasó fuera del Parlamento (purgado por moderado), en Hinchingbrooke, retirado a los asuntos privados tras la oportuna muerte de su padre. A su regreso al Parlamento en 1653 era un reconocido moderado, que de hecho se mostraba a favor de la conversión de Cromwell en monarca. El inicio del Protectorado en diciembre de ese año vino acompañado de cargos muy prominentes y en 1656 hasta le proporcionó un nuevo curso profesional: el de general de la Armada. Durante los tres años siguientes demostró que a las dos virtudes estratégicas anteriores añadía algunas más, como la anticipación y un exquisito comedimiento: en 1659 supo retirarse sin comprometerse demasiado de la causa de la República y sin conocimiento de nadie negoció en secreto durante una misión en el Báltico su colaboración con la monarquía. Samuel Pepys, que gozaba de la absoluta confianza de Edward

Mountagu, estuvo completamente al margen de todo esto, y se llevó la sorpresa de ver cómo su señor, elegido consejero de Estado por el agonizante Parlamento (23/2/1660), era unos pocos meses después el encargado de ir a Holanda a recoger al monarca: «Me dicen que el Rey besó con afecto a milord en su primer encuentro» (23/5/1660).

El resto de la historia en este apartado se conoce bien por la estupenda información que proporciona el *Diario*: el regreso del Rey se convirtió en una desaforada caza de cargos y títulos por parte de antiguos funcionarios monárquicos que querían reintegrarse a sus antiguos cargos y otros oportunistas que buscaban aprovechar la euforia del momento con premios a su supuesta lealtad o colaboración con la causa monárquica durante el exilio. Es casi imposible leer el relato del viaje a Holanda y los primeros meses del rey en la corte sin pensarlo como una comedia o farsa, en la que el ingenuo, sorprendido, apurado y divertido Samuel Pepys aporta el tono adecuado[13].

Edward Mountagu, ya nombrado conde (*Earl*) de Sandwich y premiado con diversos cargos, cumplió su promesa y le consiguió a Samuel Pepys el importante cargo de secretario de Actas de la Armada, lo que le convertía en uno de los principales siete responsables de la institución[14]. Como él mismo reconoció en su momento, lo que le puso allí fue la «casualidad sin méritos» (1/11/1665). Afortunadamente para Samuel, el trabajo era más burocrático y administrativo que técnico, y se adaptaba perfectamente a sus principales cualidades: el orden, la claridad de ideas y la dedicación responsable al trabajo. Gracias a estos poderosos instrumentos pronto consiguió transmitir una muy buena imagen de su capacidad, hasta lograr que se extendiera y asentara incluso fuera de la Armada la noción de que era «un hombre de la mayor laboriosidad y discreción» (20/3/1665)[15]. La tarea de hacerse respetar no fue fácil, pues la división del trabajo tendía continuamente a hacerle perder protagonismo ejecutivo en la oficina, convirtiéndole en un «mero» secretario. Samuel Pepys luchó por dignificar su cargo y asumir responsabilidades que no le competían nominalmente: el *Diario* ofrece un impresionante testimonio de sus esfuerzos por aprender la teoría de la construcción de barcos, por comprobar en directo, en los astilleros, las calidades y cantidades de los materiales que se adquirían (además de la organización del trabajo allí) y por constatar en la calle los precios reales de los mismos, para regatear las facturas de los suministros de los comerciantes. Este puesto, en tanto que cercano a la intervención política y en la retaguardia de la acción militar, le satisfacía profundamente: «Me alegra que mi puesto esté aquí, cerca de casa y lejos del peligro, y sin embargo prestando buenos servicios al Rey». Los

resultados de su gestión fueron espectaculares, pues a pesar de los reveses y dificultades que recoge el *Diario*, la Armada que dejó al final de su carrera era incomparablemente más profesional y organizada que la que recibió, y ese es el papel que se le asignó históricamente en Inglaterra antes de que se publicara el *Diario* en 1825[16].

La historia interior de la vida laboral de Samuel Pepys, sin embargo, ofrece ingredientes más variados y amenos. Para empezar, la faceta económica del trabajo: el salario asignado, aunque elevado respecto a sus ingresos anteriores (trescientas cincuenta libras anuales), no convencía demasiado a Samuel, al que ofrecieron el traspaso del cargo por cantidades elevadas. Se perciben en el *Diario* momentos de duda y da la impresión de que hubiera aceptado, aunque el miedo de desairar a lord Sandwich le frenaba[17]. De hecho, fue su mentor quien le hizo ver su verdadera dimensión, las posibilidades que ofrecía el cargo recién obtenido: no es el salario que se percibe oficialmente, sino el otro dinero que permite obtener; los contactos que se hacen multiplican los cargos y los ingresos. Basta comprobar que la fortuna que Samuel Pepys fue ahorrando durante el *Diario* superaba con mucho sus ingresos oficiales de ese periodo como secretario de Actas[18]. Además de los salarios cobrados durante ese tiempo por cargos adyacentes, una parte esencial de ese dinero la constituían los ingresos por comisiones recibidas de los numerosos comerciantes que pugnaban por los contratos. Aunque ilegales y perseguidas por el Parlamento (o al menos investigadas), había un tácito entendimiento de que los bajos salarios oficiales de los funcionarios debían compensarse con ingresos extras. Resulta bastante cómico para el lector contemporáneo comprobar los ingeniosos trucos que Samuel Pepys utilizaba para recibir el dinero con discreción y sin comprometerse legalmente. También resulta cómica, o chocante, la retórica con que Samuel Pepys se justificaba en el *Diario*, convenciéndose de actuar correctamente porque las compras por las que lograba las comisiones eran más correctas o ajustadas «para beneficio del Rey y en su servicio» (5/1/1664), y porque algunos compañeros suyos abusaban mucho más que él.

El trabajo también suponía saber manejarse con mentores y compañeros. Respecto a los primeros, el periodo del *Diario* recoge con nitidez un proceso global de adquisición de autonomía dentro de la administración pública. Como alguien sin pasado ni conocidos en el terreno, contratado por la influencia personal de un poderoso general con acceso directo al Rey y al lord Almirante (el duque de York), Samuel Pepys tuvo que desenvolverse a la sombra de dicha persona, siendo con frecuencia identificado como un hombre

de lord Sandwich. También en esta primera época se esforzó por estar a bien con el poderoso *sir* G. Carteret, tesorero, y cuando la sombra de Sandwich se hizo más tenue (y hasta peligrosa)[19], acometió la difícil tarea de reforzar los lazos ya iniciados con otro influyente y poderoso mentor, *sir* W. Coventry, intentando no comprometer los que tenía con su rival Carteret y no ofender a Sandwich: «Dios, qué difícil situación la mía […] Estoy metido en un juego muy difícil» (28/1/1666). Afortunadamente, el vértigo que le provocaba cualquier oscilación brusca en el prestigio de sus mentores, cualquier enfrentamiento entre ellos o de cualquiera de ellos con alguna otra figura influyente (el lord Canciller Clarendon, el duque de York, el Rey) se fue solucionando cuando Coventry se alejó de la gestión de la Armada primero y de la política después, y cuando Pepys observó que podía sostenerse por sí mismo. Por otra parte, su creciente prestigio, sobre todo con el duque de York, le permitió acceso directo a ellos, sin necesidad de patrocinadores intermediarios.

Respecto a los compañeros, el *Diario* ofrece un impresionante cuadro de comedia costumbrista sobre el eterno tema de la hipocresía social: aunque comenta a menudo su desprecio íntimo por colegas con los que se muestra externamente considerado (Peter Pett, Thomas Povey, *sir* J. Mennes, William Brouncker, lord Belasyse y otros), los principales actores de esta farsa de halagos dichos y puñaladas pensadas (y aquí también escritas) son sus compañeros y vecinos *sir* William Batten y *sir* William Penn. En casi todos los casos interviene con fuerza el resentimiento algo envidioso contra individuos con más amplio bagaje profesional que él y mayor fortuna personal, a los que, sin embargo, consideraba claros exponentes de los vicios de corrupción, indolencia o incapacidad en el ejercicio diario del trabajo. En este contexto resulta divertido comprobar, además, cómo cualquier paseo con alguna persona se convierte invariablemente en un rito compuesto, entre otras cosas, de acusaciones a un tercero y amistosa advertencia a Samuel Pepys contra alguien que parece amigo pero no lo es. Este rito se cumple, por cierto, muy a menudo, pues la visita al palacio real de Whitehall, o al de St. James, ocupaba una parte considerable del tiempo de Samuel Pepys, y los periodos de espera en los pasillos consumen numerosas horas y oportunidades para el chismorreo.

[4]

… yo era un gran Cabeza Redonda…

¿La religión de Samuel Pepys? ¿La política de Samuel Pepys? Las respuestas parecen más fáciles de lo que en realidad son, y en tiempos de inestabilidad como los que le acompañaron casi desde su nacimiento en 1633 todo compromiso declarado puede evidenciar más oportunismo o pragmatismo que fe absoluta en doctrina alguna. Empecemos con las respuestas fáciles: Samuel Pepys se declara abiertamente anglicano ortodoxo en religión, incluso frente a la tendencia de algunos miembros de su familia, como su madre, y monárquico en política. Una vez dicho esto podríamos matizar: dadas las circunstancias del país, es muy posible que considerara superiores estas opciones por entender que favorecían la estabilidad política y social del país frente a las otras, a las que asociaba con la guerra, haciéndolas responsables de la misma. La superioridad mencionada, pues, radica en el materialismo o en la inercia, en el atavismo. En esto parece seguir los pasos de su mentor Sandwich: «Respecto a la religión, en la que observo que es completamente escéptico, como yo, dice que tanto los protestantes como la Iglesia de Roma son totalmente fanáticos. Le gusta la uniformidad y la forma de la oración» (15/5/1660).

Los datos que matizan son numerosos y plausibles: si bien es cierto que asistió a ceremonias anglicanas cuando estaban prohibidas, su actitud parece más la del que se siente cómodo con la rutina del rito conocido desde niño (*Common Prayer Book*) que la del vocacional, pues rara vez muestra interés por los sermones, confunde las lecturas, se distrae o se duerme y suele disgustarle la especulación teológica refinada[20]. Se muestra poco favorable a la Iglesia como institución, y naturalmente enfrentado a los sacerdotes y los obispos, con los que nunca simpatiza. En consonancia con ello se muestra muy comprensivo con los presbiterianos moderados, con los que la Iglesia anglicana no tenía conflictos en temas de doctrina, sino de organización. En la misma línea, acepta a los disidentes protestantes con la condición de que no perturben la paz social, y es por ello que no se manifiesta contra los cuáqueros, pero sí contra los «fanáticos» activos, a los que considera tan peligrosos como los temidos papistas. Por esa razón, el que le moleste la amistad de su admirado duque de York con los católicos es plenamente coherente con sus burlas a los puritanos, que exageraban sobre la maldad intrínseca y sobre la naturaleza demoníaca del papismo (el propio doctor Hollier): el problema del papismo le debe parecer más político que metafísico, pues no tiene ningún reparo en colarse en las misas católicas para contemplar con placer el teatral espectáculo y saborear la música, mostrando

más respeto que otras personas de su entorno[21]. En esta línea pragmática, Samuel Pepys aprueba las declaraciones de tolerancia que el rey Carlos II hizo en los primeros años de su mandato con las «conciencias delicadas» (es decir, los puritanos moderados, en expresión del Rey, 19/2/1663), aunque la experiencia le enseñara que con medidas como las recogidas en la Ley de Uniformidad (31/5/1662), el monarca traicionó lo que había prometido cuando todavía estaba en Holanda.

Sin embargo, otros datos nos lo acercan algo más al puritanismo: en el *Diario* reconoce que con quince años se alegró públicamente de la ejecución de Carlos 1 (30/1/1649), llamándole depravado. De hecho, la confesión que encabeza este comentario («Yo era un gran Cabeza Redonda», 1/11/1660) ilustra su temor a ser así recordado por un compañero de colegio de aquella época, por los perjuicios que una denuncia le hubiera podido traer. Esto es tan innegable como que quisiera la fortuna que todos los centros educativos a los que asistió estuvieran profundamente influidos por el pensamiento puritano: el Colegio de Huntingdon, donde estuvo dos años (mientras vivía en Brampton con su tío Robert), era el mismo donde Cromwell y muchos de sus colaboradores habían estudiado; el Colegio de San Pablo era el más puritano de todos los de Londres, y en Cambridge también dominaban los de esta convicción.

Los años le hicieron más prudente y realista en la faceta pública, pero en algunos aspectos de la conducta individual (en lo que llamaríamos ética privada, no doctrina profunda) si parece haber absorbido ciertos reparos puritanos ante actos placenteros, que le parecían bordear demasiado lo pecaminoso: por ejemplo, se escandaliza cuando ve a gente de la corte jugando a las cartas en domingo, abomina de los juramentos y decide detestar a la bella señora Pearse desde el momento en que descubre que esta se maquilla. Otros ejemplos de esta actitud algo rígida son la enorme disposición a mortificarse mediante votos de supresión de costumbres que no nos parecen tan licenciosas, como el consumo de vino, la compra de libros y obras de arte o la asistencia al teatro, con multas perfectamente estipuladas. Este aparato puritano de represión de su ocio mediante penalizaciones económicas tiene una doble naturaleza, a la vez trascendente y materialista: se castiga económicamente si «peca», pero también valora el «no pecar» como modo seguro, como instrumento necesario para obtener una recompensa económica, para ganar dinero, y a veces este argumento financiero parece tener más peso (es decir, ofrecer más placer) que la ausencia de vicio en su vida. Lo que convierte no solo en doble sino en ambiguo este juego, este razonamiento

puritano, de Samuel Pepys es la aparente asociación del comedimiento en las costumbres con la naturaleza providencial del éxito material. Cuando Pepys hace balances mensuales de su caja, invariablemente adjunta al resultado de las cuentas un recordatorio trascendente —«Dios me ayude a seguir así», «Bendito sea Dios», «Dios me haga agradecido»— mediante el que convierte a Dios en agente de su éxito material[22].

Esta actitud se confirma en su alta valoración de diversos individuos de estética cercana al puritanismo, por ejemplo, *sir* W. Coventry, cuyo régimen de vida disciplinado opone a los aristócratas burlones que rodean al Rey, por los que su aprecio es nulo. No es extraño así que al final del periodo cubierto por el *Diario*, y visto lo que daba de sí la vida cortesana, se cansara de la sátira antipuritana de una obra de teatro: «Lo de meterse con los puritanos está cada vez más pasado y tiene menos objeto, pues al final se verá que son la gente más sabia» (4/9/1668). En el fondo, además, la elaboración de un diario está perfectamente anclada en la tradición puritana, instrumento mediante el que el cristiano registra sus pecados y hace propósito de enmienda[23].

No hace falta, sin embargo, escarbar muy en profundidad en el *Diario* para comprender que la orientación ética de Samuel Pepys no puede exagerarse en la dirección de la santidad. La sinceridad de Samuel Pepys nos permite comprobar que hay más de predisposición (por mala conciencia) a controlar sus apetitos de placer con el estímulo del ahorro que de otra cosa. No olvidemos que Samuel Pepys juega constantemente a engañar a su conciencia con el teatro y el vino (la letra pequeña de sus votos es espectacular), que incurre en gastos desmesurados de ropa (sobre todo en comparación con su racanería para los gastos domésticos, esposa y criados incluidos) y que en cuanto a «pecados» sexuales es casi tan desmesurado como el tan denostado Carlos II.

Sobre este último apartado, las infidelidades, no es necesario añadir casi nada, pues el *Diario* es muy explícito (aunque sea en otros idiomas, como el español, el francés o el latín). Baste solo señalar una muy típica contradicción entre sus deseos y sus convicciones: al conseguir subir a una mujer a su piso se alegra de que se confirme su teoría de que *nulla puella negat* (4/9/1660, «ninguna mujer se niega»), pero cuando alguna mujer expresa reparos ante sus acosos, se siente complacido (aunque simultáneamente excitado) y la valora más como conquista. Otro ejemplo de contradicción lo tenemos con el célebre asunto de Deb Willet, la muchacha de compañía de su esposa con la que fue cazado: el cristiano consejo que le da al tener que despedirse de ella,

justo después de toquetearla y prometerle que intentará seguir viéndose con ella, es que «cuidara su honor, temiera a Dios y no permitiera que ningún hombre hiciera con ella lo que yo he hecho» (18/11/1668). Sin comentarios.

[5]

… nadie se preocupa más que de sus propios asuntos, sus beneficios y su placer…
… Dios nos dé motivos para seguir con la diversión…

Si abrimos el objetivo seguimos observando alguna contradicción ética en Samuel Pepys: como su ascenso profesional está vinculado a la adhesión a una monarquía relajada de costumbres en lo privado y con muy malas consecuencias en lo público, se limita a lamentar el mal curso que toman los acontecimientos, con más conformismo y resignación que otra cosa (¿pragmatismo?). Ya hemos sugerido la actitud crítica de Samuel Pepys con los hábitos licenciosos del monarca y su hermano el duque de York; gracias sobre todo a los cotilleos de su amigo el doctor Pearse (médico en la corte), el *Diario* está repleto de chismes sobre las andanzas nocturnas (y no nocturnas) del Rey y sobre los excesos de los pervertidos cortesanos a los que el Rey hace caso. La frivolidad con la que la familia real gasta el dinero, la ligereza con que se otorgan prebendas y la inutilidad de aquellos que son nombrados por el monarca para cargos importantes son tema de conversación continua. El Rey se distrae tanto con sus amantes como el duque de York con las amantes y la caza. Cuando uno de ellos preside alguna reunión del Consejo de Estado, Comité o incluso sesión parlamentaria, es imposible prever el humor con el que afrontarán los problemas, pues a veces son presentados como hombres capaces y concentrados, y otras, como irresponsables o caprichosos[24]. Tanto descuido del gobierno del país convierte continuamente a Samuel Pepys en víctima directa, pues la indigencia crónica a la que la Armada estaba sometida se volvía en su contra. No es extraño oír el lamento catastrofista de Samuel Pepys: «… en esta situación el reino no puede aguantar mucho» (1/10/1665), «… me temo que el reino está perdido» (12/6/1667). Sin embargo, pese a ser testigo de excepción del desastre de gestión política del gobierno, no parece permitir Pepys que su insatisfacción se convierta en contestación política. Todo lo contrario: cada iniciativa del Parlamento por fiscalizar la gestión o exigir cuentas es invariablemente

recibida por Samuel Pepys como un acto hostil, una ofensa o una amenaza, y ante investigaciones de desmanes conocidos y reconocidos se irrita con los investigadores y se pone de parte de los corruptos. Si la estabilidad de Inglaterra era lo que le preocupaba en 1660, lo que justificaba el regreso del Rey, parece que los agobios del país no le llevan a pensar en cambios necesarios, solo en rogar a Dios que milagrosamente (otra vez la providencia) transforme al Rey en un rey digno.

En este contexto de mala administración política, no es de extrañar que los grandes acontecimientos históricos cubiertos por el *Diario* puedan describirse casi unánimemente como catástrofes. Lo admirable es que casi la mayor parte de ellos fueran accidentes naturales y que, pese a los temores de Samuel Pepys, Inglaterra no se hundiera para siempre como consecuencia de ellos.

Las guerras con Holanda

Las fallidas, absurdas y ruinosas guerras con Holanda son la consecuencia principal de la pobre gestión económica, política, diplomática, comercial y militar de Inglaterra en ese momento. Quizá solo podrían compararse en lo negativo con otro hecho contemporáneo más difuso pero igualmente humillante para Inglaterra: la continua sensación de debilidad y fracaso frente al creciente esplendor, estabilidad y opulencia de Francia[25].

Las batallas y escaramuzas militares contra Holanda a las que asistimos en el *Diario* forman parte del segundo de los tres tramos de enfrentamientos entre estas dos naciones en treinta años. La primera guerra con Holanda (1652-1654) supuso una clara victoria de los ingleses. La segunda (1665-1667), compuesta de apresamientos de flotas comerciales, ataques a bases coloniales en África, incursiones y destrozos en los países rivales (la isla de Vlieland, en Holanda, y el río Medway, en Inglaterra) y dos batallas (Lowestoft y la de los Cuatro Días), fue más incierta en términos de vencedor y perdedor: las nominales o declaradas victorias inglesas se convirtieron en derrotas prácticas una vez considerado el desperdicio de dinero, fuerzas y posiciones estratégicas ventajosas[26]. En la tercera (1672-1674) se produjeron tres batallas en la misma costa holandesa, y en ellas una «antinatural» alianza entre Inglaterra a Francia no consiguió desbordar a la flota holandesa.

Más interesantes que los aspectos militares son las motivaciones y consecuencias de estas batallas, que pertenecen a otros órdenes. Simplificando todo lo posible, el origen hay que buscarlo en la rivalidad comercial, o, mejor dicho, en los celos ingleses ante el esplendor del comercio

holandés, el milagro de un país que con pocos elementos a favor se había convertido en una auténtica potencia. Desde la hipótesis interesada de que el tamaño del comercio en el mundo era demasiado pequeño para el desarrollo de las dos potencias, Inglaterra decidió «protegerse» desde su posición geográfica ventajosa mediante un acoso a los holandeses que provocó terribles matanzas y desastres financieros en ambos países: Samuel Pepys evidencia en el *Diario* la incapacidad financiera de la Armada inglesa de equiparse en condiciones para los gastos extraordinarios implicados (y para los corrientes), y también señala numerosos desastres organizativos vinculados a la falta de profesionalidad de algunos aristócratas ingleses metidos a capitanes de barco. El desastre para Holanda, aunque menos visible, también se deja sentir: la paralización del comercio ponía a ese país en una situación insostenible, como demuestra la difícil posición del primer ministro holandés De Witt.

Lo llamativo del caso es que ambos países, además de vecinos, eran casi parientes (por las uniones entre miembros de la casas Stuart y Orange) y tradicionales aliados (protestantes y democráticos) frente a las absolutistas potencias católicas del Sur (Francia y España). Además, llama la atención en el *Diario* el juego propagandístico nacionalista emprendido por los gobernantes ingleses, la campaña de odio basada en mentiras y ofensas prefabricadas (o al menos patrocinadas por la monarquía), para ocultar la voluntad de Inglaterra de iniciar las guerras y para presentarse como víctima de crueldades o tratos vejatorios. De hecho, le cabe al capitán Holmes el dudoso honor de haber iniciado las dos últimas con acciones injustificadas o desproporcionadas. Ante el fervor nacionalista provocado por los gobernantes, la actitud de Samuel Pepys, siguiendo al desapasionado Coventry, es tibia: reconoce que no hay motivos serios para la guerra, que admira a los holandeses por su organización y eficacia, y que le preocupa el tremendo esfuerzo económico implicado. No obstante, como patriota y empleado de la Armada no duda en comprarse trajes nuevos para celebrar las victorias, aunque le toque sufrir por los honores de compañeros suyos más involucrados en la acción bélica, como *sir* W. Penn.

La gran plaga (1665)

Quizá no la más grande y desde luego no la única, pero la última y la más famosa, comparable únicamente con la epidemia de peste del siglo XIV, aunque Londres había experimentado con cierta regularidad episodios

semejantes desde el siglo XV (1563,1593,1603 y 1625). La llegada de los primeros casos en junio a la zona occidental (Westminster) fue inesperada y no generó demasiado temor al principio porque el número de casos era reducido, pero el buen tiempo favoreció un espectacular crecimiento y desplazamiento hacia *the City*, Londres propiamente dicho (desde Temple hasta la Torre, en la orilla norte del río)[27]. La cifra oficial de muertos se publicaba semanalmente según datos de las parroquias, y Samuel Pepys solía consultarlas, pero su fiabilidad era mínima. Los cálculos modernos fijan la cantidad de fallecidos en unos cien mil, aproximadamente una cuarta parte de la población total de Londres. El desconocimiento científico de la enfermedad hacía que los remedios fueran poco eficaces: encerrar a las familias afectadas en sus domicilios, consumir tabaco, hacer hogueras y tomar pociones absurdas, aunque el remedio más socorrido para los que se lo podían permitir era huir. Precisamente por ello, gran parte de los afectados eran sencillamente pobres[28].

Pepys no abandonó su trabajo y se limitó a hacer que su esposa se desplazara a Greenwich y él a Woolwich (al este, río abajo). Las imprudentes visitas a Londres de Samuel Pepys reflejan la destrucción y terror con sobresaliente inmediatez y sensibilidad: aunque su atención no suele ser tan dramática como la generada por Daniel Defoe en su parcialmente ficcional *Diario del año de la plaga* (1722), hay algunas historias conmovedoras. No obstante, la considerable libertad que disfrutaba al estar alejado de la esposa le permitió enfrascarse en actividades lúdicas parecidas a las que en años normales disfrutaba cuando la enviaba al campo en verano, y que al terminar el año, cuando casi todo había acabado y todos regresaban a Londres, le permitieron evaluar el momento de una forma muy llamativa: «Nunca he vivido tan felizmente como lo he hecho en este tiempo de plaga» (31/12/1665)[29].

El incendio de Londres (1666)

Durante cuatro días de septiembre se produjo un gran incendio que destruyó el ochenta por ciento de Londres. Un incendio no era ni mucho menos algo excepcional (hubo otros quince en la década cubierta por el *Diario*), y lo que hizo único a este fue el tamaño. Sin embargo, aunque los destrozos fueron considerables, en términos generales la ciudad se recuperó a un ritmo sorprendentemente rápido y se aprovechó el destrozo para introducir algunas (modestas) reformas urbanísticas y más ambiciosas regulaciones

sobre la calidad de la edificación[30]. Aunque no afectó personalmente a Samuel Pepys, pues no destruyó ni su vivienda ni su oficina, lo vivió muy intensamente y con mucho temor por sus posesiones, mostrando en escenas de gran agitación sus esfuerzos por protegerlas. Muestra de ello es su constante voluntad de no perder detalle de los acontecimientos y de significarse por ello, pues en cuanto obtiene información se apresura hacia Whitehall y aprovecha la ocasión para hacerse notar ante el Rey: «Le conté al Rey y al Duque lo que había visto» (2/9/1666)[31].

[6]

Esta edición. Selección. Traducción

Si es posible imaginar niveles o grados dentro de la imposibilidad, podemos imaginar que el trabajo de editar un texto como el que nos ocupa sin incurrir en centenares de actos o decisiones arbitrarias se cuenta entre los más imposibles de todos. Frente a la aparentemente aséptica (y nunca tan sencilla) tarea de edición que suponemos para textos de autores muy preocupados con el acabado formal y el detalle estilístico de su obra, lo que aquí tenemos es un guión informe que necesita miles de horas de manipulación para ser mínimamente asequible para el lector, y eso en el caso ideal de una edición completa de la obra en el mismo idioma del original:

A. Empezando por las tareas no realizadas específicamente para este volumen, la transcripción del manuscrito original no sería demasiado considerable si atendiéramos solo al aspecto físico y la calidad del mismo: se conserva en buen estado, encuadernado en seis volúmenes en piel no completamente uniformes en tamaño y acabado. Aunque hay diferencias de calidad en el papel y secciones en las que Samuel Pepys amontona las líneas para hacer coincidir el final de un día con el final de una página, sorprende el orden, la limpieza y la calidad de la escritura para ser un texto absolutamente privado. Solo en la parte final se observa un aumento de la letra, ocasionado por las dificultades de visión, que Samuel Pepys reconoce.

B. Lo supremamente difícil, especializado y laborioso del tratamiento del manuscrito es la transcripción de su sistema taquigráfico, que sigue los modelos expuestos desde 1626 por Thomas Shelton, junto a palabras en

sistema normal. El sistema de Shelton consiste básicamente en trazos breves para representar con menos esfuerzo los caracteres del alfabeto (las consonantes y vocales iniciales de palabra) y unos trescientos símbolos convencionales para palabras completas o afijos de uso frecuente. Para indicar las vocales internas de las palabras se juega con las posiciones relativas entre las consonantes. El problema teórico del sistema es que se eliminan numerosas distinciones, como los diptongos, las vocales largas y breves del inglés, o grupos consonánticos, lo que obliga al transcriptor a un cierto esfuerzo de interpretación, pero el contexto suele resolverlas.

Por lo dicho, y sabiendo que Samuel Pepys se convirtió en un gran coleccionista de sistemas taquigráficos y que en su biblioteca tenía copias del sistema de Shelton, resulta exagerado y hasta ridículo hablar del *Diario* como mensaje encriptado o cifrado, pues esto parece sugerir más misterio del que hay en realidad. El sistema pareció misterioso y sofisticado durante algún tiempo porque se desconocía el método taquigráfico usado, pero sobre todo porque la rica biblioteca de Samuel Pepys, trasladada al edificio nuevo de Magdalene College en 1724, se mantuvo cómodamente expuesta al público bajo llave durante un siglo, con todas las posibilidades decorativas y turísticas, pero nulas oportunidades de investigación y lectura. Solo aumentó la curiosidad por el *Diario* a raíz de la publicación del diario de John Evelyn en 1818: a instancias de terceras personas, Richard Neville (futuro lord Braybrooke) recibió el encargo de su hermano (rector de Magdalene College), que a su vez encargó la primera transcripción total del texto a un estudiante de Cambridge de escasos medios, llamado John Smith. Sin saber que el sistema era el de Shelton y utilizando solo como modelo un texto en las dos versiones (taquigráfica y normal), abordó la tarea y la culminó razonablemente bien (aunque con bastantes errores) en 1822. Este texto (aproximadamente una cuarta parte del total) fue publicado por lord Braybrooke en 1825, con eliminación de secciones indecorosas u oscuras, retoques estilísticos, errores de interpretación añadidos a los de Smith y notas explicativas. El éxito fue inmediato y le siguieron otras tres, cada vez más extensas en texto (llegando a incluir un cuarenta por ciento del total) hasta 1854.

La expectación creada no podía ser satisfecha con el libro tal como lo había dejado lord Braybrooke, y se produjo un segundo esfuerzo de transcripción total del texto. En este caso, el responsable fue el reverendo Mynors Bright, también de Magdalene College. Este especialista clásico sí aprendió el sistema de Shelton y publicó el *Diario* entre 1875 y 1879 en seis volúmenes, aproximadamente un ochenta por ciento del texto original: las

partes suprimidas eran las consideradas escandalosas y las «tediosas» (para disgusto justificado de R. L. Stevenson). Esta transcripción fue expandida y anotada por el bibliófilo londinense Henry Benjamín Wheatley entre 1893 y 1899, publicando en diez volúmenes un noventa por ciento del total: solo quedaron fuera los fragmentos tradicionalmente considerados inmorales. Pese a ser más extensa, los errores de transcripción y la pobreza de la anotación no hicieron esta edición demasiado mejor que la anterior. Pese a ello, esta versión es la tradicionalmente utilizada para algunas ediciones populares inglesas del siglo XX (*The Concise Pepys*, Wordsworth Classics, 1997) y muchas versiones del texto que circulan en Internet. Asimismo, fue la base para la primera y hasta hace poco única edición en castellano del *Diario* (Espasa-Calpe Argentina, 1954, traducción y selección e introducción de Antonio Dorta).

La tercera transcripción es la que se ha utilizado para la presente edición, y parece improbable que el extraordinariamente ambicioso y profesional esfuerzo de edición de Robert Latham y William Matthews (el primero ocupado principalmente de la anotación histórica y el segundo de la transcripción) pueda ser superado. Desde 1970 han ofrecido el *Diario* en nueve volúmenes (uno por año, excepto el último, que cubre el año 1668 y lo que Samuel Pepys escribió en 1669), junto a un extraordinario volumen de referencia (*Companion*) y un índice global. Evidentemente, esta última edición no tiene excisiones, minimiza la intervención en la puntuación, respeta la división en párrafos, elimina errores de interpretación gracias al escrupuloso trabajo de documentación histórica e informa de todo tipo de detalles sobre la naturaleza del manuscrito (tachaduras, correcciones, manchas en el original, etc.).

C. Una vez realizada la tarea anterior, todavía quedan diversas opciones sobre las que los editores del texto deben decidir. En este campo, como hemos dicho, Latham y Matthews procuran intervenir lo menos posible, pero para el editor de una selección traducida como la presente ha parecido conveniente tomar algunas decisiones que facilitan su lectura, aunque en rigor desvirtúen la integridad histórica del texto. Sin entrar en detalles demasiado especializados:

1) Latham y Matthews tratan de mantener la estructura original en lo relativo a división en párrafos, pero en nuestro caso, dado que el texto original ha sufrido recortes, el texto correspondiente a cada día aparece agrupado en

un solo párrafo por estética visual, y no se han indicado los recortes para favorecer la lectura continua del mismo.

2) En cuanto a la puntuación, para lo que es habitual en la actualidad, Samuel Pepys se muestra extremadamente escueto en cuanto a su uso, de forma que las oraciones suelen tomar la forma de largas secuencias que tienden a hacerse confusas. Latham y Matthews reconocen haber introducido marcas y haberlas modernizado, pero en mi caso he ido más lejos, sustituyendo un buen número de cláusulas separadas por puntos y coma por oraciones completas.

3) La forma de deletrear nombres de calles y apellidos es considerablemente inestable en el texto de Samuel Pepys, que suele hacer una aproximación fonética a los mismos. Para evitar confusiones, he decidido en todos los casos usar la forma moderna aceptada de los mismos, tomando como referencia la manera en que son catalogados en el *Companion* de la edición de Latham y Matthews. Así, el ubicuo doctor *Pierce* aparece en esta edición como *Pearse*; el pintor *Hales* aparece como *Hayls*; *Lumbarstreete* se convierte en *Lombard Street*, y el pueblo de *Redríff*' es el actual *Rotherithe*. Parece que nada se ganaría con mantener la forma arcaica.

D. En las decisiones vinculadas a la traducción de determinados nombres o fragmentos del original ya no interviene el criterio del editor en inglés, pero se mantiene la dificultad o inconveniencia de adoptar posturas radicales para ciertos nombres, pues la única regla estricta al respecto debería ser favorecer la recepción más natural posible del texto, y no todos los casos posibles hacen recomendable las mismas medidas. En principio he optado por favorecer la traducción de muchos términos que, aunque perfectamente podrían mantenerse en inglés, provocarían un efecto de extrañamiento que entiendo perjudicial, pues convertirían en exótico (y, por un prejuicio absurdo habitual en nuestros usos lingüísticos, hasta elegante) lo que no se corresponde con lo cotidiano y normal que se narra. Por ejemplo, cuando Samuel Pepys va a una taberna llamada *The Three Tuns*, el mantener el nombre en inglés no informa demasiado al lector no familiarizado con este idioma y le distancia de la absoluta normalidad (y hasta vulgaridad) de dicho lugar y del hecho de que se tome unos vinos allí y acose a las camareras, por lo que he preferido la fórmula «la taberna de Los Tres Toneles». Así, han sido traducidas numerosas referencias geográficas (bares, habitualmente con pintorescos nombres descriptivos o descritos como «la taberna de Rawlinson», escalinatas en la orilla del río como «El Viejo Cisne» y edificios públicos con traducción evidente, como «Ayuntamiento» por *Guildhall*) y prácticamente todos los

cargos oficiales («lord Chambelán» en lugar de *lord Chamberlain*, «lord Canciller» por *lord Chancellor*, «Concejal» por *Alderman*, etc.) han sido traducidos. Quedan lógicamente excluidos de este principio las palabras en inglés cuya traducción desvirtuaría en exceso la identificación de sus referentes: lógicamente, los nombres de calles (*King Street, The Strand*), iglesias (*St. Dunstan's, St. Fayth's*), palacios o ciertos edificios (*Whitehall, St. James's, Westminster Hall*) o barrios y zonas de Londres (*Cheapside, Lincoln's Inn Fields*). Las únicas excepciones a esta norma son tres edificios muy característicos cuyo uso en español está suficientemente acreditado y no produce dudas: la Abadía (de Westminster), la Torre (afectando por evitar confusión a «la colina de la Torre» y «el embarcadero de la Torre») y (la catedral de) San Pablo (que igualmente condiciona a «el Patio de San Pablo» y «el Colegio de San Pablo»).

Mención especial merece el uso de otros idiomas distintos del inglés en el original, que en la práctica se reduce casi siempre a los momentos de relaciones ilícitas con otras mujeres, muy habituales por otra parte. En esos momentos suele combinar de forma exagerada palabras de distintos idiomas europeos, con preferencia por un español poco correcto gramaticalmente. Latham y Matthews confiesan haber seguido escrupulosamente la ortografía arcaica de Samuel Pepys, y en esta traducción me he limitado a reproducirla, dejando dichos términos en cursiva y traduciendo los ingleses insertados en medio de las frases. Aunque a veces algún elemento pueda resultar oscuro, el conjunto es bastante explícito y fácil de imaginar, por lo que no he estimado necesario traducirlas ni anotarlas, aunque aparezcan palabras en latín, francés, etc. Finalmente, hay ciertos rasgos estilísticos del texto original que he decidido respetar en mi traducción: la incoherencia en los tiempos verbales, aspecto sobre el que Samuel Pepys no se muestra demasiado cuidadoso, pues alterna excesivamente el pasado y el presente, y cierta improvisación o desaliño en lo estilístico (sobre todo en la coordinación de las oraciones). En ocasiones la traducción suena algo más descuidada, o menos retórica de lo esperable en un texto literario, pero ese es precisamente un rasgo del género practicado por Samuel Pepys que merece la pena respetar[32].

E. El campo de intervención editorial más laborioso y autónomo del presente libro es el de la selección y anotación de textos[33]: entendiendo que una versión completa pueda no resultar viable en ámbitos geográficos como el nuestro, elegir una determinada cantidad de textos del original que garantice al lector la confianza de obtener una muestra suficientemente representativa,

completa y no sesgada no es tarea fácil. No existen dos selecciones publicadas iguales del *Diario*, pues cada una ofrecerá naturalmente un retrato distinto del texto, con diferentes proporciones entre los elementos de la variada vida de Samuel Pepys, y todas serán parcialmente insatisfactorias. De hecho, sería deseable que el texto que aquí se presenta hiciera al lector querer ver el resto. Es posible, sin embargo, desarrollar algunos criterios:

1) Todo lector debe esperar ciertos momentos cumbre, y para ello es importante reconocer el papel preponderante que la tradición ha asignado a determinados momentos o sucesos de su vida. La selección de fragmentos indiscutibles, inevitables, se ha acometido aquí mediante un proceso rigurosamente objetivo: tomando como base la aparición de determinadas entradas diarias en cuatro ediciones resumidas del *Diario* publicadas en el ámbito anglosajón desde principios del siglo XX[34], la española de Espasa-Calpe ya reseñada y los hechos fundamentales reseñados en las dos biografías de Samuel Pepys publicadas recientemente[35], se han elegido aquellas que aparecen en al menos tres de las ediciones ya reseñadas. Mediante este método estadístico se han elegido aproximadamente ochenta o noventa registros diarios por año, lo que da una cantidad total aproximada de ochocientos registros diarios para todo el periodo.

2) A esta selección inicial se han incorporado otras entradas diarias que no aparecen normalmente en selecciones de las dimensiones de esta, pero que ofrecen datos importantes en conjunto o que resultan necesarias para completar la información de los días antes señalados. Estas entradas suman aproximadamente cuarenta al año, por lo que el total de días anotados en esta edición suma mil trescientos nueve.

3) Más importante que el número de días, sin embargo, es el tratamiento de los mismos, es decir, la cantidad de material que se mantiene del original para cada día y la proporción de contenidos que se ofrecen, pues una selección podría llamarse completa por el número de días cubiertos e incluir, en un ejemplo extremo y ridículo, una o dos líneas por cada día, lo que la haría en realidad un retrato muy empobrecido del original, y, del mismo modo, una selección que atendiera solo a la faceta política o profesional de la vida de Samuel Pepys, por muy importante que esta sea, no le haría justicia: lo «real» del *Diario* es que tras una reunión del Consejo Privado, el personaje se va a comprar unos guantes, a beber o a buscar una criada nueva. Las aproximadamente doscientas setenta mil palabras de nuestra selección deben cubrir un tanto de todo parecido a la distribución del original completo.

Por lo dicho, me parece justificado que esta selección tienda relativa o ligeramente a favorecer la omisión de días sobre los contenidos, presentando una proporción considerable de entradas completas o escasamente amputadas. El libro debe seguir pareciendo un diario, no una colección de brillantes pero breves anécdotas; expurgar al máximo la entrada de un día para buscar la frase muy informativa violenta la naturaleza del diario, que no es una biografía ni una colección de noticias, sino un registro, a veces algo rutinario, de actividades, de días completos recordados en los que por sorpresa (como sucede en la vida) algo memorable o significativo «choca» con nosotros, se nos ofrece. Eso es lo que cuenta Samuel Pepys y con esas sorpresas entre ciertos procesos habituales debe el lector sorprenderse agradablemente y encontrar esos momentos o comentarios memorables.

Con esta estrategia me parece que soy consecuente, además, con algo señalado al principio de esta introducción: la responsabilidad de mantener un rasgo tan poderoso del *Diario* como la ausencia de orientación hacia el lector se extiende al trabajo del responsable de la selección: escoger solo los extractos «curiosos» para el lector es una forma de traicionar el texto, una consideración con el lector que, además, desvirtúa el género en el que el libro se inscribe.

Terminaré con una reflexión que se añade a este hecho de la naturaleza genérica del texto y sus consecuencias para la selección, que también creo haber respetado. Frente a las memorias, las biografías o las novelas, géneros que reproducen semejantes esquemas de organización, el diario como género posee un interesante rasgo: la ausencia de argumento, es decir, la aparente falta de selección y manipulación de los hechos para crear en el lector una dirección, unidad, coherencia y sentido entre los hechos del caótico (y sobre todo abarrotado) curso de la existencia. Aunque parezca ocioso matizar esto, cumplamos con la exigencia de aseguramos: en rigor no existe diario sin selección argumental, sin selección entre la multitud de hechos que acontecen en un solo día. Desde este punto de vista, el diario no carece de trama (entendida, repetimos, como operación de estructuración de la realidad), solo que sustituye el argumento global por una secuencia de argumentos diarios en una difusa relación con los argumentos de los días anteriores: cada día el autor del diario escribe la «novela» de ese día, y esto solo sucede en el género del que hablamos[36].

Una situación más desgraciada, más agobiante, es la del editor que selecciona o recorta el texto original, pues se convierte en un creador de argumentos interpuesto que impone patrones de relevancia o interés y

continuidades textuales entre hechos que él mismo ha forzado con sus recortes. Un ejemplo y una sugerencia: el *Diario* se puede leer como el ascenso de un funcionario público, pero la evidencia histórica nos muestra que el ascenso continuó más adelante, por lo que el argumento del ascenso en la realidad histórica está truncado en el texto, y en el momento del abandono del diario no hay ningún cierre parcial en esa línea argumentad pues no se produce ninguna novedad significativa. Si a pesar de todo deseamos imaginar un principio y un final coherentes, como si el *Diario* fuera una novela, envío una propuesta, la del camino trazado entre el día que nuestro Samuel Pepys especula en la cama con su esposa sobre qué haría si tuviera dos mil libras («convertirme en un caballero y tener carruaje propio», 2/3/1662), y el momento, al final del *Diario*, en que logra, por fin, tener un coche propio y pavonearse por la ciudad: «… enseguida salimos, cruzando Londres con las nuevas Libreas de sarga, los caballos con las crines y colas atadas con lazos rojos, con los estandartes dorados con barniz y todos limpios: la gente nos miraba, y la verdad es que no vi ningún coche más bonito y alegre que el nuestro en todo el día» (1/5/1669).

JOAQUÍN MARTÍNEZ LORENTE

1660

Bendito sea Dios, al terminar el año pasado mi salud era muy buena, sin ninguno de mis antiguos dolores, excepto cuando me constipo. Vivía en Axe Yard, con mi esposa y Jane, la criada, sin nadie más en la familia que nosotros tres. Mi esposa, tras siete semanas sin el periodo, me hizo tener esperanzas de que estaba embarazada, pero le vino de nuevo el último día del año. La situación del Estado es como sigue: el *Rump*[1], tras ser cerrado por lord Lambert, se reunió de nuevo. Todos los oficiales del ejército forzados a someterse. Lawson sigue en el Támesis, y Monck está con su ejército en Escocia. Lord Lambert es el único que no se ha presentado ante el Parlamento, y no se espera que lo haga si no le obligan. El nuevo Concejo está muy crecido, y ha enviado a Monck un portaespada para hacerle saber que quiere un Parlamento nuevo y libre, lo que ahora es el deseo, la esperanza y la ilusión de todo el mundo. Veintidós antiguos miembros excluidos se presentaron la semana pasada en la Cámara solicitando la entrada, pero se les negó, y existe la opinión de que ni ellos ni la gente se conformarán mientras la Cámara no se complete. Mi situación personal es bastante buena y me tienen por rico, aunque en realidad soy muy pobre, dejando a un lado los bienes de mi casa y mi trabajo, que en la actualidad no es del todo seguro. El señor Downing es el jefe de mi oficina[2].

1 de enero, día del Señor

Esta mañana (últimamente dormimos en la buhardilla) me puse el traje de faldones grandes; ya hace tiempo que no me pongo otra cosa. Fui a la iglesia del señor Gunning, en Exeter House, e hizo un buen sermón sobre estas palabras: «Que cumplido el tiempo, Dios envió a su hijo, nacido de mujer, etc.», indicando que «hecho de acuerdo con la ley» significa su circuncisión, que se conmemora hoy. Comí en la buhardilla, donde mi esposa preparó los restos de un pavo y se quemó la mano. Toda la tarde en casa, repasando mis cuentas. Salí con mi esposa a casa de mi padre y por el camino vimos los grandes postes que el Concejo ha colocado en el conducto de Fleet Street[3].

2 de enero

Antes de salir por la mañana, el viejo East me trajo una docena de botellas de vino y le di un chelín por las molestias. Luego visité al señor Shipley, que estaba en la bodega preparando más envíos de vino para regalar a otros sitios de parte de milord, y me dijo que fue milord el que le dio orden de mandarme las doce botellas[4]. De allí al Temple a hablar con el señor Calthorpe de las sesenta libras que se le deben a milord, pero no le vi porque había salido. Luego a casa del señor Crew, a pedirle prestadas diez libras para mi uso propio. Estuve un buen rato paseando por Westminster Hall, donde oí que Lambert venía a Londres y lord Fairfax estaba al mando de la brigada irlandesa, pero no parecía claro a favor de qué se pronunciaría. Hoy la Cámara estaba terminando la ley para constituir el Consejo de Estado, lo que hicieron, y otra para conceder inmunidad a los soldados[5], y se reunirán de nuevo por la tarde. Se habla mucho de declaraciones en varios sitios a favor de un Parlamento libre y se piensa que no tendrán más remedio que completar el Parlamento con los antiguos miembros. Del Hall marché a casa, y luego a la del señor Crew (mi esposa se fue a ver a su padre) con la idea de comer allí, pero llegué tarde. Así, el señor Moore, yo y otro caballero salimos a tomarnos una cerveza en el mercado nuevo[6], donde compré pan y queso para almorzar. Después anduvimos juntos el señor Moore y yo hasta Fleet Street, donde nos separamos, pues él iba a Londres y yo a ver al señor Calthorpe, aunque tampoco lo conseguí esta vez, por lo que regresé a casa del señor Crew y luego a ver a la señorita Jemima, que me enseñó un juego de naipes. Volví a casa, y como mi esposa había ido de visita con la señora Hunt, me fui a la taberna de Will y allí estuve con el señor Ashwell[7], hablando y cantando hasta las nueve, en que regresé a casa. Como solo había tomado pan y queso, mi esposa me cortó una rodaja del fiambre de cerdo que nos había enviado

milady, el mejor que he probado nunca. Luego a la cama; mi esposa pasó una mala noche por el viento y el frío.

3 de enero

En Whitehall me enteré de que el Parlamento ha aprobado la Ley de Inmunidad para los soldados y oficiales que se presenten en unos días, y que lord Lambert podría acogerse a esa Ley. También han votado que se cubran todas las vacantes en la Cámara que se deban a fallecimiento de los antiguos miembros, pero no se podrán presentar los que siguen vivos.

4 de enero

El señor Vanly vino temprano a cobrar la renta de este semestre, que no tenía en casa, pero llevé a su criado a la oficina y allí le pagué. Luego bajé al Hall y a la taberna de Will; Hawley se trajo un trozo de queso de Cheshire, que nos hizo disfrutar. De vuelta en el Hall me encontré al empleado y al intendente del escuadrón de milord y los llevé al Cisne a que se tomaran el trago, pues acaban de llegar a la ciudad[8]. El señor Jenkings me mostró dos letras de cambio para cobrar lo de milord y mi paga[9]. Nevó durante toda la mañana, hizo mucho frío y se me hinchó la nariz. Es curioso lo distintas que son las cosas que se dicen: unos comentan que Lambert necesariamente debe ceder; otros, que está muy fuerte y que los hombres de la Quinta Monarquía le apoyarán si se declara a favor de un Parlamento libre. Ayer mandaron a Chillenden a verlo con un voto de perdón e inmunidad emitido por el Parlamento[10]. Volví a casa y había cartas de Hinchingbrooke[11]. Comí en casa y fui a recoger a Shaw a la taberna de Will, pues me había prometido acompañarme a ver a Atkinson por un asunto de dinero, pero estaba jugando a las cartas con Spicer y D. Vines, y no pude llevármelo. Me enfadé y me fui al Hall, donde oí que el Parlamento ha estado hoy de ayuno y oración; por la tarde llegaron cartas del norte con noticias de que los hombres de lord Lambert le están abandonando, que solo le quedan cincuenta jinetes y que ahora se declara a favor del Parlamento. También que lord Fairfax está conforme y ha depuesto las armas, y que lo que hizo fue solo para liberar la zona y evitar que Lambert recaudase dinero. Volví a la taberna de Will, donde seguían con las cartas y Spicer les había ganado catorce chelines a Shaw y a Vines. Estuve un rato con G. Vines y Maylard en casa del primero tocando la

viola. Volví a la mía y después a la de la señora Hunt, donde jugué a las cartas con ellos y con Hawley hasta las diez.

5 de enero

Fui a la oficina, donde se seguía esperando dinero de la Oficina de Impuestos, pero no llegó y prometieron mandarlo esta tarde. Almorcé pastel de pavo con el señor Moore en los aposentos de milord y volví a la oficina, donde llegó el dinero y se le entregó parte a los soldados hasta que oscureció. A casa. Escribí una carta a milord contándole las noticias: que hoy el Parlamento ha votado que la exclusión de los miembros de los años 1648 y 1649 fue correcta, y que se emitirían mandatos para ocupar sus plazas con sustitutos; que se había ordenado a Monck y Fairfax que se presentaran y que se habilitarían los alojamientos del Príncipe en Whitehall para Monck. Luego mi esposa y yo, como hacía una tremenda helada, fuimos a casa de la señorita Jem, esperando tomar allí leche con vino caliente, pero como el señor Edward no iba a venir, se suspendió.

Entonces dejé a mi esposa jugando a las cartas con ella. Así que fui con un farol a casa del señor Fage[12] a consultarle sobre lo de mi nariz. Me dijo que era solo el constipado, tras lo que conversamos sobre asuntos públicos. También que era cierto que el Concejo no podía hacer gran cosa, pero estaba decidido a echar a los soldados[13] y pensaba que la mitad del Concejo no recaudaría dinero alguno por orden de este Parlamento. De allí a casa de mi padre, donde estaba la señora Ramsey y su nieta, una niña preciosa. Estuve un rato hablando con ellos y con mi madre y me despedí después de recibir una invitación para comer mañana en casa de mi primo Thomas Pepys. Volví a casa de la señorita Jem, recogí a mi esposa y a la señora Shipley, y a casa.

9 de enero

Llevo dos o tres días muy preocupado pensando en cómo obtener dinero para pagar a los que me han prestado, pues el mío está en manos de mi tío[14]. Esta mañana me levanté temprano y estuve repasando y corrigiendo el discurso de mi hermano John para su próxima exhibición[15]. De camino a la oficina me encontré a W. Simons, Muddiman y Jack Price y me fui con ellos a la taberna de Harper; estuvimos hablando de todo hasta las dos. Muddiman me pareció un gran erudito y también un enorme bribón; aunque escribe gacetas a favor del Parlamento dice que hace solo por dinero, y habló muy

mal de ellos. Entre otras cosas, Simons me contó que a su tío Scobeli le llamaron el sábado pasado a testificar por haber escrito en 1653 en el diario de la Cámara; «Hoy su Excelencia el lord General Cromwell disolvió esta Cámara». El Parlamento declaró que esas palabras eran falsas y le exigieron que explicara cómo se habían incluido. Respondió que la letra era suya, y que lo hizo en virtud de su cargo y siguiendo la costumbre de sus predecesores: que su intención era dejar para la posteridad que tal o cual Parlamento se había disuelto, ya fuera por orden del Rey o por negligencia propia, como fue el caso de la última Cámara de los Lores, y con ese fin lo había escrito. Respecto a la palabra «disuelto», en aquel momento fue la que oyó, pidiendo perdón por no haberse atrevido a inventar otra, viendo que seis años después ellos habían decidido llamarlo «interrupción». Les gustó tan poco esta respuesta que nombraron un comité para que informara a la Cámara si el delito del señor Scobell entraba en la Ley de Inmunidad o no. De allí fui con Muddiman al café, y pagué dieciocho peniques para entrar en el Club[16]. En el Hall aseguraron que Monck venía a Londres y que le estaban preparando los aposentos de Bradshaw[17]. El señor Hawley vino a casa; me dijo que hoy me habían echado de menos en la oficina y que mañana debo pagar el dinero que he cogido, lo que me hace sentir perdido, pues no sé de dónde sacar efectivo, por lo que me acosté muy apurado[18].

16 de enero

Por la mañana fui a ver al señor Crew, que me dio instrucciones junto a la cama para ir mañana con el señor Edward a Twickenham[19], y también me habló de asuntos del Estado; me dijo que le parecía justo que los parlamentarios excluidos fueran admitidos de nuevo. Salí, y de camino entré en una cervecería y me tome el trago con Andrews y algunos de sus amigos, cocheros. A uno de ellos le encargué que nos llevara mañana a Twickenham. De allí a mi oficina, pero no había trabajo. Vino el señor Downing y me encontró allí solo; me mencionó que iba a volver a Holanda[20] y me preguntó si yo iría, y aunque me dijo que me lo pensara no me animó mucho; me preguntó si yo creía que el señor Hawley podría hacer solo el trabajo de la oficina. Confieso que estuve todo el día confundido, pensando en cómo llevar este asunto. A mediodía vino Harry Ethall y marchamos en coche con el señor Maylard hasta Salisbury Court; fuimos al Salón de los Empleados y, aunque llegamos algo tarde, nos tomamos una buena comida en un reservado por cortesía del señor Pinkney. Tras el almuerzo estuvimos cantando y un tal

Hazard entonó solo algo de estilo antiguo, muy celebrado, aunque a mí no me gustó. Luego nos marchamos al Dragón Verde en la colina de Lambeth: allí cantamos toda clase de temas y yo me aventuré con éxito en algunas cosas nuevas. Después toqué mi flageolet hasta las nueve, muy a gusto, enlazando una canción con otra hasta que se hizo muy tarde. Después, Shipley, Harrison y yo volvimos a pie hasta Westminster y nos tomamos una pinta de vino en el León Rojo, cerca de Charing Cross, donde nos separamos. Volví a casa y me encontré que mi esposa y la criada estaban lavando. Estuve levantado hasta que pasó el sereno justo debajo de mi ventana cuando yo escribía estas líneas y gritó: «La una pasada, madrugada fría, helada y ventosa». Entonces me fui a la cama. Mi esposa y la criada seguían lavando.

19 de enero

Esta mañana me hizo llamar el señor Downing; me habló de su afecto por mí y me dijo que creía haber tenido un detalle conmigo consiguiéndome un puesto de empleado del Concejo. Esto me hizo sentir un poco confuso y no supe si agradecérselo o no; al rato lo hice, pero sin demasiado entusiasmo, pues pensé que lo hacía solo para librarse del salario que me paga[21].

24 de enero

Por la mañana a mi oficina, donde después de tomarme el trago en la taberna de Will con Ethell y el señor Stevens estuve entregando parte del dinero de los impuestos hasta las doce; luego pasé a por mi esposa y la llevé a casa del señor Pearse; ella muy molesta por sus zapatos nuevos, y yo enfadado por lo despacio que íbamos, pues era muy tarde. Después llegaron el señor Southorne, empleado del señor Blackburne, y el teniente Lambert, del barco de milord, que traían la declaración emitida hoy por el Parlamento mostrándose a favor de la ley y la doctrina, y también a favor de un diezmo, pero no veo que la gente les crea. Cuando nos marchamos fuimos a casa de mi padre; mi esposa se quedó allí y nosotros salimos a hablar con el señor Cromleholme[22], que le dio a mi padre instrucciones sobre lo que tiene que hacer mi hermano para conseguir una beca, y le habló muy bien de él a mi padre. De vuelta a casa de mi padre, donde en la habitación pequeña hablamos en privado con mi hermana Pall sobre el robo de objetos como las tijeras de mi esposa y el libro de mi criada, lo que molestó mucho a mi padre. Hoy el Parlamento dio órdenes para que antes de una semana se presente ante

ellos el antiguo Comité de Seguridad con todos sus documentos y el modelo de gobierno que había elaborado y los entregue. A casa, donde hablé con mi esposa sobre nuestra comida del jueves.

26 de enero

A mi oficina para llevarle veinte libras al señor Downing, lo que hice, y volví. Vino el señor Frost a pagarle al señor Downing sus quinientas libras; fui a por el justificante y se lo entregué al señor Frost. Después a Whitehall a por varios documentos para el señor Downing. Vuelvo a los aposentos de milord, donde mi esposa había preparado una comida excelente, a saber: un plato de huesos con tuétano, una pierna de añojo, un lomo de ternera, un plato de carne de ave, tres pollos, dos docenas de alondras en un plato, una tarta, una lengua de vaca, un plato de anchoas, un plato de gambas y queso. Los invitados eran mi padre, mi tío Fenner, sus dos hijos, el señor Pearse, las esposas de todos ellos y mi hermano Tom. Estuvimos bien, todo lo bien que puedo estar con dicha compañía. Observé que el ver a la señora Pearse tan bien vestida desanimó a las dos mujeres jóvenes.

27 de enero

De camino a la oficina me encontré con Tom Newton, mi antiguo compañero, y me tomé el trago con él en la taberna de la Corona. Estuvimos juntos hasta que cerraron las oficinas y me marché al Hall, donde mi librero me dijo que el señor G. Mountagu había preguntado por mí. Fui a su casa y tuve que quedarme a comer con él. Luego a la mía y a la de la señorita Jem, con la que jugué a las cartas. Al volver a casa, mi esposa me dijo que Hawley había venido a hablar conmigo y que parecía muy enfadado porque no había ido a la oficina en todo el día; me dijo que temía que el señor Downing tuviera intención de sancionarme. Me fui a toda prisa a verle, pero no pasaba nada.

29 de enero

Por la mañana fui a ver al señor Gunning, que hizo un excelente sermón sobre la segunda carta a los Gálatas acerca de la disputa que surgió entre san Pablo y san Pedro (ha sido la festividad de san Pablo hace uno o dos días): demostró que, contrariamente a la doctrina de la Iglesia de Roma, san Pablo

nunca reconoció ninguna dependencia o inferioridad respecto a san Pedro, sino que eran iguales, y que la única diferencia es que uno predicó a los judíos y otro a los gentiles. Me encontré allí con el señor Moore y fui a comer con él a casa del señor Crew. De allí a la mía, donde me pasé la tarde repasando mis cuentas: tengo más de cuarenta libras, con lo que no contaba, pero me temo que he olvidado algo.

30 de enero

Esta mañana, antes de levantarme, me puse a cantar mi canción *Great, Good and Just*, etc[23].… y recordé que hoy es el día fatal, pues hace diez años que murió Su Majestad. Parece que se ha dejado de hablar, ya que se da por descontado que Monck ha decidido apoyar al Parlamento y no hacer nada. Esta noche he pasado un rato en mi cámara clavando púas para mis sombreros y abrigos.

31 de enero

No he podido encontrar nada en la carta del señor Downing que me ha traído Hawley respecto a mi trabajo, pero he observado que Hawley desea que me convierta en empleado del Concejo, y supongo que el salario sería mayor. Sin embargo, todavía no creo que sea seguro cambiar esto por un empleo público.

3 de febrero

Me tomé el trago en la taberna de Harper y me contaron que los soldados están tranquilos por las promesas de pago. Luego al parque de St. James y a casa a por mi flageolet para tocar un rato, pues era una mañana muy agradable y soleada. En mi oficina estuve pagando pequeñas cantidades a algunos soldados con el teniente coronel Miller. Cerca de mediodía vinieron a verme la señora Turner y Joyce Norton[24] y les enseñé el Parlamento; el portero fue muy amable al abrirnos la puerta. Después fuimos con mi primo Roger Pepys a la casa de vinos del Rhin de Prior, donde nos tomamos unas pintas de vino y un plato de anchoas y encargamos tres o cuatro docenas de botellas de vino para su boda. Al terminar, se marchó. En la casa de Wilkinson encargamos que nos asaran lo mejor posible una paletilla de ternera y que mandaran una botella de vino a casa. Entretanto ella, Joyce y yo paseamos por Whitehall,

adonde acababa de llegar el general Monck, y vimos marchar a todas sus tropas con mucha formalidad y energía. Luego a casa, donde comimos, pero con mucha paciencia, pues la ternera vino cruda y tuvimos que esperar a que se guisara. Mientras tanto, estuvimos pensando en una leyenda para el anillo de la que se casará con Roger Pepys. Tras la cena las dejé y fui a enterarme de las noticias, pero solo he sabido que casi todo el Parlamento estaba con Monck en Whitehall y que mientras cruzaba la ciudad muchos le gritaban pidiendo un Parlamento libre, sin más bienvenida que eso. En el Patio del Palacio vi que muchos soldados antiguos se resistían a salir de la ciudad sin su dinero, y juraban que si no lo recibían en tres días, como se les prometió, harán más daño en el campo que quedándose, algo muy probable, pues allí ya hay un gran descontento.

4 de febrero

La única noticia de hoy es que el Parlamento ha votado que la Cámara esté formada a partir de ahora por cuatrocientos miembros. Hoy mi esposa ha matado el pavo que le regaló la señora Shipley, traído de Dinamarca por milord, ya que no pudo conseguir que lo hiciera la criada Jane.

5 de febrero, día del Señor

Por la mañana, antes de la iglesia, el señor Hawley, que lleva un par de días mostrando un aspecto triste (por lo que me parece que hay algo en su corazón respecto a mí), se me acercó y me dijo que le faltaban veinticuatro libras, que no sabía qué había sido de ellas y que recuerda que el otro día tenía dicha suma en una bolsa y no podía decir lo que hizo con ella. Le dije que lo sentía, pero no podía ayudarle. Por la mañana fui a ver al señor Gunning, pero había un desconocido, un anciano, que hizo un buen sermón. Al terminar no pude encontrar a mi esposa, que me había prometido estar en la puerta cuando yo saliera, y estuve un buen rato esperando. Fui a casa y no estaba allí, por lo que volví y me pasé por la taberna de los Cuadros, pensando en almorzar como siempre con los señores Chetwind o Thomas, pero como no estaban fui a casa de mi padre, la encontré allí y comimos. A su iglesia por la tarde; en el banco de la señora Turner mi esposa se puso una bonita capucha negra que llevó todo el tiempo. Un desconocido hizo un sermón muy pobre y yo pasé el rato leyendo el libro de la historia de Tobit.

6 de febrero

Antes de la oficina fui a casa del señor Crew y le pagué al señor Andrews las mismas sesenta libras que recibí del señor Calthorpe la semana pasada. Volví a Westminster y me encontré por el camino al señor Squibb. Allí vimos que todo el Patio del Palacio estaba lleno de soldados dispuestos a facilitar la entrada del general Monck en la Cámara. Nos separamos; luego me encontré a Swan y nos fuimos al Cisne a tomarnos el trago. Al volver al Hall me quedé en las escaleras y vi salir a Monck, que mostraba su respeto a los jueces según pasaba ante ellos. A mediodía comí con mi padre del pavo que nos trajeron de Dinamarca y después nos tomamos media pinta de vino en la taberna Cabeza de Toro antes de separarnos. Luego fui a la taberna de Will, donde estuve jugando a las cartas hasta las diez; perdí media corona y me fui a la cama.

7 de febrero

Por la mañana fui temprano a avisar al señor Hawley de que tenía que ir a Londres, pero como estaba ocupado encargamos al señor Spicer nuestros asuntos de la oficina y caminamos hasta el Temple. Allí me detuve un rato para acercarme al Colegio de San Pablo, pero como era muy temprano me tomé el trago con mi primo Tom el tornero y visité su casa y su taller. Luego al Colegio, donde uno que hacía su discurso para el séptimo curso en alabanza del Fundador mostró un libro que el señor Cromleholme ha adquirido hace poco y que se cree está escrito de su propia mano[25]. Tras los discursos, en los que mi hermano quedó tan bien como el resto, fui a casa a comer y luego al Hall. En el Palacio vi que unos soldados de Monck insultaban a Billing y a todos los cuáqueros que estaban allí reunidos[26]. Desde luego, los soldados los trataron muy mal y tienen gran culpa. Después de un trago con el señor Spicer, que había recibido seiscientas libras esa mañana para mí, fui a los jardines del Temple con el capitán Stone (hablamos todo el camino de la enfermedad de la piedra). Vuelvo a casa a pie y me encuentro una carta encriptada de milord, que descifro. Fui a tratar con el señor Crew sobre el asunto de la carta, el regreso a la ciudad de milord, que pretende llevar a cabo tras mi carta de la semana pasada, en la que le hacía esa recomendación. De regreso a casa le escribí una carta cifrada en respuesta. Hoy me dijo el señor Crew que lord St. John apoya un Parlamento libre y está a favor de Monck, que ahora tiene todo el control y poder para hacer lo que desee. El señor Moore me ha hablado de un cuadro colgado en la Lonja[27] con un trasero echando un zurullo en la boca de Lawson, sobre el que aparece escrito:

«Agradecimiento de la Cámara». Ahora los chicos gritan «Bésame el Parlamento» en vez de «Bésame el culo»: así de grande y extendido es el desprecio que sienten los hombres, tanto buenos como malos, por el *Rump*.

11 de febrero

Esta mañana me quedé más tiempo en la cama y luego fui a mi oficina, donde estuve leyendo toda la mañana mi libro español sobre Roma[28]. A mediodía fui al Hall y allí me enteré de una carta escrita por Monck, que está de nuevo en Londres, en la que se muestra decidido a apoyar que se complete inmediatamente la Cámara. Fue muy extraño ver cómo en solo media hora las caras de la gente se llenaban de alegría. Así que subí al vestíbulo, donde el Presidente leía la carta. Al terminar la lectura, *sir* A. Hesilrige[29] salió muy enfadado, mientras Billing, que estaba en la puerta, le cogía del brazo y le gritaba: «¿Dejará de guiarte la bestia? ¡Te vas a condenar!». Se levantó la sesión y quedaron en reunirse de nuevo a las tres. Bajé al Hall y vi al señor Chetwind, que estaba sin comer, como yo, por lo que nos fuimos a Londres. Más tarde me acerqué al Ayuntamiento a ver si Monck volvía, y le vi salir de la sala donde había estado reunido con el Alcalde y los regidores; nunca en mi vida oí semejante clamor, con gritos de «¡Dios bendiga a su Excelencia!». Me encontré con el señor Lock, le llevé a una cervecería y fui a recoger a Chetwind; cuando nos juntamos, Lock nos contó lo esencial de la carta de Monck al Parlamento[30]. Vi a mucha gente dar dinero y bebida a los soldados, y todos gritaban: «¡Dios les bendiga!» y otras palabras de ánimo. De allí nos marchamos a la taberna de la Estrella (pues Monck estaba en la de Benson), donde comimos y le escribí una carta a milord. Se hicieron muchas hogueras en Cheapside y las campanas de todas las iglesias por las que pasábamos estaban tocando. Volvimos a casa, pues eran cerca de las diez ¡Menudo alborozo se veía por todas partes! Y una gran cantidad de hogueras: catorce entre St. Dunstan’s y el Temple, y desde el puente del Strand pude ver treinta y una al mismo tiempo. En verdad que sobrepasa la imaginación lo extendido y repentino que ha sido todo esto. Al llegar a casa envié mis cartas a la casa de postas de Londres y mi esposa y yo salimos a que viera las hogueras. Caminamos hasta la Lonja, regresamos, y a la cama.

12 de febrero

Por la mañana, siendo domingo, vino el señor Pearse a preguntarme por la situación. Nos tomamos juntos el trago y fuimos a Whitehall, donde predicaba el doctor Holmes, pero no me quedé a escucharle, sino que salí a pasear y me enteré de que *sir* A. Hesilrige ha ido de nuevo a Londres a ver a Monck, y que su esposa partió anoche de Whitehall. Volví a casa, pues había invitado a comer a mi primo Thomas y a su socio, pero antes de eso nos dimos una vuelta por el parque, ya que era el día más agradable que nunca vi. Tras la comida nos fuimos juntos a Londres, donde nos dijeron que Monck estuvo en San Pablo por la mañana y que la gente le aclamaba al salir. Por la tarde ha estado en la iglesia de Broad Street, en cuyas cercanías se aloja. Cuando me separé de ellos fui a San Pablo y me encontré con el aprendiz del señor Kirton (el encorvado); estuvimos dos horas paseando buscando una taberna para tomar algo, aunque no nos atrevimos a llamar al 110 ver ninguna abierta, y una hora en la iglesia, donde me contaron que la carta ya estaba publicada. Después a casa de la señora Turner; allí se encontraba mi esposa y fuimos a casa de mi padre, donde Ch. Glascocke estaba exultante por la situación actual: me contó que los chicos rompieron anoche las ventanas de Barbón[31]. En la cama tuve una riña con mi esposa porque le dije que tiraría por la ventana al perro que le regaló su hermano si volvía a mearse dentro de la casa.

14 de febrero

En Westminster Hall oí que el Parlamento ha cambiado el juramento, del que tanto se habló, por promesa, y que entre los requisitos para los miembros futuros estará el de que no podrá ser elegido nadie, ni el hijo de nadie, que haya combatido mientras siga vivo su padre. A la taberna de Will, donde estuve haciendo el tonto y perdí seis chelines a las cartas. A casa; le escribí dos cartas a milord y, después de cenar, a la cama. Hoy, por orden del Parlamento, han expulsado a *sir* H. Vane[32] de la ciudad a su casa en Lincolnshire.

17 de febrero

Por la mañana, Tom, que fue lacayo de milord, vino a verme y cogió diez chelines del dinero que le guardo. Así que ahora solo le quedan treinta y cinco chelines. Luego llegó el señor Hill, que hace instrumentos musicales, y le

consulté sobre algunos cambios en mi viola y mi laúd. Después subí a mi estudio e hice mis cuentas; resulta que tengo cuarenta libras. Eso es todo.

18 de febrero

Un buen rato cantando y tocando la viola, para aprender *Fly, Boy, Fly* sin partitura. Vuelvo a mi oficina, donde hay poco trabajo. Vino a verme el capitán Holland y me llevó a la taberna de la Media Luna, donde estaba el señor Southorne, empleado de Blackborne. Luego a la Mitra, en Fleet Street, donde se oía muy bien la música de otra habitación a través del techo. Nos separamos y me fui a casa del señor Wotton, con el que me acerqué a una cervecería; mientras bebíamos me contó muchas historias de comedias que había visto representar, así como los nombres de los principales actores; me dio muchos detalles.

21 de febrero

Por la mañana, al salir, vi a muchos soldados marchando hacia Westminster, y me dijeron que iban a readmitir a los miembros excluidos. Así que fui a Westminster Hall y en Chancery Row vi a unos veinte con el general Monck, que les daba un discurso de alabanza a la República y contra Carlos Stuart. Entraron en la Cámara y estuvieron reunidos hasta mediodía; cuando salieron, el señor Crew me invitó a comer: estaba muy contento cuando me contó que la Cámara había nombrado a Monck General de todas las fuerzas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, y que por deseo suyo Lawson tenía el mando del mar. Me recomendó que le enviara algo a milord y me dijo que si él quiere puede ser empleado de nuevo, que la Cámara ahora solo pretende emitir órdenes que dispongan las bases para un Parlamento libre.

23 de febrero, jueves

Mi cumpleaños: ya veintisiete años. En Westminster Hall encuentro al señor Crew tras levantarse la sesión, quien me dice que milord ha sido elegido por setenta y tres votos para el Consejo de Estado. El señor Pierpont fue el que más votos obtuvo: ciento uno; y él mismo, que quedó el segundo, cien.

25 de febrero

Llegamos a Cambridge a las ocho de la mañana, a la posada del Halcón en Petty Cury, donde encontramos muy bien a mi padre y a mi hermano. Después de arreglarme, sobre las diez, fui con ellos a ver al señor Widdrington en Christ's College, quien nos recibió muy amablemente e hizo que admitieran a mi hermano. Al terminar, nos despedimos. Mi padre y hermano marcharon a visitar a algunos amigos Pepys que estudian en Cambridge, mientras que yo fui a Magdalene College a ver al señor Hill, con quien encontré a los señores Zanchy, Burton y Hollins, que me acogieron con enorme cortesía. En los Tres Toneles bebimos mucho, brindando por la salud del Rey hasta que oscureció.

27 de febrero

Arriba a las cuatro; una vez listo me despedí de mi padre, al que dejé en la cama, y de mi hermano John, al que di diez chelines. El señor Blayton y yo cabalgamos hasta Saffron Walden. Dejamos los caballos en el Ciervo Blanco y le pedimos al dueño que nos enseñara Audley End House[33]. Nos llevó a pie por el parque hasta la casa y el encargado nos la mostró toda: la majestuosidad de los techos, las chimeneas y formas del conjunto, en extremo dignas de verse. Después a la bodega, donde tomamos un excelente vino y brindamos por el Rey. Allí toqué mi flageolet, con un eco excelente. Nos enseñó pinturas estupendas, dos especialmente: una de los cuatro evangelistas y otra de Enrique VIII. Al terminar le di dos chelines por las molestias y volvimos. Al marchamos, mi patrón nos llevó por un viejo hospital o casa de beneficencia donde mantienen a cuarenta personas pobres. Fuimos a la posada y después de comer algo y besar a la hija de los dueños, que era muy bonita, nos despedimos y marchamos toda la noche con muy buen camino, excepto el tiempo lluvioso, hasta Eping. Allí nos sentamos, jugamos las damas y, tras un poco de chanza con la atrevida doncella de la casa, nos acostamos.

29 de febrero

A mi oficina; tomé un trago en la taberna de Will con el señor Moore, que me dijo que milord ha sido elegido general de la Armada por el Consejo, y que se cree que Monck se le unirá en breve. Comí en casa y después fui con mi esposa por el río a Londres, a casa de Herring, el mercader de Coleman Street, a por cincuenta libras que me promete para el próximo sábado. Cené en casa de mi madre, que me enseñó una carta de mi tío a mi padre

invitándole a ir a Brampton. A casa y a la cama. Hoy milord estuvo en la Cámara por primera vez desde que vino a la ciudad, aunque antes ha estado en el Consejo.

4 de marzo, día del Señor

Antes de la iglesia canté el *Orpheus Hymne* a la viola. Después, a ver al señor Gunning: un excelente sermón sobre la caridad. Luego a comer a casa de mi madre, con mi esposa y la criada. Tras la comida fuimos los tres a donde está el señor Messum y allí encontramos a *monsieur l'lmpertinent*[34] que nos hizo un sitio y contó una ridícula historia sobre ochenta libras que la semana pasada hizo gastarse a un simple ciudadano en agasajos con la promesa de ayudarle en sus pretensiones con una viuda. Luego volví a casa a cenar y tras la cena tuve una discusión con mi madre sobre religión: yo defendiendo aquella en la que nací[35].

5 de marzo

Viene temprano el señor Hill a poner cuerdas a mi laúd bajo, en lo que nos entretuvimos muy gratamente hasta pasadas las diez. Luego a Westminster; en la taberna de Will me encontré con los señores Shipley y Pinkney, que me llevaron por el río a Billingsgate, a la taberna del Saludo, donde al rato llegaron los señores Talbot y Adams con mucha carne, tocino, etc. Estuvimos allí bebiendo hasta que el señor Adams no podía más. Cuando nos separamos volví a Westminster por el río y el señor Pinkney me enseñó en su casa el León y el Unicornio[36], que siempre había tenido en la parte de atrás de su chimenea, muy brillantes, esperando el regreso del Rey. En casa estaba el señor Hunt, que me ha contado que el Parlamento ha votado que se imprima el Acuerdo y se vuelva a colgar en las iglesias[37]. Grandes esperanzas de regreso del Rey. A la cama.

6 de marzo, martes de Carnaval

Pasé a recoger al señor Shipley y fuimos a los aposentos de milord en casa del señor Crew. Nos dijo que volviéramos a sus aposentos en Whitehall y preparáramos un fuego para una hora después; lo hicimos y llegó. Tras hablar sobre su salida al mar me pidió que saliéramos al jardín y me preguntó cómo me iban las cosas; me explicó que había intentado que mi tío hiciera algo por

mí, pero que no le había dado respuesta. Me recomendó este momento para buscar algún buen puesto, y dijo que él haría lo posible y utilizaría a sus amigos en Inglaterra en mi favor. Me preguntó si me resultaría inconveniente salir al mar como secretario suyo y me pidió que me lo pensara. También se puso a hablar de cosas del Estado y me dijo que en este momento necesitaba a alguien que desempeñara esa función en el mar y en quien pudiera confiar, y que le gustaría que fuera yo. Me dijo que creía en la vuelta del Rey, y me argumentó sobre ello y las preferencias de la gente y del Concejo, lo que me alegró. Cuando se marchó, esperé en el jardín a que entrara en el Hall y fui a mi oficina. Allí se me acercó el señor Hawley con un hombre, un marinero que le había prometido diez libras si le conseguía un puesto de sobrecargo; creo que lo intentaré. Viene también mi tío Tom, al que llevo a la taberna de Will, y el pobre pregunta por los Caballeros de Windsor[38], pues desea ser nombrado. Milord me dijo que había intentos de volver a traer al Protector[39], pero que no creía que durase si venía, como tampoco el Rey (aunque piensa que vendrá), a menos que se comporte bien y con sobriedad. Ahora todos brindan por el Rey sin miedo, mientras que antes solo alguno se atrevía a hacerlo en privado. Hoy agasajan a Monck en el Salón de los Merceros y le están invitando uno a uno los doce gremios de Londres. Muchos piensan que sigue siendo honrado, y alguno que otro que es un loco que busca medrar y que lo estropeará cuando lo intente. Hoy me he sentido muy tranquilizado y halagado por la enorme muestra de amabilidad de milord, y estuve una o dos horas hablando sobre ello con mi mujer en la cama.

7 de marzo, miércoles de Ceniza

Vi a mi padre, que ha regresado bien de Brampton. Dejó a mi tío con la pierna en muy mal estado y cree que no durará mucho. Me dice que mi tío le puso al corriente de sus intenciones respecto a sus bienes: hacerme heredero, darle algunas cosas a mi hermano Tom y que mi padre y mi madre reciban también algo para repartirlo entre John y Pall. Ruego a Dios que cumpla su palabra. Estas noticias y la amabilidad de milord me hacen muy feliz; ruego a Dios que me haga agradecido.

8 de marzo

En Westminster Hall se apreciaba la preocupación de la gente, pues algunos oficiales estaban haciendo una protesta contra Carlos Stuart, pero a

mediodía se dijo que el general la había parado y que todo volvía a estar bien. A mediodía en la taberna del Perro con el capitán Holland, a quien pido consejo sobre cómo sacar beneficios de la salida al mar de milord: me dice que puedo contratar a cinco o seis empleados, pagarles los salarios que yo quiera y quedarme sus pagas. También me aconsejó que acepte el puesto de secretario que milord me ha ofrecido.

9 de marzo

A los aposentos de milord, donde le dije que estoy dispuesto a irme al mar con él; se mostró de acuerdo y me dijo lo que tema que escribirle al señor Downing al respecto. Lo hice en la oficina: que por deseo de milord el señor Moore me sustituiría temporalmente. En la sala del Consejo en Whitehall, milord me dijo que había hablado con el señor Blackborne para dejar al margen al señor Creed, y que fuera a verle para que me diera instrucciones sobre el empleo. Después, con el señor Butler a la taberna de Harper, donde estuvimos dos horas bebiendo, hasta las diez; la señora estaba bebida y empezó a decir tonterías en alabanza de su hijo James. A casa y a la cama. Toda la noche preocupado y sin poder dormir pensando en cómo arreglar mis asuntos ante este enorme cambio; como estaba acalorado por la bebida me prometí no volver a tomar nada fuerte esta semana, porque veo que me hace sudar y me desbarata. Se ha decidido hoy que los edictos vayan firmados por los Guardianes de la Libertad, y oigo que se ha acordado en secreto ofrecer un tratado al Rey. También que Monck ha reprendido con dureza a sus soldados por lo que hicieron ayer.

13 de marzo

Llovía mucho, me levanté temprano y a las ocho llegué a los aposentos de milord en Londres. Me dijo que yo sería secretario, y Creed, tesorero adjunto de la Flota, lo que me molestó, aunque no podía evitarlo[40]. Luego a resolver cosas en casa de mi padre, al zapatero y otros. Por la noche estuve bebiendo en la taberna de Robert, en Whitehall, con Simons y Luellin. Después al Almirantazgo, donde estuve hablando con el señor Creed, y se mostró muy conforme con que yo ocupara el puesto una vez que milord había decidido otorgárselo a alguien que no fuera él. A casa y a la cama. Hoy el Parlamento ha votado que todo lo que el *Rump* decidió contra la Cámara de los Lores quede sin efecto. Esta noche, que las plazas del Parlamento vayan sin

requisitos. Hay muchas dudas respecto a lo que pueda pasar, pues el Parlamento parece decidido por el Rey, pero los soldados se muestran en contra.

14 de marzo

Con milord, recibiendo infinidad de solicitudes que me molestan. Milord me pasa todos los papeles que le mandan para que se los ordene y le dé cuenta de ellos. Tengo media pieza de alguien a quien el señor Wright recomienda a milord para el puesto de predicador en la fragata *Speaker*. Fui al Almirantazgo y resulta curioso ver que la gente ya me corteja. Entre todos los que vinieron esta mañana a verme contraté a un chico de Jenkins, el de Westminster, y a Burr como empleados míos. Esta noche fui a la cámara del señor Creed, que me dio el libro anterior de movimientos de la Flota y el Sello.

15 de marzo

Arriba temprano a hacer el equipaje y mandarlo en carro con el resto de cosas de milord. Luego a la taberna de Will a despedirme de algunos amigos. Allí me encontré con Tom Alcock, que fue conmigo al colegio en Huntingdon y al que no había visto en estos dieciséis años. En el Hall pagué y arreglé cuentas con los señores Michell, y después con el viejo Beale para pagar el próximo trimestre en el Axe. Vino a comer Dick Matthews y estuvimos bebiendo en la taberna de Harper. Luego a Londres por el río, y en Fish Street compro con mi esposa un trozo de salmón por ocho chelines. Nos vamos a la taberna del Sol. Allí le prometo darle todo lo que tengo excepto los libros en caso de morir en el mar.

16 de marzo

Apenas salgo de la cama empiezan a importunarme montones de marineros. A casa, y con mi esposa a Londres. Comimos en casa de mi padre y después mi esposa se despidió de ellos, pues marcha mañana a Huntsmore. De camino a casa fui a la capilla de Chancery Lane a encargar papel de diversos tipos y demás material de escritura para mi viaje. En casa estuve un par de horas en mi despacho. Luego un rato en el Almirantazgo y a casa, donde vino Will Bowyer a decirnos que mañana acompañaría a mi esposa en

el coche. Después a Westminster Hall; me dicen que el Parlamento se ha disuelto hoy y que todos salieron muy contentos por el Hall; el Presidente iba sin su maza. Todo el mundo estaba muy feliz, al igual que ellos, y se empieza a hablar con fuerza del Rey. Esta noche me cuentan que ayer, sobre las cinco de la tarde, un hombre subió con una escalera a la Gran Lonja y con un cepillo borró la inscripción que tapaba al rey Carlos, que se hizo una enorme hoguera y que la gente gritaba: «Dios bendiga a Carlos II». Del Hall a casa y a la cama, muy triste por separarme de mi esposa, pero debe cumplirse la voluntad del Señor.

17 de marzo

Esta mañana me despedí en la cama de mi esposa. Nos levantamos y le di un dinero para su uso durante mi ausencia y algunos papeles de importancia que tenía. La llevé a Holborn, donde después de comer se montó en el coche y adiós. Después volví a casa; todas mis cosas están en el comedor, cuya llave tiene mi esposa. Hoy, en presencia del señor Moore, que lo redactó, y del señor Hawley sellé mi testamento, por el que le lego a mi esposa todo lo que tengo en el mundo excepto los libros, que dejo a mi hermano John, menos los franceses, que se los quedará ella.

20 de marzo

Esta mañana me levanté temprano y fui a mi casa a poner las cosas en orden para mi marcha, que creo será mañana (el tiempo sigue lluvioso). Después a ver a milord; allí había mucho trabajo porque me da todas las cartas y papeles oficiales que le llegan para que se los comente cuando subamos a bordo. En Londres me despedí con mucha tristeza de mis padres, sin tiempo de tomar nada ni de hablarles; de hecho tenía temor de no volver a ver a mi madre, por el enorme constipado que tiene. Luego a Westminster, donde a causa de la lluvia y el viento está tan alta el agua que hay barcas en King Street; nuestro patio está todo inundado y no se puede entrar en casa. Cosa semejante nadie ha visto, con todas las casas llenas de agua.

21 de marzo

A ver a milord, pero como el viento en contra es muy fuerte y el tiempo muy malo, tampoco saldremos hoy. Tuve mucho trabajo.

22 de marzo

Me levanto muy temprano, arreglo mis cosas y me despido de la señora Crisp, de su hija (que estaba en la cama) y de la señora Hunt. Después a los aposentos de milord, donde vino el señor Hawley y le di la llave de mi casa para que la guardara. Luego fuimos a ver al señor Crew y me despedí de él. Como el tiempo sigue muy mal milord no saldrá hoy. Se ha pasado la mañana en privado haciendo su última voluntad y testamento con el señor W. Mountagu. Después salí a resolver asuntos propios, a comprar unas medias grises de sarga para montar, una espada, un cinturón y zapatos. Es curioso que ahora todos me prometen de todo: uno, un estoque; otro, una vasija de vino o un arma; hubo quien me ofreció su cinta de sombrero, de plata, si le hacía un favor. Ruego a Dios que impida que a partir de ahora me vuelva orgulloso o demasiado vanidoso.

23 de marzo

En pie temprano; en una caja negra llevé el testamento de milord al señor William Mountagu para que lo guarde. Luego al barbero, donde me pongo mi fular. Después a casa de milord, que me estaba esperando. Milord y el capitán Isham van en una gabarra y W. Howe y yo con los demás en otra hasta donde estaba anclado el *Swiftsure* (por el camino vimos los destrozos que la marea ha causado, con pérdidas de unas mil libras para la gente de Limehouse). En cuanto milord subió a bordo se dispararon salvas desde los barcos, y un poco más tarde llegó el vicealmirante Lawson, que parecía muy respetuoso con milord, y lo mismo el resto de comandantes de las fragatas de alrededor. Fui al camarote que me asignaron, el mejor de los que íbamos con milord. Saqué cosas de mi arcón para escribir y trabajar enseguida. Estuvimos hasta tarde redactando órdenes para preparar barcos, etc., y otras para todos los puertos de mar entre Hastings y Yarmouth, para que se detenga a cualquier persona peligrosa que circule entre Flandes y esa zona.

26 de marzo

Hoy se cumplen dos años desde que Dios tuvo a bien que me quitaran la piedra en casa de la señora Tumer, en Salisbury Court. Decidí que mientras viva lo celebraré, como hice el año pasado en mi casa, deseando tener siempre a la señora Turner y a los suyos conmigo. Como este año Dios ha querido que

esté donde estoy, sin posibilidad de hacerlo abiertamente, solo dentro de mi alma puedo regocijarme y bendecirle: bendito sea ahora su Santo Nombre, ya que tengo tan buena salud como nunca en mi vida. Esta mañana me levanté temprano y me puse a elaborar una relación de la flota con una lista de todos los barcos y con el número de hombres y armas: después de una hora tuvimos una reunión con los principales comandantes y marinos, para fijar su proporción. Después a comer, con muchos comandantes a bordo. Se dieron bastantes órdenes esa tarde y llegué a cansarme de verdad. Por la noche vinieron a mi camarote los señores Shipley y W. Howe con botellas de vino y cosas de comer y nos lo pasamos muy bien, recordando el día que me quitaron la piedra. Luego vino el capitán Cuttance y se quedó hasta las once tomándose una botella de vino, un detalle que no suele tener con el principal oficial del barco. Después, a la cama.

4 de abril

Esta mañana di salida a muchas cartas con asuntos particulares para Londres. Vinieron el general Thomson, con la pierna de madera, y el general Penn[41] a comer con milord y con Blackborne. Este dijo que era seguro ahora que el Rey debía regresar. Era extraño oír a Blackborne alabarle su formalidad y decir lo pacífico que sería su gobierno, etc.

8 de abril, día del Señor

De nuevo mucha calma, pero todo el día con dolor de cabeza. Cerca del mediodía zarpamos y por el camino vimos muchas embarcaciones y mástiles, que ahora son los mejores guías de los barcos. Tuvimos viento fuerte toda la tarde y adelantamos a dos buenos barcos de mercancías que nos habían pasado ayer de camino a las Indias Orientales. El teniente David Lambert y yo nos asomamos a su ventana para observar con su catalejo a las mujeres que llevaban a bordo, todas bastante atractivas. Esta noche el mayor Willowby, que había pasado tres o cuatro días a bordo con el señor Pickering, se subió a un queche con destino a Dunquerque. Seguíamos navegando cuando me fui a la cama, de nuevo algo mareado. Cené en el camarote del teniente con Will Howe, cirujano y pastor, y con Balty[42]. Tras la cena, el pastor y yo tuvimos una acalorada discusión sobre las oraciones improvisadas, él a favor y yo en contra.

9 de abril

Después de navegar toda la noche llegamos a divisar los extremos del estuario por la mañana. Por la tarde tuvimos un fuerte temporal, que aguanté mejor de lo que creía. Esta tarde vi Francia y Calais por primera vez, lo que me alegró mucho, aunque fuera a distancia. Sobre las cinco de la tarde llegamos donde estaba nuestra flota y anclamos allí. Hubo gran tronar de cañones desde los castillos y los barcos, y nosotros respondimos. Nunca oí tanto estallido de armas. Ni siquiera podíamos vernos unos a otros en el barco de la cantidad de humo que había, ni tampoco ver un barco desde otro. En cuanto anclamos, subieron los capitanes de otros barcos. Esta tarde estuve escribiendo cartas de milord al Consejo.

11 de abril

Esta mañana vino un caballero de parte de lord Manchester a ver a milord y a pedirle un pase para el señor Boyle[43], al que se le hizo. Estupendo desayuno con milord, por orden suya, en el gran camarote de abajo. Ha hecho mucho viento todo el día, así que un caballero que estaba comiendo con milord se vio obligado a levantarse de la mesa. Esta tarde llegó de Londres un gran paquete de cartas para mí, entre las que había dos de mi esposa, las primeras que recibo desde que salí de Londres. Las noticias son que todo se encamina hacia tener un rey: el gremio de Peleteros agasajó el otro día a Monck y retiró de su salón el escudo del Parlamento, colocando el del Rey. Por la noche tuve una larga conversación con milord sobre las posturas de los distintos capitanes de la flota, y se mostró muy decidido a traer al Rey. Me confesó que no estaba seguro de que su propio capitán le fuera fiel y que no le gustaba el capitán Stokes. Por la noche W. Howe y yo tocamos nuestros violines en mi camarote, donde el señor Ibbott y el teniente permanecieron hasta tarde. Me quedé al final con el teniente y le enseñé la manera en que llevo mi diario. Después de eso, a la cama. Se me ocurre ahora que quizá he sido demasiado atrevido con el sacerdote de nuestro barco, pues es un hombre muy formal y recto.

13 de abril

Todo el día muy malo de lluvia y viento. Por la tarde dispuse mejor mis cosas y los arcones en mi camarote y ordené mis papeles. Hasta la una escribiendo una carta al señor Downing para que me mantenga el puesto de

trabajo, aunque ahora el señor Moore lo esté realizando en mi lugar. También conseguí una carta de milord para él con ese mismo fin, muy seria y efectiva.

14 de abril

Dormí casi hasta las diez, me levanté y me tomé un buen trago con el señor Shipley, lo que me hizo pensar en la feliz vida que llevo ahora, sin nada de que preocuparme excepto de mí mismo. El mar estaba hoy muy agitado y por una de las ventanas vi acercarse en nuestro bote al señor Pearse, el cirujano, con gran peligro cuando intentó subir a nuestro barco, pues se habría ahogado de no ser por una cuerda. Me informan hoy de que lord Lambert se ha escapado de la Torre y que se ofrecen cien libras al que lo lleve ante el Consejo de Estado. Esta mañana eligen a milord parlamentario por Waymouth, y el capitán Tiddiman, del puerto de Dover, le ha traído una autorización, por lo que también allí pueden elegirle. He oído hoy que el ejército en conjunto ha declarado que aceptará lo que diga el Parlamento. Por la noche cené con milord.

20 de abril

Toda la mañana ocupado en que me arreglaran la ventana y pusieran la mesa como yo quería; cuando lo conseguí me agradó muchísimo, así como ver el poder que tengo para que todos acudan prestos a una orden mía. Esta noche el señor Shipley me dijo que en Dover oyó como cierto que el señor Edward Mountagu cruzó el mar cuando estuvo aquí el otro día, y estoy inclinado a pensar que fue a hablar con el Rey.

27 de abril

Esta mañana tampoco estaba Burr en el barco, lo que me molestó; se lo dije al señor Pearse, sobrecargo, para que hablara con él y le dijera lo que pienso. Por la mañana estuvo Pim en mi camarote, poniendo muchísimas cintas en un traje. Tras la comida, por la tarde, subieron a bordo *sir* T. Hatton y *sir* R. Maleverer, de camino a Flushing, aunque todo el mundo sabe que van a donde el resto de caballeros de la flota acuden todos los días: a ver al Rey en Breda. Cenaron aquí y milord los trató como al resto de los que van para allá, con gran cortesía.

29 de abril, día del Señor

Hoy estrené un traje de buena tela, hecho de una capa que hace más de un año manché el primer día que me la puse. Después del sermón de la mañana vino el señor Cook de Londres con un paquete de noticias: que todos los lores jóvenes que no lucharon contra el Parlamento ya han tomado posesión y que ha llegado a la Cámara una carta del Rey, pero no se leerá hasta que se abra el Parlamento, cerrado por el Consejo hasta el próximo martes. Por tanto, no se conoce el contenido. Milord me llamó al gran camarote de abajo, donde abrí las cartas y me contó que los presbiterianos están siendo superados por los monárquicos, y que teme que el señor Crew fue un poco lejos el otro día al impedir que los jóvenes lores tomaran posesión. Dice que espera que el Rey vuelva de repente, sin pararse a establecer condiciones, pues los presbiterianos querrían que regresara bajo unas condiciones que le harían sentirse encadenado.

2 de mayo

Dunne llega de Londres con cartas que nos traen noticias de la votación del Parlamento de ayer, bien recibidas y que se recordarán por ser el primero de mayo más feliz de los últimos años en Inglaterra. Se leyó la carta del Rey en la Cámara, en la que se somete él y todos a una Ley de Olvido general, con las excepciones que les plazcan, y acepta la venta de las tierras del Rey y la Iglesia, si les parece conveniente. Una vez leída, la Cámara ordenó que se le enviaran cincuenta mil libras a Su Majestad para suministro inmediato y se eligió un comité para responderle, agradeciéndole su gentil carta. También se dispuso que la carta se guardara en los registros del Parlamento. Y a todo esto ni un solo «no». Así que hasta el mismo Luke Robinson se levantó y se retractó de lo que había hecho, prometiendo ser un ciudadano leal a su Príncipe a partir de ahora. El Concejo de Londres ha emitido una declaración en la que niega deberse a otro gobierno que no sea el del Rey, Lores y Comunes. La Cámara dio las gracias a *sir* John Grenville, de la Cámara del Rey, que trajo la carta, y estuvieron descubiertos todo el tiempo que duró la lectura. Cuando se avisó desde la Cámara de los Lores a los Comunes del deseo de que se unieran a ellos en su voto por Rey, estos aceptaron y votaron que todos los libros contra el gobierno del Rey fueran traídos a la Cámara y quemados. Gran alegría ayer en Londres: por la noche más hogueras y campanas y gente en la calle brindando de rodillas por el Rey, lo que me parece excesivo. Pero todo el mundo parece contento, hasta el punto de que

nuestros comandantes de la Armada también empiezan a hablar así, cuando hace una semana no lo hacían. Y nuestros marineros, los que tienen dinero o crédito para beber, no hicieron otra cosa ayer.

3 de mayo

Esta mañana milord me enseñó la declaración del Rey y su carta a los dos generales para que sea comunicada a la flota. Los contenidos de la carta son su oferta de perdón a todos los que se adhieran a él en cuarenta días, exceptuando únicamente a aquellos sobre los que el Parlamento decida, y que las ventas de tierras durante este tiempo serán tratadas por el Parlamento, a lo que se someterá. La carta está fechada en Breda el 4 de abril de 1660, duodécimo año de su reinado. Al recibir la carta esta mañana, milord convocó un Consejo de Guerra y entre tanto me dicto cómo formularía el escrito que debía aprobarse en dicho Consejo. Una vez hecho, subieron a bordo los comandantes y se abrió el Consejo en el camarote del capitán (el primer Consejo de Guerra de mi vida), donde leí la carta y la declaración; mientras deliberaban yo aparenté redactar un escrito, que aceptaron al serles ofrecido. Nadie pareció negarse, aunque estoy seguro de que sus corazones estaban en contra. Al terminar, subí al alcázar con milord y los comandantes y leí todos los papeles, y cuando se les preguntó su opinión, todos gritaron: «¡Dios bendiga a Carlos II!» con el mayor gozo imaginable. Después fui con el capitán Hayward al *Plymouth* y al *Essex* a hacer lo mismo y regresé muy contento a comer. Tras el almuerzo me dirigí al resto de barcos, y era algo digno de ver el visitarlos todos y ser recibido con tanto respeto y honor; nadie en toda la flota mostró el menor rechazo al asunto. Cuando terminé mi proclama volví al *Naseby*, donde estaba milord encantado de oír cómo lo había recibido la flota; en un arranque de alegría me enseñó una carta privada del Rey a él y otra del duque de York, con un estilo familiar, como el de los amigos, y con toda la cortesía imaginable. Por las cartas descubrí, y así me lo confirmó milord, que desde hacía mucho tiempo habían tenido correspondencia sin que Monck lo supiera, y que entre los que han ido llevando las cartas está *sir* John Boys, y también el señor Norwood. El Rey habla de acercarse con séquito a La Haya, pero le pide opinión a milord sobre si debe embarcarse. Y en su carta, el Duque se ofrece a aprender de milord el oficio del mar, con un lenguaje tan informal como si Jack Cole[44] y yo la hubiésemos escrito. Me resultó sorprendente que milord hubiera llevado el asunto con tanta sabiduría y prudencia; yo estaba exultante de verle en una

posición tan buena, y a él le encantó contarme cómo se había procurado una relación tan fuerte con el Rey.

4 de mayo

Después de cenar, a escribir cartas hasta las doce; luego me levanté de nuevo a las tres. Milord parece depositar gran confianza en mí y a menudo escucha mis consejos. Observo que está dispuesto a concederle todos los honores del mundo a Monck y dejarle que se lleve toda la reputación en este tema, aunque a menudo expresa su opinión de que no es más que un bobo con la cabeza muy dura. Por eso pienso que hay cierto acuerdo más que normal entre el Rey y milord para dejarle que lleve todo, pues es a Monck a quien corresponde hacerlo, o al menos es el que puede impedirlo si no se le halaga y respeta. Esto es algo que a veces insinúa milord. Por la carta del Rey percibo que milord le ha hablado de su suegro Crew, y el Rey habla bien de él, pero milord me cuenta que teme que se haya aliado demasiado con los presbiterianos en contra de la Cámara de los Lores, lo que es una gran descortesía hacia él. Esta mañana escribí muchas cartas; en todas las copias con el acuerdo del Consejo de Guerra puse mi nombre, para que esté allí si se imprime. Por la mañana vino a bordo el capitán Isham con un caballero que va a ver al Rey, por medio del cual y con mucha astucia pretende milord enviar un relato de lo sucedido aquí ayer y hoy, a pesar de que ha escrito al Parlamento pidiendo permiso para enviar al Rey la respuesta de la flota. Desde que escribí el último párrafo, milord me ha llamado para que lea su carta al Rey y compruebe si hay algún error. El resto de la tarde jugando a los bolos. Por la noche vino un paquete de Londres y entre otras cosas una carta de mi esposa diciendo que no ha estado bien, lo que me preocupa extraordinariamente. Como milord manda al señor Cooke esta noche, le he escrito, incluyendo una pieza de oro para ella, y también a la señora Bowyer, incluyendo media pieza de oro de regalo. Tras la cena, milord habla de la poca seguridad de los que ahora poseen cargos en el Tesoro, y piensa en un puesto que le pertenece en caso de que el Rey decidiera devolver a cada hombre el cargo que ocupó en el pasado: es el de empleado del Sello, que estaría muy bien para uno de sus hijos. Las cartas de la noche informan de que la Cámara ha entregado a *sir* John Grenville su carta de respuesta a la oferta del Rey, y que le han concedido quinientas libras por sus esfuerzos, para comprarle una joya. Y que además de las cincuenta mil libras prestadas

por el Concejo para uso del Rey, cada uno de los doce Gremios le ha regalado mil libras.

6 de mayo, día del Señor

Milord escribió una carta al Rey que me pidió llevara en secreto a *sir* William Compton a bordo del *Assistance*, lo que hice, y después de un brindis allí por el Rey les vi zarpar hacia Breda. De vuelta estaban con el sermón. Subí a mi camarote y repasé mis cuentas, de las que resulta que después de pagar todas mis deudas y mis preparativos para el mar, tengo seiscientas cuarenta libras limpias en mi bolso. Después de cenar, a la cama.

8 de mayo

Toda la mañana ocupado. Después de comer vinieron algunas personas de honor, como lord St. John y otros, de camino a Flushing, y se les hizo bastante homenaje. Milord y yo jugamos a los bolos: perdí nueve chelines. Mientras estábamos jugando, el señor Cook me trae noticias de mi esposa. Fue a Huntsmore a verla y so la trajo a ella y al señor Bowyer a Londres, dejándola muy bien en casa de mi padre; me habla mucho de su amor por mí. Las cartas dicen que hoy se pretende proclamar al Rey en Londres, con mucha pompa. También la historia completa de lo que hicimos aquí el otro día en la flota, leyendo la declaración del Rey, y mi nombre aparece abajo. Después de cenar, un poco de música y a la cama, pues he decidido levantarme temprano mañana para escribir cartas a Londres.

9 de mayo

Me levanto muy temprano a escribirle una carta al Rey a nombre de los dos generales de la flota, en respuesta a que él les mandó, en la que milord expresa su humilde agradecimiento por su amable carta y declaración y le promete toda obediencia y servicio. Esta carta fue llevada esta mañana a *sir* Peter Killigrew, que vino temprano a traer un escrito de la Cámara de los Lores a milord, con permiso para escribirle una carta al Rey.

10 de mayo

Esta mañana subieron a bordo el señor Pinkney y su hijo, que van a ver al Rey con una petición muy bien escrita por el señor Hoare para ser nombrado bordador del Rev. Esta noche, mientras milord estaba cenando, vinieron lord Lauderdale y *sir* John Grenville, que también cenaron y se marcharon. Cuando se fueron, milord me llamó a su camarote y me dijo que le habían dado órdenes para que partiera inmediatamente a encontrarse con el Rey, por lo que estaba contentísimo; así que me puso a escribir cartas y otras cosas hasta muy tarde, y él se fue a la cama. Luego fui a que firmara. Cuando terminé algún trabajo más, también yo me fui a la cama.

11 de mayo

Me levanto muy temprano, pues hay mucho que hacer hoy que zarpamos. El que Burr desembarcara anoche me enfadó mucho, por lo que mandé llamar al señor Pitts con la intención de que le despidiera, pero como regresó y me suplicó con humildad y además Pitts no vino, le puse a trabajar. Esta mañana hemos empezado a quitar los escudos del Estado de la flota y hemos llamado a pintores y otros artesanos de Dover para que fijen los del Rey.

13 de mayo, día del Señor

Me afeité por la mañana y, después, a la cocina, la primera vez en este viaje que estoy allí. Luego al alcázar, donde estaban trabajando los sastres y pintores cortando piezas de tela amarilla con forma de corona y las letras C. R. colocadas sobre un trozo de tela y poniéndolas en las banderas en lugar del escudo del Estado. Terminaron de hacerlas y de disponerlas después de la comida y se las enseñaron a milord, que hoy se ha purgado y estaba en su alojamiento. Le gustó tanto que me dijo que diera a los sastres veinte chelines para que se los repartieran entre ellos. He oído que el señor Downing no se ha dirigido ni una sola vez al Rey y que por ello está muy mal visto en la Corte; que está en un barco holandés que navega cerca de nosotros, en desgracia, de camino a Inglaterra. También que el Rey hizo caballero esta semana al señor Morland, y que expresó con claridad el motivo: el haberle estado suministrando información durante todo el tiempo que estuvo a las órdenes del secretario Thurloe. Por la tarde un Consejo de Guerra, solo para hacerles saber que deben retirar el arpa de las banderas, que el Rey considera ofensiva[45].

14 de mayo

Por la mañana, cuando me desperté y salí por la escotilla, vi que estaba cerca de la orilla; luego me dijeron era la costa holandesa. Podíamos ver claramente La Haya. Milord salió en camisón a un camarote de proa para organizar lo que íbamos a hacer y dar órdenes para el traslado de hoy. Algunos holandeses muy desagradables subieron a bordo ofreciendo sus botes para bajar cosas a tierra a cambio de dinero. Antes de mediodía subieron algunos caballeros desde tierra a besar las manos de milord. Al rato, el señor North y el doctor Clarke fueron a besar las manos a la reina de Bohemia[46] de parte de milord, con doce asistentes del barco acompañándoles, entre los que estaba mi chico, que, como yo mismo, está ansioso por ver cosas nuevas. Volvieron a mediodía y fueron enviados a hacer lo mismo con el príncipe de Orange[47]. Le dije al capitán que pidiera permiso para que yo fuera y milord me lo concedió. El tiempo era muy malo y nos calamos al acercarnos a la orilla, pues era muy difícil bajar a tierra allí. La costa es, como todo el país entre ese sitio y La Haya, toda de arena. El resto del grupo cogió un coche para ellos; el señor Creed y yo fuimos en la parte delantera de otro en el que viajaban dos damas muy bellas, muy a la moda con sus parches negros[48], que cantaban alegremente y muy bien todo el camino, y muy dispuestas a dar besos a los dos jóvenes que iban con ellas. Saqué mi flageolet y toqué, pero al hacerlo dejé caer mi bastón, y cuando llegamos a La Haya hice que el muchacho volviera a buscarlo; lo encontró, por lo que le di seis chelines, aunque algunos caballos lo habían pisado y se había roto la funda. La Haya es un lugar muy cuidado en todos los aspectos. Paseamos un buen rato, estando la ciudad llena de ingleses, pues los [representantes del Concejo] de Londres han llegado hoy. Cuando fuimos a ver al Príncipe no estaba, pues había salido con su tutor, así que paseamos por la ciudad para conocerla. Con la ayuda de un desconocido, un inglés, vimos muchas cosas, como los mayos que había en la puerta de cada casa importante, de tamaño distinto según la calidad del dueño. Cerca de las diez de la noche llegó el Príncipe y fuimos bien recibidos. El séquito era muy escaso para un príncipe, pero elegante, su tutor un hombre refinado y él mismo un chico guapo. La luna brillaba mucho esta noche. Después fuimos a cenar. Tras la cena, el juez y yo, a otra casa a dormir, dejándoles allí; tuvimos que dormir juntos en una de las camas, pues había otros en la misma habitación, aunque todo estaba muy limpio y arreglado; el muchacho durmió en un banco junto a mí.

15 de mayo

Estuvimos acostados hasta las tres y nos levantamos para poder ver la ciudad de día. Vimos a los soldados de la guardia del Príncipe, magníficos, y a los burgueses de la ciudad con sus armas y mosquetes tan brillantes como la plata. Por la mañana conocí a un maestro que habla bien el inglés y el francés y que nos ha acompañado y enseñado toda la ciudad. Desde luego no puedo decir todo lo que se merece tanta galantería. Toda la gente fina habla francés o latín, o ambos. Muchas mujeres muy bonitas y con buenos trajes, a la moda y con parches negros. Me acompañó a comprar un par de cestas, una para la señora Pearse y otra para mi esposa. Cuando se marchó, después de tomamos un trago en nuestros aposentos, el Juez y yo a la *Grand Salle*, donde nos enseñaron el sitio en el que se reúne en Consejo el Estado General. El Salón es un amplio espacio donde cuelgan las banderas que han tomado a sus enemigos; hay cosas a la venta, no muy distinto de Westminster Hall excepto que no tan grande y mucho más cuidado. Después en un librero compré, debido a mi admiración por la encuadernación, tres libros: los *Salmos Franceses* en cuatro partes, el *Organon* de Bacon y la *Retórica* de Famaby. Al regresar a bordo vimos que todos los comisionados de la Cámara de los Lores estaban comiendo con milord, y después de comer se fueron a la costa. El señor Morland, ahora *sir* Samuel, estaba en el barco, pero no creo que milord u otra persona le muestre respeto alguno, pues todos le ven como un rufián. Entre otros, traicionó a *sir* R. Willis. Por la tarde me llamó milord solo para enseñarme las ropas buenas que le han llegado y que desde luego son tan ricas como el oro y la plata pueden hacerlas. La espada es lo único que no nos gusta a ninguno. Por la tarde milord y yo estuvimos dos horas paseando por el camarote, hablando de toda clase de cosas: respecto a la religión, en la que observo que es completamente escéptico, como yo, dice que tanto los protestantes como la Iglesia de Roma son totalmente fanáticos. Le gusta la uniformidad y la forma de la oración. Sobre temas del Estado me dijo entre otras cosas que su conversión a la causa del Rey (pues yo le dije que me preguntaba desde cuándo pudo ver el Rey que se harían amigos) comenzó cuando estaba en el Sound[49], y descubrió qué clase de trato podía esperar recibir de una República.

16 de mayo

En cuanto me levanté bajé a arreglarme abajo en el gran camarote, pero llegaron visitas, entre ellas el almirante Opdam, que hablaba buen latín pero ni francés ni inglés, y milord me hizo contestarle y atenderle. Durante la comida vino el comisionado Pett a encargarse de que todo esté listo para que el Rey suba a bordo. Milord con su mejor traje, de estreno, esperando ver al Rey. Sin embargo, llegó el señor Pickering de donde el Rey con el mensaje de que hoy no molestaría a milord, sino que iría a la costa a ver la flota. Le esperábamos con los cañones preparados para disparar, los colgantes colorados puestos y los adornos de seda, pero no vino. Esta tarde el señor Pickering me cuenta la triste y pobre situación en que estaban el Rey y su séquito respecto a ropas y dinero la primera vez que él le visitó, pues la mejor de sus prendas no valía más de cuarenta chelines. También lo contento que se puso el Rey cuando *sir* J. Grenville le llevó algún dinero, tan contento que llamó a la Princesa y al duque de York a que lo vieran en el baúl antes de que lo sacaran. Me dice milord también que van a nombrar al duque de York Gran Almirante de Inglaterra.

17 de mayo

Arriba temprano para escribir lo de los últimos dos días. Antes de comer, el señor Edward Pickering y yo, W. Howe, Pim y el chico[50] a SkeveLing, donde cogimos un coche hasta La Haya. Allí estuvimos andando, intentando encontrar a alguien que nos llevara a ver al Rey de incógnito; me encontré al capitán Whittington y me prometió hacerlo, pero primero fuimos a comer a una casa francesa donde pagamos dieciséis chelines por lo nuestro. Durante la comida vino el doctor Cade, un alocado clérigo del Rey. Ellos dos nos llevaron al chico y a mí (pues los otros no pudieron entrar por la muchedumbre) a ver al Rey, que besó muy afectuosamente al muchacho. Entonces besamos su mano, la del duque de York y la de la Princesa Real[51]. El Rey parece un hombre muy sobrio y tiene una espléndida Corte por el número de personas de calidad que le rodean, ingleses con ricas vestimentas. Desde el Rey al lord Canciller, que estaba en cama por la gota, todos nos hablaron muy jovialmente al chico y a mí. Después, de camino a ver a la Reina de Bohemia, me encontré al doctor Fuller, al que mandé con Pickering a una taberna mientras el resto nos íbamos a ver a la Reina, que nos trató muy respetuosamente. Todos le besamos la mano. Parece elegante, pero no muy agraciada. Después con el doctor, bebiendo un rato. En el coche de un amigo fuimos a ver una casa de la Princesa Viuda[52] en un parque a una media milla

de La Haya, donde está una de las más bellas salas de pintura del mundo. Allí me encontré con el señor Woodcock, de Cambridge, el señor Hardy y otro. Cuando empezó el señor Woodcock, cantamos dos o tres canciones, él y yo con W. Howe haciendo eco, muy agradables, y más todavía porque estaba en un paraíso y en un país extraño, así que nunca había sentido tanto placer en mi vida. De allí, despidiéndonos del doctor, cogimos un carro para Skeveling, donde tuvimos un enfrentamiento con el contramaestre del *Richmond*, que no quería llevamos a bordo, pero al final aceptó; sin embargo era ya tan tarde que no nos atrevimos a ir. Así que volvimos entre las diez y las once de la noche a La Haya a oscuras en un carromato llevado por un caballo; al llegar nos acostamos como pudimos acomodarnos, y a dormir.

18 de mayo

Arriba muy temprano; como dicen que el duque de York, nuestro lord Almirante, irá hoy a bordo, cogí un carro con el señor Pickering hacia Skeveling dejando al chico en manos del doctor Pearse, con instrucciones de que no salga en todo el día hasta que tenga noticias mías. Como el viento era muy fuerte no había botes para llevamos y regresamos a La Haya, donde me entero de que el chico ha ido a ver Delft, así que todos los demás, junto al señor Ibbott el pastor, tomamos un *schuit*[53]. Al volver a La Haya y no encontrar al señor Edward me preocupé mucho, pero fui a cenar con el pastor a donde estaba el comisionado Pett y nos quedamos hasta tarde. Nos lo pasamos muy bien con el señor Ackworth comparando esposas, tratando cada uno de poner bien a la suya; él tiene, según dicen, una extraordinariamente bella. Sin embargo, no pudieron lograr que el señor Dawes dijera nada de su mujer. Después a nuestro alojamiento, donde estuve muy preocupado por no saber qué ha pasado con nuestro joven caballero. Luego, a la cama.

19 de mayo

Me levanté temprano y al no saber nada del chico marché a Skeveling, donde no pude encontrar forma de subir a bordo; el duque de York envía a alguien cada día para ver si puede. Me encontré al señor Pinkney y sus hijos, y volví con ellos a La Haya. Allí fuimos a comprar varios cuadros y vi una especie de pintura sobre tela de lana, matizada como si hubiera una cortina delante, muy agradable pero cara. Vimos otra pintura estupenda sobre la que hice una apuesta con el joven Pinkney acerca de si era original o copia. Pero

al no saber cómo resolver la cuestión, la suspendimos, y así me ahorré el dinero, que, me temo, hubieran sido veinticuatro chelines perdidos. Mientras comprábamos los cuadros vimos bajar a tierra al señor Edward y compañía. Me contó que pasaron la noche en Leyden y me enfadé con el señor Pearse; creo que no seré amigo suyo durante una larga temporada. Volvimos a nuestros aposentos y después salí a comprar algo de ropa para mañana, y al barbero. Luego nos acercamos en carro a Lausdune. Fuimos a una pequeña casa de bebidas donde había muchos zafios holandeses comiendo pescado de forma grosera, pero felices a su manera. Sin embargo, aquí las casas son tan limpias como los sitios importantes. Volvimos a La Haya, jugando al crambo[54] en el carro, con el señor Edward, el señor Ibbott, W. Howe y el señor Pinkney. Cuando llegamos, ellos se marcharon hacia Skeveling, mientras que el chico y yo paseamos por la ciudad. Encontré a mí antiguo compañero el señor Anderson y a un amigo suyo, también médico, el señor Wright, que me llevó a una taberna holandesa donde había una chica preciosa y dispuesta para la diversión, pero como era sábado no pudimos disfrutar mucho de su compañía; sin embargo, me quedé con ellos (habiendo dejado antes al chico con su tío Pickering en la calle) hasta las doce. Para esa hora Charles estaba casi borracho; nos separamos, aunque él estaba decidido a regresar después de acompañarme a mi alojamiento para acostarse con la chica, y por la mañana me dijo que lo había hecho. De camino encontré a un pregonero que golpeaba un badajo; lo tuve en mi mano y es como los que usan nuestros niños para asustar a los pájaros y alejarlos del maíz durante el verano. A la cama.

20 de mayo

Arriba temprano y con el señor Pickering y el chico en carro a Skeveling; como no estaba bien para salir fui a acostarme a una habitación de la casa, donde en otra cama había una preciosa mujer holandesa sola, pero aunque la deseaba mucho no me atreví a acercarme. Así que dormí durante un par de horas. Al fin se levantó, y yo también, y me puse a pasear por la habitación; vi cómo se ponía un vestido holandés, le hablé todo lo que pude y aproveché la ocasión, pretextando contemplar el anillo que llevaba en el dedo, de besar su mano, pero no me atreví a nada más. Así que la dejé y volví con mi compañía. Al final vino el comisionado Pett a nuestro alojamiento e hizo salir los botes, y, unos en uno y otros en el otro, dijimos adiós a la costa. Corrimos peligro a causa del tiempo revuelto y tardamos bastante en poder llegar al barco. De

todos, yo era el único que no se mareó, pues estuve de cara al aire libre, aunque por eso me calé. Hacía tiempo que no se veían cuatro días seguidos tan malos en esta época del año; de hecho, se pensó que nuestra flota peligraba, pero todo estaba bien. Hablé unas palabras con milord, aunque en no muy buen estado, en parte por la bebida de la última noche y por falta de sueño. Me acosté con mi camisón y dormí hasta que me despertó el cañón de las cuatro a la mañana siguiente, lo que tomé por las ocho de la noche siguiente: al levantarme a orinar confundí el amanecer con el crepúsculo del domingo. Así que me acuesto y duermo hasta las nueve.

21 de mayo

Después de comer, todo el tiempo escribiendo esto y aquello y ordenando mis papeles, tras tanto tiempo de ausencia. Por la noche el señor Pearse (el sobrecargo, porque con el otro Pearse no me hablo desde que nos enfadamos por el señor Edward) y el señor Cooke cenaron conmigo en mi camarote, y luego me fui a la cama. Por cartas que han llegado durante mi ausencia me entero de que el Parlamento ha ordenado que se retenga a todas las personas que actuaron como jueces en la muerte del último rey Carlos, para que sean juzgados, y también a todos los funcionarios. *Sir* John Lenthal, que dijo en la Cámara que todos los que hubieran luchado contra el Rey deberían estar exentos de perdón, fue llamado por el Tribunal de la Cámara, y después de una severa reprobación se le retiró el título de caballero. Observo que la cosa está agitada en la Corte. La Iglesia se muestra segura de recuperar sus tierras y se ríen de los presbiterianos; se cree que la venta de bienes del Rey y los obispos nunca será confirmada por el Parlamento, y nadie tiene ahora poder para impedirles a ellos y al Rey hacer lo que quieran, pues todos están dispuestos a someterse. Esperamos todos los días que el Rey y el Duque suban a bordo en cuanto mejore el tiempo. Ahora milord no hace nada y lo deja todo a la voluntad del Duque como lord Almirante. Por tanto, estoy sin saber qué hacer.

22 de mayo

Me levanto muy temprano, y, como me estoy recuperando ya, me pongo a anotar lo de los últimos cuatro días. Noticias de que vienen los dos duques y al rato lo hacen en botes holandeses, el duque de York, vestido de amarillo, y el de Gloucester[55], de gris y rojo. Milord partió en bote a recibirlos mientras

que el capitán, yo y otros esperábamos en la puerta de entrada. En cuanto llegaron se dispararon salvas en toda la flota. Luego visitaron el barco entero y les agradó mucho. Ambos parecían caballeros muy refinados. Después de aquello fuimos al alcázar, donde el duque de York y milord, el señor Coventry[56] y yo estuvimos una hora asignando tareas a cada barco de cara al regreso a Inglaterra; al terminar, a comer, con la mesa llena. Finalmente, los duques marcharon a tierra en el bote holandés que les había traído y yo me subí con ellos. Cuando regresamos a bordo nos llegó la noticia de que el Rey estaba en la orilla, así que milord hizo disparar dos rondas de salvas y toda la flota le imitó, por lo que todo terminó en un caos muy aparente. Yo mismo disparé el cañón que había frente a mi camarote, pero como acerqué mucho la cabeza casi me daña el ojo derecho. Esta tarde estuvo aquí el señor Downing (que ayer fue nombrado caballero por el Rey), que tenía un barco con permiso para volver a Inglaterra con su dama y sirvientes. Me llamó cuando estaba escribiendo la orden para decirme que en adelante debía llamarle *sir* George Downing.

23 de mayo

Nos levantamos muy contentos el doctor y yo, solo que tuve el ojo rojo y con dolor por la herida de ayer. Durante toda la mañana muchísima gente del Rey subió a bordo para acompañarle. Milord, el señor Crew y otros bajaron a la playa a recibir al Rey. Me cuentan que este besó con afecto a milord en su primer encuentro. El Rey con los dos duques, la reina de Bohemia, la Princesa Real y el príncipe de Orange subieron a bordo, donde besé las manos de todos ellos. Interminable disparo de salvas desordenado a propósito, pues queda mejor que de la otra forma. Tras la comida, el Rey y el Duque cambiaron los nombres a los barcos: el *Naseby* pasó a llamarse *Charles*; el *Richard*, *James*; el *Speaker*, *Mary*; el *Dunbar* (que no estaba con nosotros), *Henry*; el *Winsly*, *Happy Return*; el *Wakefield*, *Richmond*; el *Lamport*, *Henrietta*; el *Cheriton*, *Speedwell*, y el *Bradford*, *Success*. Hecho esto, la Reina, la Princesa Real y el príncipe de Orange se despidieron del Rey. El duque de York marchó al *London* y el duque de Gloucester al *Swiftsure*. Entonces levamos ancla y con un buen viento y un tiempo estupendo zarpamos hacia Inglaterra. El Rey estuvo toda la tarde andando de aquí para allá, arriba y abajo (muy al contrario de lo que yo pensaba), muy activo y agitado. En el alcázar empezó a narrar su huida de Worcester y casi lloré al escuchar el relato de las dificultades que tuvo que pasar, como el viajar cuatro días y tres noches a pie,

con suciedad hasta la rodilla en cada paso, sin nada encima excepto un abrigo verde, un par de pantalones y zapatos de campo que le hicieron heridas en los pies hasta el punto de que apenas podía caminar. Tuvo además que huir de un molinero y otra gente, que le tomaron por un granuja. En una ocasión se sentó en una mesa y el dueño de la casa, que no le había visto en ocho años, le reconoció, pero no dijo nada; sin embargo, había alguien en la misma mesa que había estado en su propio regimiento en Worcester y que no le conoció, sino que le hizo brindar a la salud del Rey y dijo que Su Majestad era por lo menos cuatro dedos más alto que él. En otro sitio, los criados de una casa le hicieron beber para comprobar que no era un Cabeza Redonda[57], pues juraban que era uno de ellos. Hubo una ocasión en que el dueño de la posada, mientras el Rey estaba junto al fuego con las manos apoyadas en el respaldo de una silla, se arrodilló y besó su mano en secreto, diciendo que no le preguntaría quién era pero que Dios le bendijera allá donde fuera. Luego relató las dificultades para conseguir un barco que le llevara a Francia y cómo tuvo que confabularse con el dueño para ocultar sus intenciones a los cuatro hombres y al niño (su única compañía en el barco), hasta llegar a Feckam, en Francia. En Rouen parecía tan pobre que la gente entraba en las habitaciones antes de que se marchara para comprobar que no había robado nada. Por la noche fui a ver a milord, a escribir cartas para Inglaterra, que envió con el señor Edw. Pickering dando la noticia de nuestra partida. El Rey cenó solo en el camarote grande. Cuando volví al mío seguían allí mis acompañantes, quienes me contaron más problemas del Rey. Por ejemplo, que intentó comerse el pan y el queso que un muchacho pobre llevaba en el bolsillo.

24 de mayo

Arriba, y me arreglé lo mejor que pude con las medias y los bordes que compré el otro día en La Haya. Extraordinaria reunión de gente noble y gran alegría todo el día. Me llamaron para que escribiera una autorización para que lord Mandeville llevara caballos a Londres; la escribí en nombre del Rey y se la llevé para que la firmara: la primera y única vez que firmó en el barco *Charles*. A la cama, viendo la costa un poco antes de oscurecer.

25 de mayo

Por la mañana nos acercamos a la costa y todos se prepararon para bajar a tierra. El Rey y el Duque desayunaron antes de marcharse, y como en el barco

se ha preparado una dieta, no comen otra cosa que guisantes con cerdo y ternera cocida. Me cuentan que el Rey le ha dado cincuenta libras al señor Shipley para los criados de milord, y quinientas libras para que se repartan entre los oficiales y subordinados del barco. Hablé con el duque de York de trabajo; me llamó Pepys, por mi nombre, y me prometió su favor en el futuro. Se espera que el Rey nombre algunos caballeros, pero no lo hace. Cerca del mediodía (aunque está allí el bergantín que fabricó Beale para llevarle) se subió con los dos duques en la barcaza de milord. Nuestro capitán la guiaba y milord iba descubierto junto a él. Yo fui con el señor Mansell y uno de los sirvientes del Rey, que llevaba al perro favorito de Su Majestad (que se hizo sus necesidades en el bote, lo que nos hizo reír y a mí pensar que un Rey y los que le acompañan son iguales que los demás), en otro bote. Llegamos a la orilla al mismo tiempo que el Rey, quien fue recibido por el general Monck con todo el amor y respeto imaginables al entrar en la ciudad de Dover. Infinita la cantidad de gente, y la finura de los jinetes, ciudadanos y nobles de todas clases. El Alcalde de la ciudad le entregó su bastón blanco, símbolo de su cargo, que el Rey le devolvió. También le regaló de parte de la ciudad una Biblia muy lujosa, que tomó diciendo que era lo que más amaba en el mundo. Colocaron un dosel para protegerle mientras hablaba con Monck y otros, y luego, en un elegante coche preparado para él, se marchó, cruzando la ciudad en dirección a Canterbury sin pararse en Dover. Los gritos y la alegría que todos expresaban superan lo imaginable. Al ver que milord no se bajaba de la barcaza me acerqué hasta allí en un bote. Regresamos al barco. Milord casi en un éxtasis de gozo por haber hecho todo eso sin apenas un borrón que pudiera haber ofendido a alguien, y con el gran honor que pensaba que le reportaría. Al ser adelantados por el bergantín, milord y yo nos pasamos a él con *sir* W. Batten[58].

26 de mayo

Gracias a Dios me acosté en mi propio camarote y dormí muy bien hasta las nueve de esta mañana. Después de jugar a los bolos pasé toda la tarde trabajando, escribiendo más de veinte órdenes. Esta noche el capitán me dijo que milord me ha asignado treinta libras de los mil ducados que el Rey ha concedido al barco, lo que me llena de gozo. A la cama.

27 de mayo, día del Señor

John Goods me avisa para que vea la insignia de la Orden de la Jarretera y la chaqueta del Heraldo, que están en el camarote principal, traídas esta mañana para milord. Milord ha convocado a todos los comandantes para que vean la ceremonia.

28 de mayo

Me llamaron a las dos de la mañana para escribir unas cartas para milord, pero me acosté de nuevo a las cinco. Me afeité temprano. El capitán llamó a todos los hombres del barco (excepto a los chicos) y le dio a cada uno un ducado del dinero destinado por el Rey para el barco, y a los oficiales según su rango. En el camarote del capitán recibí mi parte, sesenta ducados. El resto de la mañana estuve muy atareado escribiendo cartas. También milord, que no salió a comer. Gran parte de la tarde jugando a los bolos con milord y el señor Hetley. Perdí unos cuatro chelines. Cené con milord, y después a la cama. Por la noche soñé que me orinaba encima, lo que hice en realidad, y como aparté las ropas, me resfrié y estuve toda la mañana calado y con mucho dolor al orinar, lo que me hizo sentir muy mal.

29 de mayo, cumpleaños del Rey

Se cree que hoy entra el Rey en Londres.

30 de mayo

Toda la mañana arreglando mis cuentas; calculo que ahora poseo unas ochenta libras, lo que me alegra. Bendito sea Dios.

1 de junio

Esta mañana, el señor Shipley repartió el dinero que el duque de York entregó para los sirvientes de milord, veintidós ducados, de los que me dijo que le diera algo a Jasper porque milord le había dejado fuera. Le di al señor Shipley el buen par de guantes de gamuza que me compré hace cinco años. Milord se purgó hoy, así que no ha salido en todo el día. El capitán pasó todo el día en la costa. Por la noche vino el señor Cook de Londres con cartas. Nos trajo noticias de que el Parlamento ha ordenado que el 29 de mayo sea siempre considerado jornada de acción de gracias por nuestra redención de la

tiranía y el regreso del Rey a su gobierno, pues entró en Londres ese día. Mi esposa estaba allí cuando llegó, pues lleva una semana con el señor Bowyer y su esposa. Mi pobre esposa ha estado mal esta semana pasada, pero gracias a Dios ya está mejor, deseando verme y regresar de nuevo a nuestra casa, pero debemos conformarnos. Me cuenta que los Joyce son ahora muy ricos y se han vuelto muy orgullosos; también que se habló de que el Rey iba a hacerme caballero, de lo que ellos (los Joyce) se ríen, pero creo que estoy más contento con mi esposa y con mi situación que ellos con la suya. Cuando me iba a la cama, el capitán subió a bordo bastante ebrio, y él mismo me dijo esta mañana que había estado bebiendo todo el día con el vicealmirante y el contraalmirante.

2 de junio

Cuando estaba trabajando con milord en el camarote aproveché para agradecerle su consideración conmigo en la participación que me había otorgado del dinero de Su Majestad y del Duque. Me dijo que esperaba tener un detalle más perdurable si las cosas siguen como hasta ahora entre el Rey y él, pero, dice, «Debemos tener paciencia y subiremos juntos; mientras tanto te daré todos los buenos trabajos que pueda», lo que me alegró mucho oír. Pasé toda la mañana calculando a cuánto asciende la paga mensual de los treinta barcos que vinieron con el Rey desde Skeveling (porque el Rey les prometió la paga de un mes), y son seis mil quinientas treinta y ocho libras, y el *Charles* en particular setecientas setenta y siete libras. Ojalá tuviéramos el dinero. Toda la tarde con dos o tres capitanes en el camarote del capitán Cuttance, bebiendo vino blanco con azúcar y comiendo ostras en vinagre. Por la noche escribiendo cartas a Londres y Weymouth: pues como milord va ahora a la Cámara, intenta que el señor Edward Mountagu sea elegido por Weymouth, y el señor George, por Dover.

3 de junio

Tras la comida hago cuentas y veo que tengo cerca de cien libras, por lo que bendigo a Dios Todopoderoso; es más de lo que pensaba conseguir tan pronto, pues pienso que no tenía más de veinticinco libras cuando salí al mar, aparte de mi casa y mis bienes.

6 de junio

Por la mañana llegaron cartas en las que, entre otras cosas, me comunican que le han otorgado a milord el puesto de Registrador del Sello, cargo que milord me ha ofrecido muy cariñosamente en caso de no conseguirme algo mejor a final de año. Hablamos bastante sobre mi tío Robert, y me dijo que no sabía lo que él pensaba sobre su patrimonio, pero que haría por mí todo lo que estuviera en su mano. Se comenta que le van a conceder a milord un muy buen puesto, al parecer Director del Guardarropa[59]. Los dos duques van mucho por el parque, y estuvieron el otro día viendo una obra, *Madam Epicene*[60].

8 de junio

En pie temprano[61]. Cogí un caballo en Deale. Estuve muy preocupado por la guitarra del Rey y por el rufián al que encargué que la llevara a pie, a quien creí haber perdido. Llegué a Canterbury y comí allí. Visité la Catedral y los restos de la tumba de Beckett. Un soldado tomó el caballo del coronel Dixwell y se lo entregó a milord, y él me lo dio a mí para que lo llevara a Londres. Llegué a Sittingbume, después a Rochester y finalmente a Gravesend, donde besé a una preciosa muchachita, la primera que veo desde hace tiempo.

9 de junio

Me levanto temprano. La cuenta de la cerveza asciende a veinticinco chelines. Pagué el alojamiento y partí con seis botes hacia Londres. Bajé a tierra en el Temple. Fui a casa del señor Crew y después a casa de mi padre; me vestí bien para ver a milord. Comí allí. De nuevo a casa del señor Crew. Por el camino me encontré con el doctor Clerk y el señor Pearse. Luego a Whitehall con milord y el señor Edward Mountagu. Vi al Rey en el parque. Paseé. Mucha galantería. A ver a Will Howe hasta las diez de la noche. De vuelta, a casa de mis padres.

10 de junio, Pentecostés

En pie y a casa de milord. Luego a la iglesia del señor Mossom, donde estaba *monsieur* l'lmpertinent. En casa de mis padres me encontré con mi esposa, con quien pasee tras la comida por Lincoln's Inn. Después de la iglesia, ella a casa y yo a ver a milord. Luego a casa de mi padre, donde conocí al señor Fairbrother. A la cama con mi esposa.

15 de junio

Toda la mañana en los comisionados de la Armada para cobrar mi paga de seiscientas cincuenta libras por el último trimestre[62]; lo conseguí con gran facilidad, lo que no es normal. Después con el señor Turner al Delfín a beber. Luego a ver a milord, que me dice que el Rey le ha dado el puesto en el Gran Guardarropa.

18 de junio

A casa de milord, con mucho trabajo y ciertas esperanzas de obtener algún dinero. Después con él al Parlamento, donde pretendía presentarse hoy, pero se encontró con el señor Crew en la escalera y no entró. De vuelta al Almirantazgo, milord me dijo en sus aposentos que pretendía el puesto de Secretario de Actas para mí. Luego a casa del señor Crew, a la de mi padre y a la cama. Mi esposa se fue hoy a Huntsmore a por sus cosas y me sentí muy solo. Esta noche, el hermano de mi esposa vino a contarme su mala situación y a pedirme que le consiga algo, pero observo que busca algo propio de un caballero, que no manche a su familia.

19 de junio

Me visita Murford, que me ofrece cinco piezas si hago algo por él, a lo que estoy dispuesto. Mucho trabajo en casa de milord. Esta mañana fue a la Cámara de los Comunes, donde recibió el agradecimiento de esta, en nombre del Parlamento y de los Comunes de Inglaterra, por sus recientes servicios al Rey y al país. Cuando iba a ver a milord a casa del señor Crew se me acercó una criada de la señora Pickering que me contó el caso de su marido, pidiéndome ayuda ante milord. Me entregó cinco libras en plata envueltas en papel[63]. Milord fue esta noche con el Rey a cenar a Baynard's Castle, y yo a casa de mi padre. Mi esposa, la chica y el perro volvieron hoy a casa. Cuando

llegué, descubrí que alguien me ha dejado una cantidad de chocolate, pero no sé quién.

22 de junio

A ver a milord, con mucho trabajo. Con él a Whitehall, donde, como el Duque no estaba levantado, paseamos por la Galería de los Escudos. El señor Hill me habló de una oferta de quinientas libras por un título de *baronet*; se lo conté a milord y me dijo que lo pensaría. Vino el señor Morris, el tapicero, a tomar nota de los muebles que faltan en nuestros aposentos en Whitehall. Mi querido amigo el señor Fuller de Twickenham y yo comimos a solas en la taberna del Sol, y me contó que tiene la concesión para deán de la catedral de San Patricio, en Irlanda; yo le comenté mi situación y ambos nos congratulamos. Como milord estaba fuera, fui a casa a poner todo un poco en orden. Luego fui con el señor Moore a ver a mi padre, parando un rato con la señora Turner, que estaba en la puerta de su casa cuando pasaba. Me dijo entre otras cosas como seguro que la vieja señora Middlessex se hizo encima el otro día en presencia del Rey, y que la gente lo notó. A la cama en mi propia casa por primera vez desde que volví del mar, por lo que Dios sea alabado.

26 de junio

Tras levantarme me visitó el señor Pinkney, al que pagué dieciséis libras por los encargos de ropas que había hecho para milord. Luego a los aposentos de milord. Fui a llevarle al secretario Nicholas la decisión de milord respecto al título que ha elegido, que es el de Portsmouth. Por la tarde vino un comerciante, un tal señor Watts, a ofrecerme quinientas libras si renunciaba a la plaza de Secretario de Actas. Ruego a Dios que me guíe en lo que haga.

27 de junio

Con milord a ver al Duque, que le dijo al señor Coventry que diera curso a mi asunto; todos me felicitan como si ya lo tuviera; espero que Dios me lo conceda.

28 de junio

Vino mi hermano Tom con varios patrones para hacerme un traje. Le pagué todo hasta la fecha y le di diez libras a cuenta. Después a ver al señor Coventry, que me dice que hará lo que pueda en mi asunto, y a visitar a *sir* G. Downing por primera vez desde que volvió. Es un hombre tan tacaño que no me gusta verle. Prácticamente renuncio a ese trabajo y le doy libertad para que meta a alguien. Hawley también se marcha, pues va a servir a *sir* Thomas Ingram. Esta mañana también fui a ver a la señora Pearse, la mujer del cirujano. Estaba todavía en la cama en su casa de Margaret Churchyard; su marido ha vuelto al mar. La invité a comer hoy con mi esposa y conmigo. Después fui a ver a milord, que se levantó a las once, pues anoche se acostó casi a las cinco: hasta tan tarde estuvo cenando con el Rey. Esta mañana vi al pobre obispo Wren[64] yendo a la capilla, ya que hoy es día de acción de gracias por el regreso del Rey.

29 de junio

Nuestra criada Jane Wayneman lleva un par de días renqueante y no sabemos qué hacer con ella. Me levanto y a Whitehall, donde recibo del Duque mi nombramiento como Secretario de Actas, y también, de parte del Secretario, los nombramientos de milord como conde de Portsmouth y vizconde Mountagu de Hinchingbrooke. Voy a ver a milord y le cuento lo que he hecho. Después a visitar a *sir* Geffrey Palmer, quien me dice que milord necesita un buen latinista que escriba el preámbulo a su nombramiento, en el que debe expresar en los mejores términos los servicios prestados, y me habla del estilo ostentoso que *sir* J. Grenville ha hecho utilizar para el suyo, que no le gusta, mientras que *sir* Richard Fanshaw ha hecho muy bien el del general Monck[65]. En Whitehall el señor Hutchinson, del Almirantazgo, me dice que el señor Barlow, mi predecesor en el cargo de Secretario de Actas, sigue vivo y viene a la ciudad a reclamar su puesto, lo que me entristece un poco. Por la noche se lo conté a milord, quien me dijo que tomara posesión y que dejara el asunto en sus manos. Esta noche milord y yo estuvimos repasando la lista de capitanes y señalamos algunos a los que milord tiene pensado echar. A casa y a la cama. Nuestra criada, muy coja, en cama estos dos días.

1 de julio

Esta mañana llegó mi nueva capa de camelote con botones dorados y un traje de seda, que cuestan mucho dinero; ruego a Dios que me permita poder

pagarlos. Por la tarde a la Abadía de Westminster, con un buen sermón de un desconocido pero todavía sin el Rito Común[66]. Tras el sermón visité a la señora Crisp; también estaba allí el señor Roder, que se va a casar con la hermana de Sam Hartlib[67], lo que es una enorme suerte para ella, pues no tiene absolutamente nada. Vi además a la señora Greenlife, que viene otra vez a vivir a Axe Yard con su nuevo marido, el señor Adams. Luego a casa de milord, donde estuve un rato, y a ver al señor Creed para conseguir una copia de la autorización de Barlow.

2 de julio

Trabajo inacabable, que ocupa todo mi tiempo. Encuentro al sobrecargo Washington y como con él y una dama amiga suya en la taberna de la Campana, de King Street, pero el rufián no tiene otra clase de modales que invitarme y luego hacerme pagar mi parte. Toda la tarde con milord, dando vueltas por la ciudad; a las siete marchó a casa y allí nos juntamos con los principales oficiales de la Armada, entre los que soy reconocido[68]. Se nos dio orden de reunirnos mañana para promover una autorización del Consejo que nos ponga en activo antes de que se aprueben oficialmente nuestros nombramientos, lo que me alegró.

3 de julio

Toda la mañana los oficiales y comisionados de la Armada en casa de *sir* G. Carteret. Acordamos solicitar al Consejo autorizaciones que sustituyan a las antiguas, y que nos den permiso para ejercer. Comí con el señor Stephens, el empleado del Tesorero de la Armada, y con el señor Turner, a quien ofrecí cincuenta libras de mi propio bolsillo por un año además del sueldo de empleado, lo que me agradeció, aunque creo que tiene otros planes en la cabeza que desconozco. Por la tarde me desanimé bastante al oír que el señor Barlow había pedido entrevistarse con el señor Coventry, pero por la noche vi a milord y me dijo que no tenía nada que temer, pues él me conseguiría el puesto frente a toda oposición. Cuando volví a ver a W. Howe me contó que el doctor Petty había estado con milord y le había dicho que Barlow era un hombre achacoso que no tenía previsto ejercer el trabajo en persona, lo que me alivió. Hasta las dos de la mañana escribiendo cartas para que milord las mande a la flota.

4 de julio

Me levanto muy temprano. Dejé a mi esposa en las escaleras de Whitefriars y marché a ver al Tesorero de la Armada; estuvimos hablando de trabajo y me dio esperanzas sobre lo mío. Después vino el comisionado Pett y fuimos a ver las casas de Seething Lane, que pertenecen a la Armada; comprobé que incluso la peor de todas ellas es muy buena. Tengo algún temor de que me dejen fuera en el reparto. Luego a ver al joyero Bakewell para recoger cien libras en vajilla de parte de milord para el secretario Nicholas y lo mío para el señor Coventry, que es una fuente y una copa tallada que me cuestan más diecinueve libras[69].

5 de julio

El señor Hayter estuvo conmigo esta mañana y acordamos que fuera mi empleado. El señor Cooling, secretario del lord Chambelán, me contó que tiene un plan para que nos unamos todos los secretarios y obtengamos dinero haciendo que todos los asuntos vengan a parar a nosotros. Después al Almirantazgo, donde el señor Blackborne me informa sobre muchos asuntos de la oficina que incumben a mi trabajo.

6 de julio

Por la tarde milord y yo, el señor Coventry[70] y *sir* G. Carteret tomamos posesión de los cargos en la Armada, lo que me alegró algo, pero sin demasiadas esperanzas. De camino a casa le encargué un abrigo de terciopelo al señor Pim y me llevó a la taberna de la Media Luna, pero estaba tan llena que tardaron media hora en servirnos. Luego a casa de milord; en la oscuridad, W. Howe y yo improvisamos una canción y observo que podemos hacer un dúo muy bueno de bajo y tiple. A casa y a la cama.

7 de julio

En casa de milord alguien me pide un puesto de empleado y le exijo cien libras. En la Cámara del Consejo recibo una orden de aumento de los salarios de los oficiales de la Armada y descubro que el mío ascenderá a trescientas cincuenta libras al año. Luego a la Lonja, donde compro dos láminas muy buenas de Rubens hechas por Ragot, y a comer[71]. Después a la Oficina de la Armada, donde empiezo a hacer inventario de los papeles, objetos y libros.

8 de julio, día del Señor

A la capilla de Whitehall, donde oí una música estupenda, la primera vez que recuerdo haber escuchado un órgano y un coro en mi vida[72]. El obispo de Chichester predicó ante el Rey con un sermón muy halagador. No me gusta que los clérigos se entrometan en asuntos de Estado. Comí con los señores Luellin y Salisbury en una casa de comidas. Pasé toda la tarde en casa con mi esposa hasta después del sermón. Luego vino el señor Fairbrother y fuimos con él a cenar a casa de mi padre. Me dijo que me había conseguido el título de *Master in Arts* por poderes, lo que me agradó, aunque recuerdo que mi primo Roger Pepys estuvo el otro día hablándome en contra de eso.

10 de julio

Hoy estrené mi traje nuevo de seda, el primero que tengo en mi vida. Veo a milord en el jardín de Whitehall y le digo que acuda al secretario; eso hace, y pide que tanto su nombramiento oficial como el mío vayan firmados por el Rey. El suyo debe ir a nombre del conde de Sandwich, vizconde Hinchingbrooke y barón de St. Neot.

11 de julio

Con *sir* W. Penn por el río a la Oficina de la Armada, donde nos reunimos y tratamos algunos asuntos. Al terminar marchamos todos a comer al Delfín, invitados por el mayor Boume. Después de nuevo a la oficina, donde tanto a mí como al comisionado Pett nos enfadó ver a un tipo afanado en buscar los mejores aposentos para lord Berkeley, además de la alianza entre él y *sir* W. Penn; de verdad que me molestó mucho.

13 de julio

En la Oficina de la Armada despachamos muchos asuntos y decidimos sobre las casas para los oficiales y los comisionados, quedándome yo satisfecho. Conseguí permiso para hacer una puerta de salida a la azotea emplomada. En Worcester House logré, por mediación del señor Kipps y usando el nombre del general Mountagu ante el Canciller, que me tramitaran el sello del nombramiento. Recogí a mi esposa y marchamos a Londres con algo de dinero. Con él le pagué al señor Beale[73] nueve libras en total, recogí

el nombramiento y volví con mi esposa, a la que había dejado en el coche; se alegró muchísimo cuando se lo enseñé. Después fuimos a la Oficina de la Armada y le enseñé nuestra casa; a los dos nos gustó todo lo que vimos. La dejé en casa de su madre y yo fui a la de milord, donde di salida a una orden para traer de regreso a *sir* R. Honiwood desde los Países Bajos, por lo que el joven señor Powell me dio dos piezas de parte de la señora Honiwood. Hasta tarde escribiendo cartas. Mucha música en la casa vecina, que fuera de Whalley, donde están el Rey y los duques con *madame* Palmer, una preciosa mujer de la que se han encaprichado para ponerle los cuernos a su marido[74]. En la vieja puerta que da a sus aposentos, milord, W. Howe y yo estuvimos escuchando la música un buen rato. Después, a casa y a la cama.

14 de julio

Me levanto temprano e indico a mi esposa que lo prepare todo para mudamos a nuestra nueva casa. Después a la de milord, que se queda en la cama hasta tarde.

15 de julio, día del Señor

En cama hasta tarde para recuperarme. Al salir me encuentro con el señor Shipley y nos tomamos el trago en la taberna de Wilkinson con mi compañero Spicer. Después, a la Abadía de Westminster; en la capilla de Enrique Vil oigo parte del sermón, la primera vez en ese sitio. A casa de milord, donde comí con él compartiendo mesa. Luego estuvimos conversando y observo que es un completo escéptico en temas de religión, que nada le importa demasiado excepto ser un estoico. Por la tarde de nuevo a la capilla de Enrique Vil, donde asistí al sermón y al servicio, y después, como vi a W. Bowyer allí, salimos al parque y paseamos hasta la noche. Bebimos en la taberna de Harper y se nos unió el capitán Stokes. Hablamos sobre comprar el mejor papel para la oficina, y el capitán me prometió conseguírmelo en Francia. Luego a los aposentos de milord, donde estuve escribiendo un rato, y a casa. Mi esposa no salió en todo el día, pues no tenía ropa al estar toda empaquetada desde ayer. Durante este mes he dejado completamente de lado las noticias, ignorando el curso de las cosas. Pero ahora, gracias a mi nombramiento, estoy más tranquilo; Dios me mantenga así. Esta noche no fui a casa de mi padre por miedo a que siga pidiéndome que hable con milord para conseguir un puesto en el Guardarropa, cosa que todavía no me atrevo a

hacer. Mi esposa y yo encantados con la nueva casa que esperamos tener. Mi nombramiento me ha costado un montón de dinero, unas cuarenta libras, y eso es lo único que ahora me tiene bastante intranquilo. Por la tarde en la capilla de Enrique VII, donde oí un sermón y me pasé (Dios me perdone) casi todo el tiempo mirando a la señora Butler.

17 de julio

Esta mañana (como todas las mañanas últimamente) mucho trabajo en casa de milord. Antes de salir vino a verme el señor Barlow, un anciano tísico y bien arreglado con el que hablé un buen rato hasta que al final le concedí lo que pedía, es decir, cincuenta libras al año si mi salario se mantenía, y cien en caso de que subiera a trescientas cincuenta libras. Estaba muy conforme con que le pagara cuando recibiera el dinero, y no antes. Al ir a casa de milord me enteré de que estaba en cama con un resfriado. Por eso le llevé [al señor Barlow] junto a su cama y entre los tres llegamos al acuerdo respecto a lo que yo había de darle. Al terminar, y como el día era bueno, fui a casa e hice empaquetar y trasladar todos mis bienes. Mi esposa, la señora Hunt y yo fuimos en coche, y por la noche mandé a ambas a comprar algo para la cena; compraron un cuarto de cordero y nos lo comimos, pero no estaba bien asado. Will Hewer, el sobrino del señor Blackborne, es tan obediente que estoy muy satisfecho con él. Fui a los aposentos de milord, y, después de tratar algunos asuntos con él, volví a pie a casa, donde mi esposa ya estaba acostada, Jane lavando y Will tan dormido que no pude despertarlo. Me fui a la cama, la primera noche que dormía allí con mi esposa.

21 de julio

Esta mañana he quedado citado con el señor Barlow para llevarle el acuerdo que alcanzamos, formalizado como yo quiero. Lo hice en sus aposentos del Aguila de Oro, en New Street, entre Fetter Lane y Shoe Lane. Le gustó mucho, y fui de su parte a que el señor Spong hiciera duplicados. Estuve hablando con milord del cargo que debo jurar en el Sello Real, aunque yo no saco nada de eso y lo hago solo para hacerle un favor al señor Moore; él me lo agradece[75].

23 de julio

Esta mañana viene a verme el señor Barlow y ambos vamos a un notario de Fenchurch Street, que estaba en cama por la gota, para firmar el acuerdo ante él. Después de comer con milord, que me llevó al secretario Nicholas, y ante él y el secretario Morice, milord y yo, de rodillas, juramos la Alianza y la Supremacía, así como el voto del Sello Real, lo que me alegra mucho, aunque es probable que de momento no obtenga nada de ahí; no obstante, lo deseo por si acaso nos quitan de nuestro cargo actual.

24 de julio

En Whitehall le comuniqué al señor Watkins que he jurado para el Sello Real. Le molestó mucho, pero se aguantó y me ofreció a un familiar suyo para empleado; le di alguna esperanza, pero no tengo ninguna intención.

25 de julio

Esta mañana milord abandonó la Cámara de los Comunes, recibiendo el agradecimiento de esta por sus grandes servicios al país.

26 de julio

Temprano a Whitehall con la intención de reunirme con milord y los oficiales principales, pero milord no podía porque hoy tiene que comparecer en la Cámara de los Lores, ya que se ha cursado el nombramiento. Se presentó de rodillas ante el Presidente, se leyó el nombramiento y tomó posesión.

27 de julio

La noche pasada vinieron a sus casas en la oficina *sir* W. Batten y *sir* W. Penn. Los encontré esta mañana y estuvimos trabajando. Comí en casa y de allí fui a ver a milord, donde estuve toda la tarde con Will, mi empleado, haciendo cuentas: resulta que tengo unas cien libras después de pagar mis gastos.

30 de julio

Trabajando en la oficina. Vino mi padre, la primera vez que visita nuestra nueva casa, y por casualidad se nos unió la señora Crisp, que estuvo viéndolo todo y nos dio consejos sobre cómo amueblarla. Esta tarde recibí cincuenta libras por mi salario del primer trimestre como secretario de milord; se le pagaron a T. Hayter y este me las trajo a casa, por lo que estoy muy contento. A Westminster, donde me encontré, entre otros, con el señor Moore y un amigo suyo, un librero del Patio de San Pablo. Les llevé a la casa de vinos del Rhin y estando allí vino el portaespada de Londres (el señor Man) preguntando por nosotros; estuvimos hasta tarde, discutiendo sobre el valor de mi puesto como Secretario de Actas, que él tenía pensado comprar. Yo le pedí que comprara cuatro años, y quedamos en hablar de ello mañana.

2 de agosto

A Westminster por el río con *sir* W. Batten y *sir* W. Penn (los criados en otro bote), al Almirantazgo; de allí fui a casa de milord a recogerle; estuvimos toda la mañana tratando sobre las peticiones de dinero para pagar a los proveedores y deliberando sobre cómo conseguir dinero para las actividades de la Armada. Luego comí en casa del señor Blackborne con algunos amigos suyos (su esposa está en el campo y a punto de regresar a Londres), donde fuimos muy bien tratados. Después, W. Hewer y yo a la oficina del Sello Real; allí estuve toda la tarde y recibí cerca de cuarenta libras por ayer y por hoy, ante lo cual mi corazón se alegró por lo que Dios me ha bendecido: el darme este puesto por casualidad, pues de las cuarenta libras me corresponden diez a mí por esta jornada de trabajo. El beneficio de este trabajo es muy grande en comparación con los tiempos del Rey[76], pues el mes pasado hubo cerca de trescientos recibos, mientras que en época del antiguo Rey era mucho si llegaban a cuarenta. Con mi dinero a casa en coche. Hoy es el primer día que llego a casa antes de que cierren la verja desde que estoy en la Armada. Allí veo que mi esposa no se encuentra bien de su viejo problema en el labio de su *chose*, que tuvo cuando nos casarnos[77]. Me acerqué a arreglar las cuentas pendientes de mi casa anterior (ya que hay mucha gente con deseos de ocuparla, aunque me resisto a dejarla por si hay algún cambio). Mi tarifa asciende a unas veinte libras, y con mi comisión subirá a veintidós libras para el que me la quiera alquilar. A la cama.

6 de agosto

En la oficina por la mañana, y, al terminar, a casa a comer solo, pues mi esposa sigue en cama con sus dolores, lo que me tiene preocupado y bastante impaciente. Después de comer, a Whitehall, y en el Sello Real toda la tarde. Por la noche con el señor Man en la taberna de Rawlinson, de Fenchurch Street, donde estuvimos hasta las once, luego a casa y a la cama; mi esposa todo el día con mucho dolor. Esta noche el señor Man me ofreció mil libras por mi empleo de Secretario de Actas y se me hizo la boca agua, pero no me atrevo a aceptarlo hasta que no hable con milord y me dé su consentimiento.

10 de agosto

Toda la noche con muchos dolores y una flojera tal que no pude dormir. Por la mañana me levanté muy fastidiado y me fui a trabajar. Comí en casa y después, con la espalda muy dolorida, fui por el río al Sello Real, en Whitehall. Al terminar, con los señores Moore y Creed a Hyde Park en coche, donde vimos una estupenda carrera a pie: tres vueltas alrededor del parque entre un irlandés y Crow, que en un tiempo fue criado de lord Claypoole (por cierto, no puedo olvidar que lord Claypoole preguntó el otro día a la señora Hunt por mi casa de Axe Yard, y le encomendó que se la consiguiera, lo que me parece un gran cambio). Crow le ganó al irlandés por más de dos millas. De regreso de Hyde Park fui a ver a milord y recogí a Will (que me estaba esperando allí), marchando a casa en coche y llevándome mi laúd, que había estado todo el tiempo allí desde que volví del mar para que lo tocara milord. A la cama, todavía con bastante dolor. Durante este último mes o dos he estado tan ocupado que he descuidado escribir cartas a mi tío Robert en respuesta a muchas de las suyas, y de otros amigos, y ni siquiera he tenido tiempo para mi propia familia, sobre todo este mes, ya que el Sello Real me imposibilita aún más pensar en otra cosa, por tener que atenderlo continuamente en cuanto acabo en la Armada. Pero bendito sea Dios por mi buena suerte en el Sello Real, donde calculo que saco tres libras al día. Milord me dio este puesto por casualidad y ninguno de los dos pensaba que valdría tanto. Nunca desde que soy hombre he estado tan ajeno a los asuntos del mundo como ahora, pues no leo gacetas ni nada que se le parezca, ni pregunto por las novedades, ni lo que hace el Parlamento ni cómo se hacen las cosas. Hay mucha gente que desea alquilar mi casa en Axe Yard y me importunan bastante. Tengo la idea de conseguir el dinero para comprar cosas para mi casa en la Oficina de la Armada, y sin embargo me resisto porque ese señor Man me ofrece mil libras por mi cargo.

11 de agosto

Hoy me levanté sin dolor alguno, por lo que supongo que el de ayer se debía a haber bebido tanto el día anterior.

12 de agosto, día del Señor

Con milord a la capilla de Whitehall, donde predicó el señor Calamy, quien hizo un buen sermón sobre estas palabras «A quien mucho se le da, mucho se le requiere». Se mostró muy servicial con sus tres reverencias al Rey, como hacen otros. Tras el sermón, un fenomenal himno del capitán Cocke, cantado por él mismo; al Rey le agradó mucho. Milord comió en casa del lord Chambelán y yo en la suya con el señor Shipley. Después de la comida le di al señor Donne, que sale al mar, la llave de mi camarote e instrucciones para recoger mis cosas. Después fui a pasear y me encontré con la señorita Lane, de Westminster Hall. La llevé a casa de milord y nos tomamos una botella de vino en el jardín; allí nos encontró el señor Fairbrother, de Cambridge, que se nos unió. Luego la llevé a mi casa[78], donde me mostré extremadamente atrevido en mis coqueteos con ella, y ella nada recatada al aceptarlos.

14 de agosto

Al Sello Real, y de allí a casa de milord, donde le encargué al señor Pim, el sastre, que me hiciera un abrigo de terciopelo. Luego de vuelta al Sello Real, donde vino *sir* Samuel Morland para que se aprobara un título de *Baronet* que el Rey le había concedido y con el que obtendrá algún dinero, Lstuvo un buen rato conmigo y me contó cómo sirvió al Rey en los tiempos del Protector: que fue el mal trato que recibió de Thurloe lo que le movió a hacerlo, y que se había arruinado por el Rey. También que ahora Su Majestad le había dado una pensión vitalicia de quinientas libras al año por la oficina de Correos y los beneficios de dos títulos de *Baronet*. Todo esto me hace pensar que no es tan tonto como yo creía. A casa, donde comieron conmigo mi padre y los señores Fairbrother y Cooke. Después de comer vino el joven capitán Cuttance, del *Speedwell*, a quien han enviado a por la gratificación para los marinos que trajeron al Rey. Me hizo entrega de un barril pequeño de mantequilla para mi esposa, muy bien recibido. Después de comer se despidió mi padre, y le di cuarenta chelines para el último semestre de mi hermano

John en Cambridge. También arreglé cuentas con el señor Fairbrother por mi título de *Master of Arts*, que me cuesta nueve libras y dieciséis chelines. Por la noche pasé un buen rato en casa haciendo que la muchacha y el chico me cepillaran el pelo en la cocina antes de ir a dormir.

15 de agosto

A la oficina, y, después de comer, por el río a Whitehall, donde me entero de que el Rey se fue esta mañana a las cinco a ver un barco de recreo holandés[79] más abajo del puente, donde come con milord. El Rey, desde que vino, tiene agotados con sus madrugones a todos los que le rodean.

16 de agosto

Esta mañana milord (con todo preparado) me llevó en coche a casa del señor Crew (por el camino me dijo que esperaba que mi puesto fuera muy bueno para mí y que no es el salario de un cargo el que hace rico a un hombre, sino la oportunidad que ofrece de ganar más mientras se ocupa el cargo), luego se despidió y se marchó en coche a Hinchingbrooke.

18 de agosto

Esta mañana llevé a mi esposa a Westminster por el río; se bajó en Whitefriars con cincuenta chelines para comprarse un viso y yo seguí hasta el Sello Real. Al rato viene mi esposa y me dice que mi padre la ha convencido de que compre una tela finísima, a veintiséis chelines la yarda, y una cinta lujosa, por lo que el viso subirá a cinco libras, lo que me molesta algo, pero como lo hace de manera tan inocente no puedo enfadarme. Le doy más dinero y la hago marchar. Creed, el capitán Hayward y yo salimos a comer a la taberna de la Pierna, en King Street, donde se nos une el capitán Ferrer, portaestandarte de milord, quien después nos lleva a Creed y a mí a ver la obra del Palenque, la primera a la que he tenido ocasión de asistir desde que vine del mar, *The Looyal Subject*[80], en la que un tal Kinaston, un chico, hace el papel de hermana del Duque, resultando la dama más adorable que vi en mi vida, excepto por la voz, que no era muy buena. Al terminar la obra nos fuimos a beber, y, por mediación del capitán Ferrer, se unieron a nosotros Kinaston y otro que hacía de Arcas, el general. Luego a casa en coche, y,

después de afeitarme, dejé a mi esposa cuidando de su perrita, que está para parir, y yo a la cama.

19 de agosto, día del Señor

Por la mañana mi esposa me cuenta que la perra ha parido cuatro cachorros y que está muy bien, y eso que ella temía que pudiera morir, pues el perro con el que había estado era muy grande. Esta mañana, *sir* W. Batten, Penn y yo fuimos a la iglesia a hablar con los encargados para exigir un banco, pero por el momento no pueden concedernos uno, por lo que decidimos hacer que nos lo construyan. Nos quedamos y escuchamos al señor Mills, un estupendo ministro. A casa a comer, donde mi esposa lleva puesto el viso nuevo que se compró ayer, que es desde luego de una tela muy buena, y la cinta también. Sin embargo, como es de color claro y la cinta plata, no resalta mucho. El señor Creed y mi hermano Tom comieron conmigo. Después mi esposa nos enseñó los cachorros, que son preciosos. Cuando se fueron subí a ordenar mis papeles y al ver las ropas de mi esposa tiradas con descuido me enfadé mucho con ella.

22 de agosto

Sir W. Penn me llevó al jardín y allí me dijo que el señor Turner tiene intención de solicitar al Duque que se le conceda un empleo más, como uno de los secretarios de la Armada, y que deseaba que yo me uniera a él en la propuesta. Le prometí que lo haría si ese aumento no me afectaba o me perjudicaba, como si yo no fuera capaz de hacer mi trabajo. Él dijo que no era esa su intención, ni mucho menos.

24 de agosto

En la oficina, y después con *sir* William Batten y *sir* William Penn a la parroquia a buscar un sitio donde instalar un asiento o tribuna para nosotros; encontramos uno donde se hará muy rápidamente. De allí al Sello Real en Whitehall, pero no hay trabajo. De noche, a casa de mi padre; mi madre no se encuentra bien. Le di una pinta de vino. Vinieron mi padre y el doctor T. Pepys, que me dijo en francés que le buscara algún empleo[81]. Sin embargo, me pareció un hombre débil, y habla el peor francés que nunca haya oído a alguien que ha pasado tanto tiempo fuera.

28 de agosto

En casa hasta las dos de la tarde, repasando mis papeles, mis libros y demás para adecuarlos a mi gusto. Esta mañana pasé un rato empezando a enseñarle a mi esposa alguna escala musical, y descubrí que era más capaz de lo que imaginaba. Después al Sello Real, donde hoy hay mucho trabajo. El coronel Scroope ha sido excluido hoy de la Ley de Inmunidad, que lleva tiempo en vías de salir pero que se espera para mañana[82]. Me llevé a casa ochenta libras del Sello Real en coche, y por la noche pasé otro buen rato con mi esposa practicando música. Hoy me entero de que mi pobre madre lleva dos días muy enferma; me temo que no dure mucho más. A la cama, un poco preocupado porque sospecho que el chico Will es un ladrón y que me ha robado algún dinero, en concreto una carta que me entregó el señor Jenkins la semana pasada en la que había media corona para enviar a su hijo.

29 de agosto

Antes de ir a la oficina mi esposa y yo interrogamos al joven Will sobre sus robos, según nuestras dudas del día anterior, pero lo negó con toda la perspicacia y confianza del mundo. A la oficina y luego a la iglesia, donde tras estudiar de nuevo el lugar en el que habíamos decidido instalar el banco, hemos puesto a unos hombres a hacerlo. A casa a comer; allí me entero de que mi esposa ha descubierto el robo de Will, y es mucho más de lo que imaginábamos. Me enfada tanto que tengo previsto echarle. Por la noche mi esposa ha averiguado más: que el chico ha robado seis chelines de un armario de W. Hewer y los ha escondido en la oficina. Eso me molesta enormemente.

30 de agosto

Esta tarde mi esposa fue al bautizo del hijo del señor Pearse y le rogaron que fuera madrina, pero le aconsejé de antemano que no aceptara y eso hizo, actuando únicamente en representación de *lady* Jemima. Hoy es el primer día que veo a mi esposa con parches negros desde que nos casamos.

31 de agosto

Esta tarde acepté alquilar mi antigua casa al señor Dalton (de la bodega del Rey, con el que he bebido un par de veces en la vieja bodega) por cuarenta

y una libras. Bendito sea Dios, que hace que todas las cosas sigan tan bien para mí. Ruego a Dios que me prepare para un cambio de fortuna.

3 de septiembre

Esta mañana, en casa de milord, tuve ocasión de hablar con *sir* George Downing, que me ha prometido devolverme las fianzas y pagarme el último trimestre que estuve en el mar, para que yo pueda pagarles al señor Moore y a Hawley. Por la tarde con el señor Moore en casa, haciendo las cuentas del Sello Real: milord llega a más de cuatrocientas libras, y yo, a ciento treinta y dos, de las que le doy veinticinco por las molestias, y aunque no estoy muy seguro de que esté satisfecho con eso, yo sí lo estoy.

4 de septiembre

Hice muchas cosas en casa esta mañana antes de salir, como inspeccionar a los albañiles, que están poniendo el suelo del comedor, y resolver asuntos con los dos *sir* William, Batten y Penn, en la oficina; luego a Whitehall y a la Cabeza de Toro. De allí a casa de milord, dando salida con el señor Cooke a las cosas que se le han de enviar a milord. Después a mi casa en Axe Yard; por la puerta pasaba la señorita Diana y la hice subir arriba; allí coqueteé con ella un buen rato y descubrí que, como se dice en latín, *nulla puella negat*. A casa por el río, donde estuve hasta tarde ordenando mis papeles y mi dinero y dándole a mi esposa su clase de música, que me agrada mucho. Luego, a la cama.

5 de septiembre

A la oficina. De allí en coche, por deseo de los oficiales principales, a corroborar la declaración del señor Stowell, por la que afirma que Phineas Pett dijo cosas muy graves contra el Rey hace mucho tiempo. Al regresar se rompió nuestro carruaje, y el señor Stokes y yo fuimos a la taberna de Rawlinson; nos separamos después de tomamos un vino. Yo a la oficina y luego a comer a casa, donde (después de haberlo echado esta mañana) su padre trajo de nuevo al chico, pero le hablé tan claro sobre sus fechorías que no pudo decir nada contra mi decisión de despedirlo. Le di diez chelines por las ropas que le había hecho al muchacho y cancelamos su contrato de aprendiz. Por la noche, como mi esposa estaba un poco irritable, me la llevé a

comprarle un collar de perlas, que me ha costado cuatro libras y diez chelines, pero estoy dispuesto a agradarla en eso para que se anime y porque últimamente he recibido bastante dinero, pues ahora dispongo de más de doscientas libras en efectivo. Después, a casa; de camino compramos dos conejos y dos pequeñas langostas, que cenamos tarde, y luego a la cama. Grandes noticias: el duque de Anjou desea casarse con la princesa Henrietta[83]. Dicen que han cogido a Hugh Peters[84]. El duque de Gloucester está enfermo; al parecer es la viruela.

13 de septiembre

Hoy ha muerto el duque de Gloucester de viruela, a causa de una tremenda negligencia de los doctores.

14 de septiembre

Hoy he cobrado cuarenta y dos libras y quince chelines que me corresponden por mi empleo de secretario hasta el 4 de este mes, siendo este el último dinero que recibo por tal concepto[85]. Mi esposa fue esta tarde a ver a mi madre, que está muy enferma; mi corazón está muy triste. Por la tarde viene Luellin a casa y nos vamos a la Mitra, en Wood Street, donde nos encontramos con el señor Samford, W. Symons y su esposa y los señores Scobell, Mount y Chetwind, todos muy alegres, y Luellin, borracho. Yo, al defender a las damas de sus intentos de besarlas, las besé yo mismo varias veces, con mucho regocijo. Nos separamos muy tarde, ellos en coche a Westminster y yo a pie.

21 de septiembre

A casa, donde me dicen que hoy ha llegado el chico (hermano de la doncella)[86] del campo, pero se ha ido a la cama y no he podido verlo esta noche.

22 de septiembre

Esta mañana llamé a mi chico y me pareció guapo, de buena presencia; creo que me gustará. Fui a Westminster por tierra con Luellin, que vino a casa con el fin de hacerme ir a hablar con el capitán Alien para que su hermano le

acompañe a Constantinopla, pero no lo vimos. Pasamos por Fleet Street, y en la taberna del señor Standing, en Salisbury Court, nos tomamos el trago con arenque en vinagre. Después a Westminster, a casa de milord; en la oficina vomité el desayuno, pues llevo todo el día mal del estómago a causa de la juerga de anoche. Pasé la mañana en la cámara de milord echándole miradas a Diana, que me observaba desde una ventana un poco más arriba de donde yo estaba. Al final salí a la taberna de Harper, y como ella estaba en la verja, me acerqué y quedé en que nos viéramos mañana por la tarde en casa de milord. Compré un hierro para poner cosas al fuego. Luego a casa en coche (por el camino, en la Lonja Nueva, me compré unas medias negras para ponerlas sobre otras de seda en señal de duelo; allí me encontré a T. Turner y a Joyce Norton, que también adquirían cosas de luto por el Duque, que es en lo que están todas las damas de la ciudad). Escribí algunas cartas para enviar a Hinchingbrooke, contándoles que hoy ha venido el señor E. Pickering de ver a milord, a quien dejó bien instalado en Holanda y que estará de vuelta en tres o cuatro días. Hoy no estoy bien por la bebida de ayer. Esta noche hice que el chico se quedara levantado para que su hermana le enseñara cómo ayudarme a acostarme, y le oí leer, lo que hace bastante bien.

23 de septiembre, día del Señor

Mi esposa se puso hoy ropa de luto para ir a la iglesia. Me levanté y escribí en mi diario lo de los últimos cinco días. Esta mañana vino alguien de parte de mi padre con un abrigo de tela negra hecho de mi capa corta. A la iglesia con mi esposa y *sir* W. Batten, donde oímos un sermón muy bueno sobre las palabras: «Corred así, para ganar». Tras la comida fui solo hacia Westminster. En Whitehall vi al señor Pearse y a su esposa (que empieza a salir después del parto), ambos de luto por el duque de Gloucester. Ella marchó con el señor Child a la capilla de Whitehall y el señor Pearse fue conmigo a la Abadía, donde esperaba oír al señor Baxter o a Rowe dar su sermón de despedida[87]; allí me senté en el banco del señor Symons a oír al señor Rowe. En medio del sermón cayó algo de yeso del techo, lo que nos asustó a todos los del banco, y deseé estar fuera. Tras el sermón fui a casa de milord, pero Diana no vino, como habíamos quedado. Luego fui a casa de mi padre (donde mi esposa había pasado la tarde, pero ya no estaba) y después a la mía.

24 de septiembre

Mi esposa y yo fuimos en coche a comer a casa de mi primo Scott, donde estaban mi tío Fenner y su esposa, mis padres y otros. Entre ellos mi primo Richard Pepys, su hermano mayor, a quien veía por primera vez desde que vino de Nueva Inglaterra, hace catorce años. Me levanté de la mesa y fui a la iglesia del Temple, donde había quedado con *sir* W. Batten, y de allí a la cámara de *sir* Heneage Finch, ante quien juramos como jueces de paz[88] de Middlessex, Essex, Kent y Southampton: un honor con el que me sentí muy halagado, aunque ignoro por completo los deberes de un juez de paz. De allí con *sir* William a Whitehall, para hablar con el secretario Nicholas acerca de nuestra subida de salarios, pero como no estaba nos fuimos a la taberna Tres Toneles, donde bebimos un rato.

25 de septiembre

A la oficina, donde estuvimos reunidos *sir* W. Batten, el coronel Slingsby y yo; allí se nos unió *sir* R. Ford por un asunto. Hablamos de que lo que interesa a nuestro reino es tener paz con España y guerra con Francia y Holanda, en lo que *sir* R. Ford opinó como persona de gran razón y experiencia. Después pedí una taza de té (una bebida china), que nunca había probado, y me fui.

1 de octubre

Temprano a ver a milord en Whitehall, que me dio algo de trabajo, y luego a toda prisa a mi oficina. Comí en casa con mi padre. Después de la comida deliberamos sobre tapices y colgaduras para las paredes, que ya están casi preparadas, pues los pintores empiezan hoy su tarea. Luego a la Mitra, donde estuvimos con mi tío Wight (a quien fue a recoger mi padre); mientras tanto yo me tomé un vaso de vino en privado con el señor Mansell (un pobre *Reformado*)[89], que vino a verme. Después nos separamos. Fui a casa a revisar el trabajo de los obreros y, por la noche, a la cama. Los comisionados están muy ocupados dando licencias en el ejército, pues dicen que está provocando muchos robos. Mis gastos en la casa y muebles son tan grandes que me temo que no podré pasar sin romper una de mis bolsas de cien libras, ya que solo me quedan doscientas.

2 de octubre

Esta mañana me visitó mi hermano Tom, que me cuenta que ha estado durmiendo un par de días en la calle porque mi padre le ha prohibido entrar en la casa; cuando confesó sus culpas le dije que hablaría con mi padre. Después fui con Luellin y el señor Fage al Perro, donde les invité a un vaso de vino. Luego, en la taberna de Will, me encontré al señor Spicer y fui con él a las vísperas de la Abadía. La congregación era muy escasa, por lo que observo que la religión, sea cual sea, no es más que una cuestión de actitud, pasándose pronto el aprecio por ella, igual que con todo. De allí a ver a mi padre, con el que traté sobre Tom. Le recomendé que le aceptara en casa de nuevo, lo que me parece más prudente que conducirle a aprender cosas peores. Ya en casa, mi esposa me dice lo que ha comprado hoy: una cama y muebles para su cámara; muy contento con todo ello, me voy a la cama.

3 de octubre

A casa de milord, que ha enviado un gran arcón de hierro a Whitehall. Observé que lo llevaban al gabinete del Rey, donde vi pinturas absolutamente incomparables, entre ellas un libro abierto sobre un escritorio que hubiera jurado que era de verdad. De vuelta con milord comí con él, que me trata con mucho respeto. Después hablamos durante cerca de una hora, deliberando sobre cómo conseguirle más dinero para compensar sus enormes gastos; dice que cree que puede lograr del Rey todo lo que le pida. Hoy he oído que el Duque habla de un gran plan que tiene con lord Pembroke y muchos otros para enviar una expedición a ciertas zonas de África a buscar oro. Tiene previsto admitir a todos los que arriesguen su dinero, formando una compañía. La participación mínima es de doscientas cincuenta libras. Sin embargo, creo que a milord no le gusta mucho.

4 de octubre

Después de pasar un rato bebiendo con el teniente Lambert vamos a la Abadía de Westminster, donde vemos que han trasladado al doctor Frewen al arzobispado de York. Allí vi a los obispos de Winchester, Bangor, Rochester, Bath y Wells, y Salisbury, todos con sus hábitos en la capilla de Enrique VII. Pero, Dios mío, al salir, la gente les miraba como a seres extraños, y muy pocos con afecto o respeto. De allí fuimos a casa de milord y nos llevamos al

señor Shipley y a William Howe al Ciervo a comer ostras, muy buenas, las primeras que pruebo este año. Volvimos a comer a casa de milord y después el teniente Lambert y yo estuvimos observando la maqueta de barco de milord. Me explicó muchas cosas sobre los barcos que yo deseaba comprender.

5 de octubre

Trabajo en la oficina; comí en casa y pasé la tarde viendo cómo los pintores terminaban su tarea; estoy encantado de ver mi casa de nuevo casi limpia. Por la noche, a la cama.

6 de octubre

Vino el señor Creed, que me ha traído algunos libros de Holanda, buenos y bien encuadernados. Pensaba que me los iba a regalar, pero descubro que debo pagárselos. Comió conmigo en casa y luego fuimos juntos a Whitehall, donde debía darle a milord una relación de los puestos y vituallas de la flota con el fin de escoger una que sea adecuada para salir al mar y traer a la Reina Madre, pero como eran las nueve de la noche y milord no había llegado, no me quedé a esperarlo; volví a casa, y a la cama.

7 de octubre, día del Señor

A Whitehall a pie, pasando por casa de mi padre para cambiar mi capa larga por una corta (las largas ya no se llevan), pero como estaba en la iglesia, no pude. Seguí a casa de milord antes de que saliera para la capilla, y marchamos juntos. Allí el doctor Spurstow hizo un sermón muy pobre y árido ante el Rey, pero le siguió un himno muy bueno del capitán Cocke. Al salir de la capilla me encontré con mi viejo amigo Jack Colé (al que no había visto hacía mucho) y le prometí reanudar la relación ahora en Londres. Comí con milord, que estuvo durante toda la comida hablándome en francés y contándome la historia del duque de York, que ha dejado embarazada a la hija del lord Canciller[90]: ella dice que es de él, y el Duque le ha prometido casarse con ella firmando con sangre, pero furtivamente ha sustraído el papel de la habitación de la joven. Dice que el Rey quiere hacer que se casen, pero el Duque se niega. Así que las cosas están mal con el Duque y con todos los demás, aunque a milord no le parece grave, pues no es nada nuevo en el

Duque, que ya hizo lo mismo en el extranjero. Cuando hablamos sobre si el Duque debería casarse, milord me contó uno de los viejos dichos de su padre que tiene recogidos en un libro: que el dejar preñada a una chica y casarse con ella es como si un hombre se cagara en su sombrero y después se lo pusiera en la cabeza. Observo que milord se ha hecho un hombre muy insensible a los temas de la religión, y no le afectan nada.

11 de octubre

En el parque nos encontramos con el señor Salisbury, que nos llevó al señor Creed y a mí al Palenque a ver *The Moor of Venice*[91], muy bien representada. Burt hizo de moro; una señora sentada junto a mí gritó cuando vio a Desdémona ahogada.

12 de octubre

Tras la comida, el señor Cooke me dijo que *lady* Sandwich estaba hoy en la ciudad, por lo que fui a Westminster a verla y la encontré cenando, así que me hizo sentarme con ella y después estuvimos hablando. Me da muestras de extraordinario afecto y amabilidad, y me asegura que mi tío está decidido a hacerme su heredero. De allí a casa y a la cama.

13 de octubre

A casa de milord por la mañana, donde me encontré con el capitán Cuttance, pero como milord no estaba levantado me acerqué a Charing Cross a ver cómo colgaban, arrastraban y descuartizaban al general Harrison[92]. Así se hizo, y el capitán parecía todo lo animado que un hombre podía estar en tal situación. Le cortaron en trozos y su cabeza y corazón fueron mostrados al público, que gritó de alegría. Según dicen, afirmó que estaba convencido de que pronto regresaría a la derecha de Cristo para juzgar a los que ahora le habían juzgado; también que su esposa espera su regreso. Así que he tenido la oportunidad de ver al Rey decapitado en Whitehall y de ver en Charing Cross la primera sangre que se vierte en venganza por la del Rey. De allí me llevé al capitán Cuttance y al señor Shipley a la taberna del Sol, donde les invité a unas ostras. Después volví a casa por el río y me enfadé con mi esposa por tenerlo todo tirado. Con la rabia le di una patada al cesto que le compré en

Holanda y lo rompí, de lo que me he arrepentido después. En casa toda la tarde, colocando los anaqueles en mi estudio. Por la noche, a la cama.

14 de octubre, día del Señor

En la capilla de Whitehall un tal doctor Crofts hizo un sermón muy regular, y después un himno tan mal cantado que hizo reír al Rey. Vi por primera vez desde que volvió a Inglaterra a la Princesa Real. También observé cómo el duque de York y la señora Palmer charlaban muy licenciosamente a través de los tapices que separan el espacio de Su Majestad de donde se sientan las damas. Después a casa de milord, donde estaba mi esposa. Los dos comimos con *milady* (milord come con el lord Chambelán), que trató a mi esposa con muchísimo respeto.

15 de octubre

Toda la mañana en la oficina. Mi esposa y yo fuimos por el río y la dejé en Whitefriars, pues va a comer en casa de mis padres; hoy es su aniversario de bodas y hay una gran comida, con los Fenner y los Joyce. Esta mañana el señor Carew fue colgado y descuartizado en Charing Cross, pero, como un gran favor, sus trozos no serán expuestos[93]. En Whitehall me encontré a *sir* W. Batten y a Penn, que con el Controlador, el Tesorero y el señor Coventry hicieron una lista de los barcos que han de mantenerse para la guardia de invierno. Al resto, el Parlamento les pagará cuando consiga dinero, que me parece no será muy tarde. En casa me puse a leer en la cama *The Fruitless Precaution*[94] (un libro que me recomendó el doctor Clarke en el mar) hasta que lo terminé. Me parece que es el mejor cuento escrito que he leído en mi vida. Cuando acabé, a dormir, lo que no pude hacer muy bien porque mi esposa tenía la nariz tapada y roncaba mucho, lo que nunca le oí hacer antes.

16 de octubre

Al regresar a casa Will me dijo que milord quería verme, por lo que volví por el río, pero solo era para preguntarme cómo estaban equipados de vituallas los barcos que deben ir a recoger a la Reina, de lo que le di una buena relación. Parecía estar con un humor melancólico, lo que se debe, según me cuenta W. Howe, a que últimamente ha perdido mucho dinero a las

cartas, y teme que se ha vuelto muy adicto a ellas estos días. A casa por el río y a la cama.

17 de octubre

A mediodía viene a verme el señor Creed y lo llevo a la taberna de las Plumas, en Fish Street, donde me invita el capitán Cuttance a comer; la comida hecha por el señor Dawes y su hermano. Nos tomamos dos o tres platos de carne bien cocinada. El gran plan que tienen es meterme en un negocio suyo: que el Rey les alquile una embarcación que está en servicio; yo les prometo hacer lo que pueda.

19 de octubre

En la oficina. Esta mañana terminaron mi comedor con sarga verde y piel dorada[95], muy elegante. Esta mañana han colgado y descuartizado, como al resto, a Hacker y a Axtell. Por la noche estuve hasta tarde arreglando mis cuentas con milord, para tenerlas preparadas para mañana. Resulta que me debe más de ochenta libras; es una situación muy buena para mí y bendigo a Dios por ello.

20 de octubre

Esta mañana vino alguien a tratar conmigo sobre dónde poner una ventana en mi bodega para reemplazar a otra que *sir* W. Batten ha hecho cegar, y al bajar a mirar pisé un gran montón de mierda que, por lo que veo, cae a mi bodega porque se desborda de la oficina del señor Turner, lo que me enfada, pero haré que no pase más. A casa de milord, donde cené con él y *milady*; milord estaba muy contento y habló de que le gustaría tener un cocinero francés y un caballerizo, y que su esposa y su hija llevaran parches negros. Me deja admirado ver que se ha convertido en un perfecto cortesano: entre otras cosas, cuando *milady* dijo que le gustaría un buen mercader para su hija Jem, él respondió que preferiría verla con el fardo de un mercachifle a la espalda, y que quería para ella un caballero antes que un burgués. Esta tarde, pasando por Londres en dirección a casa de Crowe, el tapicero, en Saint Bartholomew's, vi los miembros de algunos de los últimos traidores ajusticiados en Aldersgate, una visión terrible. Esta semana y la anterior han

sido bastante sangrientas, con diez personas colgadas, arrastradas y descuartizadas. A casa, y después de escribir una carta a mi tío, a la cama.

21 de octubre, día del Señor

A la parroquia por la mañana, con un buen sermón del señor Mills. Después de la comida, a la Abadía, donde me encuentro a Spicer, D. Vines y otros antiguos colegas. Dejé al chico allí hasta que yo volviera. Fuimos a la taberna de Prior por la puerta trasera del Hall, pero como no había bebida tuvimos que marchamos a la Corona. De camino pasamos por casa de G. Vines y me subió a lo alto de su torrecilla, donde está expuesta la cabeza de Cooke por traidor, y la de Harrison al otro lado de Westminster Hall. Después de la cena y de leer algunos capítulos de la Biblia, me fui a la cama. Mi mujer lleva un par de días con molestias por unos forúnculos en el sitio de siempre, que le molestan mucho. Hoy a mediodía (Dios me perdone) toqué un rato el laúd, lo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

26 de octubre

A Westminster Hall, donde compré, entre otros, un libro sobre la vida de nuestra Reina. Lo leí en casa con mi esposa, pero está escrito tan estúpidamente que no hicimos más que reímos de él: entre otras cosas, está dedicado a ese dechado de virtudes y belleza, la duquesa de Albemarle[96]. Se comenta mucho que el duque de York ha reconocido su matrimonio con la hija del Canciller.

29 de octubre

Me levanté temprano; como es el *día del Alcalde* (*sir* Richard Browne), descuidé el trabajo y fui al Guardarropa, donde estaba *lady* Sandwich con todos los niños. Después de tomarnos un extraño e incomparable clarete del señor Rumbold, *milady*, *lady* Pickering y yo fuimos a casa de un tal señor Isaacson, comerciante de hilo en Cheapside, donde había un grupo de señoras elegantes. Nos trataron con mucha cortesía y tuvimos un buen sitio para ver los espectáculos, que fueron muchos y creo que buenos para lo que son esa clase de cosas, en sí mismas pobres y absurdas. Cuando las damas estuvieron colocadas me llevé a los señores Townsend e Isaacson a la taberna vecina y me gasté cinco chelines con ellos. Al terminar el espectáculo, dejé a *milady* en

un coche y acompañé a pie a *lady* Pickering a sus aposentos, bastante pobres, en Blackfriars; no me invitó a entrar, lo que me pareció muy extraño por su parte. Volví a casa y me dijeron que la señora Davis[97] se ha instalado en los aposentos de al lado, y que ha cerrado con llave la puerta que da a mi emplomado, lo que me enfadó tanto que me fui a la cama, pero no pude dormir hasta la mañana pensando en ello.

30 de octubre

En casa toda la mañana, donde también comí, con la cabeza tan alterada que no pude pensar ni hacer nada hasta hablar con el Controlador, a quien corresponden los aposentos. Por la tarde, para tranquilizarme, me fui solo al Palenque a ver una obra muy buena titulada *The Tamer Tamed*[98], bastante bien interpretada.

31 de octubre

Toda la mañana preocupado por el asunto del emplomado. Hablé con el Controlador y con el resto de los oficiales principales, pero no quieren meterse en nada que haga enfadar a la señora Davis, así que creo que tendré que ceder mientras ella siga aquí. En casa recibo la noticia de que *sir* W. Penn ha decidido ir mañana a caballo a la casa de campo de *sir* W. Batten, y desea que le acompañe; por eso estuve hasta tarde preparando mis cosas de cabalgar y tuve que cortar un par de botas viejas para añadir cueros a las que me iba a poner. A la cama. Este mes lo acabo con mucho pesar por haber perdido el emplomado y por lo grandes que han sido mis gastos últimamente, pues me parece que en limpio no tengo más de ciento cincuenta libras, aunque poseo mucho, bendigo a Dios, en cosas de casa. Me entero hoy de que la Reina ha llegado a Dover y que estará aquí el viernes próximo, 2 de noviembre. Mi esposa ha estado últimamente tan mal de sus antiguos dolores que apenas la he tenido en estas dos semanas, y me fastidia.

1 de noviembre

Esta mañana *sir* W. Penn y yo cabalgamos temprano, charlando muy animadamente por el camino, pues es buena compañía. Llegamos a la casa de *sir* W. Batten, donde vive como un príncipe, y nos recibe muy bien. Entre otras cosas nos muestra el armario de su señora, lleno de cosas raras, y una

silla, que llama del rey Harry, en la que cuando te sientas dos hierros te rodean y te atrapan, una broma divertida. Comimos con otros dos o tres caballeros del campo, entre ellos el señor Christmas, antiguo compañero de colegio, con el que hablé mucho. Él recordaba que de niño yo era un gran Cabeza Redonda, y temí que se acordara de lo que dije el día que decapitaron al Rey (dije que si yo tuviera que predicar sobre él, mi texto sería «El recuerdo del malvado se pudrirá»), pero luego descubrí que dejó la escuela antes de aquello. Nos divirtió mucho con sus imitaciones de los ministros Case, Ash y Nye, que hizo muy bien, pero bebe demasiado y se ha puesto excesivamente gordo. De su casa a una cervecería cerca de la iglesia, y luego para Londres; *sir* W. Batten se vino con nosotros.

2 de noviembre

Oficina. Comí en casa con el señor Hollier[99], que pasó por allí. Por la tarde salí y vi los tachones de plata que le han puesto a mi Biblia nueva; me ha costado seis chelines y seis peniques de mano de obra, y nueve chelines y seis peniques el libro, lo que hace una libra, tres chelines y seis peniques. Después me llevé al señor Cooke, que fue quien los hizo, y al señor Stephens, el platero, a la taberna y les invité a una pinta de vino. Luego a Whitehall; cuando llegué vi que venían muchos botes desde Lambeth y que las escalinatas estaban repletas de gente. Me dijeron que llegaba la Reina. Contraté a un remero por seis peniques para que me llevara allí y me trajera de vuelta, pero no conseguí verla. En el Patio de San Pablo fui a ver a Kirton, que me había conseguido un libro de misas por el que pagué doce chelines; cuando llegué a casa me puse a leerlo, con gran placer para mi esposa al oírlo, pues lo conocía muy bien de hacía tiempo[100]. Luego a la cama. Esta noche vi muy pocas hogueras en la ciudad, no más de tres en todo Londres, por la llegada de la Reina: deduzco que (como se pensaba antes) su venida agrada a muy pocos.

3 de noviembre, sábado

En casa toda la mañana. Por la tarde a Whitehall, donde milord y *milady* han ido a besar la mano a la Reina.

4 de noviembre, día del Señor

Por la mañana a nuestra parroquia, donde el señor Mills empezó a picotear del Rito Común diciendo «Gloria al Padre, etc.» después de leer los dos salmos, pero la gente estaba tan poco acostumbrada a eso que no sabía qué responder. La declaración del Rey[101] ha agradado algo a los presbiterianos; existe cierta intención de que se use el Rito Común, lo que no harán por haber predicado anteriormente en contra. Después de comer, a casa de milord, y tras hablar con él, a la Abadía, donde oí por primera vez órganos en una catedral. Más tarde a casa de mi padre; mi madre tiene cada vez más dolores por culpa de la piedra. Me quedé bastante tiempo y bebí algo con ellos; luego a casa y a la cama. Mi esposa estaba muy guapa hoy, es la primera vez que le dejo llevar un parche negro.

5 de noviembre

Estando escasos de dinero, no pudimos ir hoy a Deptford a pagar a los marineros del *Henrietta*. Comí en casa, donde pasé todo el día, y fui a la oficina por la noche para calcular a cuánto han aumentado las deudas con diecinueve de los veinticinco barcos a los que se debería haber pagado desde la suspensión del Parlamento, que se reúne mañana. Por la noche vino el señor Moore, cogí un libro y me instruyó en muchos conceptos legales, quedándome muy satisfecho. A la cama.

6 de noviembre

Con el señor Creed a la taberna de Wilkinson, donde comimos, y deprisa a la oficina; allí nos juntamos todos, pues se iban a vender dos barcos por la pulgada de vela[102] (la primera vez que veía algo así): observé que todos se animan entre sí a pujar, pero al final gritan a la vez y nos cuesta mucho trabajo decidir quién gritó el último. Los barcos eran el *Indian*, vendido por mil trescientas libras, y el *Half-Moon*, vendido por ochocientas treinta libras. En casa estuve leyendo sobre los juicios a los últimos hombres que colgaron por la muerte del Rey, y me gustó bastante. Por la noche, a la cama; tuve una riña con mi esposa a cuenta de bajar al perro a la bodega, cosa que yo quería hacer porque está siempre manchando en la casa, y me empeñé en que se cumpliera mi deseo, así que nos fuimos enfadados a la cama y estuvimos así toda la noche. Soñé que mi esposa se moría, lo que me hizo dormir muy mal.

7 de noviembre

Comí con milord, que estaba de muy buen humor mientras hablaba de la virtud que considera más importante: la gratitud (él la valora por encima de todo, y por eso llevaba un tiempo pensando en cómo mostrársela al Rey por hacer que su padre ascendiera)[103]. Dijo que fue eso lo que le llevó a él mismo a someterse al Rey. Y también le bendijo con su propia fortuna, en comparación con la que tenía cuando estaba en el Sound, cuando no se atrevía a reconocer que estaba en contacto con el Rey. Esto es algo que nunca antes había oído, y hace que me forme la opinión de que es uno de los hombres más reservados del mundo, de lo que no estaba tan convencido antes. Tras la comida hizo salir a todos de la habitación y me dijo que el Rey le había prometido cuatro mil libras al año de por vida, y que le había dado personalmente un recibo (que me enseñó) para que el señor Fox se lo pagara.

9 de noviembre

Fui a casa de mi padre y estuve hasta tarde hablando con él para que mi hermana Pall se venga a vivir conmigo, si quiere, a trabajar como criada (a lo que mi esposa parecía estar hoy muy dispuesta). Parece que ve bien, y me dice que se lo pensará. A casa y a la cama.

10 de noviembre

Me levanto temprano. *Sir* William Batten y yo contabilizamos los salarios del personal (oficiales y marineros) y lo dejamos todo preparado para presentarlo esta tarde al Comité del Parlamento. Mas tarde vienen el Tesorero y el Controlador y están con nosotros hasta que se deja terminado. El Controlador y yo al café, donde me muestra su situación financiera: el Rey le debe cerca de seis mil libras que no veo probable que se le paguen, pues en el Parlamento están empezando a debatir el abono de las deudas que corresponden al mar. Ya se prometió que serían pagadas, y si no se hace se perjudicará a miles de personas. En el Patio de San Pablo compré *Montelion*[104], que este año no parece tan bueno como el del año pasado, así que lo quemé después de leerlo. Después de leerlo y de leer *The Rump*[105], también muy tonta, me fui a la cama. Esta noche, de camino a casa, Will y yo compramos un ganso.

12 de noviembre

Mi padre y yo conversamos en la taberna del señor Standing sobre que mi hermana venga a casa, a lo que yo estoy dispuesto por su bien, aunque temo su mal carácter. De vuelta a casa, él y yo, mi esposa, mi madre y Pall nos reunimos en la habitación pequeña y le dije claramente lo que opinaba: hacerla venir pero bajo ningún concepto como hermana, sino como criada: me prometió que lo aceptaba, y, muy agradecida, lloró de alegría, lo que nos satisfizo a mi esposa y a mí.

15 de noviembre

Hoy milord me ha enseñado el retrato del Rey que hicieron en Flandes y que el Rey le prometió antes de que se conocieran; lo esperábamos en el mar, antes de encontrarnos con él. No obstante, ha llegado hoy y desde luego es la pintura más agradable y parecida que he visto nunca. Como se acercaba la comida, mi esposa vino a casa de milord e hice que la llevaran ante *milady*, que hoy está de purga; acaba de contratar a una criada francesa, a la que no entendía hasta que mi esposa hizo de intérprete. La dejé a comer con milord (la primera vez que la reconoce como mi esposa, y parece mostrarle gran aprecio). Yo marché a casa y luego a la de *sir* W. Penn, que estaba con *sir* Arnold Brames. Los tres fuimos a comer a casa de *sir* W. Batten, que tiene dos criados que se casan hoy y por ello había un gran número de mercaderes y otras personas de calidad, que vinieron a hacer la ofrenda después de la comida; yo solo di diez chelines, aunque creo que los otros dieron más.

16 de noviembre

Tras la cena, el señor Snow vino a proponerme una oferta: yo le doy ochenta libras a un hombre que las necesita y él me da quince libras al año durante ocho años, aunque no me parece beneficio suficiente. Se mostró enfadado por mi negativa, pero no estoy dispuesto a desprenderme de mi dinero tan fácilmente. Él pretende estar haciéndome un favor al ofrecerme esa forma de ganar dinero.

19 de noviembre

Después de un rato en la oficina fui con el Tesorero en su coche a Whitehall y, por la conversación durante el camino, veo que es un hombre muy bondadoso; hablando de los condenados a muerte por el asesinato del Rey, dice que cree que Su Majestad es un hombre tan compasivo que, si la ley lo permitiera, les liberaría de la pena. De camino a casa de milord me encontré con el señor Shipley y fuimos a la taberna del Sol, donde le invité a un trago de moscatel. Luego a ver el cuadro de milord hecho por De Cretz: él opina que se le parece mucho, y yo, lo mismo. Después a Westminster Hall, y como me dijeron que *sir* W. Batten estaba en la taberna de la Pierna fui allí y comí con él y otros hombres de Trinity House[106]. Luego, por el río al Globe, en Cornhill, donde elegí dos cuadros para mi casa que no le gustaron a mi esposa cuando volví, así que devolví el de París. A la oficina, donde pasamos toda la tarde reunidos. Después tocando música hasta tarde, y a la cama. Le encargué a mi mujer que se quedara levantada hasta las dos, para que despertara a la muchacha y que se pusiera a lavar.

20 de noviembre

Sobre las dos me despierta mi esposa y se acuesta, nos ponemos a dormir y la muchacha a lavar. Me levanto, y con Will por tierra a casa de milord en un día de fuerte nevada, la primera que tenemos este año. Estuve allí con milord y el señor Shipley, repasando mis cuentas con milord y haciendo las suyas con Shipley. Me dijo que las comprobara, y me alegra mucho ver la confianza que ha depositado en mí. Luego al órgano, donde están el señor Child y un tal señor Mackworth (que toca muy bien el violín); tocamos hasta la hora de comer, milord de muy buen humor y muy amable conmigo. Con el señor Shipley al Teatro Nuevo, cerca de Lincoln's Inn Fields (que anteriormente era la pista de tenis de Gibbon), donde han estrenado la obra *Beggar's Bush*[107], así que entramos, y estuvo bien representada (aquí vi por primera vez a un tal Mohun, del que dicen que es el mejor actor del mundo, recién llegado con el Rey). Desde luego, creo que es la mejor sala que nunca hubo en Inglaterra. A casa, que encontré hecha un lío por la limpieza; mi esposa muy contenta cuando le conté que va a ver a la Reina el jueves próximo[108].

22 de noviembre

Esta mañana vinieron los carpinteros a hacer una puerta en el otro extremo de mi casa, dando acceso a la entrada. A mediodía mi esposa y yo, a la Real Lonja: ella se compró un pañuelo blanco para el cuello, que se puso, y yo, un par de guantes. Cogimos un coche a Whitehall, a casa del señor Fox, donde encontramos a la señora Fox y a un regidor de Londres que estaba poniendo sobre la mesa unas mil o mil quinientas libras para el Rey, la mayor cantidad de oro que he visto junta en mi vida. El señor Fox entró al rato y nos recibió con mucho respeto; luego nos llevó a la sala de audiencia de la Reina y colocó a mi esposa detrás de la silla de la soberana; yo me quedé entre la multitud. Al rato vinieron la Reina y las dos princesas a comer. La Reina es una anciana pequeña y muy corriente, sin más clase que cualquier mujer normal. A la princesa de Orange ya la había visto a menudo anteriormente. La princesa Henrietta es muy bonita, pero muy por debajo de lo que esperaba: su peinado, con el pelo rizado en las orejas, la hacía, para mi gusto, lucir todavía menos. En cambio mi esposa, de pie cerca de ellas, con dos o tres parches puestos y bien vestida, me parecía mucho más atractiva. Cuando terminaron, volvimos a casa del señor Fox, donde nos ofrecieron una espléndida comida preparada para mí y mis amigos, pero como yo no había llevado a nadie excepto a mi esposa, él llamó al resto de la concurrencia para que consumieran los excelentes manjares. Tomé un coche con mi esposa en dirección a casa, me bajé en el Strand y ella siguió. Yo al Teatro Nuevo a ver parte de *The Traitor*[109], una tragedia muy buena, y el señor Mohun hizo muy bien el papel del traidor.

26 de noviembre

A la oficina toda la mañana; comí en casa con mi padre, que parece encantado de tener un hijo tan bien situado. Ahora estoy haciéndome una nueva puerta, con la que está muy complacido. Tras la comida, a la oficina de nuevo, y allí hasta la noche. Al terminar, el Controlador y yo a la Mitra a tomarnos un vaso de vino, donde nos pusimos a hablar de poesía; me recitó algunos versos suyos muy buenos. En casa oigo que la señora Batten ha estado de visita (la primera que hace a mi esposa), lo que me agrada extraordinariamente. Después de cenar, a la cama.

27 de noviembre

A Whitehall, donde me entero de que milord ha salido al Guardarropa, adonde ahora va cada mañana, pues parece decidido a conocer y vigilar el negocio él mismo. De allí a Westminster Hall; en King Street, un atasco de coches: ha habido una pelea entre un carretero y el cochero de lord Chesterfield, y ha muerto uno de los criados de este.

28 de noviembre

Esta mañana fui a Whitehall a casa de milord, donde el mayor Hart me abona veintitrés libras, catorce chelines y nueve peniques que se me debían de mi paga en el regimiento de milord cuando fuimos licenciados, y que es una gran bendición recibir. De allí con los señores Shipley y Pinkney al Sol, donde les invité a un vaso de vino y unas ostras a cuenta de ese dinero. Luego a casa, donde me entero de que el señor Creed me ha enviado las once libras y cinco chelines que todavía se me debían de lo del mar; es un dinero limpio para mí, y como también está saldado el recibo por un adelanto de treinta libras, ya estoy en paz respecto al mar en todos los sentidos. A la oficina hasta la noche; nos dicen que el Tesorero va a autorizar nuestros salarios [aumentados], lo que me alegra mucho y alabo a Dios por ello. A casa a cenar; el señor Hayter cenó conmigo y le di orden de que recoja mi dinero en el tesorero mañana, si es posible. Luego, a la cama.

1 de diciembre

Esta mañana, al ver que la sirvienta no había guardado bien algunas cosas, cogí una escoba y le di una paliza hasta que lloró de verdad. Me sentó mal, pero antes de salir la dejé calmada. Luego a Whitehall, donde vi al señor Moore atendiendo por mí en el Sello Real, pero sin trabajo hoy. Fui a los aposentos de lord St. Albans y le encontré en la cama, hablando a un sacerdote (lo parecía) que se inclinaba a su lado. Le pedí opinión respecto a qué hacer con el barco que preparé para él el otro día[110]. Parece un caballero muy educado. Con el señor Shipley a Londres, donde visitamos al señor Pinkney, el joyero, que nos lleva a la taberna y nos invita a una pinta de vino; allí se nos juntan el señor Flower y otro caballero que nos cuentan que un caballero escocés fue vilmente asesinado el otro día en la taberna del Vellocino de Covent Carden, donde ya han muerto bastantes personas. Luego al Patio de San Pablo, e invité al jorobado del señor Kirton y al señor Shipley

a la Estrella, donde tras una pinta de vino me fui a casa con la cabeza mal de tanto beber. Después de una o dos cartas para el correo, a la cama.

3 de diciembre

Esta mañana decidí levantarme temprano, así que lo hice a la luz de la vela, por primera vez en este invierno, y toqué el violín hasta la hora de ir a la oficina. Allí *sir* G. Carteret comenzó de nuevo a debatir sobre la propuesta del señor Holland[111], que no le ha gustado al Rey, por lo que *sir* George propone a cambio que todos los marineros cobren la mitad en dinero efectivo y la otra mitad en boletos a abonar en tres meses, lo que nos parece bastante factible. Después, a casa a comer, donde aparece mi primo Snow de forma inesperada y nos tomamos un capón. Luego a la oficina hasta la noche, y a casa, donde viene el señor Davis, comisionado de Deptford (la primera vez que está en mi casa), y después *monsieur l'Impertment*, que se marcha a Irlanda y viene a despedirse. Ambos me pillaron con el barbero, pero tenía una botella de buen vino y los atendí bien. El señor Davis estuvo un rato conmigo después de irse el otro y me habló de lo mal que lo trataban los antiguos comisionados y de cómo intentaron echarle de su puesto, diciendo cosas muy fuertes de su corrupción. Cuando se fue estuve leyendo *Cornelianum Dolium*[112] hasta las once con gran placer; luego, a la cama.

4 de diciembre

A la cámara de *sir* G. Carteret en Whitehall, donde nos reunimos todos los oficiales y fuimos a ver al duque de York, que nos recibió en su gabinete; le anunciamos nuestro proyecto de detener el creciente gasto de la flota mediante el pago de una mitad en efectivo y el resto dentro de cuatro meses. Esto le agrada, y por orden suya regresamos a la cámara de *sir* G. Carteret a redactar la propuesta para que sea presentada al Parlamento. Hoy el Parlamento votó que los cuerpos de Oliver [Cromwell], Ireton, Bradshaw y Pride sean sacados de sus tumbas en la Abadía, llevados a la horca y allí colgados y enterrados bajo ella. Me molesta que un hombre de tanto valor reciba ese deshonor, aunque lo hubiera merecido.

5 de diciembre

Esta mañana mostré a los oficiales la propuesta que redacté la noche pasada y gustó mucho; la pasé a limpio para que *sir* G. Carteret se la enseñara al Rey, y así pasará al Parlamento. Comí en casa y luego al Teatro Nuevo, donde vi *The Merry Wives of Windsor*[113], con los personajes del caballero del campo y el doctor francés muy bien interpretados, aunque el resto muy pobres, y el de *sir* J. Falstaff el peor de todos. Fui a casa de mi padre. Encontré a mi madre todavía mal por la piedra; acababa de echar una, que tiró a la chimenea, y no pudo encontrarla para enseñármela. De allí, a casa y a la cama.

9 de diciembre, día del Señor

Me despiertan temprano de parte de *sir* W. Batten. Me levanté y fui a su casa; me contó la mala noticia de que el *Assurance* se hundió hasta el fondo por un golpe de viento. Se ahogaron veinte hombres. Los dos *sir* William fueron allá en gabarra a ver la situación, y a mí me mandan a darle la noticia al duque de York. Después de pasar por la cámara del señor Coventry me acerqué a la cama del Duque, pues anoche se quedó levantado hasta tarde y esta mañana estaba en cama, y se quedó muy sorprendido con las noticias. Al terminar esto, fui a la capilla, me senté en el banco del señor Blagrave y canté mi parte junto a otro ante el Rey, con mucha calma. Comí con *milady* y estuve toda la tarde con ella hablando largamente de toda clase de cosas, especialmente de la belleza de los hombres y las mujeres, algo de lo que parece que le agrada mucho hablar.

10 de diciembre

Arriba extremadamente temprano para ver al Controlador, pero como no está levantado y la madrugada es muy buena y brillante por la luz de la luna, salí. Estuve paseando desde las seis hasta más allá de las siete, tanto que me cansé, y cuando llegué a casa del Controlador esperando verle preparado, ya se había ido, lo que me molestó. Me encontré en el Hall al coronel Slingsby. Al oír que el duque de York ha partido esta mañana a ver el barco hundido ayer en Woolwich, regresamos a la oficina en su coche, y luego a comer. Después de comer vino de nuevo y estuvimos en mi casa. Me cuenta que se espera que el duque de York se case finalmente con la hija del lord Canciller, lo que probablemente signifique la ruina del señor Davis y lord Barkley por haberse manifestado tan claramente contra el Canciller: *sir* Charles Barkley

ha jurado que él y otros se han acostado a menudo con ella, lo que todos consideran falso. Por la noche los dos al café de Cornhill, la primera vez que estoy allí; me gustó mucho por la variedad de compañía y conversación. A casa; mi esposa está en la de la señora Batten y han acordado ir a ver el barco hundido en Woolwich, donde siguen los dos *sir* William desde ayer, y decido ir con ellas. De allí a casa y a la cama, pasando primero por mi estudio. Para tranquilizarme me pongo a calcular cómo estoy de efectivo, y observo, por lo que puedo ver, que tengo unas doscientas cuarenta libras, por lo que Dios sea alabado. Esta tarde vinieron un par de hombres con un libro en cada mano exigiendo dinero por los impuestos: yo miré el libro y vi que figuraba como «Samuel Pepys, caballero»; diez chelines por él y dos por sus criados, que pagué sin discusión, aunque creo que no me he librado con esto, por lo que desde hace tiempo tengo apartadas diez libras para ellos. No obstante, creo que no estoy obligado a descubrirme yo mismo**[114]**.

16 de diciembre

Por la mañana a la iglesia; luego, como solo en casa. Por la tarde a Whitehall, donde me sorprende la noticia de un complot contra la persona del Rey y de lord Monck; desde ayer han detenido a unos cuarenta sospechosos. Tuve la suerte de encontrarme con Simón Beale, el trompeta, que me llevó con T. Doling a la guardia en Scotland Yard y allí ante el general Overton. Le oí negar que fuera culpable de tales cosas, y aunque han descubierto que ha traído armas a la ciudad, dice que solo era para venderlas, como probará mediante juramento.

27 de diciembre

Con mi esposa a comer a casa de *sir* W. Batten, con muy buena compañía. Mucha diversión. Mi esposa, que no se encontraba bien, se volvió a casa. Yo me quedé allí hasta tarde viéndoles jugar a las cartas, y luego a casa y a la cama. Esta tarde vino, por error, un señor desconocido a casa de *sir* W. Batten y se puso a conversar con este; no pudimos libramos de él hasta que *sir* A. Brames, *sir* William y el señor Bens empezaron a darle bebida hasta emborracharlo y lo hicieron marchar. A medianoche me puse muy mal, creo que por comer y beber tanto, por lo que tuve que llamar a la doncella y vomité en un cuenco. A mi esposa y a mí nos agradó verla correr de aquí para allá en camisón con tanta inocencia. Luego me dormí; por la mañana estaba ya

bastante bien, solo que cogí frío y por eso me duele al orinar, como suele pasarme.

31 de diciembre

Toda la mañana en la oficina, y después a casa. No me quedé a comer y salí; en el Patio de San Pablo compré *Henry IV*[115] y luego al Teatro Nuevo, donde la vi representar, pero como esperaba más, no me gustó. Creo que el tener el libro la estropeó un poco. Al terminar, a casa de milord, donde estaba jugando a las cartas con lord Lauderdale y otras personas de honor; luego con el señor Shipley a la taberna de Harper, donde nos tomamos una jarra o dos y nos separamos. Mi chico ha traído a casa un gato de la de milord, que Sarah le ha dado para mi esposa, pues tenemos muchas molestias a causa de los ratones.

1661

Al final del año pasado y a principios de este vivo en una de las casas que pertenecen a la Armada como uno de sus oficiales principales, y llevo aquí cerca de medio año. Después de muchos problemas con los obreros ya estoy casi instalado; formamos la familia yo mismo, mi esposa, Jane, Will Hewer y Wayneman, el hermano de la sirvienta. Tengo buena salud y me encuentro en una situación estupenda y próspera. Bendito sea Dios Todopoderoso por ello. Ahora voy a traerme a mi hermana Paulina a vivir conmigo. Respecto a las cosas del Estado, el Rey establecido y amado por todos. El duque de York comprometido con la hija del lord Canciller, lo que no agrada a muchos. La Reina a punto de regresar a Francia con la princesa Henrietta. La princesa de Orange ha muerto recientemente y estamos de nuevo de luto. Hace poco nos ha sobrecogido un gran complot; muchos han sido detenidos y el miedo no ha pasado del todo. El Parlamento, que tanto bien ha hecho al Rey, empezaba a dividirse en facciones y fue disuelto por Su Majestad el pasado día 29, y es probable que se elija uno nuevo con celeridad. Mi fortuna en efectivo es ahora de trescientas libras, con todos mis bienes y deudas pagados.

1 de enero

Esta mañana vino el señor Moore, que me trajo algunas cosas del mes pasado para firmar, y para mi alegría me dice que me corresponden ochenta libras limpias y a él unas veinticinco; las ha sacado por los perdones, aunque a

mí no me toca nada por ese concepto. Luego viene mi hermano Thomas, y tras él mi padre, mi tío Fenner y sus dos hijos (el único hijo de Anthony ha muerto esta mañana, pero ha sido muy gentil al venir, y está bastante animado) a desayunar. Les ofrecí un barril de ostras, un plato de lenguas y otro de anchoas, vino de varias clases y cerveza de Northdown. Estuvimos muy a gusto hasta cerca de las once; luego se marcharon. A mediodía llevé a mi esposa en coche a casa de mi primo Thomas Pepys; estaban también en la comida mi padre, el doctor Thomas, el primo Stradwick y Scott, junto con sus esposas. Vi por primera vez a su segunda esposa, una mujer muy respetable. Sin embargo, la cena fue muy pobre, triste para un hombre de su posición, pues no había nada más que carne normal. Hoy el Rey ha comido en casa de un lord a dos puertas de nosotros. Tras la comida llevé a mi esposa a Whitehall y la mandé a casa de la señora Pearse (donde debíamos haber comido hoy), y yo al Sello Real, de donde el señor Moore retiró todo su dinero. Los dos fuimos a casa del señor Pearse (por el camino vimos al duque de York llevando a su dama a visitar a la Reina, la primera vez que lo hace desde aquel gran asunto[1]; y se dice que la Reina la recibió con mucho respeto y amor); allí él calculó los honorarios y yo conté el dinero. En ese momento, una bolsa de cien libras que acababa de contar se cayó por toda la habitación y me temo que he perdido parte de lo que contamos. Al terminar dejé a mis amigos y fui a casa de milord; como él no estaba le dejé el dinero al señor Shipley, le di las buenas noches al señor Moore y regresé a casa de los Pearse, donde cené con ellos, mi esposa y el señor Pearse, el sobrecargo. Había una cabeza de ternero a la brasa, que estaba cruda y no pudimos tomar, y una buena gallina. Sin embargo, ella es tan desvergonzada que no me gusta su comida. Después de la cena los mandé a casa en coche y yo me fui a casa de milord, donde estuve jugando a las cartas hasta las doce.

2 de enero

Arriba temprano; me avisan que vaya a casa de milord, que me da muchas instrucciones respecto a sus asuntos. Las cosas de la Reina estaban todas en Whitehall, preparadas para ser enviadas, y Su Majestad, lista para partir en una hora hacia Hampton Court y estar en Portsmouth el próximo sábado. Por el río a mi oficina, donde paso toda la mañana, y luego a casa a comer. Allí estaba Pall (mi hermana), pero no la dejé sentarse a la mesa conmigo, lo que hago principalmente para que no lo espere de mí en el futuro. Después de comer, a Westminster por el río. Allí encontré a mi hermano Spicer comiendo

en la Pierna con el resto de la gente del Tesoro (a la mayoría de los cuales ya no conozco). Me quedé un rato bebiendo con ellos y luego a ver al señor George Mountagu sobre el asunto de la elección[2]; me dio una pieza de oro. Hoy les ofrecí a *sir* W. Batten y al capitán Rider mi espalda de buey para que la sirvan mañana en la comida de Trinity House, adonde van a ir el duque de Albemarle y el resto de los hermanos; es un gran día porque van a dar lectura a los nuevos estatutos que el Rey les ha concedido.

3 de enero

Temprano por la mañana al Tesoro, a repasar el dinero de milord y mío que está allí: novecientas setenta libras. Luego a la taberna de Will, donde Spicer y yo nos tomamos una pierna asada de cerdo que nos sirvió Will, y después al Teatro, donde ponían *Beggar's Bush*[3], muy bien hecha; es la primera vez que veo mujeres en el escenario. De allí a casa de mi padre; mi madre se ha ido en diligencia a Brampton por deseo de mis tíos, ya que mi tía teme por su vida. Luego, a casa.

4 de enero

Después de la comida el señor Moore y yo fuimos al teatro, donde representaron muy bien *The Scornful Lady*[4], la primera obra que él veía en su vida. Luego le llevé a tomar una cerveza a la taberna de las Columnas de Hércules y nos separamos. Pasé a ver a mi padre, quien me contó de pasada la extraña vida que llevan Will y Mary Joyce, sin hacer otra cosa que pelearse, por lo que a veces el padre de ella piensa hacer que se divorcien. Luego, a casa.

5 de enero

Toda la mañana en casa. Vinieron a verme algunas personas por trabajo, entre ellas el gran Tom Fuller, que me solicitó un favor para un amigo suyo que desea ir a Jamaica con los barcos que van a salir, lo que le prometí que haría.

7 de enero

Esta mañana me llegan noticias, mientras estoy en la cama, de una gran agitación la noche pasada en Londres a causa de los fanáticos: se han levantado, han matado a seis o siete hombres y han huido. El alcalde y toda la ciudad se han puesto en armas: más de cuarenta mil[5]. A la oficina y luego a comer con mi hermano. Después de comer (dejando doce peniques para que los criados se compren un pastel por la noche, ya que hoy cuenta como día de Reyes), Tom, mi esposa y yo al teatro, donde vimos *The Silent Wowan*[6]. Era la primera vez que la veía, y es excelente. Entre otras cosas, Kinaston, el chico, tuvo la oportunidad de aparecer en tres papeles: primero como una pobre mujer con ropas vulgares, para agradar a Morose; luego con ropas lujosas, muy galante, y con ellas era en verdad la mujer más hermosa del lugar, y finalmente como hombre, y entonces también parecía el más apuesto de la sala. De allí con una antorcha a casa de mi primo Stradwick; tras una buena cena nos tomamos un estupendo pastel. La insignia de la reina se partió y así tuvimos dos reinas, la señora Ward y mi esposa; como la del rey se perdió, eligieron al doctor y le hicimos encargar más vino. Luego a casa; por el camino nos inspeccionaron varias veces muy rigurosamente, más que en los peores tiempos, por miedo a que los fanáticos surjan de nuevo. Por el momento no tengo oído que hayan cogido a ninguno. A casa, en una noche clara de luna, más tarde de las doce. Al llegar vemos que los nuestros se lo han pasado muy bien, y mi esposa me cuenta después que ha oído que se han traído al joven Davis y a algunos otros vecinos para divertirse, pero sin causar daños.

9 de enero

Me desperté sobre las seis de la mañana por el ajetreo en la casa del señor Davis, con gente diciendo que los fanáticos se están levantando en armas en Londres. Me levanté y salí a la calle; todos estaban armados en las puertas de sus casas. Así que regresé (sin valor alguno pero sin querer mostrarme asustado) a por mi espada y mi pistola, que no pude cargar por no tener pólvora. Salí a la puerta, donde vi a *sir* R. Ford, y con él caminé hasta la Lonja, dejándole allí. Por el camino las calles estaban llenas de cuadrillas y se contaban muchas historias sobre los destrozos causados por estos rufianes; creo que ha muerto una docena de hombres esta mañana, de ambos bandos. Al ver la ciudad en este estado, con las tiendas cerradas y todo alterado, me fui a casa y estuve trabajando hasta mediodía. Luego a casa, donde comí con mi padre, que me pide que vaya a casa de mi tío Wight (donde hace tanto

tiempo que no voy que me da vergüenza). Él y su esposa se han tomado a mal mi ausencia, pero ya ha pasado y volvemos a quedar como amigos. Me quedé con mi tía hasta tarde, pues mi tío tenía asuntos fuera y a ella le daba mucho miedo estar sola. Después a casa a tocar el laúd hasta tarde, y luego a la cama, con guardias muy estrictas por toda la ciudad, aunque dicen que casi todos los enemigos están muertos o arrestados.

10 de enero

Después de comer viene Will a decirme que ha llevado el regalo de plata que le iba a dar al señor Coventry. Ha reaccionado con mucha amabilidad y me envía una carta muy cortés, devolviéndome la plata, de lo que me alegro enormemente. Luego a casa de la señora Hunt, donde encontré a un francés, que tiene allí alojado, comiendo. Justo cuando entré estaba besando a mi esposa, lo que no me gustó, pero creo que no hubo malicia. De allí en coche a casa de mi tío Wight con mi esposa, pero como no estaban nos volvimos a casa. Después de ordenar unos papeles e incluir algunas cartas en un libro que pretendo llevar, fuimos a ver a *sir* W. Penn, que sigue enfermo, aunque no le hace mucho caso a eso. Estuvimos mucho rato; al final llegaron el señor Davis y su esposa (que se toma muy mal el que mi esposa no vaya nunca a verla) y nos pusimos a hablar. El señor Davis nos dio detalles sobre los interrogatorios a los fanáticos que han arrestado. En breve, es lo que sigue: que los fanáticos que lo han provocado todo (es decir, derrotar a todos los escuadrones con que se han encontrado, poner en fuga a la guardia del Rey, matar a casi veinte hombres, irrumpir dos veces en las puertas de Londres, y todo eso a la luz del día, estando toda la ciudad en armas) no son más de treinta y uno. No obstante, nosotros pensamos que eran por lo menos quinientos. Nunca se había oído que tan pocos hombres hicieran tanto daño[7].

12 de enero

Con el coronel Slingsby y un amigo suyo, el mayor Waters (un caballero sordo y muy melancólico y cariñoso que está sufriendo una decepción amorosa, según me cuenta el coronel, lo que le convierte en una mala compañía, aunque es una persona muy afable), por el río hasta Rotherithe, y luego a pie hasta Deptford (nuestros criados por el río), donde nos dedicamos a elegir cuatro capitanes que se hagan cargo de las guardias, así como las posiciones donde deben hacerlas y otras cosas. Nunca hasta ahora había visto

la gran autoridad que conlleva mi cargo, pues todos los capitanes de la flota se acercan sombrero en mano.

18 de enero

Llevé al señor Hollier al Galgo y me dio toda clase de consejos, tanto sobre la piedra como sobre el deterioro de mi memoria: me dice que evite beber a menudo, y estoy decidido a dejarlo si puedo.

19 de enero

A casa del Controlador, y con él en coche a Whitehall; por el camino encontramos a Venner y Pritchard, que han sido colgados hoy con otros dos hombres de la Quinta Monarquía, y los dos primeros arrastrados y descuartizados. Nos dimos un paseo por allí y vimos a *sir* G. Carteret, a quien hacía tiempo que no veía y con el que estuvimos discutiendo sobre si debíamos ayudar a los comisionados [parlamentarios] a finiquitar a la flota, cosa que no pensamos hacer. El tesorero me habló sobre sus sospechas de que T. Hayter les está ayudando en este asunto, lo que nos parece un desprecio hacia nosotros, y me propongo averiguar la verdad. Luego a casa de *milady*, que me cuenta que el señor Hetley murió de viruela cuando iba con milord a Portsmouth. *Milady* se fue a comer a casa de su padre y yo a la Pierna, de King Street, donde me tomé un conejo con Will. Al terminar le mandé a casa y yo me fui al teatro, a ver *The Lost Lady*[8], que no me agradó mucho. Allí me molestó ser visto por cuatro de los empleados de mi oficina, que estaban sentados en un palco de media corona mientras que yo ocupaba un sitio de un chelín y seis peniques.

21 de enero

Esta mañana, *sir* W. Batten, el Controlador y yo fuimos a Westminster a ver a los comisionados para finiquitar al Ejército y a la Armada, en presencia del duque de Albemarle. Nos sentamos con los sombreros puestos[9] y hablamos del pago de los barcos: descubrimos que tienen la intención de hacerlo sin nuestra ayuda, y nos alegramos, pues es un trabajo que disgustará a los pobres marineros y estamos contentos de no tener nada que ver en eso.

22 de enero

A casa del Controlador, donde leo sus propuestas para regular a los oficiales de la Armada, algo en lo que se ha esforzado mucho, aunque creo que tiene una opinión demasiado buena de ellos. De allí en su coche a la capilla de los Merceros. Luego al gran salón, donde nos reunimos con el Consejo del Rey para el Comercio[10] y tratamos la propuesta de establecer convoyes para todo el comercio inglés; para tal cometido, el Rey destinó treinta y tres barcos, lo que fue defendido con brillantez por muchas personas de honor y comerciantes allí presentes. Me agradó mucho ir a ese lugar en mi condición actual, ya que es el sitio donde una vez fui como solicitante de una beca del Colegio de San Pablo: aquella vez presidía *sir* G. Downing (mi último tutor), que también estaba preocupado por mí. Luego a casa, y, después de comer un poco, con mi esposa en coche a Londres a comprar unos vasos. Más tarde a Whitehall a ver a la señora Fox, pero como no estaba mandé a mi esposa a casa de la señora Bowyer; me encontré al doctor Thomas Fuller, al que llevé a la taberna del Perro. Allí me habla sobre el gran libro que va a sacar: su historia de todas las familias de Inglaterra, y fue capaz de decirme más cosas sobre la mía de las que yo mismo sabía. También me habló del grado de perfección que ha alcanzado en el arte de la memoria: hace poco recitó en latín ante cuatro eminentes eruditos cualquier tema que le propusieran, y más rápido de lo que ellos podían escribir, hasta que se cansaron. De paso me dijo que la mejor manera de empezar una frase, si un hombre se pierde y olvida la última (lo que nunca le sucede a él), es con un *Utcunque* [Sin embargo].

23 de enero

En la oficina toda la mañana. Mi esposa y los criados muy ocupados preparándolo todo para la comida de mañana. A mediodía, sin comer, a la ciudad. Allí me encontré a Ralph Greatorex, con el que me tomé una cerveza. Me dijo que tenía planes de ir a Tenerife a hacer unos experimentos. Con él a Gresham College[11] (donde nunca había estado antes); vi la disposición de la casa y conocí a mucha gente de honor. Luego a mi librero a por unos libros; a Stevens, el platero, a hacer limpiar cosas de plata que necesito para mañana, y después a casa, pagando por el camino muchas deudas pequeñas por vinos, cuadros, etc., lo que me produce mucha satisfacción.

24 de enero

En casa todo el día. Comieron conmigo *sir* William Batten, su esposa y su hija; *sir* W. Penn, el señor Fox (su esposa, enferma, no pudo venir) y el capitán Cuttance: la primera comida que organizo desde que vine aquí. Me costó más de cinco libras y estuvimos muy a gusto, excepto por el humo de la chimenea. Por la tarde, el señor Hayter me trajo mi salario del último trimestre, y así ahora tengo en mis manos el dinero para el señor Barlow.

27 de enero, día del Señor

Antes de levantarme llegan cartas de Portsmouth contando que la Princesa ya está bien y que milord Sandwich zarpó ayer con ella y con la Reina hacia Francia. A la iglesia, dejando a mi esposa enferma con sus *menses* en casa. Un sermón muy flojo de un desconocido. A casa, y muy enfadado en la comida porque los míos se han comido un pudin muy bueno (que me hizo Slater, el cocinero, el pasado jueves) sin permiso de mi esposa. A la iglesia de nuevo, un buen sermón del señor Mills, y después hablando una hora en el jardín con *sir* W. Penn. Me respondió a muchas preguntas: sobre la opinión que el señor Coventry tiene de mí y la de *sir* W. Batten sobre milord Sandwich, ambas favorables. Hoy el párroco leyó una proclama para que el miércoles próximo, 30 de enero, se haga un ayuno por la muerte del Rey.

28 de enero

Toda la mañana en la oficina; comí en casa, y después a Fleet Street con mi espada, para que la afile el señor Brigden (al que hace poco han hecho capitán de Auxiliares). Me voy con él a una cervecería y nos encontramos al señor Davenport. Después de comentar que van a sacar hoy los cuerpos de Cromwell, Ireton y Bradshaw, fui a casa del señor Crew y de allí al teatro, donde vi de nuevo *The Lost Lady*, que me ha gustado más esta vez. Estando allí sentado en un lugar oscuro, una dama escupió hacia atrás, sobre mí, sin verme, pero cuando vi lo bella que era no me molestó nada. Luego a ver al doctor a sus aposentos en casa del señor Holden, al que compré un sombrero que me costó treinta y cinco chelines.

30 de enero, día de ayuno

La primera vez que se respeta este día: el señor Mills dio un sermón excelente sobre «Dios nos perdone nuestras anteriores iniquidades», tratando brillantemente sobre la justicia de Dios al castigar a los hombres por los pecados de sus antecesores. A casa, y viene John Goods. Después de comer le pago treinta libras de parte de *milady*. Luego, con *sir* W. Penn a Moorfields, donde dimos un paseo extraordinario, pues era un día muy agradable. Marché a casa, donde me enteré de que mi madre ha regresado bien de Brampton. Recibí una carta muy ingeniosa de mi hermano John en la que me pide permiso para venir a la ciudad para la Coronación. Después a casa de la señora Batten, donde acababan de llegar ella y mi esposa: han visto cómo colgaban y enterraban a Cromwell, Ireton y Bradshaw en Tyburn. Luego, a casa.

31 de enero

Esta mañana estuve con el señor Coventry en Whitehall tratando de conseguir un barco en el que llevar la madera de milord; hemos elegido el *Guift*[12], De allí fuimos a mediodía a casa de milord, donde *milady* no se encontraba bien. Tomé un bocado y al teatro; me senté en la platea entre un grupo de damas elegantes. La sala estaba completamente llena para ver *Argalus and Parthenia*, la primera vez que la representan[13]: era buena, aunque la estropearon mis grandes expectativas, como me sucede con todo lo demás. Luego a casa de mi padre a ver a mi madre, que está bastante bien al regreso de su viaje a Brampton. Me dice que mi tía está bien, aunque no puede vivir mucho. Mi tío también está bien: ella piensa que se casaría de nuevo si mi tía muriera. Dios no lo quiera. Luego, a casa.

3 de febrero, día del Señor

Hoy empiezo a salir con abrigo y espada, como hacen ahora los caballeros. A Whitehall. De camino oigo que el señor Thomas Fuller predica hoy en el Savoy sobre el perdón de los pecados ajenos, indicando entre otras cosas que debemos acudir a la ley nunca para vengar, sino solo para reparar, lo que me parece una buena distinción. Luego a Whitehall, donde me quedo un rato escuchando las trompetas, timbales y otros tambores, que son muy alabados, aunque esa música me parece aburrida y vulgar.

5 de febrero, día de limpieza

Mi esposa y yo a Westminster por el río. Ella a casa de su madre y yo a Westminster Hall, donde estaban en plena sesión, por lo que me fui a la taberna de Will; allí me encontré a Shaw, Ashwell y un tal Bragrave (que conoció a mi madre cuando era lavandera de *lady* Veere). Este maldecía y juraba tanto que me irritó y me marché. En el Hall vi al lord Tesorero (que juraba hoy en el Tesoro con gran acompañamiento de lores y personas de honor) subir a las oficinas del Tesoro y tomar posesión de las mismas. También vi las cabezas de Cromwell, Bradshaw e Ireton colocadas en un extremo del Hall[14].

8 de febrero

Toda la mañana en la oficina. A mediodía a la Lonja a reunirme con el señor Warren, el comerciante de madera, pero no le vi. Allí encontré a muchos oficiales de la Armada; entre otros, los capitanes Cuttle, Curtis y Mootham, con los que me fui a beber a la taberna del Vellocino; estuvimos hasta las cuatro, contando historias de Argel y de la vida de los esclavos allí. El capitán Mootham y el señor Dawes (que han estado allí como esclavos) me dieron toda clase de detalles sobre su situación: no tienen nada para comer excepto pan y agua, y cuando son liberados deben pagar por el agua que han bebido de las fuentes públicas mientras fueron esclavos. Les golpean en las plantas de los pies y en el estómago a capricho de su *Padron*. Por la noche son llevados a los baños de su dueño, y allí se acuestan. Los más pobres son los que mejor tratan a sus esclavos. Algunos rufianes consiguen vivir bien si se las arreglan para darles un tanto cada semana a sus amos, ya sea por su aplicación o por robo, y en ese caso no les ponen a trabajar en nada más. El robo no se considera un gran delito.

10 de febrero, día del Señor

Todo el día de purga. Dios me perdone, pero lo pasé leyendo algunos pequeños romances franceses. Por la noche mi esposa y yo nos entretuvimos hablando de ir a Francia, lo que espero hacer este verano.

14 de febrero, día de San Valentín

Me levanto temprano y a casa de *sir* W. Batten, pero me negué a entrar hasta preguntar si quien me abría era hombre o mujer, y Mingo[15], que era quien estaba allí, contestó que era una mujer, lo que, por su tono, me hizo reír; así que subí y elegí a la señorita Martha como mi Valentina (lo hice solo por complacerla), y *sir* W. Batten hizo lo mismo con mi esposa, así que todos muy contentos. Se habla en toda la ciudad de a quién va a elegir el Rey para casarse, y si se va a guardar la Cuaresma con la rigidez con la que la ha proclamado el Rey el 29 de enero, lo que se considera imposible, porque los pobres no pueden comprar pescado. También sobre los enormes preparativos para la coronación del Rey.

15 de febrero

Toda la mañana en la oficina haciendo las cuentas de mañana para milord. Al terminar resulta que tengo en limpio (según creo) trescientas cincuenta libras, además de las cosas de mi casa, y todo pagado.

16 de febrero

A casa de milord por la mañana, que repasa las cuentas y las aprueba. Consigo también que firme un pagaré por valor de sesenta libras para mí (lo que alegra mi corazón) en consideración por mi extraordinaria labor en el mar en este último viaje, que espero cobrar. Comí con milord. Luego al teatro, donde vi *The Virgin Martyr*[16], una obra buena pero demasiado sobria para la compañía. Luego, a casa.

17 de febrero, día del Señor

Un sermón absolutamente aburrido, absurdo e impertinente de un doctor irlandés. Su texto era «Dispersa, oh Señor, a los que disfrutan con la guerra». *Sir* W. Batten y yo, muy enfadados con el párroco.

18 de febrero

Toda la mañana en la oficina; comí en casa solo con mi esposa, lo que no es muy corriente. Por la tarde con mi esposa y Martha Batten, mi Valentina, a la Lonja, donde me gasté cuarenta chelines en un par de guantes bordados y en otros seis blancos normales. Luego a una mercería al final de Lombard Street, donde mi esposa se compró un traje de seda brillante, y a casa. Por la noche vinieron todos, también *sir* W. Penn, a casa, y les puse vino del Rhin con azúcar. Seguimos juntos hasta bien tarde, y después a la cama. Se dice que el Rey se ha casado con la sobrina del príncipe de Ligne y que ya tiene dos hijos con ella: lamento oír eso, aunque prefiero que sea así a que el duque de York y su familia lleguen al poder, pues él es un declarado amigo de los católicos.

19 de febrero

Con el coronel Slingsby en coche a Whitehall, donde nos encontramos con *sir* George Carteret, quien más tarde se reúne en una habitación privada con el duque de York, lord Sandwich y otros. Nos preocupa un poco que no nos hagan entrar con el resto, pero creo que trataban un asunto muy privado. Nos quedamos paseando por la galería y vimos al señor Slingsby[17], que fue muy amigo de *monsieur* Blondeau y que nos enseñó los sellos para la nueva moneda del Rey; es extraño ver lo buenos que son los sellos y lo mala que es la moneda, por falta de habilidad al acuñarlas. Sin embargo, dice que Blondeau volverá pronto y entonces serán mejores, las mejores del mundo. El Controlador y yo nos vamos a tomar una cerveza. Me dice que está seguro de que el Rey no se ha casado todavía, como cuentan, y ni se sabe con quién lo va a hacer.

23 de febrero

Es mi cumpleaños, veintiocho años. Esta mañana estuve trabajando con *sir* W. Batten y Penn, y luego por el río a Whitehall. Por el camino nos encontramos al señor Hartlib en casa del regidor Backwell. Me invitó a un vaso de vino del Rhin en el Steelyard[18] y seguimos por el río hacia Whitehall. Continúa con ese humor impertinente y descarado que siempre tuvo y tendrá. Me contó que el lord Canciller ha hecho que el duque y la duquesa de York, una criada, lord Ossery y un doctor juren ante la mayoría de los jueces del reino respecto a las circunstancias de su matrimonio. En resumen, han confesado que no se casaron hasta un mes o dos antes de que

ella se pusiera de parto, pero que estaban prometidos desde mucho antes, tiempo suficiente para que el niño fuera considerado legítimo. Sin embargo, no he oído que se haya sometido a la consideración de los jueces si eso fue así o no. Por el río a Whitefriars, a ver *The Changeling*[19], la primera vez que la hacen en veinte años y con mucho éxito. Además veo que el público empieza a cansarse de la vanidad y el orgullo de los actores de teatro, que desde luego se están volviendo muy orgullosos y ricos. Me encontré al Controlador, que me dijo que resultaba muy fácil, y también adecuado para nosotros, los oficiales principales, intentar entrar en el nuevo Parlamento, y que yo debería pedir una carta [de recomendación] al Duque. No obstante, no lo voy a intentar, porque eso se llevaría mucho dinero, aunque estoy seguro de que podría obtenerlo con facilidad. Hoy cumplo veintiocho años, bendito sea Dios, con plena satisfacción y grandes esperanzas de ser feliz en todos los sentidos, tanto yo como mis amigos.

25 de febrero

Luellin y yo a casa de milord, donde comimos. Me contó una de las mejores historias: que el señor Blurton, ese amigo suyo que estuvo con él en mi casa hace tres o cuatro días, fue con él ese mismo día desde mi casa a la taberna del Vellocino, la que está cerca del Ayuntamiento. Allí consiguió mediante un fingimiento la compañía de la señora de la casa, una mujer muy bonita. Al cabo de un rato, como Luellin le llamó doctor, ella pensó que lo era, y en privado le confesó su enfermedad (que no era más que un problema normal que afecta a las mujeres). Al ofrecerle él una medicina, ella le pidió que volviera algún día a dársela, cosa que hizo; con todo esto, pudo verle lo de abajo y se lo tocó, y jura que hará más la próxima vez.

26 de febrero, martes de Carnaval

Dejo a mi esposa en la cama, indispuesta por *ceux-là*, y a casa de la señora Turner, a la que encuentro ocupada con T. y Joyce preparando las cosas para hacer buñuelos; me voy a casa del señor Crew a llevarle el diccionario Cotgrave [inglés-francés] a *lady* Jemima. Volví a casa de la señora Turner a comer y allí estaban algunos amigos, todos ellos desconocidos excepto el señor Armiger. Muy a gusto, y los mejores buñuelos que he comido en mi vida. Luego me asomé a la ventana a ver como tiraban a los gallos[20]. Después la señora T., yo, un caballero que comió allí y su hija, una preciosa

dama joven y muy alta que acaba de venir del campo (y el señor Thatcher) fuimos a Bishopsgate Street a ver el nuevo clavicémbalo que le han hecho a la señora T. Ofrecimos doce libras y ellos pedían catorce. Como el dueño no estaba, no regateamos y nos despedimos, así que todos en coche a mi casa, donde estaba mi Valentina con mi esposa; bebieron y se marcharon. Entonces estuve un buen rato hablando con mi esposa y mi Valentina hasta que la acompañé a su casa; luego con *sir* W. Batten al Delfín, donde estaba el señor Newbome y otros, y después de un cuarto o dos de vino nos vamos a casa, y yo a la cama, donde (Dios me perdone) me di placer mientras pensaba en la joven *segnora* del campo que estaba con nosotros en la comida…

27 de febrero

En la oficina toda la mañana. Al terminar, salí al jardín con el capitán Murford y estuvimos hablando otra vez del faro; pienso que voy a entrar en el negocio, pues me promete que, si soy capaz de promoverlo, supondrá cien libras al año. Entonces pedí un plato de pescado, que fue nuestra comida, pues hoy es el primer día de Cuaresma y tengo la intención de probar si puedo guardarla o no. Mi padre comió conmigo y me enseñó una carta de mi hermano John en la que nos cuenta que le han elegido estudiante de la casa[21], lo que me agrada mucho, pues veo que ahora se debe principalmente a su mérito y no al poder de su tutor, el doctor Widdrington, que no está muy volcado en su trabajo y ha traspasado a sus pupilos al señor Pepper, un joven miembro del College. Hoy los comisionados del Parlamento empiezan a finiquitar la flota, comenzando por el Hampshire. Lo hacen en el Ayuntamiento por miedo a salir de la ciudad y enfrentarse al poder de los marineros, que están muy encendidos en su contra.

28 de febrero

Este mes termina con dos grandes secretos sobre los que todos debaten, aunque son pocos los que saben sobre ellos: con quién se casará el Rey y cuál es el objetivo de la flota que estamos equipando para viajar al sur. La mayoría piensa que para atacar al turco en Argel, o a las Indias Orientales contra los holandeses, de los que hemos oído que van a enviar una gran flota hacia allá.

3 de marzo, día del Señor

El señor Woodcocke predicó en nuestra iglesia: un sermón muy bueno sobre el peligro de las imaginaciones que surgen del corazón humano. Luego a casa, donde me dicen que milord ha mandado recado de que vaya, por lo que fui a verle y comí con él, que se marcha mañana al campo. Toda la tarde en la Abadía. Después en casa del señor Pearse, el cirujano, donde cenamos Shepley y yo. Luego a casa de milord, que regresa tarde y nos da la nueva que ha llegado hoy: Mazarino ha muerto. Es una gran noticia, y de mucha importancia.

4 de marzo

Milord salió esta mañana de viaje hacia Hinchingbrooke con el señor Parker: su objetivo principal es revisar y decidir respecto a la enorme tarea de construcción que va a realizar allí. Antes de salir me entregó algunas joyas para que se las guarde, por ejemplo la que le regaló el rey de Suecia con el retrato del Su Majestad en ella, muy bien hecha, y un extraordinario George[22] con diamantes. Todo ello con las mayores expresiones de amor y confianza que pude imaginar, lo que me da mucha alegría.

7 de marzo

Esta mañana los dos *sir* William fueron a Woolwich. Yo a Whitehall por diversos asuntos. Comí en casa de milord, y luego a ver al señor Moore en casa del señor Crew. Los dos al Ayuntamiento, en Londres, a ver cómo finiquitaban a los marineros, pero no era fácil y me lo llevé a la taberna del Vellocino, donde vive la preciosa mujer de la que Luellin me contó la historia, aunque no pude verla. De camino a casa me encontré con Spicer, D. Vines, Ruddiard y algunos más de mis viejos amigos, con los que fui a beber y hacer el tonto hasta tarde. En casa recibí la mala noticia de que mi esperanza de recibir algún dinero por el *Charles* se ha frustrado por la maldad del señor Waith, lo que me irritó tanto que no pude dormir en toda la noche. No obstante, le escribí una carta que enviaré mañana por la mañana para que cobre el dinero por mí, con lo que espero convencerle con buenas palabras. A la cama.

12 de marzo

Toda la mañana trabajando en la oficina y luego a la Lonja, donde me encuentro con Nick Osborne, que acaba de casarse, y con él al Vellocino, donde nos tomamos un vino. Después a casa; allí encuentro a la señora Hunt muy preocupada porque su marido ha perdido su trabajo en las Aduanas. Luego al Ayuntamiento, donde me presento ante el coronel King para recibir mi paga por lo del mar, y ¡Bendito sea Dios!, me han adjudicado una paga de guardiamarina, lo que es una alegría enorme.

13 de marzo

Me levanto temprano a leer la *Seamens grammar and Dictionary*[23], que he comprado hace poco y me gusta mucho.

14 de marzo

Con *sir* W. Batten y Penn a casa del señor Coventry. Discutimos sobre mi solicitud al puesto de proveedor de Provisiones Menores y al final, para mi satisfacción, se acordó que yo tendría que ver en todas las facturas de dichas provisiones y que el señor Tumer las suministraría, pues yo no estaba dispuesto a perder el puesto. Luego a casa de milord, y con el señor Creed a una cervecería, donde me contó una larga historia sobre sus amores en Portsmouth con una de las hijas de la señora Boates. Comí con milord y *milady* y después con el señor Creed al teatro, donde vimos *King and no King*[24], bien interpretada. Luego con él a la cervecería del Gallo, en el Temple, donde me pidió un favor relacionado con sus amoríos: que preguntara por la situación de su competidor, un hijo del señor Gauden; le prometí hacerlo, y él haría lo que pudiera con la información para su beneficio. A casa y a la cama.

18 de marzo

Esta mañana temprano partió *sir* W. Batten hacia Rochesler, por donde espera ser elegido parlamentario. Estuve preguntando en casa de Greatorex y en otros sitios para saber algo del señor Barlow (creyendo haber oído que estaba muerto, pero no es así)[25]. Me han contado que la señora Davis nos deja, porque su marido marcha pronto a Irlanda. Ayer dijeron que era el día en que la princesa Henrietta se casaba en Francia con el duque de Anjou. Leo en el noticiario que han elegido a Roger Pepys por la ciudad de Cambridge, el

primer sitio del que se conoce ya la elección. A la cama con la cabeza ocupada por el trabajo, que me tiene descentrado, y observo que estoy más preocupado en ganar dinero que nunca hasta ahora.

20 de marzo

En toda la ciudad se habla de la extraña elección de parlamentarios que ha hecho Londres: Fowke, Love, Jones, hombres tan lejos de ser episcopales que se piensa que son anabaptistas, y que han sido elegidos con gran fervor, a pesar de que el otro grupo se consideraba muy fuerte, con gritos en el Hall de «¡No a los obispos! ¡No a los lores obispos!». Esto hace que la gente se tema lo peor, pues puede servir para que en el país se siga el ejemplo. Desde luego, los obispos son tan arrogantes que es bien poca la gente que les quiere.

25 de marzo

Esta mañana vinieron los obreros a empezar un nuevo par de escaleras que suben desde el salón; los otros trabajos que tengo que hacer creo que me ocuparán dos meses, en los que tendré todo sucio, pero las obras me agradan. Luego a la oficina; allí toda la mañana. Comí en casa y después vino el señor Salisbury a verme. Me enseñó un par de caras que ha pintado y desde luego observo que será un gran maestro. En casa de la señora Turner me quedé hablando hasta tarde. T. Turner está muy irritada porque no ha conseguido un sitio para presenciar la Coronación. Luego a casa de mi padre, donde hablé con él y mi madre de la comida de mañana. De vuelta a casa vi a un chico con un farol recogiendo trapos y le hice acompañarme con su luz; estuvimos hablando de cómo a veces cogía tres o cuatro cestos de trapos al día y le pagaban tres peniques por cesto, y de otras cosas sobre las formas de ganarse la vida honradamente que tienen los muchachos pobres. En casa y a la cama a las doce de la noche, encantado con las obras que han empezado hoy.

26 de marzo

Me levanto temprano a trabajar en mi estudio. Hoy se cumplen tres años desde que me quitaron la piedra, y, bendito sea Dios, me encuentro sin dolor alguno. Estuve toda la mañana observando con agrado a los obreros que trabajan en la escalera, y a mediodía fui en coche a casa de mi padre. Muy a gusto en la comida, entre otras cosas porque la señora Turner y sus

acompañantes no comen carne en toda la Cuaresma y yo tomé un montón: se les hacía la boca agua.

27 de marzo

Me levanto temprano para ver trabajar a los obreros. Viene mi hermano Tom, y, entre otras cosas, repasé mis ropas viejas y le di un traje negro, un sombrero y varios zapatos. A mediodía han tirado las escaleras, así que tengo que subir por una de mano; como mi esposa no se encontraba bien, se quedó en su habitación todo el día. Luego al Delfín, a una comida del señor Harris[26], con los dos *sir* William, la señora Batten y sus dos hijas y más gente, todos muy animados. Me quedé hasta las once de la noche; en la juerga canté y toqué el violín (había un gran grupo de violinistas allí) y al final me puse a bailar, la primera vez que lo hacía en mi vida. Finalmente hicimos que Mingo, el negro de *sir* W. Batten, y Jack, el de *sir* W. Penn, bailaran, y era admirable cómo lo hacía el primero, con espectacular habilidad. A casa, donde vi que mi esposa había estado todo el día en la habitación. A la cama.

1 de abril

Hoy comienza de nuevo mi servicio en el Sello Privado. Me levanté temprano y estuve con los obreros. Después a la oficina y a comer con *sir* W. Batten. Cuando terminé, a la taberna de la Cabra, cerca de Charing Cross, para encontrarme con el doctor Castle; nos tomamos una pinta de vino y hablamos de asuntos del Sello Privado. Luego regresé al Sello: allí estaba el señor Moore, pero no había trabajo. A Whitefriars, donde vi parte de *Rule a Wife and Have a Wife*, que no había visto antes, y no me gustó[27]. Tras eso a casa de mi padre, donde veo que mis padres han reñido a causa de la doncella, que le gusta a mi padre y disgusta a mi madre. Me quedo hasta las diez de la noche, convenciendo a mi madre de que cambie de actitud, lo que tuve que hacer con algunas palabras fuertes, y lo lamento, pero la pobre mujer se ha vuelto muy terca. Los dejé enfadados y me fui a casa, con una luna estupenda, y a la cama.

2 de abril

Me levanté temprano por los obreros. Con mi esposa y Pall en coche a casa de mi padre, para que duerman allí hasta que mi casa esté lista. Encontré

a mi madre sola, llorando por la riña de anoche. La dejé y me fui con mi esposa a Charing Cross para que ella fuera a ver a su madre, que no está bien. Yo al parque de St. James, donde vi al duque de York jugando al *Peslemesle*[28], la primera vez que lo veo practicar. Luego a casa de milord, donde comí con *milady*. Cuando terminamos llegaron milord y Ned Pickering con hambre, pero no quedaba nada de carne porque los criados se lo habían comido todo: milord se enfadó mucho, pero al final se le preparó algo. De allí al Sello Privado, donde firmé algunas cosas. En Whitefriars vi *The Liltle Thief*, una obra muy alegre y bonita, y el muchacho lo hizo muy bien[29]'. En casa de mi padre estaban mi madre y mi esposa de muy buen humor, y así las dejé. Después al Delfín con *sir* W. Batten, Penn y otros, entre los que estaba el señor Delabarr. Es curioso ver cómo estos hombres, que normalmente son sensatos, cuando beben se dedican a criticarse e insultarse entre ellos por los cargos que tuvieron anteriormente y por sus acciones en asuntos públicos, y hasta sentía vergüenza al verles. Sin embargo, nos despedimos todos en paz a las doce de la noche, después de beber mucho vino. A casa y, solo, a la cama.

3 de abril

Arriba con los obreros, con dolor de cabeza por la juerga de anoche. Toda la mañana en la oficina; a mediodía comí con *sir* W. Batten y Penn, que me dicen que tengo que tomarme hoy dos buenos vasos de vino para quitarme el malestar; me parece raro, pero creo que es cierto. Luego a casa con mis obreros toda la tarde. Por la noche al jardín a tocar mi flageolet, pues había luna; estuve un buen rato y luego a casa y a la cama. Hoy me dicen que los holandeses le han enviado al Rey un gran obsequio en dinero y creemos que es para detener el matrimonio con Portugal. Pensamos que ese es el motivo por el que se está retrasando la partida de nuestros dos barcos a las Indias Orientales[30].

6 lie abril

Arriba con mis obreros. Luego a Whitehall; hice bastantes cosas en el Sello Privado y en otros lugares. Me encontré con el señor Townsend, que me habló del error que cometió el otro día: metió las dos piernas por una de las perneras de sus bombachos y así fue todo el día. Con los señores Creed y Moore a la Pierna a comer; les invité. Después de comer vi a la muchacha de la casa, muy bonita, entrando en una habitación. La seguí y le di un beso.

7 de abril, día del Señor

Toda la mañana en casa haciendo mis cuentas (Dios me perdone) para entregárselas a milord esta tarde. Sobre las once salí hacia Westminster y entré en San Pablo, donde vi a nuestro sacerdote, el señor Mills, predicar ante el Alcalde. En Whitehall me encontré con el doctor Fuller, de Twickenham, que acaba de llegar de Irlanda, y me lo llevé a casa de milord. Comimos allí y nos explicó la situación de Irlanda por la unión de los fanáticos y los presbiterianos[31]. En casa de *sir* W. Batten acordé con él ir mañana a Chatham.

8 de abril

Me levanto temprano por los golpes que da la señora Batten en su puerta que da a mis habitaciones. Dejo instrucciones a mis sirvientes y a los obreros y sobre las ocho tomamos una gabarra en la Torre *sir* W. Batten y señora, la señora Turner, el señor Fowler y yo. Viaje muy agradable hasta Gravesend, donde comimos. Desde allí les llevó un coche, mientras que Fowler y otros fuimos a caballo. Bajamos en casa del señor Alcock[32]. Allí estuvimos bebiendo y pasándolo bien con las muchas clases de queso que nos sacó. Luego, a la casa de la colina en Chatham, donde nunca había estado antes. Me parece muy agradable y me gustan los escudos de armas que hay colgados. Cenamos muy a gusto y nos fuimos tarde a la cama. *Sir* William me contó que el viejo Edgeborow murió en mi habitación y que sigue caminando por ella, lo que me asustó un poco, aunque en realidad simulé que me divertía.

9 de abril

Me acosté en la habitación del tesorero y dormí bien hasta las tres, en que me desperté; a la luz de la luna pude ver que la almohada, que había tirado por la noche, estaba de pie: como no imaginaba qué podía ser, me asusté. Sin embargo, el sueño me vino de nuevo y estuve acostado hasta bien amanecido, cuando hice que me trajeran una bebida caliente y encendieran el fuego. En general, el tiempo que estuve allí fue muy agradable, viendo que todo el mundo me respeta y honra. Observo que voy aprendiendo a recibir tantas reverencias, lo que al principio no sabía muy bien cómo hacer. *Sir* William y yo en coche al muelle a ver los almacenes y los objetos que se van a vender hoy, que me agradaron mucho; regresamos a comer en coche. Entre los

desconocidos que vinieron estaban el señor Hempson y su esposa, una mujer hermosa que habla latín; el señor Alien y dos hijas suyas, las dos muy altas y la menor muy bonita, tanto que no pude evitar enamorarme de ella: tiene las manos más perfectas que he visto nunca. Después de comer fuimos a arreglar los libros y otras cosas para la subasta de la vela y nos divertimos mucho (y las señoras también) viendo cómo pujaba la gente. Entre los objetos a la venta estaban los escudos del Estado [la República], que compró *sir* W. Batten con la intención de colocar algunas imágenes en su jardín y quemar el resto la noche de la Coronación. Al terminar la venta, las damas y yo, junto al capitán Pett y el señor Castle, cogimos una barcaza y nos acercamos a ver el *Sovereign*; disfrutamos mucho, cantando todo el rato. Entre otras diversiones llevé a las señoras Batten, Turner, Hempson y las dos Alien al camarote y las besé a todas, exigiéndolo como tarifa al oficial principal; nos divertimos mucho todos, bebiendo vino y comiendo lengua de temerá y otras cosas. Luego volvimos a casa y cenamos, y después de algo de diversión, a la cama.

10 de abril

Por la mañana a ver las casas de los astilleros. Primero la del señor [Christopher] Pett, el armador, donde fuimos recibidos con cortesía; le regaló a la señora Batten un loro, el mejor que he visto nunca, que reconoció a Mingo en cuanto lo vio porque se había criado con ellos, y que hablaba y cantaba como nunca había oído. Ella lo aceptó. Luego a la casa del comisionado [Peter] Pett, que estaba ausente; me admiró ver a la señora Batten yendo de aquí para allá, mirando con envidia lo bien y lo lujoso que estaba todo (desde luego, tanto la casa como el jardín son excelentes) y diciendo que se la adjudicarían a ella, porque anteriormente había pertenecido al inspector de la Armada. Después subimos a bordo del *Prince*, que se encuentra en el muelle; solo tiene un camarote tallado, pero sin oro. Luego a Rochester, donde vi la catedral, que ahora están arreglando y afinando el órgano. Al salir me fijé en las grandes puertas, que dicen están hechas con pieles de daneses[33]; en una tumba estaba escrito «Ven, dulce Jesús», y yo leí «Ven, dulce Malí», con lo que nos reímos bastante el capitán Pett y yo. Después de comer, las damas empezaron a bailar; los hombres me obligaron a salir e hice un cambio muy feo. La señorita R. Alien bailaba muy bien y parece la mujer más animada que he visto nunca. Sobre las nueve los Batten se fueron y seguimos bailando un par de horas, hasta que nos separamos y volvimos a casa. Yo iba con la señorita Rebecca, que parecía, no sé por qué,

por distintos detalles, dispuesta a recibir mis favores, y en todo momento me mostraba su respeto. Volviendo a casa quiso oírme cantar; lo hice bastante bien y lo apreciaron mucho. Luego a casa del capitán Alien (donde estuvimos anoche y le oímos tocar el clavicémbalo; me parece muy buen músico), y, como no tenía intención de dejar a la señorita Alien, se nos hicieron las dos de la mañana a su padre y a mí hablando y cantando, muy animados. Tuve ocasión de besar muchas veces a la señorita Rebecca.

11 de abril

A las dos, muy animados, llegamos a nuestros aposentos y nos acostamos hasta las siete, cuando me llamó *sir* W. Batten. Me levanté y estuvimos trabajando hasta que vino el capitán Alien: nos retiramos él y yo y cantamos algunas canciones. Vinieron también las damas jóvenes y de nuevo disfruté con la señorita Rebecca. Sobre las nueve ya habíamos desayunado y regresamos a Londres, yo un poco apenado por separarme de la señorita Rebecca, por lo que Dios me perdone. Cruzamos Rochester, pasando por casa del señor Alcock para despedirnos. De todos los viajes que he hecho en mi vida este es en el que he estado más dispuesto a divertirme. Por ejemplo, he conseguido que la señora Batten permita a su señorita Ann cabalgar conmigo, y lo hace estupendamente. Yo la llamaba mi empleada, como si estuviera a mi servicio. Al cabo de un rato nos encontramos a un par de chicas cuidando unas vacas; una de ellas era muy bonita y se me ocurrió que me pidiera la bendición. Al decirle que yo era su padrino, me preguntó muy inocente si yo era Ned Wooding, y le dije que sí. Entonces se arrodilló y con mucha sencillez dijo: «Ruegue, padrino, ruegue a Dios que me bendiga», eso nos divirtió y le di dos peniques. En algunos lugares pregunté a las mujeres si me venderían a sus hijos; todas me decían que no, pero que me dejaban uno para que se lo cuidara si yo quería. La señorita Ann y yo pasamos debajo de un hombre colgado en Shooter's Hill[34]. La carne pegada a los huesos era una visión desagradable. Llegamos a casa. Todo está bien y las obras han avanzado mucho desde que me fui. Mandé a preguntar por mi esposa, que está bien, y mi hermano John ha venido de Cambridge. Cené en casa de *sir* W. Batten, muy a gusto con las señoritas. Luego, a la cama. Muy cansado por lo de la noche anterior, con la impresión de que en todos los sentidos ha sido el viaje más agradable de mi vida.

13 de abril

Hacia Whitehall por el rio desde el muelle de la Torre, pero no pudimos pasar por el sitio de siempre porque están reparando los grandes escalones de piedra de cara a la Coronación. Vi a milord arriba con el Duque, y después de hablar un rato con él fui al Salón de Banquetes, donde vi por primera vez al Rey imponiendo manos; lo hacía con mucha seriedad, pero a mí me pareció una práctica fea y absurda.

20 de abril

Viene el chico a decirme que el Duque ha ordenado que todos los oficiales principales se reúnan hoy con él. Así que fui a los aposentos del señor Coventry y estuve allí hablando un buen rato hasta que llegaron los demás. Subimos y vimos vestirse al Duque, que en ropa de cama parece un hombre muy normal. Luego nos mandó a su gabinete, donde entre otras cosas vimos dos lujosos baúles cubiertos de oro y esmalte indio que le ha regalado la Compañía de la India Oriental de Holanda. Viene el Duque y, tras contamos que la flota está destinada a Argel (lo que se nos había ocultado hasta ahora), tratamos de las cosas necesarias para equiparla y nos marchamos. De allí al Sello Real, donde hay poco trabajo; después invité a los señores Creed y Moore al trago, y luego a casa de milord. Tras la comida, milord revisó las libreas de sus pajes y criados, que han llegado hoy y son muy vistosas, aunque no chillonas. Luego con *milady* y la señora Wright a Whitehall. En el Salón de Banquetes vi al Rey invistiendo al lord Canciller y a otros como condes, y al señor Crew y a otros, como barones: el primero era conducido ante Su Majestad por heraldos y cinco antiguos condes, luego se leía el nombramiento, el Rey le ponía una túnica, una espada y una corona y le investía. Después besa la mano del Rey, se levanta y se queda cubierto ante él. Lo mismo para los barones, solo que estos son guiados por tres de los antiguos barones y se les ciñe una espada antes de presentarse ante Su Majestad. Al terminar (los ropajes eran muy agradables de ver) llevé a *milady* de vuelta, encontrando a milord muy enfadado porque su paje había permitido que cambiaran su sombrero de piel por uno viejo. Me marché y fui a la Lonja con el señor Creed a comprar algunas cosas, como guantes, cordones, etc. Luego volvimos al Palenque, donde conseguimos entrar gracias a un tal señor Bowman, y allí estaban el Rey, el duque de York y su esposa (una mujer poco

agraciada, como su madre, la esposa del lord Canciller). Vimos interpretar *The Humersome Lientenant*[35] ante Su Majestad, pero no lo hicieron muy bien. Sin embargo me agradó verla, y también tantas estupendas bellezas. Sobre todas ellas la señora Palmer, con quien descubro que el Rey muestra mucha familiaridad. Cuando terminó la obra me fui con el señor Creed a casa de la señora Harper, donde estuvimos hablando y bebiendo hasta cerca de las doce. Como las calles estaban muy sucias y no pudimos pasar por las barandas que han puesto hoy, no pude ir a casa, y me fui con él a sus aposentos en casa del señor Ware, donde pasé la noche.

21 de abril, día del Señor

Por la mañana nos preocupó lo que estaba lloviendo, por los actos de mañana. Cuando me arreglé fui a casa de mi padre. De regreso, la calle estaba tan atestada de gente deseosa de ver los arcos triunfales que apenas podía pasar. A casa, pero estaban todos en la iglesia, por lo que entré sin que me vieran, subí a mi habitación y escribí en el diario los últimos cinco o seis días. Estoy un poco preocupado por los obreros, porque son forasteros y podrían ser molestados por unos bribones perezosos que estuvieron trabajando aquí el otro día, que sí son ciudadanos; esto podría frenar las reformas, pero lo evitaré si puedo[36].

22 de abril, el Rey va de la Torre a Whitehall[37]

Arriba muy temprano; me arreglé lo mejor que pude con el abrigo de terciopelo, la primera vez que me lo ponía, aunque hace ya medio año que lo tengo. Cuando estábamos listos, *sir* W. Batten, su esposa, sus dos hijas, su hijo y la esposa de este, *sir* W. Penn, su hijo y yo fuimos a casa del señor Young, el fabricante de banderas de Cornhill[38], donde conseguimos una buena habitación, con vino y un pastel. Vimos el espectáculo muy bien: es imposible relatar la gloria de este día, reflejada en las ropas de los jinetes, en sus caballos y en los atavíos de estos. Entre ellos, los de milord Sandwich. Era normal ver bordados[39] y diamantes. Los caballeros de [la Orden de] Bath formaban un excelente espectáculo por sí mismos. Los obispos seguían a los barones, que es la posición más destacada, lo que me hace pensar que en el próximo Parlamento serán llamados a la Cámara de los Lores[40]. lord Monck cabalgaba descubierto tras el Rey y sujetaba con su mano un caballo sin jinete, como Maestre del Caballo. El Rey, con traje y túnica muy ricamente

bordados, lucía muy noble. Wadlow, el vinatero de la taberna del Diablo, de Fleet Street, iba al frente de una magnífica compañía de soldados, todos ellos hombres apuestos y jóvenes vestidos con jubones blancos. Les seguía el vicechambelán, *sir* G. Carteret, y una compañía de hombres que iban como turcos; no sé qué representan. Las calles con gravilla y las casas con alfombras colgando conforman una preciosa vista, con las damas asomadas a las ventanas. Me fijé bastante en una de ellas, que estaba enfrente de nosotros, y hablé de ella, con lo que gastamos bromas. El espectáculo era tan glorioso, con tanto oro y plata, que no podíamos ni mirarlo del cansancio que provocaba en nuestros ojos. Tanto el Rey como el duque de York se fijaron en nosotros cuando miraron a nuestra ventana. Al terminar el espectáculo el señor Young nos invitó a comer, y estuvimos muy a gusto y muy agradecidos por lo que habíamos visto. Luego a casa: Will y el chico vieron el desfile en la colina de la Torre; Jane en casa de T. Pepys, el tornero, y mi esposa en la de Charles Glascocke, en Fleet Street. Por la noche a casa de milord. Me habló sobre su traje de ricos bordados, que fue hecho en Francia y que le costó doscientas libras.

23 de abril

Dormí con el señor Shipley y me levanté a las cuatro de la mañana.

Día de la Coronación

Fui a la Abadía y allí estuve siguiendo a *sir* J. Denham. Con mucho trabajo y gracias al señor Cooper[41] subí a una grada instalada en el extremo norte, donde estuve pacientemente sentado desde pasadas las cuatro hasta las once, en que entró el Rey. Daba gusto ver la Abadía con un estrado en el centro, todo cubierto de rojo, con un trono (que es una silla) y un escabel sobre él. Todos los oficiales, al igual que los violinistas, de rojo. Finalmente entró el deán y los prebendados de Westminster con los obispos (muchos de ellos con capas de lluvia de tela de oro), y tras ellos la nobleza, con los ropajes del Parlamento, formando un magnífico espectáculo. Luego el Duque y el Rey precedido por el cetro (portado por lord Sandwich), la espada, la bola y también la corona. Su Majestad muy elegante con sus ropajes y descubierto. Después de que todo el mundo se situara hubo un sermón y un servicio religioso; y luego en el coro, junto al altar mayor, tuvieron lugar las ceremonias de Coronación, que, para mi tristeza, ni yo ni casi nadie en la

Abadía pudimos ver. Cuando pusieron la corona en su cabeza se formó un griterío. Se sentó en el trono y allí siguieron más ceremonias, como hacer juramento y dar lectura a todo por parte del obispo. Los lores se calaron los gorros en cuanto el Rey se puso la corona, y los obispos se acercaron y se arrodillaron ante él. Tres veces salió el rey de armas[42] a los tres sitios abiertos en el graderío proclamando que si alguien conocía una razón por la que C. Steward no debía ser rey de Inglaterra, que saliera y hablara. El lord Canciller proclamó un perdón general y lord Cornwallis lanzó medallas de plata, pero no pude hacerme con ninguna. Había tanto ruido que pude oír muy poco de la música, de la que de hecho nadie se enteró. Tenía tantas ganas de orinar que salí un rato antes de que terminaran todas las ceremonias y rodeé la Abadía hasta el Hall, por dentro de las barreras, donde había unas diez mil personas. El suelo estaba cubierto de tela azul y de gradas a lo largo del camino. Entré al Hall, que estaba muy elegante con colgaduras y gradas, una sobre otra, en las que había espléndidas damas. Mi esposa en una pequeña a la derecha. Estuve de un lado a otro y al final me quedé en una de las plateas laterales, donde vi entrar al Rey con todos (excepto los soldados) los que participaron en el desfile de ayer. Su Majestad entró con la corona puesta y el cetro en la mano, bajo un palio sujeto por seis varas de plata con campanillas en los extremos portadas por los barones de los Cinque Port[43]. Tras un buen rato se acercó a un extremo y todos se colocaron en las distintas mesas, lo que también era digno de ver. El primer plato fue llevado por los caballeros de Bath. Hubo muchas elegantes ceremonias antes, con los heraldos conduciendo a la gente ante él y haciendo reverencias. Lord Albemarle fue a la cocina a probar del primer plato que se iba a servir en la mesa del Rey. Pero por encima de todo estaban tres lores: Northumberland, Suffolk y el duque de Ormond, que llegaron a caballo antes de la comida y se quedaron así todo el tiempo. Al final trajeron a Dimock, el campeón del Rey, vestido de armadura y a caballo, con lanza y escudo, y un heraldo proclamó: «Si alguien se atreve a negar que Carlos II es el legítimo rey de Inglaterra, aquí hay un campeón que luchará con él». Tras estas palabras el campeón arrojó su guante, haciéndolo tres veces mientras se acercaba a la mesa de Su Majestad. Cuando por fin llegó, el Rey bebió a su salud e hizo que le llevaran la copa, que era de oro; se la terminó y volvió a montarse con ella en la mano. Paseé entre las mesas viendo a los obispos y al resto de la gente, lo que me agradó mucho. En la mesa de los lores encontré a Will Howe, quien le habló a milord de mi parte y me trajo cuatro conejos y una gallina. Luego el señor Creed y yo conseguimos que el señor Michell nos diera algo de pan, así que comimos en

una platea, igual que hacían los demás con lo que recibían. Disfruté mucho yendo de un lado para otro, mirando a las damas y oyendo música de todo tipo, pero sobre todo los veinticuatro violines. Sobre las seis la comida había terminado y subí a ver a mi esposa, a la que encontré con una preciosa dama (la señora Franklyn, esposa de un médico amigo del señor Bowyer); las besé a las dos y al rato las llevé con el señor Bowyer. Es extraño que hiciera buen tiempo durante los dos días, hasta que todo terminó y el Rey salió del Hall, porque en ese momento se puso a llover y a tronar como no lo he visto hacer en varios años. La gente se ha fijado mucho en esto, como si fuera la bendición de Dios a lo que ha pasado estos días, aunque me parece una tontería hacer caso de esas cosas. Observé un poco de desorden, pues los criados del Rey tomaron el palio y no se lo querían dar a los barones de los Cinque Ports, aunque estos intentaron obligarles a devolvérselo. No lo lograron hasta que el lord duque de Albemarle hizo que le fuera entregado a *sir* R. Pye; mañana se resolverá la cuestión[44]. Mucha gente en casa del señor Bowyer, algunos que conocía y otros que no. Estuvimos en la azotea y abajo hasta que se hizo tarde, esperando los fuegos artificiales, pero esta noche no ha habido. Sin embargo la ciudad estaba esplendorosa con tantas hogueras. Al final fui a King Street, y allí mandé avisar en casa de mi padre y en la mía que no iría esta noche, por la suciedad y porque era imposible conseguir un coche. Después de tomarme una cerveza solo donde la señora Harper, regresé a casa del señor Bowyer. Pasado un rato llevé a mi esposa y a la señora Franklyn (con quien tuve el detalle de ofrecerle que durmiera esta noche con mi esposa en casa de la señora Hunt) a Axe Yard, en uno de cuyos extremos había grandes hogueras y muchos hombres y mujeres galantes. Cuando nos vieron, nos hicieron brindar por el Rey arrodillados sobre un haz de leña, y mientras lo hacíamos, ellos brindaban por nosotros. Nos pareció un juego absurdo. Sin embargo siguieron así un buen rato, y me admiró ver cómo bebían las mujeres. Al final mandé a mi esposa y a su compañera a la cama y yo me fui con el señor Thornbury (que era el que suministraba vino a toda la compañía, pues trabaja en la bodega del Rey) a su casa. Allí brindamos por la salud de Su Majestad junto a su esposa, dos de sus hijas y algunos caballeros hasta que uno de ellos se desmayó, completamente borracho, y se puso a vomitar. Yo me fui a casa de milord en bastante buen estado, pero en cuanto me acosté con el señor Shipley la cabeza me empezó a zumbar y vomité. Si alguna vez he estado borracho de verdad ha sido esta, aunque no puedo decirlo con mucha seguridad porque me quedé dormido hasta esta mañana. Cuando me desperté, estaba empapado de mis propios vómitos. Así terminó el día: con

alegría en todas partes; bendito sea Dios porque no he oído de ninguna desgracia para nadie, excepto [*sir* John] Glynne, cuyo caballo cayó sobre él ayer y es probable que muera, algo que agrada a la gente, pues ven que Dios es justo castigando a tal rufián en este preciso momento: en su calidad de juez acompañaba en la cabalgata a [*sir* John] Maynard, a quien la gente desea la misma suerte[45]. También esta noche en King Street una mujer perdió el ojo porque un muchacho arrojó una tea en su coche. Ahora que todo ha terminado puedo decir que, además del placer de ver tantas cosas gloriosas, ya puedo despreciar cualquier otra y despreocuparme de ver en el futuro cosas del Estado o espectáculos, porque estoy seguro de que nunca contemplaré nada parecido en este mundo.

24 de abril

Me desperté entristecido por haber bebido anoche, lo que lamento mucho, así que me levanté y fui con el señor Creed a tomarme el trago, que fue de chocolate para reponerme el estómago. Luego a por mi esposa. Por la noche me puse a escribir el diario de estos últimos tres días, y mientras estoy en ello oigo el ruido de los fuegos artificiales que están haciendo en el Támesis ante el Rey. Me gustaría estar allí y lamento no poder verlos. Luego, a la cama.

6 de mayo

Esta noche me entero de que ha muerto el hijo del duque de York. Me parece que esto va a agradar a muchos, y me dicen que el mismo Duque y su esposa no están muy afectados.

8 de mayo

Esta mañana vino mi hermano John a despedirse, pues vuelve mañana a Cambridge. Después de reprenderle por irse el otro día a Deptford con Will y los oficiales principales le di algún consejo y veinte chelines en dinero, y se marchó. He estado todo el día en casa con los obreros, sin comer nada. Me gustó mucho ver cómo avanza el trabajo. Por la noche viene mi esposa de casa de mi padre, muy indispuesta porque hoy le han quitado un diente; me incomoda, y más todavía por la cantidad de suciedad que hay. Hoy recibo una carta de mi tío, que me pide uno de mis viejos violines para mi primo Perkin, el molinero: su molino ha sido destrozado recientemente por el viento y no le

queda otra cosa para ganarse la vida que tocar el violín. Necesita tener uno antes del domingo de Pentecostés, pero me irrita que mi tío me escriba como si él no pudiera comprárselo. No obstante, le enviaré uno mañana. Por la noche escribo el diario desde mi último viaje hasta ahora, y luego a la cama. Mi esposa no está bien, y yo muy enfadado con ella por venir en ese estado.

9 de mayo

Con los obreros toda la mañana; mi esposa enferma y con mucho dolor por su vieja afección, lo que me incomoda por lo sucia que está la casa. Me puse a preparar las cuentas para milord y cuando terminé se habían hecho las nueve de la noche. Fui al Guardarropa, la primera vez desde que *milady* se estableció allí, y la encontré sola. Me enseñó todos los aposentos, que están ya amueblados y parecen muy agradables. Al rato viene milord, y, después de repasar mis cuentas, regresé a casa, a oscuras y con mucha suciedad. Luego, a la cama.

11 de mayo

El señor Moore y yo fuimos a Gray's Inn y yo a un barbero, donde me afeité y arreglé el pelo; últimamente me he vuelto algo cuidadoso con esto, pues he descubierto que me sienta bien más largo.

12 de mayo

Mi esposa pasó una noche muy mala, con mucho dolor, pero cerca del amanecer se le reventó la inflamación, con lo que se quedó bastante más tranquila. Le puse un paño en el agujero (que me mandó ayer el doctor Williams) para mantenerlo abierto mientras sale toda la sustancia; sin duda pronto volverá a estar bien. Estuve toda la mañana en casa, pues hoy es el día del Señor, haciendo mis cuentas particulares y poniendo los papeles en orden. A mediodía salí a ver a *lady* Mountagu en el Guardarropa, pero era tan tarde que volví de nuevo y comí con mi esposa en su habitación. Después de comer fui a Westminster y oí al doctor Fuller predicar en el Savoy sobre las palabras de David: «Esperaré con paciencia todos los días de mi tiempo hasta que venga mi cambio», pero me pareció un sermón malo y árido. Me temo que mi buena opinión sobre sus sermones tenía más de impresión que de buen juicio. Camino a casa me encontré con el señor Creed, con el que estuve paseando

por Gray's Inn Walks, y luego a Islington, donde comimos y bebimos. Después me fui a casa admirado del cambio del señor Creed, que hace doce meses se habría colgado antes de ir a una taberna en domingo.

19 de mayo, día del Señor

Caminé por la mañana hacia Westminster, y, al ver a tanta gente en York House, entré y vi que había misa, pues están los embajadores españoles; pasé a una de las galerías y oí dos misas, aunque creo que no de la manera en que las he visto antes[46]. Después salí al jardín y allí me di un par de vueltas, pero el lugar no me pareció tan bueno como lo había imaginado desde fuera.

23 de mayo

Hoy fui a ver a milord y aclaré las cuentas con el señor Shipley. Luego con él, el señor Moore y John Bowles a la casa de vinos del Rhin, donde se nos unió Jonas Moore, el matemático, que con argumentos muy razonados nos convenció de que Inglaterra y Francia fueron en un tiempo el mismo continente. Dijo muchas otras cosas, no tanto para demostrar que las Escrituras son falsas como para probar que el tiempo en ellas no está bien computado ni se entiende bien[47]. De allí por el río a casa, donde me cambié y me puse el traje negro de seda (la primera vez que me lo pongo este año), y luego a casa del Alcalde en coche, donde había muchísima compañía honorable y mucha diversión[48]. En la mesa tuve una agradable conversación con el señor Ashmole, en la que me aseguró que las ranas y muchos insectos caen ya formados del cielo. Muchos se dieron cuenta del comportamiento singular del doctor Bates, que ni se levantó ni brindó por el Rey.

24 de mayo

Toda la mañana en casa haciendo mis cuentas particulares, y es la primera vez que estoy claramente por encima de las quinientas libras en dinero, junto a todos los bienes de mi casa, etc. Por la tarde mucho tiempo en la oficina y luego al Guardarropa, donde milord estaba cenando. Paseé un buen rato hasta que terminó, y le enseñé las cuentas. Le encomendó al señor Moore que me pagara lo que se me debe. Cuando bajé a la cocina para tomar un poco de pan y mantequilla cogí a una de las doncellas por la barbilla pensando que era Susan, pero resultó ser su hermana, que se le parece mucho. De allí a casa.

26 de mayo, día del Señor

Me quedé un rato en la cama. Escuché un buen sermón en nuestra iglesia, donde llevaba bastantes semanas sin ir. Comí en casa, solo con mi esposa, satisfecho de que todo empiece a parecer casi ordenado. Hoy el Parlamento recibió la comunión [de manos] del doctor Gunning en St. Margaret's, Westminster[49]. Por la tarde, los dos *sir* William vinieron a la iglesia. Después a casa y luego a la Mitra, donde me encontré al doctor Burnet, la primera vez que me tomo algo con él, y a mi tío Wight, y estuvimos hablando y bebiendo un buen rato. Luego a casa de *sir* W. Batten, donde a propósito he estado mucho tiempo sin ir para que tengan de mí una mejor opinión. Allí me dicen que la señora Browne, hermana de *sir* William, está de parto y que yo seré uno de los padrinos, a lo que no me pude negar. Sin embargo me molestó mucho tener ese gasto sin ningún objeto, y a causa de eso apenas pude dormir; esta mañana lo pensé mejor y creo que estará bien hacerlo. Hoy *sir* W. Batten me contó que al señor Prin (uno de los dos o tres que hoy rehusaron recibir el sacramento de rodillas) le ofrecieron por error el cáliz más adelante, y lo aceptó. Además, el doctor Gunning se lo negó a uno que no quería tomarlo de rodillas, pero más tarde otro se llevó la hostia y la tomó sentado, lo que parece ridículo. A casa y a la cama.

29 de mayo, cumpleaños del Rey

Me levanté temprano, y después de ponerme elegante y guardar seis cucharas y una escudilla de plata para regalar hoy, *sir* William Penn y yo cogimos un coche hasta Walthamstowe. Allí escuché el sermón del señor Radcliffe, mi antiguo compañero en el Colegio de San Pablo. Lo lee todo y el sermón es muy simple, pero no esperaba nada mejor. Volví a comer a casa de Batten y luego, después de pasear por el jardín, fuimos a casa de la señora Brown, donde *sir* W. Penn y yo éramos los padrinos, y las señoras Jordán y Shipman las madrinas de su hijo. Antes y después del bautizo estuvimos arriba con las mujeres en su habitación, y no sé si lo hicimos bien o mal, pero seguimos lo que nos decía la señorita Batten. Le di diez chelines a la matrona, cinco a la enfermera y dos a la criada de la casa. Sin embargo, como esperaba ser yo quien le diera el nombre al chico y no lo hice (le han puesto John), me abstuve de regalarle la escudilla. Al terminar fuimos a casa de la señora Shipman, que hace una excelente mantequilla; allí vi muchísima leche y nata, la más limpia que he visto en mi vida. Después de hincharnos a nata nos

despedimos y nos marchamos. Por el camino nos divertimos mucho viendo qué coche era más rápido, si el de *sir* W. Batten o el de *sir* W. Penn; ellos llevaban cuatro caballos y nosotros dos, pero les ganamos. Sin embargo, lo pagué manchándome el traje y el abrigo de terciopelo.

30 de mayo

Vino a la oficina *sir* G. Carteret y estuvo un rato, muy enfadado con los dos *sir* William porque estos se hacen responsables de la flota sin que estuvieran todos. Luego el Controlador y yo al café, donde hablamos de muchas cosas durante bastante tiempo. Me dicen que el Parlamento ha emitido hoy un proyecto de ley para que regresen los obispos a la Cámara de los Lores. Lo han hecho con tanta prisa solo para fastidiar al señor Prin, que todos los días se muestra muy hosco con ellos en sus discursos en la Cámara.

2 de junio, Pentecostés

Cuando terminé con el barbero, a la iglesia, donde oí un buen sermón del señor Mills muy apropiado para el día. Luego a casa a comer y de nuevo a la iglesia. De vuelta a casa me encontré a Greatorex (a quien esperaba hoy a comer), que venía a verme, así que nos subimos a mi habitación a beber vino y comer anchoas. Estuvimos hablando de matemáticas un par de horas y, entre otras cosas, me explicó el funcionamiento de las poleas, y que lo que se gana en fuerza con ellas, se pierde en tiempo. Llovía mucho (como lo ha hecho últimamente, tanto que nos tememos una hambruna), por lo que se vio obligado a quedarse más tiempo del que quería. Por la noche, después de las oraciones, a la cama.

3 de junio

Al Guardarropa, donde hablé con milord y me dio instrucciones sobre el trabajo del Guardarropa para el caso de que, en su ausencia, se muriera el señor Townsend. Me dijo que ahora que sale al mar tiene previsto ponernos a mí y al señor Moore al cargo de este asunto. Me habló de varios asuntos como a una persona en la que se deposita toda la confianza, de lo que estoy orgulloso. Aproveché la ocasión para decirle algo que tenía en mente desde hace tiempo: que puesto que Dios ha tenido a bien bendecirme, deseo proporcionarle algo a mi padre, así que he pensado en el puesto del señor

Young en el Guardarropa, del que desearía que él dispusiera si me llegaba la renuncia. Milord me prometió abiertamente que se lo concedería, lo que me alegró mucho.

4 de junio

El Controlador vino esta mañana a llevarme a ver un par de casas cerca de nuestra oficina que pensaba coger para él o para el señor Tumer; luego yo podría disponer de los aposentos del señor Turner y él ocuparía los míos y los del señor Davis. Sin embargo, no nos gustaron las casas, por lo que el plan queda paralizado de momento. Después nos fuimos a casa de lord Crew a comer con él. Tuvimos una charla muy buena sobre qué hay que hacer para que nuestros jóvenes nobles y caballeros consideren dedicarse más al mar, y que piensen que es un servicio tan honorable como la guerra en tierra. Entre otras cosas nos contó que, en tiempos de la reina Isabel, un joven noble se ocupaba en servir a otros nobles hasta que se hacía mayor. Él fue testigo de cómo el joven lord Kent atendía en la mesa a lord Bedford cuando a este le llegó una carta anunciando que el título de conde de Kent había recaído en su asistente. Inmediatamente se levantó de la mesa y le hizo sentarse en su lugar, ocupando él un lugar más bajo, por ser eso lo que correspondía[50]. De allí al teatro, a ver *Harry the 4th*[51], una buena obra.

5 de junio

Esta mañana le di a mi mujer cuatro libras para que se las gastara en un encaje y en otras cosas para ella. Yo al Guardarropa y después a Whitehall y a Westminster, donde comí con milord y Ned Pickering a solas en sus aposentos. Después a la oficina, donde estuve trabajando; luego, *sir* W. Penn y yo fuimos a casa con *sir* R. Slingsby a jugar a los bolos en su callejón; nos lo pasamos bien. Al terminar, entramos y estuvimos bebiendo y hablando. Después volvimos a casa *sir* William y yo, y como hacía mucho calor saqué mi flageolet y toqué sobre el emplomado del jardín. *Sir* W. Penn salió en camisa a su emplomado y allí estuvimos hablando y cantando, bebiendo buenos vasos de clarete y comiendo *botargo*[52], pan y mantequilla hasta las doce de la noche, pues había mucha luna; luego a la cama, muy embotado.

9 de junio, día del Señor

Hoy mi esposa se puso su vestido negro de seda, que ahora está todo decorado de encaje de estambre de seda negra, a la moda; está muy bonita. Fuimos a los aposentos de *milady* en el Guardarropa, comimos y me trataron muy bien. Dejé a mi esposa allí y caminé hasta Whitehall. Me encontré al deán Fuller, con el que estuve paseando un buen rato; entre otras cosas hablamos de la libertad con que los obispos (nombrando al de Galloway) ordenan a quien se les antoja. Entre ellos, un tal Roundtree, un simple mecánico que antes estuvo de párroco en [la cárcel de la calle] Fleet[53]. Me dijo que presentaría quejas al respecto. Cuando llegué a casa vino un recado de milord para que me presentara allí mañana por la mañana.

10 de junio

Temprano a casa de milord, que me dijo en privado que el Rey le ha nombrado Embajador para traer a la Reina[54]. Tiene que ir a Argel para resolver ese asunto y preparar allí la flota. Después regresar a Lisboa con tres barcos y allí encontrarse con la flota que ha de seguirle. Me había hecho ir para confiarme que me encargue durante su ausencia de todo lo relativo a estos grandes preparativos; recibiré órdenes del lord Canciller y del señor Edward Mountagu. De todo esto me alegro sin medida por el honor que representa para milord, y espero que por los beneficios que me pueda reportar.

19 de junio

Casi toda la mañana en casa viendo cómo terminan los pintores la escalera, muy a mi gusto. Luego con el señor Moore a Westminster Hall y después por el río al Guardarropa, donde estuvimos muy bien. Más tarde a casa, a trabajar toda la tarde. Por la noche a la Lonja a ver a mi tío Wight para hablarle de mis intenciones de comprar algo en Brampton. De allí vuelvo a casa, y a la cama. Gracias a Dios estoy muy bien de mis recientes achaques, y mañana espero librarme de las molestias de tener la casa sucia y desordenada, de lo que ya estoy muy cansado. Debo anotar una cosa aquí, y es que me he convertido en la persona más negligente del mundo en lo referente a noticias, porque hoy día ni puedo dar ninguna ni le pregunto a nadie por nada.

24 de junio, día de solsticio

Hoy hacemos fiesta y no vamos a la oficina. Toda la mañana en casa. A mediodía mi padre vino a ver la casa terminada, que ya está muy limpia. Nosotros dos y el doctor Williams (que ha venido a ver a mi esposa, cuyo vientre hinchado ya parece peligroso, según piensa ella) a la casa de comidas frente a la Lonja, donde comimos. Tuvimos una gran discusión con el dueño cuando nos trajeron la cuenta, pues lo ha puesto todo demasiado caro.

25 de junio

Arriba esta mañana a ordenar mis papeles y separar los de milord, así que ya no queda allí nada que sea mío, como ha venido pasando hasta ahora. Esta mañana vino el señor Goodgroome (recomendado por el señor Mage), con quien he acordado darle de momento veinte chelines, lo que hago, y otros veinte más cada mes para que me enseñe a cantar. Empezamos, y espero llegar a algo con esto. Su primera canción es «*La cruda la bella*».

26 de junio

En casa de mi padre veo una carta de mi tía en la que cuenta que mi tío Robert está con mareos, por lo que desean que mi padre vaya a ocuparse de sus asuntos. Deducimos que está muy enfermo. Mi padre piensa irse mañana. Hágase la voluntad de Dios.

27 de junio

A casa de mi padre y con él a la del señor Standing a tomarnos el trago. Le conté que quería que hablara con mi tío Robert respecto a lo de comprar terrenos: que yo pagaría seiscientas libras en efectivo y el resto a ciento cincuenta libras anuales. Lo hago, aunque no tengo más de quinientas libras en metálico, para que me tenga por mejor ahorrador de lo que soy. Me despedí de mi padre, que parte esta mañana a casa de mi tío a causa de una carta de mi tía de esta semana en la que dice que mi tío no está bien y que necesita la ayuda de mi padre.

28 de junio

Toda la mañana en casa practicando canto, mi gran ocupación ahora, y a mediodía a comer con *milady*. Luego volví a la oficina, donde estuve

trabajando hasta las siete de la noche, en que me fui con *sir* W. Penn en su coche a Moorfields. Allí estuvimos paseando y nos paramos a ver la lucha, que no conocía, entre hombres del norte y del oeste. Después, a casa; esta noche hicimos que pusieran nuestra cama en la habitación que llamamos de los niños, donde nos acostamos. Me gusta mucho la habitación.

29 de junio

A causa de una carta del Duque, en la que se queja del retraso de los barcos que hay que preparar, fuimos a Deptford los dos *sir* William y yo a investigar los retrasos, y allí nos dieron explicaciones. Luego vuelvo a casa y allí hasta la tarde, en que me fui a las Campanas, en el Strand, donde había quedado con los señores Chetwind, Gregory y Hartlib, de nuestro viejo club, y con el señor Kipps; estuvimos bebiendo y hablando con mucho placer hasta tarde, en que volví a casa andando, y a la cama. El señor Chetwind se ha puesto gordo y amarillento de mascar tabaco, cuando antes estaba tísico; durante nuestra conversación me recomendó *Ecclesiastical Polity*, para él el mejor libro, el único que le había convertido en un cristiano; esto me anima a comprarlo, lo que haré en breve[55].

30 de junio, día del Señor

A la iglesia, donde observo que las colectas benéficas se han hecho tan habituales los domingos que he decidido no dar más. Después de comer, los dos *sir* William y yo por el río a Whitehall, donde encontramos al Duque y le explicamos la causa por la que no podíamos enviar los barcos: se debe únicamente a que el viento ha ido siempre en contra, y no podían salir del río. De allí solo a Gray's Inn Walk, encantado de ver a las damas paseando y tarareando para mí el trino (lo ensayo constantemente desde que empecé a aprender canto). Con la práctica veo que lo estoy consiguiendo. A casa muy cansado, y a la cama. Hoy vino el embajador portugués a Whitehall a despedirse del Rey, pues está a punto de terminar los preparativos para traer a la Reina. El tiempo ahora es muy agradable, pero caluroso. Mi padre ha ido a Brampton a ver a mi tío Robert, sin saber si lo encontrará vivo o muerto. Yo me he metido últimamente en muchos gastos, por ropa y otras cosas, pero espero compensarlo este verano con los preparativos que tengo que hacer para enviar la próxima flota a [recoger a] la Reina. Mi salud es buena, pero me

resfrío con facilidad, por lo que a pesar del calor me pongo una prenda en el vientre.

2 de julio

A Westminster Hall y paseando por allí. Estuve hablando con algunas personas, entre otras mi primo Roger Pepys, que me preguntó si tenía noticias de mi padre desde que se fue a Brampton. Ayer las tuve: me cuenta que mi tío está a veces atontado, otras como borracho y a veces simplemente sin habla. A casa. Después de terminar con mi profesor de canto cogí un coche y fui a la ópera de *sir* William Davenant; hoy es el cuarto día desde que la abrieron y la primera vez que voy. Interpretaron la segunda parte de *The Siege of Rhodes*[56]. Estuvimos un buen rato esperando al Rey y a la reina de Bohemia. Al romperse un tablero sobre nuestras cabezas cayó mucho polvo sobre los cuellos de las damas y el pelo de los hombres, lo que causó bastante diversión. Al llegar el Rey se abrió el escenario, que es ciertamente muy bello y esplendoroso. La obra muy bien representada, excepto el eunuco, que cantó tan mal que lo echaron del escenario con los silbidos. En casa escribí cartas a milord en el mar, y a la cama.

3 de julio

Comí en el Guardarropa con *milady*, de luto por la muerte de su hermano, el señor Samuel Crew, que falleció ayer de la fiebre moteada[57]. A casa por Duck Lane buscando algunos libros españoles, pero ninguno me gustaba. Luego a la oficina. Al terminar fui a casa de *sir* W. Batten con el Controlador, donde estuvimos hasta tarde hablando y debatiendo con el señor Mills, el párroco de nuestra parroquia. Hoy *milady* y mi esposa estuvieron en el entierro de una hija de *sir* John Lawson y les dieron anillos para ellas y sus maridos[58]. A casa y a la cama.

4 de julio

En casa toda la mañana. Por la tarde fui al teatro y vi *Claracilla* por primera vez, bien interpretada[59]. Es raro ver esta sala, que antes estaba atestada, tan vacía desde que abrieron la Ópera, y creo que seguirá así bastante tiempo. Pasé por casa de mi padre y allí me enteré de que mi tío Robert sigue con sus ataques de estupefacción todos los días, y que le duran

hasta diez o doce horas seguidas. De allí, de noche, a la Lonja. Fui con mi tío Wight a la Mitra. Nos lo pasamos bien, pero le sienta muy mal que mi padre vaya solo a Brampton y no le diga nada. Intenté quitárselo de la cabeza, pero no pude. Allí estaba el señor Battersby, el boticario. Me dijo que si mi tío había tenido hemorroides anteriormente (lo creo) y ahora han parado, se apuesta la vida a que sangrándole con sanguijuelas por detrás le curaría. Pero estoy decidido a no interferir en esto. A casa y a la cama.

6 de julio

Me desperté esta mañana con la noticia, traída ex profeso por un mensajero, de que mi tío Robert murió ayer. Me levanté con mucha pena por un lado y contento por otro, a causa de mis expectativas. Me arreglé y fui a contárselo a mi tío Wight, *milady* y algunos otros; me compré un par de botas en St. Martin's Street y me preparé. Luego a la casa de postas, donde salí a las once o las doce llevando conmigo al mensajero que vino esta mañana; cabalgando, llegamos a Brampton sobre las nueve. Allí encontré bien a mi padre. El cadáver de mi tío estaba en una caja sobre caballetes junto a la chimenea, en el salón, pero empezó a oler e hice que lo pusieran en el patio para la noche, vigilado por dos hombres. Encontré a mi tía en la cama, tremendamente alterada, y me dio pena. Mi padre y yo dormimos juntos, yo ansioso por conocer el testamento, pero no pedí verlo hasta mañana.

7 de julio, día del Señor

Por la mañana mi padre y yo paseamos por el jardín y leímos el testamento. Aunque no me deja nada hasta la muerte de mi padre, o bastante poco, estoy muy satisfecho al ver que se ha portado muy bien con todos nosotros y con el resto de la familia. Al terminar fuimos a preparar las cosas, cintas y guantes, para el entierro, que se hizo por la tarde. Como era domingo vino mucha gente, tanto cercana como lejana. En el desorden más grande que nunca vi nos las arreglamos para servirles el vino y otras cosas que teníamos y llevar el cadáver a la iglesia, donde ofició el señor Taylor. El señor Tumer hizo el sermón, en el que no dijo nada concreto sobre él, excepto que el ser tan conocido por su honradez hablaba más sobre él de lo que pudiera decirse ahora. Hizo un sermón muy bueno. A casa con algunos acompañantes que cenaron allí y, con todo más tranquilo, a la cama por la noche.

8, 9, 10,11, 12 y 13 de julio

Me puse a trabajar y mi padre a repasar sus papeles y ropas. Estuve así toda la semana, molesto con el innoble malhumor de mi tía. Nos llegaron noticias de que Tom Trice ha presentado una solicitud legal contra nosotros de parte de su madre, a quien nuestro tío no ha dejado nada por motivos justificados allí expresados, lo que también nos preocupa[60]. Pero, sobre todo, lo que más nos incomoda es que sus posesiones no son lo que esperábamos, ni lo que todos creen. Tampoco los documentos están tan ordenados como yo quisiera, sino todos confundidos, y se me rompe la cabeza al intentar comprenderlos. Además nos faltan los documentos de cesiones de tierras, sin los cuales estas no serían para nosotros sino para el heredero legal[61]. Entre esto, lo mala que es la bebida, lo mal que pienso de la carne y los picotazos de los mosquitos por la noche, mi frustración por no poder volver a casa y el problema de ordenar los documentos, estoy como loco de preocupación. Lo único es que aparento estar satisfecho para no preocupar a mi padre.

15 de julio

Me levanté a las tres de la mañana y fui a caballo a Cambridge, donde llegué sobre las siete. Después de arreglarme fui a Christ College y encontré a mi hermano John en la cama a las ocho, lo que me irritó. Luego a la capilla de King's College; allí vi a los estudiantes con sobrepelliz en un servicio con órgano, algo extraño en comparación con lo que veía cuando yo estaba. Después con el doctor Fairbrother (a quien encontré allí) a la taberna de la Rosa, donde pedí algo de vino. A mediodía me monté de nuevo en el caballo y fui hasta Impington: allí estaba sentado mi viejo tío completamente solo, como alguien fuera de este mundo: apenas puede ver, pero todo lo demás lo hace con bastante viveza. Luego, con él y el doctor John Pepys[62], leí el testamento y me dieron su opinión.

22 de julio

Me levanté a las tres y salí hacia Londres sobre las cuatro, pero el día era muy frío, y como no me había puesto más medias que unas de hilo bajo las botas, me compré otras recias de lana en Bigglesworth. Al fin llegué a Londres; dejé el caballo en Smithfield, fui a casa de mi tío Fenner, a la de mi madre, a la de *milady* y más tarde a la mía, y en todas vi que las cosas estaban lo bien que podía esperarse. Así que, cansado, a la cama.

23 de julio

Me puse de luto. Visité a *sir* W. Penn y a Batten. Luego a Westminster; en el Hall estuve hablando un buen rato con la señora Michell, y por la tarde, no estando en condiciones de trabajar, fui al teatro, donde vi *Brennoralt*[63] por primera vez. La obra parecía buena, pero mal interpretada. Me senté delante de la señora Palmer, la amante del Rey, y estuve mirándola todo el tiempo. Después a casa de mi padre, donde deliberé con mi tío Thomas sobre el testamento y le di todas las explicaciones que pude.

Luego a casa de mi tío Wight, pero había salido. Me molesta enterarme de que mi hermana Pall se está volviendo orgullosa y vaga, por lo que estoy decidido a no mantenerla.

24 de julio

Esta mañana mi esposa me dice en la cama que nos han robado la jarra de plata, lo que me tiene enfadado todo el día por el descuido de mi gente, que se dejó la puerta abierta. Mi esposa y yo a Whitehall por el río, y yo a ver a mi primo Thomas para hablar largamente con él sobre el asunto del testamento de mi tío. No nos puede dar información sobre sus propiedades, pero en conjunto me dice que cree que ha dejado poco dinero, aunque algo más de lo que hemos encontrado, que son unas quinientas libras. A casa por el río y a la oficina toda la tarde: es un gran placer para mí volver a estar al mando y con personas de calidad. Dejo caer entre ellos que lo que me ha quedado son doscientas libras al año en tierra, además de dinero, para hacer que me valoren. Por la noche a casa, y, tras anotar en el diario desde que salí de Londres hasta ahora, a la cama. Me entero esta tarde de que mi hombre, Will, ha perdido su capa, que estaba junto a mi jarra, de lo que me alegro.

25 de julio

Esta mañana vino mi caja de documentos de Brampton, con todo lo de mi tío, lo que me va a dar bastante trabajo. A mediodía fui a la Lonja, donde vi a mi tío Wight y le encontré muy descontento con mi padre (no sé si porque se ha tomado a mal que no se le hayan contado las cosas o porque no le han dejado nada). Como me molestó, no me quedé mucho tiempo hablando con él. De allí a casa de mi madre, donde estaba mi esposa con mi tía Bell y la señora Ramsey; mucho cotorreo entre las ancianas, sobre todo mi madre, que

cree que le ha tocado Dios sabe qué. Me pongo como loco, aunque no es el momento de hablar con ella de eso, por lo que me voy con el señor Moore al teatro a ver *The Jovial Crew*[64], la primera vez que la veo. Desde luego es la más alegre e inocente obra que nunca vi, y bien interpretada. De allí a casa; le escribí a mi padre y después a la cama. Le doy muchas vueltas a los problemas que surgirán antes de ver cuánto nos toca de todo lo que esperábamos.

26 de julio

Paseando, me encontré al señor Hill, de Cambridge. Parece saber mucho de asuntos de Estado y me cuenta que ayer se produjo un giro en la situación de Inglaterra en lo referente a la Iglesia: el Rey se vería ahora forzado a favorecer al Presbiterio o Londres le daría la espalda[65]. No creo lo que dice, aunque preguntando me entero de que las cosas están bastante liadas en el Parlamento. A casa a mediodía, donde estaba el señor Moore. Fuimos a una casa de comidas, leímos el testamento de mi tío y me dio su opinión: todavía tengo más y más problemas que afrontar. De vuelta a la oficina toda la tarde, y al terminar, ya de noche, a casa. Al principio de esta semana me hice la promesa de no beber vino durante la misma (pues veo que no me conviene para mi trabajo) y hoy, que la he roto contra mi voluntad, estoy muy enfadado, aunque espero que Dios me perdone.

27 de julio

A Westminster. En los aposentos del señor Mountagu oí a un francés, amigo de *monsieur* Eschar, tocar la guitarra: lo hace muy bien, pero me parece que como mucho llega a bagatela.

29 de julio

Comí en casa con mi hermano Tom y después estuvimos mucho tiempo hablando solos en mi habitación. Por lo que veo, mi padre tendrá que arreglárselas sin obtener beneficio de su casa de Londres y dejársela a Tom, porque este no tiene intención de establecer su negocio en otro sitio, y no sé qué hacer con él. Después fuimos a ver a mi madre, a la que le expliqué que las cosas han salido peor de lo que esperábamos. Aunque es verdad, lo hice para que modere sus gastos, a los cuales está últimamente muy dispuesta con

la idea de que puede contar con lo que mi tío va a dejarnos, y eso me enfada mucho.

5 de agosto

Temprano a Huntingdon, pero me tuve que parar un buen rato en Stanton a causa de la lluvia. Allí le alquilé el abrigo a un hombre por seis peniques y así siguió el pobre todo el camino, sin nada encima. Estuve un rato en Huntingdon, pero todavía no habían venido los jueces y me fui a Brampton, donde encontré bien a mi padre. Mi tía se ha ido de la casa, de lo que me alegro, aunque nos ha costado bastante dinero, es decir, diez libras.

6 de agosto

Cogí un caballo para Londres y con mucho esfuerzo, porque los caminos estaban muy mal, llegué a Baldwick, donde cené solo. La patrona era muy guapa, pero no me atreví a hacerle ningún caso porque su marido estaba allí. Antes de cenar fui a ver la iglesia, que es muy elegante, pero observo que tanto aquí como en otros sitios a los que voy siguen los cuáqueros, y aumentan más que disminuyen. A la cama.

12 de agosto

En la oficina toda la mañana y en casa por la tarde. Me entero de que lord Hinchingbrooke ha caído enfermo y temo que haya sido por la fruta que le di el sábado pasado en mi casa. Por la noche fui a verle y lo encontré muy mal, con miedo de que sea la viruela. Volví a casa con el corazón lleno de preocupación por la enfermedad de lord Hinchingbrooke y más todavía por el propio lord Sandwich, de quien se ha confirmado que ha desembarcado enfermo en Alicante; si muriera, sabe Dios en qué situación se quedaría su familia.

13 de agosto

Al Sello Real por la mañana y luego a comer al Guardarropa, donde me encontré a mi esposa. El joven lord seguía muy enfermo. *Milady* desea enviar a sus otros tres hijos, Sidney, Oliver y John, a mi casa por miedo a la viruela. Después de la comida fui casa de mi padre y le encontré preparando sus

papeles para trasladarse. Vi unos papeles de mi riña con mi esposa y me los guardé[66]. Como Pall estaba allí hablé con mi padre de mi intención de no mantenerla más, y le di las razones. Terminamos todos enfadados y tuve palabras fuertes con mi madre, que se ha vuelto una mujer muy corta. Con mi padre a la taberna del señor Rawlinson, donde más tarde vienen mi tío Thomas, sus dos hijos y mi tío Wight, con quienes estábamos citados. Leímos el testamento y les dije cómo están las cosas y que pensábamos tener un detalle con mi tío Thomas si hacía las cosas pacíficamente, pero que sería distinto si mantenía su recurso contra nosotros. Él prometió retirarlo y pareció conforme con la situación. Después de beber, pagamos y nos separamos. En casa estaban los chicos de *milady*, y me alegra poder hacerle a ella y a milord un favor de este tipo, aunque sigo preocupado por la salud de milord.

14 de agosto

Esta mañana, con *sir* W. Batten y *sir* W. Penn, fui a ver al duque de York a su habitación para darle cuenta de la situación de la Armada por falta de dinero: nuestros pagarés se ofrecen en la Lonja con un veinte por ciento de descuento. Le molesta mucho y queda en hablar de ello esta mañana con el Rey y el Consejo. En casa encontré una carta del señor Creed, del 15 de julio pasado, en la que dice que milord se ha recuperado de su dolor (se le había metido aire en los músculos de la parte derecha) y de su fiebre, y que espera embarcar en un par de días, lo que me tranquiliza mucho.

16 de agosto

Toda la mañana en la oficina, aunque con poco trabajo porque los empleados se habían ido al entierro de Tom Whitton, uno de los ayudantes del Controlador, un joven muy ingenioso y agradable. Pero es época de enfermedades, tanto en la ciudad como en el campo, por una especie de fiebre de la que casi nunca se ha oído, excepto en periodos de plaga. Entre otros, han muerto el famoso T. Fuller y el doctor Nichols, deán de San Pablo, y el general lord Monck está muy grave. Comí en casa muy a gusto con los chicos y con mi padre, y después nos fuimos los dos a unos asuntos. Nos encontramos al doctor John Williams en una cervecería de Shoe Lane, donde estuvimos hasta las nueve hablando de mi asunto del campo. Le vi muy al tanto de cómo van las cosas en Gravely, por lo que espero que me sea útil[67].

Luego, con una antorcha, a casa. Me entero de que mi tía Fenner está a punto de morir.

24 de agosto

Toda la mañana en la oficina trabajando; nos llaman a casa de *sir* W. Batten a ver la extraña criatura que el capitán Holmes ha traído de Guinea: es un gran babuino, pero tan parecido en todo a un hombre que dicen que es una especie humana. Sin embargo no lo creo, y pienso que es un monstruo salido de un hombre y una hembra. Creo que entiende bastante inglés, y soy de la opinión de que podría aprender a hablar o hacer signos. Vino a casa el capitán Isham a despedirse, pues sale para Portugal, y a recoger mis cartas para milord, que no están preparadas. No obstante le llevé a la Mitra, le invité a un vino y nos despedimos. Enseguida a la Ópera, donde vi *Hamlet, Prince of Denmark*[68], con muy buenos escenarios, y Betterton en el mejor papel del príncipe que pueda imaginarse.

25 de agosto, día del Señor

Viene mi padre, que tiene previsto irse al campo mañana, y después de hablar un rato hicimos subir a mi hermana Pall. Allí, de forma muy airada, le dije delante de mi padre que no iba a seguir teniéndola en casa, y mi padre dijo que no quería tener nada que ver con ella. Al final, después de bajarle los humos, conseguí que mi padre consintiera en llevársela al campo con mi madre. Se quedará allí a ver si se rebaja. Hecho esto, mi padre y yo fuimos a casa de mi tío Wight, cenamos allí y se despidió. Luego caminé con él hasta San Pablo y nos separamos. A casa, más tranquilo por haber terminado con mi hermana, que me altera enormemente.

26 de agosto

Esta mañana, antes de salir, arreglé cuentas con mi criada Jane, que cumple hoy tres años con nosotros y se va al campo con su madre. La pobre chica lloró, y yo no pude evitar entristecerme al pensar en su marcha, pues, aunque se ha vuelto holgazana y consentida con la llegada de Pall, creo que ninguna otra nos agradará tanto ni será tan inocente. Le pagué su salario, le di además dos chelines y seis peniques y le dije adiós, fastidiado por su marcha. De allí a casa de mi padre, donde con él y Thomas hicimos balance de las

cuentas de mi padre. Al final nos sale que todo lo que se le debe en dinero asciende a cuarenta y cinco libras, y que él debe aproximadamente la misma cantidad, así que no puedo evitar pensar en qué situación habría dejado a mi madre si hubiera muerto antes que mi tío Robert. Por la noche encuentro en casa una carta de lord Sandwich donde me dice que ya está bien de la fiebre, pero sigue en Alicante, donde cayó enfermo, y que le han sangrado dos veces. Esta carta tiene fecha de 22 de julio, por lo que estoy seguro de que ya no está enfermo.

27 de agosto

Con mi esposa en coche a comer en casa de mi primo Thomas Pepys, el albacea. Estaban allí varias damas y mis padres y lo pasamos muy bien. Sin embargo, creo que las comidas que prepara para sus invitados son pobres. Con mi esposa al teatro a ver *The Jovial Crew*[69], donde estaban el Rey, el Duque y la Duquesa y la señora Palmer. Mi esposa encantada de poder verlos tan bien a todos, y tanto tiempo. De camino a casa mi esposa me contó lo triste que es la situación de su hermano Balty, y me pide que haga algo por él. Lo intentaré, pero tengo miedo de intervenir por si más adelante no puedo excusarme si me ocupo de él una vez. Me fui a la cama y mi esposa todo el rato hablándome del caso entre lágrimas, lo que me molestó.

29 de agosto

Después de comer, a un librero hasta las cuatro, pues a esa hora había quedado con mi padre en casa de mi tío Fenner. Luego a una cervecería donde vino el señor Evans, el sastre, con cuya hija hemos pensado casar a Tom; allí estuvimos un buen rato hablando del asunto. En resumen, nos dice que no tiene nada en contra de nosotros ni de nuestra propuesta, pero que las propiedades con que Dios le ha bendecido son demasiado abundantes para regalarlas donde por ahora no hay más posesión que un trabajo y una casa, así que terminamos amistosamente.

31 de agosto

En casa y en la oficina toda la mañana. A mediodía viene Luellin y nos vamos a la taberna; luego a la Feria de San Bartolomé[70] y, por deseo suyo, a una lamentable cervecería donde se nos acercaron un par de prostitutas, pero

yo las rechacé y no me dieron placer sino preocupación: por estar allí y por tener que salir antes de que me vieran. Luego volví solo a la feria y me encontré con las señoritas Jemima y Paulina, acompañadas por el señor Pickering y *mademoiselle* Le Blanc, la sirvienta francesa, viendo el baile de los monos, que era digno de contemplar cuando conseguían que los monos se movieran, pero me molestaba la repugnante concurrencia.

Así acaba el mes. Mi criada Jane acabe de irse y solo queda Pall para hacer todo el trabajo hasta que venga una criada nueva, lo que no ocurrirá hasta que mi hermana se vaya al campo con mi madre. Yo y mi esposa con buena salud. Lord Sandwich en el Estrecho [de Gibraltar], recién recuperado de una enfermedad en Alicante. Mi padre se ha marchado a Brampton para instalarse allí, y yo con mucho trabajo y dificultades para dejar nuestras propiedades como queremos. Lo peor es que últimamente soy muy dado al teatro, a gastar, a los placeres, lo que me hace olvidar mi trabajo, y debo esforzarme por corregirlo. No entra dinero, por lo que me he visto obligado a pedir prestado bastante para mis propios gastos y para suministrarle a mi padre, y dejar así resueltos sus asuntos. Estoy muy preocupado por mi hermano Tom, que va a seguir con el negocio de mi padre, y mucho me temo que lo llevará mal por falta de cabeza y dedicación. En la Corte las cosas están mal, pues hay mucha envidia, pobreza y vicios como la bebida, el hablar de forma soez y los amoríos libertinos: no sé cómo acabará esto, excepto en desorden. Y la Iglesia tan orgullosa que todo el mundo que encuentro se queja de ellos.

En resumen, no veo ni alegría ni satisfacción por ninguna parte ni en ninguna persona. La Benevolencia[71] ha producido tan poco [dinero] y tanto descontento que habría sido mejor no promoverla. Pienso aportar veinte libras. En la oficina estamos tranquilos, excepto que todo se acumula por falta de dinero. Nuestros pagarés se venden en la Lonja con un diez por ciento de descuento. Estamos intentando que la casa de *sir* R. Ford se añada a nuestra oficina. No obstante, preveo muchas dificultades para contentar a todos a la hora de dividirla y de comprometerse personalmente a pagar la renta de doscientas libras al año, así que veo improbable que se haga. El tiempo, muy propicio a las enfermedades, con fiebres extrañas y fatales.

1 de septiembre, día del Señor

Anoche llovió mucho, y como la canaleta se atascó ha entrado agua en la casa y se ha estropeado casi todo el techo. Después de comer a casa de *sir*

W. Batten, donde estaban *sir* W. Penn y el capitán Holmes. Nos lo pasamos muy bien hablando con *sir* W. Penn sobre la jarra que le han robado, aunque no es más que un engaño: él no lo sabe, pero la jarra fue robada por *sir* W. Batten y la carta, como si fuera del ladrón, la escribí yo, con lo que nos divertimos mucho. Estuve allí toda la tarde y luego fui con el capitán Holmes en coche a Whitehall. En la conversación que tuvimos por el camino descubro que es muy amigo de milord, y me dice que son muchos los que quieren que se vaya, sobre todo marinos antiguos, como *sir* J. Mennes (no me quiso nombrar más, aunque creo que *sir* W. Batten es uno de los que le tienen envidia), pero dice que sabe que el Rey le aprecia, y también el duque de York, por lo que no hay que temer. Parece muy familiarizado con las ideas del Rey y con las diversas facciones de la Corte, y lo hablaba todo con tanta franqueza que le tomo por un verdadero partidario de milord, alguien que puede serle de utilidad, pues es un tipo astuto y (según me confiesa él mismo) capaz de mostrar cualquier faceta, mirando a sus enemigos a la cara con tanto cariño como a sus amigos. Dios mío, qué época, qué mundo, en los que un hombre no puede vivir sin comportarse como un truhán y sin fingir.

2 de septiembre

Por la mañana a casa de mi primo Thomas Pepys, el albacea; hablé con él sobre el hecho de que mi tío Thomas estuviera en el campo, pero no pudo aconsejarme nada que hacer al respecto ni sabía qué había hecho el otro en el campo, y así nos despedimos. Estuve paseando una hora o dos con el señor Pickering. Aunque es un idiota, siempre está con mucha gente y cuenta todo lo que ve u oye, por lo que cualquiera puede saber lo que se comenta en la ciudad. Observo, por lo que dice, que hay intentos de alejar a milord llevándolo al mar, y me parece que el señor Coventry y el Duque piensan que así mandarán más, pero espero que no lo consigan. Me habla con claridad de los vicios de la Corte y de lo extendida que está la sífilis; eso es lo que oigo por todas partes: que es tan común como comer o jurar.

5 de septiembre

Esta mañana a trabajar en el Sello Real; de camino me despedí de mi madre, que se marcha hoy a Brampton. Al terminar pronto en el Sello Real, cogí una barca para ir a casa de mi tío Fenner, donde estaban mi esposa, mi madre y mi hermana Pall (de la que me despedí esta mañana en casa tras

aconsejarla sobre cómo portarse con mis padres y darle veinte chelines). Las llevé a la diligencia, con Pall llorando muchísimo. Luego a comer a casa de mi tío Fenner. Por el camino encontramos a un sirviente francés, con plumas, que buscaba a mi esposa y estuvo hablando con ella en privado, pero no supe de qué, solo que mi esposa prometió ir a un sitio mañana por la mañana, lo que me intranquiliza mucho. Después de comer vinieron noticias de mi tía Kite, la viuda del carnicero de Londres, que está enferma y para morirse: manda que mi tío y yo nos encarguemos de todo y nos encomienda a su hija.

6 de septiembre

Esta mañana mi tío Fenner y yo quedamos para tomarnos el trago, y de allí a ver a mi tía Kite. Mi esposa decidida a acudir esta mañana a su cita, como manifestó ayer, y aunque puede que no sea nada grave los celos hacen que mil cosas acudan a mi mente, lo que me tiene preocupado todo el día. Encontramos a mi tía en la cama y sin aspecto, como pensábamos, de vivir mucho más. Nos habló de sus intenciones: si moría se lo dejaría todo a su hija excepto cinco libras, que serían para cada uno de los hijos de su segundo marido en caso de que estuvieran vivos al terminar su aprendizaje; si su hija muriera antes de casarse, deberían repartirse diez libras entre los hijos de Sarah Kite. Lo escribí todo para poder jurarlo en caso necesario. De allí a una cervecería mientras llovía, lo que nos entretuvo unas dos horas. Luego a comer a casa, yo solo. Como no tenía la cabeza para trabajar, porque mi esposa estaba fuera, fui al teatro. Después a la taberna del Barco hasta la noche. Entonces cogí un coche para ir a casa con *sir* William Penn. Mi esposa ya llevaba allí mucho tiempo, pero me mostré muy enfadado, y de hecho lo estoy. No le dije nada, ni antes ni en la cama: me dormí y me levanté de mal humor.

7 de septiembre

Como había quedado en ir hoy con las señoritas a ver una obra, las llevé con mi esposa al teatro, donde nos sentamos cerca del Rey, el duque de York y *madame* Palmer (una gran alegría; y desde luego no puedo dejar de admirar su belleza); ponían *Bartholomew Fair*[72], con un espectáculo de marionetas que no se ha representado en cuarenta años (como es tan satírico con el puritanismo no se habían atrevido hasta ahora; todavía es raro que se atrevan, y que el Rey lo vea), pero no me gusta más porque sea de marionetas, más

bien menos. Luego a casa con las señoritas; todavía enfadado con mi esposa, a la cama, y me levanté igual esta mañana.

9 de septiembre

Al Sello Privado por la mañana, pero milord no vino. Así que fui con el señor Morris a la cocina privada del Rey a ver al señor Sayre, el cocinero jefe, y allí nos desayunamos una buena rodaja de buey. Luego nos llevó a la bodega, donde nos lo pasamos muy bien y tomé demasiado vino. Como no estaba para trabajar, a mediodía salí un rato a pasear por Westminster Hall; de allí al teatro de Salisbury Court, donde estrenaron *Tis Pity She's a Whore*[73], una obra boba y mal interpretada, aunque tuve la suerte de sentarme junto a una dama bellísima y muy ingeniosa que me agradó mucho. En casa me enteré de que los dos *sir* William y muchos otros se habían ido al Delfín a beberse los treinta chelines que le sacamos el otro día a *sir* W. Penn por su jarra[74]. Empezamos a contarle el asunto a *sir* W. Penn, pero hoy había bebido y estaba tan aturdido que no logramos hacer que lo entendiera, lo que nos hizo más gracia todavía. Sin embargo es mejor así, porque creo que cuando pueda entenderlo se enfadará: ha hablado tanto del asunto y de las cartas que sentirá cuando se descubra que le han burlado. A casa y a la cama.

11 de septiembre

En casa me encontré con el hermano de mi esposa, Balty, muy arreglado y con su sirviente francés, que ha venido para que mi esposa le acompañe a visitar a una joven dama de la que es pretendiente y a la que tiene esperanzas de desposar. Le di a mi esposa permiso para ir con él y salieron después de comer. Fui a ver al doctor Williams, y cuando paseábamos por Lincoln's Inn Fields vimos que ponían en la Ópera una obra nueva, *Twelfth Night*[75], y que el Rey estaba allí; así que, en contra de mis propósitos, no pude resistirme a entrar, lo que hizo que la obra me pareciera una pesadez. Cuando terminó volví a casa, molesto porque le había jurado a mi esposa que no iría al teatro sin ella. Así que entre esto y todas las cosas que van tan mal respecto a la herencia de mi tío, me fui a la cama muy preocupado. Mi esposa ha ido hoy con su hermano a ver a su dama, y dice que es joven, rica y atractiva, pero que él no tiene muchas posibilidades.

15 de septiembre, día del Señor

A casa de mi tía Kite por la mañana a ayudar a mi tío Fenner con los preparativos para el entierro y, después de comer, a la iglesia con mi esposa. Tras el sermón, al entierro de mi tía; además de nosotros y la familia de mi tío Fenner no había ninguna persona de calidad, solo pobres pillastres. Fuimos a la iglesia con el cadáver y se le hizo la ceremonia junto a la tumba. Volvimos con Peg Kite, quien me parece que va a resultar una carroñera problemática para nosotros, sus albaceas. Pero si no se somete renunciaré a mi cometido.

27 de septiembre

En coche a Whitehall con mi esposa. Comimos en el Guardarropa y allí encontramos al capitán Country (mi querido capitán, el que me llevó al Sound), que ha traído uvas y melones de Lisboa de parte de milord, los primeros que he visto nunca. Mi esposa y yo tomamos una parte y nos llevamos el resto a casa. Las uvas son extraordinarias. Por la tarde llegó el señor Edward Mountagu a hablar con *milady* sobre las provisiones que hay que adquirir y que él llevará a milord. Nos dijo que no tenemos que preocuparnos de comprarlas, porque el Rey lo pagará todo, y que él se encargará de conseguirlas: esto nos tranquiliza mucho a *milady* y a mí. Nos quedamos hasta la cena y mi mujer puso unas uvas en una cesta para enviárselas al Rey. Cogimos un coche a casa y allí encontramos una canasta de melones que también me han enviado.

29 de septiembre, día del Señor

A la iglesia por la mañana y luego a comer con *sir* W. Penn y su hija; vino además la señora Poole, pariente suya y esposa del capitán Poole. Les servimos una comida estupenda y lo pasamos muy bien. Luego a la iglesia de nuevo y a casa de *sir* W. Penn, donde cenamos. También cenó allí su hermano, un viajero que habla muy bien español y es muy jovial. Entre la comida y la cena bebí no sé cuánto vino; estaba algo confuso y me dolió la cabeza toda la noche. Luego a casa y a la cama, sin oraciones, algo que no había hecho nunca un domingo por la noche desde que vine a esta casa: estaba en tan mal estado que no me atreví a leer las oraciones para que los criados no se dieran cuenta. Así que a la cama.

30 de septiembre

Esta mañana me levanté a la luz de la luna, a las cinco, para reunirme con el señor Moore en el Sello Real, pero no vino a pesar de que habíamos quedado, así que me fui al León Rojo, de King Street, a tomarme el trago. Allí oí hablar de un enfrentamiento entre los embajadores de España y Francia. Como hoy va a presentarse el embajador de Suecia, tienen la intención de luchar por la preferencia[76]. Me dicen que el Rey ha ordenado que ningún inglés intervenga en este asunto, y que les dejen hacer. Con ese fin, todos los soldados de la ciudad estuvieron en armas durante todo el día. En las dos embajadas vi grandes preparativos por ambas partes, pero mientras los franceses hacían más ruido y alardeaban más, los españoles apenas causaban revuelo. Por eso me temí que aquellos tendrían una fácil victoria sobre estos. Luego fui al Guardarropa y comí allí. Salí, y en Cheapside oí que los españoles habían terminado triunfando después de matar a tres de los caballos de los franceses y a algunos hombres, y han desfilado por la ciudad justo a continuación del coche del Rey. Es curioso ver cómo toda la ciudad se alegra, y es que, de hecho, por naturaleza amamos a los españoles y odiamos a los franceses. Como soy curioso para todo, me acerqué a Westminster pensando verles llegar con todos los coches, pero como ya habían llegado y partido de nuevo, corrí tras ellos con mi chico a través de toda la suciedad y la gente de las calles. Al final vi pasar al coche español en Mews[77], con al menos cincuenta espadas desenvainadas protegiéndolo y nuestros soldados gritando de alegría. Seguí al coche hasta York House, donde reside el embajador, y entró con gran majestuosidad. Luego fui a la embajada francesa y pude observar que no hay gente en el mundo tan insolente cuando hacen algo bien, o antes de empezar un asunto, ni más cobardes cuando fracasan: todos parecen como muertos y no cruzan una palabra entre ellos, únicamente mueven la cabeza. La verdad es que los españoles no solo lucharon con más entrega, sino que los superaron en inteligencia: primero, cubriendo sus arneses con cadenas de hierro para que no se los cortaran; luego, colocando su coche en la posición más ventajosa; también fijando hombres que protegían a cada uno de sus caballos, con otros guardando el coche y a los cocheros. Pero sobre todo se concentraron en los caballos franceses y los mataron, con lo que los franceses fueron incapaces de moverse. Hubo algunas bajas entre los franceses y una o dos entre los españoles, y también un inglés a causa de una bala. Esto es muy destacable, porque había por lo menos cuatro franceses por cada español y teman al menos cien pistolas, mientras que los españoles

ninguna, para honor suyo y vergüenza de los otros. Así, completamente sucio, cogí un coche a casa y allí estuve pinchando a mi esposa al contarle la historia, tomando partido por los españoles frente a los franceses.

Así acaba este mes. Yo y mi familia con buena salud, aunque muy liado con mis asuntos, los de milord y los de mi oficina, donde ahora estamos muy ocupados mandando fuerzas a Tánger. La flota de milord Sandwich en Lisboa para traer a la Reina, que ya tiene una Corte como reina de Inglaterra. El asunto de Argel me ha preocupado últimamente porque milord no ha logrado aquello para lo que fue, aunque hizo lo que cualquier hombre en el mundo hubiera hecho[78]. La falta de dinero lo perjudica todo, y sobre todo a la Armada; sin embargo, no veo que el Rey se preocupe por conseguir más dinero, sino que piensa en planes nuevos para gastarlo.

1 de octubre

Esta mañana mi esposa y yo estuvimos un buen rato en la cama, y cuando empecé a hablar de música me dijo que le gustaría que le dejara aprender a cantar: lo medité y se lo concedí. Así que cuando me dijeron que había llegado el señor Goodgroome, mi profesor de canto, ella se levantó también y empezó a aprender esta misma mañana.

4 de octubre

En coche a Whitehall con *sir* W. Penn. Luego a ver al señor Mountagu, donde su hombre, *monsieur* Eschar, se queja mucho de los ingleses, que ayudaron a los españoles contra los franceses el otro día. Dice que el embajador pide justicia al Rey y que ha decidido volver a Francia la semana próxima. De todo esto me alegro mucho.

17 de octubre

El capitán Cock (un comerciante al que hace poco que conozco) me llevó a la taberna del Sol y me invitó a un vino; siendo un hombre muy observador y de mucha reputación, me contó que estaba seguro de que habrá problemas cuando se reúna de nuevo el Parlamento el mes que viene, pues preguntarán al Rey cómo ha utilizado los cargos y el dinero antes de concederle más; me temo que esto causará un nuevo desastre. Luego a comer con el capitán Lambert y su suegro; hablamos mucho de Portugal, de donde acaba de venir.

Me dice que la ciudad y Corte de Lisboa es un sitio muy pobre y sucio, y que el Rey es un hombre bruto y bobo. Que no hay cristales en las ventanas, ni los desean, lo que explica una broma entre nuestros comerciantes que van allí: hablan de un fabricante que nada más llegar escribió a Inglaterra contando que el cristal sería un producto muy interesante para enviar. Que al Rey le sirven la carne una docena de guardias perezosos en ollas de barro, que a veces no toma más que fruta y, de vez en cuando, una gallina. Que ahora que la *Infanta* se ha convertido en nuestra Reina, le han empezado a llevar una gallina entera o un ganso a la mesa, lo que no es normal.

18 de octubre

Como esta noche duermo solo y hace frío, y como llevo siete u ocho días con molestias por un tumor en un testículo (que ha disminuido con un emplasto hecho con un buen puñado de salvado, media pinta de vinagre y una pinta de agua hervida, y luego con una cucharada de miel aplicada encima), me pongo una prenda interior para dormir por primera vez este año, y tengo previsto no quitármela hasta la primavera. En casa se quejan de que mi esposa no dejó hoy comida para ellos.

19 de octubre

En la oficina toda la mañana, y a mediodía en coche a casa del capitán Marsh, en Limehouse, una casa que ha sido de su familia desde hace doscientos cincuenta años. Tuvimos una comida estupenda y un vino excelente. Como no iba bien vestido, lo que se me antoja un gran defecto, no pude estar tan a gusto como en tantas ocasiones en que llevo buenas ropas. Esto me hace recordar la regla del caballero de mi padre Osborne: ahorrar en cualquier cosa antes que en eso[79].

20 de octubre, día del Señor

Toda la mañana en la cama para aliviarme del reciente tumor; me levanto para comer. Me irrita mucho la costumbre que ha cogido mi empleado Will de llevar el sombrero puesto en casa, pero hoy no le hablaré de ello. Me temo que voy a tener problemas con su holgazanería y altivez, aunque en otras cosas es muy bueno.

21 de octubre

Temprano con el señor Moore a Chelsea en coche, al Sello Real; al encontrarnos con el señor Pargiter, el joyero (en mi opinión el fresco más embustero que hay en el mundo), nos tomamos el trago con él. Le gastamos bromas por ser el hombre que más ha salido perdiendo con el regreso del Rey, pues compró muchísima tierra de la Corona. Dios me perdone, pero me alegro. Luego comí en el Guardarropa y, contra mi buen juicio y mi conciencia (por lo que Dios me perdone, porque mi corazón sabe que le ofendo al romper mis votos respecto a esto), a la Ópera, donde han comenzado de nuevo a poner obras después de algunos cambios en el escenario, que lo empeoran bastante. Sin embargo la obra *Love and Honour*[80], que estrenan, tiene un buen argumento y está bien hecha.

23 de octubre

A Whitehall. Nos tomamos el trago *sir* W. Penn y yo en casa de un amigo suyo. A mediodía comimos en La Pierna, de King Street, y luego en coche a Chelsea, al Sello Real, por un asunto de *sir* William, y de vuelta a la Ópera, donde vi de nuevo *Love and Honour*, que es una obra muy buena. Hoy han invitado a toda la oficina a una comida en el Ayuntamiento para el martes próximo, por ser el *día del Alcalde*.

25 de octubre

A Whitehall, y luego a comer en el Guardarropa, donde vino mi esposa. Después llevé a mi esposa a la Ópera y allí vi de nuevo *Love and Honour*, una obra tan buena que la han interpretado tres veces y he estado en todas, y todas esta semana; es excesivo, y más de lo que voy a hacer en una buena temporada. Al salir nos encontramos con la señora Pearse y su amiga la señora Clifford, y como yo me mostraba dispuesto a quedarme un poco a hablar con ellas mi esposa se enfadó, no sé si porque está celosa, pero no le gusta que hable con la señora Pearse. A casa andando bastante enfadado, pasando de camino por el fabricante de instrumentos musicales, Hunt, donde vi mi laúd ya casi terminado, pues tenían que ponerle un nuevo mástil y doble cuerda. Hoy le di a nuestro hombre Will una buena lección respecto a su falta de respeto hacia sus señores.

26 de octubre

Por la noche nos llegaron noticias de la muerte de *sir* R. Slingsby, nuestro Controlador (que llevaba enfermo una semana), lo que me intranquilizó tanto que no pude dormir, ya que era un hombre que me quería mucho y cuyas virtudes hacían que le prefiriera a todos los oficiales y comisionados de la Armada.

27 de octubre, día del Señor

En la iglesia por la mañana, donde hablé con los dos *sir* William sobre la muerte de *sir* Robert, que me afecta mucho y también a ellos en apariencia, aunque no lo creo, porque sé que él impedía que ellos se quedaran con todo el negocio de la Oficina de Armada. A casa a comer y por la tarde de nuevo a la iglesia con mi esposa, cuya ropa de luto está tan gastada que me da vergüenza ir a la iglesia con ella. Después, a ver a mis tíos los Wight, y nos quedamos a cenar, pasándolo todo lo bien que se puede con ellos. Entre otras cosas subimos a su habitación a ver dos cuadros que me vi obligado a alabar contra mi opinión; ella me mostró también su gabinete, donde tenía preciosas medallas y buenas joyas. Luego a casa, oraciones y a la cama.

28 de octubre

En la oficina toda la mañana. Comí en casa y luego a la tienda de Hunt, donde mi laúd está terminado y me gusta mucho. Los cambios me han costado veintiséis chelines, pero me dice que el laúd es de los mejores de Inglaterra y que vale más de diez libras. Mandé llamar al capitán Ferrer, que viene con mi amigo suyo, y nos fuimos al teatro, donde vi *Argalus and Parthenia*[81]. Una mujer hacía de Parthenia y al final salió al escenario vestida de hombre: las mejores piernas que he visto nunca; me agradaron mucho. Luego a la cervecería. Después compré un cinturón muy elegante de segundo luto que me costó veinticuatro chelines y que está muy bien.

29 de octubre

Hoy me puse mis medias negras y mi abrigo nuevo a la moda, que me encanta; después de terminar en la oficina estaba preparado con mi gorro para

ir a la celebración del Alcalde, a la que estamos todos invitados, pero los dos *sir* William se negaron a causa de la multitud, así que no fuimos ninguno. Por eso me quedé, comí con ellos, y a casa. Por la noche quedamos en el Delfín, donde se nos unió más gente; habríamos disfrutado de no ser porque el vino estaba estropeado y porque había mucho alboroto. A casa y a la cama. No estoy contento con los gastos de hoy, porque me había propuesto pasármelo bien en el Ayuntamiento.

30 de octubre

Toda la mañana en la oficina. A mediodía toqué mi laúd, y me gustó mucho con el nuevo mástil. En casa de *sir* W. Batten me enteré de que ha estado en casa de *sir* R. Slingsby (estábamos todos invitados y yo tenía esta noche intención de ir), pero allí todo estaba desordenado y esta noche no se hace nada. Sin embargo, con la excusa de que el cadáver olía, le van a enterrar esta noche en privado, por lo que no habrá funeral; lamento que no se haga nada en honor de *sir* Robert, y me temo que ha dejado a su familia muy desconsolada. Estuve hasta tarde jugando a las cartas con la señora Batten y la señorita Martha, y a casa. Hice enviar un par de botellas de vino. Al llegar me fastidia ver que mi esposa está enfadada con su doncella Doll, cuyo defecto es no poder quedarse callada y pasar todo el tiempo hablando airadamente, aun sin razón o motivo alguno. Lo lamento, y veo los problemas que acaecen cuando aumenta la fortuna de un hombre y se ve obligado a tener más criados, lo que causa problemas.

2 de noviembre

Toda la mañana en la oficina; allí se presentó *sir* John Mennes, nuestro nuevo Controlador, recogido por *sir* W. Penn y por mí en casa de *sir* W. Batten y conducido a su lugar en la oficina. Es la primera vez que viene; parece un hombre honesto y me alegro de tenerle con nosotros.

3 de noviembre, día del Señor

Hoy no salí: me purgué y funcionó bien. Como estuve ocioso todo el día leí el *Holy War* de Fuller[82], que he comprado hace poco. Intenté componer una canción en alabanza del genio liberal (como yo me considero) en todos los estudios y placeres, pero como no me convencía lo dejé y decidí no

continuar. Por la noche mi esposa y yo tomamos un pollo dorado a la sartén, y me alegró ver que hemos llegado a una situación en que nos podemos permitir un plato como ese. Por la noche, a la cama.

7 de noviembre

Esta mañana vino un tal señor Hill (enviado por el señor Hunt) a enseñarme a tocar el laúd, pero no me gusta cómo toca ni cómo canta, por lo que encuentro la manera de dejarlo para más adelante. En casa de milord Sandwich hay cartas suyas desde Lisboa en las que dice que está bien. Me cuenta que en la Corte, el día anterior a escribir esta carta, vio el *huego de Toro*. De vuelta a casa paso a ver a mi tío Fenner, que me cuenta que Peg Kite ha dicho ahora que se va a casar con un pobretón, un tejedor; hemos decidido no meternos en el asunto.

9 de noviembre

Toda la mañana en la oficina. Después de comer, al Guardarropa, donde estuve hablando con *milady* hasta bien entrada la noche. Entre otras cosas, *milady* me instó a dedicar más dinero a mi esposa, y como observé que lo decía un poco más en serio de lo corriente, me mostré agradecido por ello y decidí regalarle un encaje.

11 de noviembre

A comer al Guardarropa, donde me reuní con mi esposa, que, siguiendo mis instrucciones, había traído diversos encajes para que *milady* eligiera uno por ella. Después me marché dejando a mi mujer con todas las damas, cuya única preocupación era su encaje. El capitán Ferrer y yo salimos juntos y me llevó por primera vez en mi vida a una casa de juegos, una que hay al entrar a Lincoln’s Inn Fields, al final de Bell Yard. Era extraño ver la locura de la gente que apuesta y pierde tanto dinero, y me interesó el modo de vida de los jugadores, que me parece triste, pobre e inhumano. Luego me llevó a una escuela de baile en Fleet Street donde vimos un grupo de chicas bonitas bailando, pero no me gusta que las niñas se vean expuestas a tanta vanidad. Después volvimos al Guardarropa, donde *milady* se había decidido por un encaje de seis libras para mi esposa; me alegré de que no fuera más, aunque pienso que es excesivo. Ruego a Dios que me mantenga bien para que mis

gastos y los de mi esposa no nos causen problemas de dinero u honor a causa del despilfarro. Luego, a casa en coche.

12 de noviembre

Hoy ha venido Holmes a la ciudad y estamos esperando que nos cuente cómo le han tratado el Rey y el Duque por el reciente asunto de dejar pasar al embajador sueco sin bajar su bandera[83].

13 de noviembre

Nos citamos para presentarnos todos ante el duque de York, lo que hicimos en su habitación mientras él se vestía con su traje de montar, pues marcha por el mar hacia los llanos. Está de luto por la abuela de su esposa, lo que se considera una tontería. Le entregamos nuestra carta sobre la mala situación de la Armada por falta de dinero y él deja el asunto para su regreso, por lo que nos separamos. Fui a Whitehall y a ver a *la belle* Pearse, y luego a pie a casa de lord Crew. Allí me recibieron él y *sir* Thomas Crew, con el que tuvimos una gran conversación: me dice con mucha rotundidad que el Parlamento (que se reúne de nuevo la semana próxima) planteará problemas a la Corte y a la Iglesia. Piensa que se está llegando a esto porque el lord Canciller y otros se están llevando el dinero, lo que no se puede aguantar más. De allí fui al teatro y volví a casa en coche bajo la lluvia, muy apesadumbrado por la vida de gastos que llevo: me temo que si no me controlo esto me destruirá, después de haberlo esperado tanto, pues ahora estoy gastando mucho dinero en ropas para mi esposa, y debo recortar otros gastos. A la cama. Esta noche comenzamos a dormir en la pequeña habitación verde, donde las doncellas. Sin embargo nos costó bastante a mi esposa y a mí conseguir que Nell se acostara allí, con nosotros dos, pero cuando vio que era dormir allí o quedarse sentada, acabó consintiendo.

17 de noviembre, día del Señor

A nuestra iglesia, y a mediodía invité a *sir* W. Penn a comer conmigo, y también a la señora Hester, una pariente de la señora Batten. Luego de nuevo a la iglesia, donde un hombre muy simple se puso a alabar la música religiosa y a criticar que los hombres se dejaran los sombreros puestos en la iglesia,

pero estuve durmiendo parte del sermón, hasta la oración del final y la bendición, todo eso sin despertarme, lo que no me había pasado nunca.

19 de noviembre

Toda la mañana en la oficina, y al regresar a casa encuentro al señor Hunt en la habitación solo con mi esposa: Dios me perdone, esto me preocupó, pero al recordar que era día de limpieza y que no había otro sitio con fuego en el que estar, y el frío que hacía, me tranquilicé.

20 de noviembre

A Westminster Hall por el río, donde vi al Rey en su gabarra camino del Parlamento, pues hoy es el primer día en que se reúne de nuevo. Me dicen que los obispos ocupan sus lugares en la Cámara de los Lores[84]. Estuve todo el tiempo paseando por el Hall, sin noticias, excepto lo que me cuenta Ned Pickering: *sir* J. Mennes ha hecho llegar al Rey que si no destituye a todos los capitanes de la flota de lord Sandwich el Rey no mandará en ella cuando esta vuelva; con ello pretende que milord caiga en desgracia. No creo que lo consiga, porque el Rey le tiene aprecio. Estuve un buen rato en la cama leyendo el *Libertie and necessity* de Hobbes, una obra breve pero muy aguda.

27 de noviembre

Esta mañana se marchó nuestra criada Dorothy; aunque no conviene tenerla por esa lengua suya, lamenté que se fuera y me despedí amistosamente de ella. Me fui a Savill, el pintor, a posar por primera vez para un retrato. Luego a comer con *milady* y después de un par de horas de conversación al teatro, a ver *Hamlet*, muy bien interpretada.

28 de noviembre

A mediodía Will me trajo de Whitehall algunas cartas de milord desde Tánger; sigue allí y ha realizado alguna intervención contra los turcos y liberado a un inglés que tenían prisionero, un tal señor Parker, de Market Lane.

29 de noviembre

Me quedé en la cama hasta que los William me mandaron recado de que iban a presentarse hoy ante el duque de York, y que nos encontraríamos en Westminster Hall a mediodía. Después de comer nos presentamos ante el Duque en su gabinete y hablamos de lo de Holmes. El quiso que le contáramos la costumbre al respecto y los demás lo explicaron como pudieron, pero yo no pude decir nada, lo que lamenté. De hecho, me vi obligado a preparar una mentira, y cuando nos separamos del Duque, le dije al señor Coventry que le había oído muchas veces al señor Selden que en tiempos de Enrique II los capitanes recibieron el encargo de hacer que los barcos del rey de Dinamarca les saludaran en el Báltico. De vuelta a casa me pasé por el Patio de San Pablo a por un *Mare Clausum*[85], pues tengo en mente escribir algo breve al respecto con todo lo que pueda sacar sobre el tema para entregárselo al Duque; creo que será una buena forma de hacerme conocido. A casa y a la cama.

1 de diciembre, día del Señor

Se ha hablado mucho últimamente de algunos viejos líderes republicanos, como Ireton, Moyers y otros; se dice que están metidos en un gran complot; no lo creo, aunque sería justo que les trataran como ellos trataron a los pobres monárquicos. Esta noche vino mi hermano Tom y le hablé de nuevo de la hija del señor Townsend; tengo intención de concentrarme en este asunto. Ruego a Dios que le dé un buen fin.

3 de diciembre

Posé para el pintor, que adelantó con mi retrato, aunque no me gusta porque no sé si se me parecerá. Toda la tarde en la oficina y por la noche en casa, leyendo *Mare Clausum* hasta la hora de dormir. Tuve una noche malísima por los sueños: cabalgaba con mi esposa, su caballo la tiraba y se rompía una pierna. Luego soñé que uno de mis testículos se hinchaba, con tanto dolor que me desperté; noté bastante molestia ahí durante un buen rato, hasta que me dormí de nuevo. Me dio tanto miedo que cuando me desperté me apreté, pensando que no había sido un sueño, y al amanecer me sentí tranquilo y bien. Recordé también que en el sueño el señor Creed estaba

conmigo, que yo me había quejado de aquello y que dijo que él tenia en el testículo izquierdo el mismo dolor que yo en el derecho; me divirtió recordarlo.

6 de diciembre

Me quedé hasta tarde en la cama; después a Westminster Hall, y estuve paseando. Luego con el señor Spicer, Hawly, Washington y el pequeño señor Ashwell (mis viejos amigos de Hacienda) al Perro, donde les invité a unos cuartos de vino. Tras la comida vinieron los directivos de la Compañía de la India Oriental a firmar y sellar el contrato entre nosotros (en nombre del Rey) y ellos. Al terminar nos fuimos todos a los aposentos del Rey, donde hablamos con él y el duque de York, que prometieron dedicar toda su atención al comercio con la India.

15 de diciembre, día del Señor

Hoy me ha molestado una discusión entre mi esposa y su doncella Nell, que es una boba desaliñada, y me temo que va a resultar una muchacha difícil de tratar. Estoy estudiando mucho para escribir algo que haga que los extranjeros nos saluden en el mar, y con ese fin me estoy leyendo entero lo de Selden y Grotius.

16 de diciembre

Después de comer, a la Ópera, donde había una obra nueva (*Cutter of Coleman Street*) hecha en 1658, con muchas reflexiones sobre estos últimos tiempos[86]. Al ser estreno el precio era doble y, para ahorrar, mi esposa y yo fuimos a la galería, donde lo vimos muy bien. Es muy buena. Parece que la ha hecho Cowley. De allí en coche a casa y a la cama.

29 de diciembre

Esta mañana mi mujer se puso elegante para ir al bautizo del hijo de la señora Hunt, así que los dos fuimos por la mañana al pintor, donde posamos hasta mediodía. Yo estuve todo el tiempo mirando la gran variedad de láminas que tiene. Al rato llegó el muchacho a decir que la señora Hunt ha estado en nuestra casa para avisar que el bautizo no será hasta el sábado

próximo. Cuando terminó el pintor, me gustó mucho el retrato y mi esposa y yo volvimos a casa en coche. Por el camino tuve una riña muy fuerte con ella porque sus cintas no hacían juego; subió el tono hasta que en mi loca ira la llamé puta, por lo que luego me sentí muy mal.

22 de diciembre, día del Señor

A la iglesia por la mañana, donde el joven sacerdote hizo un sermón muy infantil. A casa a comer; allí, con la disculpa de que la carne que pusieron estaba muy negra, reñí a mi esposa y a la doncella por sucias, me levanté de la mesa y me fui arriba a leer a Selden hasta la hora de la iglesia. Luego con mi esposa a nuestro banco; con el resto de la compañía estaba el capitán Holmes, con su traje de encaje con oro; esto me molestó por ese antiguo asunto que intentó con mi esposa. Me senté alterado y, cuando paró la lluvia (pues llovía cuando entramos a la iglesia), le dije a mi esposa que se fuera al bautizo del hijo de N. Osborne (al que estaba invitada). Así lo hizo, y cuando salió me tranquilicé.

23 de diciembre

Cogí el coche y me bajé en mi librero del Patio de San Pablo, donde me encontré al señor Samuel Cromleholme y al subdirector del Colegio de San Pablo; me los llevé a la taberna de la Estrella. Me gustó estar en su compañía, y me alegró encontrarlos de esa forma tan casual, después de tanto tiempo sin ir a verlos. Hablando de libros, les prometí regalar al Colegio los que ellos quisieran por valor de cinco libras. Nos separamos y fui a casa; leí a Selden, y a dormir.

27 de diciembre

Por la mañana fui a encargarle a mi librero el *Thesaurus [Graecae Litiguae]* de Stephen, por el que le ofrezco cuatro libras, para regalarlo al Colegio de San Pablo; de allí a la iglesia, donde el doctor Gunning hizo un buen sermón sobre el día (pues es San Juan), y contó una historia sobre cuya verdad nos convenció: San Juan y la Virgen se aparecieron a Gregorio, un obispo, mientras oraba, para confirmarle en la fe. Me admira oírle contar eso. Allí me encontré con el señor Cromleholme (le hablé de mis gestiones para conseguir el *Thesaurus* de Stephen para el Colegio) y a casa. Después de

comer viene a verme el señor Faulconberg, que hace llamar a su pariente el señor Knightly, el comerciante, quien nos invitó a pasar la velada en su casa. Bebimos hasta que los dos se emborracharon (tuve que pedir un coche para llevar a Faulconberg a Westminster) y yo regresé a casa; desde luego no he probado mejor vino en mi vida. Mi esposa estaba en casa de *sir* W. Penn, así que fui allí, estuve jugando a las cartas y cené. Luego, a casa y a la cama.

28 de diciembre

En casa toda la mañana. Por la tarde todos a la oficina, pues el Duque nos pide por carta un cálculo aproximado de las deudas de la Armada, que nos ponemos a hacer cumplidamente. Me voy a casa con *sir* W. Penn y nos quedamos con sus hijos jugando a las cartas hasta tarde; luego, a la cama.

30 de diciembre

En la oficina haciendo los cálculos. Luego con mi esposa y *sir* W. Penn a ver nuestros retratos, que no nos disgustan, y de vuelta. Estuve en la Mitra, donde invité a todos mis antiguos amigos del Tesoro a una buena espalda de buey, que junto a tres barriles de ostras y tres pollos, además de mucho vino y diversión, fueron nuestra comida. Éramos unos doce, y les hice la estúpida promesa de invitarles este mismo día cada año, y así para siempre mientras viva. Pero no tengo esa intención.

31 de diciembre

Con mi esposa esta mañana al pintor, donde ella posa por última vez; yo estuve a su lado comentándole algunos detalles, y creo que ahora me gustará más. Siguiéndola, su pequeño perro negro se le subió al regazo y fue dibujado, lo que nos divirtió mucho. Luego a casa a comer y a la oficina, donde estuvimos hasta tarde terminando el cálculo de las deudas de la Armada a día de hoy y por este año, que ascienden a cerca de trescientas setenta y cuatro mil libras. Luego a casa, y después de cenar y de que me recortara el barbero, me senté a terminar mi diario de este año; mi situación en este momento, por la bendición de Dios, es como sigue: mi salud (excepto cuando cojo frío, que me produce dolor de espalda y al orinar, como ocurría cuando tenía la piedra) es muy buena, y también la de mi esposa en lodos los sentidos. Mis sirvientes, W. Hewer, Sarah, Nell y Wayneman. Mi casa en la

Oficina de la Armada. Supongo que tengo unas quinientas libras limpias en total, además de las cosas de mi casa y de lo que recibiré de Brampton cuando muera mi padre, lo que Dios retrase. Sin embargo, la muerte de mi tío solo me ha traído problemas y preocupaciones: todo recae sobre mí y es de bastante consideración a causa de los pleitos, especialmente el de T. Trice sobre los intereses de doscientas libras, que espero se resuelva pronto. Mi principal preocupación es conseguir una esposa para Tom. Hay una que han ofrecido los Joyce, una prima suya que tiene unas doscientas libras en efectivo. También estoy preparando un pequeño tratado para entregárselo al Duque sobre nuestros privilegios en el mar. Pero mi mayor preocupación es que este medio año he sido un gran manirroto en todos los aspectos y me da miedo hacer mis cuentas, aunque espero tener lo que he dicho arriba. Sin embargo las haré en breve. He hecho recientemente un solemne juramento de evitar el teatro y el vino, y estoy decidido a mantenerlo según el documento que yo mismo guardo. La flota está preparada para partir hacia Portugal, pero le ha faltado viento estas dos semanas. Por eso milord se ha visto obligado a estar todo el invierno en el mar hasta que traiga a la Reina, que es lo que todos esperan y de lo que todos hablan.

1662

1 de enero

Al despertarme de repente esta mañana le di a mi mujer, sin querer, un golpe con el codo en la cara y la nariz; el dolor la despertó y lo lamenté. Nos dormimos de nuevo. Me levanté y marché con *sir* William Penn en carruaje hacia Westminster. Por el camino, al ver que hoy se representaba *The Spanish Curate*[1], me bajé y él siguió solo. Volví a casa y envié recado para que el joven Penn y su hermana vinieran con nosotros al teatro. En esto llegó el señor William Penn y salimos los dos a la papelería; revisamos algunas láminas y mapas para mi casa y allí a comer. Al rato llegaron los jóvenes Penn, y después de tomarnos un tonel de ostras fuimos en coche a la obra, que nos pareció buena y bien interpretada, excepto Diego el sacristán, que sobreactuó. De allí a casa; estuvimos hasta bien tarde jugando muy a gusto las cartas. Lo gracioso fue que el señor Penn se dejó la espada en el carruaje y él y mi chico salieron corriendo a buscarla; por una enorme casualidad encontraron el carruaje en la Lonja y pudo recuperarla. A la cama.

3 de enero

Hasta tarde en la cama. Me levanté y salí a resolver asuntos sin importancia. Entre otros sitios fui a casa de Tom, a quien veo con muchas

esperanzas de prosperar, de lo que me alegro; ya no tengo tanta prisa como antes por encontrarle esposa. A comer a casa de lord Crew con él y su esposa. Después, a ver a Faithorne, al que compré algunos cuadros. Vuelvo a casa y en mi cámara reviso papeles y otras cosas. Estoy muy preocupado por mis enormes gastos de los últimos cuatro o cinco días, y así seguiré hasta que haga cuentas y conozca mi situación. Sin embargo, me resisto a hacerlo por miedo a haber gastado demasiado, así que pagaré mis cuadros, el de mi esposa y el libro que voy a comprar al Colegio de San Pablo antes de hacerlas.

11 de enero

Viene a verme mi hermano. Le pagamos al señor Turner, el pañero, quince libras de parte de mi padre; se las debe por la tela de luto por mi tío. De allí a su casa, e invité a todos los Honiwood a comer el lunes próximo. En la Lonja la noticia es que los franceses y los holandeses se han aliado contra nosotros, pero no creo que sea cierto. A casa a comer, y por la tarde a la oficina y a la de *sir* William Batten, donde oí lo que hacen para la elección del duque de Génova: durante dos años le sirven con todo lujo no menos de cuatrocientas o quinientas personas como si fuera un rey. Cuando se cumplen los dos años y otro es elegido, se le envía un mensajero, que desde el pie de las escaleras le dice: *Vostra Illustrissima Serenidad sta finita, et puede andar en casa*, y el viejo Duque (que por costumbre ya ha enviado sus cosas a casa) se marcha, quizá seguido por un solo hombre, mientras que llevan al nuevo a su cámara con todo el lujo del mundo. También nos contaron que en el Ducado de Regusa, en el Adriático (un estado pequeño, pero dicen que más antiguo que Venecia), cambian todos los días a los oficiales de la guardia por miedo a las conspiraciones, así que nadie sabe quién será el capitán de la guardia la noche siguiente.

13 de enero

Toda la mañana en casa, y con el señor Birchensa[2] (al que hacía tiempo que no veía) hablando de música. He decidido empezar clases de composición musical con él desde mañana. Me da muchas esperanzas de que pronto podré conseguirlo. Antes de mediodía vienen los tres hermanos Honiwood[3], con los que había quedado a comer, pero lo hicieron tan pronto que me apuré. Sin embargo, les entretuve con charla y ostras hasta la una, en que nos sentamos

sin esperar a mis tíos los Wight; llegaron enseguida y comimos a gusto, al menos yo lo aparentaba, pero no me agradó la cena y menos el deán y el coronel, que me parecieron unos caballeros bastante lamentables, aunque de talante bondadoso. El señor Peter, mejor que Jos otros, nos mostró tras la comida el experimento (del que había oído hablar) de los cristales químicos, que se rompen y convierten en polvo en cuanto se fractura un pequeño extremo, un gran misterio para mí.

15 de enero

Esta mañana vino de nuevo el señor Birchensa. Tras repasar y enseñarme algunas cosas, desayunamos en mi cámara una rodaja de fiambre de cerdo. Al terminar me preguntó si no habríamos cometido una falta al comer hoy: me contó que era día de ayuno decretado por el Parlamento para rogar por un clima más acorde con la estación, pues hasta ahora parecía verano, Jo que amenaza una plaga en los barbechos (según creen). Lo mismo estuvo a punto de ocurrir el invierno pasado, y todo el año anterior ha sido bastante insalubre hasta el día de hoy. No salí en todo el día, sino que me quedé estudiando música. Por la noche, después de cenar, a la cama.

16 de enero

En San Pablo vi el entierro de lord Cornwallis, antiguo Administrador de la Casa Real (un hombre de osada e irreverente lengua). De allí al pintor, a quien pagué seis libras por los dos cuadros y treinta y seis chelines por sus marcos, y a casa. Almorzaron conmigo mi hermano Tom y el señor Hollier, que me dio buenos consejos sobre mi salud. Por la tarde en la oficina, y por la noche a casa de *sir* William Batten, donde él y los capitanes Cock y Stokes jugaban a las cartas; más tarde cené con ellos. Stokes nos contó que a pesar de lo insalubre que es el país de Gambia, la gente de allí vive mucho tiempo, como el rey actual, que tiene ciento cincuenta años. Los años los cuentan por lluvias, porque cada año llueve durante cuatro meses seguidos. También nos dijo que allí los reyes tienen más de cien esposas cada uno, y que le ofrecieron que eligiera alguna para que se acostara con ella, cosa que hizo el capitán Holmes. A casa y a la cama.

19 de enero

Me pasé por casa de *sir* W. Batten, donde estaba el mayor Holmes. Mientras hablábamos y bebíamos brindé por la salud de *sir* J. Mermes, a lo que él juró no unirse, llamándole rufián y cobarde (a raíz de lo que tuvo Holmes hace poco con el barco sueco). Todos intentamos hacer que lo retirara, pues es de nuestra fraternidad, pero se indignó tremendamente. Me molestó su insistencia en llamarle todas esas cosas, aunque creo que es cierto. Sin embargo, todo ha sido culpa suya, y me preocupa.

20 de enero

Esta mañana empezamos *sir* W. Batten, Penn y yo a inspeccionar las cuentas del tesorero, la primera vez que las presenta en la oficina. Son muy largas y estuvimos con ellas hasta mediodía. Después nos invitó a una excelente comida, de la que disfrutamos nosotros cuatro y los señores Wayth, Fenn, Smith, Turner y el señor Morrice, el vinatero (que hoy ha repartido los dos barriles de Sherry de Cádiz que le encargamos: el mío lo pusieron en una cuba y la completaron con cuatro galones de vino de Málaga. No sé a cuánto tocaremos, pues es la primera vez que compro una gran cantidad de vino)[4]. Hoy los obreros han empezado a hacerme una bodega en el patio trasero, que me agrada mucho.

22 de enero

Después de practicar música, a Whitehall y a Westminster pasando por casa del señor George Mountagu, a darle el pésame por la muerte de su hijo. Me contó que estos días hay muchos problemas en el Parlamento, pues el lord Canciller quiso aprovechar el reciente complot[5] para atemorizar a la gente, proyectando reclutar un ejército para tal fin, aparte de la milicia estable, del que haría general al duque de York. Sin embargo, la Cámara manifestó claramente que no serían tan tontos como para consentir que les engañaran con otro ejército. Hay facciones secretas en la Corte respecto a la señora Palmer, pero no sé para qué. Es algo sobre los favores que el Rey le dispensa ahora que viene la Reina.

23 de enero

A mediodía, en coche a la invitación de mi tío Fenner, donde conocí a su nueva esposa, una mujer lamentable, vieja, fea, maleducada, una partera.

Estaban allí muchos de los parientes de ambas partes, pobre gente humilde. Después de escoger nuestros guantes fuimos a la taberna de las Tres Grullas, y aunque era el mejor salón de la casa nos metieron a todos (creo que éramos casi cuarenta) en un cuchitril tan estrecho que me hicieron aborrecer tanto la comida, que era bastante pobre, como la compañía. Después me llevé aparte a los Joyce y les agradecí las molestias que se tomaban para encontrarle una esposa a Tom, pero pensando en las posibilidades que hay de que yo no tenga hijos y en lo que pueda dejarle, creo que debe esperar una esposa con más dinero, por lo que les pedí que no siguieran ocupándose del asunto.

26 de enero, día del Señor

A la iglesia por la mañana y luego a casa a comer solo con mi esposa; por la tarde a la iglesia los dos otra vez, y a casa. Leo y hablo con mi esposa, ceno y a la cama. Demos gracias a Dios: desde que dejé de beber vino me encuentro bastante bien, me ocupo mejor de mis asuntos, gasto menos dinero y pierdo menos tiempo en compañías ociosas.

27 de enero

Esta mañana, los dos *sir* William y yo en gabarra al astillero de Deptford a dar instrucciones sobre los asuntos de allí; también visitamos otros barcos. Después a Woolwich. En casa del señor Falconer comimos viandas que llevamos nosotros mismos; estaba el señor Dekins, el padre de mi Morena, a quien últimamente hemos comprado cáñamo.

30 de enero, día de ayuno por el asesinato del difunto Rey

Fui a la iglesia, donde el señor Mills hizo un buen sermón sobre las palabras de David: «¿Quién puede poner la mano sobre el ungido por Dios y ser inocente?». De ahí a comer a casa, donde pasé toda la tarde en mi despacho ordenando papeles; creo que empezará a gustarme quedarme en casa atendiendo mis asuntos. Ruego a Dios que sea así, pues tengo necesidad de ello. Por la noche, ceno y a la cama.

5 de febrero

Temprano a la oficina. Sir G. Carteret, los dos sir William y yo nos quedamos solos repasando las *Instrucciones* del Duque para la organización de nuestra oficina: leemos lo que afecta a nuestros cometidos y dejamos lo de los demás oficiales para otro momento. Modifiqué algunas cosas referentes a lo mío. A mediodía, *sir* W. Penn almorzó conmigo y después nos fuimos con mi esposa al teatro. Como entramos muy temprano, salimos de nuevo al local vecino y tomamos vino del Rhin con azúcar. Vimos *Rule a Wife and have a Wife*, muy bien interpretada. Allí también vi a *lady* Castlemaine, la cual, a pesar de su última enfermedad, sigue siendo una gran belleza. En casa cené con *sir* W. Penn y jugamos a las cartas; después, a casa y a la cama, poniéndome una cataplasma en el testículo, que empieza a hincharse de nuevo.

8 de febrero

Toda la mañana en el sótano con los carboneros, pasando carbones de la vieja carbonera a la nueva; me cuesta ocho chelines, pero ahora el sótano está terminado y limpio y me gusta mucho, tanto como todo lo demás que he hecho en casa. Ruego a Dios que me aleje de prestar demasiada atención a esas cosas. Sobre las tres se van los carboneros y subo a comer (mi esposa me ha dicho varias veces que suba, pero no puedo evitar estar con los obreros para que se hagan las cosas como quiero, lo que rara vez sucede si no estoy presente). En la oficina hablo con *sir* W. Penn, a veces dando vueltas por la parte oscura del jardín. Me habla de la mala gestión de nuestra oficina y de Wood, el tratante de madera, y otros, que son unos auténticos rufianes, y desde luego me lo creo. A casa; escribo cartas a mi padre y a mi hermano John, y a la cama. Como hace bastante fresco, me propongo hacer una purga mañana por la mañana.

10 de febrero

Practico música un buen rato, luego al Patio de San Pablo, donde encontré el *England's Worthies* del doctor Fuller, la primera vez que lo veo. Me quedé leyéndolo hasta las dos, en que me fui a comer muy preocupado porque no dice absolutamente nada de nosotros, y no nos menciona ni en Cambridgeshire ni en Norfolk (aunque tuvo una conversación conmigo sobre mi familia y nuestras armas)[6]. Sin embargo, creo que en realidad nuestra

familia nunca fue de gran importancia. En casa toda la tarde, y por la noche a la cama.

15 de febrero

Con los dos *sir* William a Trinity House, donde debatimos el asunto de la presa que *sir* Nicholas Crisp propone en Deptford. Tras comer, tomé juramento como Hermano Menor. *Sir* W. Rider actuó como Director Sustituto de mi señor, lord Sandwich. Después de jurar, todos los miembros antiguos me estrechan la mano, como parece es la costumbre. De allí a la oficina y los tres a casa de *sir* William Batten, donde nos quedamos hasta tarde molestos con los agentes del Tesorero, sobre todo con el señor Wayth, al bautizo de cuyo hijo deberíamos haber ido hoy con nuestras esposas, sin embargo ninguno lo hemos hecho, de lo que me alegro, pues es un auténtico bribón. A casa, donde redacté nuestro informe sobre la presa de *sir* Nicholas Crisp, y a la cama. Todavía sin noticias de la flota enviada a Tánger: empezamos a pensar que ya es demasiado tiempo.

18 de febrero

Había quedado en encontrarme con *sir* W. Penn y mi esposa en la Ópera, pero vi que las calles estaban llenas de trozos de ladrillos y tejas derribados por el extraordinario temporal de anoche (no se tiene memoria de algo igual, excepto cuando murió el lord Protector) y que era peligroso salir de casa. Dicen que han muerto varias personas a causa de los desprendimientos y que el monumento de Fleet Street se ha derrumbado casi entero, destrozando varias viviendas, entre otras la de Dick Brigden. Al parecer, una tal *lady* Sanderson, una señora elegante de Covent Garden, murió anoche en su cama al caérsele la casa encima. Mandé al chico para que no vinieran, pero, como ya habían salido, seguí y vimos *The Law Against Lovers*[7], una buena obra, bien interpretada, especialmente los bailes y canciones de la niña pequeña (a la que nunca había visto antes). De no ser por ella, la marcha de Roxalana les habría perjudicado mucho[8].

23 de febrero, día del Señor

Como estoy peor del resfriado, me quedé en casa todo el día disfrutando de mi comedor, ahora adornado con pinturas, y leyendo el *England's*

Worthies del doctor Fuller. Por la noche vino *sir* William Penn a cenar y a charlar. Hoy, por la merced de Dios, cumplo veintinueve años, tengo buena salud y estoy en condiciones de vivir y conseguir un patrimonio. Y si mi corazón se conforma, creo que puedo considerarme tan feliz como cualquier hombre en el mundo, por lo que Dios sea alabado. Oraciones, y a la cama.

24 de febrero

Buen rato con el señor Birchensa por la mañana practicando mi música y terminando mi canción *Gaze not on Szuans* en dos partes, que me gusta mucho. Le di cinco libras por este mes o cinco semanas que me ha enseñado. Es un montón de dinero y me molesta desprenderme de él. De allí al pintor, donde posé para mi cuadro en pequeño. Después por el río a Southwark, a casa del señor Birchensa, con el que estuve toda la tarde. Me enseñó su gran esquema para la música, que considera algo extraordinario. Creo que le ha debido costar mucho trabajo, pero no que sea tan útil como él sostiene. Entonces nos sentamos y componemos *Nulla, nulla sit formido*, que hace muy bien. Luego a casa a cenar. Hice subir a Will y, en presencia de mi esposa, le reproché que ayer se negara a ir a la iglesia con las doncellas y que le hubiera dicho a su señora que no quería ser un esclavo. A la cama.

27 de febrero

Esta mañana vino el señor Birchensa. Como él declaraba que sus reglas son las más perfectas (y admito que son muy buenas, quizá las mejores que se han hecho hasta ahora) y yo no conseguía que admitiera que tienen alguna debilidad, terminamos subiendo el tono y él se largó enfurruñado de mi cámara. No le detuve, pues tenía la intención de despedirle hoy con independencia de lo que pasara, porque creo que domino todas las reglas que puede ofrecer. Así, lo único que me falta ahora es práctica, y no seguir con él a razón de cinco libras al mes. De forma que decidí copiar sus reglas, bien ordenadas en un libro, lo que me tuvo ocupado toda la mañana hasta la hora de comer. Después fui a la oficina hasta por la noche, luego a casa a escribir el correo, y a la cama.

28 de febrero

Al no despertamos el muchacho, como le había ordenado, me enfadé y decidí azotarle por esa y muchas otras faltas. Temprano con *sir* William Penn en carruaje a la cámara del duque de York, donde le di un regalo de parte de milord: un mapa de Tánger hecho por un tal capitán Beckman, un sueco que está con milord. Nos quedamos un rato mirándolo con el Duque. De allí fui por el río a casa del pintor y posé de nuevo para mi retrato en pequeño. Esta tarde el señor Hayter recibió por mí el salario de medio año, por lo que ahora solo se me debe este trimestre, que finaliza el mes próximo. En casa, y para ser fiel a mi palabra, le dije a Will que me trajera una vara; hicimos subir al muchacho a una de las habitaciones altas de la casa del Controlador que dan al jardín y allí le listé sus faltas y le azoté con fuerza. Sin embargo, las varas eran tan pequeñas que me temo que no le hicieron mucho daño; más bien me dañé yo el brazo, que todavía casi no puedo mover después de un cuarto de hora. Tras la cena, a la cama.

1 de marzo

Esta mañana le he pagado cuarenta libras a *sir* William Batten; se las debía desde hace medio año. A la oficina toda la mañana y vuelvo a casa a comer. Tras la comida viene mi tío Thomas, con el que tengo un enfrentamiento; todo termina tranquilamente, aunque creo que con él no conseguiré nada por las buenas. Mi esposa y yo nos vamos en coche, primero al pequeño cuadro que me están pintando y luego a la Ópera, donde vimos *Romeo and Juliet* en su primera representación. Es la peor obra que he visto en mi vida y la peor interpretada; decido no volver a los estrenos, porque nadie se sabe todo su papel. De allí a casa, y tras la cena y escribir el correo decidí hacer lo que hacía tiempo que tenía pensado: arreglar mis cuentas. Después de mucho miedo y sufrimiento resulta que dispongo de quinientas libras en efectivo, lo que no me esperaba. Sin embargo observo que he gastado más de doscientas cincuenta libras en los últimos seis meses, lo que me molesta mucho. No obstante, por la bendición divina, he tomado una decisión, y como ahora estoy equipado materialmente para bastante tiempo, mañana pensaré en imponerme algunas obligaciones y reglas durante una temporada. Así, con la mente bien apaciguada y pese a estar descontento por tener cíen libras menos que el año pasado, me fui a la cama.

2 de marzo, día del Señor

Con el espíritu tranquilo, charlé un buen rato en la cama con mi esposa sobre la vida frugal que nos espera, proponiéndole lo que haría si tuviera dos mil libras: convertirme en un caballero y tener carruaje propio, lo que le gustó. En adelante espero vivir de forma que consigamos ahorrar algo, pues estoy decidido a someterme a reglas contra el gasto. A la iglesia por la mañana, sin nadie en los bancos excepto yo. A casa a comer; después vino *sir* William Penn a hablar hasta la hora de la iglesia. Al salir me sentí confuso cuando él me ofreció que le diera el brazo a mi esposa o a la señorita Martha Batten (que se encontraba sola): al principio me puse con mi mujer, pero él me empujó, por lo que tomé a Martha y la acompañé, delante de él y de mi esposa. La dejé en su casa y nosotros tres fuimos a pasear al jardín. Al enterarnos de que *sir* G. Carteret había mandado preguntar por mí en casa, nos fuimos Penn y yo a la suya. Allí esperamos un buen rato, pues estaba con sus oraciones, y finalmente subimos. El asunto era meter más prisa a los barcos de la Compañía de la India Oriental, para lo que nos reuniremos mañana por la tarde[9].

3 de marzo

Toda la mañana en casa, tratando asuntos de negocios con mi hermano Tom y después con el señor Moore. Luego establezco algunos votos severos referentes a mis gastos en el futuro, que me obligo a cumplir mediante juramento ante Dios con castigos claramente estipulados. No tengo dudas de que a partir de ahora daré buen uso a mi tiempo y me haré rico, pues encuentro mucha más satisfacción ocupándome de mis asuntos un día que con los placeres de toda una semana, además de las preocupaciones que después me ocasiona recordar el gasto de dinero. Almorcé en casa, luego a mi cámara para asuntos de trabajo, y a la oficina, donde estuvimos hasta las ocho con el envío de los barcos de la Compañía de la India Oriental. Tras pasar un rato con *sir* William Penn y el señor Kenard, el carpintero, hablando sobre la nueva construcción en su casa, me fui a la mía. Allí encontré una vasija llena de ostras que me han mandado desde Chatham. Me tomé unas cuantas y luego cené. Cuando el barbero terminó, a la cama. Me han dicho que hoy el Parlamento ha votado que se paguen dos chelines anuales por cada chimenea de Inglaterra como fuente regular de ingresos para la Corona.

5 de marzo

Por la mañana en el pintor por lo de mi retrato pequeño. De allí a casa de Tom por negocios, y más tarde a un artesano de peltre para hacerme un cepillo en el que pagar mis multas, pues he roto mis recientes votos. Fui a comer al Guardarropa, y de allí a casa y a la oficina. Estuve repasando papeles del viaje en el que recogimos al Rey y rompí tantos inservibles que me llegaban hasta las rodillas. Cuando terminé, a las diez, a casa a dormir.

23 de marzo, día del Señor

Esta mañana me han traído la librea de lujo de mi muchacho, que es muy elegante. Creo que siempre la dejaré con cordón negro y dorado sobre gris, los colores de mis armas. A la iglesia por la mañana y luego me tomé unas grandes ostras cocidas con *sir* William Batten. Cuando estaba comiendo en casa con mi esposa, me sentí mal: vomité las ostras y me repuse. Al rato llegó el carruaje para mi cita. Llevé a mi esposa a casa de la señora Hunt y yo fui a Whitehall, a Worcester House y a casa del lord Tesorero, buscando a *sir* G. Carteret, pero no lo hallé en ningún sitio, así que volví a Whitehall y allí me encontré con el capitán Isham, llegado hoy de Lisboa con cartas de la Reina al Rey. Me dio cartas que indican que nuestra flota está en Lisboa, y que la Reina no tiene intención de embarcar antes de quince días a partir de mañana.

24 de marzo

Temprano con *sir* G. Carteret y los dos *sir* William a bordo del *Experiment*, para darle salida, pues lo enviamos a las Madeiras con la flota de la India Oriental. Nos quedamos hasta mediodía hablando, bebiendo y comiendo un buen tocino inglés. Después de dejarlo todo bien arreglado me voy a casa, donde encuentro a Jane, mi antigua doncella, que ha venido del campo. Se me ocurre contratarla de nuevo. En esto viene *la Belle* Pearse a ver a mi esposa y a traerle un par de tirabuzones postizos, que es ahora la moda entre las señoras. Son bonitos, y del propio pelo de mi mujer, pues de otra forma yo no lo toleraría. Después de esperar un buen rato fui a ver si había alguna representación, pero no encontré nada en el poste, ya que es Semana de Pasión. Así que vuelvo a casa y por el río nos dirigimos a Westminster. Justo cuando nuestro bote había partido vino Griffin a decirme que *sir* G. Carteret y los demás estaban en la oficina. Intenté volver a la orilla tras pasar el puente, pero la corriente contraria nos empujaba peligrosamente

cuando lo cruzábamos, lo que asustó mucho a la señora Pearse. Así que las llevé a la otra orilla, anduvimos hasta el Oso y les dije que siguieran mientras yo volvía a la oficina. Como allí no había nadie, de nuevo al Viejo Cisne[10], y por el río hasta la Lonja, donde las encontré. Desde allí llevé en carruaje a mi esposa a que comprara algo en Bowes. Mientras tanto me acerqué a Westminster Hall y compré el libro del señor Graunt con observaciones sobre las listas semanales de mortalidad, que a primera vista me parecen muy buenas. Vuelvo de nuevo a por mi esposa y visitamos a mi hermano Tom, a quien encontramos con mucho trabajo, lo que me alegra. Luego a la Lonja y a casa. Más tarde a casa de *sir* W. Batten, donde cené, por pura hambre y para ahorrarme que me tuvieran que preparar algo en casa, algo que ni hago ni quiero acostumbrarme a hacer. A casa y a dormir.

26 de marzo

Me levanto temprano. Hoy es, por la grandísima bendición de Dios, el solemne cuarto aniversario de mi operación de cálculo, y estoy, por la gracia de Dios, con muy buena salud y en estupenda situación. Sea alabado el nombre del Señor. A la oficina y a casa de *sir* G. Carteret toda la mañana por negocios. A mediodía vienen mis buenos invitados, *madame* T. Turner y su prima Norton, y un caballero, el señor Lewin, de la Guardia del Rey, que nos cuenta que un compañero suyo ha muerto esta mañana en un duelo. Preparé una buena comida para ellos, a saber: un par de carpas estofadas, seis pollos asados y una cabeza de salmón caliente de primero; budin de tanaceto, dos lenguas de vaca y queso de segundo. Pasamos una buena tarde hablando, cantando y tocando el flageolet. Por la noche se fueron encantados, y mi mujer y yo, muy contentos, paseamos media hora por el jardín. Contratamos a un cocinero para preparar el almuerzo de hoy, y pedimos a Jane que nos ayudara. Mi mujer acordó con ella un salario de tres libras anuales (no lo haría por menos) hasta que ambas partes estuviéramos en mejores condiciones, así que se quedará con nosotros; espero que estemos bien, y a ver si se le pasan los dolores a la pobre Sarah.

6 de abril, día del Señor

Por el río a Whitehall, a ver a *sir* G. Carteret y darle cuenta del retraso de los barcos que hemos preparado para Portugal[11]. Le preocupa mucho. De allí a la capilla, que estaba llena; oí un sermón muy honrado de un canónigo de

Christ Church ante el Rey sobre las siguientes palabras: «Teniendo una forma de divinidad pero negando, etc.». Entre otras cosas insistió en el pecado de adulterio, creo que por Su Majestad, ya que pareció forzado y no estaba en el texto. Después asistí al almuerzo del Rey; luego con *sir* G. Carteret a sus aposentos, donde comimos con su esposa, a la que cumplimenté y ante quien fui recibido como un desconocido; parece una buena señora. En todas sus intervenciones, que fueron abundantes, hablaron sobre sus sufrimientos y servicios al Rey. Y no sin problemas, pues muchos que les debían bastante ahora les descuidan, mientras que otros son muy corteses habiendo recibido menos de ellos. Creo que ha sido un buen servidor del Rey. De allí, voy a pasear por el parque, donde también estaban el Su Majestad y el Duque. Cuando me cansé tomé una barca hasta las escaleras de Milford y de allí al paseo de Gray's Inn, por primera vez este año, muy agradable y con excelente compañía.

7 de abril

Por el río a Whitehall y de allí a Westminster, donde tuve que esperar en la puerta del Parlamento para hablar con el señor Coventry, lo que me irritó. Envié una nota al lord del Sello Privado, que salió a verme. Le pedí que se me concediera un suplente por el mucho trabajo que tengo este mes en la Armada, pero dice que no puede hacerlo sin permiso del Rey. Así que fui a ver al doctor Castle y conseguí que su empleado trabajara mañana por mí. De allí por el río a casa de Tom, donde recogí a mi esposa y nos fuimos en coche a la Lonja Real. Compramos seis cintas grandes de holanda y mandé a mi esposa a casa. Me encontré con mi tío Wight y el señor Rawlinson y comimos en casa de este carne fría con buen vino. Sin embargo me dolió la cabeza, así que volví a la oficina y allí prometí no beber más de un vaso de vino en las comidas hasta el próximo Domingo de Pentecostés. Se dice por todas partes que los españoles y los holandeses tienen la intención de atacar a los portugueses en Lisboa en cuanto se marche nuestra flota, lo que significa que no vendrá hasta dentro de dos o tres meses. Espero que no sea cierto.

10 de abril

Ayer vino el coronel Talbot con cartas de Portugal: la Reina ha decidido embarcarse para Inglaterra esta semana.

11 de abril

Me levanto temprano y me pongo a practicar una canción con el laúd. Sobre las seis voy por el río con *sir* W. Penn a Deptford. Nos pasamos por los barcos que parten con hombres y caballos a Portugal, para despacharlos. De allí a Greenwich, desde donde dimos un agradable paseo hasta Woolwich en compañía del capitán Myngs. Él y otros capitanes que estaban con nosotros me cuentan que cuando los negros se ahogan se vuelven blancos, perdiendo su color, algo que nunca había oído. Volvimos a Greenwich por el río y allí, mientras preparaban algo para nuestro almuerzo, *sir* William y yo paseamos hasta el parque, donde el Rey ha plantado árboles y colocado escaleras en la colina hasta el castillo. Después estuvimos por el edificio, que están reparando para alojamiento de la Reina. Comimos en el Globo con el capitán Lambert, del barco de recreo del Duque. Pasamos un buen rato, y a casa. Por la noche a la Lonja, donde hablé con mi tío Wight. En casa, paseé con mi mujer por el emplomado. Vino el barbero y me fui a la cama bastante cansado, lo que rara vez me sucede.

13 de abril, día del Señor

Por la mañana a San Pablo, donde oí un sermón bastante bueno; de allí a comer al Guardarropa con *milady*, y después de hablar con ella un buen rato a la iglesia otra vez, en el Temple. Un chico que estaba durmiendo se cayó al suelo desde un asiento muy alto y casi se rompe el cuello, pero al final no fue nada. Luego al Gray's Inn Walks, donde me encontré al señor Pickering y paseé con él dos horas, hasta las ocho, cuando ya estaba realmente cansado. Habló sobre todo de lo orgullosa que es la duquesa de York y de las envidias que provoca *lady* Castlemaine entre las damas. Tiene previsto ir esta semana a Portsmouth a encontrarse con la Reina, que es de lo que todos hablan en la ciudad.

18 de abril

Esta mañana mandé al muchacho a la bodega a por cerveza, le seguí con una vara y le golpeé como castigo por retrasarse en los recados y otras faltas. Su hermana bajó y me rogó por él, por lo que me detuve. Después, en la cámara de mi esposa, le dije a Jane lo mucho que quiero al chico y lo preocupado que estoy por corregirle, pues si no le irá mal. Al final ella se quedó conforme. Esta mañana *sir* G. Carteret, *sir* W. Batten y yo nos

reunimos en la oficina y decidimos ir a Portsmouth esta semana. A este respecto no sé qué hacer con mi esposa, pues no puedo convencerla de que se vaya a Brampton y me resisto a dejarla en casa. Toda la tarde de aquí para allá haciendo preparativos para mi salida.

19 de abril

Esta mañana, antes de reunirnos, fui a Aldgate, y en la tienda de la esquina, en el pañero, vi cómo llevaban a ejecutar a Barkestead, Okey y Corbet en Tybume. Allí les colgaron y descuartizaron. Parecían muy animados, aunque me han dicho que todos han muerto defendiendo como justo lo que le hicieron al Rey, lo cual es muy extraño.

4 de mayo, día del Señor

Me quedé en cama hablando con mi esposa hasta que vino el señor Hollier para sangrarme, aproximadamente dieciséis onzas, pues estaba demasiado lleno de muy buena sangre. Empecé a marearme, pero me recosté y me sentí mejor. Le di cinco chelines por sus servicios. Después nos separamos y yo fui a mi cámara a escribir mi diario desde el principio de mi último viaje hasta ahora. Comí bien; después me sujeté el brazo con una cinta negra y fui paseando con mi esposa hasta la casa de mi hermano Tom. Nuestro muchacho nos acompaña con espada por primera vez para superar al chico de *sir* W. Penn, que hoy, al igual que el de *sir* W. Batten, estrena nueva librea; sin embargo, pienso que la mía es la más aparente. Llevé a mi esposa al banco de la señora Turner, y como la iglesia estaba llena para oír a un doctor que iba a dar un sermón como prueba de ingreso, salí a pasearme por el Temple. Cuando el servicio terminó fuimos a casa de la señora Turner; después de un rato allí, con mi esposa andando a Gray's Inn, a ver lo que está de moda entre las damas, pues quiere hacerse unos vestidos. De camino a casa pasamos por la de Anthony Joyce, encontrándonos con que su esposa ha vuelto enferma de la iglesia y estaba en pleno ataque convulsivo. A casa, y yo a la de *sir* W. Penn, donde cené; luego, oraciones en casa y a la cama.

7 de mayo

Caminé hasta Westminster, donde me enteré de que el señor Mountagu llegó anoche con noticias para el Rey: dejó a la Reina y a la flota en la bahía

de Vizcaya, de camino, y pensaba que ya estaría en Scilly[12].

A mediodía fui a casa de milord Crew y comí allí. Hablamos sobre los debates tan simplones y ligeros que se producen en el Parlamento y me contó el tema reciente del dinero de las chimeneas, por el que todos los ocupantes deben pagar: uno preguntó si según eso las mujeres estaban obligadas a pagar, y otro dijo que las mujeres no eran ocupantes, pero ocupaban. Luego al Patio de San Pablo, donde vi a *milady* Sandwich, a Carteret y a mi esposa (que hoy hacía su primera visita a la señora Carteret) acercándose en carruaje en dirección a Hyde Park. Decidí seguirlas, así que me dirigí a casa de la señora Turner y me encontré que había ido al teatro, donde vi el último acto de *Knight of the Burning Pestle*[13], que no me agradó nada. Al terminar la obra, ella, T. Tumer, la señora Lucin y yo nos dirigimos al parque, donde estuvimos charlando y vi a muchas bellas damas; nos quedamos hasta que casi todas se fueron. Después a casa de la señora Turner, donde cenamos. Fui a casa caminando y, al rato, llegó mi esposa, a la que *lady* Carteret ha traído hasta la verja. Luego, a la cama.

8 de mayo

Viene *sir* G. Carteret y paseamos por el jardín. Entre otras cosas, me dice que *sir* W. Coventry se va a incorporar como comisionado de la Armada. Esto le tiene muy enfadado y clama contra *sir* W. Penn, amenazándole: mirando a sus aposentos, que ahora están siendo ampliados de nuevo, gritó excitado: «¡*Guarda mi spada*!, pues por Dios que intentaré que se quede en Irlanda cuando esté allí». Esto es porque *sir* W. Penn marcha hacia allá con el lord teniente Ormond. Mi intención es estar cerca de *sir* G. Carteret, y creo que he empezado bien.

9 de mayo

En Westminster hablé con el doctor Castle sobre el Sello Privado, que no me importa mucho porque es de poco valor, aunque la repentina y reciente muerte de Watkins nos puede hacer perder dinero. De allí a ver al señor De Critz, donde vi unas obras muy buenas que ha copiado de la colección del Rey, algunas de Rafael y Miguel Ángel. Le he pedido prestada una *Elizabeth* que tenía copiada para colgarla en mi casa; mandé a Will que la llevara. Luego con el señor Salisbury a una cervecería en Covent Garden a ver un cuadro que tienen allí; lo venden por veinte chelines y yo ofrecí catorce, pero

vale mucho más. Sin embargo, no lo compré por no romper mis votos. El duque de York partió anoche hacia Portsmouth, por lo que pienso que la Reina debe estar cerca.

10 de mayo

Solo en mi oficina toda la mañana, elaborando instrucciones para el astillero de Portsmouth sobre las cosas que, según vimos la última vez, necesitaban reformarse. Conseguí que las firmaran esta mañana para poder enviarlas esta noche, pues el Duque está allí ahora. A mediodía al Guardarropa, donde comí. *Milady* me contó que *lady* Castlemaine habla de alojarse en Hampton Court, lo que le preocupa mucho a ella y a todas las damas, pues obligará al Rey a verla en presencia de la Reina cuando esta venga. De vuelta a la oficina, y allí toda la tarde. Por la noche viene *sir* G. Carteret y entre los dos arreglamos, además de otras cosas, el flete de un barco para Tánger. Observo que me escoge a mí de entre el resto para resolver los asuntos, lo que me alegra mucho.

11 de mayo, día del Señor

Por la mañana a nuestra iglesia, donde, debido a la ausencia de nuestro pastor, le sustituye un presbítero aburrido, muy soso. Comimos en casa con el hermano de mi esposa y nos tomamos un plato de ternera estofada con un aliño preparado por Jane, muy bueno, y un trozo de esturión de un barril que hace poco me mandó el capitán Cocke. Por la tarde a Whitehall; allí paseamos una o dos horas por el parque y vi al Rey, que ya se ha quitado el luto, vestido con un traje con cintas de plata y oro, del que se dijo que estaba pasado de moda. Después al Guardarropa, donde planteé a las damas el ir mañana a Hampton Court. A casa, y tras resolver irnos asuntos allí, con mi esposa al Guardarropa, donde pasamos la noche en los aposentos del capitán Ferrer, aunque la cama era tan blanda que no pude dormir con un tiempo tan caluroso.

13 de mayo

Toda la mañana en la oficina. Comí solo en casa; mi esposa está en cama por su *Mois*. Después paseé hasta el Patio de San Pablo, donde saldé mis cuentas hasta el día de hoy. De vuelta a la oficina y a casa. Will Joyce vino

con un amigo, un primo suyo, a verme, y les saqué una botella de vino; luego cantar, leer, y a la cama.

14 de mayo

Toda la mañana en Westminster y en otros sitios, por trabajo. Comí en el Guardarropa y después estuve charlando una o dos horas con *milady*. Ella se teme que *lady* Castlemaine seguirá junto al Rey, pero yo creo lo contrario, pues la quiero bien. De allí a casa de mi hermano, al que pillo en una mentira sobre el forro de mi nueva túnica de las mañanas, pues dice que es igual que la parte de fuera; me enfadé mucho con él y me marché. Después de una hora en el Patio de San Pablo, a casa, y allí me encuentro con que el señor Moorcock, de Chatham[14], me ha traído un monumental pastel; observo que ha hecho lo mismo con los demás, de lo que me alegro. Luego, a la cama.

15 de mayo

A Westminster; en el Sello Real vi al señor Coventry firmar como nuevo comisionado, de lo cual no sé si alegrarme. Mientras iba haciendo cosas por el camino llegué a casa, y tras comer, a la oficina toda la tarde. Por la noche repicaron las campanas de la ciudad y se hicieron hogueras para celebrar el regreso de la Reina, que llegó anoche a Portsmouth. Sin embargo no veo mucha alegría, sino más bien indiferencia, en los corazones de la gente, bastante insatisfecha por el orgullo y el lujo de la Corte, que se está endeudando.

18 de mayo, domingo de Pentecostés

Por el río a Whitehall, y allí a la capilla, en el banco que me corresponde como Registrador del Sello Real. Escuché un excelente sermón del doctor Hacket, obispo de Lichfield y Coventry, sobre las palabras «Aquel que bebe de esta agua nunca tendrá sed». Se interpretó un estupendo himno, cantado por el capitán Cocke y otro, con una bella música. El Rey bajó, se ofreció y tomó el sacramento de rodillas, algo digno de verse. Luego con *sir* G. Carteret a su alojamiento, donde comimos con su esposa y un señor llamado Brevint, eclesiástico francés. Lo pasamos muy bien, tuvimos buena conversación y yo hablé mucho con ella. Tras comer, de nuevo a la capilla, con otro buen himno del capitán Cocke. De allí a la Cámara del Consejo, donde el Rey y el

Consejo estuvieron en sesión hasta casi las once de la noche, obligándome a ir de aquí para allá por los pasillos hasta esa hora. Estaban leyendo proyectos que han de aprobarse mañana en la Cámara, antes de que el Rey salga de la ciudad y prorrogue el Parlamento. Al final se levantó la sesión y *sir* G. Carteret me cuenta sobre ciertos cambios respecto a los barcos dispuestos para llevar caballos de Irlanda a Portugal. Cogí un coche para ir a casa y mandé que el bote marchara sin mí. Encontré a mi esposa enfadada porque he estado mucho tiempo fuera, pero la conformé. Iba con su nuevo traje negro de seda fina y una combinación amarilla muy bonita. A la cama.

20 de mayo

Sir W. Penn y yo resolvimos algunos asuntos en la oficina y de nuevo a casa, donde vino el deán Fuller después de que hubiéramos comido, pero hice sacar algo para él. Lo pasamos muy bien durante una hora o dos: me agradan su compañía y su bondad. Al final se fue, y yo a la Ópera con mi esposa en coche, donde vimos la segunda parte de *The Siege of Rhodes*, pero no resulta tan bien como cuando estaba Roxalana, de quien se dice que está ahora con lord Oxford. De allí al embarcadero de la Torre, donde tomamos una barca y nos acercamos a la Casa de Mitad del Camino[15]; allí bebimos, comimos y lo pasamos bien. Llegamos a casa de noche y terminamos una muy buena velada; la vida que llevamos ahora es muy agradable; bendito sea el Señor, y nos haga agradecidos. Sin embargo, aunque estoy en contra de gastar demasiado, creo que es mejor disfrutar cierto grado de placer ahora que tenemos salud, dinero y ocasiones antes que dejarlo para la vejez o la pobreza, cuando no podamos buscarlo con tanta propiedad.

21 de mayo

Mi esposa y yo por el río hasta Westminster, y después de ver ella a su padre (últimamente no he oído nada sobre a qué se dedica, ni sobre su madre) se reúne conmigo en los aposentos de milord, donde ambos paseamos por el jardín de Whitehall. En el jardín privado vi el más excelente vestido y enaguas de *lady* Castlemaine, adornadas con magníficas puntillas en el borde, que me encantó contemplar. Luego a la taberna de Wilkinson a almorzar, nosotros dos y la señorita Sarah[16]; nos tomamos un cuarto de cordero y una ensalada. Sarah nos contó que la semana pasada el Rey comió y cenó con *lady* Castlemaine todos los días, y que la noche de las hogueras por la llegada de la

Reina, el Rey estaba con ella, pero no hubo hoguera en su puerta, aunque sí en casi todas las demás de la calle, lo que percibieron muchos. Cuenta que el Rey y ella hicieron traer una balanza para pesarse, y que ella, como está preñada, pesaba más. Sin embargo ahora está de lo más desconsolada, y no sale desde que el Rey se fue. Fuimos al teatro a *The French Dancing Maister*[17] y nos dio mucho gusto verla [a *lady* Castlemaine], Sin embargo, nos desagrada su aspecto deprimido y ver que ahora la gente la desprecia. La obra fue muy agradable, y el papel de Lacy como maestro de baile lo mejor del mundo. De allí a casa de mi hermano Tom, esperando ver esta noche a mi padre de regreso del campo, pero no ha llegado todavía y a quien encontramos fue a mi tío Fenner y a su vieja esposa, a la que no veía desde la boda, ni me importaba verla.

23 de mayo

En la oficina buena parte de la mañana, y a mediodía con mi esposa y a pie al Guardarropa. Ella subió al comedor con *lady* Paulina y yo me quedé abajo, hablando con el señor Moore en el salón y leyendo los últimos discursos del Rey y el Canciller sobre la prórroga de las Cámaras del Parlamento. Mientras leo, me entero de que lord Sandwich ha llegado y está arriba con *milady*, lo que me produce un enorme gozo. Así que subí a esperar a que saliera, lo que hizo al cabo de un rato: tiene buen aspecto y mi alma se alegra de verle. Está muy contento, ha dejado al Rey y a la Reina en Portsmouth, se quedará aquí hasta el miércoles próximo y luego se encontrará con ellos en Hampton Court. Después a comer, acompañándonos el señor Browne, registrador de la Cámara de los Lores, su esposa y su hermano: milord está muy contento y entre otras cosas nos dice que la Reina es una dama muy simpática, y que se maquilla. Tras la comida le mostré la carta de Teddiman sobre las noticias de Argel, que le agradan en extremo. El escribió una al duque de York sobre el tema y la envió con urgencia. Como llegó mucha gente a hacerle compañía, mi esposa y yo nos escabullimos a la Ópera, donde vimos *Wit in a Constable*[18] en su primera representación, pero es una obra tan tonta que creo que nunca vi nada igual. Al terminar, mi esposa y yo fuimos a la obra de marionetas de Covent Garden, que vi el otro día, y desde luego es muy agradable. Allí vi por primera vez que entre los violines tocaban un dulcémele, con palillos golpeando las cuerdas, muy bonito. Luego por el río hasta casa, cenamos muy a gusto con *sir* William Penn, y a la cama.

24 de mayo

Al Guardarropa, donde hablé de nuevo con milord y vi a W. Howe, que se ha vuelto un hombre elegante y formal. Salí afuera con el señor Creed, quien me informó de todo lo que deseaba saber. Entre otras cosas, de los problemas que ha tenido milord este verano por falta de instrucciones completas y precisas del Rey, y dudo que los lores del Consejo se preocupen por las cosas como los antiguos gobernantes, sino más bien por el placer o los beneficios; el *juego de Toros* es sencillamente un pasatiempo, aunque el más grande en España; la Reina no ha recompensado a ninguno de los oficiales o capitanes, solamente a lord Sandwich con un saco de oro (lo que no suponía un regalo honorable) por valor de unas mil cuatrocientas libras esterlinas. También lo recluida que ha estado siempre la Reina, que no ha salido al puente ni una vez en todo el viaje ni ha asomado la cabeza por su camarote, aunque le gustaba mucho la música de milord: a menudo pedía que la tocaran en el salón principal y ella se quedaba escuchando en su camarote. Que milord tuvo un enfrentamiento con el Consejo de Portugal respecto al pago de la dote antes de conseguirla finalmente: consistía, además de Tánger y el libre comercio en las Indias, en dos millones de coronas, la mitad ahora y la otra dentro de un año. Sin embargo, han traído poco dinero en efectivo y bastante en azúcar y letras de cambio. Que el rey de Portugal es bastante simplón, un pobre gobernante, y que su madre lo hace todo. Después de una cerveza en la Estrella, en Cheapside, le llevé a la Lonja y luego a mi casa, pero como mi esposa ya había comido, fuimos a Fish Street, donde nos tomamos un par de langostas de almuerzo y seguimos conversando. Luego fui a la oficina, y, cuando terminé, a Deptford por el río con *sir* W. Penn para ver al capitán Rooth, que está muy enfermo. Finalmente a casa por tierra, parando en la Casa de Mitad del Camino, donde comimos y bebimos.

25 de mayo, día del Señor

Me afeito yo mismo, como he hecho toda la semana, con piedra pómez, algo que aprendí del señor Marsh la última vez que estuve en Portsmouth; me parece muy fácil, rápido y limpio, y lo seguiré practicando. En nuestra iglesia escuché un buen sermón del señor Woodcocke, solo que al rogar por una mujer de parto, suplicó que Dios la librara de la maldición hereditaria de dar a luz, y ese comentario me parece bastante extraño. Comí en casa con el señor Creed, siendo hoy el primer día del año que tomo guisantes. Mucha conversación por la calle, andando aquí y allá y entrando en muchas iglesias,

entre otras la del señor Baxter en Blackfriars. Después al Guardarropa, donde me dicen que milord se ha tomado una purga, por lo que no le veo y me voy a Charing Cross con el capitán Ferrer en el coche del señor George Mountagu. En la taberna del Triunfo me muestra a algunas damas portuguesas que han venido a la ciudad antes que la Reina. No son atractivas y sus miriñaques muy raros. Muchas damas y personas importantes vienen a verlas. No encuentro nada agradable en ellas. Observo que ya han aprendido a besar y a mirar de frente con libertad, y creo que pronto olvidarán las costumbres de reclusión de su propio país. Se quejan de la falta de agua buena para beber. Vuelvo al Guardarropa a pie, donde ceno con *milady*, y de allí a casa, donde después de pasear por el emplomado con mi esposa, oraciones y a la cama. Los guardias del Rey y algunas compañías de soldados del Concejo han estado circulando mucho los pasados cinco o seis días, lo que me hace pensar, y así lo dicen, que se prepara alguna conspiración. Dios nos proteja.

26 de mayo

Me levanto a las cuatro y me pongo a preparar unas cuentas para lord Sandwich. Al rato viene el señor Moore, con el que estaba citado, y por lo que nos parece, milord tiene deudas por valor de más de siete mil libras. Aunque está a la espera de ingresos que equilibrarán las deudas, le quedará poco dinero en el bolsillo. Vamos a casa de milord y, cuando está listo, despachamos una hora con él, presentándole nuestras cuentas. Como tiene en su poder seis mil libras del Rey, decide hacer uso de ese dinero, y salir de esto como pueda, lo que yo deseo, porque me temo que va a tener pocos ingresos nuevos en bastante tiempo. De allí a casa y a Trinity House: los hermanos han estado hoy en Deptford eligiendo un nuevo director, que es *sir* J. Mermes, pese a que *sir* W. Batten competía con fuerza por el cargo (no me desagrada nada, por esa mujer tan orgullosa que tiene). Llegaron a las tres, y nos sentamos a comer. Me senté junto al señor Prin[19], que sacó el tema de los datos registrados que tiene sobre la lujuria y la maldad de las religiosas en Inglaterra hasta el momento. Se sacó del bolsillo uno que muestra que treinta monjas fueron expulsadas de sus residencias por lujuria, por ser indignas de vivir en ellas, y sin embargo se las trasladó a otros conventos por orden del Papa. No me pude quedar hasta el final de la comida con ellos y salí prudentemente. Luego por el río a casa de Tom; más tarde, llevé a mi esposa al Toro Rojo[20], donde vimos *Dr. Faustus*, hecha tan pobremente y con tan poca gracia que nos sentimos mal, y peor todavía por la decisión que

habíamos tomado de que esta fuera la última obra que veríamos hasta San Miguel. Luego a casa en coche, cruzando Moorfields, donde paramos un poco a ver a los luchadores. En casa me subí el laúd al emplomado, toqué allí, y a la cama.

30 de mayo

Esta mañana hice mis cuentas y descubro que tengo en limpio no más de quinientas treinta libras. Es muy poco lo que he subido desde mis últimos cálculos. En una decisión repentina, me llevé a mi esposa, a Sarah y a Will en barcaza hasta Gravesend, con la intención de llegar hasta el *Royal James*, a ver el barco y al señor Shipley, pero al encontrarnos con él en una pequeña embarcación transportando las cosas de milord, subimos mi esposa y yo a bordo y navegamos hasta el árbol de la mitad del camino. Allí vimos a un pequeño turco y a un negro, a los que pretenden convertir en pajes de las dos señoritas. Había muchos pájaros y otras bonitas novedades, pero yo temía que hubiera piojos, por lo que volví al bote y llegué a Londres por delante de ellos, leyendo con gran placer *The Wall-Flower*[21]. A casa y luego al Guardarropa, adonde ha llegado el señor Shipley con las cosas. Allí estuve hablando con *milady*, que se prepara para ir mañana a Hampton Court. A casa, y a las diez vino el señor Shipley a cenar conmigo. Nos tomamos un plato de caballa y guisantes, nos dio las buenas noches, se fue a dormir a la barcaza, y yo a la cama.

31 de mayo

Me quedé buen rato en la cama y me levanté para completar el diario de estos dos o tres últimos días. Entonces llegó Anthony Joyce, apremiándome para que le pague un dinero por el sebo que hace poco sirvió a petición mía, lo que me molestó, pero le prometo que será el primero en recibirlo. Al rato a Whitehall, pues he oído que *sir* G. Carteret ha llegado a la ciudad; como no pude encontrarle, volví a casa de Tom y me llevé a mi padre a casa. Allí comimos, discutiendo nuestros asuntos con el tío Thomas y T. Trice. Después, volví a la oficina. Tras terminar lo mío, pasé, resolví algunos asuntos y luego a casa. Hice que Sarah me cepillara el cabello para limpiarlo, y lo encuentro tan estropeado por los polvos que he decidido intentar tener la cabeza seca sin usar talco. También decido hacerme cortar las patillas, que llevaba una temporada dejando crecer, para poder pasarme la piedra pómez

por toda la cara y ahorrar tiempo, como hasta ahora he hecho con la barbilla, lo que me parece muy cómodo y suave. También me lavó los pies con un baño de hierbas, y a la cama.

Este mes termina con un largo periodo de muy buen tiempo. Estoy bastante bien de salud, aunque de vez en cuando el viento me afecta tremendamente. Han traído a la Reina a Hampton Court hace unos pocos días y todos dicen que es una dama bella y elegante, y muy prudente. También que el Rey está bastante satisfecho con ella, lo que me temo molestará a *madame* Castlemaine. Toda la Corte está ahora en Hampton. Se acaba de firmar una paz con Argel, lo que es también una buena noticia. Mi padre acaba de venir a la ciudad a vernos, y aunque han costado y costarán dinero, estoy satisfecho con los cambios en mi casa de Brampton. Milord Sandwich ha venido del mar con la Reina, y está bien y manteniendo su reputación. Tras auditar mis propiedades veo que dispongo de unas quinientas treinta libras en limpio. Acaba de publicarse la Ley de Uniformidad[22], que se piensa pondrá furiosos a los ministros presbiterianos. Hay muchos espíritus descontentos por todas partes: algunos creen que se les ha tratado con demasiada dureza, en contra de lo que se les había prometido; otros, que el Rey no les ha recompensado tanto como ellos esperaban. Dios nos proteja a todos. Hace poco me he obligado en juramento a evitar el vino y el teatro, lo que tendrá buen efecto.

3 de junio

Me levanto a las cuatro y me pongo en mi cámara a repasar mis cuentas y las de milord; estoy ansioso por llegar a las mil libras, pero todavía no cuento con más de quinientas treinta. En la oficina toda la mañana, donde el señor Coventry trajo su licencia y tomó posesión entre nosotros. Como hicimos un contrato, me puse, como siempre, a redactar los términos del mismo, pero *sir* W. Penn me dijo de forma muy innoble que quien debe hacerlo es el Controlador, de manera que se lo encargó al señor Turner. Me sentí ofendido y comencé a cuestionarlo con la carta de instrucciones del Duque, con la del señor Barlow y con la costumbre de nuestros predecesores, que *sir* G. Carteret conocía muy bien de cuando fue Controlador, que me dan la razón. No sé qué hará *sir* J. Mermes cuando venga, pero *sir* W. Penn se portó como un vil granuja y lo recordaré mientras viva. Al terminar en la oficina me dirigí al embarcadero de la Torre, donde el señor Creed y Shipley tenían preparados tres baúles llenos de cruzados, monedas portuguesas por valor de unas seis mil libras, para llevarlos a mi casa. Allí las guardaron en el sótano y el señor

Shipley se llevó la llave. Yo fui con mi padre a ver al doctor Williams y a Tom Trice, con los que estábamos citados en el Old Bayly[23]. Fuimos a la cervecería de Short, pero no pudimos llegar a un acuerdo con T. Trice. De allí al Guardarropa, donde encontré a *milady* llegada de Hampton Court; al parecer, la Reina la ha tratado con mucha cortesía, y *milady* me dice que es una mujer muy bonita, lo que me alegra. Ayer, según me cuenta *sir* R. Ford, los regidores del Concejo la visitaron con sus uniformes y le regalaron una copa de oro en la que había mil libras en oro. Pero, según me dijo, están tan escasos que anduvieron afanados buscando dos o tres regidores para imponer sanciones y conseguir esa cantidad: entre ellos estaba *sir* W. Warren[24]. A casa y a la oficina, donde cerca de las ocho vienen *sir* G. Carteret y *sir* W. Batten; despachamos y, luego, a casa y a la cama, aunque estoy intranquilo respecto al comportamiento deshonesto de *sir* W. Penn conmigo, y también por la cantidad de dinero que hay en la casa, que había olvidado, así que hice que las doncellas se levantaran y pusieran una vela encendida en el comedor, para espantar a los ladrones, y a dormir.

8 de junio, día del Señor

En la cama hasta la hora de la iglesia. El señor Mills, que ha regresado del campo, predicó un sermón muy perezoso. Comí en casa con mi esposa y otra vez a la iglesia. De allí paseando a casa de *milady*, con la que cené. Lo pasamos muy bien, entre otras cosas por un loro que milord ha traído y que grita «¡Pall!» tan claro que piensa regalárselo a *lady* Paulina, aunque a su madre no le gusta. A casa, donde veo que mi hombre, Will, anda con la capa echada sobre el hombro, como un villano. Después de las oraciones le pregunté dónde había aprendido esa postura poco recatada, y me respondió que no lo era o algo así de inadecuado, por lo que le di un par de sopapos, lo que nunca había hecho antes. Ala cama.

12 de junio

Esta mañana me probé mí nuevo traje de montar, cerrado por las rodillas, el primero que tengo en mi vida; creo que será muy cómodo, si acaso demasiado cálido para volver a usar uno de rodillas abiertas después. Por la mañana en la oficina, donde estábamos todos los oficiales, es decir, *sir* G. Carteret, *sir* John Mermes, *sir* W. Batten, el señor Coventry, *sir* W. Penn, el señor Pett y yo. Entre otros muchos asuntos, conseguí que firmaran un voto

respecto a mi capacidad de expedición de autorizaciones de pago: no se figuran qué uso me propongo hacer de él, que es solicitar que mis empleados tengan el derecho de emitir todas las autorizaciones. Me agrada, y no poco. Sin embargo, hubo grandes diferencias entre *sir* G. Carteret y el señor Coventry sobre aceptar las cuentas del Avituallador y sobre quién debe pagarle, si *sir* George o el Tesoro. *Sir* George alega que es su obligación defender sus tres peniques[25]. Terminaron muy irritados, y creo que esto acabará ante el Rey y el Consejo. Yo hice lo que pude para mantenerme al margen, pues tengo cosas de las que ocuparme antes de significarme en algo. De allí, invitado por el señor Gauden, a una muy buena comida en el Delfín, y lo que me admira es lo fácil que me resultó pasar todo el almuerzo sin probar una gota de vino. Después a la oficina, con la cabeza llena de asuntos, y luego a casa; como es el día más largo del año, hice que todos se acostaran cuando todavía había luz. Sin embargo, después de estar acostado y ya dormido, llegó una carta de mi hermano Tom para anunciarme que murió el marido de mi prima Anne Pepys de Worcestershire, que esta se había casado de nuevo, que su segundo marido está en la ciudad y que tiene intención de venir a verme mañana.

13 de junio

Me levanto a las cuatro de la mañana y leo el segundo discurso de Cicerón contra Catilina, que me agradó muchísimo. Observo más cosas de las que nunca creí pudieran encontrarse en él, pero veo que fue por mi ignorancia; es el mejor escritor que he leído. Más tarde a casa de *sir* G. Carteret para hablar sobre la discusión de ayer en la oficina, y me ofrezco a buscar en cualquier papel o libro viejo de los que tengo algo que le pueda beneficiar. Eso le agradó mucho y arremetió con fuerza contra el señor Coventry. Me dijo que le había ayudado en el Parlamento: cuando Prin arremetió contra él por aceptar dinero a cambio de puestos de trabajo, Coventry le pidió a Carteret que escribiera unas cartas que le exculparan. Entre otras cosas me contó que el Rey estaba en deuda con él, y que su familia se quedaría en paupérrimas condiciones si muriera antes de sanear sus cuentas. En general creo que me aprecia bastante, es amigo mío, y puede serme de provecho. De allí, entre otros sitios, a casa de mi hermano, donde me repasó el barbero Tom Beneere. Luego a ver a *milady*: comí con ella, el señor Laxton, Gibbons y Goldgroove; después, algo de música y a casa a mis asuntos. Por la noche di con mi

esposa, Sarah y el chico un paseo muy agradable hasta la Casa de la Mitad del Camino. De vuelta, y a la cama.

14 de junio

Me levanto a las cuatro y trabajo en mi oficina. Después de resolver algunos asuntos hasta las once nos dirigimos a la Torre, donde teníamos una habitación preparada. Allí, frente al patíbulo montado a propósito para hoy, vi cómo traían a *sir* Henry Vane. Gran agolpamiento de gente. Hizo un discurso muy largo, interrumpido muchas veces por el representante de la Corona y otros allí presentes; intentaron arrebatarle el papel, pero él se resistió a soltarlo. Sin embargo, hicieron que todos los que estaban copiando sus palabras entregaran sus notas al representante, y sacaron las trompetas de debajo del cadalso para que no se le oyera. Entonces rezó, se compuso, y recibió el golpe, pero el cadalso estaba tan abarrotado que no pudimos verlo. Boreman, que había estado allí arriba, se acercó y nos lo contó: empezó hablando del procedimiento irregular que se había seguido contra él, y que violando la Carta Magna se le habían negado todas las alegaciones a la acusación. Ese fue el momento en que le interrumpió el representante. Entonces sacó un papel con sus notas y empezó a leerlas. Sobre su vida dijo que había nacido caballero, que había sido criado en esa condición y que tenía todas las cualidades necesarias, pero, para hacer que todo el mundo pensase que lo era, había sido hasta los diecisiete años un juerguista, momento en que quiso Dios poner en su corazón los cimientos de la Gracia, lo que hizo que, en contra de sus intereses mundanos, abandonara todo privilegio y marchara al extranjero, donde poder servir a Dios con más libertad. Entonces fue reclamado en casa y nombrado miembro del Gran Parlamento, pero él nunca, hasta la fecha, había hecho nada contra su conciencia, sino a favor de la gloria de Dios. En este punto quería dar cuenta de las acciones del Gran Parlamento, pero le interrumpieron tantas veces que tuvo que ceder, de manera que se puso a orar por Inglaterra en general, por las iglesias de Inglaterra y, finalmente, por la ciudad de Londres. Luego se colocó en el tajo y recibió el golpe. Tenía una ampolla o erupción en el cuello que pidió no le tocaran: no se le mudó el color ni el habla en ningún momento, sino que murió justificándose y justificando la causa que había defendido, y habló con mucha confianza de estar ya a la derecha de Cristo. En todo se mostró como el hombre más decidido que haya muerto de esa forma, mostrando más vehemencia que cobardía, pero con humildad y seriedad. Alguien le preguntó

por qué no rezaba por el Rey, y él contestó: «Veréis que puedo rezar por el Rey: ¡Ruego que Dios le bendiga!». El Rey concedió el cuerpo a sus amigos y les dijo que esperaba que fueran gentiles con el cadáver. Luego un rato a la oficina, y todos a comer a Trinity House; después a la oficina de nuevo, hasta la noche. A casa y a la cama. Me he enterado hoy de que lord Peterborough ha regresado inesperadamente de Tánger para darle al Rey informes del lugar, el cual, nos tememos, está en muy molas condiciones. También tuvimos noticia de que los españoles están frente a Lisboa con trece barcos: seis de ellos holandeses y el resto propios, lo que seguramente sea malo para Portugal. Escribí una carta a Hinchingbrookc contando todos los sucesos de hoy a milord, quien, según tengo entendido, está muy satisfecho con las obras de allí.

18 de junio

Arriba temprano, y, después de leer un poco a Cicerón, me arreglé y a la oficina: muy ocupado toda la mañana. A mediodía vino el señor Creed con algunos asuntos y llegamos andando hasta Lincoln's Inn Fields. Después de un par de vueltas nos separamos y yo fui a comer a casa de lord Crew. Allí oigo que en toda la ciudad se habla del valor de *sir* H. Vane en el momento de su muerte, descrito por todos como un milagro. Después a Somerset House, a la cámara de *sir* J. Winter, con quien tenía cita y donde me encuentro al señor Pett. Repasamos su anterior contrato con el Rey respecto al bosque de Dean y tomo notas del mismo, por el nuevo contrato que están elaborando ahora[26]. Una vez terminado este asunto nos acercamos paseando a casa de Lely el pintor, donde vimos, entre otras cosas únicas, un retrato de la duquesa de York de cuerpo entero, con un vestido de satén blanco y sentada en una silla, y otro del Rey, todavía inacabado, excelentes ambos. Le di al hombre algo por mostrárnoslos y le prometí volver de nuevo para que me enseñara uno de *lady* Castlemaine que no pudimos ver porque estaba bajo llave. De allí a casa de Wright, el pintor, pero ¡Dios mío!, menuda diferencia entre la obra de los dos. Luego al Temple[27], donde hablé con mi primo Roger, quien me da pocas esperanzas en el asunto entre mi tío Tom y nosotros. Después con el señor Pett en coche a la Real Lonja, donde nos separamos. En la oficina hasta la noche. Hoy han limpiado las ventanas de mi oficina y un marco de mi despacho. A casa, donde tengo una alegre conversación con mi esposa y con las criadas en la cocina, como hago ahora de vez en cuando, pues estoy satisfecho con ellas, y a la cama.

19 de junio

Me levanto a las cinco, y, mientras Will se arregla para subir a ayudarme, toco un rato el laúd. Después, reunión por un gran negocio secreto pendiente: contratar quinientas toneladas de cáñamo con *sir* W. Rider, el señor Cutler y el capitán Cocke; fue aprobado y tengo que redactar las condiciones. A casa a comer, donde está el señor Moore. Hacemos cuentas y las cuadramos. Luego llevamos el último baúl de cruzados a casa del regidor Blackwell. Durante ese tiempo, su dama, que había venido en el coche, estuvo de compras, y como tenía un frasco dorado de perfume que le había regalado don Duarte de Silva, el mercader portugués que ha venido con la Reina, me ofrecí a probarlo y ella echó un poco en mi mano: aunque me gustó, lo mejor fue que viniera de una dama tan guapa. A casa y a la oficina a preparar muchos documentos. Desde luego hacía tiempo que no tenía la cabeza tan a rebosar de ocupaciones, y me agrada, pues empiezo a ver el placer que da. Dios me dé salud. A la cama.

21 de junio

Me levanto sobre las cuatro y resuelvo algunos asuntos personales; me arreglo, y a la oficina a preparar la reunión de hoy. Tras la reunión, con *sir* W. Penn a Trinity House; allí hay un banquete organizado por los guardianes, con muy buen ambiente y mucha compañía, aunque de gente común. El Teniente de la Torre, al preguntarle cómo murió *sir* H. Vane, me dijo que estaba fuera de sí, pero todos admiten que con tanto valor como el que más. De allí a la oficina, donde estaban citados *sir* W. Rider, el capitán Cocke y el señor Cutler para consultar respecto a nuestro contrato de quinientas toneladas de cáñamo. Al finalizar, hice alguna gestión y volví a casa, donde me encontré al señor Creed, que estuvo hablando conmigo y mi esposa más de una hora. Me puse mi traje de montar solo para que él lo viera. Cuando se fue, escuché las quejas de mi esposa y de las criadas respecto al muchacho, por lo que le hice subir y le azoté con mi fusta hasta que no pude más, aunque no logré hacerle confesar ninguna de las mentiras que le achacan. Al final, y no queriendo que se marchara victorioso, le di otra vez, dejándolo en camisa y golpeándole hasta que confesó que se había bebido el suero, que había robado un puñal, y, sobre todo, que se había llevado el candelabro a su habitación, lo que antes había negado. Debo admitir que es de lo más asombroso lo que puede aguantar este chico con tal de mantener una mentira. Creo que tendré que echarlo. A la cama, con el brazo realmente fatigado.

22 de junio, día del Señor

Hoy me puse mi jubón acuchillado, que tanto me gusta. El señor Shipley vino por la mañana a decirme que él y milord llegaron la noche pasada de Hinchingbrooke. Nos pasamos una hora repasando sus cuentas y luego caminamos hasta el Guardarropa, hablando por el camino de los asuntos de milord. Me cuenta para mi asombro que el señor Bamwell ha muerto, dejándole una deuda de quinientas libras a milord. Al rato, este último llegó de la iglesia y comimos con otras personas. Estaba muy contento y, tras la comida, hablamos sobre el Estado y otros asuntos. Más tarde a casa de mi hermano Tom, al que llevé a la mía, donde le pagué todo lo que le debía además de subir las veinte libras que le había prestado hace poco a cuarenta, de las cuales deberá responder al señor Shipley, pues el dinero es suyo. Mi mujer y yo paseamos por el jardín, donde nuestra conversación gira contra *sir* W. Penn, con quien últimamente he tenido razones para sentirme enemistado. Más tarde salieron él y su hija a pasear y no les hicimos caso durante un buen rato, aunque al final, mientras volvíamos, hablamos un poco con ellos. A la cama. Me han contado hoy que en Hampton Court una dama portuguesa ha abandonado un bebé, pero que el Rey no ha ordenado buscar a los padres, por lo que no se sabe nada todavía. Al volver a casa me encontré con Will Swan, que sigue hablando tan a favor de los fanáticos como siempre: se apiada de milord Sandwich y de mí por haber cedido a la malicia del mundo y dice que se avecina la caída sobre todos nosotros, pues piensa que él y los suyos representan el verdadero espíritu de la nación y también a la mayoría; que, o siguen disponiendo de libertad de conciencia, pese a la Ley de Uniformidad, o morirán, y que si no pueden predicar fuera, lo harán en sus casas. También que con seguridad *sir* H. Vane debe haber ido al cielo, pues murió igual que los mayores mártires y santos, y que el Rey ha perdido mucho más con la vida de ese hombre de lo que vaya a ganar en mucho tiempo. De todo esto no sé qué decir, pero admito que creo que los obispos nunca podrán llegar más arriba de lo que están.

25 de junio

Me levanto a las cuatro, pongo en orden las cuentas de milord y a la oficina; tras ordenar bastantes cosas voy al Guardarropa, pero milord se ha ido a Hampton Court. Hablo con el señor Shipley y, cuando nos separamos, voy a Thames Street, pasado el puente, para preguntar los precios del

alquitrán y el aceite; me agrada mucho, pues con esta práctica espero ahorrarle dinero al Rey. A casa a comer y a la Lonja; a casa de nuevo y a la oficina, donde me paso la tarde preparando cosas para mañana. Por la noche paseo con mi esposa por el emplomado. A cenar, y a la cama. Como mi esposa tiene últimamente mucho dolor de oído, empieza a purgarse esta noche, y yo he cogido frío, por lo que noto bastantes de mis antiguos dolores.

26 de junio

Arriba y me purgo, pero lo justo para poder salir; solo para soltarme, porque ando estreñido. Luego a la oficina, donde estuve reunido toda la mañana hasta que a mediodía invité al comisionado Pett a comer en casa. Allí se me revolvió el estómago cuando me trajeron el esturión a la mesa y vi muchos gusanos pequeños moviéndose por ahí, lo que supongo se debe a que el encurtido estaba rancio. Después vino el señor Nicholson, mi antiguo compañero en Magdalene, y tocamos tres o cuatro piezas con el violín y el bajo. Cuando se fue volví a la oficina hasta la noche, donde aparecieron el señor Shipley y Creed para arreglar las cuentas de milord. Luego, a la cama.

27 de junio

Arriba temprano, todavía sin recuperarme de mi dolor. Me purgué más y me preparé para salir. A casa de milord, que se levantó en cuanto le dijeron que estaba allí. Estuvo hablando conmigo dos horas en ropa de dormir sobre los grandes asuntos del Estado y los particulares. Su plan es librarse de sus deudas con el Rey por el dinero de la embajada y luego conseguir el perdón; después poner en orden sus tierras y más tarde pensar en qué le interesaría más, si mantener su cargo en el mar o no. Ve claro que el Duque preferiría verle fuera y que eso es por intermediación de Coventry, a quien milord reconoce como su gran obstáculo. Llegó a sugerir la siguiente pregunta: «Hasta ahora me han apoyado el Rey y el Canciller contra el Duque, ¿pero qué pasaría si fueran el Duque y el Canciller contra el Rey?». Aunque lo dijo con estas palabras tan claras no conseguí entenderlo, pero es posible que más adelante lo haga. Le conté lo que me pasó con Swan recientemente, y él me contó algo parecido que le sucedió con el doctor Dell en el campo. En la oficina me encontré a *sir* W. Penn, que quería darse un paseo conmigo por el jardín: me dijo que ya estaba fijado el día de su partida a Irlanda, y que como yo había mencionado un favor que podía hacerle a un amigo mío, le dijera de

qué se trataba y lo haría[28]. Para ello tendríamos que comernos un plato de carne antes de irse, y nos invitó a mí y a mi esposa para el domingo próximo. A todo accedí con frialdad, pues no puedo quererle ni apreciarle desde la última jugada que me hizo, pero ninguno de los dos hizo referencia a esa riña. El señor Hollier ha estado hoy con mi esposa y le ha curado el dolor que tenía en el oído quitándole una extraordinaria cantidad de cera seca que se había endurecido en el fondo, de lo que me alegro.

28 de junio

Arriba y a hacer mis cuentas y las de milord, y luego a la oficina, reunido toda la mañana. A mediodía quedamos en la taberna de la Mitra, donde el señor Shipley nos invitó a un plato de pescado, estando también presentes el señor Creed y mi tío Wight. Después a la oficina toda la tarde; por la noche a casa, y tras hablar un rato con mi esposa, a la cama. Hoy me visitó una señora: alegando ser de mi familia, como ya ha hecho antes, me hizo prestarle diez chelines, prometiendo devolverlos a la noche, pero no he sabido nada de ella. Ya no confiaré más en ella. Se teme mucho una guerra con los holandeses, y recibimos órdenes de armar veinte barcos para que puedan partir de inmediato, pero me temo que es un engaño para asustarles, para hacerles ver que estamos preparados contra ellos. Sin embargo, sabe Dios que en este momento el Rey tendría problemas para armar cinco barcos, pues no tenemos dinero, ni crédito, ni provisiones. Mi espíritu se encuentra ahora en un momento excepcional de tranquilidad y alegría, más que nunca antes, desde que atiendo mis asuntos en la oficina, lo que hago con mucha constancia; creo que se debe a mis últimas promesas de evitar el vino y los juegos, en los cuales, si place a Dios, me mantendré firme, pues ahora mis asuntos me procuran placer, me otorgan un gran crédito y mi bolsillo también aumenta.

30 de junio

Arriba temprano y a la oficina, donde me encuentro a la chica de Griffin limpiando; aunque, Dios me perdone, se me pasó por la cabeza acercarme a ella, no la molesté. Al irse, estuve agujereando la pared para ver la gran oficina desde mi despacho sin tener que salir, con lo que me siento muy satisfecho. Me puse a lo mío y a mediodía con mi esposa al Guardarropa; comimos allí y por la tarde estuvimos hablando con milord. Sobre las cuatro

en coche con mi esposa y *milady* hacia mi casa, pasando por la de la señora Carteret, que estaba allí por casualidad (pues se ha instalado en Deptford para uno o dos meses). Le cuenta a *milady* que la señora Fanshaw se ha disgustado con ella solo por defender a los franceses, lo que asombra a *milady*, pues antes eran como hermanas, aunque vemos que no existe en el mundo ninguna amistad verdaderamente duradera. Luego a mi casa, disfrutando del orgullo de cruzar la Corte con ella de la mano, tan bella y con el paje llevándole la cola. Se quedó un rato en casa, paseó por el jardín y tomó agua; después se montó en el barco de recreo del Rey, que le gustó mucho. Más tarde fuimos al parque de Greenwich, donde consiguió subir la colina con esfuerzo; después bajó, tomó un bote hasta Blackfriars y a casa, encantada con tanta excursión. Cenamos con ella y, después, a la cama.

Observaciones

Creo que esta es la peor coyuntura que haya visto jamás. El Rey y su nueva Reina entretenidos con sus placeres en Hampton Court. La gente descontenta: algunos porque el Rey no les complació lo suficiente, y otros, fanáticos de todas clases, porque el Rey les roba su libertad de conciencia; y la cúspide de los obispos, que me temo lo estropearán todo otra vez. Todos alaban la forma de morir de *sir* H. Vane, y lo merece. Claman contra el impuesto de las chimeneas y dicen que no lo pagarán si no es a la fuerza. Y mientras tanto, quieren que haya guerra fuera, y Portugal desea que le ayudemos cuando no tenemos dinero para los gastos corrientes de nuestro país. Yo, rodeado de suciedad por las obras en mi casa y la elevación de un piso en la de *sir* W. Batten. Estoy en el buen camino, decidido a atender los negocios y ahorrar dinero, que Dios aumenta; eso es una delicia para mí y veo sus ventajas. Tengo deseos de ir a ver Brampton, pero no consigo encontrar un hueco de tres días. Muy buena salud mi esposa y yo.

3 de julio

Me levanto a las cuatro y a mi oficina hasta las ocho, haciendo dos copias de nuestro contrato con *sir* W. Rider y otros por quinientas toneladas de cáñamo. Como es secreto, me tomo la molestia de redactarlo y copiarlo en persona. Luego a casa a vestirme y a la oficina, donde tengo otra lucha con *sir* R. Ford sobre el tema de su hilo, en el que el comité está de mi parte, aunque me preocupa que se me echen encima los de la oficina por desairar a *sir*

Richard. A mediodía nos vamos a comer al Delfín, invitados por los oficiales de Armamento[29], donde estaban *sir* W. Compton, el señor O'Neill y otros grandes personajes; fue una gran comida, pero me limité a beber lo que me tengo asignado de vino. A *sir* W. Compton le trajeron un arma que puede descargar siete veces, el mejor mecanismo que nunca vi, muy práctico, ninguna tontería: está muy acreditada y ya se han fabricado muchas. De allí a mi oficina toda la tarde, mientras quedaba luz, para poner muchos asuntos en orden. Por la noche me visitó el señor Lewes, que me preguntó con ingenio si había investigado alguna vez sobre el asunto del Arcón de Chatham[30], y viendo mi interés en ser informado, sacó un documento con el que me describió el uso del Arcón: en conjunto demuestra que siempre se ha abusado del mismo, y así sigue en el presente, y me habla del mérito que tendría quien pudiera ocuparse del tema. Yo estoy decidido a hacerlo, si Dios me lo concede, y se lo agradezco mucho. Luego a casa, y después un par de vueltas por el emplomado con mi esposa, a la que he acompañado poco desde que empecé a atender mi trabajo, pero está conforme al ver cómo ocupo mi tiempo. Y a la cama.

4 de julio

Arriba a las cinco, y después de completar el diario tras mi viaje, a mi oficina para temas propios, que estoy decidido a seguir, pues cada día observo lo productivo que es. Al rato viene el señor Cooper, oficial del *Royal Charles*, del que pretendo aprender matemáticas; comenzamos hoy. Es un hombre muy capaz y creo no hará falta demasiado dinero para conformarlo. Después de estar una hora con la aritmética (siendo lo primero aprender la tabla de multiplicar), nos despedimos hasta mañana. Luego a mi trabajo en la oficina hasta mediodía, hora en que vino *sir* W. Warren, que empezó a enseñarme sobre la naturaleza de los abetos, los pinos y su madera, dándome explicaciones sobre cada uno de ellos. De allí nuestra conversación derivó hacia la corrupción de *sir* W. Batten y de la gente a la que él emplea, y de ese discurso a otro parecido. Me agradó mucho su compañía y estuvimos solos en mi despacho hasta las cuatro de la tarde, sin tomar nada en todo el día. Me fui a comer algo y volví a la oficina; hacia la noche vino el señor Shipley, que sale mañana de la ciudad, y por tanto tuvimos mucho trabajo arreglando las cuentas de milord: aunque sean ciertas y honradas, son sin embargo tan oscuras que me irrita ver cómo se llevan. Cuando se marchó comí algo de pan y mantequilla, y a la cama. Hoy le envié a mi hermano, a petición suya, el

viejo violoncelo de mi padre, que hemos guardado tanto tiempo, pero temo que Tom conseguirá bien poco con él.

6 de julio, día del Señor

Hoy me quedé un buen rato en la cama, muy animado. Luego me levanté y repasé con mi esposa las cuentas domésticas: compruebo que la cocina, junto al vino, el fuego, las velas, el jabón y muchas otras cosas suponen unos treinta chelines a la semana o algo más. A la iglesia, donde el señor Mills hizo un flojo sermón. A casa a comer con mi hermano Tom y después con mi esposa de nuevo a la iglesia. Al terminar caminé hasta el Guardarropa, donde hablé de trabajo con los señores Creed y Moore. Más tarde a cenar con *milady*, que me cuenta que *lady* Castlemaine sigue muy bien con el Rey y que este la visita tan a menudo como siempre, lo cual, Dios me perdone, me agrada mucho. Comenzó a llover, pedí prestado un sombrero y una capa al señor Moore y fui andando a casa; allí encontré al capitán Ferrer con mi esposa. Después de pasar cerca de una hora con él, se marchó, y nosotros a la cama. Jack Colé, mi viejo amigo, me vio en el Guardarropa y entre otras cosas me contó que con seguridad [a causa de la Ley de Uniformidad] los principales pastores [presbiterianos] perderían sus ingresos, y que antes o después el asunto traería problemas al Rey y la Corte.

8 de julio

Por la mañana en la oficina. Comí en casa. Después a toda prisa a preparar las cuentas para milord; las hice con algún problema porque esperaba sacar de ellas un pequeño beneficio para mí, por encima de lo que se me debía (por lo que Dios me perdone). Sin embargo no lo logré y se las llevé a milord, con quien las repasé correctamente. Estuve a solas con él más de una hora: sigue teniendo en mí la misma confianza de siempre, y para rematar me dice que el señor Coventry le ha hablado muy bien de mí, lo que me agrada mucho.

9 de julio

Me levanto a las cuatro y trabajo duro con la tabla de multiplicar, que es el único problema que encuentro en la aritmética. Me arreglo y a la oficina, ocupado toda la mañana. *Sir* W. Penn vino a mi despacho a despedirse; paseando por el jardín me encargó que cuidara de su casa, ofreciéndome sus

servicios para todo. Dios me perdone: yo le ofrecí lo mismo, aunque el bribón sabe que no merece nada de mí ni tengo intención de hacer nada por él, pero como finge conmigo, yo haré igual. Comí en casa y volví a la oficina, con mi esposa, que me habló de irse a Brampton, lo que gustosamente le ofrecería si no fuera por el gasto, aunque que se quede aquí será muy incómodo por la suciedad que habrá cuando tire la casa abajo. Luego a mis ocupaciones hasta la noche, en que el señor Cooper y yo nos ponemos juntos. Más el señor Mills, el pastor, vino a verme, cosa que raras veces hace, pero es un tipo astuto y sabe dónde están los buenos alimentos y la buena bebida, como en casa de *sir* W. Batten. Sin embargo le traté con cortesía, aunque le quiero tanto como a todos los de su ropaje. Luego a cenar, y a la cama.

11 de julio

Me levanto a las cuatro y me esfuerzo en la tabla de multiplicar, que ya casi domino. Me arreglo y a la oficina, donde aparece el señor Pett, y después un mensajero del señor Coventry, que nos espera en un bote en la Torre. Nos encontramos con él y bajamos a Deptford, donde inspeccionamos unas maderas compradas recientemente a bajo precio que nuestros encargados, irnos rufianes, tasan a veces por debajo de su valor, pero nos parecieron correctos. Luego a Woolwich, donde inspeccionamos todas las casas y provisiones, en gran desorden por falta de almacenes. Tras eso, a ver a los señores Ackworth y Sheldon para repasar sus libros, que a nuestro parecer no responden al servicio y seguridad del Rey en lo referente a control de pertrechos. Después al depósito de cuerdas, donde vimos el cáñamo y observamos una gran corrupción. Entonces comparamos las cuerdas de *sir* R. Ford y las nuestras y encontramos muchas diferencias. Volvemos por el río. A eso de las cinco de la tarde a Whitehall, a St. James, y luego a la cámara del señor Coventry, muy elegante y arreglada. Cenamos bien y hablamos sobre el trabajo y las reglas, pensando en cambios que pondrían las cosas en orden. En general, mi corazón se alegra de ver al señor Coventry tan vivo, capaz y aplicado en hacer las cosas bien, además de franco y respetuoso con el señor Pett y conmigo. Terminamos sobre las nueve tras larga conversación y numerosos acuerdos para aplicar normas en nuestros asuntos, y luego por el río (bajando el señor Pett en el Temple) a casa y a la cama.

16 de julio

Por la mañana descubrí que todos los techos estaban dañados por la lluvia de anoche, por lo que me temo que habrán de ser encalados cuando se acaben las obras. Hoy me han contado que *milady* Castlemaine se ha peleado con su marido y que se ha marchado con toda la vajilla, joyas y sus mejores cosas a Richmond, a casa de un hermano. Estoy por pensar que es un plan para salir de la ciudad y que así al Rey le resulte más fácil verla. Pero es curioso cómo, a causa de su belleza, soy capaz de sentir lástima por ella si algo le hace daño, aunque sé muy bien que es una fulana.

17 de julio

A mi oficina, y más tarde a nuestra reunión, donde hay mucho trabajo. El señor Coventry se despidió, pues marcha [a Francia] con el Duque a traerse a la Reina Madre. Almorcé en casa, y luego a casa de milord, a quien mostré el estado general de sus cuentas a fecha de 14 de julio, lo que le agrada; para mi gozo, sigo contando con su aprecio y su buena opinión. También en este día hice una liquidación general con él, de forma que son ahora pocas las personas con las que me une alguna relación económica. A casa, y como tengo mucho trabajo entre manos me quedé hasta tarde en la oficina escribiendo cartas a la luz de la vela; esto es extraño en esta época del año, pero lo hago con alegría y me agrada ver que mucha gente empieza a dirigirse a mí para toda clase de asuntos.

18 de julio

Me levanto muy temprano, subo a la parte de arriba de la casa a inspeccionar las obras, que me complacen, y se me ocurre revestir de madera el comedor, que quedará estupendo. Al rato, por el río hasta Deptford para poner algunos asuntos en orden, pues me he quedado solo en la ciudad, y de vuelta a la oficina, donde trabajo toda la mañana y toda la tarde hasta la noche. Después viene Cooper para las matemáticas, pero mi cabeza tan está ocupada por asuntos de trabajo que no consigo entenderle como lo haría en otro momento. Por la noche a la cama, muy preocupado por si entra la lluvia en la casa, ya que el techo está abierto.

19 de julio

Arriba temprano y a trabajar; viene mi esposa y nos quedamos un buen rato conversando sobre si ella se irá al campo; no parece muy dispuesta y yo no estoy muy decidido sobre si hacerla ir o no a causa de los gastos, aunque también pienso que sería mejor que se fuera por la suciedad en que se encuentra la casa y las molestias de tenerlos aquí a todos. Luego a la oficina toda la mañana y a comer con mi hermano Tom, que ha venido a verme. Por la tarde subí por el río para ocuparme de cierto alquitrán que he encargado y por algunos carbones, y de nuevo a casa. Como en el río llueve mucho, bajé a la orilla y me resguardé mientras se acercaba el Rey en su gabarra, de camino a encontrarse con la Reina. El Duque se marchó ayer. No obstante, creo que mi aprecio por un rey disminuye si este no es capaz de dominar la lluvia. A casa. Viene Cooper a las matemáticas. Por la noche a la cama en una cámara de la casa de *sir* W. Penn, pues la mía está tan sucia que ya no puedo seguir allí. Resulta que esta estancia está situada de forma que puedo llegar a ella directamente desde mi azotea emplomada. Sin embargo, me molesta tener a los criados pasando todo el día de un lado a otro por el emplomado.

21 de julio

Me levanté temprano. Aunque me sentía indispuesto y resfriado y el tiempo estaba fresco y amenazaba lluvia, como lo había prometido y además deseaba hacerlo, tomé un bote hasta Greenwich para ver al capitán Cocke, que tiene una residencia muy agradable y cuidada. Bebí vino y tomé algunas frutas de los árboles. Me mostró algo muy extraño: unos platos y fuentes de plata, comprados a un embajador sin dinero, cuyos bordes tenían medallas de oro y plata muy antiguas, creo que talladas. De ser así, son las más extrañas que he visto en mi vida, y se las enseñaré al señor Samuel Cromleholme. De allí a Woolwich, al almacén de cuerda: vi distintos tipos de cáñamo e inicié el estudio de su funcionamiento, con experimentos de fuerza y carga en la preparación de cada clase. Creo que he llegado a un alto nivel de seguridad al respecto y que con ello le he hecho un gran servicio al Rey. Tengo la intención de tenerlo todo listo para enseñárselo al Duque cuando venga a la ciudad. Desayuné bien con el señor Falconer, al que le agradaron mucho mis preguntas. De allí al muelle; luego paseamos por el jardín del señor Shelden, bebiendo y comiendo higos, que estaban muy buenos. Hablamos mientras el *Royal James* se acercaba al muelle y salimos a ver la táctica y los problemas que surgían al atracar un barco así, pero fueron incapaces: se limitaron a acercar la proa al muelle y allí lo dejaron apuntalado, esperando la próxima

marea. Pero ¡Dios mío!, qué cantidad de gente había allí para ayudar desde ambos lados, cuando con la mitad se hubiera hecho igual. No obstante, veo que es imposible que se haga algo por el mismo precio para un rey que para otras personas.

25 de julio

En la oficina toda la mañana leyendo el discurso del señor Holland sobre la Armada, que me ha dejado el señor Turner. Me agrada mucho, pues da con los principales males de la Armada, que nos preocupan estos días. Lo guardaré para escribir sobre ello y leerlo a menudo. Esta mañana entró *sir* W. Batten en mi despacho y dijo que quería hablar conmigo: empezó diciendo que había observado un distanciamiento entre nosotros en los últimos tiempos y que quería saber los motivos; había oído que yo estaba ofendido porque algunos comerciantes iban a su casa y firmaban contratos allí. Le dije que, como amigo, yo había hablado de ello con *sir* W. Penn y le había pedido que encontrara el momento de decírselo, pero no como un murmurador, lo que le satisfizo. Sin embargo, me parece que *sir* W. Penn se ha portado como un rufián, pues se lo dijo de mi parte con mala intención, no como amigo. También me contó que había oído que a algunos les ofendió que llevara a su mujer a Portsmouth, diciendo que el Rey no iba a pagarlo, y yo negué haber hablado de ello, lo que es verdad. Al final deseó que las diferencias entre nuestras esposas no tuvieran que significar diferencias entre nosotros. Me gustó mucho oírle decir eso, y veo que cada día produce frutos el atender mis asuntos. Ruego a Dios que me permita seguir así, pues empiezo a sentirme feliz. Comí en casa; luego, a la oficina toda la tarde, y por la noche a casa y a la cama.

26 de julio

Esta tarde fui a Westminster y me enteré de que el Rey y la Reina tienen previsto venir de Hampton Court a Whitehall la semana próxima para todo el invierno. Allí fui a ver a la señorita Sarah e inspeccioné los aposentos de milord, que son muy bonitos, el jardín de Whitehall y la pista de bolos (donde están jugando ahora), todo en condiciones estupendas. La señorita Sarah me habló de la riña entre *lady* Castlemaine y su esposo sobre el bautizo del niño: según los deseos de él lo bautizó un sacerdote [católico], y unos días más tarde ella hizo que lo bautizara un pastor [anglicano], con el Rey, lord Oxford

y la duquesa de Suffolk de testigos; se le bautizó con la condición de que no hubiera sido bautizado antes[31]. A partir de ahí ella abandonó a su esposo llevándose todo lo de la casa, platos, telas, criados, excepto el portero. Él se ha ido a Francia muy enfadado, dicen que para entrar en un monasterio, y ahora ella volverá a su casa en King Street. Dicen que la Reina la quitó de la lista [de cortesanos con cargos al servicio de la Reina] que el Rey le entregó; este se enfadó y la Reina también estuvo irritada un día y una noche a cuenta de eso, pero el Rey le prometió terminar su relación con ella. Sin embargo, creo que el Rey no podrá hacerlo, pues la quiere demasiado. Así mismo se lo escribí esta noche a *milady*, y la llamé «*milady*» y «la dama a la que admiro». Descubro que milord ha perdido el jardín junto a sus aposentos, pues lo van a convertir en una pista de tenis.

30 de julio

Arriba temprano y a mi oficina, donde viene el señor Cooper a darme una clase muy agradable y provechosa sobre el casco de un barco, para lo que nos resulta útil tener una maqueta en la oficina. Luego por el río a Whitehall, donde atendí a milord Sandwich. Celebré con él su regreso sin daños después de tanto peligro, que me confiesa que fue muy grande. Su gente me cuenta lo bravo que fue su comportamiento, mientras que lord Croft lloró y todo el mundo en la ciudad habla de su pobre actitud. Pero lo mejor fue que un tal señor Rawlins, un cortesano que estaba con milord, dijo en el momento de mayor peligro: «Maldita sea, milord, ahora no daría ni tres peniques por tu puesto». Acaba elogiando los barcos, que, si no hubieran sido buenos buques, nunca hubiesen soportado las condiciones del mar como lo hicieron. Luego con el capitán Fletcher, del Eagle, en el bote de su barco con ocho remeros (aunque cualquier bote con dos remeros nos adelantaba) hasta Woolwich. Esperábamos encontrar allí a *sir* W. Batten haciendo su inspección, pero no ha llegado, así que nos tomamos un plato de filetes en el Ciervo Blanco mientras sus empleados y otros estaban de comilona en la mejor sala de la casa. Tras comer jugamos un rato con monedas, y, cuando al final se enteraron de que yo estaba allí, empezaron la inspección ¡Dios ayude al Rey! ¡Qué inspecciones pueden hacerse de esa manera! Tras la comida estuve en el almacén de cordajes hasta la noche repitiendo algunas pruebas de fuerza, peso, residuos y otras cosas del cáñamo, mediante las cuales me he preparado lo suficiente para terminar el trabajo que me propongo: fijar la calidad de

todos los tipos de cáñamo. Por la noche a casa en barca con *sir* W. Warren, a quien dejé en tierra por el camino. Así las cosas, a casa y a la cama.

31 de julio

Me levanto temprano y ordeno mis habitaciones de arriba entre los obreros, lo que me resulta agradable. Luego, a la oficina. Nos reunimos toda la mañana, y veo que me voy convirtiendo cada vez más en alguien cada vez más importante. En Woolwich encontramos a *sir* W. Batten haciendo su inspección, pero de forma tan pobre e impropia de la Armada que me avergüenzo, y el señor Coventry también. Encontramos numerosos errores, como la medida de cierta madera que nos estaban sirviendo en ese momento, algo que nos contó el señor Day, el ayudante. De allí a casa de nuevo, por el río, hablando de cosas de la oficina y otros temas agradables, y muy orgulloso de profundizar tanto en sus libros, algo de lo que creo estoy muy enterado. Llego tarde a casa, y, como es el último día del mes, hago mis cuentas antes de acostarme; descubro que cuento con unas seiscientas cincuenta libras, por lo que sea alabado Dios Nuestro Señor. Y así a la cama. Hoy solo me tomé dos vasos de vino y, sin embargo, me ha dolido la cabeza toda la noche, lo que me deja indispuesto el día siguiente, lo que me alegra. Estoy solo en la ciudad con mi ayudante Will y con Jane, y como mi casa está en obras duermo en casa de *sir* W. Penn, que está ahora en Irlanda. Mi esposa, su doncella y el chico, en Brampton. Estoy muy metido en el trabajo y en el aprecio de la oficina, lo tengo todo muy atado y veo que me beneficia.

1 de agosto

Me levanto con dolor de cabeza y a mi oficina, donde Cooper me da otra lección muy agradable sobre mi maqueta. Luego al trabajo toda la mañana, que aumenta con la cantidad de gente que viene a verme. A mediodía a la Lonja, donde el señor Creed, Moore y yo vamos a comer a una casa bastante alejada (lo que no me gustó); tras la comida y una conversación normal, en coche a casa, pues está lloviendo mucho. En la oficina toda la tarde. Por la noche, en mi cámara, lamenté oír, Dios me perdone, que Betty, la doncella de *sir* W. Penn, se marchó ayer. Como es bastante bonita, tenía esperanzas de tener un encuentro con ella antes de que se fuera. También tengo ciertas ideas respecto a mi criada, pero no me atrevo por si resulta honrada, me dice que no y luego se lo cuenta a mi esposa. Me quedé levantado hasta tarde, poniendo

las cosas en orden para mi visita de mañana a Chatham, y luego a la cama, con mucho dolor en los testículos por el paseo en coche de hoy desde la Lonja.

6 de agosto

Me levanto temprano y, de camino a la oficina, me encuentro a *sir* G. Carteret entrando por el patio; paseamos un buen rato y le hablo de *sir* W. Batten. Me entero de que está cayendo mucho en el aprecio de la gente, lo que también afecta a su honradez, por la carta que le escribió al capitán Alien respecto al cáñamo del regidor Barker. De allí por el río a Whitehall, y luego a St. James, donde me encontré con que el señor Coventry se había ido a Hampton Court. Después a casa de milord, que tampoco estaba, pues hoy es un gran día en el Consejo, que se reúne ante el Rey por un asunto importante. Allí estaba el señor Pearse, el cirujano, que me cuenta que el señor Edward Mountagu ha tenido hace poco un duelo con el señor Cholmley, Caballero-Ujier de la Reina y muy respetable, pero que, sin embargo, ha recibido muchas afrentas del señor Mountagu (y alguna ingratitud de milord por culpa suya, lo que me apena). Resultó que Cholmley era demasiado poderoso para el señor Mountagu, y le hizo retroceder tanto que este se cayó en una cuneta y perdió la espada. Sin embargo, su honor le impidió a Cholmley aprovecharse de ello y le perdonó la vida; todo el mundo dice que el señor Mountagu se comportó muy pobremente en todo el asunto y que ha perdido el honor para siempre a ojos de todo el mundo, lo que me alegra, pues espero que esto le haga ser más humilde. También he oído que ha pedido a milord que le preste cuatrocientas libras, con el aval de su hermano Harvey, y que milord se las prestará; lo lamento. De allí a casa, y el resto de la mañana en mi oficina. Comí en casa y apenas puedo apartar de mi mente a la criada, aunque espero no caer en tal vergüenza. Toda la tarde en mi oficina, con trabajo. Por la noche vino el señor Bland, el mercader, que ha vivido mucho tiempo en España y tiene interés en el asunto de Tánger, sobre el que hablamos largamente. Después de haberse marchado me envió tres o cuatro documentos impresos que ha escrito sobre comercio en general y sobre Tánger en particular, pero no encuentro gran cosa en ellos. Esta tarde estuvo conmigo el señor Wayth y me contó bastantes cosas sobre el asunto del Arcón, sobre el que estoy decidido a investigar. Percibo que está al tanto de las actuaciones de *sir* W. Batten, y me alegra ver que se hace algo contra él. El pobre hombre está preocupado: ayer por la mañana paseó conmigo y me contó que creía que

había planes para poner a otro en su puesto; se había dado cuenta de que yo estoy en gestiones con otros y pensaba que hacíamos tratos sin él. Parte de lo anterior es cierto, pero lo negué, y en verdad no existe ningún plan para causarle ese tipo de perjuicio. Me dijo que no lo decía en concreto por mí, pero que estaba seguro de que se había previsto que alguien entrara, y más aún, que sería antes de que se marchara *sir* W. Penn, lo que me alegró oír. En general, observo que sabe que se está tambaleando, que sospechan de él, y que debe ser amable conmigo, pero yo me ocupo de mis cosas en la oficina y no le hago caso. Por la noche, mientras escribía en mi despacho, pasó un ratón corriendo por mi mesa, así que la cerré de golpe, con la estantería de encima, hasta mañana. A casa y a la cama.

8 de agosto

Me levanto a las cuatro y a las cinco me dirijo por el río a Woolwich para ver cómo se alquitrana. Paso la mañana observando los distintos procedimientos utilizados para hacer cuerdas y otras cosas relacionadas.

A mediodía vino el señor Coventry desde Hampton Court para ver lo mismo. Comí con el señor Falconer y después vimos varios experimentos con cáñamo, en concreto con cierto cáñamo de Milán que ya viene tratado. Desde allí fuimos paseando y conversando hasta Greenwich, y encuentro la charla excelente por su parte. Entre sus reglas está la de sospechar que todo el que le propone algo es un rufián, o al menos busca algo. También un proverbio que le enseñaron: un hombre que no se puede estar quieto en su despacho (la razón de esto no pude entenderla) y un hombre que no sabe decir no (es decir, el que es tan bondadoso que no puede negar nada y teme ofender a otro al hacer cualquier cosa), no valen para el trabajo. Esto último es un gran defecto que tengo, y debo corregirlo. De allí, en barca; como estaba acalorado, me rodeó con el faldón de su capa, y como el tiempo estaba agitado, me contó la historia de un francés que pasó por el Puente de Londres: cuando vio la gran cascada[32], empezó a santiguarse y a decir sus oraciones con temor, y en cuanto la pasó, dijo: *Morbleu! c'est le plus grand plaisir du monde*. Esto es muy propio del talante francés. En Deptford hicimos una inspección por sorpresa en el astillero y convocamos una reunión, descubriendo numerosas infracciones que a partir de ahora podremos conocer y corregir. De allí paseamos hasta Rotherithe y después al Puente de Londres, donde nos separamos. Fui a casa caminando, trabajé un rato, cené y a la cama.

13 de agosto

Arriba temprano y después a mi oficina, donde viene mucha gente a verme. Al cabo de un rato nos reunimos para tratar el caso de los fabricantes de enseñas, en el que estoy encargado de negociar con ellos en representación del Rey. Lo que descubro es el mayor engaño que he visto hasta ahora: obtienen ocho peniques por yarda en razón de un supuesto contrato, cuando en realidad no existe ninguno, lo que son tres peniques más de lo que antes se pagaba. Propongo al Comité que se acabe con eso, pero no llegamos a un acuerdo y posponemos la decisión. A mediodía, el comisionado Pett y yo por el río hasta Greenwich, donde subimos a bordo de los barcos de recreo para comprobar sus necesidades, pues se les ha ordenado hacerse a la mar. En la orilla tomamos algo de carne a bordo para almorzar. Allí nos espera un barbero conocido del señor Pett que toca muy bien el violín. Después a Lambeth, donde vi un pequeño barco de recreo para el Rey que están haciendo lord Brouncker y los mejores artesanos de la ciudad según un nuevo estilo que el señor Pett alaba con entusiasmo, pero ya veremos cómo resulta. Luego a casa por el río.

Ocupado hasta tarde en mi despacho redactando una carta de reprimenda e instrucciones a los astilleros para que la firme el Comité y en la que me esforcé mucho. A casa y a la cama.

17 de agosto, día del Señor

Me levanto muy temprano, y como este es el último domingo en que pueden predicar los presbiterianos, a menos que usen el nuevo Rito Común y renuncien al Pacto[33], tenía la idea de escuchar el sermón de despedida del doctor Bates. Caminé hasta St. Dunstan´s, que, como todavía no eran las siete, estaba cerrado; así que paseé durante una hora por los jardines del Temple, leyendo mis promesas. Me encanta ver cómo he cambiado para bien en tantas cosas desde que las hice, y espero que el Dios del Cielo esté conmigo y me haga agradecido por ello. Entré a las ocho, y la cantidad de gente nos llevó a una puerta trasera, pues la iglesia estaba casi llena en el momento de abrirse al público. Es la primera vez que lo veo en estos años, desde que iba con mi padre y mi madre. Me puse en la galería, junto al púlpito, y oí muy bien. Su texto era «Ahora el Dios de la paz», la última de los Hebreos y el versículo XX, haciendo un sermón muy bueno con pocas referencias a la situación actual. Además del sermón, me agradó contemplar a una bella dama que a menudo he visto pasear por Gray's Inn; al salir tuve la oportunidad de

encontrármela de nuevo, y es preciosa y vivaz, creo que la misma que mi esposa y yo vimos hace unos años en los juzgados del Temple y de la que hemos hablado en ocasiones. De allí a casa de *madame* Turner, con quien comí. Ella había estado en la despedida del pastor Herring, aunque este, al usar tantas cosas del Rito Común, ha logrado una opinión favorable de ambas partes. Tras la comida volví a St. Dunstan's. La iglesia estaba repleta antes de que llegara, así que me puse de nuevo en la galería, pero con tal multitud que estuve sudando todo el tiempo. Continuó muy bien con su texto, y solo a la conclusión nos hablo así: «Creo que muchos de vosotros esperáis que diga algo en relación con este momento, pues quizá sea la última ocasión en que aparezco aquí. Sabéis que no es mi costumbre hablar en el púlpito de nada ajeno al texto y a mi tema. Sin embargo, esto diré: que no es mi opinión, mi costumbre o mi humor lo que me impide cumplir con lo que se requiere de nosotros, sino algo que, tras muchas oraciones, razonamientos y meditación sigue sin ser satisfecho, y es lo que me rige aquí. Por tanto, si para mi infelicidad no recibo ninguna luz que me oriente en otra dirección, no sé de ningún motivo por el que los hombres no me deban perdonar en este mundo, y confío en que Dios me perdonará por ello en el otro». Y así concluyó. El pastor Herring leyó un salmo y unos capítulos antes del sermón, siendo uno de ellos el de los *Hechos* que contiene la historia de Ananías y Safira. Cuando terminó, dijo: «Este mismo es el caso de Inglaterra ahora. Dios nos ordena predicar, y los hombres nos ordenan no predicar; y si lo hacemos seremos encarcelados y luego castigados. Lo único que puedo decir es que ruego que todos los buenos cristianos recéis por nosotros». Esa fue toda la exposición que hizo del capítulo, nada más. Me agradó mucho la forma en que el doctor Bates introdujo después la oración del Señor, así: «En cuyas completas palabras unimos todos nuestros imperfectos deseos, diciendo "Padre Nuestro", etc.». Cuando terminó el servicio estaba lloviendo y tomé un coche de alquiler hasta casa; había sudado y tenía miedo de resfriarme. Estuve en mi despacho, donde vino el señor Moore, y paseamos hasta que oscureció. Entonces escribí una carta al Sello Real como remitida por milord para que el señor Moore sea nombrado directamente representante de milord, pues este se niega a nombrarle representante compartido conmigo. Por tanto, ya estoy fuera de ese cargo, y como los beneficios son tan escasos no me desagrada habérmelo quitado de encima tan bien. Cuando se fue, estuve leyendo en mi despacho; luego comí un trozo de pan y queso, y a la cama. He oído que la mayoría de los presbíteros dejan sus puestos hoy, y que hay mucho descontento. Ruego a Dios que mantenga la paz entre nosotros y haga a los

obispos prudentes en la elección de buenas personas para cubrir sus vacantes, o todo volará en pedazos.

20 de agosto

Arriba temprano y a mi oficina. Luego a ver a lord Sandwich, que estaba acostado y mandó que entrara. Me dijo que me ha incluido en un comité junto a muchas grandes personas para Tánger, un gran honor para mí y que puede resultar un buen negocio. Al rato viene el señor Coventry, a quien milord informa de que ambos estamos en el comité, de lo que dice alegrarse, y también que soy el alma de la oficina y otras alabanzas desmedidas hacia mí. Dijo además que mientras antes me respetaba por milord, ahora lo hace por mi propia persona. Esto es una bendición para mí. También *sir* G. Carteret me ha contado que ayer estuvo hablando de mí al lord Canciller. Así que en todas partes, por bendición divina, veo que estoy subiendo mucho. Al rato entra lord Peterborough, con el que charlamos un buen rato, pues se va mañana a Tánger de nuevo. Observo que hay pocas posibilidades de tener paz con Guyland[34], lo que afecta a Tánger. Oí muchas otras cosas que no entiendo y que por ello no puedo recordar. Como milord y lord Peterborough marchan a que el Procurador General redacte la comisión, voy a Westminster Hall con el señor Moore, donde nos encontramos al señor Townsend, que me lleva a Fleet Street a ver a un tal señor Barwell, talabartero del Rey, y allí comimos con otros miembros del Guardarropa. Tomamos empanada de carne de venado y otros platos estupendos, tanto sencillos como refinados. La señora de la casa era una mujer bonita y de buen porte, con muy buena mano, y su criada una guapa chiquilla de tez oscura. Aunque encuentro que mi naturaleza está presta a regresar a los viejos hábitos de beber vino y descuidar el trabajo, gracias a Dios no me vi completamente satisfecho: me sentía un poco incómodo y tras la comida me apresuré a regresar a casa y a mi despacho hasta bien tarde. Por la noche vino el señor Hayward para aconsejarme sobre el asunto del Arcón, que estoy decidido a abordar, aunque sé bien que molestará a *sir* W. Batten, uno de los fines que persigo (Dios me perdone). A casa, como un poco y a la cama.

23 de agosto

Me levanto temprano y repaso las obras de mi casa, para ver lo que se ha hecho y planear más cosas. Luego a mi despacho, y reunidos hasta mediodía

en la oficina. Después de la reunión, un largo paseo con el señor Coventry por el jardín. Me dio su opinión sobre el enorme control que *sir* G. Carteret tiene sobre el dinero, algo que debe zanjarse y que supone nuestra peor pesadilla. Me hizo notar, además, que *sir* W. Batten empieza a esforzarse y a atender sus asuntos, aunque es bien poco y terminará en nada. También le pido que consiga del Duque una orden para investigar respecto al Arcón, de lo que se encargará él. Había quedado con el señor Creed y salimos juntos, pero no pude conseguir un bote, a pesar de que ofrecí ocho chelines por uno para toda la tarde, pero fue imposible, pues hoy llega la Reina a la ciudad desde Hampton Court. Caminamos hasta Whitehall y subimos al nuevo edificio de banquetes sobre el Támesis, el mejor lugar que pudimos conseguir: el espectáculo consistía principalmente en un gran número de barcos y gabarras y en dos desfiles, uno de un rey y otro de una reina con sus damas de honor bellamente sentadas a sus pies. Me cuentan que la reina es la hija de *sir* Richard Ford. Enseguida llegaron el Rey y la Reina bajo palio, acompañados de diez mil barcas y botes, según creo, pues no se veía el agua ni se distinguía al Rey ni a la Reina. Desembarcaron en el puente de Whitehall mientras se disparaban cañones en la otra orilla. Lo que más me agradó fue que *lady* Castlemaine permaneció frente a nosotros en una habitación de Whitehall, y me di un atracón de contemplarla. Sin embargo fue extraño ver a su marido y a ella moviéndose por el mismo lugar sin hacerse ningún caso. Solo al principio él se quitó el sombrero y ella le hizo un saludo muy cortés, pero luego se ignoraron; de vez en cuando tomaban al bebé, que la niñera tenía en brazos, y lo mecían. Al terminar el espectáculo me marché, sin cansarme de mirarla, a los aposentos de milord, donde tenía que hablar con mi hermano Tom y el doctor Thomas Pepys. Anduvimos por el jardín y me enfadé con ellos por haber salido de la ciudad sin mi conocimiento, pero me contaron el motivo: tenían que ver a una dama con la que casar a Tom que les había proporcionado el señor Cooke: unas quinientas libras, buena educación, se llama Hobell, vive cerca de Banbury y exige cuarenta libras al año por la unión[35]. A Tom le gusta, dicen que fue bien recibido, que Cooke ha estado muy diligente y que está relacionada con el viejo señor Young, del taller del Guardarropa. Después de hacerles saber lo que pienso sobre la estupidez de acudir tan a lo loco, comencé a interrogarles sobre el asunto, y me reservé la opinión hasta conocer mejor el tema por medio del señor Young. Al rato viene milord. Charlamos durante media hora sobre el descontento actual, que en su opinión no conducirá a nada importante, aunque a los presbíteros les encantaría, pero no creemos que la religión provoque otra guerra tan pronto.

Luego a sus negocios personales: me preguntó sobre si debería adquirir más tierras y pedir prestado dinero para pagarlas. Después pasamos a temas de la Armada: opina, como yo, que no necesita meterse en más viajes al extranjero y gastar dinero, a menos que haya una guerra, y que podrá ahorrar si tiene un tiempo a la familia en el campo. Está satisfecho de la amistad con el señor Coventry y le animo a reforzarla, lo que hará. Sin embargo, al igual que el señor Coventry, protesta por el ritmo de los pagos y porque el tesorero tenga poder para hacer lo que quiera. No obstante, no creo que intervenga. Terminamos la conversación y le deseé buenas noches. Con mucho barullo (las calles a las nueve de la noche atestadas de gente volviendo a casa, pues las orillas del río han estado repletas mientras el Rey llegaba), llego al Patio de Palacio, tomo un bote hasta el Viejo Cisne, de allí andando a casa, y a la cama muy cansado.

31 de agosto, día del Señor

Me desperté temprano, pero como estaba en casa ajena no me levanté hasta casi las siete. Después leí mis juramentos y estuve una hora pensando en mis asuntos hasta que vino Will a arreglarme. A mi despacho y luego a la iglesia. Tras el sermón, comí en casa. Luego hice mis cuentas mensuales y concluyo que tengo en dinero seiscientas ochenta y seis libras, diecinueve chelines y dos peniques y medio, por lo que Dios sea alabado. En verdad espero agradecer a Dios Todopoderoso, que tan manifiestamente me bendice en mi empeño por cumplir mi deber en la oficina ahorrando dinero y con pocos gastos. Mi esposa sigue en el campo y toda mi casa está sucia, pero las obras siguen adelante y finalmente quedarán como quiero.

3 de septiembre

Arriba temprano, pero los días empiezan a acortarse y, mientras que antes solía levantarme a las cuatro, ahora no hay buena luz hasta las cinco, por lo que me levanto a esa hora. A mi oficina, y, sobre las ocho, caminando hasta Deptford, donde estaban el señor Coventry y *sir* W. Penn comenzando la paga. Es mi deseo estar hoy aquí al lado del señor Coventry, pues es la primera vez que él asiste a esto. En nuestra conversación en el bote nos cuenta que los fanáticos y los presbiterianos que tenían intención de alzarse por estas fechas habían elegido este día como el más favorable a sus empeños contra la monarquía, pues es doblemente fatal para el Rey[36] y el día de la muerte de

Oliver [Cromwell]. Pero, bendito sea Dios, todo parece tranquilo. Tras la subasta caminé hasta casa de mi hermano, y por el camino me encontré al doctor Fairbrother, al que pregunté por novedades en los asuntos de la iglesia. Me contó, como he confirmado más tarde, que el nuevo Consejo del Rey tenía decidido ser indulgente con los presbíteros, pero que tras el discurso del obispo de Londres (ahora uno de los hombres más poderosos de Inglaterra junto al Rey), cambiaron totalmente de idea. Se dice que lord Albemarle fue el que más se enfrentó a él, pero creo que solo en apariencia. También me dijo que ahora muchos presbíteros empiezan a arrepentirse de haber aceptado, pues ven que no tendrán la indulgencia que esperaban y que además el obispo de Londres se ha preocupado de cubrir las vacantes con hombres buenos y capaces, la única cosa que les tiene callados.

7 de septiembre, día del Señor

En pie temprano, paseando por las calles y el jardín hasta que se levantó mi Will. Mandé que dijeran a *sir* J. Mermes que iría con él a Whitehall, lo que hicimos en su coche, y a la capilla, donde oí un buen sermón del deán de Ely sobre el regreso a los viejos hábitos y un excelente himno con fragmentos sinfónicos intercalados, interpretado por el capitán Cocke. Luego a casa de milord, donde no había nadie excepto la mujer que me abrió y Sarah, arriba; subí hacia donde estaba, jugamos, charlamos y, Dios me perdone, la toqué, de lo que estoy muy avergonzado, pero no hice nada más, aunque estaba tan entregado a ello que me mojé los pantalones. Estuvimos hablando más de una hora y me marché. De camino a casa me encontré al señor Pearse, el cirujano, que me llevó a Somerset House, y allí a la Sala de Audiencias de la Reina Madre, que estaba con nuestra Reina (a la que no había visto antes) sentada a su izquierda. Aunque no es muy bella, su aspecto es bueno, recatado e inocente, lo que la hace agradable. También vi allí a *lady* Castlemaine y, lo que es mejor, al señor Croft, el bastardo del Rey, un apuesto muchacho de unos quince años que, según observo, depende mucho de *lady* Castlemaine y está siempre con ella. Me dicen que ambas reinas son muy amables con él. Al rato llegó el Rey, y enseguida el Duque y la Duquesa. Así, todos juntos, ofrecían una visión de bienestar y tranquilidad. Se quedaron hasta que oscureció, marchando el Rey, la Reina, *lady* Castlemaine y el joven Croft en un coche, y los demás, en otros. Había muchas grandes damas, pero muy pocas atractivas. El Rey y la Reina estaban muy alegres: él quería hacer creer a la Reina Madre que la Reina estaba embarazada, y la joven Reina dijo: «Tú

mientes», las primeras palabras en inglés que le oí decir. Esto divirtió al Rey, que quería enseñarle a decir en inglés: «Confiesa y que te ahorquen». Cuando todos se fueron yo volví a casa muy satisfecho por las cosas especiales que había visto, aunque un poco preocupado por haberlo hecho antes del regreso de mi esposa, pues se lo había prometido. Sin embargo, no fue premeditado, sino por casualidad. A mi oficina a prepararme para atender mañana al Duque con el resto del Comité. A mis aposentos, y a la cama.

14 de septiembre, día del Señor

Arriba muy temprano; cuando me despido del señor Moore viene el barbero a arreglarme (le he hecho venir después de una buena temporada usando piedra pómez), y después por el río a Whitehall (por el camino me entero de que el obispo de Londres ha dado órdenes estrictas contra la circulación de botes en domingo y al regresar somos inspeccionados por hombres de la Compañía, pero les digo quién soy); como la puerta estaba cerrada, me bajé en las escalinatas de Westminster. Entré en la taberna de la Pierna y me tomé una jarra de cerveza y una tostada, lo que llevaba meses sin hacer pero que suplirá los dos vasos de vino de hoy. A St. James a ver al señor Coventry, con el que hablé en privado durante más de una hora en su cámara sobre la oficina. Me admira lo bueno y laborioso que es y le considero mi mejor amigo. Me desvela sin reservas su opinión respecto a todos y a todo. De allí a la capilla de Whitehall, donde el sermón está a punto de terminar y escucho la nueva música del capitán Cocke. Hoy es el primer día con violas y otros instrumentos tocando sinfonías entre los versos del himno, y la música suena más completa que el domingo pasado, muy bella. Sin embargo, pude apreciar que el capitán Cocke se excedió en su parte cantada, cosa que nunca hizo antes. Al volver de la iglesia estuve en el jardín con los dos *sir* William y con *sir* J. Mermes; pronto comencé a discutir con *sir* W. Penn respecto a mis alojamientos. Le dije a *sir* J. Mennes lo que pensaba y él me contó lo que había oído. Creo que tendré problemas para mantener mi mejor habitación, lo que me preocupa, así que hice llamar a Goodenough, el enlucidor, y este me dijo que esa habitación siempre perteneció a mis aposentos, pero que le fue prestada por el señor Payles al comisionado Smith[37], de manera que lucharé duramente para no perderla. A cenar con ellos a casa de *sir* W. Batten; finjo satisfacción, pero mi corazón está alterado y ofendido en dicha compañía. A mi oficina a preparar notas para el Duque para mañana por la mañana. A mis aposentos y a la cama. Estoy un poco más tranquilo porque he decidido

enterarme de todo lo de las habitaciones. Entre otras cosas, *sir* W. Penn me contó que uno de mis sirvientes estuvo mirando por la ventana de *sir* J. Mennes mientras la señora Batten estaba acostada dentro, y eso les incomoda mucho a ellos y también a mí. Me temo que esto provocará el que pierda mi azotea emplomada. Me dijo además que mis dos Jane habían estado cortando el gran bigote de un carpintero, que el hombre había gritado mucho y que su esposa estuvo bastante tiempo sin acercarse a él porque pensaba que había estado con alguna de sus sirvientas. Esto me alegró, aunque observo que tratan el asunto como si fuera un delito, lo que no entiendo.

21 de septiembre, día del Señor

Me levanté temprano y caminé a St. James a ver al señor Coventry, con quien me reuní una hora; hablamos muy gustosamente sobre temas de la oficina y observo que es muy sincero conmigo. De allí al parque, donde estaba citado con mi hermano Tom y el señor Cooke para tratar del asunto de Tom. La Reina se acercaba en coche de camino a su capilla en St. James (preparada por primera vez para ella), llena de gente, y fui hasta allí. Dentro vi el bello altar, los adornos, los monjes en sus hábitos y los sacerdotes entrando con sus refinadas capas y muchas otras magnificencias. También escuché su música, que será buena, pero a mí no me lo pareció, ni su forma de cantar, que no concordaba con mi oído, fuera el tema que fuese. La Reina es muy devota, y lo que más me gustó fue ver que mi querida *lady* Castlemaine, aunque protestante, la atendió en la capilla. Al rato, cuando acabó la misa, un monje con capucha se levantó e hizo un sermón en portugués; como no lo entendía, me marché a la capilla del Rey, pero había terminado. Subí a la Cámara de Audiencias de la Reina, donde se esperaba que almorzaran el Rey y ella, pero como la Reina se quedó en St. James, tuvieron que trasladarlo todo a la Sala del Rey, donde él comió solo, y yo muy bien en compañía del señor Fox. Sin embargo, veo que no debo tomarme tantas libertades solo en virtud de mi posición, aunque soy muy bien tratado. Después de comer, a casa, y tras pasear un rato en el jardín visité a mis tíos los White. Me lo pasé muy bien en su compañía y durante toda la cena me dediqué a irritar a mi tía alabando la misa en la que he estado hoy, aunque luego pedí perdón, pues lo había hecho solo por divertirme. Tras la cena, nos separamos y a casa; una vez puestas en orden mis notas para mañana, me fui a la cama.

23 de septiembre

Me levanto temprano y miro el trabajo de los obreros, encantado de ver que la obra llega a su fin, aunque cada día de retraso me molesta enormemente. Estuvimos reunidos toda la mañana. Comí en casa y me pasé la tarde con los obreros. Por la noche, por agua y tierra hasta Deptford, a hacer encargos para mi casa; volví en coche con *sir* G. Carteret y *sir* W. Batten (que ha estado hoy de paga). Estuve trabajando en mi despacho, luego cené y a mis aposentos a dormir. Cuando regresábamos, *sir* G. Carteret me contó que en la mayoría de las tabernas francesas está escrito en las paredes con letra muy clara: *Dieu te regarde*, una buena lección que deben recordar todos los hombres, y que también tienen, como en Holanda, una hucha para los pobres: en ambos sitios, cada vez que hacen un trato dan una cantidad, a la que llaman el penique de Dios.

29 de septiembre, día de San Miguel

Hoy expiran mis votos respecto a beber vino e ir al teatro, por lo que decido liberarme y volver a ellos. Me levanto y en coche a casa del señor Coventry, y con él y con *sir* W. Penn a ver al Duque. También fue el Rey y esperó a que el Duque estuviera preparado. Como hoy era día de fiesta, no tuvimos ocasión de hablar con él de trabajo. Salieron juntos y nosotros nos despedimos. En el parque estaba citado con el señor Cooke, al que expresé mis ideas respecto al emparejamiento de Tom y su viaje de mañana. Le llevé por el río a casa de Tom y allí recogí a mi esposa, la doncella, el perro y a él para llevarlos a casa. Encargué comida, la tomamos allí y luego al Teatro Real, donde asistimos a *Midsummer Night's Dream*[38], que no había visto nunca antes ni volveré a ver, porque es la obra más sosa y ridícula que conozco. Únicamente había algunos buenos bailes y algunas mujeres atractivas, que fueron todo mi placer. Luego llevé a mi esposa a casa de la señora Turner y, después de dejar a Peg Penn en casa de su padre, fui a la mía, donde encuentro que el señor Dean, de Woolwich, me ha enviado la maqueta que me prometió. Sin embargo, está tan por encima de lo que me esperaba que casi lamento que no le haga ese regalo a alguien más importante. A pesar de eso estoy muy contento con ella, y ya veré la forma de tener un detalle con él.

30 de septiembre

A mi oficina, donde estuvimos reunidos hasta mediodía, y luego a comer con *sir* W. Penn. Mientras comíamos vino mi esposa e hice que subiera. Después en coche al Teatro del Duque a ver *The Duchess of Malfi*, muy bien representada, con Betterton y Ianthe admirables[39]. Al terminar, de vuelta a casa, donde prepararon la cámara de mi esposa para que durmiera en ella. Sin embargo, el trabajo me llevó a mi oficina, y al quedarme hasta tarde no me acosté con ella en casa, sino en mis aposentos. Es extraño comprobar qué fácilmente retorna mi mente a su vieja costumbre del amor por el teatro y el vino, habiéndome concedido estos dos días de libertad. Sin embargo, esta noche me he comprometido de nuevo hasta la próxima Navidad, pues deseo que Dios me bendiga y proteja, ya que con El encuentro el mejor camino que jamás podría tomar para que mi mente sea atraída al trabajo. También he hecho esta noche mi balance mensual y observo que, a pesar de la pérdida de treinta libras que tengo que pagar por ley a los Realistas leales y necesitados, sigo teniendo cerca de seiscientas ochenta, por lo que Dios sea alabado.

Mi situación actual es esta: he estado de obras durante mucho tiempo, y, para mi alegría, mi casa está casi terminada. Todavía no lo suficiente como para que no haya suciedad, que también me molesta, pues mi esposa ha pasado estos dos meses en el campo en Brampton y ahora llega una o dos semanas antes de que todo esté listo. Tengo mi mente preocupada por la mejor habitación, que no sé si podré conservar. También por el viaje que tengo que hacer para el tribunal en Brampton, pero, sobre todo, estoy preocupado porque no me encuentro en condiciones de preparar bien mi intervención, pues llevo tiempo sin ocuparme de ese tema y como mucho seré capaz de hacerlo regular. Sin embargo, espero que Dios me guíe hacia lo mejor, así que estoy decidido a ponerme en serio mañana. Ruego a Dios que me bendiga en ese asunto, pues mi padre, mi madre y nuestro bienestar dependen de mis afanes. Milord Sandwich ha estado últimamente en el campo, ha sido muy gentil con mi esposa y se ha tomado la molestia de diseñar un plan de reformas en aquella casa, que acometeré cuando tenga dinero. Respecto a la oficina, ha sido tal mi reciente laboriosidad que mi reputación es tan alta como la del que más, y tengo buen trato con el señor Coventry y con *sir* G. Carteret. Estoy decidido, pues me interesa, a mantenerlo como sea. La cosa parece tranquila, pero el Rey está pobre y con pocas esperanzas de mejorar, por lo que la situación empeorará, especialmente en la Armada. La reciente salida del clero presbiteriano por no renunciar al Pacto, como exigía la Ley [de Uniformidad] del Parlamento, se

ha convertido en el principal tema de debate en el Estado. Por lo que veo, se han marchado de forma bastante pacífica y la gente no está tan preocupada como era de esperar. Mi hermano Tom ha salido hoy de la ciudad a hacer una segunda visita a su dama de Banbury, en la que tengo buenas esperanzas, y ruego a Dios que le bendiga. Mi mente está, espero, decidida a ocuparse de nuevo del trabajo, pues encuentro que dos días ocioso me producen más descontento que el que pueda compensar diez veces más de tiempo de placer, sea el que sea.

5 de octubre, día del Señor

Hasta más tarde en la cama, hablando con mi esposa; discutimos, entre otras cosas, sobre la doncella Sarah, a la que ella quisiera despedir cuando yo opino que es la mejor criada que jamás hemos tenido, pero parece que mi esposa desea mía que también sepa peinar. Al final hicimos las paces. A la iglesia, donde hoy el pastor ha hecho que uno lea con el sobrepelliz puesto. Supongo que en poco tiempo también se pondrá uno él mismo, pues es un tipo astuto, como todos los de su pelaje. Comí con mi esposa y luego conversamos de nuevo, en especial sobre lo de que aprenda a bailar a cambio de que vuelva el año próximo al campo, lo que quiero que haga.

8 de octubre

Arriba, y por el río a ver a milord Sandwich, con el que estuve mucho tiempo en sus aposentos. Entre otras cosas me dio una enorme alegría cuando me dijo cuánto me aprecia el duque de York, pues le dio las gracias por la presencia de una persona que él había traído a la Armada, y se refería a mí.

17 de octubre

Esta mañana viene a verme Tom y le aconsejo sobre cómo negociar con la madre de su dama respecto a la unión, aunque tengo previsto hablar con ella en breve y decirle lo que pienso. Luego a ver a milord Sandwich por el río, a contarle lo bien que me han ido las cosas en el campo[40], de lo que se alegra. De allí con el señor Creed a Westminster Hall, donde se nos une el capitán Ferrer. Nos vamos los tres a la habitación del señor Creed a sentarnos y tomar chocolate. Me cuentan cómo van las cosas en la Corte: que los jóvenes lo están consiguiendo todo y los señores viejos y serios no reciben favores; que

sir H. Bennet ocupa el puesto de *sir* Edward Nicholas y que *sir* Charles Berkeley, un hombre muy corrupto, ha sido nombrado encargado del dinero para gastos personales del Rey. De él me ha contado hoy el señor Pearse, el cirujano, que le ofreció trescientas libras anuales a su esposa para que fuera su fulana (lo que me hace reír). También me contó que no hay nadie en la Corte a quien el Rey preste más oídos que a *sir* Charles Berkeley, *sir* H. Bennet y *lady* Castlemaine, cuya influencia es ahora más grande que nunca. También que la señora Hesilrige, la gran belleza, está embarazada y ahora en cama, y que lo atribuye al Rey o al Duque, también que es posible que milord St. Albans se convierta en lord Tesorero; todo esto me preocupa mucho.

19 de octubre, día del Señor

Me arreglé por la mañana y me puse mi nueva banda de encaje; es tan bonita que estoy decidido a gastar bastante dinero en ellas, pues hacen resaltar cualquier otra prenda. Caminé hasta casa de mi hermano, donde me encontré al señor Cooke, y me entero de que él y Tom han prometido una unión de cincuenta libras a su dama, y dicen que yo di mi consentimiento a treinta libras al año. Me enfadé como un loco porque el asunto se ha llevado de forma estúpida, contra mi opinión y contra toda razón. Tom me esperaba y me lo llevé hacia mi casa reprendiéndole por su locura, diciéndole claramente lo que pienso y que nunca tendrá a su dama si exigen cincuenta libras.

20 de octubre

Me levanto y voy en el coche de *sir* J. Mermes, con él y con *sir* W. Batten, a Whitehall, donde ha vuelto a residir el Duque, a la nueva cámara que el señor Coventry tiene allí. Más tarde subimos a ver al Duque, que estaba arreglándose. En la conversación, el joven Killigrew recomendó mucho *The Villain*, una obra nueva de Tom Porter representada una única vez el sábado en el Teatro del Duque, como si nunca hubiera habido nada igual sobre un escenario[41]. Lo mismo me dijo ayer el capitán Ferrer, y más tarde esta mañana el doctor Clarke, que la vio. Cuando terminé con el Duque fui con el comisionado Pett a ver al señor Lely, el gran pintor: creyendo que íbamos a encargarle un cuadro, nos avisó que no iba a estar libre en las próximas tres semanas, lo que me parece extraño. Luego vimos con qué pompa se le preparó la mesa para la comida. Allí contemplamos, entre otras pinturas, el tan deseado por mí retrato de *lady* Castlemaine, un cuadro

verdaderamente bendito y del que quiero tener una copia. Después a casa de mi hermano, donde recogí a mi esposa, que se había quedado allí la noche pasada, y la llevé en coche al Teatro del Duque, que estaba lleno de gente. Pero no sé si es que esperaba demasiado o qué, no lo sé, el caso es que nunca me agradó menos una obra en mi vida. Aunque había buenas canciones y bailes carecía de imaginación, pero lo que la hacía menos satisfactoria era mi conciencia: a causa de mis votos, no tendría que haber ido, y mi trabajo debería orientarme a otras cosas. Pero en cuanto llegué a casa eché una corona en la caja, de acuerdo con mi promesa, y así no hay daño en lo hecho, excepto trabajo y dinero perdidos. Mi viejo hábito del placer despierta de nuevo e intentaré controlarlo a partir de ahora, pues gracias a Dios estos placeres no me parecen ahora dulces cuando los disfruto. Luego a casa en coche, y después de trabajar en mi despacho y de visitar a *sir* W. Penn, que sigue enfermo, me fui a la cama. Me confirman que se ha vendido Dunquerque, lo que lamento enormemente.

24 de octubre

Después de estar en la cama con gran deleite, hablando y jugando con mi esposa (pues llevamos ya juntos varios años y somos una pareja cada vez más feliz, bendito sea Dios), me levanté y a mi oficina; luego trabajé algo y me fui hasta Deptford para tratar con los señores Lowly y Davis sobre mis últimas ideas respecto a cómo llevar registros de los distintos trabajos desarrollados en los astilleros, sin encontrar más objeciones que su ignorancia y su resistencia a hacer cualquier cosa que suponga esfuerzo o esté fuera del viejo y rutinario curso. Sin embargo me gusta, y seguiré con ello. Después a casa, donde comí con mi esposa un excelente plato de callos preparado según mis indicaciones, cubierto de mostaza, como he visto que hacen en casa de lord Crew, y bebí un vaso de vino. Tras la comida vino a verme el señor Pearse, el cirujano, que me habla de lo mal que van las cosas en la Corte: el Rey no hace caso de nada que tenga que ver con la Reina ni, sobre todo, con los ingleses que ella trajo consigo, por miedo a que le cuenten que se sigue viendo con la señora Palmer, hasta el punto de que aunque se lo han prometido y está seguro de que le nombrarán cirujano de la Reina, está desorientado respecto a si aceptarlo o no, pues la opinión del Rey está muy predispuesta.

También que no hay favores para los que dependen de la Reina, y que ella está dispuesta a permitirles que regresen a Portugal (los separó de sus amigos contra su voluntad con promesas de privilegios) sin lograr nada para ellos. Sin

embargo, me cuenta que el propio médico de la Reina le dijo hace tres días que esta sabe lo que hace el Rey, y cómo se porta con *milady* Castlemaine y con los demás. Pero aunque ella tiene suficiente espíritu, ve que no es conveniente darle demasiada importancia, y de momento aguanta, lo que me alegra. Ruego a Dios que nos tenga en paz, pues esto, junto a otras cosas, crea un gran descontento en la gente.

26 de octubre, día del Señor

En pie, y me pongo mi nuevo collar de encaje festoneado, muy elegante. Después a la iglesia, donde vi por primera vez al señor Mills llevando sobrepelliz, aunque me pareció absurdo que se lo retirara al terminar en el atril, ante toda la iglesia, y subiera al púlpito a predicar sin él. Luego a casa a comer un estupendo cerdo con el señor Simpson, el carpintero que está haciendo mi comedor, y mi hermano Tom. A Tom le afecta mucho la decepción con su dama, pero todo estará bien pronto. De nuevo a la iglesia, donde oí predicar a un escocés muy simple y aburrido. Durante todo el día ha habido movimiento de soldados por la ciudad, por cierta alarma y el entusiasmo de muchos cuáqueros y otros, pero creo que sin razón: sencillamente se dice que se ha descubierto un levantamiento en Dorsetshire. Después de cenar en casa, a mi estudio, donde hago mis cuentas mensuales. Resulta que por mis gastos en bandas y ropas este mes he bajado un poco respecto al anterior, pero tengo todavía seiscientas setenta y nueve libras, por lo que Dios sea alabado. Vuelvo a casa y a la cama con la mente tranquila, bendito sea Dios, pero con miedo de que la vela se acabe, y eso es lo que me hace escribir de forma tan descuidada.

27 de octubre

A ver a milord Sandwich, que me recibe en su cámara, donde conversamos a solas sobre los celos en la Corte por los levantamientos de la gente; él desaprueba la animosidad de lord Monck contra esos grupos de pobres desgraciados, maltratándolos en la calle, cuando lo que debería hacer es coger a sus cabecillas y castigarlos, pues lo de ahora no hace sino mostrar al mundo las dudas y miedos del Rey. Respecto a Dunquerque, se pregunta por qué la gente sensata se preocupa tanto, pues no es Dunquerque, lo tengamos o no, lo que nos perjudica, sino otros sitios. También habló sobre los nuevos ministros, *sir* H. Bennet y *sir* Charles Berkeley, de cómo han

llegado y de la importancia que *lady* Castlemaine ha adquirido en la Corte (lo que aproveché para mencionarle que la gente lo percibe). Después me habló del pobre señor Spong, al que han juzgado junto a otros ante el Rey y el Consejo (se les ha presentado como sospechosos y se piensa que Spong es culpable, pues parece que van a ponerle en el potro u otra tortura)[42]. Spong alegó que conocía a lord Sandwich y que tenía mucho trato con el señor Pepys, pero milord sabe, y yo se lo dije, que ese trato era solo en relación con la música, aunque pensaba que era un hombre bastante inofensivo, y de hecho lo siento mucho por él. Tras charlar en privado, milord y yo salimos y examinamos con los capitanes Cuttance y Bunn sus bocetos para un puente en Tánger, bocetos que por mi deseo llevarán mañana a nuestra oficina. Tras la comida, Creed y yo estuvimos hablando mientras tomábamos una cerveza. Me mostró los componentes de nuestra Comisión, en la que figuran, en este orden, el duque de York, el príncipe Rupert, el duque de Albemarle, lord Peterborough, lord Sandwich, *sir* G. Carteret, *sir* William Compton, el señor Coventry, *sir* R. Ford, *sir* William Rider, el señor Cholmley, el señor Povey, yo mismo y el capitán Cuttance, unidos para prestar servicios en relación con Tánger, lo que considero un gran honor para mí. Me habló de la enorme discusión que había en la Corte, y sobre todo de lo que se murmuraba respecto a que el joven Croft es hijo legítimo del Rey, pues este se casó con su madre[43]. Si eso es cierto, Dios lo sabrá. Sin embargo, no creo que engañen al duque de York con este lío.

30 de octubre

Anoche dormí poco por estar pensando en el trabajo. Me levanté antes del amanecer y fui por el río a Whitehall a ver a milord Sandwich, que estaba levantado y solo en su cámara. Me puso al corriente de su ocupación, que es la siguiente: nuestro viejo conocido el señor Wade (de Axe Yard) ha averiguado que hay siete mil libras escondidas en la Torre, de las cuales ha de recibir dos mil por el descubrimiento, milord otras tantas y el Rey las tres mil restantes, cuando se encuentren. Al parecer, hay autorización del Rey para que yo (por parte de milord) y un tal señor Lee (por parte de *sir* Harry Bennet) pidamos permiso al Teniente de la Torre para efectuar la búsqueda. Tras contarme el asunto, me despedí y volví a mi oficina, a la espera de que milord me ordene por carta ocuparme del trabajo. A mediodía viene el señor Wade con la carta de milord y me explica el asunto. Decidimos que yo fuera primero a ver a *sir* H. Bennet, que se encuentra en la Torre con otros

miembros del Consejo Privado interrogando a sus últimos detenidos, para que nos diga cuándo empezamos; así que fui. La guardia de la Torre me obligó a dejar la espada en la puerta y tuve que esperar un largo rato en la taberna de al lado mientras mi criado iba a casa a por mi capa. Cuando llegó mi capa volví, y, con la intermediación de *sir* G. Carteret, me presenté a *sir* H. Bennet, que me mostró todas las garantías del Rey. Tras una breve conversación vino la comida, y almorcé con ellos. Allí estaban el lord Alcalde, lord Lauderdale, el secretario Morice, a quien *sir* H. Bennet dio el lugar preferente, *sir* W. Compton, *sir* G. Carteret y yo, además de otros. La comida fue estupenda, y, tras ella, *sir* H. Bennet hizo un aparte con el lord Alcalde y conmigo, le contó el asunto al Alcalde y este no mostró ninguna reticencia, sino que prometió toda su ayuda. Luego el señor Lee y yo volvimos a nuestra oficina a esperar a que vinieran el señor Wade, un tal Evett, que era su guía, W. Griffin y un portero con piquetas y otras cosas. Nos dirigimos a la Torre y *sir* H. Bennet y el Alcalde nos dieron pleno poder para comenzar. Nuestro guía pidió una vela y bajamos hasta los sótanos, preguntando si eran esos los que Barkestead usaba[44]. Entramos en varios, pero ninguno respondía a las señales que se nos habían dado para localizarlo, como una bóveda con arcos. Tuvimos que decidir si seguíamos o esperábamos a conseguir más información; optamos por lo primero y estuvimos cavando hasta casi las ocho de la noche, pero no encontramos nada. Sin embargo, nuestros guías no parecían desanimados, sino bastante seguros de que el dinero se hallaba allí. Como nunca habían estado antes no podían ser precisos respecto al lugar, pero ahora se informarán mejor y con más detalle con la persona que les asesora. Así que nos fuimos cerrando la puerta con llave, que el Director Asistente, cuando subimos a verle, se compromete a guardar para que nadie pueda entrar sin que él lo sepa. Pero ¡Dios mío!, ver que han dado ese cargo a tan absurdo jovenzuelo, a ese ridículo petimetre, me vuelve loco. ¡Cómo pedía su camisón de dormir de seda, solo para mostrárnoslo! Durante media hora no creí que fuera el Director Asistente, por lo que no le hablé de nuestro asunto, sino que esperé a que viniera otro hombre. Finalmente, le expliqué las cosas y nos marchamos.

1 de noviembre

Arriba, y tras un rato con los obreros me fui a la oficina, donde estuvimos toda la mañana reunidos. A mediodía con el señor Creed a Trinity House, a una gran comida a la que estamos invitados con mucha otra gente. Parece que

un tal capitán Evans ofrece hoy un almuerzo por ascender a Hermano Mayor. Luego de nuevo a la oficina, donde busco al señor Lee. Nosotros dos, Wade y los demás informantes y trabajadores hacemos otro intento en los sótanos de la Torre. Cavamos dos o tres horas bajo los arcos, como se nos ha indicado con más seguridad y seriedad y aparentes garantías, pero fracasamos y nos marchamos otra vez como tontos. Volvemos a la oficina; después, el señor Lee a Whitehall en coche y yo a la taberna del Delfín, donde estoy citado con Wade y el capitán Evett, que me cuenta con claridad que lo que sabe viene de alguien a quien Barkestead se lo dijo en persona, y a quien le contó, justo antes de que regresara el Rey, cómo sacar el dinero, dándole todas las pistas para encontrarlo. Dicha persona siempre gozó de la confianza de Barkestead, y le confió su vida y todo cuanto tenía. Eso me convenció de que nuestra búsqueda tenia una base sólida, aunque me temo que Barkestead pudo haber encontrado la forma de sacarlo todo antes de morir, sin contar con esa otra persona. Sin embargo está decidido a que lo intentemos de nuevo y después tomemos alguna determinación. Nos separamos y vuelvo a mi oficina, donde después de mandar unas cartas me entero de que *sir* J. Mermes ha decidido convertir parte de la entrada del edificio en una habitación y repartirse el patio trasero con *sir* W. Penn. Aunque creo que no me perjudicará gran cosa, me preocupa un poco por si acaso. Ahora no veo bien cómo, excepto que me impediría acceder a mi escalera trasera.

2 de noviembre, día del Señor

Buen rato en la cama, disfrutando y hablando con mi esposa, en la que nunca he hallado tanto gozo, bendito sea Dios, como ahora. Ella sigue tan cuidadosa, ahorrativa e inocente (ojalá pueda mantenerla así) como siempre lo ha sido en su vida, y lleva muy bien la casa. A la iglesia, donde el señor Mills, después de leer el servicio y de cambiarse como hiciera el día anterior, dio un sermón bastante corriente. Luego a casa a comer. Subo a mis nuevas habitaciones, que están casi terminadas, y paseo por ellas charlando muy animado con mi esposa hasta que se hace la hora de volver a la iglesia. Allí el predicador era muy perezoso y me dormí en el sermón. De nuevo a casa, y, tras visitar a los dos *sir* William, que están ambos recuperándose, a mi oficina a preparar asuntos del Duque para mañana. Después a casa y a la cama. Me hago bastante daño al orinar, pues he cogido frío esta mañana al estar demasiado tiempo descalzo quitándome los callos. Esta noche, mi esposa y yo

hemos estado un buen rato leyendo la *Impostare* de Du Bartas, que a mi esposa le ha dado últimamente por leer, y es de lo más bello que he visto.

3 de noviembre

Arriba, y con *sir* J. Mennes en su coche a Whitehall a ver al Duque, pero se ha ido de caza. De allí a ver a lord Sandwich, de quien cada día recibo más muestras de afecto y confianza. Me encuentro con Pearse el cirujano, que me cuenta que *lady* Castlemaine está embarazada, pero aunque es del Rey, como su esposo todavía está en la ciudad y a veces la ve, aunque ni comen ni duermen juntos, se le atribuirá a él. También me dice que el duque de York está dominado por su amor a *lady* Chesterfield (una dama virtuosa, hija de lord Ormond), tanto, que la duquesa de York se ha quejado al Rey y a su padre que por eso *lady* Chesterfield se ha ido al campo. Yo lamento todas estas cosas, pero son consecuencia de la ociosidad, de no tener nada grande en que ocupar el espíritu. Por la noche a mi estudio a trabajar. Vinieron a verme el señor Wade y Hvett, que han estado de nuevo con su informante original (que percibo es una mujer), y, a pesar de que hemos fallado dos veces, aportan un relato tan verosímil, aunque no estamos seguros del lugar, que nos pondremos de nuevo a ello. Así que decidimos retomarlo el miércoles por la mañana; la mujer estará allí, disfrazada, para confirmarnos el lugar.

7 de noviembre

Arriba y, como estaba citado con el señor Lee, nos fuimos a la Torre a hacer nuestro tercer intento en el sótano. Ahora viene en secreto la mujer, la gran confidente de Barkestead, que nos dice con firmeza que este es el lugar en el que él aseguró que estaba escondido el dinero, donde él y ella pusieron las siete mil libras en pequeños barriles, y el mismo día que salió de Inglaterra dijo que ni él ni los suyos serían los más adecuados para disponer de ese dinero, y que por tanto deseaba que fuera de ella y los suyos. Entonces nos dejó, y, llenos de esperanza, decidimos cavar todo el sótano, lo que terminamos a las siete de la noche. A mediodía encargamos la comida y la tomamos encima de un barril, para seguir trabajando. De vez en cuando el señor Lee, que ha estado muchas veces en España, me contaba muy buenas historias sobre las costumbres y otras cosas de ese país, sobre las que yo le preguntaba y disfrutaba. Pero al final vimos que estábamos equivocados; después de cavar el sótano casi por completo, incluso cambiando los barriles

de sitio, tuvimos que pagar a los porteros y renunciar a nuestras esperanzas, aunque creo que en alguna parte debe haber dinero escondido por Barkestead; quizá engañó a esta mujer con la esperanza de forzarla a servirle.

10 de noviembre

En pie temprano; pongo a mis obreros a trabajar y después un rato a la oficina. *Sir* J. Mennes, *sir* W. Batten y yo en coche a Whitehall a ver al Duque, que nos hizo pasar a su gabinete cuando estuvo preparado. Llegó el lord general Monck y habló en privado con el Duque sobre hacer que la guardia desfile hoy por Londres, únicamente para ensañarse y asustar a la gente. Esto me preocupa y me hace pensar que las cosas no van bien. Cuando se fue, nos pusimos a hablar sobre la Armada. Entre otras cosas, cómo finiquitar a la flota que tiene que venir desde Portugal, pues el Rev los manda a casa de regreso porque ya no los necesita. Nos sorprende que su situación haya cambiado tanto en tan poco tiempo. Nuestros hombres de tierra regresan medio muertos de hambre de ese pobre país[45].

12 de noviembre

En mi oficina casi toda la mañana, después de terminar con los pintores y de despedirme de los señores Shaw y Hawley. Según parece, Shaw se ha casado de nuevo con una viuda rica. Comí con mi esposa en casa y al rato vinieron dos señoritas que habían quedado con ella. Son dos hermanas, conocidas del hermano de mi esposa, que desean servir a otras damas y ofrecen sus servicios a mi esposa. De hecho, la más joven [Winifred Gosnell] tiene una buena voz y canta muy bien, además de otras cualidades, pero me temo que se ha criado con demasiada libertad para mi familia, y me preocupan los grandes inconvenientes que provocará: muchos gastos y mayor libertad de mi esposa. Debo intentar evitarlo hasta tener más dinero, aunque confieso que la joven es muy atractiva y su canto me predispone hacia ella. Las llevé en coche a Lincoln’s Inn Fields, a casa de un amigo suyo, y fui a una cita en el Temple, a la cámara de mi primo Roger Pepys, donde nos vemos con mi tío Thomas y su hijo Tom. Tengo esperanzas de llegar a un acuerdo con ellos y resolverlo todo con mi primo Roger, pero dicen que desean contar con dos personas ajenas que actúen por ellos, frente a otros dos por mi parte. Nos separamos sin hacer nada hasta que no me faciliten los nombres de sus dos árbitros. Cuando nos íbamos a la cama, tuve una buena

discusión con mi esposa respecto a contratar a una mujer. Yo me mostré muy enfadado por lo lejos que había ido sin tenerme en cuenta ni consultarme. A dormir.

13 de noviembre

Nos levantamos y comenzó de nuevo nuestra riña, con mi esposa profundamente enojada porque dice que vive muy sola. Opino que es la falta de trabajo lo que le hace, a ella y a otra gente, pensar en peores modos de pasar el tiempo, aunque en este caso lo atribuyo a las obras de la casa, que no le permiten acometer ninguna labor ya que todo ha estado y todavía está demasiado sucio. Voy a mi oficina, donde estoy reunido toda la mañana, y como con mi esposa, todavía enfadado. Luego a mi despacho, pues esta tarde tenemos nuestra primera reunión de la comisión para inspeccionar el Arcón. Cuando regresé, vi que mi esposa me ha mandado una carta en un momento de enfado durante la tarde. Ante el dilema de leerla o no decido no hacerlo, sino quemarla delante de ella, para poner fin a este tipo de cosas. Sin embargo debo pensar en algo, encontrarle alguien que le haga compañía o ponerla a trabajar, para que con un empleo ocupe sus pensamientos y su tiempo. Tras hacer lo que tenía que hacer fui a casa a cenar, donde estuve muy arisco con mi esposa, y después a la cama y a dormir (aunque con dificultad, por tantas preocupaciones) sin decirle una palabra.

14 de noviembre

Ella empezó a hablarme por la mañana y nos reconciliamos, pues cree que he leído su carta, lo que deduzco porque su conversación estaba llena de argumentos sobre las razones por las que desea tener una mujer, y los pocos cambios que quiere que ello suponga para mí. Así que me puse a discutir claramente con ella y me razonó con gran pasión que, si no me gustaba, la echara, y que tomara a una de las Bowyer, por lo que decidí que cuando la casa esté preparada la probaremos un tiempo. La verdad es que tenía la idea de permitirle aprender música y baile.

22 de noviembre, sábado

Esta mañana, a causa de un enfrentamiento entre mi esposa y Sarah, su doncella, tuvimos una cruel riña mi esposa y yo, para gran tristeza mía. La

veo tan en contra suya que, aunque esta joven me parece una sirvienta extraordinariamente buena, me veo obligado a decirle que le comunique que, por su bien, se busque otro sitio. Esto molestará a mi esposa, pero lo prefiero a tener que hacerlo yo. De allí a la oficina, trabajando toda la mañana; luego a comer en casa con el señor Moore, pues mi esposa está ordenando sus muebles. Nos separamos y voy a casa de mi primo Roger Pepys. Después de mucho trabajo en la oficina volví a casa e hice que pusieran una aldaba de estilo moderno en la puerta, y que pintaran esta y el marco. Hoy compré el libro de danzas tradicionales para cuando venga Gosnell, la acompañante de mi esposa, y me encontré al señor Playford, que me dio las canciones latinas del señor Deering recién publicadas. El señor Moore me ha dicho que es seguro que la Reina Madre se ha casado con lord St. Albans, y que es probable que le hagan lord Tesorero. Hay noticias de que *sir* J. Lawson ha firmado una paz con Túnez y Trípoli, así como con Argel, por lo que vendrá con muchos honores.

24 de noviembre

Mientras voy con *sir* J. Mennes y *sir* W. Batten hacia Whitehall oímos que el Rey y el Duque han ido esta mañana a la Torre a ver el dinero de Dunquerque. Así que nos vamos en coche hasta allá y damos unas vueltas por los almacenes con ellos. No obstante, me parece que los acompañantes del Rey (con el joven Killigrew entre ellos) tienen una conversación muy pobre y vulgar sobre las cosquillas de algunos de los hombres vestidos con armadura que se veían por ahí. No vimos nada de dinero, pero el señor Slingsby mostró al Rey, y yo pude verlos, los sellos de las nuevas monedas que se van a acuñar siguiendo el modo de Blondeau[46] excelentes, muy parecidos a Su Majestad. Luego al Temple, donde me reuní con mi primo Roger Pepys y su hermano el doctor John como mis árbitros en la disputa, junto a los señores Colé y Bernard por parte de mi tío Thomas, con los que estábamos citados. Ellos empezaron con peticiones muy elevadas y mis amigos, en parte porque no conocían el testamento en profundidad y en parte, pienso, porque son menos brillantes que ellos, me ponen en un serio aprieto. La culpa la tengo yo, por elegir parientes (que además tienen demasiado compromiso con la otra parte como para representarme a mí). Aprovechando que pude alegar que sin el consentimiento de mi padre no podía comprometer un bono de dos mil libras para satisfacer su indemnización, conseguí acabar con la reunión por el momento, hasta que pueda pensarlo mejor. Luego a casa, donde encuentro a

mi pobre esposa muy liada ordenándolo todo, y a la cama, tan preocupado que apenas pude dormir en toda la noche, pensando en cómo nos irían los asuntos de Brampton y maldiciéndome por vivir con tantos lujos cuando debería saber que es posible que mi padre y mi madre tengan que venir a vivir a mi costa cuando esto acabe.

25 de noviembre

Se habla de que algunos fanáticos dicen que el fin del mundo está cerca, y que el martes próximo será el día. Por ello, sea cuando sea, que el buen Dios nos ampare.

27 de noviembre

Al despertarme descubrí los tejados de las casas cubiertos de nieve, lo que no había visto en los últimos tres años. Me levanto, pongo a los criados a terminar la limpieza de la casa, y luego a la oficina, donde trabajo hasta mediodía. Después nos acercamos a la colina de la Torre a ver la llegada del embajador de Rusia, para cuya recepción todas las compañías adiestradas del Concejo están dispuestas en las calles, así como la Guardia del Rey, y casi todos los ciudadanos adinerados vestidos de terciopelo negro y con cadenas de oro, pero como tardaba tanto volvimos a casa. Después de comer oí que ya venían, me acerqué y los vi bastante bien. No pude ver al embajador en su coche, pero sí a sus asistentes con sus ropajes y gorros de piel, hombres elegantes y atractivos, muchos de ellos llevando halcones para obsequiar al Rey. Pero ¡Dios mío!, qué absurda es la naturaleza de los ingleses, que no pueden evitar reírse y burlarse de todo lo que les parece extraño.

30 de noviembre, día del Señor

A la iglesia por la mañana, donde el señor Mills hizo un sermón bastante bueno. Hoy hace un frío glacial, de nieve. Comí solo con mi esposa, de muy buen humor, pues mi casa está completamente limpia. Por la tarde a la iglesia francesa, en Londres, donde me quedé en la nave lateral escuchando con deleite un sermón admirable de un joven pastor sobre la Resurrección. Luego a casa a cenar y, a pesar del frío, a mi despacho a hacer el balance mensual. Resulta que las reformas de mi casa y los gastos de cocina han supuesto este mes cincuenta libras, por lo que ahora cuento con seiscientas sesenta o así. Al

terminar, preparé lo del duque de mañana, volví a casa, oraciones y a la cama. Hoy me puse manguitos por primera vez, los de mi mujer del año pasado.

1 de diciembre

Me levanto y en coche con *sir* John Mennes y *sir* W. Batten a la cámara del Duque en Whitehall, donde, como de costumbre, nos dirigimos a su gabinete cuando está listo. Allí, con lord Sandwich presente, tratamos asuntos de la Armada, y el señor Coventry tuvo la amabilidad conmigo de hacer notar al Duque mi esfuerzo al recopilar todos los contratos anteriores de suministro de mástiles, lo que nos ha sido de gran utilidad. Más tarde al parque, donde vi gente patinando por primera vez en mi vida, un arte muy bonito. Luego a la Cámara del Consejo; allí nos reunimos el duque de York, el príncipe Rupert, el duque de Albemarle, lord Sandwich, *sir* W. Compton, el señor Coventry, *sir* J. Mennes, *sir* R. Ford, *sir* W. Rider, yo mismo y el capitán Cuttance como comisionados para Tánger. Terminado esto, nos separamos y me marché al Palenque, atestado de gente esperando, donde vi *The Valiant Cid*[47], una obra que leí con gran deleite pero que interpretada es terriblemente aburrida, algo que nunca pude comprender, pese a que la interpretaron Betterton, Ianthe, y una bella moza que sustituye a Roxalana. Ni el Rey ni la Reina sonrieron una sola vez, y tampoco pareció disfrutar nadie de la concurrencia.

5 de diciembre

Me levanto. Es un día de mucho frío y nieve. Llamo a Sarah, que se marcha hoy o mañana. Le pago su salario más diez chelines de mi parte y cinco de parte de mi esposa. Pienso que nunca en el mundo se separaron señora y sirviente de forma tan absurda como esta, solo por el empeño de mi esposa de que su carácter es desagradable, siendo por todo lo demás una buena sirvienta. La muchacha lloró y yo también estuve a punto, pero acepto que se vaya si con eso hay paz, y más todavía, aunque no lo digo, porque Jane viene a ocupar su puesto. Terminado esto fui al Ayuntamiento, pues había sido convocado, pero no hubo reunión esta mañana. Por el camino me encontré a W. Swan, me lo llevé a una taberna cercana y le invité a una cerveza con mantequilla. El siguió contándome sus historias como si fuera un gran fanático, cuando sé que es un auténtico granuja. Sin embargo, lo hago por la charla y por ver cómo le van las cosas a él y su gente: veo que están convencidos de que Dios no bendecirá a la Corte ni al Rey si siguen así, y que

deben purificarse. La peor noticia que me cuenta es que el señor Chetwind, mi viejo e ingenioso amigo, ha muerto. Ha dejado unas tres mil libras, lo que no esperaba visto lo lujosamente que vivía. Le ha legado trescientas a la esposa de W. Symons, y nombrado a Will uno de los albaceas. Al volver a casa veo que Gosnell ha llegado. Mi esposa me dice que parece ser muy buena compañía, de lo que me alegro. Luego a mi oficina a resolver unos asuntos y de vuelta a casa. He tenido todo el día la cabeza liada con problemas y preocupaciones respecto a mi padre, pues parece claro que mi tío se va a llevar la mayor parte de la propiedad, pero por la noche la llegada de Gosnell me hace dejar a un lado esos pensamientos para divertirme con mi esposa y con ella, que canta extraordinariamente bien y me dará un enorme placer. Así que contento a la cama.

8 de diciembre

Me levanto y llevo a Gosnell en coche a Temple Bar, pues tiene asuntos propios que resolver hoy. Por el camino me cuenta que Balty le había dicho que mi esposa iba todos los días a la Corte y al teatro, y que ella debería tener libertad para salir tan a menudo como deseara, junto a otro montón de mentiras que me irritan profundamente y me hacen pensar en qué esperaba la muchacha al venir; me siento molesto. Luego a ver al Duque y al señor Coventry. Repasamos nuestra carta al lord Tesorero, que me parece todo lo completa que puede estar[48]. Después a ver a lord Sandwich, donde pasé el resto de la mañana repasando sus cuentas con el señor Moore y su amigo Battersby, muy animados y con buena conversación. Regreso a casa en coche y me encuentro a mi esposa muy preocupada por Gosnell. Ha venido con un recado de su tío, el juez Jiggins, que le exige visitarlo tres veces a la semana para que atienda cierto asunto que su madre le ha confiado, y que a menos que se le dé permiso, no la autoriza a ir a ningún sitio. Esto nos molesta, pero no hay forma de evitarlo, y con la idea de que la Providencia quiere evitarme el estar apurado de dinero en el mundo, me resigno, y espero hacer sentir así a mi esposa, la cual, pobrecilla, lo pensará mejor otra vez, aunque en realidad su soledad debe resultarle irritante. Así que hice cantar a Gosnell y estuvimos mirando los libros de danzas hasta las doce de la noche, sin darnos cuenta de cómo pasaba el tiempo; luego, oraciones y a la cama.

9 de diciembre

Estuve hasta más tarde en la cama con mi esposa consolándola de la marcha de Gosnell; creo que se quedará tan conforme como yo. Luego a la oficina. Después de comer me quedé en casa toda la tarde, muy molesto por la marcha de Sarah, que lloró mucho, y también Jane. Al poco rato se marchó Gosnell, lo que también me incomoda, aunque si lo pienso está bien librarme de un buen gasto. Todo ello hace que la casa parezca bastante solitaria, y eso me provoca malestar. Con un humor melancólico marché a la oficina; trabajé hasta que *sir* G. Carteret me reclamó desde el Tesoro la carta al lord Tesorero y me hizo redactarla de nuevo. Vuelvo a casa y hasta tarde con *sir* John Mennes en el despacho, repasando las cuentas del señor Creed. Luego a casa a cenar, y con mi esposa, ambos tristes, a la cama.

15 de diciembre

Me levanto, luego a ver a milord y más tarde al Duque. Le seguimos hasta el parque, donde insiste en patinar a pesar de que el hielo está roto y peligroso. No me gustó, pero patina muy bien. Volvemos a su gabinete y allí se nos unen lord Sandwich y el señor Coventry. Los tres hablamos largo rato sobre temas de la Armada y cada vez me siento más agradecido al señor Coventry, que siempre consigue favorecerme ante el Duque. Paseamos un buen rato por los pasillos y entre otros me encuentro al doctor Clarke, que me dice que la única grandeza de *sir* Charles [Berkeley] es ser el proxeneta del Rey y *lady* Castlemaine. Sin embargo, Su Majestad es muy amable con la Reina, de la que dice que es una de las mejores mujeres del mundo, lis extraño el modo en que el Rey ha sido embrujado por esta bella Castlemaine. Luego a Whitehall, donde el Duque se reunió con el Comité de Tánger (aunque no se quedó), siendo el único asunto conversar con lord Rutherford, que hoy ha sido nombrado gobernador de Tánger por no sé qué razones. Han llamado de vuelta a lord Peterborough, y aunque parece que ha sido con amabilidad, todo el mundo dirá lo contrario. Lamento que envíen a un gobernador católico a mandar allí, a un sitio en el que casi todos los demás oficiales también lo son ¡Pues Dios sabrá el motivo! Todos pueden ver lo escurridizos que son los puestos que ocupan los cortesanos. Luego a casa en coche, pasando por casa de *sir* John Berkenhead para tratar con él sobre mi tasación de cuarenta y dos libras para los Damnificados Leales[49], que, por lo que veo, no puedo evitar. Sin embargo, me dice que *sir* R. Ford ha abusado en mi caso, algo que utilizaré cuando sea oportuno. Cuando pasaba por la parte de atrás de los puestos de carne del mercado de Newgate mi coche tiró al

suelo y ensució dos piezas de buey, entonces los carniceros pararon los caballos y formaron una buena aglomeración de gente: gritaban que les había causado daños por cinco libras y cuarenta chelines, pero al bajar comprobé que casi no había hecho nada, por lo que les di un chelín y se conformaron. Fui a casa y luego a ver a la señora Batten: me dice que acaba de recibir una carta de *sir* William en la que cuenta cómo él y *sir* J. Mennes se libraron por poco de ahogarse en una carretera, de alta que iba el agua, pero que está bien. Y, ¡Dios mío!, menuda cara de hipócrita al contármelo. De allí a ver a *sir* W. Penn, con el que estuve un buen rato hablando. Me mostré más activo y resuelto respecto a temas públicos de lo que he hecho hasta ahora, y él me escucha, pero sé que en realidad es un rufián y comprendo que debo tener mucho control, cuanto más, mejor, y ocuparme de mis cosas como hasta ahora he hecho, con lo que Dios seguirá bendiciéndome. Vuelvo a casa y muy a gusto a la cama, después de hablar con mi esposa mientras cenábamos, con gran placer.

19 de diciembre

Me levanto y me voy con el señor Lee, Wade, Evett y unos obreros a la Torre; con permiso del teniente nos ponemos a trabajar en el jardín, en la esquina frente a la guardia principal, un sitio bastante improbable. Como hace frío, el señor Lee y yo estamos hasta las tres junto al fuego en la casa del Gobernador. Yo leo una obra de Fletcher titulada *A Wife for a Month*[50], sin ingenio ni lenguaje. Cuando terminé fuimos a donde estaban trabajando, y como habían llegado por debajo de la base de la muralla, les dije que lo dejaran, dando fin a nuestras esperanzas, y volvimos a casa. En mi oficina estuve leyendo el libro de *sir* W. Petty[51] y después a casa y a la cama, un poco indispuesto con mi esposa, la cual, pobrecilla, está molesta con su solitaria vida. No sé cómo resolver esto sin muchos gastos, pero pensaré la forma de hacerlo.

23 de diciembre

Después de comer me senté junto al fuego y me puse a hacer las cuentas, descubriendo que mis gastos domésticos normales ascienden a siete libras al mes, lo que es muchísimo. Al rato viene el doctor Pearse, que cuenta que la influencia de *lady* Castlemaine crece día a día y es mayor que la de la Reina,

y que ha atraído a *sir* H. Bennet y *sir* Ch. Berkeley a su lado, pero la Reina es una dama muy bondadosa y lo aguanta todo con la mayor docilidad.

24 de diciembre

Me quedé en cama muy a gusto, hablando con mi esposa hasta las ocho. Luego me levanté y fui a ver a *sir* W. Batten a su casa. Volví y cogí dinero para pagar hoy algunas deudas en la ciudad, las que tengo con mi librero; en otra tienda pagué cuatro libras y diez chelines por el *Stephens's Thesaurus Graecae Linguae*, regalado al Colegio de San Pablo. Luego a casa de mi hermano y al zapatero, y después a casa de lord Crew, con el que comí a solas, hablando de muchos asuntos. En conjunto, observo que hay bastantes divisiones en la Corte, y algo que dijo lord Crew sugería diferencias entre el Rey y el Duque para el caso de que la Reina no tuviera hijos. Supongo que tiene que ver con el bastardo. Me contó además que irán a por alguien importante cuando el Parlamento se reúna de nuevo, y deduzco que será el Canciller. También que van a sacar una ley por la que todo aquel que haya luchado a favor del Parlamento no pueda ocupar cargos públicos, y que en la Corte están cansados de lord Albemarle y del lord Chambelán. Desea que a lord Sandwich le surja la ocasión de salir al extranjero el próximo verano, que lord Hinchingbrooke esté bien casado y que Sidney tenga un sitio en la Corte[52]. Lo siente por los pastores que han sido expulsados, con los que, dice, el Rey está en deuda por su regreso, y que si hubieran sabido esto, el Rey nunca habría vuelto. Después, y tras conversar sobre el mar y sobre cómo preparar a los caballeros jóvenes para el mar, me fui. En mi oficina leí a solas más de la mitad del tratado del señor Bland respecto al comercio: aunque no es erudito y no sabe las reglas del buen escribir, el libro es muy bueno. Vuelvo a casa a cenar y a la cama, con mi esposa no muy bien, pues está con el mes. Esta noche me envió el señor Gauden por Navidad un gran lomo de buey y tres docenas de lenguas. Le di cinco chelines al hombre que lo trajo y media corona a los mozos. Hoy también me llegaron los listados generales de mortalidad, que me han costado otra media corona.

26 de diciembre

Me levanto; mi esposa, que está bastante bien ya, se pasa el día haciendo pasteles, y yo salgo a resolver distintos asuntos. Por ejemplo, compré un molde para el horno en el mercado de Newgate y lo hice enviar a casa; me

costó dieciséis chelines. Luego a ver al doctor Williams, pero está de viaje, y al Guardarropa, donde me encuentro con el señor Battersby. Me habla sobre un nuevo libro de verso cómico titulado *Hudibras*[53], que decido buscar: lo consigo en el Temple y me cuesta dos chelines y seis peniques. Sin embargo, cuando me pongo a leerlo veo que es un ataque tan ridículo a un caballero presbiteriano que se va a la guerra, que me avergüenzo, y cuando me encuentro con el señor Townsend a la hora de comer se lo vendo por dieciocho peniques. Comimos con muchos proveedores del Guardarropa, pero enseguida me cansé de su compañía; terminé y me fui en cuanto pude al Teatro del Duque a ver *The Villain*, lo que no debería haber hecho sin mi esposa, pero ya es demasiado tarde. ¡Dios mío!, pienso en mi natural orientación al placer, que gracias a Dios he sido capaz de refrenar tan bien hasta ahora con mis votos, y en que volveré a hacerlos después de dos o tres obras más. Esta vez me gustó más que la primera, pues la entendí mejor que entonces. Vi a Gosnell y a su hermana desde lejos y me hubiera apetecido abordarlas, pero no lo consideré prudente. Sin embargo, las contemplé mientras salían y observé que iban solas con otra mujer, sin ningún hombre, y que se marcharon a pie. Me siento inclinado a tenerla de nuevo en casa, aunque va en contra de mis intereses tanto de dinero como de tranquilidad, excepto por su forma de cantar. A casa andando. Mi esposa sigue liada con los pasteles y enfadada por alguna insolencia que le ha soltado la criada Jane, lo que no voy a permitir, así que le haré una advertencia de despido. Ambos estamos muy disgustados por cosas desdeñosas sobre nosotros que ha dicho Sarah, que ahora trabaja en casa de *sir* W. Penn; pero no importa, intentaremos unir la piel del león a la cola del zorro[54]. Luego a mi oficina un rato y después a mi estudio en casa, a cenar y a la cama, enfadado también con mi chico, que se queda jugando por ahí cuando se le manda a un recado. Por ello le he enviado esta noche a ver si el coche que va a su casa está en la ciudad o no, pues he decidido no seguir con él.

29 de diciembre

Me levanté y caminé hasta Whitehall, y como el Duque y el señor Coventry no estaban me fui a Westminster Hall. Estuve leyendo en la tienda de la señora Mitchell y encargué media pinta de vino dulce para ella. Me contó algo que nunca oí antes: el extraño incendio en casa del señor De Laun, comerciante, con su señora y toda la familia dentro; nada, ni un gato ni un perro escapó, ni ningún vecino oyó apenas nada hasta que la casa estaba ya

casi derrumbada y quemada. Solo Dios sabe cómo pudo haber pasado, pero es bastante extraño. Después pasó por allí Jack Spicer, a quien llevé al Cisne, donde el señor Herbert nos sirvió un desayuno de lomo de cerdo. Spicer y yo hablamos sobre asuntos del Tesoro: el lord Tesorero ha ordenado que todo el dinero sea llevado al Ministerio, ha fijado las rentas del Rey y ha asignado cantidades ajustadas a cada gasto general; a la Armada algo más de doscientas mil libras. También me contó la enorme cantidad de joyeros que están suministrando dinero al Rey a intereses muy elevados. De allí a Whitehall. Subí a las galerías superiores del Salón de Banquetes para ver la audiencia a los embajadores de Rusia. Cuando todo terminó y la gente se disolvió estuve un buen rato paseando por los pasillos viendo a las damas, a las dos reinas y al duque de Monmouth con su pequeña amada[55], que es de verdad pequeña, como la esposa de mi cuñado. Luego con el señor Creed al Arpa y la Bola, donde me encontré a los señores Howe, Goodgroome y al joven Coleman. Bebimos y charlamos y creo que ya tengo una joven dama que atienda a mi esposa, de buena familia y que sabe cantar. Desde allí tomé un coche para llegar a casa. Estuve hasta tarde hablando con mi esposa sobre recibir en breve a la del doctor Clarke y a la señora Pearse, aunque me apena que mi esposa no tenga un traje de invierno, y hasta casi me avergüenza que se la vea con un traje de tafetán cuando todo el mundo lleva moaré. Luego a rezar y a la cama, aunque sin tomar ninguna decisión al respecto.

30 de diciembre

Arriba y a la oficina, a la que vino *sir* W. Penn por primera vez desde su último gran ataque de gota. Estuvimos reunidos hasta mediodía con el señor Coventry. De camino a casa visité al señor Rawlinson, que me hizo almorzar allí con dos oficiales, marinos de la [Compañía de la] India Oriental, y con Howell, nuestro tornero. Tuve una buena conversación con los oficiales, especialmente sobre la gente del Cabo de Buena Esperanza, acerca de la cual y por experiencia propia me cuentan algunas cosas: que cuando los hombres se hacen mayores se cortan un testículo entre sí, pues sostienen que eso les ayuda a tener mejor los hijos y a engordar; también que nunca se acuestan para dormir, sino que se sientan en el suelo; que su lenguaje no es tan articulado como el nuestro, pero que sin embargo se entienden bien; que se pintan todo el cuerpo con grasa que les venden los holandeses (que tienen un fuerte allí) y con hollín. Tras la comida, en la que bebí cinco o seis vasos de

vino, libertad que me tomo hasta que empiece mis nuevos votos, fui a casa, recogí a mi esposa y la llevé en coche a Westminster.

31 de diciembre

Me quedé hasta bastante tarde en la cama; luego a Westminster Hall y más tarde al Cisne, haciendo venir al señor W. Bowyer, con el que tomé mi desayuno y tuve algo de su simple conversación. Después al barbero; a mediodía llevé a mi esposa a casa de la señora Pearse, que nos había invitado a comer. Allí aparecieron el doctor Clarke, su esposa, su hermana y el señor Knight, cirujano jefe del Rey, con su esposa. Nos lo pasamos muy bien, ya que los dos hombres son una excelente compañía; sin embargo debo confesar que me distraen tanto la belleza de la señora Pearse, al descubrir hoy su cuello, pues no lo llevaba cubierto cuando entramos, como la brillantez de la señora Clarke, que tanto admiré. Después de la comida marché al Comité de Tánger, con presencia del duque de York, donde estuvimos largo rato tratando del envío de barcos y provisiones a Tánger. Para ello, el señor Povey nos llevó al señor Gauden y a mí en su coche a Londres a ver al señor Bland, el comerciante, discutiendo sobre las razones del enorme retraso de esos envíos. Luego nos fuimos a comer un plato de anchoas y bebimos vino y sidra, muy a gusto, encantados de oír lo bien que habla sobre los negocios de su esposo la señora Bland, como un mercader: parece que los entiende e interviene mucho en ellos. El señor Povey y yo regresamos muy contentos, y me lleva adrede a Whitehall para que vea el baile de esta noche en presencia del Rey. Durante todo el camino me habla con mucho ingenio y me parece un excelente caballero, alguien que ama vivir de forma noble y cuidadosa, como observo cuando habla de su casa, sus cuadros y sus caballos. Primero me llevó a la cámara del Duque, donde le vi cenar con la Duquesa. De allí a la sala donde iba a ser el baile, abarrotado de bellas damas, las más importantes de la Corte. Al rato llegan los Reyes, los duques y todos los grandes. Después de estar sentado un rato, el Rey saca a la duquesa de York; el Duque, a la duquesa de Buckingham; el duque de Monmouth, a *lady* Castlemaine, y otros señores a otras damas, y bailan el *Bransle*. Luego el Rey bailó un sencillo *Coranto* con una dama y tras él el resto de caballeros, uno tras otro, hizo lo propio con las damas nobles, un gran placer para la vista. Tras eso vinieron los bailes tradicionales, encabezando el Rey el primero que pidió, que fue, según dice, *Cuckolds all a-row*, la antigua danza inglesa. De las damas que bailaron, las mejores fueron la amante del duque de Monmouth, *lady* Castlemaine y la hija

de *sir* Harry de Vickes. Cuando Su Majestad bailaba todas las damas de la sala y la misma Reina permanecían de pie, y es cierto que baila espléndidamente, mucho mejor que el duque de York. Después de haber estado allí el tiempo que consideré oportuno, y con gozo infinito, pues era el mejor espectáculo que podía desear ver en estos momentos en la Corte, salí y les dejé bailando. En casa de la señora Pearse vi que me habían estado esperando y que ya se habían ido todos excepto mi esposa. La llevé a casa en coche y volví a casa de milord. Tras cenar allí, a la cama, muy cansado y con algo de dolor en mis testículos por haber estado sentado demasiado inquieto en el coche.

Así acaba el año, con gran alborozo para mí y mi esposa. Nuestra situación es como sigue: ahora estamos pasando una o dos noches en los aposentos de milord en Whitehall. Nuestra casa está en la Oficina de la Armada y lleva un tiempo en muy buenas condiciones, terminada y muy cómoda. Mis fondos son de aproximadamente seiscientas cincuenta libras junto a bienes de toda clase que habrían podido ser más si no fuera por los recientes gastos en mi casa y por las tasaciones públicas; no obstante, no serían tantos de no haber llevado una vida tan ordenada todo este año gracias a los votos que Dios me ha ayudado a adoptar contra el vino, el teatro y otros gastos. Los he cumplido y los pienso renovar, pues debo a Dios mi actual satisfacción. La familia la componemos yo y mi esposa; William, mi empleado; Jane, la doncella superior de mi esposa, aunque creo que es cada vez más orgullosa y descuidada y tendremos que echarla, lo que me molesta; Susan, nuestra cocinera-criada, una muchacha muy voluntariosa pero no buena cocinera, y Wayneman, mi chico, al que voy a despedir por sus travesuras. Hasta ahora estamos bien de salud, gracias a Dios. Que nuestra última doncella Sarah nos haya dejado, aunque la despedimos nosotros, para vivir con *sir* W. Penn, me molesta, pese a que la quiero, por lo que hemos decidido que nos alejaremos algo más de él y de su familia a causa de eso. Haremos lo mismo, aunque por distintas razones, con la señora Batten y los suyos. Últimamente hemos estado pensando, y es algo que no me puedo quitar de la cabeza desde que la señora Gosnell no está con nosotros, en encontrar a otra mujer que acompañe a mi esposa y que sepa cantar o bailar. Sin embargo, con el trabajo que me cuesta ahorrar al cabo del año viviendo como vivo, creo que no haré esa tontería, por lo menos hasta tener el bolso más lleno. Además he hecho promesa de no meterme en gastos nuevos hasta llegar a las mil libras. Gracias a mi diligencia en la oficina durante este año, bendito sea Dios, he conseguido aprender mucho del trabajo y todos me lo

reconocen, hasta el Duque, al que tengo bastante acceso y además se fija en mí por ser también comisionado para Tánger. No tengo dudas de que si sigo con mi empeño actual en poco tiempo seré reconocido por todo el mundo, pues ya he llegado a gozar de gran estima por parte del señor Coventry. Lo único que me preocupa es terminar el asunto de mi tío Thomas sobre los bienes de mi tío fallecido, que no pinta bien para nuestra parte, y me temo que cuando todo acabe me veré forzado a mantener a mi padre o dedicarle buena parte de mis ahorros, lo que supondrá un gran retraso en mi fortuna. Pero debo estar satisfecho y llegar a un acuerdo sea como sea. Los asuntos públicos están como sigue: se dice que el Rey está recortando gastos en su familia, la Armada y otros capítulos. Mientras tanto, disfruta más de sus placeres de lo que sería recomendable; al menos todo el mundo lo ve así. Sus devaneos con *lady* Castlemaine son públicos y frecuentes, algo muy reprochable, como lo es el que favorezca más en la Corte a los que comparten con él sus placeres, como *sir* H. Bennet y *sir* Charles Berkeley. Espero que el buen Dios ponga en su corazón el deseo de corregirse, antes de que la gente le castigue por ello. El duque de Monmouth vive con tanto esplendor en la Corte y es tan mimado por el Rey que se dice que si este no tuviera hijos con la Reina (de lo que parece no hay trazas) quizá podría ser reconocido como hijo legítimo. Parece que esto ha provocado un enfrentamiento entre el Duque y el Rey, lo cual no quiera Dios. También se dice que hay amenazas de hacer que el lord Canciller sea interrogado, cuando el Parlamento se reúna de nuevo, por parte de algunos a los que no les gusta verle tan arriba, pero en realidad es un buen servidor del Rey. Se comenta además que la Reina Madre mantiene una Corte demasiado grande y que se ha casado con lord St. Albans: al parecer tuvieron una hija en Francia, lo que solo Dios sabrá si es cierto. Los obispos están muy subidos y siguen forzando la uniformidad sin retraimiento alguno; los presbíteros permanecen callados y se adaptan o abandonan, pero sin duda esperan un giro en la situación, y les gustaría mucho que los intentos de otros fanáticos tuvieran efecto; ya se ha descubierto hace poco un complot por el que han juzgado y colgado a cuatro en el Old Bayly. Lord Sandwich está todavía bien visto y se encuentra pasando la Navidad en el campo. Creo que me tiene en buena estima. El señor Moore está muy enfermo, y no creo que pueda superar su última recaída, de la que no ha salido aún. Resumiendo, bendito sea Dios por la buena condición en la que nos encontramos yo, mi esposa y mi familia, por lo grande que es mi patrimonio y por lo tranquilo que está el país.

1663

1 de enero

Dormí con mi esposa en los aposentos de milord, donde hemos estado los dos últimos días, hasta las diez, hablando muy a gusto. Me levanté y a Whitehall; allí paseé un rato entre los cortesanos: observo que puedo hacerlo con mucha confianza, porque empiezo a ser bastante conocido. Luego a comer con mi esposa y con la señorita Sarah en la habitación en la que dormimos. Nos cuenta que el Rey cena al menos cuatro o cinco veces por semana con *lady* Castlemaine, que muy a menudo se queda con ella hasta la mañana y vuelve a casa solo y a escondidas por el jardín, y que todos se dan cuenta y lo comentan. En resumen, veo que en la Corte casi no hay otra cosa que obscenidad, de arriba abajo, y no hace falta que precise más. Baste decir que lord Chesterfield se ha ido o lo han echado de allí porque el duque de York se ha interesado por su dama, así que este es vigilado por la duquesa de York y la dama se ha retirado al campo. Dios sabe lo que habrá de verdad en ello, pero es lo que se dice. Después de comer calculé con la señorita Sarah cuánto suponía lo que habíamos comido y bebido, le pagué una corona y nos fuimos en coche al Teatro del Duque, donde de nuevo vimos *The Villain*: cuanto más la veo, más me irrita haberla despreciado antes, pues es una obra buena y entretenida y además una tragedia verdadera y concebible. La sala estaba llena de gente, lo que la hacía menos agradable, y yo estaba deseando

dejar de dar vueltas por ahí y ponerme a trabajar de nuevo. Vimos a la antigua Roxalana en el palco principal con un vestido de terciopelo, como es moda ahora, muy atractiva. Luego de vuelta a casa; dicen que *sir* W. Penn está enfermo otra vez. Me voy a mi despacho a escribir estos dos o tres días de diario y otra vez a casa, a cenar y a la cama.

2 de enero

Por la tarde en la oficina del Tesoro[1], donde *sir* W. Batten estaba pagando vales, aunque de una forma tan burda y arbitraria, con la necia pretensión de estar haciendo lo mejor para el Rey (cuando sé que no hay persona que quiera menos al Rey que él, o a la que todo eso le importe menos), que terminó cansándome. Al final nos separamos, fui andando a casa y visité a *sir* W. Penn, que está enfermo de nuevo. Estuve un rato con él y luego a mi oficina a practicar la aritmética.

4 de enero, día del Señor

Arriba y a la iglesia; sermón muy pobre. A casa a comer un buen trozo de carne de buey curado, pero tenía demasiada sal. Mi esposa me propuso que mi hermana Pall viniera a hacerle de dama de compañía, pues alguna debemos tener, y espera que en esa posición se desenvuelva mejor de lo que lo hizo la otra vez. Me parece bien que lo ofrezca, y lo pensaré, porque me molesta mucho que por tener una hermana con tan mal carácter me vea obligado a gastarme el dinero en una extraña, y preferiría dedicarlo a ella si sirviera para algo. Después de comer nos fuimos andando hasta Whitehall, aunque todo estaba muy sucio. Por el camino pasé por el Guardarropa para ver cómo sigue el señor Moore, que a pesar de estar bien continúa impedido. Tenía mucho miedo de que me vieran dando vueltas por ahí sin hacer nada, y creo que el señor Coventry lo hizo, lo que me preocupa bastante.

6 de enero, duodécimo día

En la Lonja nos encontramos al mayor Thomson, que estuvo en nuestra oficina[2]; nos habla muy bien de la libertad de conciencia, que espera se recoja en la declaración del Rey, y no duda de que si la concede encontrará más y mejores amigos de lo que pueden serlo los obispos; de lo contrario, en poco tiempo serán muchos los miles de personas que abandonarán Inglaterra

para poder disfrutar de ella. Dice que se conformarán con que el Rey considere oportuno que tengan la misma libertad que los papistas. También cuenta, igual que otros, que han mandado al doctor Calamy a la cárcel de Newgate por predicar sin permiso, aunque lo hizo únicamente por cubrir una ausencia, ya que de otra forma la gente se habría marchado sin escuchar un sermón y frustrados por falta de ministro. Sin embargo el obispo de Londres no acepta esa excusa. De allí a Wood Street a comprar una buena mesa para mi comedor, que me cuesta cincuenta chelines. En ese momento hubo una alarma de incendio en un callejón enfrente de nosotros, pero lo extinguieron. Luego a casa de mi hermano, con el que comimos Creed, yo y mi esposa. Después de comer, a ver *Twelfth Night*[3], bien interpretada, aunque no es más que una obra tonta sin relación alguna con el título ni con el día. Al volver a casa me enfadé por el descuido de mi esposa al dejarse la bufanda, el chaleco y la ropa de noche en el coche que nos trajo desde Westminster. Aunque he de confesar que me los dio para que los cuidara, también fue culpa suya al no comprobar que los sacaba del coche. Creo que la pérdida es de cerca de veinticinco chelines. Luego a mi oficina, a anotar en el diario estos tres días y a escribir a lord Sandwich. Esta noche se acaba la Navidad; estoy satisfecho por lo que me he divertido fuera de casa, y me siento preparado para volver a mi antigua carencia de placeres. Ya es hora de renovar mis antiguas promesas, cosa que haré mañana, si Dios quiere, para limitarme durante un largo periodo a mis deberes, a mejorar mi nombre y reputación en el mundo y a ganar dinero, que lo endulza todo y del que tengo mucha necesidad. Luego a casa, a cenar y a la cama, bendiciendo a Dios por su clemencia al devolverme a casa después de tantos placeres con salud y decisión para trabajar duro de nuevo.

8 de enero

Me levanté temprano y mandé al chico a llevar al transportista algo de vino para mi padre, para que haga una fiesta con sus amigos de Brampton por Navidad, y un manguito para mi madre de parte de mi esposa. Antes de enviar al muchacho tuve que pegarle por una mentira que me dijo, y su hermana, con la que llevamos un tiempo descontentos y a la que hemos amenazado con echar, se enfadó; me irritó ver a la chica que tanto apreciábamos volverse tan tonta y desagradecida. Comí en casa, y como hoy estrenan en el Teatro del Duque una obra muy famosa que se llama *The Adventures of Five Hours*, que al parecer ha escrito o traducido el coronel Tuke[4], estoy ansioso por verla,

así que le dije a mi esposa que se arreglara. La obra es, simplemente, la mejor que he visto y veré nunca, por su variedad y la excelente continuidad de la trama hasta el mismísimo final. Es creíble en todos los sentidos, y sin procacidad alguna. El público aplaudía frecuentemente, mostrando su aprobación. Luego a casa, y después de escribir unas cartas en la oficina, a cenar y a la cama, decidido a fijar mi periodo de abstinencia de teatro hasta Pascua, si no hasta Pentecostés, exceptuando las obras de la Corte.

9 de enero

Al despertarme por la mañana descubrí a mi esposa también despierta; empezó a hablarme muy compungida y poco a poco, de una cosa a otra, llegamos a que Sarah ha contado cosas, lo que me molestó muchísimo. Finalmente me habló de nuevo de la necesidad de tener a alguien que le haga compañía, pues es su familiaridad con las sirvientas lo que las estropea a todas, y no trata con nadie más, lo que es bien cierto. Llamó a Jane para que sacara de su baúl un rollo de papeles, del que extrajo uno: una copia de lo que hace ya bastante tiempo me escribió en un momento de enfado y que yo no leí, sino que quemé. Ahora lo leyó, y era tan punzante y tan cierto respecto a lo solitaria y desagradable que es su vida, que como estaba escrito en inglés y dado el peligro de que alguien lo leyera, me enfadé y le pedí que lo destruyera. Como no quiso, se lo arrebaté y lo rompí. Además cogí el resto de sus papeles, salté de la cama y los fui y rompiendo de uno en uno ante sus ojos, aunque me dolía el corazón por sus lágrimas y súplicas para que no lo hiciera. Tal era mi pasión y enfado al ver mis cartas de amor y mi testamento, en el que se lo daba todo, junto a un papel que representaba tanto deshonor y vergüenza para mí si alguien lo encontraba. Después de romperlo todo, excepto un bono de mi tío Robert que tiene en su poder desde hace tiempo, nuestra licencia de matrimonio y la primera carta que le mandé cuando era su novio, cogí los trozos y los subí a mi habitación. Allí, después de dudar sobre si quemarlos o no, separé los trozos del papel que ella leyó y los de mi testamento, quemé el resto y regresé muy apenado a mi oficina. Comprendiendo mi estupidez y de tan descontento que estoy, cuando llegó mi esposa no pude evitar sonreír durante toda la comida, hasta que empezó a decir cosas desagradables de nuevo; me enfadé otra vez y me marché a la oficina. Como llegó una carta del señor Pearse, el cirujano, aceptando mi invitación a venir a comer con el doctor Clarke, fui a ver a mi esposa para arreglar la situación. Al final, por mi honor, me veo obligado a comprarle un

vestido nuevo de moaré para que lo luzca ante la señora Clarke, aunque me incomoda desprenderme de tanto dinero; sin embargo, esto nos reconcilia, aunque casi nunca hemos estado tan enojados en nuestras vidas. Dudo que el enfado pase pronto, y de verdad lamentó haber roto tantas de mis pobres cartas de amor desde el mar y otros papeles.

12 de enero

A ver a milord en sus aposentos para ir al Comité. Cuando salíamos por el jardín hacia la cámara del Duque, a reunirnos para el asunto de Tánger, una dama llamó a milord desde los aposentos de *lady* Castlemaine, diciéndole que el Rey estaba allí y quería hablar con él. Milord no sabía qué podía decir yo en el Comité para excusarle, excepto que estaba con el Rey. Tampoco quiso que entrara al jardín privado, sino que me hizo pasar por otro lado; compruebo así que milord también sirve a los placeres del Rey, no solo a sus negocios. En el Comité nos pasamos toda la noche escuchando la descripción de Tánger hecha por *sir* J. Lawson, y la del lugar para el malecón, del que trajo un boceto muy bonito. En casa vi que ya había llegado el vestido nuevo de mi esposa, por lo que estaba muy contenta, pero me irrité porque no había más cosas preparadas para la celebración de mañana; de ese humor me quedé sentado mucho tiempo, y me acosté enfadado.

13 de enero

Mi esposa se levantó a las cinco, antes de amanecer, y fue al mercado a comprar aves y otras cosas para la comida, con las que me agradó mucho; la espalda de buey también estaba antes de las seis. Cuando todo estaba listo y vino la cocinera fui a la oficina hasta mediodía, en que volví a casa, llegando a la misma hora que el doctor Clarke, su esposa, una hermana y una prima y el doctor Pearse y su esposa, que eran todos mis invitados. Les puse después de las ostras, de primero, un revuelto de conejos, un cordero y una estupenda espalda de buey. Luego un gran plato de ave asada, que me costó cerca de treinta chelines, una tarta y después fruta y queso. La comida fue buena y abundante y la casa estaba muy ordenada y limpísima; la habitación de abajo con un buen fuego; el comedor, arriba, y mi habitación convertida en salón; la de mi esposa también tenía un buen fuego. Veo que mi nueva mesa es muy apropiada para nueve o diez personas, y para ocho con holgura. Después de comer, las mujeres se fueron a jugar a las cartas en la habitación de mi esposa,

y el doctor y el señor Pearse a la mía, porque el comedor echa humo si el fuego no es muy grande. Por la noche les saqué para cenar un buen vino con leche y especias y carne fría, y se despidieron a las diez, muy contentos tanto ellos como nosotros con cómo habíamos organizado las cosas. Desde luego, su compañía era excelente, y la señora Clarke una mujer muy ingeniosa, fina, aunque un poco presuntuosa y orgullosa. Así que, cansado, a la cama. Creo que la celebración de hoy me ha costado unas cinco libras.

19 de enero

En pie y a Whitehall. Allí cogí a solas al señor Coventry en la galería alfombrada y le estuve hablando de las quejas que recibo todos los días sobre el Tesorero y sus hombres, que no pagan dinero, y solo se paga en las tiendas de los joyeros, donde se les cobra un quince y a veces un veinte por ciento por el dinero, lo que es una auténtica vergüenza, algo que no debe tolerarse. No es probable que el Tesorero (o al menos su gente) permita que Maynell, el joyero, se esté llevando diez mil libras al año, como hace ahora, haciendo a la gente pagar tanto por su dinero[5]. Fuimos interrumpidos por el Duque, que se llevó al señor Coventry una media hora; cuando volvió, terminamos la conversación. Me dijo que no quedaba en nuestra oficina nada que corregir, y que día a día las cosas irían mejor por sí mismas, porque hasta el más lento de todos, *sir* W. Batten, estaba empezando a centrarse y ocuparse de sus asuntos. Al oír esto, Dios me perdone, sentí un poco de envidia, pero me alegro, como debe ser, de que disminuya mi preocupación por las mejoras que se están llevando a cabo en el servicio al Rey. Luego a comer a casa del señor Povey[6], que me ha invitado esta mañana. En casa está la señora Lodum, hablando con mi esposa sobre una pariente suya que se ofrece para hacerle compañía. Luego a la oficina a poner las cosas en orden, a casa y a la cama. Me alegra mucho ver que cada día siento más placer atendiendo a mi trabajo y percibo el crédito que se obtiene con ello, que espero que al final se convierta en beneficio. A mediodía vi al señor Dixon en Whitehall y hablé con él sobre casar a la hija del señor Wheatly con mi hermano Tom; le he encargado que les pida la conformidad a sus padres. Pedí trescientas libras.

23 de enero

Pasé por casa de mi hermano y le encontré en la cama por un dolor en la planta de un pie, aunque no está hinchado. No sabe de qué ha sido, pero no

podrá levantarse en un par de días. Fui a ver al señor Grant para decirle que podía cobrar el dinero del señor Barlow, y con él al café. Allí estaba *sir* J. Cutler, quien entre otras cosas explicó que el volumen industrial de Inglaterra es tan grande como siempre, solo que ahora está más repartido, que hay más profesionales que nunca en todas las actividades y que toman más aprendices porque tienen mucho dinero en el bolsillo. Valía la pena escucharlo. De camino del Temple me compré el *Way to be rich*, de Audley, un librito serio con cosas dignas de atender[7].

25 de enero

El capitán Ferrers me contó que *lady* Castlemaine y *sir* Ch. Berkeley son los grandes favoritos de la Corte, cada día con más influencia. También me habló de una reciente disputa entre lord Chesterfield, Chambelán de la Reina, y el señor Edward Mountagu, su Maestre de Caballería, respecto a quién tenía el derecho a llevarla de la mano al salir del palacio. Mountagu lo reclamó, pero se le concedió a Chesterfield, por lo que observo que aquel va hacia abajo día tras día en todos los aspectos. Después a casa de mi hermano. Me dice que ha llegado un mensajero contando que ayer, cuando el coronel Honiwood estaba en Canterbury, su caballo se levantó y lo tiró al suelo: se ha roto la cabeza y se ha matado.

26 de enero

Me encontré en Westminster Hall a *monsieur* Raby, recién llegado de Francia. Me contó que lord Hinchingbrooke y su hermano hacen pocos progresos allí y que están muy abandonados. Creo que tiene la intención de que le nombren su tutor, por lo que no me creo todo lo que dice al respecto. Tuvimos una estupenda conversación sobre las últimas diferencias entre el rey de Francia y el Papa en la que me dio muchos detalles, y también, a petición mía, sobre los principales asuntos de Francia. Dice que el Rey es un magnífico gobernante, pues lo hace todo él mismo. Es cierto que tiene una amante, *mademoiselle* La Valiere, del cortejo de la princesa Henriette, a la que corteja de vez en cuando, pero no tanto como para descuidar los asuntos públicos. Se comporta con nobleza con los familiares del difunto cardenal [Mazarino] y no tolera que se publique una sola sátira en su contra. Sigue las instrucciones que recibió de él antes de morir. Después de comer resuelvo el asunto del avituallamiento de Tánger con el señor Gauden, pues observo que

soy el único que entiende del tema. De allí en coche al Comité de Tánger a tratar de los preparativos para que lord Rutherford parta a mediados del próximo mes de marzo. Luego a casa en coche, algo entristecido, sobrecargado de trabajo y temeroso de haber perjudicado en algo al señor Coventry; quizá haya notado que últimamente no gestiono mi trabajo como solía, lo que reconozco. Puede que sean imaginaciones mías, pero no muestra tanto interés en mí. Creo que *sir* W. Batten le ha hecho pensar que alardeo demasiado de contar con su amistad, y es por eso que de cara a él se muestra un poco más frío conmigo. Intentaré con esfuerzo recuperar su cordialidad.

28 de enero

Voy a ver a lord Sandwich, que hoy ya se encuentra bien y estaba jugando a los dados (observo así cómo el tiempo y el ejemplo cambian a la gente: ahora está familiarizado con toda clase de placeres y vanidades, mientras que antes ni pensaba en ellos, ni los deseaba, ni los permitía) con Ned Pickering y su paje Laúd. Luego al Temple a ver a mi primo Roger Pepys. De allí a Wotton, el zapatero, al que compré un par de botas nuevas porque las últimas no me vienen bien; estuve con él y su esposa, una bella mujer, bebiendo un rato, pues abrieron una botella de sidra para mí. Después a casa, donde llegó mi esposa a punto de llorar: mientras regresaba a casa en coche, trayendo una prenda nueva de popelina, un hombre le preguntó en Cheapside si ese camino llevaba a la Torre; mientras ella le respondía, un segundo hombre le arrebató, por el otro lado, el paquete de su regazo y no pudieron recuperarlo, porque se fue corriendo. Me pone muy furioso, pero no se puede hacer nada.

29 de enero

Estuve en la cama reprendiendo a mi esposa; luego, de mejor humor, le permití que encargara una prenda nueva por la que perdió ayer.

30 de enero, día solemne de ayuno por el asesinato del Rey

Nos obligaron a respetarlo más de lo que hubiéramos deseado, pues nos olvidamos de comprar alimentos para la casa. En mi oficina hice mis cuentas del mes: para mi disgusto no paso de seiscientas cuarenta libras, pero es debido a los muchos gastos que he tenido. Ruego a Dios que el próximo mes sea un poco mejor. Por la noche me traen a casa mi manuscrito elegantemente

encuadernado: creo que ya tengo una colección sobre la Armada mejor que la de todos mis predecesores, y será aún mejor cuando la complete. Cené algo de lo que había, pan, mantequilla y leche, y a la cama.

1 de febrero, día del Señor

Me levanto y a la iglesia; un buen sermón del señor Mills y una buena comida en casa con mi esposa, contento de ver lo bien arreglado que está todo. Por eso me dolió pensar en la marcha de Jane, que se ha convertido en una muy buena cocinera. Después de la cena, las oraciones, y luego con mi esposa y Jane: le dije a esta lo que pensaba que le pasaría, y que después de tanto tiempo siendo nuestra criada se había portado de tal forma que nos había hecho desear que se fuera. Hoy Creed y yo, mientras paseábamos por el jardín de Whitehall, vimos al Rey regresando a escondidas de donde *lady* Castlemaine, lo que me parece penoso viniendo de un monarca; le expresé esa opinión a Creed en términos en los que no debiera haberlo hecho, pero creo que es de confianza en ese sentido.

2 de febrero

Arriba, y después de pagarle su salario a Jane me marché, pues casi no podía evitar llorar; ella lloraba, diciendo que si se iba no era por su culpa, y desde luego no es fácil decir por qué es, excepto que lo hace porque no desea quedarse.

4 de febrero

En pie temprano para ver al señor Moore, de allí al señor Lovell por mis asuntos legales y al Colegio de San Pablo, pues hoy es día de exposiciones. Oí algunos de los discursos y eran como los de los escolares, de las siete ciencias liberales, pero creo que no tan buenos como los de nuestra época. De allí al *Court of Arches*[8], donde preside un juez rodeado de ayudantes con sus ropajes y sus escritos, todos en latín. Me hicieron jurar que respondería la verdad respecto a la acusación de mi tío, pagué la tarifa por el juramento y regresé al Colegio de San Pablo a escuchar las preguntas que se les hacían en latín, griego y hebreo: creo que en nada respondían tan bien como nosotros, excepto en geografía; les examinaban los doctores Wilkins y Outram. Luego bajé al Colegio y el doctor Cromleholme me honró contándoles a todos el

obsequio que yo había hecho, mostrando mi Stephanus en cuatro volúmenes, que me costó cuatro libras y diez chelines. También nos enseñó, a petición mía, una vieja edición de la gramática de Colet[9], con una preciosa epístola a los niños; al recitar el Credo se dice «nacido de la pura Virgen María». Después con el señor Elborough (el único de mis viejos conocidos con el que me encontré) a comer, pero sigue siendo tan tonto o más. En casa encontré a nuestra nueva doncella, Mary, que viene a sustituir a Jane.

5 de febrero

Me levanto y a la oficina, donde estuve trabajando toda la mañana, y luego a casa a comer. Encontré la comida tan bien hecha, tan por encima de lo que yo esperaba de mi criada Susan, ahora que Jane se ha ido, que la llamé y le regalé seis peniques. De allí caminé hasta el Temple, donde estaba citado con mi tío Thomas y su hijo Thomas y les expuse la verdadera situación de las propiedades de mi tío, tal como las ha dejado, con deudas y otros temas pendientes; tuvimos una conversación calmada con ofertas serias para llegar a un acuerdo por ambas partes. Aunque lo que yo ofrezco supone perder el beneficio de todas las propiedades durante ocho o diez años seguidos, me alegraré si podemos terminar este asunto en paz y así tener la cabeza un poco tranquila. Les di una copia y tenemos que encontrarnos mañana con su respuesta.

6 de febrero

Fui a Lincoln's Inn Fields y, como era muy temprano para comer, estuve mirando por fuera el nuevo teatro que están construyendo en Covent Garden, que será muy bueno. Luego a un librero en el Strand, donde compré otra vez *Hudibras*: como me desconcierta estar tan en contra de algo que todo el mundo considera un ejemplo de ingenio, he decidido leerla de nuevo, para ver si se lo encuentro o no. Después de comer, al Temple a ver a mi primo Roger; vinieron también mi tío Thomas y su hijo. Tras muchísimas exigencias llegamos a una especie de acuerdo en condiciones muy duras que vamos a preparar para poner por escrito el martes próximo. Les prometí también abonar un dinero a mi prima Mary cuando se casara; luego me dijeron que ya estaba casada, y muy bien, por lo que en un plazo corto tendré que pagar. Mi primo Roger estaba tan emocionado por que hubiéramos llegado a un acuerdo que no pudo evitar llorar. Desde luego, aunque las condiciones son muy

duras, estoy contento de corazón de que nuestros problemas hayan terminado. Así nos separamos por esta noche.

8 de febrero, día del Señor

Fui con el señor Creed a la casa de comidas de la Cabeza del Rey, donde almorzamos bien. Allí nos pusimos a hablar con sir Thomas Willis y otro desconocido que dijeron cosas sobre los errores y corrupciones de la Armada y los grandes gastos que suponía, sin saber quién era yo, hasta que el final me propuse refutar sus comentarios y sacarles de ciertos errores. Lo tomaron muy bien y espero que sirva para algo, pues son parlamentarios. Luego fuimos con el capitán Ferrers al parque a pasear y a ver patinar. Ferrers contó varias historias de la Corte: hace cosa de un mes, durante un baile, una dama perdió un bebé mientras bailaba. Nadie supo quién había sido y lo envolvieron en un pañuelo. A la mañana siguiente se presentaron bien temprano en la Corte todas las damas de honor para desmentir que fueran ellas, por lo que no se pudo saber a quién le había ocurrido la desgracia. Sin embargo, la señorita Wells enfermó esa misma tarde y desde entonces ha desaparecido, por lo que han supuesto que fue ella. La otra historia es de hace pocos días. *Lady* Castlemaine invitó a la señorita Stewart y por la noche propuso en plan de chanza que ambas debían casarse: se casaron, con anillo y todos los demás ritos de la ceremonia religiosa, pero al parecer, al final *lady* Castlemaine, que hacía de novio, se salió de la cama y fue sustituida por el Rey. Dicen que es completamente cierto. También cuenta el capitán Ferrers que él mismo y W. Howe han visto varias veces por la ventana de la habitación de *lady* Castlemaine cómo ella se iba a la cama estando *sir* Charles Berkeley en la habitación. No sé si es por el frío o el viento, pero llevo dos días con muchos picores por todo el cuerpo. Pensé que habría sido un piojo o dos, pero esta tarde se extendió la hinchazón. Tengo la cara roja, hinchada y con granos. Así, como me sentía mal y además me daba vergüenza ser visto con esta cara, me despedí y volví a casa a toda prisa. En cuanto llegué, a la cama; pasé muy mala noche, con mucho dolor de estómago y fiebre.

9 de febrero

No me pude levantar para ir a ver al Duque. El boticario me ha recomendado que sude abundantemente, pues eso se llevará toda la sustancia. La propia naturaleza se encarga de expulsarla, pero hay que ayudarla. Debe

tratarse de una enfermedad en la sangre, pero no sé a qué se debe, como no sea la gran cantidad de pepinillos de Danzing que he comido recientemente.

10 de febrero

Por la mañana casi todo había pasado, me refiero al picor y los granos. Me visitaron el señor Coventry y otros y me alegra ver que preguntan por mí y que mi enfermedad ha tenido tanta repercusión. Guardé cama todo el día y por la noche sudé mucho de nuevo, por lo que espero estar bien mañana. Por la noche vino *sir* W. Warren, dejó en la puerta una caja y una carta para mí y se marchó. En la carta dice que me regala unos guantes, y otros a mi esposa. Sin embargo, cuando abro la caja encuentro un par de guantes blancos de mi talla y además una majestuosa fuente de plata y una copa con mi escudo de armas grabado. Creo que ambas cosas deben valer unas dieciocho libras. Un regalo muy lujoso, el mejor que jamás he recibido.

11 de febrero

Mejoré mucho por la mañana y me levanté por la tarde. Había pollo y comí con voracidad, pues desde el domingo no había tomado nada excepto gachas y un ponche de leche y licor. Tengo que decir que nuestra nueva criada, Mary, ha actuado perfectamente, muy dispuesta y discreta al servirme, de lo que me alegro. Por la tarde vino mucha gente a verme, mi tío Thomas, el señor Creed y *sir* J. Mennes (Dios sabe con qué fin ha estado tan atento y amable conmigo durante mi enfermedad). Por la noche mi esposa me leyó sir *H. Vane's Trial*[10], que empezó la noche anterior. Me parece excelente, muy digno de leerse, y pienso que era un hombre muy sabio.

18 de febrero

Me levanto y mi esposa se queda en la cama, enferma como anoche. A mi oficina toda la mañana, cuadrando con el capitán Cocke sus cuentas de quinientas toneladas de cáñamo traído desde Riga que él y unos socios han comprado a cuenta. A mediodía, a comer con el señor Hayter; por la tarde los dos solos terminando las cuentas de los gastos extra de la Armada que no le corresponden en propiedad a esta desde que vino el Rey en la Navidad pasada. Cuando todos los extras han sido eliminados, resulta que la deuda real de la Armada hasta ese momento ha seguido un ritmo de trescientas setenta y

cuatro mil setecientas cuarenta y tres libras anuales. Terminé a las once de la noche y me fui a casa bastante cansado.

19 de febrero

En pie y a mi oficina, con muchísimo trabajo. Comí junto a la cama con mi esposa, que no se encuentra bien todavía. Estuvimos a punto de reñir cuando hablé de retrasar la llegada de [la señorita] Ashwell, pues piensa que yo tengo en mente traer a Pall, cosa que no es cierta, aunque me gustaría que ella lo mereciera. Luego en la oficina hasta las doce de la noche haciendo copias de los gastos de la Armada, una de ellas para enviar mañana temprano al señor Coventry. Después a casa y a la cama, cansado, somnoliento y con los ojos empezando a fallarme por haber estado tanto tiempo mirando el papel blanco a la luz de la vela. Hoy leí el discurso al Parlamento que ayer hizo el Rey, que es muy corto y no demasiado amable. Solo les comunica su deseo de ser indulgente con ciertas conciencias delicadas, no de ceder a cualquier mezcla que rompa la uniformidad y la disciplina de la Iglesia. Dice lo mismo sobre los papistas, aunque se declara en contra de que sean admitidos en cualquier cargo o posición de confianza en el reino; sin embargo Dios sabe que muchos los están disfrutando.

20 de febrero

Arriba, y por el río a Deptford con el comisionado Pett; allí inspeccionamos el astillero, y estoy muy contento con la nueva forma de registrar las tareas, que es de mi invención.

23 de febrero

En casa me encontré al señor Creed con mi esposa y comió con nosotros. Tenía una nota que había dejado el señor Clerke durante mi ausencia en la que indica que estoy libre, y que ha detenido todas las acciones en los tribunales[11]. Me alegré mucho e inmediatamente se me ocurrió hacer algo placentero para regocijo de mi corazón, así que decidí llevar a mi esposa a una obra en la Corte esta noche, teniendo en cuenta además que es mi cumpleaños: cumplo treinta, por lo que Dios sea alabado. Mientras mi esposa se vestía, Creed y yo salimos a ver qué obra ponían, y es *The Slighted Maid*[12]. Al rato cogimos un coche y al Teatro del Duque; la obra, aunque

hay poco bueno en ella, estuvo bien representada. Me gustó mucho ver a la chica pequeña bailar vestida de chico, pues tenía buenas piernas, solo que con las pantorrillas bastante redondas, como observo que les pasa a todas las mujeres. Después fuimos en coche a la Corte y cogimos buenos sitios en el Teatro del Rey para ver *The Wild Gallant*[13], muy mal representada, de lo más pobre que vi en mi vida y tan poco en relación con su nombre que de principio a fin no pude, ni puedo todavía, decir con seguridad quién es el desenfrenado galán. El Rey no parecía nada contento durante toda la obra, ni ninguna otra persona, aunque el señor Clerke la alabó. Al terminar cogimos un coche y llegamos a casa cerca de las doce. Del mismo modo que no estaba satisfecho con las obras que había visto, tampoco lo estuve mientras las veía, de pensar en el gasto de tanto dinero y en la ruptura de mis votos, por lo que me siento apenado. Bendigo a Dios, aunque mi naturaleza me pediría seguir con los placeres. Sin embargo, pagué mi sanción al instante. Me contaron hoy que el Rey le ha dado a *lady* Castlemaine todos los regalos de Navidad que a él le hicieron los nobles, lo que es algo terrible, y que en el gran baile ella tenía más joyas que la Reina y la Duquesa juntas.

25 de febrero

Me dicen que, en el Parlamento, los Comunes se han mostrado enérgicamente a favor de la Ley de Uniformidad, y que no tolerarán a los papistas (lo que intenta el partido de la Corte) ni a los presbiterianos.

26 de febrero

La gran noticia es la diferencia en la votación de ayer respecto a la indulgencia con los papistas y los presbiterianos: los que estaban en contra eran doscientos, frente a treinta a favor. Es curioso pensar que el Rey querría figurar como un rígido protestante e hijo de la Iglesia, y sin embargo desea al mismo tiempo mostrarse partidario de dar libertad a esa gente por la promesa que hizo en Breda. La gente, sin embargo, no cree cierto que quiera dársela.

27 de febrero

Sobre las once fui con el comisionado Pett al Salón de Cirujanos (donde habíamos sido invitados). Nos llevaron a la sala de operaciones, donde al rato aparece el conferenciante, el doctor Tearne, de una forma muy elegante.

Cuando todos se colocaron empezó la conferencia, que era la segunda sobre el riñón, el uréter y el pene, muy interesante; al terminar su intervención pasamos al Salón, repleto de gente. La cena fue excelente y la compañía muy erudita, muchos de ellos médicos, que nos trataron con gran respeto. Entre otras cosas dignas de reseñar, brindamos por la salud del Rey en unas copas que el rey Enrique VIII regaló a esta sociedad, con campanillas colgando que cada uno debe agitar cuando ha terminado de beber. También hay un excelente cuadro del Rey hecho por Holbein colgado en el Salón. Después de la comida el doctor Scarborough llevó a sus amigos a ver un cuerpo, y fui con ellos: era un tipo saludable, un marinero colgado por robo. Lo toqué con la mano: estaba frío y el aspecto era muy desagradable. Parece que era un tal Dillon, de muy buena familia, colgado con una soga hecha de seda (preparada por él mismo), no tanto por honor[14], sino porque parece que, como es suave y lisa, se desliza mejor y mata, es decir, estrangula, al instante, mientras que la soga rígida no aprieta tanto y el ejecutado puede estar más tiempo vivo. Sin embargo, todos los doctores estaban de acuerdo en que no se sufre con el ahorcamiento, porque se para la circulación de la sangre y eso detiene todos los sentidos y el movimiento al instante. Luego fuimos a un reservado, donde veo que preparan los cuerpos y donde estaban el riñón, los uréteres y el pene que utilizaron hoy en la conferencia. A petición mía, el doctor Scarborough mostró con toda claridad cómo es la enfermedad de los cálculos renales, cómo se corta y otras cosas que se me ocurrieron; cómo es el semen, cómo llega al pene, cómo llega el agua a la vejiga, a través de tres capas, justo como el pobre doctor Jolliffe me había contado. De allí, muy satisfecho, volvimos al grupo, donde escuché una buena charla, y luego a la conferencia de la tarde sobre el corazón, los pulmones, etc. Después a hablar de un asunto a casa de *sir* W. Batten, donde me encuentro a *sir* J. Mennes completamente alterado. Me llevó a un lado y me contó que estando hoy con el lord Canciller, este le dijo que, dada la imposibilidad de que la tarea del Controlador sea desarrollada por una sola persona, habrá una especie de adjunto a él, y eso le vuelve loco de furia. Jura que abandonará su cargo y con gran crueldad le echa la culpa a *sir* W. Penn. Intenté animarle lo que pude, pero me agradaba profundamente oírle hablar así contra él, por lo que veo con claridad que no es probable que sean amigos. Por mi parte, espero que, cuando todo esto acabe, yo siga con mis asuntos y eso me proteja contra sus envidias.

3 de marzo, martes de Carnaval

Con el comisionado Pett a Whitehall, a contarle al señor Coventry lo que hicimos ayer. De allí yo solo a la oficina del Sello Privado a por una copia del nombramiento de *sir* W. Penn como Controlador Ayudante de *sir* J. Mennes; aunque no suponga gran cosa tengo intención de agitar a *sir* J. Mennes para que oponga, solo para molestar a *sir* W. Penn. De allí por el río a casa; a mediodía, como habían prometido, vinieron a comer la señora Turner y su hija, la señora Morrice y Roger Pepys. Estuvimos todo lo bien que pudimos, pues la comida que teníamos era mala, pero así es mejor, porque a final de mes tengo prevista otra. La señorita The[ophila] me enseñó mi nombre escrito en su pecho, como su Valentín, lo que me va a costar veinte chelines. Cuando terminamos los bajé a la bodega y les abrí un clarete. Al anochecer nos despedimos, me pasé un rato en la oficina y luego a casa a cenar y a la cama. Esta tarde Roger Pepys me aseguró que el Rey está indignado por la oposición del Parlamento a la Ley de Indulgencia, lo lamento, y temo que provocará descontento.

9 de marzo

Cerca del mediodía *sir* J. Robinson, lord Alcalde, se presentó en la oficina y me invitó a comer (y a *sir* W. Penn, que pasaba por allí): un gran almuerzo de Cuaresma con pescado y poca carne. Comió con nosotros el señor Slingsby, de la fábrica de la Moneda, que nos enseñó las piezas nuevas de oro y plata (muestras de todas) que se han hecho para el Rey siguiendo la técnica de Blondeau, y las comparé con las que se hicieron para Oliver. Los dibujos de este fueron hechos por Symons, y los del Rey, por un tal Roettier, creo que alemán, que también almorzó con nosotros. Considera los de Roettier superiores, y yo también lo creo, porque son más suaves, pero pienso que los del Protector tienen más parecido que los del Rey, aunque ambos son dignos de ver. Las coronas de Cromwell se venden, según parece, a veinticinco o treinta chelines la pieza.

20 de marzo

Arriba, y a mi oficina toda la mañana; a veces es un gran placer estar haciendo mi trabajo. Cerca del mediodía vino *sir* J. Mennes y estuvo media hora en mi despacho hablando de su asunto con *sir* W. Penn. Me gusta oír estas cosas, para que se descubra lo rufián que es.

22 de marzo

Después de comer viene mi tío Thomas. En la conversación me dice que mi tío Wight piensa que no voy nunca a verles, y tienen razón, pero me he dado cuenta de que han estado muy de parte de mi tío Thomas y en contra de nosotros. Trabajé hasta tarde, y al volver a casa veo que Mary Ashwell ya se ha instalado con nosotros; espero que salga bien y ruego a Dios que nos agrade, aunque me cueste dinero. Luego a cenar y a la cama. Por su conversación y comportamiento esta noche observo que no es orgullosa y que hace lo que se le manda, pero como no ha salido mucho no sabe cómo mostrar respeto a su señora, pues está acostumbrada solo a niños pequeños.

25 de marzo

Esta noche vino el capitán Grove por lo del contrato de barcos para Tánger. Le dejé caer que deseaba obtener algún beneficio legal de ese asunto: me promete que me dirá lo que va a sacar él y que me dará una parte; sin requerir nada, consentí en silencio. Voy a sacar dinero de aquí. Hoy era día de limpieza y como nuestra criada Susan está enferma, o eso debemos pensar, la casa estaba tan en desorden que no pudimos sentirnos cómodos. Mi esposa está preocupada porque no tiene una buena cocinera y yo no podré tener mi comida en conmemoración de mi operación, que haré en uno o dos días.

26 de marzo

Hoy hace cinco años desde que quiso Dios que me quitaran la piedra, y a Dios bendigo por estar tan bien en todos los sentidos. Solo de vez en cuando tengo algún dolor cuando cojo frío, pero por lo demás siempre con buena salud. Esta mañana vino vina nueva cocinera a cuatro libras al año, la primera vez que pago tanto, pero esperamos que no se pierda nada por ello. Cuando se hizo la hora de la comida estaba todo muy bien preparado para mi gusto, lo que me agrada. Esta mañana vino mi tío Thomas, según nuestro acuerdo, a que le pagara las cincuenta libras; al desprenderme de ellas me dolía el corazón, aunque tengo que resignarme. Le traté con mucha amabilidad y quiero seguir así, sin enfado alguno en lo referente a las propiedades, para atender mejor mi trabajo. Mi criada Susan se marchó hoy y le di algo para que se aloje y coma en otro lugar, pues tengo que hacer sitio a la nueva sirvienta.

27 de marzo

A mediodía a la Lonja, donde estaba citado con mis tíos Thomas y Wight; les llevé a una taberna y le pagué a mi tío Wight tres piezas de oro por él, por mi tía y por el hijo que se les murió, otorgadas por mi tío Robert. Finalmente creo que hemos quedado todos como amigos, aunque es a mí a quien le toca lo peor: pagar tanto.

3 de abril

El doctor Creighton, el escocés, hizo un sermón verdaderamente admirable, bueno, honrado, erudito y muy riguroso, aunque cómico. Atacó con mucha dureza a John Calvin y a su prole, los presbiterianos, y también a (por usar el término actual) las «conciencias delicadas». Destrozó las prédicas de Hugh Peters (a quien llamó execrable ladrón) y su llamamiento a las doncellas de la ciudad pidiéndoles su aguja y su dedal[15]. Al salir hacia Whitehall me encontré con el capitán Grove, que me entregó una carta suya dirigida a mí. Me di cuenta de que había dinero dentro y la cogí, sabiendo, como luego resultó, que procede de los barcos para Tánger. Sin embargo no la abrí hasta llegar a mi oficina; allí no miré dentro de la carta hasta que el dinero hubo caído, para poder decir que no vi ningún dinero dentro si alguna vez me interrogan al respecto. Había una pieza de oro y cuatro libras en plata. Luego a casa a comer con mi padre y mi esposa y después un rato con el triángulo, así pude comprobar que Ashwell tiene una formación musical muy buena, mejor de la que esperaba, y que es capaz de aprender una pieza con muy poco esfuerzo, lo que me alegra. De allí al Comité de Tánger, donde estamos en una situación difícil: la asignación es de solo setenta mil libras al año, y mantener las fuerzas allí supone cincuenta y tres mil libras. Los gastos del dique para este año ascienden a trece mil libras, y además hay que pagarle mil de pensión a lord Peterborough, junto a las fortificaciones y contingencias. Todo esto nos pone en aprietos que no podemos resolver, por lo que levantamos la sesión. Después a ver a lord Sandwich, al que encontré muy animado jugando a las cartas. En la Corte hay malas noticias de Irlanda por una insurrección de católicos que ha causado alarma. También oigo en Londres que se ha confirmado un embargo a todos nuestros barcos en España por la actuación de lord Windsor en Cuba, aunque supone bien poco, pues su única intención era poder decir al regresar que había hecho algo.

4 de abril

Vienen a comer Roger Pepys, la señora Turner, su hija, Joyce Norton, una joven dama hija del coronel Cocke, mi tío Wight y su esposa y la señorita Anne Wight. Es mi celebración, que tenía que haber hecho hace unos días, por mi operación de la piedra, por lo que me haga Dios en verdad agradecido. Después de comer, a Hyde Park. Allí estaba el Rey y, en otro coche, *lady* Castlemaine, saludándose a cada vuelta. Permanecimos allí cerca de una hora y al regresar todo estaba tan limpio como si no hubiera pasado nada en la casa en todo el día, por lo que cada uno de nosotros le dio doce peniques a la cocinera.

5 de abril, día del Señor

Hasta que llegó el barbero pasé la mañana leyendo parte del *Advice to his Son* de Osborne (nunca dejaré de admirarlo, tanto por su lenguaje como por sus ideas). Al terminar de recortarme, a la iglesia con mi esposa, Ashwell, etc.; luego a casa a comer, lloviendo. Mientras se preparaba la comida, a mi oficina a repasar mis votos muy animado y con buena intención.

14 de abril

Trabajando hasta las ocho, en que nos fuimos *sir* W. Batten, *sir* J. Mennes, *sir* W. Penn y yo en gabarra hasta Woolwich, a ver cómo botan el *Royal James*, que ha estado mucho tiempo de reparaciones. Estuvimos en el astillero hasta cerca del mediodía y después nos fuimos a comer un pescado que llevamos donde del señor Falconer; cuando estábamos a punto de sentamos a la mesa dijeron que el Rey y el Duque acababan de llegar, así que se marcharon todos a dejarse ver mientras yo me quedé y me tomé un par de platos de pescado. Ya estaba decidido a volver a casa cuando regresaron: habían ido para bien poco, pues parece que el Rey apenas les hizo caso. Paseé hasta Greenwich estudiando la regla para medir madera, que es muy buena[16]. Luego a la oficina, después a casa a cenar con mi padre, y a la cama. *Sir* G. Carteret me ha contado esta noche que es probable que el Parlamento ponga muchas pegas para concederle algún dinero al Rey: lo cuestionarán todo, y sobre lodo los gastos de la Armada; preguntarán por los gastos del Rey en todos los conceptos, y si es cierto que la gente tiene que estar vendiendo pagarés de la Armada con un quince por ciento de pérdida.

Parece que tienen una actitud muy irritada y mezquina, y no se espera que mejoren.

16 de abril

Arriba temprano y a la oficina. Me reúno para aprobar las cuentas del señor Pitt por el último viaje al Estrecho: las peticiones son completamente irregulares y no me atrevo a oponerme yo solo para no ganarme un enemigo sin lograr nada, excepto provocar una revisión de lord Sandwich. Sin embargo, sabe Dios que me duele profundamente ver esto, y ver al Controlador, cuyo trabajo es ese, no prestarle más atención a estas cosas.

17 de abril

Arriba a las cinco, como llevo haciendo un tiempo, y a mi oficina toda la mañana. A mediodía a comer a casa, mi padre con nosotros. Como hoy es Viernes Santo, la comida consistió únicamente en torrijas y pescado: la única vez que hemos tenido un almuerzo de Cuaresma en todo este tiempo. Esta mañana el señor Hunt, el fabricante de instrumentos, me trajo una viola por si la quería, pero no me gusta mucho y además tengo dudas sobre si comprar una o no, por si trastoca mi actitud actual de dedicación al trabajo. Después de comer fui al Patio de San Pablo para que cambien la portada de mi edición en inglés de *Mare Clausum* y le pongan una nueva con una dedicatoria al Rey, porque me da vergüenza que vean la otra, dedicada a la República.

18 de abril

Arriba temprano y a mi oficina, donde estoy toda la mañana. A mediodía viene a comer el señor Creed, que ha estado muy atareado terminando sus cuentas, muy descontento por tener que vérselas con un puñado de tontos que después de haber firmado las cuentas que él les ha presentado y emitido pagarés por las mismas, son incapaces de declarar su conformidad con valentía ante el Tesorero. Después estuvimos hablando en el jardín sobre la mala gestión de nuestra oficina, que Dios sabe que perjudica a nuestro Rey. Me gustaría poder mejorarla. Por la noche a mi despacho, y luego a casa a cenar y a la cama.

20 de abril

Arriba temprano, como suelo hacer, y empiezo en mi habitación a repasar las cuentas de mi padre, que ha traído del campo a petición mía para saber lo que ha cobrado y gastado. Observo que no es nada derrochador, y sin embargo supera tanto sus ingresos que debe pensar en reducir gastos o me veré forzado a destinar parte de mi dinero a ayudarle, lo que estoy dispuesto a hacer hasta un máximo de veinte libras. Con *sir* G. Carteret y *sir* John Mennes en coche a casa del lord Tesorero, con la idea de hablarle sobre cómo conseguir dinero para pagar los astilleros, pero le encontramos jugando a las cartas con unas damas y, como parece mal momento, nos vamos. Después de pasear con mi esposa por el jardín hasta tarde, a cenar y a la cama, algo molesto por la demasiado ansiosa petición de Ashwell de ir a ver a unas antiguas amistades en una escuela de baile el próximo viernes, así que estoy decidido a que no vaya. Hoy se casó el duque de Monmouth en Whitehall, en la cámara del Rey. Esta noche hay una gran cena y baile en sus aposentos, cerca de Charing Cross. Observé su escudo en la trasera del coche: tiene los escudos de Inglaterra, Escocia y Francia acuartelados con otros campos, pero no sé dónde dice que es un bastardo.

25 de abril

Por la noche en casa, y después de cenar (mi padre en casa de mi hermano), practicando alegremente el baile, que mi esposa ha empezado hoy a aprender con el señor Pembleton. Dudo que avance mucho porque está demasiado confiada en que ya lo hace bien, aunque a mí no me lo parece. Luego a la cama. Hoy compré en Westminster Hall un libro reciente, impreso y autorizado por el doctor Stradling, capellán del obispo de Londres, que revela las prácticas y planes de los papistas y los temores de algunos de los padres de la Iglesia protestante respecto al regreso del papismo, como si lo predijera. El libro es muy bueno, pero como menciona a uno de los confesores de la Reina Madre, el obispo (que molesta a tantas buenas personas y miembros del Parlamento) lo ha reclamado, y lo lamento. También compré una recopilación de manifestaciones de grandes predicadores presbiterianos en momentos importantes de los últimos tiempos contra el Rey y los suyos. Son buena lectura porque así puede verse lo que decían antes y lo que la gente creía, y lo que quieren hacer creer ahora. Finalmente, he oído que la Reina

está muy dolida por el abandono en que la tiene el Rey, que no ha cenado con ella ni una sola vez este trimestre, pues pasa casi todas las noches con *lady* Castlemaine; esta estuvo con el Rey durante la celebración de San Jorge en Windsor y volvió a casa con él anoche. Es más, ha trasladado su cama a una habitación en Whitehall, junto a la del Rey, cosa que lamento oír, aunque la quiero mucho.

26 de abril, día del Señor

Toda la tarde haciendo mis cuentas y descubro que tengo unas setecientas libras, por lo que bendigo a Dios, siendo lo máximo que nunca he tenido en efectivo. Por la noche (mi padre se ha ido a dormir a casa de mi hermano) con mi esposa, Ashwell, el chico y el perro por el río, y luego paseando hasta la Casa de Mitad del Camino, donde cenamos. Ashwell nos fue contando papeles de sus obras de máscaras en el colegio de Chelsea, muy bonitos. Observo que tiene una memoria prodigiosa, recordando todo lo que interpretó hace seis o siete años. Después a casa, y, tras leer mis votos, con sueño a la cama sin rezar, por lo que Dios me perdone.

27 de abril

En pie temprano y a la oficina, donde trabajo solo hasta que viene gente a verme. Will Griffin me cuenta esta mañana que el capitán Browne, cuñado de *sir* W. Batten, ha muerto de un golpe que le dio hace dos días un marinero sirviente suyo que estaba borracho: le golpeó con una piedra en la frente, y lo siento, pues era un buen hombre y deja una buena mujer y varios hijos pequeños. Al regresar a casa resulta que Mary ha dejado a mi mujer, pues es demasiado orgullosa para ella, aunque buena criada. Mi chico se irá en pocos días, porque no es bueno para mi familia, ya que está descontrolado y es imposible de dominar; él mismo desea marcharse, aun en contra del consejo de su hermana, y lo lamento porque le tengo afecto y me gustaría conducirle al bien. En casa con mi esposa y Ashwell; hablamos de si se va a ir al campo este año y estamos a punto de reñir, porque piensa que yo tengo intención de que se vaya, lo que no es cierto; sencillamente, percibo que no es cómodo que se quede aquí porque espera más diversiones de las que puedo ofrecerle, y me temo que he hecho mal dejándole tomar clases de baile. No lo sabía, pero la Reina estuvo en Windsor en la fiesta de San Jorge, y cuando el duque de

Monmouth bailaba con ella sombrero en mano, el Rey se acercó, le besó y le hizo ponerse el sombrero, lo que todo el mundo advirtió.

28 de abril

Arriba temprano y a mi oficina, donde estuve toda la mañana; solo salí para ver a mi esposa y a su maestro de baile en clase: creo que va a aprender mucho. El señor Hunt comió con nosotros; después a la oficina, donde estuvimos reunidos hasta tarde. Luego a mi despacho a preparar las cuentas de milord, dejándolas listas para el pago, y a la cama.

4 de mayo

Me levanté temprano, ordené mis papeles de Brampton y repasé mi vestuario para el verano, apartando algunas cosas para que las arregle mi hermano. Más tarde cogí una barca con la intención de ir a Woolwich, pero al ver que no podría regresar a comer, volví a casa. Pasado un rato, vino el profesor de baile, y como yo estaba presente quiso que yo probara algunos pasos de un corintio, lo que consiguió con ayuda de la inoportunidad de mi esposa: así que me vi obligado a darle diez chelines y convertirme en alumno suyo. La verdad es que me parece muy útil para un caballero y es posible que en ocasiones tenga ocasión de practicarlo. También es cierto que me cuesta mucho y me duele terriblemente; además, debido a mi juramento tendré que dar otra mitad más a los pobres. Nos encontramos al Rey, al que seguimos al parque; allí el señor Coventry habló con él sobre la construcción de un nuevo yate, que el Rey está decidido a pagar de su propio bolsillo y del que ya tiene algún boceto. Cuando terminó la conversación nos fuimos a Whitehall. Allí bajé al jardín con lord Sandwich y, después de hablar largamente de sus asuntos, charlamos sobre la situación en la Corte: aunque no me dijo nada claramente, sospecho que las cosas no van muy bien entre el Rey y el Duque, y la causa es el cariño del Rey por el pequeño Duque [Monmouth]: existe el temor de que le haga su heredero al trono. Esto no me lo dijo milord, sino que lo supongo; también que se están acabando las esperanzas del lord Canciller.

6 de mayo

Arriba temprano y un buen rato en mi oficina. Cerca de mediodía a la Lonja con Creed, donde nos encontramos a *sir* J. Mennes volviendo en su

coche de Westminster: nos cuenta muy acalorado que el Parlamento va a tener un trabajo de locos, pues pretenden declarar inhábiles para todo empleo militar o civil a aquellas personas que hubieran tomado armas contra el Rey en los últimos tiempos, exceptuando a unos pocos. Si esto es así, y espero que no lo sea, se producirá un gran descontento que, me parece, solo tendrá malas consecuencias. Tras la comida en casa, a mi oficina, ocupado hasta la noche. Luego a casa a cenar, y en eso viene el señor Pembleton. Tras la cena subimos a la sala de baile, ensayamos tres o cuatro bailes campestres y después el coranto que empecé con él el otro día; creo que lograré algo en poco tiempo.

9 de mayo

En pie temprano y a mi oficina, donde viene, más pronto de lo normal, el señor Hayter, que quiere hablar conmigo. Me sorprendió lo desasosegado de su rostro, y el pobre empezó a contarme que estando por la Providencia cumpliendo sus ritos [anabaptistas] con unos amigos el pasado domingo, fueron sorprendidos y llevados ante la Ley, aunque luego liberados. Sin embargo, al saber que *sir* W. Batten se ha enterado, pensó que sería mejor contármelo antes de que yo pueda albergar algún prejuicio contra él. Me sorprendió extraordinariamente, y también me preocupó, porque sé que ahora me es casi imposible ocultarlo o mantenerle en su puesto sin peligro para mí. Lo medité todo lo que pude y le di mi mejor consejo, preguntándole si cree que yo puedo estar en condiciones de afirmar que él no volverá a hacerlo mientras siga conmigo: me dijo que prefería que me abstuviese de prometer tal cosa, pues él tampoco podría hacerlo, ya que Dios en Su Providencia haría con él lo que gustase; y respecto a mí, que bendecía a Dios y me agradecía todo el amor y amabilidad que le he dispensado hasta ahora. No pude seguir hablando con él sin derramar lágrimas, y al final le dije que en cuanto pudiera le contaría toda la verdad al señor Coventry, para así evitar que *sir* W. Batten se lo contara a *sir* G. Carteret o al propio señor Coventry antes de hacerlo yo. A mediodía comí en casa muy apenado por el pobre hombre. Después a Westminster, donde estuve en casa del señor Jervas, mi antiguo barbero, probándome dos o tres bisoñés y pelucas. No me apetece, aunque el esfuerzo de llevar el pelo limpio es demasiado grande.

10 de mayo, día del Señor

Me levanto temprano y me pongo el traje de paño negro, con forro blanco asomando por debajo de los pantalones, a la moda. Ya preparado caminé hasta St. James, donde estuve hablando con el señor Coventry. Le conté lo ocurrido con Tom Hayter y parece lamentarlo, aunque me dice que si no se hace público no será necesario despedirle por el momento, pero habrá que advertirle seriamente para el futuro. No obstante, le hablará al duque de ello y le pedirá su opinión. Me despedí de él, volví a St. James y estuve en misa; entre la multitud me vi obligado a arrodillarme. Al terminar, al menú de la casa de comidas de la Cabeza del Rey, e hice llamar al señor Creed para que comiéramos juntos. Allí se hablaba mucho de las noticias de Escocia: al parecer, el obispo de Galloway estaba cercado en su casa por un gran número de mujeres y había estado a punto de ser ultrajado, pero no sé cómo se le protegió; son malas noticias, y se parece a cuando empezaron estos problemas. Después hablamos de lo prácticos que son estos menús, porque uno sabe lo que tiene que pagar. Alguien dijo que entre tantas cosas malas que aprendemos de los franceses, hay dos buenas que deberíamos copiar: una, que no está por debajo de su posición el que un caballero o persona de honor negocie el precio de la comida antes de sentarse a la mesa, y dos, no contratar sirvientes sin certificado de algún amigo o caballero sobre su buen comportamiento y capacidad.

11 de mayo

Nos reunimos en St. James con el duque de York; *sir* G. Carteret y yo tuvimos una gran disputa respecto al valor de las piezas de ocho, tasadas por el señor Creed en cuatro chelines y cinco peniques, y por Pitt, en cuatro chelines y nueve peniques, lo que es más beneficioso para el Rey. Él insistía en que la cifra superior era la correcta, lo que es ejemplo de la ignorancia más ridícula que pueda imaginarse. Sin embargo, se debatirá en la oficina e informaremos al Duque la semana próxima: espero hacerlo con beneficio. Luego al Comité de Tánger, pero no se pudo reunir y me marché a casa después de hablar un rato con el señor Pearse, el cirujano: me cuenta que *lady* Castlemaine tiene aposentos en la Corte, cerca de la cámara del Rey, y que el otro día el doctor Clarke y él diseccionaron dos cuerpos, de un hombre y una mujer, ante el Rey, a quien le agradó mucho.

12 de mayo

Me levanto a las cuatro o las cinco y toda la mañana en la oficina preparando el trabajo para la tarde. Comí en casa y me enfadé un poco con mi esposa porque ahora solo se preocupa del maestro de baile, al que hoy ha hecho llamar dos veces, lo que es una locura. De vuelta a la oficina estuvimos reunidos bastante tiempo, siendo el asunto principal ajustar el valor de las piezas de ocho que discutimos ayer ante el duque de York. Hoy es mi día y todos terminan aceptando lo que dije ayer, de lo que me siento orgulloso. Hasta tarde escribiendo cartas, y luego a casa. Creed me estaba esperando, y después de cenar le invité a quedarse a dormir, así, que se acostó conmigo; conversamos todo el tiempo sobre la estupidez de nuestros dos queridos caballeros [Batten y Penn], de los que me avergüenzo.

14 de mayo

Salí al Temple, estuve arriba y abajo por unos asuntos y me encontré al señor Moore: me dijo que milord vuelve a dedicarse más a su trabajo, de lo que me alegro, y también que el Rey le mandó el otro día a jugar a las cartas con *lady* Castlemaine y perdió cincuenta libras. Lo siento, aunque dice que milord estaría contento en cualquier momento de perder cincuenta libras con tal de que el Rey le mandara jugar a las cartas, lo que no me gusta tanto. Después de la cena, a la cama. Al irme a la cama recibí una carta del señor Coventry pidiéndome que vaya a verle mañana por la mañana, cosa que me preocupó, pues pienso que puede tratarse de malas noticias sobre el asunto de Tom Hayter.

15 de mayo

Arriba temprano. Caminé hasta St. James, y como el señor Coventry estaba en cama salí al parque. Hablé con el encargado del Pell Mell, que lo estaba barriendo. Me dijo qué clase de tierra se mezcla para la pista y me contó que sobre ella se ponía un triturado de conchas de berberecho para hacerla más rápida, aunque cuando el tiempo es seco se hace polvo y mata la pelota. De allí a ver al señor Coventry, que me dijo que quería hablar conmigo de las concesiones de fondos para lord Sandwich y de lo que opina respecto a sus peticiones: según él no era seguro, en una situación como la presente, en la que se cuestionan todos los actos de cualquier persona y en particular los de lord Sandwich, hacer que el duque le otorgue, o lord Sandwich mismo exija, cosas extraordinarias, especialmente si el Rey ha sido

tan generoso con él hasta ahora. Me pidió que hablara de esto con milord, a lo que me comprometo. Después me contó la opinión del Duque respecto a Tom Hayter: que [el Duque] había descubierto que un buen sirviente suyo era anabaptista, y que a menos que volviese a comportarse de forma escandalosa para la oficina, mantendría esa opinión; esto me agrada mucho. A mediodía en coche a casa de lord Crew, pues me entero de que lord Sandwich va a comer allí; le conté la conversación con el señor Coventry y se mostró conforme, aunque pude ver que no satisfecho. Se habla de una ridícula pelea el otro día en casa de lord Oxford por parte de unos invitados. Hubo insultos, golpes y tirones de peluca hasta que lord Monck hizo retirar las espadas y mandó a unos soldados vigilar la casa hasta que terminó la refriega. Este es el grado de locura al que ha llegado la nobleza. Después de la comida fui a ver a *sir* Thomas Crew, que está acostado por unos problemas en la cabeza, vapores y mareos. Estuve hablando con él toda la tarde, sobre todo de la infeliz disposición de las cosas en estos tiempos: el Rey no se ocupa más que de los placeres y desprecia incluso pensar en el trabajo. Me cuenta que *lady* Castlemaine le tiene dominado y que él conoce todos los trucos de Aretino[17] para dar placer, de lo que es bien capaz, pues tiene un gran_. Sin embargo, lo triste de esto es que, como dice el proverbio italiano, *Cazzo dritto non vuol consiglio*. Si cualquiera de los consejeros formales le da su parecer e intenta guiarlo hacia el bien y el honor, la otra parte, los consejeros del placer, lo cogen cuando está con *lady* Castlemaine y le persuaden para que no escuche las recomendaciones de los buenos consejeros. Es extraño oír que lord Ashley, por intermediación de lord Bristol (que se ha acercado a la facción católica por su oposición a los obispos, a los que odia a muerte y critica en público; no que se haya hecho católico, sino que se opone a ellos), haya conseguido tanto favor, hasta el punto que se piensa que le van a hacer lord Tesorero cuando muera o se cese al buen anciano[18]. Me dice que lord Albemarle aguanta todo esto y se mueve entre ellos, y que no perderá la buena opinión y los favores del Rey, aunque le tienen bastante envidia. Tras hablar con franqueza sobre estas y muchas otras cosas, me despedí y marché muy contento a casa, siendo ya casi de noche. En el piso de arriba estaban mi esposa y el maestro de baile solos, y no bailando sino hablando. Tuve unos celos tan cargados de furia que no pude hacer nada, excepto ir a la oficina. Más tarde volví, dispuesto a hacer toda clase de recriminaciones. Sin embargo, me fui a la cama y apenas pude dormir, pues no me atrevía a decir nada: no tuve más remedio que ponerle como excusa a mi esposa que tenía malas noticias del Duque respecto a Tom Hayter. Le he dado demasiadas

oportunidades con ese hombre, que es bastante apuesto y moreno, aunque casado, y solo es locura y sufrimiento lo que atraigo hacia mí al ser tan celoso y consentirle que tome otro mes más de clases. Terminaré con esto tan pronto pueda. Me avergüenza haberme inclinado, como hice, para comprobar si mi esposa llevaba calzones, como suele, pero no he encontrado motivo de sospecha.

16 de mayo

Me levanto muy preocupado y con las dudas de anoche. Merecería que me pegaran por ellas, si no es que he recibido de aquello que temo dar, principalmente porque Dios sabe que no encuentro en mí mismo suficiente honradez, y que ante cada pequeña tentación la engaño, y por tanto no debería esperar un comportamiento más justo por su parte, pero Dios me perdone por mis pecados y mi locura en este asunto. A mi oficina, trabajando toda la mañana, y a casa a comer. Después vino Pembleton y, como no estaba de humor para verle, fingí tener trabajo. Pero ¡Dios mío!, con qué celos daba vueltas por mi habitación, tratando de escuchar si bailaban o no, lo que hacían, aunque más tarde supe que Ashwell estaba con ellos. Volví un rato a mi oficina y, todavía dominado por los celos, fui a casa con ellos y practiqué el final de La Duchesse, que creo que podré hacer bastante bien con poco esfuerzo. Terminamos y se marchó. Mi cabeza está un poco más tranquila y decido hacer lo posible para evitar que pasen estas cosas, pues no tiene sentido preocuparme por lo que ya ha pasado, si ha sucedido también por mi propia locura.

20 de mayo

Arriba y a mi oficina, y cerca de mediodía a casa a ver a mi esposa bailar con Pembleton. Después a Trinity House a comer; cuando regreso, me encuentro allí a Pembleton. Observo que ha comido con mi esposa, pero ella no lo comenta, no sé si a propósito o por miedo a que me enfade, pero me trastorna mucho y no puedo sino irritarme.

21 de mayo

En pie, pero no tan temprano como pretendía ni con la mente tan concentrada en el trabajo como solía antes de todo esto del baile. Sin embargo

me fui a la oficina y allí pasé casi toda la mañana. Regresé a casa, bailé con Pembleton, me arregló el barbero y a comer. Mi esposa y yo nos dijimos cosas fuertes sobre sus bailes, hasta el punto que tuve que marcharme y prometerme no oponerme a ella ni contrariarla en lo que queda de mes, bajo pena de dos chelines y seis peniques cada vez que lo incumpla. Después de comer, a mi oficina hasta tarde y luego a casa. Pembleton estaba allí otra vez; bailamos una danza rural o dos y a cenar y a la cama. Sin embargo, durante la cena mi esposa dijo algo que me hizo enfrentarme a ella, entonces pronunció la palabra «diablo» y me irrité aún más. Entre otras cosas, le dije que no le permitiría usar esa palabra, y me respondió con desprecio. Ahora no sé cómo imponerme a ella cuando está Ashwell o alguien más delante, pues por menos de eso la hubiera golpeado. Temo que voy a perder mi dominio sobre ella, y el darle tantas oportunidades de bailar y divertirse no ayuda nada, pues su cabeza se aleja de sus ocupaciones y encuentra placeres distintos al de agradarme. Cuando acabe su mes de baile, espero que vuelva a lo suyo.

23 de mayo

Me despertó mi mirlo a las cuatro o las cinco, pues canta como nunca oí ninguno; solo que empieza bien muchas tonadas, pero las deja así y no las sigue. Arriba y a la oficina, donde tuve una riña con *sir* J. Mennes en defensa de Will en un asunto en el que el viejo petimetre quería pillarle en falta, pero quedó bien claro que Will tenía razón. Luego a casa de Greatorex, y como vi que *sir* J. Mennes y *sir* W. Penn iban en coche, me fui con ellos a Whitehall; allí el señor Coventry nos contó en la galería alfombrada que el Parlamento les ha pedido a él y a *sir* G. Carteret una relación del dinero necesario para asignar a la Armada con carácter ordinario, que tienen la intención de fijar en doscientas mil libras anuales. Por la galería paseaban algunos de la Compañía de Barbaria y vi un boceto de sus armas en que aparece el Rey, por eso también es llamada Compañía Real[19]. Luego volví por el río a casa de Greatorex, donde me enseñó un barniz que ha inventado y que parece tan bueno como el indio, aunque no funcionó muy bien en mi papel pautado, pues se diluía y no brillaba.

24 de mayo, día del Señor

Habiendo tomado una de las píldoras del doctor Hollier In noche anterior, esta mañana fui un par de veces al retrete y por eso no acudí a la iglesia. Me

quedé en casa repasando los papeles del asunto de Tom Trice. En la comida, mi esposa me dijo que Peg Penn había ido a la iglesia acompañado de una bella dama, y contra mi voluntad decidí ir a verla: era bastante atractiva. Sin embargo, enfrente de nuestra galería divisé a Pembleton y le vi mirar con lascivia a mi esposa. Hice como que no le había visto, y ella igual, pero cuando salíamos pude observar que mi esposa le hacía una reverencia. Esto, junto con sus ganas de ir a la iglesia los dos últimos domingos, tanto por la mañana como por la tarde, me hace sospechar que algo no es normal. Aunque me resisto a pensar en lo peor, estoy inquieto y maldigo la hora en que acepté que diera clases de baile, y todavía más que siguiera con ellas un segundo mes, que es más de lo que pedía, incluso después de ver cómo se portaba con Pembleton. Pero debo tener paciencia y conseguir que se vaya al campo, o al menos poner fin a las clases en cuanto pueda. En casa leímos una o dos de las fábulas del Esopo de Gleba y después a cenar, a las oraciones y a la cama. Esta noche, mi esposa me habló de hacerse ropa para el campo, pero me mostré en contra alegando falta de dinero; Sin embargo me alegro, porque la alejaría de ese tipo y yo tendría libertad para ocuparme de mis asuntos más de lo que he hecho últimamente. Parece que esta mañana Susan, que está alterada desde que imitó mi costumbre de beber y sale dos o tres veces al día a la cervecería sin permiso, se fue hoy a las cinco con la excusa de querer calentarse. Para ello hizo que Griffin se levantara en camisón para dejarla salir, pero luego la esposa de este, enfadada, no la dejó entrar, por lo que se tuvo que marchar como una sucia holgazana. Esta noche también me tomé una píldora.

26 de mayo

Estuve un buen rato en la cama, disfrutando con mi esposa. Después me levanté y fui a mi oficina. Cuando volví a casa me encontré a Pembleton. Por muchas razones, estoy convencido de que hay algo que no es normal entre mi esposa y él, lo que me molesta tanto que incluso ahora casi no sé ni lo que escribo ni lo que hago ni cómo actuar en esto, pues no deseo hablarlo con ella para no provocar una ruptura o una riña, pero tampoco dejarlo pasar por miedo a que siga ofendiéndome y las cosas vayan a peor. Así que mi corazón está muy dolido. Nada puede quitarme el asunto de la cabeza, pues me temo que esta tarde, que ha mandado a todos fuera de casa y sabe que yo estaré en la oficina, se ha citado con él. Así son mis malditos celos, y ruego a Dios no tener razón, pero es un auténtico infierno que espero que Dios me ahorre o

seré muy infeliz. Así que a la oficina, donde estuve trabajando un rato. Pasado un tiempo me fui poniendo nervioso y volví a casa a ver cómo iban las cosas. Allí encontré, como imaginaba, al señor Pembleton con mi esposa, solos en la casa; eso me enloqueció: subí a mi habitación, di un par de vueltas, volví a la oficina y allí me despedí pronto con la excusa de que tenía que ir al Temple, pero regresé a casa y subí a mi habitación, evitando así que tuvieran ocasión de hacer daño en ese momento. Seguí en mi habitación todo el tiempo, muy enfadado, hasta que Pembleton se marchó, hablando en voz alta para que yo lo oyera: decía que no podía quedarse y que no podían bailar porque no estaba la señorita Ashwell con ellos. Dios, mis celos llegaron tan lejos que subí a escondidas a ver si alguna de las camas estaba deshecha, y aunque no descubrí nada estuve toda la noche dando vueltas hasta que subió mi esposa y dijo que quería hablar de un asunto conmigo, pero yo no dije nada, pues dudaba sobre lo que debía hacer. Así que esperé a que se acostaran todos y, ya tarde, lo hice yo también, muy triste.

27 de mayo

Me desperté a las tres por la preocupación y aproveché que fui a orinar para despertarla. Pasadas las cuatro hice como que me levantaba, aunque era solo para ver qué hacía ella: al salir de la cama me cogió de la mano y me preguntó qué era lo que me preocupaba. Tras mucho hablar comencé a reñirla por su indiscreción en el asunto de ayer, pero ella enseguida me contraatacó, sabiendo bien que se trata de mi vieja enfermedad de los celos. Yo lo negué, sin objeto. Después de hablar una hora, a veces irritado y otras amable, descubrí motivos para pensar que se ha tomado más libertades de las apropiadas, pero sin maldad, y tras un rato la acaricié y nos separamos en paz, aunque ella lloraba con tristeza. Me encontré con mi primo Roger Pepys y paseamos un buen rato; me dijo, como secreto que solo me revela a mí, que su hermana Claxton ha decidido dejar de encargarse de su casa de Impington, por lo que ha pensado que debería casarse de nuevo. Le gustaría que yo, con la ayuda de mi tío Wight u otros, le buscara una viuda de entre treinta y cuarenta años, sin hijos y con una cierta fortuna, a la que él responderá con una aportación proporcional a dicha fortuna. Una mujer formal y no de altos vuelos, como dice. Le pregunté por su situación, que nunca ha revelado a nadie: no llega a las ochocientas libras al año; dispone de setecientas ochenta, de las que doscientas son por la muerte de su última esposa e irían destinadas a la nueva unión; el resto, que está en Cambridgeshire, será en su totalidad

para su hijo mayor. Luego a casa, donde mi esposa está de un humor huraño; me dice delante de Ashwell que Pembleton ha ido, pero que no le ha permitido entrar sin estar yo presente. Me avergüenzo, pero lo prefiero. Vuelvo a mi oficina y al rato me avisan de parte de mi esposa de que Pembleton ha vuelto. Yo mando recado de que empiece a bailar, que iré pronto. Me sentía perdido respecto a si debía presentarme ante Pembleton o no, lo que declararía abiertamente mis celos. Al final decidí ir llevándome a Tom Hayter conmigo; nos quedamos un rato en la habitación y aproveché para contarle que el Parlamento está preparando una ley contra las reuniones religiosas ilegales. Después le hice marchar y subí. Bailamos danzas campestres, primero yo solo y luego con mi esposa. Ella le pagó lo de este mes, así que quedamos en paz. Después de bailar le invitamos a cenar y estuve todo lo amable que pude con él para evitar que hablara, aunque percibo, para mi preocupación, que lo sabe todo y puede perjudicarme haciéndolo público. Después de la cena se marchó y nos fuimos a la cama.

29 de mayo

El día de hoy se ha declarado festivo por ser el aniversario de la Coronación del Rey. Estuvimos hasta tarde en la cama y llovió agua y granizo toda la mañana. Más tarde salí con Creed y pasamos por varias iglesias: es sorprendente comprobar el mal humor de la ciudad en estos tiempos, tanto respecto a la religión en general como al Rey, pues en algunas iglesias no había más de diez personas, y solo pobres. Luego a casa a comer y por el río al Teatro Real, pero no hay obra; después al del Duque, a ver *The Slighted Maid*, donde Gosnell hizo estupendamente de Peromena, un gran papel; creo que mejorará y se convertirá en una gran actriz. La obra no es muy buena, pero está bien representada y, en general, los actores y todo lo demás son mejores que en el otro teatro. Tras beber en la cervecería del Gallo, a casa de mi hermano, y de allí a la de mi tío Fenner, pero no estaba ninguno de los dos; volví a casa y por el camino me di un par de vueltas por Fleet Alley para ver a un par de preciosas prostitutas que estaban en una puerta. Dios me perdone, apenas podía resistirme a entrar con ellas, así de tendente al mal es mi naturaleza cuando, como en estos dos días, me dedico de nuevo a los placeres. Vuelvo a casa y a mi oficina, a escribir los dos últimos días del diario, y después a cenar. Viene Creed y tenemos una buena conversación, pero mi cabeza está alborotada por haber malgastado tanto mi tiempo la semana pasada. He de achacarlo a la reciente intranquilidad sobre mi esposa y al

haber ido al teatro estos dos días, por los que he pagado la correspondiente multa; además debo recordar que he agotado todas las veces que puedo ir al teatro en la Corte hasta fin de mes, así que empezaré una nueva cuenta.

30 de mayo

Fui a casa de mi hermano y encontré allí a mi tía James, un alma pobre, religiosa, bien intencionada, buena, que no habla de otra cosa que de Dios Todopoderoso, pero con tal inocencia que resulta agradable. También había un tipo que bendecía todo el tiempo, como si fuera una oración: creo que es un hombre astuto, pero por deseo de mi hermano le di una corona, ya que parecía tener gran necesidad. Por lo visto es pastor de fanáticos y primo de mi pobre tía, quien me dijo que rezó por mí cuando me operaron de la piedra, pero, Dios me perdone, mi cabeza estaba en otra parte. Marché a casa, estuve trabajando toda la mañana y después de comer, hasta la noche, tratando de recuperar el tiempo que he perdido últimamente, aunque espero concentrarme de nuevo en mis asuntos. Después de cenar me lavé los pies, y a la cama.

31 de mayo, día del Señor

Estuve un buen rato en la cama hablando con mi esposa y veo con claridad que su aversión hacia Ashwell (que ha vuelto a crecer en ella) se debe a los celos y al abandono en que la tengo, lo que es cierto. En el futuro trataré de poner remedio a esto. Arriba y a la iglesia, donde creo que vi a Pembleton, pero por la razón que sea no me pareció que mirara a mi esposa, ni ella a él. No obstante, no pude evitar que me molestara su presencia. Esto es una locura imperdonable ahora que ya no viene por mi casa y espero que no exista posibilidad de que tengan ocasión de verse. A casa a comer. Después estuve leyendo la obra *The Adventures of Five Hours*, que, aunque la he visto dos veces, no puedo admirar o comprender lo suficiente, pues tiene el mejor argumento que nunca imaginé y un gran vigor desde el principio hasta el fin. De nuevo a la iglesia tras la comida (mi esposa se encontraba mal por el periodo y no fue): predicaba un escocés y estuve durmiendo casi todo el sermón. Hoy bautizan al nieto de *sir* W. Batten en el campo y han ido *sir* J. Mennes, *sir* W. Batten y *sir* W. Penn. Me sorprende y me sienta mal que el padre no me haya invitado, aunque los conozco a los dos. Quizá no les he mostrado mucha cordialidad (aunque yo pienso que más bien lo contrario) y sea ese el motivo. Al volver a casa hago mis cuentas mensuales: tengo

setecientas veintiséis libras, por lo que Dios sea alabado, aunque tendría casi veinte libras más si hubiera ahorrado en gastos como el baile, compras de mi esposa, el teatro y otras cosas que hice solo para apaciguar mi mente respecto al asunto del profesor de baile, por lo que agradezco a Dios que eso haya terminado y que yo esté tranquilo y centrado de nuevo.

Este mes la gran noticia ha sido el acaloramiento con que el Parlamento está cuestionando las rentas públicas, lo que desagrada a la Corte, y su reticencia a darle dinero al Rey. Sus preguntas sobre la venta de cargos preocupa a muchos de los principales, como lord Canciller y el señor Coventry, lo que lamento. Se dijo que el rey de Francia había sido envenenado, pero resultó ser el sarampión; ya está bien, o probablemente lo estará pronto. Mi estima y reputación en la oficina van creciendo; espero que dedicándome a mi trabajo me mantendré así y ahorraré más dinero, que Dios lo conceda. A cenar, oraciones y a la cama.

1 de junio

De nuevo comienzo a levantarme temprano, a las cuatro, y me termino *The Adventures of Five Hours*, una obra excelente. Luego a mi oficina y a casa de mi hermano, donde comí con los señores Honiwood, Peter y el deán. La comida que nos sirvió mi hermano era muy buena, pero no nos divertimos mucho porque el deán es un hombre de carácter muy débil, aunque buena persona. Después a ver al Duque, pero estaba de caza. Caminé hasta el Teatro Nuevo, que desde que se han ido los hombres del Rey al Teatro Real es usado por los luchadores para sus competiciones. Entré y vi la primera lucha de mi vida: participaban un tal Mathews, que vencía con todas las armas, y un tal Westwicke, que tenía cortes en la cabeza y las piernas, todo lleno de sangre. Se dieron buenos golpes, bastante en serio, hasta que Estwicke [sic] se puso realmente mal. Luchaban a ocho armas, tres asaltos con cada una. Era digno de verse, porque hasta hoy había pensado que todo era farsa. Pero esta, que era por una riña personal, la hicieron bien en serio. Comprobé una de las espadas y, aunque era muy pequeña, no estaba menos afilada que las normales. Es raro ver la cantidad de dinero que se lanza a ambos entre cada asalto, aunque era una chusma salvaje que gritaba tanto que me dolió la cabeza toda la noche. Hoy he oído en la Corte sobre el gran complot que se ha descubierto hace poco en Irlanda entre los presbíteros y otros, con la intención de reclamar el Acuerdo y hacerse con el castillo de Dublín y otros lugares. Engañaron a parte del ejército prometiéndoles dinero fresco. Se dice que

algunos de los que están allí en el Parlamento son culpables y se les ha desposeído: han detenido a varios, entre otros un hijo de Scott[20], que fue ejecutado aquí por el asesinato del Rey. No sé los motivos del Rey, pero tiene dudas respecto a Escocia y esta tarde, cuando yo estaba allí, se convocó un Consejo Extraordinario.

3 de junio

Después de hablar con *sir* W. Batten, toda la mañana en la oficina leyendo el Reglamento, consultando entre otras cosas lo referente a la venta de puestos de trabajo, que tiene muy preocupado al señor Coventry. Aunque me dice que el Reglamento no le afecta, me temo mucho que sí. Volví a casa y, Dios me perdone, sospeché que el muchacho había ido a ver a Pembleton, porque mi esposa no me quería decir dónde le había mandado; me puse de tan mal humor que apenas hablé ni dormí en toda la noche.

4 de junio

Arriba temprano, pues íbamos a salir todos por la mañana. Miré si mi mujer se ponía calzones, y sí, aunque no se me fueron las sospechas, pues tenía idea de ir a Fenchurch Street y yo me imagino es para encontrarse con Pembleton. Luego me dijo que era para comprar un abanico y que no quería que yo lo supiera: la creo, sobre todo porque conseguí sacarle al muchacho que ayer no se acercó a casa de Pembleton, sino que fue a comprar almidón, y le vi regresar con él; no obstante, no termino de estar tranquilo. Me fui a comer solo y después a mi oficina, con dolor de cabeza y molesto por mi esposa, celoso de que pase el día fuera, aunque Dios sabe que no tengo razón. Sin embargo, estoy preocupado. Al rato vino Will Howe y paseamos una hora por el jardín. Me dice que milord se ha vuelto a centrar en el trabajo, de lo que me alegro, y que ha regresado a sus aposentos de Whitehall[21]. También que es posible que siga adelante el enlace entre *sir* J. Cutts y *lady* Jemima. En el Hall, el doctor Pearse me ha contado que la Reina comienza a mostrarse enérgica y a actuar como las otras damas: ya es muy distinta de lo que era, y me alegro. Quizá esto haga que le guste más al Rey y abandone a sus dos amantes, *lady* Castlemaine y Stewart. Al marcharse estuvimos en la oficina hasta la noche, y luego a casa, donde mi esposa está de vuelta después de pasar con su padre toda la tarde. Paseamos por el jardín y me cuenta sobre los asuntos de su padre; todo va bien.

6 de junio

A York House, donde reside el embajador de Rusia; allí estaban todos los suyos yendo de aquí para allá, con mucha prisa, porque se marchan a principios de la semana próxima. Al rato viene a verme *sir* John Hebden, residente en Rusia, y vamos en su coche a Whitehall a ver los pedidos de cáñamo ruso que hay que traer desde Arcángel para nuestro Rey[22]. Hebden me contó que le molesta mucho cómo se llevan las cosas en la Corte: nadie se ocupa de los negocios, cada uno va a lo suyo y a sus placeres.

Alaba a lord Ashley porque ve que es el único que se interesa. Se queja de que el Rey trate tanto con joyeros, dejando que estos gobiernen su bolsa. Me cuenta lo ordenados y cuidados que están todos los almacenes de los Estados holandeses en sus muelles, con todo gestionado por los contratistas con tanta eficacia como pueda imaginarse; intentaré conocerlos mejor, a ver si aprendo de ellos.

9 de junio

Arriba, y después de poner en orden algunos asuntos de cara a la marcha de mi esposa al campo, a la oficina, donde pasé la mañana practicando muy a gusto mis reglas de medición. A mediodía viene Creed y hablamos de matemáticas. Me dice que hay un método, descubierto por el señor Jonas Moore y al que llama aritmética duodecimal, que se aplica perfectamente a la medición, en el que todo está basado en las pulgadas, de las que hay doce en un pie; tengo la intención de aprenderlo. Poco después de volver a casa viene Pembleton, no sé si citado o no, o si lo habían acordado antes de que mi esposa se fuera al campo; no le hice caso y dejé que subieran con Ashwell a bailar. Yo me quedé abajo en mi habitación y ¡Dios!, cómo escuchaba y ponía la oreja a la puerta, y cómo sufría cuando oía que no bailaban y estaban quietos. Terminaron pronto y esperé a que se fuera, sin hablarle. Estaba enfadado, pero lo disimulé ante mi esposa pensando que sería la última vez que tendría que preocuparme por él. Luego paseamos por el jardín; a casa, a cenar, y a la cama.

12 de junio

En pie y a mi oficina, donde estuve estudiando mi regla de cálculo, en la que seré muy diestro en poco tiempo. A mediodía a la Lonja y a casa a comer.

Después llevé a mi esposa por el río al Teatro Real. Allí vimos *The Committee*[23], una obra alegre pero regular; solo el papel de Lacy, que hacía de sirviente irlandés, es extraordinario. Vi a lord Fauconberg y a su esposa, la señora Mary Cromwell, que tiene tan buen aspecto como siempre, muy bien vestida: sin embargo, cuando el teatro empezó a llenarse se puso un antifaz y lo mantuvo durante toda la obra. Esto se ha convertido en una gran moda entre las damas, que esconden la cara. Luego a la Lonja a comprar cosas para mi esposa; entre otras, un antifaz. Después por el río a casa y a la oficina a trabajar un poco. Más tarde, cena y a la cama, bastante fastidiado toda la noche y la mañana siguiente, con molestias en el paladar debidas a algo de frío que cogí hoy en el teatro por haber estado sudando y con viento pasando por encima de mi cabeza.

13 de jimio

Arriba, y temprano a Thames Street para ver a los comerciantes de alquitrán y comprobar el precio. Luego fui a la oficina y tuve un enfrentamiento con *sir* W. Batten sobre el alquitrán del señor Bowyer, a quien estoy resuelto a oponerme pese a que anoche me mandó a modo de soborno un barril de esturión que quizá devuelva, pues no estoy dispuesto a que se abuse del Rey de forma tan horrible en el precio de lo que compramos por culpa de la corrupción y los tratos ocultos de *sir* W. Batten. De allí al Parlamento con el señor Wayth, a contárselo todo a *sir* G. Carteret; este se muestra agradecido, pues recuerda que ayer le dio su consentimiento a *sir* W. Batten sobre la compra de una gran cantidad de alquitrán, con lo que ha sido engañado por él. A casa a comer con el hermano de mi esposa y de allí por el río al Teatro Real, del que he decidido despedirme, como se verá en los votos que haré mañana: no ir a ninguna obra ni en teatros públicos ni en la Corte hasta pasada la Navidad.

15 de junio

Arriba temprano; enseguida se levantó mi esposa y me dio las llaves, pues se marcha hoy al campo. Tuve que ir a Thames Street y regatear por el alquitrán, para evitar que me engañen: Hill estuvo conmigo esta mañana y se sorprendió cuando le dije por cuánto puedo conseguir el mismo alquitrán que él me ofrece. Vuelvo a casa a recoger a mi esposa y, como ya se ha marchado, voy a la posada. Me incomoda ver que le ha tocado un asiento en la parte

trasera del coche, pero me agrada que su compañía sean todo mujeres y un pastor. Está bastante molesta, pues parece que le había prometido coger un caballo e ir cabalgando tras ella; después de darle muchos besos, y uno a Ashwell, me despedí. Volví a casa y a Deptford, a Trinity House, donde llegué tarde y habían dado comienzo a la lectura de los estatutos, aunque lo hacían como tontos, leyendo un poquito aquí y otro allá, cuando deberían leerlo todo, palabra por palabra, y luego proceder a la elección de Director (fue *sir* W. Batten): hizo un discurso breve y pesado, invitándoles a agradecer al Director saliente sus esfuerzos, que dijo fueron muy grandes, y dándoles las gracias también por haberle elegido a él. Más tarde por el río a Trinity House, para almorzar. La comida fue muy abundante, como siempre, y estuvimos conversando sobre la naturaleza y el poder de los espíritus, y sobre si son capaces de animar cuerpos muertos. En todo esto, como en el aspecto general de los espíritus, lord Sandwich es muy escéptico. Dice que la mayor prueba que jamás ha tenido para creer en alguno fue la aparición del Diablo en Wiltshire[24], de la que se ha hablado mucho, tocando el tambor por todas partes. Hay libros sobre eso, y dicen que es cierto. Sin embargo, comenta milord, aunque el Diablo responde a cualquier tonada que le toques con otro tambor, hay una que intentó y no consiguió, lo que le hace sospechar de todo; creo que es un buen argumento. También se habló de mujeres bellas, y *sir* J. Mennes dijo que no las había como las de los mercados del campo, especialmente en Bury, en lo que yo estaba de acuerdo. Y milord replicó mirándome: «*Sir* John, ¿qué piensas de la esposa de tu vecino?», «¿no crees que tiene una gran belleza por esposa? Doy mi palabra de que lo es». De lo que yo me sentí no poco orgulloso. Con la cabeza doliéndome por todos los brindis que he tenido que hacer hoy, mandé llamar el barbero; cuando terminó subí a la habitación de mi esposa, donde estuve tocando el violín un buen rato y, sin cenar, a la cama temprano, triste por faltarme mi esposa, a la que amo con todo mi corazón, aunque últimamente me ha provocado algunos pensamientos atormentados.

16 de junio

Voy a la oficina y luego a ver a Stacy, el comerciante de alquitrán cuyo empleado, con quien acordé ayer comprar cierta cantidad, ha hecho un arreglo con Bowyer y Hill y se descuelga de nuestro acuerdo, lo que nos enfada a todos en la oficina, incluso a *sir* W. Batten, que lo apoyaba en serio.

17 de junio

Arriba antes de las cuatro, la hora a la que pretendo levantarme ahora. Me acerco con dinero a pagar el alquitrán al encargado, pero se niega a vendérmelo. Sin embargo, como está el dueño y habla con mucha cortesía, creo que llegaremos a un acuerdo pacífico. Volví con el dinero a la oficina y luego a Whitehall. En el jardín hablé con lord Sandwich, que lleva un vestido con botones dorados, a la moda, y está muy elegante. Hoy me encontré con Pearse, el cirujano, que me dice que el Rey ha logrado la paz entre el señor Edward Mountagu y su padre, lord Mountagu, y que todo está bien de nuevo, de lo que me alegro por el bien de la familia, aunque no creo que dure mucho.

23 de junio

En pie a las cuatro y a la oficina, pero antes de salir reclamé, como hago últimamente, el libro de copias de mi chico; como vi que no había hecho su trabajo, le pegué. Después de un par de horas en la oficina fui por el río al Temple, a ver a mi primo Roger, que por lo que observo está muy implicado en la postura del Parlamento contra la Corte: me muestra que han calculado que el Rey ha gastado, o al menos recibido, cerca de cuatro millones desde que vino. Parece que *sir* J. Winter está tan encendido que dice que merece que le cuelguen, lo que lamenté oír, aunque sé que su intención es buena. Volví a la oficina y allí tuve una buena refriega con *sir* W. Batten y *sir* J. Mennes, que como un viejo imbécil es totalmente manejado por el otro. Todo por el asunto del cáñamo del capitán Cocke, en el que están engañando al Rey, pero porque hubiera calma me quedé callado y firmé el recibo, y así quedaron las cosas. Me duele ver lo rufián que es *sir* W. Batten.

24 de junio

Me levanto antes de las cuatro y toco el laúd una hora o así. En St. James tuve una conversación privada con el señor Coventry, quien me contó algo que me alegra mucho: en el asunto del cáñamo del capitán Cocke, sobre el que discutimos el otro día, como no había estado el señor Coventry, el Duque en persona le dijo que el señor Pepys y él se enfrentaron al resto de los presentes, *sir* G. Carteret y *sir* W. Batten, lo que me agrada, pues indica que se fija en mí. Hablamos claramente de la corrupción de *sir* W. Batten, de la que el señor Coventry dijo con amabilidad que quizá se debía solo a su torpeza e incapacidad para los negocios. Por ello hace las cosas sin consejo y

apresuradamente, para agradar a las personas con las que come, bebe y juega. Él ha visto que a veces firma recibos con rabia y solo para librarse de alguien. Sobre *sir* G. Carteret observo que habla de él con ligereza, minimizando sus servicios al Rey en Jersey[25]. De ahí pasamos a comentar la situación en que se encuentran ahora los partidarios del Rey, quienes, al igual que los papistas, aunque sean personas excelentes, como han estado estos veinte años fuera de sus empleos son completamente incapaces de llevar los asuntos. Así, los Realistas se han pasado veinte años dedicados al campo o a los negocios familiares, y eso los mejores, pues el resto se dedicó al libertinaje y otras cosas. Esto es lo que le hace oponerse a la nueva ley llevada a la Cámara para inhabilitar a todas las personas que hayan estado contra el Rey. «Pues», dice, «en el mar es imposible hacer nada sin ellos, ya que casi no hay más de tres en el bando del Rey que estén preparados para el mando». Le pregunto si cree que lo que yo cuento contra *sir* W. Batten y *sir* J. Mennes se debe a mala intención o es inventado. Me contesta que todo lo contrario, que hay bastante razón en ello. Hoy vi que el edificio recién construido junto a los aposentos de milord [en Whitehall] se ha derrumbado a causa de los malos cimientos o la construcción descuidada, en lo que mi primo Roger y los suyos, los descontentos, ven un ejemplo de cómo se hacen las cosas del Rey; me apena ver lo dispuestos que están a pensar mal.

25 de junio

Vino a verme el señor Bland y me contó la noticia, que sostiene como cierta, de que los portugueses dejaron entrar a los españoles con una estratagema: cuando estos estaban en medio del país y nosotros pensábamos que se harían con todo el territorio, se alzaron y mataron a todo el ejército, cerca de ocho mil hombres, y Don Juan de Austria, al que le abatieron dos caballos, tuvo que huir con un solo hombre[26]. *Sir* George Carteret nos contó que el martes pasado el lord Tesorero le mostró una carta de Portugal en la que hablaba de la invasión de los españoles, y que sin embargo los portugueses estaban siendo más valientes que nunca. Al parecer existe una antigua profecía procedente de Francia, de hace varios años, en la que se anuncia que los españoles entrarían en el país y serían asesinados en tal valle. Esto fue el martes pasado, y ayer llega la noticia de que en dicho valle han vencido y aniquilado a los españoles. Es muy extraño, pero cierto. Este mediodía recibí una carta de mi esposa desde el campo, por la que parece que está encantada. Quiera Dios que siga así, disfrutando todo el tiempo que esté

allí. Por consejo de *milady* me pide unas enaguas nuevas de seda a rayas. Fui enseguida a Paternóster Row y le compré unas, con la ayuda del señor Creed. Era la mejor tela que vi, mucho mejor de lo que pide o espera.

29 de junio

A la oficina y luego al Temple. Por las calles se comenta mucho la victoria de Portugal contra España, con diez mil muertos y tres mil o cuatro mil prisioneros, junto con la artillería, material, dinero y Don Juan de Austria obligado a huir con solo uno o dos hombres, una gran noticia. Más tarde me encontré al señor Creed en el parque; me despedí de él en Westminster Hall y terminé hablando con la señorita Lane: después de insistirme un buen rato en que nunca salía con hombres como hacía antes, me bastó una palabra para convencerla. Quedamos en la casa de vinos del Rhin, donde la invité a langosta y estuve achuchándola y palpándola por todas partes, diciéndole qué buena piel tenía; desde luego las piernas y los muslos son bien blancos, pero monstruosamente gordos. Cuando me cansé lo dejé, y alguien que había visto nuestros devaneos gritó en la calle: «¡Caballero! ¿Por qué besa a la dama así?», y tiró una piedra a la ventana. Eso me preocupó, aunque no creo que me vieran toquetearla, así que nos separamos y salí por el callejón, creo que sin ser visto.

30 de junio

Por el río a Whitehall, a los aposentos de milord, donde estoy citado con el señor Creed. Vamos al parque y paseamos hasta el final para no ser vistos. Al rato llega milord y hablamos unas dos horas sobre las cuentas del señor Creed y sobre cómo responder a las objeciones del Tesorero[27]. El asunto supone unas ganancias de quinientas libras para el señor Creed. No sé por qué milord y yo tenemos que estar tan preocupados en procurar su beneficio con tanto deshonor y tantos problemas. Haremos lo que podamos, pese a que no se lo merece, pues a él no hay manera de sacarle nada si no es por pura fuerza. Es todo astucia, hasta en lo más pequeño, y todo en él son intrigas. Allí le dejé, molesto por los problemas que me acarrea su asunto y por la distancia que provoca entre *sir* G. Carteret y yo, lo que debería evitar.

Así, por la bendición de Dios, acaba este libro de dos años, estando yo con buena salud en todos los sentidos y en camino de prosperar. Dispongo de algún dinero, pero no mucho, algo más de setecientas libras, junto a muchas

propiedades. Mi esposa en el campo con Ashwell, su mujer de compañía, y con mi padre. Yo en casa con W. Hewer y la cocinera Hannah, pues el chico Wayneman se ha escapado hace poco. En la oficina tengo buena reputación y entendimiento, especialmente con el Duque y el señor Coventry; el resto de los oficiales me envidian más que aman, pues me meto en sus asuntos, especialmente *sir* W. Batten, a cuyos engaños me opongo diariamente para malestar suyo, aunque se muestra muy amable y deseoso de obtener mi amistad. Mi esposa y yo, a causa de mis recientes celos, no nos tenemos el cariño que deberíamos y que habíamos mantenido hasta ahora, y me temo que se perderá si no la complazco más, aunque manteniendo mi autoridad. Los asuntos públicos van mal: el Parlamento ha aprobado cuatro subvenciones al Rey que, sin embargo, no bastan para cubrir sus necesidades. Están ofendidos al ver volar tanto dinero, que devora la lujosa Corte sin que se paguen las deudas públicas. Yo muy dedicado a aprender todo lo necesario para mi puesto de oficial de la Armada: últimamente he leído mucho sobre la medición de la madera y las mareas.

1 de julio

Esta mañana la lluvia nos despertó a Creed y a mí, que dormimos juntos anoche. Conversamos acerca de su discutida reclamación, sobre la que estoy muy preocupado y que me ha provocado un distanciamiento con *sir* G. Carteret, aunque espero que podamos preparar esta mañana un recurso que lo resuelva todo, respondiendo a las exigencias del Tesorero y al mismo tiempo manteniendo las quinientas libras que Creed propuso por el pago que hizo en monedas de ocho. Cuando nos arreglamos, por el río a Whitehall. Allí me separé de él antes de entrar a la Corte para que *sir* G. Carteret no me viera en su compañía, algo que últimamente he tenido que hacer para evitar sospechas. Luego por el río a Trinity House, a comer con *sir* W. Batten; después de comer estuvimos hablando con *sir* J. Mennes. Batten nos contó un reciente juicio contra *sir* Charles Sedley ante el presidente Foster y todo el Tribunal de Justicia por su libertinaje el otro día en casa de Oxford Kate[28]: salió desnudo a un balcón a plena luz del día, adoptando todas las posturas lujuriosas y de sodomía que puedan imaginarse y ofendiendo a las Escrituras. Al terminar, cogió un vaso de vino, se lavó el pene con él y se lo bebió; luego tomó otro y brindó a la salud del Rey. Parece que el lord y el resto de los jueces le hicieron una muy severa reprobación, y el Presidente del Tribunal Supremo dijo que era por él y por malvados desgraciados como él que caían

sobre nosotros la ira y la justicia de Dios. Hablando sobre el tema, tanto *sir* John Mennes como el señor Batten dicen que la sodomía se ha convertido en algo tan común entre nuestros caballeros como en Italia, y que hasta los pajes de la ciudad empiezan a quejarse de sus señores por ello. Pero bendito sea Dios, todavía desconozco qué significa ese pecado, ni quién es el agente y quién el paciente. Hoy me han contado en la comida que Don Juan de Austria ha muerto a causa de sus heridas después de la huida de Portugal, por lo que se ha perdido un gran hombre y se acaba una gran disputa respecto a la corona de España, en caso de que el Rey hubiera muerto antes que él. Esta mañana recibí una carta de mi esposa, en la que me habla de una gran discusión entre ella, mi padre, mi hermana y Ashwell.

4 de julio

Arriba a las cuatro y a mi oficina a repasar mis papeles y arreglar mi manuscrito raspando los manchones, así que ha quedado muy bien. Estuvimos esperando en St. James mientras el Duque se arreglaba. *Sir* Alien Apsley tenía la Gaceta de Lisboa en español, donde se contaba con muchos detalles la reciente victoria, con grandes honores para los ingleses. Desde entonces han recuperado Évora, antes en poder de los españoles, con los ingleses realizando el ataque sin perder más de tres hombres. Así me enteré de que la infantería inglesa goza de gran fama en todo el mundo, aunque no tanto la caballería, de la que nosotros tenemos el mejor concepto: parece que en el extranjero no es tan conocida. Cuando el Duque estaba preparado nos reunimos con él y tratamos el asunto del señor Creed: el Tesorero se comportó como un verdadero imbécil, oponiéndose a la reclamación sin razón alguna y atacándolo todo, y lo mismo hicieron *sir* J. Mennes y *sir* W. Batten. El mismo Duque, el señor Coventry, lord Berkeley y yo eliminamos las objeciones. Creed fue llamado y respondió a todo con gran método y brillantemente ajustado (soy consciente de que yo no hablé tan bien como me proponía y como sé que puedo hacerlo, es decir, no lo hice tan claramente ni con el poder de persuasión que esperaba y deseaba); no es que lo que yo dije no fuera bien recibido, y llevé el asunto como se necesitaba hasta que el Duque se declaró satisfecho; lord Berkeley se ofreció a aportar cien libras para que el Rey no saliera perjudicado; *sir* G. Carteret se quedó solo, pero insistió en que la reclamación no era correcta, sino totalmente corrupta y fraudulenta. Terminamos la reunión y se quedó en una posición vergonzosa, y me temo que he perdido su amistad por una buena temporada, lo que me apena.

Marché con Creed a comer y un caballero del grupo confirmó que *lady* Castlemaine ha salido de la Corte, pero no sabe el motivo. Nos relató una cortante respuesta que le dio la Reina hace un tiempo: cuando Castlemaine entró y vio que la Reina llevaba un buen rato en manos del peluquero, dijo: «Me admira que Su Majestad tenga paciencia para aguantar tanto rato arreglándose». Y la Reina contestó: «Tengo tantas razones para ejercitar la paciencia que bien puedo soportar esto». Cree que puede que haya sido la Reina la que le haya ordenado retirarse, aunque no es probable. Hoy en la habitación del Duque vimos una escena romana en un tapiz y en uno de los estandartes figuraban las letras S.P.Q.R. *Sir* G. Carteret se me acercó para preguntar el significado de las mismas: esta ignorancia no puede tolerarse en un consejero, cuando a un colegial le azotarían por no saberlo.

5 de julio, día del Señor

La señora Batten ha mandado recado dos veces para invitarme a ir hoy a Walthamstow, pues esta mañana se casa la señorita Martha con el señor Castle en la parroquia. No pude levantarme a tiempo para ir con ellos, pero me arreglé, alquilé un caballo y cabalgué muy a gusto, excepto que al orinar noté algún freno y temí por el retorno de mis antiguos dolores. Al llegar me recibieron muy bien y me regalaron un par de guantes. La comida fue buena y agradable, pero pienso que entre los novios no hay la amabilidad ni los sentimientos que había entre mi esposa y yo, sino los de personas que se casan solo por conveniencia.

9 de julio

En pie. Esta mañana oriné, como hago siempre en cuanto me levanto, con más abundancia y libertad que de costumbre, lo que atribuyo a los licores que bebí anoche. Salí a Blackfriars bajo una gran lluvia y entré en una pequeña cervecería. Allí le di tres o cuatro besos a la doncella de la casa, que es una chica muy bonita pero recatada. Dios me perdone, pero tenía idea de hacer algo más. *Sir* W. Batten y yo estuvimos reunidos un rato por la tarde en la oficina, y de allí por el río a Deptford, donde inspeccionamos el astillero. Yo tenía la intención, Dios me perdone, de ver a Bagwell, un carpintero cuya esposa es una mujer muy bella, para tener ocasión de conocerla y tratar de que pasara por mi oficina. Afortunadamente lo conseguí, pues cuando iba hacia su casa me los encontré y me agradecieron el detalle, aunque hablé poco con

ella; buscaré la forma de hacer que vaya a verme. Su marido me acompañó hasta los aposentos de *sir* W. Penn, que ya conocía, pero lo permití para poder hablar con él y sondearle. Luego fui a ver a *sir* W. Penn, que sigue enfermo y creo que peor que antes. Me dice que *lady* Castlemaine sigue en la Corte, aunque parece que el Rey se ha distanciado de ella más de lo normal.

13 de julio

Encontré a la Reina Madre paseando por Pall Malí, junto a lord St. Albans. Al ver muchos coches en la verja, pregunté: me dijeron que la Duquesa está de parto, y al enterarme de que el Rey y la Reina habían salido al parque con las damas de honor, me quedé esperando a que volvieran. Finalmente, aparecieron; la Reina iba muy bonita con un vestido blanco bordado y una enagua corta color carmesí, con el pelo arreglado *à la négligence*; el Rey cabalgaba con ella de la mano. *Lady* Castlemaine iba con el resto de las damas, pero el Rey, por lo que se vio, no le hacía mucho caso: ni siquiera cuando desmontaron se acercó nadie (como ella parecía esperar) a ayudarla. Parecía de muy mal humor y llevaba una pluma amarilla en el sombrero (lo que todos observaron); sin embargo estaba muy atractiva, aunque melancólica. Nadie se dirigía a ella y ella tampoco sonreía ni hablaba con nadie. Les seguí hasta Whitehall, ante la presencia de la Reina, donde todas las damas hablaban y jugaban con sus sombreros y plumas, cambiándoselos unas con otras y riendo. Para mí era el mejor espectáculo que había visto en mi vida, con tantas bellezas y hermosos trajes. Y, por encima de las demás, la Stewart y su vestido, que me parece ahora la mayor belleza que he visto. Si alguna mujer puede superar a *lady* Castlemaine, al menos en el vestir, esta lo hace, y no me extraña si el Rey cambia; creo que esa es la razón de su frialdad con *lady* Castlemaine.

17 de julio

Hoy, después de trabajar en mi oficina, vino Creed y le llevé a ver al fabricante de mi viola, donde oí al famoso señor Stefkins, que tocó admirablemente, aunque, como siempre, yo esperaba más. Lo llevé a la taberna y me pareció un hombre sereno y formal. Luego a la Lonja y a casa, a comer con Creed. Después vino *sir* W. Warren y tratamos en mi habitación el tema de su contrato de la noche anterior. Terminamos hablando de la medición de la madera; yo le hice ver que entendía del asunto y aprendimos

cada uno cosas del otro. Más tarde solo por el río a Rotherithe, donde estuve hablando con *sir* W. Penn. Le dije claramente lo que pensaba de *sir* G. Carteret y *sir* J. Mermes, advirtiéndole que tendría problemas si lo contaba, pero él dijo más o menos lo mismo respecto a ambos, cosas que debo recordar por si surge, y también mi opinión: que hasta hoy siguen sin entender las cuentas del señor Creed, que no merecen los empleos que tienen si no son más vigilantes y que el Rey saldría ganando si les subiera el sueldo y se estuvieran quietos, sin hacer nada. De vuelta a casa fui saludado por Bagwell y su esposa (la mujer por la que siento cierta inclinación) e insistieron en que entrara en su pequeña casa, lo que estaba deseando hacer para poder tratar con ella. Me sacaron vino y vi que vivían bastante bien; creo que la mujer es virtuosa y decente. Su esposo paseó por Rotherithe conmigo, respondiendo a mis preguntas sobre el astillero, y luego por el río a casa.

27 de julio

Por el río a Westminster, donde por suerte llegué a la Cámara de los Lores cuando la Cámara de los Comunes entraba en ella. Allí me situé con el gentío junto al Presidente y permanecí detrás de él mientras hacía su discurso al Rey (sentado en su trono y con sus ropajes, igual que los lores con los suyos, un espectáculo precioso). Le dijo al Rey lo que habían hecho en este Parlamento, que ahora exponía para el consentimiento real. Los asuntos más importantes eran una ley para el día del Señor (que parece que han perdido los Lores, pero no puede aprobarse, por lo que los Comunes están enfadados), las leyes contra reuniones ilegales y los papistas (que parece que no han aprobado los Lores) y cuatro subvenciones completas al Rey. Las últimas, junto a veinte leyes menores, se aprobaron de la siguiente forma: el secretario de la Cámara lee el título de la ley y luego mira al final del documento, donde pone (supongo que escrito por el Rey): *Le Roy le veult*, y lee eso. Para las otras, lee: *Soit fait comme vous desirez*. Para las subvenciones, el Rey escribe: *Le Roy remerciant les Seigneurs, ***&c., Prelats, etc, accepte leur beuevolences*. El discurso del Presidente carecía de oratoria: era todo lo plano que podía ser y vacío de elocución. Cuando se aprobaron las leyes, el Rey, sentado en su trono con su discurso escrito en un papel que tenía sobre el regazo y sin apenas levantar la cabeza, les dio las gracias por las subvenciones, afirmando que, de no necesitarlas, no las habría solicitado ni aceptado. Dicha necesidad, dijo, no procedía de ningún exceso por su parte, sino que se debía al desorden de los tiempos, que le obligaban a aumentar los gastos. Su discurso fue muy

vulgar y carente de espíritu, y la exposición, muy imperfecta, repitiendo bastantes palabras a pesar de que estaba leyendo, cosa que me apenaba ver, pues no habría sido difícil para él pronunciar el discurso sin tenerlo escrito.

28 de julio

Bien tarde vino mi Jane con su hermano Will a pedirme que le admita de nuevo, a lo que me niego, aunque me gustaría hacer algo por ella, pero desde luego ni volver a admitirle ni darle nada. Ella me pide que le encuentre algo en el mar, y lo haría si pudiera, pero no tenemos ninguna salida de barcos. La chica estuvo llorando todo el tiempo y no quería marcharse; se quedó hasta las diez o las once con la esperanza de conseguir algo de mí, pero no cedí. Así que la pobre se tuvo que marchar llorando y con poco que decir.

31 de julio

Me levanto temprano a hacer mis cuentas de este mes y tengo unas setecientas treinta libras, más que nunca, lo que me alegra, aunque aumento muy poco a poco. Luego a la Lonja, donde me encuentro al doctor Pearse, que me dice que ha tenido la suerte de conseguir un puesto de empleado en la cámara privada de la Reina sin necesidad de la ayuda de lord Sandwich, pues ha conocido a un hombre que se lo ha cedido por una pequeña cantidad, cerca de sesenta libras, cuando cualquier día puede sacar cuatrocientas. También me habla como amigo del gran daño que cree que me hago al ser tan severo en los astilleros, y que me estoy ganando la enemistad de toda la Armada cuando con mis gestiones lo hago recaer todo solo en mí. Entonces yo le hablo en conciencia y le digo que nadie me puede acusar (y que él lo diga si lo sabe) de actuar mal, y que, muy al contrario, lo estoy haciendo mejor que nadie. Me dice que creen que pretendo hacerme un nombre ante el Rey y el Duque, pero que ellos no prestan atención a estas cosas y obtendré la misma gratitud si lo dejo estar todo, como hacen los demás. Sin embargo, yo no opino lo mismo, y le respondo que, a diferencia de otros, yo nunca voy a contarle al Duque a solas mis buenos servicios. Sin embargo, tendré en cuenta este consejo y haré lo necesario para evitar que todo el rencor de la oficina se dirija a mí. Antes de ir a trabajar fui al café, donde estaban *sir* J. Cutler y el señor Grant, que me enseñó cartas de *sir* William Petty en las que dice que la embarcación con dos quillas que ha construido (de la cual me enseñó una maqueta, hecha para el Rey) ha ganado este mes una apuesta de cincuenta

libras navegando entre Dublín y Holyhead contra el paquebote, el mejor barco que el Rey tiene allí, y se ofrece a apostar con cualquier embarcación del mundo.

4 de agosto

Por el río a Westminster Hall. Como no encontré a la señorita Lane, con la que me proponía divertirme, me llevé a Jervas y a su esposa a ver a la madre Palmer (la mujer que habla con el estómago y con la que el señor Mallard y yo lo pasamos muy bien hace dos o tres años). Pensaba que, con la clase de mujer que es, podría encontrarme allí a alguna prostituta (por lo que Dios me perdone), pero bendito sea Dios, no había ninguna, ni nada que me gustara. Respecto a su forma de cantar, solo son obscenidades cantadas de forma horrible, con la pretensión de entonar tanto grave como agudo, lo que hace más o menos, pero no como yo esperaba. Tampoco me impresiona tanto como antes cuando habla con el estómago, pero puede ser porque ahora lo sé y le miro a la boca cuando habla. Hoy recibí una carta de mi esposa que me preocupa muchísimo, en la que me cuenta que Ashwell le mintió descaradamente, y, cuando mi esposa le dio un golpe en la oreja, la otra se lo devolvió; a *milady* le ha llegado de parte de mi padre o mi madre algo sobre su comportamiento, lo que me molesta mucho. Temo que cuando regrese tendré problemas para volver a sujetarla, pero si Ashwell se va estoy decidido a no traer a nadie más, sino vivir modestamente de nuevo durante un buen periodo, ahorrar y mantener a mi esposa en casa como pueda, o si no decir adiós a toda satisfacción en el mundo. Luego a la cama, con la cabeza inquieta por esto, pero he de tener cuidado y prudencia para evitar las malas consecuencias que imagino, ahora que las cosas no han ido demasiado lejos. Las alturas a las que ha llegado mi esposa se deben a mi propia locura, por haberle dado demasiadas libertades durante el pasado año.

7 de agosto

En casa con mi hermano John. Subí a tocar música y luego a charlar con él. Observo que no sabe tanta filosofía como yo pensaba, al menos Aristóteles, pues no es capaz de darme la definición del fuego ni ninguna de las cualidades que corresponden a cada uno de los cuatro elementos.

8 de agosto

Arriba y a mi oficina, y luego a ver a Brown, el fabricante de instrumentos musicales, que me ha traído la regla para medir madera y otras cosas muy bien hechas y acordes a mi gusto en todos los sentidos. Estoy seguro de que no puede conseguirse nada mejor, ya que esta la he encargado yo. Nos pasamos la mañana despachando y no acabamos hasta mediodía, en que bajamos al río el señor Coventry y yo. Observo en él tanta bondad y voluntad por servir al Rey que cada vez le admiro más. Por la tarde me llevé a mi hermano John y a Will hasta Woolwich por el río y después de estar allí un rato volvimos paseando. Yo estuve haciéndole preguntas sobre física a las que o no me responde o responde muy mal, como cuando le pregunto sobre las regiones del aire y me dice que no sabe nada sobre eso, pues nunca ha leído la filosofía de Aristóteles y Descartes no lo menciona, lo que me irrita mucho. No obstante, le voy a poner a trabajar y a comprobar lo que ha estudiado desde que se fue a la Universidad.

10 de agosto

Fui a casa de Greatorex, a quien encontré en el jardín. Le puse a trabajar en mi regla para que grabe un almanaque y otras cosas en su parte metálica, cosa que empezó a hacer anoche, pero manchó el final y yo quiero que todo quede bien, o no la tomaré. Esta es una locura en la que he caído últimamente: mientras que antes mi placer consistía en tener muchos libros y gastarme dinero en comprar esto y aquello, ahora que soy un mejor administrador y he dejado de gastar solo me placen la limpieza y el orden, y nada me gusta si no está perfectamente ordenado, lo que es una obsesión absurda. Viene W. Howe por asuntos de trabajo y tenemos una larga conversación sobre lord Sandwich: me entero de que está muy interesado en una de las hijas de la señora Becke, en cuya casa reside, y que está gastando su tiempo y su dinero en ella. Me cuenta que es una mujer de mala reputación, muy indecente, y que así se lo ha dicho a milord. Sin embargo milord se pasa las noches con ella, aunque por la mañana está en la Corte. Todo el mundo se ha dado cuenta y Pickering está allí solo como pantalla, para que la gente piense que está con él y no imaginen lo que hace. Dice que no tiene intención de ir al campo. En resumen, veo que milord está jugueteando con la muchacha, y lo lamento aunque no me extraña, pues es un hombre muy apasionado y se está permitiendo las

libertades que dice que todos los demás se toman en la Corte. Ayer, me cuentan, *sir* J. Lenthall arrestó a cien cuáqueros y otra gente de ese pelaje en Southwark, y los ha mandado a la cárcel de Kingston, pues es época de arrestos[29]. Esta noche recibí una carta de mi padre en la que me dice que mi esposa regresa esta semana, pero me extraña que venga sin hacérmelo saber. No obstante, descubro que lo han pasado muy mal desde que fue, y debo usar toda mi inteligencia para hacer que se porte bien cuando vuelva; me temo que será difícil, y me intranquiliza mucho pensar en ello.

11 de agosto

En pie y a mi oficina, donde al rato viene mi hermano Tom. Le di una buena reprimenda por descuidar las visitas y el buen trato a los Joyce, como ha hecho últimamente. Me parece que no entiende bien su trabajo y que no prosperará en este negocio, aunque dice que trata bien a la gente y que gana dinero, pero no le creeré hasta que no me enseñe sus cuentas, así que le he pedido que me las traiga la próxima vez que venga.

12 de agosto

Por el río a casa de mi hermano, donde me dicen que mi esposa ha llegado, y también mi padre, lo que me extraña. No sé si es para aconsejar a mi hermano sobre su negocio o para tranquilizarme respecto a los enfrentamientos entre mi esposa y ellos mientras ha estado allí. Vino a casa del señor Holden (donde estaba comprándome un sombrero), pero no me dijo nada y regresé a la mía. Allí encontré a mi esposa algo extraña, como si no supiera cuál iba a ser mi actitud. Me dirigí a ella con amabilidad y estuvimos cariñosos, pero no pudo evitar empezar a contarme cómo la habían tratado mis padres y Ashwell. Sin embargo, pienso que será mejor no interrogarla ahora, porque me temo que también tiene algo de culpa, y por tanto deseo retrasarlo. Así que a la cama, donde la entretuve con mucha satisfacción.

13 de agosto

Estuve un buen rato en la cama con mi esposa hablando de cosas de la familia y luego a la oficina, donde trabajé toda la mañana. Después de comer, mi esposa y yo hablamos de conseguir un par de buenas doncellas y despedir a Ashwell. Esto me incomoda, aunque me alegrará deshacerme del gasto de

mantener a una acompañante. Antes de irme a la cama escuché las quejas de Ashwell y percibo por las mismas que mi esposa la ha tratado de forma muy innoble: ella lo niega tontamente, pero es imposible que la chica se haya inventado nada, pues ha dado muchos detalles, mientras mi esposa no hace otra cosa que negar. Lamento todo esto, como los golpes e insultos que se han cruzado, incluso en Hinchingbrooke House ante los sirvientes de *milady*, por lo que estoy muy avergonzado. Sin embargo, las dejé hablar hasta que Ashwell se fue y nos dejó solos en la cama. Entonces le dije a mi esposa muy seriamente y con pena lo que pensaba. Después, a dormir.

17 de agosto

Arriba, y estuvimos hablando mi esposa, Ashwell y yo. Muy en contra de mi voluntad le expreso a Ashwell el deseo de que se marche, aunque en el fondo me alegra, pues me libera del gasto. Se va hoy a casa de su padre.

19 de agosto

Me encontré en Whitehall con el señor Moore y estuvimos hablando de la locura de milord en Chelsea: observo que milord está completamente entregado a esta muchacha, que parece no tener más reputación que una vulgar meretriz. El señor Moore no me alienta mucho para intervenir ante milord, por miedo a que no le haga bien a él y me haga mal a mí. Viene a verme Will Howe, y los dos solos en mi habitación hablamos de milord. Me pide que por el aprecio que tengo a milord le hable de este asunto, que puede causar su ruina. Al rato vino Pembleton y comencé a sudar, pero no alteré mi semblante. De inmediato dije que no deseábamos más baile y lo despaché con un «que lo pase bien». Así, su despedida de mi esposa fue muy breve, creo que sin tiempo para recibir ninguna muestra de atención por parte de ella ni invitación a regresar.

30 de agosto, día del Señor

Hasta tarde en la cama. Como Will estaba enfermo de las muelas me quedé en casa e hice mis cuentas: para gran alegría mía, tengo setecientas cincuenta libras, sin acreedores, lo máximo que he tenido nunca. A la iglesia por la tarde, yo solo. Allí vi que Pembleton entraba y miraba, pero viendo que mi esposa no estaba allí, salió. Dios mío, cómo temí que al ver que yo estaba

en la iglesia, él hubiera ido a mi casa con mi esposa: así de incapaz soy de protegerme de los celos, y durante todo el sermón estuve muy impaciente. En casa lo encontré todo bien, ninguna señal de que alguien hubiera estado. Así, con gran satisfacción, jugué y coqueteé con mi esposa.

1 de septiembre

Me levanto temprano y, después de un rato con mi viola, a la oficina, donde me firman un recibo por el tallado en mi casa, que esperaba pagar de mi cuenta y que me lo reintegraran más tarde. De todas formas, si a los demás no se lo pagó el Rey, en ningún momento me había propuesto yo hacerle pagar por mi vanidad.

4 de septiembre

Arriba temprano y una hora con mi viola. Luego por el río a Whitehall y a Westminster Hall, donde consigo la primera gaceta de noticias escrita por L'Estrange, que empieza esta semana: me parece un comienzo muy simple[30]. Después a hablar con la señorita Lane. Se muestra bastante interesada en que vaya a verla y gozar de su compañía como hace un tiempo. Me parece que si fuera recatada no debería hacerlo, viendo cómo la acosaba. Sobre la una fui a casa del señor Povey y nos sentamos a comer con su esposa, a la que no había visto antes (una anciana elegante que le aportó el dinero que le permite conducirse como lo hace). Tomamos gran cantidad de carne y bebida, aunque no bebí vino, a pesar de que me insistían mucho; todo estaba perfecto y él parecía el hombre más satisfecho que pueda haber en el mundo. Tras la comida nos llevó a ver sus nuevas bodegas, que ha hecho con un arco muy noble y estructuras para sus barriles y botellas. En una habitación adjunta tiene una gruta y una fuente, que en verano deben ser lo más agradable del mundo. Sin embargo, ver lo que se enorgullecía de todo y cómo reclamaba y esperaba muestras de admiración resultaba un poco molesto.

9 de septiembre

En pie al despuntar el día y a casa de *sir* W. Warren, con quien estaba citado; después de hablar y comer algo con él los dos por el río hasta Woolwich. Allí hicimos algunas gestiones y paseamos hasta Greenwich. Por

el camino, un muchacho nos adelantó con una estupenda copa torneada en madera de *Lignum Vitae*; el pobre chico reconoció que la había hecho su padre, que era tornero en el astillero del Rey, y nos contó que lo hace a menudo, que yo podría conseguir una y Dios sabe qué más; lo investigaré. Luego a casa de *sir* W. Warren otra vez, donde redactamos el contrato de los mástiles que nos va a vender. Después de comer me encontré con Ned Pickering, y estuvimos paseando tres o cuatro horas, hasta que se hizo de noche: me contó todo el asunto de la locura de milord con esa señorita Becke en Chelsea. Me avergüenza oír que milord está actuando burdamente, como un loco y un animal, echando a perder su honor, los amigos, los sirvientes, todo lo que es bueno solo por que no se perturbe su propia lujuria con esa puta vulgar. Lamento oír todas esas cosas tan sórdidas, pero creo que no tiene sentido intervenir, sino dejarlo seguir hasta que Dios Todopoderoso, su propia conciencia y los pensamientos respecto a su esposa y su familia lo hagan.

10 de septiembre

Arriba temprano y a la oficina, donde estuve toda la mañana redactando el gran contrato con *sir* W. Warren por valor de tres mil libras en mástiles. Pero ¡Dios mío!, hay que ver lo que podría hacer si fuera un rufián: todo, desde principio a fin, lo he arreglado fuera de la oficina, y ellos lo han firmado con una sola lectura por mi parte, sin la más mínima atención o consulta sobre calidad, precio, número o necesidad de los mismos, solo diciendo en general que es bueno tener una cierta provisión. Sin embargo, espero que gracias a mi esfuerzo el Rey haya obtenido la mejor adquisición de mástiles de los últimos veintisiete años. Me encontré al señor Moore, que me habla de la paz que se ha logrado en Tánger con los moros, aunque debe renovarse cada seis meses; también que el dique está trazado, que es posible que se construya fácilmente y que tendremos suficiente terreno para nuestro ganado y uso en los alrededores de la ciudad. Hoy nuestra cocinera (llevamos un tiempo sin suerte con las cocineras), que parecía una buena criada aunque no la mejor de las cocineras, se puso enferma y se marchó con su amiga; ha estado con nosotros solo cuatro días.

12 de septiembre

En pie temprano y por el río a Whitehall, y de allí a ver a *sir* Philip Warwick. Estuve hablando media hora en privado con él: le di satisfacción

respecto a los asuntos de la Armada y él a mí respecto al dinero entregado y debido a la Armada. Me asegura, con muchos detalles, que a *sir* G. Carteret se le han pagado las ochenta mil libras que hemos pedido hasta el día de San Miguel, lo que supone, estoy seguro, cincuenta mil más de lo que hemos gastado, sea lo que fuere lo que haya pasado con el dinero. A casa muy contento de haberle conocido: es un gran hombre, tan importante como el que más en Inglaterra y un contacto que intentaré merecer y mantener.

24 de septiembre

Por el río a ver a *sir* Philip Warwick, con el que estuve un buen rato; en la conversación me explica y me demuestra que el Rey no puede estar en este momento en deuda con la Armada por valor de cinco mil libras. Soy de la opinión de que *sir* G. Carteret le debe dinero al Rey y que la deuda de la Armada está pagada. Luego me marché, dudando de si había hablado con la gravedad con que debería en un tema tan serio. A la oficina por el río, donde ahora que no está el señor Coventry tenemos poco trabajo. Lo único, enfadarme al ver la pandilla de imbéciles que formamos cuando él no está aquí para poner en marcha los asuntos. Por la tarde le dije a mi esposa que iba a Deptford, pero me marché por el río a Westminster Hall. Allí encontré a la señorita Lane, me la llevé a Lambeth e hice con ella lo que quise, excepto lo principal porque ella no consintió, por lo que Dios sea alabado. Sin embargo, estuve tan cerca que me provocó y eché. Confío en el Señor en no volver a hacerlo mientras viva. Después, cansado de su compañía, la dejé en Whitehall y a la oficina, escribiendo cartas hasta casi las doce, en que volví a casa. Me encontré a mi pobre esposa trabajando duro: me dolió ver que estaba abusando de la pobre muchacha y que sería justo si Dios la hiciera mala conmigo para compensar el mal que yo le hago, aunque estoy decidido a no hacer nada parecido nunca más.

27 de septiembre, día del Señor

Por la noche cené bastante incómodo, pues me duelen mucho la cabeza y el pecho, y lo que más me molesta es que estoy casi sordo del oído derecho. Es un constipado que Dios Todopoderoso me envió en justicia mientras estaba divirtiéndome lujuriosamente con la señorita Lane el otro día, con una ventana rota a la altura del cuello. Me fui a la cama con un ponche, muy triste pensando en la pérdida de mi oído.

28 de septiembre

Reunión de los comisionados de Tánger: lord Teviot, junto con los capitanes Cuttance y Evans y Jonas Moore, enviado con ese fin, nos trajeron un espléndido boceto del dique que se construye allí. Afirman que es probablemente el lugar más sobresaliente que posee el rey de Inglaterra en el mundo, y puedo creerlo.

30 de septiembre

A la oficina hasta mediodía y a casa a comer. Por la tarde por el río al Comité de Tánger, con las cuentas de lord Teviot: me duele comprobar que cuando inspeccionamos sus cuentas ninguno de los hombres importantes del comité se opone a nada de lo que expone, por pura cortesía, así que ninguno de los inferiores se atreve a hacerlo y por tanto se aprovechan del Rey. Luego a casa y a mi oficina, donde estuve hasta tarde haciendo mis cuentas mensuales: bendito sea Dios, tengo setecientas sesenta libras, y eso que en ropas para mí y mi esposa y en otras cosas para su dormitorio he gastado este mes cuarenta y siete libras. En casa estaba nuestra nueva cocinera-criada, Elizabeth, a quien mi esposa no conocía de nada, pero viene recomendada por el señor Creed. Espero que salga buena.

6 de octubre

Dormí bastante bien. Mi esposa se levantó cerca de las cuatro a tocar la campana para que las sirvientas se pusieran a lavar y nos enfadamos porque tardó en despertarlas, así que voy a comprar una campana más grande. Seguimos durmiendo hasta las ocho y a la oficina, a una reunión general en la que se discutió la segunda reclamación de Cocke, respecto a la cual el señor Turner ha emitido directamente un recibo para que se le abone, y *sir* J. Mennes afirmó abiertamente que era conforme y que la había examinado. Sin embargo, es falso, pues faltan muchos justificantes y vimos que había motivos para descartar algunas de sus peticiones, y para bajar su comisión del cinco al tres por ciento. Así le ahorraremos algún dinero al Rey, al que el Controlador y su empleado habían renunciado claramente. Hubo más momentos de disputa en la reunión: cuando empezamos a hablar de los suministros de Warren, Pett afirmó que eran malos en general, y al entrar en este contrato de nuevo yo dije que había sido el más prudente y mejor que se

había hecho aquí y el único que se ha redactado en esas condiciones. *Sir* J. Mennes me replicó muy irritado que la madera de Winter, comprada a treinta y tres chelines la carga, era igual de buena y se había adquirido en las mismas condiciones. Le contesté que no era así, que tanto él como *sir* W. Batten habían sido engañados y que podía probar que la suya había sido la negociación más cara que se había hecho en el último semestre. Esto provocó palabras muy fuertes entre nosotros, pero puedo demostrarlo[31]. Después de comer, a Whitehall, al Comité de Tánger, pero, Dios, cómo me molestó ver que aprobaban las reclamaciones de lord Teviot por valor de diez mil libras; deseé mil veces no haber estado allí. A casa por el río con gran dolor y un rato a la oficina. Después, con *sir* W. Penn, y a casa a la cama. Vi que empezaba a tener problemas de gases, como en el pasado, y dolor al orinar. Me tomé un par de las pastillas del doctor Holliard que tenía.

7 de octubre

Hicieron efecto por la mañana, y me quedé en la cama. Un dolor tremendo que me impidió salir en todo el día. No pude echar ninguna ventosidad ni hacer de vientre después de que la purga terminara su efecto. Por la noche cogí un coche y fui a ver al doctor Holliard, pero no estaba en casa y regresé. No sé si es que el viaje me hizo bien o qué, pero con un buen fuego en mi habitación me tiré seis o siete pedos grandes y pequeños, y a la cama, descansando muy bien toda la noche.

8 de octubre

Por la mañana oriné bien, pero no vinieron más ventosidades, como solía pasarme en abundancia una vez que empezaba, ni tuve ganas de defecar. Fui a ver al doctor Holliard y me dijo que no tenía nada que ver con mi piedra, solo que mi constitución es estreñida. Me mandó unos polvos que tomé con vino blanco y estuve hasta las once de la noche esperando a que me hiciera efecto.

13 de octubre

Me levanté perfectamente, solo con un poco más de esfuerzo para hacer de vientre. Seguí bien toda la mañana, y por la tarde la deposición fue seca y normal, la primera así en los últimos cinco o seis días, por lo que Dios sea alabado. Me dicen que *lady* Castlemaine sigue siendo tan favorita como

siempre, y que el Rey cenó con ella la misma noche que vino de Bath. Cené y a la cama, encantado con mi casa y mi habitación roja, en la que mi esposa y yo tenemos intención de dormir siempre y tener un vestidor para que las doncellas estén cerca sin molestar.

14 de octubre

Después de la comida, con mi esposa a la sinagoga judía: los hombres y los niños con sus mantones y las mujeres detrás de una celosía, sin ser vistas. Hay algunas cosas colocadas, creo que sus leyes, en un armario ante el que se acercan y se inclinan. Cuando se ponen los mantones dicen algo a lo que los demás responden «amén», y todos besan el mantón. El servicio se hace cantando y en hebreo. Después sacan las leyes del armario portadas por varios hombres, cuatro o cinco, que se van turnando, y no sé si es que todos quieren llevarlas, pero van circulando mientras se canta. Al final rezan por el Rey, cuyo nombre pronuncian en portugués[32], pero la oración, como el resto, es en hebreo. Pero, Dios mío, menudo desorden, risas, bromas, falta de atención y confusión a lo largo de todo el servicio, más propio de salvajes que de gente que conoce al verdadero Dios. Desde luego nunca vi nada igual, ni podía imaginar que hubiera una religión practicada de forma tan absurda como esta.

17 de octubre

En la taberna del Delfín nos invitó el señor Gauden a una estupenda comida. Hablamos de la Reina, que está muy enferma, si no muerta, y han hecho venir a Whitehall a los duques de York.

19 de octubre

Cuando me desperté hacía mucho viento y le dije a mi esposa: «Ruego a Dios que no me entere de la muerte de nadie importante, con este viento tan fuerte», temiendo que la Reina hubiera fallecido. Me levanté y de camino a St. James me dijeron que *sir* W. Compton, que estaba algo enfermo en la última semana o dos, pero a quien vimos muy bien el viernes pasado por la noche en la reunión del Comité de Tánger, murió ayer. Me quedé extraordinariamente sorprendido, pues era, y todos lo dicen, uno de los hombres más válidos y dignos al servicio del Estado que podía haber en Inglaterra, y en mi conciencia lo era: de mejor temple, valor, capacidad

mental, integridad, nacimiento y diligencia que cualquier hombre que haya dejado atrás en los tres reinos, y todavía no tenía cuarenta años. También me dijeron que anoche la Reina durmió bastante bien cinco horas, que se despertó, hizo un gorgoteo y se durmió de nuevo, y que el pulso le late rápido pero no tanto como antes. Parece que estaba tan enferma que le afeitaron la cabeza y le pusieron palomas en los pies, y los sacerdotes le dieron la extremaunción, tardando tanto que los doctores se enfadaron. Todos dicen que el Rey está muy desconsolado y llora a su lado, lo que la hace llorar a ella; alguien me ha dicho que eso es un buen síntoma, pues elimina el reúma de la cabeza. Después de un rato con el Duque fui con *sir* W. Batten al café de Cornhill, donde se habla mucho de los movimientos de los turcos y de la plaga que ha llegado a Amsterdam, traída en un barco desde Argel, y que también ha llegado a Hamburgo. El Duque dice que el Rey se propone prohibir que esos barcos entren al río. También nos cuenta que algunos comandantes cristianos, franceses, se han pasado al servicio de los turcos, y que el rey de Francia aspira al Imperio y a conseguir la corona de España cuando muera su Rey, lo que parece muy probable[33].

20 de octubre

Arriba y a la oficina, donde nos reunimos. A mediodía con *sir* G. Carteret y *sir* J. Mennes a comer, invitados a casa del Alcalde. No se habló de nada extraordinario, pues cada uno estaba ocupado en su comida; me hubiera gustado beber algo de vino para calentar el estómago, pero me contuve por mi juramento. No obstante, luego me siento a gusto y satisfecho por ello, ya que me mantiene la cabeza despejada, y es una práctica que espero no abandonar nunca. Por la noche estuvimos mi esposa y yo en los aposentos de milord hablando con la señora Sarah sobre la Reina, y sobre cómo la cuida el Rey. Nos dice que la enfermedad de la Reina es la fiebre moteada, que tenía tantas manchas como un leopardo y que es extraño que no lo sepa más gente, aunque quizá no se trate de eso. Parece que el Rey se lo está tomando muy a pecho, pues ha llorado ante ella, pero a pesar de todo no ha dejado ninguna noche de cenar con *lady* Castlemaine; me lo creo, porque dice que su marido les ha preparado la cena todas las noches.

21 de octubre

He hablado con mi esposa de las molestias que ocasiona el que yo no vaya mejor vestido, por lo que he decidido ponerme más elegante. Entre otras cosas hemos acordado que tenga una buena capa de terciopelo, es decir, de paño forrado con terciopelo, y otras prendas a la moda, y una peluca, así que mandé a mi hermano a comprar terciopelo. Esta noche cuando llegué a casa comencé a enseñarle aritmética a mi esposa. Aprende muy bien y espero poder enseñarle con placer muchas cosas buenas.

22 de octubre

Después de comer ayudé a mi esposa con sus estudios y le enseñé algo más de aritmética, que aprende con gran placer y facilidad. Esta mañana, al oír que la Reina está peor, mandé que pararan la elaboración de mi capa de terciopelo hasta saber si vive o no.

24 de octubre

Arriba y a la oficina, ocupado toda la mañana con la reclamación del señor Gauden, y a mediodía con él al Delfín, donde nos divertimos mucho con las agradables historias del señor Coventry y de *sir* J. Mennes, que he copiado en mi libro de relatos. Luego, ya de noche, de camino a casa entré en la tienda de Wotton y me probé algunos zapatos, pero ninguno me venía bien. Finalmente, me compré unos en otra tienda. Después a mi oficina, donde despaché unas cartas, y a casa, a cenar y a la cama. Mi esposa me incomoda hablando de que está sola todo el día. No es otra cosa que el no tener nada que hacer, porque cuando estaba ocupada nunca o casi nunca se quejaba. También tiene un dolor en el sitio, que se le suele hinchar, y lo que me preocupa es que se lo provoque lo que yo le he hecho, pues solo le pasa después de haber estado conmigo. La Reina, en proceso de recuperación.

26 de octubre

A Westminster Hall con Creed. Allí estuve paseando y viendo a bastante gente, entre otros al doctor Pearse, que me dice que la Reina va camino de curarse aunque sigue con delirios, y que habla con vaguedad, no durante los ataques, sino todo el tiempo; a veces esto dura una semana si la fiebre ha sido muy alta, pero otras es ya para siempre. Luego Creed y yo a comer, con mucha y buena compañía. Dicen que los turcos siguen avanzando, que el rey

de Francia se ofrece a ayudar al Imperio con la condición de ser él el *Generalissimo* y de que su Delfín sea elegido rey de los Romanos: hablan de que el rey de Francia ha provocado este enfrentamiento entre los príncipes cristianos del Imperio, que favorece a los turcos. También, que el rey de España está reuniendo de nuevo todas las fuerzas imaginables contra Portugal. De allí Creed y yo al Temple a un par de tiendas de pelucas, muy descontentos con una que vimos en la de Jervas por la mañana: un montón de grasiento pelo de vieja. Creo que en el Temple conseguiré una bien hecha. Hablando hoy del Emperador[34] en la mesa, un joven caballero dijo que era un burro, pues no atendía a nada relativo al gobierno, sino que se dejaba guiar por los jesuitas. Algunos se le enfrentaron: unos por decir que era un burro por ser guiado por los jesuitas, que son el mejor consejo que puede tenerse. Otro militar, un coronel escocés [decía], que era un hombre que hasta ahora había mantenido a los turcos a raya. Finalmente el señor Progers, uno de nuestros cortesanos, le dijo que no debía llamar burro a ningún príncipe soberano, fuera cual fuera su debilidad; creo que estuvo muy bien dicho.

28 de octubre

Esta mañana vino a verme el señor Blackborne y me contó las quejas de Will respecto al trato que recibe de mi esposa. Como yo vi que era una actuación de parte de su pariente más que una consulta propia, le dije sinceramente lo que pensaba, aunque de forma amistosa, y hemos acordado que se busque alojamiento en otra parte.

29 de octubre

Hoy es el *día del Alcalde*, *sir* Anthony Bateman. Esta mañana me trajeron a casa mi nueva capa. Está forrada con terciopelo y tiene un buen paño por fuera, la primera de esa clase que tengo en mi vida, y ruego a Dios que no sea demasiado pronto para empezar a usarla. Hice que me la trajeran hoy pensando en llevarla a la comida, pero creo que será mejor ir sin ella, por la muchedumbre. Esta mañana al vestirme busqué una cinta y vi que todas las que había limpias estaban tan mal planchadas que las arrugué, las tiré al suelo y me enfadé con Jane, lo que entristeció a la pobre muchacha; me sentí mal después. Me preocupa pensar que he gastado treinta y dos libras y doce chelines este mes.

30 de octubre

En coche con mi esposa a la Lonja Nueva, donde compré y pagué varias cosas; de vuelta pasé por las pelucas, donde le enseñé a mi esposa la que me han hecho, que le gusta mucho. A casa de mi hermano y a comprar un par de corpiños para ella; a casa y a la oficina hasta tarde. Después con mi esposa para seguir con las clases de aritmética. A cenar y a la cama. La Reina se va recuperando deprisa, pero todavía tiene la cabeza ligera. Preocupado al pensar en mis grandes gastos recientes, y lo que falta en ropas, pero creo que está bien gastar un poco más en eso, pues me doy cuenta de lo que he sufrido hasta ahora por no ir vestido de forma acorde con mi posición. Después de hablar un rato de aritmética con mi esposa, a la cama.

31 de octubre

Arriba y a la oficina; a mediodía vino Creed a comer conmigo y cuando terminamos le mostré mi capa de terciopelo y otras prendas que he comprado recientemente, que le gustan mucho. Me ha dado su opinión respecto a algunas, pues estoy decidido a ir más elegante de lo que he ido hasta ahora. Luego a la oficina, ocupado hasta la noche, y después a preparar mis cuentas mensuales, con las que estuve hasta las diez o las once: para gran pena mía, tengo cuarenta y tres libras menos que el mes pasado. Mi mayor problema y el de mi esposa es la casa, muy en desorden por culpa de este Will, que corrompe a las doncellas con su lengua y sus modales, pero lo vamos a arreglar haciéndole salir de la casa. Voy a darle veinte libras más al año para su manutención. He llegado a un arreglo con Tom Trice: pagarle cien libras; es mucho dinero, pero espero que me ahorre bastante más. Así que todo disminuye, lo que tengo y lo que es probable que tenga. He de esforzarme para conseguir algo más que mi salario, o si no tendré que dedicarme a vivir bien y morir como un mendigo.

2 de noviembre

En pie y en coche a Whitehall. En la galería alfombrada me encuentro con *sir* G. Carteret, *sir* J. Mennes y *sir* W. Batten; al rato pasa el Rey con tres o cuatro acompañantes y en cuanto nos ve dice: «Aquí está la Oficina de la Armada». Y siguió andando, al menos veinte vueltas por la galería, aunque creo que hablaba de cosas corrientes. Cuando llegó el Duque, se fueron los dos a los aposentos de este. El Rey estuvo allí tanto tiempo que no pudimos

hablar con el Duque, así que nos marchamos. Oí decir al Duque que va a usar peluca, y dicen que el Rey, también. Nunca hasta hoy me había dado cuenta de que el Rey tiene muchas canas. Después de cenar estuve hablando con mi esposa: por algún motivo ella creía haber pillado a Jane en una mentira y me lo dijo como un gran triunfo, pero como yo no vi ninguna razón concluyente para pensar que fuera así, me enfadé y se lo dije. Nos cruzamos palabras muy fuertes y subí a mi habitación. Ella me siguió, llamándome pérfido y hombre sin conciencia y no sé qué más, lo que me molestó mucho. Aunque puedo atribuirlo en parte a su apasionamiento, creo que algunas cosas de las que decía estaban en su corazón. Sin embargo me mostré bastante templado, así que cuando nos fuimos a la cama enfadados, ella empezó a ceder y a ser más cariñosa. Como yo quería estar en paz, nos reconciliamos pasadas las doce.

3 de noviembre

Arriba y a la oficina, y a mediodía al café, donde escuché una larga y apasionada conversación entre dos doctores, uno de los cuales era el doctor Alien, a quien conocí en Cambridge, y un par de boticarios: estos defendían la química frente a aquellos, partidarios de la medicina galénica. Al final se calmaron, nos separamos, y yo a casa. Al rato vino Chapman, el fabricante de pelucas, y como me gustaba la que trajo, sin más dilación subimos y me cortó el cabello. Me dolió un poco desprenderme de él; sin embargo, al terminar me puse la peluca, le pagué tres libras y se marchó con mi pelo para hacer otra. Hice que me vieran las sirvientas y todas dijeron que me sentaba muy bien, aunque a Jane no le hizo gracia que me hubiera cortado el cabello, y lo mismo pensaba Besse.

4 de noviembre

En pie y a mi oficina, mostrándome ante *sir* W. Batten y *sir* J. Mennes, que no prestaron demasiada atención a mi peluca, como yo me temía.

6 de noviembre

Cuando me desperté esta mañana, mi esposa me dijo bastante en serio que iba a quedarse embarazada de la noche anterior. Si es cierto, que venga; será bienvenido. Después de pasear un rato por la galería larga, a los aposentos de milord: me dice que mi padre le pidió que hablara conmigo sobre darle algo a

mi hermana, y yo me enfado al ver que molesta a milord con estas cosas, pero es una buena ocasión para contarle mi situación, de lo que me alegro. Luego empezamos a hablar de la Corte, y me cuenta que el señor Edward Mountagu vuelve a mostrarle respeto después de haber intentado salpicarle, pero está decidido a no volver a admitirle otra vez como amigo. Me dice que con *sir* H. Bennet, el duque de Buckingham y su esposa formó un grupo para conseguirle al Rey la señorita Stewart, pero que es una fulana astuta, que la Reina Madre le asesora desde Somerset House y también su madre, así que todo el complot se ha ido al traste y el grupo se ha disuelto. Esta mañana vino a verme el señor Blackborne para decirme que ha encontrado un buen alojamiento para su pariente [Will], por lo que cuando yo quiera puedo hacerle ir; le contesté que hablaría con él en uno o dos días.

8 de noviembre, día del Señor

Arriba, y como es tarde, a la iglesia sin mi esposa. Vi entrar a Pembleton con la suya, una bonita mujer, y al rato llegó mi esposa sola, lo que me enfadó. El que entrara con la peluca no le pareció tan extraño a la gente como me temía, pues yo pensaba que todos los ojos se fijarían en mí, pero no pasó tal cosa.

9 de noviembre

En coche a Whitehall, donde me encontré a mis compañeros y fuimos a ver al Duque, quien nos dijo al entrar que el señor Pepys estaba tan cambiado con su peluca nueva que no le había reconocido. En Westminster Hall me encontré con el señor Pearse, el cirujano, y entre otras cosas me preguntó en serio si sabía algo de que milord no gozaba ya del favor del Rey: me dijo como algo seguro que el Rey ha notado que milord vive oscuramente en un rincón, que no es él, que vive de forma no acorde con la posición de honor que ha conseguido. Lamenté oírlo, y es cierto que milord ha hablado mucho con su gente (según me han contado) de la poca seguridad de los favores de los príncipes, y que su tristeza le aleja de la Corte, por lo que tengo dudas. Aunque me muestro completamente ajeno a esto, lo utilizaré. También me contó lo relajada que está la Corte, pues nadie se ocupa de su trabajo, sino que todos se mueven por la lujuria y la ganancia; que el Rey está embobado con la señorita Stewart, que se la lleva a un rincón y se pasa media hora besándola a la vista de todo el mundo; ella ahora ya se queda sola y lo espera, como solía

hacer *lady* Castlemaine, con la que, dice, sigue siendo amable, pues al parecer continúa viéndose con ella de vez en cuando, aunque con menos interés que antes. Sin embargo, se piensa que esta muchacha es tan sutil que no le deja hacer más de lo que a ella le parece seguro, y le tiene tan obsesionado que se piensa que si la Reina hubiera muerto ya se habría casado con ella. Por la noche Will me dijo que su tío quería verme. Fuimos a su casa y a una taberna cercana, donde empecé a hablar de forma amistosa con Will, dándole consejos sobre cómo comportarse ahora que va a vivir fuera de mi casa, sin entrar en los motivos que originaron su marcha. Esto lo secundó su tío, que estuvo un cuarto de hora o más hablándole de sus deberes hacia mí y de lo que yo esperaba de él; después acordamos que se fuera esta semana y dejamos que se marchara. El señor Blackborne y yo nos pusimos a hablar de muchas cosas, yo con una gran franqueza; estoy muy de acuerdo con sus opiniones en casi todo. Primero, en la religión: considera que es prudente que los reyes sean tolerantes respecto a la libertad de conciencia. Estoy convencido, y no solo por lo que dice, sino que yo también lo pienso, que los sacerdotes nunca serán queridos por la gente normal en Inglaterra: tan acostumbrados están a la libertad y tan familiarizados con el orgullo y la disipación de la Iglesia actual. Me cuenta muchas historias sobre las afrentas que reciben los sacerdotes de las parroquias de toda Inglaterra, tanto por parte de gente corriente como de caballeros. Me dice lo que se piensa en Londres de Monck: que es un malvado que ha engañado a todo el mundo, y también al Rey, para quien habría sido mejor tener las manos un poco más atadas en el presente que haberse visto obligado a traer a esa panda de pobre gente que le rodea, forzado a satisfacer todas sus exigencias. De allí pasamos a hablar de la Armada, y en concreto de *sir* W. Penn, de cuyo ascenso a general quise ser informado. Me dijo que siempre fue un hombre muy engreído, que sabía mostrar su mejor cara y que fue su manera de fingir santidad lo que le favoreció.

16 de noviembre

Arriba, y en coche a Whitehall, donde por segunda vez el señor Coventry se defendió ante el Duque frente a las acusaciones, demostrando con los muchos testimonios que aportó que no hizo nada que los secretarios de los lores almirantes no hubieran hecho antes, aunque no lo aprueba. Además, como no ha recibido ninguna instrucción del Duque, no se ha excedido en las cantidades percibidas. Por la noche vino el doctor Holliard y nos pusimos a

tratar de determinar la enfermedad que mi esposa tiene en sus partes. La inspeccionó: parece que la gran confluencia de humores que ha padecido allí hasta ahora, y que solían inflamarse, han dejado una oquedad al romperse que ha crecido más y más, hasta tener ahora casi tres pulgadas de profundidad. Sin embargo, Dios ha querido que no entre en el cuerpo, sino que se mantiene bajo la superficie de la piel, por lo que tiene que abrirla a todo lo largo. Tengo dudas de que mi corazón resista que le haga eso, y sin embargo ella no quiere que se lo haga otra persona, ni siquiera sus doncellas. Por tanto, tengo que hacerlo por ella, pobrecilla. Lo hará mañana por la noche.

17 de noviembre

En casa le leí al señor Moore la carta que le he escrito a milord dándole cuenta de cómo todo el mundo, en Londres y en la Corte, habla de él y de su forma de vida, en esa casa tan pobre y mala, para su desgracia. El señor Moore concluye que está tan bien escrita que de ninguna forma me permitiría no enviarla, asegurándome que, a su juicio, no puede más que granjearme su cariño y no que se sienta ofendido, que es lo que yo temo. Se ofreció a enviarla de su mano, como si viniera de él, pero no estoy dispuesto a que le llegue (si es correcta) de otra parte que de mí. Cuando se fue hice una copia en taquigrafía y sellé la carta para que Will se la lleve mañana. En casa estaba el señor Holliard por lo de mi esposa. Ella seguía en la cama y los dos solos le miramos las partes otra vez. Piensa que, aunque no le haría mucho daño, ella tiene tanto miedo que, pensándolo bien, una instigación con calor podría valer.

18 de noviembre

Después de comer vino *sir* W. Batten, le dejé a cargo de la paga de otro barco y volví a casa andando, leyendo un pequeño libro de poemas de Cowley que me ha dado su hermano. En mi oficina hasta tarde; luego vino el doctor Hollier, con tanta conversación y tanto latín que pienso que lleva alguna copa, aunque no lo sé: no para de hablar, defendiendo a Calvino y Lutero. Cuando se marchó, a mi oficina un rato y después a la cama. Hoy mandé a milord mi gran carta de reprobación por medio de Will, que le entregó en mano.

> Milord, Espero de verdad que no rechace usted ni la forma ni la materia de este escrito. En mi defensa respecto a la primera puedo alegar mi doble intento de entregarla en persona desde que usted volvió de Hinchingbrooke, y en ambas ocasiones fueron sus circunstancias y no mis dudas las que me lo impidieron; como ahora temo un nuevo retraso si soy enviado

repentinamente a Portsmouth, considero contrario a las obligaciones que con usted tengo el exponer la seguridad de su honor a la inseguridad de mi regreso. Respecto a la materia (milord), es tal que si pudiera en alguna medida considerar seguro ocultarla no habría osado hacerme eco de algo que de todo corazón considero falso, convirtiéndome en relator de discurso ajeno. Sin embargo, señor, siendo vuestro honor como yo pienso que debería ser y viendo que tanto en la ciudad como en el campo se dicen cosas que van en vuestro perjuicio, de forma tan extendida que ni yo ni nadie excepto usted podría controlarlas, cumplo mi deber exponiéndolas brevemente. Gente de todas las condiciones, milord, se extraña de su escasa presencia en la Corte, y algunos piensan por ello que ha perdido usted el favor. Otros, milord, han dicho que ahora que habéis tenido vuestra ración y que el Rey os ha premiado con buenas propiedades, le habéis dejado para que resista o caiga por su cuenta. Otros (los más) insisten en la mala reputación de la casa en la que usted (cuya salud ha vuelto a ser perfecta) sigue habitando, atribuyéndola a una de las hijas, que es tenida por una vulgar cortesana. Se han mencionado lugares y nombres, para escándalo de usted, que al mismo tiempo alegran a sus enemigos y hieren a más amigos de los que puedo decir. Finalmente (milord), encuentro cierta frialdad general en todo el mundo hacia usted, tal que nunca he conocido desde que dependo de usted, respecto a la que no me propongo ofrecerle ningún pensamiento o consejo, pues sé bien que usted no los necesita. Sin embargo, con la más fiel seguridad en que nadie conoce lo que estoy escribiendo, quedo confiado en su justa interpretación de mi intención con esto, y con toda humildad me despido.

Plázcale a usted.

Su más obediente sirviente,
S. P/.
Noviembre, 17,1663

Ruego a Dios que bendiga esto, aunque confieso que temo las consecuencias que pueda tener para mí, buenas o malas, lo que dependerá de la actitud con que la reciba. Sin embargo, creo que le hará bien, y la necesita.

21 de noviembre

A mediodía recibí una carta del señor Creed con un regalo, un vestido indio de muchos colores para mi esposa. La carta está escrita de forma extraña, exagerando lo valioso del regalo y reconociendo poco los servicios que le he prestado en el pasado. Confieso que esperaba algo mejor de él después de mi ayuda en lo de su reclamación. Tras ir al Tesoro me acerqué en coche a Ludgate y averigüé que ese vestido puede valer entre doce y quince libras. Sin embargo, yo esperaba al menos cincuenta. Así que por la noche le escribí una carta diciéndole claramente lo que pensaba. Después me puse a escribir mis cartas y, cuando terminé, a casa, a cenar y a la cama, bastante apaciguado por haber escrito a Creed, y más porque esta tarde he recibido diecisiete libras en el Tesoro por las que aboné hace un año al tallador que hizo los trabajos en mi casa. Tenía el propósito de pagarlo yo mismo, pero como otros lo hacían pensé que no estaría mal si yo actuaba igual, aunque me temo que esto nos traerá algún perjuicio más adelante.

22 de noviembre, día del Señor

Me levanté muy temprano y cogí un coche hasta los aposentos de milord, a quien encontré preparado para salir hacia la capilla. Al llegar me dijo con gesto muy serio que había recibido mi última carta, que había advertido mi preocupación por él y por su honor y que me agradecía la parte en que yo digo que de corazón creo lo contrario a lo que cuento como conversación de otras personas, pero como mi intención no era el reproche sino la información, y para que él juzgara respecto a su actividad personal, tendría que decirle de qué personas he recogido los distintos detalles sobre los que insistía. Podría haberme excusado en esto, pero viendo que iba muy en serio me vi obligado a hacerlo y le mencioné al señor Pearse, el cirujano, respecto a que se hablaba de él en la Corte; a una criada que tuve que vivió en el Colegio de Chelsea [Mary Ashwell]; al señor Pickering respecto a la información sobre la joven, y también al señor Hunt, de Axe Yard, cerca de donde ella se alojaba. Le dije que todo Londres hablaba de su abandono de sus asuntos, y muchas veces le repetí que mi intención era correcta, y así lo aceptó. Lo que más me preocupó es que defendió la cortesía de la casa y de la joven dama, lamentando los reproches que se le hacían. Dijo que estaba decidido a coger una casa con la intención de vivir de otra forma, pero no para agradar a nadie o para detener las murmuraciones, sino para hacerlo como a él le gustaba. Sin embargo, creo que lo dijo para que me pareciera que no le guiaba lo que yo había escrito. Al final no pude evitar llorar ante él, lo que me avergüenza ahora, aunque no veo que pueda atribuirlo a otra cosa que a mi afecto y buenos deseos hacia su persona.

23 de noviembre

En el Patio de San Pablo encargué *Collections*, de Rushworth y *Acts of the Long Parliament*, de Scobell, por las que haré que pague el Rey, como gasto de oficina, y así no rompo mi voto[35].

26 de noviembre

Parece que la plaga crece más y más en Amsterdam, y vamos a hacer que todos los barcos que vengan de allí, de Hamburgo o cualquier otro lugar infectado cumplan la cuarentena (de treinta días, como dijo *sir* R. Browne el otro día, en contra del significado de la palabra, aunque en general se acepta

que ahora significa el hecho, no el tiempo que se emplea) en Hole Haven, algo que nunca hemos hecho antes.

28 de noviembre

A mediodía a la Lonja, donde me encontré al señor Pearse, el cirujano, que me dio la buena noticia de que lord Sandwich ha decidido no ir más a Chelsea; piensa que le he dado algún consejo, lo que ni negué ni afirmé, aunque le mostré mi satisfacción. Después a casa a comer y más tarde al Patio de San Pablo, donde repasé la segunda parte de *Hudibras*, que no compré sino que pedí prestada, para ver si es tan buena como la primera, lo que afirma con entusiasmo la gente, aunque a mí no me gusta pese a que la he leído dos o tres veces para convencerme de su ingenio. Ya me lo habían contado pero hoy me lo dan por cierto: en Holanda han dibujado públicamente a nuestro Rey con burla. Una vez con los bolsillos dados la vuelta, colgando vacíos; otra, con dos cortesanos robándole de los bolsillos, y una tercera con dos damas, mientras otros le engañan.

29 de noviembre, día del Señor

Esta mañana me puse mi mejor traje negro, con borde de cinta escarlata, muy pulcro, con mi capa forrada en terciopelo negro y un nuevo sombrero, muy noble todo, con los cañones tejidos de seda negra que compré hace mi mes. Fui solo a la iglesia y allí vi a la señora Batten con un vestido de terciopelo. Me molestó que tuviera uno antes que mi esposa y el no poder comprarle uno a ella, pero lo que no puede ser, no puede ser. Sin embargo, cuando llegué a casa se lo conté a mi esposa, y para que se vea mi debilidad estuve a punto de ofrecerle uno. Pero lo pensé mejor, además de que no sería bueno intentar hacer lo mismo que *sir* W. Batten y su esposa, porque él tiene un buen patrimonio además de su trabajo. A mi oficina toda la velada, haciendo mis cuentas del mes, y, bendito sea Dios, he subido de nuevo a setecientas setenta libras, lo máximo que he tenido nunca, con buenas ropas y muchas otras cosas, lo que es una gran merced de Dios conmigo. Luego a casa, a cenar y a la cama.

7 de diciembre

Arriba temprano; fui andando hasta Whitehall en una mañana helada, no sin miedo a que me viniera el dolor. Me cuentan y veo que anoche hubo la mayor marea en el río que se recuerda en Inglaterra: todo Whitehall se inundó, lo que es muy comentado. Cuando nos reunimos subimos a ver al Duque y nos pusimos a trabajar. Al rato entró lord Sandwich, y no sé si son mis dudas pero creo que no me hizo ninguna señal de cortesía o respeto, lo que me preocupa más que nada en el mundo. Después fui al Temple en coche con *sir* W. Batten y el capitán Alien, pero como estaba muy preocupado por lord Sandwich volví a Whitehall para verle y así comprobar cómo me recibía. No estaba allí, pero me encontré al doctor Clarke, al que hablé sobre mi salud y de cómo me viene el dolor estos días; me recetó algo que me tomaré cuando encuentre ocasión. La Reina está bastante bien y sale de su habitación a su capilla en palacio. Parece que el rey de Francia ha alquilado sesenta barcos a los holandeses, pero no se dice con qué intención.

8 de diciembre

Cuando vino lord Sandwich tratamos sobre el asunto de las reclamaciones de lord Teviot, donde tuve ocasión de intervenir varias veces, y a milord pareció gustarle. Cuando terminamos me dijo buenas noches con un tono que no me pareció tan desagradable como me temía, pero encontraré la forma de comprobar si es así o no.

9 de diciembre

Me quedé un rato en la cama por miedo al dolor; luego me levanté y al retrete (después de mi esposa, que me hubiera obligado a estar mucho tiempo y muy derecho) muy bien, y cuando me arreglé, a la oficina. Estando allí me llamaron de parte de mi esposa; volví y me la encontré con un dolor muy fuerte de los suyos. Luego salí a comprar un brasero para mi oficina y encontré uno a mi gusto en el mercado de Newgate, así que cuando me crucé con uno de los hombres de Foley[36], le dije que lo sirvieran en la oficina a cargo del Rey. Hoy la señora Russell le regaló a mi esposa un San Jorge de alabastro que quedará muy bien en su habitación. Esta noche, después de escribir mis cosas del día, vino a la oficina mi primo Angier de Cambridge, pobre hombre, a suplicarme: consiguió que le prometiera que iba a meter a su hijo en un barco como *Reformado*, de lo que me encargaré. Hay que ver qué fácil es para alguien olvidar la amistad en tiempos de adversidad; me alegré

mucho cuando se marchó, por miedo a que me pidiera que le avalara o le prestara dinero.

10 de diciembre

Me levanté bastante bien, pues el tiempo es cálido de nuevo, y fui a la oficina, donde estuvimos reunidos toda la mañana. Tengo que confesar que como el otro día recibí un regalo de la señora Russell me sentí un poco incómodo porque no le hemos comprado a ella cierta cantidad de sebo (que adquirió ex profeso ayer y de forma aventurada pensando que nos lo iba a vender a nosotros, lo que le ha supuesto perder dinero). Así de difícil es para cualquiera enfrentar su voluntad al deber y a los intereses de su dueño si recibe un soborno o un regalo de otra persona, aunque no sea como soborno. Sin embargo, debe conformarse y haré algo por ella cuando pueda, sin perjudicar al Rey. Luego a casa a comer con mi esposa, que está en la cama, pero bastante bien; bebí un vaso de vino y cerveza, por celebrar que hoy es el día más corto del año. Vino un mensajero diciendo que mi hermano está enfermo y no sale de casa. Fui a verlo: estaba abajo y no ha estado bien, pero no enfermo. De allí al Patio de San Pablo, a mi librero: como hoy he obtenido unos cuarenta chelines en la oficina por la papelería del Rey, estuve dos o tres horas preguntando por unos veinte libros para gastarme el dinero en ellos, pero no podía decidirme. Observo que está en mi naturaleza el desear volver a gastar en esto. No sabía si hacerlo en obras de placer, como las de teatro, que tanto me gustan, pero al final elegí *Worthys*, del doctor Fuller; *The Cabbala, or Collections of Letters of State* y un pequeño libro, *Delices de Hollande*, junto con otro par de libros, todo para buen uso y placer serio, y *Hudibras*, las dos partes, el libro de humor más de moda ahora, aunque confieso que no logro encontrarle el ingenio.

11 de diciembre

Saldé mis cuentas de sombreros con el señor Holden. Luego al Patio de San Pablo, donde estuve un rato con mi librero; en una tienda compré el testamento del cardenal Mazarino en francés. Después al café, donde hablé un buen rato con un comerciante de hierro que me expone el gran daño que supone desanimar su producción en nuestro país por la comodidad de permitir a los suecos traerlo; ya traen tres veces más que antes, la mitad de nuestras fundiciones ha desaparecido y la otra mitad está a punto de hacerlo. Luego me

senté con el señor Harrington y algunos comerciantes con el Este con los que hablé de la zona alrededor de Kónigsberg[37]. Tarde a cenar en casa, y muy contento por los buenos consejos que me ha dado mi esposa sobre ir a menudo y estar mucho tiempo en el retrete, pues he vuelto a un ritmo natural de deposición, y tan bien como siempre; ruego a Dios que siga así.

12 de diciembre

Esta mañana hubo un gran enfrentamiento entre el señor Gauden, secretario de Avituallamiento de la Armada, *sir* J. Lawson y el resto de comandantes que van a marchar contra Argel en relación con el pescado y la observancia de la Cuaresma: el señor Gauden insiste mucho en que se respete, pues es lo único que le compensa los gastos del resto del año[38]. A mediodía fui a casa y me enteré de que ese tal Abrahall que quiere meterse en el aprovisionamiento de los buques le ha regalado a mi esposa un vestido japonés. Nos gusta mucho a los dos y viene muy bien, pero no sé qué hacer con él, pues tengo obligaciones con la señora Russell y estoy ya en deuda con los dos. A la Lonja, donde había quedado con Luellin[39], y nos fuimos a comer. Me estuvo contando que el señor Deering le ha pedido que hablara conmigo, que si yo ponía ciertos suministros en sus manos me daría cincuenta piezas. Aún más: que si le ayudaba a conseguir una patente como comerciante del Rey me daría doscientas libras al año de sus beneficios. Me alegró oír esto, pero le respondí simplemente que de ninguna manera consentiría en ser sobornado para cometer injusticias en mis tratos, aunque no era tan remilgado como para no aceptar el reconocimiento de la gente cuando tenía la suerte de que con mi esfuerzo conseguía tratos buenos y justos, así que no llegaría a ningún acuerdo con él, pero me esforzaría en prestarle mis servicios y esperaría su consideración al respecto más adelante, según considerara conveniente. Así que aguardo noticias.

14 de diciembre

Crucé Whitehall para ver qué se hacía allí, pero como no encontré a nadie conocido fui por el jardín a los aposentos de lord Sandwich y observé que había llegado antes que yo (lo que ni quería ni esperaba); estaba practicando algo de música y se ha propuesto componer un himno en tres partes, no sé si para la capilla del Rey, pero parece muy volcado en ello. Sin embargo, me molestó oírle jurar «por Dios» y otras cosas sin motivo, lo que me parece muy

incorrecto. Cuando terminó la música me saludó con el sombrero, sin mostrar actitud alguna, y se marchó sin decirme nada. Después estuvimos hablando un buen rato el señor Howe y yo: me dice que es cierto que estuvo muy enfadado un tiempo después de mi carta y que se mostró despectivo muchas veces cuando él le mencionaba mi nombre, pero que ahora está de buen humor. Cree que me respeta tanto como antes, y no desea que me abstenga de verle. Después de todo me conforta que tras tantos años de servicio sea esto lo que le haya enemistado conmigo. Luego en coche a casa y a mi oficina, donde estuve hasta la noche hablando con el capitán Taylor del mantenimiento de los mástiles. Cuando se marchó vino *sir* W. Warren, que me habló muy bien del mismo asunto, y lo he apuntado todo. Me contó también que estuvo recientemente en Chatham, y, hablando de sus mástiles, el comisionado Pett dejó caer algunos comentarios malvados sobre mi pretensión de saber tanto de mástiles como el que más. Sé que viene de algo que le dije: que sabía medir una pieza de madera tan bien como cualquiera de los empleados del Rey. Desde luego le tendré como una oveja negra un buen periodo, a pesar de sus buenas palabras hacia mí, y quizá le haga saber que mi ignorancia le hace tanto bien al Rey como todos sus conocimientos, los cuales, es cierto, harían mayor bien si fueran mejor empleados.

21 de diciembre

Me acerqué a Shoe Lane a ver una pelea de gallos en un foso nuevo que hay allí, un deporte que nunca he visto. Dios mío, qué variedad de gente, desde parlamentarios (por nombrar, Weld, que fue director auxiliar de la Torre cuando Robinson era alcalde) hasta los aprendices más pobres, panaderos, cerveceros, carniceros, carreteros y lo que sea, todos juntos gritando, maldiciendo, insultando y apostando. Me cansé enseguida, y nunca lo vería más de una vez: era extraño el comportamiento de esas pobres criaturas, que luchan hasta caer muertas sobre la mesa y no paran de golpear, sin intentar huir cuando están cansadas o heridas hasta más no poder. A veces un gallo que estaba diez a uno en contra da un golpe afortunado por casualidad, y deja al otro muerto al instante. Lo más extraño era ver cómo gente de tan pobre clase, que parece que no tienen ni para echarse un trozo de pan a la boca, apuestan tres o cuatro libras de una vez, las pierden, y sin embargo apuestan otro tanto a la próxima batalla (como llaman a cada combate entre dos gallos), de manera que alguno pierde diez o veinte libras en una tarde. De allí en coche a casa de milord, al que encontré con el capitán

Cocke y sus chicos tocando y cantando el himno que ha escrito para la capilla del Rey. Cuando terminó la música milord partió hacia Whitehall y fui con él. Le pedí que me dejara su coche para acompañar al cortejo fúnebre de mi primo Edward Pepys el miércoles próximo, lo que me concedió al momento, aunque no se presta todavía a usar el estilo familiar que solía conmigo, ni puedo esperarlo. Yo buscaba una ocasión como esta para comprobar si me lo negaba o no, lo que creo que hubiera hecho si sintiera desconfianza hacia mí. No poco satisfecho, volví a casa de milord y me llevé a W. Howe a comer. Por el camino hablamos de milord, que ya es otro hombre, por lo que Dios sea alabado. Me dice que comprobaré cómo vuelve a tratarme igual que antes, de lo que tengo esperanzas, pero debo tener cuidado con él, me refiero a W. Howe y lo que le confío, porque veo que no es tan discreto como pensaba: le ha dicho al capitán Ferrer lo de mi carta y eso me preocupa, pues temo que milord crea que he sido yo quien se lo ha contado.

25 de diciembre, día de Navidad

Un buen rato hablando con mi esposa en la cama, muy a gusto, pero se puso, no sé si por casualidad o intencionadamente, a decir que qué haría si yo muriera por accidente. Le di una respuesta ligera, pero aprovecharé para hacerle alguna concesión en un testamento que escribiré en cuanto pueda. Arriba y a la iglesia, donde el señor Mills hizo un sermón normal; luego comí en casa, con gran placer, con mi esposa. Por la tarde estuve primero mirando por la ventana a los chicos que jugaban en nuestro patio de atrás, lo que me recordaba tiempos pasados; después miré los globos con mi esposa, con mucho placer y buen propósito, pues será agradable para nosotros que entienda estas cosas. Por la noche a la oficina, donde estuve hasta tarde leyendo a Rushworth, que es una excelente colección sobre el principio de las últimas luchas en este reino; a casa, a cenar y a la cama, muy satisfecho.

28 de diciembre

Arriba y en coche a casa de milord, pero no estaba. Cuando paseaba por Whitehall oí que el Rey estaba jugando al tenis, así que fui a su nueva pista. Le vi jugando con *sir* Arthur Slingsby contra lord Suffolk y lord Chesterfield. El Rey ganó tres sets y perdió dos, y jugó muy bien, pienso. Fui a comer y vi a Creed, pero nos encontramos, comimos y nos separamos sin más que un «¿Cómo estás?». Después de comer andando a ver al doctor Hollier, al que

pagué tres libras por sus medicinas y por lo que le hizo a mi esposa de su mal ahí abajo. No se puede decir si se ha curado para siempre, pero dice que nunca tendrá gravedad, aunque supure un poco de vez en cuando. A casa, y ella ha salido con Will a que le quiten una muela que parece que le ha estado doliendo mucho durante todo el día. Por la noche llega a casa sin ella, muy bien.

29 de diciembre

Toda la mañana en la oficina. A mediodía a la Lonja; allí me encontré al señor Pierce, el cirujano, y me lo traje a casa a comer. También a Luellin y Mount, y lo pasamos bien en la comida, aunque hablaban de forma tan inmodesta que me sentí incómodo con ellos. Al terminar, Luellin me hizo subir a mi habitación para darme cincuenta libras por el servició que le presté, aunque no fue tan grande como él esperaba ni como yo pretendía. Sin embargo, le dije que yo no vendería mi libertad a nadie, y que si él me diera algo a través de otra persona me esmeraría por merecerlo, pero nunca se lo agradeceré ni reconoceré haber recibido nada, a lo que me contestó que le parecía razonable. También le dije que ni esto ni otra cosa me obligaría a hacer algo que no fuera a favor de los intereses del Rey. Así nos separamos, dejé a los tres jugando a las cartas con mi esposa y yo a la oficina hasta tarde.

31 de diciembre

Arriba y a la oficina, donde estuvimos toda la mañana trabajando. Nos fuimos a mediodía y a casa a almorzar, con mucho dolor de cabeza por tanto trabajo. Mi esposa y yo, pobrecilla, comimos con mucha formalidad un buen pavo y un pastel de carne. Nos hemos pasado esta Navidad juntos y casi solos, sin salir ni una vez, pero mañana se acaban mis votos respecto al vino y el teatro, aunque espero hacer otros nuevos dentro de poco, pues es mucho el bien y la bendición de Dios que encuentro al cumplirlos. Luego a la oficina, un par de horas en el café y a casa. Cené, me hice un buen fuego en mi habitación y estuve hasta las cuatro de la mañana haciendo mis cuentas y escribiendo este último día del año en mi diario.

Primero, bendigo a Dios porque después de tantos gastos a cuenta de la Navidad, otros por mi padre y otras cosas extraordinarias, calculo que tengo, además de lo de mi casa y algo en Brampton, más de ochocientas libras, de las que milord tiene setecientas y el resto yo. Así que no hay más de cinco

libras de mi propiedad en dinero en este momento que estén fuera de mis manos o de las de milord. Por esto plazca al buen Dios darme un corazón agradecido y una mente cuidadosa para mantenerlo e incrementarlo. Vivo en mis aposentos de la Armada, formando mi familia, además de mi esposa y yo, Jane Gentleman, Besse, nuestra excelente y bondadosa cocinera y doncella, y Susan, una chica pequeña; no tenemos ni chico ni hombre, ni es probable que los tengamos en un tiempo, pues ahora vivimos perfectamente tranquilos y con mucha frugalidad. Mi salud bastante buena, excepto que he tenido problemas de estreñimiento que estoy intentando eliminar; espero conseguirlo. En la oficina estoy bien, aunque *sir* W. Batten me tiene una envidia atroz y me odia a muerte, pero no puede hacerme daño. El resto, o me quiere o al menos no muestra otra cosa, aunque sé que *sir* W. Penn es muy falso conmigo, pese a que parece bueno. Mi padre y mi madre bien en el campo. Ahora las señoritas de Hinchingbrooke están con ellos, pues hay viruela en su casa. La Reina, después de una larga y grave enfermedad, está bien de nuevo. El Rey se ocupa demasiado de sus amantes, como si agradara a Dios, pero espero que todo vaya bien, y particularmente en la Armada, donde cumpliré con mi deber pase lo que pase. Se habla mucho de los planes del rey de Francia: nadie sabe si son contra el Papa o el rey de España, pero es un príncipe grande y muy prometedor, y todos los gobernantes de Europa le vigilan. Ahora estoy preocupado con mi primo Angier de Cambridge, que se ha arruinado; hoy mando a su hijo, un bribón, al mar. De mi hermano Tom no sé qué pensar, pues ignoro si se dedica a su trabajo o no. Mi hermano John en Cambridge, con pocas esperanzas de que lo haga bien allí. Pall con mi padre, y Dios sabe qué hace o qué va a ser de ella, pues todavía no tengo nada que ofrecerle; se hace vieja y habrá que hacer algo con ella. Los turcos muy metidos en Alemania[40], y todo el mundo sin saber qué van a hacer. Yo, bendito sea Dios, en buen camino, con intención y decisión de dedicarme a mi trabajo para conseguir algo de dinero haciendo también el mejor servicio que pueda al Rey, al que Dios mantenga. Así acaba el año viejo.

1664

1 de enero

Me fui a la cama entre las cuatro y las cinco de la mañana, muy satisfecho, y dormí hasta las ocho, en que vino mucha gente a verme. Entre otros, uno con el mejor regalo de nuevo año que me han dado nunca: una letra de cambio de parte del señor Deering por valor de cincuenta libras para el señor Luellin. Era para mi disposición y venía con una carta de cortesía. No he decidido todavía qué hacer en este asunto, pero me parece un extraordinario regalo, aunque no lo coja todo o le dé parte a Luellin. Al rato viene el capitán Alien con su hijo Jowles y su esposa. Quieren que firme un certificado acreditando su lealtad y algo sobre su capacidad para cualquier empleo, pero no me pareció adecuado y me negué de forma cortés. Se marcharon después de estar una hora conmigo. Vinieron otros por asuntos de trabajo y, como tenía la comida en casa de mi tío Wight, me fui al café, donde estuve una hora con el coronel Middleton y otros. Hablamos entre otras cosas de una dama muy rica, joven y atractiva, viuda de un mercader llamado *sir* Nicholas Gold, que tiene grandes cortesanos persiguiéndola, y no hace una semana que murió su marido. Dicen que tiene unas ochenta mil libras. Luego a casa de mi tío Wight, donde estaba el doctor Bumet. Me gustó la conversación del doctor sobre la piedra, y sobre el aguarrás, del que me dijo que se puede tomar con mucha facilidad en pastillas. Trajeron a la mesa un

pastel caliente hecho con un cisne que les mandé ayer y que me había regalado el señor Howe, pero no lo probamos. Nos levantamos alegando trabajo y fuimos al Teatro del Duque, la primera obra a la que acudo desde que hice mis votos hace seis meses. Vimos la muy aclamada *Henry VIII*[1] y aunque fui con voluntad de que me gustara, es tan boba y hecha a base de parches que nada está bien, excepto los espectáculos y desfiles.

2 de enero

A mediodía a la Lonja, y por el camino me encontré a Luellin: le conté que había recibido la letra por valor de cincuenta libras del señor Deering y se la entregué. Me dijo que la cobraría por mí. Acepté, pero le dije que no quería el dinero si a él no le parecía suficiente el servicio que presté, y que no deseaba recibir nada hasta que él lo considerara así. Después de comer saqué a mi esposa (como soy incapaz de dominar mi deseo de ver obras de teatro hasta que haga nuevos votos al respecto hago una promesa ahora: durante este mes no ir a más obras en ningún teatro público cuando llegue a los cincuenta chelines de gasto, y después de eso ninguna hasta el próximo día de Año Nuevo, a menos que para entonces disponga de mil libras, en cuyo caso podré plantear otras condiciones) y la llevé al Teatro del Rey, donde vimos *The Usurper*[2]. No es buena, aunque mejor que la de ayer.

4 de enero

Me encontré con el señor Pearse, el cirujano, que me cuenta algunas noticias de la Corte: la Reina ya está bien, el Rey durmió con ella el sábado pasado y ya habla bastante bien el inglés. Pasé por Westminster Hall con idea de ver a la señorita Lane, pero no lo conseguí, y me alegro; de allí a la pista de tenis, donde vi al Rey jugando con otros. Es deplorable ver cómo alaban su juego sin motivo: aunque a veces hacía buenas jugadas que la merecían, tanta adulación es asquerosa.

5 de enero

Luellin me dio las cincuenta libras del señor Deering por mis esfuerzos en sus asuntos y por lo que de ahora en adelante pueda conseguirle, aunque no hay la más mínima palabra o hecho que me haga culpable de favorecerle, sino cosas de las que estoy seguro han sido para beneficio del Rey y en su servicio.

Respecto a este dinero, nunca le puse condiciones, ni esperaba nada de él cuando hice las gestiones ni he entregado ningún recibo por él, ni tengo intención de darle las gracias, aunque como pueda procuraré que obtenga el privilegio de su patente como mercader del Rey. Le di a Luellin dos piezas de oro para unos guantes por su amabilidad.

6 de enero, día de Reyes

Esta mañana comencé una costumbre nueva que espero que, por la facilidad con que la practico, me ahorre tiempo y dinero: afeitarme yo mismo con una navaja, y me agrada mucho.

7 de enero

Hoy me puse mis mejores ropas y fui a la oficina, donde estuvimos trabajando toda la mañana; entre otras cosas hablamos del cumplimiento del señor Wood de su contrato de mástiles, sobre lo que me mostré muy inquieto[3]. Al final demostré que tenía razón y se hará lo que pienso, para beneficio del Rey. A mediodía, todos a comer a casa de *sir* W. Penn, un almuerzo excelente. Estaban entre otros *sir* J. Lawson con su esposa y su hija, una dama muy bonita y de buen porte que me agradaba mucho mirar; el resto de las mujeres eran las de la casa, que no daban satisfacción o placer alguno. Mi esposa no estaba, pues no se encontraba muy bien ni tenía demasiado interés. Hay que ver cómo *sir* W. Penn me imita en todo, incluso poniendo en su comedor una chimenea idéntica a la que tiene mi esposa en su habitación, y en lo demás observo que hace todo lo posible.

8 de enero

A mediodía fui a la Lonja, donde había quedado con Luellin, Mount, W. Symons y el señor Pearse, el cirujano, a los que me llevé a casa a comer. Dios, había que escuchar a W. Symons alabar a su esposa con un aspecto tremendamente triste y enseguida ponerse tan contento a decir cosas obscenas, aunque su esposa murió hace cuatro días. Esta comida la ofrecí en parte en gratitud a Luellin, por las cincuenta libras del señor Deering que me consiguió el otro día. Nos pasamos la tarde jugando a las cartas y los dejé una hora con mi esposa mientras me acercaba a la oficina. Después volví y, cuando se hizo de noche, se marcharon. Terminé una carta para el señor

Coventry y luego le di unas clases con los globos a mi esposa, cenamos y a la cama. Nos lo pasamos muy bien esta tarde, sobre todo cuando hablamos de nuestras andanzas en tiempos de Cromwell, y cómo Symons me hizo reír y asombrarme al contar la manera en que logró ir cambiando para seguir con cargos y con su reputación intacta a lo largo de ocho gobiernos distintos en un mismo año (el año 1659, y los nombró todos) y que en cambio fracasó con el noveno, es decir, el del regreso del Rey.

9 de enero

Después de comer llevé en coche a mi esposa y a Jane a Westminster, las dejé en casa de la señora Hunt y yo visité a la señorita Lane en Westminster Hall, con la que había quedado. Nos encontramos en la Trompeta, la de la señora Haré, pero como la sala era muy húmeda nos fuimos a la taberna de la Campana, donde tuve su compañía, aunque no pude hacer lo que solía (aunque nada que no fuera honesto) porque me dijo que estaba con eso. Hablé con ella de conseguir a Hawley y también aproveché para preguntarle por la hija de Howlett, con la que tengo intención de verme para comprobar de qué es capaz la moza, que es muy bonita, aunque me dijo que está comprometida con el hijo de la señora Michell. De paso me dijo algo más: que la señora Michell tuvo una hija antes de casarse que ya tiene casi treinta años, lo que me pareció increíble.

10 de enero, día del Señor

Toda la conversación por la noche fue sobre el robo que sufrió hace poco el señor Tryan. Se dice que el coronel Turner (un tipo loco, malhablado y chulesco al que todos conocemos y que le debía mucho al otro) lo hizo o conspiró para ello. Han encontrado el dinero y las cosas en su poder y él y su mujer están ahora en Newgate. De todo ello nos alegramos mucho, pues era un bribón muy conocido.

11 de enero

Esta mañana estuve junto al Rey, que discutía con una bonita mujer cuáquera que le entregó una solicitud por escrito. El Rey le presentó a *sir* J. Mermes como el hombre más adecuado a su religión, diciendo que lo más rígido que tenía era la barba. Luego comentó alegremente, mirando lo largo

que era el papel, que si lo que pedía era tan largo como la carta no iba a conseguirlo. Recatada, no dijo palabra alguna hasta que el Rey empezó a hablar en serio con ella. A todo respondía: «¡Oh, Rey!», y le tuteó todo el tiempo. En Londres se sigue hablando del coronel Turner y el robo; se piensa que le van a colgar.

16 de enero

Me cuentan que han sentenciado al coronel Turner por felonía en el asunto del señor Tryan, con lo que salvará la vida. En casa estaba J. Hasper, que había venido a ver a su pariente, nuestra Jane. Le atendí muy bien y le invité a comer con nosotros. Cuando se marchó fui por el río a Westminster Hall, donde vi a la señorita Lane, y *de là, elle* y yo al *cabaret* en el *Cloche* en la calle *du roy*; y allí, tras algunas caricias, *je l'ay foutée sous de la chaise deux* veces, la última vez con mucho placer; *mais j'ai grand peur que je l'ay fait faire aussi elle même. Mais*, después de terminar, *elle commençait parler* como antes y noté que *je n'avais fait ríen de danger à elle. Et avec ça*, salí; y aunque hice muchas promesas *à la contraire, nonobstant je ne la verrai pas* en mucho tiempo. Luego a casa a cenar y a la cama, con la cabeza un *peu troublé pour ce que j'ai fait* hoy. Pero espero que será la *dernière de toute ma vie*.

18 de enero

Arriba, y molesto porque mi esposa parece tener mucho interés en que salga. Dios me perdone por mis celos, pero no puedo soportarlo, aunque Dios sabe que no tengo razones para sentirlos o esperar de ella que me sea tan fiel como yo quisiera. Salgo a Whitehall, donde la Corte está de luto por la duquesa de Saboya[4]. En el café me dicen que han declarado a Turner culpable de felonía y robo. Todos desean que le cuelguen. En casa descubrí que Will había estado allí con mi esposa. Dios mío, no debería pensar que hay nada malo en eso, pero no puedo evitarlo. Sin embargo, al preguntar veo que no hay motivos para dudar.

20 de enero

Por el río a casa de mi hermano, que está en cama, no muy bien. Dicen que padece tisis y me temo que está mal, aunque no se queja ni desea tomar

nada. A casa a comer, y después con mi esposa por el río, cosa que no hacemos juntos desde el último verano, pero ahora el tiempo es bueno: la dejé en Axe Yard, y yo a Whitehall. Allí me encontré con el señor Pearse y estuve una hora con él en la galería alfombrada. Me cuenta que *lady* Castlemaine ha sido totalmente abandonada por el Rey, que ahora solo tiene interés en la señorita Stewart, en desatender los asuntos del mundo y en dañar abiertamente a la Reina. Le da igual quién le mira cuando está coqueteando abiertamente con ella, y también en privado, en la habitación que ella tiene abajo. Los centinelas le ven entrar y salir tantas veces que cuando el Duque o algún noble pregunta dónde está el Rey, normalmente dicen: «¿El Rey está arriba o abajo?», refiriéndose a lo de la señorita Stewart. En casa estuve inquieto por las relaciones con milord, pero estoy decidido a mejorar mi situación en mi trabajo y de esa forma poder apoyarme mejor en mis propias piernas, además de conseguir dinero: entre otras cosas, debo sacarle a Creed algo de su abrigo[5].

21 de enero

En pie, y después de mandar a mi esposa a casa de mi tía Wight para que consiguiera un buen sitio para la ejecución de Turner, a la oficina, donde estuvimos trabajando toda la mañana. Cuando a mediodía salí a la Lonja vi a mucha gente yendo hacia Londres. Pregunté, y me dijeron que todavía no lo habían colgado. Fui a St. Mary Axe, donde vivía, y allí conseguí por un chelín subirme a la rueda de un carro. Con bastante fatiga esperé más de una hora hasta la ejecución, que él retrasaba con muchos discursos y oraciones, una tras otra, esperando un indulto que no llegó, hasta que al final le quitaron la escalera. Era un hombre de buen aspecto y mantuvo la serenidad hasta el final: lamenté verle. Se cree que había al menos doce mil o catorce mil personas en la calle. Más tarde en el café oí todo el discurso de Turner en el carro, que era principalmente para exculparse de las acusaciones que se le hicieron, excepto de esta por la que paga, que confiesa. También lamentó la situación en que quedaba su familia, pero su intención principal era la de ganar tiempo, aunque le advirtieron que no lo esperara porque el Rey estaba decidido a no concederlo. Después de cenar en casa, mi esposa me contó historias tremendas sobre las conversaciones que tuvo hoy con mi tío Wight: quiero pensar que nos tiene mucho cariño, porque no me puede entrar en la cabeza que tenga pensamientos indignos respecto a ella.

27 de enero

En pie y a la oficina, y a mediodía al café, donde estuve con *sir* G. Askew y *sir* William Petty, que me parece por su conversación uno de los hombres más racionales con los que jamás he hablado, pues tiene las ideas muy bien perfiladas y claras. Al comentar que hay tres libros a los que se tiene por los más valorados en cuanto a ingenio, como son *Religio Medici*[6], *Advice to a Son* y *Hudibras*, dijo que en ellos, y principalmente en los dos primeros, el ingenio radica en confirmar ciertas afirmaciones paradójicas mediante un razonamiento realizado con elegancia y de forma agradable. Así convencen a la gente, que no se preocupará de analizar la fuerza del razonamiento mientras le agraden la forma y el tema.

30 de enero

Arriba; un penoso sermón de un joven al que conocí en Cambridge. Como es el aniversario del asesinato del Rey, me pase todo el día en casa ordenando mis papeles de Brampton. Por la noche vino el señor Commander y redactamos y sellamos mi testamento tal como yo lo quiero, y espero que al gusto de Dios Todopoderoso; por ello estoy muy contento de haberlo hecho, y bastante tranquilo. Esta noche, como tenía el ánimo de ordenar y limpiar todo lo que tengo en el mundo, rompí algunos viejos papeles, entre ellos un romance (titulado *Love a Cheate*)[7] que comencé hace diez años en Cambridge: al leerlo otra vez esta noche me gustó mucho y me admiré un poco de mi vena en esa época, pues dudo que pudiera hacerlo tan bien ahora si lo intentara.

1 de febrero

A Whitehall. En la cámara del Duque estuvo el Rey burlándose casi dos horas de *sir* W. Petty, que estaba presente, y de Gresham College en general. Vi que el pobre Petty estaba algo perdido, pero discutió con prudencia y aguantó con bastante discreción las absurdas tonterías que contenían las objeciones del Rey y de otros presentes; ofreció una apuesta, pero el Rey no la aceptó y le rechazó solo con palabras. De Gresham College se rio con ganas por gastar el tiempo pesando el aire, y no haber hecho otra cosa desde que se constituyeron[8]. Más tarde, a casa a comer; me llevé a mi esposa al Teatro del Rey, pues estamos en un nuevo mes y puedo ir una vez cada uno, a ver *The Indian Queen*[9], que es desde luego un espectáculo muy agradable,

mejor de lo que esperaba. La obra es buena, pero la rima la estropea y perjudica al contenido. De camino a casa me bajé en el café y estuve escuchando al teniente coronel Barón contar historias muy buenas de sus viajes por las montañas de Asia, por encima de las nubes. Luego a casa a cenar, pues tenía mucha hambre, y a la oficina a trabajar, especialmente en lo de Creed, con quien creo que lo tengo bien arreglado. Después, a casa y a la cama.

2 de febrero

A mediodía al café con el capitán Cocke, que habló muy bien sobre los efectos positivos que podría tener una guerra con Holanda y su conquista (sobre los que no había pensado antes): dice que el comercio del mundo es demasiado pequeño para los dos, por lo que uno debe ceder. Por otra parte, aunque nuestros comerciantes no mejorarán, nuestra lana tendría mejor precio por el aumento del prestigio de nuestras prendas, nuestros inquilinos podrían pagar mejor sus alquileres y nuestras tierras valdrían más, así como todas nuestras manufacturas, en las que ahora los holandeses nos superan. Piensa que ahora los holandeses no están en tan buena situación, porque siempre andan escasos de hombres, y ahora más que nunca por las guerras contra los turcos[10]. Luego a la Lonja otra vez y a la taberna del Sol con *sir* W. Warren, que entre otras cosas me dio un par de guantes para mi esposa envueltos en papel. No quise abrir el paquete al notarlo duro, pero le dije que mi esposa se lo agradecía. Cuando llegué a casa, Dios mío, qué trabajo me costó que mi esposa saliera de la habitación sin que tuviera que decírselo para ver qué había dentro. Cuando al rato se fue resultaron ser un par de guantes blancos para ella y cuarenta monedas de buen oro: me alegré tanto que apenas pude comer nada del gozo de pensar cómo Dios nos bendice más y más cada día, y espero que lo haga más aún gracias al aumento de mi trabajo y mi empeño. No sabía qué hacer, si contárselo a mi esposa o no, pues apenas podía evitarlo; sin embargo, decidí pensarlo bien antes de hacerlo por miedo a que piense que mi situación es mejor de lo que es.

3 de febrero

Esta noche, cuando volvía en coche por Ludgate Hill, vi a dos caballeros y sus criados abordando a una preciosa muchacha, una a la que he visto bastante últimamente, que ha puesto una tienda allí de cintas y guantes.

Parecían llevarla un poco a la fuerza, pero ella avanzaba y supongo que le darían lo suyo, aunque, Dios me perdone, cómo pensaba y deseaba estar en su lugar. Cuando iba a recoger a mi esposa en coche paré en el gran café que hay en Covent Garden, donde nunca había entrado: estaban Dryden, el poeta (al que conocí en Cambridge) y todos los ingenios de la ciudad, con Harris el músico y el señor Howell, de nuestro College. Si hubiera tenido tiempo, o lo tuviera otras veces, estaría bien venir aquí, pues hay, observo, una conversación ingeniosa y agradable. Sin embargo no podía demorarme y, como era tarde, ellos estaban ya para irse.

4 de febrero

Arriba y a la oficina, donde al cabo de un rato salí con la excusa de un asunto serio y me fui en coche al Colegio de San Pablo a escuchar algunos buenos discursos de los chicos que serán becados este año. Después de pasarlo muy bien allí, y especialmente [por oír] al señor Cromleholme decir tantas veces que yo era un benefactor del Colegio, me fui a mis libreros, donde me pasé una hora mirando *Theatrum Urbium* y *Flandria illustrata*, con excelentes grabados. Esta noche terminé mi carta a Creed sobre sus monedas de ocho y se la mandé: ruego a Dios que le dé buen fin a esto, para que me reporte dinero y que sea adecuadamente.

8 de febrero

En pie y a ver a lord Sandwich, pero como no estaba pasé un rato departiendo con W. Howe, y después a Westminster. Allí me encontré al doctor Pearse, que me habló extensamente de la obsesión del Rey por sus mujeres, más allá de toda vergüenza. Dice que la buena Reina se detiene a veces antes de entrar en su habitación, hasta saber si el Rey está dentro o no, por miedo a pillarle con la señorita Stewart, como ya ha sucedido antes. El Rey adora extraordinariamente al duque de Monmouth, como si tuviera intención de hacer que le suceda. Sabe Dios cómo terminará esto. Cuando se fue estuve hablando con la señorita Lane para convencerla a favor de Hawley; creo que aceptará. Luego a ver al señor Howlett y a su esposa por el mismo asunto: están muy dispuestos y les animo a que lo promuevan, porque creo que será bueno para ambos y me dará alegría. Más tarde a Cade, el papelero: estuve mirando las láminas que prometió reservarme y creo que quiso engañarme, pero al final sacó lo que yo esperaba. He apartado por valor de

diez o doce libras, y me lo pensaré, pues me resisto a gastar tanto dinero en eso. Así que volví a casa; me molestó recordar cómo tuve que tratar hoy a W. Howe y reconocer un nivel de igualdad con el señor Moore cuando este lo planteó en su intervención. No volveré a admitirlo y me mostraré tan ajeno a ellos como milord lo hace conmigo.

9 de febrero

A mediodía con el señor Coventry a la Lonja, donde estuve reunido con varias personas. Se dice que los holandeses se han declarado Señores de los Mares del Sur en la India y prohíben todo tráfico de barcos excepto los suyos bajo pena de confiscación, lo que tiene locos a nuestros comerciantes. Se teme por dos barcos nuestros, el *Greyhound* y otro, con mucha carga, por miedo a los turcos. Se han arreglado las cosas entre el Papa y el rey de Francia, así que ahora la duda es saber qué harán los franceses con sus ejércitos. En casa estaban el capitán Grove, de luto por su esposa, y Hawley, con los que comí. Después, cuando se marchó Grove, hablé con Hawley de la señorita Lane, recomendándosela muy en serio, y creo que conseguiré que se junten. Al rato viene el señor Moore, con el que hablé sobre milord: me dice que ha cambiado mucho y que se ha vuelto muy serio y formal, que no admite que nadie entre en su habitación y que no debo preocuparme por su frialdad conmigo, pues es la misma para con todos. Me recomienda que no me muestre demasiado pendiente, sino que me aleje y le visite solo de vez en cuando; me dice que ahora él mismo no va a verle a no ser que milord le llame, y que no le espera si no está a la hora fijada, pues, dice: «Veo que me puedo valer por mí mismo, y no toleraré rebajarme y mostrarme indigno ante nadie por una sumisión excesiva». Esta doctrina es la que yo necesitaba, y la seguiré. Cuando se marchó estuve con mi esposa un par de horas en nuestra habitación, hablando de negocios. Le conté que milord me debe setecientas libras y le mostré el documento. Los dos hablamos de unir al capitán Grove con mi hermana, y nos proponemos intentarlo.

10 de febrero

Arriba y en coche a la casa nueva de lord Sandwich. Una buena casa, aunque muy cara, en Lincoln’s Inn Fields, donde le encontré y hablamos un poco. Todavía está altivo y alejado, pero me preguntó por mi esposa, y cuando nos separábamos me dio recuerdos suyos para mi primo, lo que me

gustó, pues deseaba halagarme pensando que pronto estaremos bien. Después de comer al Comité de Tánger, donde aproveché para preguntarle si había recibido mi carta: me dijo que sí, y que me contestaría, lo que hace que me interrogue sobre qué pretende hacer conmigo. Pasé por el café de camino a casa, y cuando llegué estaba mi esposa con su hermano, que se marcha con su esposa la próxima marea a Holanda a hacer fortuna. Se despidió de nosotros esta mañana y le di a mi esposa diez chelines para él y un abrigo que tenía.

12 de febrero

Después de levantarme y arreglarme me encontré al chico del señor Creed con una carta de su señor para mí. Me puse a leerla y era una especie de relato del enfrentamiento entre S. Pepys y J. Creed, excelentemente escrito, en el que muestra simultáneamente su firmeza y su deseo de paz, reprochándome y halagándome al tiempo. Me pasé toda la mañana pensando en cómo resolver este asunto. A mediodía me cité con él en el café y cada uno expuso con gran seriedad y formalidad su postura: él a veces reconocía mi ayuda, aunque intentaba minimizarla para que el éxito de su negocio no pudiera imputarse a esa ayuda; yo alegué lo contrario y le dije claramente que desde el principio no tuve nunca la idea de tener ese detalle con él por nada, y que como él ganó quinientas o seiscientas libras, yo esperaba una parte y no un reconocimiento de cortesía por ello. Se hizo la paz entre nosotros y así queda la cosa: esperaré a ver cómo me trata.

15 de febrero

Arriba y a Whitehall, a ver al Duque, que hoy se ha puesto peluca por primera vez, aunque creo que su pelo, que se ha cortado para ello, le queda muy bien sin peluca.

17 de febrero

Vino *sir* W. Rider y estuvimos hasta cerca de las doce de la noche precisando la medida de los mástiles del señor Wood. La otra vez pensaron que había tratado muy duramente a Wood, y esta vez vi con vergüenza que no lo tenía tan claro. Sin embargo, espero ahorrarle algo de dinero al Rey, piensen lo que piensen de mí. Aunque estaba confuso, decidí seguir trabajando hasta ahora que van a dar las cuatro de la mañana: estoy solo y con

frío y la vela es incapaz de alumbrarme hasta mi casa, pero el asunto está bien resuelto y bastante claro. Me voy a casa a acostarme, más tranquilo. La chica se ha quedado despierta esperándome (el resto duerme). Comí y bebí un poco y a la cama, cansado, con sueño, con frío y con dolor de cabeza.

22 de febrero

De Whitehall a ver a un vendedor de láminas enfrente de la Lonja, donde estuve mirando mapas de distintas ciudades y compré dos libros de ciudades encuadernados juntos, que me costaron nueve chelines y seis peniques. Cuando llegué a casa recordé mi voto y pagué por ello cinco chelines a la hucha de los pobres, esperando por Dios no perder más de esa forma. A la Lonja a preguntar cómo mantienen en otros países sus mástiles, si secos o húmedos, y me dieron buenos consejos al respecto. Comí en casa, una comida mala y fría, y luego a la oficina, toda la tarde escribiendo una carta para el señor Coventry sobre el mantenimiento de mástiles; la terminé por la noche y la pasé a limpio. Esta noche vino el señor Alsop, el cervecero del Rey, con quien estuve una hora hablando y lamentando la situación actual. El Rey guiado por media docena de hombres, y ninguno de sus sirvientes o amigos serios puede acercarse a él. Son Lauderdale, Buckingham, Hamilton, Fitzharding (a quien parece que le ha dado dos mil libras al año de lo mejor de sus propiedades), Progers y *sir* H. Bennet. No ama a la Reina y es bastante hosco con ella. Según todas las fuentes, ella no puede tener hijos. La Reina Madre se ha excedido en sus gastos y ahora tiene mucho que pagar. Cree que no queda dinero en el banco, no más de ochenta mil libras del dinero [cobrado por la venta] de Dunquerque. En el año en que Oliver se gastó un millón cuatrocientas mil libras en la Armada, se gastaron dos millones seiscientas mil libras en todo el reino. Todos en la Corte están ansiosos por una guerra con Holanda, pero los dos estamos de acuerdo en que es algo más de temer que de desear. Cuando se fue, mi esposa me dijo que mi tío Wight había estado muy cariñoso con ella: piensa que toda su amabilidad con nosotros proviene de respeto hacia ella, y no ve otra cosa que una gran cortesía. Sin embargo hoy le dijo claramente que si ella tuviera un hijo sería su heredero, y que si quisiéramos, sería gran amigo nuestro. Todo esto parece muy extraño, pero espero que su intención sea buena.

23 de febrero

Hoy, por la bendición de Dios, cumplo treinta y un años, y por la gracia de Dios me encuentro con buena salud en todo, y especialmente la piedra, excepto los dolores cuando cojo frío. Estoy en camino de adquirir mayor reputación y propiedades en el mundo de las que nunca esperé. Ruego a Dios que me dé un corazón temeroso de la caída y me prepare para ello.

24 de febrero, miércoles de Ceniza

Arriba y por el río, pues el día era bueno, a Whitehall, a hablar con *sir* Ph. Warwick, pero había ido a la capilla, así que pasé buena parte de la mañana paseando por el parque y yendo a la capilla de la Reina, donde me quedé a ver su misa hasta que vino un hombre y me dijo que me arrodillara o me saliera: me salí. Marché a Somerset House y allí a la capilla, donde solía predicar *monsieur* D'Espagne[11], pero ahora está muy arreglada y con diez veces más gente que en la capilla de la Reina en St. James.

27 de febrero

Antes de ir a la oficina vino la esposa de Bagwell a hablarme de parte de su marido. Me gustó mucho y le toqué bajo la barbilla, pero no se me ocurrió intentar nada descortés con ella, pues es, creo, una mujer muy decente.

28 de febrero, día del Señor

En pie y a San Pablo; por casualidad era un día extraordinario en el que los profesores y estudiantes de las facultades de leyes iban a la iglesia el primer domingo de Cuaresma, una ceremonia que no se había hecho en los últimos veinticinco años. El Teniente de la Torre, *sir* J. Robinson, insiste en llevarme a su casa en su coche; mando aviso a casa y me voy con él a comer. Después, a la capilla de la Torre con el teniente, llevando las llaves por delante de nosotros. Me senté con él en su banco, muy formal, pero me dormí durante el sermón. Parece que ninguno de los prisioneros que hay ahora en la Torre, y son muchos, vendrá a las oraciones. Al terminar pasé por casa de *sir* W. Penn, con el que estuve hablando bastante tiempo sobre *sir* J. Mennes y sus tonterías en la oficina, de las que estoy aburrido y cansado de hablar, y de cómo se aprovecha del Rey, aunque sé que Penn se presta a la conversación para sacarme todo eso como un bribón, pero no me importa decirle lo que pienso y que luego se lo cuente a él o a otra persona.

29 de febrero

Fui a visitar a *sir* Phillip Warwick para hablar con él sobre la Armada, lo que hicimos durante largo rato, pero no solo de la Armada, sino de las rentas públicas de Inglaterra en conjunto, más de dos horas. Había mucha gente esperándole fuera, pero se esforzó en que entendiera los asuntos de la Hacienda y en hacerme testigo de sus esfuerzos y el cuidado con que los lleva. Me mostró excelentes recopilaciones de informes de ingresos en reinados anteriores y en el presente y me dijo que las estimaciones de ingresos por impuestos entre 1643 y 1659 ascendían a más de quince millones. Me enseñó un informe suyo sobre las rentas públicas de este y otros Estados: el de España es grande pero dividido en varios; el de Francia es mucho mayor que el nuestro en cantidad, y depende de la voluntad del Rey cuánto pagarán los ciudadanos, lo que no pasa aquí; los holandeses tienen el mejor sistema de impuestos, gravando el consumo, y concluía que ese sería el mejor método para Inglaterra. Me mostró también todos los detalles de pagos en dinero al Rey desde que vino hasta ahora y lo poco que ha recibido en la mayoría de ellos: del millón doscientas mil libras que el Parlamento votó concederle al principio, y que han sido estudiadas por distintos comités del Parlamento actual, quedan todavía por darle más de trescientas mil libras, como me explicó con mucho detalle. En general me parece un hombre enormemente preciso y metódico, y muy trabajador, y estoy muy contento de que me haya enseñado todo esto. Sin embargo, no alcanzo a comprender por qué me lo explica a mí, a menos que sea por la sinceridad con que ve que le confío los abusos que sufre el Rey por los problemas de nuestra Tesorería. En Westminster Hall hablé con la señorita Lane y con Howlett; observo que no prosperará el emparejamiento con Hawley, y estoy decidido a evitar cualquier ocasión de maldad con ella en el futuro. Al rato a la oficina a hacer mis cuentas mensuales, y para mi alegría tengo ochocientas noventa y alguna libras, lo que jamás he tenido. Así, con el ánimo tranquilo, a la cama.

3 de marzo

Arriba bastante temprano y a la oficina, donde estuvimos toda la mañana haciendo un enorme contrato de provisiones para el próximo año con *sir* W. Warren, y a casa a comer con W. Howe. Antes de la comida estuvimos hablando en el jardín; me aseguró lo que me contó el otro día de que milord me había recomendado vivamente ante lord Peterborough y Povey, lo que

indica que todavía tiene una buena opinión de mí, y también de lo agradecidos que están él y *milady* de que sus hijos estén en casa de mi padre, y de cuando las mayores estuvieron con ellos hace un tiempo, de lo que me alegro. Salgo con mi esposa pensando en ir a ver una obra, pero cuando fuimos a coger un coche nos dicen que esta semana no hay ninguna porque es la primera semana de Cuaresma. Dios mío, pensar en lo impaciente que estaba, teniendo la libertad de ver una al mes. Pienso que es el mejor método que podía haber elegido.

7 de marzo

Después de comer un poco, mi esposa y yo al Teatro del Duque, donde vimos *The Unfortunate Lovers*[12], y no sé si es porque me he vuelto más exigente de lo que era, el caso es no me gustó demasiado, aunque no sé dónde está el fallo, a menos que fuera porque la sala estaba casi vacía, ya que había una obra nueva en el otro.

8 de marzo

Luellin vino a comer a casa, pero no nos quedamos mucho tiempo porque ponían *Heraclius*[13], que mi mujer y yo estamos con muchas ganas de ver. Decidimos hacerlo, aunque ir a otra obra este mes no rompe exactamente la letra de mi voto, pero sí el espíritu: vamos allí en vez de a [algún teatro de] la Corte porque allí no ha habido nada interesante desde que hice el voto, y no es probable que lo haya durante la Cuaresma. Además, fuimos andando a propósito para hacerlo más barato, como lo hubiera sido en la Corte, y mi conciencia sabe que lo que busco con mis votos es solo ahorrar tiempo y dinero, y esto no me cuesta ninguna de las dos cosas, así que por mi conciencia ante Dios no me encuentro en nada inquieto por haber violentado mi voto, aunque lo he pensado y he decidido que pagaré la multa si mi conciencia me acusa de haberlo roto. De camino a casa pasamos a ver a mi hermano Tom, que está en cama, y creo que muy enfermo de tisis. A la oficina un rato, y luego a casa a cenar y a la cama.

10 de marzo

Pregunte en el Sello Real y me dijeron que ha salido la Ley para la Corporación de la Pesca Real, de la que el duque de York ha sido nombrado

Presidente y otras treinta y dos personas importantes serán sus ayudantes de por vida, entre las que gracias al favor de lord Sandwich estoy yo. Me alegra no solo por el honor que supone, sino por los beneficios que me puede reportar[14].

13 de marzo, día del Señor

Estuve hasta tarde en la cama hablando con mi esposa y luego dudando si ir a visitar al señor Coventry, que lleva un par de días enfermo, pero como el tiempo era malo, me quedé; luego a la oficina, donde pasé toda la mañana leyendo leyes, a lo que dedico ahora algo de tiempo de vez en cuando, pues las necesito. A mediodía con *sir* W. Penn, hablando en el jardín hasta que alguien se acercó a decirme que Anthony y Will Joyce habían venido a verme: lo que querían era tratar conmigo sobre la necesidad de buscar una mujer que cuidara de mi hermano, de quien dicen que está muy enfermo y que realmente la necesita. Estuve de acuerdo y les pedí que sus esposas se encargaran de buscar una. Nada más irse ellos vino el chico de la señora Turner con una nota en la que dice que mi hermano Tom está tan enfermo que creen que no vivirá mucho, y que estaría bien que yo fuera. Les hice regresar y Will [Joyce] me pidió hablar a solas. Subimos y me dijo para mi asombro que mi hermano está enfermo de muerte, y lo que es peor, que su enfermedad es la sífilis; la cogió y, en vez de curarse, ha llegado a esto; es seguro, aunque es un secreto que el doctor que le ha atendido le contó a su padre Fenner. Aunque me preocupó mucho, pensé en la conveniencia de ir a verle, por lo que diría la gente, y le encontré en la cama, hablando vaguedades. Solo pudo decir que me conocía, y se puso a hablar de otras cosas. Su cara era la de un moribundo. Cuando se fueron todos cogí a la doncella y le pregunté muchas cosas, a las que me respondió con discreción. Me dijo que tenía todos sus papeles y libros y la llave de su taller de corte, y me mostró una bolsa que contamos W. Joyce y yo, con cinco libras y catorce chelines, que le devolví.

14 de marzo

Arriba y a pie a casa de mi hermano, donde veo que ha seguido diciendo cosas sin sentido toda la noche y no me reconoce, lo que me preocupa mucho. Bajé y estuve hablando bastante tiempo con la doncella, que me contó muchas cosas sobre las costumbres de mi hermano: concluye que ha gastado de más y debe dinero, y que ha sido acosado por bastante gente, entre otros por un tal

Cave, tanto por él como por su mujer, pero no sabe si por dinero o por otra cosa peor. También hay un tal Cranburne, creo que así le llamó, de Fleet Lane, con el que ha estado a solas muchas veces, y no sabe sobre qué asuntos. En general me cuenta que ha sido muy mal administrador de su tiempo, así que al final veo que es, viva o muera, un hombre arruinado, y no sé qué problemas me vendrán a mí por ello. Más tarde tuve una discusión en casa con mi esposa porque no quiero que le ponga encajes a su vestido, y que dedique ese dinero, y algo más, a uno nuevo liso. Cuando lo dije se marchó, haciendo un gesto que nunca le había visto y que no podría aguantarle otra vez. Me acerqué a la oficina y, cuando terminé, a casa de mi hermano, que se encuentra igual o peor. Ya no dice dos cosas seguidas con sentido, y confieso que lloré cuando le pregunté quién era yo y no fue capaz de contestar. Fui a casa de la señora Turner y, por su conversación con el médico de mi hermano, el señor Powell, descubro que sabe cuál es la enfermedad de mi hermano, y la nombra con claridad. Lo lamento, pues hay otras personas y creo que por su honor haría bien en evitar hablar de ello, aunque confieso que esto me avergüenza más que otra cosa. De vuelta a casa de mi hermano, recogí a mi esposa y fui a ver a mi tío Fenner, con el que hablé en privado. Me dice que el doctor opina que tiene pocas posibilidades de recuperación; me habla de lo que piensa hace tiempo respecto a su mala administración y cree que debe bastante dinero. Entre eso y lo que nos debe a mí y a mi padre me parece que está en una mala situación, y si vive no podrá levantar cabeza, lo que será una gran vergüenza para mí.

15 de marzo

En pie y a la oficina, donde estuvimos toda la mañana; a mediodía viene la señora Tumer con su hija T. a decirme que había llevado su médico, el doctor Wiverly, a revisar la boca de mi hermano, donde el doctor Powell dice que hay una úlcera que según él demuestra que tiene la sífilis. Este doctor jura que ni la hay ni la ha habido, y que mi hermano, que estaba espabilado, le habló de ello y negó rotundamente haber tenido la enfermedad o haberle dicho a Powell que la tuviera. Todo esto me tranquiliza respecto a la acusación que se extendió sobre él. Después de comer cogimos el coche y a casa de mi hermano; contrariamente a lo que esperaba, continúa igual o peor. Por la noche volvió el doctor Wiverly, hice llamar al señor Powell y discutimos los tres el asunto, dando el petimetre unas ridículas explicaciones de lo que había dicho, que el doctor refutó por completo. Le amenacé con que

exigiría una satisfacción si oía esas cosas de nuevo, y les di las buenas noches a ambos, dándole al doctor una moneda por sus servicios y nada al otro. Sobre las ocho mi hermano empezó a arrojar saliva con más esfuerzo y a hablar sin sentido, hasta que al final la flema le dominó y empezó a agitarse. No quise verle morir, así que me retiré y llevé a la señora Turner a casa, pero antes de volver, en un cuarto de hora, mi hermano había muerto. Esta noche había hablado, entre otras cosas, mucho y bien en francés, como cuando dijo: *Quand un homme boit quand il n'a poynt d'inclination a boire il ne luy fait jamais* de bien. En un momento en que me puse a hablarle sobre su situación y le pregunté adonde creía que iba a ir, contestó: «¿Dónde debería ir? Solo hay dos caminos: si voy al malo, debo dar gracias a Dios; y si voy al otro, debo darle aún más gracias a Dios; como creo no haber sido tan inconsciente ni desagradecido en mi vida, espero ir al otro camino». Esto fue lo único con sentido que pude sacar de él. Dejé a mi esposa mientras lo arreglaban y fui a casa en coche llevándome todos los papeles de mi hermano que pude encontrar. Le escribí una carta a mi padre contándole todo lo dicho y volví; como todos se habían ido a casa de la señora Turner, allí fui yo también. Después de una hora de conversación nos acostamos en la habitación azul, pero con tanta alteración y pena por mi hermano que no pude dormir nada bien hasta las cinco o las seis.

16 de marzo

Me levanté y a casa de mi hermano, que mandé limpiar. Fui a casa de mi primo Stradwick y mi tío Fenner para hablar del funeral, que quiero retrasar al viernes.

17 de marzo

Arriba y a casa de mi hermano, a hacer preparativos para mañana. Después de la oficina a casa de mi hermano y a la de la señora Turner, en ambos sitios preparando lo de mañana. Esta noche he cambiado mi decisión de enterrarle en el patio de la iglesia, junto a mis hermanos y hermanas, y hacerlo en la iglesia, en la nave central, lo más cerca que pueda del banco de mi madre. Esto me costará veinte chelines más. A casa en coche, llevándome la jarra de plata de mi hermano por seguridad, y a cenar después de escribirle a mi padre. A la cama.

18 de marzo

En pie temprano; caminé hasta casa de mi hermano y arreglé algunas cosas. Luego a desayunar a casa de la señora Turner y a Wotton, mi zapatero, a que me lustren urgentemente las suelas de los zapatos; después a casa de mi hermano y a la iglesia, donde elegí con el enterrador un sitio justo debajo del banco de mi madre. Pensar que las tumbas estén a merced de un tipo como este, que por seis peniques podría (como dijo él mismo) «apretarlos a todos para hacerle sitio». A mediodía me vestí, y también Besse, y de nuevo a casa de mi hermano. Aunque la invitación era, como de costumbre, a la una o las dos, la gente no llegó hasta las cuatro o las cinco. Al final vinieron poco a poco, y muchos más de los que había calculado: yo había pensado en ciento veinte y creo que había cerca de ciento cincuenta. Ofrecimos seis galletas a cada uno y lo que quisieran de clarete quemado. Joyce Norton estaba arriba con el vino y los pasteles y servía a la gente, y se les dieron guantes blancos. Después a la iglesia; cuando llegamos a la tumba, el doctor Pierson, ministro de la parroquia, leyó el servicio del entierro; vi cómo metían a mi pobre hermano en la tumba y nos marchamos. Yo y mi esposa con la señora Turner y su familia a casa de mi hermano, donde al rato nos pusimos a comer un barril de ostras, pastel y queso. Dios mío, hay que ver cómo la gente se olvida de un hombre una hora después de que haya fallecido; desde luego, yo debo culparme por ello, porque cuando le vi muriéndose, y ya muerto, sentí verdadera pena durante un momento, mientras lo tenía delante, pero después, y desde entonces, he sentido realmente poco por él. Cuando se hizo tarde ordené la casa, llevé a mi esposa y a Besse (que me ha hecho un gran servicio limpiando, arreglando y sirviendo vino hoy, y desde luego es una muchacha muy buena y fiel, a la que quiero mucho) a casa en coche y después de pasar por la oficina, a cenar y a la cama.

23 de marzo

Toda la mañana ocupado en la oficina y luego con *sir* W. Rider a Trinity House, donde comí muy bien: estuvimos hablando con los ancianos de islas que suben y bajan en el mar, con muchos peligros de tierras y rocas que surgen de pronto y nunca son descubiertas y los barcos se hunden sin que se sepa nunca la razón. Entre otras cosas, comentaron que apenas hay dos marinos en el Parlamento, es decir, *sir* W. Batten y *sir* W. Penn, y no más de veinte o treinta comerciantes, lo que es raro en una isla: no es extraño que las cosas del comercio no vayan bien y sean poco entendidas.

25 de marzo, día de Nuestra Señora

Después de comer a la oficina, y luego con mi esposa a ver a mi padre y tratar con él los asuntos de mi hermano Tom, que están muy mal. Descubre que ha sido tan descuidado que solía dejar que sus criados cortaran las prendas, y pocas veces lo hacía él mismo. Además vemos, por el resumen de sus cuentas, que debe más de doscientas noventa libras.

Luego a casa con mi esposa, comprando algunas aves en Gracious Street y ostras para nuestra celebración de mañana.

26 de marzo

Arriba muy temprano y a la oficina a preparar algunos papeles para una reunión sobre las cuentas de Tánger de lord Peterborough, en las que avanzamos mucho; sin embargo, Dios mío, hay que ver qué ridículo hace el señor Povey cada vez que habla o hace algo. Esta mañana en la conversación [dijo] *sir* W. Rider que lleva cuarenta años escribiendo un diario, y que todavía hoy sigue haciéndolo, lo que me agrada mucho. Al terminar, estuvimos *sir* J. Mennes y yo trabajando toda la mañana y luego a la Lonja, de donde me fui con la excusa de un asunto con mi tío Wight para aplazar lo de Creed, a quien había invitado a comer, y me marché a casa. Hoy es el día de la solemne conmemoración de mi operación de la piedra, pues se cumplen, bendito sea Dios, seis años de ese día. Bendigo a Dios por encontrarme libre de la enfermedad y de sus señales, aunque al menor frío tengo problemas para orinar, pues cojo aire y me estriño. Y tengo otro mal, y es que al menor apretón se me hinchan los testículos y me duele mucho, lo que me parece extraño y molesto, aunque al aplicar un emplasto rápido se me baja y en dos días estoy bien de nuevo. Mi esposa vio al regresar a casa que había llegado su vestido con los encajes: desde luego está muy bien, pero me costará mucho dinero, más de lo que pensaba, aunque será solo esta vez. Luego a la oficina a trabajar, a casa y a la cama.

30 de marzo

Bastante tiempo en la Lonja, hablando en el café con el capitán Cocke sobre la guerra con Holanda. Parece que el plan del Rey es conseguir bajo mano que los comerciantes lleven sus quejas al Parlamento y responderles

honorablemente con una declaración de guerra, pues no puede declararla primero él por miedo a que luego no le secunden con dinero.

1 de abril

Arriba, a mi oficina y luego a la Lonja, donde vi a todos los comerciantes ocupados en presentar sus quejas contra los holandeses al Comité del Parlamento nombrado para recibirles esta tarde. En Whitehall, en la galería, me encontré al duque de York (también vi a la Reina yendo al parque con sus damas de honor: parece enferma, y creo que la señorita Stewart está más gorda y no tan bonita como antes). Me dijo que me acercara y habló conmigo bastante tiempo: al final me habló de los holandeses y percibo que desea fervientemente que el Parlamento encuentre motivos para enfrentarse a ellos. Cuando se fue descubrí que la reunión del Comité de Tánger había sido en casa del duque de Albemarle, por lo que había perdido el tiempo. Así que con Creed a la Lonja, donde recogí a mi esposa y me despedí de él. Después estuve en el jardín con W. Howe, que me cuenta que han interrogado a Creed porque han encontrado una carta en la que es mencionado por varios fanáticos como amigo de confianza de ellos, pero dice que se ha librado. Sin embargo, milord todavía tiene algo contra él, lo que no lamento, porque no me parece un tipo de fiar. Paseamos hasta San Pablo y me dice que milord no para en casa y que se ocupa de poco más que de jugar a las cartas, y apenas de la gente. Cree que no está disgustado conmigo, como yo pienso, sino con todo el mundo, lo que hace que me preocupe menos. Hoy el señor Turner me prestó, como una rareza, el manuscrito de un tal señor Wells en el que se enseña el método de fabricación de un barco. Estuve mirándolo esta noche, pero no me atreví a quedarme mucho tiempo porque me duelen y lloran los ojos por la luz de las velas.

2 de abril

En pie y a la oficina, y en la reunión un gran enfrentamiento con *sir* W. Batten, el señor Wood y ese estúpido loco de *sir* J. Mennes, que repite lo que *sir* W. Batten diga, aunque nunca le importa si beneficia al Rey o no. A mediodía al café, donde tuvimos una excelente charla con *sir* W. Petty, quien propuso como cosa cuestionable el que haya alguna diferencia real entre estar despierto o soñar, pues es difícil no solo decir cómo sabemos cuándo hacemos algo en realidad o en un sueño, sino también saber la diferencia entre ambos.

Luego a la Lonja: *sir* T. Chamberlayne[15] me dice que ayer se presentaron al Comité del Parlamento las quejas contra los holandeses de casi todas las compañías, excepto las de la suya, y que esto fue para que no se dijera que esa era la única y principal causa de la guerra con Holanda, y que es muy probable, y también necesario, que entremos en guerra con ellos. Luego a casa a comer y a la de *sir* W. Warren, con quien pasé toda la tarde, viendo primero dos barcos que están construyendo ahora. He decidido aprender algo sobre este arte.

6 de abril

Arriba y a mi oficina; allí viene John Noble, el viejo sirviente de mi padre, a hablar conmigo. Como me olía la cosa, lo llevé a casa y me contó que había ayudado a mi hermano Tom en el asunto del parto de una fea mujerzuela que tuvo de criada, llamada Margaret. Ella parió en la parroquia de St. Sepulchre a dos niños: uno está muerto y la otra viva, una niña llamada Elizabeth que pasa como Taylor, hija de John Taylor. Parece que Tom confió durante un tiempo en un tal Crawly, que le sacaba dinero todos los días, hasta que, sintiéndose estafado, se lo contó todo a J. Noble bajo promesa de secreto. Encontraron a un tal Cave, un jubilado de la parroquia de St. Bride, que se la quedaría por cinco libras y que prometía no pedir más por ella nunca. Cave fue arrestado por traer un niño nuevo a la parroquia y escribió a Tom pidiéndole que le soltara. Mi hermano le respondió con una carta de su puño y letra que Noble me enseñó, aunque no está firmada, en la que habla de liberarle y de procurarle seguridad, pero nada de la niña ni otra cosa que se le parezca. Como por lo que pude ver no hay nada que perjudique a mi hermano en lo esencial, no intenté romper la carta ni quitársela. Cuando Cave fue liberado le pidió a mi hermano otras cinco libras y este se las concedió, otorgándole un compromiso de cien libras para el mantenimiento de la niña, Elizabeth Taylor. Parece que J. Noble tiene que pagarle a John Taylor veinte chelines el próximo lunes de Pascua, aunque nada de esto aparece de mano de mi hermano Tom. Le dije que es probable que pierda mucho dinero con su muerte, y que no voy a pagar más por mi parte, aunque hablaré con mi padre. En casa de mi padre le conté lo de mi hermano Tom; se sintió muy preocupado y me dijo que hablara con J. Noble e hiciera lo que considerara conveniente, sin meterle a él. En resumen, creo que nos puede traer cierta vergüenza, pero será difícil probar que la niña es suya.

8 de abril

Con *sir* W. Batten a Deptford, y después de una vuelta por el astillero a ver el nuevo edificio que él, con cierta ambición, está construyendo allí como director de Trinity House. Le dejé y volví al astillero del Rey, donde hice indagaciones sobre las linternas de popa, observando que es necesario enmendar completamente lo que hice en el contrato con el encargado del chapado. Aunque todavía no sé cómo hacerlo, estoy decidido a que se cambien, pese a que el contrato se firmó anoche. Me llevé a Stanes a casa a tratarlo con él, y se avendrá a razones cuando consiga hacérselo entender.

12 de abril

Arriba; cuando mi esposa se puso muy guapa y elegante con su nuevo vestido bordado la llevé a casa de mi tío Wight y yo me fui con W. Howe al café, donde estuvimos hablando de conseguirle algún buen puesto si milord se hiciera a la mar. A mí me encantaría que le hiciera secretario y despidiera a Creed, que es un rufián listo y tramposo. De allí a casa de mi tío, donde comió mi padre, un pobre hombre melancólico cuando solía tener tanta vida como el que más.

13 de abril

En St. James me encontré al señor Coventry y estuve dos o tres horas hablando con él. Tratamos el asunto de los holandeses: me dice con rotundidad que cree que no se llegará a una guerra. Es curioso comprobar lo que me cuenta: de los que están a favor de la guerra en la Corte se dice que solo pretenden conseguir dinero para el Rey; de los de fuera que también están a favor, que únicamente desean crear problemas en el reino y dar a los fanáticos una oportunidad de hacer daño; finalmente, de los que están en contra (y él mismo se muestra en esto muy frío), que han sido sobornados por los holandeses. Toda la tarde en la oficina con W. Boddam, repasando sus datos sobre el Arcón de Chatham, que demuestran bastante bien en lo que ha estado metido el bribón del comisionado Pett, y cómo *sir* W. Batten ha seguido llevándose su buena parte, junto con otros, del dinero de los pobres. El tiempo lo demostrará. Por la noche a ver a *sir* W. Penn y luego a casa a hacer compañía a mi padre, que se va de la ciudad. Levantado con él y mi hermano John hasta pasadas las doce de la noche, preparando documentos con las cuentas de mi hermano Tom para entregárselos a mi primo Scott.

14 de abril

Arriba temprano, y después de que mi padre se tomara algo, salimos andando hasta Milk Street, donde giró a Cripplegate para coger un coche. Al final de la calle me despedí de él temiendo no volver a verle, pues cada día está más decaído. Más tarde paseé con Creed hasta el café, donde me contó muchos experimentos estupendos de Gresham College: hay uno que demuestra que el calor y el frío del ambiente modifican y condensan incluso el grosor del cristal.

18 de abril

Me dicen que un judío suscribe una póliza al cuatro por ciento con cualquiera que le asegure contra una guerra contra Holanda en cuatro meses; pensé aceptar su oferta, pero pediré consejo primero. En Hyde Park, donde no he estado desde el año pasado, vi al Rey con su peluca, pero no está nada cambiado.

19 de abril

Arriba y a St. James para las cuentas de Tánger. Cuando terminamos estuve paseando con Creed y Vernaty por el Physic Garden, donde vi naranjos por primera vez y otros árboles especiales. Luego a la Lonja, donde había muchas noticias de Guinea: algunos dicen que los holandeses han hundido nuestros barcos y tomado nuestro fuerte, y otros que somos nosotros los que le hemos hecho eso a ellos. Percibo por nuestros comerciantes que algo ha pasado, pero es todavía un secreto para ellos.

20 de abril

En pie y en coche a Westminster. Me encuentro en el Hall al señor Coventry, que me cuenta que el Comité de Comercio ya ha recibido todas las quejas de los comerciantes contra los holandeses y ha decidido informar muy enérgicamente sobre las maldades que han cometido contra nosotros (cuando Dios sabe que son solo nuestra pereza y negligencia las causantes de nuestros males), y que irá al Parlamento mañana.

24 de abril, día del Señor

Arriba y toda la mañana en mi habitación ordenando mis papeles personales, pues observo que los asuntos públicos me ocupan tanto tiempo que tengo que dedicar los domingos y las noches a mis cosas.

25 de abril

Después de comer estuve paseando con el señor Moore por el jardín. Me dice que milord está cada día más endeudado y muy poco preocupado sobre cómo va a salir de esto. Me cuenta que sus gastos son ahora de nueve mil libras: es muy triste, especialmente si pensamos en la probabilidad de que se haga a la mar, con peligro para su vida y con hijos que mantener, muchos de ellos pequeños.

3 de mayo

En St. James fuimos a la habitación del señor Coventry a repasar las reclamaciones de lord Peterborough; me esforcé todo lo que pude en hacer ver y atacar la locura del señor Povey, pues nunca he visto a nadie de su nivel en el mundo que fuera tan estúpido en su trabajo. Pienso que le he perdido para siempre, pero no me importa, pues es un imbécil y por lo que veo creo que no demasiado honrado. Sin embargo, pese a su estupidez, tiene la buena suerte de decir a veces sus tonterías con buenas palabras: las expone tan bien que parecen sensatas y apropiadas, una de las cosas más admirables que he visto en mi vida. Por la noche me encontré en la Lonja al señor Hempson, a quien *sir* W. Batten ha echado de su puesto simplemente porque cuando llegó a la ciudad vino a verme a mí antes que a él. Me contó muchas de las fechorías de *sir* W. Batten. Sabe y puede probar que el capitán Cox de Chatham le dio diez libras para que certificara por él cuando vino el Rey, y que Tom Newbome hizo que los pobres le dieran tres libras para meterles en el astillero, y *sir* W. Batten había dicho a menudo: «Por Dios, Tom, que tú vas a sacar algo y yo me llevaré una parte». Su empleado de ahora le ha dado algo por su puesto. Viven a lo grande y casi nadie sale al mar o consigue algo si no es con un soborno a *sir* W. Batten. Es sabido por todos que su esposa era una puta y que nada más casarse le tiraron papeles dentro de su casa por unos cuernos. Ha recibido de Hempson cien libras en dinero y otras cosas por valor

de otras cincuenta y solo quiere devolverle cincuenta libras. Ha estafado al Arcón, del que tiene mil libras.

11 de mayo

Mi tío Wight vino esta tarde a mi oficina a hablar, y de allí se acercó a mi casa a ver a mi esposa. Lo raro es que al rato mi esposa mandó por mí después de que él se marchara. Me dijo que había empezado a hablarle de que ella no tenía hijos, y que pensaba que lo mejor para ellos dos sería que tuvieran un hijo, y que le daría quinientas libras en dinero o en joyas por anticipado y haría al niño su heredero. Alabó su cuerpo y alegó que, por lo que sabía, eso era legal. Ella me cuenta que le dio una respuesta muy amable, mientras que él no se excusó diciendo que iba en broma. Al contrario, le dijo que como había visto lo que ella pensaba no se lo repetiría, y le pidió que no lo comentara. Parecía que lo decía todo con una sonrisa forzada, pero por sus palabras me parece que está claro que iba en serio: me temo que su amabilidad con ella no es más que lujuria. Así de repente no sé qué pensar, pero creo que haré como que no lo sé mientras lo pienso mejor.

13 de mayo

Me levanté antes de las tres y a Woolwich antes de que empezaran a trabajar los hombres. Me pasé dos horas con el señor Deane en el barco nuevo, informándome de los nombres y naturaleza de las distintas partes del barco, muy a gusto.

15 de mayo

Por la noche [vinieron] mi tío Wight y Norbury, pero no le hice caso ni le mostré una expresión distinta, ni él a mí, por su indigno comportamiento con mi esposa de la semana pasada; me tomaré mi tiempo para actuar.

16 de mayo

Obligado a levantarme para ir a una reunión con el Duque en St. James, y luego invitado a casa del doctor Pearse, el cirujano. Al rato fuimos a ver un experimento: matar a un perro inyectándole opio en la pata trasera. Él y el doctor Clarke fallaron claramente al intentar encontrar la vena, y de hecho no

lo consiguieron hasta después de muchos intentos. Sin embargo, con lo poco que le metieron el perro se quedó dormido y así estuvo mientras lo abrieron. También se lo hicieron a un perrito pequeño, al que se lo pusieron en la garganta: se tambaleó al principio, pero luego se durmió y siguieron. Si se recuperó o no después de que yo me fuera, no lo sé, pero es un efecto extraño y repentino. Después de la cena, a la cama. Mi esposa y yo hablamos y decidimos ofrecerle a mi padre que Pall se venga con nosotros si ella lo prefiere, por si de alguna forma le encuentro un marido aquí, lo que, aunque nos cause problemas, será mejor que tenerla allí sin que nadie la coja y me la traigan al final.

20 de mayo

Arriba y a mi oficina. Al rato viene el señor Cholmley, que me cuenta que el señor Edward Mountagu ha salido de la Corte para no regresar más. Me he enterado de que su culpa ha sido su orgullo, y sobre todo su deseo de hacerse el importante con la Reina. De hecho se dice que ella hablaba con él más que con nadie, y que se pasaban a veces dos o tres horas juntos: tanto que los lores que rodean al Rey, cuando él bromeaba con ellos sobre sus esposas, le decían que él también tendría que tener cuidado con la suya, pues ahora tenía un galán. Dicen que el mismo Rey le preguntó cómo estaba su amante (refiriéndose a la Reina). Se volvió tan orgulloso que despreciaba a todo el mundo y no permitía que nadie, hombre o mujer, hiciera nada relacionado con la Reina, por lo que todos colaboraron para vengarse. Es extraño que este hombre, que era el más descuidado del mundo, se volviera un milagro de diligencia, pero lo malo es que en vez de utilizarlo sabiamente para su beneficio, lo ejerció para su mayor perjuicio, pues la gente pensó que había algo anormal en su actitud. Así que se ha ido y nadie se apena, sino que se ríen de él, y él finge que solo se ha ido a ver a su padre, que está enfermo en el campo. Por la tarde muy ocupado en la oficina. Me llegó una carta de mi padre, repleta de problemas por los disgustos entre mi madre y los sirvientes y los que a mi padre le está causando ese Cave, el que tiene a la bastarda de mi hermano. No sé qué hacer.

29 de mayo, domingo. Pentecostés. Cumpleaños del Rey y día de la Restauración

En pie y, por una carta recibida anoche del señor Coventry, caminé hasta St. James, donde hablamos durante mucho tiempo sobre el trabajo de la oficina y la guerra con los holandeses: argumentó poderosamente contra las escasas razones que hay para hacerla. Lo principal que quería comentarme era conocer lo que sé sobre las intenciones de lord Sandwich de hacerse al mar con la flota, diciendo que, si lo desea, el Duque está a favor, pero como piensa que doce barcos no es una flota suficiente para que milord se moleste, no quiere ofrecérsela hasta no tener conocimiento de sus intenciones. Dijo esto con mucho respeto hacia milord, pero me parece extraño que a estas alturas no se entiendan mejor y necesiten la mediación de otra persona. Más tarde se presentó lord Sandwich y me llamó a su lado: estuvimos bastante tiempo hablando de sus asuntos y se muestra muy abierto conmigo, dispuesto a recibir mis opiniones como solía hacer, y espero volver a serle útil. Quería saber mi parecer sobre si es conveniente que se ofrezca para salir al mar, y quiere que se la dé en uno o dos días.

31 de mayo

A casa de lord Sandwich. Mientras se vestía estuve hablando abajo con el capitán Cocke, y creo que si alguna vez pienso en tener un chico haré que él me lo proporcione[16]. Más tarde a ver a milord sobre lo de salir al mar y el mensaje del señor Coventry para él. Le admira, igual que a mí, el procedimiento que se ha seguido, pues está todos los días con el Duque, que se muestra muy amistoso con él, y no le ha dicho nada de su deseo de que salga al mar. Milord me dice con franqueza que él, como todos los que en su momento estuvieron en el bando parlamentario, tiene que aguantar lo que de otra forma no soportaría. Por ello no permitiría que se hiciera nada en la Armada sin ser consultado, y parece que para los nombramientos de los comandantes de esta flota no le han preguntado. Sin embargo, concluimos que iría en contra de su honor y su reputación no presentarse a esta flota, por lo que me encargó que le dijera al señor Coventry que está deseando recibir órdenes del Duque para dicho fin. Fui con el mensaje al señor Coventry y lo encontré en la oficina, pero confieso que no me pareció que le agradara. Me preguntó si le había dicho a milord que el Duque no esperaba que fuera, y yo le dije que sí. Sin embargo, juro que no sé si a lo que se refiere es que el Duque, como me dijo el otro día, cree que la flota es demasiado pequeña para él, o es que no quiere que vaya. No obstante, creo que podían haber usado otros medios para dejarle fuera, no este. Comí en casa y luego a la oficina,

donde estuve mucho tiempo solo con la esposa de Bagwell, el de Deptford. Sin embargo, la mujer parece tan decente que no me atreví a intentar ninguna cortesía con ella, aunque lo tenía en la cabeza cuando la hice entrar. Estoy decidido a tener un detalle con su marido, pues creo que es un hombre que se lo merece. Hoy me han contado que el pasado domingo, que era el cumpleaños del Rey, estuvo bailando casi toda la noche con violinistas en los aposentos de *lady* Castlemaine, y todo el que pasaba se daba cuenta.

1 de junio

Arriba después de bastante rato acostado, pues anoche terminé tarde de hacer mis cuentas. Vino el señor Hollier, y, para mi tristeza, después de haberme asegurado que no volvería a tener una piedra me dice ahora que teme que tenga otra y me ha traído algo para disolverla. Salí por el río y bajé en las escaleras de Somerset; cuando pasaba por Covent Garden me encontré con el señor Southwell (el amigo de *sir* W. Penn), que me da la muy triste noticia de que lord Teviot y otros diecinueve oficiales de la Comisión fueron asesinados en Tánger por los moros, que les tendieron una emboscada mientras inspeccionaban las líneas, lo que tiene afligido al Rey. Luego a casa de los Joyce a recoger a mi esposa; fuimos al Teatro del Rey a ver *The Silent Woman*[17]: creo que no la hicieron tan bien como creía, o puede que no esté de humor estos días. Antes de que acabara la obra cayó tal tormenta de granizo que estuvimos a punto de levantarnos de la platea. Hubo un gran desorden, y mi esposa y yo tuvimos que ir a una pequeña cervecería y esperar allí una hora para conseguir un coche.

2 de junio

En Whitehall tuvimos una reunión del Comité de Tánger para decidir sobre provisiones, dinero y hombres. Allí toda la tarde: es curiosa la forma tan pobre y desordenada en que se hacen cosas tan importantes, y qué pronto se pierde el recuerdo de ese gran hombre, o al menos cómo es apartado por otros pensamientos como quién será el próximo, que no se sabe. Se habla de lord Oxford, Muskerry y otros. Parece que el plan de lord Teviot era salir una milla y media fuera de la ciudad con el fin de cortar un bosque que el enemigo solía usar para las emboscadas. Mandó algunos vigías y estos dijeron que el camino estaba libre. Los cogieron a todos, a él, a sus oficiales y a unos doscientos hombres, según dicen. En la plaza solo quedan cuatro oficiales.

Esto sucedió el pasado 3 de mayo, cuando no se había cumplido un año de su mando allí.

3 de junio

Arriba, todavía con mucho dolor en la espalda, que me asusta por lo que pueda ser. Toda la mañana en la oficina en reunión extraordinaria por el asunto de los almacenajes. Y, Dios mío, qué penoso informe hace el inspector [*sir* W. Batten], que me duele en el alma. Esta mañana antes de salir hice un trato con el capitán Taylor para un barco con destino a Tánger, con el que espero conseguir cuarenta o cincuenta libras. En el Comité de Tánger toda la tarde, y por lo que veo el duque de York y el señor Coventry son los únicos que hacen las cosas como hombres: el príncipe Rupert no hace más que maldecir, reírse un poco y soltar algún juramento. Y eso es todo.

4 de junio

En pie y a St. James en coche (después de hablar un buen rato con J. Noble, que me dice que nos protegerá de Cave si le pagamos el dinero) a ver al Duque, al que le di cuenta de cómo van las cosas y de la necesidad de una medida de fuerza que presione a los marineros, sin la que no conseguiremos reunir hombres para esta flota de doce barcos: además de poner de manifiesto la capacidad del Rey para dar órdenes, de la que en este momento se duda, haría que los holandeses pensaran que vamos en serio. Hablando este mediodía con el señor Coventry de *sir* W. Batten me dice que el Rey le contó el otro día que estando *sir* W. Batten en el barco con él y el príncipe Rupert a punto de luchar contra Warwick[18], no paraba [*sir* W. Batten] de dar vueltas y de secarse el sudor con un pañuelo; como el Príncipe desconfía mucho, sobre todo de Batten, se puso a jurar y decir que este tenía previsto traicionarles ese día y que el pañuelo era la señal: «Por Dios», dijo, «si las cosas van mal lo primero que haré será dispararle a él». Me estuvo hablando en profundidad y excelentemente de los distintos tipos de valor, el activo y el pasivo. Del segundo me puso como ejemplo al general Blake, que nunca atacaba ni por tierra ni por mar, sino que lo evitaba, aunque la ocasión fuera propicia. Del otro lado ponía al príncipe Rupert, el más valiente atacante en persona y que sin embargo, en la defensa de Bristol, no podría haberlo hecho peor, pues carecía de paciencia y de una cabeza templada para soportar los agobios de un asedio. Me dice también que el

duque de York está más entero y tiene más juicio en medio de una situación desesperada que en cualquier otro momento.

10 de junio

Por la noche con el capitán Taylor a ver nuestro barco de Tánger y a casa contento, pues he recibido veintiséis libras de mi trato por este barco.

11 de junio

En la Lonja me dicen que un embajador ha venido de Holanda, así como alguien de su Compañía de la India, a discutir con nosotros sobre los agravios que alegamos.

13 de junio

Arriba a las cinco y con el capitán Taylor al barco en Deptford, donde todo estaba mal. Reñí al capitán Taylor, quien, contra lo que yo esperaba, me pareció un tipo mentiroso, tonto, torpe e inútil. Después de ver la situación en que se encuentra el barco, sin patrón, no más de cuatro hombres y faltándole multitud de provisiones, velas y otras cosas, volví y pasé a por Fudge, que no me pareció en condiciones de subir a bordo, pero le metí tanta prisa que lo preparó todo, y dejé a Taylor y a Russell para que le azuzaran. De allí me fui al Comité de Tánger, que trataba este mismo asunto, y les di satisfacción sobre cómo estaban las cosas, quedando todo en paz y sin ningún problema. Espero que acabe bien, aunque confieso que estoy muy preocupado por si el rufián no hace su trabajo y cae sobre mí la vergüenza y la pérdida de dinero que esperaba conseguir. Luego con el señor Coventry a St. James. Después de comer hablamos de la guerra con Holanda: me dice que los holandeses están ofreciendo un arreglo, pues reconocen que no les interesa una guerra con Inglaterra. También hablamos de la historia de la Armada inglesa y de lo bien que estaría escribirla; me dijo que había pensado ofrecerme escribir la historia de la última guerra con Holanda[19], lo que me alegra, pues es algo que me apetece y se adapta a mi carácter. Además, si lo hago bien me hará ganar muchas recomendaciones.

24 de junio

Arriba, y salgo con el capitán Witham a seguir buscando avena para Tánger. Entre otros sitios visito los graneros de Londres, donde parece que cada Compañía tiene el suyo y está obligada a mantener siempre allí cierta cantidad de grano por si vienen tiempos de escasez. Después de comer me encontré en Whitehall con el doctor Pearse, que me enseñó el dormitorio de la Reina y su gabinete, donde no tiene más que bonitos cuadros religiosos y devocionarios, y su agua bendita junto a la cabeza cuando duerme. De allí me llevó a la habitación del Rey, y había tal variedad de retratos y otras cosas de valor y rareza que me quedé completamente confundido y no disfruté de su contemplación. Es la única vez en la vida que me he encontrado perdido e incapaz de sentir placer por la enorme abundancia de objetos que me lo proporcionaban. Por la noche, cansado, a casa, donde me esperaba el señor Creed. Estuvimos andando por el jardín y me contó que está preparándose para salir al mar a toda prisa. Se muestra muy cándido en el asunto que yo me sé, y lo resolverá antes de irse. Sin embargo, observo que me va a obligar a que le haga bastantes favores antes, lo mismo respecto a los recibos que trae a la oficina como sobre su ausencia en el Comité de Tánger. Lo que pretende es que me olvide de él o que siga mostrándole mi amabilidad más tiempo.

1 de julio

Viene el doctor Burnet: lo que tengo es una úlcera en el riñón o en la vejiga, pues está convencido de que el sedimento de mi orina, que vio ayer, no es moco concentrado por el calor, sino directamente pus. Me escribió unas instrucciones, pero no me quedé satisfecho. Le di una moneda y espero que sus consejos me sean de utilidad, aunque es raro que el señor Hollier nunca me haya dicho nada de esta úlcera.

4 de julio

En pie. Viene mucha gente a verme en el trabajo, y a mediodía a casa de lord Crew, donde comí y fui muy bien atendido por él. Me ofreció venderme una tierra que tiene en Cambridgeshire, una compra de unas mil libras; si puedo, lo haré. En casa me encontré con que mi esposa se ha gastado por su cuenta veinticinco chelines en unos pendientes; me irrité y tuvimos unas palabras fuertes, siendo muy feas las de ella hacia mí, que me molesta oír en su boca, en las que sacaba a colación antiguas discusiones que odio recordar. Prometí que los rompería si no se iba y conseguía lo que fuera por ellos, y con

esa idea salí por la puerta. La pobre mandó un rato después a que se los cambiaran de nuevo por dinero. Seguí a Besse, su mensajera, a la Lonja, y la mandé de vuelta a casa. No consentí que los cambiara, pues me satisfizo que cediera, con lo que regresé a casa y amigos de nuevo. Sin embargo no me podía quitar sus palabras de la cabeza, por lo que me fui a la cama enfadado. Hoy el Rey y la Reina fueron a visitar a lord Sandwich y la flota que está para partir.

7 de julio

En Whitehall encontré al Duque y a otros veinte leyendo sus nombramientos para la Pesca Real (entre los que estoy, y me enviaron aviso para que me presentara). Los estatutos son muy largos y muy serios, pero el grupo está tan mal formado para un trabajo tan importante que me temo que será poco lo que salga de aquí.

11 de julio

Arriba temprano por la mañana; cuando estuvimos preparados, en coche a Holbom, donde partieron a las nueve. Yo y mi hombre Will fuimos a caballo junto a mi esposa hasta Bamet. Un día muy agradable. Allí comí con ella; la acompañaba una dama muy bonita que va a Huntingdon y que es vecina nuestra en la ciudad. Estuvimos allí dos horas y nos separamos; seguro que pronto la echaré de menos. Después, yo y Will fuimos a ver los manantiales, que están a media milla. Nos tomamos tres vasos, paseamos y tomamos otros dos; la señora quería que tomara tres más, pero no pude porque tenía la barriga llena, aunque me sentó muy bien. Volvimos a casa pasando por Kingsland, Hackney y Mile End, muy fatigados, aunque el agua me hizo efecto por lo menos siete u ocho veces por el camino, lo que me agradó. Llegué a casa cansado y, como no me sentía bien, temprano a la cama.

14 de julio

A casa de milord. Como ya se había levantado, me hicieron subir y estuvimos solos: comenzó declarando solemnemente que sentía hacia mí el mismo amor y confianza de siempre, y me contó una desgracia que había caído sobre nosotros dos: sobre mí por el enfado que el lord Canciller le comunicó la noche pasada de la forma más enérgica y apasionada en la que

jamás habló un hombre, sin permitir que se le contradijera, aunque me dijo que alabó cuanto pudo mi fidelidad y responsabilidad. El motivo es el siguiente: supone que fui yo el responsable de que algunos árboles de Clarendon Park, que al parecer él había comprado a lord Albemarle, fueran marcados y talados, aunque Dios sabe que soy el hombre más inocente del mundo en este asunto. Milord parece bastante preocupado con esto, creo que en parte por mí, pero también por él. Me aconsejó que me presentara ante él y lo aclarara de la mejor manera posible, con la mayor humildad y convicción: que estoy a su disposición en esto y en todo lo que sea; que todo lo que tengo deriva, a través de lord Sandwich, de él. Aterrorizado, fui a verle y le encontré ocupado con unos juicios en su gran salón; me dijo que volviera después de la comida. Tras el almuerzo me dirigí a él y le dije que yo era el infeliz Pepys que tanto desagrado le había causado. Creo que le apacigüé por completo, hasta que me agradeció mi voluntad y esfuerzo por servirle. Después de todo, eran tan pocos los motivos para que recelara de mí que me imagino que ha hecho esto solo por estrategia, para ponerme de su lado asustándome o, lo que sería peor, para poner a prueba mi fidelidad al Rey. No obstante, creo que se trata de lo primero.

15 de julio

Arriba y a casa de lord Sandwich, a quien di cuenta de lo que pasó ayer entre el lord Canciller y yo; mostró su agrado y me recomendó que buscara la forma de hacerle el mejor servicio en este tema. Después empezó a decirme que había fijado el lunes próximo para salir al mar, y que iba a explicarme cuál era su situación. Me dijo que en la actualidad su única ocupación es mantener sus beneficios en la Corte, pues tiene pocas esperanzas de subir mucho más sus ingresos: ahora gana unas ocho mil libras al año. Es cierto, dice, que debe cerca de diez mil libras, pero ha tenido muchos gastos. Ha hecho cuentas en el Guardarropa y allí le deben siete mil libras, pero no sabe cómo se las pagarán, junto a dos mil libras que le debe el señor Mountagu[20]. Respecto a sus beneficios, que ha padecido todo el daño que a alguien pueda causarle un amigo que conozca todos los secretos de uno: el señor Mountagu. Sin embargo, dice que lo peor ha pasado ahora que ese hombre se ha ido y es odiado por el Rey. Dice que se lleva tan bien como siempre, o mejor, con el Canciller, y que con el Rey está igual. Sobre el asunto reciente, cuando yo fui a hablar con él sobre si saldría al mar, cree que el duque de York lo hizo con la mayor inocencia y cariño del mundo. «Esta», dice, «es mi situación, que te

cuento porque no sé si volveré a verte o no». Respecto al viaje, cree que le supondrá gastos y ningún beneficio, pero que ahora no debe buscar aumentar beneficios sino hacer bien lo que tiene que hacer, para que le paguen lo que le deben en el Guardarropa y en otros sitios, pues de otra forma podrían fallarle.

18 de julio

Arriba, y caminé hasta casa de milord, donde me despedí de él, mostrándose muy amistoso conmigo pero con la mayor seriedad. Creo que confía en mí. Esta mañana parte para Deale. Luego a St. James a ver al Duque. Habla con toda franqueza de la guerra con Holanda, que empezará en invierno. Antes de eso estuve hablando en el parque con *sir* G. Carteret sobre la madera del lord Canciller, y nos ponemos de acuerdo en la mejor forma de resolver este asunto, lo que me alegra mucho. De allí a Westminster, a mi barbero, a que le quiten las liendres a la peluca que me hicieron hace poco. Me irritó muchísimo que me pusiera esas cosas en la mano. Luego a casa. Creed me acompañó y aprovechó la ocasión para cumplir con sus obligaciones conmigo poniendo veinte piezas de oro en un anaquel de mi habitación: no las rechacé, aunque deseaba y esperaba más. Sin embargo, es mejor que nada; no esperaré nada y sabré a partir de ahora cómo manejarme con él.

20 de julio

En pie y un rato a la oficina, y luego en casa con el señor Deane hasta la comida, hablando del asunto de la madera del lord Canciller en Clarendon Park y sobre cómo hacer un informe sin ofenderle. Al final lo redacté y espero que le guste, pero ojalá no hubiéramos tenido nada que ver en el asunto. Comí un cerdo muy bueno y luego en coche a Whitehall, al Comité de Pesca, pero no se hizo nada porque hoy era el gran día de la lotería de *sir* Arthur Slingsby. Entré y estuve junto a las dos Reinas y la duquesa de York, y justo detrás de *lady* Castlemaine, a la que adoro de corazón; fue muy divertido ver cómo casi todos los que daban sus diez libras se marchaban solo con un par de guantes. Salí de la lotería y fui a ver una obra, solo un trozo, en el Teatro del Duque, *Worse and Worse*, justo el mismo tipo de obra y escrita por el mismo que *The Adventures of Five Hours*, muy agradable[21]. Cada vez admiro más a Harris. Estando en Westminster Hall tuve estupendas noticias: la señorita Lane se ha

casado con un tal Martin, que está al servicio del capitán Marsh. Tengo que tener un encuentro con ella para ver qué piensa del matrimonio.

21 de julio

Arriba y toda la mañana reunidos. Entre otras cosas, firmamos con *sir* W. Warren un contrato por casi mil mástiles de Gotemburgo, el mayor que jamás se haya hecho en la Armada y gracias a mis gestiones; espero que sea bueno para el Rey. Esta mañana vino a la oficina N. Osborne, el empleado del señor Gauden, a preguntarme qué pieza de plata deseaba tener por valor de unas cien libras, pues tenía orden de gastarse esa cantidad en algo para mí y se había tomado la libertad de venir a preguntármelo. Enseguida expresé que no tenía intención de recibir nada, pues desconocía cómo podía serle de utilidad al señor Gauden, pero lo dejé completamente en sus manos. Así que a mediodía recibí en mi casa un par de jarras en un estupendo estuche de piel, de las más nobles que he visto en todos los días de mi vida. No sé si me las quedaré o no, porque me obliga mucho en el asunto del avituallamiento de Tánger.

23 de julio

A mediodía a la Lonja, donde tuve ocasión de plantearle al señor Coventry el asunto de la madera del lord Canciller. Me aseguró que hasta que *sir* G. Carteret se lo dijo, después de haberse marchado los oficiales a inspeccionarlo, no sabía que el lord Canciller tuviera nada que ver. Así que me dijo que no enredaría el asunto, sino que decidiría qué sería más adecuado y se mantendría firme. También que hablaría con el Duque y que él y *sir* G. Carteret se encargarían del lord Canciller. Esto me tiene muy preocupado y no sé qué decir ni cómo comportarme, pues una actitud me perjudicará ante el señor Coventry, y la contraria ante el lord Canciller. Creo que lo dejaré estar e intervendré lo menos posible. De allí caminé hacia Westminster, y como estaba de un humor perezoso y disipado, me pasé por Fleet Alley, donde había una preciosa muchacha en una puerta. Me di un par de vueltas, pero por mi sentido del honor y mi conciencia no entré, sino que cogí un coche y fui a Westminster Hall. Allí vi a la señorita Lane y quedé con ella en irnos por el río. Nos encontramos en las escaleras de Chanel Row y de allí a la vieja casa de Lambeth Marsh, donde comimos y bebimos y la disfruté dos veces: es la mujer más extraña del mundo, a veces habla del amor hacia su marido y otras

como si no le importara nada, y se presta perfectamente a dejarme que haga lo que quiera con ella. Así que me gasté cinco o seis chelines en su compañía e hice lo mío, y una hora después volvimos. La bajé y seguí hasta Fleet Street pasando por Fleet Alley. Sin saber controlarme, entré y vi allí lo que me habían contado antes: la perversidad de esas casas y la presión para hacer que un hombre gaste dinero. La mujer era desde luego excelente, pero no me atreví a meterme con ella por miedo a que no estuviera sana, así que fingí no tener suficiente dinero; confío en Dios para no regresar, pues aunque es una de las mujeres más bonitas que he visto en mi vida, tengo miedo de que me engañe. Así que deseando que Dios me perdone por esta vanidad me fui a casa, recogiendo en mi librero unos libros por los que pagué diez libras y para los que he estado ahorrando las tres últimas semanas. Luego a la oficina a escribir cartas y después a casa y a la cama, muy cansado de los placeres de hoy y muy avergonzado de pensar en ello.

26 de julio

Toda la mañana en la oficina y a mediodía a la comida de los padrinos en casa de Anthony Joyce[22]. Yo había mandado docena y media de botellas de vino y además pagué mi cuota doble, que es de dieciocho chelines. Todos muy contentos; yo, todo lo que pude estar en compañía tan modesta.

28 de julio

En la oficina toda la mañana. Comí en casa después de pasar por la Lonja y luego salí, viendo en los postes que ponían *The Bondman*[23]. Consulté mis votos y comprobé que esta vez podía ir tranquilamente sin romperlos. Fui a pesar de mi gran deseo de volver a Fleet Alley, Dios me perdone. Es cierto que por falta de ensayos muchos de ellos habían olvidado algunas parles de sus papeles, pero Betterton y mi pobre Ianthe son los mejores. No hay nada en el mundo que me guste más que esta obra. Fui a ver al señor Blagrave para hablarle de si su pariente puede venir a vivir con mi esposa, pero no han venido a la ciudad, así que a casa. A cenar y a la cama.

Mi situación actual es la siguiente: mi esposa está en el campo, mi criada Besse con ella y todo tranquilo aquí. Estoy intentando encontrarle una mujer a mi gusto, sobre todo una que sepa de música, especialmente de canto. Me encuentro más dispuesto porque confío en conseguir doscientas o trescientas libras extras al año por el asunto del avituallamiento de Tánger, aunque el

señor Alsop, mi principal esperanza, se ha muerto, y me temo que el señor Lanyon está cayendo enfermo también. Mi salud es bastante buena. De lo único que se habla es de la guerra con Holanda. Lord Sandwich ha vuelto a hacerse a la mar y creo que de nuevo su opinión sobre mí es buena. Estoy entusiasmado con la idea de llegar este mes a las mil libras, además del regalo que señor Gauden me hizo el otro día de dos jarras de plata y dorado. Mi gran preocupación es mi posesión en Brampton, saber qué esperar y cómo dejarlo cuando muera cumpliendo la promesa que le hice a mi tío Thomas y a su hijo. Lo siguiente es el maldito problema en el que mi hermano Tom nos va a meter con su muerte, obligándonos a acudir a la ley ante sus acreedores, además de la vergüenza.

7 de agosto, día del Señor

Hasta tarde mimando a mi esposa y hablando con ella; me cuenta cosas tristes sobre lo mala y desordenada que es la forma en que viven mis padres y Pall en el campo, alterada y sucia, lo que me incomoda mucho e intentaré remediar. Nos levantamos, nos arreglamos y le enseñé, para gran sorpresa y alegría suyas, el regalo de plata del señor Gauden, las dos jarras, tan majestuosas que apenas puedo creer que sean mías. Así que dando gracias a Dios comimos muy a gusto y salimos, dejando en casa una carta del capitán Cocke en la que me recomienda a un muchacho para que lo vea. Fui a hablar con él. Me habla muy bien del chico y, en la capilla, el señor Blagrave me da un buen informe. Hablé con él: parece bastante interesado y creo que lo hará bien. Hablaré con el señor Townsend para que le preparen ropas rápido y entonces vendrá[24]. De camino a casa me encontré con el señor Spong y hablamos de muchas cosas ingeniosas, de música y finalmente de lentes. Veo que sigue siendo el mismo tipo ocurrente de siempre: me cuenta que en un microscopio que ha fabricado él mismo ha descubierto que las alas de la polilla están hechas igual que las plumas del ala de un pájaro. Mientras conversábamos pasaron algunos pobres desgraciados [cuáqueros] llevados por alguaciles por estar en conventículo. Van como ovejas, sin ninguna resistencia. Le pediría a Dios que se adaptaran o que fueran más listos para que no les pillasen.

8 de agosto

Después de despachar con el Duque, al café y a casa a comer. Cuelgo mis cuadros en el comedor, que queda muy bien. Luego salgo con mi esposa al Teatro del Rey, pues ella me da su vez del mes pasado, en el que no fue ninguna; así mi promesa no está rota y no me cuesta más dinero que si ella hubiera ido las dos veces que le correspondían.

9 de agosto

A mediodía vino a comer el señor Blagrave con un amigo suyo de la capilla. Estuvimos muy a gusto y tocamos un par de salmos arriba en mi cámara. Luego él y yo hablamos de su pariente, que va a venir a vivir con mi esposa en unos diez días; espero que salga bien. Hoy llegan noticias de que el Emperador ha vencido a los turcos.

13 de agosto

Arriba, y antes de ir a la oficina viene mi sastre con un abrigo a propósito para estar en casa que no llega más abajo de las rodillas, pues el que uso ahora me causa problemas en las piernas. También viene el señor Reeve con un microscopio y un prisma. Por el primero le pago cinco libras y diez chelines, mucho dinero, pero es un objeto muy peculiar. Dice que es el mejor que conoce en Inglaterra y diría que en el mundo. Lo otro me lo regala; es de valor y resulta muy curioso ver objetos en una habitación oscura. El señor Creed comió conmigo y conseguí que nos invitara a mi esposa y a mí a ir al teatro, prestándole yo el dinero para que lo hiciera: este es un truco que me he inventado para evitar romper mi voto, pero juro que no lo usaré más. Luego a casa y a mi oficina; escribí cartas y después estuve leyendo del libro del doctor Power sobre descubrimientos con el microscopio, para poder usarlo y saber qué puedo esperar de mi lente.

16 de agosto

Me desperté a las dos de la mañana por el ruido de truenos, que duró unas dos horas, con tantos relámpagos, no destellos sino llamas, que todo el cielo estuvo iluminado durante mucho tiempo, sin que pasara un minuto entre cada llama, algo que no había visto nunca ni creía que pudiera suceder en la naturaleza. Me hizo sudar tanto que no pude dormir hasta que terminó. Todo acompañado con una tormenta de agua como nunca vi en mi vida. Por la

mañana esperaba encontrarme la casa inundada, y seguro que en Londres ha tenido que hacer mucho daño, pero no ha entrado una gota ni oigo que se hayan producido daños. Parece que en algunos condados de los alrededores la tempestad ha sido parecida.

20 de agosto

En pie y a la oficina un rato, pero hoy se convocó al Parlamento y no nos reunimos. Salí a encargar un estuche para guardar mi piedra que me costará veinticinco chelines. Luego caminé hasta Cheapside para ver los efectos de un incendio que hubo esta mañana a las cuatro. Fue en la casa del señor Bois, el que se casó con la sobrina del doctor Fuller; ambos están fuera y habían dejado en casa solo a una criada y a un hombre. Comenzó en su casa y ha quemado muchas otras en la parte de atrás, pero ninguna delante; todo esto fue en la gran agrupación de edificios que hay en el centro de Cheapside. Lo siento mucho por ellos, y sobre todo por el doctor. Luego a la Lonja y a casa a comer. Después a casa de *sir* W. Batten, adonde fue *sir* Richard Ford, el representante de la Corona, que ha estado todo el tiempo en el incendio. Al preguntarle, me responde que él y el Alcalde fueron porque es parte de sus deberes, además de mantener el orden, pues tienen poder para hacer que derrumben una o varias casas para proteger toda la ciudad.

27 de agosto

Arriba y toda la mañana en la oficina. A mediodía a la Lonja, donde casi dejé arreglado el trato de un barco para Tánger. Después de algunos recados menores regresé a casa; allí encontré a mi chico, Tom Edwards, que me ha sido enviado por el capitán Cocke. Ha estado los cuatros últimos años en la capilla del Rey. Me propongo hacer de él mi empleado y, si lo merece, hacerle bien. Me pasé casi toda la tarde preparando su cámara; luego a la oficina, dejándole en casa. Por la noche, ya tarde, al terminar el trabajo llamé a Will y le expliqué que había tomado a un chico por necesidad, sin pretender hacerle una descortesía a él, además de que no le supondría ningún perjuicio. Él me habló de la hija de su casero, que va a venir a estar con mi esposa[25]. Cuando regresé a casa se mostró como un colegial, hablando con mucha inocencia y verborrea; ahora nos supone una diversión, pero pronto dejará de serlo. Al decir que solía acostarse a las ocho, le mandé a la cama.

3 de septiembre

Toda la mañana en la oficina; comí en casa y después a Whitehall, al Comité de Pesca, pero como solo estábamos cuatro no pudimos hacer nada. Es muy triste ver que algo tan importante está tan mal atendido, porque a este paso no va a llegar a nada, excepto a la vergüenza para todos nosotros. Fui a Westminster y tuve la suerte de encontrar a Jane sola en casa del barbero [Jervas]; estuve hablando con ella y le hice prometerme que nos encontraríamos en la Abadía dentro de dos semanas, por la mañana; me dijo que sus señores tenían la intención de encontrarle un marido, así que no la dejarán salir sin ellos, y que solo sale a la hora del sermón los domingos. Me gustaría encontrarle un buen marido, porque siempre he pensado que es buena además de guapa.

4 de septiembre, día del Señor

Toda la mañana repasando mi vestuario viejo y separando cosas para mi hermano John y mi padre. Me quedaré algo escaso de ropa, aunque justo con lo que necesito, pues el resto me estropearía su mantenimiento. Comí muy bien con mi esposa. Estuvimos arriba toda la tarde y luego el chico y yo cantando salmos; después vino el señor Hill y cantó con nosotros un rato. Cuando se marchó, seguimos cantando algunos motetes del señor Porter; me llena de gozo ver que he llegado a esta situación: tener a una persona en casa capaz de darme tanto placer como este chico gracias a su completo dominio de la música, pues puede cantar cualquier cosa a primera vista. El señor Hill vino a decirme que ha conseguido a una señora para mi esposa, una tal señorita Ferrabosco, que canta admirablemente. Me mostré contento, pero me entero de que es demasiado galante para mí, por lo que no lamentaré no tenerla.

5 de septiembre

Arriba y a St. James, donde despachamos con el Duque, y todo era hablar sobre la guerra. El príncipe Rupert estuvo con nosotros: se está preparando para salir en el Henrietta. Al rato al Comité de Pesca, en presencia del Duque. Después de elegir a Duke como Secretario nos dispusimos a nombrar un comité del que yo deseaba formar parte para tener cierta mano en el negocio, para entenderlo y para que se sepa que he tenido algo que ver con ello. Tras refinar el trabajo del Comité nos separamos y me fui con mi esposa de tienda

en tienda, gastándome cerca de diez libras en ropas para ella. Luego un rato en la Lonja y a casa, donde vino W. Bowyer y comió con nosotros. Nos cuenta que la señorita Lane ha hecho una muy mala boda y que quiere hablar conmigo; estoy convencido de que es para que le consiga algún trabajo a su marido, para el que seguro que no vale. Mi tía James ha venido dos veces con Kate Joyce para vernos. La segunda vez mi esposa estaba en casa, y parece que van a ir a Brampton; lo lamento por los gastos que le supondrá a mi padre, pero tendremos que aguantarnos, ya que mi madre tiene ganas de verla. Sin embargo, deploro intensamente mi propio orgullo, mi desprecio hacia mi tía y hacia la familia que no está tan arriba como yo; es por eso que no la he visto ni invitado en todo este tiempo.

6 de septiembre

A mediodía a casa a comer y de vuelta a la oficina, donde estuve esperando porque pensaba que la esposa de Bagwell vendría por un asunto de trabajo y podría hablar con ella, pero no vino. Luego a Whitehall en coche con el señor Andrews a firmar y sellar el contrato para el avituallamiento de Tánger, así que todo está resuelto. Espero haber hecho buen negocio y recibir cien libras por ello la semana próxima, por lo que Dios sea alabado. Después a casa de Will y Anthony Joyce para invitarles a comer en casa con mi tía James, sobre todo porque la semana que viene se van todos a casa de mi padre y me gustaría tener un detalle con ellos antes. Luego a casa pasando por el puesto de Doll, nuestra preciosa mujer de la Lonja, a comprar un par de guantes con borde amarillo (para [que hagan juego con] la combinación que mi esposa se compró ayer), que me costó veinte chelines. Sin embargo, es tan bonita que, Dios me perdone, no le hice caso a eso: es una extraña esclavitud la que siento por la belleza, a la que nada se acerca en mi valoración. Hoy el señor Coventry nos contó cómo recibió el Duque al embajador holandés el otro día: le dijo que aunque ellos creen que vamos en broma, el Príncipe (Rupert), que marcha en la flota hacia Guinea, pronto les demostrará que vamos en serio, y que él en persona hará lo mismo aquí con la flota principal. Todo esto se lo escribí esta noche a lord Sandwich.

7 de septiembre

En coche a casa, donde veo que a mi esposa la ha peinado su mujer, Mercer, que vendrá mañana, pero como mi esposa tiene un bautizo mañana,

ha venido esta noche a arreglarle el pelo.

8 de septiembre

Esta tarde mi esposa, muy bien vestida por su nueva mujer, Mary Mercer (la hija de un comerciante en declive), fue al bautizo del hijo de la señora Mills, la esposa de nuestro párroco, donde no había estado antes.

9 de septiembre

Arriba y a organizarlo todo para la comida. Salí a comprar diversas cosas y luego a casa, donde a mediodía vinieron los invitados, es decir, Anthony y Will Joyce y sus esposas, mi tía James recién llegada de Gales y mi prima Sarah Gyles; su marido no vino, y por lo que me dijo comprendí que era porque todavía no me había podido devolver los cuarenta chelines que le presté a ella hace un año. Lo pasé todo lo bien que pude y les di una buena comida. Sin embargo, W. Joyce habló tanto que nos dejó a los demás callados, aunque nos reíamos de él. Mercer comió con nosotros en la mesa, siendo la primera vez que comía en casa. Después les dejé y fui al Comité de Tánger y luego de vuelta a casa, donde mi esposa, Mercer, Tom y yo estuvimos hasta las once cantando y tocando el violín; me alegra mucho verme al mando de tanto placer en mi casa. La chica toca bastante bien el clavicémbalo, aunque solo piezas normales, pero tiene buena mano. Canta poco, pero su voz y su oído son buenos. Mi chico, estupendo, canta excelentemente y es de lo más agradable ahora que aún tiene cosas de niño. Luego a cenar y, con gran placer, a la cama.

10 de septiembre

En pie y a la oficina, trabajando toda la mañana y muy preocupado pensando cómo terminará esta gran lentitud, pues lo que hacemos en esta oficina no se corresponde con gente capaz de conducirse en una guerra. O nos echan o hay que meter a otra gente. Comí en casa, y luego mi esposa, Mercer y yo al Teatro del Duque, donde vimos *The Rivals*[26]. De regreso a casa y hasta tarde escribiendo cartas. Esta noche recibí por medio de Will ciento cinco libras, los primeros frutos de mis esfuerzos en el reciente contrato para el avituallamiento de Tánger, por lo que Dios sea alabado, pues con la conciencia tranquila puedo decir que le he ahorrado al Rey cinco mil libras al

año, y sin embargo tengo la esperanza de conseguir trescientas libras anuales sin ningún perjuicio para él. Así que a cenar y a la cama.

12 de septiembre

Arriba y a casa de mi primo Anthony Joyce, donde me despedí de mi tía James, de ambos primos y de sus esposas, que hoy marchan a casa de mi padre. Luego en coche a St. James, donde despachamos como siempre con el Duque. Le vimos jugar placenteramente con su hija pequeña, como cualquier padre normal. Después a casa de Jervas, donde pillé a Jane sola en la tienda y me dijo que sus señores iban a salir. Así que me fui y volví media hora más tarde. Mientras tanto fui a la Abadía y disfruté mirando las tumbas. De vuelta con Jane, subí arriba y bebí con ella. Estuve dos horas besándola, pero nada más.

14 de septiembre

Toda la mañana en la oficina, y a mediodía en la Lonja con *sir* W. Warren. Aproveché para pedirle prestadas cien libras: me dijo que me daría de corazón enseguida, pues hacía un tiempo que me había prometido cien libras por mis esfuerzos con sus dos grandes contratos de mástiles, y serían estas[27].

16 de septiembre

Vino a verme el señor Gauden y tuve una buena oportunidad para hablar con él sobre su regalo, que hasta ahora ha sido como una carga para mí y no puedo aceptarlo, pues tengo dudas de que pretenda tentarme para ponerme de su lado en el asunto del avituallamiento de Tánger. Sin embargo, me aclara que no es así, que me valora mucho y también lo que he hecho por él en ese tema, que está en plena correspondencia, pero que aquello me lo dio por pasadas cortesías que había tenido con él en la gestión de sus negocios, lo que me alegró oír. Con el corazón tranquilo y lleno de gozo me despedí de él y volví a mi trabajo. A mediodía a la Lonja, donde estaba citado con *sir* W. Warren. Nos fuimos a la taberna del Sol y me dio, estando solos, una bolsa con cien libras, de las que me ofrecí a entregarle un recibo, pero me dijo que no, que eran mías, las que me había prometido hacía un tiempo, y le

alegraba (pues yo se lo había dicho dos días antes) poder tener esa amabilidad conmigo.

19 de septiembre

Arriba; mi esposa y yo ya tuvimos una riña por su acompañante, pues piensa que la cuido demasiado al permitir que ella (mi esposa) corte la carne para ella, pero se pasó pronto y me fui con *sir* W. Batten y *sir* W. Penn a St. James a despachar con el Duque. Luego a casa pasando por el café, donde hablé con *sir* Henry Blunt y el doctor Whistler sobre Egipto y otras cosas. A casa a comer; mi esposa llevaba su vestido nuevo de invierno, de moaré, muy elegante; después de comer le di quince libras para que se gastara en ropa y otras cosas necesarias para la casa, y para comprarle un vestido a Pall. Yo a Whitehall, al Comité de Tánger, donde el coronel Reames nos ha traído un informe tan metódico y completo sobre todo lo de allí que nunca he visto ni creo que vuelva a ver algo parecido en cualquier asunto público mientras viva. Al terminar la reunión me fui a Westminster, a casa de Jervas, y hablé con Jane; la encontré fría y sin tanto deseo de verme como antes, pero no me importa, pues así me libro de cualquier problema que me surja después, además de ofender a Dios Todopoderoso y descuidar mis asuntos. Luego en coche a casa y a la oficina, hasta tarde, y a cenar y a la cama.

22 de septiembre

Arriba y a la oficina toda la mañana. A mediodía a la Lonja, donde le pregunté a *sir* William Warren qué podría hacer para ganar algo más de dinero transportando bienes a Tánger, y me dio algún consejo. Luego a comer a casa de *sir* G. Carteret. En la mía encontré a mi esposa no muy bien, y me dice que cree que está embarazada, pero ni lo creo ni lo quiero, aunque se hará la voluntad de Dios. Luego a mi oficina, a casa a cenar y a la cama, con un extraño dolor de cabeza por haberme quitado el sombrero en la comida y estar sentado con el aire dándome en el cuello.

25 de septiembre, día del Señor

En pie, y como tema dolor de garganta y la cabeza mal no fuimos a la iglesia. Me pasé la mañana leyendo *The Mad Lovers*[28].

29 de septiembre

Después de comer, a ver a *sir* G. Carteret, y con él a la nueva casa que va a coger en Broad Street. Allí inspeccionamos todas las habitaciones y el terreno para redactar el alquiler. Al terminar, el señor Cutler, su casero, me llevó aquí y allá mostrándomelo todo, que es extraordinariamente grande, pues ha comprado todo el convento agustino: se ha gastado muchos miles de libras y gastará más. Noticias frescas de que hemos vencido a los holandeses en Guinea. *Sir* G. Carteret me contó que el Rey se alegró muchísimo al enterarse. «Pero», dijo él, «¿qué le digo al embajador cuando venga?». Parece que también les hemos echado de Nueva Holanda[29], así que les hemos hecho daño en diversas partes del mundo sin conocimiento público ni motivo. Al regresar a casa esta noche repasé las cuentas domésticas de mi esposa y me irrité al encontrar algunas cosas dudosas, aunque ella fue muy clara y confesó que cuando se le olvida alguna suma añade algo a otros conceptos para compensar. Como me enfadé mucho me dijo que había cogido algo para comprarse un collar, lo que me puso como loco y aún me tiene irritado, pues por momentos parece que se olvida de cómo vivir barato y con sentido de las necesidades.

3 de octubre

Arriba y con *sir* J. Mennes en coche a St. James; las noticias allí son de urgentes preparativos contra los holandeses: estando con el Duque nos dijo que ha decidido salir él mismo, y que *sir* W. Penn iría en el mismo barco que él. Dios me perdone, pero le discutiría ese honor por su falsedad y sus bellaquerías, aunque no envidio el ocupar ese sitio. También se habla de la prisa en sacar otra flota y construir algún barco. De allí a casa a comer, donde estaba Hawley. Sin embargo, al ver a la esposa de Bagwell en la oficina antes de salir, la hice entrar y solo la besé. Ella me reprendió diciéndome que si lo hacía con más personas sería una mancha para mí, aunque veo que se lo toma bastante bien pese a que en general creo que es muy honrada. Después de comer a Deptford, donde estaba el señor Coventry. Hicimos experimentos con las cuerdas holandesas y las nuestras, resultando las nuestras muy superiores, como índica con muchos detalles mi libro de observaciones.

4 de octubre

Esta mañana *sir* W. Penn fue a Chatham a inspeccionar los barcos que saldrán desde allí, sobre todo en el que irán el Duque y él mismo. Se llevó a *sir* G. Ascue, al que creo que ha colocado[30]. Después de comer al teatro, a ver *The General*[31], tan mala y tan mal interpretada que creo que es lo peor que he visto en mi vida. Sucedió que me senté cerca de *sir* Ch. Sedley, que es muy ingenioso y en cada verso hacía ver la necedad del poeta y la pobreza del argumento, siempre de forma muy pertinente. Luego a casa con mi esposa y Mercer, enfadado por haber perdido mi tiempo y veinte chelines, desatendiendo mi trabajo por ver una obra tan mala. Dicen que mañana o al otro habrá una nueva, *The Parson's Dream*[32], interpretada solo por mujeres.

10 de octubre

Arriba; como llovía mucho, en el coche de *sir* W. Penn a St. James, donde despachamos como siempre con el Duque. Más y más preparativos cada día contra los holandeses. Confieso que me da cierta envidia que el Duque tenga cada vez más consideración con *sir* W. Penn. Volviendo a casa, *sir* W. Batten me cuenta que *sir* J. Mennes fue anoche a verle y se han hecho amigos de nuevo, lo que lamento. Sin embargo, *sir* W. Batten sigue criticando al señor Turner y a su esposa (me dice que es un falso y su mujer también, y que tiene los dientes podridos y postizos, fijados con alambre). Como sé que es cierto, me alegro de que también lo haya notado. Al café con *sir* W. Warren, con el que estuve hasta las cuatro hablando primero de sus negocios y luego en general. Deliberamos sobre cómo podría ganar dinero, conducirme sin granjearme envidias y al tiempo hacer que todos vean mis esfuerzos. Espero haber encontrado en él a un buen amigo y una buena ayuda, por lo que doy gracias a Dios. A casa a comer y a la oficina hasta tarde, a cenar y a la cama. Estuve hasta pasadas las doce de la noche repasando las cuentas de recaudaciones de la pesca: observar la forma tan descuidada y vil en que se utiliza el dinero recaudado prevendría a cualquier hombre de desprenderse de un solo penique. Sobre todo hay que ver lo inconveniente que resulta tener a un gran hombre [al mando], aunque parezca muy piadoso, como lord Pembroke: es demasiado importante para que se le reclamen las cuentas y sus sirvientes le engañan, pero sin embargo tiene que defenderlos por su propio honor. Hoy, por la bendición de Dios, se cumplen nueve años de mi matrimonio, pero estaba tan ocupado con el trabajo que no pensé hacer nada extraordinario. Bendigo a Dios por nuestra larga vida juntos, con amor y salud, que Dios lo mantenga por muchos años, lo deseo de corazón.

26 de octubre

En casa de *sir* W. Batten hasta tarde con *sir* R. Ford y *sir* John Robinson, que sigue siendo el mismo tonto de siempre, exaltando el poder que tiene en el Concejo, lo bien que conoce su humor y su capacidad de hacer lo que quiera con ellos. Parece que anoche el Concejo le prestó de forma muy generosa al Rey den mil libras sin más garantía que su palabra, algo muy noble. Sin embargo, este imbécil y S. Richard Ford quieren hacemos creer que lo lograron ellos. Claro que S. Richard Ford es un hombre astuto y engaña al otro, que se cree cualquier cosa que le diga. Dios mío, pensar que este hombre es Teniente de la Torre, algo tan importante, me parece muy extraño.

30 de octubre, día del Señor

Arriba; esta mañana me puse mi traje nuevo, elegante, de tela de color y la capa con el borde de felpa, un traje muy caro y noble que me ha costado cerca de diecisiete libras.

31 de octubre

Hasta tarde haciendo mis cuentas mensuales; veo que mi gasto en ropa me ha impedido ahorrar este mes; sin embargo no estoy peor, sino un poco mejor, con mil doscientas cinco libras, una gran cantidad. Dios sea alabado por ello. Luego a casa y a la cama, muy satisfecho pero un poco enfadado por haberle dicho cosas fuertes a mi esposa esta noche cuando no me convencieron sus cuentas de gastos.

3 de noviembre

A mediodía a la Lonja, donde me había citado con la esposa de Bagwell. Me acompañó a Moorfields y de allí a un bar, donde bebimos y comimos juntos. La acaricié, y aunque le propuse alguna cosa más no recibí aceptación, negándomelo de forma recatada. Eso me gustó, y por ello la valoraré más. Espero no tentarla hacia ningún mal. A la vuelta nos separamos y yo a casa y a la oficina, donde me despedí de *sir* W. Penn, que se marcha mañana, lo que nos parece muy repentino, para embarcarse y dormir a bordo. Esta noche me dio *sir* W. Batten una extraña noticia que me intranquiliza: van a enviar a lord

Sandwich de Gobernador a Tánger, lo que en cierto modo me alegra porque el sitio es bueno y por su seguridad, pero creo que su honor puede resentirse y perdería sus ingresos por culpa de la ausencia.

4 de noviembre

Me desperté muy temprano y estuve un tiempo en la cama, pensando en el trabajo. Luego arriba y a St. James, donde veo al señor Coventry muy ocupado empaquetando cosas para hacerse al mar con el Duque. Fui hablando con él hasta Whitehall, a los aposentos del Duque, que se ha trasladado allí recientemente. Me presenté ante el Duque y luego una hora con el señor Coventry en la galería larga, comentando la gestión de la oficina: me dice que el peso caerá principalmente sobre mí y me habló con franqueza de *sir* W. Batten y *sir* J. Mennes. De este me dijo muy acertadamente que era como el avefría, que lo único que hace es revolotear para evitar que otros encuentren su nido.

13 de noviembre, día del Señor

Por la mañana a la iglesia, donde fue muy divertido oír a nuestro Clerke cantar desafinado, aunque su maestro está junto a él para marcarle el tono al principio. Comí muy bien en casa y me pasé allí toda la tarde con mi esposa, aprendiendo a recitar un discurso de *Hamlet*, el «ser o no ser» sin libro. Por la noche a cantar salmos; vino a verme el señor Hill y cantamos muy bien con el chico, despidiéndonos poco después con gran placer. Cuando se marchó, cené, recé y a la cama.

15 de noviembre

Para no ir demasiado bien vestido para el trabajo que tengo previsto, hoy no me puse el traje nuevo con forro de felpa, sino el viejo negro. Al terminar en la oficina (donde había mucho trabajo pero se hizo poco), a la Lonja, y desde allí me siguió con mucho esfuerzo la esposa de Bagwell a través de Moorfields hasta una cervecería en un callejón, donde la acaricié, comimos y bebimos. Aunque la pobre me miraba enfadada y me frenaba (y creo que de verdad le molestaba lo que yo hacía), al final logré lo que quería, con gran placer. Por la noche la acompañé andando bajo la lluvia hasta un sitio que ella

conocía, y yo en coche a Whitehall a un Comité de Tánger, donde gracias a Dios crece mi reputación, como en otros sitios.

21 de noviembre

Arriba, y con ellos [Batten y Mennes] a los lores en Whitehall, donde para mi alegría me eligen portavoz. Recibí sus elogios en distintos asuntos. De allí, por orden suya, a por un nombramiento para el capitán Taylor como nuevo comisionado, a pesar de [las objeciones de] *sir* W. Batten, aunque no he sido yo sino la capacidad de este hombre lo que ha hecho al Duque y al señor Coventry elegirlo. Fui a la Lonja, y hoy se confirma que Teddiman ha traído dieciocho o veinte barcos mercantes holandeses, su flota de Burdeos y dos barcos de guerra a Portsmouth. Así que la guerra ha empezado: Dios le dé un buen fin. Después de comer toda la tarde ocupado en casa, y por la noche con *sir* W. Batten y *sir* J. Mennes repasando las cuentas de gastos de la Armada para el lord Tesorero: el documento de *sir* J. Mennes apenas nos sirvió para nada, pues era todo falso, y después de hacerlo yo todo con mucho trabajo, estando él presente, estoy seguro de que no entiende ni una palabra.

22 de noviembre

A las oficinas del lord Tesorero, donde estuve un buen rato con *sir* Philip Warwick pensando en cómo hinchar todo lo que pudiéramos el año pasado. Da gusto ver cómo trabaja por el Rey para conseguir todo el dinero que puede del Parlamento: yo intento serle útil para agrandar el informe de gastos. Me dijo que el Parlamento había sido muy obediente durante un tiempo, pero que en la última reunión había empezado a criticar a los oficiales del Rey. *Sir* Richard Ford tenía hoy cartas de Holanda en las que se dice que es probable que la flota holandesa no salga este año porque no tienen provisiones para mantenerla fuera.

23 de noviembre

Esta noche vino el señor Hollier y me dijo que ha revisado a mi chico y que tiene una piedra en la vejiga, lo que me apena de corazón porque es muy bueno, y más por mi desgracia al haberle hecho venir a mi casa. *Sir* G. Carteret estuvo aquí esta tarde, y es raro ver cómo conspiramos para hacer

que los gastos de esta guerra parezcan más altos de lo que son con el fin de conseguir dinero.

25 de noviembre

Arriba y a mi oficina toda la mañana para preparar una cuenta de los gastos extraordinarios que nos han supuesto los holandeses hasta ahora. He hecho que salgan ochocientas cincuenta y dos mil setecientas libras, pero sabe Dios que es solo para asustar al Parlamento y que nos den más dinero. En casa de *sir* W. Batten me entero de que el Parlamento le ha concedido al Rey dos millones y medio de libras para esta guerra (solo para la Armada) en tres años. Esto llena de gozo a todos los partidarios del Rey, aunque la alta cantidad es muy criticada por el señor Vaughan y otros. Luego a casa, a cenar y a la cama.

14 de diciembre

En pie, y después de un rato en la oficina salí a varios sitios, entre otros a mi librero, donde encargué varios libros para el día de Año Nuevo en los que he decidido gastar siete u ocho libras, pues Dios me ha otorgado ciertos beneficios extraordinarios últimamente. También encargué alguna plata, cucharas y tenedores. Ruego a Dios que me mantenga alejado de grandes gastos, aunque estos también me supondrán bastante dinero.

15 de diciembre

Vino muy temprano a verme el señor Cholmley, con el que estuve bastante rato tratando de sus reclamaciones de Tánger. Hablando sobre la situación de allí, me contó todos los enfrentamientos entre Fitzgerald y Norwood, muy encendidos por ambas partes pero muy autoritarios e indignos por parte de Fitzgerald[33]. Sin embargo, por influencia de lord Fitzharding el duque de York tiende a echarle la culpa a Norwood y dice que debería volver a casa, en lugar de fijarse en el otro [Fitzgerald]. Es un protegido de Fitzharding y siempre hará lo que él le diga. Como quiere ser general de los ejércitos del Rey cuando Monck muera, ahora pretende que haya el menor número de hombres listos o capaces en los puestos, solo a los que pueda dominar, como a este tonto de Fitzgerald. Parece que no hay en el mundo persona más manejada por otras que el Duque por lord Muskerry y este

Fitzharding. Es extraño cómo el Duque prefiere naturalmente a los irlandeses frente a los ingleses. Del grupo que se lleva al mar ha elegido a más de dos terceras partes de irlandeses y franceses. Me dice que el Rey odia al lord Canciller, que él y lord Fitzharding se ríen de él llamándole necio, y que en todo este asunto de la guerra de Holanda no sigue su consejo para nada y casi nunca le pregunta. Sin embargo, en otros asuntos es un buen ministro y no puede prescindir de él. Además le mantiene porque es el suegro del Duque. Si no fuera así, Fitzharding sería capaz de largarlo. Todo esto lo ven los lores serios y sabios, pero no pueden evitarlo y ceden. Lamenta en qué puede acabar esto: el Rey gobernado por estos hombres, que se levanten todos los fuertes en Escocia y que se dé la libertad a los irlandeses en Irlanda, a los que Cromwell había arrinconado; ahora están más fuertes y se teme que haya una masacre otra vez entre ellos. Cuando se fue, a Moorfields, donde estuve en varias casas de bebidas para buscar un lugar *pour rancontrer la femme de je sais quoy* el lunes próximo, pero no encontré ninguno. Luego al café, donde se habla mucho del cometa que han visto en varios sitios. Esta noche he empezado a usar velas de cera para ver si el humo molesta menos que el de las de sebo.

16 de diciembre

Arriba y a Deptford, pensando encontrar a la *femme* de Bagwell, pero no lo logré, y después de atender ciertos asuntos en el astillero, de vuelta.

18 de diciembre, día del Señor

A la iglesia, donde Dios me perdone, pasé casi todo el tiempo mirando a mi nueva Morena al otro lado de la iglesia, una conocida de Peg Penn. Luego a casa a comer, y después a mi habitación a leer *Cateline* de Ben Jonson, una obra excelente[34].

19 de diciembre

Anoche nos fuimos pronto a la cama, así que nos levantamos temprano. Como nuestros sirvientes tuvieron que coger las llaves para salir a encender una vela, me enfadé mucho con mi esposa y le recriminé que no mandaba a los criados como debiera. Al responderme ella enojada le di un golpe encima del ojo izquierdo y la pobre gritó y lloró de dolor. Sin embargo, su ánimo era

tal que intentó morderme y arañarme, pero la fui calmando hasta que dejó de llorar, mandé por mantequilla y perejil y al final nos reconciliamos. Me levanté afectado de verdad pensando en lo que había hecho, pues ella tuvo que llevar todo el día una cataplasma o algo en el ojo: lo tiene negro y todos en la casa lo han visto. Tuve que levantarme e ir a Whitehall con *sir* J. Mennes a despachar con el Duque. De camino a casa, y al no encontrar a la esposa de Bagwell como esperaba, a la Lonja, donde estuve paseando, pero de vuelta me la encontré. Le dije que me esperara en Moorgate, y después de ver a mi esposa (cuyo ojo está muy mal pero ella bien conmigo) y comer, salí a buscarla; como no la vi volví a la Lonja. Allí me estaba esperando y la llevé a una cervecería. Intenté acariciarla, pero *elle ne vouloit pas*, lo que me enfadó, aunque creo que era principalmente por el sitio. Luego a cenar con mi esposa, muy a gusto. Después un poco en la oficina y a la cama, con la cabeza, Dios me perdone, dándome vueltas todo el tiempo sobre lo que puedo *faire avec la femme de Bagwell demain*, pues le he prometido ir a Deptford y *aller à sa maison avec son mari* cuando vaya.

20 de diciembre

Arriba y andando hasta Deptford, donde después de hacer algo en el astillero fui, sin ser visto, con Bagwell a su casa. Allí fueron muy amables conmigo y los pobres me prepararon un almuerzo a su manera, del que comí muy bien. Después encontré la ocasión de mandar fuera a su marido y entonces yo solo *avec elle je tentois afaire ce que je voudrais et contre sa force je le faisoy, biens que pas à mon contentment*. Al rato regresó, y yo me despedí y volví a casa.

22 de diciembre

A la Lonja, donde entre los comerciantes me entero de la noticia de que los holandeses con De Ruyter y su flota nos han destrozado en Guinea. Le he escrito los detalles a lord Sandwich en Portsmouth. Esto significa la ruina absoluta de nuestra Compañía Real y reproche y vergüenza para toda la nación.

23 de diciembre

Arriba y a mi oficina, donde estaba citado con mi primo Tom Trice. Le pagué las veinte libras que restaban de las cien acordadas en noviembre de 1663 para cubrir la diferencia entre nosotros y mi tía, su madre. Me dicen que los holandeses han preparado una flota que sin duda dominará a la nuestra. Esto, unido a lo de Guinea, me hace temerles mucho: desde luego son gente muy inteligente y cuidadosa de lo suyo. Dicen que el rey de Francia se declara obligado a defenderles, y a través de su embajador reclama el vino que les hemos quitado a los holandeses de Burdeos[35].

Además, hay dudas de que los suecos se alíen con nosotros. Ruego a Dios que nos libre de estos problemas.

24 de diciembre

Como estuve trabajando esta noche hasta pasadas las dos, nuestro portero, que estaba encargado, viene a decirnos que el campanero le ha dicho que la estrella se ve desde la colina de la Torre: lo dejé todo, pero no se veía ningún cometa. A mediodía en el café oigo a *sir* Richard Ford contar toda la historia de la derrota en Guinea, en la que nuestros hombres son culpables de la más horrible cobardía y perfidia que jamás cometieron los ingleses. El capitán Reynolds, en vez de poner resistencia, subió humildemente a bordo a preguntarle a De Ruyter qué quería, y así se rindió a todo lo que este quisiera. El Rey y el Duque están muy irritados, y el asunto lo merece. A casa y a mi oficina, hasta tarde. Esta noche vi el cometa, lo que pasa es que no sé si se ha gastado o qué, pero no tiene cola: es solo más grande y oscuro que cualquier otra estrella.

31 de diciembre

En la oficina toda la mañana, y después de comer también, despachando primero las cartas y luego mis cuentas, no solo las del mes, sino también las de todo el año. Me quedé hasta pasadas las doce, con mucho frío; sin embargo estuve muy satisfecho con mi trabajo, y sobre todo porque por la gran bendición de Dios tengo mil trescientas cuarenta y nueve libras; como he gastado mucho, significa que este año he conseguido ganar más de quinientas libras más que el año pasado. El Señor me haga siempre agradecido a su Santo Nombre por ello. Luego a casa a comer un poco y a la cama. En cuanto el reloj tocó la una besé a mi esposa junto al fuego y le deseé un feliz año nuevo.

Así acaba el año viejo. Bendigo a Dios, con gran gozo para mí, no solo por haber tenido tantos beneficios, pues he gastado cuatrocientas veinte libras y ahorrado más de quinientas cuarenta, sino que bendigo a Dios porque nunca he tenido tan buena salud con un tiempo tan malo, ni siquiera cuando era cálido, en estos diez años pasados como ahora, y sobre todo en los últimos cuatro o cinco meses. No sé si es por mi pata de conejo, por las pastillas de aguarrás o por haber dejado de ponerme la túnica. Mi familia la forman: mi esposa, con buena salud y feliz con ella; su mujer Mercer, una doncella bonita, decente y callada; su doncella Besse; la cocinera Jane, la pequeña Susan y mi chico, al que tengo hace medio año, Tom Edwards. Mi reputación en el mundo y en mi oficina crece día a día, y cuento con la estima de todos, creo. Los problemas de las propiedades de mi tío casi acabados, aunque nos da pocos beneficios y mi padre se mantiene en gran parte gracias a mi bolsillo. Quedan bastantes vejaciones sobre mi padre y sobre mí por la muerte de mi hermano Tom y su mala situación, para nuestra desgracia y tristeza, aunque no haya demasiado motivo para ellas. Los asuntos públicos, muy movidos por la guerra con Holanda. Muchos preparativos por nuestra parte, muchas provocaciones por nuestra parte, y después de tanto atrevimiento por nuestra parte, les tenemos ahora tanto miedo como desdén les hemos mostrado antes. Esta Navidad consideré oportuno revisar todos mis papeles y libros y romper todo lo que me pareció infantil, indigno de guardarse o impropio que alguien lo viera si Dios quisiera llevarme de repente.

1665

2 de enero

En coche, citado a comer a casa de lord Brouncker en la *Piazza* de Covent Garden. Se divirtieron mucho con una balada que llevé sobre los marineros en el mar y sus mujeres en la ciudad, diciendo que la habían escrito *sir* W. Penn, *sir* G. Ascue y *sir* J. Lawson. La comida francesa, excelente, la mejor que he probado en mucho tiempo. Luego a mi librero; donde su encuadernador vi el libro sobre microscopios de Hooke[1], tan bonito que lo encargué al momento. Volvía a casa con buen ánimo, pero me enfadé cuando vi que mi esposa había sacado una carta de *sir* Philip Sidney sobre los celos para que la leyera[2], provocando esto con malicia. La verdad es que mi conciencia me decía lo apropiada que era para mí y me dolió, aunque hice como que no y la leí aparentando naturalidad. Sin embargo, se me clavaba en el estómago.

3 de enero

Arriba y en coche a casa de *sir* P. Warwick, con la calle llena de gente jugando al fútbol, pues había una gran helada[3]. Le encontré a él y al señor Coventry andando por St. James. Le di mi recado sobre la tala de madera del Rey en los bosques y luego a ver a lord Oxford a por su consentimiento para ello. Le encontré en sus aposentos, en una casa y una sala equipadas de forma

muy vulgar, pero me pareció un hombre de respuestas muy buenas y discretas. De allí al café, donde se da por segura la noticia de que han apresado algunos de nuestros [barcos] carboneros en el norte; unos dicen que cuatro y otros que siete. Un rato en la Lonja, a casa a comer y a la oficina, donde nos reunimos y escribí mis cartas. Luego a casa de *sir* W. Batten, que parte mañana hacia Harwich a montar un faro allí para el que ha conseguido hace poco permiso del Rey: le proporcionará muchos beneficios. Muy a gusto y hasta muy tarde en la oficina, y luego a casa a cenar y a la cama, pero estuve jugando a las cartas con mi esposa hasta las dos de la madrugada.

4 de enero

Me levanté tarde y fui a casa de lord Oxford, pero Su Excelencia estaba en cama aunque eran pasadas las diez: Dios nos ampare, no he visto una familia más grosera y sucia en mi vida. Me mandó recado de que lo mío no estaría listo hasta la tarde.

9 de enero

Despachamos como de costumbre con el Duque. Allí vi cómo traían su nuevo libro los de la Royal Society, donde están escritos con mucha elegancia sus estatutos y su reglamento. Lo traen para que lo firme el Duque como miembro, y las firmas de todos los demás estarán en él para que permanezca como recuerdo. El Rey ha firmado con la palabra «Fundador». De allí a un Comité de Tánger, donde me abordó y trató con extraordinaria cortesía lord Belasyse, nuestro nuevo Gobernador: mucho mejor de lo que yo esperaba o consideraba normal con cualquier persona, como si yo fuera el único en quien tuviera intención de confiar, y hasta desea tener correspondencia conmigo. Esto no solo me sorprendió sino que me agradó mucho; espero aprovecharlo. Se renovaron nuestros nombramientos, añadiéndole a él, a lord Berkeley y a *sir* Thomas Ingram como comisionados. Aquí surgió un asunto que me puede dar beneficios.

11 de enero

Después de comer, a ver a lord Brouncker y al comisionado Pett en Gresham College, llevándome al señor Castle para tratar del proyecto de un barco que nos va a construir. Allí tuve ocasión de descubrir la extraordinaria

capacidad del comisionado Pett, pues vi que le dio mil vueltas a Castle en lo suyo, de forma muy pertinente y señorial. Me gustó mucho oírles hablar, pues últimamente he leído algo sobre el tema y lord Brouncker también está muy capacitado, ya que se declara un experto en líneas y secciones cónicas. Esta noche me entero por una carta de Plymouth que se han perdido dos de nuestros barcos, el *Leopard* y otro, al encallar en el Estrecho. Me parece una muy mala noticia; Dios nos haga sensatos. Esta noche al volver a casa me apenó enterarme de que mi pobre canario, que tengo desde hace tres o cuatro años, ha muerto.

13 de enero

A casa a comer. Después salgo y voy solo al Teatro del Rey a ver la obra *The Traitor*[4], aunque por desgracia me encontré con *sir* W. Penn, por lo que estoy obligado a confesárselo a mi esposa, lo que me molesta. De allí a casa, descontento con las actuaciones de este teatro; prefiero infinitamente el otro.

14 de enero

Arriba y a Whitehall, donde estuve mucho tiempo esperando en la habitación del Duque para un Comité de Tánger, pero no vino nadie. A la Lonja, donde se confirman las noticias de la pérdida de dos barcos en el Estrecho, que ahora resultan ser el *Phoenix* y el *Nonsuch*. A casa a comer y luego con mi esposa al Teatro del Rey a ver *Volpone*[5], una obra excelente, creo que la mejor que he visto, y bien interpretada. Después a casa a cenar, y a la cama. Decido por la gracia de Dios dedicarme a partir de hoy por completo a mi trabajo, después de una o dos semanas de descuido.

15 de enero, día del Señor

En pie. Después de un rato en mi oficina para preparar un borrador de mis votos para este año, a la iglesia, donde predicó un tonto muy soso. Luego a casa a comer, y después a leer del *Collections* de Rushworth para estar preparado para hablar y participar en la conversación ante el Rey sobre si debemos permitir que los comerciantes con Turquía manden su flota en estos momentos de tanto peligro, cuando no podemos destinar ni barcos para que ellos vayan, ni hombres ni barcos para escoltarlos. A las cuatro con *sir* W. Penn en su coche ante el lord Canciller, donde más tarde fuimos, junto con

el señor Coventry, *sir* J. Lawson y *sir* G. Ascue, llamados ante el Rey, con el que estaban varios miembros del Consejo Real y el lord Canciller tendido sobre un sofá (supongo que por la gota). Empezó *sir* W. Penn, que tenía números preparados en un papel y habló muy bien y a propósito, aunque con demasiada lentitud y gravedad, por lo que se hizo cansado. Además, las cosas que dijo eran demasiado pobres para un hombre de su posición tras tanta meditación, aunque estaba bien tratar de disuadir al Rey de permitir la salida de esos barcos hacia Turquía. En resumen, dijo que si el Rey había decidido tener listos ciento treinta barcos para la primavera, más de veinte de ellos deberían ser mercantes. En el río no podría encontrar más de doce o catorce, de los cuales cinco estaban ocupados por esos comerciantes, por lo que no podríamos desprendernos de ellos. Necesitaríamos treinta mil [marineros] para equipar esos ciento treinta barcos, y ahora no tenemos en servicio más de dieciséis mil, por lo que necesitaríamos catorce mil más. Estos barcos con sus convoyes llevan más de dos mil hombres, que además son los mejores y más preparados para la guerra. No sería seguro para los comerciantes ni honorable para el Rey exponerse a que salgan estos ricos barcos con su convoy, pues sería insuficiente frente a los holandeses, quienes, sin duda, tendrán una gran flota en el Estrecho. *Sir* J. Lawson se extendió sobre esto y *sir* G. Ascue habló principalmente sobre que no es posible apoyar al mismo tiempo la guerra y el comercio. Esto fue apoyado por el señor Coventry, que mostró que la media de hombres empleados por el Rey en la Armada no ha pasado de tres mil, o como mucho cuatro mil, y si ahora se necesitan treinta mil, los restantes veintiséis mil tendrán que salir del comercio del país. Indicó que las prendas que estos comerciantes quieren mandar a Turquía ya están compradas y pagadas a los trabajadores, así que los pobres no sufrirán si estas no salen del país, solo los comerciantes, que las tienen paralizadas, así que el problema es menor. Sin embargo, proponía para ellos dos cosas: que el Rey las comprara si el Tesoro lo permitía, y así la pérdida sería menor para ellos, o abolir la Ley de Navegación y permitir que las transportaran extranjeros, concluyendo que cuando los comerciantes vieran que no había otro remedio, encontrarían la forma de enviarlas con cargo a sus propios beneficios. Todo terminó con el convencimiento de que no era conveniente que salieran, aunque los barcos estuvieran cargados. En la conversación el Rey me hizo dos o tres preguntas sobre mis noticias respecto a la pérdida de los barcos de Alien en el Estrecho, pero no dije nada, y no lo lamento, a menos que el Rey me hubiera hablado como a los demás: entonces creo que hubiera dicho algo a propósito.

16 de enero

En el Comité de Tánger estaban muchos de los nuevos comisionados. Vienen de parte de lord Belasyse y se mostraron muy airados y activos: presentaron objeciones a las cuentas de Povey y resultó de lo más penoso ver lo poco atinadamente que este respondió a sus preguntas, perjudicándose. Lord Berkeley se puso muy violento con Povey. Terminamos la reunión y delegamos en una comisión, en la que yo estoy. Povey, Creed y yo nos quedamos hablando: yo aparentaba estar muy intranquilo por ese asunto, pero en realidad era por lo que pueda repercutirme, aunque no hay muchos motivos para pensarlo; así de malo es el miedo.

18 de enero

Arriba y al rato a mi librero, donde di instrucciones muy precisas para que encuadernen de nuevo muchos de mis libros viejos y hacer así que todo mi estudio tenga el mismo encuadernado, o del mismo estilo.

19 de enero

En pie. Al igual que ayer, el deshielo impedía andar. Cogí un coche y a casa del señor Povey para preparar una respuesta a los lores, y al rato a Exeter House, donde fui testigo del más vil lenguaje contra el señor Povey por parte de lord Peterborough, que está furioso y enfadado contra él porque al otro, como un tonto, no se le ocurrió otra cosa que decir que las veintiséis mil libras eran una petición de lord Peterborough, y que él no tenía nada que ver con eso. Los lores también pusieron pegas a nuestra respuesta.

21 de enero

En la oficina toda la mañana. De allí lord Brouncker me llevó a casa del señor Povey, donde comí y me reuní con el señor Sherwin, Creed y otros para tratar sobre sus cuentas. Después de comer se fueron y el señor Povey me llevó a Somerset House, donde me enseñó la habitación y el gabinete de la Reina Madre, lugares magníficos por el mobiliario y los cuadros. De allí a un Comité de Tánger en Whitehall, donde no vi nada ordenado o con sensatez: solo acaloramiento, pasión y división, ahora a favor de lord Bellasses y contra lord Teviot, y críticas a los procedimientos anteriores. Luego me marché con el señor Povey, que ahora me parece un bobo. Para vergüenza suya, se ha

mostrado en lo relativo a sus cuentas como solo un tonto penoso lo hubiera hecho. Sin embargo, en cosas pequeñas y sin importancia es muy astuto, pero en lo principal el más ignorante, con la mejor posición que haya conocido. A mi oficina hasta pasadas las doce, y luego a casa a cenar y a la cama. Ahora estoy estupendo y no puedo dejar de atribuirlo a mi pata de conejo nueva. Antes de ir a la cama leí en mi habitación, hasta las dos, las observaciones microscópicas del señor Hooke, el libro más ingenioso que he leído en mi vida.

23 de enero

Arriba y con *sir* W. Batten y *sir* W. Penn a Whitehall, pero como nos enteramos de que el Duque se ha ido a sus aposentos en St. James, fuimos allí y despachamos como es habitual. Las buenas noticias nos son confirmadas en la narración del propio Duque de una carta del capitán Alien: primero la pérdida de dos de nuestros barcos en la bahía de Gibraltar; luego que él y otros siete barcos en la bahía de Cádiz o los alrededores lucharon contra la flota holandesa de Esmirna, con treinta y cuatro barcos; hundieron el *King Salamon*, un barco de ciento cincuenta mil libras o más, y otro, y tomaron tres barcos mercantes. Los españoles en la costa se reían de los holandeses, de verles huir hacia la costa, treinta y cuatro barcos o así contra ocho ingleses como mucho. De allí a casa de Jervas, con mi cabeza buscando, Dios me perdone, cometer alguna locura, pero como *elle* no estaba, a la Lonja, y de allí a casa a comer. Al encontrarme a la señora Bagwell en la oficina después de comer me la llevé a un *cabaret* donde elle y yo habíamos *été* antes y allí tuve su compañía *toute l'aprés-diner* y *mon plein plaisir* de *elle*. Es raro ver cómo vina mujer, pese a sus grandes declaraciones de amor *a son mari* y a la religión, puede ser *vaincue*. Luego a mi oficina un poco rato y de nuevo a casa de Jervas, pensando en *avoir rencontré* Jane, *mais elle n'était pas dedans*. Así que volví a mi oficina, donde con gran alegría decidí *faire* un voto para atender mi trabajo, y *laisser aller les femmes* durante un mes.

24 de enero

Arriba. En la Lonja la única noticia es que los holandeses han votado por consenso de todas las provincias suprimir todo comercio durante dieciocho meses para dedicarse por completo a la guerra. Dicen que es cierto, pero parece muy extraño, pues siempre hemos pensado que no son capaces de

mantenerse sin el comercio. De allí a casa a comer y a la oficina, donde estuve toda la tarde y por la noche hasta muy tarde, y luego a casa a cenar y a la cama, con un fuerte resfriado que cogí el domingo pasado, por estar mucho tiempo con la cabeza descubierta para que Mercer me peinara y lavara las orejas.

3 de febrero

Yendo a pie hacia la Lonja recogí los libros viejos encuadernados en mi librero. La factura de estos libros, encuadernados para que hagan juego en mi estudio, alcanza, junto a algunos otros nuevos, tres libras, pero quedará muy elegante. De allí a casa de mis tíos Wight, pues estaba invitado a una comida de toda la familia Wight, entre otros la preciosa señorita Margaret, que desde luego es una dama muy bonita. Aunque por mis votos cada beso después del primero me cuesta doce peniques, me atreví a darle un par. Luego cogí un coche para visitar a *lady* Sandwich, que habló largo rato conmigo para saber mi opinión sobre el emparejamiento, si milord lo viera adecuado, de *lady* Jemima con el hijo mayor de *sir* G. Carteret. Tengo dudas de si tiene propiedades confirmadas en tierras, pero me informaré y le daré mi parecer. Después la señora Pickering (cuando terminó la conversación privada y fuimos a la otra habitación) me contó, por deseo de *milady*, cómo fue una mascarada ante el Rey y la Corte el otro día. Eran seis mujeres (*lady* Castlemaine y la duquesa de Monmouth entre ellas) y seis hombres (el duque de Monmouth, lord Arran y *monsieur* Blanfort, tres de ellos) con antifaces y vestidos a la antigua y con mucho lujo, que bailaron admirablemente. Dios nos dé motivos para seguir con la diversión. Luego a casa, y después de un rato en la oficina, a cenar y a la cama.

4 de febrero

Estuve un rato en cama hablando con mi esposa sobre sus doncellas, y el que Jane se haya ido descontenta y contra mi opinión provoca una riña entre nosotros. Aunque son problemas tontos que no se deben tomar a pecho, estas cosas me perturban poderosamente.

6 de febrero

En la oficina estuve cuatro horas o más hablando con *sir* W. Warren, hasta muy tarde, y hemos acordado una alianza en firme para ayudarle en cosas justas y beneficiarme yo también; creo que será un hombre muy útil y agradecido conmigo. Luego a casa y a la cama. Dicen que el de hoy ha sido uno de los más fríos que ha habido en Inglaterra. Me he pasado todo el día con miedo por haberme puesto un traje que he tenido mucho tiempo colgado y sin ventilar; ruego a Dios que no me perjudique.

7 de febrero

Sir W. Batten, que lleva cinco o seis días enfermo, está hoy muy mal y algunos empiezan a temer su muerte. No sé si para mí será mejor que muera, porque es una mala persona, o que viva, por miedo a que venga otro peor.

9 de febrero

Arriba y a mi oficina, ocupado toda la mañana. A mediodía a casa a comer y luego de nuevo a la oficina, donde viene *sir* William Petty y me dice que el señor Barlow ha muerto. Sabe Dios que lo sentí todo lo que puede sentirlo un hombre por un extraño con cuya muerte consigue cien libras al año; pero después de considerar eso, pienso en que la Providencia de Dios me ha otorgado de forma inesperada un aumento de cien libras anuales en mis rentas: tengo motivos para bendecir a Dios, y lo hago desde el fondo de mi corazón.

15 de febrero

Con Creed a Gresham College, donde la semana pasada el señor Povey me propuso como miembro y hoy he sido admitido. He firmado en un libro y he sido guiado por el Presidente, lord Brouncker, con unas palabras de recepción dirigidas a mí. Es muy grato escuchar su conversación y ver sus experimentos: hoy fueron sobre la naturaleza del fuego. Después se marcharon a la taberna de la Corona, a una cena del club. Por encima de todos estaba el señor Boyle, y por encima de él, el señor Hooke, que es el mejor hombre, aunque el que menos promete, de los que he visto en mi vida[6].

20 de febrero

Arriba y con *sir* J. Mennes a ver al Duque. De regreso pasamos cabalgando junto a las obras de la nueva casa del lord Canciller, cerca de St. James, a la que a la gente ya llama «casa de Dunquerque» por la idea que tienen de que recibió un buen soborno por la venta de esa ciudad. Creo que será muy noble. Cerca de ella, lord Berkeley se está construyendo otra por un lado, y *sir* Denham la suya por el otro. En la oficina encontré a la esposa de Bagwell y le dije que se fuera a casa, que yo me ocuparía de su asunto: escribirle una carta a lord Sandwich para que su esposo fuera trasladado a un barco mejor cuando hubiera ocasión. Lo hice y al rato fui por el río a Deptford. Estaba oscuro y en secreto *entrer en la maison de la femme* de Bagwell y allí tuve *sa compagnie*. Cerca de las nueve volví a casa. Mi esposa viene a la oficina y me dice que ha contratado a una doncella, una de las más bonitas que ha visto en su vida, que se siente celosa de mí por ella y que se ha atrevido a contratarla por meses, pero creo que me lo dice en broma. Luego a cenar y a la cama.

21 de febrero

En pie y a la oficina (con un gran dolor en el dedo índice de mi mano izquierda, de un esfuerzo la noche pasada bregando *avec la femme que je* mencioné ayer) hasta mediodía. Luego mi esposa se va con su mujer de compañía a una casa de baños de vapor, pues dice que ha decidido estar muy limpia a partir de ahora. Me imagino cuánto le durará. Comí con *sir* W. Batten y señora, que están estos días muy afectuosos conmigo. Luego con el señor Wayth, para hablar de hamacas[7] y de los abusos que se hacen con los vales, cada día más extendidos. También hablamos de los grandes beneficios que el señor Fenn obtiene con su puesto[8], pues aunque exige el medio punto por ciento de todo lo que paga, y eso se calcula rápido, se muestra muy enojado con cualquiera que no le dé más. *Lady* Sandwich me cuenta que lord Castlemaine vuelve de Francia, y se cree que se reconciliará con su esposa.

22 de febrero

Anoche dormí solo, pues mi esposa se acostó en otra cama después de bañarse, por lo que estuve toda la noche con frío. Arriba y a la oficina, donde trabajé toda la mañana. A mediodía a la Lonja, llena de gente hablando de un barco holandés en el norte que ha sido apresado por un batallón de caballería.

Comí con Creed y luego a Gresham College, donde la conversación fue brillante.

23 de febrero

Hoy, por la bendición de Dios Todopoderoso, he cumplido treinta y dos años de edad. A mediodía a la Lonja, donde oigo la noticia más horrible y sorprendente que recuerdo: que De Ruyter ha tomado con su flota nuestras posesiones en Guinea: fuertes, bienes y barcos, y a las personas las ha atado espalda contra espalda y las ha tirado al mar, incluyendo mujeres y niños. Ha venido uno, que es sueco o de Hamburgo, y dice que lo ha visto.

25 de febrero

A mediodía a la Lonja, donde, antes de llegar, el sueco que había contado esa gran mentira de los holandeses tirando a nuestros hombres al mar en Guinea fue azotado y confesó que era todo una mentira, y que lo hizo con la esperanza de conseguir algo. Se dice que los jueces, al preguntárseles, dieron su opinión: que la ley le condenaría a ser azotado, que se le cortaran las orejas o rajara la nariz, pero no he oído que le vayan a hacer nada más. Dicen que le han llevado al embajador holandés para que haga lo que quiera con él. Sin embargo, todos piensan que en esto hay un plan de una parte u otra, los holandeses o los franceses, pues no es probable que un tipo invente esa clase de historia para ganar dinero, ya que habría esperado mejor recompensa contando algo a favor nuestro, para agradamos.

27 de febrero

A mediodía a la Lonja a preguntar qué salarios pagan los holandeses a sus marineros y aseguran que, como mucho, doce florines, lo que no llega a veinticuatro chelines, lo que me tiene admirado[9]. Vamos a un comité a discutir sobre cómo obligar a los hombres [a alistarse], Pero, Dios, qué manera de reunirse: nunca se sientan, uno viene, otro va, luego viene otro, uno se queja de que no se hace nada, otro jura que ya lleva dos horas, cuando nadie vino a esa hora. Al final lord Annesly dijo: «Creo que tenemos que hacer que el Rey venga a todos los comités, pues veo que no hacemos nada si él no está aquí». Pienso que lo que dijo es verdad. Sin embargo, es raro oír a lord Berkeley y a otros alabar la disciplina de los viejos tiempos.

1 de marzo

Hoy es el día en que le prometí a mi esposa, hace ya mucho tiempo, que le daría veinte libras para gastar en ropa de cara a la próxima Pascua, y aunque reñimos anoche hicimos las paces. Me fastidió mucho desprenderme de ese dinero, pero al final se lo di y salió a comprarse cosas. Yo, con mucho trabajo, a la oficina. A mediodía a Gresham College, donde el señor Hooke dio una muy meticulosa conferencia sobre el reciente cometa: entre otras cosas demostraba que muy probablemente era el mismo que apareció en el año 1618 y que en un plazo igual volvería a aparecer, lo que es una opinión novedosa. Todo esto se va a publicar. Luego a la reunión, donde *sir* G. Carteret, sus dos hijos y *sir* N. Slaning [el yerno], fueron admitidos en la [Royal] Society. Hoy pagué mi cuota de entrada, cuarenta chelines. Hubo muchos discursos y experimentos muy buenos, pero no tengo suficiente filosofía para entenderlos, así que no puedo recordarlos. Entre otros, un informe muy detallado de cómo se hacen los distintos tipos de pan en Francia, que se tiene por el país con el mejor pan del mundo.

4 de marzo

William Howe, de regreso con milord del mar, viene a verme: se ha convertido en un tipo discreto pero bastante orgulloso. Me cuenta sobre el poco respeto con que *sir* W. Penn trató a milord a bordo del barco del Duque. También que el capitán Myngs, favorito del príncipe Rupert, le muestra muy poco respeto a milord, mientras que todos los demás sí le estiman como debieran. Lamento la locura del segundo y la falsedad del primero. Por la noche a cenar y a la cama. Hoy se proclamó en la Lonja la guerra con Holanda.

6 de marzo

Arriba y con *sir* J. Mennes en coche, en el día más terriblemente frío de lo que llevamos de año, a St. James, donde despachamos con el Duque. Muchos preparativos para su rápido regreso al mar. Le vi ponerse su abrigo de gamuza y su gorro cubierto de terciopelo negro. Me preocupa más pensar en su empresa que en cualquier otra cosa de la guerra. Luego a comer a casa, donde vi cómo se marchaba Besse: de todas las muchachas que hemos tenido ha sido la que ha recibido más amor, cariño y buenas ropas, además de salarios, y se

va con la mayor ingratitud. Luego salí a buscar mis hamacas y de vuelta a casa encuentro a la nueva doncella, Mary, que en lugar de ser atractiva, como mi esposa decía y todavía afirma, es una chica muy vulgar; me quedé muy decepcionado. A la oficina hasta tarde, y luego a casa a cenar y a la cama. Toda la noche con molestias por un dolor en el testículo izquierdo, que me sube hasta el riñón izquierdo. Me estuvo doliendo fuertemente toda la noche.

9 de marzo

A mediodía a comer a casa y luego salí con mi esposa. La dejé en la Lonja Nueva y yo a Westminster, donde me enteré de que la señora Martin ha tenido un niño y le ha bautizado Charles, de lo que me alegro mucho, pues temía que me hicieran padrino. Parece que lo han hecho todo muy rápido y me he librado. Es extraño ver cómo la libertad, o el salir sin el objeto de hacer nada concreto lleva a un hombre a lo malo, pues iba a verla y con toda seguridad hubiera incumplido mi voto o pagado una multa. Sin embargo, no subí, pues oí al portero decir que tenía compañía.

13 de marzo

Arriba temprano, siendo el primer día de mi promesa de no quedarme en la cama más de un cuarto de hora después de despertarme, bajo pena de multa. Mucho trabajo en St. James, estando presente el Rey durante un buen rato. En casa encontré una carta de la señora Martin, que quería hablar conmigo, y fui a pesar de mi voto; la encontré vestida de parto y me pidió que le consiga un trabajo a su marido. No me quedé mucho tiempo. Llevé a *sir* W. Warren a casa y tratamos de un negocio que, si sale, me dice que me puede reportar cien libras. Cuando se va, a cenar y a la cama. Hoy mi esposa empezó a llevar rizos claros, casi blancos, que aunque le quedan bien no son naturales, y eso me enfada, por lo que no le permitiré que los lleve más. Vi a lord Castlemaine en St. James, recién venido de Francia.

17 de marzo

En pie y a mi oficina, y luego con *sir* W. Batten a St. James, donde viene mucha gente a despedirse del Duque, como se esperaba, aunque no se va hasta el lunes. Este nos dio varias órdenes y no se despidió. La mejor noticia es que en vez de a muchos lores molestos todo se ha dejado a cargo del duque

de Albemarle, para que actúe como almirante en su lugar, lo que me alegra. De allí al Comité de Tánger, donde el Duque estuvo un rato y nos dejó. El único asunto era el de las cuentas de Povey, de quien, para no decir más, nunca un hombre podría hablar peor, ni podrían decir cosas peores de él como las que le dijeron todos a la cara. Todo terminó sin otra cosa que enfados y vergüenza, pero yo conseguí que mis asuntos se resolvieran, firmando mis dos facturas, por lo que salí contento. Así se acabó la reunión. Povey aprovechó para llamarme a un lado y volvimos a Londres por el río: por el camino propuso, a iniciativa suya, que renunciaría a su puesto de Tesorero en mi favor, quedándose él la mitad de los beneficios. Esto es nuevo para mí, pero cuanto más lo pienso más me gusta, y le dejo que se lo exponga al Duque.

19 de marzo, día del Señor

El señor Povey mandó su coche a casa para que fuera a verle, y para mi disgusto me cuenta que al parecer lord Fitzharding pretende el puesto de Pagador para el señor Brouncker[10] cuando Povey lo abandone, y tiene una promesa anterior del Duque. Fui a pedirle consejo al señor Coventry, que de forma muy amistosa y sincera me dijo que no me rindiera, pues ese cargo me puede hacer conocido por muchas figuras importantes, mientras que ahora estoy enterrado entre tres o cuatro personas de la Armada, pero que no me oponga abiertamente a lord Fitzharding. Después de comer volví a casa del señor Povey: ha estado con el Duque y por mediación del señor Coventry, el Duque le dijo que la cosa seguía adelante y apartaría a Brouncker.

20 de marzo

Povey y yo a ver a lord Sandwich, que me dice que el Duque no está solo a favor del asunto, sino también a mi favor, en términos de más afecto, respeto y valoración hacia mí de lo que pueda pensarse, lo que me llena de gozo. Luego a St. James, donde tenía dudas respecto a Brouncker, pero al final me dicen que ha desistido. El Duque dio instrucciones al secretario Bennet, que estaba allí, para que expusiera su idea de que me acepta como Tesorero del Comité de Tánger, describiéndome como un hombre de la mayor laboriosidad y discreción, en el que pronto confiaría como en nadie más en Inglaterra, y lo mismo le dijo a lord Sandwich. Luego a Whitehall, al Comité de Tánger, donde estaban todos presentes. Después de algunos asuntos, Povey declaró respecto al suyo muy elegantemente. A esto el secretario Bennet

expuso la orden del Duque, que fue recibida con alegría y aprobación, repitiendo el secretario la descripción que el Duque hizo de mí. Observé que lord Fitzharding se mostraba complacido conmigo. Y allí recibí el nombramiento: estoy confirmado como Tesorero, y todo sin una palabra agria o muestra de disgusto, sino todo lo contrario, lo que es una suerte que supera lo imaginable.

22 de marzo

Sir William Petty me contó, en serio, que ha apartado en su testamento una parte de sus propiedades para los que inventen ciertas cosas. Por ejemplo, al que descubra en verdad cómo la leche llega a los pechos de las mujeres, y al que invente una forma de expresar a otra persona los gustos y sabores. Dice que al que invente el oro no le daría nada por la piedra filosofal, porque el que la descubra será capaz de pagarse a sí mismo. Luego a Gresham College, donde vi cómo casi mataban a un gato quitando el aire de donde estaba, pero cuando introdujeron de nuevo el aire revivió al instante. El aire que introdujeron se logró al mezclar un licor y un elemento sólido que hace que fermente, y ese vapor que produce lo consigue.

26 de marzo, día del Señor y de Pascua

Arriba y a la iglesia con mi esposa, que lleva uno o dos meses sin ir. A mediodía, a casa a comer. Hoy se cumplen siete años desde que por la bendición de Dios sobreviví a la extracción de la piedra. Me encuentro con una salud excelente desde hace tiempo. Aunque el invierno ha sido de los más duros en años, no me he sentido mejor en mi vida, y eso que algunos veranos no he ido más fresco que este invierno, porque solo me he puesto un jubón y un chaleco abierto por detrás, y una capa cuando salgo. Lo que no sé es si se debe a mi pata de conejo, que me protege de los gases, pues no he tenido ni un cólico desde que la llevo: lo único que me produce dolor son los gases, y cuando los expulso, desaparece. O quizá ha sido tener la espalda fresca, porque cuando estoy acostado en la cama más de la cuenta sobre la espalda el orín del día siguiente me sale muy caliente; o a lo mejor las pastillas de trementina que me tomo por las mañanas, que me mantienen suelto; o es todo junto. Lo único es que noto la espalda más débil y no puedo inclinarme para escribir o contar dinero sin sentarme, y me duele un buen rato después. Sin embargo, hace un par de semanas tuve un gran dolor todo el día por un golpe

en un testículo, pero expulsé dos pequeñas piedras casi sin dolor y me sentí bien al levantarme al día siguiente. Ayer mandé a la señora Turner y a su familia una invitación a pasar el día conmigo. Aceptó, pero luego me mandó recado de que como hoy es domingo y día de Pascua, prefería aplazarlo. Lo dejaré para otro día que me venga bien, y a lo mejor puedo escaparme sin hacerla.

27 de marzo

Arriba temprano y a casa del señor Povey, donde firmé y sellé mi acuerdo con él respecto al puesto de Tesorero para Tánger, del que la mayor parte procedía de su borrador; yo añadí algunas cosas aquí y allá a mi favor. De allí a despachar con el duque de Albemarle, la primera vez que lo hacemos los oficiales de la Armada desde que se marchó el duque de York. Me pareció mi hombre callado y tosco, que aporta cuando puede y no pone pegas, por lo que me agrada despachar con él. Después le di las gracias a solas por su favor en el asunto de Tánger, que recibió con amabilidad hablando de su aprecio por mí. Más tarde visité a lord Berkeley, con el que estuve conversando mucho tiempo en su habitación, y fue muy amable respecto a lo de Tánger. De ahí pasamos a hablar de la falta de dinero: dijo que el Parlamento debería reunirse de nuevo para conseguir más, pero no mediante impuestos, pues cree que la gente no podría pagarlos, sino que propondría una tasa o bien que cada ciudad aportara una cuota a la renta del Rey, como dice que se hace en todas las ciudades del mundo. Opina que aquí a un ciudadano no se le exige más que a sus vecinos del campo, mientras que la ciudad debería pagar bastante al Rey por su fuero.

1 de abril

Toda la mañana muy ocupado en la oficina preparando las cuentas del ultimo semestre para el lord Tesorero. A mediodía comí un poco, fui a ver a *sir* P. Warwick y en coche al lord Tesorero; después de hablar en privado y examinar mis papeles con él, volví a Londres. Luego con *sir* G. Carteret, *sir* W. Batten y *sir* J. Mennes entramos a ver al lord Tesorero, donde expusimos los gastos de los seis meses pasados y una estimación de los siete próximos, hasta noviembre: los primeros ascienden a más de quinientas mil libras, y los segundos superan, creemos, el millón. El lord Tesorero no paraba de exclamar que no podía hacer más de lo que hacía ni dar más dinero del que tenía. Y *sir*

G. Carteret, como un burro apasionado e ignorante, arengaba sobre los abusos de vales, lo que casi me volvió loco, aunque conseguí aguantarme callado. De allí a casa, muy enfadado de ver la forma burda en que los grandes ministros se conforman con entender y hacer las cosas, mientras que los asuntos del Rey van de pena.

6 de abril

Fui a casa de Jervas, mi barbero, a por la peluca que me están arreglando allí, y me dicen que Jane es bastante desgraciada, pues tomó a un tipo perezoso por marido, durmió con él varias semanas y resulta que tiene esposa e hijo. Ahora ella se irá a Irlanda.

12 de abril

Arriba, y a un Comité de Tánger en Whitehall. Sin esperarlo yo, lord Ashley, enfadado por las cuentas de Povey, propuso que este continuara como Tesorero para Tánger hasta que las salde; confieso que no pude responder a sus argumentos, pero conseguí aplazar la discusión para reconducirla, espero, en mi dirección. Esto me tuvo preocupado todo el día y la noche, aunque no estoy seguro de que me perjudique aun en el caso de que suceda. Comí en casa y otra vez a Whitehall (donde ahora estoy siempre con problemas y gastos, pérdida de tiempo y ganancias). Allí les di un informe detallado de los gastos de la Armada y de la falta de dinero. Sin embargo, todos levantaron la mano y exclamaron: «¿Qué hacemos?». Y dijo el lord Tesorero: «¿Qué significa esto, señor Pepys? Dice que es cierto, pero ¿qué quiere que haga? He dado lo que puedo. ¿Por qué no presta la gente su dinero? ¿Por qué no confían en el Rey como lo hacían en Oliver? ¿Por qué lo que reunimos rinde tan poco si antes era tanto?». Y esto es todo lo que conseguimos, marchándonos sin otra respuesta. Es muy triste que en un momento como este, con la mayor operación en curso que jamás hubo en Inglaterra, nada se atienda y se deje que las cosas discurran solas, y que salgan como puedan.

17 de abril

En pie y a ver al duque de Albemarle, que me enseña las cartas del señor Coventry: hemos atrapado tres barcos corsarios holandeses, de uno de los cuales estaba al mando el hijo de Evertsen[11]. Sin embargo, han matado al

pobre capitán Golding en el *Diamond*. Cuando llevaron a Evertsen ante el Duque y vieron que tenía un disparo en el sombrero, respondió que habría preferido que le dispararan en la cabeza antes que ser apresado. De allí a Whitehall, donde, al verme, el Rey se acercó a mí, me llamó por mi nombre y hablamos sobre los barcos en el río: es la primera vez que compruebo que el Rey me reconoce personalmente, así que a partir de ahora debo esperar a que me pregunte y estar preparado para responder bien. Hoy, de parte de un tal Briggs, escribano y abogado, dejaron en mi casa un estupendo reloj de plata y me enfadé con mi esposa por aceptarlo, o al menos por abrir la caja en la que iba y darle cinco chelines al mensajero por traerlo, haciéndole por tanto testigo de nuestra recepción del mismo. Sin embargo, ya no se puede evitar; procuraré tener un detalle con ese hombre, que es amigo de mi tío Wight.

18 de abril

Fui a ver a *sir* Ph. Warwick y con él al lord Tesorero, que firmó mi nombramiento como Tesorero de la Comisión de Tánger y el resguardo del dinero que se me ha de entregar.

19 de abril

Con Creed y Povey a Gresham College, donde vimos los experimentos que hicieron con una gallina, un perro y un gato con veneno de Florencia[12]: la primera estuvo borracha un rato, pero se recuperó rápidamente; el segundo vomitó abundantemente, pero no tuvo otro efecto; no me quedé a ver lo que le hacía al tercero porque Povey me hizo salir fuera y, mientras bajábamos, me desanimó tremendamente respecto a lo de conseguir dinero.

20 de abril

Me dicen que esta noche se ha interpretado una obra en el salón de Whitehall, que van a convertir ahora en teatro. Tenía muchas ganas, pero no pude ir a verla.

28 de abril

Fui por el río a ver los barcos de avituallamiento, donde todo estaba en completo desorden. Regresé a casa, comí y le escribí una carta al duque de

Albemarle sobre el asunto; la llevé a la Cámara del Consejo y allí fue leída. Cuando salieron, el lord Canciller pasó a mi lado, me tocó la cabeza y me dijo que la oficina había leído mi carta y ordenado el castigo de los hombres que no estaban en sus barcos. Lo mismo luego con el Rey, que ya me conoce tan bien que siempre me habla de cosas de la Armada.

30 de abril, día del Señor

Arriba y a mi oficina a hacer mis cuentas del mes, que, aunque han sido muy complicadas, con grandes desembolsos, recibos y cálculos extraños, creo que me salieron correctas: entre mi primer cálculo de cuál debía ser mi ganancia y lo que resulta de comparar mi efectivo y mis deudas, no hay más de diez chelines de diferencia, lo que está muy bien, y con mucho gozo descubro que este mes he ganado más de cien libras, por lo que ya tengo más de mil cuatrocientas, lo máximo que nunca he tenido.

Así acaba este mes: muy contento con mis propiedades y ganancias, y muy preocupado por los problemas que he encontrado y me voy a encontrar sobre el asunto de Tánger. La flota, con unos ciento seis barcos sobre la costa de Holanda. Mucho miedo en la ciudad por la enfermedad, pues se dice que ya han cerrado dos o tres casas ¡Dios nos guarde[13]!.

1 de mayo

En pie y a casa del señor Povey, con el que hablé un buen rato junto a su cama. Observé que entre otras cosas insistía mucho en las dificultades para conseguir dinero, y que deseaba que yo estuviera de acuerdo en tratar de alguna manera de otorgar el cargo de Tesorero a un tal señor Ball. Sin embargo, me mostré ofendido por ello y decidido a intentar hacerlo lo mejor que pudiera o abandonar.

3 de mayo

Arriba temprano y a ver a *sir* Ph. Warwick, con el que estuve a solas mucho tiempo en su habitación hablando de los asuntos de *sir* G. Carteret y de cómo abusa del país pagando tan mal. Luego a ver a lord Ashley para un Comité de Tánger respecto a las cuentas de lord Rutherford, y de vuelta al lord Tesorero. Después a la posada de Cripplegate, pues esperaba la llegada de mi madre, pero tampoco viene esta semana porque el coche iba demasiado

lleno. Tras la comida a Gresham College, donde vi cómo mataban a un gato con el veneno del duque de Florencia. Demostraron que el aceite de tabaco tiene el mismo efecto y parece igual al otro en olor, color y efectos. También vi un feto mantenido fresco en un líquido salino. Luego salí y a la Cámara del Consejo a por una orden que afectaba a la Armada (dándonos poder para procesar a los marineros que no sigan en su trabajo cuando sean obligados o contratados), pero no nos la dieron.

5 de mayo

Después de comer, a casa del señor Evelyn. Como no estaba, paseamos por su jardín, un terreno de lo más elegante. Entre otras rarezas había un enjambre de abejas guardado en un cristal, por lo que puedes verlas haciendo la miel y el panal. A casa y a mi oficina hasta tarde, y luego a cenar y a la cama. Mi esposa me cuenta que ha oído que a mi pobre tía James le han cortado un pecho, pues hacía tiempo que lo tenía enfermo. Hoy, después de haber dejado que me crezca el pelo muy largo para llevarlo así, percibo que es tan grande la comodidad de las pelucas que me lo he cortado para seguir con ellas.

7 de mayo, día del Señor

Arriba, y a la iglesia con mi esposa. A casa a comer. Vino el señor Andrews para el asunto de las vituallas de Tánger y se marchó. Después del sermón aparecieron el señor Hill y un caballero amigo suyo, un tal señor Scott, que también canta bien, y más tarde el señor Andrews. Cantamos todos y cenamos; luego, a cantar otra vez. Pasamos el domingo muy bien y muy sobriamente. Ayer mi esposa empezó a dibujar con un tal Browne y la ayuda también del señor Hill: empieza con los ojos y creo que lo hará bien y se divertirá.

10 de mayo

Cuando fui a casa a comer vi que mi pobre madre había regresado del campo, con buena salud; me alegro de verla pero lamento que mi trabajo me impida hacerle los honores que le debo a su llegada: se ha vuelto una mujer de muy débil entendimiento y se pierde al hablar, por cosas de la edad y algún problema de su familia.

12 de mayo

Me levanto temprano y me decepciona recibir solo cincuenta libras de *sir* W. Warren, pues esperaba más, pero me promete que lo mejorará. Por el río a Hacienda, y me paso por todas las oficinas para canjear mis *tallies*[14] por valor de diecisiete mil quinientas libras, lo que me parece un tremendo testimonio de la grandeza de Dios conmigo, pues he pasado de ser un humilde empleado allí a recibir esa suma, y con la autoridad con la que lo hago, que es una extraordinaria merced que he recibido. Sin embargo es extraño ver que cada pequeño empleado se ocupa de su comisión y de ver cuánto puede sacar de cualquier cosa: el Rey debe pagar más de cien libras en comisiones por diecisiete mil quinientas libras que son suyas.

13 de mayo

A la Lonja, después de la oficina. El relojero me dio mi reloj, uno estupendo que me regaló Briggs, el escribano. A casa y hasta tarde a mi oficina. Pero, Dios, hay que ver cuánto me queda de mi antigua locura e infantilismo que no puedo dejar de llevar el reloj en la mano mientras voy en el coche, y he mirado la hora cien veces. Ahora pienso cómo he podido estar tanto tiempo sin reloj, aunque recuerdo que una vez tuve uno, pero me pareció molesto y decidí no volver a tener otro mientras viviera. Luego a casa, a cenar y a la cama, preocupado por una carta del señor Cholmley desde Tánger en la que me dice que hay gente trabajando para echar abajo nuestro acuerdo de avituallamiento, por lo que yo perdería trescientas libras al año. Le debo mucho por esta confidencia secreta y debo devolvérselo de alguna forma.

18 de mayo

Arriba, y con *sir* J. Mennes a ver al duque de Albemarle, donde había mucho trabajo: entre otras cosas interrogamos a [los capitanes] Nixon y Stanesby por su reciente huida de dos barcos holandeses. Un asunto muy feo, sobre todo por parte de Nixon, pura cobardía. De allí con el duque de Albemarle en su coche a ver al lord Tesorero, y allí, en presencia del Rey (que ahora siempre me llama por mi nombre), el lord Canciller y muchos otros grandes lores, se debatió el asegurar algunos bienes del Rey, aceptando este mi propuesta de que se hiciera[15]; así nos despedimos, yo muy satisfecho. A la oficina, a comer, y luego de nuevo a la oficina. Salí a hablar con *sir*

G. Carteret, pero, Dios mío, hay que ver lo frágil que soy, dominado por vanidades que apenas puedo evitar, y aun con tanto trabajo como el que tengo ahora, sigo buscando el placer. Cuando llegué a casa estuve muy atareado hasta tarde. Entre otras cosas, tratando con el señor Andrews de nuestro asunto de Tánger, en el que podemos encontrarnos con algún problema, y el intento de lord Belasyse de sustituirnos, que me irrita, aunque nuestra empresa es muy honrada y creo que aguantaremos. Luego a casa a cenar, y a la cama.

24 de mayo

En pie, y desde las cuatro de la mañana con W. Hewer arreglando papeles sin parar hasta las doce. Luego al café con Creed, donde hacía tiempo que no iba: las noticias son que los holandeses ya están fuera y que la plaga está creciendo entre nosotros en la ciudad. Hablan de los remedios contra ella: unos dicen una cosa, y otros, otra.

26 de mayo

Arriba a las cuatro, y toda la mañana con W. Hewer terminando de arreglar papeles que llevaban mucho tiempo sin resolverse. A mediodía a mi librero, donde encargué un par de libros; luego a casa a comer con Creed, y después los dos a ver al regidor Backwell a intentar que nos suministre dinero, que nos negó al principio y también al final, aunque al final fue un poco más correcto que al principio. La verdad es que me temo que voy a tener muchos problemas para conseguir dinero: de allí a casa y por la noche a ver al duque de Albemarle, muy enfadado porque los barcos no han salido del río. Esto me molestó, porque veo que van a venir cambios o incorporaciones de nuevos oficiales, y por eso desde ahora debo intentar ser lo más diligente posible atendiendo a mi trabajo y no a otras cosas, por lo que desearía de corazón no haberme metido en esto de Tánger. Después de un rato en mi oficina, a casa a cenar, muy irritado, y a la cama.

28 de mayo, día del Señor

Por el río a ver al duque de Albemarle, donde me entero que el Consejo de Guerra ha condenado a Nixon a morir fusilado por cobardía. Fui a la capilla a escuchar algo de música y a mediodía a comer a casa de *sir* Philip Warwick.

Tras la comida, muy buena conversación con él, que me parece un hombre muy devoto, buena persona y un maestro en la filosofía vital y los principios de Epicteto, a quien cita a menudo. De allí a casa de *milady*, con vergüenza porque hacía tiempo que no iba. Le conté que lord Rochester se fugó el viernes pasado por la noche con la señorita Mallett, la gran belleza y fortuna del norte. Puesto en persecución enseguida, lord Rochester (a favor del cual el Rey le había hablado a ella a menudo, aunque sin éxito) fue atrapado en Uxbridge, pero no se sabe de la dama. El Rey está muy enfadado y Rochester en la Torre. En esto *milady* me confesó como un gran secreto que estaba implicada en la historia, porque si se rompiera este emparejamiento entre ella y Rochester, lord Hinchingbrooke tendría posibilidades. Ella tiene dos mil quinientas libras al año. Ruego a Dios que tenga éxito. Sin embargo, mi pobre *lady*, que tiene miedo de la enfermedad y está decidida a irse al campo, ha de quedarse en la ciudad dos o tres días a ver cómo se resuelve esto. De allí a casa y a ver a la señora Penn, donde nos mostraron una cosa muy extraña: peces en un envase de cristal, y viven allí para siempre.

30 de mayo

Me entero, para gran preocupación mía, de que nuestros barcos de Hamburgo, valorados con los bienes del Rey y los de los comerciantes en doscientas mil libras, se han perdido[16].

31 de mayo

En la Lonja mucha agitación y preocupación por haber perdido los barcos de Hamburgo: lo achacan a un olvido del señor Coventry de avisarles de que nuestra flota se iba a alejar de la costa de Holanda, aunque se equivocan, pues él sí lo hizo. Sin embargo, como los mercantes no estaban listos, se quedaron más tiempo del que se le había indicado al convoy que permaneciera allí, que eran diez días.

1 de junio

Después de comer me pongo mi traje nuevo de camelote, el mejor que he tenido nunca, que me ha costado más de veinticuatro libras. Con él fui en compañía de Creed al Salón de los Joyeros, al entierro de *sir* Thomas Viner. Al terminar el desfile funeral cogí un coche y a Westminster Hall, donde

recogí a la flor más bella, y en coche a Tothill Fields a tomar el aire hasta el oscurecer. Me bajé, y con la flor más bella tomé un pastel, y allí hice todo lo que era seguro hacer con la flor, que era bastante por mi parte. A casa y a la cama. Vienen noticias ciertas de que nuestra flota ha avistado a los barcos holandeses.

3 de junio

Durante todo el día de hoy, en el río y en otros muchos sitios cercanos se oyeron los cañones. Nuestras dos flotas estaban implicadas, lo que confirmaron las cartas desde Harwich, aunque sin detalles. Nuestros corazones muy preocupados por el Duque, y yo en particular por lord Sandwich y el señor Coventry, después de su Alteza Real.

5 de junio

Arriba temprano a mirar unos papeles y luego a Whitehall al Comité de Tánger, donde expuse mis cuentas con gran aceptación, pero veo que vamos a perder nuestro negocio de avituallamiento, pues *sir* Thomas Ingram propone que allí se encarguen de ello personas que lo hagan tan barato como nosotros, a lo que no hay oposición en esos términos. Debería preocuparme, pero si esto falla espero dedicar mi tiempo con más beneficio a otras cosas, y que todo sea como plazca a Dios Todopoderoso. De allí a casa a comer, donde se habla de que los holandeses han huido y les estamos persiguiendo.

7 de junio

Hoy, muy en contra de mi deseo, vi en Drury Lane tres o cuatro casas marcadas con una cruz roja en la puerta, y «Dios tenga piedad de nosotros» allí escrito. Me resultó muy triste, pues era, por lo que recuerdo, la primera vez que lo veía. Tuve tan mala impresión de mí y de mi olor que tuve que comprar tabaco para oler y masticar, y eso me quitó la aprensión.

8 de junio

Toda la mañana en la oficina. Comí solo en casa, pues mi esposa, mi madre y Mercer lo hacían en casa de W. Joyce. Les avisé que rodearan por Half Moon Street para ir, a causa de la plaga. Yo a casa del lord Tesorero,

citado por *sir* Thomas Ingram para reunirme con los joyeros, donde por fin me enteré de las buenas noticias: hemos derrotado por completo a los holandeses; el Duque, el Príncipe, lord Sandwich y el señor Coventry están bien, lo que me alegró tanto que se me olvidó todo lo demás. Ya anotaré los detalles en otro momento. Al rato vienen el regidor Maynell y el señor Viner. El lord Tesorero les conminó a darme dinero a cambio de mis *tallies*, y *sir* Philip Warwick declaró que el Rey había reemplazado al señor Povey conmigo, describiéndome como una persona muy sensata a quien el Tesorero reconocería en todo lo que hiciera respecto al dinero. Ellos afirmaron al momento que no podían desprenderse de dinero ahora. El Tesorero les presionó mucho, y espero que cuando lo piensen podremos sacarles algo. De allí con mucho gozo al Palenque, donde el duque de Albemarle, fuera de sí de alegría, me lo contó todo. Al rato llegó una carta del señor Coventry para él, que no abrió (algo extraño) sino que me la dio para que la abriera y leyera, y para que decidiera si nuestra oficina tenía que hacer algo como consecuencia de su contenido, lo que en tales circunstancias me pareció un extraordinario caso de indiferencia, difícilmente perdonable. Copié la carta, y el resumen de las noticias es el siguiente:

> Victoria sobre los holandeses. 3 de junio de 1665[17].
>
> Hoy entablaron combate, desperdiciando enormemente la ventaja de viento que tenían sobre nosotros, con lo que perdieron la superioridad de sus barcos cañoneros. El conde de Falmouth, Muskerry y el señor Richard Boyle, muertos a bordo del barco del Duque, el *Royal Charles*, de un disparo, cayéndole su sangre y sesos al Duque en la cara, y la cabeza del señor Boyle le golpeó, según dicen. El conde de Marlborough, Portland y el contraalmirante Sansum (del príncipe Rupert), muertos, y los capitanes Kirby y Ableson. *Sir* John Lawson herido en la rodilla; le han quitado varios huesos, pero es probable que se recupere. Al recibir la herida pidió al Duque que mandara a otro a dirigir el *Royal Oak*. El Duque envió a Jordan, del *St. George*, que actuó muy valerosamente. Pensamos que hemos tomado o hundido veinticuatro de sus mejores barcos. Hemos matado o apresado a ocho mil o diez mil hombres, y no hemos perdido más de setecientos. Una gran victoria, como no se ha conocido en el mundo. Han huido todos: unos cuarenta y tres han llegado a Texel[18]; otros, a otros lugares, y estamos persiguiendo al resto.

A casa, y un rato a mi oficina. Luego a casa de los Penn, donde todos están encantados y no poco vanidosos por el éxito de su padre: dicen que ha prestado un excelente servicio. Se hizo una gran hoguera en la puerta. Les di a los chicos cuatro chelines para que se repartieran, muy contentos. Luego a casa y a la cama con el corazón bien tranquilo, excepto que no puedo todavía comprender la enorme significación de la victoria.

9 de junio

Estuve un rato en la cama, con dolor de cabeza de tanto pensar anoche. Arriba, y a Whitehall; por el camino me encontré con el señor Moore, que me tranquiliza en un punto que me preocupaba, y es que no había oído nada sobre lo que lord Sandwich hubiera dicho o hecho, pero me cuenta que el señor Cowling, secretario del lord Chambelán, oyó al Rey comentar que lord Sandwich había actuado noblemente y con dignidad. Parece que el Rey está muy preocupado por la pérdida de lord Falmouth, pero no veo a nadie más que tenga ganas de verlo vivo de nuevo, pues todos opinan que era un hombre demasiado dado a los placeres como para hacerle bien al Rey o serle de utilidad alguna. A casa, donde todos están muy ocupados preparando la cena para esta noche, que sustituye a mi celebración de la piedra. A mediodía como un poco en casa y salgo a comprar algunas cosas, entre otras un traje de seda, aunque tengo otro reciente, por la alegría de la noticia de nuestra victoria sobre los holandeses, que me hace desear gastarme algo extraordinario en ropas. Nos tomamos un buen pastel de venado por mi celebración de la piedra del pasado marzo y lo pasamos muy bien. Cuanto más conozco al señor Honiwood, más me gusta su conversación.

10 de junio

Hasta tarde en la cama, y luego a la oficina toda la mañana. A mediodía comí en casa y estuve en la oficina por la tarde. Por la noche a casa a cenar, y allí, para mi preocupación, me entero de que la plaga ha llegado a Londres (aunque en las tres o cuatro semanas anteriores se había mantenido fuera). Ha empezado en casa de mi buen amigo y vecino el doctor Bumet, de Fenchurch Street, lo que me inquieta mucho. A la oficina a terminar mis cartas y luego a casa a dormir, preocupado por la enfermedad y con la cabeza en muchos otros asuntos: en concreto, poner mis cosas y propiedades en orden por si quisiera Dios llevarme ¡De mí disponga para Gloria Suya!

11 de junio, día del Señor

En pie. Estuve bastante tiempo esperando mi traje nuevo, pero como no venía me puse el negro de camelote de seda, y, cuando ya estaba listo, llegó el nuevo de color. Mi mujer me convenció de que no me iba bien, y eso me hizo

enfadar, pero creo que es porque no estoy acostumbrado a vestir con colores. Me pasé la mañana leyendo en mi habitación. A mediodía vinieron, invitados a comer, mis primos Joyce con sus esposas. Cuando se fueron salí un rato a mostrar mi nuevo traje y, al pasar, vi la puerta del pobre doctor Burnet cerrada. Sin embargo me entero de que se ha ganado el aprecio de sus vecinos, pues se lo descubrió él primero e hizo que le encerraran por propia voluntad, lo que fue muy generoso. Por la noche vienen el señor Andrews y su esposa y el señor Hill. Estuvimos jugando, cantando y cenando. Son una compañía excelente: agradables, ingeniosos, inofensivos. No puede desearse algo mejor. Cuando se fueron, a la cama, muy tranquilo de espíritu.

12 de junio

Arriba y con mi traje nuevo de ayer a ver al duque de Albemarle; después de darme una vuelta por Whitehall y Westminster Hall, regresé y compré bordado dorado para mis mangas en Paternóster Row. Anoche fueron a recoger al Duque, y se espera que esté aquí mañana.

15 de junio

En Woolwich. Hablé con el señor Shelden sobre traer a mi esposa un mes o dos a su casa, lo que acepta, y creo que será muy adecuado. Hoy el noticiario (gracias a que el señor Moore le mostró a L'Estrange la carta del capitán Ferrer) hizo justicia a lord Sandwich respecto a la última victoria. El duque de York todavía no ha regresado a la ciudad. Londres está enfermando bastante y la gente está asustada: la semana pasada murieron ciento doce de la plaga, frente a cuarenta y tres la semana anterior, de los cuales uno en Fenchurch Street y otro en Broad Street, junto a la oficina del Tesorero.

16 de junio

Arriba y a la oficina, donde me puse a trabajar, pero dijeron que el Duque ha llegado y que ha fijado esta tarde para que vayamos a verle. Así que después de comer a Whitehall, donde la Corte está repleta, con el Duque y sus cortesanos de regreso del mar. Está gordo y lozano, y colorado de estar al sol. Le besé las manos y estuvimos toda la tarde. Al rato vi al señor Coventry, lo que me alegró de corazón. Pronto nos separamos del resto y paseamos por la galería alfombrada. Después de muchas expresiones de afecto nos pusimos a

hablar de trabajo: entre otras cosas, que lord Sandwich ha actuado honorable y útilmente. *Sir* J. Lawson ha vuelto a Greenwich, pero su herida en la rodilla está muy mal. Jonas Poole, del *Vantguard*, actuó con bajeza y le van a quitar el barco. El capitán Holmes esperaba que, tras la muerte de Sansum, le hicieran contraalmirante del Duque; como han nombrado a Harman, entregó su solicitud al Duque, pero este la rompió. Algunos de nuestros capitanes no han actuado bien. Los que han hecho el trabajo han sido los grandes barcos, entorpeciendo al enemigo. Huyeron al ver al *Prince*. Es extraño ver cómo ya empiezan a atacar a *sir* William Berkeley, hermano de lord Fitzharding, que hace tres meses era el centro de la Corte. Es raro oír que los holandeses dicen, como cuenta el Duque, que son los vencedores, y que han hecho hogueras en Dunquerque para celebrarlo, aunque no podía esperarse una victoria mayor. El señor Coventry cree que no pueden haber perdido menos de seis mil hombres, y nuestros no han muerto más de doscientos, y otros cuatrocientos, heridos. El Duque nos contó hoy que el capitán Grove actuó de forma muy vil en Lowestoft, pues al oír los cañones se negó a salir, por lo que será juzgado: ya se le considera un imbécil parlanchín sin valor.

17 de junio

Hablé muy sinceramente con el señor Povey sobre mi indiferencia respecto al puesto de Tesorero, pues me da muchos problemas. Pareció preocuparle mucho que quisiera dejar el cargo con tanta ligereza, pero si no puedo mantenerlo, lo haré. Al enterarme de que el lord Tesorero había salido de la ciudad con su familia a causa de la enfermedad, volví a casa y a la oficina, donde me encontré a *sir* W. Penn de vuelta. Esta tarde me sucedió algo que me afectó mucho: cuando iba en coche desde casa del lord Tesorero por Holbom vi que el cochero cada vez sujetaba menos al conducir, hasta que al final se paró, bajándose casi sin poder sostenerse. Me dijo que se había puesto muy enfermo de repente y que estaba casi ciego, así que me bajé y cogí otro coche, muy triste por ese hombre y preocupado por mí, pues le había cogido en el otro extremo de la ciudad ¡Dios tenga piedad de todos nosotros! Me dicen que *sir* John Lawson está peor que ayer: el Rey fue a verle hoy muy amablemente. Su herida no está muy mal, pero tiene fiebre, unas motas e hipo; y parece que las tres cosas juntas son muy mal síntoma.

20 de junio, día de acción de gracias por la victoria sobre los holandeses

Arriba y a la oficina, muy ocupado toda la mañana hasta la hora de la iglesia, donde oí un pobrísimo sermón del señor Mills. De allí al Delfín, donde los oficiales de la Armada nos reunimos con los comisionados de los suministros a comer. Buena música, dirigiendo yo. Tocamos a treinta y cuatro chelines por cabeza. Después de comer, a Whitehall con *sir* W. Berkeley en su coche, y andando a la taberna de Herbert, donde pasé un rato *avec la mosa, sin hazer algo con ella que* besar y tocar *ses mamelles, que me haza hazer la cosa a mi mismo con gran plaisir*. Hoy me informé de que han muerto de la plaga cuatro o cinco en Westminster, en varias casas de un callejón frente a la verja del palacio. Sin embargo, la gente cree que el número será menor que la semana pasada.

21 de junio

A mediodía con Creed a la Oficina de Impuestos, donde me entero que nuestros *tallies* no se convertirán en dinero hasta dentro de por lo menos dieciséis meses: es muy triste para el Rey pagar tantos intereses por cada penique que se gasta; y lo extraño es que los joyeros con los que he hablado no estén dispuestos a pagar, pese al incremento de su interés hasta el diez por ciento que ahora tienen. De camino a casa veo que casi toda la ciudad se está marchando, los coches y carros llenos de gente yendo al campo.

23 de junio

Arriba y a Whitehall a un Comité de Tánger, con presencia de Su Alteza Real. Nuestra idea era expresar la verdadera situación de este Comité por falta de dinero. Sin yo saberlo, vino lord Sandwich, que al parecer llegó anoche. Al terminar la reunión me llevó aparte y estuvimos hablando una hora: me contó cuánto, tanto en la flota como aquí, le habían valorado el Duque y el señor Coventry, en oposición al Príncipe. En secreto me ha dicho que ha estado con ellos haciendo bromas y burlándose del Príncipe; sin embargo, le parece muy extraño que aquí no se hable ni se haya escrito nada honrando su actuación. Por tanto me preocupa que el señor Coventry no le mencionara en su relato. Yo le respondí que estaba seguro de que la narración no la había compilado el señor Coventry, sino L'Estrange, a partir de algunas cartas, como pude ver, y que la del señor Coventry a Albemarle le hacía tanta justicia como al Príncipe, pues yo mismo la leí y la copié, y le prometí enseñársela, con lo que se quedó algo satisfecho. Luego empezó a contarme que estaba interesado en

disponer de sus hijos, para lo que necesitaba mi consejo y ayuda. Propuso casar a *lady* Jemima con el hijo mayor de *sir* G. Carteret, lo que yo apoyé, y me comprometí a hablar con él como si saliera de mí, lo que agradó a milord.

24 de junio

En pie muy temprano, a las seis, y a ver al doctor Clarke en Westminster a las siete, estando ya avisado por mí anoche de que iría a verle. Le expuse de la mejor manera que pude mi recado respecto al emparejamiento, que, como imaginaba, le pareció muy bien: propuso encontrarse hoy con *sir* G. Carteret y poner el asunto en marcha. Por la tarde de nuevo a ver al doctor Clarke, que ya se lo había expresado, y lo tomó muy bien. De allí fui a ver a *sir* G. Carteret en su habitación y de la mejor manera comuniqué el asunto: lo recibió con mucha alegría y respeto, me lo agradeció y prometió hacer lo posible para hacer que su hijo merezca a la hija de milord.

25 de junio, día del Señor

Arriba. Vino alguna gente que tenía citada por asuntos del trabajo y luego a mi despacho a hacer cosas de Tánger. Comí a mediodía. Después por el río bajo una fuerte lluvia con la idea de ir a Woolwich, pero volví a Whitehall; tras visitar de nuevo a *sir* G. Carteret y recibir su completa satisfacción por mi propuesta (y esta vez también la de su esposa), a ver a lord Sandwich. Le conté cómo la había recibido *sir* G. Carteret y me hizo regresar a comunicarle su agradecimiento por haber recibido tan amablemente la proposición, y a decirle que al día siguiente tenía intención de verle para tratar el tema. Transmití el mensaje al instante y dejé el asunto, con gran satisfacción por ambas partes. Por lo que veo, milord tiene el propósito de concederle cinco mil libras a su hija, y espera un acuerdo de unión de ochocientas libras anuales. Volví a casa por el río, cené y a la cama, cansado de tanto andar por la Corte, pero antes de ir a la cama cantamos un par de salmos con mi chico y Mercer, lo que me agradó mucho. Después de comer, antes de ir a Whitehall, bajé hasta Greenwich por el río con la idea de visitar a *sir* J. Lawson, pero cuando llegué me enteré de que había muerto esta mañana, lo que me sorprendió mucho. Desde luego ha sido una gran pérdida para la nación, aunque yo no puedo fingir que lo lamente, porque nunca fue nada amable conmigo.

29 de junio

Arriba y por el río a Whitehall, donde toda la Corte está llena de carros y gente dispuesta a salir de la ciudad[19]. Este extremo de la ciudad está cada día peor de la plaga. La Lista de Mortalidad llega a doscientos sesenta y siete, que son unos noventa más que la pasada[20]; y de ellos solo cuatro en Londres, lo que es una bendición para nosotros. Volví a casa pasando por Somerset House, donde todos están haciendo las maletas: la Reina Madre sale hoy para Francia.

30 de junio

Arriba y a Whitehall a ver al duque de Albemarle, al que encuentro con el secretario Bennet, pues no hay ahora otro alto gobernante, creo, excepto el lord Canciller, en la ciudad. Recibí diversas órdenes de ellos, entre otras proporcionar pan y queso a la guarnición de Guernsey, que me prometieron pagar.

Así acaba este libro de dos años. Con buena salud yo y mi familia, que consiste en yo mismo y mi esposa; Mercer, su dama de compañía; Mary, Alice y Sue, nuestras criadas, y Tom, mi chico. Es tiempo de enfermedad, con la plaga creciendo. Tengo entre manos el molesto encargo del Tesoro de Tánger, con grandes sumas que se me exigen y nada de dinero para pagarlas; también mucho trabajo en la oficina. Estoy pensando trasladar a mi esposa a Woolwich; ella está últimamente aprendiendo a pintar, con mucho placer y éxito. Todo lo demás bien, especialmente un nuevo asunto en el que estoy metido, con el emparejamiento cercano entre el hijo mayor de *sir* G. Carteret y *lady* Jemima Mountagu. El duque de York se ha ido con la flota, aunque sin la intención de quedarse allí, como muchos creen que sería apropiado.

1 de julio

A mediodía a ver al duque de Albemarle a darle cuenta de cierto desorden en el astillero de Portsmouth: los obreros se fueron por su cuenta a causa de la falta de dinero a conseguir trabajo en la siega del heno, o en lo que sea con que ganarse el pan. De allí a Westminster, donde dicen que la enfermedad se extiende mucho; luego a la taberna del Arpa y la Bola a hablar con Mary: me cuenta con franqueza que perdió a su primer amor en Gales y vino aquí sin que lo supieran sus amigos. Parece que el doctor Williams la pretende y le he visto aquí varias veces. De allí en coche hasta tarde a la oficina, y luego a la

cama. Triste por la noticia de que siete u ocho casas de la calle Bazing Hall han sido cerradas por la plaga.

2 de julio, día del Señor

A mediodía comí en casa y después hice mis cuentas, resultando que he gastado noventa libras; sin embargo, he ahorrado diecisiete, por lo que ahora cuento con más de mil cuatrocientas libras, por lo que Dios sea alabado. Por la noche vinieron de visita la señora Penn y su hija, y cenaron con nosotros. Luego vino un mensajero por algo de trabajo de la oficina, de parte de *sir* G. Carteret en Chatham: me transmite verbalmente que el asunto entre milord y el está completamente acordado, y que le place tanto al Rey como al duque de York, y me manda este mensaje con gran alegría. Me entero de que han enterrado bien entrada la noche a *sir* J. Lawson en St. Dunstan, aquí cerca, sin compañía alguna, y que la situación de la familia es muy pobre, lo que lamento, aunque nunca fue un hombre que me hiciera deberle nada de palabra u obra.

3 de julio

Con *sir* W. Batten y *sir* J. Mennes a Whitehall a ver al duque de Albemarle. Nos separamos y estuve un rato en el Arpa y la Bola hablando con Mary. Luego a casa a comer; después volví a ver al duque de Albemarle y al Cisne, y allí *demeurais un peu de temps con la fille*. De allí al Arpa y la Bola y solo *demeurais un peu de temps besándola*. Volví y hasta tarde en la oficina con las cartas. Llegué a casa y decidí que desde esta noche intentaría acabar con las cartas si podía, y terminar el trabajo de la oficina por las mañanas. Espero así que quede todo lo más cerrado posible para dejar mis asuntos en el mundo en buen orden, pues la época está tan llena de enfermedad que es de temer que un hombre no escape de coger la enfermedad: el Buen Señor Dios me bendiga o me prepare para recibirla. Después de cenar a la cama, pero muy perturbado toda la noche soñando con Jack Colé, mi antiguo compañero de colegio, recién muerto, que nació al mismo tiempo que yo, diciendo ambos que compartiríamos el destino. Dios me prepare para su situación.

5 de julio

Arriba, y estuve dando instrucciones respecto a la ropa de cama y las cosas de mi esposa para Woolwich, adonde se va a trasladar. Por la tarde a St. James, donde estuve bastante tiempo con el señor Coventry y veo cómo se ha organizado la flota: lord Sandwich, de almirante; bajo su mando, *sir* G. Ascue y *sir* T. Teddiman; de vicealmirante, *sir* W. Penn, y por debajo de él *sir* W. Berkeley y *sir* J. Jordán; de contraalmirante, *sir* Thomas Alien, y a sus órdenes *sir* Christopher Mings y el capitán Harman. Hablamos en general de asuntos de la Armada y, entre otros, de que ha hablado últimamente con *sir* G. Carteret y le ha manifestado su voluntad de ser amigo suyo y reconciliarse. Observo que ya no escucha las quejas sobre el dinero con la presteza y decisión para resolverlas con que solía hacerlo; pienso que si él se esconde, será el momento de que yo lo haga también. A Woolwich por el río, donde habían llegado mi esposa y sus dos doncellas; estarán muy bien instaladas. Las dejé cuando iban a cenar, y me dolió separarme de ella, pues sin mi esposa estoy mucho peor, aunque es un problema cuidar de la familia en casa durante estos tiempos de plaga. Llegué tarde a casa y a la cama, muy solo.

13 de julio

Tenía sueño y me quedé más tarde en cama. En la oficina hice el trabajo que había y fui por el río a casa de *sir* G. Carteret. Como no había barcas de remo, tuve que llamar a otra en la que ya iba un caballero, y resultó ser un amante de la música, por lo que fuimos cantando juntos todo el camino, muy a gusto, un acontecimiento extraordinario. Llegué a comer, pero ya habían terminado, por lo que *milady* Sandwich hizo que me trajeran algo y comí muy bien y muy a gusto, especialmente con la señora Slaning[21]. Tomamos los dos nata y pan moreno, que le gustan tanto como a mí. De allí, y tras hablar con ellos y con *milady*, a Deptford, donde había quedado con mi esposa, y nos despedimos. La encontré un poco decaída (me preocupa que esta separación nos aleje en vez de hacernos más cariñosos). A casa a escribir unas cartas y a la cama. Esta semana han muerto de la plaga más de setecientos.

14 de julio

Arriba y toda la mañana en el Tesoro intentando canjear *tallies* por dinero para Tánger, y muy enfadado de ver cómo atiende la gente allí: algunos no estaban, los otros con sueño, para otros era tarde, así que los asuntos del Rey cuestan diez veces más de lo que valen. Me dejan para mañana. De allí a la

Real Lonja, donde encargué dos camisas muy elegantes a mi preciosa costurera. Allí dicen que se han oído cañones, y un danés ha dicho que milord tuvo a De Ruyter a la vista y que después de marcharse oyó los cañonazos, pero creo que hay poco de cierto. Después a casa a comer, donde había quedado con Povey: hablamos de nuestros asuntos de Tánger para intentar mantener nuestros beneficios en la paga y avituallamiento de la guarnición si los encargados actuales lo dejaran. Se marchó por la noche y yo por el río a casa de *sir* G. Carteret: han estado comprando cosas para la boda de *lady* Jem, que ha llegado a Dagnams [Essex], donde el señor Carteret va a visitarla mañana. Mi ofrecimiento de acompañarle, pues va a ir solo entre personas completamente desconocidas para él, es bien recibido, así que iré con él. ¡Dios mío!, hay que ver lo amable que *lady* Carteret es con ella: le manda sus mejores joyas y le proporciona ropa de cama y cosas de lo mejor, lo que nos hace a *milady* y a mí sentimos casi desconcertados de lo bien tratados que somos todos nosotros, como si quisieran comprar a la joven dama. Luego a casa: como veo que voy a permanecer fuera dos días, estuve hasta tarde preparando cartas para mañana, y a la cama, para despertarme pronto con la ayuda de un despertador que por casualidad pedí prestado hoy a mi relojero mientras arreglan el mío.

15 de julio

Después de comer, a casa de *sir* G. Carteret; enseguida cogimos un bote para llegar al transbordador de Greenwich. Estuvimos una hora hasta conseguir que pasaran nuestro coche y caballos, y partimos hacia Dagnams. Pero, Dios mío, qué conversación más tonta tuvimos sobre asuntos amorosos, pues es el hombre más torpe que he visto en mi vida en ese tema. Llegamos cuando empezaba a oscurecer y fuimos muy amablemente recibidos por *lady* Wright y lord Crew. Empezamos a hablar, milord dirigiéndose a él y haciéndole preguntas sobre el viaje, que respondió bien y con pocas palabras, pero no le dijo nada a la dama. Después de cenar seguimos hablando y él seguía sin hacerle el más mínimo caso. Milord me pidió consentimiento para dejar a la joven pareja juntos esta noche, para que empiecen sus amores, ya que él va a estar poco tiempo. Sin embargo yo me opuse, para que la dama no se alterara demasiado. Así que le llevaron a su habitación y me quedé un rato para preguntarle qué pensaba de ella; me contestó que le gustaba mucho, pero, Dios mío, lo dijo de la manera más insípida y pobre en que jamás lo hizo un amante. Después de las oraciones, milord, *lady* Wright y yo tratamos

sobre qué hacer y acordamos que mañana vayan juntos a la iglesia, aunque la cojera de él es un gran obstáculo.

16 de julio, día del Señor

Después de arreglarme bajé a ver al señor Carteret y anduvimos un par de horas por la galería. Le enseñé lo que tenía que hacer: coger siempre a la dama de la mano para llevarla. Yo buscaría la oportunidad de dejarles solos y entonces él tendría, como gentileza, que hacer esto y aquello, y lo mismo con lord Crew y *lady* Wright. Después de enseñarle, lo que me agradeció porque reconoció que lo necesitaba, fuimos en coche a la iglesia, a cuatro millas de distancia. De allí volvimos a casa, y a comer. Luego paseamos y nos sentamos en la galería. Al rato salimos *lady* Wright y yo (y después lord Crew, él sin planearlo) y finalmente *lady* Crew, dejando a los jóvenes solos. Entonces una pequeña hija de *lady* Wright salió y cerró la puerta con toda su inocencia, como si lo hubiera hecho por inspiración, lo que nos hizo mucha gracia. Estuvieron juntos una hora y después a la iglesia de nuevo. De vuelta a casa paseamos por el jardín, donde los dejamos solos por segunda vez. *Lady* Wright y yo paseamos juntos y me preocupa lo que me dice: que Scott tiene que hacerle algo a la señorita Jem antes de que se casen[22].

17 de julio

Después de comer, el señor Carteret siguió mi consejo de gratificar a los criados y le hice darles diez libras para que se las repartieran. Antes de irnos cogí aparte a *lady* Jem: le pregunté qué le parecía el caballero y si tenía algún problema con él. Se puso colorada y escondió su rostro un momento, pero la obligué a responderme. Dijo que estaba dispuesta a obedecer a sus padres en lo que habían decidido, que es todo lo que podía decir y lo que yo podía esperar. Pronto nos despedimos para ir a Londres. Dios mío, esta gente tiene tanto miedo de Londres y recelo a lo que venga de allí o haya estado allí que tuve que decirles que yo vivo en Woolwich. A Londres y luego a Deptford, donde nos recibieron muy bien, llevando la buena noticia de que todo les satisface. Mucha alegría cuando les hice el relato, aunque fue imposible sacarle una palabra al joven sobre sus aventuras delante de *lady* Sandwich o de mí. Sin embargo, lo que luego cuenta a sus padres y hermanas les agrada mucho. *Sir* G. Carteret insistió en que durmiera allí, y lo hice con todo lujo, mejor que nunca en mi vida, con *sir* G. Carteret muy amable llevándome a mi

habitación. Toda su preocupación ahora es terminar esto rápido, y tiene motivos, porque la enfermedad lo revuelve todo y aquí no están seguros.

18 de julio

Después de despachar cartas en la oficina fui por el río hasta Deptford, donde estuve un rato. Luego por el río a ver a mi esposa, a la que no veo desde hace cinco o seis días; cené muy a gusto con ella. Contemplé sus dibujos con mucho placer y luego a la cama, muy feliz. Hoy me preocupó oír que en Westminster están enterrando a los muertos en campos abiertos de Tuttle, alegando que no hay sitio en otra parte. Sin embargo, en la última plaga vallaron el patio de New Chapel con fondos públicos ante la escasez de espacio, mientras que ahora solo los que pueden pagar mucho dinero pueden ser enterrados allí.

21 de julio

Arriba, y salí a visitar a los joyeros para ver qué dinero podía conseguir con mis *tallies* sobre el anticipo de los impuestos; espero sacar diez mil libras. Colvill fue el único con el que pude hablar. Estuve en varios sitios, entre otros en casa de Anthony Joyce, al que comuniqué mi deseo de que Pall se case con Harman (cuya esposa, pobre mujer, murió hace poco, lo que me ha entristecido, pues la quería mucho), y lo pensará. A casa, y hasta tarde en mi despacho arreglando papeles, pues mis temores por la enfermedad son muy grandes.

26 de julio

Arriba, y después de trabajar un poco, a Greenwich, al parque, donde me entero de que el Rey y el Duque han venido esta mañana desde Hampton Court. Me hicieron varias preguntas. El Rey muy satisfecho con sus nuevos edificios. Les seguí hasta el barco que Castle está construyendo allí. Mucha conversación, teniendo a menudo la oportunidad de dirigirme al Rey y al Duque. Al rato se fueron a comer y todos se sentaron con el Rey excepto yo. Siendo una persona modesta, no podía aspirar a ello; sin embargo, Dios perdone mi orgullo, pues lamenté no estar allí para que *sir* W. Batten no pudiera decir que se sentó donde yo no pude: es cierto que tiene veinte veces más razones para ello que yo, pero así son mi orgullo y mi estupidez. Al

terminar de comer el Rey, me subí a su gabarra. Dios me perdone, pero aunque les admiro todo lo que debo, cuanto más los analizo y los observo, menos diferencia encuentro entre ellos y otros hombres, aunque (bendito sea Dios) ambos son príncipes de gran nobleza y espíritu. De allí, pleno por los honores del día de hoy, cogí un coche a casa de Kate Joyce, que no está, pero hablé con Anthony y le parece bien mi propuesta de Pall para Harman, aunque me temo que no la aceptará por menos de quinientas libras, y eso yo no lo pagaré, aunque no se lo dije. Tras hablar de otras cosas y de las malas noticias de tantos muertos en la parroquia por la plaga, cuarenta la noche pasada, volví a la Lonja, donde estuve hablando mucho tiempo con mi belleza, la señora Batelier, una de las mejores mujeres que he visto en mi vida. Después de comprar algunas cosas, a casa, a escribir mi diario de los últimos cuatro días, pues han sido de tanta sustancia, honor y placer para mí como jamás espero vivir, desear o creer que otra persona pueda hacerlo. Hoy murió el pobre Robin Shaw. El mismo Rey preguntó por él y, cuando le dijeron que estaba muerto, dijo que lo sentía. La enfermedad ha llegado a nuestra parroquia esta semana y de hecho está por todas partes, así que pienso en dejarlo todo arreglado y ruego a Dios que me permita hacerlo, tanto para el cuerpo como para el alma.

27 de julio

Me llaman a las cuatro. Preparo papeles para Hampton Court. Consigo que firmen una orden para sacar más barcos, por la que espero conseguir algo. Luego resolví todos mis asuntos y nos quedamos a ver al Rey y a la Reina partir hacia Salisbury, y después de ellos al Duque y a la Duquesa, a quien besé la mano. Fue la primera vez que lo hice: era una preciosa mano, blanca y gorda. Daba gusto ver a las bonitas damas vestidas como hombres, con sus capas de terciopelo, gorros con cintas y bandas bordadas; solo a la Duquesa no le pegaba. En casa me encuentro la lista semanal, que ha aumentado el total general en más de mil, con un total de mil setecientos por la plaga[23]. Esto ha hecho que los oficiales decidan reunirse en Deptford, lo que me hace dudar qué hacer.

28 de julio

Arriba temprano y a Deptford, donde converso con *sir* G. Carteret, que está disgustado por la decisión de trasladar la oficina a Deptford: alega otras

razones, pero seguro que tiene que ver con su propia casa (sobre todo porque su familia se marcha). Me alegro de no haber estado cuando se dictó la orden, e intentaré que se cambie. Luego partí con *milady* hacia Dagnams. El viaje fue agradable y también la conversación: estuvimos allí muy a gusto, y la joven pareja ya se conoce bien. Pero, Dios, hay que ver el miedo con el que vive la gente aquí, que nos haría volvernos locos, pues se asustan cuando nos acercamos hasta el punto de que me siento molesto y desearía irme. Sin embargo tienen motivos, pues al capellán le ha dado una fiebre y ha muerto. Esto nos hace acelerar la boda: decidimos que sea el lunes próximo, tres días antes de lo que pensábamos. Todos muy contentos, y de allí me fui a Woolwich, donde encontré bien a mi esposa. Después de beber y hablar un poco, a la cama.

29 de julio

En pie temprano y por el río a la oficina, muy ocupado toda la mañana. A mediodía a comer y me entero de que mi Will ha llegado y se ha acostado en mi cama porque tiene dolor de cabeza: esto me causó un miedo extraordinario y pensé en cómo hacer que saliera de la casa. Les dije a los míos que lo intentaran, aunque sin desanimarle. Yo me fui a la Real Lonja a pagarle unas cosas a mi bella Batelier y en coche a casa de Kate Joyce, donde usé todo mi énfasis y retórica para convencer a su marido de que la dejara ir a Brampton, pero no pude con él. Al final consintió en que fuera a Windsor, a casa de unos amigos de allí. Así que me despedí de ellos pensando que sería raro que nos viéramos de nuevo, pues ya no me atrevo a ir a esa parte de la ciudad.

30 de julio, día del Señor

Arriba y todo el día en ropa de dormir y en mi habitación, sin perder un minuto para poner en orden mis cuentas de Tánger. Lo logré por la noche con gran satisfacción: no solo porque está hecho sino porque está todo bien, y es que después de tenerlas tan descuidadas no lo esperaba. ¡Sea alabado el Dios del Cielo por ello! Will estuvo conmigo hoy, y está muy bien, lira triste oír las campanas tocar tan a menudo, por muertes o por entierros, creo que cinco o seis veces.

31 de julio

Arriba muy temprano y a las seis a Deptford, donde encuentro a *sir* G. Carteret y a *milady* listos para salir. Yo llevo mi traje nuevo de seda de color, el abrigo con botones dorados y un ancho bordado de oro en los puños, muy rico y elegante. Por el río hasta el transbordador. Cuando llegamos allí no había coches, y la marea estaba tan lejos que ningún barco podía acercar caballos desde el otro lado. Así que tuvimos que esperar dos o tres horas bastante enfadados en la nefasta Isla de los Perros, en un sitio helado, pues la mañana y el aire eran frescos. Sin embargo, como el motivo era agradable y viendo que no podía evitarse, lo aguantamos con paciencia. Al final llegó el coche, y también un mensajero a caballo que venía de Islington con la noticia de que Proctor, el vinatero de la Mitra de Wood Street, y su hijo han muerto allí de la plaga. Ganó mucho dinero y durante un tiempo fue el mejor de Londres para grandes celebraciones. Como temíamos que se pasara la hora, antes de llegar hicimos enviar la licencia y el anillo. Así que cuando llegamos, aunque llevábamos seis caballos, no los encontramos en casa, y cuando íbamos hacia la iglesia venían de vuelta, lo que nos molestó. Sin embargo se nos pasó al enterarnos de que todo había ido bien: ambos iban con vestidos antiguos y lord Crew la entregó, ante tres coches llenos de gente. Luego a comer, con mucha alegría aunque con una sobriedad inaudita en bodas de familias tan grandes: mucho mejor. Después de la comida la gente se repartió: unos a las cartas, otros a hablar. *Milady* y yo subimos a arreglar cuentas y yo le pagué un dinero. Ella, muy amable conmigo, quería que me fuera a hacerle compañía a Hinchingbrooke, pero por mi vida que no puedo. Por la noche a cenar y a hablar, y más tarde, lo que me pareció extraordinario, todos a rezar, como era la costumbre, pero también los novios. Después de las oraciones, muy formalmente a la cama: solo yo entré en la habitación del novio mientras este se desvestía, hasta que fue llamado a los aposentos de la novia y se fueron a la cama. Yo besé a la novia, se corrieron las cortinas con la mayor seriedad que pudiera haber, y buenas noches. La sobriedad y formalidad del asunto lo hicieron tan decente que me pareció diez veces más delicioso que si hubiera sido veinte veces más alegre y jovial.

Así acaba el mes, como dije, después del mayor baño de alegría que jamás tuve, solo con algunos problemas a causa de la plaga, que crece poderosamente entre nosotros, con mil setecientos o mil ochocientos la semana pasada por la plaga. Lord Sandwich en el mar con una flota de cerca de cien barcos, hacia el norte, esperando a De Ruyter o a la flota de la India. Milord Hinchingbrooke regresa de Francia y se encontrará con su hermana en Scott’s Hall. Las dos familias me están muy agradecidas con este asunto, y así

lo admiten tanto *milady* como *sir* G. Carteret y su esposa, y esta ahora me llama primo, lo que me alegra. Mantenga Dios nuestra amistad por mucho tiempo, y también la salud.

5 de agosto

Por la mañana mi esposa me enseñó algunas cosas que ha dibujado, especialmente una cabeza de mujer persa muy bien trazada, mejor de lo que podía esperar. Salí por el río hacia Deptford después de ordenar que azotaran en el astillero a seis o siete marinos que robaron cuerdas anoche. Luego a casa, ocupado toda la tarde. Me pasé por Colvill, que me dijo que es seguro que De Ruyter ha regresado a casa con toda su flota, lo que es una mala noticia teniendo en cuenta el gasto que hemos hecho manteniéndola en el norte tanto tiempo con la esperanza de atraparlo, por lo que me temo que lord Sandwich sufrirá cierto deshonor. También me hablan de un disturbio que se produjo el jueves pasado en Cheapside: el coronel Danvers, un delincuente[24] al que habían atrapado e iba de camino a la Torre, fue liberado y escapó; solo uno de sus liberadores fue detenido.

8 de agosto

Arriba y a la oficina, donde estuvimos reunidos toda la mañana. A mediodía a comer solo en casa, y después la mujer de Bagwell esperaba en la puerta y entró conmigo en mi oficina, en *lequel jo haze* todo lo que tenía *a corasón a hazer con ella*. Nos separamos y yo a casa de *sir* W. Batten. Allí estuvimos casi toda la tarde, hablando y bebiendo demasiado con lord Brouncker, *sir* G. Smith, G. Cocke y otros, muy a gusto. Bebí algo y mezclé más de lo que debía. Luego un poco a mi oficina y después a ver al duque de Albemarle por un asunto. Las calles completamente vacías, ahora incluso en Londres, un espectáculo muy triste. En Westminster Hall la señora Mumford me contó historias muy tristes, como la de la familia del hijo de la señora Michell. Y el pobre Will, que nos vendía cerveza en la puerta del Hall, con su mujer y sus tres hijos muertos, creo que todos en un día. Después a casa cruzando la ciudad, deseando no haberme equivocado al ir, pero creo que ya no volveré.

10 de agosto

Arriba temprano. Vino muy pronto a verme mi prima Porter, la esposa del tornero, a decirme que han llevado a su marido a la Torre por comprar pólvora del Rey, y me pide ayuda, pero ni puedo ni me atrevo a intervenir en ese asunto, pues ya he tenido bastantes problemas. Más tarde a la oficina, donde estuvimos reunidos toda la mañana muy preocupados por el ascenso de las listas esta semana, cerca de cuatro mil por la plaga. Nos cuentan una historia muy extraña: el regidor Bence se tropezó por la noche con un cadáver en la calle y, cuando fue a casa, se lo contó a su esposa; ella, que estaba embarazada, enfermó y murió de la plaga. Luego *sir* G. Smith nos invitó a comer en su casa, con muy buena compañía y buen humor. Estaban allí el capitán Cocke, Jack Fenn, y, para nuestra sorpresa, el regidor Bence, que nos dice que nada de la historia es cierto: que su esposa ha estado enferma, que él tiene que abandonar la casa y no se acerca a ella. Sin embargo, me sentí inquieto todo el tiempo que él estuvo allí. A la oficina y después de escribir cartas a casa, a redactar de nuevo mi testamento, pues la ciudad está tan enferma que un hombre no puede estar seguro de tener dos días para morir.

11 de agosto

En pie y todo el día terminando dos copias de mi testamento, para mi padre y para mi esposa. Fui al Tesoro a canjear *tallies*, pero mediante una proclama se ha trasladado a Nonesuch [Palace, Surrey]. Vuelvo a mis papeles, pongo mis libros en arcones, dejo la casa y todas las cosas lo más ordenadas que puedo, por si Dios quisiera llevarme o me obligara a abandonar la casa.

12 de agosto

Muere tanta gente ahora que parece que tienen que enterrar a los muertos a la luz del día, pues las noches no bastan para ello. El Alcalde ha decretado que la gente esté en casa a las nueve, como dicen, para que los enfermos tengan libertad para salir a tomar el aire. Hay un muerto en uno de nuestros barcos en Deptford, el brulote *Providence*, que estaba listo para salir, lo que nos preocupa mucho. Hoy me cuenta W. Bodham que ha muerto uno en Woolwich, no lejos del almacén de cuerdas. También me dicen que la esposa de un mozo de cuadras de la Corte ha muerto en Salisbury, por lo que el Rey y la Reina se marchan a toda prisa a Milton[25]. Dios nos proteja.

14 de agosto

Esta noche le regalé a mi esposa el anillo con diamante que me dio hace tiempo el hermano del señor Dick Vines por ayudarle a hacerse sobrecargo, lo primero de esta naturaleza que le regalo. Muchos temores de que esta semana la lista de la plaga sea enorme.

15 de agosto

Arriba cerca de las cuatro. Caminé hasta Greenwich, donde entré en la habitación del capitán Cocke, que estaba en la cama. Algo me recordó mi sueño de esta noche, que creo que es el mejor que he tenido nunca: tenía a *lady* Castlemaine en mis brazos y me dejaba hacer lo que yo quería, y luego soñé que no podía estar despierto sino que solo era un sueño, pero como era un sueño y me causaba tanto placer, qué cosa tan feliz sería si cuando estamos en la tumba (como Shakespeare comenta [en *Hamlet*]) pudiéramos soñar, y solo soñar sueños como ese, por lo que no tendríamos tanto miedo a la muerte como tenemos en estos tiempos de plaga. Se hizo de noche pronto, bajé por las escaleras del patio de la iglesia y me preocupé al encontrar un cadáver en el estrecho callejón. Sin embargo agradezco a Dios por no haberme sentido demasiado perturbado. No obstante, me cuidaré de estar tarde en la calle de nuevo.

16 de agosto

Arriba. Después de trabajar sobre mis cuentas en casa, a la oficina a escribir cartas con el señor Hayter, al que entregué mi testamento, parte del cual es para dárselo a mi esposa cuando esté muerto. Luego a la Lonja, donde hace tiempo que no voy. Pero, Dios, es muy triste la visión de las calles vacías de gente, y muy poca en la Lonja. Receloso ante cada puerta que uno ve cerrada, por si es a causa de la plaga, y dos de cada tres tiendas, si no más, cerradas. De la Lonja a casa de *sir* G. Smith con el señor Fenn, con el que estoy ahora muy complaciente, pues tiene que pagarme unos recibos y otras cantidades que le pediré. Las noticias hoy en la Lonja son muy contradictorias: unos dicen que nuestra flota ha apresado algunos barcos de la flota holandesa de la India; otros, que les atacamos en Bergen y nos repelieron; otros, que nuestra flota está en gran peligro después de este ataque

por si se encuentra con el grupo principal que ha partido de Holanda, casi cien barcos de guerra. Todos muy perdidos y nadie sabe nada. De allí a los joyeros a conseguir dinero, y para mi alegría he conseguido quinientas libras más del dinero que se me debía y algo más de anticipos, con lo que podré ayudar a Andrews. Hoy recibí una mala noticia desde Dagnams: la indisposición de mi pobre lord Hinchingbrooke se ha convertido en viruela. Pobre caballero, venir tan pronto de Francia para coger esa enfermedad, cuando debería estar viendo a una bella dama, su amada[26].

17 de agosto

Toda la mañana reunidos en la oficina y a mediodía comimos en casa de *sir* W. Batten con viandas que ya había hecho preparar a cargo del Rey. Después de comer bajamos en barca hasta Greenwich, donde está el yate *Bezan*. Embarcamos *sir* W. Batten, *sir* J. Mennes, lord Brouncker y yo junto con algunos criados, y seguimos río abajo. Cerca de Gravesend se hizo la calma, echamos el ancla y cenamos muy a gusto. Luego, como la luna brillaba, salimos del camarote a hablar y reír, y conforme nos daba sueño nos retirábamos, durmiendo sobre los cojines de terciopelo del Rey que lleva el barco. Dormimos bien hasta las tres o las cuatro, pues nos levantamos a buscar un cometa que dicen ha salido recientemente, pero no lo vimos.

18 de agosto

Nos levantamos sobre las cinco, nos vestimos y seguimos navegando hasta el Nore[27], donde estaba el *Sovereign*, un barco muy noble ahora completamente equipado de hombres y aparejos. No nos quedamos mucho tiempo, solo preguntamos si estaba listo y de allí a Sheemess, donde nos dimos unas vueltas e hicimos los preparativos para que se montara un astillero de limpieza y reparación de barcos, pues es un sitio muy adecuado. Desde allí subimos con mucho placer por el Medway, compitiendo nuestro barco con el del comisionado Pett, que se nos unió desde Chatham; él venció. Disfrutamos mucho viendo todos aquellos lugares, que nunca había visitado antes. Comí en Chatham y después estuvimos hablando de trabajo: entre otras cosas, discutí con el comisionado, porque dice que gastar tanto dinero en este astillero de Sheemess no puede considerarse sino una ofensa al de Chatham, siendo este mucho mejor sitio. Luego en el coche del comisionado a Gravesend en la oscuridad, donde la plaga es enorme; yo estaba preocupado

de pasar tanto tiempo en esa orilla. A las diez de la noche cené y me fui solo en una barca hasta la Torre, durmiendo todo el camino. Llegué a las tres de la mañana y me acosté.

19 de agosto

Dormí hasta las ocho y me levanté. Encontré cartas del Rey y lord Arlington comunicando el traslado de nuestra oficina a Greenwich. Escribí cartas y me preparé para ir a ver a *sir* G. Carteret en Windsor. Le pedí prestado un caballo al señor Blackbury y mandé recado de encontrarme con él frente a la casa del duque de Albemarle, pero recibí una carta del Duque diciendo que toda la nota ha regresado a Soldbay y que tiene que zarpar de nuevo inmediatamente.

22 de agosto

Arriba, y después de hablar muy a gusto con mi esposa y de que me insistieran ella y sus dos muchachas para que le compre un collar de perlas, le prometo uno de sesenta libras antes de dos años, y antes si me agrada su progreso con la pintura. Salí y fui andando a Greenwich, encontrándome por el camino un ataúd con un muchacho dentro, muerto por la plaga. Estaba en un terreno de la granja de Coome: lo dejaron allí anoche y la parroquia no ha designado a nadie para que lo entierre. Solo han decidido que lo vigilen día y noche para que nadie se acerque allí ni venga de aquel sitio, algo de lo más cruel: esta enfermedad nos vuelve más crueles entre nosotros de lo que somos con los perros. De allí a Deptford, donde me encontré con el señor Andrews; comimos en el Globo. Después de comer y hablar bien nos despedimos, y yo me fui al astillero del Rey, donde estuve paseándome. Al rato vi a la esposa de Bagwell y a su madre y me acerqué a ellas: entré en la casa de la hija sin la madre y *faciebam la cosa que ego tenebam* en mente *con ella*, y bebí y hablé. Al rato me marché andando hasta Rotherithe, preocupado por pasar por el callejón donde está la plaga.

25 de agosto

Hoy me cuentan que el doctor Bumet, mi médico, ha muerto esta mañana de la plaga, lo que es raro, tanto tiempo después de su ayudante, estando su casa ya abierta este mes. Ahora muerto. ¡Qué hombre tan desafortunado!

28 de agosto

Arriba, y cuando me arreglo salgo a ver a Colvill, el joyero, pues llevo unos días sin salir a la calle. Sin embargo, se ve poca gente, y la que veo no parece de este mundo. Arreglé cuentas con él, y hubiera hecho lo mismo con *sir* Robert Viner, pero se ha marchado, pues la enfermedad está ahora en todas partes. Me fui a la Lonja y creo que no había más de cincuenta personas allí; *sir* G. Smith y otros me dijeron que era improbable que fueran muchos más. Así que creo que no volveré a las calles de Londres, como no sea para ir a casa de Viner. A casa a comer; W. Hewer me trae ciento diecinueve libras que le han dado por mis desembolsos para la oficina, así que creo que tengo más de mil ochocientas libras en casa, y, bendito sea Dios, ningún dinero fuera de ella que no pueda exigir fácilmente, siendo además bien poco. Esta es la mejor situación en que he estado en mi vida, tanto en cantidad como en seguridad del dinero, pues casi todo está en mi poder, Pero ahora el problema es qué hacer con él, pues hoy me voy a trasladar para todo el tiempo a Woolwich. Por el momento he decidido ponerlo todo en un arcón de hierro, al menos por un tiempo. Por la tarde mandé a mi chico a Woolwich con algunas cosas mías para establecerme allí cómodamente, y luego le seguí. Justo ahora llega la noticia de que la flota ha salido hoy de nuevo, por lo que Dios sea alabado. Lord Sandwich ha hecho muy bien al salir tan rápidamente y ruego a Dios para que encuentre al enemigo. Cerca de la noche, cuando me estaba preparando, viene W. Hewer y me enseña una carta que Mercer le ha escrito a su madre sobre una disputa con mi esposa ayer; mi esposa la va a despedir enseguida.

29 de agosto

Al despertarme por la mañana mi esposa me contó la disputa entre ella y Mercer, y era solo por impedir que saliera por las calles en busca de unos franceses que están en el pueblo, lo que no me creo del todo, pero no haré averiguaciones por mi tranquilidad. Así que me levanté, me arreglé y a ver a *sir* Theophilus Biddulph, un hombre muy formal y discreto, a deliberar sobre cómo prevenir la plaga en Greenwich, Woolwich y Deptford.

30 de agosto

Arriba temprano y me pongo a arreglar la casa y ordenar los papeles. Luego salí y encontré a Hadley, nuestro empleado, que al preguntarle cómo va la plaga me dijo que aumenta mucho, y bastante, en nuestra parroquia: «Pues», dice, «la semana pasada murieron nueve, aunque yo solo informé de seis». Esta es muy mala práctica y me hace pensar que pasa lo mismo en otros lugares, por lo que la plaga es mayor de lo que la gente piensa. De allí, como me proponía, a casa de *sir* R. Viner, donde el señor Lewes no estaba todavía preparado para atenderme, por lo que caminé hasta Moorfields para ver (Dios perdone mi osadía) cómo enterraban algunos cadáveres, pero quiso Dios que no hubiera. Sin embargo, Dios mío, el aspecto y la conversación de todo el mundo son de muerte y nada más, hay poca gente circulando y la ciudad parece un lugar afligido y abandonado. Tras una vuelta, regresé a casa de Viner y vi que me habían resuelto el asunto, con todas las cuentas ajustadas con ellos a día de hoy, y muy satisfecho. Volví a casa y estuve hasta tarde con los papeles de Tánger y otros privados, y conseguí terminarlos: en los segundos, para gran alegría mía, descubro que estoy en mejor situación que nunca, pues tengo dos mil ciento ochenta libras y pico, además de la plata y los bienes, que valoro en más de doscientas cincuenta libras, una gran bendición para mí.

31 de agosto

Arriba. Preparo distintas cosas para mudarme a Woolwich. La plaga ha subido mucho esta semana, por encima de lo esperado, a casi dos mil, haciendo el total de siete mil y unos cientos, de los que más de seis mil son por la plaga. Estaba citado en Greenwich. Comí con *sir* W. Boreman y *sir* T. Biddulph en casa del primero, un buen pastel de venado. Después a mi oficina, escribiendo cartas hasta tarde y luego a Woolwich por el río, donde estuve a gusto con mi esposa y los otros, y a la cama.

Así acaba el mes, con mucha tristeza en lo público por la gran plaga que está en casi todas partes del país. Cada día las noticias son más tristes por los aumentos. En la ciudad murieron esta semana siete mil cuatrocientos noventa y seis, y de ellos seis mil ciento dos de la plaga, pero se teme que el número real sea mayor, de cerca de diez mil esta semana, en parte porque es difícil tomar nota de los pobres cuando el número es muy grande, y porque los cuáqueros no quieren que toquen campanas por ellos. Nuestra flota ha salido a buscar a los holandeses. Ya se ha gastado mucho dinero, el reino no está en disposición de gastar más ni el Parlamento de poder dar más si no es con

mucho esfuerzo. Y para esto, que alguien diga: ¿qué han hecho nuestras flotas anteriores?

3 de septiembre, día del Señor

Arriba, y me pongo mi elegante traje de seda de color y mi nueva peluca, que me compré hace tiempo pero que no me había atrevido a poner porque la plaga estaba en Westminster cuando la compré. Me pregunto qué pasará con la moda de las pelucas cuando acabe la plaga, pues nadie se atreverá a comprar pelo por miedo a la infección, por si se lo han cortado a gente muerta por la plaga. Al terminar la iglesia, lord Brouncker, *sir* J. Mennes y yo subimos a la sacristía por deseo de los Jueces de Paz, *sir* Theo. Biddulph y *sir* W. Boreman, más el regidor Hooker para hacer algo que impida que la plaga siga creciendo. Dios, qué locura la de la gente, que acompaña en masa a los muertos para asistir al entierro, estando prohibido. Hemos acordado algunas órdenes para prevenirlo. Entre otras historias me cuentan una muy emotiva, me parece, de una queja contra un hombre del pueblo que se ha llevado a un niño de una casa infectada de Londres. El regidor Hooker nos contó que era el hijo de un muy buen ciudadano de Gracious Street, un talabartero que había enterrado a todos sus hijos por la plaga, que él y su esposa estaban encerrados y que solo querían salvar la vida del pequeño: así, consiguió que fuera recibido desnudo en los brazos de un amigo, que lo trajo con ropas nuevas y limpias a Greenwich. Al oír la historia, acordamos permitir que lo trajeran y mantuvieran aquí.

5 de septiembre

Arriba. Estuve paseando y hablando hasta Greenwich con algunos capitanes que clamaban contra cómo llevó el capitán Teddiman lo de Bergen: que se demoró demasiado mientras los holandeses se estaban preparando, y que al principio podría haberlos cogido a todos. No puedo decir cuánta verdad hay.

6 de septiembre

Toda la mañana escribiendo cartas, y luego a comer. A Londres a preparar más equipaje. Allí estuve mirando y vi fuegos en las calles, como sucede en toda la ciudad, por orden del Alcalde[28]. De allí por el río a ver al duque de

Albemarle; había fuegos a ambos lados del Támesis. Era extraño ver a la luz del día dos o tres entierros en la orilla, uno detrás de otro, sin duda por la plaga, y, sin embargo, con cuarenta o cincuenta personas acompañando a cada uno.

7 de septiembre

Me levanté a las cinco, con mucho miedo de coger fiebre, pero tenía que salir. Por el río, envuelto para mantenerme caliente, a la Torre, donde pedí el listado semanal, que dice que hubo ocho mil doscientos cincuenta y dos muertos, de los que seis mil seiscientos setenta y ocho lo fueron por la plaga, un número terrible que hace temer que la plaga se ha extendido tanto que continuará entre nosotros. De allí a Brentford, leyendo *The Villain*[29] por el camino, una obra muy buena. Allí me esperaba un coche del señor Povey, y con él a Swakeley, a casa de *sir* R. Viner. Un lugar muy agradable, comprado a la esposa de *sir* James Harrington. Nos llevó de un lado a otro con mucho respeto, mostrándonos la casa y el terreno: no son muy modernos, pero son lo más uniforme que vi jamás: los marcos de las ventanas y las puertas, así como las chimeneas, todos de mármol. Me enseñó un chico negro que tenía que murió de tisis, y después de morir hizo que lo secaran en un homo y lo tiene allí entero, en una caja. Al rato, comimos; su esposa me pareció todavía atractiva, y lo ha sido mucho, aunque ahora está mayor. Le ha aportado cerca de cien mil libras y ahora él vive con tanta abundancia como nadie en Inglaterra, mandando tanto al Rey como al Consejo por los créditos que les concede. Después terminamos con el trabajo para mi satisfacción, pues conseguí una promesa de dinero. De regreso tuvimos un viaje muy agradable Povey y yo, pues es una gran compañía excepto en el trabajo: me contó cosas de todas las personas de la Corte sobre las que le pregunté.

10 de septiembre, día del Señor

Fui a casa andando, obligado a ello porque uno de mis barqueros se puso enfermo ayer, y fue por la gran merced de Dios que ayer yo no fui con ellos por el río, pues se puso enfermo el sábado por la noche y se teme que sea de la plaga: le envié a Londres con su compañero, y, aunque vino otro esta mañana, le mandé a Blackwall a por el señor Andrews y yo fui andando a Woolwich, donde me encontré con el señor Hill. Estuvimos toda la mañana con la música, con una canción en tres partes que ha compuesto, que me

parece muy buena. Pronto vino el señor Andrews, aunque el día era muy malo, y después de comer estuvimos tocando y cantando hasta las cuatro o las cinco, con mucho viento y lluvia de vez en cuando. Como teníamos el viento y la marea en contra, nos separamos y yo fui andando hasta Greenwich. Antes de llegar salió mi esposa a darme la mala noticia de que su padre está muy enfermo, y yo le dije que me temía que fuera la plaga, pues su casa está cerrada. Muy preocupada, me pidió que le mandara algo; le dije que lo haría, y lo haré. Antes de salir llegaron noticias del señor Coventry, las mejores sobre lord Sandwich y un encuentro suyo con parte de los holandeses: ha atrapado dos barcos de la India, y otros seis o siete, con muy buen botín, y sigue buscando al resto de la flota, con la única pérdida del Héctor, pobre capitán Cuttle. Esta noticia me causa tanto gozo que no sé cómo expresarlo, y, para hacerlo, caminé hasta Greenwich y allí fui a ver al capitán Cocke, donde me encontré a lord Brouncker y su dama y a *sir* J. Mennes. Cenamos (estaban también *sir* W. Doyly y el señor Evelyn), y el recibir esta noticia nos puso en un éxtasis de gozo tal que inspiró a *sir* J. Mennes y al señor Evelyn a un espíritu tan jovial como nunca he visto durante aquellas dos horas de diversión.

13 de septiembre

Al ir por la tarde a casa, me bajé en Greenwich y vi que el señor Penn llevaba mi camino, por lo que anduvimos juntos. Por hablar de algo le pedí que me contara cosas de Francia, lo que hizo con gusto; algunas cosas, buenas; otras, absurdas, y todas ellas mal contadas, pero, a falta de algo mejor, me entretuvo. Llegué a casa y mi esposa estaba fuera, como lo ha estado todo el día, sin saberse dónde, lo que me preocupó, pues era tarde y la noche fría. Al rato llegaron mi esposa y Mercer: han estado todo el día en casa del capitán Cocke, quien la llevó a ver a su hijo al colegio de Bromley y la trajo a casa con todo el respeto. Hoy, H. Russell entregó veinte chelines al padre o la madre de mi esposa, pero no nos ha contado cómo lo ha conseguido.

Arriba y andando hasta Greenwich; allí preparé algunas cosas para ir a Londres, donde hace bastante que no voy. Sin embargo, antes de salir de la oficina llega información verbal sobre nuestra flota, que ha apresado a muchos más [barcos] de la flota holandesa: pese a ello, nunca comprobé tan bien mi capacidad de dominar mi temperamento, pues me negué a expresar ningún tipo de gozo hasta no tener seguridad. Me fui directo a ver al duque de

Albemarle, donde encontré una carta de lord Sandwich sobre el encuentro de la flota con otros dieciocho barcos holandeses, y el apresamiento de la mayoría. El mensajero dijo que habían apresado a otros tres después de escribir y sellar esta carta, lo que hace veintiuno, que con los catorce del otro día hacen cuarenta y cinco: algunos son buenos y otros llevan carga. Después de hacer una copia de la carta de milord, a la Lonja, donde la plaga está por todas partes. Allí recibieron bien mi noticia y me admira verla tan llena, creo que con doscientas personas, pero ningún comerciante, solo gente normal. Dios mío, hay que ver cómo procuraba yo hablar con la menor gente posible, pues ya no se cierran las casas infectadas, por lo que con toda seguridad hablaba con gente que tiene la plaga. Luego a ver a *sir* Robert Viner y a casa, haciendo algunas compras para mi esposa por el camino. En casa preparé algunas cosas para llevar a Woolwich y W. Griffin me aconseja dejar mi dinero y mi plata allí, pues está tan seguro como en cualquier otro sitio, ya que a nadie se le ocurriría que la gente pueda dejar dinero en sus casas ahora que se han marchado todas las familias. Al llegar a casa estuve pensando en las cosas de hoy, que había tenido tanta alegría por un lado como melancolía por el otro: ver que todo mi dinero está bien y seguro en Londres; oír lo que le ha pasado a milord después de un año tan malo para él; el descenso de más de quinientas personas en las listas, el primero que se produce, con esperanzas de que sea mayor la semana próxima. Por el otro lado, aunque las listas han bajado, dentro de las murallas de la ciudad ha crecido, es probable que aumente y está cerca de nuestra casa; cruzarme por las calles con cadáveres que han pasado junto a mí para ser enterrados cerca de Fenchurch Street; oír que el pobre Payne, mi barquero, ha enterrado a un hijo y está muriéndose él mismo; oír que un trabajador que mandé el otro día a Dagnams para ver cómo estaban allí ha muerto de la plaga. Oír que los capitanes Lambert y Cuttle han muerto tomando esos barcos; que el señor Sidney Mountagu está con una enorme fiebre en casa de la señora Carteret en Scott’s Hall. Oír que una hija del señor Lewes está enferma. Y, por último, que mis dos sirvientes, W. Hewer y Tom Edwards, han perdido a sus padres, ambos en la parroquia de St. Sepulchre, por la plaga esta semana, lo que me pone muy triste, y con razón. Sin embargo, espanto lo que puedo los pensamientos tristes, sobre todo para tener a mi esposa y a la familia animadas.

15 de septiembre

Trabajando, y al rato mandé a mi barquero a ver cómo sigue *sir* W. Warren, que está enfermo y por el que tengo motivos para sentir lástima, pues es la persona que me ha permitido hacer más amigos en toda Inglaterra después del Rey: regresa diciendo que está mejor, y que su enfermedad es una fiebre. Luego con el capitán Cocke, con el que me fui a beber (me permito hacerlo durante este tiempo de plaga por recomendación de todos, y no incumple mis votos, pues mi médico está muerto y el cirujano, cuyo consejo debo seguir, está ausente). Vuelvo por el río a casa, ceno y a la cama, fastidiado pensando qué hacer este invierno, pues no puedo ir todos los días a Woolwich sin poner mi vida en peligro, y no está bien estar lejos de mi esposa en Greenwich.

16 de septiembre

Arriba, y andando a Greenwich mientras leía una obra. En la oficina me entero de que *sir* J. Mennes se ha marchado hacia la flota como un bobo, a no hacer otra cosa que demostrar que es un burro, pues no puede hacer nada útil allí ni informar a milord de nada que merezca su conocimiento. Después de comer, vino, citado, el señor Andrews, con el que estuve hablando a solas por el jardín sobre el negocio de Tánger y le animé a continuar con él. Parece que aceptó, y lo cierto es que afecta tanto a mis rentas que me gustaría que siguiera; me esforzaría en facilitarle los pagos lo que fuera posible. Al irse (después de hacerle encargos por valor de dos mil libras y pagarme él mi parte), me fui a la oficina, aunque encuentro que por lo inadecuado del lugar para trabajar, por venir de comidas tan buenas y con tanto vino, no tengo el ánimo para el trabajo que solía y debería tener.

17 de septiembre, día del Señor

En pie. Antes de salir de mi habitación preparé una escala para tenerla lista en cualquier momento que quiera usarla, pues tengo intención de perfeccionarla para practicar la composición. A mediodía viene *sir* J. Mennes de donde la flota sin más noticia que el valor que se imagina que tiene el botín capturado, y que lord Sandwich está bien y muy interesado en saber cómo estaba yo. Esto me hizo desear ir allí, lo que decidimos con esta misma marea. Así que nos preparamos y navegamos hasta más abajo de Gravesend, donde anclamos para la noche.

18 de septiembre

Al despuntar el día tuvimos la flota a la vista, un espectáculo estupendo, con más de cien barcos, grandes y pequeños, con las banderas de cada escuadra. Entre otros, el *Soveraigne*, el *Charles* y el *Prince*, en el que estaba lord Sandwich. Cuando subimos a bordo, no sin gran esfuerzo, encontramos a milord recién levantado, muy bien, con su camisón de dormir. Nos recibió con mucha amabilidad y nos contó la situación de la flota: con pocas provisiones, sin cerveza desde hace tres semanas o un mes y solo con viandas secas para unos pocos días. De hecho nos dice que cree que ninguna flota se haya hecho nunca a la mar con tan pocas provisiones como ellos cuando salieron. Nos informó sobre el asunto de Bergen para hacernos ver que la opinión de la gente no debería tenerse en cuenta para cosas de las que no saben. Al rato hizo un aparte conmigo y hablamos de cosas privadas, contándome con mucha franqueza la situación que ha vivido con la flota y la fortuna que ha tenido. También me habló de cómo le había tratado el señor Coventry al enviar a *sir* W. Penn por delante de él, lo que no era ni correcto ni cortés. Dice que le ha dominado y engatusado de forma que el otro no ha hecho otra cosa en la flota que obedecerle, pero que, con todo, es un hombre mezquino, con el que no es bueno vivir de lo falso y vil que es. Yo lo sé bien y ya le di a milord conocimiento anteriormente. Al cabo de un rato se convocó un Consejo de Guerra a bordo, y lo que vi me hizo pensar en cómo el gobierno y la gestión de asuntos importantes de las tres naciones está encomendado a cabezas tan normales, excepto milord: en efecto, todo pasa por él, que es capaz de hacer con ellos lo que quiere, pues no tienen la más mínima capacidad de razonar para oponerse a lo que él diga. Me temo que sea así como se hacen las cosas en el resto de los asuntos del Rey. Después de la comida, Cocke me pidió que le consiguiera quinientas libras de W. Howe, que es ayudante del Tesorero; yo le pregunté a milord y él aceptó concedernos quinientas libras a cada uno, e hice que le pagaran a *sir* Roger Cuttance y al señor Pearse por mil libras en objetos, macis, nuez moscada, canela y clavos. Nos dice que podemos sacarle quinientas libras a todo eso. ¡Que Dios las mande! Me dicen que el reparto del botín de los dos barcos de la India ha sido muy grande y que, sin embargo, harán muy rico al Rey; yo espero que este viaje me reporte unas cien libras. Tras haber pagado este dinero, nos despedimos de milord y volvimos a nuestro yate, después de ver a muchos de mis amigos allí. Entre otras cosas, dicen que W. Howe se hará muy rico con este asunto y se ha vuelto muy orgulloso e insolente por ello, aunque es lo que siempre esperé.

20 de septiembre

Me despertó el capitán Cocke (que anoche tuvo un gran problema cuando su chico se puso peor, por lo que le hizo trasladarse al establo), quien me dijo para mi tranquilidad que el muchacho ya estaba tan bien como siempre en su vida. Me levanté y, después de afeitarme (la primera vez que me toca un barbero en los últimos doce meses o más, creo), fui a ver a *sir* J. Mennes, pero todo estaba en desorden. Al poco fueron llegando y nos fuimos en el coche de lord Brouncker a informarle al duque de Albemarle de lo que hemos hecho en la flota, bien poco, y recibir instrucciones. Dios mío, qué época más triste, sin barcos en el río, con la hierba creciendo en el patio de Whitehall y nadie, excepto algunos desgraciados, por las calles. Lo peor es que el Duque nos enseñó las cifras de la plaga de esta semana, que anoche le entregó el lord Alcalde: han subido en seiscientos respecto a la pasada, lo contrario a lo que esperábamos, dado el frío de esta temporada. El número total es de ocho mil doscientos noventa y siete, y de ellos, siete mil ciento sesenta y cinco de la plaga, lo que supera en cincuenta el registro más alto hasta ahora, lo que nos entristece mucho.

21 de septiembre

Arriba entre las cinco y las seis, y cuando me arreglé vino el coche de lord Brouncker a por mí. Me llevé a Will Hewer conmigo (está de luto por la reciente muerte de su padre, por la plaga, igual que el de mi chico Tom). Cogí cien libras para pagar unos aranceles y tuve miedo de que me las robaran.

23 de septiembre

Arriba y a ver a lord Sandwich, con el que hablamos a solas de hasta qué punto podemos confiar en el capitán Cocke en el asunto del botín, diciéndome milord que él se ha quedado con cosas por valor de dos mil o tres mil libras. Dice que es un buen método: quedártelo y después conseguir el permiso del Rey, pues es más fácil mantener el dinero del Rey cuando lo consigues que obtenerlo cuando ya es demasiado tarde.

24 de septiembre, día del Señor

Después de desayunar, uno de nuestros marineros me dijo que había oído de una oferta de clavo para nosotros. Fuimos a una cervecería al final del pueblo, donde un par de sucios marineros, unos pobres desgraciados, habían conseguido juntar unas treinta y siete libras de clavos y diez de nuez moscada. Se lo compramos: los primeros, a cinco chelines y seis peniques por libra, y la segunda, a cuatro chelines, y les pagamos en oro[30]. Dios mío, hay que ver lo tontos que son estos hombres al venderlo, pues se dejan convencer de casi todo: nos ofrecieron una bolsa de clavos diciendo que Llevaba veinte libras y cuando la pesamos tenía veinticinco libras. Sin embargo, mi conciencia nunca me hubiera permitido engañar a esos pobres desgraciados, que nos contaron con cuánto peligro habían conseguido una parte, y lo cara que habían pagado la otra. Comimos sobre las tres y me fui al camarote a escribir mi diario de los últimos siete días, con gran alegría: ha querido Dios que en estos tristes tiempos de plaga todo lo demás se haya conjurado para producirme felicidad y placer, más en estos tres meses que en toda mi vida anterior en tan corto periodo. Dios la mantenga y me haga agradecido por ella. Después de terminar mi diario, a charlar y leer, y luego a cenar y a dormir, no del todo tranquilo, pues no estoy muy convencido de cómo me tratará el capitán Cocke en el reparto de beneficios.

25 de septiembre

Llegamos a la flota y subimos a bordo del *Prince*, donde después de hablar un rato llegamos a un acuerdo con *sir* R. Cuttance por cinco mil libras para milord Sandwich en seda, canela, nuez moscada y añil. Estuve a punto de firmar un compromiso para el pago de la cantidad total, pero por suerte me libré al pensarlo mejor, y he tenido motivos para alegrarme de ello, teniendo en cuenta las mañas y la forma de ser del capitán Cocke.

27 de septiembre

Vi el Registro de Mortalidad de esta semana, por el que, bendito sea Dios, hay un descenso de más de mil ochocientos, el primero de consideración que hemos tenido.

1 de octubre, día del Señor

Cuando milord nos llamó hablamos con él hasta la cena; entre otras cosas, y para mi alegría, nos dijo que había escrito al Rey y al Duque en relación con los bienes del botín, y también que aprobaban lo que había hecho, que él lo reconocería y que yo se lo podría decir a todo el mundo, dándonos a Cocke y a mí un certificado firmado por él de nuestra compra, así como plenos poderes para disponer de lo que hemos comprado. Nos dijo que la flota holandesa está fuera, con ochenta y cinco barcos ahora quietos en Texel. Cree que están esperando el regreso de nuestros barcos procedentes de los países del Este con mástiles y cáñamo y a los que parten cargados hacia Hamburgo. Criticó a los que no aceptarían otra cosa por nuestra parte que la conquista de Holanda, y opina que los holandeses le pedirán protección al rey de Francia y caerán bajo su poder. Milord me susurró a mí solo que aquí todo se va a hacer pedazos, pues nadie se preocupa de nada más que de sus propios asuntos, sus beneficios y su placer, que el Rey tiene pocos planes propios y que en esta situación el reino no puede aguantar mucho, lo que temo y creo que es verdad.

2 de octubre

Después de navegar toda la noche (y me admira cómo pueden encontrar el camino en la oscuridad) llegamos por la mañana a Gillingham, y de allí anduvimos todos hasta Chatham, donde inspeccioné el astillero con el comisionado Pett: entre otras cosas, pasó junto a nosotros un grupo de cuatro caballos cargando un tozo de madera que yo estaba seguro que un hombre solo podía llevar en la espalda. Hice que se llevaran los caballos y un par de hombres cargaron el trozo de madera con las manos. Esto lo vio el comisionado y no dijo nada, pero creo que tenía motivos para estar avergonzado.

5 de octubre

Estuve un rato en la cama hablando con mi esposa sobre mi hermana Pall; mi esposa quiere que le dé cuatrocientas libras para que se case cuanto antes, pero este tiempo de enfermedad no es propicio para hacerla llamar. Salí a la oficina y de allí a ver al duque de Albemarle, leyendo por el camino un libro que ha traducido el señor Evelyn, y que me ha regalado, con instrucciones para reunir una biblioteca, pero está por encima de mis posibilidades, aunque la epístola al lord Canciller es excelente. Trato con el Duque sobre el

avituallamiento, para que lo ponga en otras manos o en las de más personas: le ofrezco algún consejo y espero sacar algo de ahí. Luego crucé por Westminster hasta mi vieja casa, el Cisne, donde pasé un rato con Sarah, y más tarde por el río a ver a mi Valentina[31]; todo a nuestro alrededor y las casas a ambos lados tienen la plaga, pero no me importó e hice lo que quise con ella. Después a casa del señor Evelyn, a discutir con él sobre el maldito asunto de los marineros prisioneros, enfermos y heridos, en lo que ambos padecemos tanto desorden[32]. Me enseñó sus jardines, que por variedad de plantas de hoja perenne y su seto de acebo, son lo mejor que he visto en mi vida. La lista, bendito sea Dios, es esta semana de setecientos cuarenta menos que la semana anterior. Al llegar a mi alojamiento comí algo, pues había tomado muy poco en todo el día, y a la cama, con la promesa renovada de cumplir mis votos como solía hacer, pues veo que desde que los dejé mi mente está distraída, y mi trabajo, descuidado.

7 de octubre

Estuve trabajando, aunque no mucho, en la oficina, por la horrible multitud y el terrible lamento de los marineros pobres que yacían muertos de hambre en la calle por falta de dinero. Me preocupa y desconcierta profundamente. Y más a mediodía, cuando tuvimos que pasar entre ellos, pues en ese momento unos cien nos siguieron, algunos insultando, otros maldiciendo y otros suplicando. Más todavía me preocupó esta tarde una carta del duque de Albemarle en la que indicaba que los holandeses estaban a la vista ayer por la mañana en las afueras de Soldbay, entrando en la bahía con ochenta barcos. Sabe Dios lo que quieren y pueden hacer con nosotros, pues no tenemos fuerzas capaces de oponérseles, solo de sacrificarse ante ellos. Luego volví a mi alojamiento y allí terminé con el señor Hayter y Will el estado de gastos de la Armada de los últimos seis meses, que elevamos a más de un millón de libras; creo que no lo hemos engordado mucho. Luego, a la cama.

11 de octubre

Arriba, y toda la mañana en mi habitación con las cuentas de Tánger. Viene la señora Clerke, mi casera, a llegar a un acuerdo sobre el futuro: yo, por tener bastante espacio y sin extraños y un retiro para mi esposa si la enfermedad llegara a Woolwich, me conformo con pagar caro, así que por

tres habitaciones y un comedor, la ropa de cama, pan, cerveza y mantequilla por la noche y la mañana, le daré cinco libras y diez chelines al mes. Lo escribí y firmamos el acuerdo. Esta noche celebro en lugar de ayer el día de mi boda de hace diez años, ¡Dios sea alabado! Estoy en muy buena situación de salud, posición y honor, y en camino de conseguir más dinero, aunque ahora estoy en un momento de turbación, más que daño, por unos objetos que le compré a la flota en asociación con el capitán Cocke, y por lo que la gente dice respecto a lord Sandwich: que lo que ha hecho es muy malo. Desde luego fue un acto imprudente, y más ahora que el Parlamento se ha reunido para dar dinero y tendrá en cuenta lo que ya se ha gastado; además, el precedente de un general que coge el botín que le apetece; por otra parte, al no darle a todos los comandantes y barcos hace que todos se enfaden, y ofende a algunos de ellos, haciéndoles pensar que otros son mejor tratados que ellos; finalmente, elimina toda posibilidad de pedir nada al Rey durante un buen tiempo.

15 de octubre, día del Señor

En pie, y mientras me atendía el barbero intenté componer un dúo de contrapunto, que creo que me saldrá muy bien, siguiendo la regla del señor Birchensha. Al rato llega, citado, el coche del señor Povey con más de lo que yo esperaba: él mismo dentro para llevarme a Brentford. Partimos después de tomarnos un trago de vino con especias y marchamos con mucho lujo en su nuevo coche, el más precioso y perfectamente construido del mundo, con muchas comodidades modernas que no le han acabado hasta hace dos o tres días. Llegamos pronto a su casa, comimos y cambiamos los caballos por otros, sus estupendos caballos, los mejores de Inglaterra, que ni el Rey los tiene iguales, y me llevó a casa de *sir* Robert Viner, con el que estuve en su jardín hablando de dinero, pero no lo voy a conseguir, pues confiesa que está muy apretado, y le creo. Con esta respuesta, y viendo que no iba a sacar nada más, pasamos a hablar de cosas públicas y a pensar en cómo pagar a la flota y a los marineros. Él cree que será imposible estando el mundo como está: no se gana dinero con el comercio, ni las personas que lo tienen en la ciudad lo van a entregar. Parece que el Parlamento ha votado conceder al Rey un millón doscientas cincuenta mil libras, a cincuenta mil libras mensuales, por un impuesto para la guerra, que ha votado apoyar al Rey contra los holandeses y todos aquellos que les apoyen y que se le ha agradecido el esfuerzo al duque de York, lo que significa un voto de apoyo para él. Me dice que los últimos impuestos, que deberían haberse recaudado ya en buena parte, ni siquiera se

han presentado en una parte de Londres, y que el dinero de las chimeneas se ha quedado en nada. Al terminar me despedí, sin sentirme tranquilo por el dinero, aunque sí por haber cumplido con el Rey.

16 de octubre

Me levanté a las siete. Después de beber vi al señor Povey mortificándose respecto a la comida y la bebida, y también respecto a los coches y caballos. Dice que quiere vender los mejores que tiene y todo lo demás, hasta los muebles de su casa. Fuimos hasta Sion [House] hablando de la indecencia de la Corte; cuando yo dije que todo eso acabaría pronto con el Rey si no lo dejaba, me dijo: «No, pues el Rey se pasa casi todo el tiempo tocando y besando mujeres desnudas en la cama por todo el cuerpo, y esta lujuria nunca le abandonará». Cogí una barca (dejándole allí) y bajé hasta la Torre, donde me enteré que estaba el Duque. Fui a Lombard Street[33], pero no pude conseguir dinero. Dios mío, Colvill clamaba como un loco sobre las rentas públicas, aunque me temo que lo que decía era verdad, y renegaba contra milord por lo del botín, aunque creo que no conoce mi relación con él. Intenté tranquilizar a todo el mundo respecto a las letras de cambio de Tánger, pero son solo buenas palabras, pues ni tengo dinero ni puedo conseguirlo. Sabe Dios qué pasará con los asuntos del Rey en poco tiempo, pues cada día tiene más deudas y nadie se encarga de que se puedan pagar. De allí fui a la Torre, pero Dios, qué vacías y tristes están las calles, con tanta gente pobre enferma, con llagas, en las calles. Oigo tantas historias tristes al pasar, todos hablando de sus muertos, aquel hombre enfermo, tantos en este lugar, tantos en aquel. Me dicen que en Westminster no queda ningún médico, solo un boticario, pues están todos muertos. Sin embargo, se espera que esta semana haya un gran descenso ¡Quiéralo Dios! Después de comer me encontré al capitán Cocke en la Torre y anduvimos hacia Westminster. Hoy he recibido cartas de lord Sandwich diciendo que no debemos tener miedo de nadie, sino confianza en lo que hemos hecho, y no confesar ninguna culpa o duda respecto a lo que hemos hecho, pues el Rey lo ha permitido y ahora lo confirma y ha dado órdenes para que nada se toque en las instrucciones que milord dio respecto al reparto del botín, lo que nos tranquiliza. Lo nuevo que me preocupa ahora es que la casa del capitán Cocke está rodeada de guardias y me temo que vengan a la oficina a buscar sus cosas y le encuentren algo pequeño a mi empleado. Les ayudé a trasladarlas, pero al rato me enteré de que son solo hombres de Aduanas que venían a requisar lo que había en casa del señor Glanville: el

peligro ha pasado. Se habla de los discursos del Canciller y del Rey en la reunión del Parlamento, que han gustado mucho. Por los discursos, parece seguro que nos enfrentaremos con Francia junto con los holandeses, con lo que tendremos trabajo. Hasta tarde en la oficina, escribiendo mi diario de los últimos ocho días, pues lo atareado que he estado me impide hacerlo día a día, aunque ahora lo he escrito con mucho detalle y atinado; espero que a partir de ahora pueda escribirlo diariamente, como antes.

19 de octubre

Después de comer les di a Hayter y Hewer mis cuentas y cartas para que las copiaran e ir a ver esta noche al duque de Albemarle, y eso hice. Entre otras cosas le pedí que nombrara al hermano de mi esposa, Balty, miembro de su guardia, y me respondió amablemente que lo haría. El negocio de avituallamiento va como yo deseaba, y no hago otra cosa que pensar en cómo obtener beneficio, yo u otra persona. Para ello, al llegar a casa le escribí una carta al señor Coventry, ofreciéndome para Inspector General, y creo que me ayudará en esto; no me lo tomo muy a pecho, aunque sería una buena ayuda.

27 de octubre

Arriba, y después de hablar con agrado con mi esposa, salí, dejándola con la señora Ferrer. Con Cocke en su coche por Kent Street, un lugar miserable, desgraciado, pobre, con los enfermos encerrados con yeso cada cuatro o cinco puertas. Luego a ver al duque de Albemarle, donde había mucha gente, pero me quedé y comí y me prestó mucha atención. Me dice que los holandeses han perdido más de ciento sesenta cables y anclas en la pasada tempestad. Allí me propuso, por mediación del señor Coventry y como yo le había pedido, para Inspector General de Avituallamiento, lo que acepté. Esto, unido a la carta que recibí hace tres días del señor Southerne indicando que el duque de York apoyaba mi nombramiento, me hace más feliz de lo que puedo expresar: veo que cuando me esfuerzo Dios me bendice y me da superiores que perciben mis esfuerzos. Al terminar allí volví por el río a Londres y fui a la oficina, y bien tarde a casa con el capitán Taylor, con el que arreglé cuentas: me entrega más de ciento veintinueve libras por los servicios que le he prestado en los últimos seis meses.

28 de octubre

En pie, y mandé llamar a Thomas Wilson, al que describí el negocio del avituallamiento y le pareció muy bien, de forma que se lo encargo a él. Luego a casa del señor Boreman, donde está *sir* W. Batten, al que cuento lo que le he propuesto a Wilson, y también tengo noticias de *sir* W. Clarke. Me dice que el Parlamento le ha concedido al duque de York ciento veinte mil libras, que le serán pagadas cuando se recauden un millón doscientas cincuenta mil libras del impuesto que le han concedido al Rey. Dicen que el Rey y la Corte han decidido no gastar en ropas nada que no sea productos ingleses, lo cual, si lo mantienen, agradará mucho a la gente y será muy bueno para ellos.

31 de octubre

Sir W. Batten vino a la oficina y me dijo que el negro del capitán Cocke había muerto de la plaga. Al rato vino el capitán Cocke y *sir* W. Batten y yo le mandamos un mensaje: que evitara venir a la oficina.

Así terminamos el mes felizmente, y más, puesto que después de algunos temores de que la plaga aumentara de nuevo esta semana, me dan por seguro que ha habido un descenso de más de cuatrocientos, siendo el número total de mil trescientos ochenta y ocho, y de ellos, mil treinta y uno por la plaga.

1 de noviembre

Estuve un buen rato en la cama hablando con el señor Hill de muchas cosas acerca de la vida de un hombre, sobre lo poco que el mérito prevalece en el mundo, sino más bien el favor: que en mi caso fue la casualidad sin méritos lo que me puso aquí, y que ha sido solo la diligencia lo que me mantiene y seguirá haciéndolo, pues viviendo como vivo entre perezosos, el hombre diligente se hace necesario. Hablé sobre cómo me he preocupado de mantenerme en contacto con personas de distintas facciones de la Corte, teniendo que llevarme bien con todos. Fue muy agradable para mí el contarlo, y creo que, para él, escucharlo.

3 de noviembre

Me llamaron a las cuatro y, a la luz de una linterna, cogí una barca y llegamos a la flota cerca de las doce, donde encontré a milord a bordo del *Royal James* y estuve una hora hablando con él en privado del principal objeto de mi visita, que era tratar sobre lo más recomendable para él en la situación actual; con la envidia del duque de York, del señor Coventry y de otros muchos más, cualquier cosa que haga no parecerá honorable, le granjeará envidias y le hará perder el honor. Su ausencia perjudica a sus intereses en la Corte, y, lo que es peor, no conseguirá una flota apta para mandar; además, si la consiguiera no podría sacarla ni hacer grandes cosas con ella. Aquí a nadie parece importarle él o su situación cuando esté fuera. Finalmente, todos los asuntos parecen estar a punto de estallar en pedazos y sería triste quedarse fuera de todo. Milord estaba de acuerdo, y me agradeció infinitamente mi visita y mi consejo.

5 de noviembre, día del Señor

Por el río a Deptford, donde hice una visita al señor Evelyn, quien, entre otras cosas, me enseñó excelentes pinturas en miniatura: al temple, tinta, acuarela, grabado y, sobre todo, el secreto de la media tinta y cómo se hace, que es muy bonito, con cosas muy buenas hechas así. Me leyó bastante sobre un tratado que lleva años preparando sobre jardinería, que será una obra muy noble y agradable, y también parte de una o dos obras que está haciendo, muy buenas pero no como él las concebía, creo. Me mostró su *Hortus Hyemalis*: hojas de distintas plantas que se mantienen secas en un libro, aunque conservan el color y son muy bellas. Es una persona excelente, a quien puede perdonársele cierto engreimiento por estar tan por encima de otros. Me leyó, aunque con demasiado entusiasmo, algunos poemitas suyos que no eran trascendentes, aunque un par de epigramas eran muy buenos.

6 de noviembre

Arriba, a mi oficina y luego a comer a casa del capitán Cocke con el señor Evelyn. Finalmente a Lambeth y al Palenque, donde vimos llegar a *sir* G. Carteret y entrar al Duque y a la Compañía de la India a deliberar sobre el asunto de los botines. Cuando terminaron y salió *sir* G. Carteret nos fuimos en su bote con él y el capitán Cocke a su casa de Greenwich. Mientras preparaban la cena estuve andando por el jardín con *sir* G. Carteret. Hablamos sobre el asunto de lord Sandwich, los enemigos que tiene y cómo intentan

salpicarle: sobre todo por haber dejado [marcharse] a treinta barcos enemigos cuando Penn hubiera podido ir, lo que es completamente falso. A pesar de todo, el Rey se mantiene firme junto a milord, igual que el lord Canciller y lord Arlington. Parece que el Príncipe [Rupert] es amable con él, y el Duque guarda silencio: no dice nada malo pero permite que otros lo digan en su presencia. *Sir* W. Penn es el granuja más mentiroso del mundo. Esta tarde, el duque de Albemarle le dijo que Penn era un rufián cobarde, que ha traído a la flota a un montón de picaros capitanes fanáticos, y jura que nunca debería salir con la flota de nuevo. *Sir* W. Coventry sigue muy amable con Penn y no dice ni hace nada abiertamente que pueda perjudicar a milord. Está de acuerdo conmigo en que es imposible que el año próximo el Rey pueda sacar una flota, que teme que todo terminará en la ruina, pues no hay dinero previsto excepto los botines, que nos aportarán quizá unas veinte mil libras, lo que no es nada.

13 de noviembre

Después de la comida, Cocke y yo estuvimos andando por el jardín y, tras una conversación, se comprometió por escrito a garantizarme unas ganancias de quinientas libras por mi parte del botín que compramos. Acordamos las condiciones, que fueron más fáciles de lo que yo pensaba, y así, con extraordinario gozo interior, nos separamos.

16 de noviembre

Arriba, y me preparé para mi viaje hasta la flota. Cogí un caballo y después visité a la señorita Williams[34], que me contó que W. Howe compró ocho bolsas de piedras preciosas tomadas al vicealmirante holandés: en ellas había ocho diamantes que costaron cuatro mil libras en la India, y él esperaba sacarles aquí doce mil libras. Esto lo ha contado uno que le vendió una de las bolsas, que solo tiene rubíes, y se la vendió solo por treinta y cinco chelines. Dijo que se demostrará que ha ganado ciento veinticinco libras con una de las piedras que ha comprado. Ella quería que se lo hiciera saber a lord Sandwich, y lo haré. Subí a bordo, y allí lord Brouncker y *sir* Edmund Pooly me llevaron a ver los contenidos del barco de la India, donde vi la mayor riqueza en desorden que alguien pueda ver en el mundo. Pimienta tirada en cada resquicio, caminé hasta por encima de las rodillas entre clavos y nuez

moscada y había habitaciones enteras llenas de ellos. Seda en fardos y en cajas de plancha de cobre, y vi cómo abrían una de ellas.

17 de noviembre

Navegué toda la noche y llegué a Quinbrough, donde ahora están todos los barcos grandes, y fui recibido con gran alegría a bordo del barco de milord. *Sir* W. Penn nos dio una comida estupenda, creo que mejor que todas las que le he visto dar en su casa. Después de comer estuvimos hablando, entre otras cosas, sobre parte del botín, a lo que respondí con frialdad aunque sin enfrentarnos demasiado verbalmente. Seguí a lord Sandwich, que se había marchado antes al *Royal James*, y allí estuve una hora mientras milord tocaba la guitarra, que ahora le parece lo mejor del mundo, pues es lo suficientemente grave para una sola voz y es fácil de transportar y manejar sin problemas. Al terminar conseguí quedarme a solas con él y le conté el asunto de W. Howe. Ya lo había oído antes de boca del capitán Cocke, sin darle gran importancia, pero ahora sí lo hizo: dijo que había que cogerle por los talones y quedarse con todo lo que tuviera, porque en estos dos años le había visto volverse tan orgulloso que no podía soportarle. Aunque no me desagradaba lo más mínimo, le rogué que no hiciera nada hasta que yo averiguara más sobre el tema y le diera cuenta de ello. Luego hablamos de asuntos públicos, y me dejó bien claro que Coventry es enemigo suyo, y lo ha sido desde hace tiempo. Yo le indiqué que era recomendable que se buscara algo fuera del mar, y me respondió que ahora no podía contar con lord Orrery para pedírselo al Rey por él[35], pues tiene muy buena relación con el Rey. Me contó como un gran secreto que hay grandes divisiones entre el Rey y el Duque, y que toda la Corte es un clamor por sus amores desordenados: el Duque está desesperadamente enamorado de la señorita Stewart, la propia Duquesa está enamorada de su nuevo maestro de caballos, un tal Harry Sidney, y de otro, Harry Savill. Sabe Dios cómo acabará esto. El Duque no es tan agradable como solía ser, sino bastante orgulloso, y le gustaría estar al mando de un ejército como general: se dice que se ha ofrecido para viajar a Flandes y gobernar allí a las órdenes del rey de España. Así que en general milord está de acuerdo en desear con todo su corazón salir de su empleo con cierto honor. Después de agradecerme mi amable visita y mis buenos consejos, los cuales parece apreciar, me marché.

22 de noviembre

Hoy he oído que el señor Harrington no ha muerto de la plaga, como pensábamos, de lo que me alegro, y sobre todo por enterarme de que la plaga ha bajado mucho: es decir, en total por debajo de mil, y de la plaga, seiscientos, con esperanzas de mayores descensos, porque hoy ha habido una enorme helada y sigue refrescando. Hoy ha salido la primera de las *Oxford Gazettes*, que está muy bien, llena de noticias y sin tonterías, escrita por Williamson. Se teme que al final no puedan salir nuestros barcos para Hamburgo a causa de la helada. Tampoco han podido salir en Pillau[36], y nos tememos que tendrán que pasar allí el invierno. Desde la Lonja, que vuelve a estar bastante llena, a mi oficina, donde cogí algunas cosas, y por el río a mis aposentos en Greenwich, donde comí, y luego a la oficina. Por la noche a casa, llevándome a T. Wilson y T. Hayter conmigo; estuve hasta medianoche planificando nuestro negocio de avituallamiento, para dar instrucciones a los inspectores sobre lo que tenemos que hacer para ganar nuestro dinero.

23 de noviembre

Arriba temprano, y, después de afeitarme, preparé los papeles para *sir* H. Cholmley, con el que estoy citado a su regreso de Tánger. Llegó al rato y arreglamos las cosas respecto a su dinero: está muy satisfecho conmigo, declarando incluso que ha decidido darme doscientas libras al año. Sigue la tremenda helada, lo que nos da esperanzas de que sea la cura perfecta para la plaga. Me lo llevé a comer y apareció por casualidad el capitán Cuttance, que me dice que han puesto a W. Howe cabeza abajo y lo han encerrado en el *Royal Katharine*, con todas sus cosas requisadas. Hice llamar a la pequeña señorita Francés Tooker y cuando se fueron estuve coqueteando una hora con ella, haciendo lo que podía con mis manos sobre ella. Es una criatura preciosa. Por la noche a la oficina, escribiendo cartas hasta tarde; luego en mis aposentos escribiendo el diario de los últimos doce días, y a la cama. Hay expectación sobre el daño que nos puedan hacer los franceses, pues nos vamos a enfrentar con ellos. Nuestra falta de dinero es extraordinaria y todo lo vamos a gastar en salir al mar el año próximo. Lord Sandwich marchó ayer desde la flota hacia Oxford.

24 de noviembre

Arriba y, después de algún trabajo en la oficina, a Londres. Por el camino compré en mi vieja tienda de ostras de Gracious Street dos barriles a mi bella mujer de la tienda, que sigue viva después de la plaga, lo que es ahora la primera observación o pregunta que hacemos en Londres respecto a cualquier persona a la que conocimos antes. Luego a la Lonja, enormemente contento de verla tan llena, con esperanzas de una nueva bajada la semana próxima. Al salir de la Lonja fui a comer a casa con *sir* G. Smith, haciendo llevar un barril de ostras, que estaban muy buenas aunque vienen de Colchester, donde la plaga ha sido tan fuerte. Después de comer estuve con el capitán Cocke e hice llevar mi barril de ostras a Greenwich. Visitamos al señor Evelyn y la conversación con él fue estupenda: entre otras cosas me enseñó un libro de contabilidad de un tesorero de la Armada, su bisabuelo, de hace cien años. Me mostré muy interesado y me lo regaló, lo que me pareció extraordinario; espera encontrarme otros, y más viejos. También nos mostró unas cartas del antiguo lord Leicester, de la época de la reina Isabel, con la propia letra de ella, y de María, reina de Escocia, y otras, con nombres muy venerables. Pero, Dios, qué pobremente me parece que escribían en aquella época y qué papel más malo y sin cortar.

30 de noviembre

Esta semana tenemos una gran alegría con la lista semanal, que alcanza a quinientos cuarenta y cuatro en total, y solo trescientos treinta y tres de la plaga; así que nos animamos a ir a Londres tan pronto como podamos. Mi padre también escribe noticias buenas, pues vio el coche de York volver a Londres esta semana y estaba lleno de pasajeros; me cuenta que mi tía Bell murió de la plaga hace siete semanas.

1 de diciembre

Esta mañana acordé con Pointer que fuera mi empleado en el asunto del avituallamiento, y estuve solo todo el día encerrado en mi despacho preparando instrucciones. Después de comer me puse de nuevo y por la noche hablé mucho con Gibson, que marcha a Yarmouth; me hace comprender tantas cosas del negocio del avituallamiento y de los sobrecargos, que me

avergüenza haberme metido en algo que conozco tan poco, lo que me hizo desconfiar de todo lo que he estado haciendo hoy. Lo dejé para mañana, para pensar otra vez en ello.

2 de diciembre

Arriba, y hablo con mi esposa, que ha decidido volver a Londres hoy. Acordamos darle diez libras al señor Sheldon. A la oficina, donde puse a Pointer a copiar lo que elaboré anoche, que hoy me satisface. Sin embargo, es curioso pensar en cómo perdí confianza en lo que había hecho después de la conversación de ayer con Gibson, por miedo a haber hecho alguna tontería, pero a Pointer le gusta y también a Hayter, aunque no estoy seguro de si lo han dicho por halagarme, pues soy consciente de mi ignorancia.

6 de diciembre

En pie temprano, pues es día de ayuno, a ver al duque de Albemarle, que llegó anoche de Oxford. Está muy enérgico, muy amable conmigo y me pide consejo en todo. Me sorprende con la noticia de que lord Sandwich se marcha urgentemente de embajador a España. Aunque no sé de dónde ha salido [la noticia], me alegro de corazón. Pearse me dice que le han contado que el Rey ha tratado muy bien a lord Sandwich, mostrándole su aprobación en todo momento ante la gente para eliminar ideas de descontento: le van a hacer embajador; al duque de York, general de todas las fuerzas de tierra y mar, y al duque de Albemarle, teniente general.

7 de diciembre

Sir G. Carteret me dice en su carta que, como me habían contado, han declarado a lord Sandwich embajador extraordinario en España, que debe marchar enseguida y que sus enemigos le han hecho todo el bien que podía desear.

8 de diciembre

Citado con el señor Gauden, vamos a la taberna de la Cabeza del Papa, donde me invita a una muy buena comida. Hablamos de la entrega de su dinero, que es sobre lo que teníamos que tratar esta tarde ante el duque de

Albemarle y *sir* G. Carteret. Al ofrecerle yo el pago de las cuatro mil libras que restan de sus ocho mil para Tánger, le pareció una gran gentileza, y me pidió que le diera un vale por tres mil quinientas libras y aceptara las otras quinientas para mí. Esto estaba claramente fuera de mi idea, pues yo no esperaba más de cien libras, pero insistió y reconoció lo mucho que me debe; desde luego es un hombre al que aprecio, y lo merece.

9 de diciembre

Me llamó temprano lord Brouncker para ir con él en su coche a ver al duque de Albemarle. Hicimos algunas gestiones en casa del Duque. Comimos allí lord Brouncker y yo. En la mesa, la Duquesa, una condenada malvada, se quejó de que su esposo saliera al mar el año próximo, diciendo estas malditas palabras: «Si milord hubiera sido un cobarde no habría salido más al mar; quizá le perdonarían y le harían embajador» (refiriéndose a lord Sandwich). Esto me puso como loco, y creo que ella vio que me cambiaba la cara y se puso colorada.

15 de diciembre

Buena comida en casa de lord Brouncker. Estaba *sir* T. Teddiman, con quien hablamos sobre W. Howe, a quien han llevado a juicio por sus joyas. Casi se nos hizo de noche, y, cuando volvíamos a la oficina, me encontré con *sir* James Bunce, que después de preguntarme por las novedades me gritó (no sé si en broma o en serio): «Este es tu momento, que estuviste con Oliver y tienes muchos empleos, mientras que nosotros, pobres monárquicos, estamos parados, sin conseguir nada». Era un buen reproche, pensé, pero no le contesté por miedo a ir a peores.

25 de diciembre, día de Navidad

A la iglesia por la mañana, donde vi una boda, la primera en mucho tiempo; los dos jóvenes tan contentos el uno con el otro, y era extraño ver cómo parecemos deleitarnos los casados viendo cómo esos pobres tontos son atraídos a nuestra situación.

30 de diciembre

Arriba y a la oficina. A mediodía a comer y por la tarde con mis cuentas, y veo con gran alegría que tengo bastante más de cuatro mil libras, por lo que Dios sea alabado. Se debe principalmente a que he conseguido quinientas libras de Cocke por mis beneficios en la negociación de los objetos del botín y por el regalo de quinientas libras del señor Gauden cuando le pagué ocho mil por lo de Tánger.

31 de diciembre, día del Señor

Así acaba el año, para gran alegría mía, de esta forma: he aumentado mi capital en este año de mil trescientas libras a cuatro mil cuatrocientas. Creo que he tenido beneficios por mi diligencia y porque han aumentado mis empleos con el de Tesorero de Tánger e Inspector de Avituallamiento. Es cierto que hemos pasado un momento muy triste a causa de la gran plaga, y me ha supuesto mayores gastos por haber tenido que mantener a parte de mi familia mucho tiempo en Woolwich, estando yo con mis empleados en Greenwich, más una criada en Londres, pero espero que el Rey nos compense por ello. Sin embargo, la plaga ha bajado hasta quedarse en nada, y tengo previsto ir a Londres en cuanto pueda. Mi familia, es decir, mi esposa y mis criadas, llevan dos o tres semanas allí. La guerra con Holanda sigue muy mal por falta de dinero, que ni tenemos ni esperamos. Nunca he vivido tan felizmente (además de que no he tenido tanto) como lo he hecho en este tiempo de plaga, por la buena compañía de lord Brouncker y el capitán Cocke, y haber conocido a la señoras Knepp y Coleman y al marido de esta, y al señor Laneare, y hemos tenido muchos bailes a mi costa en mi alojamiento. Lo peor de este año, lo único, ha sido la caída de lord Sandwich, cuyo error con el botín le ha destruido, creo, en lo relativo a sus intereses en la Corte, aunque le han enviado (un poco para paliarlo) de embajador a España, para lo que se está preparando. Pero el Duque va con el Príncipe al mar el año que viene y hablan de milord con mezquindad. Desde luego su error sobre el botín no puede excusarse: permitir que una pandilla de bribones se lleven diez veces más que él y que toda la culpa caiga, merecidamente, encima de él. Mi familia ha estado bien este tiempo, y todos los amigos que conozco, excepto mi tía Bell y algunos hijos de mi prima Sarah, que han muerto por la plaga. Muchos a los que conocía bastante bien están muertos. Sin embargo, la ciudad se llena rápidamente y las tiendas empiezan a abrir. Ruego a Dios que siga bajando la plaga, pues esta mantiene a la Corte lejos del lugar de trabajo

y así todo sigue mal en los asuntos públicos, pues en la distancia no piensan en ellos.

1666

1 de enero, día de año nuevo

El señor Tooker me llamó a las cinco de la mañana, como le había ordenado. Escribió mientras le dictaba el documento para los pagadores, y estuve sin comer ni beber hasta las tres de la tarde, en que lo terminé con gran satisfacción. Luego comí con él y Gibson y después estuvimos haciendo copias, leyéndolo el señor Gibson y yo escribiendo. Hicimos bastante hasta que llegó *sir* W. Warren, de quien siempre aprendo algo, pues su conversación es muy buena y su cabeza también. Al marcharse volvimos al trabajo, y lo estuvimos pasando a limpio hasta tarde.

3 de enero

Arriba, y toda la mañana hasta las tres repasando el documento de los pagadores, que mandé con un correo. En casa del Duque recibí con gran alegría la noticia del descenso de la plaga esta semana a setenta, con solo doscientos cincuenta y tres en total, el registro menor que hemos tenido en Londres en los últimos veinte años, aunque la población en Londres es ahora tan baja que eso debe hacer descender las cifras por debajo de los registros normales.

5 de enero

Con lord Brouncker y la señorita Williams en un coche de cuatro caballos a su casa de Covent Garden. Dios, qué espectáculo el del coche de un noble por la ciudad. Todos los porteros se inclinaban ante nosotros y los mendigos no dejaban de rogar. Es delicioso ver la ciudad llena de gente otra vez, con las tiendas empezando a abrir, aunque en algunos sitios se ven siete u ocho seguidas, o más, que siguen cerradas, pero la ciudad está llena en comparación con lo que solía haber. Me refiero a los límites de Londres, porque Covent Carden y Westminster siguen todavía bastante vacíos, sin Corte ni caballeros. Dejamos a la señorita Williams en casa de lord Brouncker y nosotros a ver a *sir* G. Carteret a su habitación en Whitehall, pues vino anoche para un día. En la Lonja me encontré al señor Povey, recién llegado a la ciudad, y nos fuimos a casa de *sir* George Smith, donde comimos estupendamente. Me cuenta que lord Belasyse se queja de falta de dinero y nos culpa a él y a mí, pero no le doy importancia, porque sé que hago lo que puedo. No tuvimos tiempo de hablar de detalles y lo dejamos para otro día; marché a Cornhill a esperar que lord Brouncker volviera a recogerme, y me llevó a Greenwich. De allí a casa del señor Boreman a pasar el rato; estuve un par de horas hablando y leyendo luí ensayo sobre el río Támesis y la razón por la que se obstruye en algunos sitios debido a las plataformas: está claro que los estrechamientos provocados en el río y el despliegue de pasos elevados hacia este en cada embarcadero de madera, que no estaban cuando construyeron Westminster Hall, Whitehall y la iglesia de Rotherithe, hacen que ahora estos lugares se inunden de vez en cuando. Estuve muy a gusto allí. Luego a casa y a mis papeles por falta de compañía, pero al rato vino la pequeña señorita Tooker, que cenó conmigo y la entretuve hasta tarde, hablando y haciéndole peinar mi cabello. Hice lo mío *et tena grande plaisir con ella, tocando sa cosa con mi cosa, y hazendo la cosa par cette moyen*. Luego, tarde, a la cama.

7 de enero, día del Señor

Arriba, y después de arreglarme me llamó el capitán Cocke. Como tenía que hablar con él, dejé a mi esposa y nos fuimos a comer. Me dijo que tiene nuevos problemas con sus bienes. También me cuenta que en toda la ciudad se dice que lord Craven va a ocupar el puesto de *sir* G. Carteret, pero seguro que no es cierto. Me temo, sin embargo, que estas dos familias, la suya y la de lord Sandwich, están bastante separadas, por lo que debo pensar en valerme

por mí mismo. De allí a mis aposentos, y viendo que la compañía me impide ponerme con mis papeles, decidí marcharme hoy mismo en vez de esperar sin objeto alguno hasta mañana: hice empaquetar mis cosas y me pasé media hora con las cuentas de W. Howe para contingencias y con las de milord. Me despedí de mi patrona y sus hijas después de pagar bastante por el tiempo que he estado allí, pero tranquilo y con salud, con lo que estoy satisfecho. Así que cogí una barca con mi esposa y Mercer y marché a casa. Al llegar, estuvimos mi esposa y yo repasando la casa y pensamos destinar algún dinero a mejorar las colgaduras de nuestro dormitorio; decidimos ir a comprar algo mañana. Después de cenar, con gran alegría por estar de nuevo en casa, a la cama.

9 de enero

En pie y a la oficina, donde nos reunimos por primera vez desde la plaga. A mediodía a casa a comer, donde me acompañan mi tío Thomas y Ferrer, y viene Pearse, recién llegado de Oxford. Después de comer, Pearse y yo a mi habitación, donde me cuenta la última pelea entre el Duque y la Duquesa, pues él sospecha que ella tiene algo con el señor Sidney. Pero de una u otra forma se ha resuelto, aunque a él lo han echado de la Corte y durante unos días el Duque no se ha dirigido en ningún momento a la Duquesa. Me dice que lord Sandwich está perdido en la Corte, aunque el Rey se muestra amigo suyo. Sin embargo, la gente habla de él con mucho desprecio, lo que me entristece. A *sir* G. Carteret lo tienen abandonado, y hay muchos enemigos actuando contra él. Las cosas tienen que estar bastante mal si todo el mundo dice en la calle con toda claridad que el Rey no puede marcharse hasta que *lady* Castlemaine no esté lista para acompañarle, pues se ha puesto de parto hace poco. Las visita a ella y a la señorita Stewart todas las mañanas antes de desayunar. Todo esto en conjunto me entristece, pero creo que haré bien si no me meto en estos asuntos. Cuando se fueron él y Ferrer le pagué a mi tío el dinero por el último trimestre. Luego vino a verme el señor Gauden, con quien hablé arriba sobre su asunto, y me alegró conseguir que declarara que ni una de las quinientas libras que me dio el otro día era en relación con mi cargo de Tesorero de Tánger (pues le dije primero cómo están las cosas entre Povey y yo, y que él debe recibir la mitad de lo que yo obtenga por ese puesto) y que me gratificará con un dos por ciento por ese concepto la próxima vez que se le abone dinero, por lo que obtendré ochenta libras más de las que esperaba.

10 de enero

En la Lonja me entristece enterarme de que esta semana la plaga ha subido de setenta a ochenta y nueve. También tenemos mucho temor por nuestra flota de Hamburgo, por si se han encontrado con los holandeses. Además hay noticias ciertas de que la flota de *sir* J. Smith se ha dispersado por las tormentas y tres de los barcos han regresado a Plymouth sin mástiles: es una decepción extraordinaria, y si los barcos de avituallamiento se hunden podemos perder la guarnición de Tánger. A casa a comer. Mi esposa estaba preparando las colgaduras para su habitación con el tapicero. Luego a la oficina y por la noche a casa del duque de Albemarle. Allí vi la amable carta de Coventry sobre mi escrito. En otra de sus cartas (las pude ver todas, y es extraño que todo lo que le escriben al duque de Albemarle pueda ser visto por todos), que me dio a leer tan pronto le llegó, antes de leerla él mismo, para que yo extrajera lo que correspondiera a la Armada, había muchas cosas que no me pareció correcto que dejara leer a cualquiera por las buenas: entre otras, decía que compartía con el Duque su idea de seguir la investigación sobre los botines, y le recomendaba que se hiciera público para hacer justicia al Rey y dar satisfacción a la gente, y para que la culpa cayera en quien debiera caer. Es un golpe duro contra lord Sandwich, y me preocupa leerlo. Además, lo que me irrita más todavía, es oír de nuevo a la maldita Duquesa hablar de ello en público ante veinte caballeros. Sin embargo dijo una cosa buena: se quejó de tener capitanes caballeros con plumas y cintas, y deseaba que el Rey mandara a su marido al mar con los viejos capitanes, los marineros con los que servía anteriormente, pues eran capaces de hacer que sus barcos nadaran en sangre aunque no supieran hacer las reverencias que hacen los capitanes de ahora.

19 de enero

Es increíble lo vacía de gente que está la zona de Covent Carden, mientras que Londres está otra vez casi lleno.

22 de enero

Volví a la taberna de la Corona, detrás de la Lonja, donde se reunió el Gresham College por primera vez desde la plaga. El doctor Goddard habló mucho, defendiéndose él mismo y a sus compañeros médicos por haberse ido de Londres durante la plaga: dijo que sus clientes particulares estaban casi

todos fuera de la ciudad, por lo que ellos teman libertad de irse. Lo que más me agradó fue la charla de *sir* G. Ent sobre la respiración, de la que no se sabe nada, o no hay acuerdo entre los médicos ni lo habrá sobre cómo es controlado ese acto por la naturaleza, ni qué uso tiene. Estuvimos hasta tarde, hasta que el doctor Merritt se puso borracho, y luego todos a casa y yo a la cama.

23 de enero

Buenas noticias, mejor de lo esperado, sobre el descenso de la plaga, que ahora es de setenta y nueve, y el total de doscientos setenta y dos. Una tormenta terrible toda la noche y la mañana.

24 de enero

Lord Brouncker y yo por el río a casa de *sir* G. Carteret en Deptford, donde nos encontramos con W. Howe. Allí abrimos los arcones y vimos los pobres rubíes que durante todo este tiempo han causado la desgracia de W. Howe, aunque no lo siento mucho por su orgullo y su malicia. Lo único que pudimos encontrar fueron cerca de doscientas piedras muy pequeñas y una bolsa de almizcle (que es raro que no pudiera oler). Los cerramos todos de nuevo y con lord Brouncker a pie a Londres cruzando el puente, pues el viento era tan fuerte que no pudimos ir por el río. Dios, qué sucio estaba el camino, y no podíamos movernos por el viento, sino que éramos arrastrados hacia atrás. Cruzamos por Horsydowne, donde no estaba desde que era un niño. Era peligroso andar por las calles, cubiertas por ladrillos y tejas que caían de las casas, con chimeneas enteras y hasta casas destrozadas por dos o tres sitios. Las empalizadas a ambos lados del puente de Londres fueron derribadas, por lo que temamos que agachamos mucho para evitar que el viento nos arrastrara fuera. No se veían barcas flotando en el Támesis, pues todas las que había estaban rotas, arrastradas por debajo del puente, ya que era hora del reflujo. Luego a casa a comer con el señor Creed, que ha venido a la ciudad. Tras la comida nos pusimos con nuestras cuentas y empezó a dar problemas, intentando todas sus trampas; sin embargo las descubrí rápidamente y me hicieron sentirme irritado.

25 de enero

Arriba y a la oficina. A mediodía, a casa a comer. Después a ver al duque de Albemarle y a casa de Kate Joyce y su esposo, con los que estuve hablando bastante tiempo sobre el asunto de Pall; les dije cuánto le daría, lo que les agrada, y seguirán tratándolo con Harman: ya se lo han planteado como si surgiera de ellos y está muy contento, aunque tiene miedo de que yo me lo tome como una ofensa cuando me entere; eso significa que piensa que esto proviene solo de Joyce, y lo prefiero. Así que creo que el asunto seguirá, y me gustaría que ya hubiese terminado. Luego a la oficina, donde trabajé mucho y puse a mi gente a que me dispusiera las cosas para ir a Hampton Court, donde estarán el Rey y el Duque el domingo que viene. Ya es seguro que el rey de Francia nos ha declarado públicamente la guerra y Dios sabe lo poco preparados que estamos para ella. Por la noche viene *sir* W. Warren y hablamos en el jardín. Me aconseja que no me meta en ningún trato (como había pensado hacer con el coronel Norwood) para que no se vea que me dedico a eso, pues me hará daño, me distraerá de mi trabajo y me perjudicará con mis propiedades. Luego volvemos a los asuntos de la oficina y descubro en él al hombre más astuto que he visto en mi vida; nos lo pasamos muy bien hablando de nuestros trucos.

28 de enero, día del Señor

Me levanté a las seis. Me puse mi abrigo de terciopelo y mi fular liso; cogí un coche de alquiler que tenía reservado a las ocho y marché a casa de lord Brouncker con todos mis papeles. Allí cogí su coche de cuatro caballos para ir a Hampton Court. Por el camino hablamos bastante, sobre todo respecto a que se venga a vivir a la oficina, y en eso fui más lejos de lo que pretendía, pues no he valorado lo suficiente si me conviene tenerle tan cerca. Me bajé en Brentford, pues necesitaba hacer de vientre. Entré en una posada que tenía la puerta abierta, encontré el retrete y me metí; no había nadie. Lo malo es que cuando estaba dentro oí ladrar a un perro y, como me dio miedo de no poder salir con seguridad, saqué la espada y la vaina del cinturón para llevarlas en la mano, aunque no me hizo falta usarla y regresé al coche. Sin embargo, en todo ese ajetreo perdí la espada y no me di cuenta hasta que llegué a Hampton Court. Después de comer nos dirigimos a la Corte, donde encontramos que el Rey, el Duque y los lores estaban reunidos en Consejo, por lo que estuvimos paseando por allí. Como no estaba ninguna de las damas supuse que el trabajo adelantaría más. Al terminar el Consejo salió el Rey y le besé la mano, que él me tomó muy amablemente. También se la besé al

Duque, muy amable, y a *sir* W. Coventry. Vi al pobre de lord Sandwich, con la cara triste. Se ha dejado crecer el bigote más de lo normal. Le hice un aparte y le pregunté cuándo podía verle y dónde, y me dijo que sería mejor en sus aposentos, para que no nos vieran juntos. Eso me gustó, pero, Dios, qué difícil situación la mía, que no me atrevo a pasear con *sir* W. Coventry por miedo a que milord o *sir* G. Carteret me vean, ni con ninguno de ellos por miedo a que me vea *sir* W. Coventry. Después de cruzar unas palabras con *sir* W. Coventry, que me habla de su respeto y cariño, bajé a una de las salas donde estaban el Rey y el Duque. El Duque me llamó y el Rey vino en persona hacia mí y me dijo: «Señor Pepys, le agradezco los buenos servicios de este año, y le aseguro que soy muy consciente de ellos». Y el Duque me dijo con placer que había leído mi informe sobre los cajeros y que había ordenado que se hiciera a mi manera. Salí con ellos hacia los campos y luego volví a la habitación de lord Sandwich: le vi muy melancólico y observo que insatisfecho con mi forma de tratar a *sir* G. Carteret, pero le di explicaciones y tuvo que admitir que estoy metido en un juego muy difícil; me dijo que sentía que fuera así y los problemas que puede acarrearme, pero no tengo demasiado temor al respecto si puedo alejarme del peligro a base de no parecer demasiado comprometido con los asuntos de milord o de *sir* G. Carteret. Él ha salido bien del asunto de los botines, pues ha conseguido que se apruebe su distribución a los oficiales, lo que me alegra; respecto a lo demás[1], deberá responder de lo que se demuestre que tiene. En cuanto a su perdón, cree que no es el momento de pedirlo ni le resultaría útil, porque no cerraría la boca al Parlamento, y del Rey está suficientemente seguro. Le pregunté si tenía el favor y la amistad de algunos importantes ministros del Estado y me dijo que sí. Cuando íbamos a seguir entró lord Mandeville, tuvimos que parar y yo me marché a la habitación de *sir* W. Coventry, que no estaba, pero me encontré con *sir* W. Penn. Le vi muy malhumorado, por lo que pienso que no le van bien las cosas, y me alegro. Esperamos hasta tarde y, como *sir* W. Coventry no venía (estuvo toda la tarde encerrado con el duque de Albemarle), cogimos un bote y a nuestro alojamiento en Kingston, donde cenamos muy a gusto, solo que tenía mucho sueño y después de cenar me escapé a la cama. Dormí muy bien, con mi cabeza en un gran delirio por la alegría de lo que me han dicho el Rey, el Duque y *sir* W. Coventry, y la preocupación por los problemas de lord Sandwich.

29 de enero

Arriba y a la Corte en coche, a un Consejo ante el duque de York con presencia del duque de Albemarle. Tras proceder *sir* W. Coventry con las notas que le había transmitido al duque de Albemarle, proseguí con las mías con bastante éxito. Me temo que en una ocasión ofendí al duque de Albemarle, pero con gran gozo vi que el Duque apoyaba mis ideas sobre los cajeros, en contra de *sir* W. Penn, que se oponía como un tonto. Lord Sandwich entró en el asunto y el pobre, muy melancólico, dijo bien poco. Al llegar se sentó en un extremo, sin que nadie le hiciera hueco. Solo yo le ofrecí mi banco, y a mí me pasaron otro. Al terminar el Consejo estuve paseando por el lugar, hablando con unos y otros. Tuve la oportunidad de agradecer al duque de York su buena opinión sobre mis servicios, y en concreto su favor al otorgarme el asunto del avituallamiento. Me dijo que no conocía a nadie más apropiado para él, y que estaba muy contento de haberlo encontrado para dármelo y alentarme, tratándome con mucha amabilidad. Luego a comer con *sir* W. Coventry, a quien tuve la oportunidad de agradecer sus favores y pedirle que hiciera otro gesto de amistad conmigo hablándome también de mis defectos. Me dijo que estaba seguro de que lo haría si hubiera ocasión para ello. Así que pese a la caída de lord Sandwich y la riña entre ellos, puedo concluir que mi relación con *sir* W. Coventry sigue perfecta.

30 de enero

Volví a casa con mi esposa, que no se encuentra bien; lleva dos días en cama. Se levantó y comimos, y después subimos a mi habitación, donde me enseñó las ropas que se ha comprado últimamente y otras cosas para la casa. Yo le ofrecí un relato serio de cómo están las cosas: a favor con el Rey y el Duque, y en peligro por las caídas de milord y *sir* G. Carteret y por la insatisfacción que al parecer el duque de Albemarle ha reconocido a alguien: entre otras cosas, contra lord Sandwich por haberme colocado en la Armada contra su deseo y sus gestiones a favor de otro, que era nuestro adorable tonto Turner.

4 de febrero, día del Señor

Mi esposa y yo por primera vez juntos a la iglesia desde la plaga. Vamos solo porque el señor Mills ha regresado y va a dar su primer sermón, y esperamos sus excusas por haber dejado la parroquia antes que nadie y no volver hasta que todos han regresado. Sin embargo, sus excusas fueron pobres

y breves, y el sermón, malo. Había helado, y la nieve de anoche cubrió las tumbas que rodean la iglesia, por lo que me dio menos miedo cruzar. Tuve la alegría de ver a la noble señora Lethulier, y a casa a comer. Toda la tarde, hasta la cena, con el diario, pues estaba muy retrasado. En la cena, mi esposa me contó que W. Joyce estuvo con ella esta tarde por primera vez desde la plaga: le dijo que mi tía James murió hace poco de la piedra, y lo que le ha dejado a él, a la esposa de su hermano y a mi prima Sarah. Después de cenar, a trabajar de nuevo, y a la cama tarde.

9 de febrero

Arriba y temprano a ver a *sir* Philip Warwick, que se alegró de verme y fue muy amable. Más tarde a la Lonja, y al Sol, que está detrás, con el Teniente de la Torre, el coronel Norwood y otros. Me pareció extraño el placer con que disfrutan su vino y su carne: hablan de ello con una curiosidad y gozo que me parecen inferiores a los de hombres dignos. De allí a casa, donde me enfadé mucho con los míos tratando de conseguir que todo estuviera preparado para mi cena con los Houblon; recuperé el buen humor cuando todo estuvo bien. Enseguida vinieron los cinco hermanos Houblon y el señor Hill y tuvimos una cena muy buena, con buena compañía y conversación, y mucho placer. Es estupendo ver a estos cinco hermanos que se quieren tanto y que son laboriosos comerciantes. Nuestro tema principal fue que el señor Hill marcha a Portugal a trabajar para ellos, lo que era el motivo de esta reunión. Cuando se fueron, nosotros a la cama.

10 de febrero

Hoy viene, por primera vez desde la plaga, *sir* Thomas Harvey, que ha estado fuera de la ciudad todo este tiempo. Le recibimos con frialdad y se marchó antes de que termináramos, para demostrar todavía mejor lo poco necesario que es.

11 de febrero, día del Señor

Arriba, y me puse un traje nuevo negro con un abrigo viejo para guardar luto en la Corte, donde todos lo hacen, por el rey de España[2]. Ayer salió la Declaración de Guerra del Rey contra los franceses, pero en términos tan

suaves, con invitaciones para que tanto ellos como los holandeses se nos acerquen y con promesas de protección, que todos están admirados.

12 de febrero

En pie y muy ocupado redactando unos votos, después de terminar mi diario de los últimos siete u ocho días. Luego atiendo a varias personas por trabajo: entre otros, al señor Grant y a los albaceas de Barlow por las veinticinco libras que le debía por el trimestre anterior a su muerte, a lo que me opuse, pues mi obligación era pagarle cada seis meses. Luego viene el señor Caesar, el maestro de laúd de mi chico, al que no había visto desde antes de la plaga, pero ha estado muy bien en Westminster todo el tiempo. Me dice que en lo peor la gente fue allí muy valiente, acudiendo en broma a los entierros de los otros, y que también por rencor respiraban en la cara (por las ventanas) de la gente importante que pasaba. A mi librero, donde recogí algunos libros que acabo de comprar y estuve un buen rato eligiendo otros para una nueva encuadernación, pues he decidido gastarme diez libras en libros.

13 de febrero

Malas noticias por la noche de que la plaga ha aumentado esta semana, y en muchos lugares, Chatham y otros sitios. Hoy mi esposa, que necesita una doncella, hizo buscar a nuestra vieja Jane, que viene a verla: ha estado todo este tiempo viviendo en una casa donde está tan a gusto que no deseamos que se mueva. Nos alegramos de ver que le van tan bien las cosas.

14 de febrero, día de San Valentín

En coche a ver a lord Sandwich para entregar las cuentas del señor Howe. Al terminar, milord me expresó un largo y estudiado agradecimiento por mi atención con él y con sus asuntos. Tras profesarle toda mi fidelidad aproveché para lamentar los problemas que podría tener, y que por tanto deseaba ser neutral, lo que milord aceptó y consideró razonable, pero me pidió que en privado siguiéramos siendo amigos. Cuando milord se marchó, llevé al señor Hill a la casa que se está construyendo el lord Canciller, subiendo con dificultad a lo alto. Aquella era la mejor vista que nunca pude ver en mi vida, Greenwich no es nada en comparación. Luego con él a su pintor, el señor

Hayls, que le está haciendo un retrato que se le parecerá mucho; me agradó tanto que he decidido que nos haga uno a mi esposa y a mí, pues tiene mano de maestro.

15 de febrero

A mediodía a la casa de comidas de Starky, un gran cocinero en Austin Friars, invitado por el coronel Atkins, que nos ofreció un buen almuerzo al coronel Norwood y sus amigos. Antes de cenar pasó mi esposa en coche, me despedí y con ella, Knepp y Mercer a casa del señor Hayls, el pintor, que empezó a hacer a mi esposa en la postura en que vimos uno de *lady* Peters, como una santa Catalina. Mientras él pintaba, Knepp, Mercer y yo cantábamos. Esta noche nos enteramos de que *sir* J. Smith y su flota han sido vistos en Málaga, una buena noticia.

16 de febrero

Estuve hablando a solas con lord Sandwich acerca de su situación, sobre todo con los objetos de su botín: descubro que está cansado de que le molesten, que quiere dejar de ocuparse de eso y que pase lo que sea, una vez que ha sido liberado por el Rey de algunos beneficios; del resto, cree que no podrán probarle que lo tiene. Desde allí en coche a la Lonja con el señor Moore, que me cuenta cosas muy extrañas sobre la imprudencia de lord Sandwich en la gestión de su familia, de su negligencia, etc. Me preocupa, pero también me alegra de corazón estar libre de mi bono de mil libras con él, lo que habría sido un golpe cruel para mí. Al café con él, la primera vez que voy allí, aunque parece que la gente no ha dejado de ir durante la plaga. Vuelvo a la oficina hasta tarde. Esta noche estuve con el señor Hater en el jardín hablando de encontrar un marido para mi hermana: repasamos todos nuestros empleados, pero no cree que ninguno sea adecuado para ella y su dote. Al final pensé en el joven Gauden; lo meditaré.

17 de febrero

Arriba y a la oficina, donde estuve toda la mañana. Tarde a comer y de nuevo a la oficina. Allí tuve trabajo hasta pasadas las doce de la noche. Después a casa, a cenar y dormir. Noticias de que *sir* J. Smith está bien con su flota en Cádiz.

18 de febrero, día del Señor

Estuve en la cama hablando muy a gusto con mi esposa, entre otras cosas sobre la llegada de Pall. A mediodía viene mi tío Wight a comer y se trae a la señora Wight: triste compañía para mí, pues no me agrada mucho, pero debo mostrar respeto a mi tío. Después de comer se marcharon, y, como el día ero excelente, caminé hasta Whitehall, donde han regresado la Reina y todas las damas: vi a algunas, pero ni a la Reina ni a ninguna de las grandes bellezas. Me encontré con Creed y dimos un par de vueltas por el parque, pero no muy satisfecho, pues tengo ahora en la cabeza ciertos planes para ganar dinero que no me permiten disfrutar con él como solía. Además, hay una historia que se tiene por cierta sobre él: intentó acostarse con una mujer en Oxford y ella se salvó poniéndose a gritar. Como esto se ha hecho público me hace odiarle un poco. Allí cogí un coche y pasé de camino por mi librero a por un libro, escrito hace veinte años con profecías sobre este, 1666, explicando que lleva la marca de la bestia. Llegué a casa y me puse a leerlo, y luego a cenar y a la cama.

19 de febrero

Fui a ver al lord Tesorero, donde me encontré con *sir* G. Carteret y *sir* J. Mennes. Ante el lord Tesorero y el duque de Albemarle expusimos las deudas de la Armada, que son muy grandes, y manifestamos claramente la falta de dinero para satisfacerlas, pues no hay más de un millón y medio de libras para atender gastos y deudas confirmadas por valor de dos millones trescientas mil libras.

20 de febrero

Arriba y a la oficina, donde se trató entre otros asuntos la propuesta del señor Evelyn sobre los hospitales públicos: se leyó y aprobó en su presencia. A mediodía le llevé a casa a comer, pues deseo mantener el trato con él: me sigue pareciendo un hombre de un humor excelente y muy cultivado. Después de comer nos separamos en Whitehall y yo fui a casa de lord Sandwich; justo al entrar en el comedor descubrí que el capitán Ferrer iba a bautizar a una hija suya que nació ayer, y me tocó ser padrino con lord Hinchingbrooke y la señora Pearse, mi Valentina; me sentí bastante satisfecho, aunque un poco enfadado por ver cómo la gente me fuerza a gastar dinero. Hoy y por esta

ocasión bebí un vaso de vino, lo que creo no haber hecho en los dos últimos años, excepto alguna vez en caso de enfermedad. Al terminar le di un beso a la madre en la cama y me marché a Westminster Hall, donde me enteré de que la señorita Lane ha vuelto a la ciudad. Así que di vueltas por allí hasta que vino y quedamos en vemos en Swayns. Fui enseguida, y ella también, pero estuvimos muy poco tiempo, pues el sitio no era privado. No la había visto desde antes de la plaga. Así que nos separamos y *rencontrai à* su último *logis*, y en ese sitio *hazer* lo que *tena* idea *para faire con* ella. Al final me pidió prestadas cinco libras, ofreciendo empeñar oro a cambio, y acepté, prometiendo dárselas en uno o dos días. Luego volví a la oficina, a casa y a la cama, un poco preocupado porque esta tarde he estado con la señorita Lane en dos casas que estuvieron cerradas por la plaga.

21 de febrero

En pie y con *sir* J. Mennes a Whitehall en su coche, hablando por el camino de conseguirle un puesto eclesiástico a mi hermano John: debo empezar a buscarlo ahora, pues en breve obtendrá su grado de Master in Arts y esta semana me ha escrito una carta en latín diciendo que tomará los hábitos en Cuaresma. Más tarde a Trinity House, a una celebración de los Hermanos Mayores. Allí estuve con el señor Prin, con el que hablé mucho sobre los privilegios del Parlamento. Luego con lord Brouncker a Gresham College, la primera vez que iba desde la enfermedad y la segunda que se reunía. Una buena conferencia del señor Hooke sobre la fabricación del fieltro, muy bonita. Después estuvo hablando conmigo a solas sobre el arte de dibujar según las reglas y la máquina del príncipe Rupert y otra del doctor Wren[3].

23 de febrero

Arriba temprano. Salí de casa sobre las seis y fui andando con W. Howe a ver a lord Sandwich, que durmió anoche en su casa de Lincoln’s Inn Fields. La casa estaba llena de gente despidiéndose de milord, pues hoy sale para su embajada en España. Me alegró ver allí a *sir* W. Coventry, aunque sé que fue solo por cortesía. Hablé mucho con él y me contó que deja al Rey siendo amigo suyo, y que el otro día tuvieron una conversación en la que le pidió que se investigara el tema del botín antes de que se marchara: se sometió a la investigación y, en lo que a él respecta, todo ha concluido. Los lores comisionados reprendieron a los denunciantes en lo concerniente a milord, de

lo que me alegro. Me despedí y fui donde el señor Hayls: vi el retrato de mi esposa, que me agrada, pero el del señor Hill estaba bastante peor que antes de que lo terminara, lo que me preocupó, y empiezo a dudar si el cuadro de *lady* Peters del que mi esposa ha copiado la postura, que es excelente, es obra suya.

28 de febrero, miércoles de Ceniza

Arriba, y después de trabajar algo en mi despacho salí paseando (era una mañana muy extraña, fría y seca) hacia Whitehall. En el parque me encontré con *sir* Philip Warwick, con el que me di una vuelta por Pell Mell hablando sobre la triste situación actual. Quedamos en vernos otro día para hablar sobre la Armada en detalle y yo me fui a Whitehall a despachar con el duque de York. En Westminster Hall estuve con la señora Michell, Howlett y su hija, que se ha convertido en una mujer preciosa. Al salir me llamó la señora Martin. Fui a donde ella, le compré dos cintas y nos separamos para encontrarnos en su cámara, donde hice lo que quise. Después de comer en casa, a Whitehall a visitar al coronel Norwood y a *sir* G. Carteret, con quien vuelvo a estar bien. Estuve en el Cisne hasta que oscureció y a casa de la señorita Lane, a la que presté cinco libras a cambio de cuatro libras y un chelín en oro, e hice con ella lo que deseaba. Sin embargo, veo que se ha vuelto muy mala y se ofrece a todo, por lo que es peligroso hacerlo con ella y no la veré en un tiempo.

Así acaba el mes, completamente decidido a dedicarme a partir de ahora a mi trabajo más de lo que lo he hecho en los seis o siete últimos días.

1 de marzo

Arriba y a la oficina, toda la mañana trabajando. A mediodía a comer con lord Brouncker, *sir* W. Batten y *sir* W. Penn en el Caballo Blanco de Lombard Street. Dios nos perdone, pero bromeamos sobre la doncella del capitán Cocke, que lleva un par de días enferma y la han mandado a una casa de apestados; él no dice nada, excepto que está bien. Pero, bendito sea Dios, hemos tenido una buena lista esta semana, con doscientos treinta y siete en total, cuarenta y dos de la plaga, y de ellos solo seis en Londres. Sin embargo, lord Brouncker dice que estos son casi todos de parroquias nuevas, donde no hubo la semana pasada. Me escabullí tras la comida y a mis cosas en la oficina hasta las doce de la noche, muy a gusto por regresar al trabajo con

nuevos votos añadidos a los anteriores, y más severos, y me alegra mucho verme con buena disposición para el trabajo. Luego a casa a cenar, a mi diario y a la cama.

2 de marzo

Arriba antes de las siete, como he decidido recientemente, y a la oficina, donde estoy toda la mañana. He puesto a mi esposa y a Mercer, que están encantadas, a trabajar haciendo renglones en hojas de papel para hacer libros para los cajeros; requiere mucho esfuerzo, pero la esperanza de ganar un buen dinero les hace trabajar duro. Luego viene el señor Hill, con el que estoy citado para comer, y al rato el señor Houblon, un hombre al que aprecio y al que no quiero dejar de tratar. Me dijo en secreto lo que él y sus hermanos han decidido darme esta noche: doscientas libras por ayudarles con la salida de dos o tres barcos. Es una buena cantidad: esperaba algo menos.

3 de marzo

Toda la mañana en la oficina. Después de comer, a la Corona, detrás de la Lonja, con *sir* W. Penn, el capitán Cocke y Fenn para que se le pagara a Penn un recibo de Cocke como parte de los objetos de la India que nos vendió. *Sir* W. Penn me confesó el motivo de su impaciencia por recibir dinero, y es que va a casar a su hija. Dios le dé más fortuna de la que merece su padre. De allí en coche a ver a Hayls, donde estaba posando mi esposa: su retrato me gusta muchísimo, se le parecerá mucho y será una gran obra. Sin embargo, se queja de que la nariz le ha costado tanto como la cara de otra persona, pero le ha salido muy bien.

4 de marzo, día del Señor

Todo el día con mis cuentas de Tánger y con las personales, que he descuidado desde Navidad. Espero no hacerlo de nuevo, pues observo la incomodidad que produce, ya que el trabajo de recordar las cosas y ordenarlas es diez veces mayor. Sin embargo, agradezco a Dios haberlo hecho al fin, y bien. Creo, por lo que se ve (y seguro que no me he equivocado en más de diez libras), que tengo más de cuatro mil seiscientas libras, por lo que Dios sea alabado, pues es lo máximo que he tenido nunca. Estuve con eso hasta pasadas las dos de la mañana de la madrugada del lunes, y luego leí mis votos

y a la cama, muy satisfecho de haber llevado mis cosas a esta buena situación; ahora estoy decidido a seguir con mi trabajo y estar atento a las desconfianzas de *sir* W. Coventry respecto a mí.

5 de marzo

Me levanté sobre las ocho, con visitas de distintas personas. A mediodía en la Lonja, donde se da por segura la noticia de la declaración del rey de Dinamarca a favor de los holandeses y su decisión de ayudarles. Toda la tarde en la oficina. Por la noche vino el señor James y uno de los hermanos Houblon para acordar licencias para sus barcos, haciéndome saber que le han pagado al mensajero que mandé esta tarde doscientas libras por mi amistad en este negocio, lo que me agrada mucho[4].

9 de marzo

Arriba, y cuando estoy listo, a visitar al duque de Albemarle. Descubro con alegría que conmigo se muestra igual que antes, lo que dudaba por haber descuidado el visitarle durante un cierto periodo. Viendo lo bien que están las cosas ahora, estoy más tranquilo, y pienso que no voy a permitir que se deterioren de nuevo con él y con *sir* W. Coventry. De allí por el río a Deptford a medir el nuevo barco de tercera categoría que el señor Castle está construyendo, y que se llamará *Defyance*. Allí conseguí lo que buscaba: ahorrarle al Rey algún dinero y adquirir experiencia para saber cómo se miden los barcos. Les dejé y fui andando a Rotherithe, pero cuando iba a coger una barca me alcanzaron en la suya e insistieron en que fuera a comer a casa del señor Castle, donde estaban la señora Batten y la señorita Williams. La comida fue buena y fingí estar a gusto con ellos, pero en realidad no era así, pensando en cómo estaba descuidando mi trabajo. Luego todos a casa de *sir* W. Batten, y cuando vino la señorita Knepp pasamos la noche muy bien, cantando ella y yo. Pero Dios me perdone, pues veo que no consigo dominar mi naturaleza, que valora el placer por encima de todas las cosas. Sin embargo, en medio de todo aquello tenía cierto remordimiento por el trabajo, que abandono por el placer. No obstante, ante la música y las mujeres no puedo hacer otra cosa que ceder, sea cual sea el trabajo que tenga.

10 de marzo

Es cierto que me permito algo más de placer porque sé que es lo propio de esta época de mi vida el hacerlo, y porque he observado que la mayoría de los hombres que prosperan en el mundo se olvidan de él mientras están consiguiendo un patrimonio y se reservan hasta que lo han logrado, y entonces ya es demasiado tarde para disfrutar cualquier cosa que sea placentera.

12 de marzo

Hoy me entero de que mi tío Talbot Pepys murió la semana pasada y fue enterrado. La gran noticia ahora es que *sir* J. Smith está en Cádiz con su flota, y Myngs, en el Elba.

13 de marzo

Esta semana la plaga aumentó de veintiocho a veintinueve, aunque el total cayó de doscientos treinta y ocho a doscientos siete.

14 de marzo

Fui a casa de Hayls a ver el cuadro de mi esposa, que me gusta mucho, y tuve el placer de comprobar lo rápidamente que dibuja el cielo, pintando una zona oscura y luego aclarándola donde quiere. Luego estuve andando solo por los campos que hay detrás de Gray's Inn, terminando de leer mi querido *Faber Fortunae*, de lord Bacon[5]. Cuando oscurecía me di un par de vueltas licenciosas por los lugares y callejones de vicio cerca de Drury Lane, pero sin placer y con mucho miedo a la plaga, por lo que marché a casa de la señora Pearse, donde la compañía era mucha y muy buena, es decir, la señora Pearse, mi esposa, la señora Worship y su hija, Harris el actor y Knepp. Mi esposa iba con Mercer y con la señorita Barbara Shelden[6], que ha venido hoy a pasar una semana con mi esposa. Bailamos, bebimos y cenamos hasta pasada la una.

15 de marzo

En la cama hasta el último momento para levantarme, las ocho de la mañana. Trabajé en la oficina hasta las tres y luego a comer. Después mi esposa, Mercer y la señorita Barbara se marcharon a donde Hayls y yo estuve

hablando con mi primo Anthony Joyce sobre la propuesta de matrimonio entre Pall y Harman. Al terminar fuimos a casa de Harman, lo llevamos a una taberna, le planteamos el asunto y le ofrecí quinientas libras. Afirma de forma muy ingenua que su negocio no es muy fiable, pero que no necesita el dinero y que ella podría quedarse lo que se le conceda, pudiendo aportarle él doscientas o trescientas libras. Me parece un hombre bueno, discreto y creo que muy astuto. Acordamos vemos la semana próxima y esperamos llegar a algo, porque me declaro favorable a la unión. Luego a ver a Hayls, donde el retrato me parece de lo mejor, y muy parecido a ella; le pregunto el precio y me dice catorce libras, y en verdad creo que las vale.

17 de marzo

Hoy empiezo a posar, y creo que me hará un retrato muy bueno. Promete que será tan bueno como el de mi esposa; poso para que esté lleno de sombras y casi me rompo el cuello por tener que mirar por encima del hombro para hacer la postura con la que va a trabajar.

19 de marzo

Arriba temprano y a una reunión extraordinaria casi toda la mañana sobre las cuentas. Luego con lord Brouncker y *sir* W. Coventry a la oficina de los recibos, donde se hace todo con tan poco orden que da vergüenza ver cómo se sirve allí al Rey. Después a ver al Chambelán de Londres para informamos sobre el crédito que tenemos allí, que es bien poco. Luego, *sir* W. Coventry se marchó y milord [Brouncker] y yo a casa de la señorita Williams, donde vi su gabinete, lleno de cosas preciosas, pero ella no me gusta nada. Comimos allí con *sir* J. Mennes y después fuimos al Teatro del Rey, todo sucio, pues están cambiándolo para hacer el escenario más ancho; sabe Dios cuándo actuarán de nuevo. Sin embargo, lo que yo quería era ver la parte de detrás del escenario, los vestuarios y las máquinas, y desde luego era digno de verse. Era extraña la mezcla de ropas y cosas que había: aquí, una pierna de madera; allí, un collar; aquí, un caballito; más allá, una corona, que harían a cualquier hombre partirse de risa al verlas. Y sin embargo no es nada agradable pensar en lo buenas que parecen en el escenario a la luz de las velas y lo pobres que son cuando las tenemos en la mano. Las máquinas están bien, y las pinturas son muy buenas. Con mi curiosidad muy satisfecha, me despedí y volví a la oficina. Allí hice llamar a *sir* G. Carteret y al rato nos vimos en [las oficinas

del Tesoro de la Armada de] Broad Street, donde nos pasamos dos o tres horas hablando en la galería de sus problemas hasta que oscureció. Le aseguro que saldrá bien de ellos y le recomiendo (con gran libertad, que acepta amablemente) que no le niegue a la Comisión nada de lo que le pida, al contrario, que les pregunte si hay algo más que quieren saber o que les falta. No obstante, la mayor parte de la conversación fue sobre la mala situación del Reino en general por falta de dinero y de buena conducta, que nos tememos que lo arruinará todo. Luego a casa, y allí, en la oscuridad del jardín, hablé hasta las diez con *sir* W. Warren de nuestros asuntos: espero obtener algo considerable de su parte antes de que acabe el año. Me recomienda mucha cautela en mi trabajo. Además, *sir* G. Carteret me contó esta noche que lord Brouncker, de cuya buena voluntad hacia mí estaba yo tan confiado, le comentó que tengo demasiados cargos, y que aunque soy un hombre trabajador, la Armada es lo suficientemente grande como para que cada persona ocupe un solo puesto, lo que me molesta. Hoy mi padre me informa por carta de una propuesta de matrimonio para Pall en el campo que me agrada: se trata de uno que obtiene por las tierras más de ciento cuarenta libras al año, y espera mil libras en dinero cuando se muera una tía anciana. No tiene ni padres ni hermanos. Sin embargo, pide seiscientas libras ahora y cien más cuando nazca el primer hijo. Es pariente del señor Phillips y vive con él. Pero mi esposa me dice que es un borrachín, un hombre de campo poco favorecido y maleducado, lo que me desanima de nuevo, por lo que seguiré con Harman. Después de cenar, a la cama.

24 de marzo

A mediodía comí en casa con Anthony Joyce y le di mi respuesta: que no daría más de quinientas libras a mi hermana. Le expuse la buena propuesta que he recibido del campo, por la que cada vez me inclino más. Después a Whitehall a una reunión de Tánger con presencia del duque de York. Cuando terminó tuve la ocasión de seguirle a sus aposentos, a una sala donde la Duquesa estaba posando para un retrato que le hace Lely. Sin embargo, me agradó ver que no se le parece nada en los rasgos, ahora que está en la segunda sesión, si no es la tercera, en comparación con el parecido a mi esposa de la primera sesión. Creo que al final tampoco se le parecerá, porque las líneas no guardan proporción con las de su cara.

29 de marzo

Toda la mañana ocupado en la oficina. A mediodía salí a Lombard Street a recuperar cierto dinero mío que tiene allí el señor Viner. De nuevo a la oficina y a casa, donde estuve hasta pasadas las doce con las cuentas, tanto públicas como privadas, y a la cama. Hoy nuestra pobre Jane, la pequeña y querida Jane volvió con nosotros para gran alegría nuestra, y esperamos disfrutarla, pues lo tiene todo para ser una criada honrada, buena y cariñosa: ha forzado su salida de la casa donde estaba porque nosotros se lo pedimos, aunque su antigua señora usó toda clase de trucos para retenerla.

30 de marzo

Mi esposa y yo, muy contentos con el regreso de Jane. Alice, nuestra cocinera, una buena criada a la que queríamos y con la que estábamos bien, se marcha: es una criada excelente pero no permite que se le digan los fallos, aunque sea con pocas y amables palabras, y se va por voluntad propia. Así que cogeremos a otra muchacha y pondremos a nuestra pequeña Jane de cocinera, al menos para probar. Tomé un bocado en casa y después a la de Hayls, donde posé hasta que oscureció. Estuvo trabajando con mi túnica, una india que he alquilado para el retrato y que creo que quedará excelente en el cuadro. Luego a casa y a mis cuentas particulares hasta pasada la una. A la cama, con la cabeza atascada con las cosas de la noche y las cuentas de final de mes para mañana. Espero que Dios me ayude porque nunca he tenido tanta confusión en mi vida, y con cantidades grandes.

31 de marzo

Toda la mañana ocupado en la oficina. A mediodía a comer y de allí de nuevo a la oficina para terminar cuanto antes; luego, a casa a mis cuentas, hasta bien tarde con ellas. Dios mío, qué trabajo para intentar comprenderlas. Brevemente: hiciera lo que hiciera no lo conseguía, y después de quedar agotado tuve que dejarlas e irme a la cama, contra mi voluntad y también contra mis votos, pero espero que Dios me perdone porque me he quedado estas cuatro noches hasta después de las doce para resolverlas, pero no lo consigo.

Así acaba el mes, completamente atascado e intranquilo por mis cuentas, que he dejado durante demasiado tiempo mezclando lo público con lo privado y sin poder hacer la liquidación de ninguna. Sin embargo, compruebo que tengo bastante más que el mes pasado. También estoy ocupado buscándole un marido a mi hermana, y para ello mi esposa y yo hemos decidido que ella vaya al campo con mis padres a valorar la oferta que le han hecho allí; si le gusta, seguirá adelante.

1 de abril, día del Señor

Arriba y salí en coche a Charing Cross a visitar a *sir* P. Howard. Estaba en la cama y me recibió con mucha gentileza. Mi petición era que permitiera que el hermano de mi esposa se hiciera a la mar pero manteniendo su paga como miembro de la Guardia del Duque, a lo que accedió después de plantear alguna dificultad. Me parece un hombre muy bien hablado, con grandes virtudes y muy cortés. Encantado con esta visita fui a ver a *sir* C. Downing, con el que hablé una hora sobre los pagos de Hacienda según la última ley Me encontré al doctor Alien, paseamos por el parque, pues el día era muy cálido y agradable, y a la capilla de la Reina, donde la música no me disgustó tanto. Pude ver en un poste una invitación a todos los buenos católicos para que rezaran por el alma de uno de ellos que acaba de morir. Me dicen que la Reina todavía no sabe lo de la muerte de su madre, pues está en tratamiento y no se atreven a decírselo.

2 de abril

Paseando con el señor Gauden por Westminster Hall hablamos de esto y aquello y terminamos con la boda de su hija: me contó las intenciones de Creed hacia ella, cómo él decía que esta le amaba, cuando en realidad le caía bastante mal. Luego hablamos de su hijo Benjamín: le propuse un emparejamiento para él y al final mencioné a mi hermana, lo que le encanta. Al decirle lo baja que sería su aportación, de menos de mil libras, me dijo que si todo lo demás estaba bien, él podría destinarle cierta parte de lo que tenía previsto entregarme anualmente, lo que no me costaría más de lo que pretendo otorgarle libremente. Esto me alegró muchísimo, y con ese gozo fui a la Lonja y al café con *sir* W. Warren, quien muy sabiamente me demostró que unir a mi hermana con el señor Gauden me perjudicaría en mis cargos, pues todos sospecharían de cuanto yo hiciera y no podría ni favorecerle ni

librarme de la imputación de ser de su cuerda. Me convenció de que esta alianza no serviría a los intereses de ninguno de nosotros, por lo que la descarté, aunque el gesto me agradó. Mi esposa pasó a por mí en un coche para ir a Whitehall a visitar a *lady* Carteret, pero no estaba, así que fuimos a Westminster Hall a propósito, con mi esposa muy bien vestida, para ver y ser vistos. En Broad Street encontramos a los Carteret y estuvimos hablando con ellos un buen rato. Luego a casa y a mis cuentas, que no logré sacar; no obstante, continué hasta que me entró sueño y a la cama, enfadado por no poder obtener más frutos con mis cuentas.

3 de abril

Después de comer, trabajando duro toda la tarde con mis cuentas, hasta el atardecer, y gracias a Dios consigo resolverlas, resultando que tengo unas cinco mil libras en metálico, una bendición. No obstante, me preocupé al observar una discrepancia de cincuenta libras entre la cuenta de ingresos y gastos mensuales y la que indica los abonos que he hecho y el dinero guardado en mi arcón y en poder de otros. Sin embargo estoy bastante seguro de que tengo cinco mil libras, la cantidad más alta que he alcanzado nunca, y hoy he llegado a un acuerdo con *sir* W. Warren, que me ha entregado trescientas libras. Por la noche un rato en la oficina y luego a casa, a cenar, y de nuevo a mis cuentas hasta estar listo para dormir, pues no hay placer en llevar cuentas si no se hace bien. Luego, a la cama.

5 de abril

Después de comer, a casa, donde mi esposa ha decidido de repente irse a Brampton porque se ha enterado de que mañana sale un coche para allá. Hemos pensado que es conveniente que vaya para cerciorarse de las cualidades del hombre que se propone allí para mi hermana. Para nuestro pesar la plaga ha subido esta semana en nueve personas, aunque en el total ha bajado un poco. Este incremento se produce en muchas parroquias, lo que nos hace temer por el año próximo.

6 de abril

Estuve posando para el señor Hayls; el retrato está casi terminado y según palabras del señor y la señora Pearse (que pasaron por casualidad) está muy

logrado, y me agrada tanto en los rasgos como la postura.

8 de abril, día del Señor

Arriba, y con muchos problemas para llegar a Whitehall, pues llovía y no había coches, así que caminé hasta el Viejo Cisne y allí cogí una barca. Nos reunimos con el duque de York y escuchamos el enfrentamiento entre *sir* Thomas Alien y el señor Wayth: el primero se quejaba del mal trato que recibió cuando se le pagó el último barco, pero encontró un muy mal momento para hacerlo[7]. El Duque lo decidió con muy buen juicio, reprendiendo a ambos pero animando a Wayth a seguir controlando a todos los capitanes por el bien del Rey. Desde luego nunca vi al Duque hacer nada más apropiado ni con más juicio que el que usó para dar su veredicto en este caso. Esa mañana solo se hablaba en la Corte de la muerte de Tom Cheffin, el secretario del gabinete del Rey. Anoche estaba tan bien como siempre y no muy mal esta mañana a las seis, pero antes de las siete estaba muerto, creen que de una supuración en el pecho. La gente está asustada estos días, pues dicen que la plaga aumenta en todas partes. A la capilla, sin poder entrar ni oír bien, aunque tuve el placer, por una vez en mi vida, de ver a un arzobispo en un púlpito. Luego no sabía cómo ir a casa a comer, pues había prometido llevar a la señora Hunt. Al final usé el coche de lord Hinchingbrooke, que se quedaba en la Corte. Hablamos bastante de los asuntos del Protector[8] y su familia, con los que está emparentada. El Protector vive en Francia y gasta cerca de quinientas libras al año. Luego la llevé a casa, a la Corte, y andando hasta la capilla de St. James, donde tenía la idea de escuchar la prédica de un jesuita, pero llegué tarde. Cogí un coche de alquiler y a casa a trabajar. Por la noche Mercer me cepilló el pelo, cenamos, canté un salmo y a la cama.

15 de abril, día de Pascua

Arriba y a la capilla de Whitehall, donde llegué tarde y no pude oír el sermón del obispo de Londres. Caminé por el parque hasta la capilla de la Reina y oí bastante de su misa y algo de su música, que no me parece tan deleznable como nuestra gente la pinta: me agradó mucho, y desde luego era mejor que el himno que escuché más tarde en Whitehall. Me quedé hasta que el Rey bajó a tomar el Sacramento. Sin embargo, veo poca diferencia entre el ceremonial de nuestra gente al administrarlo y el de la iglesia romana, excepto que en mi opinión nuestra capilla no es tan bella ni la forma de hacerlo tan

soberbia como en la capilla de la Reina. Luego a casa del señor Pearse, donde comí con ellos y sus hijos; buena compañía y buena conversación, pues pueden contar todos los asuntos de la Corte, como los amoríos y las locuras que allí se ven: es seguro que la señorita Stewart hace con el Rey todo lo que hacen las amantes, y que el Rey tiene muchos bastardos conocidos y reconocidos, aparte del duque de Monmouth[9].

18 de abril

Arriba y en coche con *sir* W. Batten y *sir* T. Alien a Whitehall. Despachamos con el Duque, como de costumbre, y terminamos los preparativos para la salida al mar del Príncipe y del general el próximo lunes.

Después a casa del señor Lely, el pintor, donde vi los bustos, algunos terminados y todos empezados, de los altos oficiales de la última gran batalla contra los holandeses. Están bastante bien y el duque de York quiere que cuelguen en su cámara. Satisfechos con lo que vimos, nos marchamos; me despedí de ellos y camino de la Lonja pase un rato en la tienda del vendedor de láminas, donde vi muchos grabados estupendos pero no compré ninguno, excepto una vieja columna de Roma, hecha para un triunfo naval, que compro y guardo por la antigüedad de las formas de los barcos. Luego a la Lonja, es decir, a la Lonja Nueva, donde miro por encima algunos libros de teatro y decido comprar todas las obras recientes. Después a Westminster, y allí comí en el Cisne, yo solo, un trozo de carne; salí hacia King Street y desde mi coche vi a Jane, la que vivía en casa de Jervas, mi peluquero; seguí un poco, paré, volví a pie, la alcancé y hablé con ella. Como me dijo adonde iba crucé [el río] y nos encontramos en Lambeth, donde tomamos un trago: me contó que el que fue su enamorado tanto tiempo resultó estar casado, y aunque su jefe me había dicho que se habían acostado varias veces en su casa, ella lo niega.

19 de abril

Hasta tarde en la cama y luego a la oficina, toda la mañana. A mediodía con *sir* W. Warren en la Cabeza del Papa. Volví a la oficina y nos reunimos con los comisionados de Suministros; me irritó que *sir* W. Penn estuviera casi borracho, y más aún porque el señor Chicheley me lo hizo notar, lo que suponía un menosprecio a la oficina. Cuando se marcharon, fui a mi despacho. Poco después llegó de Brampton mi esposa, a la que no esperaba

hasta el sábado; esto me impedirá cierta diversión, pero me alegra su llegada. Me dice que es posible que continúe el asunto con Ensum, pero tengo que dar otras cien libras; ella está de acuerdo. Cree que mi padre está corto de dinero, porque las rentas vienen muy flojas. Mi madre se ha vuelto muy desagradable y molesta, y mi padre, muy inestable, con su antiguo mal genio, lo que me hace pensar mucho.

20 de abril

Arriba, y después de una o dos horas de charla con mi pobre esposa, que cada día me da más satisfacción, en coche a Westminster, donde me encontré con la señora Martin y me fui con ella por el río a Stangold. Después de pasear por los campos, a la taberna de la Cabeza del Rey, donde pasamos un par de placenteras horas. Nos separamos y yo a la Lonja Nueva, a por una lista de todas las obras modernas que quiero conseguir y hacer que me las encuadernen juntas. Luego a ver al señor Hayls; contra su opinión, hice que quitara el paisaje y solo pusiera un cielo en su lugar. Aunque no me gusta demasiado, ahora está mejor que antes. En el Patio de San Pablo encargué algunos libros nuevos y volví a mi oficina un rato, pero no pude hacer lo que quería porque me llamó la señora Turner, que deseaba hablar conmigo y explicarme su situación, que es mala y de necesidad: *sir* Thomas Harvey vuelve a pretender instalarse en sus aposentos y me ruega que lo impida si puedo; se lo prometo. Hablamos en general de los vecinos: me cuenta los defectos de cada uno y todo lo malo que se dice de mi esposa y de mí, y desde luego descubro cosas que no pensaba.

21 de abril

Con lord Brouncker en su coche a Hyde Park, la primera vez que voy este año. El Rey estaba allí, pero lamenté ver a *lady* Castlemaine: como el luto obliga a todas las damas a vestir de negro, sin adornos en el pelo ni lunares, me pareció mucho más normal de lo que nunca hubiera pensado, y de hecho no es más bonita que la señorita Stewart, a la que también vi.

23 de abril

Esta mañana se ha reunido el Parlamento, aunque solo para suspenderlo hasta el invierno. Dicen que la plaga ha crecido mucho en la ciudad y

extraordinariamente en el campo. Anduve por Westminster Hall, pero poco tiempo porque nada me retenía, ya que Betty Howlett no estaba. De camino a casa paré en dos o tres sitios a preguntar por el precio de las perlas, pues se va cumpliendo el plazo de la promesa que le hice a mi esposa de comprarle un collar.

25 de abril

Después de comer a la oficina, donde vino el señor Prin por el asunto del Arcón. Mientras llegaba el resto hablamos a solas en el jardín sobre las leyes de Inglaterra, explicándome sus muchos fallos, entre otros su oscuridad debido a la gran cantidad de largos estatutos, que él se propone resumir en grupos para que mientras él viva y siga habiendo Parlamentos se conviertan en leyes, y así el resto de estatutos sea revocado: de esa forma, conocer la ley será un trabajo sencillo, lo que parece algo noble y bueno. Al rato vinieron *sir* W. Batten y *sir* W. Rider e hicimos algo sobre el Arcón, y espero que sigamos con eso. La plaga, bendito sea Dios, ha descendido a dieciséis esta semana.

28 de abril

Después de comer fui con mi esposa a Hayls solo para ver nuestros cuadros y el de la señora Pearse, que no me parece tan bueno como esperaba. Mi esposa a casa de su padre a llevarle algo de trabajo de hacer renglones, lo que le he recomendado que le ceda porque le proporcionará algo de dinero. También ha salido a buscar a otra chica, pues la última que tuvimos se marchó el mismo día que vino. Y a ver un collar de perlas por el que está muy interesada: acepto gastarme ochenta libras en uno. Yo a casa a trabajar. Al rato viene mi esposa y poco más tarde Balty a despedirse, pues se hace a la mar en muy buenas condiciones como inspector de un escuadrón, lo que le reportará cien libras este año además de mantener su paga en la Guardia. Después, muy atareado hasta la noche, entre otras cosas escribiéndole una carta a mi hermano John, la primera desde que me enfadé con él: es tan dura que después de haberla escrito casi lamenté mandarla, pero es preparatoria para mostrarme más amable después y hacer algo por él cuando obtenga su grado de Master of Arts. Luego a casa, a cenar y a la cama.

30 de abril

Arriba, y a escribir mi diario de estos últimos cuatro días. A la oficina, ocupado toda la mañana. A mediodía comí solo, mi esposa ha salido a decidirse por su collar de perlas. Después de comer a hacer mis cuentas del mes, y, bendito sea Dios, veo que a pesar de mis gastos recientes (ochenta libras ahora para pagar un collar, casi cuarenta por un juego de sillas y un sofá y casi otras cuarenta por mis tres cuadros) cuento con cinco mil doscientas libras. Mi esposa regresa y ha elegido un collar de tres filas, muy bueno, que cuesta ochenta libras. Por la noche con mi esposa y Mercer en coche a tomar el aire hasta Bow; bebimos y comimos en el coche por el camino. De noche en casa subimos al emplomado, pero tuvimos que bajar por el olor, pues *sir* W. Penn había vaciado un orinal con mierda justo al lado. Me preocupa por si a partir de ahora me molesta con eso. Así que bajamos a cantar un poco y luego a la cama.

1 de mayo

En pie y toda la mañana en la oficina. A mediodía vino a verme mi primo Thomas Pepys para tratar de lo de hacerse juez de paz, a lo que se opone: entre otras cosas, me dice en confianza que no se siente con libertad para castigar según la ley a los cuáqueros y a otros por motivos religiosos. Además no entiende el latín y por ello no puede ejercer el cargo, pues ahora las órdenes se hacen en latín. Tampoco estará en Kent, aunque es de la parroquia de Deptford, porque su casa está en Surrey. Sin embargo, le hice sentirse predispuesto a ello. Creo que me dará cierta reputación allí tener a un pariente con cargo. Cuando se fue, y como mi esposa estaba fuera, yo también salí, aquí y allá, para ver y ser visto, y entre otros sitios a Thames Street a averiguar adonde ha ido a vivir Betty Howlett, que se ha casado con el hijo de la señora Michell. Al parecer cerca del Viejo Cisne, pero no me pareció adecuado ir allí a visitarles. Después por el agua a Rotherithe, leyendo un nuevo libro francés que lord Brouncker me ha dado hoy, *L'histoire amoureuse des Gaules*, un buen librito contra los amores en la Corte de Francia[10].

3 de mayo

A mediodía a casa, donde encuentro que la pequeña Sue está peor, lo que me preocupó, y más al ver a mi esposa atendiendo sus pinturas y no ocupándose de la casa (hoy ha vuelto a pintar). Esto hizo que aumentara mi

enfado con ella y le dije que no toleraría que Browne pensara que iba a comer conmigo todos los días, pues quiero tener mi casa para mí, sin extraños. Tuvimos un pequeño enfrentamiento, pero se acabó al rato y nos pusimos a buscar a alguien que cuidara de la chica y la llevara a su casa. A la única que encontramos le ofrecí veinte chelines por semana, además de las ropas, la ropa de cama y las purgas, y le hubiera dado treinta chelines si me los hubiera pedido, pero me pidió una o dos horas para decidirlo. Me marché a Westminster e hice avisar a la madre de la chica para que fuera al Hall: se comprometió a conseguir un alojamiento para la muchacha y a alguien que la cuidara en la casa de al lado, pues no se atrevía a meterla en su casa por la parroquia (de la que su marido es sacristán). Luego a casa; por la noche vino la madre con una cuidadora que ha conseguido: me pidió (y acepté) diez chelines a la semana por cogerla y se marcharon; la casa está muy descuidada, con tan poca gente en ella, y vamos a necesitar uno o dos criados.

4 de mayo

Pasé por casa del señor Hayls a ver lo que ha hecho con el retrato de la señora Pearse, y sea lo que sea lo que pretende, creo que nunca será tan bueno como el de mi esposa. Luego a la oficina un rato y a comer. Tuve una discusión otra vez con mi esposa por lo de que Browne venga a enseñarle a pintar y coma a mi mesa, en lo que no voy a ceder. Estoy seguro de que no pretende nada malo, pero nos enfadamos mucho y decidí que se haría mi voluntad, sin discutir, y sea como sea lo lograré. Después de comer salí otra vez a la Lonja Nueva a por unas obras de teatro y a Whitehall, pensando encontrarme con *sir* G. Carteret, pero no estaba. Luego al Cisne, en Westminster, donde pasé un cuarto de hora con Jane y de vuelta a casa. Esta noche, cansado de mis recientes costumbres ociosas y del poco bien que le hago al Rey y a mí en la oficina, me comprometí con reglas muy estrictas hasta el próximo domingo de Pentecostés.

5 de mayo

Toda la mañana en la oficina. Después de comer estuve con una carta de *sir* W. Coventry desde la flota en la que me encarga mucho trabajo para enviar a los proveedores que están en el rio, y otras cosas que tengo que recordar. Hasta las diez de la noche ocupado con cartas y otras cosas de la oficina. A las once a casa. Con una luna preciosa, mi esposa, Mercer y yo

salimos al jardín; como yo había terminado el trabajo, estuvimos cantando hasta las doce con mucho placer para nosotros y para nuestros vecinos, que tenían las ventanas abiertas; luego, a cenar y a la cama.

7 de mayo

Arriba temprano para arreglar mis papeles antes de que venga *sir* W. Coventry. Me entristece, pues soy consciente de que tengo que esforzarme para responder bien a sus preguntas sobre los avituallamientos. En la oficina trabajé mucho y conseguí ponerme en una posición razonablemente buena antes de que él llegara; luego le ofrecí un relato bastante aceptable de todo. Después fuimos a la Oficina de Avituallamiento, donde lo examinamos y me sentí enrojecer por no poder decir más de lo que dije, pero confío a Dios que nunca me veré de nuevo en la misma situación.

11 de mayo

Después de comer estuve haciendo arreglos en el comedor, pero al rato llegó mi esposa con la señora Pearse y perdí casi toda la tarde con ellas. Por la noche salimos, dando un largo paseo por Hackney, Kingsland e Islington.

12 de mayo

Arriba temprano a escribirle una carta al duque de York explicando la mala situación en que estamos por falta de dinero. A mediodía a casa, donde mi esposa estaba todavía enfadada porque anoche la hice callar en el coche cuando contaba sus largas historias del *Grand Cyrus*, en lo que se empeñaba aunque no venían a cuento ni lo hacía bien. Ella se lo tomó muy mal, y desde luego creo que tengo la culpa, pues tiene razón al percibir que en compañía de otras mujeres que me gustan como Knepp o Pearse la valoro menos, o no como debería.

13 de mayo, día del Señor

En pie y andando a Whitehall, donde nos reunimos todos para entregar una carta al duque de York en la que nos quejamos formalmente por la falta de dinero. Hecho esto, volví a Westminster con la esperanza de pasar un rato con Jane en el Cisne o con la señora Martin, pero fallé con ambas, así que

regresé a pie casi todo el camino hasta casa. Allí se presentó el señor Symons, mi viejo conocido, a comer conmigo y le traté lo mejor que pude, pero me pareció un tremendo charlatán: percibo la diferencia que hay en mí entre ahora y antes, cuando pensaba que era un tipo estupendo.

16 de mayo

Arriba muy temprano. Bajé por el río hasta Deptford para atender unos asuntos, pues en breve tengo que despachar con el Duque y el señor Coventry; quería llevarles algo nuevo para demostrar que soy un hombre atento al trabajo, algo que he hecho tanto y durante tanto tiempo pero ahora se ha convertido en una carga tan grande en mi cabeza que casi no me divierto con nada del mundo.

19 de mayo

A mediodía llevé al señor Deane (que ha venido a la ciudad recientemente) a casa a comer. Allí le reproché y aconsejé acerca de su comportamiento en el cargo que por mi influencia ocupa en Harwich, declarando no obstante mi voluntad de que sigamos siendo amigos. Después nos pusimos a hablar de su barco *Rupert*, que ha construido allí y que ha tenido tanto éxito que a él le ha reportado un gran honor el hacerlo y a mí el haberle recomendado: el Rey, el Duque y todos los demás dicen que es el mejor barco que se haya construido nunca. Luego me explicó su forma de calcular por anticipado el calado que tendrá un barco, lo que es un secreto que todos admiran en él, pues es el primero que ha logrado calcularlo con cierta seguridad antes de que sea botado. Confieso que estoy encantado con su éxito en este asunto, y me asombra el atrevimiento de Castle al infravalorar el boceto que Deane me envió: hasta me dio vergüenza cuando Castle me preguntó, tras echarle un vistazo, si el que lo había dibujado había construido alguna vez un barco, haciéndome dudar de él.

23 de mayo

Arriba a las cinco y a mi despacho a poner algunas cosas en orden. Luego salí hacia Whitehall pasando por casa de lord Belasyse, que desde la cama me dio un informe completo de cómo dejó las cosas cuando salió de Tánger. Se declaró muy satisfecho de mis atenciones y con mucha astucia solicitó un

aumento del número de hombres allí. Me contó toda la historia de sus ganancias con el botín de los turcos, reconociendo que ha obtenido cerca de cinco mil libras. Me prometió los mismos beneficios que recibía Povey. En resumen, me parece un hombre muy astuto. Después de comer, a Whitehall; estuve en la cámara de *sir* G. Carteret hasta que terminó el Consejo y entonces los dos en su coche hasta el parque. Hablamos del Estado y de la situación de la Armada en lo referente a dinero, de lo difícil que es conseguir más. También de nuestra oficina y de los oficiales, recomendándome precaución, pues los hay que son tan enemigos míos como suyos: nombró a lord Brouncker, que ha hablado varias veces contra mí, y me aconsejó que estuviera en guardia: lo haré, y a menos que mi excesiva adicción al placer me perjudique, resultaré bastante duro para ellos.

29 de mayo, cumpleaños del Rey y aniversario de la Restauración

Me desperté con el repicar de campanas en toda la ciudad. Arriba antes de las cinco y a la oficina, donde nos reunimos. Toda la mañana inquieto por cómo resultaría la visita de *sir* W. Coventry a la Oficina de Avituallamiento por la tarde para ver la situación allí. Creo que el hacerlo sin avisarme y solo con *sir* W. Penn debe ser intencionado, para pillarme en falta. Sin embargo, a mediodía fui invitado por *sir* W. Penn a comer con *sir* W. Coventry y el ambiente era bueno; escuchamos algunas buenas historias de *sir* W. Coventry, aunque no me divertí. Como anoche y esta mañana me había estado preparando para informarles sobre la situación en la Oficina de Avituallamiento, la expuse bien después de comer. Sin duda alguna me descargué de responsabilidades perfectamente y para su completa satisfacción, así que, contrariamente a lo que esperaba, salí bien por segunda vez en este asunto. Si vuelvo a caer en esto de nuevo, merezco cargármela. Al regresar a casa estuve hasta la una redactando un contrato con el capitán Cocke para ofrecérselo al Duque mañana; si sale bien, me promete quinientas libras.

31 de mayo

Me desperté muy temprano por la lluvia y unos truenos tremendos, que me estuvieron molestando casi toda la noche. Como era fiesta, me dolía el ojo y he dormido poco estos días, estuve en la cama hasta las nueve; cuando me levanté, toda mi familia estaba arriba, también mi padre y mi hermana (que es

una mujer bastante bien formada y no tan gruesa como yo pensaba que estaría, aunque con muchas pecas y poco atractiva de cara). Salí a Deptford y a Blackwall por cosas de trabajo y volví a casa a comer, todos muy a gusto. Entre otras cosas, con un gorrión que Mercer nos ha traído para tres semanas: es tan dócil que vuela alrededor de la mesa, come y pica, pero lo hace todo con mucha suavidad y nos deja encantados. Después de comer, con mis papeles y cuentas de este mes, para ponerlos en orden. Es día de ayuno público para rezar por el éxito de la flota, pero es curioso pensar la poca importancia que la gente concede a esto de hacer ayuno: se declaró sin tiempo para leerlo en las iglesias el domingo pasado y solo se ordenó mediante una proclama, supongo que por la noticia repentina de que los holandeses han salido. A mis cuentas: para mi pesar veo que tengo unas veinte libras menos que el mes pasado, ya que tuve que devolverle cincuenta libras a Downing, el herrero, que me había regalado antes. Sin embargo estoy bastante conforme, porque tengo cinco mil doscientas libras.

2 de junio

Arriba y a la oficina, donde nos traen noticias ciertas de que esta mañana ha llegado una carta del duque de Albemarle para el Rey, fechada ayer a las once, en la que dice que mientras navegaban hacia la flota avistaron a la flota holandesa, y que se estaban preparando para luchar con ellos, así que seguro que a esta hora están combatiendo. Además, algunos afirman que oyeron cañones durante toda la tarde de ayer. Esto nos provocó a todos una gran agitación. Enseguida vinieron órdenes para que enviáramos a la flota un reclutamiento de doscientos soldados. Me levanté y a la Oficina de Avituallamiento, y de allí por el río entre las distintas embarcaciones, con la idea de enviarlas. Finalmente bajé hasta Greenwich, donde designé dos yates para que estuvieran listos y ordené que los soldados marcharan a Blackwall. Con todo preparado para la nueva marea, bajé a la orilla con el capitán Erwin en Greenwich y fuimos al parque, donde pudimos escuchar los cañones de la flota con toda claridad. De allí a la Cabeza del Rey, donde encargamos unos filetes para la comida a las cuatro. Mientras se hacían, paseamos junto al agua y vimos al Rey y al Duque bajando en su gabarra hacia Greenwich House; me acerqué a ellos y les di cuenta de lo que estaba haciendo. Subieron al parque a oír los cañones de nuestra flota. Nuestra esperanza ahora es que el príncipe Rupert está de regreso y se unirá a la flota este mediodía: se le mandó un mensaje con ese fin el miércoles pasado. Esta mañana nos ha llegado una

respuesta: que intentaría navegar desde St. Ellen a las cuatro de la tarde del miércoles, que fue ayer. Eso nos da esperanzas, pues el viento es muy bueno, de que pueda estar con ellos este mediodía: los nuevos disparos nos lo hacen pensar. Después de comer, sin nada más que hacer hasta la marea, fui a ver a la señora Daniel, a la que no dije nada del combate por su marido, que está en el *Royal Charles*. Muy a gusto media hora con ella; salí hacia Blackwall y allí vi embarcarse a los soldados (que a esas horas estaban casi todos borrachos). Dios mío, había que verles besar a sus esposas y amadas de esa manera tan ordinaria cuando marchaban, gritando y sacando sus pistolas, en una extraña diversión. Por la noche subió el yate *Katharine*. El capitán Fazeby vio a la flota holandesa el jueves y huyó de ellos, pero desde entonces hasta ahora no ha oído ningún cañonazo ni ha tenido noticias de lucha. Después de hacer subir a los soldados a bordo volví a casa, escribí lo que tenía que hacer para el correo, y a cenar y a la cama, ya tarde.

3 de junio, domingo de Pentecostés

En pie, y por el río a Whitehall, donde me encontré con el señor Coventry, que me dice que la única noticia la ha traído el capitán Elliott, del *Portland*. Vio explotar uno de los grandes barcos holandeses, y a tres ardiendo. Empezaron a luchar el viernes. Al llegar a puerto pudo ver otro barco del Rey entrando. Le pareció que era el *Rupert* y no sabe de daños en otro de nuestros barcos. Con esta buena noticia, a casa de nuevo por el río, y a la iglesia a tiempo para el sermón; se lo conté con gran alegría a mis compañeros de banco. Luego a comer a casa. Después mi padre, esposa, hermana y Mercer por el río hasta Woolwich, y yo por tierra vi la Lonja tan llena de gente como a mediodía, igual que cualquier otro día, esperando noticias. A St. Margaret's, Westminster, donde vi en la iglesia a la bonita Betty Michell. Luego a la Abadía y a casa de la señora Martin; allí hice lo que *je voudrais avec* ella, tanto *devante* como atrás, lo que también es *muy bon plazer*. Al poco vino su marido y, después de hablar un rato, me marché a Whitehall, donde me enteré de una mala noticia: el Príncipe llegó a Dover anoche a las diez y no oyó nada de lucha, por lo que han fracasado nuestras esperanzas de que ayudara a la flota. También cuentan que las banderas del duque de Albemarle y Holmes fueron derribadas, teniendo ambos que anclar para renovar sus jarcias y velas. Además ha llegado esta tarde una carta de Harman, del *Henery*, que fue a parar en medio de la flota holandesa y tuvo que abrirse paso entre ellos: fue atacado consecutivamente por tres brulotes[11], apartó dos e inutilizó al

tercero, pero se incendió, con lo que muchos hombres saltaron al agua y murieron. Ha perdido más de cien hombres y lleva muchos heridos (sabe Dios lo que ha sido de Balty), aunque al final apagaron el fuego y llegaron a Aldeburgh [Suffolk]; todos dicen que es el peligro más grande del que jamás ha escapado un barco, y ha sido magníficamente conducido por Harman. El mástil del tercer brulote cayó ardiendo sobre el barco de Harman y le hirió en la pierna, por lo que ahora está cojo, pero sin peligro. Fui a ver a *sir* G. Carteret, quien me dijo que todo esto se ha llevado muy mal, que la orden del Rey para hacer regresar al Príncipe se emitió el viernes, se envió por correo ordinario el miércoles y no llegó a manos del Príncipe hasta el viernes, que en vez de zarpar al momento esperó hasta las cuatro de la tarde. Esto deja asombrados al Rey, al Duque y a la Corte, y están todos con la cara desencajada. Al encontrarme con Creed, los dos solos en coche a Hyde Park a hablar de estas cosas, y bendecimos a Dios porque lord Sandwich no estaba aquí para involucrarse en un asunto tan desafortunado. Era curioso el miedo que tuve toda la tarde de que me vieran con Creed, por temor a que la gente pensara que por nuestra relación con lord Sandwich estuviéramos planeando algo malo sobre el fracaso del Príncipe. Pero sabe Dios que lo siento de corazón por el país entero, aunque si no fuera por eso no estaría mal que estos jóvenes orgullosos encontraran un freno a su presunción y a su desprecio hacia hombres tan buenos.

4 de junio

Arriba y con *sir* J. Mennes y *sir* W. Penn a Whitehall en el coche del último. Cuando llegamos nos enteramos de que el Duque está en St. James, adonde se ha trasladado recientemente. Andando por el parque vimos a cientos de personas en las canteras de grava para oír los cañones. Leí una carta de Strowd, gobernador del castillo de Dover, fechada anoche que dice que el Príncipe llegó allí la noche anterior con su flota, pero que los cañones que decimos haber oído los hemos debido confundir con truenos. Dice que es milagroso que hayamos estado oyendo tan claramente los cañones el viernes, el sábado y ayer cuando en Deale y en Dover no escucharon nada de lucha ni creen haber oído ningún cañón. Esto da lugar a un gran debate filosófico: cómo pudimos oírlo nosotros y ellos no siendo el viento que nos trajo el sonido el mismo que debería habérselo llevado a ellos. Pero así es. Después de atender al Duque, *sir* W. Penn y yo a casa; en cuanto llegamos me dijeron que habían llegado dos hombres de la flota para hablar conmigo. Bajé y

resultó ser el señor Daniel, todo embozado y con la cara tan negra como una chimenea, lleno de suciedad, brea, alquitrán y pólvora, envuelto en ropas sucias y con el ojo derecho tapado. Vino anoche a las cinco desde la flota con un camarada suyo que se ha lastimado otro ojo. Los bajaron en Harwich esta mañana a las dos con otros veinte heridos del *Royal Charles*. Como podían cabalgar, cogieron postas sobre las tres y llegaron aquí entre las once y las doce. Me monté en el coche con ellos y los llevé a las escaleras de Somerset House. Me acerqué al parque a ver al Rey y le dije que milord General se encontraba bien la noche pasada a las cinco, y que el Príncipe se le unió con su flota sobre las siete. El Rey estaba encantado con la noticia, me cogió de la mano y hablamos un poco: le conté todo lo mejor pude e hizo que llamara a los dos marineros mientras él entraba en la casa. Así que llevé a los dos hombres y escuchó todo el relato.

La batalla [de los cuatro días]

> Nos encontramos a la flota holandesa anclada el viernes entre Dunquerque y Ostende y les hicimos levar anclas. Ellos eran unos noventa y nosotros menos de sesenta. Luchamos con ellos y les hicimos huir hasta que se encontraron con otros dieciséis barcos nuevos. La lucha continuó hasta la noche y luego al día siguiente desde las cinco hasta las siete de la noche, y también ayer, que siguió hasta las cuatro. Ellos se pasaron casi todo el sábado y ayer persiguiéndonos, y nosotros huyendo. Al final, el Duque vio que se acercaba la flota del Príncipe, y ante esto De Ruyter (que nos estaba siguiendo) se reunió y dividió su flota en dos escuadrones: cuarenta barcos en uno y unos setenta en otro. El bando mayor tenía que seguir al Duque, y el menor enfrentarse al Príncipe. Sin embargo, el Príncipe se unió a la flota del Duque y los holandeses se unieron de nuevo y enfilaron hacia su costa, y nosotros con ellos. No sabemos cómo terminará este día, pues oímos que la lucha continúa.

El Rey sacó de su bolsillo veinte monedas de oro y se las dio a Daniel para él y su compañero. Así se marchó, muy satisfecho con el relato que le había hecho de la batalla y el éxito con el que terminó. Más tarde con lord Brouncker y Creed en coche a Whitehall, donde hay nuevas cartas llegadas de Harwich, donde está el *Glocester* con el capitán Clarke: dicen que al llegar el Príncipe el domingo por la noche, los holandeses huyeron. Pero hoy han estado luchando todo el día. El capitán Bacon, del *Bristol*, ha muerto. Ensalzan a Jennings, del *Ruby*, y a Saunders, del *Sweepstakes*. Critican muchísimo a *sir* Thomas Teddiman por cobarde, pero el tiempo dirá por qué. Después de oír todo esto Creed y yo estuvimos en el parque hasta las nueve o las diez de la noche hablando de la mala suerte de nuestra flota, de lo que habría pasado si el Príncipe no hubiese llegado, del fracaso del Duque [de Albemarle], con lo presuntuoso que se mostraba; de lo poco que nos merecemos que Dios Todopoderoso nos ayude un poco más, de cuánto de esto excusa lo que se dijo contra lord Sandwich y cuán más fiable es él que

otros que están ahora al mando, que actúan sin razón alguna, solo por impulsos y de forma desordenada; de lo mal organizados que estamos por no haberle dado información antes al Príncipe, dejando que llegara a Dover sin ningún aviso de lucha ni de dónde estaba la flota; tampoco le dimos aviso alguno al Duque.

5 de junio

Toda la mañana en la oficina esperando noticias de la flota y del resultado de la batalla de ayer, pero no llegó nada. Después de comer, por el río a Deptford (y Woolwich, donde no estaba desde que me alojé allí) y de allí a Longreach, pasando de camino por todos los barcos para comprobar sus condiciones de navegación y necesidades. Llegué a casa a las once sin otra noticia que la salida del *Rainbow* de la flota, pues está inutilizado; algunos dicen que *sir* W. Clerke ha muerto al serle cortada la pierna.

6 de junio

Por el río a St. James, donde ha ido hoy [el duque de York], pues es día de ayuno por la plaga. Allí nos encontramos todos y despachamos como siempre con el Duque. Después le seguimos por el parque hacia Whitehall. Todo el mundo encantado: con buen motivo se piensa que los holandeses han sido vencidos, porque no se oyen cañonazos ni tenemos noticias de nuestra flota. Al poco le llegó al duque de York la narración de la batalla del capitán Howard, del *Dunkirke*, que informa con mucha precisión que las dos flotas lucharon el lunes hasta las siete de la noche, y entonces toda la flota holandesa se retiró en franca huida, sin volverse en ningún momento. Se piensa que la flota holandesa tenia unos cien barcos y que no más de cincuenta llegaron a casa, y pocos de ellos eran buques insignia. Se dice que el pequeño capitán Bell en uno de sus brulotes incendió un barco de setenta cañones. Nos quedamos tan impresionados por las excelentes noticias que el Duque corrió con ellas a ver al Rey, que había ido a la capilla. Toda la Corte era un alboroto, llenos de gozo por las buenas noticias. Fui a la Lonja Nueva e hice circular algo de la información, aunque vi que ya había llegado. Después a la iglesia, y todos se fijaron en cómo se lo susurraba a *sir* J. Mennes y a la señora Penn. En la oficina había casi cuarenta personas de toda clase y condición que querían conocer las noticias, y disfruté contándolo todo. En casa encontré a mi esposa comiendo, pues no sabía que yo estaba en la

iglesia. Después salí con ella y mi padre a casa de Hayls para que mi padre empiece a posar hoy para un retrato, que deseo tener. Toda la tarde en casa, trabajando y redactando mis votos para lo que queda de año. Salí a casa de Hayls, pero ya se habían marchado; en casa tampoco estaban; salí solo a tomar el aire hasta Bow y, cuando regresaba a casa, se encendieron hogueras en toda la ciudad. Al pasar por Crutched Friars vi a Mercer en la puerta de la casa de su madre; paré y entré: toda mi gente estaba cenando estupendamente en los aposentos de W. Hewer. Estuvimos disfrutando hasta las doce de la noche. El gozo de Londres esta noche era extraordinario.

7 de junio

Arriba temprano y a mi oficina a trabajar, con la misma intención de felicitamos por la victoria que teníamos ayer. Sin embargo, lord Brouncker y *sir* T. Harvey, que venían de la Corte, traían noticias en sentido contrario que me dejan asombrado. Es decir, que hemos sido denotados, hemos perdido muchos barcos y buenos capitanes y no hemos tomado ningún barco enemigo, así que somos los únicos en hablar de victoria y no está seguro de que hayamos quedado como amos del terreno. Pero sobre todo se cuenta que el *Prince* encalló en el Galloper[12] y se quedó atrapado, que los holandeses intentaron arrastrarlo fuera y, como no pudieron, lo quemaron, y que han hecho prisionero a *sir* G. Ascue y se lo han llevado a Holanda. Esta noticia me preocupa, así como pensar en las malas consecuencias y en el orgullo y la presunción que nos trajeron aquí. A mediodía a la Lonja, donde vi que el ambiente y las caras han cambiado mucho. Volví a casa a comer, solo; mi padre y todos los demás en Woolwich a ver cómo botaban el *Greenwich*, construido por Ch. Pett. Me quedé solo con la señorita Tooker, a la que tuve en mi cámara toda la tarde e hice lo que pude con ella. Luego a mi oficina y enseguida a Whitehall, a ver las órdenes que tiene que dar el duque de York. El Duque me dio algunas cartas que ha recibido de la flota, y *sir* W. Coventry y *sir* W. Penn, que han estado allí, me indican cosas que hay que hacer para recomponerla de nuevo. Me las llevé a casa y estuve preparando un resumen hasta medianoche. Por lo que se refiere a las noticias, veo motivos para pensar que hemos sido derrotados en todos los sentidos y que somos los perdedores. El duque de Albemarle relata que nunca en su vida luchó con peores oficiales, que no más de veinte de ellos se comportaron como hombres. *Sir* W. Clarke perdió la pierna y murió dos días después.

10 de junio, día del Señor

Me encontré con Pearse, el cirujano, que acaba de regresar de la flota y me dice que todos los comandantes, los oficiales y hasta los marineros critican la conducta del duque de Albemarle. Que perdimos más con la llegada del Príncipe que antes, pues llegó tan dañado que tuvieron que remolcarle de vuelta. Y que el duque de Albemarle sigue tan orgulloso como siempre, encantado creyendo que le ha dado una buena a los holandeses, pero no piensa en lo que nos ha hecho perder, y dice que sabe cómo derrotarles. También me dice que el duque de York está totalmente entregado a su nueva amante, *lady* Denham, saliendo a mediodía con todos sus caballeros a visitarla en Scotland Yard. Ella dijo que no sería su amante como la señorita Price, subiendo y bajando por escaleras ocultas, sino que quería ser reconocida públicamente, y así ha sido. Parece que el señor Brouncker fue el mediador en todo esto, y también *lady* Castlemaine, que pretende hacerse fuerte con el Duque, pues hubo el otro día una riña entre el Rey y ella.

13 de junio

Sir H. Cholmley me cuenta que ha habido un gran enfrentamiento entre el duque de York y el de Albemarle, pues el segundo ha destituido a un par de oficiales nombrados por el primero. Entre otros, el capitán Du Teil, un francés a quien puso el duque de York y al que defiende mucho. De allí con Balty a casa de Hayls (pues hoy es el séptimo día desde que hice mis últimos votos, y tengo libertad para incumplirlos cada séptimo día si los he cumplido los seis anteriores). Veo que el retrato de mi padre está empezado, y me satisface mucho: me alegra pensar que tendré un retrato tan bueno de él, que además de ser mi padre y un hombre que me quiere y siempre me ha tratado bien, es también una de las personas más prudentes y buenas que hay en el mundo. De allí a casa; me despedí de Balty y fui invitado al funeral de *sir* Christopher Mings, donde vi a *sir* W. Coventry (que mostraba una gran generosidad al encontrarse allí, pues era la única persona de calidad) y fui con él en su coche. Estando con él sucedió algo extraordinario, de lo más emocionante que he visto en mi vida, y apenas podría creerlo de no haberlo visto. Una docena de hombres sanos, capaces y dignos se acercó al coche con lágrimas en los ojos y uno de ellos, que hablaba por el resto, le dijo a *sir* W. Coventry: «Somos doce que hemos conocido, amado y servido a nuestro querido comandante, *sir* Christopher Mings, desde hace mucho tiempo, y acabamos de prestarle el último servicio, enterrarle. Nos gustaría tener algo más que ofrecerle, como

venganza por él. Lo único que tenemos son nuestras vidas, y si a usted le place, pida a su Alteza Real que nos conceda un brulote, y, si es posible, haremos lo que podamos en homenaje a nuestro comandante muerto, en venganza suya». *Sir* W. Coventry se emocionó mucho con esto (igual que yo, que apenas podía evitar llorar), tomó sus nombres y partimos. Salimos de la iglesia entre la multitud y yo a casa, donde trabajé un poco. Por la noche bajé por el río hasta Deptford y fui a pie a ver a la señora Bagwell. Estando a esa hora bastante oscuro, pasadas las diez, entré en su casa e hice lo que pude. Sin embargo pasé no poco miedo por lo que me contó, y es que su criada murió por la plaga y que ella no regresó hasta ayer. Ha encalado toda la casa en la planta baja, pero no debo subir arriba porque no lo está aún.

16 de junio

Parece que los holandeses se muestran muy insultantes con su victoria, y tienen motivos. *Sir* W. Berkeley murió antes de que atraparan su barco y está expuesto en un arcón para que todos lo vean, con su bandera al lado. A *sir* George Ascue lo llevan arriba y abajo por La Haya para que lo vea la gente.

19 de junio

Sir G. Carteret me cuenta que el general Albemarle está descontento, y que ha habido palabras fuertes entre él y *sir* W. Coventry. Puede que sea cierto, pues ya no veo que alabe al Duque tanto como solía, sino que de vez en cuando deja caer alguna pequeña puya, como hoy, que hablando de las noticias de Holanda dijo: «Veo que su victoria empieza a encoger allí, igual que la nuestra aquí». Me encontré al capitán Cocke, que me cuenta que lo primero que hizo el Príncipe al llegar junto al Rey fue quejarse de los comisionados de la Armada, que hubieran podido salir en tres o cuatro días, y no fue así por nuestra culpa. Esto me preocupa y me temo que pueda acarrear problemas para la oficina antes o después. Luego a casa y a mi trabajo hasta tarde por la noche, y después con mi esposa al jardín. Allí canté con Mercer, a la que siento que quiero demasiado desde que una mañana le toqué los pechos mientras me vestía, pues son los mejores que he visto en mi vida, es la verdad. Luego a casa, a cenar bacon con judías, y a la cama.

20 de junio

Esta mañana le di a mi padre (que se va mañana) dinero para que se compre un caballo y otras cosas para él, mi madre y mi hermana, en total unas veinte libras, además de comprometerme a pagarles más cosas por valor de unas tres libras, que el pobre hombre acepta con infinita amabilidad.

23 de junio

Mi padre y hermana se despidieron muy temprano y mi esposa los acompañó amablemente hasta el coche; estoy muy contento de haber tenido su compañía, y mi padre de haber estado aquí; me alegra el corazón poder darle gusto. Si no fuera por mi madre me encantaría que se quedara siempre conmigo, siendo tan buena compañía. Cuando se fueron, yo a mis asuntos, aunque me irrito al enterarme de algo de lo que oí parte esta mañana, antes de salir mi esposa: que ella y Mercer riñeron anoche y la chica se ha ido definitivamente con su madre. Esto me molesta, aunque quizá me alivie algo los gastos. Sin embargo me gusta la chica y, como es seguro que tendremos que coger a otra, siento tener que separarme de ella. Después de escribir mis cartas, a cenar y a la cama, decidido a levantarme mañana temprano y bajar el río, ya que esta noche me he enfadado al ver que no había ni un oficial en el astillero a las siete de la noche. Parece que esta mañana estuvo aquí la madre de Mercer para hablar con mi esposa. Por la tarde, yo y mi esposa dimos instrucciones por escrito a W. Hewer para que hablara con ella; por la noche vino y dio satisfacción a mi esposa, por lo que al rato regresó Mercer, de lo que me alegré mucho, quitándome la preocupación respecto a ella.

24 de junio, domingo. Solsticio de verano

Arriba, pero cansado del día anterior, no tan temprano como pretendía. Cuando me arreglé, por el río a Deptford, donde había mucha actividad y muchas prisas, pues *sir* W. Coventry ha escrito contando que se piensa que la flota holandesa está fuera o saliendo: mucho trabajo para llevar provisiones a la flota. Después de comer por el río a Whitehall, donde esperé en la galería de madera a que terminara el Consejo. El comandante Halsey cuenta que el duque de Albemarle dice que hemos obtenido una victoria, pues está seguro de que hemos matado a más de ocho mil hombres y hundido catorce de sus barcos; sin embargo, nada de esto parece cierto. Atribuye el poco éxito que hemos tenido a la orden superior de dividir la flota y a la falta de espíritu de los comandantes. También me dice que habiendo estado con el duque de

Albemarle ha descubierto que casi todo lo de la Armada lo llevan Holmes y Spragge, y por otros me entero de que *sir* Thomas Alien está ofendido por ello, pues no se le consulta como se debería. Finalmente acabó la reunión del Consejo, salió *sir* W. Coventry y nos fuimos solos a Hyde Park, donde hablamos mucho. Primero comenzó con los comentarios que escucha en la ciudad, que, según dice, son malos y deberían suprimirse, si él supiera cómo hacerlo, comparando el resultado del año pasado[13] con el de este. Luego se puso a hablar de sí mismo, diciendo que había oído que la gente le atacaba por no haber avisado al Príncipe de que los holandeses habían zarpado y para que volviera, ni al duque de Albemarle de que el Príncipe estaba de regreso: de todo esto me contó con mucho detalle sobre el cuidado que tuvo la noche en que se decidió que regresara el Príncipe, haciendo que se escribieran las órdenes, despertando al duque de York, que estaba en la cama, para que las firmara, y que salieron por correo esa misma noche; respecto a haberlas mandado por correo y no mediante designación a algún caballero, bromeó con ello diciendo que no conocía a ninguno que no tardara tanto en arreglarse como para superar en diligencia al correo ordinario. Le comenté que se hablaba más de otra cosa: de los motivos para la separación de la flota. De esto me dijo que no debía hablar mucho, pero que la proposición provenía de la flota y que no se hizo nada que no fuera consultado con el duque de Albemarle y con su total consentimiento. Además añadió (como dicen los católicos, «en secreto de misa») que *sir* Edward Spragge, que en tiempos de *sir* Christopher Mings consiguió ser el gran favorito del Príncipe y ahora tenía la intención de ser el gran hombre a su lado, procuró que el Príncipe se separara del duque de Albemarle para lograr algo ellos dos solos, y por eso fue él quien promovió la separación de la flota. Me dice que el asunto de la información, de cuya ausencia tanto se queja la gente, no era de su incumbencia, y que como él no tiene ninguna culpa, no intentará colocarla en otro sitio[14]. Observo que se esfuerza por no reprocharle nada al duque de Albemarle, hablando, al contrario, mucho sobre su valor. Sin embargo, está claro que no le gustan sus procedimientos. Es evidente que menosprecia a los comandantes que el Duque colocó y resta importancia a los fallos de aquellos a los que destituyó.

25 de junio

La señora Penn nos llevó a dos jardines en Hackney (que cada día me gustan más): el del señor Drake, que es bueno y con la casa y las vistas

admirables, y el de lord Brooke, mucho mejor, pero la casa no tanto y las vistas nada buenas. Vi las primeras naranjas: algunas enteramente verdes, otras la mitad, otras un cuarto y otras completamente maduras, todas en el mismo árbol; algunas frutas de un árbol salen un año o dos después que las otras. Arranqué una pequeña furtivamente (pues el hombre es muy cuidadoso con ellas) y me la comí, y era como todas las naranjas pequeñas y verdes, tan grande como la punta de mi meñique. También había muchas plantas exóticas, algunos laberintos y una bonita pajarera. Esta mañana escuché con placer al señor Caesar tocar cosas muy buenas al laúd mientras le enseñaba a mi chico Tom, y le di cuarenta chelines por su ánimo.

27 de junio

Arriba; un rato a mi oficina y luego río abajo a ver cómo preparaban las embarcaciones para llevar a cuatrocientos soldados de tierra a la flota. Después a St. James, donde despachamos como siempre con el Duque. Al terminar con él, todos a la cámara de *sir* W. Coventry (donde vi que colgaban el cuadro de su padre, lord Coventry, hecho por Stone. Es un buen retrato con las ropas de juez y el Gran Sello. Mientras lo colgaban, *sir* W. Coventry dijo jovialmente: «Ese es el trato que damos a nuestros padres») a hablar de la propuesta de suministro de cáñamo. La trae lord Brouncker como si procediera de una persona desconocida, aunque yo sé que es del capitán Cocke. Lord Brouncker y *sir* William Coventry tuvieron palabras serias al respecto: uno a favor por intereses personales, pues como Cocke mismo me ha contado recibirá quinientas libras si se hace el negocio, y yo otro tanto, y el otro, que es el más ingenioso de los dos, en contra, porque no es razonable si desconocemos de quién viene la propuesta. Yo estuve sin decir nada porque no soy muy partidario, aunque Cocke pretende que la favorezca. Sin embargo, lo que vi más claramente en la conversación fue que *sir* W. Coventry piensa que estamos en una situación desesperada. Además dependemos totalmente de que el Parlamento nos dé más dinero en la próxima sesión, si no estaremos arruinados.

28 de junio

A mediodía a casa a comer y después a Lombard Street, a reclamarle cierto dinero a *sir* Robert Viner. Vuelta a casa y toda la tarde y noche en la oficina, muy preocupado por tener las cuentas claras y tanto dinero en mi

poder como pueda, pues se teme un gran cambio teniendo los franceses algunos planes (sean los que sean) y estando nosotros con muchas necesidades por todas partes. Se sabe ya que los holandeses han salido y les esperamos en cualquier momento en nuestra costa. Sin embargo, nuestra flota está bastante bien preparada.

29 de junio

Arriba, y en casa casi toda la mañana mandando a un portero a distintos sitios para pagar mis deudas del mes, pues deseo saber pronto y con claridad de cuánto dispongo; con ese fin estuve mucho tiempo haciendo las cuentas de Tánger. Luego a casa y a la oficina, donde llega una carta de Dover en la que se cuentan noticias de un caballero desde Calais: una flota holandesa con ciento treinta barcos ha llegado a la costa francesa; están llevando piquetas, palas y carros a Calais; hay seis mil hombres (franceses) armados con cascos y protección de pecho y espalda preparados para embarcar en la flota holandesa, y les seguirán otros doce mil. Dicen que van a Dover y por ello el gobernador del castillo está llevando todas las provisiones de la ciudad hasta allí, para tenerlas seguras. Creo que es una idea ridícula, pero se verá pronto. Por la noche, a cenar y a la cama.

1 de julio, día del Señor

En pie temprano y a la oficina, donde el principal asunto era conseguir que los reclutados a la fuerza en Londres bajaran el río para llegar hasta la flota. Mientras estaba de lleno en eso, llega *sir* W. Penn, lo que no esperaba, y como yo había invitado a su esposa y a su hija Peg a comer conmigo, se vino él también, y estuvimos bastante a gusto. Aunque no me agrada, creo que es necesario estar en buenas relaciones con él: su buen trabajo al sacar la flota en Sheemess ha sido muy apreciado y se le ha comunicado al Rey y al Duque, incluso por parte del duque de Albemarle y el Príncipe; también ha sido alabado por *sir* W. Coventry. Por tanto, creo que es prudente, muy prudente y necesario, llevarme bien con él. Después de comer, a la oficina y a Deptford, pensando en ver a la esposa de Bagwell (este volvió ayer a la flota), pero no la encontré, así que me perdí lo que buscaba. Volví varias veces a la Torre a lo de los hombres forzados, y los estuvimos embarcando hasta las doce de la noche. Pero, Dios, cómo lloraban algunas pobres mujeres; nunca en mi vida vi expresiones tan naturales de emoción como allí: mujeres lamentándose,

corriendo hacia cada grupo de hombres que salía, buscando a sus maridos y llorando ante cada embarcación que partía, pensando que estarían allí; me dolía el corazón de oírlas. Ver a los pobres trabajadores dejando a sus esposas y familias, arrastrados de repente por extraños, era muy duro; además, esto se hace sin dinero que les obligue, solo se les fuerza a ir, contra toda ley. Es una gran tiranía. Al terminar, le di las buenas noches al Teniente de la Torre y a casa a dormir.

4 de julio

Gracias a Dios, la plaga solo ha aumentado en dos personas esta semana, según me dicen, aunque es muy poderosa en algunas partes del país, particularmente en Colchester, donde lleva tiempo y creen que se va a despoblar el lugar. A St. James, a despachar como siempre con el Duque, entre otras cosas discutiendo dónde construir diez grandes barcos. El Rey y el Consejo han decidido que ninguno esté por debajo de la tercera clase, pero es imposible, a menos que consigamos más dinero del que ahora tenemos en perspectiva. Sin embargo, debemos aparentarlo ante el mundo. Luego a despedirme de lord Belasyse, que se marcha al norte a ocuparse de la milicia, por miedo a una invasión. Después a casa a comer y a la oficina, y por la noche vino *sir* W. Penn a verme. Estuvimos paseando y hablando de la última batalla. Me dice con franqueza que todo el planteamiento fue malo y que no es él solo quien lo piensa, sino que dos terceras partes de los comandantes se lo han dicho: todos dicen que no se atrevieron a oponerse en el Consejo de Guerra para no ser llamados cobardes, aunque era totalmente irracional luchar ese día con tal desproporción de fuerzas, y nosotros sin poder disparar desde el nivel inferior[15], lo que hacía la mayor la desigualdad. Además podíamos habernos quedado en los Downs[16] sin luchar, o en cualquier otro lugar, hasta la llegada del Príncipe o hasta que el tiempo hubiera mejorado, para disponer de todas las ventajas de nuestro lado. Habló de forma muy racional y me gustó oírle esta noche más que nunca en mi vida.

6 de julio

Arriba y a Lombard Street a conseguir una buena cantidad de dinero; me estoy preparando para contar con bastante dinero en mi poder por miedo a que haya problemas en el Estado, que todo se quede en manos de otros y yo hecho un mendigo. Después de resolver eso, a la oficina, y luego a la Torre para

embarcar a más hombres forzados; hecho esto, a Broad Street, donde *sir* G. Carteret está solo pagando vales. Creo que no había menos de mil personas en la calle. Es curioso observar que en la calle se ven muchas mujeres de clase humilde, pero no hombres, y es que tienen miedo de ser cogidos. Comí con *sir* G. Carteret y después hablamos largamente sobre asuntos públicos. Parece que cada día teme más las mismas cosas que yo: la confusión general en el Estado, pues respondiendo claramente a la pregunta de quién lleva el peso de la guerra, la respuesta es: solo *sir* W. Coventry. Luego a Lombard Street, donde recibí dos mil libras y me las llevé a casa; mil son en oro, la mayor cantidad que jamás he visto junta; sin embargo, no es más de la mitad de una bolsa de cien libras en tamaño, pero mucho más pesada. Lo hago por seguridad y comodidad de transporte, aunque el cambio me cuesta setenta libras, pues pago cada pieza a dieciocho chelines y medio.

10 de julio

A mediodía a casa a comer y luego a la oficina. El patio estaba lleno de mujeres (creo que más de trescientas) que venían a cobrar dinero por sus esposos y amigos que están prisioneros en Holanda. Allí estaban clamando y maldiciéndonos, así que mi esposa y yo teníamos miedo de mandar al horno el pastel de venado que tenemos para cenar esta noche por si se ponían violentas, pero salió sin daño alguno. Aproveché cuando se marcharon al patio anterior y me colé en la oficina. Allí estuve trabajando toda la tarde. Sin embargo, al rato entraron las mujeres en el jardín, se arrimaron a la ventana de mi despacho y se pusieron a atormentarme. Tengo que confesar que pedían dinero con tanta tristeza, explicando la situación de sus familias y sus maridos, lo que han hecho y padecido por el Rey, lo mal que les tratamos, lo bien que se trata aquí a los holandeses por la generosidad de sus señores, lo que ofrecen a sus maridos para servir a los holandeses en el extranjero, que me dan una enorme pena y ganas de llorar, pero no se puede hacer nada. Sin embargo, cuando se habían ido llamé a una y le di algún dinero; ella me bendijo y se marchó. Cuando terminé en la oficina, a la Torre a hablar con *sir* J. Robinson sobre la mala situación de los hombres forzados por falta de ropas y a proporcionarles camisas, calzones y calcetas. Al terminar, a casa, donde encuentro a mi esposa y a las dos señoritas Batelier paseando por el jardín; estuve con ellas hasta casi las nueve. Luego con la señora Mercer, la madre, su hija Anne y nuestra Mercer a cenar un buen pastel de venado y otras cosas. La cena fue muy buena y muy alegre. Las señoritas Batelier

tienen muy buen humor. Cantamos, hablamos y luego las llevamos a casa; allí nos invitaron a beber algo y entre otras cosas nos enseñaron unos pájaros enjaulados traídos de Burdeos, muy gordos. Se llaman hortelanos y se los traen al Rey para comer; desde luego, son estupendos.

15 de julio, día del Señor

Arriba y a la iglesia, donde el pastor dio un sermón bastante bobo sobre el gran tema de probar la verdad de la religión cristiana. En casa tuve una buena comida: esperaba al señor Hunt, pero solo vinieron el joven Michell y su esposa, sobre la que mi esposa está de acuerdo en que es muy bonita y hace una buena pareja con él. Después de comer, él y yo paseamos hasta Whitehall. Él a la Abadía y yo a Whitehall, pero no encontré a nadie con quien hablar, y como tenía pocas ganas de ser visto holgazaneando por allí y de que me preguntaran cosas de la flota, solo paseé por el parque. Como hacía mucho calor y estaba cansado, me tumbé junto al canal, sobre la hierba, y dormí un rato. Estuve pensando en una sátira que me ronda la cabeza esta semana sobre la última batalla y sus errores, pero otros asuntos me distrajeron. Después de un rato allí tumbado volví a la Abadía y busqué a Michell. Iba andando pero con mucho dolor, porque llevaba zapatos nuevos, y en Fleet Street cogí un coche. Llegué bien a casa, donde tomé bastante cerveza. Luego cogí a mi esposa y a los Michell y salimos a los campos a tomar el fresco, más allá de Hackney. De vuelta bebí por el camino gran cantidad de leche, que tomé para quitarme la acidez que últimamente tengo, pero tuve muchos gases y me parece que anuncian que he cogido frío. Cené en casa y a la cama, con mucho dolor y miedo de más dolor aún, que efectivamente llegó, pues me pasé toda la noche agarrándome la barriga por el dolor de los gases, haciendo de vientre a menudo y vomitando también, lo que no es normal en mí. Yo lo atribuyo a la leche que tomé después de tanta cerveza y al frío al haberme lavado los pies la noche anterior.

18 de julio

El Duque dijo que ya sabe, por fin y con seguridad, que los holandeses perdieron en los últimos enfrentamientos veintinueve capitanes y trece barcos. *Sir* W. Coventry comentó públicamente que, si su Alteza Real lo sabía con certeza, sería útil hacer llegar la noticia a la flota y extenderla para mejorar el ánimo de nuestros oficiales y marineros, que están muy deprimidos por no

saber si le hicieron algún daño al enemigo, pese al que ellos nos hicieron a nosotros. Luego con *sir* W. Penn a casa, pasando por la de Lely a pedir cita para que me pinte junto a los otros comandantes de la batalla del año pasado. Tiene tanto trabajo que tuvo que mirar para saber cuándo me toca, y es dentro de seis días, entre las siete y las ocho de la mañana. De allí a casa, donde vino el doctor Fuller, al que había invitado. Ahora es obispo de Limerick en Irlanda, y yo le conocí cuando tenía un humilde puesto en Twickenham[17]. La comida fue buena y sigue siendo el buen hombre de siempre, cortés y uno de los mejores y más apropiados prelados que he conocido en mi vida. Durante la comida vino un conocido suyo, *sir* Thomas Littleton, a quien no reconocí mientras estuvo en mi casa, pero me gustó su conversación. Luego *sir* W. Penn me hizo saber que es uno de los mejores oradores de la Cámara de los Comunes, así que lamenté no haberme fijado más en él y haberle tratado más. Hoy el duque de York dijo que según las cartas de los generales, zarparían hoy o mañana.

21 de julio

A mediodía paseé por el jardín con el comisionado Pett, que me cuenta los enormes desórdenes que hay entre los comandantes y oficiales de la flota, sin disciplina, sin otra cosa que juramentos y maldiciones, todos haciendo lo que quieren, y los generales, que no saben más, lo toleran. El mismo ha sido retado dos veces a duelo, o algo así, por *sir* E. Spragge y el capitán Seymour. Me dice que los capitanes llevan a la gente que les apetece y piden y consumen las provisiones que quieren. Así que teme, y yo lo mismo, que Dios Todopoderoso no pueda bendecirnos mientras estemos con este desorden. También me comenta que no hay nadie con buen sentido en la flota, y es cierto que los capitanes nobles nos van a hacer fracasar, pues no hay manera de tenerlos sujetos, ya que nadie excepto el Duque tiene mando alguno sobre ellos.

22 de julio, día del Señor

Después de comer, trabajando hasta las cuatro. Luego salí a Whitehall, donde di unas vueltas con Hugh May, un hombre muy ingenioso con el que hablé, entre otras cosas, de la moda actual respecto a los jardines, que es dejarlos sencillos: tenemos los mejores paseos de grava del mundo, pues no los hay en Francia ni en Italia, y el césped de nuestras pistas de bolos es mejor

que el suyo. Como lo que interesa es el aire, esta forma es la mejor: solo con una pequeña mezcla de estatuas y jarrones que deben ser elegantes, rellenos de esto y aquello, una flor o hierba, como indique la estación. Respecto a flores, es mejor que estén solas en una pequeña superficie; además, sus bordes estropean los caminos del jardín. Para la fruta lo mejor es construir muros circulares, uno dentro de otro y orientados hacia el sur, dejando el paseo solo para ese uso.

23 de julio

Arriba y a mi cámara, a hacer allí algunas cosas urgentes. Luego viene Simpson, el carpintero, y con mucho trabajo montamos armarios para poner mis libros, que son ya muy numerosos. Los tengo unos encima de otros en sillas y no los uso para evitar la molestia de quitarlos todos para poder coger uno. Después de comer, a la oficina, y luego en coche a St. James. Allí tomo el aire en el parque con *sir* W. Coventry y *sir* G. Downing: todos con mucha expectación por si la flota entra en combate, pero todavía no. *Sir* W. Coventry dice que tenemos ochenta y nueve barcos, y solo uno de quinta clase, y que el *Sweeptstakes* lleva cuarenta cañones. Me dice que tienen muchísimos hombres: el *Loyall London* más de ochocientos. Además observa, y es digno de hacerlo notar, que llevan cerca de catorce días sin pedir absolutamente nada, excepto más hombres. Sin embargo, también comenta que con este exceso de hombres han dejado atrás a otros dieciséis barcos que están sin tripulación y que quizá deberían haber sido equipados para ser utilizados en la lucha. Piensan que esta es la mejor flota en capacidad de cañones, tamaño y número de barcos y hombres que jamás se haya visto en Inglaterra, pues tiene, según calcula *sir* W. Coventry, además de los de la retaguardia, ochenta y nueve barcos y veinte brulotes. Los franceses todavía no se han unido a los holandeses, lo que no satisface a estos, y si tuvieran una derrota esto acabaría con De Witt**[18]**. En general, están en contra de esta alianza con los franceses.

25 de julio

Arriba temprano a pasar a limpio el documento de anoche para el Duque. Salí en un coche de alquiler con *sir* W. Batten a St. James, pero el Duque estaba en el parque con el Rey y de allí se fueron a Whitehall. Después de esperar una hora nos fuimos para allá. Allí nos enteramos de que se habían ido a la capilla, pues es el día de St. James. Mientras aguardábamos fuera a

que terminara el servicio, vino gente del parque diciendo que se habían oído cañones con toda claridad. Salimos todos al parque, y el Rey y el Duque, a la pista de bolos cuando terminaron en la capilla. Al rato el Rey se fue a comer y yo asistí, aunque pienso, Dios mío, lo poco que me agradaría a mí tener tanta gente alrededor. Estuve hablando con el señor Williams, que me dijo que tenía muchas esperanzas puestas en esta batalla por la igualdad de las fuerzas, o mejor, por nuestra superioridad en número, y porque no la afrontamos con la presunción con que lo hemos hecho hasta ahora. Me invitó a comer donde le habían invitado a él, en las escaleras de atrás. Así, cuando retiraron la carne de la mesa del Rey tuvo que irse, pero me dejó con dos o tres sirvientes del Rey y comimos la carne que venía de su mesa: era excelente, y la bebida extraordinaria, enfriada con hielo (lo que se agradecía con este tiempo tan caluroso). Después de la estupenda comida me fui a los nuevos aposentos de la señora Martin, donde la encontré y estuvimos a solas. Pero, Dios mío, qué gorda está ya. Al menos en apariencia parece muy preocupada por su marido en el mar, pero estoy seguro de que él no le importa nada.

27 de julio

A mediodía a casa y de nuevo a la oficina, donde paseo por el jardín con el capitán Cocke. Sin noticias de la flota. Su gran negocio del cáñamo mediante una propuesta anónima no le gusta al Rey y no se va a hacer, de lo que se alegra, pues así se libera de su obligación con lord Brouncker, del que está cansado, y especialmente de su amante la señorita Williams. Lo intentará de otra forma, tratando solo conmigo, lo que no me desagrada y también será mejor para él y para el Rey. Al marcharse, por el río a Whitehall. El barquero me dice que hay noticias de que nuestro barco *Resolution* se ha quemado y hemos hundido cuatro o cinco barcos enemigos. En sus aposentos, *sir* W. Coventry me enseña una carta del capitán Talbot en la que dice que la batalla empezó el día 25. Vio al *Resolution* arder por culpa de uno de sus brulotes, y cuatro o cinco barcos enemigos, pero dos o tres de nuestros barcos estuvieron en peligro de arder por nuestros propios brulotes, lo que no podemos entender.

28 de julio

Arriba y a la oficina, donde no hay más noticias de la flota que las que tuvimos ayer. Nos reunimos y, a mediodía, a comer a la Cabeza del Papa: *sir*

W. Warren nos invitó a un pastel de venado a lord Brouncker y a su amante, al comisionado Pett, al doctor Charleton y a mí. Tuvimos una charla muy buena del doctor Charleton respecto a que la naturaleza le da a cada criatura unos dientes adecuados a la comida para la que es destinada, y que está claro que la de los hombres es la fruta, no la carne; dice que es capaz de identificar qué come un animal desconocido por la forma de sus dientes. Lord Brouncker hizo un par de objeciones: que será más normal que los animales busquen la comida adecuada a sus dientes a que sean los dientes los que se adapten a la comida. Sin embargo, el doctor comentó, creo que correctamente, que las criaturas prefieren naturalmente unas comidas a otras, incluso antes de haber tenido la experiencia de probarlas, y que a todos los niños les gusta la fruta, mientras que ninguno se siente atraído por la carne, solo contra su voluntad al principio. De allí con lord Brouncker a Whitehall, sin noticias. Luego a St. James a ver a *sir* W. Coventry, donde solo nos enteramos que el *Bredah* ha regresado y da la misma escasa información que el otro dio ayer, así que no sabemos lo que ha pasado con el grueso de la flota, pero creemos que hay motivos para tener buenas esperanzas. Desde allí con lord Brouncker. Por el camino me explicó los principios de la óptica, y qué es lo que hace que un objeto parezca mayor o menor: no es el ojo ni ninguna regla óptica lo que mide las distancias, sino un acto de la razón al comparar una posición con otra, lo que me agrada y al tiempo instruye mucho.

29 de julio, día del Señor

Una carta de *sir* W. Coventry me cuenta que hemos obtenido la victoria. Les hemos ganado en los Weelings[19]. Hemos apresado dos de sus barcos grandes, pero por orden de los generales han sido quemados. Esto me parece un mal resultado para una batalla entre dos grandes flotas; tras cuatro días sin saber nada de ellos seguía impaciente, pero no pude enterarme de nada más. Esto es todo, solo que mantenemos el mar, lo que indica victoria, y no hemos sido derrotados, aunque sin muchas razones para alardear. Dios lo sabrá. Luego a casa, a cenar y a la cama.

30 de julio

Salgo a pagar algunas deudas de final de mes y a ver a *sir* W. Coventry en St. James, donde le encuentro en su nuevo despacho, muy bonito y bien provisto de libros elegantes. Veo que habla desdeñosamente de la reciente

victoria: no le gusta que la flota siga en su costa, pues cree que los holandeses saldrán de nuevo en dos semanas y entonces nuestra flota no estará preparada, ya que tenemos varios barcos dañados y en mala situación para luchar. Está muy insatisfecho por el gran número de hombres y la nueva petición de veinticuatro barcos de avituallamiento, y eso que el otro día salieron todo lo llenos que podían estar. El *Resolution* llevaba cañones de bronce[20]. Se ha dicho que las dos flotas tenían el mismo número de barcos, con solo uno de diferencia. Luego a casa, y a cantar con mi esposa y Mercer en el jardín. Al entrar veo que mi esposa está muy disgustada conmigo porque paso demasiado tiempo con Mercer enseñándole a cantar, mientras que con ella no me tomo molestias. Lo reconozco, pero es porque la chica coge muy bien la música y ella no, y la música es lo que más quiero del mundo, casi lo que más placer me puede dar ahora. Luego a la cama, pero sin palabras por mi parte.

1 de agosto

Arriba temprano a hacer mis cuentas del mes. Bendito sea Dios por tenerlas muy claras y por tener cinco mil setecientas libras, lo máximo que jamás ha salido en mi libro. Me preparo para despachar con el duque de York, como siempre, pero cuando salía me entretuvo *sir* W. Penn y cuando llegué tarde a St. James vi que todo estaba tranquilo, pues no habían hecho nada al faltar yo. Luego paseé por el parque con *sir* W. Coventry, al que veo claramente insatisfecho con la forma en que se ha dirigido la batalla y con lo que hacen los generales; solo le alegra saber que De Ruyter ha perdido aceptación y que esta batalla les ha costado cinco mil hombres, como reconocen ellos mismos. Es extraño, comenta, cómo la muerte cae a veces de un solo lado, pues ellos han perdido cinco mil y nosotros no más de cuatrocientos o quinientos entre muertos y heridos.

6 de agosto

Arriba, un rato a la oficina y luego por el río a ver a *lady* Mountagu en Westminster. Allí visité a lord Hinchingbrooke, recién llegado de Hinchingbrooke, que me parece un caballero muy formal, para mi alegría. De allí a casa, y en Fenchurch Street me encuentro al señor Battersby, que me dice: «¿Has visto que la puerta de Dan Rawlinson está cerrada?». Lo vi y le pregunté. Dice: «Después de la enfermedad y de pasar el año pasado en el campo, ahora ha muerto uno de sus hombres de la plaga, su esposa y una de

sus criadas están enfermas y él mismo está encerrado». Esto me preocupa mucho. En casa oigo a Sarah Daniel decir que Greenwich está ahora mucho peor que antes, y también Deptford. Nos dijo además que creen que todos van a abandonar el pueblo y venir a Londres, que se ha convertido en el receptáculo de toda la gente de los sitios infectados. ¡Dios nos guarde!

7 de agosto

Por la noche viene el señor Reeves con una lente de doce pies. Luego subimos a la parte de arriba de la casa e intentamos ver la Luna, Saturno y Júpiter, pero estaba nublado y no logramos ver nada después de tanta molestia montándolo todo para manejar la lente larga.

8 de agosto

Arriba, y caminé con Reeves hasta el Temple; allí nos separamos y cogí un coche, pero antes estuve hablando con el señor Hooke, al que encontré en la calle, sobre la naturaleza del sonido. Me hizo entender la naturaleza de los sonidos musicales causados por las cuerdas de forma muy brillante. Me dijo que si se alcanza un determinado número de vibraciones para formar un tono, él es capaz de decir cuántas veces bate las alas una mosca (de las que hacen ruido al batirlas) por la nota que alcanza durante su vuelo. Supongo que esto es demasiado refinado, pero en general su conversación fue estupenda. Fui en coche a St. James, donde atendí con mis compañeros al Duque, a quien vimos con dos o tres parches en la nariz y sobre el ojo derecho son por haberse golpeado con la rama de un árbol el otro día mientras cazaba, y es raro que no le haya sacado el ojo. Encuentro a Reeves en casa, pues la noche es estupenda, muy brillante. Subimos al emplomado, aunque tengo mucho sueño, hasta la una, mirando la Luna y Júpiter con su lente de doce pies y otra de seis pies que ha traído esta noche. Compraré una de las lentes, pues son muy útiles. Luego a la cama, con mucho sueño pero muy a gusto. Reeves duerme otra vez en mi casa y estoy muy orgulloso (y debo agradecérselo a Dios) de tener una cama libre para mis amigos.

13 de agosto

En el Patio de San Pablo hablé con el encuadernador para que venga a dorar todos mis libros y los haga elegantes para mis nuevos armarios, cuando

me lleguen.

14 de agosto, día de Acción de Gracias[21]

Salgo al Viejo Cisne, donde visité y besé a Betty Michell; quería llevarla a Westminster, pero la vi un poco más fría de lo que solía, lo que me molesta un poco. Así que de mal humor a la capilla de Whitehall, donde me encontré con Povey, que me cuenta lo irritado que se ha puesto lord Peterborough con mi carta y que ha escrito una muy furiosa en contestación, aunque no ha llegado todavía. Esto me preocupa, pues aunque no hay razón, cuando un noble abre la boca contra un hombre, esto siempre puede hacerle daño. Intenté encontrarle y hablar con él, pero no lo conseguí. Luego a casa en coche con el capitán Cocke; tiene problemas con su cáñamo, del que dice que ha comprado grandes cantidades y desearía estar en buenos tratos con nosotros; prometo que le ayudaré. Bajamos en la Lonja, donde tras un par de vueltas me marché; últimamente no estoy muy a gusto allí, por tener que responder a preguntas que me harían y que no puedo contestar. Después de comer con mi esposa y Mercer al jardín del Oso[22], donde llevaba muchos años sin ir, vi el juego del cómbale del toro y los perros, aunque es una diversión muy desagradable y vulgar. De allí a casa, bastante satisfecho por la variedad de actividades de esta tarde, y a mi cámara hasta la noche, en que vinieron los invitados a la cena. Ofrecimos pastel de venado al señor Batelier y su hermana Mary, a la señora Mercer y su hija Anne, al señor Le Brun y W. Hewer. Sobre las nueve fuimos a la puerta de la señora Mercer, donde nos esperaban los chicos con los fuegos artificiales y estuvimos hasta cerca de las doce lanzándolos. Al final entramos en su casa y nos lo pasamos muy bien manchándonos de cera y hollín hasta parecer diablos. Al terminar volvimos a mi casa, donde bebimos y subimos arriba. Nos pusimos a bailar (W. Batelier lo hace muy bien) y nos vestimos él, yo y un tal señor Banister de mujeres. Mercer se puso un traje de Tom, como un chico, y nos divertimos mucho. Mercer bailó una giga y Nan Wright, mi esposa y Peg Penn se pusieron pelucas. Así estuvimos hasta las tres de la mañana, muy a gusto. Nos despedimos, y a la cama.

15 de agosto

Con mucho sueño, dormí hasta pasadas las ocho y me despertaron por una carta de *sir* W. Coventry, en la que me cuenta que hemos quemado ciento

sesenta barcos enemigos en Vlieland. Me levanté, y con toda la prisa posible y miedo a llegar tarde, pues hoy es el día de despachar con el duque de York, a St. James, donde hay muchos detalles: en general se trata de buenos barcos mercantes, algunos de ellos cargados y se supone que ricos. Usamos cinco brulotes con ellos. Hicimos tierra en Schelling (*sir* Philip Howard y creo que Holmes con algunos hombres, cerca de mil en total), quemaron la ciudad y se marcharon. Al rato, el duque de York nos mostró con sus libros el lugar concreto y la forma en que pasó, y dijo que no era nuestra intención hacer eso, sino solo desembarcar en Vlieland y quemar algunos de sus almacenes. Sin embargo, al llegar vimos esos barcos y con nuestras grandes barcazas los fuimos quemando uno a uno. Parece que lo hicimos gracias a un capitán renegado de los holandeses, que vio sus buenos servicios mal pagados por De Ruyter y se pasó con nosotros haciéndonos un gran favor, por lo que confiamos en él y él mismo fue en esa expedición. Todo esto devolverá la reputación al duque de Albemarle, aunque no veo que sea nada suyo. Dios mío, hay que ver cómo el éxito, sea con o sin razón, hace que un hombre parezca sabio pese a que ha demostrado la más absoluta estupidez del mundo. Luego paseé por el parque con *sir* W. Coventry y aproveché la ocasión para hacerle saber que aunque los problemas de nuestra oficina pueden muy bien imputarse a la consabida falta de dinero, sin embargo puede que haya fallos personales, y que todavía estoy sujeto a la promesa que me hizo de decírmelo si viera algún defecto o negligencia por mi parte. Él me prometió que lo haría y que aún no había visto nada, «Además», dijo, «no hay hueco en estos tiempos para buscar fallos en ninguna persona mientras continúe la falta de dinero». Esta respuesta no me satisfizo demasiado, pero estoy contento de habérselo dicho. Además, debo pensar que ahora es un hombre muy importante, mucho más de lo que era, y por tanto debe mantener más las distancias.

16 de agosto

Hoy *sir* W. Batten nos mostró una carta de *sir* T. Alien que cuenta que hemos apresado diez o doce barcos (después de la expedición en la que quemamos sus barcos y su ciudad) cargados de cáñamo, lino, alquitrán, etc. Esta noticia era buena, pero al rato entró *sir* G. Carteret y nos preguntó con grandes voces qué daríamos por una buena noticia. Dice *sir* W. Batten: «Yo las tengo mejores, y me lo apuesto». Pusimos seis peniques para el que diera la mejor noticia. Entonces *sir* W. Batten contó la suya de los diez o doce

barcos y *sir* G. Carteret que, tras las noticias sobre los barcos y la ciudad quemados, el pueblo de Amsterdam cercó la casa de De Witt y le obligó a escapar con el príncipe de Orange, que ha marchado a Cleve a la boda de su hermana. Estuvimos de acuerdo en que esta noticia era mejor y lord Brouncker y yo le dimos nuestros seis peniques a *sir* G. Carteret, que le entregó al señor Smith para los pobres. Así nos divertimos mucho.

17 de agosto

En pie, y temprano con el capitán Erwin por el río hasta Woolwich; desde allí, andando yo solo hasta Greenwich, terminando *The Adventures of Five Hours*, que es la mejor obra que he leído nunca. De regreso, hablando con el capitán Erwin de las Indias Orientales, en las que ha estado a menudo. Entre otras cosas me cuenta que el rey de Siam rara vez sale sin treinta mil o cuarenta mil personas acompañándole, y no dicen nada, no se oye ni un murmullo ni una tos entre toda esa gente. Me dice que el castigo habitual contra los malhechores es cortarles la coronilla, lo que hacen de forma muy hábil, dejándoles el cerebro al aire, lo que les mata al momento. Me cuenta algo que recuerdo de alguna vez anterior: todos se tiran al suelo al llegar el Rey, y nadie le mira, bajo pena de muerte. Que él y sus compañeros, siendo extranjeros, fueron invitados a ver el juego de apresar un elefante salvaje y solo se arrodillaron y miraron al Rey. El intérprete quiso que se tiraran, pues si no sería él quien sufriera por su desprecio al Rey. Al terminar, llegó un mensajero del Rey y el intérprete pensaba que era para quitarle la vida, pero era para saber si les había gustado el juego. El intérprete contesto que habían dicho que era lo mejor que habían visto jamás y que nunca habían oído de un Rey tan grande como él. Cuando el mensajero se marchó le preguntaron qué había dicho, y él se lo contó. Le preguntaron: «¿Por qué dices eso sin nuestro permiso, si no es cierto?». «No importa», dijo él, «tengo que decirlo o me cuelgan, pues nuestro Rey no se alimenta de carne o bebida, sino de las grandes mentiras que le cuentan». Ya se ha publicado la narración de la última expedición que quemó los barcos, y lo ponen como algo grande; espero que sea así. *Sir* John Mennes vino a casa anoche, no muy bien, de Chatham, donde ha estado pagando, y lo ha hecho en Upnor Castle porque la plaga está muy extendida en el pueblo de Chatham. Dicen que ha cogido una fiebre por estar tanto en el agua.

19 de agosto, día del Señor

Arriba, y a mi cámara a hacer las cuentas de Tánger para enseñárselas a los lores comisionados, pero al rato viene el señor Reeves y después el señor Spong. Me paso el día con ellos hasta las diez de la noche con experimentos de óptica, pues Spong me trae un marco que se va cerrando para ver cómo los rayos de luz se cruzan entre sí; en una habitación oscura con humo es muy bonito. También trajo un farol con dibujos en un cristal que hacen aparecer formas extrañas en la pared, muy bonitas. Por la noche miramos Júpiter y su anillo y satélites, muy bien con mi lente de doce pies, pero no pudimos con Saturno, pues estaba muy oscuro. Spong y yo tuvimos interesantes conversaciones sobre planetas, en concreto por qué las estrellas fijas no suben y se ponen a la misma hora durante todo el año, cuya razón él no pudo explicar, ni yo tampoco.

20 de agosto

Me desperté esta mañana sobre las seis por unos golpes muy fuertes en la puerta de *sir* J. Mennes para avisar a la señora Hammon; decían que *sir* J. Mennes se está muriendo. Vino a casa enfermo de fiebre el viernes por la noche. Le vi el sábado y estaba bastante lozano. Me preocupa, porque es un caballero bueno, inofensivo y honrado, aunque incompetente para su trabajo. Arriba y a Deptford por el río, leyendo *Othello, Moor of Venice*, que siempre hasta ahora había considerado una gran obra, pero después de haber leído recientemente *The Adventures of Five Hours* me parece una cosa modesta.

21 de agosto

En pie y a la oficina, donde hay mucho trabajo; allí estaba *sir* W. Coventry, que últimamente nos deja bastante solos porque casi todo lo nuestro tiene que ver con dinero, a lo que no podemos responder, por lo que se le hace tedioso venir. Hoy hizo un experimento cogiendo un montón de peticiones que había sobre la mesa, diecisiete, y resultó lo siguiente: una pidiendo dinero por reparación por compra de ropa, cuatro para que se les hicieran vales, y las otras doce pidiendo dinero.

26 de agosto, día del Señor

Arriba temprano y a preparar las cosas para trasladarme del despacho viejo al nuevo; cuando terminé ya había acabado el sermón en la iglesia, de lo que me alegré mucho. Lo único que me preocupó fue el recado que me trajo lord Brouncker: tenemos que presentarnos esta tarde en Whitehall ante el Rey por una queja de los generales [el príncipe Rupert y lord Albemarle] contra nosotros. Después de comer fui a mi despacho, al que hice ir al señor Lewes para estar completamente informado del tema del avituallamiento y para estar en condiciones de responder al respecto. Marché en coche con *sir* W. Penn y esperamos a que nos llamaran a la sala verde. Allí el Rey empezó conmigo, preguntándome por el tema del avituallamiento de la flota. Le di una larga contestación y parecieron satisfechos, pero insistieron en la necesidad de aumentar los suministros. Se leyó la carta de los generales en la que achacaban el no haber salido, o el haber regresado demasiado pronto, a la falta de material. Luego seguían pidiendo brulotes, pero lo hacían muy superficialmente y sin rigor alguno. Sin embargo, al salir estaba muy agobiado por saber cómo lo había hecho y me dijeron que bastante bien. Me encontré con el señor Moore, con el que estuve hablando una hora. Me dijo cómo van los trámites para conseguir el perdón a milord: el Canciller está preparado, *sir* H. Bennet lo promueve y ya se ha redactado la concesión para la firma del Rey.

2 de septiembre, día del Señor

Algunas de nuestras criadas se quedaron anoche hasta tarde preparando cosas para nuestra celebración de hoy, y Jane nos llamó a las tres de la mañana para decirnos que han visto un gran fuego en Londres. Me levanté y fui en camisón a su ventana; pensé que como mucho era en la parte de atrás de Mark Lane, pero como no estaba acostumbrado a los movimientos de los fuegos me pareció suficientemente lejos y volví a la cama a dormir. Sobre las siete me levanté de nuevo para vestirme y miré por la ventana: el fuego no era mayor que antes y más lejano, por lo que fui a mi gabinete a arreglar cosas después de la limpieza de ayer. Al rato viene Jane y me cuenta que ha oído que han ardido más de trescientas casas y que ahora se está quemando Fish Street, cerca del Puente de Londres. Me arreglé enseguida y fui andando a la Torre. Subí a uno de los sitios altos y vi las casas del otro extremo del puente

ardiendo y un enorme fuego a ambos lados del puente, lo que me inquietó por el pobre Michell y nuestra Sarah. Bajé con el corazón muy preocupado a ver al Teniente de la Torre, que me cuenta que el fuego empezó en la panadería del Rey en Pudding Lane y que ya había quemado St. Magnus's Church y la mayor parte de Fish Street. Bajé al agua, cogí un bote para pasar el puente y vi un fuego terrible. La pobre casa de Michell, en el Viejo Cisne, ya se había quemado y el fuego seguía avanzando hasta llegar en muy poco tiempo a Steelyard mientras yo estaba allí. Todos intentaban sacar sus cosas y las tiraban al río o las dejaban encima de barcazas que se alejaban; la pobre gente se quedaba en casa hasta que el mismo fuego les tocaba, y entonces salían corriendo a los botes o saltaban desde unas escaleras del río a otras. Observé que las palomas se resistían a dejar sus nidos y planeaban junto a las ventanas hasta que a algunas se les quemaban las alas y caían. Estuve una hora viendo el fuego; había mucha rabia en todas partes pero nadie, que yo viera, intentaba sofocarlo: solo sacaban sus cosas y lo entregaban todo al fuego. El viento entraba muy fuerte en Londres y todo era muy combustible tras la larga sequía, hasta las piedras de las iglesias. Marché a Whitehall (con un caballero que quería salir de la Torre y ver el fuego desde mi barca) y subí al gabinete del Rey en la capilla, donde la gente vino a mí y les di a todos un consternado relato del que hablaron al Rey. Fui llamado y les conté al Rey y al Duque lo que había visto, y dije que a menos que Su Majestad ordenase el derribo de casas nada detendría el fuego. Parecieron muy preocupados y el Rey me ordenó que fuese a ver al Alcalde de su parte y le ordenara que no dejara ninguna casa, que las tirara ante el fuego. El duque de York me pidió que le dijera que si necesitaba más soldados, los tendría, y lo mismo me dijo después lord Arlington como un gran secreto. Me encontré con el capitán Cocke y en su coche, que me dejó, fui con Creed hasta San Pablo. Allí caminé a lo largo de Watling Street como pude, con todo el mundo saliendo cargado de objetos que salvar y algunos enfermos transportados en camas. Libros extraordinarios llevados en carros y a las espaldas. Al fin encontré al Alcalde en Canning Street, un hombre agotado con un pañuelo al cuello. Al mensaje del Rey gritó como una mujer que se desmaya: «¡Dios! ¿Qué puedo hacer? Estoy agotado. La gente no me va a obedecer. He estado tirando casas y el fuego va más rápido que nosotros». Dijo que no necesitaba más soldados, que lo que él necesitaba era irse y descansar, pues había pasado toda la noche levantado. Así que se marchó y yo también fui a casa, viendo a la gente casi ausente, sin hacer nada por extinguir el fuego. Las casas están muy apiñadas por esa zona y tienen mucho material que arde, como brea y alquitrán, en Thames Street, y

están los almacenes de aceite, vino, *brandy* y otras cosas. Ya eran las doce o así cuando llegué a casa; allí estaban mis invitados, que eran el señor Wood y su esposa, Barbara Shelden, y también los Moon. El plan del señor Moon y mío era ver mi gabinete y darle gusto con la contemplación del mismo: él quería verlo desde hace tiempo, pero nos encontramos frustrados porque estábamos muy preocupados por el fuego, sin saber qué pensar. Sin embargo la comida fue extraordinaria y estuvimos todo lo animados que podíamos en esas circunstancias. Cuando acabamos, Moon y yo salimos y cruzamos Londres, con las callos llenas de gente, caballos y carros cargados de objetos, transportándolos de una casa quemada a otra. Ahora estaban sacando cosas de Canning Street (que las recibió esta mañana) a Lombard Street y más allá. Entre otros, vi a mi pequeño joyero, Stokes, recibiendo objetos de algunos amigos, pero su casa ardió al día siguiente. Nos separamos en San Pablo, él a casa y yo al muelle, donde había reservado un bote. Me encontré al Rey y al duque de York en su gabarra. Su única orden era derribar casas rápidamente, y así se hizo bajo el puente junto al agua, pero poco más por lo rápido que se les acercaba el fuego. Hay esperanzas de pararlo en las Tres Grullas[23] por arriba del puente y en Buttolph's Wharf por debajo, pero el viento lo lleva hacia dentro de Londres. Después de haber visto tantas cosas volví a Whitehall y de allí al parque de St. James, donde estaban mi esposa, Creed y los Wood. Fuimos al bote y volvimos al agua a ver el fuego aquí y allí, aumentando y con gran viento. Nos acercamos todo lo que nos dejaba el humo; en el Támesis, con el viento de cara, se quemaba uno con la lluvia de cascotes de fuego. Esto es muy cierto, y las casas ardían por esos trozos y astillas de fuego, tres o cuatro, o más, cinco o seis, una por otra. Cuando no pudimos resistir más en el agua, fuimos a una pequeña cervecería en Bankside, frente a las Tres Grullas, y estuvimos allí hasta casi anochecer. Vimos crecer el fuego y, conforme se hacía más oscuro, parecía un solo arco de fuego desde un lado a otro del puente, y otro arco desde la colina de más de una milla, lo que me hizo llorar. Volvimos a casa con el corazón triste: allí todos hablaban y se lamentaban por el fuego. El pobre Tom Hayter ha venido con algo de lo poco que ha salvado de su casa, que ha ardido en Fish Street Hill. Le invité a quedarse en casa y cogí sus cosas, pero se engañó al acostarse allí, pues al llegar la noticia del avance del fuego tuvimos que recoger y prepararnos para trasladar nuestras propias cosas, que a la luz de la luna llevamos al jardín; el señor Hayter y yo trasladamos mi dinero y mis arcones de hierro al sótano, pensando que sería el sitio más seguro. Llevé mis bolsas de oro a mi oficina, junto con mis papeles de cuentas principales y mis *tallies*

en una sola caja. Teníamos tanto miedo que *sir* W. Batten ha hecho traer carros desde el campo para llevarse lo suyo esta noche. Hicimos que el pobre señor Hayter se acostara un rato, pero pudo descansar bien poco con tanto ruido en mi casa, moviendo cosas.

3 de septiembre

Sobre las cuatro de la mañana la señora Batten me envió un carro para que llevara todo mi dinero, plata y los mejores objetos a casa de *sir* W. Rider, en Bethnall Green. Yo mismo, en ropas de dormir, los eché al carro, y Dios, hay que ver lo atestado que está todo de gente corriendo y a caballo, cogiendo carros como pueden para llevarse cosas. Veo a *sir* W. Rider cansado de estar toda la noche recibiendo cosas de amigos. Su casa está llena de objetos, muchos de ellos de *sir* W. Batten y *sir* W. Penn, y me tranquiliza que mi tesoro esté tan seguro. Nos pasamos el resto del día mi esposa, yo y mi gente trabajando en sacar el resto de nuestras cosas, y conseguí que el señor Tooker me dejara una barca para llevarlas a la colina de la Torre, que para entonces ya estaba llena de objetos de la gente. El duque de York vino hoy a la oficina, estuvo hablando con nosotros y fue con su guardia de aquí para allá para que todo esté tranquilo (ahora es general, y debe encargarse de todo). Por la noche me acosté un rato sobre un camastro de W. Hewer en la oficina, pues todo lo mío está empaquetado o fuera, y mi pobre esposa hizo lo mismo. Nos alimentamos con lo que quedaba de la comida de ayer, pues no había ni fuego ni platos ni manera de cocinar nada.

4 de septiembre

Arriba al despuntar el día para retirar el resto de mis cosas, lo que hice con una barca; como contaba con tan pocas manos, cuando terminé ya era por la tarde. *Sir* W. Penn y yo a Tower Street, donde vimos el fuego arder tres o cuatro puertas más allá de casa del señor Howell, pobre hombre, cuyos objetos, bandejas, platos, palas, etc., eran arrojados a la calle; el fuego avanzaba con furia infinita por esa calle tan estrecha. *Sir* W. Batten, que no sabía cómo llevarse el vino, cavó un hoyo en el jardín y lo dejó allí. Yo aproveché para echar todos los documentos de los que no podía disponer de otra forma. Por la noche *sir* W. Penn y yo hicimos otro agujero y pusimos en él nuestro vino, y yo metí mi queso parmesano. Esta noche la señora Turner (que, pobre, estuvo todo el día sacando cosas muy buenas al jardín y no sabe

qué hacer con ellas) y su marido cenaron con nosotros una espalda de añojo en la oficina, sin servilletas ni nada, pero estuvimos animados. Solo que de vez en cuando salíamos al jardín y veíamos el horroroso aspecto del cielo. Después de cenar caminé en la oscuridad hasta Tower Street y allí lo vi todo ardiendo; Trinity House en aquel lado, la taberna del Delfín en este. Comienzan ahora a derribar casas en Tower Street, las más cercanas a la Torre, lo que al principio asustaba a la gente más que otra cosa, pero detenía el fuego y así era fácil apagar el poco que quedaba. W. Hewer fue hoy a ver a su madre y viene tarde; su casa en Pye Comer se ha quemado. Así que ha llegado hasta tan lejos por aquella parte, todo el Old Bayly, y bajó por Fleet Street; San Pablo se ha quemado, y todo Cheapside. Esta noche le escribí a mi padre, pero la casa de postas ha ardido y la carta no pudo salir.

5 de septiembre

Me volví a acostar en la oficina sobre el camastro de W. Hewer, tremendamente cansado y con los pies doloridos de tanto andar. Sobre las dos me despierta mi esposa y me dice que de nuevo gritan «¡Fuego!». Ha llegado a la iglesia de Barking, al final de nuestra calle. Me levanté y decidí que nos marcháramos, cogiendo mi oro, unas dos mil trescientas cincuenta libras, con W. Hewer y Jane en un bote hacia Woolwich. Cuando llegamos allí vimos las verjas cerradas y ninguna guardia en ellas, lo que me molestó, pues se dice ahora que se trata de un complot de los franceses. Hice que abrieran las verjas y entramos en casa del señor Shelden, donde guardé mi oro, encargando a mi esposa y a W. Hewer que nunca dejaran la habitación sin uno de ellos dentro, de día o de noche. Así que volví, pasando por las barcas en Deptford, que están bien vigiladas. Pensaba que al llegar a casa la encontraría quemada, pero no, y eran las siete. Volví hacia el fuego y vi que las cosas estaban mejor de lo que esperaba, pues estaba tan seguro de que nuestra oficina estaba en llamas que no le pregunté a nadie qué íbamos a hacer hasta que llegué y vi que no ardía. Respecto al fuego, observo que los derribos de casas y la gran ayuda de los obreros de los astilleros del Rey enviados por *sir* W. Penn lo han detenido bastante, tanto por el extremo de Mark Lane como por el nuestro. Subí al campanario de Barking y vi la más triste imagen de desolación de mi vida. Me dio miedo seguir allí y bajé lo más rápido que pude, con el fuego tan extendido como podía verse. Fui a casa de *sir* W. Penn, donde tomé un trozo de carne fría, no habiendo comido nada desde el domingo excepto los restos de la comida de ese día. Me encontré con los señores Young y Whistler y

fuimos andando hacia Londres, viendo que Fenchurch Street, Gracious Street y Lombard Street están hechas cenizas. Ver la Lonja entristece, pues no queda nada allí de las estatuas y columnas, excepto el retrato de *sir* Thomas Gresham en la esquina. Fuimos andando hasta Moorfields (con los pies casi ardiendo de tanto andar entre carbones), que está lleno de gente, todos guardando sus cosas junto a ellos (es una bendición que el tiempo sea bueno y puedan estar a la intemperie de noche y de día). Bebimos allí y pagamos dos peniques por un panecillo normal de penique. De camino a casa pasamos por Cheapside y el mercado de Newgate, todos quemados, y vimos la casa de Anthony Joyce en llamas. Cogí un trozo de cristal de la capilla de los Merceros que estaba en la calle (que guardo). También vi cómo sacaban un gato del agujero de una chimenea junto al muro de la Lonja, con todo el pelo quemado pero vivo. Llegué por la noche a casa y veo que hay buenas posibilidades de que se salve nuestra oficina, pero hay mucha vigilancia de noche y de día, con hombres preparados, así que nos alojamos en la oficina y les dimos bebida, pan y queso. Me acosté y dormí hasta la medianoche; cuando me levanté, oí una gran alarma de que nos habían atacado los holandeses y los franceses, pero no era nada. Sin embargo, es extraño cuánto tiempo parece que ha pasado desde el domingo, con tanta variedad de acciones y tan poco sueño, que parece más de una semana o más, y casi hasta había olvidado qué día era.

6 de septiembre

Arriba a las cinco; en la verja de la oficina me encontré al señor Gauden avisando a nuestros hombres para que vayan a Bishopsgate, donde no había ningún fuego cercano y ahora de pronto ha surgido uno, lo que da motivos a la gente, y a mí también, para pensar que hay alguna clase de complot en esto (de lo que muchos están ya convencidos, y es peligroso para un extranjero andar por la calle), pero fui con los hombres y lo apagamos en poco tiempo. Como ahora todo estaba bastante bien cogí una barca para ir a Southwark y a Westminster, pensando en cambiarme, pues estoy sucio de pies a cabeza, pero no pude encontrar dónde comprar una camisa o un par de guantes, aunque fui al Cisne y allí me recorté el pelo; luego a Whitehall, pero no vi a nadie, así que a casa. Era triste ver el río: ni casas ni iglesias junto a él, hasta el Temple, donde paró. Desde casa fui con *sir* W. Batten y nuestro vecino Knightly a casa de *sir* R. Ford, donde comimos en una vajilla de barro. Después a Deptford, donde con gran satisfacción hice bajar mis cosas a tierra, seguras en

casa de *sir* G. Carteret, sin que faltara o se rompiera nada. Hecho esto, con gran alegría a casa y a la de *sir* W. Batten, donde cenamos bien, muy contentos y con los miedos ya pasados. Luego a dormir a la oficina, llena de trabajadores. Sin embargo, era raro ver que el Salón de los Pañeros lleva ardiendo tres días y tres noches sin parar, pues las bodegas estaban llenas de aceite.

7 de septiembre

En pie a las cinco, y, bendito sea Dios, todo está bien. Por el río al muelle de San Pablo. Caminé desde allí y vi toda la ciudad quemada y una terrible vista de San Pablo, con los tejados caídos y el cuerpo del coro derribado hacia St. Faith's. También el Colegio de San Pablo, Ludgate y Fleet Street, la casa de mi padre y la iglesia, y parte del Temple. Luego a los aposentos de Creed, cerca de la Lonja Nueva, y allí le encontré sobre la cama: toda la casa está sin muebles, pues hay temores de que venga el fuego. Le pedí una camisa y me lavé. A ver a *sir* W. Coventry en St. James, que estaba sin cortinas, con todas las cosas quitadas, como el Rey en Whitehall. Espera que no tengamos consecuencias públicas por este fuego, como todos temen, porque se dice que los franceses tienen algo que ver en esto. Me dice que nuestra flota se ha visto con la holandesa, pero por culpa del mal tiempo nos alejamos. Hoy los comerciantes se reunieron por primera vez en Gresham College, que han elegido como su lugar de encuentro. Es curioso lo que se paga por las casas en todas partes: a un amigo de *sir* W. Rider le dan ciento cincuenta libras por una que solía alquilar por cuarenta al año. Muchos debates sobre dónde debe estar la nueva Casa de Aduanas, para adelantarse al crecimiento de Londres. Dicen que el lord Tesorero y otros la querrían en la otra punta de la ciudad. Me alojé en casa de *sir* W. Penn, que me dio una cama, pero sin cortinas ni tapices. Así que por primera vez me acosté en una cama vacía, solo con los calzones puestos, y dormí muy bien, pero todavía tenía miedo del fuego, por lo que descansé poco. La gente en todas partes habla de la estupidez del Alcalde en general, y más en concreto por el fuego, echándole toda la culpa. Se ha proclamado que los mercados se instalen en Leadenhall y Mileendgreene y otros lugares, y que se abra la colina de la Torre y las iglesias para acoger a los pobres.

8 de septiembre

En St. James nos reunimos en la cámara de *sir* W. Coventry e hicimos lo que pudimos, sin libro alguno. Nuestra conversación, como todo lo demás, era confusa. La flota está en Portsmouth, esperando un viento que la lleve a los Downs o a Bullen, donde dicen que ha ido y sigue la flota de los holandeses. Decidimos reunimos en secreto durante un tiempo, pues no tenemos dinero para atender a la gente que venga a vernos. Luego con *sir* W. Batten al Palenque, donde ha venido el duque de Albemarle. Parece que el Rey le considera muy necesario en estos momentos y le ha mandado venir y quedarse. Está muy amable con nosotros y observo que ha dejado de lado los asuntos de la flota para dedicarse de lleno a Londres: ahora se va deprisa a Gresham College a hablar con los concejales. *Sir* W. Batten y yo a casa, donde está mi hermano John, que ha venido a la ciudad a ver cómo nos van las cosas. Enseguida nosotros dos a Gresham College: infinidad de personas, en parte por la novedad y en parte por enterarse de lo que les ha pasado a otros. De allí a Bethnall Green en coche con mi hermano, y todo estaba bien. Cogí mi diario para escribir los cinco días pasados.

13 de septiembre

Arriba y al muelle de la Torre, donde con Balty y unos trabajadores de Deptford hice traer mis cosas a casa. Luego a Deptford a recoger el resto. Allí me enteré de que en este pobre pueblo están todavía enterrando a siete u ocho personas al día por la plaga. Luego a casa de *sir* G. Carteret a trabajar, y con mucha alegría mandé al *Bezan* el resto de mis cosas, excepto los cuadros y los objetos de valor, que llevaré en botes cuando la casa esté preparada: llevé todo a casa y lo descargué en carros y a mano antes de la noche, con mucha alegría. Después de cenar, a la cama en mi casa, la primera vez que duermo allí. Dormí con mi esposa en mi vieja habitación sobre el suelo, y Balty y su esposa en la mejor cámara, también en el suelo.

14 de septiembre

En pie y a trabajar, con carpinteros que han venido a ayudar a montar las camas y las colgaduras. Estuve en ello con mi gente toda la mañana, hasta que los asuntos públicos me reclamaron contra mi voluntad por la tarde y los tuve que dejar, aunque preocupado por ver todas mis cosas tiradas sin orden por ahí, con obreros desconocidos que casi podrían llevarse lo que quisieran. Toda la tarde ocupado y allí me encontró *sir* W. Coventry, como Dios manda,

en mi oficina y con la gente preparando documentos: hablamos de presentar pronto cuentas al Parlamento, lo que me dio mucho trabajo y era además urgente. Sin embargo, cuando se marchó me puse hasta tarde y salió bien. En casa hice que desenterraran el vino y lo pusieran en la bodega, pero tuve mucho cuidado de evitar que los que lo llevaban vieran los arcones de dinero que hay allí. Luego a la cama como anoche, solo que mi esposa y yo nos acostamos en un armazón con cortinas en lo que era la habitación de Mercer, y Balty y su esposa (que están aquí y nos ayudan mucho) donde nosotros anoche.

15 de septiembre

Toda la mañana en la oficina. Harman me da la alegría de venir a montar mis camas y colgajos, así que estoy más tranquilo y me dedico todo el día a mi trabajo. Comí con *sir* W. Batten, y mientras mi gente estaba trabajando escribí cerca de treinta cartas y órdenes de mi propia mano. Estuve hasta las once y es raro lo despejado que me sentía cuando las terminé, cuando lo normal es que estuviera somnoliento. Por la noche vino el capitán Cocke, con el que estuve en el jardín. Ha calculado que con este incendio se han perdido en Londres unas seiscientas mil libras en rentas por las casas. Esto mantendrá al Parlamento más callado de lo que hubiera estado y le dará dinero al Rey con más prontitud, que vendrá de tasas, como hacen en Holanda. Opina que el Parlamento considerará necesario seguir la guerra; que la última tormenta nos impidió vencer a la flota holandesa, que había salido solo por darle el gusto a su gente, sin nada que hacer excepto evitamos; que los franceses, con lo avanzado que está el año, van a venir; que los holandeses están realmente mal, pero nuestra insatisfacción les da ánimos; que ha habido un enfrentamiento entre lord Arlington y *sir* W. Coventry sobre el descuido de este en mandar un correo del otro a tiempo, que el enfrentamiento le llegó al Rey y el duque de York se metió, pero el incendio lo ha parado. La flota holandesa no ha regresado a casa, sino que se ha ido al norte, lo que es peligroso para nuestra flota de Gotemburgo. Dice que ciertamente nunca un desastre como este en todo el mundo se ha soportado tan bien por los ciudadanos, pues cree que ningún comerciante de la Lonja se va a arruinar por ello. Cree que no se producirá ninguna alteración en el Estado, pues todo el mundo está ocupado atendiendo sus propios asuntos para salvarse. Al irse, me puse a terminar las cartas y a casa a dormir. Observo con gozo infinito que muchas habitaciones ya están limpias y mi esposa y yo dormimos en nuestra

cámara de nuevo. Sin embargo, muy asustado estas noches con sueños de fuego y casas que se caen.

17 de septiembre

Arriba temprano, y me afeité después de una semana. Dios, lo feo que estaba ayer y lo bien que voy hoy. Por el río, contemplando Londres todo el rato, una visión penosa, todavía con bastante fuego. A ver a *sir* W. Coventry, al que leí lo que hice ayer, un informe detallado de los excesos de gasto causados por la guerra.

22 de septiembre

A mi gabinete, que he hecho lavar; ahora mi casa está tan limpia como nunca la había visto, y todo en tan buen estado como antes del fuego, pero creo que me ha costado unas veinte libras entre una cosa y otra, ademas de otras veinte de gastos por los traslados, y no veo que haya perdido más que un par de cuadros pequeños. Por la tarde viene a verme Anthony Joyce a contarme sus pérdidas entre lágrimas, pero le ha quedado algo para vivir bien, y no lo dudo. Sin embargo, le gustaría comprar algún local y poder mantener su comercio donde está, en St. John's. Hasta pasada la medianoche con las cuentas, que he hecho bien y están listas para reunirme mañana con *sir* G. Carteret y *sir* W. Coventry, aunque tendré que trabajar mañana, lo que el señor T. Hayter no tiene intención de hacer porque es domingo, pero al contarle lo necesario que era, aceptó. ¡Pobre hombre[24]! Esta noche escribí a mi hermano John para que viniera. Entre otras razones, todos mis bienes están en dinero, y temo cualquier desastre repentino.

26 de septiembre

El señor Pearse ha alquilado el gabinete de su esposa, un dormitorio pequeño sin ventanas y la buhardilla a un sedero por cincuenta libras, más treinta al año, y otras cuarenta al año por su alimentación y la de dos aprendices. El señor Dugdale me cuenta la tremenda pérdida de libros en el Patio de San Pablo, y también en el Salón [de los Papeleros], que evalúan en cerca de ciento cincuenta mil libras. Algunos libreros completamente arruinados, y dicen que entre ellos mi pobre Kirton. Todos los libros y las cosas de casa del señor Cromleholme han ardido: confiaron en St. Faith's, y al

caer el tejado de la iglesia el arco inferior de esta se rompió y así se quemó todo. Una gran pérdida. Su padre ha perdido más de mil libras en libros. Tuve ocasión de ver a *lady* Denham: el duque de York se la llevaba aparte y hablaba con ella a la vista de todo el mundo, lo que era extraño y no me gustó nada. Me encontré con el buen señor Evelyn, que clama contra eso y lo llama perreo, pues el Duque habla un poco con ella, entonces ella se aleja y él la sigue como un perro. Comenta que nadie de la nobleza abandona el campo para ayudar o consolar al Rey, sino que hacen como si no existiera; ni siquiera un religioso viene a darle buenos consejos al Rey o a la Corte, o a consolar a los pobres que sufren. Todo está muerto, nada bueno queda en sus cabezas: lo lamenta y dice que teme que peores cosas caerán sobre nosotros. Marché en coche a recoger a mi esposa en la tienda de Unthank, donde ha comprado tela para un vestido a quince chelines la yarda, la misma que delante de ella compró también *lady* Castlemaine. De regreso a casa, a ver a *sir* W. Batten; allí me dicen que nuestro trabajo ha sido presentado hoy en la Cámara y han elegido un Comité para investigar nuestras cuentas. Son muchos los ansiosos que las piden, lo que hace probable que nos traiga problemas y acusaciones, y me temo que encuentren los suficientes fallos como para reclamar otros oficiales mejores. Me marché con *sir* W. Penn, que estaba allí, y los dos paseamos por el jardín bajo la luna: me propone que busquemos madera en Escocia y que empleemos a Pett, pues la madera puede ser muy necesaria para construir Londres. Me gusta la idea, y no dudo de que nos pueda salir bien.

27 de septiembre

El viento fue terrible durante toda la noche, mi cabeza todavía está aturdida por sueños sobre el incendio del resto de la ciudad y me despierto muy preocupado por la flota. En pie, y salí con mi esposa en coche hasta el Temple. Ella fue a ver al mercero y yo a buscar a Penny, mi sastre, a encargarle una capa y una sotana para mi hermano, que va a venir a la ciudad y quiero que lleve ropa de sacerdote para que vaya más apropiado en mi compañía.

1 de octubre

Arriba, y toda la mañana en la oficina haciendo una lista de todos los barcos y embarcaciones usados desde la guerra para el Comité del

Parlamento. A mediodía lo llevé a la cámara de *sir* W. Coventry y allí comí con él, W. Batten y W. Penn. La estudiamos después de comer y vemos que nos da la razón en cuanto a número de hombres, pues se acerca al gasto que entregamos al Parlamento. En casa me cuenta mi esposa que W. Hewer le ha dicho que Mercer no tiene intención de venir. Esto me enfada y decidimos traer a la chica de Falconbridge, que creo que será mejor para nosotros y me dará más gusto cantando.

2 de octubre

En pie, y me avisan para que vaya a ver a *sir* G. Carteret, que me dice que han entregado nuestra lista a un subcomité y me han ordenado estar allí esta tarde. De allí voy a mi encuadernador a ver cómo va el dorado de los lomos de mis libros. En una cervecería veo al señor Falconbridge, y acuerdo con él que venga su pariente. Dice que ella puede vestir a mi esposa y cualquier cosa que se le pida, que tiene buen ánimo y es muy alegre. Está encantado y nosotros también lo estaremos. Acordamos que venga la semana próxima. Marché a casa, comí un poco y a Westminster Hall con *sir* W. Penn. Le di a su chico mi libro de documentos para que lo tuviera mientras él entraba en la sala del Comité y yo paseaba fuera con el señor Slingsby (que estaba allí y me informó de muchas cosas, entre otras, que la subida y bajada del dinero es un engaño que beneficia a determinadas personas, y aunque no puedo recordar cómo, me dejó plenamente convencido). Pronto salió *sir* W. Penn, quien me dijo que *sir* W. Coventry le había dicho que la flota había partido hacia el norte y él tenía que ir con ella, y se marchó. Yo entré en la sala del Comité antes de que se reuniera y allí oí a Birch hablar muy bien y con conocimiento sobre la Armada de una propuesta que se ha hecho de subcontratarla. Sin embargo, *sir* W. Coventry le respondió ampliamente; es un hombre excelente. Cuando se reunió el Comité, salí, y cuando terminaron, me llamaron y me dijeron que despachara mañana en la oficina con un Comité que examinaría nuestras listas. Esto me asustó y preocupó mucho, pues me pareció que lo hacían de mal talante. Me fui y pasé por casa de lord Brouncker para pedirle que estuviera mañana en la oficina. Luego a casa, muy preocupado pensando en qué tendré que contestar sobre aquello para lo que no esté totalmente preparado ni implicado, haciendo que caiga la vergüenza y los problemas de la oficina sobre mí, cuando en realidad son la estupidez e incapacidad del Controlador las que los causan. Cuando llego a casa me acerco a la de *sir* W. Penn para que su chico me devuelva el libro y resulta que no lo tiene: se lo

ha dejado al portero del Comité para mí. Esto, añadido a mi inquietud anterior, me hizo volverme loco, pensando que todas las interioridades de la oficina están reflejadas en los documentos entre esas cubiertas. No sabía qué hacer, y lo empeoró todavía más el que estuviera allí el capitán Cocke, que se puso a insultar y maldecir al chico. Así que Cocke, Griffin, el chico y yo salimos: ellos, a buscar al Secretario del Parlamento; Hughes, el chico y yo a ver a *sir* W. Coventry, pero allí no sabían nada. Sin embargo, al reunirnos en la taberna del Cisne de King Street me dicen que lo han encontrado, y que el libro está bajo llave en la Corte. Así que me quedé y tomé algo con el corazón más tranquilo por esto, aunque muy triste al acostarme por miedo a lo que suceda mañana cuando vengan.

3 de octubre

Me desperté temprano, preocupado como nunca en mí vida, excepto el año pasado con lo de los botines de la India Oriental. Me levanté y estuve con el señor Hayter, W. Hewer y Gibson preparando los documentos para la inspección, y al rato, sobre las ocho, viene Birch, el primero, con las listas y los libros de cuentas que entregamos. Después de comer, a trabajar de nuevo; yo solo con el Comité hasta la noche, y todo terminó en paz y con aparente satisfacción. Les veo prudentes y reservados y con la idea de ir a buscar los fallos, como por ejemplo que contamos desde el principio con que los barcos están completamente equipados de hombres. Cuando se marcharon me tranquilicé mucho, y creo que he salido victorioso porque no me han superado en nada ni estoy muy frustrado.

5 de octubre

W. Coventry me dice que el subcomité ha entregado su informe al gran Comité en términos muy favorables y han acordado concedemos cuatro libras por cabeza[25]. Aunque se ha propuesto conseguir más, esto está bien y estamos muy contentos de que la cosa se haya quedado así y se haya pasado el acaloramiento. Sin embargo, ya tengo más trabajo para el lunes: preparar una lista de los gastos extraordinarios que no se incluyen en las cuatro libras. Hoy, de vuelta a casa, me crucé por la calle con un pariente del señor Kirton, mi librero, y me dice que Kirton está completamente arruinado, con deudas por dos mil o tres mil libras cuando antes contaba con siete mil u ocho mil. Cree que han ardido libros por valor de unas ciento cincuenta mil libras, y que

todos los grandes libreros están arruinados, y no solo ellos, sino que se han quemado sus almacenes y su salón. Habrá por tanto gran escasez de libros, sobre todo en latín y extranjeros, y entre ellos los políglotas y la nueva Biblia, que valdrá ahora cuarenta libras.

7 de octubre

Después de comer con *sir* J. Mennes, a Whitehall, donde nos reunimos con *sir* W. Batten y lord Brouncker a despachar con el Rey y el duque de York en el gabinete, pero nadie había decidido de qué hablar, sino solo pedir dinero en general. Así que me vi obligado a preparar un discurso, que organicé de cabeza. Nos llevaron al salón verde, donde estaban el Rey, el duque de York, el príncipe Rupert, el lord Canciller, el lord Tesorero, el duque de Albemarle y G. Carteret, W. Coventry y Morice. Como nadie empezaba lo hice yo, y creo que me salió un buen discurso en el que expuse la mala situación de la Armada por las enormes deudas, el mucho trabajo pendiente para el año próximo, el tiempo y material que requeriría y nuestra incapacidad por falta total de dinero. En cuanto terminé, el príncipe Rupert se levantó y le dijo muy acalorado al Rey que no importaba lo que hubiera dicho el caballero, que él había traído a la flota a casa en las mejores condiciones en que jamás regresó una flota, que como mucho se necesitarían veinte barcos más y que las anclas y maromas abandonados en la tormenta se podrían recuperar. Esto vino porque yo había dicho que la flota era la mayor que el Rey había reunido nunca y que estaba en las peores condiciones por el enemigo y por el clima, y usé las palabras de *sir* W. Penn, que está allí inspeccionando y asustado por los informes que le han de entregar los inspectores. Por tanto solo respondí que lamentaba que su Alteza se hubiese ofendido, pero que me había limitado a declarar lo que dicen los informes que hemos recibido de aquellos que están en la flota y tienen la misión de informarnos. El repitió lo que había dicho y después de un largo silencio por parte de todos, en el que nadie, ni siquiera el duque de Albemarle, secundó al Príncipe o hizo alusión a lo que había dicho, nos retiramos. No me quedé yo poco preocupado por este suceso, y más cuando hablando con Jack Fenn me dijo que el Príncipe estaría preguntando ahora quién es este Pepys, y cuando sepa que es alguien de lord Sandwich pensará que esto se ha hecho solo para menospreciarle. Pronto salieron, y cuando le pedí opinión a *sir* W. Coventry me dijo que había dicho algo para suavizarlo. Nos informa que el Rey ha encontrado la forma de proporcionamos cinco mil o seis mil libras, cuando lo

necesario en estos momentos son cien mil y nosotros habíamos hablado de cincuenta mil. Cada día hay más presagios de ruina. ¡Dios nos prepare para ello!

8 de octubre

Hoy la Cámara dio orden de que se aprobase la ley que impide importar ganado de Irlanda, algo que parece que apoyan los parlamentarios del oeste, totalmente en contra de la opinión del resto de la Cámara, que creen que eso da razones a los irlandeses para rebelarse. Fui a la tienda de Unthank, donde está la chica del señor Falconbridge, y al rato llega mi esposa: le gusta mucho, aunque he de confesar que a mí no (pese a haberla conseguido yo y cantar bastante bien), porque de repente va a subir de una condición muy humilde a otra muy alta. Sin embargo, nos será de mucha utilidad, más que Mercer y con menos gasto. Le encargamos un vestido nuevo y vendrá con nosotros el viernes. Cuando se fue, con mi esposa a casa en coche, y luego yo a Westminster Hall por el río con el señor Pearse: me cuenta por el camino que el duque de York y Albemarle están en desacuerdo. El duque de York completamente entregado a esa zorra de la Denham, y el duque de Albemarle y el príncipe Rupert algo enfrentados. Así que todos estamos separados y sabe Dios lo que nos espera el año próximo. El Rey ha declarado en el Consejo su decisión de fijar un estilo para las ropas que nunca cambiará: será un chaleco largo, no sé bien cómo, pero es para enseñar ahorro a la nobleza y vendrá bien. Al rato viene del Comité W. Coventry y le veo preocupado por ciertas cosas que han pasado esta tarde, lo que también me consterna: los asuntos van cada vez peor y con más trabajo en nuestras manos. Pasa el tiempo y no hay dinero para arreglar nada, con lo que el fin será la ruina total. Los holandeses están encantados y le han cortado la cabeza a Bruant[26], lo que no se habían atrevido a hacer hasta ahora: esto indica que están más seguros de lo mal que estamos que antes. De noche regresé a casa en coche, con muchas ideas sobre las consecuencias de esta mala situación y cómo salvarme yo y lo poco que tengo: si lo logro, y tengo motivos para bendecir a Dios por estar tan bien, me contentaría con retirarme a Brampton y pasar allí el resto de mis días.

11 de octubre

Arriba, y estuve hablando con mi padre sobre mandar algo de dinero al campo por seguridad, pues estoy sufriendo de pensar qué hacer con lo que

tengo. Le di dinero, pobre hombre, y se alegró en extremo. Le dejé y a la oficina, donde no hay nada más que pruebas del desastre que se nos viene encima por falta de dinero.

Memorándum

Durante el fuego y los desórdenes que le siguieron he llevado el diario en hojas sueltas hasta hoy, y no tuve tiempo de pasarlas al libro hasta el 18 de enero [de 1667] por la mañana, con los ojos muy doloridos por los frecuentes esfuerzos de este invierno para hacerlo. Pero ya está hecho, por lo que agradezco a Dios y ruego que no vuelva a pasar lo mismo.

12 de octubre

Arriba, y después de despedirme de mi pobre padre, que marcha hoy a Brampton en el coche de Cambridge y que vino a ver la ciudad quemada y para traer a mi hermano, a St. James, donde *sir* W. Coventry me dice que la Cámara nos ha rebajado ciento cincuenta mil libras de nuestros gastos corrientes por todo lo que el Rey se ahorró mientras la flota estaba refugiada durante el invierno. Sin embargo se muestra satisfecho, y yo también lo estoy, de que no hayan rebajado más, y pretenden permitir veintiocho mil hombres para el año próximo. En el Cisne pedí un trozo de carne y jugué con Sarah; luego un rato al Hall, donde hice cosas con la señora Martin. Está muy gorda y quiere que yo sea el padrino. De allí por el río con Cropp a Deptford. Ya era casi de noche cuando llegué. Solo instrucciones sobre un armario que me están haciendo para guardar los aparatos que me regalaron recientemente; quedarán muy bien. Volví a casa, donde ha llegado mi esposa y ha traído a la chica nueva que le he proporcionado por el señor Falconbridge. Es tremendamente pobre y poco favorecida; nos hemos gastado siete u ocho libras en ropas para ella, lo que me desagrada. Creo que no podré apreciarla tanto como lo habría hecho con otra que hubiera venido perfecta y elegante, y lo que es más, su voz está tan pastosa por falta de uso que por el momento no me agrada, aunque creo que su forma de cantar tiene un estilo que me dará placer. Me entero de que mañana hay una reunión de los comisionados de Tánger y por tanto debo preparar las cuentas para ellos, lo que me hizo encerrarme en mi cámara enseguida para hacerlas; están bien, pero me cuestan mucho por haberlas ido dejando, con lo que se me habían olvidado las cosas.

13 de octubre

Me costó estar hasta las cuatro de la mañana, y después de terminar tardé más de una hora en hacer unas veinte sumas, pues estaba dormido por tanto trabajo: cuarenta veces seguidas se me olvidó llevar las sesenta que tenía en la cabeza a otro encabezamiento, lo que me tuvo más de una hora confundido. Al final, con todo hecho y cuadrado, a la cama. Arriba a las siete y a la oficina. Estuvimos toda la mañana reunidos. A mediodía fui a ver a lord Belasyse, al que encontré muy amable; sin embargo, ha entregado hoy a los lores comisionados una nueva propuesta, indicando que la guarnición no estará bien pagada hasta que un joyero se comprometa a pagar las letras de cambio. Se manifiesta muy cortés conmigo y dice que no se ocuparía ele la guarnición si no fuera por mí, y que si siguiera con el cargo nadie se encargaría del dinero excepto yo. Le pregunté por el objeto de su documento y me dijo que no lo había pensado, pero que no pretendía perjudicarme. Le comenté que suponía que eso me haría innecesario, a lo que él contestó que lo reescribiría y que quitaría ese apartado, lo que me satisfizo mucho. Terminado eso, fuimos juntos a Whitehall, donde el duque de York (que ha regresado a sus placeres y se despreocupa de su trabajo entre esta mujer, *lady* Denham, e irse de caza tres veces a la semana) acababa de regresar de caza. Allí me quedé y le vi vestirse, probándose su chaleco, que es la nueva moda del Rey. Cuando se arregló nos reunimos en un Comité de Tánger. Fueron leídas y discutidas las propuestas de lord Belasyse sobre reducir los gastos de la guarnición, y desde luego estoy encantado con el lord Canciller, pues comprende y se expresa bien, con la mayor soltura y autoridad que jamás he visto en un hombre. Casi todos los asuntos fueron remitidos a comités y se levantó la sesión. Al final vino *sir* W. Coventry y me marché con él, hablando de asuntos parlamentarios. Han votado darle [al Rey] un millón ochocientas mil libras para el año próximo, lo que sería una gran suma si no fuera por sus deudas. Dice que no cree que la Cámara se meta con nosotros por ahora, pero de momento debemos corregir nuestros hábitos para la próxima vez, y lo haremos. Sin embargo piensa que no es buen momento para que se nos vea con problemas entre nosotros, refiriéndose a *sir* J. Mennes, al que desde luego hay que cesar o hacer comisionado, nombrando Controlador a otro. Así que nos despedimos y en coche a casa, pasando a por un par nuevo de zapatos, y como había poco que hacer en la oficina, estuve en casa ordenando libros.

15 de octubre

Me llamó *sir* H. Cholmley y estuvimos casi toda la mañana juntos arreglando cuentas, de lo que me alegré mucho. Luego salimos a casa de *sir* Robert Viner y después a ver a Colvill, que ahora vive en Lyme Street con el mismo crédito de siempre, pues el fuego no le ha hecho ningún daño. Desde allí, él y yo juntos a Westminster Hall hablando por el camino de cosas del Estado. Me dice, y me extraña, aunque me lo confirma el señor Pearse, al que luego encontré en el Hall, que *sir* W. Coventry está en un conciliábulo con el duque de York, Brouncker y esta Denham, lo que es una vergüenza y lamento mucho, y que *sir* W. Coventry le hace visitas a ella, aunque espero que no sea así. Pearse me cuenta que a pesar del poco acuerdo entre el Príncipe y el duque de Albemarle es probable que salgan de nuevo [al mar], pues el primero solo no es de fiar, y nadie saldrá con él excepto el duque de Albemarle. Sin embargo, lo que más me admira es que parece que los secretarios [de los comandantes de la Armada] se han excedido en extremo reclamando dinero y se cree que han cobrado ochocientas libras cada uno por las vacantes en la flota. Me dice que se piensa que *lady* Castlemaine está embarazada de nuevo, y los que rodean al Rey no tienen escrúpulos en decir que este se acuesta con la señorita Stevvart, que, me dice, es una dama de muy buena naturaleza. Hoy el Rey empieza a llevar su nuevo chaleco y veo a varias personas de las dos Cámaras, grandes cortesanos también, que lo llevan: es una especie de sotana ceñida al cuerpo, de tela negra calada, con seda blanca por debajo y un abrigo por encima, y las piernas fruncidas con cinta negra como la pata de una paloma. Deseo que el Rey la mantenga, pues es una prenda muy fina y elegante.

17 de octubre

Toda la Corte está llena de chalecos, solo el de lord St. Albans no está calado, sino que es liso en negro; dicen que el Rey afirma que el calado sobre blanco les hace parecer demasiado a las urracas, y por tanto ha encargado uno de terciopelo liso.

29 de octubre

En coche (comprando en el Hall una gorra de montar de terciopelo, que me costó veinte chelines) a mi sastre, al que encargué un chaleco liso. Luego a mi joyero a pedirle que me consiga oro: me dice que las guineas, de las que compré dos mil no hace mucho y me costaron dieciocho peniques y medio al

cambio, me costarán ahora veintidós chelines; se encuentran muy pocas, sea al precio que sea. Sin embargo, me haré con más, pues son muy prácticas. Luego a casa a comer y a hablar con mi hermano de su traducción del *Faber Fortunae* de lord Bacon, que le di para que tradujera. La ha hecho pobremente y no me agrada nada, pues es muy literal, sin vida alguna. Sobre las cinco llevé a mi esposa (que está estupenda y lleva un par nuevo de mechones artificiales; me disgustan, aunque como un tonto le ayudé a comprarlos la otra noche) a casa de la señora Pearse, donde estuvimos un rato antes de ir a Whitehall, al nuevo teatro que hay allí. Es la primera vez que voy y la primera obra que veo desde la gran plaga. Al rato viene el señor Pearse trayendo a mi esposa, a la suya y a Knepp. Más tarde el Rey y la Reina, el Duque y la Duquesa y todas las grandes damas de la Corte, que eran una vista estupenda. Sin embargo la obra, *Love in a Tub*[27], es muy tonta, y aunque la hicieron los hombres del Duque no tenían a Betterton y a su esposa. Todo se hizo mal, por lo que no tuve forma de divertirme; además la sala, aunque muy bonita, es mala para la voz, para escuchar.

31 de octubre

En coche a mi joyero a ver cuánto oro puedo conseguir, que es bastante poco y a no menos de veintidós peniques. Luego a casa a comer y después a mi despacho, donde me pasé toda la tarde con mis cuentas públicas y privadas: para mi gran satisfacción observo que tengo las cuentas muy equilibradas a pesar de las prisas y problemas que me ha causado el último fuego, pues no he sido capaz de ajustarlas desde julio pasado. Bendigo a Dios porque tengo más que nunca, que son seis mil doscientas libras, por lo que el Sagrado Nombre de Dios sea alabado, y mis otras cuentas de Tánger están muy sencillas y claras, por lo que no creo que me den problemas.

Y así acaba el mes, con mala pinta. Todo el trabajo de la Armada paralizado. No hay crédito. No nos venden nada. Nadie fía. Lo único que hacemos en la oficina es escuchar quejas por falta de dinero. El Príncipe y el duque de Albemarle no han ganado prestigio con sus servicios este año; nuestras pérdidas de barcos y reputación han sido mayores que las que hemos sufrido en todas las épocas pasadas juntas, pues en la primera batalla fuimos batidos y huimos hacia casa y en la otra perdimos muchos barcos primero y luego encallamos en la arena, con algunos barcos cayendo en manos enemigas. Sin embargo, no hemos tomado más barcos este año que el *Ruby*,

uno francés ahora a final de año, y eso porque los franceses se equivocaron y se vinieron hacia nosotros.

2 de noviembre

Arriba temprano y con *sir* W. Batten a Woolwich, donde lo primero que hicimos fue subir al *Ruby*, el barco francés, el único barco enemigo que hemos apresado este año. Parece bueno, pero tiene pasillos rodeando la popa, como si fuera un balcón, y serán derribados. Tiene unos cuarenta cañones, que compensarán poco lo que hemos perdido con el *Prince*.

4 de noviembre, día del Señor

Por la mañana viene el empleado de mi sastre a traerme mi chaleco a casa y un abrigo para llevarlo con él, y un cinturón y una espada con empuñadura de plata. Me levanté y me lo puse: me gustó muchísimo, y a mi esposa también. Así vestido fui a la iglesia. Después de comer estuve junto al río, y como hacía mucho frío marché a Whitehall. Tuve mucho miedo de coger una fiebre, pues mi chaleco es nuevo y fino y el abrigo está cortado de forma que no se cierra en el pecho.

5 de noviembre

Por el río a Westminster. Me entero en el Cisne de que Sarah se casó ayer con un zapatero, por lo que no pude verla, pero creo que a partir de ahora podré hacerlo con más tiempo. De allí en coche a ver a *lady* Peterborough, que me ha hecho llamar. Se queja abundantemente de lo mal que le van las cosas a su familia por el dinero, y que su marido está muy irascible por la falta del mismo, pues no recibe nada por rentas ni tiene un salario del duque de York. Me ruega que le ayude con lo de su pensión. Su historia me conmovió y le prometí intentar algo en unos pocos días. Deseo que esté a bien conmigo, tanto por su respeto hacia lord Sandwich como por mi propio interés a partir de ahora, cuando tenga que aprobar mis cuentas. De allí a casa de lord Crew, donde comí; me trataron muy bien, y eso que llevaba, para mi vergüenza, ocho meses sin ir. Es la mejor familia del mundo en bondad y seriedad. Después de comer salí con *sir* Thomas Crew a hablar de asuntos públicos. Descubrí por él que los caballeros del campo están muy celosos de los cortesanos del Parlamento, y que dudan de todo lo que estos proponen: la

verdadera razón por la que los caballeros del campo están a favor de un impuesto sobre la tierra y en contra de una tasa general es que temen que, si se decide la segunda, esta nunca será eliminada, mientras que el impuesto por la tierra será por cierta cantidad, y cuando acabe la guerra el Parlamento no tendrá forma de mantenerlo. Se queja mucho de nuestras cuentas, pues lo único que han obtenido del Rey son cálculos, tanto del lord Tesorero como nuestros y de otros, y que el Parlamento está cansado de eso. Dice que la Cámara estaría encantada de conseguir algo contra *sir* G. Carteret, y no dejarán que mueran las investigaciones sin conseguirlo. Por lo que ha oído en el Comité que investiga el incendio de la ciudad, le parece seguro que ha sucedido por una conspiración, pues se ha probado por muchos testigos que hubo intentos en distintos lugares de aumentar el fuego, y que tanto aquí como en el campo algunos papistas habían alardeado de que cierto día o a cierta hora tendríamos en Inglaterra el clima más caliente que haya habido nunca. Lord Crew habló sobre la decisión de los jueces respecto a quiénes deben soportar los gastos del incendio, si los caseros o los inquilinos: los contratos de estos les obligan generalmente a mantener y cuidar sus casas, y opinan que serían los inquilinos si el fuego se iniciara en sus casas o en las de sus vecinos, pero si el mismo fuera causado por un enemigo, entonces no les correspondería. Esto sucedió por un enemigo, pues alguien ha sido condenado y colgado por este motivo, lo que constituye un argumento favorable a los inquilinos; me alegro por la casa de mi padre.

10 de noviembre

Esta tarde viene a verme Creed, y también *lady* Penn, y ambos me cuentan que *lady* Denham está extremadamente enferma, casi de muerte; ella dice, y los demás comentan, que la han envenenado. Creed me cuenta que se piensa que ha habido un plan para envenenar al Rey. Dios sabrá lo que significa todo esto, pero cada día las cosas están peor. Dios nos prepare para lo peor.

12 de noviembre

Viene Creed a verme y paseamos un rato por el jardín hablando de la mala situación de las cosas, que es el tema normal de conversación y el temor de los hombres en estos tiempos, y en concreto de *lady* Denham, de quien todos dicen que la han envenenado: me cuenta que ella se lo ha dicho al duque de York, pero se está recuperando, aunque otros dicen que ha muerto esta

mañana. Nos vamos a la Lonja. Allí hice unos recados y de camino a casa de *sir* R. Viner me manché el chaleco nuevo y me sentó fatal que me vieran así en la calle. Hoy recibí otras cuatrocientas cincuenta piezas de oro del señor Stokes, pero me costaron veintidós peniques y medio al cambio. No obstante, estoy bastante satisfecho, pues ya tengo cerca de dos mil ochocientas libras en oro y no descansaré hasta tener tres mil. Cuando mi esposa y todas las criadas estaban en cama, con la ayuda de Jane (en la que confío), mi hermano, Tom y W. Hewer subí el dinero y el arcón de la plata de la bodega. Lo pusimos en mi estudio y la plata en mi vestidor. Sin embargo, sufro al pensar en cómo disponer de mi dinero, pues es totalmente inseguro tenerlo todo en moneda en un solo lugar.

14 de noviembre

El doctor Croone me contó una reunión en Gresham College de esta noche, que parece que ahora hacen todos los miércoles; un experimento muy bueno: vaciaron la sangre de un perro (hasta que murió) en el cuerpo de otro, mientras que al segundo le sacaban la suya propia. El primero murió en el sitio y el otro está muy bien y es probable que sobreviva.

15 de noviembre

Esta mañana viene el señor Shipley (recién llegado del campo) a verme. A mediodía comí en casa con él y le pagué setenta libras que le había dado a mi padre. Al marcharse cogí un coche y fui a ver a la señora Pearse, a la que encuentro de lo más arreglada, pues van al baile de esta noche en la Corte por el cumpleaños de la Reina. Les llevé en mi coche e hice que el señor Pearse se comprometiera a llevar a mi esposa. Después de encontrarme con *sir* W. Coventry y darle cuenta de algunos asuntos, también fui al baile y me costó bastante trabajo subir a la galería, donde conseguí ver muy bien. Pronto se llenó el salón, se encendieron las velas y se colocaron los Reyes y todas las damas: desde luego era una gloria ver a la señorita Stewart de encaje blanco y negro, con la cabeza y los hombros decorados con diamantes. Cuando entró el Rey, cogió a la Reina, se formaron otras catorce parejas y empezaron los bailes. Solo la señorita Stewart bailaba realmente bien, incluidas muchas danzas francesas y especialmente una que el Rey llamó el Nuevo Baile, que era muy bonito. En general el baile en sí no era muy agradable, pero sí las ropas y ver a la gente, dignos de contemplar, pues no es probable que vuelva a

ver tanto galanteo mientras viva. Cerca de las doce se acabó y a casa con mi esposa, entre disgustado por lo aburrido del baile y satisfecho por las ropas y la gente.

16 de noviembre

Esta noche me encontré con el señor Hooke, que me cuenta que el perro al que pusieron el otro día la sangre de otro en el College está muy bien, y es probable que siga como siempre: no duda que esto será de mucha utilidad para las personas.

21 de noviembre

En pie, y con *sir* W. Batten a Charing Cross, donde fui a visitar a *sir* Ph. Howard, al que encontré vestido con sus ropas de dormir y un turbante, como un turco, aunque es una de las mejores personas que he visto en mi vida. Le atendían algunos caballeros y uno tocaba la guitarra estupendamente. Es de las personas que mejor hablan de las que he escuchado, con pocas palabras y buenas. Expresó toda su gentileza con Balty cuando le dije que estaba enfermo. Dice que antes de ser convocado de nuevo debe traer un certificado de que ha jurado las leyes de Alianza y Supremacía, y de que ha recibido los sacramentos según los ritos de la Iglesia de Inglaterra[28]. Por lo que veo se le exige a todos, y él podrá cumplirlo. Ruego a Dios que recupere la salud para poder hacerlo.

22 de noviembre

Arriba y a la oficina, donde estuvimos reunidos toda la mañana. Lord Brouncker me enseñó el nuevo dibujo de Hollar sobre la ciudad, con una estupenda representación de la parte que ahora se ha quemado. Me dice que ayer juró como empleado del Rey y que le ha ordenado que siga con el gran mapa en que estaba cuando ardió la ciudad, como el de Gombout en París. A mediodía a casa a comer; tuve una riña con mi esposa, pues me desagradó que se pusiera un pañuelo bordado tan alejado del cuello que casi le llegaba a los pechos, creyendo, sin razón, que esa es la moda. Nos dijimos muchas cosas pero quedamos en paz y volví a la oficina, donde estuve trabajando hasta tarde. Al regresar a casa estaba el señor Batelier. Cenamos y jugamos a las cartas. Me cuenta que el rey de Francia, como desafío al rey de Inglaterra, ha

hecho que todos sus criados vistan chalecos, y que los nobles de Francia harán lo mismo; si es cierta, esta es la mayor indignidad jamás causada por un príncipe a otro. Este mediodía la esposa de Bagwell estuvo conmigo en la oficina e hice lo que quise, y por la noche vino la señorita Burroughs y quedamos en encontrarnos el próximo día de fiesta y salir juntos.

25 de noviembre, día del Señor

Todos hablan de Escocia, donde se informa de trescientas o cuatrocientas personas levantadas en armas. Sin embargo, se cree que irá a más, y parece que lo temen bastante, como si el rey de Francia tuviera algo que ver. Parece que lord Lauderdale[29] no le da importancia y la gente le critica por ello, pues lo niega desde el principio cuando tiene el aspecto de una clara rebelión. Sin embargo, no hay personas de calidad involucradas, y espero que no llegue muy lejos. Esta tarde vi a la señorita Stewart y me pareció la criatura más bella que he visto en toda mi vida; empiezo a pensar que supera a *lady* Castlemaine, al menos ahora. Como hoy es el día de Santa Catalina, la Reina fue a misa esta mañana a las siete. El señor Ashburnham dice que nunca vio a nadie con tanto fervor como ella. Hablé con el señor May y me dice que los diseños de construcción de Londres van rápidos, y por su descripción será muy elegante y satisfactorio para la gente. Ruego a Dios que no tarde demasiado.

28 de noviembre

Arriba, y con *sir* W. Penn a Whitehall, donde pese a que llueve con fuerza y hace mucho viento el duque de York ha salido a cazar. Por tanto perdimos el tiempo y tuvimos que volver. A mediodía vienen lord Hinchingbrooke, *sir* Thomas Crew, el señor John Crew, el señor Carteret y Brisband. Les ofrecí seis platos muy nobles, preparados por un cocinero y que fueron alabados por lo excelentes que estaban. Comimos muy gustosamente y disfruté pensando en los placeres de los que puedo disfrutar, que no superan esto: comer en plata, con tantas cosas ricas y elegantes a mi alrededor. Muy buena conversación, sentados hasta que casi anocheció; nos despedimos y el señor Carteret y yo a Gresham College, donde ahora se reúnen semanalmente. Hablamos sobre el experimento último con el perro, que sigue con una salud perfecta, y puede mejorarse para los hombres. Más tarde a casa, donde vinieron *lady* Penn, Peg y la señora Turner a jugar a las cartas y a cenar con

nosotros; lo pasamos muy bien. Peg estuvo conmigo un buen rato en el gabinete y me dejó *a la besar mucho et tocar ses cosas* en su pecho, lo que me dio gran placer, y así pasamos la noche. Luego nos despedimos y yo a la cama, encantado con las diversiones del día.

29 de noviembre

Hasta tarde en la oficina; en una carta para lord Brouncker, que está en Chatham, pongo todas las noticias de las que me he enterado, así: «No dudo que ha oído usted que *sir* Thomas Clifford sucederá a *sir* H. Pollard como Controlador de la Casa del Rey, pero quizá [no le hayan llegado] nuestras malas, aunque confirmadas, nuevas de las Barbados, pues las recibimos ayer: cerca de once barcos, de los cuales dos son del Rey, que marchaban con hombres para atacar St. Christopher, fueron atrapados por un violento huracán y se hundieron, escapando solo dos de los trece, y estos dos con pérdida de los mástiles, etc. Lord Willoughby en persona se vio implicado en el desastre, y creo que dos barcos se estrellaron contra una isla de los franceses, así que todos los hombres, unos quinientos, han sido hechos prisioneros». También se dice que dieciocho barcos de guerra holandeses han cruzado el canal para encontrarse con nuestra flota de Esmirna. Algunos nos asustan diciendo que el rey de Suecia se ha apoderado de nuestros barcos cargados de mástiles en Gotemburgo. Sin embargo, tenemos suficientes malas noticias confirmadas para afligirnos con las que son inciertas. Lo que sé de Escocia es que ayer el duque de York dijo que «confía en que el teniente general los haya apartado hacia un sitio junto a las montañas». Después de escribir mi carta, a cenar y a la cama.

30 de noviembre

Arriba, y con *sir* W. Batten a Whitehall, donde despachamos con el duque de York y tuvimos mucho trabajo con él: era curioso ver cómo, siendo el día de San Andrés, algunos pocos llevaban la cruz de San Andrés, pero casi todos hacían burla de ello. La Cámara del Parlamento, en contra de la costumbre, se reunió hoy, pues no tiene intención de respetar el día del patrón escocés hasta tener mejores noticias de allí. Salí en coche hacia Westminster Hall, donde había quedado con la señorita Burroughs, pero me pasé la noche allí y no la vi. Solo fui a tomar algo al Cisne, donde vi a Sarah, que se acaba de casar: preparé el comienzo de un futuro *amor con ella*, que en su momento llegará

para laisser hacer alguna cosa con elle. De allí, siendo ya tarde, me marché y llamé a la casa de la madre de la señorita Burroughs, que salió y yo *hazer* lo que quise *con su mano tocando mi cosa*. Nos separamos y a casa, y después de jugar a cartas con mi esposa, a cenar y a la cama los dos.

1 de diciembre

En Westminster Hall fracasé de nuevo en mis planes de ver a Burroughs, aunque no lo lamenté mucho. Por la noche, de camino a casa en coche, pasé por la tienda de Faithorne y compré tres copias del busto de *lady* Castlemaine, que se han impreso hoy. Esta tarde conseguí que la señora Michell me dejara echar un vistazo a un panfleto recién impreso, aunque lo han suprimido y todos lo están buscando, titulado «*The Catholique's Apology*». Lamenta la severidad del Parlamento contra ellos y la compara con la gentileza de otros príncipes con los protestantes; proporciona muy antiguos ejemplos de lealtad con los monarcas a pesar de las críticas que se les hacen; justifica su comportamiento en tiempos de la reina Isabel, pues para ellos era imposible considerarla su Reina legítima, ya que la reina María sí había sido reconocida por ser hija de una esposa verdadera, y la otra, de una falsa; también justifica el complot del barril de pólvora[30]; termina con una larga lista con los nombres de los católicos que han perdido su vida en las luchas recientes. En verdad que está muy bien escrito. A casa a mis cartas, y luego a cenar y a la cama.

3 de diciembre

A mediodía a casa, donde está Kate Joyce. Su marido [Anthony] y ella están cansados de su nueva vida de posaderos, lo van a dejar y les gustaría encontrar otro trabajo, pero no sé de nada para lo que sirva ese tonto, aunque me gustaría ayudarles si pudiera. No obstante, tienen suficiente para vivir, gracias a Dios, pese a que han perdido cerca de tres mil libras. Comió conmigo porque mi esposa está arriba en la cama, mal con el mes. La dejé con mi esposa y yo a Westminster Hall, donde había quedado con Burroughs. La llevé en coche hasta la casa del lord Tesorero y pasamos por una pastelería cerca de donde vive el pintor Hayls; bebimos y comimos en el coche y luego la llevé a casa, con mucho trabajo para hacerla *tocar mi cosa*, pues estaba muy reacia *a alguna cosa* de ese tipo. Sin embargo, con el tiempo pudo *hazerla*, lo mismo que ha *hecho* otras. Después de dejarla en el palacio, al

Cisne, donde por primera vez *bezar* a la hermana pequeña de Sarah, que ha venido en su lugar; luego en coche a casa, donde toqué el violín, y a cenar y a la cama, cansado de hacer caso a los placeres y lamentando no haber hecho mis cuentas a tiempo, como debería. Decido dejar aclarados todos mis negocios antes de acabar el año, para empezar el próximo de nuevas y disfrutar libremente en Navidad. Así que a la cama, más contento de lo que lo he hecho recientemente porque me aseguran que los rebeldes escoceses han sido barridos después de haberse atrevido a acercarse a tres millas de Edimburgo y de repeler dos o tres veces a las fuerzas del Rey, aunque al final fueron dominados. Han matado o apresado a trescientos o cuatrocientos, entre ellos su líder, un tal Wallis, y siete ministros. También tenemos la buena noticia de que han llegado cuatro barcos de Nueva Inglaterra a Falmouth con mástiles para el Rey, lo que es una bendición completamente inesperada y sin la que hubiéramos fracasado el año próximo. Sea Dios alabado por esta buenísima fortuna y nos mande continuidad en sus favores en otras cosas. Luego, a la cama.

6 de diciembre

Harman comió con nosotros y nos divertimos mucho oyéndole contar cómo Will Joyce se está haciendo rico con la costumbre de la gente de Londres de acudir a la parte de la ciudad en que él vive, y cómo se burla de su hermano y su cuñada por tener una posada: llega allí bravuconeando como un príncipe, llamándole «hostelero» y a ella «anfitriona». Después de comer, mi esposa y mi hermano (vestido con otras ropas)[31] salen a ver una obra, pero yo tengo que aparentar que no sé que mi hermano ha ido. A la oficina con mucho trabajo hasta la noche, y luego a casa. A mi esposa no le ha gustado la obra y cree que es porque se ha vuelto más crítica de lo que era.

7 de diciembre

A casa a comer, y cuando vi el mantel puesto, muy arrugado aunque limpio, me enfadé, tiré los cubiertos por la habitación y me acaloré mucho. Pusieron un mantel nuevo y mi pobre esposa estuvo muy paciente. Nos pusimos a comer y vino Barbara Shelden, ahora señora Wood, muy bella. Compruebo que vive felizmente, de lo que me alegro por ella, aunque su marido no me gusta nada y me parece que ha elegido a un bruto. Me marché tras la comida, dejando a mi esposa con ella, y al Teatro del Rey, donde ya

llevaban casi dos actos cuando entré. Me senté tapándome con la capa y vi el resto de *The Maid's Tragedy*[32], una buena obra y bien interpretada, especialmente por la joven Marshall, que se ha convertido en una muy buena actriz. Es la primera vez que veo algo de teatro desde la gran plaga, y llevan ya unas dos semanas actuando públicamente. Sin embargo, estaba muy preocupado por si alguien me veía en una obra.

8 de diciembre

El señor Pearse me cuenta como absolutamente cierto algo que le relató el señor Cowley, que estaba cerca y lo oyó. Tom Killigrew le dijo en público al Rey que sus asuntos estaban poniéndose muy mal, pero que había una forma de evitarlo, diciendo: «Hay un hombre bueno, honrado y capaz, cuyo nombre puedo decir, que si Su Majestad le diese empleo y mando para que todo se hiciese bien, bien pronto todo se arreglaría, y ese hombre es Carlos Stuart, que ahora se pasa el tiempo usando sus labios y su polla por la Corte, sin otro quehacer; y si usted le diese ese empleo, sería el mejor hombre del mundo para ejercerlo». Dice que esto es totalmente cierto, pero el Rey no saca provecho de nada de eso, sino que lo aparta y lo olvida, volviendo a sus placeres. Yo al Teatro del Rey, lo que me preocupa luego y me cuesta una multa de diez chelines, que he pagado: vi buena parte de *The English Monsieur*[33], una obra muy buena, muy ingeniosa y agradable, y, por encima de todo, la pequeña Nelly [Gwyn], Lo pasé mal por si me veían y me escondí, pero quiso Dios que viniera *sir* John Chicheley a sentarse junto a mí. A casa a ordenar documentos en mi cámara y luego a cenar y a la cama. Hay mucho miedo de que vengan malas noticias sobre los barcos carboneros[34], una flota de doscientos, pues se sabe de catorce barcos de guerra holandeses entre ellos y nosotros. Vienen con un pequeño convoy y hay mucha necesidad en la ciudad, estando el carbón a tres libras y tres chelines por caldero, según me dicen. Hoy mismo vi humo en las ruinas.

12 de diciembre

Sir H. Cholmley me cuenta que el Rey ha pagado recientemente cerca de treinta mil libras para saldar deudas de *lady* Castlemaine, y que ella y su marido se han separado para siempre con buenas relaciones, para no molestarse más el uno al otro. A mediodía a la Lonja, donde llega la buena nueva de que los cuatro barcos de Esmirna han llegado sanos y salvos sin

convoy y sin ver al enemigo. Esta es la mejor noticia, y desde luego la única buena de consideración desde el incendio. Vi que se han montado tiendas en esta Lonja, donde encontré al joven Batelier, que se ha instalado aquí por tres libras al año mientras que en la otra pagaba cien al año. De la Lonja a casa del capitán Cocke, donde había quedado para comer. Dicen que ahora el Rey está completamente volcado en la señorita Stewart, y que no ve a *lady* Castlemaine más que una vez a la semana; que el duque de York ya no está tanto con *lady* Denham, que ella le molesta con asuntos de Estado, pues es de la facción de lord Bristol, a la que él evita. Hasta tarde en la oficina y luego a casa, a cenar y a la cama, con muchas molestias en la parte baja de la espalda por haberla forzado anoche intentando abrir mi arcón de la plata; tenía tanto dolor que no podía darme la vuelta en la cama. Llega la noticia desde Brampton de que el señor Ensum, el pretendiente de mi hermana, un patán, ha muerto.

13 de diciembre

A casa a comer con W. Hewer, quien me enseñó una gaceta del pasado abril que me admira que nadie recuerde y en la que se cuenta que algunas personas fueron juzgadas y condenadas por un plan para asesinar al Rey y destruir el Gobierno, y como medio para ello, quemar la ciudad, y que el día propuesto era el 3 del septiembre pasado. El fuego se declaró el día 2 de septiembre, lo que me parece muy extraño, y lo recordaré. Esta tarde vinieron *sir* W. Warren y el señor Moore, uno después de otro, y hablé con ellos en el jardín: ambos me dicen que han llamado de regreso a lord Sandwich, que cada vez cuenta con más aprecio y hablan mejor de él, de lo que me alegro mucho, aunque sé bien que merecía lo mismo antes y sabía que esto acabaría así. Sigue el dolor fuerte en la espalda, pero observo que ha cambiado de sitio y no me molesta al orinar: me alegra, así que pienso que no es más que la tensión. Los últimos tres o cuatro días veo que por el sobre esfuerzo de los ojos a la luz de las velas me duelen igual que el invierno pasado. Por el día estoy bien, pero a la luz de una vela empiezan a dolerme, así que procuraré conseguir unas gafas verdes.

16 de diciembre, día del Señor

Esta tarde estuve hablando con lord Brouncker en el parque y cree que el Rey no podrá conseguir mucho más dinero de este Parlamento, por lo que

deberá disolverlo, y en cuanto tenga el dinero piensa que reclamarán la paz, y que ya se han hecho intentos de aproximación para lograrla.

17 de diciembre

Arriba, y vienen varias personas a hablar conmigo. Luego llega el señor Caesar y después Goodgroome, y entre uno y otro nada más que música toda la mañana, para mi alegría, y más viendo que Dios Todopoderoso me ha dado una posición que soporta este peso. Salí a la Lonja por un asunto pequeño y luego a casa, donde vienen a verme los dos músicos, el señor Cooke y también Mercer para ir al teatro esta tarde con mi esposa. Comemos, nos despedimos, y yo a mi cámara a hacer varias cosas, entre ellas escribirle una carta a lord Sandwich, pues es algo que tengo en la cabeza: no haberle escrito desde que se fue a España. Ahora pretendo darle un breve informe de lo que ha pasado este año desde que se marchó, lo que compensará el agravio. Me pasé la noche ordenando mis libros para ponerle un número a cada uno y tener una lista alfabética de todos ellos, lo que será de gran utilidad para mí.

19 de diciembre

Me encontré con el señor Hingston, el organista (viejo conocido mío), en la Corte y lo llevé a la taberna del Perro. Hablamos de la familia del Rey. Dice que muchos músicos se están muriendo de hambre, pues llevan retrasos de cinco años en sus salarios; que Evens, tan famoso con su arpa que no tiene igual en el mundo, murió el otro día en la pura miseria y tuvieron que enterrarlo con cargo a la parroquia: lo llevaron a su tumba por la noche, a oscuras sin una sola antorcha, pero el señor Hingston se los encontró por casualidad y dio doce peniques para que compraran dos o tres antorchas. De camino a casa, en la colina de la Torre, vi a unos trescientos o cuatrocientos marineros juntos; uno de ellos, que estaba sobre un montón de ladrillos, hizo una señal con el pañuelo que tenía en su palo llamando al resto, y dieron varios gritos. Esto me asustó y fui a casa lo más rápido que pude. Como vi que no había daños fui a preguntar a Viner por mi plata y de regreso me dicen que hay mil marineros armados por las calles. A casa con mucho miedo, esperando encontrarme un tumulto allí y preocupado por mis riquezas. Pero gracias a Dios todo estaba bien. Al rato me cuentan *sir* W. Batten y *sir* R. Ford que los marineros han estado en varias cárceles liberando a algunos otros que estaban presos. Estuve bastante tiempo hablando con ellos y, entre

otras cosas, *sir* R. Ford me hizo ver que la Cámara de los Comunes es un animal incomprensible, pues es imposible saber de antemano cómo saldrá cualquier cosa sencilla con tantas personas, pues hay muchos hablando y pensando sobre cada asunto, siendo sus mentes, intereses y pasiones de lo más incierto.

24 de diciembre

Descubro que me he estropeado los ojos, de forma que ahora son débiles y se cansan fácilmente, y que todo exceso de luz los fatiga; lord Brouncker me ha recomendado gafas verdes. En casa de Robert Viner pagué por la plata que he comprado, por valor de noventa y cuatro libras, con las cien que me dio el capitán Cocke para ese fin, y recibí el resto en dinero. Esta noche me compré un par de gafas verdes, para ver si ayudan a mis ojos o no. Luego a la Lonja, donde me acerqué al piso superior, casi tan bueno como el otro excepto que las tiendas están en un solo lado. En casa estuve trabajando hasta que los ojos se me pusieron mal y me fui a cenar. La gente ocupada haciendo pasteles de carne. Sin noticias de la flota de Gotemburgo, lo que nos hace temer, pues estamos muy preocupados por poner a salvo nuestro suministro de mástiles. Me encontré con el señor Cade, mi papelero, quien me dice que es seguro que la Reina Madre está intentando conseguir, y casi la tiene finalizada, una paz con Francia, lo que como presbiteriano no le gusta, pues teme que sea una forma de introducir el papismo.

25 de diciembre, día de Navidad

Estuve un rato en la cama y luego me levanté, dejando a mi esposa con ganas de seguir durmiendo, pues anoche se quedó hasta las cuatro viendo cómo las criadas preparaban los pasteles de carne. Fui a la iglesia, donde nuestro sacerdote Mills hizo un buen sermón. En casa comí unas costillas de buey asadas y pasteles de carne. Después de comer empecé a enseñarle a mi esposa y a Barker mi canción *It is decreed*, ahora que tengo la base del señor Hingston. Luego salí y fui solo a pie al Temple pensando en ver una obra, pero como no vi carteles pensé que no había ninguna, y a casa. Allí estaba mi hermano poniendo los nombres de mis libros en una lista alfabética, con lo que estuvimos hasta las siete o las ocho de la noche: W. Hewer cenó con nosotros, muy a gusto. Después, a escribir mi diario de hoy, y a la cama.

31 de diciembre

Me levanté esta mañana con el plan de no ocuparme de otra cosa excepto de hacer mis cuentas del año pasado, por lo que cogí dinero y fui a varios sitios a pagar todas mis deudas, con una buena helada todavía y un buen paseo. Estuve en la taberna del Vellocino de Covent Garden mientras mi chico Tom iba a pagarle a W. Joyce lo que debía por las velas. Luego a la Lonja Nueva, a saldar las cuentas de mi esposa; de vuelta me encontré con Doll Lane (la hermana de la señora Martin) y con otra joven del Hall, una tal Scott, y me las llevé a la taberna de la Media Luna; allí las invité a vino quemado, sin más placer, y a casa en coche. A comer y después a las cuentas, que saco fácilmente y con claridad, pero no me da gusto ver que este año he ganado quinientas setenta y tres libras menos que el pasado: este año he ganado en total dos mil novecientas ochenta y seis libras, mientras que el pasado conseguí tres mil seiscientas cincuenta. También mis gastos este año han sobrepasado a los del año anterior en seiscientas cuarenta y cuatro libras: el pasado gasté en total solo quinientas nueve libras, mientras que este año parece que he gastado mil ciento cincuenta y cuatro, una cantidad que no se puede considerar correcto gastar en un año, a menos que fuera dueño de un patrimonio mayor que el que poseo. Sin embargo, bendito sea Dios, y ruego a Dios que me haga agradecido por ello, tengo en dinero más de seis mil doscientas libras, lo que supera en más de mil ochocientas a lo que tenía el año pasado. Esto, confío en Dios, me hará agradecido por lo que tengo y cauteloso para compensar el año próximo lo que por mi negligencia y despilfarro he perdido y gastado este año. Una cosa que me parece destacable de mi propia situación es que poseo ahora gran abundancia de buena plata, así que todas las invitaciones son servidas con vajilla de plata, pues tengo dos docenas y media de platos.

1667

7 de enero

Con lord Brouncker en coche hasta el Temple; por el camino me dice que finalmente *lady* Denham ha muerto. Algunos sospechan que ha sido envenenada, pero se sabrá mejor cuando le abran el cuerpo, lo que sucederá hoy, pues murió ayer por la mañana. El duque de York está muy preocupado, pero ha declarado que nunca volverá a tener una amante pública; me alegro, y me gustaría que el Rey hiciera lo mismo. Me dice que el Parlamento está enfadado con el incorrecto comportamiento del Rey con ellos en el proyecto de exámenes de cuentas, en el de Irlanda y en el asunto de los papistas, y que no aprobarán lo del dinero hasta que estén seguros de que estos proyectos serán aprobados. Han observado que la Corte retrasa todos los proyectos para que lleguen juntos: así el Rey acepta los que le gustan y rechaza los que no, lo que desbarata todo nuestro trabajo y paraliza el reino. También me cuenta que el señor Henry Howard, de Norfolk, le ha donado a nuestra Royal Society la biblioteca de su abuelo, un noble regalo valorado en mil libras, y les ha concedido alojamiento para que se reúnan en su casa, Arundel House, pues ahora tienen problemas en Gresham College. De allí al Teatro del Duque, donde vi *Macbeth*. Aunque la vi hace poco, parece una obra extraordinaria en todos los sentidos, especialmente en diversión, aunque sea una tragedia muy dura: esta es una extraña perfección en una tragedia, que aquí resulta muy

adecuada. Es la última obra que veo hasta dentro de dos semanas, pues desde anoche estoy ya con mis votos para este año.

16 de enero

Arriba y en coche a Whitehall a despachar con el Duque, como siempre. Allí me llamó a un lado *sir* W. Coventry para decirme que no había respondido a parte de mi última carta porque *littera Scripta manet*[1]. Sobre lo de abandonar la oficina me dice que es porque sus ocupaciones en la Corte[2] no le permitían atenderla; me confesó que últimamente no lograba salir de allí con satisfacción, y por tanto no deseaba recibir dinero del Rey por nada. Le dije que lo lamentaba y le pedí seguir contando con su favor, lo que me prometió. Creo que se ha portado como un hombre muy prudente en lo relativo a su persona, pero me temo que será negativo para el Rey y la oficina. El príncipe Rupert estaba muy enfermo por un golpe que se dio ayer, pero hoy ha mejorado. Hoy se informó ante el Duque del trabajo de los inspectores y Balty resultó ser el mejor de todos, así que el Duque preguntó quién era y si era extranjero, por sus nombres, ambos extranjeros; propuso que él y otro, que era el segundo mejor, recibieran no solo lo suyo sino parte del salario de los demás. Esta mañana hice alguna gestión que me ha planteado el señor Hayter: conseguir que se le permita descargar a un barco cargado de sal procedente de Francia, aunque haya llegado después de la declaración del Rey[3]. Tengo esperanzas de lograrlo con un poco de destreza. Luego estuve un rato en la Lonja, donde dicen que el Príncipe ha muerto, pero lo desmiento. De allí a casa a comer; veo a Balty y le cuento las buenas noticias, y después a Whitehall, donde le planteé al duque de York el asunto de la sal para que lo resolviera el Consejo y esperé a que lo decidieran. Todos se retiraron y, cuando se levantó la sesión, hablé con el duque de York, que me dijo que mi asunto estaba hecho. Después a casa a cenar con mi esposa: me contó que le había propuesto a W. Hewer a mi hermana para esposa suya, lo que acogió con muchos agradecimientos, pero no tiene intención de cambiar su situación. En cierta medida estoy descontento de que mi esposa haya hecho el movimiento, aunque espero que piense que es cosa solo de ella.

20 de enero, día del Señor

Arriba temprano y al Viejo Cisne, donde visité a Michell y a su esposa, que en ropa de dormir parecía la mujer más bonita que creo haber visto nunca.

Tomé un *brandy* quemado y me enseñaron su casa, que han reconstruido los pobres, y está muy bien. Les invité a comer. En Whitehall estuve con *sir* W. Coventry, con quien hace tiempo que no hablo a solas. Me dice que el Consejo ha ordenado ya que lord Brouncker ayude a *sir* J. Mennes en los temas de cuentas relativos al Tesorero, y a *sir* W. Penn en lo referente a proveedores y cajeros, de lo que me alegro, sobre todo porque creo que no me perjudicará en nada. Después de hablar con él, a casa muy satisfecho. Al entrar en la iglesia me sorprendió que nuestros sitios y toda la iglesia estuvieran atestados de gente, el doble de la que suele haber, y me alegra mucho ver que el señor Frampton está en el púlpito. Con gran gozo le escucho predicar y creo que es el mejor sermón, por calidad y oratoria, sin afectación ni estudio, que he escuchado nunca. En verdad habla lo más parecido a un apóstol que he oído a un hombre, y fue el mejor rato que he pasado jamás en una iglesia.

25 de enero

Después de comer nos reunimos lord Brouncker, W. Batten, W. Penn y yo para hablar de nuevo sobre el puesto de Controlador. W. Penn quería que una parte de la gran oficina se separara para hacerle un despacho a él, a lo que me opuse; se enfadó muchísimo, pero voy a insistir, y no me importa.

27 de enero, día del Señor

En pie temprano. Dejo a mi esposa, que va en coche a ver predicar al señor Frampton por recomendación mía, y yo al Viejo Cisne a ver a los Michell, a los que esperé mientras se arreglaban. Conseguí un *baiser* o dos de ella, que me gusta muchísimo, y luego los llevé en barca a Westminster. Mas tarde fui a ver a *sir* Philip Warwick, habiendo quedado con lord Belasyse para ello. Subí a su cámara y le vi reacio a hablar de trabajo en domingo, por lo que no me alargué y me despedí. Bajé, me senté en un salón y estuve leyendo *De scribendis Epistolis*, de Erasmo[4], un libro muy bueno, especialmente una carta con consejos a un cortesano muy cierta y buena, que me hizo pensar en arrancar las dos hojas en que estaba escrita, pero me abstuve. Cuando llegó lord Belasyse subimos de nuevo a ver a *sir* P. Warwick y hablamos sobre Tánger, pero sin esperanzas de conseguir dinero. Después de pasear arriba y abajo, habiendo ya oscurecido y pasadas las seis, fui al Cisne, conseguí un barquero con bastante trabajo, hice avisar a los Michell y vinieron con su

padre Howlett y su esposa. Bebimos y nos montamos en la barca, la pobre Betty con dolor de cabeza. Llegamos a casa con una luna estupenda y una noche cálida. Puse su mano bajo mi capa y *oter sa gans*, pero ella *ne voudroit tocar mi cosa* hoy, por lo que fuera; yo me resistía a *contendre* con ella a *faire, de peur qu'elle faisait son mari prendre* cuenta de ello. Nos separamos en su casa, aunque su marido casi llegó hasta la mía acompañándome. Luego a cenar, a leer un poco y a la cama. Mi esposa me dice que el señor Frampton se ha marchado al extranjero, así que su esfuerzo por escucharle fue en vano, lo que lamento.

29 de enero

Sir W. Batten viene y me dice que hoy ha llegado a la Lonja la noticia de que el coche de lord Sandwich y el del embajador francés se encontraron en Madrid y se disputaron el paso peleando: ellos dispararon al postillón de milord y otro hombre ha muerto; nosotros hemos matado a veinticinco de los suyos y milord está bien. No puedo decir si es cierto, pues no se sabe nada de esto en la Corte, así que deseo que no sea así.

30 de enero, día de ayuno por la muerte del Rey

Toda la mañana en mi cámara haciendo mis cuentas del mes, que terminé antes de la comida muy contento, aunque veo que he ganado poco este mes, no habiendo forma de obtener ganancias aparte de mi salario. Bendito sea Dios por poder ahorrar de ahí, viviendo como vivo.

1 de febrero

Arriba y a la oficina, donde estuve toda la mañana trabajando. Después de comer, a Deptford, y allí a casa de Bagwell, con cita donde la moher erat dentro esperando *mi venida*. Y *sensa alguna* dificultad *monter los degres* y se acostó, *comme jo deseaba*, sobre *lo lectum*; y allí hice *la cosa con* mucha *voluptas*. Parecía *alguns veces* muy religiosa, pero sin embargo me permitió *hazer todo esto et quicquid amplius volebam*. Al rato su *marido* vino y hablamos de conseguirle algo en el nuevo barco que está construyendo el señor Deane; me ocuparé de eso. Luego a Westminster Hall, donde encontré a Doll Lane, y *con ella* fui a la taberna de la Campana, e *ibi jo* hice lo que quise y *con ella*, ella *sedento sobra una* silla y poniendo poca resistencia, pero todo

con mucho gozo y *jo tena* mucho *plazer cum ista*. Nos despedimos y en coche a casa y a la oficina, donde estuve trabajando hasta tarde. Luego a casa, muy a gusto con mi esposa, y a cenar. Mi hermano y yo tocamos, él el bajo y yo el violín, que no he sacado de su caja en tres años o más, pues perdí la llave y ahora he tenido que forzarla. Luego, a la cama.

2 de febrero

Dicen que hoy van a trepanar al príncipe Rupert. Dios permita que salga bien. *Sir* W. Penn y yo nos miramos y hablamos del trabajo con normalidad, pero no hay amistad o intimidad desde nuestro último enfrentamiento sobre su despacho, ni los deseo. A mediodía comí bien; con mi hermano hice otra vez el catálogo de libros, yo escribiendo y él leyendo. Esta noche estuve encantado leyendo un poema que traje a casa de Westminster Hall escrito por Dryden sobre la guerra actual, un poema muy bueno[5].

3 de marzo, día del Señor

Arriba, y con *sir* W. Batten y W. Penn a Whitehall, y allí a la cámara de *sir* W. Coventry, donde estuvimos hasta que se arregló hablando entre otras cosas de la trepanación del Príncipe, que estaban haciendo justo cuando pasábamos por la galería de piedra. Nos dicen que le han hecho el trabajo en unos pocos minutos, sin dolor alguno y sin que notara cuándo se lo hacían. Se lo hizo Mullins. Tras cortar la tabla exterior, como la llaman, encontraron que todo el interior estaba corrompido, y salió sin ningún esfuerzo. Temen que todo el interior de la cabeza esté así de corrompido, lo que hace temer por él. Sin embargo, no surgió ningún problema al hacérselo. Luego a comer a casa de *sir* G. Carteret, y antes de comer estuvimos andando un buen rato: me cuenta que el duque de York se va a hacer a la mar con la flota, lo que lamento por su persona, aunque no hay otro como él en situación de mandar la flota y poner algo de disciplina ahora que los comandantes están tan subidos. Me dice que no hay nada del enfrentamiento entre lord Sandwich y el embajador francés, y me asombra tanta confianza en un informe sin base alguna. Al rato a comer, con muy buena compañía. Entre otras cosas hablamos de la profecía de Nostradamus para esta época y del incendio de Londres, algunos de cuyos versos están en el *Booker's Almanack*[6] de este año.

5 de febrero

Esta mañana oí que el Príncipe está mucho mejor y descansa bien. Se habla mucho de que lord Sandwich ha logrado la paz con España, lo que es muy bueno si es cierto. Después de poner unas cosas en orden en la oficina llevé a mi esposa y a Betty Michell, contra mis votos (aunque abonaré la multa), al Teatro del Rey, a ver *The Chances*[7]. Me parece buena y los actores están bien; fue bonito escuchar a Knepp cantar, muy apropiadamente en la obra, *All night i Weepe*, que interpretó admirablemente. La obra en conjunto me agrada, pero más todavía ver a tantas bellas damas. Luego en coche a la Lonja Nueva, donde me gasté dinero regalándole a Betty Michell dos pares de guantes y una caja. A casa en la oscuridad, con una antorcha entre las ruinas. Me molestaba un dolor en el testículo derecho, pero lo aproveché bien, pues cambié de lado con mi esposa y me senté *avec* Betty Michell: cogí su mano, que ella me cedió libremente, y *hazer* lo que *voudrais avec la*, lo que me dio *plaisir grandement*. La dejé en casa, muy contento de lo lejos que he llegado. Esta mañana, antes de ir a la oficina, vinieron a verme los señores Young y Whistler, fabricantes de banderas, que con mucha seriedad me regalaron una caja en la que imaginé que no habría menos de cien libras en oro; me pidieron que la aceptara, pero finalmente no la tomé. La verdad es que no me parecieron hombres de fiar para estar recibiendo obsequios de ellos: no sabía de ninguna cortesía que hubiera tenido con ellos, quería estar a salvo de sus denuncias y además tener el poder de decir que había rehusado una oferta suya.

7 de febrero

Antes de comer fui a mi salón verde; mientras hablaba con mi hermano acerca de su viaje de mañana a Brampton y le aconsejaba sobre cómo pasar el tiempo que estará en el campo con mi padre, yo estaba mirando hacia otra parte; en ese momento le oí caer, volví la cabeza y le vi tirado en el suelo a lo largo, muerto, lo que me asustó tremendamente. Con amor fraternal le levanté al instante, estando él tan pálido como la muerte. Ya sobre las piernas volvió en sí y dijo que algo muy caliente le vino al estómago. No sabía lo que era, y nunca había tenido un ataque igual antes. Nunca estuve yo tan asustado.

8 de febrero

Esta mañana vino junto a mi cama mi hermano John a despedirse de nosotros, pues se marcha hoy a Brampton. Mi esposa le quiere mucho y yo empiezo a sentir cariño por él desde su accidente de ayer, y me preocupa pensar en perder un hermano o una hermana; es la primera vez que tengo esos pensamientos en mi vida. En la comida hablamos mucho de Cromwell: todos decían que era un hombre valiente y que la corona que consiguió le pertenecía, pues había hecho más que nadie que tuviera una.

10 de febrero, día del Señor

Arriba y con mi esposa a la iglesia, donde el señor Mills hizo un sermón innecesario sobre el pecado original que no entendió ni él ni la gente. A casa, donde vienen los Michell y el señor Cárter, mi viejo conocido de Magdalene College, que ha estado fuera muchos años. Ha pasado este tiempo con el obispo de Carlisle y se ha convertido en una persona muy agradable y de buena conversación; me gusta mucho. Hablamos sobre la gente del College y lo que ha sido de ellos, y para mi alegría no hay ninguno que haya llegado más lejos que yo. Cuando se marcharon, a mi cámara a hacer las cuentas de Tánger, en las que estoy retrasado. Las hice muy bien, aunque me costó quedarme hasta las dos de la mañana; fue más largo porque nuestra vecina, la señora Turner, pobre mujer, vino a despedirse de nosotros, pues tiene que dejar su casa mañana a lord Brouncker, que la ha tratado con muy poca elegancia. Va a alquilar un alojamiento y me cuenta historias extrañas de cómo la señorita Williams recibe las peticiones de la gente y los regalos: ella es la mano que lo recoge todo, mientras que lord Brouncker hace el trabajo. Esto se va a saber si ella sigue aquí, y no le proporcionará reputación a él.

12 de febrero

Con lord Brouncker en coche a su casa a escuchar música italiana: allí estaban Tom Killigrew[8], *sir* Robert Murray y el italiano *signor* Battista [Draghi], que ha compuesto una obra en italiano para la ópera que T. Killigrew tiene intención de producir: cantó uno de los actos. Ha escrito la música y la letra, lo que es mucho, y cantó siguiendo la letra, sin tener la música anotada; tocaba el clavicémbalo admirablemente y la composición es excelente. No entendía la letra, y por ello no sé si era adecuada, pero creo que estaba muy bien. Sin embargo, pienso que en el lenguaje de cada país hay un acento apropiado que afecta al establecimiento de notas a las palabras, y que

solo puede resultar natural para ellas. Por eso no me impresiona como podría o debería si estuviera familiarizado con su acento. Al terminar hablé con T. Killigrew y me contó que la audiencia ahora es la mitad que antes del incendio. Que Knepp se convertirá en la mejor actriz sobre el escenario y que van a subirle treinta libras al año. Que gracias a sus esfuerzos la escena es ahora mil veces mejor y más gloriosa que antes. Ahora velas de cera, y muchas; antes, no más de tres libras de sebo. Ahora, todas las cosas educadas, sin rudeza alguna; antes, una casa de locos. Antes, dos o tres violinistas; ahora, nueve o diez de los mejores. Me dice que ha ido varias veces, ocho o diez, a Roma a escuchar buena música, de tanto que la ama, aunque no sabe cantar ni tocar una nota. Que intentó en los tiempos del otro Rey, y ahora, introducir buena música, pero jamás lo logró, pues aquí nunca ha habido música mejor que las baladas. Al terminar nuestra conversación cogimos los coches y a ver a la señorita Knepp, pues el italiano va a enseñarle a cantar su parte. Después de una hora allí y encantado con esta velada, nos separamos. Yo a casa, a escribir el diario de estos tres días, a cenar y a la cama, sin ninguna preocupación excepto que estas diversiones me perjudican para el trabajo, aunque pienso que este es el mayor placer por el que vivo en el mundo y el más grande que puedo esperar en lo mejor de mi vida.

13 de febrero

En pie, y por el río a Whitehall, como siempre con el duque de York, pero preocupados al enteramos de que después de declarar al Parlamento unas deudas de novecientas mil libras y sin haber pagado nada desde entonces, con la deuda crecida y la flota por salir, el Rey ha destinado treinta y cinco mil libras para comprar provisiones y que salga la nota, cuando esa cantidad multiplicada por cinco no es suficiente para hacer nada bien.

17 de febrero

En casa, citado, viene el capitán Cocke a hablar de asuntos de Estado y de la paz: me dijo que todo lo llevan Kievit, burgomaestre de Amsterdam, y lord Arlington, que se ha metido por los intereses que su esposa tiene allí. Hemos propuesto La Haya, pero no sabemos todavía si los holandeses querrán, y, en ese caso, si le agradará a los franceses. Creemos que nos favorece tener información sobre sus asuntos y su Estado, y la ayuda del príncipe de Orange y su facción[9], pero sobre todo porque De Witt, que todo el tiempo decía que

no podía conseguir la paz, ha tenido que callarse y deberá ofrecer unas condiciones adecuadas por miedo a la gente. Al final, si Francia y España no están bien con nosotros, será mejor pactar con los holandeses y asegurárnoslos. Sin embargo, también tenemos un tratado con Francia, como dice, lo que excluye nuestra alianza con el rey de España o la Casa de Austria, y por el momento no sabemos qué se decidirá. Esta noche, pasando junto a la Reina para ver a las damas, la encontré a ella, a la duquesa de York y a otras dos jugando a las cartas, con la sala llena de hombres y mujeres: me dejó asombrado ver esto en domingo, pues no me lo había creído y hace poco se lo negué a mi primo Roger Pepys. Hoy, mientras iba por el río, leí la respuesta a *The Apology for Papists*[10]: me gustó muchísimo y me parece de lo mejor escrito que haya leído en mi vida, y me alegro de haberlo hecho.

23 de febrero

Hoy por la bendición de Dios cumplo treinta y cuatro años, con buena salud, bien de ánimo y con una posición mucho mejor de lo que hubieran podido imaginar mis padres de un hijo suyo hace treinta y cuatro años. El Nombre del Señor sea alabado y sea yo siempre agradecido. Arriba temprano y a la oficina; me pasé casi todo el tiempo preparando la carta al duque de York de mañana. A mediodía a casa a comer, y luego a la oficina hasta la medianoche, terminándola y pasándola a limpio.

24 de febrero, día del Señor

Le presentamos al Duque nuestra gran carta y otros documentos, entre ellos mi informe sobre el avituallamiento, que es bueno; creo que puedo seguir aspirando al cargo, aunque todavía me temo que se acabe con el nombramiento de *sir* W. Coventry. En la carta no nos hacemos responsables si no viene dinero pronto y luego fracasa la Armada. En Whitehall me encontré a lord Arlington, y él, no sé por qué cortesía, se ofreció a acompañarme a la oficina del lord Tesorero, que es a donde le había dicho que me dirigía. Creo que tenía intención de hablar de temas de la Armada, pero no lo hicimos al unirse a nosotros *sir* Thomas Clifford en el coche; lo sentí porque deseaba empezar a tratarle. Por el camino nos habló mucho de las sencillas costumbres de los españoles, y que los frecuentes intentos de establecer la manufactura [de telas] han sido frenados por la Inquisición: a los ingleses y holandeses que han enviado a trabajar allí y les han cogido con un

libro de salmos o un Testamento los han metido en la cárcel y les han derribado las casas, y hasta el noble más importante de España no se atreve a decir nada contra eso en cuanto se nombra la palabra Inquisición. El capitán Cock me ha contado la respuesta de los holandeses rechazando La Haya para firmar un tratado y la propuesta de Boisse, Breda, Bergenop-Zoom o Maastricht, y que el embajador de Suecia[11] evitó que le llegara al Rey (aunque se la mostró) y les ha escrito diciéndoles que se lo piensen mejor: así que aunque sabemos que lo han rechazado, ellos no saben que lo sabemos, y el Rey no está obligado a darse por enterado de la afrenta. Cuenta que los holandeses tienen muchas dificultades y se dice que no podrán sacar su flota este año. Al poco llegan *sir* Robert Viner y el Alcalde a pedirle instrucciones al Rey sobre la medición de las calles según la nueva ley para construir la ciudad, lo que agradará al Rey. Sin embargo, dice que el método propuesto en el Parlamento por el coronel Birch sería el mejor: elegir a personas en sociedad, venderles todo el terreno y que luego ellos lo revendieran, con preferencia para el antiguo propietario. Esto permitiría que se construyera donde estos asociados quisieran, mientras que ahora habrá grandes disputas y se construirán las calles a trompicones, sin terminarse hasta que no se resuelvan esas desavenencias. Pregunté por el francés que dicen que quemó la ciudad: le colgaron por confesar que había sido contratado por un francés de Rouen y que lo había hecho tirando con un palo una bola encendida por una ventana de la casa. Sin embargo, el dueño de la casa, que es panadero del Rey, y sus hijos juran que esa ventana no existe y que el fuego no empezó ahí. No obstante, el tipo no hablaba como un loco, aunque su aspecto era muy sucio. Al preguntarle a *sir* R. Viner sobre la causa del fuego, dice que el panadero y sus hijos juran que a las diez de la noche dejaron apagar el horno, y que teniendo que encender una vela a las doce, no había allí fuego ni siquiera para eso, y que tuvieron que ir a otra parte. A eso de las dos sintieron que se ahogaban con el humo y vieron que el fuego subía, por lo que se levantaron para salvarse, pero que en ese momento los haces de leña no estaban ardiendo en el patio. Así que no saben cómo empezó.

25 de febrero

Estuve más tiempo en la cama, hablando y disfrutando con mi pobre esposa, recordando cómo ella solía encender carbones y lavarme la ropa sucia con sus propias manos en nuestra pequeña habitación en los aposentos de lord Sandwich, por lo que siempre la querré y admiraré, y así es ahora. Estoy

convencido de que volvería a hacerlo si Dios nos hiciera regresar a esa situación. En casa de mi joyero vi la nueva medalla del Rey, donde en pequeño está la cara de la señorita Stewart, la mejor hecha que he visto en mi vida; es una cosa bonita que haya elegido su cara para que represente a Britania.

27 de febrero

A Whitehall a ver a W. Coventry, pero no le encontré. Al que vi fue al señor Cooling, que me dice que anoche un alguacil llevó al duque de Buckingham a la Torre por prácticas de traición, y que el Rey está muy enfadado con él.

28 de febrero

Arriba; viene Drumbleby con un flageolet hecho para adaptarse al anterior y trae a un tal Greeting, un profesor para mi esposa. Nos ponemos de acuerdo en que le dé clases por cuatro libras. Hoy no estaba preparada, pero lo hará mañana. Come con nosotros el señor Hollier, una compañía muy agradable. Me gusta estar con él y me asegura que no volveré a tener la piedra. Me expresa su opinión sobre la construcción de la ciudad: que nunca se completará mientras se pongan condiciones. Él ha perdido mucho y construiría de nuevo, pero dice que no sabe qué restricciones habrá, por lo que no es seguro empezar. Estos seis días he estado viendo humo que todavía queda del incendio, y es raro, pero aún me cuesta trabajo dormir por la noche sin sentir miedo al fuego: esta misma noche no pude dormirme hasta las dos pensando en eso.

2 de marzo

En pie y a la oficina, reunidos toda la mañana. Entre otras cosas acordamos la distribución de más de treinta mil libras, posiblemente la única cantidad que vamos a recibir de los impuestos, para comprar bienes en esta oficina. Tuve detalles con algunos amigos concretos a los que deseaba el bien, y también para el servicio del Rey, y me quedé encantado con lo que se hizo. Después de la comida, con mi esposa al Teatro del Rey a ver *The Maiden Queen*, una nueva obra de Dryden muy recomendada por su regularidad, tono e ingenio: no creo que vuelva a ver nada igual a la parte cómica, hecha por

Nell, que es Florimell, ni por un hombre ni por una mujer[12]. El Rey y el duque de York estaban en la obra. Confieso que me ha hecho admirarla.

3 de marzo

Viene el señor Hayward, empleado del duque de York, y nos dice que el embajador de Suecia ha estado hoy aquí: se piensa que los holandeses aceptarían que el tratado se hiciera en Londres o Dover, lo que no beneficiaría a nuestro Rey, que ya ha consentido en hacerlo en La Haya, a lo que parece que De Witt se opone pensando que hay alguna intención oculta en el rey de Inglaterra, lo que según mi conciencia no es cierto[13].

6 de marzo

El duque de York nos hace saber su decisión de cambiar la forma de llevar la guerra, es decir, mantendremos la flota que tenemos ahora fuera en diversos escuadrones; así que ya está formada entera y tendremos que mantenerla lo más junta posible[14]. Hay muchos preparativos para fortificar Sheerness y el astillero de Portsmouth y se dirigen fuerzas hacia ambos lugares y otros de la costa, por lo que hay temores de invasión. El propio duque de York declaró que piensan que el enemigo nos quiere bloquear aquí en el río, por lo que ha mandado a los barcos que salgan a prepararse fuera. *Sir* W. Penn me dice que es seguro que el duque de Buckingham está en la Torre, y que tuvo una conversación privada con el Rey antes de ser mandado allí. En Westminster Hall compré algunas gacetas de noticias. En todas partes se quejan del precio del carbón, que está a cuatro libras el caldero; además hace un frío tremendo: el Rey ha dicho que ha sido el día más frío desde que está en Inglaterra. De allí en coche a ver a lord Crew, que me recibe muy bien. Aquí me dicen que dudan sobre dónde está el duque de Buckingham, lo que me hace reflexionar profundamente sobre la falta de certeza de toda historia cuando en un asunto que está pasando hoy no podemos distinguir la verdad.

8 de marzo

En el Cisne conseguí tres o cuatro *baisers* de la pequeña *ancilla* allí. Luego a Westminster Hall, donde vi pasar al señor Martin con un cuadro que ha comprado. Toda la gente del Hall se reía y burlaba de él diciendo: «Mira lo

que ha subido de repente»; lo cierto es que me preocupó un poco el que mis favores hubieran recaído sobre alguien tan poco valioso, y más todavía porque me parece que me ven como el que le ha hecho ascender y supieran la causa de mi amabilidad con él. Ayer empecé a hacer esta marca ✔ para sustituir a los tres puntos, así (.∴)[15], y debo por consiguiente respetarlas a partir de ahora, pues esta señal es más fácil de hacer.

12 de marzo

A mediodía a comer a casa. Allí me encuentro al señor Goodgroome, cuya forma de enseñar a mi esposa, solo cantándole una y otra vez y dejándole que le acompañe, pero no ella sola para corregir sus fallos, no me gusta nada. No obstante, lo aceptaré, pues pienso que terminará cantando bien y sabrá hacer el trino. Hoy un pobre marinero, casi muerto de hambre por falta de comida, yacía en nuestro patio muriéndose. Le mandé media corona y dimos orden para que se le pagara el vale.

14 de marzo

Sir H. Cholmley me cuenta que sin duda lord Belasyse no volverá como Gobernador de Tánger: cree que se lo llevará él y me dice cómo puede afectar a sus cuentas y a las mías. También nos pusimos a hablar con *sir* Stephen Fox: entre otras cosas, de la forma en que se sitúan los españoles: pasean tres juntos; me mostró cómo es, y está muy bien para evitar disputas. Al rato vienen el Rey y el duque de York y son llamados los oficiales de Armamento; luego nosotros: lord Brouncker, W. Batten, W. Penn y yo, solos ante el Rey y el duque de York, el lord Tesorero y *sir* G. Carteret: fui el único que habló exponiendo nuestras necesidades, con las que el Rey y el duque de York estaban conformes. Conseguimos lo que pedimos, quinientas mil libras, pero no en efectivo, ni se nos permitirá disponer de cuarenta mil libras a la semana, que es lo que queríamos y lo que el trabajo requiere.

18 de marzo

Poco antes del mediodía viene a verme mi viejo y gran amigo Richard Cumberland, que ha llegado a la ciudad hace poco y al que apenas he visto en estos siete años. Lleva sus sencillas ropas de sacerdote en el campo. No pude pasar mucho tiempo con él, pero le rogué que volviera con su hermano, que le

acompañaba, a comer hoy: es una persona excelente y siento que esté perdido y enterrado en un pequeño pueblo. Me gustaría poder hacer que le trasladaran, y la verdad es que si aceptaran la fortuna de mi hermana le daría cien libras más a él que a cualquier hombre que dispusiera de cuatro veces más dinero de lo que me temo que él tiene. Pensaré en ello y en cómo procurarlo, pues en la conversación dijo que no está en contra de casarse ni comprometido. Vino el señor Penn y hablamos en el jardín: me dice que es seguro que el duque de Richmond se va a casar con la señorita Stewart, pues hoy le ha entregado al Rey un informe de sus bienes y deudas con ese fin. Por la noche, a casa a cenar y a la cama. En la carta de hoy mi padre me cuenta que sigue enfermo y que mi madre ha empeorado; se teme que no pueda durar mucho, lo que me preocupa. Hoy el señor Caesar me contó un estupendo experimento que ha hecho para pescar con una miniatura, un hilo de tripa barnizado que no se hincha y supera al cabello en fuerza y finura.

20 de marzo

Con *sir* W. Batten y J. Mennes a la sacristía de nuestra iglesia a ser tasados para los impuestos: soy considerado caballero, lo que sumado a mi trabajo ascenderá a unas cincuenta libras. No es más de lo que esperaba, y mucho menos de lo que tendría que pagar por todos mis cargos, por lo que tengo que alegrarme de salir así librado. Tenía idea de hablar con el Rey sobre un asunto en el que soy la persona adecuada: el botín del barco de guerra francés, con el fin de mostrarme como alguien atento al trabajo, pero mi ropa está tan sucia y tan pobre que no me pareció apropiado ni hacer eso ni ir a ver a otras personas en la Corte con las que tenía trabajo, lo que me hizo sentir molesto, y debo remediarlo. Me dicen que el duque de Richmond y la señorita Stewart se prometieron anoche. En Westminster Hall vi a Betty Michell, a la que compré un par de guantes: ella tenía que atender la tienda porque su madre está enferma y su padre recaudando impuestos. La *aime de todo mi corazon*. Tras la comida, en coche al Temple, donde compré un par de libros. Es curioso que por el tratado de Rycaut sobre Turquía, por el que antes del incendio me pedían ocho chelines y del que se han quemado todos excepto veintidós o así, ofrecí ahora veinte chelines, pero me piden cincuenta; creo que los pagaré, aunque solo sea como un homenaje al incendio. Luego a casa y un rato a la oficina, donde me encontré una carta muy triste de mi hermano: me cuenta que los doctores han dicho que mi madre ya no se recuperará y que

mi padre también está muy enfermo, por lo que debo esperar cambios repentinos allí.

22 de marzo

En la Lonja dan por seguro que vamos a firmar un tratado de paz y que será en Breda. Sin embargo, la gente piensa que esta concesión nos perjudicará, y lo temo mucho. Luego a casa a comer; mi esposa se había puesto un ridículo vestido, aunque creo que lo hizo porque el suyo está en el sastre, y eso junto a que estaba hambriento (lo que siempre me pone de mal humor), me hizo enfadar, pero ya con el estómago lleno hicimos las paces y me fui a Woolwich, leyendo todo el rato un libro de Playford, *Introduction to Musique*, que tiene cosas muy buenas. Por la noche me encontré con el capitán Cocke en la colina de la Torre; nos pasamos media hora hablando de la penosa situación en que nos encontramos. Solo hace falta ver que el duque de York, en vez de estar en el mar como almirante, va ahora de puerto en puerto: hoy está en Harwich, y el otro día en Sheerness con el Rey, y ha mandado que se hagan fortificaciones en Portsmouth para enfrentamos al enemigo en caso de invasión. Es triste pensar en todo esto, una vergüenza para el país, sobre todo después de tantos alardes de orgullo contra los holandeses y las tonterías del duque de Albemarle, que no ha obtenido nada después de haberles derrotado, y de haber dicho *sir* John Lawson tantas veces que con menos barcos que ellos siempre les habíamos ganado, lo que influyó tanto para que el Rey nos metiera en esta guerra.

23 de marzo

Toda la mañana en la oficina, donde llegó *sir* W. Penn de Chatham con ideas para fortificar el río Medway: colocando una cadena en las estacas y apostando barcos con cañones para evitar que el enemigo venga a quemar nuestros barcos, pues ahora todos los esfuerzos se dirigen a fortificarnos contra una invasión. Enfadado con nuestra criada Lucy, la cocinera, que es una sirvienta muy trabajadora en todo lo demás y nos gusta, pero está siempre bebida: así estuvo anoche y hoy todo el día, de forma que no pudo limpiar la casa. Mi gran temor es el fuego.

25 de marzo, día de Nuestra Señora

W. Penn y yo a casa del señor Povey por un asunto de W. Penn; la casa está igual de bien que siempre, extraordinariamente bella: ahora estaba ocupado con un artesano que le está haciendo una mesa nueva de marquetería. Tras ver la casa pasamos por la del señor Lely, el pintor, que estaba trabajando, y desde luego sus cuadros son mucho mejores que los del señor Hayls, pero es un hombre muy orgulloso. Luego a casa y a tomar una pobre comida con mi esposa en casa de *sir* W. Penn; después al Teatro del Rey, donde vimos *The Maiden Queen* de nuevo, que me gusta más cuanto más la veo; una obra excelente, y creo que la parte alegre de Nell no puede hacerse mejor en el mundo. En casa encuentro una carta de mi hermano: me cuenta que ayer, mientras escribía, mi madre hizo unos ruidos con la garganta como si se fuera a morir en cualquier momento; aunque me lo he imaginado desde hace mucho tiempo, me sorprendió. Sin embargo, tuve que ir a cenar a casa de *sir* W. Penn con mi esposa y fingir alegría, pero mi corazón estaba triste. Después a casa y a la cama, muy intranquilo en mi sueño: estaba llorando junto a la cama de mi madre, apoyando mi cabeza sobre la suya, con ella casi muerta, y me desperté. Lo raro es que pensé que ella tenía pelos en la cara y su rostro era diferente al suyo verdadero, pero sin embargo yo no pensaba en eso y lloraba sobre ella como si fuera mi madre, de cuya alma Dios se apiade.

26 de marzo

Arriba, entristecido por lo de mi madre, de cuya muerte estoy seguro que me enteraré por la próxima carta, si no de la de mi padre, que tanto por sus dolores como por su pena respecto a ella está también muy enfermo. Por mi parte, tengo razones para estar contento el día de hoy, que suele ser mi celebración acostumbrada porque me quitaron la piedra hace nueve años. ¡Dios me haga agradecido! Sin embargo, la situación de mi madre no hace apropiado que lo celebre, a menos que plazca a Dios mandarle bien a ella (lo que no espero), y entonces lo compensaría celebrando otro día en su lugar. En la oficina tuve ocasión de hablar con *sir* John Harman sobre mi deseo de que mi hermano Balty se hiciera a la mar con él, como el año pasado; no solo pareció conforme sino contento con ello, de lo que me alegré. Con *sir* W. Penn a la taberna del Castillo. Nos tomamos una langosta y bebimos vino; yo me lo tomé quemado, como he venido haciéndolo, como estratagema para poder beberlo, Dios lo sabe, pero ese truco no me servirá ahora que viene el buen tiempo, pues ya no puedo fingir que lo bebo para combatir el frío y lo

voy a dejar. Con *sir* W. Penn a casa y a escribir cartas, entre otras una muy triste sobre el temor a la muerte de mi madre. A cenar, y a la cama.

27 de marzo

En Westminster Hall me encontré con Balty, al que había hecho llamar allí, y le conté que le había conseguido que volviera a salir con Harman en su viaje a las Indias Occidentales, lo que en realidad debo a *sir* W. Penn. Se alegra mucho y se lo toma en serio, pero veo que el pobre está preocupado por su esposa, pues teme por ella y por su honor. Creo que últimamente ha tenido motivos para sentir celos y preocupación, lo que me da pena, e intentaré pensar en algo que pudiera hacer por él. Después de dejarle para que se preparara para el viaje, al Cisne. Hice llamar a Jervas, mi viejo fabricante de pelucas; me trajo una, pero estaba llena de liendres (su defecto de siempre) y mandé que la limpiara. Como deseaba estar en casa por si llegaba cualquier carta del campo sobre mi madre, que supongo me daría la nueva de su muerte, fui enseguida, y luego a la oficina; no había cartas, pero al rato el chico me dio recado de que la señora había abierto una carta para mí, aunque no quiso decirme el contenido. Así que a casa, subí a mi cámara con mi esposa y por medio de mi hermano me enteré de que mi madre murió el pasado lunes, a las cinco o seis de la tarde, y que la última vez que habló de sus hijos fue el viernes pasado. Sus últimas palabras fueron: «¡Dios bendiga a mi pobre Sam!». Leer esto me hizo llorar de corazón, y lloré un rato a solas mientras mi esposa también lo hacía. Después le hablé, diciéndole lo que había pensado: que esto ha sido mejor para ella y para nosotros que habernos sobrevivido a mi padre y a mí, pues estaba muy indefensa; esta idea me apaciguó. Entonces me pareció necesario salir con mi esposa a encargarnos de conseguir cosas de luto para mandar al campo; algunas, mañana, y otras el domingo para mi familia. Hemos decidido que mi esposa y yo, Barker y Jane, W. Hewer y Tom nos pongamos de luto, y a las dos criadas inferiores darles capuchas, pañuelos y guantes. Así que a mi sastre, y aquí y allá, luego a casa y a mi oficina un rato; después a cenar y a la cama, con el corazón triste y afligido, aunque tranquilo.

3 de abril

Arriba, y con *sir* W. Batten a Whitehall; en la cámara de *sir* W. Coventry recogí la orden del Duque para que Balty reciba el dinero destinado a

contingencias del que ejercerá de pagador; me agrada que sea de mil quinientas libras, que es una buena cantidad para probar su capacidad y honradez en su manejo. Me dicen que han llegado cartas de los holandeses: han ordenado que se envíe un pase para nuestros cuatro comisionados y que está de camino, por medio de un mensajero con los ojos vendados, como es habitual. Sin embargo, observo que todo el mundo empieza a dudar del éxito del tratado. La única esperanza es que si se puede hacer de alguna forma, el Canciller lo logrará, pues nadie, ni él, ni muchos cortesanos, ni el Rey se atreven a decir que no lo quieren. Me entero de que al Rey no le agrada tanto como dicen este matrimonio entre el duque de Richmond y la señorita Stewart; que el Duque la recogió en las escalinatas del Oso, junto al puente, con una estratagema y se la llevó a Kent sin permiso del Rey; dicen que el Rey ha dicho que nunca volverá a verla, aunque la gente piensa que es solo un truco. Hoy vi al príncipe Rupert tan bien como solía estar, solo que parece haber algo bajo su peluca en la coronilla. Luego en coche a por mi peluca, al sastre y a casa, donde estaba mi esposa con su maestro de flauta. A la oficina, a casa de *sir* W. Batten y a la de *sir* W. Penn, hablando y pasando el tiempo vanamente, y después a casa, a mi cámara, a cenar y a la cama, enfadado por dos o tres cosas: el reloj de mi esposa, que ha resultado muy malo, lo mal que está la oficina y los gastos que supondrá la muerte de mi madre en ropas de luto cuando se pague todo.

4 de abril

Encontré a Balty en casa y me lo llevé a ver al duque de Albemarle para darle cuenta de nuestro asunto, que era conseguir soldados para equipar algunos barcos que salen a las Indias Occidentales: es triste pensar que estando a principios de año y con tan pocos barcos fuera tengamos tanta escasez de hombres, pues se esconden y juran que no van a ir a que los maten y sin recibir la paga. Hablé con *sir* W. Coventry, que me dice claramente que a todas las quejas futuras sobre falta de dinero él responderá encogiendo los hombros. Eso me llegó al alma: verle empezar a despegarse de los asuntos del Rey y dejarlos a su suerte. Aunque él haga su parte, que creo que hace mejor que nadie al servicio del Rey, si no intenta que los demás hagan lo suyo, no se conseguirá nada. Pensar en esto me entristeció mucho.

5 de abril

El señor Young estuvo hablando de la reconstrucción de Londres y me dijo que las pocas iglesias que se van a construir de nuevo no se han elegido teniendo en cuenta los intereses de la ciudad, pues casi todas están apiñadas alrededor de Cornhill. Sin embargo, todas son regalos del arzobispo, del obispo de Londres, del lord Canciller o del Concejo, y así es como se hacen estas cosas en el mundo, incluso para construir iglesias. Esta mañana vinieron los recaudadores de impuestos; les pagué como caballero y por mi puesto de Secretario de Actas; por mí, mi esposa, por los sirvientes y sus salarios: en total, cuarenta libras y diecisiete chelines. Me parece un trato estupendo, y hasta creo que es una vergüenza no pagar más, es decir, que no tasen mis cargos en Avituallamiento y Tánger; en lo referente a mi dinero, yo estaba decidido a reconocer que tengo mil libras, pero al ver en la sacristía que ninguno de nuestros mejores comerciantes, como *sir* Andrew Rickard, lo hacen, no me pareció adecuado, ni pensé que fuera prudente hacerlo innecesariamente, sino solo vanagloria.

8 de abril

Me fui al Temple, a mi nuevo librero[16], con el que acordé un ejemplar de la historia de Turquía de Rycaut que me cuesta cincuenta y cinco chelines, aunque antes del fuego lo vendían normal por ocho chelines, y encuadernado y coloreado, como este, por veinte chelines. Sin embargo, lo he comprado en edición buena y con todas las ilustraciones coloreadas; solo hay seis libros como este, de los que cuatro los tienen el Rey, el duque de York, el duque de Monmouth y lord Arlington, El quinto fue vendido, y el sexto es el mío. Pregunté por los nuevos aposentos de la señora Knepp, pero estaba practicando en el teatro; mandé al portero a por ella, y como llegó sin arreglar no pudo venirse a casa a comer, aunque la había invitado. Sin embargo no me preocupó demasiado, porque hay cierta frialdad entre ella y la señora Pearse y la compañía no sería tan agradable. Así que a casa, donde todo estaba preparado para una buena comida. Eramos, con mi esposa y yo, doce a la mesa, una compañía muy buena y agradable y la comida excelente y cuidada. Dios mío, había que ver con qué envidia miraban mis platos: hice la mejor exhibición que pude para que vieran mi situación actual y bajarle los humos a la señora Clarke, que se cree muy importante[17].

11 de abril

A mediodía a la Lonja, donde me cuenta el señor Houblon que un pequeño barco de las Indias Orientales valorado en veinte mil libras que volvía solo fue atrapado por un corsario francés. Nuestros comerciantes piden con fuerza la paz, y me dice que han llegado cartas indicando que los holandeses han detenido los preparativos de sus barcos grandes y la salida de cincuenta barcos que estaban listos para zarpar, pero todavía dudo que sea cierto. Fui a Whitehall pensando en ver la llegada de la duquesa de Newcastle esta noche a la Corte para visitar a la Reina, pues el Rey estuvo con ella ayer. Toda la historia de esta dama es un romance, y todo lo que hace es romántico. Sus criados van con ropas de terciopelo, y ella misma se viste con vestidos extraños. Según dicen, el otro día fue a ver su propia obra, *The Humourous Lovers*, que es lo más ridículo que se ha escrito nunca, aunque ella y su marido estaban encantados y ella al final saludó a los actores desde su palco y les dio las gracias. Hay mucha expectación por su venida a la Corte, y muchos vienen a verla como si fuera la reina de Suecia, pero fue en vano, porque no ha venido esta noche.

12 de abril

Arriba, y cuando me arreglé a la oficina, a atender unas cosas sin importancia, pero al volver a casa vi la puerta y la trampilla abiertas. Se las dejó así Lucy, nuestra cocinera, lo que me enfadó tanto que le di una patada al entrar e hice ademán de darle un trompazo; el criado de *sir* W. Penn me vio hacerlo. Me dolió profundamente porque sé que lo contará en su casa, aunque al momento le puse una cara agradable y le hablé con cortesía, como si estuviera muy tranquilo, para que no pensara que estaba enfadado, pero me quedé preocupado. Marché por el río a Whitehall, donde despachamos como siempre ante el duque de York, pero resultó que hablando de dinero la cosa se puso muy encendida, con palabras fuertes entre *sir* G. Carteret y W. Coventry: el primero, en su apasionamiento, dijo que el otro debería haber arreglado las cosas si iban tan mal, y el segundo contestó que sí, que lo habría hecho y las cosas irían mejor si él hubiera sido Tesorero de la Armada. Nos separamos y bien pronto marché a la cámara de *sir* G. Carteret, donde vi al pobre contándoselo a su señora en privado, mientras ella lloraba. Me uní a ellos y me mostré, como en realidad lo estaba, preocupado por esto. Les di los mejores consejos que pude y creo que les agradó; me parece que me tienen por amigo suyo. Él me aseguró que con todos los gastos y deudas pagados no tenía más de quince mil libras más que cuando llegó el Rey, y que cuando el

Rey vino a Inglaterra, con todo lo que le debía el Rey, tenía cincuenta mil libras. Le tranquilicé todo lo que pude.

19 de abril

Mi esposa y yo estuvimos paseando por el jardín en una velada con una estupenda luz de luna. Me dijo que le ha llegado a través de W. Hewer que mi gente ha notado que me ocupo más de lo normal de los placeres, lo que confieso y me siento avergonzado, así que me comprometo a dejarlos desde hoy hasta el domingo de Pentecostés. Mientras estábamos sentados en el jardín vino la señora Tumer para pedir consejo para su hijo, y yo le di el mejor que pude: que se buscara un trabajo en tierra, porque ahora que viene la paz se utilizarán pocos barcos y habrá muchos capitanes veteranos a los que colocar. Luego hablamos de otras cosas, como de la intención de *sir* W. Penn de comprarle Wansted House a *sir* Robert Brooke. Que me cuelguen si intenta comprar esa casa enorme, cuando no sabe amueblar una que no es ni la décima parte de grande.

21 de abril, día del Señor

En pie, y viene John, un cochero al que he recurrido mucho últimamente y que lo era de *sir* W. Penn, a ver si le voy a necesitar hoy o no. Le llevé a nuestra parte de atrás, donde hay una pieza de terreno a la venta: he considerado comprar lo suficiente para construir una cochera y un establo, pues he pensado mucho últimamente que no sería exagerado en nivel o en gasto tener un coche propio, y muy al contrario, pues casi me avergüenza que me vean en uno de alquiler. Me gusta el sitio, cerca de mi casa, y decido intentarlo.

22 de abril

Arriba bastante temprano. Me vestí y a Whitehall a ver a *sir* W. Coventry, que ha regresado de Portsmouth, a quien casi me avergüenza ver por miedo a que le hayan contado que he estado a menudo en el teatro, pero es mejor verle cuanto antes. Parece seguro que habrá paz y que el rey de Francia no va a sacar una flota, pues su objetivo es Flandes. Nuestros embajadores han partido esta mañana. Luego cruzando el parque a casa del lord Canciller, la primera vez que estoy allí: es muy noble, con estupendas pinturas de la

nobleza pasada y presente; nunca vi nada igual. El capitán Cocke me cuenta que el otro día el Rey se enfadó porque no tenía papel en la mesa del Consejo, como es habitual. *Sir* Richard Browne le dijo a Su Majestad que llamaría a la persona encargada de proporcionarlo: al llegar, este le dijo a Su Majestad que era un pobre hombre que debía cuatrocientas o quinientas libras por el papel, tanto como su fortuna, y que no podía seguir suministrándolo sin cobrar, pues no ha recibido ni un penique desde la llegada del Rey.

26 de abril

Estuve dando unas vueltas con el señor Evelyn, un par de horas, hablando de la maldad del gobierno, en el que no hay nada excepto malicia, y mujeres y hombres malvados dominando al Rey, en cuya naturaleza no está el rechazar nada que tenga que ver con sus placeres; que parte de eso procede de la debilidad de los ministros, que no pueden rodearlo como lo hacen sus ociosos compañeros. Me cuenta cosas extraordinarias del rey de Francia y lo gran gobernante que es. Ha hecho que se simplifique la ley; ha despedido a los antiguos comandantes de los castillos, cuyos cargos se habían vuelto hereditarios; ha hecho que los frailes se sometan a los obispos, cuando antes solo se debían a Roma, con lo que apenas eran súbditos del Rey. Me confirmó la historia de la falta de papel en la mesa del Consejo y me cuenta que algunos pequeños sirvientes de la Corte no tienen ni pan, y no han recibido ni un penique desde la venida del Rey. También que el rey de Francia tiene sus amantes, pero se ríe de la locura del nuestro, que hace príncipes a sus bastardos, gasta su dinero en ellos y convierte a sus amantes en sus dueñas. Me contó toda la historia de la salida de la señorita Stewart de la Corte, pues la conoce bien y cree que hasta ese momento era tan virtuosa como cualquier otra en el mundo y estaba decidida a casarse con algún caballero con rentas de mil quinientas libras al año, pues no podía seguir en la Corte sin prostituirse al Rey, al que había mantenido a raya mucho tiempo, aunque este había tenido más libertad que otros hombres para los coqueteos. Ella dijo que había pensado en los motivos que le había dado al mundo para pensar en ella como una mala mujer, y que no podía hacer otra cosa excepto casarse y dejar la Corte para que la gente viera que no buscaba otra cosa que no fuera su honor. El señor Evelyn cree que debe tener cerca de seis mil libras en joyas [por regalos del Rey], y eso es todo lo que posee en el mundo. Me habló de la ridícula ocurrencia del Rey y los caballeros de la Orden de la Jarretera el otro día: aunque los ropajes solo deben vestirse durante las ceremonias y servicios,

están tan orgullosos de ellos que los llevaron hasta la noche y se fueron al parque a cabalgar vestidos con ellos. Noticias seguras de que los holandeses han salido hacia nuestra costa con veinticuatro barcos. Al terminar, *sir* W. Batten y yo volvimos a Londres y por el camino nos encontramos con *lady* Newcastle, con sus coches y todos sus criados vestidos de terciopelo. Nunca la había visto antes como he oído que la describían, y todos hablan ahora de sus extravagancias: su gorra de terciopelo, el pelo sobre las orejas, muchos parches negros por los granos que rodean su boca; el cuello desnudo.

28 de abril, día del Señor

Encantado de verdad con mi lectura del libro de Boyle sobre los colores; solo me molestó que no puedo entender parte de él, en realidad la mayor parte, por falta de conocimientos.

29 de abril

A comer a Whitehall con *sir* G. Carteret, con buena compañía y conversación. Creo que me interesa ir allí más veces por la posibilidad de que milord regrese pronto a casa. Después de comer, *sir* G. Carteret y yo hablamos a solas en su gabinete una hora o más sobre el regreso de lord Sandwich, que espera si se logra la paz aquí. Como un gran secreto me cuenta que ha logrado un compromiso entre lord Hinchingbrooke y una hija de lord Burlington, una gran alianza, con una dote de diez mil libras: es una buena familia relacionada con el lord Canciller, pues el hijo de este está casado con otra de las hijas. Lord Sandwich ha delegado en lord Crew, *sir* G. Carteret y el señor Mountagu para que lo lleven a cabo. Lord Hinchingbrooke y la dama no lo saben todavía. Será, creo, muy acertado.

1 de mayo

A Westminster. Por el camino me encontré muchas lecheras con guirnaldas en sus cubos bailando tras un violinista. Estuvimos hablando de lord Sandwich, para el que lord Crew desea el cargo de lord Tesorero si el actual acaba muriendo, como se cree que ocurrirá en breve. Piensa que no tendrá otro competidor que lord Arlington, del que se ha deslizado que quiere el puesto, aunque lord Crew no lo cree, pues ser secretario le da más beneficios que lo otro, a menos que lord Sandwich le cediera su cargo en el

Guardarropa, lo que tentaría a Arlington a ayudar a milord a conseguir el de Tesorero. Yo objeté que el puesto no le reportaría ni alegría ni seguridad ni honor, estando el Estado tan pobre y siendo el Rey tan inconstante con los que le rodean. De allí al Teatro del Rey, donde había quedado con *sir* W. Penn. Había poca gente y bastante corriente. Nos sentamos en la fila superior junto a los palcos, y me gusta bastante, pues tiene la ventaja de que se ve y oye a la gente importante, cuando la hay. Esta vez solo estaban el príncipe Rupert y lord Lauderdale. Sin embargo, no estaban ni Hart, ni Nell ni Knepp, por lo que era difícil que la obra me gustara. De allí *sir* W. Penn y yo en su coche al parque, donde el polvo era horrible y también la multitud de coches, sin orden ni placer. Lo que vi y me admiró con razón fue ver a Peg Penn en un coche nuevo con la hermana de su esposo, ambas con parches y muy arregladas. Era el mejor coche del parque; creo que jamás vi otro tan brillante y con tanto oro. Dios mío, que tengan eso y nada más en correspondencia me parece uno de los espectáculos más ridículos con que nunca me encontré, aunque su vestido de hoy era bastante bueno; pero que vivan como lo hacen en su casa y salgan con un coche como ese, me tiene asombrado.

9 de mayo

Arriba y a la oficina. A mediodía a casa a comer y luego a St. James, donde encontré a *sir* W. Coventry en su cámara. Me dice que le han contado historias sobre el comisionado Pett: que le vende madera a la Armada con otros nombres; le dije que lo creo, dándole un ejemplo. También me contó que ha despedido a su empleado Floyd por su pereza y malas compañías. Esta mañana me escribió para que le recomendara a alguien. Me gustaría que mi hermano fuera adecuado para el cargo y me arriesgaría a dárselo. Pide un hombre soltero, que sepa escribir bien y suficiente francés como para saber transcribirlo desde una copia; que sepa taquigrafía a ser posible. De allí con él a ver al lord Canciller en Clarendon House, a un Comité de Tánger, donde se acordó enviar allí comisionados antes de que se traslade el nuevo Gobernador, lo que creo que hará tanto bien como todo lo que se ha hecho hasta ahora: es decir, nada.

12 de mayo, día del Señor

Arriba, y a mi cámara a arreglar unas cuentas. Al poco viene mi esposa en ropa de dormir y empezamos a hablar con calma sobre darle dinero para

poner encaje a su vestido de segundo luto. A cambio me promete no volver a ponerse mechones claros en mi presencia; a eso yo, pensando que no era suficiente, comencé a oponerme como un loco y la hice salir llorando con mis gritos. En el acaloramiento me habló de mis relaciones con la señora Knepp, diciendo que si prometía no volver a verla (pues tenía más razones para sospechar de las que yo había tenido con ella y Pembleton), ella no se pondría los mechones blancos. Esto me irritó, pero me contuve, aunque creo que no volveré a ver a esa mujer, al menos que no venga aquí más. Al rato le di dinero para comprar encaje y ella me prometió no ponérselos nunca más mientras viva.

16 de mayo

A mediodía, como hoy es Jueves Santo, es decir, el día de la Ascensión, cuando los chicos van en procesión alrededor de la parroquia, fuimos a la taberna de los Tres Toneles a comer con los otros de la parroquia. Estaban casi todos: *sir* Andrew Rickard y otros, y de nuestra casa J. Mennes, W. Batten, W. Penn y yo, con el señor Mills presidiendo la mesa. Allí nos enteramos de que es falsa la noticia de que trataron mal a nuestros embajadores en Breda, pues los acogieron con gran cortesía, de lo que me alegro. *Sir* John Fredericke y *sir* R. Ford hablaron del Colegio de San Pablo, que según ellos debe ser trasladado, y me temo que pasará tiempo antes de que encuentren otro sitio, que ellos dicen que se les ha prometido. De allí a casa y a mi oficina, ocupado. A las siete de la noche con mi esposa y *sir* W. Penn en su coche a la tienda de Unthank, el sastre de mi esposa, para que ella hablara con él, y nosotros a casa del lord Tesorero. Allí me encontré al portero llorando: enseguida sospeché que había muerto y nos enteramos de que así ha sido. Se ha marchado un buen hombre, y ruego a Dios que las manos en las que caiga el Tesoro no lo lleven peor. Sin embargo, es cierto que la lentitud y la negligencia de este hombre, aunque era tremendamente íntegro, han arruinado a este país. Hoy ha venido a la ciudad el señor Shipley y me dice que mi padre está bien, excepto por su dolor, y no puede moverse [por la hernia]. Le pediría a Dios que estuviera aquí para que contara con la ayuda que yo pudiera darle, pues me preocupa que viva en esa situación de penuria si puedo evitarlo.

17 de mayo

Viene el maestro de flauta, al que no le ha ido bien enseñando a mi esposa, pues no ha practicado tanto como debería. Como pensé que ese hombre merecía un mejor trato, le daré una nueva oportunidad de ganar veinte chelines más al mes, enseñándome a mí. Empezamos esta tarde y creo que serán unos chelines bien gastados.

19 de mayo, día del Señor

Después de comer estuve a solas con *sir* G. Carteret, que afirmó que se conformaría con dejar su puesto de Tesorero de la Armada si las condiciones fueran buenas. Le propuse a lord Belasyse como un hombre capaz de comprarlo.

26 de mayo, día del Señor

Después de comer, solo a Westminster. Al no ver a la señora Martin, me dirigí a la iglesia, alcanzándola por el camino. Ella decidió entrar con la mujer que la acompañaba para salir después, así que entré a la iglesia y, cuando vi que salía, también lo hice yo, pero me encontré al señor Howlett, que me ofreció un banco en la galería. Como no hallé ninguna excusa tuve que aceptarlo y estuve todo el servido fastidiado, pensando que ella me esperaba en casa. Sin embargo, me entretuve mirando con mi lente por toda la iglesia y tuve gran placer contemplando a muchas bellas mujeres. Con eso y durmiendo pasé el rato hasta que terminó el sermón y luego salí a ver a la señora Martin, con la que estuve un par de horas haciendo cosas. En casa encontré a mi padre recién salido de uno de los ataques de su dolencia; pensaban que estaba muerto. Habían mandado a buscarme a Whitehall y por todas partes, y buscaron también al señor Hollier, que vino, pero como estaba aquí W. Hewer creo que fue él quien se encargó de recogerle el intestino, que se le había salido, y metérselo en el cuerpo de nuevo. Lo que más me impresionó fue ver la paciencia del pobre; mi corazón se entristeció, aunque espero que el braguero metálico le alivie algo. Al poco a cenar, hablando todo el tiempo de Brampton y mis intenciones de construir allí si pudiera librarme de mis compromisos con mi tío Thomas y su hijo, para que no se queden lo que yo construya en caso de que yo o mis hermanos no tuviéramos descendencia masculina: esa es la verdadera razón por la que no destino ningún dinero a aquel lugar, además de que temo algún problema por estar tan

cerca de Hinchingbrooke, viéndome obligado a servir a esa familia y a estar sujeto a cualquier gasto que me provocaran.

27 de mayo

Por el río a Whitehall, donde encuentro a *sir* G. Carteret, con el que hablé un rato y me enteré de que los nuevos comisionados del Tesoro se han reunido esta mañana. Me dicen que han elegido secretario a *sir* G. Downing, y creo en conciencia que es una gran cosa, porque es un hombre activo y decidido y se enorgullece de hacer que todo vaya bien bajo su mano. Salí y me paré en las escaleras del jardín del Oso a ver una lucha, pero la casa esta tan llena que no había manera de entrar, por lo que tuve que acceder a la pista a través de una cervecería y en un taburete vi luchar con gran furia a un carnicero y un barquero. El primero lo hizo mejor todo el tiempo hasta que el segundo perdió su espada. El carnicero, no sé si habiendo visto la espada caída o no, le dio un tajo en la muñeca que impidió al otro seguir luchando, y, Dios mío, hay que ver cómo en un minuto se llenó toda la pista de barqueros para vengarse y de carniceros para defender a su compañero, aunque muchos le echaban la culpa a él, y todos se pusieron a pelear, con golpes y cortes por ambos bandos. Fue agradable de ver, aunque me quedé en la pista y me dio miedo de que en el tumulto me hicieran algún daño.

28 de mayo

Arriba, y en coche a St. James, donde me encuentro a *sir* W. Coventry con deseos de hablar conmigo. Era para que leyera el borrador de una carta que ha hecho para que la firmen los comisionados del Tesoro, pidiéndonos un informe de la situación económica de la Armada; observo por lo que dice que lo van a hacer de forma admirable. Me dice que han elegido a *sir* G. Downing como secretario, que será el más adecuado. Cuenta que los banqueros le temen porque es enemigo suyo, pues no tienen la intención de que él les mande y desean decidir las cosas ellos mismos. Me alegra ver las esperanzas de bien para el país que habrá con estos hombres, y me gusta ver a *sir* W. Coventry tan contento como está por lo mismo. De allí a casa, donde encargué que me limpiaran bien el despacho y el gabinete, y lo mismo las ventanas. Toda la mañana con eso y a mediodía a comer. Después, mi esposa marchó con Jane y W. Hewer a Woolwich a tomar un poco de aire y dormir

allí esta noche, para coger mañana rocío de mayo, ya que la señora Turner le ha dicho que es lo mejor del mundo para lavarse la cara.

30 de mayo

Después de comer fui andando a Arundel House, con el camino lleno de polvo, pues han cambiado el día de las reuniones de la [Royal] Society de los miércoles a los jueves, ya que los miércoles hay Consejo y algunos del Consejo son de la Society. Hay mucha gente, muchísima, esperando la llegada de la duquesa de Newcastle, que quiso ser invitada a venir: lo fue después de un gran debate a favor y en contra, pues parece que muchos se oponen. Pensamos que pronto la ciudad estará llena de canciones sobre esto. Enseguida llega la Duquesa con las mujeres que la acompañan. Ha sido una mujer linda, pero sus ropas son tan antiguas y su porte tan vulgar que no me gusta nada, ni la oí decir nada digno de escucharse, aunque mostraba mucha admiración. Se le enseñaron algunos buenos experimentos sobre colores, imanes, microscopios y líquidos, como uno que convirtió, estando ella allí, un trozo de cordero asado en sangre pura, extraordinario.

3 de junio

Después de comer hablé con el señor Evelyn sobre la actualidad de nuestros asuntos, y es que se sabe que los holandeses han salido con ochenta barcos de guerra y veinte brulotes, y que los franceses están en el Canal con veinte barcos de guerra y cinco brulotes, mientras que nosotros no tenemos ningún barco en el mar con el que hacerles daño alguno. Mientras tanto, nuestros embajadores están en Breda negociando, pero los holandeses les miran como gente que viene a mendigar y así les tratan. Todo esto es por la negligencia de nuestro gobernante. Por lo que vemos, es probable que caigan el Reino y su prestigio para siempre, a pesar de tanto como obtuvo y mantuvo gracias al rebelde [Cromwell] que le antecedió. Más tarde, Creed y yo estuvimos paseando por el jardín, reflexionando sobre la mala gestión de las cosas de ahora en comparación con la de los tiempos de rebelión, cuando los hombres, algunos por miedo y otros por religión, se dedicaban a su trabajo, lo que nadie hace ahora, careciendo de ambas cosas.

4 de junio

En pie y a la oficina, toda la mañana ocupado contestando la carta enviada por la oficina de los nuevos comisionados del Tesoro, que nos piden las cuentas desde el regreso del Rey hasta hoy, lo que haremos lo mejor que podamos. A mediodía, a casa a comer. Después viene el señor Commander, que me dice que después de todo no puedo alquilar el terreno para la cochera y el establo hasta que se acabe un litigio que existe sobre el viejo establo que hay ahora. Lamento un poco no poder tenerlo, porque estoy muy decidido a disponer de uno, aunque cuando lo pienso, con los holandeses y los franceses en el mar, nosotros pobres y con todo en desorden, que no se sabe cómo acabará esto, además del peligro que tengo de perder uno de mis cargos (el de avituallamiento, que puede rentarme ochocientas libras al año, es decir, trescientas del Rey y quinientas de D. Gauden), debería conformarme con esperar un tiempo. A la oficina toda la tarde, donde atendí muchos asuntos, y por la noche a casa; allí, a cantar y a tocar el flageolet con mi esposa. Al terminar, se puso de repente a hablar de sus ropas y de mi actitud de no permitirle que lleve las que quiere; acabamos con palabras fuertes, pero me puse a leer un libro (*Hydrostatiques*, de Boyle) en voz alta en mi cámara, dejándola hablar hasta que se cansó y se enfadó al ver que no le hacía caso. Pero hicimos las paces y nos fuimos a la cama juntos por primera vez desde hace cuatro o cinco días, en los que ella ha dormido separada por un gran resfriado que tenía.

8 de junio

Arriba y a la oficina, donde la única noticia es que los holandeses han llegado con una flota de ochenta barcos a Harwich, y que ayer la gente de *sir* W. Rider en Bethnall Green oyó los cañones con toda claridad. El Rey ha enviado a lord Oxford para que prepare las fuerzas de allí, y todas las gabarras del oeste han sido requisadas para hacer un puente sobre el río y que los caballos lo puedan cruzar si hiciera falta.

9 de junio, día del Señor

Fui a ver a *sir* W. Coventry y estuvimos un buen rato hablando. Estoy muy contento de mi suerte al visitarle, pues mantengo el trato con él, la gente lo ve y valora mi posición. Viene lord Berkeley, que sale para Harwich a ocuparse de la milicia de allí; también está el duque de Monmouth, y con él marchan muchos jóvenes fanfarrones, lord Chesterfield, lord Mandeville y

otros, pero que me temo van a hacer bien poco excepto corromper a las campesinas de la zona. Lord Berkeley quería unos mapas y *sir* W. Coventry le recomendó los seis mapas de Inglaterra encuadernados de bolsillo; yo me ofrecí a regalárselos, lo que aceptó. En casa estuve leyendo y terminé un libro que compré hace poco, una divertida sátira llamada *The Visions*[18], traducido del español por L'Estrange y en el que hay muchas cosas buenas. La traducción es, en lo relativo a la expresión inglesa, lo mejor que he visto nunca, pues es casi imposible imaginar que se trata de una traducción. En casa veo que ha llegado una orden para conseguir enseguida algunos brulotes que molesten a los holandeses, que están en King's Charmel[19] y se supone que van a subir.

10 de junio

Arriba. Hay noticias de que los holandeses han subido hasta el Nore y las órdenes para conseguir brulotes son más urgentes. Bajamos todos a Deptford, nos presentamos en los barcos y ponemos a la gente a trabajar.

Dios mío, hay que ver lo despacio que hacen las cosas en este momento, a pesar de que el enemigo ha llegado tan arriba que está casi en el Hope[20]. *Sir* J. Mennes ha bajado y enviado el dinero, así que tenemos todo el que necesitamos. Sin embargo, en parte porque nos hemos acostumbrado a estar perezosos y desesperanzados y en parte porque la gente está habituada a que la engañemos con el dinero, no nos creen, así que no sabemos cómo asegurárselo, aunque lo tenemos. Luego a Woolwich a dar órdenes para la salida de un barco, de lo que yo me quedé encargado; tras entregar las órdenes bajé hasta Gravesend, donde me encontré al duque de Albemarle recién llegado con muchos lores y caballeros ociosos, con sus pistolas y tonterías. Mientras, los holandeses han bajado desde el Hope y Shell Haven hasta Sheemess, y ahora oímos claramente los cañones; sin embargo, veo que el Duque no tiene intención de ir allá, sino que se queda aquí a pasar la noche, y aunque los holandeses se han ido, ha ordenado que nuestras fragatas se pongan en línea entre los dos fortines, lo que en ese momento me pareció una ridiculez. Me fui al pueblo e invité a un par de capitanes de nuestros barcos a una taberna, para que me contaran lo que hizo la flota holandesa en el río. Vimos que la gente se había llevado la mayoría de sus cosas por miedo a la llegada de los holandeses. *Sir* John Griffin dice que anoche no había más de doce hombres en el pueblo para defenderlo. De camino a casa estuve leyendo, mientras hubo luz, el libro del señor Boyle, *Hydrostatickes*, de lo mejor que

he leído. Me esforzaré por entenderlo todo si puedo, pues los principios son muy útiles.

11 de junio

Esta mañana Pett nos escribe que anoche perdimos Sheemess después de dos o tres horas de lucha. El enemigo se ha apoderado del lugar, lo que es muy triste y nos hace temer por Chatham. *Sir* W. Batten y yo bajamos por el río a Deptford y allí con *sir* W. Penn hicimos algunas gestiones para enviar brulotes. Luego W. Batten y yo volvimos a casa a comer y después, gracias al buen consejo de W. Hewer, fui a ver al señor Fenn, a quien hice que me pagara cuatrocientas libras de mis salarios, que W. Hewer cobró por mí y trajo por la noche a mi casa. De vuelta a casa contraté algunos brulotes, pero casi a cada hora recibía cartas de *sir* W. Coventry pidiendo más aún, y una orden del Consejo que nos autoriza a requisar cualquier barco. *Sir* W. Coventry nos dice en su carta que no duda de que en un momento como este, con una invasión que él reconoce, el Rey puede por ley requisar cualquier bien privado.

12 de junio

Después de comer, mi esposa salió en un coche a ver a su madre; yo en otro, por miedo a que me vieran en coche con una mujer en estos tiempos, como si estuviera ocioso, a casa de T. Turner. Sin embargo me encontré al chico de *sir* W. Coventry, que [me cuenta que este dice] en su carta que los holandeses no se han movido desde que tomaron Sheerness, y el duque de Albemarle escribe que todo está seguro respecto a asaltos a los grandes barcos gracias a la barrera flotante y la cadena, lo que me alegra. Cuando llego a la cámara de *sir* W. Coventry, su empleado Powell me dice que los holandeses han roto la cadena en Chatham, lo que me afecta mucho. A Whitehall, a enterarme de la verdad acerca de eso. Cuando subía por la escalera de atrás oí a unos criados diciendo que las noticias en la Corte eran muy tristes; no quise entrar para no ser visto, así que me escabullí y a casa de *sir* W. Turner, donde me encontré a Roger Pepys recién llegado del campo. A solas, me ofreció un partido para Pall, un tal Barnes. Estuvimos hablando sobre él, y hablaremos más, pero estoy tan triste por las malas noticias que no puedo escribirlo. Después, a casa. Es seguro que los holandeses han roto la cadena y quemado nuestros barcos, sobre todo el *Royal Charles*. No sé más detalles, pero seguro

que son tremendamente tristes. La verdad es que me temo que todo el reino está perdido, y decido estudiar esta noche con mi padre y mi esposa qué hacer con lo poco que tengo en dinero, pues el resto y lo que está en manos del Rey lo doy por perdido. Dios nos ayude; El sabrá los desórdenes en que nos veremos metidos e incluso la violencia contra esta oficina y la dureza contra nuestras personas, pues los estúpidos nos echarán la culpa a nosotros, o el Rey y el duque de York nos condenarán por política de Estado, aunque Dios sabe que yo he cumplido con todas mis obligaciones, de eso estoy seguro. La forma de discutir esto con mi padre por la noche fue así: hice que subieran él y mi esposa a la cámara de esta, cerré la puerta y les conté la triste situación; que es probable que nos arruinemos y que temo que haya violencia contra mi oficina, donde está todo lo que tengo en el mundo. Deliberamos sobre mandarlo fuera, al campo, o con mi padre en la ciudad, a casa de Sarah Giles, y con esa idea nos fuimos a la cama; con tanto miedo apenas pude dormir.

13 de junio

En cuanto me levanté me confirmaron la triste noticia de que el *Royal Charles* ha sido apresado y ahora lo están equipando. Pett debería haberlo hecho subir, siguiendo nuestras órdenes, y por tanto merecería que le colgaran por no haberlas cumplido. Otra flota viene al Hope. Al enterarse de estas noticias, el Rey y el duque de York han estado abajo[21] desde las cuatro de la mañana, ordenando que hundan barcos en Barking Creek y otros sitios para impedir que ellos sigan subiendo. Al oírlo me dio tanto miedo que decidí que mi padre y mi esposa marcharan enseguida al campo; a las dos horas de avisarles salieron en coche, llevando cerca de mil trescientas libras en oro dentro de su bolsa. Ruego a Dios que les dé buen viaje y cuidado para esconderlo cuando lleguen a casa. Cuando se fueron seguía asustado, pensando en qué hacer con el resto. W. Hewer ha estado en el banco y le ha sacado quinientas libras a Backwell de su propio dinero, pero son cientos las personas reclamando su dinero y se van a arruinar; su respuesta es: «Esto es pagadero en veinte días, cuando pase ese tiempo, se lo pagaremos». Después del mediodía mandé al señor Gibson a hacer el mismo camino que mi esposa con otras mil piezas, haciendo parecer que era un correo para *sir* Jeremy Smith, que está, me dicen, con unos barcos en Newcastle. Casi toda la tarde me la paso escuchando a gente que viene a la oficina pidiendo noticias, pero no hay nada seguro. El Rey y el Duque todo el día arriba y abajo, a veces en la colina de la Torre con la milicia de la ciudad, donde el Rey les hizo un

discurso. Por la noche hice llamar a mi prima Sarah y a su marido y les entregué mi arcón con documentos sobre Brampton, los papeles de mi hermano Tom y mi diario, que aprecio mucho; mandé mis dos jarras de plata a casa de Kate Joyce: así, con todo repartido, algo se podrá salvar. También he hecho un cinturón en el que, por si hay un problema, llevo encima trescientas libras en oro. Por la noche, ya tarde, viene el señor Hudson, mi vecino el tonelero, y me dice que ha llegado de Chatham a las cinco y que por la tarde vio al *Royal James*, al *Oake* y al *London* quemados por el enemigo junto con sus brulotes. Se les han unido dos o tres barcos de guerra, y los disparos desde Upnor Castle no les molestan más que una mosca. Nos dicen que la flota que está en el Hope no ha subido en la última marea, y *sir* W. Batten me cuenta que hay barcos preparados para ser hundidos en Woolwich, lo que impediría que llegaran más arriba si quisieran intentarlo. Hoy también hice mi testamento, en el que reparto todo a medias entre mi padre y mi esposa; dejé copias a los señores Hayter y Hewer, siendo ambos testigos de mi testamento.

14 de junio

Arriba. Viene el señor Fryer a decirme que hay algunos barcos franceses y flamencos en el río que deberían ser separados del resto y vaciados de pólvora por si se incendian cuando venga el enemigo y nos perjudican. Es un buen consejo; decidí dar aviso y así lo hice. Sin embargo es raro cómo la gente se desentiende del trabajo, incluso en un momento de peligro como este. Viene el señor Wilson a verme y, por orden suya, un empleado del señor Ganden que llegó anoche de Chatham y vio los tres barcos quemados. Pero lo peor es que oyó a muchos ingleses a bordo de los barcos holandeses hablando entre ellos en inglés, y decían: «Hasta ahora luchábamos por vales, ahora luchamos por dólares». El señor Lewes me dijo que le han contado que, cuando apresaron el *Royal Charles*, dijeron que tenían los vales sellados, y enseñaron algunos, y que los cobrarían antes de marcharse. Se dice que ayer en las calles de Westminster gritaban: «¡Parlamento, Parlamento!», y creo que costará sangre responder a estos disturbios. No hay noticias de que los holandeses hayan llegado a Gravesend, lo que es extraño, y más todavía que no sepamos nada de Brouncker, Peter Pett, J. Mennes o de Chatham. La gente que viene a preguntar me hace sentir avergonzado, pues no soy capaz de responderles: además, estoy solo en la oficina, aunque es cierto que me alegra que mi puesto esté aquí, cerca de casa y lejos del peligro y sin embargo prestando

buenos servicios al Rey. El señor Hayter me cuenta que algunos brutos han estado en la casa del lord Canciller y han cortado los árboles de delante, han roto las ventanas y han colocado o pintado una horca en la verja. Comieron conmigo los señores Hayter y Hewer, que hablan con mucha pena de la situación, con la gente por la calle hablando abiertamente de traición; que nos hemos vendido, que nos mandan los papistas, que los que rodean al Rey nos han traicionado, que nos van a entregar a los franceses y no sé qué más. Por la noche vienen *sir* W. Batten y W. Penn, que solo me cuentan que han colocado cañones en Woolwich y Deptford y hundido algunos barcos más abajo de Woolwich y Blackwall, y esperan que esto detenga al enemigo. Pero la confusión es terrible, pues entre los que han hundido sin pensárselo mejor está el *Franakin*, un barco del Rey con bienes almacenados de considerable valor que había sido cargado con suministros para los barcos, y también un barco nuevo de Bristol que hacía mucha falta allí. Nadie reconoce haber dado la orden y se lo atribuyen a *sir* W. Rider. También hablan de un barco cargado con cosas por valor de ochenta mil libras que ha sido hundido con todo dentro. Y lo más raro era el desorden y poca eficacia de la gente, especialmente los empleados, para hacer el trabajo, todos exigiendo dinero. Esto llegó tan lejos en Chatham que esta noche ha venido una orden de *sir* W. Coventry para que se detenga el abono de salarios, pues el duque de Albemarle ha informado que de los mil cien que están allí a sueldo no había más de tres haciendo algo. Esta noche hemos enviado a propósito un mensajero a Chatham, y recibimos una torpe carta de lord Brouncker y Peter Pett sobre la situación allí durante esta semana, pero sin más detalles que lo que se dice aquí. Parece que el duque de Albemarle le dijo a lord Brouncker en la cara que el desmontar allí los barcos grandes había sido la causa de todo. Sin embargo, eso está justificado porque recibió la orden verbal de *sir* W. Coventry, y lo hizo con buena intención para ahorrarle salarios al Rey.

16 de junio

Hablando con Roger Pepys sobre nuestra familia, me dijo que cuando fuera a su casa me enseñaría un documento de los tiempos de la reina Isabel, en el que figuran veintiséis hombres con nuestro apellido, todos propietarios, en la villa de Cottenham.

17 de junio

Arriba, y a mi oficina ocupado toda la mañana, sobre todo poniendo a mi gente a transcribir fragmentos de cartas públicas y privadas, que recojo por si un negro día tengo que defender a la oficina y a mí mismo con ellos. A mediodía comí en casa con el señor Hayter, que parece seguro, y con motivos, de que esta nación se hundirá, y le gustaría estar en Hamburgo. Dice que cree que hay muchos como él y que nada excepto la reconciliación de los presbiterianos salvará al país, y soy de su opinión. Por la noche viene a verme el capitán Cocke y estamos una hora juntos en el jardín. Me dice que teme que los banqueros están arruinados, sin efectivo, aunque Viner tenía cien mil libras cuando empezaron estos problemas; que él y el duque de Albemarle han recibido dinero de Viner: diez mil libras uno y doce mil otro, y muchos otros de nuestros gobernantes han hecho lo mismo. No es una buena señal si los más importantes empiezan a tener miedo. El y muchos otros protestan contra la Oficina de Armamento por sus fallos, tanto en Gravesend como en Upnor y en los demás sitios. Al marcharse, volví a mi trabajo y luego a casa a cenar y a la cama. Últimamente he tonteado mucho con nuestra Nell, jugando con sus pechos. Esta noche viene una carta pidiéndome prestadas cien libras para lord Hinchingbrooke que le permitirán salir con su tropa como le han ordenado, pero encontré una excusa para negarme.

18 de junio

Esta mañana coqueteé con Nell y le toqué la cosa, por lo que luego me preocupé. A la oficina, y allí toda la mañana. Peg Penn vino a verme, lo que me alegró, y decidí probarla por la tarde, pero había compañía con ella en casa. A la oficina, y al poco llegó la noticia de que habían llevado al comisionado Pett a la Torre y estaba allí arrestado, lo que me asustó por si hacían lo mismo con nosotros. Esto hizo que me diera prisa en lo que estaba haciendo con mi gente: recopilando documentos para nuestra defensa. Estupendas noticias esta noche: la explosión de uno de los barcos más grandes de los holandeses mientras celebraban un Consejo de Guerra en él. Tengo dudas respecto a la última parte, pues no ha sido confirmada después; pero la primera, que un barco suyo ha explotado, se dice que es segura.

19 de junio

A mediodía vienen *sir* W. Batten y W. Penn y vamos a casa de W. Penn a hablar durante una hora de trabajo; al rato llega una orden de *sir* R. Browne

convocándome para asistir al Consejo esta tarde con todos mis documentos respecto al Medway. Yo me suponía algún daño para mí, aunque parece muy razonable que sea para informar sobre el comisionado Pett. Me hicieron entrar a un gran Comité del Consejo, estando presentes el duque de Albemarle, Anglesey, Arlington, Ashley, Carteret, Duncomb, Coventry, Ingram, Clifford, Lauderdale, Morice, Manchester, Craven, Carlisle y Bridgewater. Después de detallarles *sir* W. Coventry las órdenes que emitió Su Alteza Real para la seguridad del Medway, les conté con todo detalle lo que habíamos hecho, y les mostré las cartas. Luego llamaron a Peter Pett con el Teniente de la Torre. Las principales acusaciones contra él eran el no haberse llevado más arriba los grandes barcos y el haber usado los botes para transportar sus cosas, a lo que respondió estúpidamente, pese a que sus fallos solo me parecen graves omisiones. Lord Arlington y Coventry fueron muy severos con él, diciendo el primero que si no era culpable, el mundo los consideraría culpables a todos ellos. El segundo insistió en que deben de haberse producido distintos fallos, y que debe comprobarse si el almirante ha cumplido con su parte. Yo dije algo desafortunado, y lo lamenté, cuando él se quejó de la falta de remos para los botes, pues parece que los había, y muy buenos. Dijo que no usó ningún bote hasta que no marcharon todos menos uno, y que fue para transportar algo de mucho valor: sus maquetas de barcos. Cuando el Consejo contestó a eso que preferirían que los holandeses se hubieran llevado las maquetas en vez de los barcos del Rey, respondió que estaba seguro de que los holandeses hubieran sacado más provecho de las maquetas que de los barcos, y el Rey hubiera perdido más así, de lo que todos se rieron. Después de escucharle una hora o más le hicieron retirarse. En todo este tiempo no le manifesté ningún respeto, más bien me mostré en su contra, por lo que Dios me perdone, pues no le deseo ningún mal, pero percibo que estos lores están haciendo una purga, y si es necesario tengo que ponerme del lado de la oficina. Cuando entré en la Corte era curioso ver cómo la gente me miraba, y me sentí obligado a saludar y reír para que no pensaran que yo también estaba arrestado, aunque luego descubrí que me hicieron asistir para proporcionar pruebas contra P. Pett. Sin embargo, tenia tanto miedo al entrar sobre lo que podría pasar que me pareció adecuado darle a T. Hayter, que estaba conmigo, la llave de mi gabinete, instrucciones sobre dónde encontrar quinientas libras en oro y plata y mis *tallies*, para que se los llevara en caso de alguna desgracia para mí. Al salir me dirigí a casa de *sir* G. Carteret, pero Yorke, el cochero, me dijo que mi esposa había vuelto a la ciudad, por lo que me fui a toda prisa a casa a verla. Me contó lo mal que ella y mi padre enterraron el oro y aquello

era para enloquecer. No está contenta, pues cree que mi hermana lo sabe: mi padre y ella lo hicieron el domingo, mientras todos estaban en la iglesia, a plena luz del día y en medio del jardín, donde muchos ojos podrían verles, lo que me hizo preocuparme tanto que me puse como loco. Enseguida me puse a pensar en cómo recuperarlo para tenerlo más seguro, ya que ahora las cosas están mejor. Estaba tan enfadado que reñí con mi esposa y, aunque acaba de regresar, no cené con ella ni le hablé en toda la noche, sino que me fui a la cama y a dormir.

21 de junio

Arriba, y por el río a Whitehall, donde hablé con G. Carteret y el señor Fenn sobre el trabajo de la oficina. Les vi a todos parados, sin dinero con el que hacer nada. De allí a casa, pasando por mi sastre a encargar algunas prendas de color. Hoy llegan noticias de Harwich: la flota holandesa sigue a la vista y creen que se les van a unir cerca de cien barcos, grandes y pequeños; piensan que serán capaces de enfrentarse a ellos, aunque se quejan de la escasez de marineros, pues les quedan pocos y además con pocas fuerzas. Lo mismo escriben desde Portsmouth, y las cartas que me llegan son dignas de leerse. *Sir* H. Cholmley viene hoy a verme y me dice que la Corte está tan loca como siempre, que la noche en que los holandeses quemaron nuestros barcos el Rey cenó con *lady* Castlemaine en casa de la duquesa de Monmouth, y se pusieron como locos a cazar una mariposa de la luz. En la Corte todos se asustan de pensar en un Parlamento, pero él cree que lo único que nos salvaría sería que el Rey le cediera todo el poder a uno.

22 de junio

En pie y a mi oficina, con mucho trabajo; allí viene la señora Daniel, y es extraño cómo me puso solo tocarle la barriga a través de sus ropas. A mediodía a casa a comer, donde ha venido el señor Lewes Phillips invitado por mi esposa, pues fue uno de sus compañeros de viaje en el coche esta semana. Hablé mucho con el señor Phillips de las cosas del campo, y entre otras me dice que no hay forma de comprar terrenos en Brampton. Por la noche vienen los capitanes Hart y Heywood a hablar sobre los seis barcos mercantes que ahora se han requisado para hacer la guerra, y en la conversación me cuentan la toma del *Royal Charles*: fue consecuencia del descuido y nada más, pues el día que los holandeses lo atraparon se hubiera

podido salvar con algunos medios y botes, y fue la falta de botes lo que nos hizo perder los otros barcos. Los holandeses lo tomaron con un bote de solo nueve hombres y no encontraron a nadie a bordo: tenerlo tan cerca fue una tentación demasiado grande para ellos. Cuando se marcharon, vino *sir* W. Penn y estuvimos hablando. El Rey en persona le dijo que el Concejo le ha prestado diez mil libras para la defensa del Támesis: me parece muy pobre que tengamos que pedir prestadas esas cantidades tan mezquinas. Me dice que está claro que la causa principal de no haber podido montar una flota este año ha sido la libertad que se dio a principios de año para la salida de barcos mercantes, lo que nos ha privado de diez mil o quince mil marineros.

24 de junio

Por la noche viene el señor Povey por trabajo; nos pasamos dos horas en el jardín y hablamos de cosas de Estado. Opina que es imposible que evitemos hundirnos, pues no contamos con nada que pueda salvarnos: un monarca perezoso; no hay un Consejo; no hay dinero ni reputación dentro ni fuera. Cuenta que el Rey sigue persiguiendo a las mujeres igual que siempre y que el Duque no ha conseguido a la señora Middleton, como me dijeron el otro día, aunque dice que no la quiere porque tiene otras y siempre las ha tenido; sabe que le han llevado mujeres por la galería alfombrada de Whitehall hasta su gabinete y que hasta se ha levantado de la cama de su esposa para acostarse en otras que le tenían preparadas; que el señor Brouncker no es el único proxeneta, que toda su familia es igual y harían cualquier cosa por agradarle; que, además de por las recientes muertes de los dos príncipes[22], la casa está en un desorden tremendo por sus deudas, ya que gastan más de sesenta mil libras al año, cuando en realidad él no ingresa más de cuarenta mil; que la Duquesa no es solo la mujer más orgullosa del mundo, sino la que más gasta; que su matrimonio con el duque de York ha deshecho al reino, pues ha puesto al lord Canciller demasiado alto cuando de otra forma sería un hombre corriente al que otra gente hubiera podido controlar, y él habría tenido que preocuparse de hacer las cosas bien por miedo a ser llamado a rendir cuentas, mientras que ahora se siente seguro. Me cuenta que el otro día, al recibir las malas noticias sobre los holandeses, cerraron Whitehall y se reunió el Consejo, pero me asegura que no saben más de lo que sabemos nosotros, ni se sabe quién lo lleva ni de quién depende. El lord Canciller les habló y les dijo que ellos sabían que él se había opuesto a la guerra desde el principio, y por tanto se había ocupado poco de ella, que no podía decir

mucho y otras cosas así, para quitarse de encima las culpas de la guerra. A esto, lord Anglesey se levantó y dijo a Su Majestad que creía que no se habían reunido para deliberar sobre quién era o no era el causante de la guerra, sino qué se podía hacer para lograr una paz, y en manos de quién estaba. De paso recordé que el otro día me contó el capitán Cocke que este lord Anglesey había dicho unos pocos días antes que de buena gana daría diez mil libras de su fortuna si con ello aseguraba el resto. Me cuenta, hablando de la terrible debilidad del Rey por las mujeres, que este se esforzó diez veces más por lograr la paz entre *lady* Castlemaine y la señorita Stewart cuando se pelearon de lo que nunca hizo para salvar su reino, y que va todas las noches a Hyde Park con la duquesa de Monmouth o con *lady* Castlemaine. Me dice que lo único en el mundo que podría salvamos sería la generosidad del rey de Francia ayudándonos contra los holandeses y consiguiendo una paz aceptable, aunque le diéramos Tánger, las islas [de las Indias Occidentales] que ha tomado y otras cosas que quiera pedir. Me confirma lo que he pensado sobre motines y desórdenes entre nosotros, y que como Tesorero que es (y mucho más yo, Tesorero [de Tánger] y además Oficial de la Armada, sobre la que, como todo el mundo sabe, caerán todas las culpas) teme que le cojan, lo que me hace desear todavía más abandonar mi cargo de Tesorero en cuanto pueda.

27 de junio

Me despierta Griffin esta mañana sobre las tres con una carta de *sir* W. Coventry para *sir* W. Penn diciendo que los holandeses están otra vez en el Nore, y no sabe si han pasado o no, y quiere que se hagan cosas, hundir barcos y no sé qué más; *sir* W. Penn (que parece que está muy enfermo esta noche, o eso debe pensarse) ha mandado a Griffin que lleve la carta a Trinity House, así que se marchó con la carta y yo intenté con mucho esfuerzo dormir un poco más. Me levanté a las seis, preocupado por qué hacer con el poco dinero y la plata que me quedan, deseando de todo corazón tenerlo seguro. Así que a la oficina, con mucho trabajo toda la mañana, sobre todo porque los compañeros están todos ausentes: *sir* W. Penn se ha puesto tan malo esta noche que no se puede mover; W. Batten, enfermo en Walthamstow; *sir* J. Mennes, lo mismo en Chatham, y lord Brouncker también allí por trabajo. Muchísimos problemas por las reticencias de los comerciantes para dejamos sus barcos y por las huidas de los marineros, a los que no hay manera de conseguir o mantener sin dinero. Este mediodía me cuentan W. Hewer y T. Hayter que es seguro que *sir* G. Carteret ha dejado su cargo de Tesorero y

que lo ha ocupado lord Anglesey mediante un acuerdo de intercambio de cargos, aunque no creo la segunda parte. Esto me lo contó ayer Povey y me parece muy sabio por su parte. Pearse me dice que toda la ciudad se queja de nuestra oficina y que nos llaman hatajo de tontos y truhanes, aunque dice que todos hablan bien de mí, o mejor que de los demás, lo que me consuela: pienso que lo merezco y demostraré que es así; sin embargo ambos creemos que el Parlamento nos echará a todos y con ello tendré que conformarme. ¡Sabe Dios! Hay noticias de que, con la marea, cerca de ochenta barcos holandeses, grandes y pequeños, fueron vistos esta mañana subiendo el río, y había algunos más arriba del Hope.

28 de junio

Después de comer viene *sir* G. Carteret y me cuenta que ha hecho un trato con lord Anglesey: que él va a ocupar el cargo del otro como Tesorero Auxiliar de Irlanda, que es un puesto de mucho honor y gran beneficio, mucho mejor (y no sé por qué motivo, pero lo hay) que el del Tesorero, lord Cork, y darle el suyo de Tesorero de la Armada.

29 de junio

Arriba, con sueños muy desagradables esta noche: mi padre, mi hermana y mi madre vienen a vernos y nos encuentran a mi esposa y a mí saliendo por la verja de la oficina. Vamos todos con trajes de encaje y me dicen que han venido a pasar el primero de mayo. Mi madre me dice que necesita un par de guantes; me acuerdo de un par de ellos en la cámara de mi esposa y decido dárselos, pero entonces pienso en cómo es que mi madre ha venido a verme estando yo de luto por ella, por lo que supongo que hemos estado todo el tiempo equivocados creyendo que estaba muerta, así que lo arreglo para que se le diga a quien lo pregunte que es por mi suegra, que estaba muerta, por quien estamos de luto. Este sueño me trastornó y me desperté. En pie, y en coche a St. James. Me encuentro arriba a *sir* W. Coventry y a *sir* W. Penn y hablamos de preparar las cuentas para el Parlamento. *Sir* W. Coventry nos dio consejos para preparar nuestra justificación, pues cree, como lo hacen todos, que van a ir a por nosotros con dureza, aunque él lo atribuye todo a la falta de dinero; dice que un poco se le puede achacar al propio Parlamento por no haber suministrado el dinero antes, pues él mismo les había advertido. También que está preparando su propia justificación y que ha oído que el lord

Canciller, lord Arlington, el vicechambelán y él mismo son de los que se habla en los cafés como sacrificados para apaciguar a la gente. Luego a casa a comer, a tocar el flageolet con mi esposa y de nuevo a la oficina, con la decisión de darme una vuelta mañana por Chatham para trabajar y también para darme el gusto de ver el lugar después de haber estado allí los holandeses. He mandado recado para que Creed se venga conmigo en coche mañana por la mañana. Viene a verme a casa mi primo Thomas Pepys, de Hatcham, y hablamos con mucha libertad: piensa que nada excepto una unión de los distintos intereses religiosos arreglaría las cosas; yo también lo creo, y nos ayudaría que el Parlamento se encargara de llevar el mando de todo y se investigaran seriamente los malos comportamientos.

6 de julio

A mediodía a casa a comer con Creed, que nos trae la noticia de un acuerdo de paz, pues le han llegado cartas al Rey indicando que se ha conseguido, y que el señor Coventry está de camino para la ratificación del Rey. La noticia es tan buena y repentina que con gran alegría fui a contársela a W. Batten y después a W. Penn. Con el corazón lleno de gozo, a Whitehall, a preguntarle al señor Williamson, quien me dice que el señor Coventry viene con un proyecto de paz, que si los Estados [holandeses] y nuestro Rey están de acuerdo cuando se lo muestren los ministros de ambos lados, se habrá alcanzado, y eso será todo, pero oigo que el Rey da por sentado que la paz se ha acordado.

8 de julio

Arriba, y a mi cámara. Al poco viene Greeting y tocamos el flageolet con mucho placer. Después a la oficina, donde nos reunimos para poner a los hombres a trabajar en levantar los barcos hundidos en el río. Entonces a casa de nuevo, donde el señor Caesar tocó algunas piezas muy buenas con el laúd, estando yo con la viola y Greeting con el violín. Después salgo con mi esposa en coche, ella a su sastre y yo a Westminster y de allí a Whitehall, donde hablo con *sir* John Nicholas, que me cuenta que el señor Coventry ha venido de Breda, como estaba previsto. Sin embargo, contra lo que se esperaba, trae dos o tres artículos que no agradan al Rey. Si esto será suficiente para romper la paz, no puede saberse, pero se ha acabado la seguridad de la paz.

12 de julio

En Whitehall me encuentro con *sir* H. Cholmley, quien me dice que no hay duda de que la paz se hará, pues ayer escuchó parte de la reunión del Consejo y oyó al Rey dar razones a favor. Entre otras cosas, dijo que el ánimo de nuestros marineros está muy bajo, y que las fuerzas de nuestros enemigos son demasiadas y demasiado grandes para nosotros, y no quería que sus súbditos sufrieran tanta presión, porque sabe que un inglés es capaz de hacer como el que más cuando tiene esperanzas, pero que cuando se siente presionado se desespera tan pronto como cualquiera. *Sir* H. Cholmley, como un verdadero caballero inglés, se queja de los gastos privados del Rey: en los tiempos del rey Jacobo [I] no pasaban de cinco mil libras, y en los del rey Carlos [I] eran de diez mil libras; ahora nos cuesta más de cien mil, junto a los grandes gastos de la monarquía, como las cien mil libras del duque de York, otros miembros de la familia real y la guardia. Es curioso cómo ahora él y todos piensan en Oliver y le alaban, las grandes cosas que hizo y cómo consiguió que los gobernantes vecinos le temieran, mientras que aquí un príncipe que llegó con todo el cariño, oraciones y afecto de su gente lo ha perdido todo tan rápido que es un milagro que se pueda perder tanto en tan poco tiempo. Después de comer estuve a solas con *sir* Thomas Crew, que me cuenta la alta estima con que cuento en el Parlamento, pues se habla bien allí de la disposición y cortesía del señor Pepys al mostrarles todo, de lo que estoy muy orgulloso.

13 de julio

En la segunda vez que estuvo con nosotros, lord Anglesey me cogió aparte y me preguntó dónde vivo, porque le gustaría hablar conmigo. Esto me agradó, le dije que le visitaría y nos separamos. Me fui a casa y comimos con el señor Pearse, que nos dice algo que me preocupa: lord Buckhurst ha sacado a Nell del Teatro del Rey, se acuesta con ella y le paga cien libras al año, así que ella se ha llevado sus cosas a la casa y no va a actuar más. Es extraño decir esto, pero aunque se piensa que esta paz es peor que la que temamos antes, sin embargo casi todo el mundo teme que los holandeses no mantengan su promesa ahora que el Rey ha aceptado todo lo que querían.

14 de julio, día del Señor

Arriba los dos antes de las cuatro para arreglamos; al poco viene la señora Turner, con la que habíamos quedado, y estuvimos ella y yo hablando abajo hasta que mi esposa se vistió, pasadas las cinco, y me irritó que tardara tanto. Cuando terminó, echamos unas botellas de vino y cerveza y algo de carne fría de ave en el coche y partimos. Llegamos a Epsom[23] sobre las ocho, al pozo, donde había mucha gente; bajamos y yo bebí del agua. Me encontré a gente de Londres y a algunos comerciantes de nuestra oficina y fuimos a la Cabeza del Rey, donde nos llevó el cochero: conseguimos una habitación bastante mala, pero la mejor de las que no estaban cogidas. Pedimos bebida y encargamos la comida. Me dicen que lord Buckhurst y Nelly están alojados en la casa de al lado, y que *sir* Charles Sedley está con ellos. ¡Pobre chica! Me da pena y sobre todo el haberla perdido en el Teatro del Rey. Después de comer nos echamos una siesta, pues el día era muy caluroso. Vino Tom Wilson a verme, nos sentamos y hablamos una hora. Observé que trató mucho al doctor Fuller y al doctor Pierson y me agradó escuchar lo que decía, con mucho ingenio, de ellos, sobre todo del arte de la memoria de Fuller, del que me dio algunos ejemplos. Al rato cogimos el coche y salimos a tomar el aire, pues la brisa era muy buena. Les llevé al pozo y llené algunas botellas de agua para llevármelas a casa. El caballo de W. Hewer se soltó, y nos divirtió mucho ver cómo intentaba atraparlo. Después les llevé a ver la casa de mi primo Pepys[24], que les gustó mucho. Les hice pasear por el bosque hasta que se perdieron, sin que yo pudiera encontrar ninguno de los senderos. Al final salimos y, al saltar, me torcí el pie derecho, pero seguí andando y se me pasó. Con las mujeres y W. Hewer paseamos por los prados, donde había un rebaño de ovejas, con una de las vistas más agradables e inocentes que jamás contemplé en mi vida: nos encontramos a un pastor y a un pequeño a su lado que le leía la Biblia. Le dije al chico que leyera para mí y lo hizo con el tono forzado que habitualmente utilizan los niños, muy encantador. Le di algo y me acerqué a su padre, con el que hablé: me enteré de que había sido sirviente en la casa de mi primo Pepys y me contó lo que había sido de los viejos criados. Se alegró muchísimo de lo que me gustó la lectura de su hijo y bendijo a Dios por él en la forma más parecida a los antiguos Patriarcas que oí en mi vida, haciéndome pensar durante dos o tres días en las viejas épocas del mundo. Sobre las siete cogimos el coche para volver a casa, pues ya bajaba el sol. Fuimos muy a gusto notando el fresco de la noche dentro del coche y hablando de las cosas del día; la señora Turner encantada con mi decisión, que le comuniqué en ese momento, de no tener una casa de campo, sino un coche propio para salir los sábados con mi esposa a un sitio, y de allí a otro,

porque así hay más variedad, menos gastos y menos problemas que con una casa de campo.

17 de julio

Arriba, y a mi cámara a escribir mi diario del domingo pasado, con mucho gusto; el pie bastante bien, aunque sigo cojeando. Mi esposa me da la buena noticia de que Hogg ha traído una estupenda captura a Hull[25]. *Sir* W. Batten me ofrece mil libras por mi parte, junto a la de *sir* Richard Ford, lo que me tienta, aunque no lo aceptaré y seguiré en la compañía. Parece que el duque de Buckingham ha sido puesto en libertad sin otros cargos en su contra y sin absolverle de nada, lo que es uno de los casos más raros del estúpido juego que se sigue en los asuntos públicos en estos tiempos. Se dice que cuando le acusaron de estar haciéndose muy popular él respondió que cualquiera que fuera arrestado por el lord Canciller o lord Arlington no podría evitar hacerse popular.

19 de julio

Arriba. Viene el profesor de flauta, que me trae dos grandes flageolets de marfil nuevos que me cuestan treinta y dos chelines, y tocamos. En la oficina ocupado toda la tarde, y luego a ver a *sir* W. Batten y a *sir* R. Ford para deliberar sobre nuestro botín de Hull, preocupados porque es posible que el príncipe Rupert nos cause problemas, ya que Hogg estaba asociado con dos corsarios del Príncipe, por lo que pensamos en cómo libramos o protegemos. Luego paseo con mi esposa por el jardín, y a cenar y a la cama. Hoy alguien me cuenta que en una carta desde Holanda le han dicho que allí la gente piensa que nuestra situación es tan mala que conseguirán lo que pidan; por ello están muy orgullosos y nos desprecian, y hay muchas razones para que así lo hagan. La flota holandesa está por todas partes en grandes escuadrones: rodeando Harwich, recientemente en Portsmouth y, según las últimas cartas, en Plymouth; y ahora se han ido a Dartmouth a destruir nuestra flota del Estrecho, que acaba de llegar. Sabe Dios si pueden hacer daño o no, pero el otro día las noticias de que los holandeses estaban en tantos sitios llegaron tan seguidas que *sir* W. Batten exclamó en la mesa: «Por Dios, parece que el Diablo caga holandeses».

22 de julio

Creed me cuenta la pelea del pasado sábado en el Teatro del Duque entre el duque de Buckingham y Henry Killigrew, a quien el Duque golpeó con fuerza y le arrebató la espada, dejándole en ridículo y haciéndole suplicar por su vida. Me alegro, porque parece que en esto el duque de Buckingham se comportó de manera correcta, y me gustaría que le hubiera dado una buena paliza[26]. Oigo algo sobre esto en la Lonja, y es curioso cómo la gente habla bien del duque de Buckingham, como alguien que se altera por estas ofensas, y por eso están a favor suyo. Esto me recuerda que esta tarde Billing, el cuáquero, me vio en el Hall y después de hablar un rato me dijo: «Ahora os llamarán a todos a rendir cuentas». Quería decir que el Parlamento se acerca.

24 de julio

Esta mañana temprano llega una carta de Gravesend contando que la flota holandesa entró completa en el Hope ayer a mediodía, luchando con nuestros barcos hasta las siete. Esta gente es muy atrevida y tienen la suerte del viento del este, que les ayuda a subir y nos impide hacerles daño con nuestros brulotes. En efecto, han tenido los vientos a favor desde el principio.

25 de julio

Por la noche nos reunimos en el jardín *sir* W. Batten, W. Penn y yo con *sir* R. Ford para hablar de nuestro botín de Hull. Parece que Hogg es un rufián extraordinario, el estafador más claro que jamás se haya visto. Esto nos hace enfadar y hablarle muy claro a *sir* W. Penn, que ha sido su gran defensor y es tan rufián como él. Parece que ya ha cambiado de opinión y se unirá a nosotros en nuestras gestiones firmando las cartas que redactamos, cosa a la que antes se había negado, así que nos separamos en paz. Entonces le pregunté a *sir* R. Ford y al resto por lo que ha sucedido hoy en la reunión del Parlamento. Me dijo que al contrario de lo que pensaba el Rey, que se presentaría poca gente, hubo más de trescientos en este primer día, y todos los del grupo de descontentos: de hecho, casi parecía que la Cámara no estaba formada por otra cosa. El Presidente les dijo en cuanto se sentaron que el Rey le había ordenado comunicarles que un importante asunto le impedía acudir allí y dirigirse a ellos como tenía previsto, y por tanto le había indicado que

les dijera que se presentaran el lunes próximo; todos tenían muy claro que espera haber firmado la paz para ese día, pues según cartas de lord Holis debía haberse firmado el domingo pasado. Sin embargo, antes de que se planteara la cuestión de reunirse de nuevo el lunes, *sir* Thomas Tomkins se adelantó y dijo que todo el país está dolido por el nuevo ejército estable que se está montando, cuando ellos piensan que están suficientemente seguros con los grupos entrenados, y que por tanto solicitaba que el Rey lo deshiciera. Entonces se levantó Garraway y le secundó. Después se levantó *sir* W. Coventry, diciendo que aprobaba lo que había dicho el caballero anterior. Luego *sir* Thomas Littleton, quien dijo que era adecuado presentarle al Rey su voluntad de que en cuanto se firmara la paz se desmontara el Ejército de Tierra, y que este deseo le fuera comunicado por los parlamentarios que eran miembros del Consejo Privado, lo que se sometió a votación y fue aprobado *nemine contradicente*. Sin embargo, está claro cuál será el efecto de este Parlamento si le dejan reunirse: van a atacar con dureza los fallos de gobierno, y ruego a Dios que se les permita hacerlo, pues me temo que nada más podrá librar al Rey y al Reino que hacerlo pronto.

27 de julio

Arriba y a la oficina, donde oigo que *sir* John Coventry ha llegado de Breda; creo que es sobrino de *sir* W. Coventry, pero no sé qué mensaje trae. Llegan noticias esta mañana de que *sir* J. Jordán volvió de Harwich con dieciséis brulotes y otros cuatro pequeños barcos de guerra y que intentó hacer algo contra el enemigo, pero con tan poca discreción, según dicen casi todos, que lo único que consiguió fue perder cuatro brulotes. En la oficina toda la mañana, y a mediodía a la Lonja, donde me encontré a Fenn. Me dice que *sir* John Coventry trae la confirmación de la paz, pero no encuentro alegría en la Lonja, sino más bien lo contrario, pues lo ven como una paz lograda para mantener al Rey durante un tiempo con sus lujurias y su comodidad, sacrificando al comercio y a su país a cambio de sus placeres, por lo que los comerciantes están bastante desanimados. Me cuenta que el Rey y *lady* Castlemaine han roto y que ella se ha marchado, que está embarazada y jura que el Rey lo reconocerá y que lo bautizará en la capilla de Whitehall, como han hecho otros reyes, y si no, lo llevará a la galería de Whitehall y le estrellará la cabeza en la cara del Rey. Me dijo que *sir* G. Carteret estaba en esta parte de la ciudad y fui a visitarle en Broad Street: está encantado con el hijo que ha tenido *lady* Jem y es un hombre feliz. Me dice que fue

desafortunado lo de la Cámara el otro día respecto al Ejército de Tierra, porque si el Rey consiente será visto como algo hecho solo por miedo al Parlamento. Dice que la Corte está en camino de echarlo todo a perder por sus placeres y que él mismo se ha tomado la libertad de decirle al Rey que, al menos, se debería mostrar algo de religión y sobriedad en el gobierno, que eso fue lo que hizo a Oliver subir y mantenerse, pese a ser el mayor bribón del mundo.

28 de julio, domingo

En pie y a mi cámara, encerrado toda la mañana para redactar una carta a *sir* W. Coventry sobre la paz. Aprovecho, antes de que se me obligue, para dimitir de mi puesto en Avituallamiento. A mediodía la había terminado a satisfacción y comí solo con mi esposa. Después, a mi cámara toda la tarde a pasar la carta a limpio, y la mandé. Luego charlé con mi esposa y leí, y antes de oscurecer (creo que la primera vez que lo hago este año), a cenar. Después a mi cámara a leer y a la cama, con la cabeza muy tranquila por lo que he hecho hoy.

29 de julio

Westminster Hall estaba lleno de gente que había venido a ver qué pasaba hoy que el Rey iba a hablar ante la Cámara. Algo extraordinario es que un hombre, un cuáquero, entró desnudo en el Hall, solo tapado cortésmente en sus partes íntimas para evitar escándalo, con un hornillo de fuego y azufre ardiendo, y cruzó gritando: «¡Arrepentíos, arrepentíos!». La Cámara de los Comunes salió enseguida, pues el Rey les había dirigido un discurso muy corto y poco agradable, sin agradecerles para nada el haber venido a la ciudad en estos momentos: se limitó a decir que le habría gustado atenderlos, pero que no podía, y les despidió hasta octubre; dijo que le sorprendía que alguien sospechara que él quería gobernar mediante un ejército o de una forma que no fuese la de las leyes del país, como había prometido que haría, y añadió que había logrado una paz que creía les parecería razonable y buena, aunque no les dio detalles de la misma. Así que son despedidos de nuevo con gran disgusto, creo que como no lo hubo nunca en el Parlamento, al verse así engañados y con la nación en la ruina. Todos con los que converso dan el reino por perdido, y oigo que el Rey dice que él y el duque de York solo precisan de un ejército, y así no necesitarán más Parlamentos. Comí en casa

con mi primo Roger y con Creed, muy a gusto. Me contaron el extraño y atrevido sermón que ayer hizo el doctor Creighton ante el Rey: predicó contra los pecados de la Corte, y en concreto sobre el adulterio, poniendo como ejemplo de ese pecado en concreto a David, por el que todo su país se hundió; también de la negligencia de tener castillos sin munición y pólvora para cuando vengan los holandeses, y de nuestra falta de valor, pues dejamos que nuestros barcos nos sean arrebatados en nuestros puertos. Entre otras cosas mi primo Roger nos dio como confirmado que el arzobispo de Canterbury mantiene a una fulana y es un mujeriego: nos dice que es públicamente sabido que *sir* Charles Sedley le ha quitado una de sus amantes al arzobispo y este le ha mandado recado de que ella es una pariente suya, y que le extrañaría que él hiciera algo que deshonrara a alguien de su familia. A esto se dice que *sir* Charles Sedley contestó: «¡Mal rayo le parta! Dígale que creo que se ve muy viejo y tiene miedo de que le supere ante sus chicas y le estropee el negocio». De lo que no tiene duda es de que el arzobispo es un mujeriego, y bien conocido, que es una de las cosas más asombrosas que he oído, aparte de lo que cuenta: que *lady* Castlemaine ha nombrado recientemente a un obispo, concretamente a su tío el doctor Glenham, que creo que dicen que es obispo de Carlisle, un granuja borracho y malhablado, un escándalo para la Iglesia que ahora pretende hacerse obispo de Lincoln en competición con el doctor Rainbow, un hombre reconocido por su piedad y conocimientos.

30 de julio

A mediodía, a casa a comer, donde vienen Daniel y su esposa a ver si puedo conseguirle algún empleo. Sin embargo está muy difícil, pues ahora tengo el problema de qué hacer con el señor Gibson y dos más que se encargaban del avituallamiento. Después de terminar mi trabajo con Creed, a Whitehall, encontrándonos de camino al señor Cooling, el secretario del lord Chambelán, a caballo. Se detuvo a hablar con nosotros y demostró estar muy borracho. Había que ver su humor: maldiciendo a cada palabra y hablando del Rey y de *lady* Castlemaine de forma totalmente clara. Por él descubrí que la historia que oí ayer es cierta: que el Rey ha declarado que él no hizo el hijo que ella ha concebido esta vez, pues no se ha acostado con ella en los últimos seis meses. Sin embargo, ella le dijo: «¡Maldita sea, tú lo vas a reconocer!». Parece que Jermyn se ha acostado regularmente con ella durante una buena temporada. Dice que desde hace tiempo el Rey obtiene el mayor placer con sus dedos, pues no es capaz de hacer más.

8 de agosto

El señor Evelyn me dice que las personas prudentes se están preparando para llevar sus cosas al extranjero, porque nos vamos a arruinar, ya que lo nuestro no tiene solución con tantas deudas en el Estado y el Rey ocupándose solo de su lujuria, yendo dos veces al día a ver a *lady* Castlemaine en casa de *sir* D. Harvey.

9 de agosto

Arriba, y temprano con *sir* H. Cholmley por las cuentas de Tánger. Luego los dos a Westminster, donde anduvimos por el Hall: afirma que supone que será necesario para este reino que vuelva a ser una república, y otras personas sabias son de la misma opinión. Al llegar a casa encuentro al señor Goodgroome, el maestro de canto de mi esposa, a quien reprendí seriamente por tenerla tan descuidada, pues en más de tres meses no ha aprendido ni tres canciones.

12 de agosto

Mi esposa se despertó temprano para levantar a las criadas para la colada, y luego de nuevo a la cama; la abracé, pues ahora hace frío por las mañanas, y entonces hice *la otra cosa con* ella, lo que no había hecho *con ella* en los pasados *tres meses*; creo que tiene que ver con que me haya hecho tan poco caso, y con razón, pero ahora ha disfrutado mucho, así que a dormir otra vez. Arriba, y al poco con el señor Gauden en coche a St. James, donde nos encontramos con que el Duque se ha ido de caza con el Rey, pero estaba sir W. Coventry, que nos dijo que pensáramos en reducciones rápidas de gastos en la Armada. Después de terminar, a la Lonja Nueva, a mi librero, donde compré el tratado de Scot sobre brujas. El doctor Ward, obispo de Winchester, y el doctor Bates lamentan mucho la muerte del señor Cowley, diciendo que era el mejor poeta del país, e igual de bueno como persona. De allí al vendedor de láminas, al otro lado de la Lonja hacia Covent Garden, al que compro algunas de ciudades, y a casa con ellas. Después de comer en casa de *sir* W. Batten, al Teatro del Rey solo, donde por casualidad me senté justo delante de las señoras Pearse y Knepp, que me dieron un tirón de pelo. Al terminar la obra me llevé a las mujeres, junto a la señora Corbett, que estaba con ellas, en coche, pues llovía, a casa de la señora Manuell, la esposa

del judío, que antes fue cantante: la oímos cantar y lo hace bien, solo que a la forma italiana, que no me gusta tanto como las canciones de la señora Knepp, con un buen tono inglés; el otro estilo no me agrada tanto como el nuestro ni es tan natural. Estuve un rato y las dejé, volviendo a casa en coche. Cuando llegó mi esposa no le dije nada de dónde había estado; cenamos, tocamos el flageolet y a la cama.

16 de agosto

Arriba, y toda la mañana en la oficina. A mediodía a comer, y después con mi esposa al Teatro del Duque, donde vimos la nueva obra que hicieron ayer, *The Feign Innocence or Sir Martin Marr-all*, una obra escrita por el duque de Newcastle, pero que todos dicen ha corregido Dryden[27]. Es la obra más completamente divertida, toda una farsa de principio a fin, que se haya escrito. Nunca me reí tanto en mi vida, hasta que me dolió la cabeza toda la noche de la risa. De allí a la Lonja Nueva con mi esposa. En mi librero vi *The History of the Royal Society* [de Thomas Sprat], que me parece un buen libro y encargué uno en papel. Todo el mundo se admira de que no lleguen noticias de la ratificación de la paz en Breda, y sospecho que algo se ha parado. Luego a la cama.

17 de agosto

A mediodía, a casa a comer, y enseguida con mi esposa al Teatro del Rey, que estaba extraordinariamente lleno, con el Rey y el duque de York a ver la nueva obra, *Queen Elizabeth's Troubles and the History of Eighty-Eight*[28]. Confieso que he devorado tanto desde la cuna sobre la triste historia de la reina Isabel que estaba dispuesto a llorar por ella algunas veces, pero la obra es lo más ridículo que jamás se ha visto sobre un escenario.

18 de agosto, domingo

Salí hacia Whitehall, pero, cansado, me metí en St. Dunstan's, donde escuché un buen sermón del ministro de allí y estuve junto a una bonita muchacha, recatada, a la que intenté coger la mano, pero no se dejaba y se alejaba de mí todo el tiempo. Al final la vi sacar de su bolsillo alfileres para pincharme si la tocaba de nuevo; entonces me detuve, alegrándome de haberlo visto. Luego me puse a mirar a otra chica bonita en un banco al lado

del mío, y ella a mí. Me acerqué a tomarle la mano, ella lo aguantó un rato y luego se retiró. Entonces terminó el sermón, se acabó la ceremonia y también mis amoríos.

24 de agosto, día de San Bartolomé

Esta mañana se proclamó la paz entre nosotros y los Estados de las Provincias Unidas [de Holanda], y también con el rey de Francia y Dinamarca, y por la tarde se imprimieron y salieron las proclamaciones. Por la noche tocaron las campanas, pero no supe de hogueras en ningún sitio, en parte por miedo a los incendios, pero sobre todo por la poca alegría que la gente siente con esta paz. Toda la mañana en la oficina. A mediodía comí con Creed en casa y después nos fuimos a ver *The Cardinal*[29] en el Teatro del Rey, que me agrada mucho, sobre todo Beck Marshall. Es curioso: estuve mirando aquí y allá y descubrí a Knepp, pero no me atreví a reconocerle a mi esposa que la había visto por miedo a que se enfadara, porque no le gusta mi cortesía con ella, por lo que me vi obligado a no hacerle caso. Después a casa, dejando a Creed en el Temple. Estoy un poco empachado de obras y tengo la intención de comprometerme a no ver ninguna más hasta San Miguel. Hoy llega a la oficina una carta del duque de York invitándonos a los oficiales a prestarle dinero al Rey, algo pobre y completamente deshonroso.

26 de agosto

Lord Brouncker nos trae la noticia de que hoy le van a retirar el Sello al lord Canciller. El asunto es tan importante y repentino que me quedo admirado, pensando en qué significa esto. Lo único seguro es que el Rey lo decidió el sábado y ayer mandó al duque de Albemarle, el único hombre apropiado para ese cometido, a recogerlo, a lo que respondió el Canciller que lo había recibido del Rey y solo se lo entregaría a él; esta mañana va a verlo para acabar con este asunto. Se dice también que el lord Canciller ha dicho que desea ser llevado a juicio si ha hecho algo para perder este cargo, y que está dispuesto, y hasta deseoso, de perderlo junto a su cabeza. Dicen que en realidad es pobre, que no gana más de tres mil libras al año por sus tierras, pero no me lo creo y lo atribuyo a haberse construido una casa tan grande antes de haber logrado un patrimonio mayor. Después de comer con *sir* J. Mennes, a Whitehall, a enteramos de más cosas, pero no había más. Después me fui andando al Teatro del Rey, donde me encontré con *sir*

W. Penn y vi *The Surprisal*[30]; me pareció una obra muy pobre, o quizá es que no estaba de humor y había poca gente. Sin embargo, estuvimos hablando con Malí [la vendedora de naranjas] y nos contó que lord Buckhurst ya ha dejado a Nell, y se burla de ella diciendo que ya le ha sacado todo lo que podía sacarle.

27 de agosto

En Whitehall nos hablan de la posibilidad de que el lord Canciller mantenga el Sello, diciendo que se presentará a una vista en el Parlamento para que le acusen de algo. Hoy estuve con el señor Pearse, el cirujano, y me dice que lo del lord Canciller fue planeado en la cámara de *lady* Castlemaine, y que cuando él se marchaba después de ver al Rey el lunes por la mañana, ella estaba en la cama, aunque eran las doce, y salió a su pajarera que da al jardín de Whitehall, donde estuvo disfrutando de ver al anciano alejarse.

31 de agosto

Estuve dando una vuelta por el jardín con lord Brouncker y me dice que ha estado hablando con *sir* W. Coventry, que resulta ser el principal promotor de este asunto del lord Canciller, y que insiste en ello pese a ir en contra de la opinión del duque de York. Hoy, descontento con que mi esposa haya aprendido tan pocas canciones con Goodgroome, hice un nuevo trato con él: enseñarle canciones a cierta cantidad, como diez chelines por canción. Lo acepta y le seguirá enseñando.

2 de septiembre

Hoy es día de ayuno público en Londres por el aniversario del incendio, pero no fui a la iglesia porque tenía órdenes, como el resto, de ver al duque de York. Despachamos muchas cosas ante él y observé que había bastante amabilidad entre el duque de York y W. Coventry, lo que me alegró. Al terminar, *sir* W. Coventry me llamó a su cámara y me contó que va a dejar de estar al servicio del Duque, lo que me sorprendió. Sin embargo, me dice que no hay la menor descortesía por parte del duque de York, aunque supone, y le di la razón, que se pensará lo contrario, al hacerlo en este preciso momento. «Sin embargo», dice, «yo lo deseaba desde hace tiempo y el Duque me lo concedió finalmente tras muchos ruegos, pidiéndome que no dijera nada para

que él tuviera tiempo y libertad para elegir a su sucesor sin ser importunado por otras personas que no le gustaran». Ha elegido al señor [Matthew] Wren, de lo que me alegro, pues es un hombre ingenioso y eso mismo dice *sir* W. Coventry, aunque le conoce poco, pero le alaba en particular por el libro que escribió en respuesta al *Oceana* de Harrington[31], que por esta razón tengo intención de comprar. Me dice que el verdadero motivo es que él no es una persona a quien le guste comprometerse con más tarea de la que pueda abarcar, y desea dedicar todo su tiempo al Tesoro, y por eso se lo pidió al Duque. Me asegura que la amabilidad con que se despide de él es una de las mayores alegrías de su vida. Me permití decirle que todo el mundo comenta que ha ofendido al duque de York en el caso del lord Canciller. No lo niega, y quizá el duque de York pudiera tener ciertos motivos para ello, pero no lo cree y no puede culparle a él. Me dice que fue él quien propuso la destitución del Canciller, que insistió, que hoy lo reconoce públicamente y está satisfecho, pero el duque de York sabe que se lo dijo a él antes que a ningún otro ser viviente, por lo que su comportamiento fue correcto, y el Duque estaba de acuerdo por aquel entonces y así se lo dijo al Rey, por lo que si había cambiado era por motivos que solo él sabría. Entonces le pregunté por los motivos de la destitución. Me dijo que muchas cosas no se podían decir y que no había ninguna deslealtad al Rey, pero que en las reuniones del Consejo tenía tanto poder de decisión que no había espacio para que nadie propusiera remedio alguno a lo que iba mal o abordar algo, aunque fuera bueno para el reino, si no lo aprobaba el Canciller. Le dije entonces que todo el mundo pensaba que se había unido a la facción de *lady* Castlemaine en este asunto, a lo que me dijo que no podía evitarlo, pero que nunca cederá ante nadie ni ante facción alguna, sino que hará lo que le dicten su razón y su juicio, y cuando no pueda ejercer esa libertad, abandonará los asuntos públicos. Terminó diciéndome que todo el que sirva a un gobernante debe estar preparado para aguantar todas las suertes y para retirarse, y estará encantado de hacerlo cuando así lo quiera el Rey. Fui a ver un gran partido de tenis entre el príncipe Rupert y un tal capitán Cooke contra Bab. May y Chicheley el viejo. Estaban el Rey y toda la Corte, y parece que son los mejores jugadores de tenis del país. Esto me recuerda lo que vi por la mañana: que el Rey, cuando juega al tenis, hace llevar una báscula, y me dijeron que era para pesarse cuando terminaba de jugar; a mediodía el señor Ashburnham me dijo que era porque el Rey tenía la curiosidad de saber cuánto pierde cuando juega, y que hoy perdió cuatro libras y media. Luego a casa y a ver a *sir* W. Batten y a W. Penn, con los que hablé del fin del servicio de *sir* W. Coventry al duque

de York. Ambos me dijeron seriamente que desde hacía tiempo habían supuesto que yo sería secretario del duque de York cuando lo dejara W. Coventry, y como esto concuerda con lo que he oído antes de otras fuentes, me hace creer no solo que algo de eso se ha pensado, sino que además la gente valora mis cualidades hasta el punto de verme como preparado para algo así, lo que me place. Sin embargo me alegra de corazón el no serlo, pues no me agradaría tener las obligaciones de asistencia que ello requeriría, dejando a mi familia abandonada, y pienso que ahora estoy en el mejor lugar que cualquier hombre puede imaginar, por lo que me esforzaré en mantenerlo. Hoy viene Nell, una criada mayor y alta, a vivir con nosotros como cocinera, recomendada por el señor Batelier.

4 de septiembre

En coche a Whitehall a la Cámara del Consejo. Estuve oyendo al regidor Barker quejarse del mal trato que recibe por parte del Consejo de Irlanda respecto a sus tierras de allí, y vi la estupidez del Rey, jugando todo el tiempo con su perro sin atender al trabajo y diciendo cosas muy pobres.

8 de septiembre

Lord Brouncker me dice que cree que *lady* Castlemaine va a pactar con el Rey conseguir una pensión y abandonar la Corte, pero sus exigencias son muy altas. No obstante, cree que el Rey está decidido a hacer lo posible por agradar al Parlamento. El pasado viernes, parece, se presentó un proyecto del Consejo para echar a todos los papistas con cargos y evitar que entre ninguno. Fui a la capilla del Rey y oí cantar a Cresset una pieza de tenor acompañando a la música de la iglesia, muy bien, pero tan fuerte que la gente se reía de él pensando que lo hacía por ostentación. Allí me encontré con *sir* G. Downing. Me habló de la mala situación en la que estamos con Holanda y Francia en lo tocante a prisioneros, pues mientras antes liberábamos a los prisioneros del otro a razón de hombre por hombre, y por ello liberamos a trescientos suyos en Leith a la publicación del tratado de paz, y otros en otras partes por nada, los holandeses retienen a los nuestros, y no los soltarán hasta que no paguen sus deudas según el tratado. Así, exigen mil cien libras por *sir* G. Ascue y cinco mil libras por una provincia de Zealand, por los prisioneros nuestros que están allí. Dice que esta es una vergüenza insólita, y que cuando les contó esto en el Consejo no recordaban haber aceptado este artículo en el tratado, y

jura además que todos los artículos son así, como el cederles Polleroon, Surinam y Nueva Escocia, que tiene un río que sube trescientas millas hacia el interior, con minas de cobre más abundantes que Suecia y más carbón que Newcastle, el único sitio de América con carbón, que sepamos. Dice que Cromwell apreciaba esos lugares y les hubiera sacado mucho, y ahora los hemos dado por nada.

15 de septiembre, día del Señor

Viene el señor Pelling con dos hombres, Wallington y Piggott; el primero de ellos, un tipo muy pequeño, cantaba excelentemente como bajo, y es un pobre hombre, un joyero artesano sin guantes en las manos. Cantamos algunas cosas bastante bien, pero cada vez estoy más convencido de que cantar con muchas voces no es cantar, sino una especie de música instrumental, pues se pierde el significado de las palabras; pienso que la forma más apropiada de cantar sería con una o dos voces y un contrapunto. Cenaron conmigo y nos separamos. Luego, con mi esposa a mi cámara; como mis ojos no estaban bien, tuvo que leerme, y no lo hace mal, algo del ensayo del señor Boyle sobre el estilo de las Escrituras; estupendo, y a la cama.

22 de septiembre, día del Señor

En mi cámara toda la mañana haciendo cuentas, muy a gusto. A mediodía viene el señor Sheres, que me parece buena persona e ingenioso, pero habla un poco demasiado de sus viajes. Lord Sandwich estaba bien cuando este lo dejó, pero con ganas de volver a casa por la falta de dinero, pues le llega con dificultad. Casi toda la tarde hablando de España, e informándole de las cosas de aquí para cuando regrese; cuando se marchó trabajé en mi cámara hasta que mis ojos no veían de tanto leer y escribir, y tuve que hacer venir al chico para que lo hiciera por mí. Luego a cenar con Pelling, que cantó un salmo conmigo, y a la cama, después de que mi esposa me leyera algo (para descansar mis ojos) de un buen libro. Esta noche hice las cuentas de la casa, que para mi vergüenza tengo abandonadas más de dos meses. Es cierto que en estos dos meses me he permitido más placeres que en toda mi vida anterior, desde que me convertí en una persona preocupada por el trabajo, y creo que cuando las termine lo voy a notar en los gastos.

27 de septiembre

En pie, y a la oficina, ocupado toda la mañana. Mientras estaba en la oficina mi esposa me hace llamar a casa para que vea a la preciosa chica que va a servirla, y aunque no me parece la gran belleza de la que ella me había hablado, es desde luego muy bonita, tanto que creo me va a agradar mucho. Debería atender a mi juicio, aunque no a mi pasión, y no dejar que viniera, por si le hago demasiado caso y es para descontento de mi esposa. Va a venir la semana que viene. Parece por su conversación que es más seria de lo que indican su tamaño y su edad, y muy bien educada por sus modales, pues ha estado en un colegio en Bow estos siete u ocho años pasados. A la oficina de nuevo, con la cabeza dándole vueltas a esta bonita muchacha hasta mediodía, en que vienen a comer Creed y Sheres. Hablamos mucho sobre la ceremoniosidad de los españoles, pues a cada ocasión de gozo o tristeza en la familia de un noble, el embajador tiene que enviar a alguien con un *en hora buena* si es una boda o nacimiento, o un *pesa me* si es la muerte de un niño o algo así. Dice que está tan lejos de considerarse deshonroso tomar venganza personal de una afrenta, que lo contrario es una vergüenza: sostienen que aquel que ha sufrido una afrenta no debe aparecer en público hasta que no se ha vengado, y a causa de ello algunos han perseguido a sus enemigos a las Indias y luego a Italia, y de allí a Francia y de vuelta a España, esperando la ocasión de vengarse. También que muchas damas de España, en cuanto saben que esperan un hijo, no salen de la cama o de la habitación hasta que lo tienen: incluso en eso son ceremoniosos. Me cuenta los cortejos con serenatas a la ventana y que son los amigos los que hacen los emparejamientos, pero tienen la ocasión de encontrarse en misa y allí las cortejan. En la Corte no hay bailes ni visitas nocturnas a los Reyes y es siempre como un claustro, con todos quietos. Ahora lord Sandwich lleva barba, al estilo español. Lo que más me alegra es que la paz que ha negociado con España ya se ha publicado aquí, y es la mejor, como reconocen los comerciantes, que jamás hemos tenido con ellos. Parece que el Rey lo piensa así, porque se ha publicado antes de que se terminara de ratificar.

28 de septiembre

En pie sin haber dormido esta noche como solía, pensando todo el tiempo en la preciosa muchacha que va a venir a vivir con nosotros, lo que me agrada

mucho. Toda la mañana en la oficina, desesperados por saber cómo finiquitar a los marineros con vales, pues no hay dinero para pagarles sus salarios anteriores a enero, solo a partir de enero y con dinero suministrado por el Parlamento; es una terrible vergüenza para el Rey y la Corona de Inglaterra que nadie pueda sentirse seguro excepto en aquello de lo que se hace cargo el Parlamento. A mediodía, a comer a casa con el señor Hayter, y se pasa el señor Pearse, el cirujano; temí que quisiera pedirme que fuera padrino de su hijo, lo que no deseo ahora que ya no me gusta su esposa, desde que sé que se pinta.

30 de septiembre

En casa veo que ya ha llegado nuestra preciosa chica Willet, a la que ha traído el señor Batelier; es muy bonita, y tan seria como jamás vi que lo fuera alguien tan joven. Creo que es un poco demasiado buena para mi familia, tan bien educada como nunca había visto. Espero que mi esposa la trate bien. Ahora empiezo a pensar todo el tiempo en mi viaje a Brampton de la semana que viene, si consigo permiso.

4 de octubre

Arriba y a Whitehall a asistir al Consejo, que trata sobre el caso del comisionado Pett. Fuimos todos convocados y escuchamos la larga intervención del comisionado Pett, y allí estaban los dos encargados principales de Chatham, que niegan haber recibido orden alguna del comisionado Pett para subir los barcos grandes, lo que contradice lo dicho por él. En general me parece un hombre débil y bobo, y además culpable de un terrible descuido de su trabajo todo el tiempo. Se levantó la sesión sin producir ningún acuerdo, pero habrá otra el lunes próximo. En Westminster fui a casa de la señora Martin, la hice llamar y me enteré de que su esposo había regresado del mar antes de lo que esperaba. Me quedé allí, bebí y entonces *tocar ella* y me fui. Después en coche a mi sastre y a ver a lord Crew, con el que estuve una hora, casi hasta la noche, hablando de la mala situación de lord Sandwich, que ni puede ser llamado de vuelta a casa ni conseguir dinero para mantenerse allí, lo que arruinará a su familia. Lo cierto es que casi se lo merece, porque en poco más de un año y medio ha gastado veinte mil libras del dinero del Rey y una gran parte de diez mil libras suyas, un gasto extraordinario, más de lo que cualquier embajador haya gastado

nunca allí y más de lo que tolerarán o concederán estos comisionados del Tesoro. Exigen las cuentas antes de enviarle más dinero, por lo que los amigos no sabemos qué hacer. Me ofrezco a hablar con *sir* W. Coventry, pero a él no le parece bien sin el consentimiento de *sir* G. Carteret. Luego a casa y a ver a *sir* W. Batten, que enfermó ayer por la mañana. Estaba dormido y no pude verle, y una hora más tarde me avisaron de que estaba tan enfermo que no creían que llegará a mañana. Eso nos preocupó mucho a mí y a mi esposa, en parte por afecto, pues es un buen vecino, y en parte por el dinero que me debe de nuestro acuerdo del último botín. Luego a casa, a cenar y a la cama.

5 de octubre

En pie y a la oficina, donde estamos toda la mañana solos lord Anglesey y yo, muy sorprendidos por la noticia de la muerte de *sir* W. Batten, que fue esta mañana después de dos días enfermo. *Sir* W. Penn y yo enviamos una carta a *sir* W. Coventry recomendando al coronel Middleton, que nos parece un hombre honrado y comprensivo, adecuado para el cargo. También vino *sir* G. Carteret y decidimos no hablarle a *sir* W. Coventry en favor de lord Sandwich, lo que me deja tranquilo, aunque me parece que están locos pensando en *sir* W. Coventry como un enemigo: no es así con nadie, sino severo y justo, como debe ser, cuando ve cosas mal hechas. Recogí a mi esposa y a Willet, que me estaban esperando, y al Teatro del Duque, pero estaba tan lleno porque hay una obra nueva, *The Coffee House*[32], que no pudimos entrar y nos fuimos al Teatro del Rey. Al entrar allí vi a Knepp, que nos llevó a los vestuarios y a los de las mujeres, donde Nell se estaba vistiendo, toda sin arreglar: me pareció muy bonita, más de lo que pensaba. Estuve dando vueltas por la parte de arriba y luego abajo, donde el escenario. Dios mío, ver cómo estaban pintadas volvería loco a un hombre y me hizo odiarlas, y al vil grupo de hombres que las acompañaba lo detesté. Ver lo pobres que van los hombres en sus ropas y sin embargo cómo lucen en el escenario a la luz de las velas, es notable. Era curioso escuchar a Nell maldecir por la poca gente que había en la platea, pues todo el mundo estaba en el otro teatro por la obra nueva; se dice ahora que tienen más asistencia porque son mejores actores.

9 de octubre

Llegamos a Brampton cerca del mediodía y encontramos muy bien a mi padre, mi hermana y mi hermano. Bajamos nuestras cosas y di una vuelta por el jardín y la casa con mi padre; lo encontré todo muy bien, especialmente el pequeño salón y los cenadores del jardín. Solo la pared necesita algo de verde y los techos son demasiado bajos, pero pienso eso solo porque vengo de una con los techos más altos. En general está muy bien y bendigo a Dios por poder contar con un sitio como este para retirarme. Al poco, a comer, y después me fui andando a Hinchingbrooke, donde me esperaba *milady*. Pasé la tarde con ella: la misma señora excelente, buena y discreta que siempre fue. Al rato viene mi esposa con Willet; mi esposa con su vestido de terciopelo, que le sienta fenomenal. Me agradan *lady* Paulina y Anne, que se han convertido en damas muy bonitas y bastante elegantes. *Milady* me hizo mil preguntas, hasta que casi no se le ocurrían más, y nos dimos una vuelta por la casa. Me revela que tienen muchas dificultades con el dinero y se han visto obligados a vender la plata por ochocientas o novecientas libras; ahora va a vender un juego de sus mejores tapices. Al hacerse de noche nos despedimos con toda la cortesía posible y a casa, donde cenó con nosotros el señor Shipley. Cuando se marchó, todos a la cama, solo que yo estoy un poco molesto porque mi esposa no le hace nada de caso a mi hermana, y bien poco a mi padre.

10 de octubre

Hablé con mi padre en el jardín sobre nuestros asuntos, como lo de un esposo para mi hermana, sobre lo que ahora no hay perspectiva, aunque debemos encontrarle alguno ya porque se está poniendo vieja y fea. Luego de mi hermano; decidimos que se quede aquí este invierno y el siguiente le enviaré un año a Cambridge hasta conseguirle algo en la Iglesia o mandarle al mar como capellán, donde pueda estudiar y ganarse la vida. Cuando se marchó el señor Shipley y el resto de la compañía, mi padre, mi esposa y yo, con un farol, pues ya era de noche, al jardín a desenterrar mi oro. Pero, Dios, cómo me enfadé cuando no podían decir con certeza dónde estaba: empecé a sudar y a irritarme porque no se ponían de acuerdo sobre el lugar; luego, a base de golpear con un pincho lo encontramos y empezamos a levantar la tierra con una paleta. Dios, había que ver lo tontamente que lo habían hecho, a menos de medio pie por debajo del suelo y a la vista de todo el mundo desde cien sitios. Yo estaba desquiciado, y más todavía cuando al levantar la tierra con la pala vi que había desperdigado las piezas de oro entre la hierba y la

tierra, pues las bolsas estaban podridas, como todos los billetes; no sabía ni qué decir, pues no podía calcular cuánto faltaba. Me puse como loco; al final tuve que cogerlo todo, con la suciedad también, y todas las piezas que pude distinguir con la vela, y llevarlo a la habitación de mi hermano, donde lo dejé bajo llave mientras cenábamos. Después, cuando todos se fueron a la cama, W. Hewer y yo solos, con algunos cubos y cuencos de agua, lavamos las piezas y separamos la suciedad. Entonces nos pusimos a contarlas y descubrí, al comprobarlo con un papel que llevaba en mi bolsillo con la suma total, que me faltaban más de cien piezas, lo que me hizo enloquecer. Pensando en que la casa del vecino estaba tan cerca que no podíamos hablar del oro (especialmente mi padre, que está sordo) sin que oyeran lo que habíamos estado haciendo, temí que vinieran por la noche y recogieran algunas monedas antes de hacerlo nosotros a la mañana siguiente, por lo que a medianoche W. Hewer y yo volvimos a salir y a la luz de la vela cogimos otras cuarenta y cinco piezas. Entramos a lavarlas y terminamos pasadas las dos de la mañana; entonces a la cama, un poco más tranquilo por haber recuperado tantas.

11 de octubre

Me levanté, llamé a W. Hewer, y con cubos y cedazos recogimos la tierra y la cribamos en uno de los cenadores, como hacen los que buscan diamantes en otros sitios. Con gran alegría y mucho trabajo, a eso de las nueve subimos de las cuarenta y cinco de anoche a setenta y nueve, por lo que estamos solo unas veinte o treinta por debajo de lo que debería haber, o quizá menos, pues pienso con razón que el señor Gibson pudo haber perdido algunas. Así que estoy satisfecho de que mis pérdidas no hayan sido mayores y bendigo a Dios porque todo esté tan bien. Le encargo a mi padre que haga una segunda búsqueda en la suciedad, lo que me promete. El pobre hombre está preocupado por este accidente, pero me declaro satisfecho y me da cierta alegría recordar que a veces es tan duro mantener el dinero como conseguirlo. Me despedí de mi padre y le di veinte chelines a mi hermana. Ella lloraba, aunque no sé si era porque no quería que me fuera o por alguna descortesía de mi esposa; pero es que, Dios me perdone, la veo tan maliciosa y desagradable que no le tengo mucho afecto, solo que es mi hermana y hay que mantenerla. Puse el oro en una cesta, la coloqué bajo uno de los asientos y cada cuarto de hora comprobaba que todo estaba bien.

17 de octubre

Arriba, y al ser llamado por la señora Batten, fui a verla. Me criticó el no haber ido desde que enviudó y yo me excusé lo mejor que pude; aunque es una falta, no me gusta ser muy dispuesto a las visitas. Me contó su situación (que es bastante buena, pues es la única albacea, para frustración de los hijos de su esposo) y me rogó mi amistad respecto a las cuentas de los botines, que yo le prometí. De allí a la oficina, donde pasé toda la mañana ocupado, y a casa a comer con el señor John Andrews[33] y su esposa: estuvimos muy bien, solo que me puso de mal humor que mi gente no tuviera vino preparado. Cuando este llegó, comencé a alegrarme y lo pasamos bien, aunque era extraño ver que el señor Andrews tiene el capricho de la carne cruda: no se la come a gusto si no hay sangre corriendo, y eso es lo que hizo con una pierna de añojo que estaba poco más que a medio cocinar. Parece que en su casa toda la carne se prepara así, hasta el buey, y se la come de esa forma también por las noches. Después de comer, a la oficina, donde nos reunimos para la venta pública de algunos barcos apresados; por la conversación con lord Anglesey descubrí que las valoraciones hechas por nuestros oficiales no pasaban de la mitad de lo que le habían ofrecido a él por uno de los barcos, y lo confirmó trayendo a un caballero que nos daba setecientas libras por el *Wildboare*, que ellos habían valorado en solo doscientas setenta y seis libras. Esto nos hizo sobresaltarnos y detener la venta; propuse contárselo al duque de York, a quien escribí una carta y visitaré mañana. Esta tarde lord Anglesey me contó que la Cámara de los Comunes había iniciado investigaciones por la mañana sobre muchas cosas, como la venta de Dunquerque, la división de la flota del año pasado y los botines de lord Sandwich, entre otras, eligiendo un Comité para investigar los fallos de la guerra.

20 de octubre, día del Señor

Esta mañana me traen una orden para que me presente mañana ante el Comité del Parlamento con una lista de los nombres de comandantes y barcos de todas las flotas que han salido desde la guerra, y en concreto de los barcos que fueron separados de la nota con el príncipe Rupert, lo que me permite saber que es eso lo que les tiene ocupados. Esta tarde viene el capitán O'Bryan y me cuenta que van a investigar sobre cuando el duque de York añojo velas en la primera lucha, al principio de la guerra. *Sir* W. Penn y el capitán Cox deben presentarse mañana para aclararlo: se cree que al final saldrá que fue el señor Brouncker quien dio las órdenes como procedentes del

duque de York (sin reconocerlas él) al capitán Cox para que este lo hiciera. Parece que están muy dolidos por aquello y buscan como locos para ver dónde encuentran alguna culpa. Me alegra oír que en todas partes hablan tan bien de mí.

21 de octubre

En Westminster subí al vestíbulo, donde estaban muchos comandantes de la flota, el capitán Cox y el señor Pearse, el cirujano. Este ha estado hoy en la Cámara y declaró que oyó a Brouncker recomendar y dar argumentos a Cox para que se aflojaran velas por la seguridad del duque de York, con el fin de no quedarse en medio del enemigo por la mañana. Como Cox se negó a atender ese consejo por las órdenes del Duque de mantenerse a tiro de cañón del enemigo, Brouncker fue a ver a Harman y usó los mismos argumentos, diciéndole que al Rey le agradaría que se tomaran medidas para no poner al Duque en peligro; tras mucho persuadirle, se oyó a Harman decir: «Bueno, si tiene que ser así, que bajen la gavia». Así que aflojó, privándonos, según opina el Parlamento, de la mayor victoria de todos los tiempos, una victoria que nos hubiera ahorrado el gasto de sangre, dinero y honor que le siguieron. Después de comer, a Westminster; subo al Parlamento, donde con gran paciencia esperé a que me llamaran hasta las siete de la noche para que al final solo me pidieran que viniera mañana tarde con mis compañeros oficiales. Cuando me iba, mi primo Pepys salió conmigo hasta el Hall; me dijo que me preparara para responder a todo, porque al parecer iban a achacar lo de Chatham a los comisionados de la Armada y estaban decididos a buscar culpables. Me dijo que me preparara para salvarme y me dio algunas pistas sobre de qué me tenía que defender, lo que le agradecí. Empecé a desconfiar por si apareciera algún error desafortunado, pese a mi diligencia y esfuerzo (aunque no conseguía verlo), que me resultara tan fatal como a otros les resulta la negligencia constante y la deslealtad. Hoy hice una lista de catorce errores concretos que ya se han presentado al Comité para su estudio: en ella, junto a dos o tres que conciernen mucho a esta oficina, está lo de los botines, lo de Bergen y no perseguir a los barcos holandeses, que afectan a lord Sandwich; me temo que esto acabará con él, a no ser que tenga mucha suerte o les mejore el temperamento antes de que le llegue la acusación, pero tengo mucho temor por él y su familia.

22 de octubre

Dormí mal al final de la noche por miedo a lo que pudiera pasar hoy en el Parlamento. Estuvimos reunidos toda la mañana hasta cerca de las dos, recopilando todo lo que teníamos que decir y lo que habíamos hecho desde el principio respecto a la seguridad del río Medway y de Chatham. Llegamos a la puerta del Parlamento y después de esperar a que se iniciara la sesión, con la Cámara llena, fuimos llamados: me trajeron una silla para que apoyara los libros y les conté todo seguido lo que había pasado en la oficina respecto al asunto, respondiendo a todas las preguntas que me hicieron. Percibí que estaban satisfechos conmigo y en lo relativo a nuestra oficina; luego el comisionado Pett tenía que responder por su parte, pues nosotros le habíamos delegado la ejecución de todo. Pero, Dios mío, qué tumultuoso es ese Comité, y es raro que tenga tanta reputación de gran Consejo, pues se oyen las preguntas más impertinentes y peor presentadas. Pero de todas las personas del mundo, el comisionado Pett fue quien hizo la peor defensa de sí mismo, nada a propósito, satisfactorio o seguro. Atribuyó al duque de Albemarle el no subir el *Charles* el martes, pero veo que la Cámara está muy a favor del Duque y le dará a eso poco peso. Finalmente, la Cámara nos hizo marchar y poco después aplazó el debate hasta el viernes próximo. Mi primo Pepys salió y me felicitó por haberme desenvuelto tan bien, lo que me enorgullece algo, pero no me garantiza que no podamos recibir algún golpe inesperado.

Vi al Rey, con sus timbales y trompetas, de camino a la Lonja para poner la primera piedra de la primera columna del nuevo edificio, pero como las verjas estaban cerradas no pude entrar a verlo. Encontré al señor Gauden con sus ropas de Representante de la Corona y me dijeron que el Rey le ha nombrado Caballero esta misma mañana en dicho lugar, de lo que me alegré; creo que el otro Representante de la Corona es Davis, el pequeño, mi compañero de colegio y librero, y me parece un cambio extraño. Hoy votaron agradecer al Príncipe y al duque de Albemarle sus esfuerzos y conducta en la guerra del año pasado, un acto sorprendente. No sé cómo, pero el bruto de Albemarle tiene la extraña suerte de ser querido, aunque es el hombre más obtuso del mundo y todos lo saben; sin embargo, es firme y honrado con el país. Esta noche, bien tarde, vino a verme el señor Moore para preparar cosas para la defensa de lord Sandwich; no soy de mucha ayuda, pero haré lo que pueda. Lo único que me preocupa es el maldito asunto de los botines, y me temo que le va a traer bastantes problemas.

4 de noviembre

Temprano y por el río con *sir* R. Ford a Westminster. *Sir* W. Coventry me leyó los relatos del Príncipe y el duque de Albemarle, en los que son muy severos contra nuestra oficina. Coventry les critica, pero son tan importantes que les teme, aunque no lo confiese. Dice que en cuanto se quite de encima estas espinas nunca se preocupará más de príncipes y duques. Confieso que veo tantas cosas que, si tuviera lo que quiero en el mundo, me retiraría de buen grado y no me preocuparía de nada más. Cogí un coche para ir a ver a Turlington, el gran fabricante de gafas, para que me aconsejara. Me desaconsejó que me pusiera gafas de viejo, recomendándome más bien las de joven[34]. Me dijo que lo que más me puede perjudicar la vista es usar gafas para leer, que agrandan mucho.

7 de noviembre

Arriba, y a la oficina trabajando duro toda la mañana. A mediodía decidí ir con *sir* W. Penn a ver *The tempest*, una antigua obra de Shakespeare. El teatro muy lleno, con el Rey y la Corte. La obra más inocente que vi jamás, con una curiosa pieza musical con eco de medias frases, en la que el eco repite la primera parte mientras el hombre sigue con la segunda, muy bonito. La obra no tiene demasiado ingenio, pero es bastante buena y está por encima de las normales.

11 de noviembre

G. Carteret y yo al Temple juntos en un coche; me dijo que el Rey hace todo lo que puede para acabar con el lord Canciller, y que se toma nota de todo aquel cercano al Rey que haga algo para provocar su ruina. Me dicen hoy que Kirton, mi librero, ha muerto el pobre, creo que de pena por lo que perdió con el fuego.

12 de noviembre

En pie y a la oficina, donde estamos reunidos toda la mañana; allí nos enteramos de que el duque de York está muy bien de la viruela: ruego a Dios que siga así. Esta mañana también me sorprendo al enterarme de que ayer votaron que hay motivos para acusar al lord Canciller de traicionar a los

Consejos del Rey ante sus enemigos, por lo que será formalmente procesado por alta traición. Sabe Dios lo que seguirá, porque los que hacen esto seguramente hacen otras cosas para defenderse de aquellos que lo vengarán si alguna vez tienen poder para ello.

15 de noviembre

Estuve en Westminster paseando con algunas personas y me enteré de que hoy va a haber una reunión entre las dos Cámaras, por lo que me quedé, pero era solo para decirle a los Comunes que los Lores no se ponen de acuerdo sobre confinar o aislar al conde de Clarendon del Parlamento, pues no han especificado ningún delito concreto que achacarle y que pueda considerarse traición. Hoy estuvo conmigo Poundy, el barquero, para decirme que le habían convocado para prestar testimonio en mi contra ante la gente del príncipe Rupert (que tienen una Comisión) sobre los botines en los que estoy metido, pero le pedí que declarara todo lo que sabía, sin protegerme. No le prometí ni di cosa alguna; solo le despedí con buenas palabras rogándole que dijera todo lo que supiera y que fuera verdad. Esto no me preocupa mucho.

19 de noviembre

Esta noche le escribí a mi padre una carta en respuesta a un nuevo partido que se ha propuesto para mi hermana (el albacea de Ensum, el antiguo pretendiente de mi hermana), indicando que sigo dispuesto a darle quinientas libras si le gusta el emparejamiento.

21 de noviembre

Arriba y a la oficina, donde estuve toda la mañana, y a mediodía a casa; mi esposa no se encuentra bien, pero tiene que ir al bautizo del hijo del señor Mills, donde es madrina, acompañada por *sir* J. Mennes y *sir* R. Brooke. La dejé tras la comida y volví a la oficina, trabajando mucho a la luz de la vela hasta que empezaron a dolerme los ojos. Salí en coche a Arundel House, donde ya había terminado la reunión de Gresham College, pero me encontré a Creed y fuimos a la taberna; allí estaban el deán Wilkins, los doctores Whistler y Floyd y otras personas de importancia. Entre otras cosas hablan de un hombre un poco frenético y que ahora es pobre y vicioso, al que el College ha alquilado por veinte chelines para que se deje introducir sangre de oveja en

el cuerpo; lo van a hacer el sábado próximo. Se proponen meterle doce onzas, que es lo que calculan le entraría en un minuto. Tienen diferencias respecto a los efectos: algunos piensan que será bueno en alguien tan nervioso refrescar su sangre, y otros, que no tendrá efecto alguno. El hombre está sano, y de esta forma podrá explicar las alteraciones que encuentra en sí mismo, si se producen, y por tanto puede ser útil. La conversación de esta gente es estupenda, y si me quedara sin trabajo me gustaría la libertad de que dispondría para frecuentar a estos caballeros.

30 de noviembre

En pie y a la oficina, donde pasé toda la mañana, y en coche a Arundel House, a la elección de oficiales para el año próximo; estuve a punto de ser elegido para el Consejo, pero me alegré de no haberlo sido, pues no hubiera podido asistir. La compañía, extraordinaria, y las elecciones, largas; Después, a Cary House. Elegí sentarme junto al doctor Wilkins, *sir* George Ent y otros a los que valoro, y hablamos de varias cosas. Entre otras, el doctor Wilkins habló del lenguaje universal, del que tiene un libro a punto de salir[35], y me dijo que el hombre está claramente hecho para la sociedad, pues es de todas las criaturas la menos preparada para defenderse y la única de todas las del mundo cuyas crías son incapaces de hacer nada para valerse, hasta el punto de que no pueden encontrar la mama si la madre no se la pone, y morirían si la madre no lo evitara. Dice que si no fuera por el lenguaje el hombre sería una criatura muy modesta. Pero sobre todo me agradó ver allí a la persona a la que le han quitado la sangre. Hablaba bien y dio cuenta de su situación en latín, diciendo que se encontraba mucho mejor, como un hombre nuevo, pero estaba un poco mal de la cabeza.

3 de diciembre

Arriba a la luz de una vela, creo que la única vez que lo he hecho este invierno, y en coche a ver a *sir* W. Coventry, la primera vez que estoy en su casa nueva [de Pall Malí] desde que se instaló aquí. Me dice que se ha votado que no haya nadie de la Cámara en la Comisión de Cuentas, lo que piensa habrá decepcionado mucho a Birch y a otros que esperaban formar parte de ella. El asunto por el que fui a verle es el de Gilsthrop, empleado de *sir* W. Batten, que estando en su lecho de muerte (ya ha muerto) dijo que podía descubrir desórdenes en la Armada que le habrían costado sesenta y cinco mil

libras al Rev, lo que hizo mucho ruido en la Cámara de los Comunes: varios miembros fueron a verle, pero no lograron nada excepto quejas de reuniones falsas y barcos que eran equipados con provisiones en Plymouth después de haberlo sido en otros puertos, pero esto no es demasiado: lo sabemos y lo podemos reconocer. Le hablé de mi carta a *sir* R. Brooke y de su respuesta. Me recomendó que cuando le escribiera lo hiciera tan breve y oscuramente como pudiera, excepto lo que estuviera muy claro; también que lo más sabio con el Parlamento es decir poco, y que lo que saquen, lo saquen a la fuerza, lo que aplicaré. A mediodía a comer, y ocupado toda la tarde. Por la noche a casa, donde estaba W. Batelier, que me cuenta la gran noticia de que el lord Canciller ha huido hoy. Poco después a casa de *sir* W. Penn, donde nos reunimos para tratar de nuestras cuentas con la señora Batten, que resultan difíciles y me parece que terminarán en pérdidas. Aquí me enteré de todo lo de la fuga del lord Canciller: dejó una nota en la Cámara de los Lores explicando la razón de su marcha y quejándose de un plan para hundirle. Vi muy preocupado a *sir* W. Penn, pues había sido llamado por el Comité para el asunto de los botines. *Sir* Richard Ford nos contó esta noche una historia muy extraña sobre la bajeza del último lord Alcalde, *sir* W. Bolton: engañó a los pobres de Londres con el dinero recaudado para la gente que padeció el fuego, mil ochocientas libras, de las que no puede dar cuenta. También me habló sobre la calle nueva que van a hacer desde el Ayuntamiento hasta Cheapside[36]: el suelo ya está casi todo comprado. Me dijo el precio estándar fijado para tratos entre particulares cuando no hay cambios, solo casas quemadas: el suelo de una casa que antes rentaba cien libras al año se valora ahora en treinta y tres libras, seis chelines y ocho peniques, y ese es el precio de mercado normal entre particulares, hecho con una media buena y moderada.

6 de diciembre

Arriba, y con *sir* J. Mermes a ver al duque de York, la primera vez que le veo desde su enfermedad, y, bendito sea Dios, no está mal por la viruela, solo un poco débil todavía. Lord Anglesey me contó que lord Northampton presentó ayer un proyecto en la Cámara de los Lores con el título *A Bill for the honour and privilege of the House, and mercy to my lord Clarendon*, al que me dijo que él se opuso, alegando que era un hombre acusado de traición por la Cámara de los Comunes y que la clemencia no era apropiada para él, pues todavía no había sido juzgado y no le hacía falta. Al poco, a casa con *sir*

J. Mennes, quien me contó que lord Clarendon se marchó a Calais en un bote de la Aduana: nada parece hacerle más daño que el haber dejado esa nota que ha enfadado a las dos Cámaras, y pienso que las ha reconciliado en algo que de otra forma las hubiera enfrentado y destruido. Por tanto, y siguiendo las enseñanzas y ejemplos recientes de *sir* W. Coventry, aprendo que en momentos como este no hay nada como el silencio. Luego a casa y a la oficina, donde viene a verme el capitán Cocke y me dice que pronto va a salir una acusación formal contra *sir* W. Coventry. También que ni siquiera los parlamentarios que están en contra del lord Canciller y la Corte se fían o se ponen de acuerdo entre ellos. Y que el lord Canciller se marchó el sábado pasado sobre las diez de la noche, cogió un bote en Westminster y de allí pasó a Calais, donde cree que está ahora; que el duque de York y el señor Wren lo sabían, y que él mismo lo supo el domingo por la mañana.

7 de diciembre

Toda la mañana en la oficina, y a mediodía a casa a comer con mis empleados. Mientras comíamos, vino la tía de Willet a verla a ella y a mi esposa; es una viuda muy elegante y bastante atractiva, con un porte extraordinario y que habla muy bien y con mucho entendimiento, así que me pasé la tarde en su compañía junto con mi esposa. Sabe mucho de teatro y modas de la Corte y habla estupendamente, lo que me agrada, y parece querer mucho a su sobrina. Estaba muy contenta (lo que era bastante extraño) de que le hubieran empezado a crecer los pechos desde que vino, pues tenía miedo de que no tuviera, y con esto se concedía una extraña clase de alegría.

19 de diciembre

En pie y a la oficina, donde tomó posesión el comisionado Middleton como Inspector de la Armada; creo que será excelente, seguro que mucho mejor que su predecesor. A mediodía, para evitar tener que invitarle a comer, siendo el primer día y sin nadie que le invitara, fui a la Lonja con *sir* W. Penn en su coche. Luego a casa a comer, donde me encontré a mi esposa muy fastidiada con los dientes.

22 de diciembre, día del Señor

Arriba, y mi esposa, la pobre, todavía con dolor. Me visto y bajo a mi cámara a arreglar unos papeles; allí llega Willet con un recado de su señora y por primera vez le doy un pequeño beso, pues es una chica muy animada y la quiero mucho. Después a mi oficina, donde trabajé un poco, y a la iglesia, con un pobre sermón. Después a casa, a comer con mi prima Kate Joyce y el señor Hollier. Ella ha venido a vernos para decirme que su esposo va a construir su casa y quería pedirme prestadas trescientas libras, que con una buena seguridad estoy dispuesto a darle, y así se lo dije.

24 de diciembre

En coche a St. James cerca de las seis de la tarde con la intención de ver las ceremonias en la capilla de la Reina, pues es víspera de Navidad. Como no habían empezado, fui a Westminster Hall y volví luego a la capilla, donde casi llegué a la barandilla. Con mucha paciencia estuve desde las nueve hasta las dos de la madrugada, con un gran gentío: esperé, pero no vi nada extraordinario excepto una misa mayor. Estaba la Reina y algunas damas. Dios, era extraño para mí verme entre aquella muchedumbre: aquí un sirviente, allí un mendigo; aquí una dama fina, allí un pobre entusiasta papista y aquí algún protestante, dos o tres juntos que han venido a ver el espectáculo. Temí que me robaran. Sin embargo, allí me hice *la cosa* solo con la imaginación, *mirando a jolie mosa* y con los ojos abiertos, lo que nunca había hecho antes, y Dios me perdone por ello, estando en la capilla. Su música es muy buena, pero el servicio me parece demasiado frívolo, sin fervor. Les veo pasar las cuentas con una mano mientras hablan y señalan y hacen gestos con la otra en medio de la misa. Pero todo muy rico y bello; veo que los papistas tienen el ingenio, casi todos, de traer cojines para arrodillarse.

28 de diciembre

Después de comer con mi esposa y la chica, al Teatro del Rey a ver *The Mad Couple*[37], que es una obra normal, pero los extravagantes papeles de Nell y Hart están estupendamente interpretados, especialmente el de ella, y me parece un milagro cuando pienso lo mal que hace los papeles serios. Nos alegró mucho ver el cariño natural de una pobre mujer, madre de uno de los niños que estaban en la escena: cuando el chico se puso a llorar, la madre se vio obligada a subir al escenario, se lo quitó a Hart y se lo llevó.

30 de diciembre

En Whitehall visité a *sir* G. Carteret, con el que estuve un buen rato. Todos parecen de buen humor, pero cuando él y yo nos quedamos a solas hablamos de la situación ruinosa en que nos encontramos, con el Rey echando del Consejo a tantos hombres capaces como lord Anglesey, Ashley, Hollis, el secretario Morice (para poner al señor Trevor), el arzobispo de Canterbury y lord Bridgewater. Me dijo que era cierto, y que el duque de York era el único que intentaba impedirlo; me contó que el Rey y el duque de York no se muestran en desacuerdo en público, pero que en sus corazones hay una dureza que no se puede eliminar con facilidad, pues estos hombres sufren las consecuencias de su fidelidad al Canciller, o al menos por haberse opuesto a la actitud del Rey respecto a él. Me dijo que ahora hacen todo lo que pueden para destruir a la Iglesia, y acusan a [el obispo de] Rochester[38] de entregarse a los muchachos y de haberle puesto la mano a un caballero (que ahora testifica contra él) en las partes mientras estaban los dos en la mesa. Así se montan los escándalos y todo lo que sea posible contra los obispos. El duque de Buckingham es ahora quien manda, y el duque de York se acerca al conciliábulo pero tiene poco que decir allí. Parece que esta nueva facción no soporta ni al Rey ni a *sir* W. Coventry, pero este es tan útil que no pueden prescindir de él, aunque ahora no le hacen llamar. Dice que lord Buckingham, Bristol y Arlington parecen estar de acuerdo, pero no confían entre sí. Brevemente: bendice estar fuera de todo esto y tiene la esperanza de que cuando se salden sus cuentas pueda retirarse al campo.

31 de diciembre

Después de comer con mi esposa y la chica, a la tienda de Unthank; la dejé allí y yo a Westminster, a casa de la señora Martin, y *hazer con ella* lo que quise. Me tomé un trago y critiqué que su marido llevara ropas demasiado buenas, lo que le hará pobre. Después de hablar un poco regresé con mi esposa, luego a casa y a la oficina, donde el capitán Perriman me contó en el jardín que los marineros de Inglaterra no se animan a trabajar por la falta de dinero, así que la mayoría están ya en el extranjero o marchándose, y que se sabe que hay irlandeses moviéndose por la ciudad, convenciendo a los marineros de aquí con tres libras en mano y la promesa de cuarenta chelines al mes si se ponen al servicio del rey de Francia: una vergüenza, aunque me lo creo. Le consulté sobre mi pequeña embarcación, el *Maybolt*, y me dijo que lo

mejor era venderla, aunque este invierno podía llevarla a Newcastle y volver en primavera con carbón, con lo que ganaría dinero.

Así acaba el año, con gran felicidad mía y de mi familia en cuanto a salud y situación en el mundo, ambas buenas, bendito sea Dios por ello.

Los únicos problemas que tengo en mi cabeza son en referencia a lo público, y alguna preocupación propia respecto a mi continuidad en el cargo cuando el Comité del Parlamento investigue los asuntos de la Armada, lo que hará en breve. Ruego a Dios que así le hagan un servicio al reino, pues tendrán suficiente ocasión.

1668

1 de enero

Arriba, y toda la mañana en mi habitación haciendo cuentas para el año nuevo. Cerca del mediodía salí con mi esposa, que iba a comer con W. Hewer y Willet en casa de la señora Pearse. Sin embargo yo no quise quedarme, porque observo con claridad que a mi esposa le molesta mi amistad con ella y con Knepp. Me fui a comer con lord Crew, con quien estaban el señor Browne, Secretario de Actas de la Cámara de los Lores, y el señor John Crew. La conversación fue muy buena, como lo es siempre allí. Entre otras cosas, lord Crew habló de una parte del libro *Life of Sir Philip Sidney*, escrito por *sir* Fulke Greville[1], que anuncia la situación actual de esta nación en relación con los holandeses como una auténtica profecía. Es tan notable que he decidido comprarlo. Hablaron mucho de lo barato que está el maíz, por lo que los granjeros no pueden pagar las rentas, abandonan las tierras y quieren pagar en maíz, pero los propietarios no entienden nada de gestión y comercio, porque si se juntaran y conocieran los mercados que hay en el extranjero, lo enviarían y facilitarían a sus arrendados el pago de sus rentas. También hablaron mucho del arzobispo [de Canterbury], que ha caído en desgracia ante el Rey como el resto de obispos[2]. Después de comer, al Teatro del Duque, donde vi *Sir Martin Marr-all*, que ya he visto tantas veces antes y sin embargo me sigue agradando, pues me parece ingeniosa, la más divertida que

se haya escrito; observo que mejoran la interpretación. Había gran cantidad de ciudadanos, aprendices y otra gente, y es curioso que cuando yo empecé a poder permitirme venir no recuerdo haber visto ni la mitad de aprendices y personas modestas en la platea como ahora, a dos chelines y seis peniques, mientras que durante muchos años yo no pasaba de los sitios de doce y dieciocho peniques, y con esfuerzo: así son la vanidad y el despilfarro de estos tiempos. Al rato me encontré con el señor Brisband, y como esta Navidad tenía la idea de ver cómo juegan, fui a los dos salones del Temple[3]; allí encontré sucios aprendices y haraganes jugando y descubrí lo equivocado que estaba, pues siempre pensé que vería a caballeros importantes.

2 de enero

En pie, y con *sir* J. Mennes en coche a Whitehall, donde despachamos con el Rey y el duque de York en los aposentos de este, con el resto de oficiales y muchos comandantes de la flota, así como algunos de nuestros armadores. El debate era si los masteleros de los barcos deben caer por el lado de popa de los mástiles o no, algo sobre lo que no entiendo y de lo que no puedo dar buena cuenta, pero observo que cuanto más grande es el Consejo y mayor el número de Consejeros, más confuso es el resultado, así que se dijo bien poca cosa a propósito y la difusa conclusión fue hacer una prueba en un barco o dos. Al terminar estuve un rato en Westminster Hall, y de camino a casa me costó trabajo encontrar *Life of Sir Philip Sidney* (el libro que mencioné ayer). El librero me contó que ha vendido cuatro en estas dos semanas, más de los que había vendido nunca, y que no se podía imaginar la razón. Yo supongo que es la misma: que han visto que esa parte tan notable profetiza la situación de Inglaterra respecto a Holanda. Después de comer llevé a mi esposa y a su chica a la Lonja Nueva, y allí mi esposa se compró un encaje para un pañuelo, de unas tres libras, que le he regalado por el año nuevo; yo también me compré uno para una cinta, y a casa. Hoy mi esposa me enseñó un relicario con diamantes que vale unas cuarenta libras; W. Hewer está intentando convencerla para que lo acepte, en gratitud por nuestra amabilidad con él. Sin embargo, no me agrada que lo reciba, pues no es honorable para mí y quiero que ella le obligue a aceptar la devolución, ya que él lo dejó ayer contra la voluntad de mi esposa. Esta noche ella intentó de nuevo que lo tomara, y dice que está molesto. No obstante, es más apropiado rehusarlo que permitir que lo acepte. Se piensa que Francia está intentado una alianza con nosotros más

firme que la anterior con el fin de seguir contra España el año próximo, de lo que yo y todo el mundo, creo, nos alegramos, pues tememos que nos invadan.

6 de enero, duodécimo día

Arriba. Dejé a mi esposa y las doncellas preparando las cosas para esta noche. Estuve dando vueltas por Whitehall y entre otros me encontré con el señor Pearse, por el que descubro (gracias, como me temía, a una tontería de mi esposa) que creía que él y su esposa venían a comer hoy a casa, cuando en realidad era a cenar. Hice mis gestiones en la Corte y regresé a casa a comer, donde por el mismo error estaba el señor Harris. Sin embargo, conseguí sacar una buena comida y hablamos bastante tiempo de muchas cosas. Me parece una persona excelente y no conozco a nadie mejor dotado para la conversación, ya sea en lo suyo u otros asuntos, pues tiene gran entendimiento y capacidad de observación, además de ser muy agradable en su forma de hablar y todo lo educado que es posible. Después de comer nos montamos todos en coche para ir a una obra y llevarle a casa, pero yo me bajé para volver a casa pensando en hablar con la señora Bagwell, a la que hoy vi en la entrada de regreso de Harwich. Creo que no la he visto en los últimos doce meses o más, y *voudrais haver hazer algo* con ella, *sed* no estaba. Así que cogí un coche y volví con mi esposa al Teatro del Duque, a la platea. La dejé allí y fui a recoger a la señora Pearse, a su prima Corbet, a Knepp y a james y las llevé al Teatro. Como la sala estaba llena tuve que llevarlas a un palco, que me costó veinte chelines además de las naranjas. Al terminar la obra esperé a que Harris se cambiara (había interpretado *The Tempest*) y marchamos todos a mi casa, que estaba con buenos fuegos y velas por todas partes. Allí estaban las dos Mercer, Betty Turner, Pendleton y W. Batelier. Con mucho placer nos pusimos a bailar, pues contábamos con una música extraordinaria: dos violines, una viola y un teorbo. Era la orquesta del duque de Buckingham, que me ha enviado Greeting. Cenamos con muy buena música y después cantamos y bailamos hasta las doce. Entonces les sacamos un buen vino y un excelente pastel que ha hecho Jane y que me ha costado casi veinte chelines. Lo cortamos en veinte porciones, pues tanta era la gente que había en mi casa celebrando el año nuevo. Después bailamos y cantamos hasta las dos de la mañana. Cuando todos se marcharon le pagué al violinista tres libras para que se repartieran, y a la cama, cansado y tremendamente satisfecho.

10 de enero

Arriba, y con *sir* Denis Gauden, que me recogió, a Whitehall. Allí esperé con mis compañeros al duque de York en la sala verde del Rey, porque este estaba reunido en el Consejo. En dicha sala vi a lord Bristol andando solo, y me extrañó, pero me dijeron que como es católico no puede formar parte del Consejo, algo en lo que no había caído antes. Cuando se levantó la sesión me di un par de vueltas con lord Brouncker, quien me dice que se ha olvidado aquello de sacar a algunos miembros del Consejo para hacer hueco a otros del Parlamento y darles así gusto, porque haría más daño que bien y tampoco se obtendría gran cosa del Parlamento. Luego fui solo en el coche de *sir* W. Penn a mi nuevo librero, Martin. Allí me encontré con Fournier, el francés, que ha escrito sobre el mar y la navegación, y no pude hacer menos que comprar su libro; también encargué otro excelente sobre China. Es cierto que últimamente he comprado muchos libros de gran valor, pero creo que no volveré a hacerlo hasta la próxima Navidad, pues los que tengo llenan tanto mis dos anaqueles que tendré que quitar algunos para hacer sitio, y es mi intención no tener más de los que quepan en mi librería buena. A casa y a la Lonja, donde todos dicen que se ha firmado una paz entre Francia y España, por lo que al rey de Francia no le quedará otra cosa que hacer con su ejército que venir a por nosotros. Hoy recibo una carta de mi padre y otra de mi primo Roger Pepys: se han estado informando sobre las propiedades de Jackson y les gusta el hombre, su situación y su patrimonio. Me recomiendan que lo acepte para mi hermana y terminemos cuanto antes; lo dicen de tal forma que estoy dispuesto a hacerlo y darle su dote: así me libraré de la preocupación de mantenerla. Además pienso que será bueno que se case allí y con alguien que pueda cuidar de mis cosas si mi padre muriera y yo siguiera donde estoy, por lo que me agrada. A la cama.

11 de enero

En la cama un rato hablando con mi esposa de lo de Pall: desea que se case aquí y que lo disfrutemos, y que W. Hewer, Batelier, Mercer y Willet hagan de acompañantes y damas de honor. Me alegra y decido que se haga cuanto antes. Después de comer, con Mercer, mi esposa y Deb al Teatro del Rey. Knepp se sentó con nosotros y su conversación me agradó: nos contó que la señorita Davis se marcha del Teatro del Duque porque el Rey está enamorado de ella: le han puesto una casa con los muebles y ya tiene un anillo que vale seiscientas libras. También dijo que el Rey hizo llamar varias

veces a Nell y que ella acudió, pero Knepp no sabe lo que hicieron. Esto fue hace tiempo, y dice que primero el Rey abordó a la señora Weaver, lo que me parece mezquino en un príncipe, y lo lamento, pues poco se puede esperar de un Estado que tiene a un Rey tan entregado a los placeres. De allí a casa, y luego a la oficina a hacer algunas cosas; después con mi esposa paseando por el jardín y a cenar. Más tarde, junto al fuego, hice que Deb me cepillara el pelo, lo que ahora hago frecuentemente, pues me gusta que me toquetee, y a la cama.

13 de enero

Pasé por Martin, mi librero, donde vi el libro francés que pensaba hacer traducir a mi esposa, llamado *L'escholle des filles*, pero cuando me puse a mirarlo comprobé que es el libro más obsceno y lujurioso que jamás haya visto, todavía peor que el *Puttana errante*, y me daba vergüenza hasta leerlo[4].

16 de enero

Arriba, después de tratar con mi esposa que siga aprendiendo flageolet un mes o dos este invierno y pintura el resto del año. A la oficina, donde trabajo toda la mañana. Allí lord Anglesey nos cuenta de nuevo que va a zarpar una flota, y que se piensa que no es más que una fanfarronada. Y es verdad, porque con los preparativos que están haciendo los franceses y los holandeses, cincuenta barcos no servirán para nada. A mediodía a casa, a comer con mis empleados, con los que me siento muy bien, lo mismo que con la conversación del señor Gibson, que cuenta muy buenas historias sobre la guerra y las prácticas de los comandantes; encontraré tiempo para recogerlas y me serán de mucha ayuda cuando escriba la historia de la Armada, si alguna vez la hago. Después a la oficina, ocupado toda la tarde y noche, y luego a casa. Mi trabajo con mis empleados hasta la medianoche ha sido repasar la lista de barcos que estoy elaborando con sus dimensiones, para ver en qué concuerda o contrasta con otras: veo diferencias tan grandes que no sé con cuál quedarme. Ese es el poco cuidado que hasta ahora se ha tenido para elaborar o mantener cualquier registro de la Armada.

17 de enero

Arriba, y en coche a Whitehall, donde por medio del señor Castle, el armador, me enteré del duelo que hubo ayer entre el duque de Buckingham, Holmes y un tal Jenkins por un lado y lord Shrewsbury, *sir* John Talbot y un tal Bernard Howard por el otro. Todo era por *lady* Shrewsbury, que es una zorra y lleva tiempo como concubina del duque de Buckingham. Su esposo le retó y se encontraron ayer cerca de Bam Elms, donde lucharon: a lord Shrewsbury lo atravesaron desde el pecho derecho hasta el hombro, *sir* J. Talbot a todo lo largo de un brazo y Jenkins quedó muerto allí mismo; los demás fueron heridos en menor medida. Esto hará que la gente piense que el Rey tiene muy buenos consejeros cuando el duque de Buckingham, el más grande de los que le rodean, no muestra más seriedad que la de pelearse por una puta. En la Cámara no se habla de otra cosa y se teme que lord Shrewsbury muera también, lo que puede poner las cosas peor para el duque de Buckingham, aunque no lo sentiré mucho, por ver si tenemos a un hombre formal ocupando su puesto y ayudando al gobierno. No me llamaron al Consejo, por lo que me fui a casa, aunque antes me enteré de que lord Hinchingbrooke se ha casado esta semana con la hija de lord Burlington. Me alegro, aunque no me satisface que no me hayan enviado ningún detalle, como veo que han hecho con el fiscal Mountagu y el vicechambelán.

21 de enero

En pie, y estando en la oficina me llega el mensaje de Kate Joyce de que si quiero ver vivo a su esposo debo hacerlo enseguida. Así que cuando se acabó el trabajo fui a verle con W. Hewer y le encontré enfermo en la cama (nunca había estado antes en esta casa, su posada). Su conversación era muy sensata y estaba agradecido por mi amabilidad con él, aunque la respiración le arrastraba por la garganta y le pusieron palomas en los pies. Estaban desolados y con razón: lo triste es que parece que el jueves pasado por la mañana salió sobrio y tranquilo hacia Islington, y detrás de una de las posadas, la del León Blanco, se tiró a un estanque. Fue visto por una mujer y sacado por algunas personas que estaban empaquetando heno en un granero cercano; lo volvieron a la vida y una mujer que pasaba lo reconoció y llamaron a su esposa y familia. Confesó que lo había hecho llevado por el Diablo, declarando que la razón era su preocupación por haberse olvidado de servir a Dios como debía desde que cogió este nuevo empleo: creo, y todos coinciden en ello, que eso y la pérdida que le supuso el fuego le llevaron a esto. Desde esa noche empezó a enfermar y a empeorar, hasta hoy. Me quedé

un rato entre los amigos que allí estaban, y como temían que le quitaran todo lo que tenía por haber intentado ahogarse, aunque hubiera vivido todo este tiempo después, mi prima intentó hacer retirar toda la plata de la casa: me pidió que me llevara mis jarras, lo que me alegró, y me las llevé por miedo a que me las arrebataran, aunque no había razón para ello porque no estaba muerto, pero tanto era el miedo que tema. Comí en casa y estuve ocupado toda la tarde, pero también preocupado por este asunto. Por la noche, con *sir* D. Gauden al Ayuntamiento a consultar con el funcionario municipal sobre la norma del Concejo y del país en estos casos: cree que no puede ser declarado suicidio, pero si lo fuera, todo iría al Rey. Salimos y volví a casa de mi primo, donde nada más llegar me informaron de que acababa de morir. Así que a petición de mi prima cogí un coche hacia Whitehall, donde encontré a *sir* W. Coventry. Él me llevó ante el Rey, que estaba con el duque de York, y le conté la historia. El Rey, sin más, concedió que si era declarado [suicidio] las propiedades fueran para la viuda y los hijos. Cuando volví la encontré desconsolada, pero, tanto ella como los demás, agradecidos con lo que había hecho por ellos: desde luego es una gran cortesía, pues hay gente detrás de sus propiedades. Van a mandar a un forense y un jurado investigará su muerte. Con todo terminado para alegría mía y de ellos, a casa, a mi oficina, a cenar y a la cama.

31 de enero

Arriba, y en coche con W. Griffin y nuestros libros de contratos a Durham Yard, a la Comisión de Cuentas, la primera vez que me presentaba allí. Estuve esperando a que me recibieran. Vi a mucha gente que acudía por quejas de los marineros respecto a los vales. Cuando me llamaron vi que estaban todos los comisionados, que me recibieron con gran respeto y cortesía. Les di satisfacción en todo, esforzándome en informarles sobre qué cosas podían esperar de mí y cuáles correspondían a otras personas, pues esta es mi única forma de protegerme después de mis grandes esfuerzos y desvelos. Hicieron muchas preguntas y me pidieron otros libros, a lo que les di respuestas prontas y aceptables. En general me parece que actúan como gente decidida a cumplir con su cometido con un buen método, como hombres que entienden. Tienen al señor Jessop de secretario, y es curioso que recurran a un antiguo hombre de Cromwell para que les haga el trabajo. A Whitehall con los comisionados del Tesoro; mientras esperaba me encontré al coronel Birch, quien me cuenta que el Rey está por la tolerancia, aunque los

obispos se oponen; no duda de que se llevará al Parlamento, aunque teme que algunos apoyarán también la tolerancia con los papistas, y él no sabe qué decir. Hoy Griffin me estuvo hablando en el coche sobre la casita en nuestro jardín, en la que el viejo Taylor pone sus cosas, para hacerme un establo en ella. También me dijo que se ha observado, y es cierto, que en el reciente incendio de Londres el fuego quemó tantas parroquias como horas pasaron desde el principio hasta el final del incendio, y que en la parte que no se quemó quedaron en pie tantas parroquias como tabernas. Creo que me dijo trece de cada: es curioso.

5 de febrero

Arriba y a casa del capitán Cocke, donde hablamos del asunto de los botines, por el que vamos a comparecer ante los comisionados de Cuentas: hemos decidido no esconder nada y confesar toda la verdad, pues es posible que sea la verdad lo que más nos beneficie. Nos separamos y a Whitehall, donde, como no estaban los comisionados del Tesoro, me dirigí a los comisionados de Cuentas, y tuve que esperar dos horas a que me llamaran. Cuando entré me hicieron jurar que diría toda la verdad. Les contesté lo mejor que pude, diciendo la verdad exacta de cada cosa y ajustándome a ella. Observo que donde están más dispuestos a encontrar falta en mí es en el hecho de que yo le compré cosas a lord Sandwich después de que este me dijera que pertenecían a lo que le había asignado el Rey, y que yo lo creí sin haber visto dicha concesión, algo que reconoceré y sin duda justificaré. Lo que más me irritó es que hicieron asistir a algunos barqueros a escuchar mi declaración, pero esto no me puede hacer mucho daño. Eran muy puntillosos con los más mínimos detalles y habían recogido mucha información, pero no creo que puedan perjudicarme; como mucho, hacerme reintegrar el beneficio que obtuve con mi acuerdo con el capitán Cocke, si eso puede saberse. Sin embargo, aunque eso sea todo, me veo tan desanimado que no hago otra cosa que enfadarme y preocuparme, y pensar que estoy acabado, por lo que me avergüenzo de mí mismo, pues pienso qué sería de mí si me sucediera algo realmente malo. Fui al Strand a ver al señor Moore y le encontré en la posada de la Campana. Me dijo que es probable que se apruebe una Ley de Comprensión para admitir que la gente de todas las creencias religiosas pueda seguir públicamente sus devociones particulares, aunque en determinados lugares, y que las personas implicadas deberían registrarse como de esta o aquella Iglesia, pero piensa que eso les hará más daño que bien y no les

ayudará a reconocer sus creencias. Me contó que se ha presentado un perdón para el duque de Buckingham, lord Shrewsbury y el resto por el reciente duelo y muerte. Esto le parece un delito mayor que cualquiera de los que toleró el lord Canciller con su Sello, y así pensará el Parlamento.

7 de febrero

En Westminster Hall me encontré con mi primo Roger Pepys. Me dice que el señor Jackson, el pretendiente de mi hermana, ha venido a Londres, pero ha salido del Hall y no he podido verle. De allí a los comisionados de Cuentas, a los que presenté mis libros. Me hicieron sentarme y me trataron con mucho respeto, de forma muy distinta a la del otro día, cuando acudí como si fuera un criminal en el tema de los botines. Me senté con ellos mientras comprobaban los libros. Dijeron que es posible que acaben con los empleados del Tesorero de la Armada, pues les van a obligar a que devuelvan todo el dinero que han pagado a personas indebidas, algo que no podrán soportar. Sobre las dos vuelvo a Westminster Hall, donde he quedado con mi primo Roger y el señor Jackson, un joven normalito, suficientemente atractivo para mi hermana, sin educación ni conversación, de pocas palabras: en conjunto me parece agradable. Mi primo me ha dicho que le entregue ahora las cien libras que pensaba dar cuando naciera el primer hijo, y acepto, por lo que me quitaré la preocupación. Después de hablar nos despedimos, quedando para comer en casa mañana. Estoy satisfecho con este sencillo muchacho para mi hermana, aunque veo que no tendré con él el placer que me daría si fuera un hombre leído y con más capacidad, como Cumberland. A Whitehall, a la cámara del duque de York, donde lo encuentro a él con mis compañeros en su reunión habitual: hablan de asegurar el Medway este año, que es como cerrar la puerta después de que te roben el caballo. Sin embargo, está bien.

8 de febrero

Arriba, y todo el día en la oficina. A mediodía a casa, donde vienen mi primo Roger y Jackson, y también Creed. Comimos muy a gusto, aunque Jackson habla muy poco y eso me desagrada mucho. Después al Strand, a mi librero, donde estuve una hora; compré ese libro ocioso y pícaro, *L'escholle des filles*, en encuadernación sencilla. He evitado comprarlo en una mejor

porque he decidido quemarlo en cuanto lo lea, para que no se incluya en mi lista de libros ni esté entre ellos para avergonzarlos si es encontrado.

9 de febrero, día del Señor

En pie, y en mi despacho toda la mañana trabajando y también leyendo un poco de *L'escholle des filles*, un libro muy lujurioso, pero no está mal que un hombre formal lo lea una vez para estar informado de las villanías del mundo. A mediodía volví a casa a comer y vino el señor Pelting con tres amigos: Wallington, que canta muy bien como bajo, un tal Rogers y un joven caballero llamado Tempest, que canta muy bien y lo entiende todo a la primera. Estuvimos cantando hasta la noche y bebimos bastante cantidad de vino. Cuando se fueron subí a mi cámara, donde leí *L'escholle des filles* (pero me *hacer* el pene *para* empinar todo el tiempo, y *una vez decharger*), y cuando terminé, lo quemé, para que no estuviera entre mis libros para vergüenza mía. Por la noche, a cenar y a la cama.

10 de febrero

La Cámara se reúne hoy y va a venir el Rey. Sin embargo, antes de que este llegara se reunieron los de la Cámara de los Comunes, y al ser informados del proyecto de Ley sobre la Comprensión que pretenden presentarles, arremetieron contra él con toda energía y acordaron exigir al Rey que se actúe legalmente contra aquellos que no cumplen la Ley de Uniformidad. Al rato se presenta el Rey ante la Cámara de los Lores y les habla de la paz con Holanda, de la necesidad de una flota y de sus deudas; también de su deseo de que piensen en cómo hacer que todos los individuos protestantes vivan en paz unos con otros, refiriéndose a la Ley de Comprensión. Al llegar los Comunes a su Cámara se propuso que se suspendiera la votación de esta mañana debido al discurso del Rey, y que se convocara a las dos Cámaras en un plazo de dos días, pero se negaron y están muy furiosos con este proyecto. Después de comer me fui con Creed en coche a Westminster, recogiendo a un abogado amigo del señor Jackson. En Westminster Hall nos encontramos con Roger Pepys, subimos a su estancia y repasamos y firmamos el acuerdo: mi hermana recibirá seiscientas libras ahora y un compromiso de sesenta libras al año, lo que me satisface.

11 de febrero

Toda la mañana en la oficina, donde llega una maldita citación para presentarme hoy al Comité de Injusticias: me vuelve loco el que por mi puesto tenga que convertirme en el caballo de carga de toda la oficina, sufriendo continuos problemas y vejaciones. Después de comer a Westminster Hall, presentándome ante el Comité con un libro. Veo que están bastante encendidos con el tema de los vales, y sobre todo *sir* T. Clerges: me irrita mucho que muerdan la piedra y no la mano que la lanza. Lord Brouncker pidió de forma innecesaria que le convocaran para presentar su informe sobre pagos mediante vales, lo que no le hará ningún bien, aunque él está convencido de que tendría un gran efecto, y *sir* F. Hollis hizo una gran arenga en su defensa. Sin embargo, no creo que consiga muchos, porque al entrar después les oí hablar con mucho prejuicio en contra. Esta mañana mi esposa me contó en la cama la historia de nuestro Tom y de Jane: parece que el rufián le solicitó al principio su amor y la pidió en matrimonio, y luego, con la excusa de no ofenderme, la despreció. Sin embargo, han hablado con ella y esta le ha exigido que siga con su amor por ella y le sea fiel, por lo que creo que el asunto seguirá. Me agrada, por el cariño que le tengo a Jane, que le quiera, pero no creo que haga un buen negocio, al menos si yo no intervengo algo. Si eso sigue me propongo darle a ella cincuenta libras en dinero y hacerles todo el bien que pueda.

14 de febrero, San Valentín

En mi oficina a retocar mi relato sobre los botines, que llevé a los comisionados de Cuentas y recibieron con gran amabilidad y respeto hacia mí: me siento tranquilo al ver que está depositado allí y contiene tanta verdad y sencillez, aunque me suponga luego alguna pérdida. Me marché a la Real Lonja, donde me encontré con el señor Houblon. Le pedí que hablara con alguno de los comerciantes que forman parte del Comité de Cuentas para saber qué piensan de mi documento y de mi situación en general en relación con el caso de la Armada; me promete que se ocupará del tema y me lo contará. Luego a casa a comer, y hablo con W. Hewer de visitar al coronel Thomson, del Comité de Cuentas, que es muy amable conmigo y con el que me gustaría llegar a un buen entendimiento. Después de comer, a ver al duque de York, a quien hago saber la alterada vida que llevamos, sobre todo yo,

obligado a acudir todos los días ante un Comité u otro. La Cámara está completamente descompuesta, nadie apoya nada, solo injurian y echan culpas. En resumen, el Rey nunca logrará nada con este Parlamento y la única forma de mejorar esto, porque empeorarlo es imposible, es disolverlo y convocar otro: algunos piensan que eso es lo que se pretende. Anoche me dijeron que *lady* Castlemaine es tan jugadora que una noche ganó cinco mil libras y otra perdió veinticinco mil, y que se ha jugado mil y mil quinientas libras de una vez.

16 de febrero, día del Señor

Arriba y a mi despacho, donde me pasé toda la mañana elaborando el catálogo de mis libros, un gran trabajo pero que me da mucha satisfacción, pues la habitación y los libros están ahora muy bien ordenados y todo limpio y fregado, lo que llevaba meses sin hacerse por tanto trabajo y problemas como he tenido. A mediodía vino el señor Hollier a comer con nosotros. Hablamos mucho sobre la mala situación en que se encuentra la Iglesia y cómo los sacerdotes son ya personas sin ningún valor en el mundo; todos piensan que debe haber una reforma y que la jerarquía se verá revuelta bien pronto, lo quieran o no, pues el Rey está molesto con ellos y ya se ocupa.

17 de febrero

En pie y a la oficina, donde estuve toda la mañana preparando cosas para el Comité de Cuentas esta tarde. Me molesta ver que me tienen bailando tras ellos en un comité y luego respondiendo en los demás. A mediodía me dirigí al Comité, pero me encontré a *sir* W. Warren en Fleet Street y comimos juntos: parece muy orgulloso y desafiante frente a la Oficina [de la Armada], con todo lo que se le viene encima ahora que han enviado sus cuentas al Comité. Hace ver mi reciente frialdad con él y sigo pensando que es un tipo astuto: tendrá que seguir portándose bien conmigo y estarse callado respecto a lo que ha pasado entre nosotros, lo que me agrada. Fui al Comité y entregué lo que esperaban de mí. De allí a Westminster Hall, donde estuve hasta la noche paseando con mucha gente y hablando de las cosas fuertes que se dijeron en la Cámara el sábado pasado. Se decía claramente que el Rey tiene malos consejeros, que deberían echarlos a todos y poner a otros mejores. *Sir* W. Coventry intervino en su defensa respecto a la carta que se envió para hacer regresar al príncipe Rupert después de que se separara de la flota, sobre

la cual se alegó un gran retraso. Sin embargo, mostró que la había mandado a la una de la mañana, después de haberle dado el Duque instrucciones al terminar la cena: con eso se exculpó, pero se consideró un error no haberla enviado por un mensajero y haberlo hecho por correo ordinario. No obstante, creo haber oído que la mandó a casa de lord Arlington, donde estuvo varias horas, no llegando a manos de *sir* Philip Honiwood en Portsmouth hasta las cuatro de la tarde de ese día, lo que hace quince o dieciséis horas. Se comenta que hay un plan para disolver el Parlamento, pero creo que todavía no hay motivos para ello, aunque Oliver lo hubiera hecho con solo la mitad de los desprecios que estos han mostrado hacia el Rey y sus Consejos. Me dicen que se ha votado declarar que la separación de la flota fue un fallo, así como el no haber construido una fortificación en Sheerness.

18 de febrero

Toda la mañana paseando y hablando con algunos parlamentarios, entre otros Birch, que es muy amable conmigo. Mi propósito era evitar que la Cámara emitiera ningún voto erróneo sobre el tema de los vales sin contar con buena información. Conseguí una copia del informe sobre nuestros pagos mediante vales y me alegró verlo, pues no sabía cómo iba nuestro caso y de qué temamos que responder, sobre todo porque la Cámara se iba a ocupar de otras cosas hoy y mañana. Para el jueves estaré en condiciones de poner una defensa en manos de algún parlamentario. Esta mañana han estado con un proyecto que ha presentado *sir* Richard Temple: obliga al Rey a convocar parlamentos cada tres años, y si él no lo hiciera, lo harían otros; no le da poder para disolver el Parlamento antes de que pasen cuarenta días desde su primera reunión; hay muchos procedimientos para rebajar al Rey. Fui a ver a Kate Joyce y la encuentro a ella y a los suyos muy tranquilos, pues un tribunal ha emitido el veredicto de que su esposo murió de una fiebre. Hubo cierta oposición por parte del Presidente, pero ellos insistieron en su veredicto, por lo que ha pasado el peligro: ella mantiene sus propiedades, de lo que me alegro. Me despedí y fui a casa, donde mi esposa me enseñó su anillo con una turquesa montada con pequeños destellos de diamantes que yo le regalo por San Valentín, lo que no me molesta demasiado: serán cerca de cinco libras, pero ella me cuesta poco en comparación con otras esposas y no son muchas las veces en las que me gasto dinero en ella.

19 de febrero

Arriba, y toda la mañana en la oficina redactando mi respuesta al Comité de Injusticias sobre el pago de salarios mediante vales; creo que me salió bien. Después de comer, mi esposa salió con Deb a comprar algunas cosas para la boda de mi hermana y yo pasé a limpio lo de esta mañana. Me fui a Whitehall y allí vi a *sir* W. Coventry y al duque de York hablando a solas, lo que me agradó mucho. Cuando se quedó solo, me llevé a *sir* W. Coventry a un lado y le leí mi escrito; le gustó e hizo alguna corrección, pero me dijo que será difícil que nos escapemos, aunque no es correcto votarlo como una injusticia. Pero bendito sea Dios, toda la Corte habla de la buena noticia sobre lord Sandwich, que ha conseguido la paz entre España y Portugal[5], una gran noticia sobre todo para el honor de milord, aunque no creo que sirva para librarle del mal trato que aquí recibe del Parlamento.

23 de febrero, día del Señor

Brisband me cuenta que nuestro asunto de los vales se debatió ayer, y parece que después de marcharme se declaró culpa general. Me dice que hay mucha gente buscando cargos, pues se supone que se producirán bastantes vacantes. Me contó que un tipo de la Corte, hermano de lord Fanshaw, ingenioso pero pícaro y sin un penique en el bolsillo, le preguntó por los cargos que pudiera haber para él en la Armada. Brisband me cuenta que en broma le dijo que el de Secretario de Actas: me gustaría que se lo quedara, y así yo estaría bien y libre, porque estoy cansado de tantas preocupaciones y creo que tengo bastante para mantenerme. Al poco me encontré a *sir* W. Coventry y me habló de lo de ayer: que el asunto se ha declarado, en efecto, de culpa, pero no se han dado nombres, por lo que todavía no hay ningún perjuicio para nosotros. Esta noche mi esposa me enseñó todas sus joyas, incrementadas con mi regalo de San Valentín de este año: una turquesa con diamantes. Con esta y con lo demás calcula que tiene por valor de más de ciento cincuenta libras en joyas; me agrada, porque está bien que la pobre tenga algo con lo que alegrarse.

27 de febrero

Toda la mañana en la oficina. A mediodía, a casa a comer, y de allí con mi esposa y Deb al Teatro del Rey a ver *The Virgin Martyr*, la primera vez que se interpreta desde hace tiempo[6], y es muy agradable. No es que la obra valga mucho, pero está muy bien interpretada por Beck Marshall.

Sin embargo, lo que más me agradó, más que nada en el mundo, fue la música de viento cuando el ángel desciende, tan dulce que me cautivó: en una palabra, dominó mi alma de una manera que me hizo marearme como me había sentido amando a mi esposa. Ni en ese momento, ni cuando regresaba, ni en casa era capaz de pensar en otra cosa, y estuve toda la noche como transportado: no podía creer que la música pudiera tener ese poder sobre el alma de un hombre como la tuvo conmigo. Esto hace que me decida a practicar música de viento, y a que mi esposa haga lo mismo.

28 de febrero

Arriba y a la oficina, donde estuve trabajando toda la mañana. Después de comer, con *sir* W. Penn a Whitehall; allí presentamos una carta expresando a Su Alteza Real nuestras necesidades. Yo también presenté una petición para que se tuviesen en consideración mis gastos de transporte de coche y barca durante la guerra. Sin embargo, lo que más me preocupa es que viene el señor Wren de la Cámara y nos dice que nos ha caído otra en el Parlamento contra los oficiales de la Armada: opinan que aunque han elaborado buenas reglas respecto al pago de vales, no las hemos observado, y eso ha producido tal irritación que se ha propuesto que nos despidan.

1 de marzo, día del Señor

En pie muy temprano, y en coche a casa de *sir* W. Coventry, donde me llevé todas mis notas y documentos y estuvimos preparando nuestra defensa en el tema de los vales para contestar ante la Cámara el jueves próximo. Creo que, a menos que se empeñen en arruinarnos sin razón, tenemos una buena defensa. Le encuentro muy intranquilo, aunque no lo reconoce y no desea que se utilice su nombre en nuestra intervención ante ellos, sobre todo por el asunto de venta de cargos, del que tiene que defenderse ahora. Le ayudé en su defensa respecto al puesto de fabricante de banderas que se ha mencionado en la Cámara. Lo mismo hicimos en lo referente a la queja por falta de avituallamiento a la flota en el año 1666, sobre la que me tocará a mí hacer la defensa. Así que estoy completamente cansado y preocupado con este trabajo.

2 de marzo

En la ciudad se dice que van a echar a todos los oficiales de la Armada excepto al honrado *sir* John Mermes, que Dios sabe que es el más adecuado para salir de todos nosotros, pues hace más daño al Rey con sus bobadas que el resto con sus bellaquerías, aunque se lo propusieran. Hoy me llega la noticia de que mi hermana se casó el jueves pasado con el señor Jackson, así que espero haber acabado con eso.

3 de marzo

Arriba temprano a seguir trabajando; luego nos reunimos en la oficina, donde la gran tarea es la respuesta al Parlamento. Con gran irritación observo que lord Brouncker solo se prepara para justificarse personalmente, mientras que yo, que soy el que menos razones tiene para preocuparse, me estoy preparando con gran esfuerzo para defenderles a todos. Lo que es más: percibo que sitúa el comienzo de la práctica de finiquitar barcos con vales en mi persona, pero no me importa, porque creo que con ello lograré más honor cuando el Parlamento vea que todo el trabajo de la oficina lo realizaba yo.

4 de marzo

En cuanto llegué a la oficina cerré todas las puertas para que no nos molestaran ni a mí ni a mis empleados y así estuvimos todo el día hasta la noche, excepto un momento para comer. Todos los oficiales se dirigían a mí para que les diera los titulares de lo que iba a decir, y lo hice, pero muy enfadado de ver que lo confían todo en mí, que tengo menos razones para preocuparme, y no recibo su agradecimiento por mi trabajo: al contrario, lord Brouncker parecía muy enfadado, como si pensara que yo no tenía previsto hacer nada para librarle a él. Cerca de las diez de la noche, cansado, irritado y atontado vi que no podía seguir y decidí dejar el resto para la mañana siguiente, y así, sin cenar, me fui a la cama, donde dormí unas tres horas. Sin embargo me desperté, y nunca me sentí tan preocupado en mi vida pensando en lo que se me viene encima, en la base tan insatisfactoria que tengo y en lo que será de mí.

5 de marzo

Estuve preocupado, pensando y nervioso hasta las seis, cuando conseguí que mi esposa me hablara para tranquilizarme, lo que logró ayudándome a decidir que abandonaré mi empleo y no tendré que preocuparme más cuando consiga salir de esto. Así que muy preocupado, aunque un poco más tranquilo gracias a la conversación con mi esposa, a la oficina, donde vinieron mis empleados y preparé unas notas para mi intervención de hoy. A las nueve ya estaba listo y fui a Westminster. Entre las once y las doce nos hicieron entrar a la Cámara, que estaba llena. Percibí que todos esperaban ver cuál sería nuestra defensa, con muchos prejuicios. Tras expresar el Presidente la insatisfacción de la Cámara y leer el informe del Comité, empecé nuestra defensa muy bien, con mucha suavidad, continuando sin dudas y sin perderme, con las ideas claras y con toda mi razón, como si estuviera en mi mesa, desde ese momento hasta pasadas las tres de la tarde, en que terminé sin ninguna interrupción del Presidente. Nos retiramos y todos mis compañeros y cuantos estaban allí me felicitaron, diciendo que mi intervención era lo mejor que habían oído nunca; mis compañeros estaban encantados. Esperábamos que se votara hoy a favor nuestro, y en eso estaba la mayoría de la Cámara, pero como mi discurso fue tan largo muchos habían salido a comer y regresaron medio borrachos. Había dos o tres, que son enemigos declarados nuestros, que se levantaron y argumentaron en contra de votar en ese momento, porque la Cámara no estaba llena, así que decidieron retrasarlo hasta dentro de una semana a partir de mañana. Sin embargo, está claro que tenemos una buena base, y todos dicen que hemos logrado el máximo honor que podría conseguirse.

6 de marzo

Arriba temprano y con *sir* D. Gauden al despacho de *sir* W. Coventry, que lo primero que me dijo fue: «Buenos días, señor Pepys, que debería ser Presidente del Parlamento». Dijo que había conseguido honor para siempre en el Parlamento; que su hermano, que estaba sentado con él, me admira, y que otro caballero comentó que no ganaría menos de mil libras al año si me pusiera la toga y trabajara en los juzgados. Lo que más me agradó fue que el Fiscal General dijo que yo era el mejor orador de Inglaterra. Después de hablar con él a solas sobre sus asuntos me llevó a Whitehall y me acerqué a los aposentos del duque de York: cuando me vio, me dijo con gran satisfacción que yo había convertido a muchas personas ayer, continuando con gran placer su conversación conmigo. Al poco se acercaron juntos el Rey

y el duque de York y el Rey me dijo: «Señor Pepys, estoy muy contento de su éxito de ayer». Casi todos los que me veían se me acercaban con tantos elogios que no pueden decirse. De allí fui a Westminster Hall, donde me encontré al señor G. Mountagu, que vino junto a mí, me besó y me dijo que hasta ahora había besado a menudo mis manos, pero que ahora me besaría en los labios, asegurando que yo era un nuevo Cicerón y que todos opinaban lo mismo.

12 de marzo

Después de comer, a Westminster Hall esperando presentamos ante el Comité sobre el tema del avituallamiento, pero una vez más esperamos en vano. Así que después de un par de vueltas con lord Brouncker llevé a mi esposa a la Lonja, mientras que yo me acerqué a Gresham College solo para lucirme. Allí me saludaron el doctor Wilkins, Whistler y otros.

13 de marzo

Arriba, y temprano a mi oficina a prepararme para ir al Parlamento de nuevo; no para hacer más discursos, pues lo evitaré mientras mi fama sea buena por miedo a perderla: solo para responder a las objeciones que se nos hagan.

14 de marzo

Hoy recibí la buena noticia de que nuestro botín ha llegado a salvo de Holanda, por lo que debo tener esperanzas de cobrar de *lady* Batten mi dinero, o buena parte de él.

15 de marzo, día del Señor

En casa de *sir* W. Coventry estuve hablando con él sobre los comisionados de Cuentas, que ayer entregaron su informe a la Cámara. Decían poco que pudiera agravar nuestra situación actual, aunque informaban de lo insatisfactorio que fue lo aportado por *sir* G. Carteret, lo que lamento. También que no les había informado sobre cuándo había pagado alguna cantidad, y necesitaban saberlo para poder computar los intereses, pero me temo que no será capaz de decirlo. Decían que informarían sobre la

malversación de botines, pero no tengo nada que temer, gracias a Dios. En Whitehall, *sir* Thomas Clifford, el Controlador [de la Casa del Rey], me llevó a comer con él a sus aposentos, donde estaba lord Arlington y muchas otras personas importantes. Fui tratado con mucha cortesía y la comida fue excelente. Conversación muy buena sobre España, pues el señor Godolphin estaba allí; sobre todo de cómo habían reunido los cadáveres de todos los reyes de España que pudieron y los llevaron al Panteón de El Escorial cuando lo terminaron: los pusieron todos ante el altar para que allí yacieran para siempre y se les hizo un sermón sobre las palabras *Arida ossa, audite verbum dei*, muy elocuente, según dicen los que lo han leído.

18 de marzo

Temprano a Westminster, donde me encontré a mi primo Roger y a Creed y paseé con ellos; Roger sigue pensando que no hay otra forma de salvar el país que disolviendo el Parlamento. Estuvimos casi toda la mañana paseando. Me encontré a Doll Lane en la taberna del Perro y allí *yo hazer* lo que quise con ella, y lo hice por detrás, porque no había otra forma de hacerlo con comodidad. Como era mi Valentina le di veinte chelines para que se comprara lo que *ella* quisiera. De allí en coche a mi librero y a otros sitios a pagar mis deudas, y a Duck Lane, donde compré los *Ensayos* de Montaigne en inglés. Después, a casa a comer. Allí estuve leyendo la ridícula biografía de lord Newcastle escrita por su esposa, que demuestra que es una mujer ridícula, loca y orgullosa y él un burro por permitir que ella escriba lo que le escribe. Betty Tumer le mandó a mi esposa un libro para leer, pues tiene letra muy clara para relajar mis ojos. Cuando me acosté los tenía muy mal, pero no hay forma de que consiga evitar leer.

19 de marzo

Esta tarde me sorprendió una carta sin ningún nombre en ella, muy bien escrita y con buen estilo, advirtiéndome de que es probable que mi prima Kate se pierda con algún matrimonio, y que ya se dicen cosas malas sobre ella. Me temo que esto de llevar una posada le perjudique, pues es una mujer joven y bonita y se piensa que está en buena situación. Respondí a la carta agradeciéndola y con buena disposición; decido ir a verla para averiguar lo que pueda, pero si se pierde, no puedo evitarlo, aunque me molestará.

20 de marzo

Arriba temprano y a la oficina, donde teníamos una reunión extraordinaria para debatir algunas cosas; entre otras, la cantidad de dinero que debe solicitarse para poder sacar veintisiete barcos. Fui a ver a Kate Joyce para hablar con ella sobre la carta de ayer, pero no pude porque tenía compañía, así que la invité a comer el domingo que viene. Me comentan hoy en la Corte que *sir* W. Penn mandará la flota este verano, y el señor Progers me dice como un secreto que el príncipe Rupert está molesto.

24 de marzo

Arriba bastante temprano. Viene a verme el señor Shish a pedirme que intervenga para que él suceda al señor Christopher Pett, que murió hace poco, como Maestro Armador de Deptford y Woolwich, y decido intentarlo. Después a Whitehall; en la cámara del duque de York me entero de que ya está decidido por el Rey y el duque de York que Shish se lleve el puesto. Paseo con *sir* W. Coventry por la galería alfombrada y me cuenta que se está tramando un malvado plan contra él: es una petición presentada por algunos para que W. Coventry les devuelva el dinero que han pagado por sus puestos, y lo están moviendo Temple y Hollis, del Parlamento. En Whitehall se habla mucho de los tumultos causados por los aprendices en la otra parte de la ciudad, en Moorfields, aprovechando la libertad de estos días para armar líos en los burdeles. Esta noche vine a casa desde Whitehall con *sir* W. Penn: habló de su salida al mar este año y de los problemas que le planteaba por ofender al Príncipe y provocar envidias contra él, y de muchas otras cosas que hacen inconveniente salir en estos tiempos, como la escasez de dinero y materiales y los consejos malos e inestables en casa. Me dijo que había intentado excusarse con el Rey y el duque de York y darle así satisfacción al Príncipe, que quiere ir, pero no se lo aceptan; desde luego, me parece mala suerte para W. Penn.

25 de marzo

Cuando el duque de York estaba listo esperé una oportunidad para decirle lo que pensaba sobre *sir* J. Mennes y su incapacidad para servir al Rey. Me parece que me corresponde plenamente hacerlo, y como cuento con el acuerdo de *sir* W. Coventry buscaré el modo de conseguirlo. El duque de York y todos hablaban esta mañana de los aprendices, que no han sido

sofocados: aunque los guardias y la milicia de la ciudad han estado toda la noche en armas, y también la anterior, los aprendices se han burlado de ellos huyendo y tirándoles piedras.

26 de marzo

Arriba temprano y a la oficina, donde al poco llegó lord Brouncker y terminamos nuestro asunto pronto. Me fui con él a comer a casa de la señorita Williams y luego solo al Teatro del Duque a ver la nueva obra *The Man is the Maister*[7]. Todavía no era la una y la sala ya estaba llena; sin embargo, mi esposa y Deb ya estaban desde antes con la señora Pearse, Corbet y Betty Turner y me hicieron sitio; me senté allí y me costaron ocho chelines en naranjas, a seis peniques cada una. Al poco llegó el Rey y estábamos justo debajo de él, por lo que no me atreví a darme la vuelta durante la obra. La obra es una traducción del francés y la historia es española, pero no hay nada extraordinario en ella, aunque la haya traducido *sir* W. Davenant. Vi que el Rey y su grupo teman una pobre opinión; y aunque aquí y allí había algo bueno, casi toda la diversión era cosa pobre, apropiada para payasos. Este mediodía, lord Brouncker mandó preguntar en Somerset House cómo le iba a la duquesa de Richmond, y le dieron recado de que estaba bastante bien, aunque llena de viruela, por lo que concluye que quedará completamente estropeada. Este es el mejor ejemplo de la falta de seguridad en la belleza que puede ofrecer esta época. Sin embargo, ha recibido el mejor beneficio: casarse primero y haberla tenido lo bastante tarde para recibir la mayor tentación del mundo por parte de un Rey, aunque sin haber recibido ninguna imputación.

30 de marzo

Arriba temprano y a la oficina a trabajar hasta las diez. Entonces salí con mi esposa, Deb y W. Hewer al café de Common Garden, donde estaba citado con Harris[8]. Allí lo encontramos; también estaban el señor Cooper, el gran pintor, y el señor Hayls. Enseguida nos fuimos a la casa del señor Cooper a ver algo de su trabajo, que es todo en pequeño pero excelente, y aunque debo confesar que el color de la carne me parece un poco forzado, la pintura es tan extraordinaria que no espero ver nada igual en mi vida. Vi los retratos de la señorita Stewart [duquesa de Richmond] cuando era una joven doncella y ahora, justo después de tener la viruela, y dan ganas de llorar al ver lo que era antes y lo que es ahora. Me quedé tan satisfecho que decidí que le haga un

retrato a mi esposa cuando vuelva del campo. Me marché con Hayls y Harris al café y arreglé que Hayls haga uno de Harris para mí. En la comida hablamos bastante sobre el Parlamento, cuyo número es incierto y siempre dependiente del Rey, aumentándolo en cuanto ve motivos para levantar un nuevo municipio. Todos concluían que la ruina del Parlamento ha sido el abandono de la vieja costumbre de que cada lugar asignara un salario a los que le representaban en el Parlamento, por lo que se elegían hombres que entendían su función y se dedicaban a ella, debiendo esperar tener que dar cuentas, cosa que ahora no pueden hacer, por lo que el Parlamento se ha convertido en un grupo de personas incapaces de dar cuentas de los intereses del lugar al que sirven.

31 de marzo

Llamé a Deb para que cogiera papel, pluma y tinta y anotara lo que se me había ocurrido que tenía que hacer mi esposa con vistas a irse al campo, pero la chica, que no escribía tan bien como quería, lloró. Tomándolo su señora como muestra de malhumor, se enfadó con ella, y yo también me mostré enfadado. Sin embargo, al ir a la cama me desvistió y yo le di un buen consejo y *beso la*, *ella* todavía sollozando, y *yo* la cojo por primera vez en mi vida, *sobra mi genu* y *poner mi mano sub* el corpiño y *toca su* muslo, lo que *hazer* me mucho placer, y no hice nada más, solo que *besando-la*, me fui a la cama.

1 de abril

En pie y a vestirme. Llamo, como suelo, a Deb para que me vista y me peine, y como hice anoche *con mi mano*, hubiera *tocado* su cosa, pero *ella* consiguió evitarlo *con* mucho recato poniendo *su* mano allí, lo que me agradó y no seguí, sino que *con* mucha amabilidad *la* hice marchar, y a mi oficina, donde estuve ocupado hasta mediodía. Luego salí a encargar algunas cosas para mi esposa, que se va mañana al campo. Pasé por mi librero, me llevé el libro del señor Boyle sobre las formas en una nueva edición y le mandé mi copia vieja a mi hermano[9].

2 de abril

Arriba después de una agradable y larga conversación con mi esposa sobre los cambios que voy a hacer en la casa durante su ausencia, a los que pienso destinar algún dinero. Así que nos levantamos y ella se preparó para marcharse; al poco vienen Betty Turner y su madre, y W. Batelier y Deb, a la que esta mañana di diez chelines para que cuide bien a su señora (y *ego baiser la mouche*), y también Jane, y salimos en dos coches hacia donde la diligencia, pero como vi a lord Anglesey de camino a la oficina tuve que bajarme en Cheapside e irme para allá. Me fui con lord Brouncker a la Royal Society, donde acababan de terminar, pero me obligaron a colaborar para la construcción de un colegio. Di cuarenta libras; otros también aportaron cantidades mayores o menores, pero vi que algunos se resistieron, y me parece que esto nos va a perjudicar, pues genera divisiones y antipatías. Con gran alegría probé el otacusticón, que es sencillamente una gran botella de cristal sin fondo, y al poner el cuello al oído oí con claridad desde la ventana el ruido de los remos de las barcas en el Támesis.

4 de abril

Comí con *sir* W. Penn y vino la señora Batten para hablar de las quinientas libras que le reclamamos. Ella jura ante Dios que nunca ha visto esas cuentas y que [su esposo] la ha dejado sin nada, por lo que no tiene nada con qué pagar, sea lo que sea, pues está como un mendigo. De verdad lo lamento, aunque es justo que esto pase a quienes viven tan por encima de sus posibilidades y con tanta vanidad como ellos. Después de comer, con *sir* W. Penn por el río a Whitehall, donde visitamos al duque de York, que nos llevó a los aposentos del Rey, pero como estaba dormido en su gabinete, estuvimos en la sala verde. El Duque nos contó sus reglas para saber el tiempo que va a hacer y nos dijo que llovería antes de mañana, después de varios días secos; efectivamente, llovió casi toda la noche. Al poco sale el Rey, que quiere que los comisionados de la Armada nos reunamos mañana por la mañana con él, y hablamos de otras cosas: los cuáqueros no maldicen, pero había oído a lord Pembroke maldecir a veces cuando perdía jugando al tenis[10]. Nos contó también las curiosas ideas de lord Pembroke sobre el primer capítulo del Génesis: que el pecado de Adán no fue morder la manzana (lo que hizo antes), sino tragársela, con lo que distintos elementos empezaron a hacer efecto en él y a agitar sus pasiones, y muchas tonterías como esas de las que el Rey se burló.

5 de abril, día del Señor

Arriba y a mi despacho a pasar a limpio algunas de mis ideas sobre música. A la iglesia, donde hace tiempo que no he estado. Me dicen que han condenado a muerte a ocho de los líderes de los últimos disturbios de los aprendices durante la Pascua.

6 de abril

En Westminster estuve paseando por el Hall, pues la Cámara está convocada para hoy, pero hay pocas noticias: se habla de una paz probable entre Francia y España, lo que sería malo para nosotros. A mediodía, a comer con *sir* H. Price en casa del señor George Mountagu. Me trataron muy bien, tomándose la molestia de alabarme de frente, pero con tanto halago e importunidad que me molestó bastante. Allí me enteré, como un gran secreto, de que el Rey, el duque de York, la Duquesa y *lady* Castlemaine han acordado hacer una alianza muy fuerte. Sin embargo, me dicen que *lady* Castlemaine está tremendamente irritada por un reciente libelo, una petición de las prostitutas de la ciudad cuyas casas fueron derribadas el otro día. He conseguido una copia, pero no es muy ingeniosa, aunque terriblemente dura contra ella y el Rey: me asombra que se hayan atrevido a imprimirla y distribuirla, lo que demuestra que son tiempos de disolución y gran indiferencia hacia el Rey, la Corte y el Gobierno. Creed me cuenta detalles sobre *lady* Kernegay: su esposo, al ver que el duque de York era demasiado amable con ella cuando vino el Rey, consiguió que ella le confesara que la había deshonrado; entonces le ordenó que siguiera dejándose y él se fue con la peor fulana que pudo encontrar para coger la sífilis; cuando la tuvo, se la pasó a su esposa a propósito para que ella se la pegara al duque de York, lo que hizo, y este se la pegó a la Duquesa; desde entonces todos sus hijos son enfermizos, lo que me parece la clase más dañina y total de venganza que haya escuchado. Hoy por la tarde, saliendo con el duque de York al parque de St. James, se puso a llover y tuve que dejarle mi capa, que la llevó para cruzarlo.

8 de abril

Esta mañana, la viuda y la hija de Christopher Pett vinieron a verme y me pidieron que intercediera ante el Rey y el duque de York; se lo prometí, y me apena.

22 de abril

En Whitehall despachamos con el duque de York, como siempre. Le presenté a la señora Pett, la viuda, y su petición de un auxilio por parte del Rey. Hoy el capitán Von Hemskirke le propuso al duque de York la concesión de veinte mil libras si descubría la forma de construir barcos que vayan al doble de la velocidad actual. El Rey está dispuesto a probar, pues no le cuesta nada, y nos lo entregan para que firmemos el contrato.

24 de abril

Arriba temprano y por el río a Whitehall a ver al duque de York. Me entero de que Hollis y Temple tienen previsto entregar hoy el escrito contra *sir* W. Coventry, lo que lamento, pero espero que salga bien de eso. Le hablé al señor Wren de la situación de la señora Pett, que le presenté, y prometió ayudarnos. De allí a Ducke Lane, donde repasé gran parte de la biblioteca de *monsieur* Fouquet, que ha comprado un librero. Compré uno español, *Los Ilustres Varones*[11], Después de comer, al Viejo Cisne, pasando por los Michell; vi a Betty, y eso fue todo porque o es tímida o tonta, y *su marido* no tiene intención para *laisser me* ver a *su moher*.

30 de abril

En el Teatro del duque de York vi *The Tempest*, que me sigue agradando mucho. De allí a la Lonja Nueva y a casa, parando por el camino para hablar con el señor Brisband, que me cuenta lo mal que trataron los comisionados de Cuentas a *sir* G. Carteret el otro día. Creo que eso es lo que nos va a pasar a todos, más que hasta ahora, antes de que pasen sus tres años.

Así acaba el mes: mi esposa en el campo; yo, con mucho placer y muchos gastos y algo de preocupación por mis amigos, sobre todo por lord Sandwich por culpa del Parlamento, y más por mis ojos, que cada día están peor y no me atrevo casi a escribir o leer nada. Se van a levantar las sesiones del Parlamento. Llevo tanto tiempo sin hacer mis cuentas, creo que siete u ocho meses, que no sé cuál es mi situación de gastos e ingresos en todo este tiempo, pero las haré pronto. El reino en mal estado por la falta de dinero. Va a salir una flota sin dinero para mantenerla o equiparla, los marineros todavía sin cobrar y rebeldes cuando se les obliga a salir de nuevo. Nuestra oficina con poca capacidad para hacer nada, pues nadie se fía de nosotros. El

Parlamento lleva varios meses con una ley para otorgar trescientas mil libras, pero ni la aprueban ni se ponen de acuerdo, reteniéndola a pesar de los deseos del Rey de acelerarla en venganza por la gestión reciente de algunas personas; él está obligado a someterse a lo que quieran, porque sabe que de otra forma no obtendría el dinero. El asunto de la religión los tiene a todos intranquilos, pues el Parlamento está muy en contra de los disidentes puritanos, mientras que el Rey parece dispuesto a tolerarlos. Así que estamos todos pobres y rotos. ¡Dios nos ayude! Mientras, es probable que haya una paz entre España y Francia, con lo que los franceses estarán en disposición de atacarnos. ¡Dios nos ayude!

2 de mayo

Arriba, y toda la mañana en la oficina. A mediodía con lord Brouncker en su coche hasta el Temple, donde bajamos y fuimos a comer a Los Pilares de Hércules. De allí al Teatro del Duque un poco pasadas las doce, para conseguir un buen sitio en la platea para la nueva obra. Puse allí a un pobre para que me guardara el sitio y me acerqué a la tienda de Martin, mi librero. Una hora después volví y la sala estaba bastante llena. Al poco llegaron el Rey y el duque de York y empezó la obra, titulada *The Sullen Lovers, or The Impertinents*[12], que tiene muy buenos personajes pero es muy tediosa y carece completamente de plan.

4 de mayo

En el Teatro del Duque vi de nuevo *The Impertinents* con menos placer que la vez anterior, pues es una obra deleznable aunque tiene muchas frases ingeniosas, y eso es lo que opinaba el público en general.

5 de mayo

En pie, y toda la mañana en la oficina. A mediodía a casa a comer con Creed y después los dos al Teatro del Duque. Como llegamos tarde subimos a un palco junto al escenario, donde están *lady* Castlemaine y otras grandes damas. Nos sentamos con ellas y vi *The Impertinents* una vez más, por tercera vez, los únicos tres días que la han representado. Hay que ver lo tonta que es, pero la gente aplaudió más que ayer y por ese motivo me gusta más que ayer. Tengo entendido que el personaje de *sir* Positive At-all[13] se refiere a *sir*

Robert Howard. A *lady* Castlemaine le gusta mucho. Estuve sentado junto a una bella mujer, Wilson, muy atractiva, pero dicen que embarazada del Rey. Salí con Creed hacia Westminster Hall, donde mi primo Roger me contó la gran reunión que ha habido hoy entre los Lores y los Comunes. Lamento mucho no haber estado allí, porque era un asunto muy importante relativo a los derechos de los ciudadanos de Inglaterra y la autoridad de la Cámara de los Lores cuando esta les condena en su calidad de Corte Suprema: pensamos que no debería ser así y que podría apelarse a otros tribunales. Me dice que los Comunes lo han llevado muy bien y cree que los Lores van a desistir. Estuve paseando por el Malí y allí me enteré de que la hija de la señora Martin, mi ahijada, ha muerto. Por el río hasta el Viejo Cisne, y de allí a casa, donde pasé un rato en casa de *sir* W. Penn, y a la cama.

6 de mayo

En Westminster Hall estuve hablando con distintas personas, y entre otras cosas me dijeron que el señor Woodcock en *The Impertinents* se refiere a lord St. John[14].

7 de mayo

Arriba y a la oficina, donde estuve toda la mañana. A mediodía, a casa a comer. Hice venir a Mercer para que comiera conmigo y después los dos pasamos por la señora Turner y las llevé al Teatro del Duque, donde vi *The Man is the Maister*, que al verla de nuevo resulta muy buena. De allí fui a ver a Knepp en el Teatro del Rey; cuando llegué había terminado la obra y vi a Beck Marshall salir vestida del escenario: parece bellísima, preciosa y muy noble. También estaba Nell vestida con ropas de chico, muy bonita, aunque, Dios mío, qué confianzas y cuántos hombres revolotean a su alrededor cuando salen del escenario, y qué atrevidas son al hablar. Allí besé a la preciosa chica recién llegada, que se llama Peg y que fue la amante de *sir* C. Sedley: es muy guapa, y parece, pero no lo es, recatada. Subí a Knepp a nuestro coche y todos a sus aposentos. Cuando se fueron todos salimos a Marylebone, donde paseamos por el jardín, la primera vez que estaba allí. Comimos y bebimos hasta las nueve y luego a casa bajo la luna; yo tuve todo el camino *mi mano abaxo la jupe de* Knepp *con* mucho *placer* y libertad; sin embargo, al intentar después *tocarla con mi cosa, ella* se resistió; aunque no

creo que se moleste mucho, a mí me afectó un poco el ofrecerlo y no tenerlo. La dejé en su casa y yo a la mía.

10 de mayo, día del Señor

En pie y a la oficina, donde trabajo hasta la hora de ir a la iglesia. Entonces viene a verme el señor Shipley, recién llegado a la ciudad, y hablamos de muchas cosas, sobre todo de las que afectan a lord Sandwich. Al poco me dijo que *milady* tenía idea de pedirme prestadas cien libras, a lo que no manifesté ninguna oposición, aunque me parece que será dinero perdido. Sin embargo, no se lo negaré a *milady* si me lo pide, pase lo que pase, aunque lo pierda, y me alegraré de que la cantidad no sea mayor. No obstante me molesta, sobre todo porque me trae a la cabeza las preocupaciones que puedo encontrarme si regresa milord y esto me mete en compromisos con él.

15 de mayo

A un Comité de Tánger, donde Dios sabe cómo aprueban las cuentas de lord Belasyse, que no las entiende nadie excepto lord Ashley, el cual, creo, estaba como loco por hacerlas pasar como él quería. *Sir* H. Cholmley hizo leer sus propuestas de un presupuesto mayor para las obras del dique, y hay que ver lo desafortunado que se puede ser por puro azar al presentar un acta desacertada justo cuando la gente estaba irritada por el asunto anterior; además, que el duque de York le encontrara fallos hizo el resto. Creo que le habría ido mejor si no hubiera dicho nada de eso hoy. En cambio, otras veces he visto cosas más exageradas aprobadas a la primera y sin dificultad alguna. Más tarde con lord Brouncker al entierro de *sir* Thomas Teddiman, donde había mucha gente del mar.

17 de mayo, día del Señor

Arriba. Me pongo mi traje nuevo de paño con una bandolera, siguiendo la nueva moda, y las cintas con encaje de seda del color de mi traje. Así, muy elegante, fui a la iglesia, con un sermón muy aburrido de un desconocido, y a casa. Vinieron a comer W. Howe y un hermano suyo menor; y Mercer, que se trae a la señorita Gayet, que me agradó mucho. También vino W. Hewer; estuvimos muy a gusto y después de comer cantamos salmos. Al poco se

marcha la señorita Gayet, que es católica, a sus devociones, y Mercer a la iglesia; nosotros seguimos un par de horas cantando.

18 de mayo

A ver a mi sastre, donde encontré a Mercer con las señoritas Horsfield y Gayet. Las llevé, siendo las doce o algo más, al Teatro del Rey, donde no habían abierto todavía las puertas, pero lo hicieron enseguida y cuando entramos vimos que muchas personas ya estaban dentro, pues habían entrado a la platea por puertas reservadas, ya que hoy es el estreno de la nueva obra de *sir* Charles Sedley, la tan esperada *The Mullberry Garden*[15]. Siendo él tan ingenioso, todos esperan mucho de ella. Después de estar un rato sentado, y como no había comido nada hoy, salí, dejando a un chico guardándome el sitio, a la taberna de la Rosa. Volví y al poco llegaron el Rey y la Reina y toda la Corte. Pero la obra, aunque aquí y allá había algo bueno, no demasiadas veces, no tenía nada de extraordinario, ni el lenguaje ni el plan, y no vi al Rey reírse ni disfrutarla desde el principio al fin.

19 de mayo

Arriba, y viene a verme el señor Pearse, que me dice que después de tanto trabajo Ward[16] ha venido a la ciudad, se ha presentado ante los comisionados de Cuentas y les ha dado respuestas con las que cree que todos quedarán bien, haciendo que el mundo vea que los celos y sospechas sobre los botines han sido en vano. Los comisionados preguntaron mucho sobre si había recibido instrucciones mediante cartas u otro medio de los amigos de lord Sandwich respecto a lo que tenía que responder, sobre todo de mi parte, lo que él negó totalmente, y es cierto, pues no conozco a ese hombre. También me da por seguro que el señor Vaughan ha sido nombrado Presidente del Tribunal Supremo, de lo que me alegro. Y que el Rey está muy mejorado y cena todas las noches muy a gusto con la Reina; sin embargo, parece muy encaprichado con la duquesa de Richmond, tanto que el domingo por la noche, después de dar a su guardia y su coche la orden de estar preparados para llevarle al parque, de repente cogió un par de botes y solo, o con un acompañante, se fue a Somerset House, y como la verja allí estaba cerrada, se puso a escalar los muros para visitarla, lo que es una terrible vergüenza.

20 de mayo

Arriba, y con el coronel Middleton en un coche nuevo muy elegante que se ha hecho, a Whitehall, pero como el Duque ha trasladado sus aposentos por este año a St. James, fuimos andando hacia allá; sin embargo, al llegar vimos que el duque de York se dirigía a Whitehall, por lo que regresamos a la Cámara del Consejo, donde se reunió el Comité de la Armada. Pero, Dios mío, estaban como tontos y era vergonzoso ver cosas tan importantes resueltas por un Consejo incapaz de entenderlas: una era construir un barco con la forma secreta de Hemskirke, que corre una tercera parte más rápido que cualquier otro, y como tiene al príncipe Rupert de su parte creo que conseguirá que sus condiciones sean mejores de lo que de otra forma serían o deberían ser. En el Teatro del Rey vi *The Mulberry Garden* otra vez y no logro reconciliarme con ella, aunque en algunas partes encuentro frases ingeniosas sueltas, pero eso es todo. Allí me encontré a Creed y le llevé al estudio de Hayls, donde vimos el retrato empezado de Harris que está haciendo para mí, que todavía no me gusta. Luego fuimos a Whitehall y cruzamos el parque hasta Mulberry Garden, donde nunca había estado antes. Me parece un sitio muy tonto, peor que Spring Garden: muy poca gente, y los que hay son granujas, puteros y bribones. No me quedé a beber y después de pasear una hora fui a Charing Cross y cogí un coche para volver a casa. Pasé por Bishopsgate Street a reservar plazas para mí y mi chico para ir a Cambridge esta semana y después a Brampton a ver a mi esposa.

21 de mayo

En pie. Preparo algunas cosas para enviar al campo y luego a la oficina, donde me encuentro a *sir* R. Ford, que entre otras cosas me felicita, como ayer hicieron uno o dos, por mi gran adquisición y me recomienda que, si no está hecha la compra, evite llevarla a cabo, por la envidia hacia mí que granjeará en otros. Y es que resulta que mi primo Tom Pepys ha comprado Martin Abbey, en Surrey; es una confusión que lamento, pues temo que me perjudique cuando se extienda la información. Toda la mañana en la oficina; a mediodía comí con mis empleados, que me hablan de un meteoro o un fuego que sobrevoló la ciudad el sábado por la noche y es el tema de conversación en toda la ciudad. Esto me hace recordar que estando en la oscuridad del jardín, después de escribir, vi surgir una luz desde detrás, lo que me hizo girar, y vi un fuego repentino o una luz corriendo por el cielo, yendo como hacia Cheapside y desapareciendo enseguida. Me hizo preguntarme de qué

fiesta se trataba, pues lo tomé por un cohete, aunque era mucho más brillante, pero no pensé más en ello. Parece, sin embargo, que el señor Hayter y Gibson se encontraron a mucha gente hablando de ello, con grandes temores de que se queme el resto de Londres y los papistas nos corten el cuello. Dios no lo quiera.

22 de mayo

En el Teatro del Duque vi la obra *Sir Martin Marr-all*, con la sala llena, y aunque creo que ya la he visto diez veces, sin embargo me da el mismo placer; es sin duda la mejor comedia que se ha escrito. Estuve en el sastre y en el mercero a por unos patrones de tela y seda para una cama, para llevárselos a mi esposa; creo que nos gustarán a ambos. En casa preparé el viaje de mañana, que me parece será poco agradable a causa del tiempo tan húmedo.

23 de mayo

Me levanté a las cuatro, preparé las cosas y dejé la casa al cuidado de W. Hewer. Marché con el chico Tom al Toro, en Bishopsgate, donde cogí el coche cerca de las seis. Después de un viaje muy malo llegamos a Cambridge sobre las nueve de la noche, y en la Rosa encontré los caballos de mi padre y a un hombre esperándome, pero era tan tarde y había tanta agua que no me atreví a partir. Después de cenar me acosté, pero no dormí bien por el ruido que hicieron unos estudiantes borrachos toda la noche. Me agradó la conversación que tuve en el viaje con mi acompañante, que creo es abogado y vive cerca de Lyn, pero no le pregunté el nombre.

24 de mayo, día del Señor

Me levanté entre las dos y las tres de la mañana, llamé al chico y al hombre de mi padre y partimos a las tres. Cuando llegamos a Brampton estaban casi todos en la cama, y como me sentía cansado subí a la cámara de mi esposa: estaba en la cama y decía que se encontraba indispuesta, y de hecho está con eso, pero hablamos y nos lo pasamos bien. Levantamos al resto, Betty Turner, Willet y Jane, a quienes me alegré de ver. Me puse mi traje nuevo de paño, que había enviado antes, y todos se arreglaron. Vi a mi hermano, mi cuñado y mi hermana, que ha engordado desde que se casó y está más bonita que antes. Sin embargo, es una mujer muy descarada y me

parece orgullosa. Él la trata muy bien y parece que están muy encariñados; van a vivir por su cuenta en Ellington criando ganado. Después de comer, *lady* Sandwich mandó a alguien para ver si [yo] había llegado y cogí un caballo. Cuando llegué, ella y su familia estaban en la capilla; entré y me quedé para el sermón, oyendo a Jervas Fullwood, que ahora es su capellán; su sermón fue muy bueno y angelical, demasiado bueno para una congregación normal. Después fui con *milady* al comedor y estuvimos charlando un par de horas sobre los asuntos de milord, con gran placer. No obstante, la satisfacción entre los dos no era tan grande como hubiera podido serlo, porque ella sabía que tenía la intención de pedirme prestado y yo estaba todo el tiempo con miedo de que me lo pidiera, como sucedió al despedirnos; cien libras, mediante el señor Shipley, que no le voy a negar a *milady*. Me gusta que cuando regrese milord se sepa que he hecho algo así por ellos. Shipley cabalgó conmigo hasta Brampton, cenó y me lo pidió. Se lo prometí, aunque contra mi voluntad, porque me parece que es dinero perdido.

25 de mayo

Me desperté temprano y me quedé en la cama, *hazendo dos vezes con mi moher con grando* placer para mí y *ella*. Estuvimos hablando y al poco nos levantamos, pues era el primer día bueno, aunque tampoco demasiado, que hemos tenido en bastante tiempo. Paseé con mi padre por el jardín, hablando sobre qué hacer con él y la casa cuando mi Pall y su esposo se vayan: creo que lo mejor será alquilarla y que se vaya con ellos, aunque estoy en contra de arrendar la casa por un periodo largo, para poder tenerla cuando nos retiremos nosotros. Voy a pensarlo antes de tomar una decisión. Después de comer cogí el caballo y prometo a mi esposa volver a recogerla en dos semanas. Partimos los hombres a caballo hasta el final de Huntingdon y les invité a beber en los Cuadros, donde servía la cerveza el mismo Tom que había cuando yo era un niño. Al final del pueblo me despedí del señor Shipley y de otro caballero y llegamos bien a Cambridge, sobre las siete, a la Rosa, con las aguas tan subidas como antes. Desmontamos y llevé a mi chico, mi hermano y mi cuñado a Magdalene College. Hay muy pocos, solo el señor Hollins y Pechell de los que estaban en mi época. Sin embargo, muy contento de presentarme en esta situación.

30 de mayo

Arriba; me puse mi traje nuevo de verano de bombasí, y a la oficina. Ahora que he acordado con mi barbero que me tenga las pelucas en perfecto estado por veinte chelines al año, me gusta ir muy arreglado, más de lo que solía. Toda la mañana en la oficina. A mediodía a casa a comer y después al Teatro del Rey, donde vi *Philaster*[17]. Es curioso que recordara casi todo el papel de Arethusa, que iba a interpretar cuando era niño a casa de *sir* Rob. Cooke; fue muy agradable, sobre todo pensar en lo ridículo que hubiera sido que yo representara a una bella mujer. De allí a casa de la señora Pearse, donde estaba también Knepp, y lo pasamos muy bien. Se deshizo el temor que tenía de que Knepp estuviera enfadada o aprovechara para *parlar esto* que *yo* hice el *otra* día *quand yo* estuve *con* ella *ponendo* su *mano* sobre *mi cosa*, pero no aprecié tal cosa: estaba tan bien como siempre y creo que puede tolerar esta clase de cosas. En la Lonja Nueva encontré a Harris, Rolt y un tal Richards y fui con ellos a Vauxhall[18], donde terminé en compañía de Harry Killigrew, un rufián recién regresado de Francia pero todavía en desgracia en nuestra Corte, el joven Newport y otros más, los granujas más grandes de la ciudad dispuestos a tomarla con cualquier mujer que se les acercara. Nos fuimos a cenar a una pérgola, pero, Dios, me dolía tremendamente su charla obscena. Menuda maldita compañía la que tuve esta noche, aunque son muy ingeniosos y no está mal que un hombre esté con ellos una vez para conocer su naturaleza, su forma de hablar y de vivir.

18 de junio

En pie temprano y a mi oficina, a poner mis libros y documentos en orden, pues la oficina ha sido encalada y han limpiado las ventanas. Toda la mañana reunidos. Lord Anglesey me soltó un par de indirectas sobre el tiempo que había estado tomando el aire, pero me importa un zurullo, y por el motivo que sea creo que me tiene inquina. A mediodía a casa a comer, donde mi esposa está todavía con un humor desagradable, triste y llorando, y no me dice claramente de qué se trata, pero poco a poco descubro que ha oído que durante su ausencia he ido al teatro y he salido con mucha gente. No puedo hacer otra cosa que esperar a que escampe, y creo que será en poco tiempo. Después de comer la llevé a St. James y ella se quedó en el coche mientras yo visitaba a *lady* Peterborough, que me cuenta lo bien que le ha hablado su esposo al duque de York sobre lord Sandwich, y que el Duque ha sido muy amable con lord Sandwich, lo que me alegra escuchar; el motivo de mi visita era la pensión de su esposo por lo de Tánger. Como mi esposa no decía nada,

ni antes ni ahora, ni quería ir a ver una obra, aunque era nueva, me fui a la oficina y trabajé mucho. Por la noche a casa, donde cenaron los Turner, Betty, Mercer y Pelling todo lo contentos que nos lo permitió el mal humor de mi esposa, lo que me irritó, pero no le hice caso pensando en que lo mejor sería dejar que se le pase. Después de cenar nos despedimos y a la cama. Sobre la una se levantó y se fue a la de la chica, lo que me preocupó, pues lloraba sin decirme el motivo. Al rato regresó, llorando todavía. Entonces me levanté, y me hubiera quedado levantado toda la noche, pero ella, bastante más tranquila, me hizo volver a la cama y nos dormimos.

19 de junio

Entre las dos y las tres de la mañana nos despertaron las doncellas gritando: «¡Fuego, fuego en Mark Lane!». Me levanté, miré y era terrible, así que nos levantamos todos y mi primera preocupación fue poner seguro mi oro, mi plata y los documentos; podía haberlo hecho rápidamente, pero salí a ver de dónde venía y toda la ciudad estaba en la calle. Descubrí que era en una casa recién construida que estaba sola en Minchin Lane, frente al Salón de los Pañeros, y que ardía con furia: no estaba terminada del todo y se vieron bien las ventajas de ladrillo rojo, porque ardía hacia dentro y se cayó sobre sí misma, por lo que no hay miedo de que cause más daños. Volvimos a la cama y dormí bastante bien, levantándome sobre las nueve; entonces mi esposa comenzó de nuevo a lloriquear y al final me pidió marcharse a Francia y vivir sin preocupaciones. Allí empezó a salir todo: que me gustaban mucho los placeres y a ella se los negaba, y que le daba trabajo. Descubro las enormes riñas entre mi padre y ella, a los que a partir de ahora debo mantener separados, pues nunca se ponen de acuerdo. No dije nada, pero con pocas y suaves palabras fui haciendo que se le pasara y empezamos a tranquilizarnos. Creo que todo esto se acabará y volveremos a estar en paz; volví a la oficina, donde estuve toda la mañana trabajando. Ayer oí que es probable que lord Ashley se muera, pues tiene un quiste en el pecho y le han hecho un corte. A casa, donde al rato llegan mi esposa y Deb, que han estado en el Teatro del Rey pensando pillarme allí: vieron la nueva obra de Dryden, *Evening Love*[19], que aunque todos alaban, no le ha gustado. Luego a cenar y hablar, todos de buen humor, y a la cama.

23 de junio

Arriba, y toda la mañana en la oficina. A mediodía a casa a comer y a la oficina toda la tarde, y después a Westminster a ver al doctor Turberville por lo de mis ojos: me habló con mucho conocimiento. Se tomará tiempo para pensar en ello antes de prescribirme algo.

24 de junio

En pie. Vienen a verme Creed y el coronel Atkins para enviar carbón a Tánger, y estuvimos en ello casi toda la mañana. Luego Creed y yo a ver al regidor Backwell para conseguir dinero para Tánger. Desde allí yo solo por el río (pasando y bebiendo pero no *besando* en casa de Michell) a Westminster, pero como es fiesta no hice nada. Fui a ver a Martin y allí *yo hacer la cosa con* ella, y a casa a trabajar hasta la comida. Luego con mi esposa, Mercer, Deb y W. Hewer al Teatro del duque de York, donde vimos *The Impertinents*, una obra bastante buena[20], y por el río a Spring Garden, donde cenamos. Nos fuimos a casa no muy contentos, pero cuando llegamos, Mercer y yo nos sentamos en el jardín y cantamos un buen rato. A la cama.

29 de junio

Paré en casa del doctor Turberville, donde recibí instrucciones para una purga y también un envase con algo para echarme en los ojos; me da esperanzas de que me hará bien. De allí a St. James y luego a Whitehall, donde encuentro al duque de York en la Cámara del Consejo. Fui a la capilla, pues hoy es el día de San Pedro, y escuché un himno compuesto por Silas Taylor; una cosa aburrida y anticuada que nadie podía entender. El duque de York dijo al salir que era mejor almacenista que compositor de himnos, y en aquello también era bastante malo.

30 de junio

Arriba, y toda la mañana en la oficina. Luego a casa a comer una pata de añojo apestosa, pues el tiempo es demasiado húmedo y caluroso para tener carne en casa. Después otra vez a la oficina, toda la tarde. Cuando terminé paseé con mi esposa y la señora Turner por el jardín, hasta la cena, sobre las once de la noche. Al terminar de cenar nos despedimos y a la cama, con los ojos mal pero no peor, solo cansados por el trabajo. Sin embargo estoy muy triste y con miedo de que se me estropeen los ojos y no se recuperen, pues he

llegado a una situación en que no puedo leer la letra pequeña, aunque mi vista es buena, como siempre, con la normal.

1 de julio

Pasé por casa de Cooper para saber cuándo tiene que venir mi mujer a posar para su retrato, y será la semana que viene.

3 de julio

Temprano a la oficina, con la cabeza muy llena de trabajo. Luego en coche a los comisionados de Cuentas en Brooke House, la primera vez que iba allí, con *sir* W. Turner presidiendo. Estuve mucho tiempo con ellos y les vi muy ansiosos en este asunto[21], pero les di respuestas buenas y seguras al respecto. Observé a Halifax muy diligente a mi favor, por parte de su tío Coventry, ya que el negocio era de *sir* W. Warren. Solo me irritó que no me dieran una copia de lo que había declarado y jurado. Estuve allí hasta casi las dos; luego a casa a comer, donde escribí todo lo que había hecho y dicho hoy, y salí por el río a Eagle Court, en el Strand. En una cervecería me encontré al señor Pearse, el cirujano, al doctor Clarke, a Waldron, a Turberville, mi médico de los ojos, y a Lower que iban a diseccionar unos ojos de ovejas y bueyes, con gran placer e información para mí. Es extraño que este Turberville sea tan famoso y sin embargo no haya visto unos ojos diseccionados hasta hoy, o como mucho una vez; hoy le pidió al doctor Lower la oportunidad de verle diseccionar algunos.

4 de julio

Arriba y a ver a *sir* W. Coventry, a darle cuenta de lo que hice ayer, lo que aprobó, aunque lord Halifax ya se lo había contado antes. Me enseñó su gabinete, con una mesa redonda en cuyo centro se sienta él, muy práctica. Le pedí prestados algunos libros para recoger cosas de la Armada que no tenía.

5 de julio

Sobre las cuatro de la mañana me tomé cuatro pastillas de las que me prescribió el doctor Turberville para los ojos, que me sentaron bastante bien

durante la mañana, en la que tuve a mi esposa leyéndome del libro *Real Character* de Wilkins.

6 de julio

Estuve hablando un buen rato por el parque con W. Coventry, que fue muy amable conmigo. Escuché historias muy buenas en las que se burlan del lord Canciller: Peter Talbot, el sacerdote en su historia de la muerte del cardenal Bleau, lord Cottington en su *Dolor de las tripas* y Tom Killigrew, que marchó de aprendiz a España con lord Cottington con mil libras y dos trajes[22]. Después de comer fui a casa del señor Cooper, y allí estaba mi esposa con W. Hewer y Deb, posando por primera vez para su retrato.

13 de julio

Arriba y a mi oficina y a casa a comer; después salí con mi esposa, Deb y W. Hewer a casa de Cooper, pero me bajé y caminé hasta Ducke Lane. Fui a por la Biblia a casa del librero [William Shrewsbury], con cuya *moher yo* tengo intenciones, pero *ella no era dentro*; sin embargo, miré y compré algunos libros, haciendo así necesario volver a verle, lo que me agrada. Luego a casa de Cooper; pasé la tarde con ellos y será un retrato estupendo. Desde allí todos por el río a Deptford a ver a Balty, mientras que yo voy a comprar mi espineta, por la que esta vez llegué a un acuerdo. Esta mañana me sangraron y solté cerca de once onzas para curarme los ojos.

14 de julio

Hoy Bosse terminó la copia que ha hecho de mi retrato, que confieso que no me gusta aunque mi esposa lo prefiere al de Browne, que tampoco me gusta. Lo ha hecho para Flewer, que también tiene el de mi esposa, que me gusta menos. Esta tarde vino *lady* Pickering, y como yo estaba ocupado, no la vi. Sin embargo, qué natural es para nosotros desdeñar a la gente que no tiene poder, y para los que no lo tienen inclinarse para ver a aquellos a los que despreciaban cuando sí lo tenían.

15 de julio

Arriba, y toda la mañana ocupado en la oficina. A mediodía a casa a comer, donde traen la espineta que el otro día compré en Haward y me ha costado cinco libras. Luego a St. James, donde hicimos lo habitual con el duque de York. Después a la tienda de Unthank a recoger a mi esposa, y con ella y Deb a visitar a la señora Pearse, por la que no tengo tanto afecto desde que se pinta. Estuvimos poco tiempo y supimos por ella que la duquesa de Monmouth sigue coja, y es posible que se quede así para siempre: es triste que le pase eso a una dama joven solo por haber probado cosas nuevas en el baile.

16 de julio

Por el río con lord Brouncker a Arundel House, a la Royal Society, donde vi un experimento en el que ataban a un perro por la espalda, cerca de la arteria espinal, y con ello quedaba privado de movimiento; cuando se liberaba la arteria de nuevo, el perro se recuperaba. De allí a casa de Cooper, donde vi sus avances en el retrato de mi esposa, que será muy bueno. Luego con ella a la Lonja a comprar unas cosas. Allí le compré por primera vez a la costurera que está junto al librero, donde está la preciosa jovencita, que será una gran belleza.

18 de julio

Toda la mañana en la oficina con Creed, al que estoy empezando a odiar y a tratar con cierta reserva. También estuvo allí a verme mi viejo conocido Will Swan, que sigue siendo un fanático radical; le trato con cortesía, por si esta gente vuelve a ser importante. Dicen que el rey de Francia está otra vez en guerra en Flandes contra el rey de España, porque este se ha negado a darle todo lo que dice que le prometió en el tratado. Creed me contó hoy que lord Cornwallis pretendió conseguirle una zorra al Rey, que debía de ser una chica muy bonita, hija de un clérigo del lugar [Newmarket], pero la chica se escapó, saltó por un sitio y se mató, lo que de ser verdad es muy triste.

22 de julio

Toda la mañana en la oficina. Comí en casa y luego fui a Whitehall con Simpson, el carpintero. Le enseñé a Simpson los nuevos aposentos del Rey por las repisas de las chimeneas, pues quiero que me haga una con esa forma.

23 de julio

Arriba, y todo el día excepto en la comida, en la oficina, trabajando hasta quedarme casi ciego, lo que me entristece el corazón.

11 de agosto

En pie, y por el río a visitar a *sir* W. Coventry, a quien veo molesto con los comisionados de Cuentas por el asunto de *sir* W. Warren; eso es ridículo, y no acabará en nada excepto en desprecio. De allí a Westminster Hall, donde se reunieron suficientes miembros en el Parlamento para levantar sesiones hasta el próximo 10 de noviembre, y eso hicieron. A casa por el río a comer y toda la tarde en la oficina, encantado con la prueba que he hecho usando una lente cilíndrica de papel en mi ojo derecho. Hoy me entero de que para alegría de los puritanos disidentes ha expirado la ley contra ellos, por lo que pueden volver a reunirse; han declarado que van a hacer servicios matinales de nuevo, lo que es extraño. Esta tarde mi esposa, Mercer y Deb fueron con Pelling a ver a los gitanos de Lambeth, que les han dicho la buenaventura, pero no pregunté qué les dijeron.

16 de agosto, día del Señor

Toda la mañana en mi oficina con W. Hewer redactando el informe que le he prometido al duque de York sobre los defectos de esta oficina, esperando beneficiarme con ello.

18 de agosto

Arriba y temprano a mi despacho por mi gran asunto, y más tarde a la oficina, donde estuve toda la mañana. Esta noche yo *hazer* a Deb *tocar* mi cosa con su mano cuando *yo* estaba *in lecto*, con gran placer.

19 de agosto

Me siento molesto cuando me cuentan que los comisionados de Cuentas han convocado a W. Hewer por haber recibido un regalo de treinta libras del señor Masón, el tratante de maderas, aunque no se descubrirá nada malo por

su parte, pues ha tenido con él ciertas cortesías legales y no le ha reclamado nada, como se ha declarado hoy ante los comisionados.

22 de agosto

Esta mañana viene el capitán Cocke y me dice que van a echar a toda la oficina excepto a mí. No sé si es cierto y no sé si me importa, pero prefiero eso a lo contrario.

23 de agosto, día del Señor

Arriba temprano, pensando todo el tiempo en mi gran carta. Colgué mi mapa nuevo de París en mi salón verde. Después de comer, a la oficina con el señor Gibson para repasar mi carta al duque de York, lo que hice con gran alegría con mi cilindro de papel y sin dolor en mis ojos. Me gusta cómo la he escrito. Me acerqué a St. James, como me había ordenado el duque de York; llegué a las cuatro y allí me esperaba él. Lo escuchó todo con enorme satisfacción y me dio las gracias de corazón con palabras que expresan que aprecia mis esfuerzos y que se ocupará de mí en todo momento. Me contó muy discretamente su plan en marcha de hacer cambios en la Armada: es muy sincero conmigo en esto, y con gran confianza me pide siempre opinión. Decide que se transcriba mi carta y sea enviada a la oficina. Así, con toda la satisfacción que pudiera esperar por la gratitud del duque de York, salí al parque.

26 de agosto

En pie y a la oficina, atareado casi toda la mañana con trabajo para la tarde. A mediodía a casa a comer y luego a Whitehall por el río. Cuando iba al Viejo Cisne encontré a mucha gente junta en Cannon Street porque un hombre estaba trabajando en las ruinas, el suelo se hundió bajo él y se lo tragó, pero han excavado y lo han sacado sin daño. Después a Whitehall, y es extraño lo rápido que trabajan los que están derribando la torre de San Pablo, con qué facilidad. Dicen que también van a derribar el coro este año y que el próximo empezarán otra iglesia en el mismo lugar. En Whitehall nos reunimos en la Cámara del Tesoro, y en presencia de los lores debatimos el borrador del contrato de avituallamiento con los diferentes postores. Luego a casa en coche con *sir* D. Gauden, que me cuenta cómo van las cosas en

Londres respecto a la construcción de lugares públicos, lo que me alegra oír, pues es de esperar que en unos pocos años sea un sitio glorioso. Sin embargo, tuvimos bastantes paradas y otros problemas en las calles, y es que ahora es malo circular en la oscuridad.

29 de agosto

Arriba y toda la mañana en la oficina, donde se ha leído la larga carta del duque de York: hay gran preocupación entre todos ellos y sospechas de que yo sea el autor. Esta noche escribí a mi padre para que no desvista de muebles la casa para mi hermana, que se va a la suya propia, porque creo que tendré ocasión de ir allá yo mismo.

1 de septiembre

Arriba, y toda la mañana en la oficina, ocupado. Después de comer, a la oficina de nuevo, hasta las cuatro. Luego salí (mi esposa se ha ido a ver a Hayls a que le pinte de nuevo la mano en su retrato) a ver a Betty Michell, pero *su marido* estaba *dentro*, y no hubo placer. Por la noche, de camino a casa, fui donde mi librero en Duck Lane y la encontré llorando en la tienda, así que no pude hablar con ella ni preguntarle el motivo. Salí y cogí un coche a casa; cuando lo cogía se me acercó una muchacha: me la hubiera llevado a su alojamiento en Shoe Lane, pero *yo* le *donner* un chelín y le *hazer tocar mi cosa*; la dejé, y a casa.

3 de septiembre

En pie y a la oficina, ocupado hasta la hora de presentarme ante los comisionados de Cuentas, cerca del mediodía. Me recibieron con todo el respeto posible, pues solo querían explicar lo que significaba una de las últimas peticiones que nos habían hecho y a la que no habíamos respondido. Al terminar me quedé muy satisfecho, pues me tenía preocupado. Después a diversos lugares, entre ellos a mi librero a por el *Leviathan* de Hobbes, que está muy reclamado ahora: antes lo vendían por ocho chelines y ahora pago veinticuatro por uno de segunda mano, y lo venden por treinta, pues los obispos no permitirán que vuelva a imprimirse.

4 de septiembre

A mediodía con mi esposa, Deb, Mercer y W. Hewer a la feria, donde nos comimos un cerdo y lo pasamos muy bien. Mi esposa quería ver la obra *Bartholomew Fair* con marionetas. La vimos y es excelente: cada vez me parece más ingeniosa, solo que lo de meterse con los puritanos ya está pasado y tiene menos objeto, pues al final se verá que son la gente más sabia.

9 de septiembre

Después de comer por el río a Whitehall, donde nos presentamos Brouncker, W. Penn y yo ante los comisionados del Tesoro por el contrato de avituallamiento. Tuvimos palabras fuertes con *sir* T. Clifford, sobre todo yo en particular, pues le dije que algo que ha dicho que le contaron sobre este tema era mentira pura. Sin embargo, seguimos y nos marchamos, quedándome yo muy molesto con lo que sucedió. Nos fuimos los tres en un coche de alquiler, y yo tan enfadado que casi no dormí en toda la noche, lo que demuestra lo mal preparado que estoy para esos problemas.

11 de septiembre

Arriba, y a mi oficina toda la mañana. Después de comer, toda la tarde encerrado con Batelier preparando mi defensa ante el duque de York respecto a su gran carta. He decidido esforzarme y aprovechar la ocasión con laboriosidad, para beneficiarme en el futuro. En ello hasta tarde, y sin quitármelo de la cabeza toda la noche.

12 de septiembre

Seguí con ello por la mañana, y luego a la oficina hasta mediodía. Veo que mis compañeros están todos murmurando en relación a sus respuestas al duque de York. Me preocupó, pero no veo razón para ello, pues no hay nada para temerles. A mediodía a casa a comer y después a trabajar toda la tarde; a casa tarde y a la cama.

13 de septiembre, día del Señor

Igual toda la mañana y la tarde, y lo terminé a mi gusto. Sobre las cuatro de la tarde fui al Temple y de allí en coche a St. James, donde encontré, como quería, al duque de York y al señor Wren. Veo que el duque de York ha recibido respuestas de Brouncker, W. Penn y J. Mennes y en cuanto me vio le dijo al señor Wren que me las leyera. Como no podía hablar con él y el señor Wren tenía cosas que hacer, este me las entregó como un perezoso, para que me las llevara antes de haberlas leído él mismo: eso me daba la oportunidad de cambiar mi respuesta si hubiera necesidad. Cogí un coche y a casa; después de cenar le hice a mi esposa que me las leyera, lo que me fue muy útil. Veo que están llenas de evasivas y tienen muchas falsedades, con pocas cosas ajustadas. Se dice poco en relación a mí, aunque W. Penn y J. Mennes me mencionan un par de veces, y J. Mennes de forma más clara invita al duque de York a cuestionar la precisión de mis registros, pero sin lograrlo. Esto me agrada mucho y pienso hacer una copia de las mismas para usarlas en el futuro, aunque volveré a ellas mañana. Luego, a la cama.

14 de septiembre

En coche a St. James, donde me entero de que *sir* W. Penn y lord Anglesey han entregado sus respuestas al duque de York, pero no pude verlas. Sin embargo, después de estar arriba con el duque de York sin decir nada, bajé con el señor Wren y le leí y expliqué las que me había llevado.

16 de septiembre

Arriba. Cuando me vestía, empecé *para tocar* los pechos de mi doncella Jane, y *ella* cedió más de lo que era normal hasta ahora, así que tengo intención de probar más, a ver adonde puedo llegar. Luego a la oficina y de allí a St. James a ver al duque de York. Por el camino observé que han derribado los almacenes, lo que hará muy noble el trayecto hacia Cornhill y Lombard Street. También paré en San Pablo y entré en la iglesia de St. Faith; en el cuerpo occidental de la iglesia, la vista de los muros a punto de caer era terrible. Todavía no ha habido daños, me dicen, desde que empezaron a derribar la torre y la iglesia, pero el lunes de esta semana un hombre cayó desde arriba y se quedó hecho pedazos. Es curioso cómo la última iglesia era una caja construida sobre la antigua, pues se veían las columnas enteras dentro de los muros de la nueva. Cuando llegué a St. James vi que el duque de York se había ido con el Rey a ver la demostración de la guardia en Hyde

Park, así que cogí un coche y me fui a verla. Allí me alcanza el señor Wren y me muestra la respuesta de lord Anglesey a la carta del duque de York, donde veo que hace todo lo que puede para dañarme, pidiéndole al Duque que repase mis libros: aunque esto me dejará bien, me siento molesto. Me fui a casa, comí con Gibson y pasé la tarde con él redactando una respuesta nueva con algunas alteraciones. Todavía no la he entregado para tener ocasión de hacerlo después de ver todas las de los demás, aunque me han hecho cambiar poco. Hoy me cuenta mi padre en su carta la muerte de mi pobre [perra] Fancy, preñada con cachorros, lo que siento, pues era una de las más antiguas entre mis sirvientes y conocidos. También ha muerto Goody Stanks[23].

27 de septiembre, día del Señor

Arriba a terminar mi diario de los cinco días últimos. Salí paseando hasta Whitehall, pasando por la capilla de Somerset House y por la del embajador español en York House, donde oí una pequeña misa. Luego a Whitehall, y allí, como el Rey había ido a la capilla, salí a caminar por el parque, donde me encontré al señor Wren y los dos paseamos por Pall Malí. Cuando se marchó, me acerqué a la capilla de la Reina y oí muy buenos cantos. En Whitehall vi al Rey y la Reina en la comida, y de allí con *sir* St. Fox a comer con el Tesorero; me trataron con amabilidad y tuvimos una buena conversación. Pasé la tarde paseando por el parque y la noche en la Corte, cerca de la Reina. Allí el señor Godolphin me dice que es cierto lo que oímos ayer, que lord Sandwich ha llegado a Mounts Bay, en Cornualles. Esta noche, lord Brouncker me contó el desacuerdo que hay ahora entre los tres embajadores que hay aquí, el veneciano, el francés y el español, pues este no quiso visitar al primero porque no le quería recibir en la puerta, y exige recibir el mismo respeto que el otro mostró al francés.

28 de septiembre

En St. James conseguí hablar con el duque de York, que quiere que le prepare algo para mejorar la gestión de nuestra oficina. Me dijo que estuvo hablando de eso ayer con el lord Custodio, y que este le recomendó eso mismo; le prometí que lo haría. De allí a casa de lord Burlington, la primera vez que voy. Estaban lord Hinchingbrooke y su esposa, pues el señor Sidney vino anoche inesperadamente de Mounts Bay, donde dejó bien a lord Sandwich hace ocho días, por lo que suponemos que pronto nos llegará la

noticia de su llegada a Portsmouth. Sidney está muy crecido y me alegra estar aquí la primera vez que viene, aunque me costará caro, porque me veo requerido a suministrarle quinientas libras para milord. Él le mandó tina carta a los amigos declarando que necesita dos mil libras, pero no creo que consiga ni mil. Sin embargo, me parece que es mi deber hacer algo extraordinario en esto, y más por lo remiso que he estado a escribirle durante este viaje, más que nunca en mi vida y más de lo que me correspondía. Estando yo allí junto a una vela que habían traído para sellar una carta, se me incendió la peluca, que hizo un ruido muy extraño, sin que nadie supiera de qué se trataba hasta que vieron la llama, pues mi espalda daba a la vela. Hoy oigo algo que me preocupa: que *sir* W. Coventry está fuera de juego, pues el Rey apenas le habla. Hay intenciones de nombrar un lord Tesorero y ese hombre será lord Arlington, aunque no me lo creo. Sin embargo, el duque de Buckingham y todos lo que le rodean tienen en mente hacer cambios, dejando fuera a *sir* W. Coventry.

20 de octubre

Arriba, y a la oficina toda la mañana; luego, a casa a comer. Tenemos una chica nueva para sustituir a Nell, que se marchó hace cuatro días: se había vuelto perezosa y orgullosa. Esta chica se quedará solo hasta que tengamos un chico, lo que sucederá cuando tenga un coche, en lo que estoy. Ahora mi esposa y yo estamos muy atareados, gastando dinero con los arreglos de nuestra mejor habitación y pensando en un coche, un cochero, caballos, etc., y más porque Creed se ha casado con la señorita Pickering, algo que nunca hubiera imaginado, pero sucedió hace unos siete o diez días, según me cuentan desde el campo. A mediodía, a casa a comer; mi esposa y Harman salen de compras y yo a algunos sitios a pagar deudas, y entre otras cosas a buscar un coche. Vi muchos y me monté en uno, por el que ofrecí cincuenta libras; me agrada y creo que me lo voy a quedar.

21 de octubre

Salí a la Lonja Nueva y esperé a mi esposa; cuando llegó, le enseñé el coche que he elegido. Se puso como loca de alegría, pero como no estaba el hombre no hice nada para llegar a un acuerdo. Fui a los aposentos de lord Sandwich, que llegó anoche a la ciudad, y allí nos encontramos. Entre otros estaba mi nuevo primo Creed, que se muestra muy serio y nos saludamos con

mucha gravedad hasta que luego tuvimos más libertad para hablar. Me entero de que *sir* G. Pickering ha muerto hace unos tres días; con mucha pena, aunque no demasiada porque era algo que se esperaba, ya que llevaba mucho tiempo en un letargo.

23 de octubre

Hoy Pearse me cuenta entre otras cosas la última juerga y libertinaje de sir Ch. Sedley y Buckhurst: corrieron de aquí para allá por la calle, toda la noche con el culo al aire; lucharon con los vigilantes, les dieron una paliza y les encarcelaron. El Rey tomó partido por ellos y el juez Calonge ha castigado al agente, una vergüenza terrible. El Rey y estos caballeros lucieron que los violinistas de Thetford les cantaran todas las canciones obscenas que se les ocurrieron. El duque de Buckingham ahora lo controla todo y si puede destruirá a Coventry, que solo se mantiene gracias al duque de York. Me dice, sin embargo, que *lady* Castlemaine es enemiga mortal de lord Buckingham, lo que no entiendo, pero parece que no le gusta su grandeza y lo mal que la trata. También que el Rey se emborrachó en Saxam con Sedley, Buckhurst y otros la noche que lord Arlington fue para allá y no le dio audiencia, o no pudo: es cierto, porque fue la noche que yo estaba allí y vi al Rey subir a su cámara, y me dijeron que había estado bebiendo. Dios nos bendiga librándonos de todo esto.

24 de octubre

Esta mañana viene a verme el fabricante de coches y acordamos uno por cincuenta y tres libras, quedando pendiente el detalle que tenga con él cuando lo termine. Es posible que también me encuentre un cochero. Viene a verme el señor Shotgrave, operario de la Royal Society, a enseñarme su método para hacer tubos para los ojos: están hechos con mucha torpeza y los míos son mejores, pero me ha informado muy bien de muchas cosas y estoy contento de haber hablado con él.

25 de octubre, día del Señor

Hablo con mi esposa sobre la casa y las muchas cosas que estamos haciendo, y me voy solo a la iglesia. A casa a comer, y después toda la tarde con mi esposa y el chico leyéndome. Por la noche vino W. Batelier a cenar

con nosotros y luego Deb subió a cepillarme el pelo, lo que ocasionó la mayor desgracia que jamas he conocido, pues al aparecer de repente mi esposa me encontró abrazando a la chica con la mano bajo su falda, y de hecho la tenía en su conejo. No supe cómo reaccionar, y la chica tampoco. Intenté retirarla, pero mi esposa se quedó muda y enfadada y cuando le vino la voz empezó a descomponerse. Yo dije bien poco y me fui a la cama; mi esposa también dijo poco, pero no pudo dormir en toda la noche. Sobre las dos me despertó, se puso a llorar y me dijo que tenía un gran secreto: que era católica y había recibido el Santísimo Sacramento, lo que me preocupó, pero no le hice caso y ella siguió de una cosa a otra, hasta que al final se mostró claramente que su enfado era por lo que había visto. Sin embargo, no sabía cuánto había visto y por tanto no le dije nada. No obstante, después de llorar y reprocharme mi infidelidad y que prefiriera a una pobre chica a ella, no la provoqué y le prometí tratarla bien, amarla y abandonar todo aquello que le hiciera daño, hasta que pareció tranquilizarse. Así, un poco de sueño hasta la mañana.

26 de octubre

Con poco descanso me levanté, y por el río a Whitehall, pero muy preocupado por la pobre chica: temo haberla arruinado, porque mi esposa ha dicho que la va a echar. Sin embargo, tuve que irme a despachar con el duque de York, que nos llevó a mí y al señor Wren a su gabinete y allí me presionó para que le preparara lo que tenía que decir sobre las respuestas de mis compañeros. Le prometí tenerlo para cuando él volviera a la ciudad la semana próxima. De allí fui a ver a lord Sandwich. En coche a casa a comer, donde encontré a mi esposa muy enfadada y a la muchacha triste; mi esposa no le dirige la palabra. Después salieron conmigo a hacer algunas cosas y de vuelta a casa. Por la noche estuve ocupado y mi esposa con aspecto de estar muy molesta. Nos fuimos pronto a la cama, pero cerca de medianoche me despertó y empezó a meterse conmigo, diciendo que me había visto abrazar y besar a la chica; yo negué lo último y confesé lo primero, y nada más. Al insistirme, me comprometí a no ver nunca más a la señora Pearse y a Knepp, y le prometí demostrarle mi amor verdadero. Reconocí algunas indiscreciones, pero sin maldad. Con estas promesas se calló y quedamos en paz.

27 de octubre

Por la mañana me levanté muy preocupado por la pobre chica, con la que no tuve oportunidad de hablar. A la hora de acostamos mi esposa volvió a despotricar muy furiosa por algo nuevo que se le había metido en la cabeza, y estuvo echando pestes contra mí en la cama, amenazándome con dar publicidad a mi vergüenza. Cuando dije que me levantaba, ella también quiso hacerlo, e hizo encender una vela para que estuviera junto a ella toda la noche en la chimenea, mientras se metía conmigo. Yo, que sabía que había dado motivos para ello, me dediqué a tranquilizarla todo lo que pude, y con buenas palabras y buenas promesas lo logré. Así pude descansar y me levanté con gran paz, aunque dolido por esa locura mía que provocó todo esto.

28 de octubre

Me levanté muy amable con mi esposa y con gran tranquilidad, y después le conté a la chica mediante una nota lo que había hecho y reconocido, pero estuve preocupado por la nota hasta que la chica me dijo que la había quemado.

29 de octubre

Toda la mañana en la oficina, donde el señor Wren me cuenta la orden del Rey, que anoche le llegó al duque de York, indicando que se nombre una Comisión para suspender a lord Anglesey [como Tesorero de la Armada] y poner a *sir* Tho. Littleton y *sir* Tho. Osborne (el primero protegido de Arlington, y el segundo, del duque de Buckingham) durante la suspensión. El duque de York se vio obligado a obedecer y lo concedió, pero el señor Wren piensa que esto le ha hecho mucho daño: están intentando que el Almirantazgo sea dirigido por una Comisión en detrimento del duque de York. Esto pone muy nerviosos a todos en la oficina, y creo que yo soy el único que no está preocupado.

30 de octubre

Arriba temprano. Viene el señor Povey a cuadrar cuentas conmigo y nos ponemos a hablar: me dice que el Rey está como un niño con Buckingham y Arlington, en perjuicio del duque de York, pues no toleran su importancia y temen el regreso del lord Canciller. Cree que es imposible que estos dos hombres estén juntos mucho tiempo, pues la ambición del primero es tan

grande que intentará dominarlo todo. Piensa que lord Anglesey no dejará su puesto tan fácilmente y luchará legalmente con quien intente ejecutarlo[24]. Cree que estos hombres, tan importantes ahora, no durarán mucho, y entonces *sir* W. Coventry subirá otra vez. Después de estas cosas, hablamos sobre el coche y le llevo a que lo vea: le pone muchísimos defectos, tanto porque no está a la moda como porque es pesado. Lo dice con tanta razón que me alegro de que me corrija; decido hacerme uno siguiendo su consejo para el coche y los caballos, pues es el hombre más adecuado del mundo para esto.

2 de noviembre

En pie. La mañana era fría y fui sin abrigo por el río a ver al señor Wren en su cámara de Whitehall. Estuvimos repasando el documento que con tanto trabajo he elaborado sobre las respuestas de los oficiales a las reflexiones del duque de York. Debatimos un poco sobre qué decirle al Duque cuando venga a la ciudad. Vino lord Anglesey, que no hace caso a la orden de suspensión que ha recibido y está decidido a llevarlo al Consejo el miércoles cuando venga el Rey. Hoy fui por indicación del señor Povey a un fabricante de coches cerca de su casa a por uno como el suyo, pero lo vendieron justo esta mañana.

3 de noviembre

Arriba, y toda la mañana en la oficina. A mediodía a comer y luego a la oficina, trabajando hasta las doce de la noche, pero no me dolieron los ojos porque no los usé para leer o escribir, y estuve muy bien. Luego a casa a cenar; vi que mi mujer mu miraba a los ojos para ver si yo miraba a Deb, lo que solo pude hacer alguna que otra vez (y para mi tristeza vi a la pobre cruzar su mirada con la mía y dejar caer alguna lágrima, lo que hace que mi corazón se ablande incluso ahora que lo estoy escribiendo, con gran dolor, pues he sacrificado a la pobre chica). Mi esposa me dijo en la cama que si miro a otra gente lo mejor es quitarla de mi vista; sé que se refiere a Deb, porque me cuenta que su tía estuvo aquí el lunes y le habló de su deseo de desprenderse de ella, pero con tan buenas palabras y cortesía por ambas partes que le cayó muy bien. Veo que va a suceder y es necesario, y por tanto, aunque me duele, debo hacerme a la idea.

4 de noviembre

Cuando llegué esta noche a casa, Deb no estaba; no sé si se ha ido o no, pero mi esposa no dice nada sobre eso y yo tampoco, así que hablamos de otras cosas. Me conformo pensando que no habrá paz en la casa si no dejo que se vaya, aunque me duele. Pasamos bastante tiempo hablando de que si me despiden de mi trabajo me iría a vivir a casa de su hermano en Deptford hasta que arreglara las cuentas y lo dejara todo resuelto en la ciudad, lo que me llevaría un año o más. Creo que será lo mejor para mí, para vivir con pocos gastos y fuera de la vista de otros.

5 de noviembre

Willet vino por la mañana. Dios me perdone, pero no pude ocultar mi alegría con mi sonrisa; mi esposa lo vio, pero no dije nada, ni ella, y me fui a la oficina. Enseguida por el río a Whitehall, donde despachamos con el duque de York, con poco que hacer. Después di unas vueltas hasta que el duque de York (que me había dicho que me quedara) volvió a su gabinete y nos llamó a mí y a Wren. Leímos el papel que he redactado con tanto esfuerzo, que agradó al Duque, y entre todos pensamos en respuestas adecuadas. Ahora percibo bien la preocupación del duque de York, presionado por las cosas que el duque de Buckingham hace contra él; sobre todo cuando le comenté que intentara que se eligiera a un marinero para cubrir el puesto de *sir* W. Penn, que nos abandona para ocupar su puesto en Avituallamiento. Le dije que la oficina se quedará sin otros marineros que el Inspector [Middleton] y el Controlador [Mennes], que es tan viejo que apenas puede hacer nada. Me contestó claramente que yo sabía lo que él opinaba, pero que será lo que otros quieran. Por la tarde con el señor Povey, pasando por todos los fabricantes de coches de Cow Lane, y vi varios. Al final me fijé en un pequeño carro con el cuerpo con marco pero sin cubrir. Me gusta mucho, pues es muy ligero y quedará caballeroso y sobrio, y cuando se cubra con piel podrá alojar a cuatro personas.

6 de noviembre

Arriba, y mi esposa se levantó conmigo, lo que ahora hace todos los días para que no vea a Willett: me observa por si le echo el ojo. Me impide ir a la

habitación donde ella está con los tapiceros que trabajan en nuestra sala azul.

8 de noviembre, día del Señor

En pie y toda la mañana en mi cámara, ordenando papeles con mi chico. A mediodía a comer, con la chica, pero mi esposa está molesta porque ella esté allí y me lo dice, lo que me incomoda porque yo quiero a esa chica. En mi cámara de nuevo hasta la noche. Viene Pelling y se extraña de ver a mi esposa tan triste, pero sabe Dios que tiene motivos. Sin embargo, estuvimos todo lo agradables que pudimos en la cena, e hice al muchacho que me leyera. La chica no apareció, sino que se quedó en su habitación; preferiría que no estuviera aquí, pues nuestra paz se romperá mientras esté en la casa. Después a la cama, con mi esposa muy inquieta toda la noche, por lo que mi cama me resulta molesta.

9 de noviembre

Arriba. En una pequeña nota que le lancé a Deb le dije que seguía negando que la hubiera besado, y que eso debería hacer ella. La verdad es que me atreví pensando que Dios me perdonaría la mentira, porque sé lo malo que sería para mí saber que he causado la ruina de la muchacha, y porque si mi esposa supiera toda la verdad sería imposible que alguna vez hiciéramos las paces. La chica la leyó y, como yo le había dicho, me la devolvió lanzándola al cruzamos. Luego fui a ver a lord Sandwich, y con él a Whitehall, al Comité de Tánger, en el día fijado para que informara de lo que hizo y vio allí: aunque el material que tema era extraordinario y lo que había hecho era bueno y le permitía un gran relato, lo hizo con tan poco espíritu y tan pobremente que aparentaba no ser nada, y nadie pareció valorarlo. Así, en vez de hacerse merecedor de extraordinaria gratitud, parece que todos los gastos que ha soportado el Rey con su viaje por España están casi perdidos.

10 de noviembre

Arriba, y mi esposa sigue todos los días tan mal como por las noches: se levanta para verme salir, diciéndome claramente que no quiere dejarme ver a la chica. A mediodía a comer, y encuentro a mi esposa otra vez muy enfadada, más que nunca; me dice que es porque ha interrogado a la chica y ha obtenido una confesión de todo, incluso lo de tocando su cosa con la mano,

lo que me preocupa mucho porque no consigo ver las consecuencias que esto tendrá para nuestra paz juntos en el futuro.

Así que no bajó y comimos en su habitación después de calmarla cuanto pude. Al poco vino el señor Hollier, que comió después de haberlo hecho nosotros. Cuando se fue seguimos hablando y ella se molestó de nuevo, reprochándome mi descortesía y mi perjurio, pues yo había negado haberla besado; me habló de sus atenciones conmigo, de lo mal que yo la había tratado desde el principio y de las muchas tentaciones de serme infiel que había resistido, dándome detalles de alguna, sobre todo con lord Sandwich por mediación del capitán Ferrer, y después cómo fue cortejada por lord Hinchingbrooke, con el enfado de su esposa incluido. Lo reconocí todo, me mostré afectado y lloré, y al final hicimos las paces y me fui a la oficina, hasta tarde; luego, a casa a cenar con ella y a la cama. Después de media hora de sueño me despertó, me dijo que nunca más iba a dormir y se puso a despotricar hasta la medianoche, lo que me hizo gritar y llorar de corazón por ella. Al final nuevas promesas, sobre todo la de hacer que se vaya la chica y mostrarle mi desagrado, lo que me costará hacer, pero lo intentaré. Esto la apaciguó y dormimos como pudimos.

11 de noviembre

En coche a ver a mi primo Roger Pepys, que me pidió que le prestara quinientas libras ahora y otras quinientas el año que viene con una hipoteca, pues debe pagar esa cantidad por una deuda que su padre le dejó. Accedo, pues confío en su honradez y capacidad, y estoy decidido a hacerlo por él y para no tenerlo todo en manos del Rey. Después de prometérselo, a casa, a cenar y a la cama, donde después de estar acostados un rato mi esposa se incorporó con expresiones de terror y locura, pero no la dejé, sino que me puse a llorar, y así estuvimos la mitad de la noche. Después de mucha pena, reproches y pequeños delirios (que creo eran fingidos), y de mi promesa de deshacerme de la chica, todo se tranquilizó de nuevo y a dormir.

12 de noviembre

Después de comer estuve sentado con mi esposa un rato; luego hice que vinieran ella y Deb a mi cámara, y allí, con lágrimas en los ojos, que no pude evitar, la despedí recomendándole que se marchara cuanto antes, y que nunca me viera ni me dejara verla mientras estuviera en la casa. Ella lloró también,

pero creo que entiende que soy su amigo, y debo creerlo, porque por lo que mi esposa me ha dicho últimamente es bastante astuta, cuando no una fresca. De allí, despidiéndome amablemente de mi esposa, en coche a ver a mi primo Roger, llegando al acuerdo que por error escribí en las notas de ayer. Volví, y con el señor Gibson hasta tarde redactando el borrador de una carta hecha a mi gusto para el duque de York en respuesta a las contestaciones de esta oficina: si le agrada al Duque terminará con muchos de los defectos de esta oficina, así como con mis preocupaciones por ellos.

13 de noviembre

En Whitehall estuve con el señor Wren en su cámara, leyendo mi borrador. Le gustó, pero tenía dudas sobre la necesidad de que el Duque se dirigiera a la oficina con un estilo tan imperioso como el que yo había utilizado al escribir. Me dijo que no creía necesario que el Duque lo hiciera así, pues no se correspondía con su naturaleza ni su grandeza: esto último es quizá cierto, pero refleja con toda certeza las consecuencias de tener príncipes allí donde deberían gobernar el orden y la disciplina. Se lo dejé para que el Duque haga lo que le plazca. Después a casa, y toda la noche muy a gusto hablando con mi esposa, que me cuenta que Deb ha estado fuera hoy y cuando ha vuelto le ha dicho que ha encontrado un sitio al que ir, y que lo hará mañana. Esto me molestó; lo cierto es que se me había metido en la cabeza quitarle la virginidad, y sin duda si *yo* hubiera podido tener tiempo *para* estar *con* ella, lo habría hecho, pero se va a ir y no sé adonde. Antes de irnos a la cama mi esposa me dijo que no quería que la viera o le pagara el salario, por lo que le di diez libras por el salario de Deb de un año y cuarto, que ella le entregó en su cámara. A la cama, y, bendito sea Dios, dormimos bien y tranquilos, como no había hecho en las veinte noches anteriores juntas. Esta tarde fui al fabricante del coche y todo va muy a mi gusto.

14 de noviembre

Arriba, y tenía la intención de ver a Deb o darle una nota o algo de dinero, para lo que envolví cuarenta chelines en un papel pensando en dárselo, pero mi esposa se levantó enseguida y no me perdió de vista, bajando a la cocina antes que yo y subiendo a decirme que, como ella estaba en la cocina, yo tenía que salir por el otro lado. Me enfadé y le contesté irritado, ante lo que se puso furiosa llamándome perro y rufián, y diciendo que tenía un corazón podrido.

Sabiendo que lo merecía, lo aguanté, y cuando dijeron que se había marchado en coche con sus cosas hicimos las paces. Así todo se quedó tranquilo y fui a la oficina con el corazón triste, pensando en que no puedo olvidar a la chica y enfadado por no saber dónde buscarla, y más porque veo que a causa de esto mi esposa va a estar siempre encima, y yo seré siempre un esclavo suyo, es decir, en asuntos de placer, pues en otras cosas sé que hará lo posible por agradarme y tenerme junto a ella. Yo me esforzaré, pues lo merece, aunque me temo que pasará tiempo antes de que me pueda quitar a la pobre Deb de la cabeza. Toda la mañana en la oficina, y contentos en la comida. Después a la oficina, trabajando mucho hasta tarde con la cabeza libre de preocupaciones, gracias a Dios, excepto algunos pensamientos con la chica. Por la noche, a casa a cenar, y dormí muy bien con mi esposa. Debo recordar aquí que he yacido como esposo con mi *moher* más veces desde la riña que en los doce meses anteriores, y creo que con más placer para ella que nunca en nuestro matrimonio.

16 de noviembre

En pie, y por el río a Whitehall a un Comité de Tánger. Al terminar me fui a Holborn, cerca de Whetstones Park, donde nunca había estado antes, pero por lo que dijo mi esposa, Deb ha venido aquí: después de no saber de ningún hombre allí llamado Allbon, con quien mi esposa dice que ahora está, volví al Strand, y allí a Eagle Court, donde también dijo mi esposa que había vivido. Averigüé que este doctor Allbon es un pobre tipo arruinado que no se atreve a sacar la cabeza ni quiere que se sepa dónde está. Luego fui a LincoLn's Inn Fields, donde me dijeron que este Allbon se ha ido a Fleet Street. Pasé por el librero y compré *Cassandra*[25] y otros libros franceses para mi esposa.

18 de noviembre

Me quedé un rato en la cama hablando con mi esposa, que no quiere dejarme marchar: confiesa que está celosa de que salga por miedo a que busque a Deb; lo niego, por lo que Dios me perdone, porque en cuanto salí a mediodía fui directamente en coche a Somerset House, donde estuve preguntando a los porteros por el doctor Allbon y le encargué a uno, llamado Osberston, que encontrara sus aposentos por la zona. Volví al Strand, y cerca de la noche vi al portero: no me quiso decir dónde vivía, pero que si tenía un mensaje para él se lo haría llegar. Le dije que lo mío no era con él, sino con

una señorita llamada Willet que estaba con él, y le mandé a que se enterara si ella estaba bien, de parte de un amigo de Londres. Mientras tanto paseé por Somerset House; al final regresó y me dijo que estaba bien y que podría verla si quería, pero nada más. La razón no podía dominarme, así que dije que esta misma noche y fui en coche, ya oscuro, adonde ella estaba, cerca de mi sastre. Entró en mi coche y yo la *besar* y *tocar* su cosa, pero *ella* se resistía con mucha seriedad, que yo consideré sincera. Sin embargo, al final *yo* la hice *tener mi cosa* en su *mano*, mientras *mi mano* estaba *sobra* su *pectus*. No obstante le aconsejé lo mejor que pude que cuidara su honor, temiera a Dios y no permitiera que ningún hombre hiciera con ella lo que yo he hecho, lo que prometió. Le di veinte chelines e instrucciones para dejar sellada en un papel su dirección en la tienda de Herringman, mi librero de la Lonja, para que yo fuera a por ella. Me despedí y me marché muy satisfecho con mi decisión de no buscarla hasta no saber nada de ella. En casa le conté a mi esposa un cuento, Dios lo sabe, sobre lo que he estado haciendo hoy, y la pobre se quedó satisfecha, o al menos lo parecía.

19 de noviembre

Arriba, y en la oficina toda la mañana encantado con la situación que tengo ahora con mi esposa y Deb; cuando a mediodía subí a ver a los tapiceros encontré a mi esposa triste, sentada en el comedor. Al preguntarle el motivo empezó a llamarme falso, rufián, de corazón podrido, diciéndome que anoche estuve con Deb, y como me pareció imposible que lo supiera lo negué al principio, pero al final lo reconocí para tranquilizar mi cabeza y la suya y para acabar con este malvado asunto. Arriba, en nuestro dormitorio, tuve que aguantar toda la tarde sus amenazas, promesas y maldiciones, y lo peor es que prometió que le rajaría la nariz a la chica y me abandonaría esta misma noche, reclamándome trescientas o cuatrocientas libras si quería comprar mi tranquilidad, y que se marchara sin hacer ruido; si no, haría que todo el mundo lo supiera. Así pasé la tarde, con la mayor confusión, pena y vergüenza, en la peor agonía de mi vida, pero al final llamé a W. Hewer y me vi obligado a contárselo todo. El pobre lloró como un niño y logró lo que yo no pude: que ella se tranquilizara con la condición de que yo me comprometiera a no volver a ver o hablar con Deb nunca más, como había hecho con la señora Pearse y Knepp. Así, antes de que fuera demasiado tarde se alcanzó una paz tolerable. Luego a cenar, con mucha amabilidad, y a la cama; allí *yo hacer con ella* para su satisfacción, y con más tranquilidad pasé

la noche, completamente decidido a no volver a darle ocasión mientras viva de más problemas de esta u otra clase, pues no hay en el mundo maldición mayor que las peleas entre nosotros dos. Por tanto, por la gracia de Dios prometo no ofenderla nunca más; esta noche comienzo a rezar de rodillas solo en mi habitación; Dios sabe que todavía no puedo hacerlo muy convencido, pero espero que me concederá la gracia de temerle más cada día y ser fiel a mi pobre esposa.

20 de noviembre

Esta mañana me levanté, tuve buenas palabras con mi pobre esposa y salí a Whitehall por el río con W. Hewer, que tiene que acompañarme a todas partes hasta que mi esposa esté en condiciones de salir conmigo en persona, pues declara con toda sinceridad que no se fía de mí si voy solo.

Establece que esa será una parte de nuestro acuerdo, y yo lo acepto porque estoy decidido, por la gracia de Dios, a no hacerle mal nunca más. Bajamos en el Temple y luego a Whitehall, contándole por el camino con toda claridad y sinceridad mi decisión de no volver a dar ocasión de que esto suceda de nuevo si consigo superar este mal. Me parece muy honrado y muy fiel a nosotros, y aunque al principio me molestó hacerle partícipe de estas cosas, me alegró su ayuda para que hiciéramos las paces. Le hice ir a ver a Deb para contarle que yo le había dicho a mi esposa que habíamos estado juntos la otra noche, y si mi esposa mandara preguntárselo, que no estropeara las cosas negándolo. Mientras yo estaba en Whitehall despachando con el duque de York en presencia de los nuevos tesoreros, W. Hewer fue y volvió. Cuando llegué a casa, esperando un grado superior de paz y tranquilidad, me encontré a mi esposa en la cama hecha una furia, llamándome cosas feas. Se levantó y no pudo contenerse, pegándome y tirándome del pelo. Yo decidí aguantarlo, y buena razón tenía para ello. Con mi silencio y mis lágrimas conseguí tranquilizarla un poco, pero de nuevo empezó a insultar. Al final subió W. Hewer y aplacó su furia mientras yo me lanzaba desesperado sobre la cama de la habitación azul, y allí estuve mientras hablaban juntos. Al final quedó la cosa en que si yo llamaba «puta» a Deb de mi puño y letra en una carta, diciendo que la odiaba y que nunca la vería más, ella me creería y confiaría en mí, a lo que yo accedí, pero que me disculpara de llamarla «puta», y la escribí evitando esa palabra. Mi esposa la rompió y dijo que no se conformaría hasta que la escribiera, y como W. Hewer me guiñó un ojo, lo hice. Esto satisfizo a mi esposa y se la dio a W. Hewer para que se la llevara

con un mensaje insultante de su parte. Desde ese momento mi esposa se portó muy amablemente conmigo, nos besamos e hicimos las paces. Esta noche le prometí que nunca me iría a la cama sin antes rezarle a Dios de rodillas. Empecé hoy y espero no olvidarlo en toda mi vida, pues veo que es bueno para mi cuerpo y mi alma vivir agradando a Dios y a mi pobre esposa, lo que aliviará muchas de mis preocupaciones, así como gastos.

21 de noviembre

Nos levantamos con gran gozo, y a la oficina, donde W. Hewer honradamente me devolvió la parte de mi carta a Deb en la que la llamaba «puta», asegurándome que no se la había enseñado, y que solo le había hecho entender que en ella yo le declaraba mi voluntad de no volver a verla, dándole el mejor consejo cristiano que podía. Por la gracia de Dios, aunque quiero a la chica y deseo su bien, pese a haber llegado muy lejos en el camino de destrozarla, nunca preguntaré por ella ni pensaré más en ella, pues mi paz está en portarme bien con mi esposa.

22 de noviembre, día del Señor

Mi esposa y yo nos quedamos más tiempo en la cama, muy a gusto, y nos levantamos. Ella se pasó el día lavándose, después de cuatro o cinco semanas sucia todo el tiempo. Yo estuve clavando púas y haciendo pequeños arreglos en casa, hasta mediodía. Entonces me tomé algo de carne solo en la cocina y a mi despacho a escribir mi diario, que algunos días me ha quedado bastante imperfecto, pues el tema, dada su naturaleza, era muy doloroso para mí y mi mente. Luego a disfrutar con mi esposa, a la que puse a que me leyera, igual que a W. Hewer y al chico; después de cenar, a la cama. Hoy traen a casa la librea de mi chico, la primera que he mandado hacer, en verde con borde en rojo, que me gusta bastante.

23 de noviembre

Arriba, y vino a verme Howe, que se vino conmigo y W. Hewer por el río al Temple. Quería mi consejo sobre un puesto que quiere comprar en el Registro de Patentes, aunque no lo conozco y pude decirle bien poco. Le dejé allí y seguimos hasta Whitehall, donde visité a lord Sandwich; está tan reservado, o mejor alicaído, creo que con sus propios asuntos, que no recibe a

nadie que le satisfaga. Sin embargo lo dejaré pasar, pues tengo la intención de no molestarle, y lo único que deseo es tener el dinero que le he prestado en mi bolsillo, aunque no le mostraré descontento alguno.

28 de noviembre

En pie, y toda la mañana en la oficina. Mientras estaba reunido vino alguien a decirme que había llegado mi coche, por lo que tuve que salir. Fui a casa de *sir* R. Ford y hablé con él: estaba dispuesto a traerlo y a que estuviera allí. Eso es lo que ordené, con gran alegría porque es muy bonito: lo único es que los caballos no me gustan y decido conseguir otros mejores. A mediodía a comer y toda la tarde en la oficina, con mucho trabajo. Luego a casa, a cenar y a la cama; más tranquilo porque hoy he presentado la carta del duque de York a la Junta [de la Armada]. Observé que molestó a *sir* W. Penn por sentirse aludido en la parte que se refería a las disculpas por enfermedad, pero no me importa y estoy muy contento de que se haya hecho: empezaré a sentirme mejor allí.

29 de noviembre, día del Señor

Estuve más tiempo en la cama con mi esposa, con quien ahora estoy muy satisfecho. Desde que le hice la promesa rezo en mi habitación todas las noches, e intentaré que ella haga lo mismo antes de que pase demasiado tiempo, aunque tengo miedo de eso con lo que me asustó: que era católica, por lo que no me atrevo a hacerla ir a la iglesia, pues temo que se niegue. Sin embargo, esta mañana dijo por propia voluntad de ir el domingo próximo, lo que me alegra. Esta mañana han llegado a casa las ropas para mi cochero, y me gusta mucho la librea. *Sir* W. Warren vino, citado, y pasamos dos o tres horas con las cuentas de Gotemburgo[26], pero están tan liadas que dudo mucho que las aprueben si no hago algo: eso es lo que me pide, pero estoy remiso a hacerlo; en parte por miedo, en parte por no querer perjudicar al Rey y en parte porque no me supone beneficio. No obstante, el pobre hombre merece quitarse esto de encima después de tanto tiempo y siendo por culpa de nuestra oficina. Después hablamos de otras cosas y me dijo que en cuanto vio mi coche ayer deseó que el propietario no provocara muchas envidias por ello, pero le contesté que ahora era claramente beneficioso para mí tener un coche propio, y que después de ocho años con empleos como los míos, sería difícil pensar que no fuera capaz de ello.

30 de noviembre

Por el río el señor Povey, Creed y yo a Arundel House, donde asistimos a la elección del Consejo [de la Royal Society], pues era el día de San Andrés. Hice que pusieran su cruz sobre mi sombrero, como los demás; me costó dos chelines.

Así acaba el mes, con mucha satisfacción; ha sido el más triste para mi corazón y el más caro para mi bolsa en cosas de placer que he tenido en mi vida, pues he amueblado la habitación de mi esposa y la mejor cámara, más un coche y caballos; esto me pone en la mejor situación de patrimonio que he conocido de cara al mundo exterior, y la mejor que podía esperar o desear, y en unos momentos en los que se esperan grandes cambios en la oficina, pues, por lo que dicen, nos van a echar a todos. No obstante, mis ojos han llegado a un estado en que no puedo trabajar y por tanto no estoy preocupado cuando pienso en ello: haga Dios su voluntad.

2 de diciembre

Salgo con mi esposa, siendo la primera vez que lo hago en mi propio coche, lo que hace regocijarse a mi corazón y alabar a Dios, y le ruego que me lo bendiga y lo mantenga. Nos vamos al Teatro del Rey y nos sentamos evitando ver a Knepp en el palco de arriba, donde estaba la señorita Williams. Vimos *The Usurper*[27], una obra bastante buena en todo pero que está planeada para que representaran a Cromwell y Hugh Peters, algo muy tonto.

3 de diciembre

Arriba temprano, y por el río con W. Hewer a Whitehall, donde el señor Wren me dio pocas esperanzas respecto al favor que le pedí para Stevenson, el tío de Will, y que era darle permiso para adjudicar su plaza, ahora que está cerca de su muerte. Me preocupa, pero haré lo que pueda. Estuvimos toda la mañana en la oficina y después de comer salí con mi esposa al Teatro del Duque a ver *The Unfortunate Lovers*[28]. Luego a casa. Es un gran placer el de ir solo con mi esposa en coche propio a ver una obra, lo que pienso que nos hace parecer muy importantes ante el mundo, al menos más grandes de lo que yo o mis amigos nunca pudieron imaginar. Creo que más que nadie de mi familia, que yo recuerde, excepto mi primo Pepys de Salisbury Court.

5 de diciembre

En pie después de una conversación con mi esposa que me molesta, pues desde nuestra riña está siempre vigilante de mis sueños y convencida de que lo hago con Deb. Me dice que hablo en sueños, que esta noche dije «¡Fresca!», y que debe ser ella, y que ahora digo cosas que no solía. No lo sé, porque no sé si sueño con ella más que antes, aunque no puedo negar que me vienen pensamientos suyos de vez en cuando contra mi voluntad y mi juicio porque eso solo me perjudica, pero en todo lo demás estoy muy contento. Me levanto y a la oficina, donde permanezco hasta tarde despachando muchos asuntos y ordenando documentos. A casa a cenar y a la cama. No hay noticias nuevas, excepto que es probable que lord Ormond vuelva a Manda, lo que demuestra que el duque de Buckingham no lo gobierna todo tan completamente y que, sin embargo, pronto tendremos más cambios en la Armada. Está confirmado que los puritanos predican abiertamente en casas y muchos otros sitios, entre otros la casa que fue de *sir* G. Carteret en Leadenhall Street, y que tienen mucho acceso al Rey. Ahora el debate es sobre si este Parlamento u otro, y mi gran plan es conseguir, si sigo en la Armada, un puesto en el Parlamento.

7 de diciembre

Me levanto antes de amanecer, la primera vez que lo hago este invierno, y con W. Hewer a pie a casa de *sir* W. Coventry, donde estuve una hora hablando a solas con él de la Armada. Lo lamenta, pero dice que no tiene intención de que le vean entrometiéndose en ello. Me dice que está tan cansado del Tesoro como lo estaba de la Armada. También que la agitación respecto a la Armada casi se ha acabado, pues no queda nadie do los do antes excepto lord Brouncker, J. Mennes, que está a punto de dejar el mundo, y yo. Me dice que siempre le han visto como un hombre melancólico, mientras que otros que quieren agradar al Rey le hacen creer que todo está bien. Después de esta conversación me marché a ver a lord Sandwich, con el que caminé hasta Whitehall y estuvimos un cuarto de hora por el jardín, la primera vez así desde que regresó a Inglaterra. Hablamos de su situación y de lo que dice la gente: que se va a ir a Tánger. Esta tarde, pasando por Queen Street, vi pasar junto a nuestro coche a Deb, que iba a pie: Dios me perdone, me hizo pensar de nuevo en ella.

12 de diciembre

Me dicen que se ha caído una casa nueva, casi sin terminar, en Lombard Street, y que le ha pasado a varias, pues usan mortero y ladrillos malos, pero no ha habido daños todavía porque Dios lo ha querido así. Hoy me han traído mi pareja de caballos negros para el coche, los primeros de los que soy dueño; me han costado cincuenta libras y son estupendos.

20 de diciembre, día del Señor

Arriba, y con mi esposa a la iglesia y luego a casa, donde nos encontramos a W. Joyce, que ha venido a comer con nosotros; sigue siendo el mismo petimetre hablador de siempre, pero una vez al año no está mal. Por la tarde mi esposa, W. Hewer y yo a Whitehall; me dejaron y esperaron mientras yo estaba con el duque de York y el resto de los de la oficina tratando algún asunto. Luego el duque de York, de buen humor, se puso a contarnos buenas historias de las guerras de Flandes y de cómo los españoles son la infantería más disciplinada del mundo[29]: no rechazan ningún servicio extraordinario que se les ordene y desprecian que se les pague por ello, como se hace en otros países, pero al mismo tiempo mendigan por las calles. Protestan contra su Rey y sus comandantes y generales como nadie en el mundo, pero no toleran que un extraño diga algo de ellos sin cortarle el cuello. Una vez, algunos comandantes de su ejército estaban protestando contra sus generales, y sobre todo contra el marqués de Caracena, y al entrar su confesor y oírles se paró y, con gran seriedad, les dijo que había tres grandes ocupaciones en el mundo: los abogados, que lo gobiernan; los hombres de iglesia, que lo disfrutan, y unos locos a los que llaman soldados, cuyo trabajo es defender al mundo.

21 de diciembre

En Holborn vi a la mujer que exponen allí con barba: es pequeña, danesa, llamada Ursula Dyan, de unos cuarenta años. Su voz es como la de una niña y la barba como la de cualquier hombre, casi tan negra y entrecana. Se ofrecieron a dar detalles a mi esposa si lo deseaba, aunque no a los hombres, pero no hay duda por su voz de que es una mujer. Empezó a crecerle a los siete años, y no hace más de siete que se afeitó por última vez; ahora es tan

grande como la de cualquier hombre que haya visto, muy espesa. Era algo extraño, y me satisfizo mucho.

25 de diciembre, día de Navidad

Me levanté y me puse mi chaleco, por primera vez este invierno. Me fui a la iglesia. Luego a casa y a comer solo con mi esposa; la pobre estuvo sentada sin arreglarse hasta las diez de la noche, cambiando y poniendo encaje a un vestido mientras yo estaba a su lado, con el chico leyéndome la vida de Julio César y el libro de Descartes sobre música, que no entiendo, ni creo que lo hiciera bien el que lo escribió, aunque es un hombre muy sabio[30]. Después de la cena hice al chico tocar el laúd, lo que no le he pedido ni dos veces desde que vino, y así mi mente está muy contenta, y a la cama.

27 de diciembre, día del Señor

En Whitehall vi al Rey en la capilla, pero no me quedé a escuchar, sino que me fui al parque con W. Hewer. Me encontré con *sir* G. Downing y estuvimos paseando y hablando una hora sobre el trabajo y sobre cómo se llevó la última guerra, sin nadie que se hiciera cargo de ella. Me contó que cuando estuvo en Holanda le ofreció al Rey hacer algunas cosas si se le daba poder para ello, pero hubo alguna palabra en contra, quizá de una mujer, y eso supuso la pérdida de todo lo que temamos en Guinea. También que tenía tan buenos espías que una vez le quitaron las llaves del bolsillo a De Witt cuando estaba acostado, abrieron el gabinete, le llevaron los papeles a él durante una hora y los pusieron de nuevo en su lugar, dejando las llaves otra vez en su bolsillo. Dice que cuando había discusiones privadas entre los líderes suyos se enteraba de lo que habían dicho antes de que pasara una hora, y una hora más tarde se lo había enviado al Rey, aunque aquí nadie le hacía caso.

28 de diciembre

Mi esposa se fue por el río a ver a su madre y yo con W. Hewer todo el día en mi gabinete avanzando en mis cuentas, que llevo tanto tiempo sin arreglar que me tienen preocupado, pues no tengo el uso de mis ojos para ayudarme. Mi esposa llega a casa por la noche y me dice que su madre reza por mí y está preocupada por mis ojos. Estoy contento de contar con su

amistad, y creo que ellos también de ver a su hija vivir como lo hace. Así pasamos la noche hablando, y a cenar y a la cama.

30 de diciembre

Arriba, y un poco enfadado por tener que pagar cuarenta chelines por un cristal de mi coche que se rompió el otro día, nadie sabe cómo, aunque dudo si lo he roto yo mismo con mis rodillas. Después de comer, mi esposa y yo al Teatro del Duque, donde vi *King Harry the 8th*[31], que me agradó mucho, más de lo que esperaba.

1669

1 de enero

Arriba, y recibo un regalo del capitán Beckford, un calentador de cama muy elegante de plata que dudo si aceptar. Con Hewer a la Lonja Nueva, donde fuimos a las tiendas de muebles y compré un armario para mi esposa como regalo de año nuevo; me costó once libras y es muy bonito, de madera de nogal. Lo traerán mañana a casa.

4 de enero

Me quedé un rato en la cama hablando con mi esposa, y por mi propia voluntad decidí concederle una asignación anual de treinta libras para sus gastos, ropas y todo lo demás, con lo que se quedó encantada, pues era más de lo que esperaba o pedía. Cerca de mediodía, de camino a casa entramos a ver a la mujer gigante que están exhibiendo, que solo tiene veintiún años, y fácilmente puedo estar de pie bajo sus brazos. Después de comer a Whitehall, donde se reunió el Comité de Tánger, pero había poco que hacer. Sin embargo, recibí una muestra de cortesía del duque de York al decir que no se adoptaría sin mi consentimiento ninguna medida de las que se están estableciendo respecto al Tesorero de la Corporación, y sin tener en cuenta si me perjudica o no. Le dijimos al duque de York lo que pensamos sobre la

incapacidad de *sir* J. Mennes para hacer cualquier cosa en la oficina, y que encomendar algo de confianza a su debilidad es traicionar al Rey; el Duque era muy consciente de ello, y nos prometió hablarle al Rey. Una vez terminado, fui con W. Hewer a recoger a mi esposa en la tienda de Unthank, y a casa, y con placer a leer y hablar, y luego a cenar. Pusimos por escrito el acuerdo entre nosotros por las treinta libras para ella, y a la cama. Lo hicimos con mucha alegría y se lo dimos a Hewer para que lo guardara.

7 de enero

Toda la mañana ocupado en la oficina, y luego a casa a comer. Después llevé a mi esposa al Teatro del Rey, donde vimos *The Island Princesse*[1], la primera vez que la veía: es una obra muy buena, con muchas cosas agradables y una buena escena de una ciudad ardiendo. Nos sentamos en un palco y esa mujerzuela Nell se sentó en el de al lado, una fresca descarada que se pasó el rato riéndose de la gente con un compañero suyo del Teatro del Duque que vino a ver la obra.

10 de enero, día del Señor

Por accidente, hablando de nuestras criadas antes de levantarnos, dije algo que dio motivos a mi esposa para reñir conmigo y estuvo de lo más irritante toda la mañana, pero terminamos en paz. No obstante, pensar en el daño que puedo provocar desvelando viejas faltas me hizo pasar el día melancólico.

11 de enero

En pie, y con W. Hewer, mi guardián, a Whitehall, donde no se reunió el Comité de Tánger. En la Lonja Nueva compré algunas cosas, entre ellas un par de guantes como regalo de mi esposa, que por contrato me debe regalar cada año de sus treinta libras.

12 de enero

Arriba y a la oficina, donde a causa de un mensaje de los tesoreros sobre un problema que habían encontrado con el comisionado Middleton, tuve que ir a ver a los lores comisionados del Tesoro, y luego a resolverlo con los nuestros: el asunto era la forma de pagar una pequeña cantidad en el astillero

de Chatham. Me parecieron muy avispados y creo que conseguiremos que entren en razón, pero están muy duros con nosotros, como si no tuviéramos poder para dirigirles y fuera al revés. Volví a casa enseguida y veo que mi esposa ha estado sufriendo respecto a dónde he estado, pero no dice nada. No obstante, creo que ha mandado a W. Hewer a buscarme. No le hago caso, pero me siento enfadado. Hoy me encontré con el señor Pearse en Whitehall y me dijo que su chico tenía muchas ganas de verme, pero no me atreví a invitarle a venir a casa por miedo a mi esposa, así que con mucha incomodidad tuve que dejar pasar esa conversación. Sin embargo, cuando le pregunté adonde iba, me dijo como un gran secreto que a llevarle una medicina a la amante de su señor [el duque de York], la señorita Churchill: supongo que se refería a la sífilis, o a que espera un hijo, pero por su forma de decirlo creo que es lo primero. Esta noche vi a mi esposa muy triste y yo tampoco estaba muy animado por algunas palabras duras que me había dicho a mediodía, celosa de que hubiera salido esta mañana, cuando Dios sabe que fue por un tema inesperado de trabajo. Me fui a la cama pensando que ella vendría justo detrás de mí, pero al despertarme al poco vi que no se preparaba para meterse en la cama, sino que cogía velas nuevas y echaba leña al fuego, pues hacía frío. Le rogué que se acostara, y después de un par de horas en silencio se puso furiosa, llamándome rufián y falso. Sin embargo, vi que buscaba lo que decía y creo que se lo inventaba: que me habían visto en un coche con Deb con los cristales subidos, aunque no pudo decirme la hora ni estaba segura de que fuera yo. Lo negué, pues en verdad podía hacerlo, pero de nada servía. Al final, cerca de la una se acercó a mi lado de la cama, abrió las cortinas y con las tenacillas ardiendo hizo como si tuviera intención de quemarme con ellas; me levanté consternado y en cuanto le hablé un poco las dejó caer; poco a poco, de forma muy tonta, dio fin a su conversación. Sobre las dos, aunque en apariencia con mucha dificultad, se vino a la cama, estuvimos hablando bastante tiempo y durmió bien toda la noche.

15 de enero

Arriba, y en coche a ver a *sir* W. Coventry, con el que estuve un buen rato en su cámara conversando de esto y aquello: entre otras cosas me habló de las enormes facciones que hay hoy en la Corte, implicando seriamente a personas importantes y con grandes disputas que hacen que el Rey parezca vulgar y ridículo: se trata de *lady* Harvey, que se ofendió porque Doll Common interpretó el papel de Sempronia imitándola a ella, por lo que consiguió que el

lord Chambelán, pariente suyo, la metiera en prisión. *Lady* Castlemaine hizo que el Rey la soltara y le ordenó que la interpretara otra vez, peor que el otro día, en presencia del Rey. Bajé con lord Brouncker a ver a *sir* R. Murray en el pequeño laboratorio del Rey bajo su gabinete, un lugar estupendo lleno de tarros de cristal químicos y otras cosas, pero no entendí nada.

21 de enero

Cuando regresábamos a casa mi esposa estaba muy abatida y eso me irritó, pues últimamente me molesta mucho verla de mal humor por miedo a que haya descubierto en mí algún nuevo motivo de ofensa, aunque no soy consciente de ninguno, pero odio no sentirme tranquilo en casa. No me acosté hasta tarde y no cené, sino que escuché en silencio mientras ella expresaba sus palabras de desagrado; luego me fui a la cama llorando de pena; al verlo, ella vino a la cama muy amable. Así, con gran placer por ambas partes, a dormir.

22 de enero

Arriba, y con W. Hewer a Whitehall, donde despaché con el duque de York; de allí a la Lonja, pasando por distintos sitios para preparar mi festín de mañana, sobre el que ya estoy decidido: conseguir un espejo nuevo para mi comedor, algo de peltre y buen vino. En casa hice que me pusieran el espejo nuevo, que me cuesta seis libras, siete chelines y seis peniques. En la Lonja me encontré al señor Danckerts, el famoso pintor de paisajes con el que estuve el miércoles, y tomó medidas de los paños de pared de mi comedor, en los que quiero tener las cuatro casas del Rey: Whitehall, Hampton Court, Greenwich y Windsor. Al marcharse me fui a comer con mi gente, despaché algunos asuntos en mi oficina y me ocupé en casa de los preparativos para mañana. Entre otras cosas, me agradó mucho el hombre que vino a poner el mantel y doblar las servilletas: tanto que decidí darle cuarenta chelines para que enseñara a mi esposa a hacerlo. Luego a cenar, con mucha amabilidad entre nosotros, que es lo que más me preocupa estos días, y a la cama.

23 de enero

En pie, y otra vez a preparar cosas para la comida, y toda la mañana en la oficina. A mediodía me dijeron que lord Sandwich había llegado, por lo que

me levanté: allí estaban lord Sandwich, Peterburgh y *sir* Ch. Herberd, y enseguida vinieron lord Hinchingbrooke, el señor Sidney y *sir* W. Godolphin. Después de saludarles y pasar un tiempo charlando nos trajeron la comida, un plato tras otro, no todos al mismo tiempo. Todo estaba muy bueno, sobre todo la variedad de vinos, todos excelentes, que les serví en muy buen orden: les agradaron mucho y yo estaba encantado. Fue una comida de siete u ocho platos servida de la forma más noble, y pocas veces he visto nada mejor, incluso en la Corte. Después de comer, los lores jugaron a las cartas; el resto les rodeamos y estuvimos hablando, mirando mis libros y los dibujos de mi esposa, que alabaron mucho, hasta las siete de la noche, en que se despidieron, estando oscuro y con mal tiempo. Así acabó esta diversión, la mejor de su clase que he tenido en mi vida y difícilmente tendré otra tan buena. La verdad es que me temo que estos dos años últimos voy un poco mal de dinero, pues no he podido mirar mis cuentas desde hace tiempo. Esto atenúa mi placer, pero confío en Dios, sigo bastante bien y decido repasar mis cuentas en breve, a ver cómo van. Luego a la cámara de mi esposa, donde cené e hice que me cortara el pelo y repasara mi camisa, porque llevo seis o siete días con picores. Cuando terminó descubrió que tengo piojos, más de veinte en mi cabeza y mi cuerpo, pequeños y grandes, de lo que me admiro, pues son más de los que creo que he tenido en los últimos veinte años. Creo que los he cogido del muchacho, pero le han mirado y no tiene; así que no sé cómo han venido. Enseguida me cambié y me corté el pelo muy corto. Así, con mucha satisfacción, a la cama.

24 de enero, día del Señor

Estando en la cama, llega una orden para que los oficiales principales nos presentemos esta tarde ante el Rey en casa del lord Custodio por decisión de la noche pasada, ya tarde. Por el documento observo que el lord Custodio no sabe el motivo, pues le han ordenado al mensajero que pase a decírselo de camino, cuando viene a por nosotros. Así que me levanté y a mi oficina a anotar mi diario de ayer, a casa y con mi esposa a la iglesia. Después de comer salimos en coche a casa de mi prima Tumer, que ha ido con T. a la iglesia. Dejé a mi esposa con la señora Dyke y Joyce Norton y yo fui a Whitehall, donde estuve paseando hasta que el Rey y el duque de York estuvieran preparados para salir. Enseguida salió el Rey, cogí el coche y seguí los suyos hasta la casa del lord Custodio en Essex House. Al poco nos hicieron pasar adonde estaban el Rey y el Gabinete con milord, que estaba

enfermo y acostado en la cama, como solían hacer el lord Tesorero y el Canciller. El asunto era saber cuándo estarían reparados y listos para el servicio todos los barcos del Rey, y el Inspector respondió: «En dos años, y no antes». Les di esperanzas de que con suministros y el dinero adecuado estarían listos para zarpar el verano siguiente a este. Entonces preguntaron cuándo estarían preparados cuarenta barcos y se respondió que si se elegían los más nuevos y en mejores condiciones, con dinero, podríamos tener cuarenta listos en mayo. El Rey estaba ansioso por que tuviéramos dinero para hacer todo lo que deseábamos, y convencido de que sin él no se podría hacer nada, y así, sin fijar nada, fuimos despedidos. Me imagino que todo esto terminará con una pequeña flota este año de barcos mercantes alquilados, lo que sería desde luego más barato para el Rey.

25 de enero

Arriba y al Comité de Tánger, donde se hizo poco. De allí a casa en mi propio coche y después de comer ocupado en mi oficina hasta la noche, con los ojos muy cansados. En casa, mi esposa me enseñó algunos excelentes grabados de Nantueil y otros que W. Batelier, a quien se los encargué, me ha traído de Francia con [retratos de] el Rey, Colbert y otros, para gran alegría mía. Sin embargo, también ha traído un montón de guantes perfumados de distintas clases; aunque todos son demasiado grandes para ella quiere quedarse dos o tres docenas, lo que me irritó y me hizo enfadar, por lo que al final, para agradarme, se quedó solo aquellos que yo consideraba apropiados. Después de cenar un poco, a la cama, con mis ojos muy mal.

26 de enero

En pie y a la oficina, atareado toda la mañana. Luego a Whitehall, a la cámara del secretario, donde se me da orden particular de asistir, así como a *sir* D. Gauden, donde se reunieron el Rey y el Gabinete. El asunto era que los argelinos han roto la paz con nosotros apresando a algunos españoles y otros bienes en un barco inglés que llevaba el pase del duque de York[2]. Yo respondí a lo que me requirieron, que era bien poco, pero veo que para todas estas cosas parecen confiar mucho en mí. Terminado esto, cogí un coche, recogí a mi esposa y a casa, trabajando en la oficina hasta tarde. En casa vi con gran alegría que W. Batelier ha enviado los libros que le encargué que me trajera de Francia, entre otros *L'estat de France y Marnix*[3] y uno o dos libros

de música impresos, pero mis ojos están ahora muy mal para mirarlos con placer.

31 de enero, día del Señor

Me levanté tarde, hablando con placer, y a la iglesia, donde escuché al doctor que se ha hecho religioso hace poco; he olvidado su nombre. Le conocí hace un tiempo comiendo en casa de *sir* D. Gauden, el doctor Waterhouse, que predica de forma muy devota, ni elegante ni persuasiva, pero parece bien intencionado y quiere hacerlo con santidad, muy apasionado contra la gente que se burla de la religión. La verdad es que observé que la señora Hallworthy sonreía a menudo, igual que muchos otros de la parroquia que le han conocido antes y estaban expectantes de ver cómo predicaba, aunque no podían evitar sonreír.

Así acaba el mes, con muchos días distintos de tristeza y gozo por las riñas con mi esposa, pues recuerda la pasada descortesía que tuve con ella y que no puede olvidar, y de vez en cuando se apasiona al acordarse y cualquier cosa se lo provoca, aunque esta noche estamos muy bien. Así acaba el mes.

1 de febrero

Fui a un Comité de Tánger, pero no se reunió. Al encontrarme al señor Povey nos fuimos los dos a ver a Danckerts a tratar de los cuadros que va a hacer para mí. De camino me llevó a ver al señor Streeter, el famoso pintor histórico, del que he oído pero al que no conocía. Allí le encontré a él, al doctor Wren y a otros virtuosos mirando las pinturas que está haciendo para el Nuevo Teatro de Oxford. Desde luego parecen estupendas y casi todos piensan que son mejores que las de Rubens para el salón de banquetes de Whitehall, pero a mí no me lo parece. Sin embargo serán muy elegantes, y estoy encantado de haber tenido la suerte de haberle visto a él y su obra.

7 de febrero, día del Señor

Mi esposa estuvo muy desagradable por la mañana porque he dormido intranquilo las últimas noches: piensa que esto es nuevo y que se debe a malos pensamientos entre sueños, y a menudo noto que mientras duermo me pone la mano encima para ver qué me ocurre. Está muy enfadada, pero se pasó y yo a la iglesia y a casa a comer. Ella está peor y se queda toda la tarde

encerrada en su habitación, muy molesta. No obstante, no conseguí que me dijera lo que le molestaba ni me dejó entrar, y cuando lo hice la encontré llorando en el suelo y no pude consolarla. Al final me dijo claramente que cree que la engaño con Jane, y habló de tres o cuatro tonterías. Por tanto, no quiere acostarse conmigo, ha hecho que pongan sábanas en la habitación azul y desea que Jane se acueste con ella para que yo no me arrime. Al final la satisfice de forma que hicimos las paces y nos fuimos temprano a la cama, donde *yo hacer* muy bien *con* ella, y esta noche por casualidad por primera vez *poner* mi *digito* en su cosa, lo que le gustó mucho.

8 de febrero

Visité a lord Sandwich y allí, mientras se vestía, vi bailar a un joven español que se ha traído con él: es muy admirado, dicen que es el mejor bailarín de España y lo hace con gran maestría, pero no me gusta su baile tanto como el inglés, aunque milord lo alaba mucho. No obstante, me lo llevaré a casa para que lo vea mi esposa. El señor Moore me explica sus cuentas de la Embajada, que no son tan buenas como pensaba, pues le han recortado de diecinueve mil libras a ocho mil, y lo han mandado a los lores del Tesoro. Lo siento por la familia, y no poco por lo que me debe. A casa a comer, y mi esposa de muy mal humor. Después de comer estuve a solas con ella, pues no soporto esta vida, y nos dijimos cosas fuertes; sin embargo, al rato hicimos las paces y ella me dijo que se trataba de Jane, pues no se cree que no me esté portando mal con ella. Me lo tomé a broma y al final llamé a Jane y confirmé las instrucciones de su señora para que se fuera en Pascua: la chica se lo tomó bien, aunque me rogó que permitiera que Tom se fuera con ella; se lo prometí, pues es lo que tema previsto. Cuando se marchó, mi esposa y yo quedamos en paz y ella fue muy amable, pues le he prometido que nunca le daré motivos para nuevas preocupaciones, y lo voy a cumplir.

10 de febrero

Arriba, y salgo con mi esposa y W. Hewer. Ella nos deja en Whitehall, pero el duque de York se ha ido a cazar y por eso, después de hacer algunas cosas, volví a ver a mi esposa y nos fuimos al enyesador de Charing Cross, que hace cabezas y cuerpos en yeso. Me hizo la cabeza, pero me molestó que me tuviera que restregar la cara con pomada, aunque fue muy agradable ver lo suave y fácil que se extiende sobre la cara y cómo poco a poco se pone duro,

que no puedes romperlo y aprieta tanto que no consigues arrancarlo. Así se hizo el molde, y cuando salió, lo que se veía en él no daba mucho gusto ni idea de lo que te encontrarás cuando se haga la figura, por la que me pasaré dentro de un par de días y que estoy ansioso por ver. Luego a Whitehall, donde esperé hasta que regresó el duque de cazar, lo que hizo al poco; cuando se vistió, salió a comer y le esperé allí. Habló muy bien de la salsa con la que lo acompañaba todo, diciendo que era la mejor del mundo y que se la había enseñado el embajador español: está hecha con algo de perejil y una tostada seca, majada en un mortero con sal, vinagre y un poco de pimienta. Se la come con carne, ave o pescado. Después de la comida hice lo que había venido a hacer, que era obtener su consentimiento para que Balty mantuviera su trabajo con un suplente junto al nuevo empleo que pienso conseguirle, llevando las cuentas del encargado del almacén: el Duque me lo concedió, y me alegro mucho.

12 de febrero

Con *sir* J. Mennes y el señor Tippets ante los lores comisionados del Tesoro. Hubo un fuerte debate entre *sir* T. Clifford y lord Ashley (del que me dicen que se está poniendo del lado del duque de Buckingham lo más rápido que puede para no quedarse fuera de juego, lo que sería peligroso para él) contra *sir* W. Coventry y *sir* J. Duncomb, que defienden a nuestra oficina contra una acusación de nuestros tesoreros, que dijeron a los lores que habíamos provocado deudas por encima de cincuenta mil libras, más dinero del que lo asignado para el año podía costear. Esto lo declararon como bobos con la intención de hacemos daño, aunque es ridículo, pero lord Ashley y Clifford protestaron terriblemente contra la falta de método de nuestra oficina. Al final quedó la cosa en que se pusieran sus objeciones por escrito, pero me puso como loco ver que nuestros propios miembros nos perjudican. Después de comer, a Whitehall; cuando terminó el Consejo el duque de York me hizo salir fuera para hablar de los tesoreros, con los que está muy enfadado: observo que pretende introducir muchos buenos cambios y reformas para la Armada antes de que los tesoreros se ocupen de esos asuntos, pues pretenden pasar como los grandes reformadores, y hace bien.

15 de febrero

Arriba, y con Tom a Whitehall, a un Comité de Tánger, y allí un gran ejemplo de lo que puede perder un hombre al descuidar a un amigo. Povey nunca tuvo una mejor oportunidad de hacer aprobar sus cuentas, estando el duque de York allí, con todo el mundo en buena disposición y esperándolas, pero lord Ashley, en quien confiaba y por quien se había fijado esta fecha para estar tranquilo de contar con la presencia de todos sus amigos, se retrasó tanto que el duque de York y los demás consideraron que no era adecuado esperar más, así que perdimos el día, y sabe Dios cuándo tendrá uno tan bueno mientras viva. Paseé un rato por la Cámara y luego fui al enyesador, donde vi cómo sacaba la figura de mi cara del molde; es admirablemente parecida, y haré que me saque otra antes de llevármela.

16 de febrero

A la oficina, donde estuve toda la tarde atareado aunque tenía muy mal los ojos por la luz de las velas de anoche, que fue tanta que me dolieron todo el día: este experimento me enseña manifiestamente que es el exceso de luz lo que me perjudica. Sin embargo, con la ayuda de mi tubo y deseando volcar en el diario cinco o seis días, me aventuré a escribirlo creo que sin dañarlos más de lo que estaban antes, que era bastante. Luego a casa a cenar, y a la cama.

17 de febrero

Me cuentan que el Rey comió ayer en casa del embajador holandés, y que después bebieron y estuvieron muy a gusto. Entre los acompañantes del Rey estaban el honorable lord Rochester y T. Killigrew, cuya juerga y chanzas ofendieron tanto al primero que le golpeó en la oreja al otro en presencia del Rey: esto ofende mucho a la gente de la Corte, pues ven que el Rey se rebaja, y no solo porque deja pasar estas cosas y ha perdonado a Rochester, sino porque esta mañana ha paseado con él y le he visto con la misma confianza de siempre, para eterna vergüenza del Rey, acompañado por un rufián indecente. No sé cómo se lo ha tomado T. Killigrew.

19 de febrero

En pie, y después de ver a las chicas, que se alojaron en nuestra cama con su doncella Martha, con lord Brouncker a Whitehall. Por la tarde en la oficina, mientras la gente joven se iba a ver el Bedlam[4]. Esta mañana, entre

otras cosas, hablando con *sir* W. Coventry le propuse presentarme para el Parlamento, si como la gente espera se elige uno nuevo. Le agrada mucho, tanto por el Rey como por el servicio y el duque de York, y se lo propondrá al Duque. Confieso que si hubiera uno me gustaría estar en él.

23 de febrero

Llevé a mi esposa y a las chicas a la Abadía de Westminster, donde les enseñé las tumbas; allí vimos, como favor especial, el cuerpo de la reina Katherine de Valois. Tuve la parte superior de su cuerpo en mis manos y besé su boca, pensando al momento que era en mi treinta y seis cumpleaños cuando por primera vez besaba a una reina. De allí al Teatro del Duque, pero como la obra estaba empezada las llevé a ver cómo se hace el cristal, y nos hicieron varias cosas que nos gustaron mucho: entre otras, dos vasos para cantar, que le dan eco a la voz, cosa que no había visto nunca, pero son tan finos que la propia respiración rompió algunos de ellos.

1 de marzo

Arriba y a Whitehall, al Comité de Tánger, pero no se reunió. Me entero de que ha muerto *lady* Paulina Mountagu[5], por lo que fui enseguida a los aposentos de milord, pero se ha encerrado por la pena y no quiere hablar con nadie. Regresé a Westminster Hall, donde hacía meses que no iba. Estaba lleno, pues el Rey ha prorrogado el Parlamento hasta el 19 de octubre, de lo que me alegro, porque espero tener tiempo para ir a Francia este año. Lo que más me sorprendió fue lo que me dijo lord Belasyse sobre un duelo previsto entre el duque de Buckingham y lord Halifax o *sir* W. Coventry: el reto ha sido entregado por Harry Savile, pero lord Arlington lo ha detenido y se lo ha contado al Rey. De esto se hablaba hoy en toda la Corte. Sin embargo, cuando me encontré a *sir* W. Coventry en la cámara del duque de York no lo reconoció, me dijo que era demasiado pacífico para meterse en peleas y así quedó la cosa. De allí, a distintos lugares a ocuparme de cosas para mi festín de mañana.

2 de marzo

En pie, y en la oficina hasta mediodía, en que fui a casa: allí estaban todos. Les ofrecí una comida muy noble, como casi siempre; estuvimos muy

alegres y yo en concreto encantado de poder ver a Betty Turner, que es preciosa. Después de comer hablamos y les enseñé mi casa. Así hasta la noche, que vino la música y los de la oficina, se encendieron velas y nos pusimos a bailar. Seguimos hasta las dos, parando solo un poco para cenar, y acabamos con gran placer, uno de los días más felices de mi vida. Al terminar, los invitados se marcharon a casa y alojé a mi primo Pepys y a su esposa en nuestra habitación azul; mi prima Tumer, su hermana y T. en nuestra mejor cámara; Bab y Betty Turner en nuestra propia cámara; yo y mi esposa en la cama de nuestra criada, que es muy buena; nuestras criadas, en la cama del cochero; el cochero, con el muchacho en su banco, y Tom donde suele dormir. Así que estoy encantado de poder alojar de una vez a quince personas, de ellas ocho de calidad. Hoy mi esposa estrenó su vestido francés, llamado Sac, que le sienta muy bien; se lo ha traído W. Batelier.

4 de marzo

Sir J. Smith me cuenta que acaban de enviar a sir W. Coventry a la Torre por lo del reto al duque de Buckingham, y lo mismo a Harry Savill a Gatehouse, lo que, siendo él un caballero y miembro de la cámara del duque de York, según me he enterado más tarde, ha encendido de rabia al duque de York, ya que se ha hecho como desprecio a él. Esta noticia de sir W. Coventry me afectó mucho y con razón, pues dudo que el duque de Buckingham se quede quieto; más bien hará algo ahora, pensando que no es seguro acabar aquí. Al irse sir W. Coventry, no le quedará al Rey ningún buen consejero ni tendrá el duque de York un amigo fiable a su lado. Lord Belasyse me lo contó todo. Viene de una lucha que sir W. Coventry tuvo con el duque de Buckingham por el plan que este y sir R. Howard tenían de meter a sir W. Coventry en una obra que se iba a hacer en el Teatro del Rey. Como sir W. Coventry no iba a tolerarlo, envió a Harry Savill con una carta que decía que quería hablar con él. El duque de Buckingham encargó a Holmes que fuera a atenderlo, pero H. Savill se negó a decírselo a otra persona que no fuera él, por lo que se presentó ante el Duque y le dijo que su tío era una persona de honor, y que, conocedor de la voluntad del otro de insultarle, exigía una satisfacción y lucharía con él. En esto fueron interrumpidos por la llegada del lord Chambelán con instrucciones de comunicar al duque de Buckingham que se presentara ante el Rey, pues Holmes se lo había revelado. Me dijo que anoche en el Consejo el Rey le preguntó al duque de Buckingham si había sido retado por W. Coventry, lo que confesó. Entonces

el Rey le preguntó a W. Coventry, que dijo que no reconocía lo que el duque de Buckingham había dicho, aunque no era apropiado que le contradijera directamente. Sin embargo, cuando el Rey le exigió que se expresase, respondió que tenía entendido que muchas cuestiones en este asunto habían sido manipuladas por los abogados[6], y como no deseaba que de su boca saliera nada que le hiciera susceptible al desagrado del Rey, le rogaba que le excusara. El Rey consideró que esto se podía interpretar como una confesión y ordenó que fuera enviado esa misma noche a la Torre. Muy preocupado por esto fui a casa en coche y enseguida a la Torre, donde le encontré ocupado con lord Halifax y su hermano. No me quise quedar para no interrumpirles, y solo intenté animarle y ofrecerle mis servicios, lo que recibió cortésmente y con alegría.

6 de marzo

Arriba, y a la oficina toda la mañana, pero antes fui a ver a *sir* W. Coventry a la Torre y hablé bastante rato con él: entre otras cosas, me dijo que el Rey le excluyó ayer del Consejo, con lo que está bastante conforme, como con cualquier cosa que le quite, pues me dice que hace tiempo está cansado y harto de este trabajo. Sin embargo coincide conmigo en temer que, tal como se hacen las cosas, todo vaya a peor. Me dijo lo que había en la obra que pretendía ofenderle, que era poner dos mesas como la que él se ha hecho en su despacho, con un agujero en el centro para girarse dentro de ella: él figuraría en una de ellas como jefe y *sir* J. Duncomb en la otra como su siervo o imitador. Lo que le ofende es que alguien se atreva a hacer burla de un caballero presentándole como alguien despreciable para regocijo de todo el mundo. Me contó lo sucedido en el Consejo en los mismos términos que lord Belasyse. También que el propio duque de Buckingham intentó hace un tiempo que se unieran y le dijo que se propusiera como Primer Ministro, diciéndole que se lo conseguiría, pero él renunció a formar parte de facción alguna. Me dio muchos ejemplos de desafíos entre miembros del Consejo Privado y otras personas, y que nunca se ha procedido con ellos con tanta severidad como con él, pues con otros nunca ha pasado de un breve confinamiento. Me dice que está cansado del Tesoro y de la estupidez, ambición y deseo de popularidad de *sir* T. Clifford. Hoy mi esposa me hizo saber que mi celebración de esta semana me ha costado más de doce libras, un gasto del que estoy casi avergonzado, pero es una vez cada mucho tiempo y el

fin por el que en gran parte vivimos es disfrutar de uno o dos días felices en nuestra vida.

7 de marzo, día del Señor

Arriba y a la oficina, ocupado hasta la hora de la iglesia; el sermón, muy pobre. A casa a comer solo con mi esposa y luego a completar mi diario hasta hoy. Después a la Torre a ver a *sir* W. Coventry, con el que estaban H. Jermyn y muchas otras personas, y más que llegaron mientras estuve allí; me dicen que ayer y el otro día vinieron no menos de sesenta coches.

9 de marzo

Arriba, y a la Torre, donde me encuentro a *sir* W. Coventry solo, escribiendo su diario; le conté, y creo que es el único hombre al que jamás se lo he contado, que yo llevo uno de forma muy estricta desde hace ocho o diez años. Casi lamento habérselo dicho, porque no era necesario y es posible que no sea conveniente que se sepa. Me enseñó su petición al Rey de renunciar a cualquier empleo, sometiéndose humildemente a Su Majestad. Hablando de esto, tuvo a bien enseñarme y dejarme leer su relato, de su propia mano, de la conversación que hubo entre él y el Rey en el asunto de lord Clarendon, y de cómo él por dos veces había hecho los primeros movimientos ante el duque de York, a distancia, aunque sin éxito. La verdad es que me sentí orgulloso de conocer estas operaciones, que me convencieron de la nobleza y altos fines de *sir* W. Coventry y me hizo considerar en general las consecuencias de las acciones de los grandes hombres y la poca seguridad de su posición. Luego llevé a mi esposa, Bab y Betty Pepys y W. Hewer a casa de mi primo Stradwick, donde no había estado desde que murió mi hermano Tom, pues hubo una disputa entre mi padre y ellos a causa de las cuentas de mi primo Scott. Me alegró tener esta oportunidad de verles, pues son gente buena y de importancia. Allí me encontré a mi primo Roger, su esposa y mi prima Turner, y por primera vez en mi vida me bebí un vaso, creo que una pinta, y de un trago, de zumo de naranjas, de las que usan su piel para confituras. Aquí se lo beben como el vino, con azúcar, y es una bebida excelente, aunque como era nuevo para mí tenía dudas sobre si me haría daño.

11 de marzo

En pie y a ver a *sir* W. Coventry en la Torre, con el que estuve hablando y paseando una hora: me contó que la Comisión se ha presentado ante el Rey con su vacante en el Tesoro, y cree que la ocuparán con uno de los tesoreros de la Armada, pero no sabe cuál. Luego a la oficina, toda la mañana ocupado, y a comer; y también muy ocupado por la tarde hasta que me fui, cansado, a casa a cenar, a gusto con mi esposa, y a la cama. Allí ella me agrada, aunque no me atrevo a reconocerlo, diciendo que ha contratado a una doncella, pero después de alabarla mucho dice que tiene un gran defecto: que es muy atractiva. No dije nada y la dejé seguir. Sin embargo, esta noche se refirió muchas veces a lo guapa que era y lo peligroso que era contratarla, y que dudaba de si estaría bien cogerla. La tranquilicé respecto a mi decisión de no tener nada que ver con sus criadas, pero estaba satisfecho de tener una guapa a la que mirar.

12 de marzo

Cuando regresaba a casa, después de tanto esfuerzo durante el día, esperaba encontrarme a mi esposa feliz, pero estaba encerrada en su habitación, sola y a oscuras, con un furioso ataque de ira contra mí porque hoy le han dicho que Deb vive a lo grande, con postizos negros y diciendo cosas malas de su señora; es muy razonable que le moleste, pero Dios sabe que yo no sé nada de ella, ni lo que hace ni lo que ha sido de ella, aunque El sabe que mi diablo está dentro y me gustaría saberlo si pudiera. Sin embargo, espero que Dios me impida hacerlo, pues no me fío de mí si lo supiera. Entonces, con algunas palabras fuertes, con otras cortantes y otras graves conseguí tranquilizarla y ponerla de buen humor, pobrecilla. Me alegré de ello, pues veo que nadie puede ser más feliz de lo que yo podré serlo con ella. Sin embargo, en su pasión me dijo algo que me irritó toda la noche: que esto había hecho que se decidiera a despedir a la criada atractiva y contratar a otra llena de viruela, lo que me molestó, aunque no dije nada.

13 de marzo

Estuve toda la tarde trabajando hasta la noche, cuando por error vinieron mi prima Turner y sus dos hijas a tomarse conmigo unas anchoas y jamón, confundiendo la cena con la comida, que era cuando las esperaba. Sin embargo, como había terminado mi trabajo antes de que llegaran pude estar de buen humor con ellas. Pero lo que me divirtió, tanto a mediodía como por

la noche, es la ocurrencia de haber sido nombrado capitán de uno de los barcos del Rey, pues el señor Wren me ha enviado hoy la comisión como capitán del *Jerzy*, con el fin de incorporarme a un Consejo de Guerra que investigará la pérdida del *Defyance* y otras cosas: esto me proporciona motivos para mucha diversión y puede resultarme útil. Al menos ganaré algo de dinero mientras lo soy, pues está hecho para que pueda sentarme en el tribunal. Se quedaron hasta las ocho de la noche y mi esposa me leyó, marchándome a la cama de muy buen humor, excepto por mis ojos.

15 de marzo

Llegue a casa muy contento por lo que he descubierto hoy, pues tengo casi lodo lo que deseo para la historia de la Armada desde 1618 hasta 1642, cuando riñeron el Rey y el Parlamento.

16 de marzo

A mediodía, a casa; mi esposa y Jane han salido con Tom a comprar cosas para su boda, la cual, después de hablarlo anoche, será el 26 de este mes, el día de la conmemoración de mi operación de la piedra. Después de comer salimos a Woolwich, donde creo que no he estado desde hace más de un año o dos. Mi objeto era hablar con Ackworth[7] de cosas y sucesos antiguos para lo que es mi gran asunto ahora: la historia de la Armada. Hablé con él y en conjunto observé que en los últimos tiempos su gestión no ha sido más económica que la nuestra, junto a otras cosas que me agradan. De allí a Deptford, pero no me quedé, y a casa y a la taberna del Barco, donde esperé a que W. Hewer recogiera a su tío Blackborne[8] para hablar de la Armada en los tiempos recientes: me dio un relato muy preciso, por escrito, de los distintos cambios del Almirantazgo y la Armada, con las personas allí empleadas desde que el Rey [Carlos I] abandonó el Parlamento hasta el regreso de su hijo [Carlos II].

18 de marzo

A casa a comer, donde mi esposa está muy bien vestida por una criada que ha tomado y que va a venir cuando se vaya Jane, la misma que el otro día me dijo que era muy atractiva. Por tanto tenía ganas de verla, pero no lo conseguí hasta después de la comida. Es una criada muy correcta, linda pero no tanto;

aunque tiene un tono de voz muy agradable y habla bien, sus manos son muy grandes y feas. No obstante, se viste bien con buenas ropas. Creo que me resultará agradable.

20 de marzo

Toda la mañana reunido en la oficina; luego a casa a comer y de vuelta al trabajo hasta tarde. En casa, encantado con las noticias que me han traído esta noche: el Rey y el duque de York han regresado esta tarde a la ciudad y nada más llegar han enviado una orden a la Torre para liberar a *sir* W. Coventry, lo que me hace concebir esperanzas de que durante esta ausencia se haya logrado algún acuerdo entre el duque de York, Buckingham y Arlington. A casa a cenar y a la cama.

21 de marzo

Howe viene a comer conmigo a casa y me pide prestadas quinientas libras para comprarle una plaza de Jefe del Registro de la Propiedad a *sir* R. Piggott. Le doy una respuesta cortés, pero lo pensaré bien, sobre todo por los cambios que se esperan en la Armada, lo que no hace aconsejable repartir el poco dinero que tengo más de lo que he hecho hasta ahora; Dios sabe cuál es mi situación, va que no me he ocupado de ello y no puedo saber el estado de mis cuentas, lo que me preocupa mucho. Al marcharse, a escribir mi diario de la semana. Han llegado noticias recientes de que los argelinos se han apropiado de trece mil libras en dinero de uno de nuestros barcos de la Compañía de la India Oriental que iba hacia allá, lo que con seguridad hará que la guerra dure. Lamento que siendo tan pobres como somos, nos hagan pedazos.

22 de marzo

En pie, y por el río con V. Hewer a Whitehall a despachar con los lores del Tesoro, pero antes pasé a ver a *sir* W. Coventry en su casa, donde, bendito sea Dios, ha regresado. Sin embargo, me lo encontré de camino y me llevó en su coche a Whitehall. *Sir* W. Coventry me dijo que iba a visitar a *sir* J. Trevor, que ha sido amable con él, y me mostró una lista de todos los amigos a los que debe ir a ver esta semana, pues le visitaron a él en la Torre.

29 de marzo

Arriba, y por el río a Whitehall; allí a ver al duque de York, a dejarme ver después de mi viaje a Chatham, pero no hice nada hoy. Solo fui a ver a *sir* T. Clifford, a quien di las cuentas que había requerido, que le gustaron mucho. Luego hablamos de la Armada, bien de mí y mal de la estructura, expresando lo que piensa: que *sir* J. Mennes es demasiado viejo, igual que el coronel Middleton, y que lord Brouncker está demasiado ocupado con sus matemáticas. No le animé demasiado a criticar a mis compañeros pero defendí la estructura, diciendo que los defectos de nuestra oficina no se debían a ella, sino a los fallos de las personas en cuyas manos estaba el trabajo. Después a casa, y tras la comida, por el río con Tom a Greenwich; por el camino me leyó las anotaciones del antiguo manuscrito del duque de York sobre la Armada, que he encuadernado y están muy bien. En Greenwich fui a casa del capitán Cocke, llena de gente por el entierro de James Temple, que parece murió hace ya cinco días. Me regalaron un buen anillo, que le di a mi esposa cuando llegué a casa. Se habla mucho de la reciente actitud del Rey contra las reuniones de puritanos, y de si con su regreso conseguirá el duque de Buckingham darle la vuelta al Rev, lo que le haría muy popular: algunos creen que lo tiene planeado para mostrar su capacidad de convencerle. Hoy ha venido la nueva doncella, que está en la habitación de Jane, pues esta y Tom duermen esta noche en su propio alojamiento. La nueva se llama Matt y es muy bonita, así que cuando estaba en la cama el pensar en *ella* me hizo *para hazer* con *mi mano*. Hoy también se marchó nuestra cocinera Bridget, lo que lamenté, aunque al marcharse hemos descubierto que es una ladrona, y eso hace que me moleste menos.

31 de marzo

Arriba, y por el río a hablar con *sir* W. Coventry sobre la Armada, diciéndome lo que tendría que recomendarle al duque de York en estos momentos. Después de hablar mucho tiempo salimos al parque de St. James, y allí tuve miedo de que me vieran con él (todavía no tiene permiso para besar la mano del Rey y me dicen que se toma buena nota de los que están con él), así que me despedí con la excusa de asistir a un Comité de Tánger. En casa encontré al señor Sheres, a quien observo que mi *moher* habla con mucha amabilidad, sobre todo porque últimamente ha demostrado ser un poeta, y ella

le valora mucho por ello. No se quedó a comer con nosotros. Luego a casa de Danckerts, donde vi los cuadros que nos está haciendo y elegí una vista de Roma en lugar de Hampton Court.

2 de abril

A los aposentos del duque de York, donde estaba citado. Al rato me recibió y estuvimos una hora a solas en su gabinete. Le dije lo que yo y *sir* W. Coventry recomendaríamos respecto a la Armada en estos momentos en que el duque de Buckingham y los demás pretenden hacer cambios: lo mejor para él sería dejar que el Rey tuviera la satisfacción de poner a uno o dos hombres de su voluntad. También le conté brevemente la historia de la Armada en lo que se refiere a nuestra oficina, con lo que quedó muy satisfecho; observo además que es muy reacio a meter gente contra su voluntad, como pasó con los tesoreros, y sobre todo contra la entrada de Child, porque es un comerciante. Por indicación del señor Cooling me traje esta noche de la botica del Rey en Whitehall un agua que dice que le hizo mucho bien a sus ojos, y ruego a Dios que me haga bien, pues por lo que me describe su enfermedad es la misma que la mía, y esto me anima a usarla.

5 de abril

Arriba, y en coche, pues hace mucho frío, a Whitehall, esperando una reunión de Tánger, pero no la hubo, aunque estuve esperando allí toda la mañana. Entre otras cosas pasé un rato con Creed, paseando por el jardín y hablando de la oficina y de la llegada de Child como comisionado: como es amigo suyo, pensé que tendría el detalle de decirme lo que el duque de Buckingham y su facción me tienen preparado, y le pedí que dijera algunas cosas buenas sobre mí. Dice, y le creo, que lo hará, y me parece necesario porque no tengo intención en estos momentos de abandonar mi puesto: incluso puedo hacer algún cambio, si es honorable, por mantenerlo, aunque no lo haré si es abandonando al duque de York. A mediodía viene, citado, el señor Sheres, y los dos a la tienda de Unthank, donde nos esperan mi esposa y Betty Turner. Nos fuimos a Mullberry Garden, donde Sheres nos invitó a un *Oleo* español[9] hecho por un cocinero que conoce que está allí, y que estuvo con milord en España. Lo hizo sin otra compañía y estuvo muy bien: el *Oleo* es un plato excelente, nunca vi nada mejor. Esto y su conversación sobre España, describiendo El Escorial, fue un festín estupendo. Hoy vino una

criada nueva, pero todavía no sé cómo se llama, y de cocinera, desde que se fue Bridget, hemos tenido una negra del señor Batelier (Doll), que cocina muy bien la carne y nos agrada mucho.

9 de abril

En pie, y por el río a Whitehall; con la oficina a despachar con el duque de York, y nos acompaña *sir* T. Alien (que vino anoche): se decide que se envíe otra flota al Estrecho con él al mando. No obstante, su regreso a casa es muy criticado por los comerciantes, por haber dejado sus barcos allí [en España] a merced de los turcos, pero sobre esto hay más en mi Libro Blanco[10]. En Westminster Hall aproveché para pasarme por casa de la señora Martin, la primera vez que estaba con ella desde que su esposo se hizo a la mar, creo que hace ya un año, pero yo ahora ***hazer con ella lo que quise.

11 de abril, día del Señor. Día de Pascua

Después de comer, con mi esposa y Balty en coche a ver a Looten, el pintor de paisajes, un holandés que vive en el mercado de St. James. No vi ninguna pintura buena, pero por casualidad nos llevó a un pintor que estaba en ese momento en la casa con él, un holandés recién llegado, un tal Verelst, que nos llevó a sus aposentos de al lado y nos enseñó un florero que había hecho, lo más bonito que he visto en mi vida: las gotas de rocío colgando de las hojas estaban tan bien que tuve que poner mi dedo varias veces encima para comprobar si mis ojos me engañaban o no. Pide setenta libras por él y yo tuve la vanidad de ofrecerle veinte, aunque es el mejor cuadro que he visto en mi vida, digno de viajar veinte millas para verlo. Después de dejar a Balty fui con mi esposa a St. James y la llevé a la capilla de la Reina, la primera vez que lo hacía. La música era excelente, pero no tanto como la que por accidente oí ayer cuando cruzaba el parque para ver a *sir* W. Coventry, lo que olvidé anotar en el diario. Luego al parque, mi esposa y yo; *sir* W. Coventry nos vio por primera vez en nuestro propio coche, y lo mismo el duque de York esta noche, fijándose mucho en mi esposa. No obstante, tengo dudas sobre si puede serme perjudicial que me vean tanto con mi coche en estos momentos. Luego a casa, y por la noche a mi despacho, donde anoto mi diario de los últimos catorce días con la ayuda de mi tubo en el ojo izquierdo; es tanto que espero no volver a retrasarme, pero lo mal que tengo el ojo me obliga a ello. Luego a casa, a cenar y a la cama.

13 de abril

Con W. Hewer por el río a Whitehall. Entre otras cosas, tenía que buscar al señor May para cancelar la comida con él de mañana, pero allí, estando con él en el Patio, vi a Deb, lo que me puso el corazón y la cabeza en acción. En el momento no pude contenerme y mandé a Hewer a buscar al señor Wren (sé que Hewer la vio, pero no sé si vio que yo la había visto, y no sé si sospechó cuando le hice marchar), pero no pude resistirme a mi corazón. La seguí: iba con dos mujeres y un hombre, gente más normal, y ella con sus ropas de antes. Después de seguirla un poco los encontré en el vestíbulo de la capilla, abajo. Vi que intentaba evitarme, pero hablamos y conseguí que me dijera dónde vive. Le pedí que no dijera nada de que la había visto, lo que me prometió, y así, con mi corazón lleno de sorpresa y confusión, me alejé. A casa con mi esposa, que ha regresado de Deptford. Pero, Dios me perdone, no sé cómo sacar confianza para hablar como si fuera inocente, después de lo que me ha pasado con Deb, aunque Dios sabe que ha sido solo por accidente. Pero mi gran dolor es que Dios Todopoderoso no me permita encontrar a esta chica, a la que de verdad amo, con un mal amor, aunque ruego a Dios que me conceda la gracia de tolerarlo.

14 de abril

Después del teatro salí con mi esposa al parque, pero como era muy tarde nos fuimos a ver a los Creed, a los que encontramos solos en su nueva casa, donde nunca había estado antes. La casa es bastante bonita, pero no veo que tengan intención de tener coche. Nos tratan como a extraños, como es la moda, sin nada de beber o comer, algo que estropeará nuestra relación con ellos porque nosotros seguimos con la vieja familiaridad y amabilidad inglesas con todos nuestros amigos.

15 de abril

Arriba, y a la oficina, y de allí, antes de reunirnos, a Aduanas con W. Hewer, pero encontré la forma de ir al Temple a por unos asuntos. Siguiendo las indicaciones de Deb le dije a mi cochero que fuera hacia Jewen Street, y mientras yo me quedaba en el coche en Aldgate Street preguntó si su tía, la señora Hunt, estaba en la ciudad. Me trajo la respuesta de que no: esto me pareció todo lo que podía hacer por el momento y me marché, molesto.

Tenía que ir a la oficina y allí estuve toda la mañana, aunque cuando iba hacia allá vi a la señora Bagwell, que me dio en mano una nota pequeña invitándome a verla este mediodía en Moorfields, así que cuando acabó la oficina, como mi esposa estaba invitada a comer en casa de la prima Turner, fui allí. La vi y hablé con ella, pero como era fiesta aquello estaba lleno de gente, por lo que nos separamos dejándolo para otra vez. De allí me marché a Jewen Street, sabe Dios que mi cabeza me llevaba allí y no me pude detener. Cuando bajaba Holburn Hill por el conducto vi a Deb subiendo la colina a pie; me vio pero no se paró, y parecía no querer hablar conmigo. Me bajé y la seguí, alcanzándola al final de Hosier Lane, en Smithfield. Sin parar en la calle le dije que me siguiera, llevándola a una pequeña cervecería; allí empecé a hablar y *besar la* y *tocar su mamelles*, pero ella muy tímida y espero que recatada; sin embargo, aunque con gran esfuerzo, *hazer ella con su* mano *tocar mi* cosa. Le di veinte chelines en un papel y acordamos vernos en el Hall de Westminster el lunes próximo. Así, con gran esperanza por su comportamiento de que siga recatada y honrada, nos separamos.

18 de abril, día del Señor

En pie, y toda la mañana hasta las dos en mi oficina redactando mi disertación sobre la administración de la Armada con Gibson y Tom. A Whitehall, donde nos reunimos todos y lo firmamos; de allí a casa de lord Arlington, donde estaban el duque de York, el Rey y el príncipe Rupert junto a Ormond y los dos secretarios; al rato el señor Williamson leyó nuestro documento, que estaba en una carta al duque de York encuadernado con el libro de Instrucciones del duque de York. Lo leyó bien, y al terminar, sin decir nada, nos hicieron salir. Después nos llamaron de nuevo y no dijeron nada de ese asunto, sino que pasaron a otro y nos retiramos, dejándoles debatir sobre nuestro suministro de dinero. Yo me quedé hasta que se levantó la sesión del Consejo y fui a ver al duque de York, que me dijo que habían dejado el libro con lord Arlington, para que lo vean todos los lores que lo deseen y para que presentaran y entregaran al Rey por escrito lo que tuvieran que decir respecto a cualquier parte.

Arriba, y con Tom (a quien en presencia de su esposa le hemos dicho esta mañana que le vamos a dar cuarenta libras a él y veinte a ella para que se instalen en el mundo, y que mi esposa le dará a ella otras veinte libras, para que tenga tanto como él para empezar) en coche a Whitehall y a Westminster Hall, donde estuve paseando desde las diez hasta pasadas las doce. Esperaba

encontrarme con Deb, pero no sé si es que vino antes y se marchó al no verme, o que no ha venido porque no tiene intención de verme (si es esto me agrada, porque muestra mucho recato y eso me gusta mucho). Como no aparecía y estaba cansado de andar volví a casa, y después de comer salí de nuevo a Westminster Hall, donde vi a Doll Lane, ahora señora Powell, como quiere que la llamen, y fui a casa de su hermana Martin, la primera vez que estoy allí en estos ocho o diez meses, creo. Su hermana se ha ido a Portsmouth a ver a su esposo y me quedé hablando y bebiendo con Doll y *hazer ella para tocar mi* cosa. De allí a Whitehall, donde cogí mi propio coche, que acababa de llegar, y a casa a trabajar. Llegó mi esposa y hablamos y cenamos sin que nada indique que haya descubierto lo que ha pasado últimamente entre Deb y yo, y con gran satisfacción, a la cama.

20 de abril

A mediodía viene mi invitado, el señor Hugh May, y con él *sir* Henry Capell, hijo del viejo lord Capell, y el señor Packer. Les ofrecí una comida muy buena y la conversación fue estupenda, tanto antes como después de comer. Les enseñé mi gabinete, mi oficina y cómo está organizado, y les gustó mucho. La conversación, varonil, fue extraordinaria, con la oportunidad de mostrarme y de aprender de otros que no he podido tener en otras conversaciones normales en mi vida, pues son todos ellos personas de valía, sobre todo *sir* H. Capell, que como parlamentario oyó mi discurso, y según me cuenta May le hizo desear conocerme y hablar conmigo. Por la tarde fuimos al antiguo terreno de Armamento que hay cerca de Spittafields, donde no había estado antes, invitados por capitán Deane a ver la prueba de su nuevo cañón, que por lo corto y grande que es le llaman *punchinello*. Después de ver la prueba nos separamos y acompañé a mis invitados a un coche, mientras que yo y el capitán Deane cogimos otro. Hablamos por el camino de su invento y me ofreció una tercera parte de los beneficios, que por lo que sé y pienso ahora puede ser una cantidad considerable, pues el Rey puede darle una recompensa si se lo queda, o damos un permiso para que los obtengamos nosotros. Sin duda puede ser de mucho provecho para comerciantes y otros el disponer de cañones de la misma potencia con la mitad de carga. Hablamos de eso y de otras cosas de la Armada en general, y entre otras me dijo que ha oído que el duque de Buckingham me tiene rencor, lo que ya sabía y no le doy importancia. También que *sir* T. Alien no es amigo mío, aunque no me preocupa mucho porque sé que soy tan útil que creo que no se desprenderán

de mí. Agradezco a Dios que mi situación sea tal que pueda retirarme y poder vivir con comodidad, aunque no con abundancia.

21 de abril

Después de comer, por el río a Whitehall, donde el duque de York nos recibe a la oficina y nos acompaña ante los lores comisionados del Tesoro. Tratamos sobre el balance económico que he preparado y sobre los planes y gastos para este año: les dejó satisfechos y convencidos de la necesidad de proporcionamos más dinero, si es posible. De allí, tras marcharse el duque de York, me quedé paseando con *sir* H. Cholmley y hablamos de las novedades: me dice que ahora el plan del duque de Buckingham es evitar que se reúna el Parlamento, ya que no puede conseguir que el Rey lo disuelva, pues es posible que el Rey no lo necesite. El motivo es que se espera que venga lord St. Albans con una oferta [francesa] de un millón para comprar nuestra ruptura con los holandeses: creen que esto puede tentar al Rey a coger el dinero y así no necesitar convocar de nuevo al Parlamento. Sin embargo piensa, y yo también, que pelearnos de nuevo con los holandeses sería nuestra ruina.

23 de abril

A mediodía a la tienda de Unthank, donde había quedado con mi esposa, y al Teatro del Rey, donde vimos *The Generous Portugal*, una obra que cada vez que la veo me agrada más, y agradezco a Dios que no me hace tanto daño a los ojos como pensaba. Por casualidad nos encontramos al señor Sheres, y no pude evitar sentirme molesto por lo encantada que está mi esposa cuando habla y está con él. Sin embargo, se vino con nosotros a la Lonja y me ayudó a elegir un traje de verano de camelote de color, un abrigo y pantalones.

24 de abril

En pie, y a la oficina toda la mañana. A mediodía a comer a casa con el señor Sheres, que estaba invitado. Me molestó que mi esposa estuviera tan preocupada porque la comida le pareciera buena. Sin embargo no veo motivos para preocuparme, pues es un hombre muy educado y me parece digno. No obstante, creo que todo esto implica que me descuida un poco. Después de comer, al Teatro del Rey, y muy ocupado hasta tarde en mi oficina. Luego a

casa a cenar y a la cama, muy contento esta noche porque Lead, el fabricante de máscaras, me ha traído a casa una con un tubo sujeto en ella; espero que sirva en gran medida para aliviar mis ojos.

26 de abril

En la verja del Temple observé a Deb con otra señora. Deb me guiñó un ojo y sonrió, aunque sin ser descubierta, y me alegré de verla.

28 de abril

Arriba, y viene a verme *sir* H. Cholmley a hablar de unas cuentas suyas de Tánger. Me dice que casi se ha llevado a cabo lo que pretenden el duque y la duquesa de York, la Reina Madre y lord St. Albans junto con algunos de la facción contraria, como lord Arlington: que por una cantidad de dinero nos aliemos con el rey de Francia. Dice que en esto también está implicado el lord Canciller, y cree que al hacerlo intenta entrar de nuevo. Piensa que esta cantidad de dinero permitirá al Rey no necesitar al Parlamento, y que en esto tiene el apoyo del duque de Buckingham y su facción, que le temen. Sin embargo, por eso mismo debemos romper con los holandeses y me temo que esto nos destroce. *Sir* H. Cholmley dice que *sir* W. Coventry opina lo mismo. *Lady* Castlemaine ha desempeñado un papel importante en esto, y opina que nunca ha sido tan influyente con el Rey como ahora. Sin embargo, esto volverá locos al Rey y al Parlamento y nos llevará a la ruina, pues con este dinero el Rey desperdiciará más su tiempo en placeres, sin pensar en lo que es importante hasta que sea demasiado tarde. Esta mañana el señor Sheres me envió la historia de España en dos volúmenes de [Juan de] Mariana, en español**[11]**, un libro excelente, y le estoy muy agradecido.

30 de abril

Arriba, y en coche a mi constructor de carruajes, donde encuentro a muchas grandes damas sentadas en el cuerpo de uno que debe estar terminado para mañana: eran la marquesa de Winchester, Bellasses y otras grandes señoras, y estaban comiendo pan y mantequilla y bebiendo cerveza. A mi coche lo han puesto ya de plata, pero todavía no tiene barniz, por lo que les dije que lo hicieran y me fui a otros asuntos: especialmente a ver a *sir* W. Coventry, con el que hablé bastante tiempo con mucho placer, y a mi

sastre y a comprar un cinturón del color de mi traje nuevo que me costó cincuenta y cinco chelines. Cuando estaba allí me dijeron que la señora de la casa, una anciana con sombrero, tenía un agua muy buena para los ojos: me la puso y los ojos me escocieron terriblemente; me llevé un frasco pequeño, que espero usar y que me haga bien. Luego fui al cuchillero, y le regalé a Tom, que estuvo todo el día conmigo, una espada que me costó doce chelines y un cinturón mío; ya tengo la mía con mango plateado para mañana. Esta mañana visité al señor Oldenburgh y contemplé los instrumentos para perspectivas diseñados por el doctor Wren, que ahora está haciendo Browne, y me encantan[12]. A mediodía vino mi esposa a verme al sastre y la mandé a casa; yo comí en los Pilares de Hércules con Tom. Después seguí con los recados, sobre todo al barnizador de los grabados, que ya están pegados a los tablones, muy a mi gusto. De allí al de los marcos, un tal Norris de Longacre, que me enseñó diversos modelos para elegir. Al terminar, al constructor de carruajes, donde me enfadé al ver que eran las tres y no habían hecho nada. Me quedé hasta las ocho de la noche y vi cómo me lo pintaba el barnizador: es muy bonito cómo a cada pasada se va poniendo más amarillo, y al sol se seca casi al instante. Ahora hacen casi todos los coches así, y es bonito cuando se hace bien, no tan claro como lo hacen algunos para que se destace el plateado. Invité a los obreros a tomarse algo y me lo limpiaron y engrasaron. Cuando estaba entre unos pobres en un callejón les oí llamar punch a un niño gordo, y me agradó mucho ver que esa palabra se usa ahora para todo lo que es corto y grueso. De noche a casa, donde veo que mi esposa ha estado lavándose para mañana. Aunque era tarde hice que mi cochero fuera con los caballos a traerse el coche esta noche. Cenamos, estando yo muy cansado de tanto andar y estar de pie para que todo sea estupendo mañana, y a la cama, Dios lo bendiga.

1 de mayo

Vino mi sastre y me puse por primera vez este año un traje de verano: no era el bueno con chaleco de flores y casaca de camelote, que era demasiado fino con el bordado dorado en las mangas y no quería que me vieran con él, sino el que me hice el año pasado, que está arreglado. Me fui con él a la oficina, aunque el día se estaba estropeando. A mediodía a casa a comer, y mi esposa estaba extraordinaria con el vestido de flores que se hizo hace dos años, ahora muy bien bordado, y mar decidida a salir aunque el día seguía empeorando. Insistió en que me pusiera mi traje bueno, lo que hice, y

enseguida salimos. Cruzamos Londres con las nuevas libreas de sarga; los caballos llevaban las crines y colas atacas con lazos rojos; los estandartes iban dorados con barniz y todos limpios. La gente nos miraba, y la verdad es que no vi ningún coche más bonito y alegre que el nuestro en todo el día. Sin embargo, nos enfadamos: yo porque Betty, a la que esperaba, no vino con nosotros, y mi esposa porque yo me senté a su lado, lo que no le gustaba por lo bonita que iba. Esperaba encontrarse con Sheres, y lo hicimos en Pall Malí. Contra mi voluntad tuve que cogerle en mi coche, aunque estuve muy hosco todo el día, poco sumiso. El día también era poco agradable, aunque el parque estaba lleno de coches: hacía viento y frío y había polvo, y de vez en cuando llovía, y lo peor es que había tantos coches de alquiler que no se podían ver bien los de los caballeros, por lo que disfrutamos poco.

4 de mayo

Arriba, y a la oficina. Mi esposa se fue en el coche a ver a su madre en Deptford, y yo, antes de que se reuniera la oficina, a Aduanas. Desde allí, estando solo, pasé por Duck Lane e intenté mandar a un portero a preguntar por Deb, pero no me fie de él. Cogí un coche y al final de Jewen Street, cerca de Red Cross Street, envié al cochero a sus aposentos. Me enteré de que se había ido a Greenwich, a casa de una tal Mary, una curtidora, de lo que me alegré, pues tenía esperanzas de poder encontrarla allí. Así, con mucho miedo de que me vieran, a la oficina, donde pasé toda la mañana. Comí en casa y enseguida llegó mi esposa, que creo estaba celosa de cómo había pasado el día, pero tuve suerte de estar allí, porque si hubiera encontrado a Deb habrían sido cuarenta probabilidades contra una de no estar en casa, Dios me perdone. Por la tarde en la oficina, y por la noche paseando con mi esposa en el jardín, acompañados por lord Brouncker, que se ha instalado en los aposentos de W. Penn. Al rato vino el señor Hooke y los tres nos fuimos a los aposentos de lord Brouncker a hablar de muchas cosas estupendas de ciencia natural, para gran satisfacción mía. A casa, a cenar y a la cama.

5 de mayo

Pensaba ir con lord Brouncker a casa del señor Hooke esta mañana, pero se ha puesto malo de la gota y dice que son sus nuevos aposentos los que le han infectado, pues hasta ahora no había tenido ningún síntoma. Fui andando a Gresham College a decirle al señor Hooke que Brouncker no podría venir y

dejé recado, pues no estaba. A St. James, y de allí con el duque de York a Whitehall. A mediodía con *sir* T. Alien, *sir* E. Scott y lord Carlingford a casa del embajador español, donde comía por primera vez: el *Oleo* no era tan bueno como el de Sheres. En la mesa estaban él [el embajador] y una condesa española, una buena dama agradable e ingeniosa, tres padres y nosotros. La conversación fue buena y agradable. Estaba allí un profesor de Oxford, vestido como Doctor en Leyes[13], para despedirse de parte del College ante su regreso a España. Este hombre estuvo sentado como un tonto por su falta de francés y español, hablando solo en latín con uno de los padres como lo hacen los ingleses[14]. Al poco nos pusimos a hablar y todos se divirtieron mucho cuando defendí a Cambridge frente a Oxford; me gustó mucho practicar mi francés y mi español.

8 de mayo

Arriba, y a la oficina, donde viene a verme Lead con mis viseras terminadas, con lentes que se pueden poner y quitar a voluntad. Le pagué quince chelines por los últimos arreglos que les ha hecho y espero que me alivien mucho. Toda la mañana en la oficina, y hoy por primera vez me cambié de lado en la mesa, después de más de ocho años sentándome junto al fuego, pero es que ahora no aguanto la luz de las ventanas en mis ojos. Estuve mucho más a gusto que en el otro lado y en invierno el fuego no me molestará en la espalda. Viene mi librero y me trae a casa, encuadernados y reunidos, todos mis documentos sobre el discurso al duque de York de agosto, lo que me alegra; pienso que esto hará más por mí en muchos años que cualquier otra cosa que he hecho en mi vida, y lo valoro mucho tanto por mí como por el Rey. Al poco viene Browne, el fabricante de instrumentos matemáticos, que me trae mi aparato para la perspectiva hecho según la descripción del doctor Wren en las últimas *Transactions*. Creo que lo ha hecho muy bien, que me servirá y me gustará mucho, aunque pienso que casi todo lo que puedan ver mis ojos está perdido.

10 de mayo

A las tres me molestó mi esposa al llamar a la criada y levantarse ella misma para salir en coche a recoger rocío de mayo. Me preocupó por si le pasaba algo saliendo tan temprano, pero me dormí otra vez y regresó a casa sobre las seis, volviendo de nuevo a la cama. Con mi chico Jack a ver a lord

Crew, a quien no he visto desde que enfermó, hace ya ocho meses. Estaba con él un desconocido, un caballero del campo, y le agradó nuestra conversación sobre el declive de las familias de caballeros en el campo, diciéndonos que la antigua regla era que una familia que viviera a cincuenta millas de Londres duraría cien años; si vivía a cien millas, doscientos años, y así, según la distancia o cercanía de Londres, más o menos años. También nos contó que había oído a su padre decir que en su época era tan extraño que un caballero del campo viajara a Londres que cuando lo hacía solía redactar su testamento antes de salir. De allí a St. James y estuve hablando con el duque de York, que me dijo muy satisfecho que cree que ahora puede controlar a nuestros adversarios, porque el Rey le ha dicho que está conforme con la constitución de la Armada y que está bien que se le dé a esta gente permiso para presentar objeciones. Como no lo han hecho, le ha dado instrucciones al duque de York para que *sir* Jeremy Smith sea nombrado comisionado de la Armada en sustitución de Penn: aunque es un hombre impertinente, me alegro, porque se demuestra que el otro bando no es tan fuerte como era; el duque de York me dice que están perdiendo terreno día a día y que se ocuparía de mantener fuera a Child. De todo esto me alegro, pero no me atrevo a pensar que esté seguro. Estuve paseando un rato con Creed, que me dijo lo bonitos que son mis caballos y mi coche y me recomendó que evitara hacerme notar demasiado. Esto me molestó, porque era algo que me temía. Povey también me habló del encaje de oro en las mangas que llevaba ayer en el parque, y también me molestó; decido no volver a aparecer en la Corte con él, y que me lo quiten.

12 de mayo

Después de comer, con mi esposa al Teatro del Duque. Nos sentamos en un palco lateral enfrente de la música, donde oí, pero no vi, una obra nueva que estrenaban, *The Roman Virgin*, una obra antigua[15] que me pareció muy corriente. Sin embargo, el dolor que las velas causaban en mis ojos casi me mataba. De allí a casa de lord Sandwich, y a la mía, donde encontré a mi hermano John, que había venido de Ellington. Me dijo que mi hermana está embarazada de hace tiempo. No sé si me molesta o me agrada, porque no me importa que los míos los tengan, aunque me gustan los de otra gente.

14 de mayo

Arriba, y a St. James a ver al duque de York y de allí a Whitehall, donde nos reunimos. A mediodía con el señor Wren a Lambeth, con el arzobispo de Canterbury, la primera vez que estaba allí, lo que deseaba desde hacía tiempo: una casa muy noble, bien vestida con muebles y pinturas y gente importante allí presente, aunque era un día normal. El obispo muy amable conmigo, diciéndome que fuera a verle otra vez que hubiera menos gente. Cuando casi todos se habían ido y yo me marchaba, oí que iban a dar un sermón y me quedé. Pensaba que sería algo serio, pero un caballero me dijo que era una burla de un tal Corneta Burton, que se puso a predicar detrás de una silla imitando a un presbítero escocés, como nunca lo había oído, imitando perfectamente todos los gestos y voces; el sermón criticaba a los obispos y elogiaba al buen lord Eglington[16], lo que hizo reír a todos. A mí me sorprendió que el obispo se prestara a estas bromas, aunque observé que se le presentó como algo extraordinario. Tuvo cuidado de que la puerta de la sala estuviera cerrada, aunque había cerca de veinte caballeros allí, y me agradó mucho la novedad. Volví a Whitehall y por los pasillos me encontré con *sir* T. Osborne, que por propia voluntad empezó a hablar conmigo expresando muchas veces su aprecio y respeto, diciendo que todas las virtudes de la Armada se debían a mí, y que nadie en Inglaterra sería más adecuado para la plaza de Controlador que yo cuando se excluyera de la misma a *sir* J. Mennes, lo que consideraba ya necesario, aunque claro, no sabría encontrar a un hombre para ocupar mi puesto. En la conversación, aunque no pensaba en el otro cargo, dije que Tom Hayter sería el mejor del mundo para mi puesto, de lo que tomó buena nota. En conjunto me fui muy satisfecho, pues me vi un cincuenta por ciento más seguro en mi puesto de lo que pensaba antes.

16 de mayo, día del Señor

Mi esposa y yo a la iglesia, y nuestro banco ocupado con la señora Backwell y otros seis que venían con ella (me irrita esa confianza). Comí en casa, y toda la tarde redactando un borrador de la solicitud que voy a hacerle al duque de York en relación con mis ojos: pedirle un permiso de tres o cuatro meses fuera de la oficina, escribiéndolo como para dar justificación a un viaje al extranjero; queda bastante a mi gusto.

19 de mayo

A Whitehall, donde atendí al Rey y a la Reina durante la comida en los aposentos de la Reina, que llevaba un pichi blanco y un delantal, como las mujeres embarazadas, y parecía así de sencilla más elegante que cuando va mejor vestida. Al rato, terminada la comida, salí a la galería a esperar que saliera el duque de York. Al encontrarme allí el señor May cerca de las cuatro, me llevó a los aposentos del señor Chevin e hizo que me trajeran un plato de pollo frío y buen vino; comí como un príncipe, con lo hambriento que estaba. Al poco vino el duque de York, que enseguida me llevó a su gabinete y recibió mi solicitud. Habló sobre mis ojos, se compadeció de mí y con mucha amabilidad me dio permiso para ausentarme, aceptando mi solicitud de ir a Holanda para observar cómo se hacen las cosas allí en la Armada, pero primero debía pedir permiso al Rey. Lo hizo al momento y regresó diciendo que el Rey «sería un buen jefe para mí»: le gusta que me vaya a Holanda, pero me recomendó que nadie supiera que iba allí y que fingiera que iba a otra parte del país, lo que me agradó.

20 de mayo

Ayer al regresar a casa descubrí que mi esposa había despedido de repente a Matt a consecuencia de una riña. Me parece que mi esposa le dijo de todo, por lo que ella misma me contó. No quise decir nada, sino que lo dejé pasar. No obstante no lo lamenté, porque ahora queremos conseguir una que hable francés para venirse al extranjero con nosotros.

24 de mayo

A Whitehall, toda la mañana allí, y a casa. Estuve dando algunas instrucciones sobre el trabajo, puse a mi hermano a hacer un catálogo de mis libros y volví a Whitehall. Allí me presenté ante el duque de York y me condujo ante el Rey, que expresó su condolencia por lo de mis ojos y deseos de que me recuperara: en consecuencia, manifestó no solo su asentimiento a mi deseo, sino que me ordenó que descansara este verano, en conformidad con mi solicitud al duque de York.

31 de mayo

Arriba muy temprano, y seguí toda la mañana repasando mis cuentas con W. Hewer para prepararme para salir al extranjero, lo que la mala situación de

mis ojos y mi descuido en los últimos dos años me ha hecho retrasar y dificulta mucho ahora, dándome muchos problemas para resolverlas; sin embargo, hoy tuve un buen comienzo. Comí en casa, y por la tarde a Whitehall pasando por casa de Michell, donde hasta el otro día había estado mucho tiempo ausente. Su madre estaba allí, pero sabía que su esposo no se hallaba en la ciudad, y allí *yo besar ella*, pero no tuve oportunidad *para hazer mas* con ella. De allí a una nueva reunión con el duque de York en Whitehall sobre el trabajo de ayer, en el que avanzamos mucho. Pasó mi esposa a por mí y nos fuimos al parque, con Mary Batelier y un caballero holandés amigo de ella. De allí al Fin del Mundo, una casa de bebidas junto al parque, donde estuvimos muy a gusto, y a casa tarde.

Y así acaba todo lo que me temo que pueda hacer con mis ojos en el seguimiento de este diario, pues no puedo seguir escribiéndolo, ya que hasta ahora me los he destrozado cada vez que he cogido la pluma; por tanto, pase lo que pase, tengo que parar. Por ello decido que a partir de ahora haré que mi gente lo siga en letra normal, y por tanto conformarme con no anotar más que aquello que sea apropiado que conozca la gente, o si hay algo (y no puede ser mucho, ahora que se han acabado mis amoríos con Deb y mis ojos me impiden casi todos los demás placeres) intentaré dejar un margen amplio en mi libro para añadir allí en taquigrafía cosas de mi propia mano. Y así me someto a un curso que es casi como verme camino de la tumba; el buen Dios me prepare para todas las molestias que me acompañarán cuando esté ciego.

SAMUEL PEPYS (Londres, 1633-1703), era hijo de un modesto sastre londinense, pero su parentesco con *Sir* Edward Montagu, futuro lord Sandwich, le permitió colocarse en un puesto oficial e iniciar desde allí una carrera de funcionario que habría de colmarlo de honores. Llegó a ocupar el cargo de Secretario del Almirantazgo, fue miembro del Parlamento y Presidente de la Real Sociedad. A los veintisiete años comienza la redacción de su diario y lo termina diez años después, obligado por una enfermedad de los ojos que amenaza con hacerle perder la vista. Pepys era un hombre inteligente, estudioso, lleno de una gran ambición y cargado de muchas y muy profundas debilidades. Poseía dos innegables virtudes: la sinceridad ante sí mismo y la capacidad de trabajo. Le interesaban todas las manifestaciones de cultura: la música, la pintura, la literatura, el teatro. Dominaba varias lenguas, vivas y muertas. Tocaba el laúd y componía pequeñas obras. Pero, simultáneamente, y con igual entusiasmo le atraían el dinero, las mujeres, los halagos, el vino y la buena mesa. Los diarios de Sammuel Pepys, constituyen una oportunidad única para contemplar la Inglaterra de su tiempo, y fueron redactados con un sistema de tipografía inventado en 1620 por Shelton, un oscuro profesor londinense. Probablemente si Pepys no hubiese dispuesto de este sistema encriptado de escritura hubiera contenido su sinceridad evitando estampar nombres y sucesos que, de ser conocidos por sus contemporáneos, podrían haberle costado la carrera o la vida. Por eso, sus diarios, una obra

cumbre de la literatura ingles, permanecieron inéditos hasta 1825, fecha en que el reverendo John Smith acometió la transcripción, labor que le llevó tres años.

Notas

[1] En un artículo publicado en el número 44 (marzo de 1881) de *Cornhill Magazine*. <<

[2] La lógica indica que un diario no debe guiarse por la espectacularidad, porque son los hechos ocurridos, la realidad, los que determinan la sustancia narrada. Por la misma razón, tampoco el orden de lo contado es demasiado susceptible de manipulación «artística» más allá del marco diario. <<

[3] A saber: por las mañanas, en la oficina (a veces desde las cuatro o las cinco); visitas a palacio, en el otro extremo de la ciudad, para despachar con alguno de los superiores; paseos por las Bolsas o Lonjas (los dos edificios llamados *Exchange*), visitas a las librerías, comidas, sesiones de teatro, reuniones de comités, tocar música, leer, asistir a reuniones científicas, música, encuentros furtivos con amantes, cuentas y redacción de cartas (a veces hasta las dos o las tres de la madrugada). <<

[4] Otros diez días del mismo año (del 10 al 19 de abril) consisten solo en papeles sueltos con un guión, sin elaborar, junto a cuentas de gastos. <<

[5] De la importancia de este argumento da cuenta el hecho de que Claire Tomalin, autora de una muy exitosa y reciente biografía de Samuel Pepys, eligió la fórmula *El yo inigualado* (*The Unequalled Self*, 2002) para el título de la misma, tomada del mismo ensayo de R. L. Stevenson que he citado ya en dos ocasiones. Añade interés al curioso interés de Samuel Pepys por sí mismo el que, por un accidente del destino, lo que estaba previsto como diario de un mediocre servidor público en un tiempo oscuro se convirtiera en documento de primera mano de un excelente testigo de una época que terminó resultando fascinante. <<

[6] Otro ejemplo de esta peculiar actitud de Samuel Pepys como escritor de un diario se aprecia en la ausencia de descripciones de personas y lugares y explicaciones de contextos de diversas situaciones. Este tipo de elemento discursivo aparece en un diario que se concibe como dirigido a alguien, no en uno en el que el escritor es el amo y señor porque ningún otro ciudadano lo habita. Dejamos sin tratar el misterio de la voluntad de mantener los seis volúmenes del *Diario* intactos y guardados después de su muerte, unidos a la donación de su biblioteca a su Universidad, el Magdalene College de Cambridge. <<

[7] El «primo» Roger antes mencionado era hijo de este Talbot, por lo que en realidad era primo segundo del padre de Samuel Pepys. Existía una rama aún más distante en Norfolk, también iniciada por otro John, tío del anterior John, que se dedicó con éxito al comercio. A ella pertenecían la prima Jane Tumer y su hija Theophila, tan frecuentemente mencionadas en el *Diario*. <<

[8] Es decir, mientras viviera John Pepys tenía derecho a disfrutar de la casa y las rentas de unos terrenos, pero el destinatario era Samuel Pepys. El *Diario* recoge con profusión de detalles los quebraderos de cabeza que la herencia provocó a Samuel, destinatario final de la misma, pues las indemnizaciones que tuvo que pactar con los hijos que la esposa de Robert Pepys había tenido en un matrimonio anterior (los hermanos Jasper y Tom Trice, ambos abogados) se llevaron gran parte de los beneficios, además de provocar un cisma familia. <<

[9] Las ausencias de Edward Mountagu de Londres eran continuas, pues en verano se hacía a la mar como general de la Armada y el invierno lo pasaba con la familia en Hinchingbrooke. Mountagu necesitaba a alguien que hiciera las gestiones y le informara de las novedades (políticas) de Londres. Sin embargo, en 1660 se limitaba a llevarle las cuentas. <<

[10] Se supone que Samuel Pepys empezó a trabajar para Mountagu a finales de 1654, y la boda con Elizabeth tuvo lugar un año más tarde. El tono puramente económico con el que abordó el matrimonio es coherente con el espíritu con que se afrontaba en el período, pues esa era la consideración principal en estos enlaces, concebidos y tratados sin pudor alguno como operaciones financieras o estratégicas: obsérvense en el *Diario* los argumentos en las gestiones de Samuel Pepys para casar a su hermano Tom y a su hermana Paulina (Pall), o la unión entre el hijo de los Carteret y la hija de los Mountagu. De hecho, el conflicto hereditario de Brampton, ya mencionado, provenía de un desacuerdo sobre valoraciones económicas incluidas en el contrato matrimonial entre Robert Pepys y la señora Trice. Respecto a las relaciones de Samuel Pepys con la familia de su esposa, hugonotes franceses de mejor pasado que presente, eran inexistentes, y se limitó a conseguir trabajo a su cuñado Balty. <<

[11] En realidad vivían en aquellos momentos en una de las habitaciones asignadas a Mountagu en el palacio de Whitehall. En 1658 se trasladaron a una vivienda alquilada en Axe Yard. Allí es donde vivía, con su esposa y una criada, al empezar su *Diario*. <<

[12] Se ha sugerido que la piedra podría pesar unos sesenta gramos, y que durante la operación, en la que se hada una incisión de tres pulgadas (aproximadamente ocho centímetros) en el escroto, los conductos seminales fueron dañados, provocando la esterilidad de Samuel Pepys. No era extraño fallecer en estas intervenciones, pues se desconocía la necesidad de esterilizar el instrumental. <<

[13] Tono, por cierto, que encuentra un excelente contrapunto en la cruel caza de responsables del régimen anterior (sobre todo aquellos que intervinieron en el ajusticiamiento de Carlos I). <<

[14] Los cargos principales, además del de secretario de Actas, eran los de tesorero, controlador e inspector. A estos cuatro se añadían tres comisionados, con funciones menos definidas. Las principales funciones asignadas a la Oficina de la Armada (*Navy Board*, no confundir con el Almirantazgo, pues era solo una sección con funciones administrativas) eran cuatro: construcción y reparación de barcos, pago de salarios, avituallamiento y gestión de los astilleros reales. De estos había tres en el Támesis, Chatham (con comisionado residente), Woolwich y Deptford, y eran visitados por los oficiales con frecuencia. En el *Diario* se mencionan también otros más lejanos, como Porstmouth, Harwich y Sheemess. A lo largo de los siguientes años Samuel Pepys obtuvo diversos cargos, tanto remunerados como honoríficos, sobre todo los vinculados a la construcción y consolidación de una plaza fuerte en Tánger, pero el de secretario de Actas siempre fue el más importante en dedicación e ingresos, además del más duradero. Su posición le permitió también algunas iniciativas privadas. <<

[15] Las palabras son del propio duque de York, con ocasión del nombramiento de Samuel Pepys como tesorero del Comité para Tánger. El espaldarazo definitivo a su consagración como funcionario fue su brillante discurso ante el Parlamento en marzo de 1668: su discurso de tres horas defendiendo la gestión de la Armada le hizo famoso y reconocido socialmente, algo inesperado para un funcionario sin mucha repercusión fuera de su propia oficina. Respecto a la casualidad sin méritos, baste recordar que la formación universitaria de Samuel Pepys le había proporcionado un muy notable dominio de idiomas, pero bien poco en otras áreas: resulta llamativo a todo lector ver a todo un secretario de la Armada aprendiendo las tablas de multiplicar (4/7/1662). <<

[16] Son muy numerosas las medidas de control de gasto que se aplicaron por reconocible iniciativa suya, con efectos inmediatos en la actividad de sus propios compañeros de trabajo, a los que sus sugerencias también obligaron a profesionalizarse en cierta medida. Está claro, sin embargo, que parte de su tarea de modernización de la Armada se produjo en el periodo posterior al *Diario*, en la década de los setenta, desde su puesto de secretario del lord Almirante (y en la práctica más lord Almirante que secretario). Durante el periodo del *Diario* llegó a asumir, aunque no simultáneamente, hasta diez cargos y ocupaciones. <<

[17] Además de la duda, hay momentos de auténtico agobio por la proliferación de candidatos rivales al cargo al que aspiraba, y lo largo del proceso de confirmación de la posibilidad. Para colmo, un antiguo antecesor suyo en el cargo llamado Barlow tuvo que ser gratificado con cien libras anuales para que renunciara a exigir su derecho a ser reincorporado al mismo. Cuando el anciano falleció en 1664, liberando así de la sangría anual a Samuel Pepys, este no pudo sino reconocer: «Lo sentí todo lo que puede sentirlo un hombre por un extraño con cuya muerte el otro consigue cien libras al año, siendo un hombre digno y honesto» (9/2/1665) <<

[18] La última vez que hizo un balance de su situación económica, al finalizar el año 1666, afirma tener seis mil doscientas libras en efectivo, además de una amplia vajilla de plata, libros y cuadros. <<

[19] El *Diario* recoge con todo detalle los desgraciados acontecimientos que llevaron a la calda de lord Sandwich: otro asunto de abuso en las comisiones, en este caso una apropiación indebida (por precipitada) de un botín apresado en otoño de 1665. Con una actitud tan eterna, la solución fue desplazar al acusado a un cargo distinto, no necesariamente inferior aunque supusiera un castigo: embajador en Madrid. <<

[20] Obsérvese que no entra en los puntos doctrinales, cita mal de cabeza las Escrituras y parece más preocupado por los aspectos retóricos. La frecuencia con que los sermones le aburren es abrumadora. <<

[21] Lógicamente, alguna «conciencia delicada» puede escandalizarse con hechos como el del 24 de diciembre de 1667, pero se observa fácilmente que Samuel Pepys también aprovechaba las ceremonias religiosas anglicanas para observar y acosar a las mujeres. <<

[22] Lógicamente, el tono que se percibe en las referencias a Dios es muy a menudo rutinario, más convencional que otra cosa, pero resulta chocante su uso para el lector no habituado a esta retórica que requiere aludir a Dios, darle gracias, cuando se habla de dinero. <<

[23] A la faceta puritana William Matthews añade en la introducción a la edición que hizo con Robert Latham otras orientaciones, la del contable, el historiador, y sobre todo la del científico u hombre de cultura, siguiendo el espíritu de Bacon en esto y en la construcción de su brillante biblioteca. <<

[24] Un acontecimiento general y no natural de la historia política de Inglaterra que se apunta en el *Diario* y que no podemos tratar aquí es el de la consolidación de facciones y conciliábulos en la corte que darían lugar más tarde a los institucionalizados partidos políticos. Aunque no sea en apariencia necesariamente catastrófico, algunos analistas de la época inmediatamente posterior, como Jonathan Swift, no podían sino ver más celos y ambiciones personales que dignas prioridades ideológicas en ellos. El retrato que Samuel Pepys hace de los manejos de *lady* Castlemaine, lord Buckingham y otros parece tener menos de «política» que de guerrilla entre orgullosos truhanes. También en esto Pepys parece insensible a la doctrina. <<

[25] Sin embargo, la amenaza de Francia es más aparente que real, pues nunca cristaliza en enfrentamiento armado directo, sino que suele tomar la forma de alianza francesa con otras potencias (como, por ejemplo, Holanda) frente a Inglaterra. Respecto a la otra potencia europea tradicional, España, resulta evidente que la amenaza es bastante menos vital por la crisis de este país: Inglaterra se limita a buscar tratados de paz con la intención de eliminar contenciosos del horizonte, de ganar tranquilidad, pues no hay conflictos reales. Como causa de enemistad posible, en el periodo del *Diario* solo se asiste a la colaboración inglesa en la victoria portuguesa sobre España de Ameixial (1663). <<

[26] La batalla de Lowestoft hubiera podido significar mucho daño para los holandeses si la flota inglesa les hubiera atacado cuando estaban en malas condiciones y en retirada, pero por una decisión caprichosa les dejaron marchar. En la de los Cuatro Días la euforia inicial por la victoria no ocultó, cuando las cifras se fueron conociendo, que los ingleses habían salido peor parados. Aunque algunos responsables de la Armada siguieron insistiendo en la ventaja inglesa, a Samuel Pepys le pareció una derrota en toda regla, y la caza parlamentaria de responsables demuestra la naturaleza del sentimiento inglés al respecto. Por otra parte, la incursión holandesa en el Medway, destrozando importantes barcos de guerra ingleses en sus propios astilleros, se convirtió en una colosal humillación que tocó muy de lleno a Samuel Pepys. <<

[27] Esto es típico en el desarrollo de la epidemia: el final del verano es el momento más alto, por la actividad de las pulgas que la propagan, como demuestran las cifras de septiembre: hasta seis mil en una sola semana. <<

[28] Entre los que huyeron se incluyen, como Samuel Pepys indica con reproche justificado, algunos médicos y su párroco, el señor Mills (16/10/1665, 22/1/1666, 4/2/1666). <<

[29] Un ejemplo de esta actitud «irresponsable» y de su infantil estrategia de autojustificación: el 15 de septiembre de 1665 se va a beber, incumpliendo sus votos, porque ningún médico está presente para recordarle que no debe hacerlo. <<

[30] Principalmente la introducción del ladrillo y la disminución del uso de madera. <<

[31] Aunque no es el objeto principal de este libro, no está completamente de más indicar algunos hechos significativos de su vida posterior: tras conseguir permiso para ausentarse de Inglaterra por motivos de salud, viajó por Francia y Holanda con su esposa durante unos meses, recuperándose de sus problemas de visión, pero antes de acabar el año ella murió repentinamente. Sin embargo, su carrera profesional siguió triunfal: terminó logrando un puesto en el Parlamento (1673), fue ascendido a secretario del Almirantazgo, y a secretario de Asuntos Navales. También le llovieron los cargos honoríficos (como director de Trinity House, Clothworkers' Company y Royal Society), pero sufrió ataques políticos y su vinculación a Jacobo II le valió ser acusado de papismo, con pérdida temporal y luego definitiva de sus cargos y hasta encarcelamiento en la Torre de Londres (1679). Respecto al papismo, es curioso que negara haber ido nunca a misas católicas. <<

[32] Quizá la única excepción a esta norma es, comprensiblemente, la reproducción de la carta que Samuel Pepys envió a lord Mountagu haciéndole saber con mucho atrevimiento lo incorrecto de su relación con urta chica en Chelsea (18/11/1663). <<

[33] Respecto a la anotación a pie de página, baste decir que he procurado incluir solo aquellos datos históricos que aumentan considerablemente la identificación de los participantes o lo referido, y por tanto la comprensión y evaluación de la situación, procurando omitir detalles que siendo informativos en sí mismos, no mejoran la información del texto. Quizá la única excepción a esta norma la constituyen los datos sobre obras de teatro y libros, pues he incluido referencias a los autores, géneros, traducción del título y años de composición y estreno. Dentro del texto, y de forma esporádica (cerca de cien ocasiones), se incluyen entre corchetes algunas notas que solo buscan eliminar malentendidos, meras aclaraciones. <<

[34] Richard Le Gallienne para *The Diary of Samuel Pepys*, The Modem Library, Random House, 1925; Latham y Matthews para *The Shorter Pepys*, Penguin, 1987; R. Latham para *The Illustrated Pepys*, University of California Press, 1978, y el ya mencionado *The Concise Pepys*, Wordsworth, 1997. <<

[35] Claire Tomalin, *The Unequalled Self*, 2002; Stephen Coote, *Samuel Pepys: A Life*, 2000. <<

[36] En contraste, el autor de unas memorias o un biógrafo escribe la trama de la vida del protagonista, la «novela» de su vida, construyendo y enlazando de forma significativa diversas historias coherentes, tramas parciales para cada corte de vida, para cada capítulo. <<

[1] «Resto» del Parlamento, formado solo por unos cincuenta parlamentarios tras la exclusión o purga por parte del coronel Pride de los parlamentarios moderados en diciembre de 1648 para facilitar el proceso contra el rey Carlos I, e incapaz de mantener su autoridad sobre los líderes del ejército. John Lawson (vicealmirante de la Armada), el general John Lambert y el general George Monck, para los que se usaba el tratamiento de «lord», no se mostraban dóciles, sino expectantes ante la degradación de la situación. <<

[2] George Downing era uno de los cuatro cajeros de Ingresos del Tesoro Público. <<

[3] Los postes tenían una función defensiva frente al Parlamento. El conducto, en el centro de la calle, llevaba agua al centro de la ciudad. <<

[4] Edward Shipley era administrador de Edward Mountagu (más adelante lord Sandwich), al que Pepys, secretario suyo en Londres desde 1654, se refiere siempre como «milord» por haber formado parte del Consejo de Estado de Cromwell y por su cargo de comandante de la Armada. La esposa de este, Jemima, siempre figura como «*milady*». Otro miembro de la familia que aparece con frecuencia es el señor Crew, padre de *lady* Jemima. Entre los demás empleados de los Mountagu aparecen el señor Moore, abogado, y John Creed, también secretario y hombre de confianza de Mountagu (y por tanto rival de Pepys). <<

[5] Los soldados habían cerrado el Parlamento tres meses antes. El *Hall* (Salón) de Westminster, única construcción que permanecía del antiguo palacio, acogía diversos tribunales y las reuniones del Parlamento, además de varias tiendas adosadas a las paredes. <<

[6] Clare Market, en Lincoln’s Inn Fields. <<

[7] Junto con otros, como Luellin, Hawley, Spicer, Vines y Shaw, compañero en el Tesoro y en la diversión en las tabernas. <<

[8] Era habitual iniciar la mañana no con un desayuno convencional, sino con una cerveza o un vino en un bar, llamado «el trago de la mañana» (*morning's draught*). <<

[9] La condición de Pepys de secretario de Mountagu le permitía cobrar también como secretario del escuadrón militar que Mountagu dirigía. <<

[10] La Quinta Monarquía era un grupo violento de puritanos con ideas milenaristas. El capitán Edmund Chillenden era un conocido de Lambert famoso por sus ideas sectarias. <<

[11] Casa de campo de la familia Mountagu, a media milla de Huntingdon (también cerca de Cambridge y Brampton), donde Edward Mountagu estaba retirado tras su enfrentamiento con el Parlamento. <<

[12] Boticario, miembro del Concejo y presbiteriano. <<

[13] Los soldados que habían ocupado Londres en diciembre de 1659 en favor de un Parlamento libre. <<

[14] Su tío Robert Pepys, de Brampton. <<

[15] Los alumnos del Colegio de San Pablo realizaban ejercicios orales ante personas ajenas al centro. Con esta prueba se concedían quince becas para ir a Oxford o Cambridge. <<

[16] El Rota Club, formado por republicanos, se disolvió al mes siguiente. <<

[17] John Bradshaw había presidido el tribunal que decretó la muerte del rey Carlos I. <<

[18] El día 4 de enero había pagado su alquiler con dinero de la oficina. <<

[19] Edward Mountagu, hijo mayor de lord Mountagu, de doce años, ingresaba en el colegio. <<

[20] También era embajador en aquel país. <<

[21] Cincuenta libras al año. El cargo ofrecido, que a diferencia del suyo era público, era inferior en salario. <<

[22] Director del Colegio de San Pablo, donde Pepys había estudiado antes de ir a Magdalene Coilege, Cambridge. <<

[23] Basada en unos versos del marqués de Montrose sobre la ejecución de Carlos I. <<

[24] Joyce Norton era prima de Jane Tumer, a su vez pariente de Samuel Pepys, de los parientes de Pepys en situación acomodada: tanto su padre como su esposo eran abogados. <<

[25] El Colegio, ya existente en la Edad Media, fue refundado a principios del siglo XVI por John Colet, deán de la catedral de San Pablo, con el patrocinio del gremio (o compañía) de Merceros. <<

[26] Billing, cuáquero y cervecero en Westminster, había sido soldado con Cromwell. <<

[27] *(New) Exchange*, o Lonja Nueva, edificio situado en el Strand, que no se debe confundir con *The Royal Exchange* (Lonja Real), en Cornhill, Londres, que Samuel Pepys visitaba mucho menos. Su función era la de actuar como Lonja o Bolsa para contactos entre comerciantes, además de centro comercial de objetos de lujo y complementos, pero terminó asumiendo exclusivamente esta última función. Además de comprar y buscar conquistas, Pepys solía ir allí a enterarse de las noticias y encontrarse con los amigos. <<

[28] *Las cosas maravillosas delta sancta ciudad de Roma*, publicado en 1651. <<

[29] Parlamentario, líder (fracasado) de la causa republicana: apoyó a Monck pensando que este compartía su causa. <<

[30] Matthew Lock era secretario del general Monck. <<

[31] Charles Glascocke, tendero de Fleet Street, era pariente de Samuel Pepys. Praisegod Barbón era un anabaptista y político republicano. <<

[32] H. Vane, alto dirigente republicano. <<

[33] Mansión privada con fama de ser la más grande de Inglaterra. <<

[34] Un vecino apellidado Butler del que apenas se tienen noticias. <<

[35] Es decir, el anglicanismo. Se supone que su madre se había hecho puritana. <<

[36] Símbolos de la monarquía. <<

[37] *Covenant*, acuerdo aprobado en 1643 con el que se inició la revolución parlamentaria, consistente en un régimen de autoridad restringida para la monarquía. <<

[38] Beneficencia para militares. <<

[39] Richard Cromwell. <<

[40] Normalmente, los dos cargos eran ocupados por la misma persona. <<

[41] William Penn se convertiría en vecino y compañero en la Armada. <<

[42] Balthasar St. Michel, joven cuñado de Samuel Pepys. <<

[43] Miembro de una de las principales familias monárquicas de Irlanda. <<

[44] Compañero de colegio de Samuel Pepys. <<

[45] El arpa, símbolo de Irlanda, se había incorporado durante el periodo republicano. <<

[46] Isabel, hija de Jacobo I y viuda de Federico, rey de Bohemia. <<

[47] El futuro Guillermo III, por entonces con solo nueve años, hijo de Mary, la hija mayor de Carlos I. <<

[48] Se puso de moda en la época de Carlos I que las damas adhirieran al rostro trozos de seda negra, a veces con formas decorativas, para ocultar imperfecciones, o sencillamente para hacer resaltar su pálida tez. Otra moda semejante era la de los limares postizos. <<

[49] Estrecho en el Báltico, entre Dinamarca y Suecia, al que fue enviado en 1659 para mediar entre estos dos países y prevenir el avance de la influencia francesa en dicha zona. <<

[50] Edward Mountagu hijo, de doce años. <<

[51] Mary, hermana de Carlos II y viuda de Guillermo II de Orange. <<

[52] Mary, viuda del principe Frederick Henry de Orange. <<

[53] Barco fluvial holandés. <<

[54] Juego consistente en improvisar rimas. <<

[55] Henry, hermano pequeño del duque de York. <<

[56] William Coventry, secretario del Duque y futuro compañero de Samuel Pepys. <<

[57] Parlamentarista puritano; así se les llamaba por el característico corte de pelo. <<

[58] Primera mención del que sería vecino y compañero en la Armada. <<

[59] El Gran Guardarropa Real era un departamento palaciego, sito en Blackfriars, cerca de San Pablo, dedicado al vestuario (real y del servicio) y muebles. <<

[60] *Epicoene, or the Silent Woman (Epicene, o la mujer callada)*, comedia de Ben Jonson estrenada en 1609 y publicada en 1616. Esta es la primera mención de una actuación teatral desde la Restauración. Los teatros habían sido cerrados durante la república puritana. <<

[61] Desde este día hasta el 17 de junio el diario está en forma de anotaciones sin redactar. <<

[62] Honorarios por haber actuado como secretario de los generales de la flota durante noventa y un días. <<

[63] *Sir* Gilbert Pickering no había logrado entrar en la lista de beneficiados por la Ley de Inmunidad; al final consiguió librarse gracias a Mountagu. <<

[64] Obispo de Ely que pasó dieciocho anos encarcelado por su oposición a los puritanos. <<

[65] Palmer era el fiscal general y se encargaba de redactar los nombramientos, pero se permitía al interesado buscar un erudito latinista que redactara el preámbulo, normalmente lleno de elogios y merecimientos. <<

[66] El Rito Común anglicano se fue imponiendo gradualmente tras la República. <<

[67] Roder era un comerciante holandés; Hartlib, un escritor y vecino de Pepys en Axe Yard. <<

[68] Bajo la dirección de James Stuart, duque de York (con la figura de lord Almirante), cuatro oficiales o altos funcionarios (*sir* George Carteret, tesorero; *sir* Robert Slingsby, controlador; *sir* William Batten, inspector, y Samuel Pepys, secretario de Actas) y tres comisionados (lord Berkeley, *sir* William Penn y Peter Pett). En muchas ocasiones no se hace distinción entre las dos clases de cargos directivos y todos ellos son llamados oficiales. Los nombramientos oficiales se emitieron más tarde: el de Pepys no se emitió hasta el 13 de julio. <<

[69] Era habitual que el nombrado para algún cargo obsequiara a la persona más implicada en el nombramiento. <<

[70] Él como secretario del lord Almirante. <<

[71] Ragot era un grabador francés. Oportuna primera adquisición de arte. <<

[72] Muchos órganos habían sido destruidos durante la República. <<

[73] Encargado de redactar el documento de nombramiento. <<

[74] El general Edward Whalley, uno de los ejecutores del Rey, había huido, y su casa de King Street fue ocupada por Barbara Villiers, casada con Roger Palmer. Durante once años fue amante del Rey (del que tuvo seis hijos) y muy activa en intrigas políticas. Junto a su marido obtuvo el título de condesa de Castlemaine. <<

[75] Pepys figuraba en representación de Sandwich, y Moore en representación de Pepys. Se turnaban atendiendo el cargo y, al contrario de lo que afirma, obtuvo beneficios, pues se repartían los ingresos <<

[76] Como muchas otras veces que no precisa, se refiere a Carlos I, padre de Carlos II y Jacobo II. <<

[77] Se le diagnosticó dismenorrea espasmódica. <<

[78] La de Axe Yard, vacía. <<

[79] El yate *Mary* era obsequio de la ciudad de Amsterdam. <<

[80] *El súbdito leal*, tragicomedia de John Fletcher publicada en 1618 <<

[81] Thomas Pepys, primo hermano de su padre, que en aquel momento tenía treinta y nueve años, había estudiado medicina en Leyden y Padua. <<

[82] Scroope, uno de los regicidas, había sido incluido en la lista por los Comunes y excluido por los Lores, hasta que los Comunes cedieron. <<

[83] Él era hermano de Luis XIV; ella, hermana de Carlos III. <<

[84] Líder republicano excluido de la Ley de Inmunidad y huido. <<

[85] Se refiere al cargo de secretario de Mountagu como almirante. La cantidad es la parte proporcional de las doscientas libras anuales estipuladas. <<

[86] Wayneman Birch, hermano de Jane. No confundir con Will Wayneman, hermano de otra sirvienta, también llamada Jane. <<

[87] La congregación de puritanos moderados allí establecida se trasladaba a Smithfieid. <<

[88] Finch era el Procurador General. Era tradicional que los oficiales de la Armada recibieran esos nombramientos por los condados donde la Armada estaba situada. <<

[89] Este término español se usaba para la figura del oficial militar sin sueldo, normalmente enrolado para hacer méritos en la Armada. <<

[90] Anne Hyde, hija de lord Clarendon, se casó finalmente con el duque de York: la relación era estable, aunque secreta. <<

[91] *Othello*, de William Shakespeare. <<

[92] Primero de los responsables del regicidio de Carlos I ejecutado tras la Restauración. Casi todos sufrieron un castigo semejante, incluso los cadáveres de aquellos que ya habían muerto. <<

[93] John Carew era uno de los firmantes de la sentencia de ejecución de Carlos I. <<

[94] Novela del escritor francés Paul Scarron. <<

[95] Cortinas y forrado de paredes, respectivamente. <<

[96] La opinión general sobre la esposa del general Monck, duque de Albemarle, era precisamente la contraria en lo tocante a moralidad. <<

[97] Esposa de John Davis, empleado del comisionado lord Berkeley. <<

[98] *El domador domado*, comedia de Fletcher (estrenada sobre 1606 y publicada en 1647), concebida como continuación de *The Taming of the Shrew (La fierecilla domada*, de Shakespeare. <<

[99] El cirujano que le extrajo el cálculo renal en 1658. <<

[100] Elizabeth recibió educación católica durante un periodo en su adolescencia, en Francia. <<

[101] Declaración de su actitud respecto a asuntos religiosos expresando una actitud condescendiente, es decir, tolerante con los puritanos, en consonancia con sus promesas antes del regreso. <<

[102] En este sistema de subasta al alza se lleva el lote el último postor antes de que se extinga una vela encendida, que mide una pulgada. <<

[103] Su padre, Sidney Mountagu, fue recompensado en 1616 por Jacobo I. <<

[104] Almanaque profético anónimo para el ano 1661 que satirizaba las predicciones astrológicas. <<

[105] *The Rurmp, or The Mirror of the Late Times (El Resto, o espejo de los tiempos recientes* [1660]), comedia satírica de John Tatham. <<

[106] Autoridad encargada de la seguridad marítima, especialmente en el río. Los miembros se dividían en Hermanos Mayores y Hermanos Menores, los segundos sin capacidad ejecutiva. <<

[107] *La rama de hiedra* (estrenada en 1622 y publicada en 1647), tragicomedia de Fletcher y Massinger. <<

[108] Algunos días, los reyes comían ante personas distinguidas seleccionadas por el mayordomo. <<

[109] Obra de James Shirley estrenada en 1631 y publicada en 1635. <<

[110] Uno de los principales cortesanos católicos; se le había concedido un barco para viajar a Francia como embajador. <<

[111] Consistente en aplazar el pago de salarios en la Armada mediante pagarés con cierto interés al cobro. Al carecer la Armada de efectivo, no se podían licenciar los marineros con el finiquito, y si no se les finiquitaba aumentaba la deuda con ellos, pues seguían oficialmente contratados. <<

[112] Comedia en latín, publicada en 1638, de autor desconocido. <<

[113] *Las alegres comadres de Windsor*, comedia de W. Shakespeare escrita sobre 1600, y bien publicada por primera vez en 1623. <<

[114] El error le ahorraba impuestos: por su nuevo cargo de oficial de la Armada había ascendido al rango de *esquire*, el más alto entre los caballeros sin título nobiliario y por tanto superior (por reconocer más específicamente lo elevado del rango) a *gentleman*, como había sido erróneamente inscrito. <<

[115] Probablemente la primera parte la obra histórica de Shakespeare, escrita sobre 1597. <<

[1] La boda secreta entre ambos. <<

[2] Para que se presentara al Parlamento por Huntingdon. <<

[3] Ya vista el 20 el de noviembre anterior. <<

[4] *La dama desdeñosa* (1616), comedia de Beaumont y Fletcher. <<

[5] En realidad fueron cuatro mil. El levantamiento, de unos sesenta hombres, duró tres días y buscaba aprovechar la ausencia del Rey para conquistar el mundo en nombre de Cristo Rey. <<

[6] Comedia de Ben Jonson ya mencionada (6/6/1660). <<

[7] Los documentos de la época coinciden en que no pasaban de sesenta personas. <<

[8] *La dama perdida* (1638), tragicomedia de *sir* William Berkeley <<

[9] Los oficiales de la Armada no se descubrían en señal de igualdad de rango con los comisionados del Parlamento. <<

[10] Desde su constitución, este organismo se reunía los martes y miércoles, en lugares diversos. <<

[11] Antecedente inmediato de la Royal Society, regularizada en 1663, institución encargada de desarrollar el conocimiento científico. Funcionaba como un club con socios benefactores y científicos a cargo de los experimentos. Ralph Greatorex era un fabricante de instrumentos científicos vinculado a Gresham College, aunque no formó parte de la institución heredera. <<

[12] La madera estaba destinada a las obras de reforma de Hinchingbrooke. El barco debía subir por el río Ouse. <<

[13] Obra pastoril de Henry Glapthome publicada en 1639. Esta representación era la primera desde la Restauración. <<

[14] En el Hall de Westminster se había reunido el tribunal del regicidio. Las cabezas permanecieron allí más de veinte años. <<

[15] Criado negro de *sir* W. Batten. Existía la costumbre de nombrar «su Valentina» a la primera mujer que un hombre veía ese día, lo que conllevaba algún regalo o detalle. <<

[16] *La virgen mártir* (publicada en 1622), tragedia de Dekker y Massinger. <<

[17] Henry, primo del coronel antes mencionado, Robert, Controlador de la Armada. Henry fue nombrado Director de la Fábrica de la Moneda en 1662. <<

[18] Zona de embarcaderos, almacenes y residencias de comerciantes en la orilla norte del río Támesis, junto al puente. <<

[19] *El niño cambiado*, tragedia de Middleton y Rowley estrenada en 1622 y publicada en 1653. <<

[20] Cruel juego típico de ese día, consistente en lanzar palos a gallos atados. <<

[21] De Christ’s College, Cambridge. <<

[22] La joya que acompaña a la insignia de la Orden de la Jarretera. <<

[23] *Gramática y Diccionario del marino*. Puede tratarse de dos libros y de distintos autores: John Smith y *sir* Henry Manwayring. <<

[24] *Rey y no Rey*, tragicomedia de Beaumont y Fletcher publicada en 1619. <<

[25] Esperaba dejar de pagarle, pero vivió hasta 1665. <<

[26] Fabricante de velas para los barcos de la Armada. <<

[27] *Manda a una esposa y tendrás una esposa*, comedia de Fletcher (1624,1640), dramatización de una de las Novelas ejemplares de Cervantes. <<

[28] *Pell Mell* o *Pall Mall*, juego introducido en Inglaterra en tiempos de Carlos I, antecedente del *croquet*. <<

[29] *El pequeño ladrón*, comedia de John Fletcher (1611) revisada por James Shirley (1633) y publicada en 1640. El papel protagonista representa a una mujer vestida de hombre, posiblemente interpretada por un muchacho. <<

[30] Véase 2 de marzo de 1662. Los barcos con destino a las Indias formaban parte del acuerdo matrimonial con Portugal. <<

[31] William Fuller, antiguo profesor en Twickenham, ejercía de deán en la catedral de San Patricio de Dublín (véase 22 de junio de 1660). La alianza entre puritanos extremos y presbiterianos en Irlanda contradecía la actitud de estos en Inglaterra, mucho más cercana a los anglicanos. <<

[32] Mercader de provisiones y familiar de Batten. <<

[33] Nombre genérico con el que se aludía a los invasores escandinavos de la Edad Media. <<

[34] Tramo del camino de Dover famoso por los asaltantes. <<

[35] *El teniente gracioso*, tragicomedia de John Fletcher estrenada en 1619 y publicada en 1647. <<

[36] Para poder ejercer un oficio era imprescindible estar empadronado. <<

[37] Esta procesión iniciaba los actos oficiales de Coronación. <<

[38] Lugar elegido por su cercanía a uno de los artos erigidos para el desfile, dedicado a la Armada. <<

[39] Cada vez que Pepys se refiere a bordados alude a los fabricados con hilo de oro y plata. <<

[40] Es falso que los obispos desfilaran, lo que hace pensar que Pepys está copiando del protocolo oficial. <<

[41] Denham era inspector de Obras del Rey, y Cooper, el encargado de Obras en Hampton Court. <<

[42] *Sir* Edward Walker, heraldo. <<

[43] Los cinco puertos marinos originales de la costa sureste de Inglaterra en los que se estableció la Armada: Hastings, Sandwich, Dover, Romney y Hythe, con privilegios hasta el siglo XIX. A sus representantes parlamentarios se les concedía esta honorífica función <<

[44] Los criados fueron detenidos y despedidos por orden del Rey. <<

[45] Ambos abogados habían sido influyentes en los tiempos de Cromwell y consiguieron mantenerse en cargos de importancia al pactar con el Rey. <<

[46] Pocos sitios tenían permiso para la celebración de misas católicas; la presencia de Pepys en ellas era ilegal. <<

[47] Las principales dudas las planteaba la extraordinaria longevidad de los patriarcas. <<

[48] Se celebraba la comida del día de la Ascensión. <<

[49] Se dictó una orden para que todos los miembros de los Comunes recibieran la comunión anglicana, bajo pena de expulsión para el que se negara. <<

[50] Esto se debía a que el título de Bedford era más reciente (1550) que el de Kent (1465). Pese a todo, la historia es dudosa. <<

[51] La obra de Shakespeare que ya vio (y compró) el último día de 1660. <<

[52] Hueva de mújol o atún en salazón. <<

[53] Ralph Roundtree había sido nombrado capellán del *Breda* el 6 de junio. <<

[54] Catalina de Braganza. <<

[55] Declaración de Richard Hooker, publicada en 1593, conteniendo los principios de la Iglesia anglicana. <<

[56] *El asedio de Rodas*. La primera parte de la ópera de Davenant era de 1656, y la segunda no se publicó hasta 1663; esta es la primera referencia conocida a la segunda parte. La sala era un teatro en Lincoln's Inn Fields del que *sir* William Davenant era gerente. En los últimos años del *Diario* Pepys empezó a referirse a él como «Teatro del Duque». <<

[57] Fiebre intermitente, posiblemente tifus, extendida en Londres entre 1661 y 1664. <<

[58] Era tradicional entregar anillos a los asistentes distinguidos a los entierros. <<

[59] Tragicomedia de Thomas KiUigrew, estrenada en 1636 y publicada en 1641. <<

[60] Los motivos de exclusión de Ann Trice del testamento de su segundo marido, Robert Pepys, se remontan al momento del matrimonio. Ella le convenció de que aportara doscientas libras para los hijos de su primer matrimonio (Jasper y Thomas Trice, abogados), pues él heredaría todo lo que ella tenía de su primer marido si ella fallecía. Sin embargo, Robert Pepys se sintió engañado por la valoración que su esposa hizo del legado que aportaba. <<

[61] En ese caso sería Thomas Pepys, el mayor de los hermanos del finado, y no John, el padre de Samuel. <<

[62] Abogado, hijo del anterior, Talbot, que en realidad era tío abuelo. <<

[63] *Brennoralt, or The Discontented Colonel* (*Brennoral o el coronel insatisfecho*, estrenada sobre 1640, publicada en 1646), tragicomedia de *sir* John Suckling. <<

[64] *La banda jovial*, o *Los mendigos felices*, comedia de Richard Brome estrenada en 1641 y publicada en 1652. <<

[65] Hill era un profesor de Magdalene College, de confesión presbiteriana. El 25 de julio no se había conseguido un acuerdo entre los presbiterianos y los anglicanos. <<

[66] Los documentos son de una separación que hubo al principio del matrimonio, de la que se desconoce casi todo, excepto que ella estuvo viviendo en casa de unos amigos o parientes en Charing Cross. <<

[67] Algunos de los terrenos vinculados a la herencia y que estaban arrendados a terceros se encontraban en Gravely. <<

[68] Adaptación de Davenant, con cambios considerables, de la obra de Shakespeare (escrita sobre 1600). <<

[69] Ya la había visto el 25 de julio anterior. <<

[70] Bartholomew Fair, feria que se celebraba tradicionalmente en Smithfield coincidiendo con el día de San Bartolomé (28 de agosto). Coincide con el título de una obra de Ben Jonson que Samuel Pepys vio el mes siguiente. <<

[71] Donación voluntaria a la Corona. <<

[72] *La Feria de [san] Bartolomé* (estrenada en 1614, publicada en 1631), comedia de Ben Jonson. El espectáculo de marionetas del acto V, que atacaba claramente a los puritanos, era lo novedoso en esta ocasión, pues Pepys ya había visto la obra dos veces en el mes de junio anterior. <<

[73] *Lástima que sea una puta*, tragedia de John Ford escrita en 1629 y publicada en 1633. <<

[74] La broma tuvo lugar el 1 de septiembre. <<

[75] *La duodécima noche*, la comedia de Shakespeare estrenada en 1602. <<

[76] En el desfile, el lugar más prominente se asignaba a la monarquía más antigua, honor por el que discutían las dos potencias. Más tarde se cambió el criterio por el de antigüedad del embajador en la sede. <<

[77] Las caballerizas reales, en Charing Cross. <<

[78] El ataque tuvo que ser suspendido por el mal tiempo, pero las críticas fueron enormes. <<

[79] Francis Osborne, escritor, es llamado «padre» por ser autor de uno de los libros favoritos de Pepys, y muy popular en la época, *Advice to a Son (Consejos n un hijo)*, cuya primera parte se publicó en 1656, y la segunda, en 1658. <<

[80] *Amor y honor*, tragicomedia de Davenant estrenada en 1634, publicada diez años más tarde. <<

[81] Tragedia, basada en un romance pastoril, de Henry Glapthorne (publicada en 1639). Pepys ya la había visto el 31 de enero de ese año. <<

[82] *La guerra santa*, historia de las Cruzadas publicada en 1639. <<

[83] El capitán Holmes, del *Royal Charles*, intentó que el embajador sueco cumpliera el habitual acto de respeto cuando un barco extranjero cruzaba ante el barco real inglés en aguas británicas, y hasta disparó un cañón de aviso. Sin embargo, el embajador le mintió, diciendo que había recibido una dispensa verbal del rey de Inglaterra. Holmes le dejó pasar y sufrió represalias y castigos por parte de sus superiores. <<

[84] Tras una orden de exclusión de 1642, revocada en julio de 1661. <<

[85] John Selden, gran autoridad en temas legales marinos, publicó *Mare Clausum* en 1635, que interpretaba la soberanía británica sobre las aguas en términos muy expansivos, aunque nunca llegando al Báltico. El libro respondía a otro, escrito por el holandés Hugo Grotius, titulado *Mare Liberum*. <<

[86] La obra, *El fanfarrón de Coleman Street*, de Abraham Cowley, estaba basada en una anterior, ya representada en 1641. Al cambiarla en 1658, introdujo la sátira contra los puritanos. <<

[1] *El cura español*, comedia de Fletcher y Massinger escrita en 1622, basada en la novela *Poema trágico del español Gerardo, y desengaño del amor lascivo*, de Gonzalo de Céspedes y Meneses (1615). Ya había visto la obra el 16 de marzo de 1661. <<

[2] Violinista y teórico musical. <<

[3] Peter, Michael (deán) y Henry (coronel). <<

[4] La cuba contenía unos cincuenta galones, más de doscientos litros. <<

[5] El llamado Complot de Yarranton, o Baxter. Comentado como rumor el 1 de diciembre del año anterior. Pepys siempre pensó que Clarendon lo utilizaba políticamente, atribuyéndole intencionadamente mucha importancia. <<

[6] El libro, recién publicado, era un diccionario biográfico de las mejores familias de Inglaterra. Resulta evidente que Fuller conocía a Pepys y a su familia (véase las anotaciones del 5 y el 22 de enero de 1661), pero con cierta razón los excluyó de su selección. <<

[7] Estreno de la ley contra los amantes, una adaptación de Davenant de la obra de Shakespeare *Measure for Measure*. <<

[8] La actriz Hester Davenport había abandonado la compañía del duque de York. Véase el comentario del 20 de mayo del mismo año. <<

[9] La Compañía de la India Oriental (*East India Company*) envió cinco barcos en abril a tomar posesión de Bombay, entregada por Portugal como parte de la dote de Catalina de Braganza. <<

[10] Estas escalinatas estaban en la orilla norte, mientras que las del Oso antes mencionadas estaban en la orilla sur del puente de Londres. <<

[11] Con destino a participar en la guerra contra España. <<

[12] Islas al suroeste de Gran Bretaña, frente a Cornualles. <<

[13] *El caballero de la mano de mortero ardiente* (estrenada en 1608), comedia burlesca de Beaumont sobre los caballeros andantes. <<

[14] Comerciante de madera. <<

[15] Casa de comidas entre el puente de Londres y Deptford. <<

[16] Ama de llaves de *lady* Sandwich. <<

[17] *El maestro de baile francés*, farsa escrita por el duque de Newcastle. <<

[18] *El ingenio de un alguacil* (1639), comedia de Henry Glapthorne. <<

[19] Presbiteriano, ferviente antipapista y secretario de los Registros de la Torre de Londres. <<

[20] Viejo teatro al aire libre en Clerkenwell, al norte de la City. <<

[21] *El alhelí*, obra de ficción escrita por Thomas Bayly (1659). <<

[22] Estipulando la uniformidad de oraciones, administración de sacramentos, ritos y ceremonias; también regulaba las ordenaciones de sacerdotes y los cargos eclesiásticos. <<

[23] Los juzgados. John Williams, además de médico de Elizabeth Pepys, era experto en asuntos legales. <<

[24] Un peculiar sistema de recaudación para la institución municipal: nombrar regidores, o concejales, a la fuerza entre prósperos comerciantes, con la posibilidad de ser liberados del cargo mediante el pago de una cantidad. Warren, tratante de maderas, pagó cuatrocientas libras, con las que se libraba de futuras elecciones. <<

[25] Como Tesorero de la Armada, Carteret recibía tres peniques de comisión por cada libra abonada por la Armada. El avituallamiento constituía el capítulo más importante de gastos, y por tanto su principal fuente de ingresos. <<

[26] *Sir* John Winter había dispuesto de un contrato de explotación del bosque, fechado en 1640, que la República le anuló por fraude en 1642. Con la Restauración negoció uno nuevo por otros once años (firmado en julio de 1662), que también terminó siendo anulado por sus abusos, en 1668. Christopher Pett era constructor de barcos. <<

[27] El Temple, entre Fleet Street y el río, así llamado por ser antigua posesión de los templarios, acogía dos salas de tribunales. <<

[28] Además de tierras, Penn tenía un cargo de gobernador en Irlanda. <<

[29] Departamento semejante en estructura a la Oficina de la Armada encargado de la fabricación y suministro de munición a los ejércitos de mar y tierra. <<

[30] Un fondo caritativo para marineros heridos o mutilados gestionado por la Oficina de la Armada. <<

[31] El niño, llamado Charles, era hijo del Rey. <<

[32] Un salto de agua que existía en el antiguo Puente de Londres. <<

[33] El *National Covenant* se firmó entre los presbiterianos en Edimburgo en 1638 para organizarse frente al sistema episcopal promovido por los reyes Jacobo I y Carlos I. <<

[34] Abdaláh al-Ghailan era uno de los señores de la guerra establecidos en Marruecos. <<

[35] Para compensar la aportación de dote por parte de la mujer se pactaba otra anual por parte del marido. <<

[36] Por coincidir con dos derrotas de los realistas en las guerras civiles. <<

[37] Ambos comisionados durante la época republicana. <<

[38] *El sueño de una noche de verano*, comedia escrita en 1595 y publicada en 1600. <<

[39] *La duquesa de Malfi*, tragedia de Webster que se estrenó en 1614 y se publicó en 1623. La señorita Saunderson, más tarde señora Betterton, fue la que interpretó el papel de lanthe. <<

[40] El juicio en Brampton derivado de la herencia de su tío Robert. <<

[41] *El villano*, primera referencia a una interpretación de la tragedia, que fue publicada en 1663. <<

[42] John Spong, funcionario y fabricante de instrumentos ópticos, fue acusado de traición. <<

[43] Lucy Walter. El rumor duró muchos años y fue negado en repetidas ocasiones por el Rey. <<

[44] Barkestead, el Teniente de la Torre, presunto responsable de la ocultación del tesoro, huyó a Holanda en 1660, y fue arrestado y ejecutado en 1662. <<

[45] Como parte de los acuerdos de la boda real, Inglaterra había enviado una flota y tropas para colaborar en la larga guerra de independencia de Portugal contra España. <<

[46] Pierre Blondeau, ingeniero encargado de la acuñación con maquinaria inventada por él. <<

[47] *El valeroso Cid*, traducción de la tragedia de Comedle, de 1637. <<

[48] Era un informe anual de las cuentas de la Armada. <<

[49] Se promulgó un impuesto específico para funcionarios a partir de cierto nivel para el mantenimiento de servidores del Rey en situación de indigencia. <<

[50] *Esposa por un mes*, tragicomedia publicada en 1647. <<

[51] *A Treatise of Taxes & Contributions*, o *Tratado de impuestos y contribuciones*, publicado anónimamente en 1662. <<

[52] Edward y Sidney, los dos hijos de lord Sandwich. <<

[53] La primera parte de la obra satírica en verso de Samuel Butler acababa de salir. <<

[54] Error en el orden de la expresión, pues debe ser unir la cola a la piel. Significa «andarse con tacto». <<

[55] El bastardo del Rey, James Croft, tenía trece años, y su futura esposa no llegaba a doce. Se casaron al año siguiente. <<

[1] Situada en Broad Street. <<

[2] Fue Comisionado durante la República. <<

[3] *La duodécima noche*, comedia escrita por Shakespeare probablemente en 1601, publicada en 1623. <<

[4] Una adaptación muy reciente de Samuel Tuke (1620-1674), publicada ese mismo año, de una tragicomedia española. *Los empeños de seis horas*, escrita probablemente por don Antonio Coello y Ochoa (1611-1652), aunque atribuida en un tiempo a Calderón. Es la primera referencia histórica a dicha obra. <<

[5] Ante la insolvencia del Tesoro de la Armada, los acreedores cobraban sus vales acudiendo a los joyeros, que actuaban como banqueros aunque descontaban las altas comisiones reseñadas. <<

[6] Thomas Povey, tesorero del Comité de Tánger. <<

[7] *La forma de hacerse rico*, folleto lleno de consejos publicado el año anterior. El título completo añadía: *según las prácticas del gran Audley, que empezó con doscientas libras en el año 1605 y murió con cuatrocientas mil*. <<

[8] *El Tribunal de los Arcos*, dependiente del arzobispo de Canterbury, estaba situado en el barrio de Cheapside, en la iglesia de St. Mary of the Arches (o St. Mary-le-Bow). Trataba disputas testamentarias y sobre todo conflictos matrimoniales y casos de difamación. <<

[9] Véase el 7 de febrero de 1660. <<

[10] *El juicio de* sir *Henry Vane*. Samuel Pepys asistió a la ejecución (véase el 14 de junio de 1662). El juicio fue a principios del mismo mes. El libro incluía el discurso que intentó exponer antes de su ejecución y otros escritos. <<

[11] Un tal Field había entablado un pleito contra la Armada y Pepys temía que implicara consecuencias o cargos específicos contra él. <<

[12] *La doncella desdeñada*, comedia de *sir* Robert Stapleton publicada ese mismo año. <<

[13] *El galán desenfrenado*, primera comedia del posteriormente celebradísimo poeta y dramaturgo John Dryden (1631-1700), no publicada hasta 1669. <<

[14] La soga de seda era un privilegio que se concedía a las personas ricas que lo solicitaban. <<

[15] Peters solía hacer sermones para pedir dinero y contribuciones. <<

[16] Según un manual de John Brown de 1662, comprado el 25 de marzo anterior. <<

[17] Autor de escritos eróticos. <<

[18] Lord Southampton, que tenía cincuenta y cinco años, estaba enfermo de gota y cálculos, y había delegado gran parte de su actividad en el secretario, *sir* Philip Warwick. <<

[19] También llamada Compañía de África, o de Guinea, siguiendo el modelo de la Compañía de la India Oriental. <<

[20] Scott había sido secretario de Estado durante la República. La conjura se conoció como el Complot de Blood, por un coronel de dicho apellido que intervino. <<

[21] Tras el periodo en Chelsea. <<

[22] Hebden era además agente comercial del zar en Inglaterra. Arcángel, también llamada Arjanguelsk, en el mar Blanco, contaba con el puerto comercial más importante de Rusia. <<

[23] *El comité*, comedia de *sir* Robert Howard estrenada el año anterior. <<

[24] Circulaba la información de una aparición en casa de un tal John Mompesson, en Tidworth. <<

[25] Carteret alardeaba de que cuando fue gobernador durante el período republicano se resistió durante varios años al Parlamento. <<

[26] Batalla de Ameixial, en la región del Alentejo (8 de junio), ganada por los portugueses estando el francés Schomberg al mando y con colaboración británica. Don Juan de Austria volvió a Badajoz. <<

[27] Creed reclamaba unos gastos como tesorero de Sandwich mientras este estuvo con la flota en el Mediterráneo durante 1661-1662. <<

[28] Taberna llamada El Gallo, cerca de Covent Garden. <<

[29] Como consecuencia de una ley del 27 de julio. <<

[30] Roger L'Estrange se hizo cargo de dos periódicos de aparición semanal, *The Inlelligencer* (los lunes) y *The Newes* (los jueves), que daban publicidad a las actitudes y medidas del Gobierno. <<

[31] La madera de Winter, claramente defectuosa, se había adquirido el 2 de junio. <<

[32] La sinagoga estaba formada por sefarditas procedentes de Portugal. <<

[33] Felipe IV, que estaba enfermo, no murió hasta 1665. Luis XIV de Francia podía reclamar el trono como sobrino y yerno suyo, aunque fue a parar a Carlos II. <<

[34] Leopoldo I, rey de Hungría y Bohemia, fue nombrado Sacro Emperador Romano Germánico en 1658. <<

[35] El volumen de *Historical Collections*, de John Rushworth, era una recopilación de documentos políticos ingleses de los años 1618 hasta 1629. Más tarde compró los otros siete volúmenes, cubriendo el periodo 1618-1649. El de Henry Scobell era una recopilación leyes y ordenanzas aprobadas por el Parlamento en el periodo 1640-1658. <<

[36] Ferretero de la Armada. <<

[37] El Este al que se refiere son los países bálticos. Königsberg estaba en Prusia. <<

[38] Para poder respetar la Cuaresma la flota tendría que comprar el pescado en los puertos locales que visitara, lo que suponía liberar dinero con ese fin y producir comisiones para Gauden. <<

[39] Antiguo compañero en el Tesoro que ahora trabajaba para un comerciante. <<

[40] En realidad estaban en el oeste de Hungría. <<

[1] Producción muy espectacular de Davenant de la obra de Shakespeare y Fletcher, estrenada en 1613 y publicada en 1623. <<

[2] *El usurpador*, primera referencia a una interpretación de esta tragedia de Edward Howard, no publicada hasta 1668. <<

[3] Pepys alegó que eran demasiado cortos. <<

[4] Cristina de Borbón, viuda del duque de Saboya, era hija de Enrique IV de Francia y tía del rey de Inglaterra. <<

[5] Es decir, ayudarle a conseguir su comisión para recibir él alguna parte. <<

[6] *La religión de un médico* (1643), libro ensayístico de Thomas Browne. <<

[7] *El amor es engaño*. <<

[8] La referencia (pesar el aire) es a un viaje a Tenerife para medir la presión en altitud, en el Teide. <<

[9] Tragedia heroica de Howard y Dryden estrenada el 25 de enero de ese año. Se publicó en 1665. <<

[10] No porque Holanda luchara contra ellos, sino porque la demanda de mercenarios era muy grande en muchos otros países. <<

[11] Pastor de la congregación protestante francesa allí instalada durante la República. <<

[12] *Los amantes desdichados*, tragedia de Davenant publicada en 1643. <<

[13] Versión de la tragedia homónima de Comeille. <<

[14] El Consejo de Pesca Real, formado en 1661, se convirtió en una sociedad con participaciones a la que se le otorgó una cédula real. <<

[15] Gobernador de la Compañía de la India Oriental. <<

[16] El capitán Cocke, que dirigía el coro real, solía buscar empleos a los chicos a los que les cambiaba la voz. <<

[17] Esta obra de Ben Jonson ya es mencionada el 6 de junio de 1660, y Samuel Pepys la vio por primera vez el 7 de enero de 1661. <<

[18] En una batalla entre Parlamentaristas y Realistas en la desembocadura del Támesis en julio de 1648. <<

[19] Se refiere a la primera guerra con Holanda (1652-1654). <<

[20] Su primo, encargado de sus asuntos mientras Sandwich estaba en el Mediterráneo en 1661-1662. <<

[21] Se trata posiblemente de una versión de *Peor está que estaba*, de Calderón. La atribución a Calderón de *Las aventuras* era errónea (véase el 8 de enero de 1663). <<

[22] Para celebrar el nacimiento de su hijo. <<

[23] *El esclavo* (1624), tragicomedia histórica de Philip Massinger. <<

[24] Era costumbre que el Guardarropa Real regalara una vestimenta completa a los chicos del coro que se marchaban. <<

[25] Se trata de Mary Mercer, que se incorporó el 8 de septiembre. <<

[26] *Los rivales*, versión de Davenant, publicada en 1668, de una obra anterior, *The two Noble Kinsmen*, o *Los dos nobles parientes*, comedia de Fletcher y otro. <<

[27] Véase el 21 de julio del mismo año. <<

[28] *Los amantes locos*, tragicomedia de John Fletcher estrenada en 1617 y publicada en 1647. Ya la había visto representar en febrero de 1661. <<

[29] New Amsterdam, es decir, Manhattan y Long Island. <<

[30] En efecto, desde 1660 estaba sin cargo y fue nombrado capitán del *Henry*. <<

[31] Drama de lord Orrery estrenado en 1661. Su escasa calidad no debía sorprenderle, porque había visto parte de la obra el 28 de septiembre anterior y ya entonces su opinión era muy mala. <<

[32] En realidad se llamaba *The Parson's Weddin (La boda del párroco)*, y era una muy obscena comedia de Thomas Killigrew, escrita en 1640 y publicada en 1664. <<

[33] No era irrelevante el que Fitzgerald fuera católico. Había sido nombrado gobernador tras la muerte de Teviot, y tuvo enfrentamientos con los dos principales oficiales de Tánger, Norwood y Bridges. <<

[34] *Catilina*, tragedia estrenada y publicada en 1611. <<

[35] En la flota de Burdeos que Teddiman había apresado el 21 de noviembre anterior había cargas de vino que los franceses reclamaban. <<

[1] *Micrographia*, publicado en ese mismo año. <<

[2] Un fragmento de la *Arcadia* (1590-1598), del que Pepys tema un ejemplar. <<

[3] La ausencia de tráfico facilitaba el juego. <<

[4] Obra que ya vio el 22 de noviembre de 1660. <<

[5] *Volpone, o el Zorro*, comedia de Ben Jonson estrenada en 1606 y publicada en 1608. <<

[6] Aunque su capacidad como científico era reconocida, su actitud muy reservada y aspecto deforme no le acompañaban socialmente. <<

[7] Wayth las suministraba a los barcos. <<

[8] Fenn, como pagador del Tesorero de la Armada, recibía su sueldo mediante comisiones. <<

[9] El sueldo era algo inferior al de los marineros ingleses expertos. <<

[10] Henry Brouncker era hermano de William, el presidente de la Royal Society. <<

[11] Almirante holandés. <<

[12] Un destilado del tabaco. <<

[13] Primera referencia a la «Gran Plaga» de peste bubónica. <<

[14] Varillas talladas de madera con valor de pagarés. Con ellas se regía, siguiendo un anticuado sistema, la administración de la Hacienda Pública. Parte esencial del trabajo de Pepys como Tesorero de Tánger consistía en convencer (o mendigar) a los joyeros-banqueros para que le canjearan sus *tallies* por dinero en efectivo y aceptaran los riesgos y los bajos intereses abonados. <<

[15] Se trataba de tinos suministros en camino desde Hamburgo. <<

[16] Se descubrió que confundieron la flota holandesa con la inglesa y navegaron a su encuentro. <<

[17] Conocida como la batalla de Lowestoft, por desarrollarse a unas millas al sur de esta ciudad del Este de Inglaterra, en Suffolk. <<

[18] Una de las cuatro grandes islas de la costa Norte de Holanda (Texel, Vlieland, Terschelling, Ameland). <<

[19] La Corte se trasladó sucesivamente a Isleworth, Hampton Court, Salisbury, Oxford y Hampton Court. No regresó a Whitehall hasta febrero del año siguiente. <<

[20] Se refiere a muertos registrados por la plaga, de un total de seiscientos ochenta y cuatro entierros. <<

[21] Hija de *sir* G. Carteret. <<

[22] Una operación, pues ella tenía una deformidad en el cuello. <<

[23] El aumento señalado es respecto a la semana anterior. <<

[24] Un baptista considerado responsable de diversos complots. <<

[25] El nombre correcto es Wilton, una casa a tres millas de Salisbury. <<

[26] Elizabeth Malet, pretendida y lograda más tarde por Rochester. <<

[27] Zona del estuario del Támesis donde confluyen las desembocaduras de los ríos Támesis y Medway, a la altura de la población de Sheerness, en la orilla sur. <<

[28] Con la intención de desinfectar el aire. <<

[29] Obra de Porter que vio representar el 26 de diciembre de 1662, poco después de ser estrenada. <<

[30] El precio de mercado era más del doble. <<

[31] La señora Bagwell. <<

[32] Cada miembro del comité se encargaba de una zona. <<

[33] Calle de la City muy cercana a la Torre donde estaban instalados casi todos los banqueros de Londres. <<

[34] Abigail Williams era la compañera sentimental de lord Brouncker. Llevaba quince años separada legalmente de uno de los hijos de Oliver Cromwell. <<

[35] Desde 1658 Mountagu había estado asociado políticamente con lord Orrery, pero este se encontraba en Irlanda. <<

[36] Cerca de Königsberg, en Prusia. <<

[1] Objetos del botín no declarados que había enviado en secreto a Hinchingbrooke. <<

[2] Felipe IV había muerto en septiembre del año anterior. <<

[3] Instrumentos para dividir el espacio del modelo en cuadrados. <<

[4] La prohibición de navegar para los barcos mercantes fue contrarrestada por los Houblon con dos licencias especiales que Samuel Pepys les consiguió. <<

[5] Debe de tratarse de un breve ensayo titulado «Of Fortune», que empieza con el dicho latino *Faber quisque fortunae suae*. Ya el 18 de mayo de 1661 comenta que ha pasado toda una tarde leyéndolo. <<

[6] Hija del señor Shelden, de Woolwich, en cuya casa estuvo Elizabeth Pepys alojada durante la plaga. <<

[7] Alien había reclamado el pago de salarios para ciertas personas que en realidad no habían servido, por enfermedad o por estar de permiso. <<

[8] Richard Cromwell, hijo y sucesor de Oliver. <<

[9] En ese momento eran nueve los reconocidos. Al final, fueron catorce. <<

[10] Se trata de una crónica escandalosa escrita por Roger de Rabutin, conde de Bussy. <<

[11] Barcos incendiarios de pequeño tamaño, peligrosos y fundamentales en la batalla. <<

[12] Arenal en el estuario del Támesis. <<

[13] En la batalla de Lowestoft. <<

[14] Según él, el responsable del retraso era lord Arlington, secretario de Estado. <<

[15] Por estar más hundidos que los barcos holandeses. <<

[16] Zona de colinas cercana a Dover. <<

[17] De maestro. Posiblemente lo conoció cuando llevó al hijo de lord Sandwich a estudiar en dicha escuela. <<

[18] Gran pensionario holandés, equivalente a primer ministro. <<

[19] Canales al suroeste de Flushing, cerca de la costa holandesa. <<

[20] Más caros y mejores que los de hierro. <<

[21] Proclamado por la victoria ante los holandeses. <<

[22] Anfiteatro en la orilla sur del Támesis, junto a las escaleras del mismo nombre, donde se celebraban luchas. <<

[23] Escaleras públicas en la orilla izquierda del río, unos quinientos metros más arriba del puente. <<

[24] Como cuáquero o anabaptista, respetaba el descanso dominical a rajatabla. <<

[25] De sueldo mensual para los marineros. <<

[26] Henri Fleury de Culan, francés al servicio de Arlington enviado para negociar una paz entre Holanda e Inglaterra. <<

[27] *La venganza cómica, o amor en una tina*, comedia de *sir* George Etheredge estrenada y publicada en 1664. Ya la había visto en enero de 1665. <<

[28] Desde el 9 de noviembre regía este requisito, aprobado por el Parlamento. <<

[29] Secretario para Escocia. <<

[30] Intento de hacer volar el Parlamento por parte de Guy Fawkes el 5 de noviembre de 1605. <<

[31] Para ocultar su condición de sacerdote. <<

[32] *La tragedia de la doncella*, escrita por Beaumont y Fletcher en 1611, de la que había visto una parte en 1661. <<

[33] Comedia de James Howard estrenada en 1663. <<

[34] De camino desde Newcastle. <<

[1] Parte de un dicho latino con distintas variantes: además de la más conocida *verba volant, scripta manent* («las palabras vuelan, lo escrito permanece») existe *vox audita perit, littera scripta manet* («la voz oída perece, la letra escrita permanece»). <<

[2] Como miembro del Consejo Privado. <<

[3] Se había decretado un embargo a Francia. <<

[4] En 1493 Erasmo de Rotterdam escribió en París un ensayo breve con ese título, pero fue publicado como parte de un libro, con el título *De conscribendis epistolis* (Amsterdam, 1522). <<

[5] La famosa crónica histórica en verso del año 1666 *Annus Mirabilis: the year of wonders*, publicada en enero de 1667. <<

[6] Uno de los muy populares y descabellados calendarios con predicciones para el año entrante. <<

[7] *Las casualidades*, comedia de Fletcher publicada en 1613. <<

[8] Gerente del teatro de Drury Lane. <<

[9] Tanto Kievit, burgomaestre de Rotterdam, como Arlington eran de la facción de Orange, enfrentada a la del primer ministro De Witt. <<

[10] Véase el 1 de diciembre de 1666, cuando Pepys leyó el panfleto titulado en realidad «The Catholique's Apology». La respuesta, escrita por Witliam Lloyd, se titulaba «The late apology in behalf of the papists re-printed and answered in behalf of the royalists». <<

[11] El embajador sueco en Londres intervino como mediador en las comunicaciones de la negociación. <<

[12] La obra es *La reina doncella*; la actriz de carrera ascendente era Nell Gwyn, más tarde amante del Rey. <<

[13] Véase el 17 de febrero. La Haya, volcada con la facción de Orange, era hostil a la facción republicana de De Witt. <<

[14] Esta medida suponía dejar guardados y sin equipar los grandes barcos para ahorrar costes. <<

[15] Signo convencional para indicar puntos o guiones en su sistema taquigráfico. <<

[16] John Starkey había sido librero en el Patio de San Pablo y tras el incendio se trasladó al Temple. <<

[17] Su esposo había sido nombrado médico del Rey. <<

[18] *Los sueños* (1627), de Francisco de Quevedo. La edición de Roger L'Estrange era de ese mismo año. <<

[19] Estrecho canal de entrada al estuario del río Támesis por la orilla norte, entre arenales. <<

[20] Zona final del curso del Támesis, entre la ciudad de Gravesend, en la orilla sur, y el Nore. <<

[21] Más abajo del puente de Londres. <<

[22] Los duques de Kendal y Cambridge, hijos del duque de York. <<

[23] Localidad de Surrey, al sur de Londres, en la que se descubrieron en 1618 unos manantiales ricos en sulfato de magnesio. <<

[24] El próspero John Pepys, al que Samuel Pepys suele referirse como el de Norfolk, también tenía esta casa en Ashtead, que Samuel visitaba con cierta frecuencia cuando era niño. Había muerto en 1652, pero Samuel Pepys todavía trataba con frecuencia a su hermana, la señora Turner. <<

[25] Hogg estaba al mando de un barco corsario de cuya propiedad y posibles beneficios Samuel Pepys participaba con Batten y Ford. <<

[26] Killigrew había insultado a la condesa de Shrewsbury, por entonces amante de Buckingham. <<

[27] *La inocencia simulada, o Sir Martin Estropea todo* (1667). Era una adaptación de una comedia de Moliere, *L'Etourdi*. <<

[28] Se refiere a dos obras de Thomas Heywood, las dos con el título *If you know not me, You know Nobody (Si no me conoces, no conoces a nadie)*. La primera de ellas, de 1605, completa con *The Troubles of Queen Elizabeth (Los problemas de la reina Isabel)*; la segunda, de 1606, se titula también *The Famous Victory of Queen Elizabeth in the Year 1588 (La famosa victoria de la reina Isabel en el año 1588)*. <<

[29] *El cardenal* (1641), tragedia de James Shirley. <<

[30] *La sorpresa*, comedia de *sir* Robert Howard, fue estrenada en abril de 1662. Se publicó con otras en 1665. <<

[31] El libro de Harrington, viejo conocido de Samuel Pepys, era un tratado utópico de inspiración republicana publicado en 1656. Respondía al opuesto monárquico *Leviathan* (1651), de Thomas Hobbes. El libro de Wren se titulaba *Monarchy Disserted; or the State of Monarchical Popular Government. In Vindication of the Considerations upon Mr Harrington's «Océana» (La monarquía comentada, o el Estado del gobierno monárquico popular. En reivindicación de las consideraciones de la «Océana» del señor Harrington).* <<

[32] *El café*, comedia de *sir* Thomas St. Serte del mismo año, cuyo título completo era *Tarugo's Wiles, or the Coffee-House*, una poco exitosa versión de la obra *No puede ser el guardar una mujer*, de Agustín Moreto. <<

[33] Comerciante de madera. <<

[34] Las «de viejo» tenían lentes convexas para corregir la hipermetropía, mientras que las «de joven» las tenían cóncavas, y eran indicadas para la miopía. <<

[35] En efecto, en 1668 publicó el libro *An Essay Toward a Real Character and Philosophical Language*, en el que desarrollaba un sistema taquigráfico y su modelo de lenguaje universal «objetivo». <<

[36] Se trata de la actual King Street. <<

[37] *La pareja loca*, comedia de James Howard de ese mismo año. <<

[38] El obispo de Rochester, apellidado Dolben. <<

[1] Aunque escrita sobre 1611, poco después de la muerte de Sidney, esta biografía no se publicó hasta 1652. <<

[2] El motivo era la defensa que estos hicieron del lord Canciller, Clarendon. <<

[3] En dicho lugar se permitía el juego durante los doce días de Navidad. <<

[4] *La escuela de doncellas* había sido publicado anónimamente en París en 1655. El supuesto autor, Michel Millot, fue detenido por ello, y el libro, prohibido. *La puta errante*, de 1531, fue escrito por Pietro Aretino. <<

[5] El tratado de Lisboa se firmó ese mismo mes. <<

[6] Ya la había visto en febrero de 1661. <<

[7] *El hombre es quien manda*, comedia de Davenant. <<

[8] Actor y amigo de Pepys. <<

[9] *The Origin of Forms and Qualities*. La primera edición era de 1666, y la segunda, de 1667. <<

[10] Lord Pembroke se había convertido recientemente al cuaquerismo. <<

[11] Fouquet era un ministro francés caído en desgracia en 1661. Poseía una biblioteca de treinta mil volúmenes. El libro español se titulaba en realidad *Summa de Varones Ilustres*, de 1590, escrito por Juan Sedeño. <<

[12] *Los amantes hoscos, o los impertinentes* (1668), comedia de Thomas Shadwell. <<

[13] Descrito como un caballero bobo que siempre cree entenderlo todo y no admite correcciones. <<

[14] Este personaje era descrito como un amigo empalagoso, y lord St. John era amigo del también ridiculizado *sir* Robert Howard. <<

[15] Existía dicho *jardín de las moreras*, en cuyo emplazamiento están ahora el palacio y los jardines de Buckingham. <<

[16] Teniente en la flota de lord Sandwich, uno de los que recibieron la orden de abrir la carga del barco. <<

[17] Tragicomedia de Beaumont y Fletcher estrenada sobre 1611 y publicada en 1620. Ya la había visto en noviembre de 1661. <<

[18] En aquella época escrito *Foxhall*: jardines junto al río, muy visitados en épocas calurosas. <<

[19] El título completo era *An Evening Love, or The Mock-Astrologer (Un amor nocturno, o el falso astrólogo)*. Se estrenó el 12 de junio de ese año, y no se publicó hasta 1671. <<

[20] La misma que había visto tres veces en mayo con una opinión bastante peor. <<

[21] El asunto investigado era un contrato de mástiles de Hamburgo de 1664. <<

[22] De lord Cottington, que había muerto en Valladolid en 1652, se decía que se declaraba católico cada vez que veía cerca su muerte, y volvía al anglicanismo al sanar. <<

[23] Esposa del alguacil de Brampton. <<

[24] La suspensión podría ser ilegal, porque su nombramiento era vitalicio. <<

[25] Romance publicado en 1642 por Gauthier de Coste, La Calprenède. Existía traducción de 1667. <<

[26] Correspondientes a mil mástiles adquiridos en 1664. <<

[27] Tragedia de Edward Howard que ya había visto en enero de 1664. <<

[28] También esta tragedia de Davenant había sido vista por Pepys en 1664. <<

[29] Él mismo luchó junto a los españoles en 1657 y 1658. <<

[30] Era una traducción de lord Brouncker, de 1653, de un ensayo publicado en 1650, tras la muerte del filósofo francés. <<

[31] Producción de la obra de William Shakespeare, estrenada en 1613. <<

[1] *The Island Princess, or the Generous Portugal (La princesa de la isla, o el generoso portugués)*, tragicomedia de Fletcher, estrenada sobre 1621. <<

[2] Alegaron que el tratado con Inglaterra no protegía a los extranjeros que viajaban en barcos ingleses. <<

[3] El primero, publicado en París ese mismo año, era de Nicolás Besongne. El segundo, de Philippe de Marnix, se titulaba *Le tableau des differens de la religión (1599-1605)*, y era un ataque al catolicismo. <<

[4] Las chicas aludidas son Bab y Betty, las hijas de Roger Pepys, que desde el día anterior estaban invitadas a pasar unos días en casa de Samuel Pepys. El *Bedlam* era el manicomio de Londres, llamado así por corrupción del nombre del centro (*Bethelem Hospital*, Hospital de Belén), y ha quedado en inglés como sinónimo genérico de confusión o locura. Dicho local era frecuentemente visitado como diversión o curiosidad por personas de calidad. <<

[5] Segunda hija de lord Sandwich, de veinte años. <<

[6] Convirtiendo el reto en causa de delito grave. <<

[7] Había sido encargado de almacenes allí desde al menos 1650. <<

[8] Había sido secretario de los comisionados del Almirantazgo entre 1653 y 1660. <<

[9] La tradicional «olla podrida» castellana. <<

[10] Libro donde Pepys recopilaba las discusiones que tenían lugar en la Oficina de la Armada sobre diversos temas profesionales. <<

[11] Escrita originalmente en latín *Historia de rebus Hispaniae* (1592). Él mismo la tradujo al español en 1601 como *Historia General de España*. <<

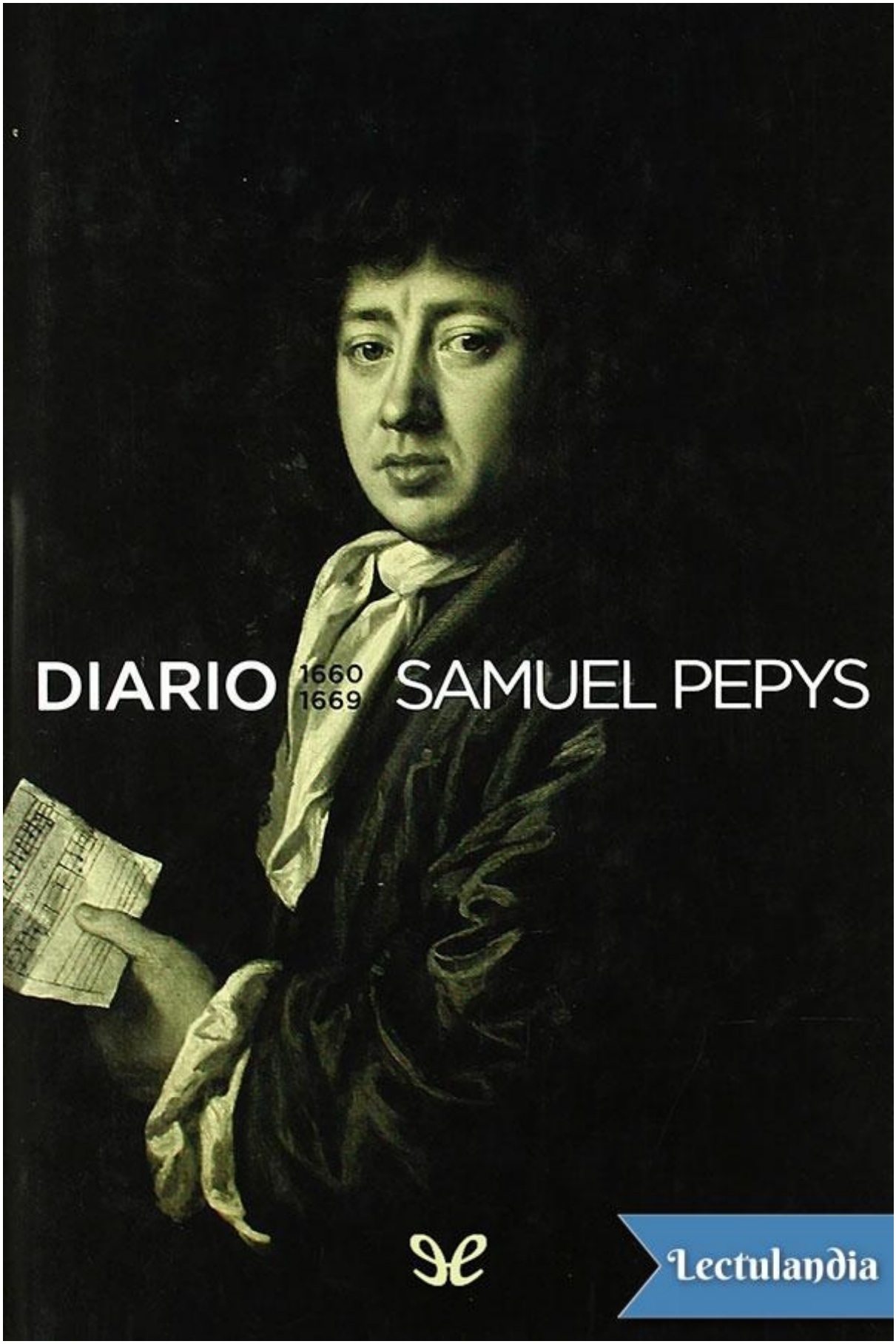
[12] Oldenburh era secretario de la Royal Scoety. <<

[13] Durante la plaga, y mientras los Reyes estuvieron en Oxford, el embajador español se alojó en el New College de aquella ciudad universitaria. <<

[14] Es decir, con acento y pronunciación inglesas, no italianas como se hacía en España. <<

[15] La antigua, de John Webster, había sido revisada por Betterton. <<

[16] El sexto conde de Eglington fue condenado por fornicación. <<


DIARIO 1660 1669 SAMUEL PEPYS
Lectulandia